# CRIPTONOMICÓN

Neal Stephenson



ePUB

En 1942, Lawrence Pritchard Waterhouse, genio matemático y joven capitán de la marina estadounidense, recibe la orden de colaborar con Bobby Shaftoe en una misión secreta que consiste en descifrar los códigos de las potencias del Eje y evitar que los nazis descubran que la Inteligencia aliada ha interpretado su mítico código Enigma. Sesenta años más tarde, Randy Waterhouse, brillante criptohacker, proyecta la creación en el sureste asiático de un paraíso de datos que ha de convertirse en el mayor exponente de la libertad informática: la Cripta. Cuando los gobiernos y las multinacionales atacan este proyecto, Randy se alía con Amy, la nieta de Shaftoe, para intentar rescatar un submarino nazi que contiene la clave para mantener a flote el sueño de la Cripta. Su estratagema pronto saca a la luz una gigantesca conspiración y un código indescifrable llamado Aretusa.

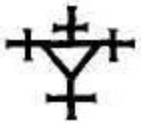
Criptonomicón, un tour de force narrativo, una obra profunda y profética, hipnótica y trepidante. Una obra de arte, producto de una imaginación iconoclasta y sorprendente...

*OceanofPDF.com*

eBooks con estilo

Neal Stephenson

# Criptonomicón



**ePUB v1.0**
**Horus01** 23.08.11

más libros en epubgratis.es

OceanofPDF.com

Título original: *Cryptonomicon*
Traducción: Pedro Jorge Romero
© 1999 by Neal Stephenson

*OceanofPDF.com*

# Presentación

Resulta del todo imposible hacer una presentación cabal y completa de *CRIPTONOMICÓN*, la novela de Neal Stephenson que se está convirtiendo ya en el nuevo libro de culto de los *hackers* y cuya primera parte presentamos ahora en España.

Como la anterior novela de Neal Stephenson, LA ERA DEL DIAMANTE: MANUAL ILUSTRADO PARA JOVENCITAS (1995, NOVA ciencia ficción, número 101), *CRIPTONOMICÓN* es un inusual tour de force narrativo, esta vez con su ameno y ágil ir y venir de la Segunda Guerra Mundial a nuestro presente, tomando como hilo conductor un tema que puede parecer tan árido e inhóspito como la matemática y sus aplicaciones criptográficas. Afortunadamente, Stephenson, conocedor como pocos del complejo y rico mundo de los *hackers* informáticos de hoy, es capaz de transmitirnos la riqueza y la peripecia intelectual del empeño de sus protagonistas sin dificultad alguna y con un abundante lujo de detalles humorísticos en brillantes guiños irónicos al lector.

La trama de esta apasionante novela se centra en tres peripecias humanas claramente interrelacionadas. En 1942, Lawrence Pritchard Waterhouse, un genio matemático y capitán de la Marina estadounidense, colabora con Alan Mathison Turing y los especialistas británicos de Bletchley Park en el trabajo de descifrar los códigos de las potencias del Eje. Sesenta años más tarde, la empresa de su nieto y también brillante criptohacker, Randy Lawrence Waterhouse, proyecta crear, en una isla del sureste asiático, la Cripta: un nuevo paraíso de datos y el mayor exponente de la libertad informática. Y, como un complementario lazo de unión entre

los dos Waterhouse, *CRIPTONOMICÓN* se detiene también en la peripecia del eficiente marine Bobby Shaftoe, compañero del capitán Lawrence en la Segunda Guerra Mundial y abuelo de una colaboradora de Randy en el presente.

Evidentemente, si la matemática de los primeros criptoanalistas tuvo que someterse a las necesidades de la Segunda Guerra Mundial, el proyecto de la Cripta de datos de nuestro presente ha de verse condicionado por las normas y leyes no escritas de las altas finanzas internacionales y por el nuevo juego de poder que permiten las infotecnologías. La aventura, intelectual y humana, está servida.

Resulta imposible resumir las complejas intrigas que llevan al Waterhouse del presente a la caza de un tesoro submarino perdido en el Pacífico al tiempo que, con honestidad de *hacker*, defiende los intereses de su empresa, Epiphyte Corporation. Por su parte, el otro Waterhouse se enfrenta a la complejidad de los códigos de las potencias del Eje y, lo más importante, intenta lograr que el enemigo no descubra que han sido descifrados incluso los códigos obtenidos gracias a la ayuda de máquinas como la alemana Enigma.

Con la presencia de una figura histórica como Alan Turing, Stephenson escribe en *CRIPTONOMICÓN* la novela de la gran aventura intelectual que supone la creación de la informática europea (máquina universal de Turing, ordenador Colosus, etc.), al mismo tiempo que, en las peripecias de Randy, se nos descubre el mundo de los *hackers*, sus preocupaciones y, también, los negocios y las complejas relaciones de poder en que llegan a verse envueltos incluso a su pesar.

Hay en *CRIPTONOMICÓN* un tono que exige la atención del lector inteligente (y no me refiero a la presencia esporádica de algunas fórmulas matemáticas que, según se dice, habrían molestado y mucho al editor de Stephen Hawking). Se trata de una complicidad muy especial a la que se presta el personal estilo narrativo de Stephenson, un cuidadoso respeto hacia la capacidad e inteligencia del lector. Me gustaría creer que se trata precisamente de la esencia de la mejor ciencia ficción ya que, aunque NOVA es una colección editorial habitualmente dedicada a la ciencia ficción, no se me oculta que muchos lectores podrían preguntarse qué hay de ciencia ficción en una novela como *CRIPTONOMICÓN*.

La mejor respuesta la ofrece el mismo autor. En una entrevista de LOCUS (agosto 1999) Stephenson decía: «Existe una particular forma de abordar el mundo típica de la ciencia ficción que no tiene nada que ver con el futuro. Ni siquiera ha de estar en el futuro. De niño, yo leía antologías de relatos de ciencia ficción: podían tener diez relatos sobre cohetes espaciales y pistolas de rayos y, después, encontraba algún extraño relato de Robert Bloch que ocurría en alguna ciudad durante los años cincuenta, sin elementos de ciencia ni el contenido tradicional de la ciencia ficción pero que, en la mente del lector, era claramente ciencia ficción. Partía de ese enfoque de la ciencia ficción: el convencimiento de que las cosas podrían haber sido diferentes; que éste es uno de los muchos mundos posibles; que, si vienes a este mundo desde otro planeta, éste sería un mundo de ciencia ficción.»

Ésa es la idea. Incluso hoy, la informática y la matemática subyacente son, para muchos, un mundo de ciencia ficción. Un mundo del que tal vez se extraen resultados pero del que no se conocen las reglas ni los funcionamientos internos. El saber popular (sea eso lo que sea) quiere que los matemáticos, al igual que los *hackers*, sean personas extrañas, preocupadas por temas que al común de los mortales resultan un tanto esotéricos y más bien misteriosos pese a los resultados tangibles que de ellos se obtienen.

Describirnos ese mundo y su intrínseca humanidad es uno de los mayores logros de Stephenson en una novela de gran amenidad, larga y repleta de anécdotas que, al mismo tiempo, puede recordar a algunos ese ingenuo «instruir deleitando» que el doctor Miguel Masriera consideraba casi como definitorio de la ciencia ficción que él elegía para la colección Nebulae allá por los años cincuenta y sesenta. A través de los ejercicios mentales de Lawrence y Randy, el lector penetra en los arcanos de la criptografía y del comportamiento de los *hackers* y, ¡milagro!, todo resulta comprensible: cómo cifrar un mensaje, cómo «romper» los códigos enemigos, cómo usar el software moderno, y un largo, larguísimo etcétera.

En realidad, por si alguien lo dudaba, además de esa forma «ciencia ficcionística» de abordar el mundo de que habla Stephenson, hay más elementos de ciencia ficción en *CRIPTONOMICÓN*: una especie de mundo paralelo en el que se llama «nipones» a los japoneses, en el que existe un

curioso sultanato en Kinakuta, en el que un sistema operativo como Linux se llama Finux (recordando tal vez el origen finlandés de su creador), o en el que Gran Bretaña cuenta con una isla llamada Qwghlm impregnada de curioso tipismo. Y ésos son sólo algunos de los elementos que podrían caracterizar ese «mundo paralelo» que, a fuerza de paralelismos, se confunde fácilmente con el nuestro gracias a que en ambos existieron tanto Turing, como la máquina Enigma, el Colosus o el general MacArthur…

Debo comentar brevemente algunos aspectos de nuestra edición. El original estadounidense se publicó en 1999 en un solo volumen, algo que en Europa no parece resultar conveniente cuando se obtienen libros de más de mil páginas. El editor francés, por ejemplo, decidió cortar el libro en tres partes (precisamente en las páginas 320 y 620 del original) e inventar títulos parciales: «El código Enigma», «La red Kinakuta» y «Gólgota» que se ofrecieron con varios meses de diferencia al público lector (octubre 2000, abril 2001 y septiembre 2001).

Ante la escasa conveniencia de que nuestra edición se presentara en un único volumen, hemos decidido seguir el ejemplo francés y repetir lo que ya hiciéramos en el lejano 1990 con CYTEEN de C. J. Cherryh, publicada en tres volúmenes (números 30, 31 y 32 de NOVA). Para «cortar» *CRIPTONOMICÓN* hemos utilizado el mismo criterio que el editor francés (páginas 320 y 620 de las 918 del original estadounidense), pero hemos elegido otros subtítulos para cada parte. Creo que nuestra solución refleja mucho más claramente el tema criptográfico que anuncia el mismo original *CRIPTONOMICÓN*. Por eso, de acuerdo con el esforzado y brillante traductor, el físico e informático Pedro Jorge Romero, hemos utilizado como subtítulos diversos códigos de los varios que aparecen en la novela. Así, en España, los títulos completos serán: *CRIPTONOMICÓN* I: EL CÓDIGO ENIGMA (NOVA ciencia ficción, número 148, previsto para marzo de 2002), *CRIPTONOMICÓN* II: EL CÓDIGO PONTIFEX (NOVA ciencia ficción, número 151, previsto para mayo de 2002), *CRIPTONOMICÓN* III: EL CÓDIGO ARETUSA (NOVA ciencia ficción, número 153, previsto para julio de 2002).

Finalizaré recordando una vez más que, en los escasos años transcurridos desde su aparición en Estados Unidos, *CRIPTONOMICÓN* parece haberse convertido en un libro de culto sobre el mundo *hacker*. Es

algo parecido a lo que, en su campo, le ocurrió a EL SEÑOR DE LOS ANILLOS de Tolkien. Y la comparación no es inútil ni ociosa: con una amena prosa cargada del humor más irónico, el *CRIPTONOMICÓN* de Stephenson resulta ser a la criptografía y la narrativa ciberpunk lo que El SEÑOR DE LOS ANILLOS de Tolkien a la magia y la fantasía.

¿Exageración? Sinceramente, no creo que lo sea. En cualquier caso, son ustedes quienes han de juzgar.

Pasen y vean.

La satisfacción está garantizada.

MlQUEL BARCELÓ

*OceanofPDF.com*

*Para S. Town Stephenson,*
*que hacia volar cometas*
*desde los buques de guerra*

OceanofPDF.com

# Agradecimientos

Bruce Schneir inventó *Solitario*, me permitió amablemente emplearlo en esta novela y redactó el apéndice. Ian Goldberg escribió la versión en Perl que aparece en el segundo volumen.

Exceptuando la cita ocasional, el resto del libro, para bien o para mal, es obra mía. Pero he contraído deudas con muchas personas. Reconocer las deudas de esta forma puede remontarte con facilidad hasta Adán y Eva, por lo que he elegido la Segunda Guerra Mundial como mi fecha tope, y he dividido al personal en tres grupos generacionales.

Primero, las grandes figuras de la titanomaquia de 1937—1945. Casi todas las familias tienen su pequeño panteón de figuras de la guerra, como el caso de mi tío Keith Wells, que sirvió como marine en Florida y las islas de Guadalcanal, y que es posible que fuese el primer marine americano en llegar a una playa, en una operación ofensiva, durante esa guerra. Pero esta novela trata básicamente sobre gente con inclinaciones técnicas a las que se les pidió que hicieran cosas increíblemente extrañas durante los años de la guerra. Entre todos esos grandes *hackers* de la guerra, un reconocimiento especial debe dirigirse a William Friedman, quien sacrificó su salud para romper el cifrado mecánico japonés llamado Púrpura antes del inicio de la guerra.

Pero he dedicado esta novela a mi abuelo S. Town Stephenson. Al hacerlo, corro el riesgo de que la gente realice todo tipo de suposiciones infundadas sobre las similitudes entre su familia —o lo que es lo mismo, la mía— y los personajes de este libro. Por tanto, para que quede claro,

garantizo que me lo he inventado todo — ¡en serio!— y que no es un *román a clef*; este libro no es más que una novela, y no una forma solapada de apabullar al lector con oscuros y profundos secretos familiares sin aviso previo.

Segundo: conocidos míos que (en su mayor parte sin saberlo) ejercieron una gran influencia en la dirección de este proyecto. Esos amigos incluyen, en orden alfabético, a Douglas Barnes, Geoff Bishop, George Dyson, Marc y Krist Geriene de Nova Marine Exploration, Jim Gibbons, Bob Grant, David Handley, Kevin Kelly, Bruce Sterling y Walter Wriston, que anduvo con una máquina criptográfica por Filipinas durante la guerra, y que sobrevivió para contarme, cincuenta años después, historias sobre el sistema bancario prebélico de Shanghai.

Tercero: personas cuyos esfuerzos hicieron posible, o al menos mucho más fácil, que escribiese este libro. En ocasiones su contribución fue enormes cantidades de amor y apoyo, como en el caso de mi esposa, mis hijos y los abuelos de mis hijos. Otros me apoyaron con el procedimiento engañosamente simple de realizar sus trabajos respectivos con tenacidad y rigor: mi editora, Jennifer Hershey, y mis agentes, Liz Darhansoff y Tal Gregory. Y muchas personas realizaron contribuciones inconscientes a este libro simplemente manteniendo conversaciones interesantes conmigo que probablemente ya hace mucho que han olvidado: Wayne Barker, Christian Borgs, Jeremy Bornstein, Al Butler, Jennifer Chayes, Evelyn Corbett, Hugh Davis, Dune, John Gilmore, Ben y Zenaida Gonda, Mike Etawley, Eric Hughes, Cooper Moo, Dan Simón y Linda Stone.

Neal Town Stephenson

*OceanofPDF.com*

*Hay un paralelismo asombroso entre los problemas de un físico y los de un criptógrafo. El sistema con el que se cifra un mensaje se corresponde con las leyes del universo, el mensaje interceptado con los datos disponibles, las claves para un día o un mensaje con las constantes importantes a determinar. La correspondencia es muy estrecha, pero es muy fácil tratar con el material criptográfico por medio de máquinas discretas. No es tan sencillo en el caso de la física.*

ALAN TURING

*Esta mañana [Imelda Marcos] ofreció la última de una serie de explicaciones para los miles de millones de dólares que se cree que ella y su marido, que falleció en 1989, robaron durante su presidencia.*

*«Fue una coincidencia asombrosa que Marcos tuviese dinero —declaró—. Después de la conferencia de Bretton Woods, comenzó a comprar oro de Fort Knox. Tres mil toneladas, luego cuatro mil toneladas. Tengo documentos: siete mil toneladas. Marcos era muy inteligente. Lo tenía todo. Es curioso; América no le comprendía.»*

*The New York Times*, lunes, 4 de marzo, 1996

*OceanofPDF.com*

# Prólogo

*Dos ruedas vuelan*
*Boscaje de bambú*
*Cantos de guerra*

Es lo mejor que se le ocurre al cabo Bobby Shaftoe dadas las circunstancias… está de pie sobre el estribo del camión, agarrando su Springfield con una mano y el espejo retrovisor con la otra, así que no tiene sentido plantearse contar las sílabas con los dedos. ¿«Rueda» tiene dos sílabas o tres? ¿Qué hay de «vuelan»? El camión finalmente decide no volcar y vuelve a apoyarse sobre las cuatro ruedas. El chirrido y la inspiración desaparecen. Bobby todavía puede oír como cantan los *coolies*, a lo que ahora hay que añadir el tijeretazo de la transmisión del camión cuando el soldado Wiley reduce la marcha. ¿Podría ser que Wiley estuviese perdiendo los nervios? Y, en la parte de atrás, bajo las lonas, tonelada y media de archivadores que chocan entre sí, libros de códigos que saltan al suelo, el combustible agitándose en los tanques de los generadores eléctricos de la Estación Alfa. El mundo moderno es un infierno para el autor de *haikus*: «Generadores eléctricos» tiene, ¿cuántas?, ¿nueve sílabas? ¡Ni siquiera podría encajarlo en la segunda línea!

—¿Nos está permitido atropellar a la gente? —pregunta el soldado raso Wiley, y machaca el botón de la bocina antes de que Bobby Shaftoe pueda responder. Un policía sij les cierra el paso con una carretilla de fertilizante compuesto de excrementos humanos. La reacción instintiva de Shaftoe es decir: «Claro, ¿qué iban a hacer, declararnos la guerra?», pero como

hombre de mayor graduación del camión probablemente se supone que debe usar la cabeza o similar, así que no contesta inmediatamente. Examina la situación:

Shanghai, 16.45 horas, viernes, 28 de noviembre de 1941. Bobby Shaftoe, y la otra media docena de marines del camión, miran a todo lo largo de Kiukiang Road, a la que acaban de acceder doblando una esquina a gran velocidad. La catedral está a la derecha, lo que significa que está a, ¿cuánto?, dos calles del Bund. Allí aguarda amarrada una cañonera de la Patrulla Fluvial del Yangtzé, esperando el material que llevan en el camión. El único problema serio es que esas dos calles en particular están habitadas como por cinco millones de chinos.

Y bien, esos chinos son sofisticados urbanitas, no rústicos quemados por el sol que no han visto nunca un coche… se apartan si vas lo suficientemente deprisa y le das a la bocina. Y de hecho, muchos de ellos huyen hacia uno u otro lado de la calle, creando la ilusión de que el camión se mueve más rápido que las cuarenta y tres millas que marca el velocímetro.

Pero el bosquecillo de bambú del *haiku* de Bobby Shaftoe no ha sido incluido simplemente para añadir un poco de sabor oriental al poema y entusiasmar a los parientes allá en Oconomowoc. Hay «mucho» bambú frente al camión, docenas de autopistas improvisadas que bloquean el camino hasta el río, porque los oficiales de la Flota Asiática de la Marina de Estados Unidos, y el Cuarto de Marines, que concibieron esta pequeña operación olvidaron tener en cuenta el factor Tarde del Viernes en sus cálculos. Como Bobby Shaftoe podría haberles explicado, si se hubiesen molestado en preguntarle a un pobre tonto como él, la ruta asignada les llevaba justo por el corazón del distrito bancario. Ahí tienes, claro está, el Banco de Hong Kong y Shanghai, el City Bank, el Chase Manhattan, el Banco de América, el BBME y el Banco Agrícola de China y un montón de pequeños bancos provinciales de mierda, y muchos de esos bancos tienen contratos con lo que queda del gobierno chino para imprimir moneda. Debe ser un negocio muy competitivo porque reducen costes imprimiéndola sobre viejos periódicos, y si sabes chino puedes leer las últimas noticias del año pasado y los resultados de polo por entre los números y las imágenes de colores que transforman esos trozos de papel en moneda de curso legal.

Como sabe todo vendedor de pollos y operador de *rickshaw* en Shanghai, el contrato de impresión de dinero estipula que todos los billetes que esos bancos imprimen deben estar respaldados por cierta cantidad de plata; por ejemplo: cualquiera debería poder entrar en uno de los bancos situados al final de Kiukiang Road, soltar un fajo de billetes y (si están impresos por ese mismo banco) recibir a cambio plata de verdad.

Si China no estuviese siendo sistemáticamente destrozada por el imperio de Nipón, probablemente enviaría contables oficiales para controlar la cantidad de plata presente en las cámaras acorazadas de los bancos, y todo se realizaría con tranquilidad y de forma ordenada. Pero tal y como están las cosas, lo único que mantiene la honradez de un banco son los otros bancos.

Así es como lo hacen: durante el curso normal de su actividad, mucho papel moneda pasará por las ventanillas de (digamos) el banco Chase Manhattan. Lo llevarán a una habitación trasera y lo ordenarán, arrojando en grandes cajas de dinero (de como medio metro de área y un metro de profundidad, con cuerdas en las cuatro esquinas) todos los billetes impresos por (digamos) el Banco de América, en una de ellas, todos los de City Bank, en otra. Después, el viernes por la tarde, aparecerán los *coolies*. Cada *coolie*, o pareja de *coolies*, tendrá su gigantescamente larga caña de bambú —un *coolie* sin su bambú sería como un marine chino sin su bayoneta brillante— e introducirán sus cañas entre las cuerdas de las esquinas de las cajas. Luego un *coolie* se colocará bajo cada uno de los extremos de la caña, elevando la caja en el aire. Tienen que moverse al unísono, porque si no la caja empezaría a agitarse y las cosas se irían al carajo. Así que mientras se dirigen a su destino —el banco cuyo nombre esté impreso en los billetes de la caja— cantan y plantan los pies en el suelo siguiendo la música. La caña es muy larga, así que están muy separados, y tienen que cantar muy alto para oírse, y por supuesto, cada par de *coolies* en la calle está cantando su canción particular, intentado ahogar a todos los demás para no perder el paso.

Por tanto, diez minutos antes de la hora del cierre el viernes por la tarde, las puertas de muchos bancos se abren de par en par y varias parejas de *coolies* entran desfilando y cantando, como si fuesen los teloneros de un jodido musical de Broadway, dejan caer sus enormes cajas de gastado papel

moneda y exigen plata a cambio. Todos los bancos se lo hacen los unos a los otros. En ocasiones, todos lo hacen el mismo viernes, especialmente en un momento como el 28 de noviembre de 1941, cuando incluso un soldado común como Bobby puede entender que es mejor tener plata que un montón de recortes de periódico. Y es por eso que, una vez que los peatones normales, los carritos de comida y los furiosos policías sij se han apartado y pegado a los clubes, tiendas y burdeles de Kiukiang Road, Bobby Shaftoe y los otros marines del camión no pueden ver todavía la cañonera que es su destino, debido al bosque horizontal de poderosos bastones de bambú. Ni siquiera pueden oír la bocina de su propio camión debido a la salvaje y vibrante cacofonía pentatónica de los *coolies* cantando. No es la típica carrera monetaria del distrito bancario de Shanghai un viernes después del mediodía. Es el ajuste de cuentas definitivo antes de que todo el hemisferio oriental arda en llamas. Todos los millones de promesas impresas en esos trozos de papel higiénico se mantendrán o romperán en los próximos diez minutos; se moverá plata u oro de verdad, o no se hará. Era una especie de Día del Juicio fiduciario.

—Dios mío, no puedo… —ruge el soldado Wiley.

—El capitán dijo que no debíamos detenernos por ninguna puñetera razón —le recuerda Shaftoe. No le ha dicho a Wiley que atropelle a los *coolies*, simplemente le ha recordado que si no los atropella tendrá que explicar muchas cosas… asunto que se complica por el hecho de que el capitán está justo detrás de ellos en un coche abarrotado de marines chinos cargados de sub. fusiles. Y juzgando por la forma de comportarse del capitán con respecto al asunto de la Estación Alfa, está claro que ya ha recibido algunos azotes en el culo por adelantado, cortesía de algún almirante en Pearl Harbor o incluso (redoble de tambores) Marine Barracks, Eight and Eye Streets Southeast, Washington, D.C.

Shaftoe y los otros marines siempre habían visto Estación Alfa como un misterioso conciliábulo de escobillones de cuellos delgados como lápices que trabajaban sobre el tejado de un edificio en el Asentamiento Internacional en un barracón construido con tablones de paletas de carga llenos de nudos, con antenas sobresaliendo en todas direcciones. Si lo mirabas durante el tiempo suficiente, podías ver cómo las antenas se

movían, apuntando hacia algo en el mar. Shaftoe incluso le escribió un *haiku*:

*Antenas buscan*
*Perros olfateando*
*Secretos de éter*

Aquél había sido el segundo *haiku* de su vida —claramente muy por debajo de los niveles de noviembre 1941—y le duele recordarlo.

Pero hasta el día de hoy los marines no habían comprendido la importancia de la Estación Alfa. Su trabajo había consistido en envolver en lona una tonelada de equipo y varias toneladas de papel y sacarlo todo por las puertas. Luego habían pasado el jueves desmontando el barracón, haciendo una hoguera con él y quemando ciertos libros y papeles.

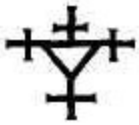
—Eiiih —gruñe el soldado Wiley.

Pocos *coolies* se han apartado, o incluso les han visto. Pero entonces se produce una extraordinaria explosión desde el río, como el sonido de una caña de bambú de un kilómetro de ancho que Dios rompiese sobre su rodilla. Medio segundo después ya no hay *coolies* en las calles… sólo quedan las cajas, con solitarias cañas de bambú colgando de ellas, golpeando el suelo como carillones. En el aire se alza un champiñón de humo gris desde la cañonera. Wiley cambia de marcha y pisa el acelerador. Shaftoe se aprieta contra la puerta del camión y baja la cabeza, con la esperanza de que el viejo casco de la Gran Guerra sirva para algo. Las cajas de dinero se rompen y explotan cuando el camión les pasa por encima. Shaftoe mira con ojos entrecerrados a través de la ventisca de billetes y ve gigantescas cañas de bambú elevándose y girando en el aire hacia la costa.

*Hojas de Shanghai*
*Contra el cielo acerado*
*Llegó el invierno*

*OceanofPDF.com*

# El Código Enigma



*OceanofPDF.com*

# Barrens

Dejando de lado el asunto de la existencia de Dios para un futuro volumen, nos limitaremos a estipular que de «alguna» forma los organismos auto-replicadores aparecieron en este planeta e inmediatamente intentaron eliminarse los unos a los otros, ya fuese ocupando todo el espacio disponible con copias aproximadas de ellos mismos o por medios más directos que no precisan mayores explicaciones. La mayoría falló, y su legado genético desapareció para siempre del universo, pero algunos encontraron la forma de sobrevivir y propagarse. Después de unos tres mil millones de años de una fuga estrafalaria y a menudo tediosa de carnalidad y carnicería, nació Godfrey Waterhouse IV, en Murdo, Dakota del Sur, hijo de Blanche, esposa de un predicador congregacionalista llamado Bunyan Waterhouse. Como cualquier otra criatura sobre la faz de la Tierra, Godfrey era, por derecho de nacimiento, un magnífico cabrón, aunque en el sentido técnico y restringido de que podía remontar su ascendencia a través de una larga línea de magníficos cabrones ligeramente menos evolucionados hasta el primer artefacto auto replicador… el cual, dado el número y variedad de sus descendientes, podría justificadamente describirse como el mayor de los magníficos cabrones de todos los tiempos. Todos y todo lo que no fuese un magnífico cabrón estaba muerto.

En lo que se refería a máquinas de matar aterradoramente letales y programadas meméticamenté, los Waterhouse eran de las más agradables que podrías llegar a encontrarte. En la tradición de su homónimo (el escritor puritano John Bunyan, que se pasó casi toda la vida en la cárcel o evitándola), el reverendo Waterhouse no predicaba durante demasiado

tiempo en ningún sitio concreto. La iglesia lo trasladaba de una pequeña ciudad a otra de las dos Dakotas cada uno o dos años. Es posible que para Godfrey aquel estilo de vida fuese algo más que alienante porque, en algún momento de sus estudios en el Colegio Universitario Congregacionalista de' Fargo, abandonó el rebaño y, para eterna agonía de sus padres, se dedicó a actividades mundanas y acabó, de algún modo, obteniendo un doctorado en clásicas en una pequeña universidad privada de Ohio. Al ser los académicos no menos nómadas que los predicadores, aceptó trabajar allí donde encontró trabajo. Se convirtió en profesor de griego y latín en el Colegio Universitario Cristiano de Bolger (322 estudiantes) en West Point, Virginia, donde se unían los ríos Mattaponi y Pamunkey para formar el estuario del James, y donde los repelentes vapores de la gran industria papelera impregnaban cada cajón, cada armario, incluso las páginas interiores de los libros. La joven prometida de Godfrey, de soltera Alice Pritchard, quien había crecido siguiendo a su propio padre predicador itinerante por entre las inmensidades del este de Montana —donde el aire olía a nieve y salvia—, vomitó durante tres meses. Seis meses más tarde dio a luz a Lawrence Pritchard Waterhouse.

El niño mantenía una peculiar relación con los sonidos. Cuando pasaba un camión de bomberos, el aullido de la sirena o el sonido de la campana no le producían ningún problema. Pero si un avispón entraba en la casa y volaba cerca del techo ejecutando una curva de Lissa—jous, zumbando de forma casi inaudible, lloraba de dolor por el ruido. Y si veía u olía algo que le asustaba, se tapaba las orejas con las manos.

Un sonido que no le molestaba en absoluto era el del órgano de la capilla del Colegio Universitario Cristiano de Bolger. La capilla en sí no era nada del otro mundo, pero el órgano había sido donado por la familia de la fábrica de papel y hubiese sido más que suficiente para una iglesia cuatro veces mayor. Era un adecuado complemento para el organista, un profesor de matemáticas de instituto ya retirado que creía que ciertos rasgos de la divinidad (la violencia y el capricho en el Antiguo Testamento, la majestad y el triunfo en el Nuevo) podían ser transmitidos directamente a las almas de los pecadores sentados en los bancos por medio de una especie de impregnación sónica frontal. Que corriese el nesgo de hacer estallar las vidrieras no tenía la menor importancia porque no gustaban a nadie y las

emisiones de la fábrica de papel corroían el plomo. Pero después de que una viejecita, la última de muchas, recorriese a trompicones el pasillo, tambaleándose por el zumbido en los oídos, y se quejase de muy malos modos al sacerdote sobre la música excesivamente «dramática», se sustituyó al organista.

Sin embargo, siguió dando clases de ese instrumento. A los estudiantes no se les permitía tocar el órgano a menos que tocasen bien el piano, y cuando se lo explicaron a Lawrence Pritchard Waterhouse, aprendió por su cuenta, en tres semanas, a tocar una fuga de Bach, y se apuntó a las lecciones de órgano. Como en aquel momento sólo tenía cinco años, no podía alcanzar simultáneamente los controles manuales y los pedales, y tenía que tocar de pie… o más bien, paseándose de pedal en pedal.

Cuando Lawrence tenía doce años, el órgano se estropeó. La familia de la industria papelera no había dejado fondos para su reparación, así que el profesor de matemáticas se decidió a probar suerte él mismo. Sufría de mala salud y necesitaba un ayudante ágil: Lawrence, quien le ayudó a abrir la cubierta del artefacto. Por primera vez en todos aquellos años, el muchacho contempló lo que sucedía cuando pulsaba aquellas teclas.

Para cada registro —cada timbre, o tipo de sonido, que el órgano podía producir (por ejemplo, flauta dulce, trompeta, piccolo)— había una fila separada de tubos, dispuestos en línea de mayor a menor. Los tubos largos producían notas bajas, y los cortos altas. La parte superior de los tubos describía una gráfica: no se trataba de una línea recta sino de una curva que tendía a subir. El profesor de matemáticas y organista se sentó con algunos tubos sueltos, un lápiz y papel, y ayudó a Lawrence a deducir el motivo. Una vez que Lawrence lo comprendió, fue como si el profesor de matemáticas hubiese tocado de pronto las partes buenas de la Fantasía y fuga en sol menor de Bach en un órgano del tamaño de la galaxia espiral de Andrómeda; aquella parte en la que el Tío Johann disecciona la arquitectura del universo en un inflexible acorde descendente y siempre cambiante, como si hundiese el pie en capas cada vez más profundas de tierra hasta dar con la capa rocosa. En particular, los pasos finales en la explicación del organista fueron como si un halcón descendiese atravesando capa tras capa de fingimientos e ilusiones, pasos apasionantes, repugnantes o desconcertantes, dependiendo de tu carácter. Los cielos se habían abierto de

golpe. Lawrence entrevió coros angelicales ordenándose en una infinitud geométrica.

Los tubos surgían en formaciones paralelas de una amplia caja plana de aire comprimido. Todos los tubos para una nota en particular —pero pertenecientes a juegos diferentes— se alineaban juntos sobre un eje. Todos los tubos de un juego —pero afinados a distintos timbres— se alineaban sobre el otro eje perpendicular. Por tanto, en la caja de aire plana había un mecanismo que llevaba aire al tubo correcto en el momento correcto. Cuando se pulsaba una tecla o pedal, todos los tubos capaces de hacer sonar la nota correspondiente hablaban, siempre que los registros estuviesen retirados.

Mecánicamente, se resolvía de una forma perfectamente clara, simple y lógica. Lawrence había supuesto que la máquina debía ser al menos tan complicada como la fuga más compleja que pudiese tocarse. Pero había descubierto que una máquina de diseño simple podía producir resultados de infinita complejidad.

Los registros rara vez se usaban solos. Solían estar situados unos encima de otros, formando combinaciones diseñadas para aprovechar los armónicos disponibles (¡otro delicioso detalle matemático!). Algunas combinaciones específicas se empleaban una y otra vez. Muchas flautas dulces, de longitudes variables, para el ofertorio, por ejemplo. El órgano incluía un ingenioso dispositivo llamado ajuste que permitía al organista seleccionar una combinación concreta de registros —registros que él había escogido previamente— de forma instantánea. Se limitaba a apretar un botón y varios registros saltaban de la consola, movidos por la presión neumática y, en un instante, el órgano se transformaba en un instrumento diferente con timbres completamente nuevos.

El verano siguiente Lawrence y Alice, su madre, fueron colonizados por un primo lejano, un virus que era un magnífico cabrón. Lawrence escapó de él con una casi imperceptible tendencia a arrastrar uno de los pies. Alice acabó en un pulmón de acero. Más tarde, incapaz de toser bien, pilló la neumonía y murió.

Godfrey, el padre de Lawrence, confesó con total sinceridad que no estaba capacitado para soportar el peso que había caído sobre sus hombros. Dimitió de su puesto en la pequeña universidad de Virginia y se trasladó,

junto a su hijo, a una casita en Moorhead, Minnesota, justo al lado del hogar de Bunyan y Blanche. Más tarde consiguió trabajo de profesor en una escuela cercana.

En ese punto, todos los adultos responsables de la vida de Law—rence parecieron llegar al acuerdo tácito de que la mejor forma de educarle —y ciertamente, la más fácil— era dejarle en paz. En los raros momentos en que Lawrence solicitaba la intervención de un adulto en su vida era normalmente para plantear una pregunta que nadie podía responder. Al cumplir los dieciséis años, sin haber encontrado en el sistema educativo local nada que pudiese plantearle un desafío, Lawrence Pritchard Waterhouse fue a la universidad. Se matriculó en la Escuela Universitaria Estatal de Iowa, que entre otras cosas era la sede de un Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva Naval en el que fue alistado a la fuerza.

El CEORN de la Escuela Universitaria Estatal de Iowa tenía una banda, a la que le encantó descubrir que a Lawrence le interesaba la música. Como era extremadamente difícil entrenarse sobre la cubierta de un acorazado mientras se tocaba el órgano, le entregaron un xilófono y un par de pequeñas baquetas.

Cuando no marchaba de un lado a otro sobre la llanura del río Skunk emitiendo sonoros tintineos, Lawrence estudiaba ingeniería mecánica. Acabó teniendo malas notas en esa especialidad porque había conocido a un profesor búlgaro llamado John Vincent Atanasoff y a su estudiante graduado, Clifford Berry, que construían una máquina destinada a automatizar la resolución de algunas ecuaciones diferenciales extremadamente tediosas.

El problema principal de Lawrence era su vagancia. Había llegado a la conclusión de que todo era más simple si, como en el caso de la visión de rayos X de Superman, se limitaba a mirar más allá de las distracciones cosméticas y apreciaba el esqueleto matemático subyacente. Una vez que habías conseguido descubrir la matemática de una situación, ya lo sabías todo y la podías manejar para alegría de tu corazón simplemente con un lápiz y una servilleta. Había visto la matemática en la curva de barras plateadas del xilófono, en el arco catenario de un puente y en el tambor lleno de condensadores de la máquina computadora de Atanasoff y Berry.

Es más, darle al xilófono, construir el puente o intentar descubrir por qué la máquina computadora no funciona no le resultaban tareas interesantes.

Por tanto, recibió malas notas. Pero de vez en cuando, realizaba una proeza en la pizarra que dejaba a los profesores con las rodillas temblando y al resto de los estudiantes asombrados y hostiles. Pronto fue de dominio público.

Simultáneamente, su abuela Blanche hacía uso de sus amplias conexiones en el Congreso para beneficio de Lawrence, sin que éste lo supiese. Sus esfuerzos acabaron en triunfo cuando a Lawrence se le concedió un beca desconocida, dotada por un heredero del manipulado de avena en St. Paul, que tenía como propósito enviar a un congregaciónalista del Medio Oeste a una de las ocho universidades privadas de mayor prestigio de Nueva Inglaterra, la Ivy League, durante un año, lo que (evidentemente) se consideraba tiempo suficiente para elevar el CI esos pocos puntos totalmente imprescindibles pero no tanto como para corromperle. Así fue como Lawrence acabó en Princeton.

Princeton era una institución *Augusta* y asistir a ella un gran honor, pero nadie le había mencionado ninguna de esas dos características a Lawrence, quien no tenía forma de saberlo. Eso tuvo sus buenas y sus malas consecuencias. Aceptó la beca con una falta de gratitud que enfureció al magnate de la avena. Por otra parte, se ajustó a Princeton con toda facilidad porque «no era más que otro lugar». Le recordaba los aspectos más bonitos de Virginia, y la ciudad tenía algunos espléndidos órganos, aunque no se sentía demasiado contento con los deberes sobre problemas del cálculo y diseño de puentes y recorte de ruedas dentadas. Como siempre, en su mayoría se reducían a matemáticas, que podía tratar con facilidad. Pero de vez en cuando se veía en un callejón sin salida, lo que le llevaba a Fine Hall: el cuartel general del Departamento de Matemáticas.

Había un colorido grupo de personajes vagando por Fine Hall, muchos de ellos con acento británico o europeo. Hablando administrativamente, muchos de esos personajes no pertenecían ni de lejos al Departamento de Matemáticas sino a algo llamado IEA, que significaba Instituto de Estudios Avanzados de una u otra cosa. Pero todos se encontraban en el mismo

edificio y todos sabían bastante de matemáticas, así que para Lawrence no existía la distinción.

Muchos de aquellos tipos fingían timidez cuando Lawrence les pedía consejo, pero otros estaban más que dispuestos a ayudarle. Por ejemplo: había descubierto un método para resolver un difícil problema sobre la forma de las ruedas dentadas que, tal y como lo resolvían habitualmente los ingenieros, hubiese exigido una serie de aproximaciones razonables pero estéticamente desagradables. La solución de Lawrence ofrecía resultados exactos. La única pega se encontraba en que un quintillón de operadores con reglas de cálculo precisarían de un quintillón de años para encontrar dicha solución. Lawrence trabajaba en una aproximación completamente diferente que, si daba frutos, reduciría esas cifras a un trillón y un trillón, respectivamente. Por desgracia, Lawrence fue incapaz de interesar a nadie de Fine Hall en algo tan prosaico como las ruedas dentadas, hasta forjar una súbita amistad con un británico lleno de energía, cuyo nombre olvidó con rapidez, pero que recientemente se había dedicado mucho a la fabricación literal de engranajes. Ese tipo intentaba construir, de entre todas las cosas de este mundo, una máquina calculadora mecánica… para ser exactos, una máquina para calcular ciertos valores de la Función Zeta de Riemann

$$\zeta(s) = \sum_{n=1}^{\infty} \frac{1}{n^s} = 1 + \frac{1}{2^s} + \frac{1}{3^s} + \ldots$$

donde 5 es un número complejo.

Lawrence no encontró esa función zeta ni más ni menos interesante que cualquier otro problema matemático hasta que su nuevo amigo le aseguró que era terriblemente importante, y que algunos de los mejores matemáticos del mundo la habían estado atacando durante décadas. Los dos acabaron despiertos hasta las tres de la mañana enfrascados en el problema de engranajes de Lawrence. Lawrence presentó con orgullo sus resultados al profesor de ingeniería, quien los rechazó con desprecio argumentado cuestiones de índole práctica, y le puso una mala nota para compensar el trabajo que se había tomado.

Al final Lawrence recordó, después de varios contactos más, que el nombre de ese británico amistoso era Al no sequé. Como Al era un ciclista apasionado, él y Al dieron bastantes paseos en bicicleta por la campiña del

Estado Jardín. Mientras pedaleaban por New Jersey hablaban de matemáticas, y especialmente de máquinas destinadas a eliminar los aspectos aburridos de las matemáticas.

Pero Al llevaba pensando en esas cosas mucho más tiempo que Lawrence, y había llegado a la conclusión de que las máquinas calculadoras eran mucho más que dispositivos para ahorrarse trabajo. Había estado trabajando en un tipo radicalmente diferente de mecanismo computacional que resolvería cualquier problema aritmético siempre que supieses como expresarlo. Desde un punto de vista puramente lógico ya había descubierto todo lo que era posible saber sobre esa (todavía hipotética) máquina, aunque aún le falta construir una. Lawrence comprendió que construir máquinas se consideraba poco digno en

Cambridge (es decir, Inglaterra, donde ese Al tenía su base) o, ya puestos, en Fine Hall. Al estaba encantado de haber encontrado, en Lawrence, a alguien que no compartía ese punto de vista.

Con delicadeza, Al le preguntó un día si no le importaría demasiado llamarle por su nombre completo y correcto, que era Alan, y no Al. Lawrence pidió disculpas y dijo que intentaría recordarlo con todas sus fuerzas.

Un día, un par de semanas después, mientras estaban sentados junto a un riachuelo en los bosques del Delaware Water Gap, Alan le hizo a Lawrence una especie de propuesta descabellada que implicaba a los penes. La situación requirió gran cantidad de explicaciones metódicas, que Alan ofreció sonrojándose y tartamudeando. Fue siempre extremadamente correcto, y en varias ocasiones dejó bien claro que era enormemente consciente de que no todo el mundo estaba interesado en ese tipo de cosas.

Lawrence decidió que muy probablemente él era una de esas personas.

Alan pareció sentirse enormemente impresionado porque Lawrence se hubiese detenido siquiera a considerarlo y se disculpó por haber sacado el tema. Volvieron directamente a una discusión sobre máquinas calculadoras, y su amistad siguió sin variación. Pero en su siguiente paseo en bicicleta —una acampada nocturna en los Pine Barrens— se les unió otro tipo, un alemán llamado Rudy von algo.

Alan y Rudy parecían muy íntimos, o al menos parecían tener una relación con más niveles que la de Alan y Lawrence. Éste llegó a la

conclusión de que la idea de los penes de Alan había encontrado al fin un receptor.

Lawrence lo pensó un poco. Desde un punto de vista evolutivo, ¿cuál era el sentido de que hubiese gente sin inclinación hacia la reproducción? Debía haber alguna buena razón, y muy sutil.

Lo único que se le ocurría era que en ese momento eran los grupos de personas —sociedades— en lugar de las criaturas individuales los que intentaban reproducirse más que los demás y/o matar a los otros, y que, en una sociedad, había espacio de sobra para alguien que no tuviese hijos siempre que realizase una labor útil.

En todo caso, Alan, Rudy y Lawrence pedalearon hacia el sur en busca de los Pine Barrens. Después de un rato, las poblaciones se fueron espaciando mucho, y las granjas de caballos dieron paso a una espesura baja de árboles débiles y puntiagudos, que parecían extenderse hasta la mismísima Florida, bloqueando la vista, pero no el viento de cara.

—Me pregunto dónde estarán los Pine Barrens —dijo Lawrence un par de veces. Incluso se detuvo en una gasolinera para hacer esa misma pregunta. Sus acompañantes empezaron a burlarse de él.

—¿Dónde están los Pine Barrenss? —preguntó Rudy. mirando burlonamente a su alrededor.

—Deberías buscar algo con aspecto árido y numerosos pinos —comentó Alan.

No había más tráfico, por lo que se habían extendido sobre la carretera para pedalear con libertad, con Alan situado en medio.

—Un bosque, imaginado por Kafka —murmuró Rudy.

Para entonces, Lawrence ya había deducido que se encontraban, efectivamente, en los Pine Barrens. Pero no sabía quién era Kafka.

—¿Un matemático? —fue su suposición.

—Esa idea da verdadero miedo —dijo Rudy.

—Es un escritor —dijo Alan—. Lawrence, no te ofendas por lo que voy a preguntarte, pero: ¿reconoces los nombres de otras personas? Me refiero a gente aparte de la familia y amigos cercanos.

Lawrence debió adoptar una expresión de asombro.

—Estoy intentando descubrir si todo sale de aquí —dijo Alan mientras alargaba la mano para golpear con los nudillos la cabeza de Lawrence— o en ocasiones tomas ideas de otros seres humanos.

—Cuando era un niño, vi ángeles en una iglesia de Virginia —dijo Lawrence—, pero creo que estaban en el interior de mi cabeza.

—Muy bien —dijo Alan.

Pero, más tarde. Alan lo intentó de nuevo. Habían llegado hasta la torre de vigilancia contra incendios y había sido una tremenda decepción: únicamente una escalera alienada que no llevaba a ninguna parte, y una pequeña explanada debajo que brillaba cubierta de fragmentos de botellas de bebidas alcohólicas. Montaron la tienda a un lado de un estanque que resultó estar lleno de algas de color óxido y que se pegaban al vello del cuerpo. No había nada más que hacer salvo beber Schnapps y hablar de matemáticas.

Alan dijo:

—Mira, es así: Bertrand Russell y otro tipo llamado Whitehead escribieron *Principia Mathematica*…

—Ahora sé que te burlas de mí —dijo Waterhouse—. Incluso yo sé que sir Isaac Newton escribió ese libro.

—Newton escribió un libro «diferente», también llamado *Principia Mathematica*, que realmente no es sobre matemática, sino sobre lo que «hoy» llamaríamos física.

—Entonces, ¿por qué lo tituló *Principia Mathematica*?

—Porque en la época de Newton la distinción entre física y matemática no era extremadamente clara…

—O quizá incluso hoy en día —dijo Rudy.

—… lo que está directamente relacionado con lo que iba a decir —siguió Alan—. Hablo del P.M. de Russell, en el que él y Whitehead empezaron absolutamente de la nada, y quiero decir desde la nada, y la edificaron, toda la matemática, a partir de un número reducido de primeros principios. Y si te lo estoy contando, Lawrence, es porque… ¡Lawrence! ¡Presta atención!

—¿Hmm?

—Rudy, coge ese palo, sí, ése, y vigila atentamente a Lawrence, y cuando ponga esa mirada perdida, ¡dale un golpe!

—No estamos en un colegio inglés, no podemos hacer esas cosas.

—Estoy prestando atención —dijo Lawrence.

—Lo que surgió de P.M., lo extremadamente radical, fue la posibilidad de afirmar que, en realidad, toda la matemática puede expresarse como cierta ordenación de símbolos.

—¡Leibniz lo dijo mucho tiempo antes que ellos! —protestó Rudy.

—Eh, Leibniz inventó la notación que usamos para el cálculo, pero…

—¡No me refiero a eso!

—E inventó las matrices, pero…

—¡Tampoco me refiero a eso!

—Y realizó algunos trabajos sobre aritmética binaria, pero…

—¡Eso ess completamente diferente!

—Entonces, ¿a qué demonios te refieres, Rudy?

—Leibniz inventó el alfabeto básico… escribió una serie de símbolos para expresar afirmaciones lógicas.

—Bien, no era consciente de que Herr Leibniz tenía la lógica formal entre sus intereses, pero…

—¡Claro que ssí! ¡Quería hacer lo que hicieron Russssell y Whitehead, pero no sólo con la matemática si no con todo lo que hay en el mundo!

—Bien, teniendo en cuenta que tú pareces ser el único hombre en el planeta, Rudy, que conoce esa empresa de Leibniz, podemos asumir que fracasó?

—Puedes asumir lo que te dé la real gana. Alan —respondió Rudy—, pero yo soy matemático y no asumo nada.

Alan suspiró ofendido y le dirigió a Rudy una mirada que Water—house asumió que indicaba que más tarde habría problemas.

—Si puedo en ese caso continuar —dijo—, sólo intento que estés de acuerdo en que la matemática puede expresarse como una serie de símbolos —cogió el palo que apuntaba a Lawrence y empezó a escribir sobre el suelo cosas como + = 3) V -1 TI—, y sinceramente no podría importarme menos si resultan ser símbolos de Leibniz, de Russell o los hexagramas del *I Ching*…

—¡A Leibniz le fascinaba el *I Ching*! —dijo Rudy.

—Deja de hablar de Leibniz por un momento, Rudy, porque mira: tú, Rudy, y yo vamos en un tren en el que, sentados en el vagón comedor, mantenemos una agradable conversación, y ese tren corre a gran velocidad tirado por ciertas locomotoras llamadas *La Bertrand Russell, La Riemann, La Eider* y otras. Y nuestro amigo Lawrence corre junto al tren, intentando mantenerse junto a nosotros. No es que necesariamente seamos más inteligentes que él sino simplemente que él es un «granjero» que no pudo comprar un billete. Y yo, Rudy, estoy simplemente sacando los brazos por la ventanilla con la intención de tirar de él y hacerle subir al puto tren, junto a nosotros, para que podamos mantener una deliciosa charla sobre matemáticas sin tener que oír cómo se queda sin aire y pierde fuelle a mitad de camino.

—Vale, Alan.

—No me llevará más de un minuto si dejas de interrumpirme.

—Pero también hay una locomotora llamada La Leibniz.

—¿Lo dices porque crees que no doy crédito suficiente a los alemanes? Porque estaba a punto de nombrar a un tipo con diéresis.

—Oh, ¿no se tratará de Herr Türing? —dijo Rudy sardónico.

—Herr Türing viene después. Realmente pensaba en Gódel.

—¡Pero no ess alemán! ¡Es ausstriaco!

—Me temo que ahora es lo mismo, ¿no?

—El Anschíuss no fue idea mía, y no tienes que mirarme assí. Hitler me resulta penoso.

—He oído hablar de Gódel —dijo Waterhouse intentado ser de ayuda —. Pero ¿podríamos volver atrás un segundo?

—Claro, Lawrence.

—Por qué molestarse? ¿Por qué lo hizo Russell? ¿Había algo malo en las matemáticas? Es decir, dos y dos son cuatro, ¿no?

Alan cogió dos tapones de botella y los colocó en el suelo.

—Dos. Uno—dos. Más… —Puso dos más—. Otros dos. Uno—dos. Igual a cuatro. Uno—dos—tres—cuatro.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Lawrence.

—Pero Lawrence… cuando haces matemática de verdad no cuentas chapas, ¿verdad?

—No cuento «nada».

Rudy le ofreció la siguiente noticia:

—Esa es una posición muy moderna para ti.

—¿Lo es?

Alan dijo:

—Durante mucho tiempo se tuvo la creencia implícita de que la matemática era una especie de física de las chapas. Que cualquier operación matemática que pudieses realizar sobre el papel, sin que importase lo complicada que fuese, podía reducirse, al menos en principio, a mover contadores físicos, como las chapas, en el mundo real.

—Pero no se puede tener dos coma una chapas.

—Vale, vale, digamos que usamos las chapas para los enteros, y para números reales, como dos coma uno, usamos medidas físicas, como la longitud de este palo.

Alan lo arrojó junto a las chapas.

—Entonces, ¿qué hay de pi? No puedes tener un palo de longitud pi centímetros.

—Pi viene de la geometría… es el mismo cuento —añadió Rudy.

—Sí, se creía que la geometría euclidea era realmente un tipo de física, que sus líneas y demás representaban propiedades del mundo físico. Pero… ¿conoces a Einstein?

—No soy muy bueno con los nombres.

—¿El tipo de pelo blanco y grandes bigotes?

—Oh, sí—dijo Lawrence sombrío—. Intenté plantearle mi problema de engranajes. Dijo llegar tarde a una cita o algo así.

—Ese tipo inventó una teoría general de la relatividad, que es una especie de aplicación práctica no de la geometría de Euclides sino de la de Riemann…

—¿El mismo Riemann de tu función zeta?

—Mismo Riemann, tema diferente. Ahora, no nos perdamos, Lawrence…

—Riemann mostró que podía haber muchas geometrías diferentes, que no eran la geometría de Euclidess pero que mantenían la coherencia interna.

—Vale, volvamos entonces al P.M. —dijo Lawrence.

—¡Sí! Russell y Whitehead. La cosa es así: cuando los matemáticos empezaron a enredarse con cosas como la raíz cuadrada de menos uno y cuaterniones, ya no estaban tratando con cosas que podían traducirse a palos y chapas. Pero seguían obteniendo resultados razonables.

—O al menos, resultados internamente consistentes —dijo Rudy.

—Vale. Lo que significaba que la matemática era algo más que una física de las chapas.

—Así parecía, Lawrence, pero eso planteaba la pregunta de si la matemática era realmente «verdad» o no era más que un juego con símbolos. En otras palabras: ¿descubrimos la verdad o nos masturbamos?

—¡Debe ser verdad porque si la usas para hacer física todo sale bien! He oído hablar de la relatividad general, y sé que hicieron experimentos y salió que era cierta.

—La mayor parte de la matemática no se pressta a la comproba—sión experimental —dijo Rudy.

—La idea central del proyecto era cortar los lazos con la física —dijo Alan.

—Pero no masturbarnos.

—¿Eso era lo que intentaban hacer con KM.?

—Russell y Whitehead desmenuzaron todos los conceptos matemáticos en cosas brutalmente simples como los conjuntos. De ahí llegaron los enteros y demás.

—Pero tpcómo puedes descomponer algo como pi en un conjunto?

—No puedes —dijo Alan—, pero puedes expresarlo en una larga cadena de dígitos. Tres coma uno cuatro uno cinco nueve, y demás.

—Y los dígitos son enteros —dijo Rudy.

—¡Pero no es justo! ¡Pi en sí mismo no es un entero!

—Pero puedes calcular los dígitos de pi, uno cada vez, usando ciertas fórmulas. ¡Y la formula se puede escribir! —Alan lo hizo en el suelo:

$$\pi = 4\sum_{n=0}^{\infty}\frac{(-1)^n}{2n+1}$$

—He empleado la serie de Leibniz para aplacar a nuestro amigo. ¿Ves, Lawrence? Una cadena de símbolos.

—Vale. Veo la cadena de símbolos —dijo Lawrence renuente.

—¿Podemos seguir? Hace unos años, Gódel dijo: «¡Veamos! Si aceptas lo de que la matemática es sólo cadenas de símbolos, ¿sabes qué?» Y señaló que cualquier cadena de símbolos, como esta fórmula de aquí, puede traducirse en enteros.

—¿Cómo?

—No es un método complicado, Lawrence… un cifrado simple. Arbitrario. Se puede escribir el número 538 en lugar de esa enorme y fea 2, y con los demás igual.

—Ahora sí que me parece que estamos muy cerca de la masturbación.

—No, no. ¡Porque a continuación Gódel hizo saltar la trampa! Las fórmulas se pueden aplicar a los números, ¿no?

—Claro. Como 2x.

—Sí. Puedes sustituir x por un número y la fórmula 2x lo doblará. Pero si otra fórmula matemática, como la que tenemos aquí mismo para calcular pi, se puede codificar en un número, puedes hacer que otra fórmula opere sobre ella. ¡Fórmulas operando sobre fórmulas!

—¿Eso es todo?

—No. A continuación demostró, por medio de un argumento muy simple, que si las fórmulas se pueden referir a sí mismas, es posible escribir una que diga «esta afirmación no puede demostrarse». Lo que fue una tremenda sorpresa para Hilbert y todos los demás, que esperaban el resultado opuesto.

—¿Ya habías mencionado a ese Hilbert?

—No, lo acabo de introducir en la discusión, Lawrence.

—¿Quién es?

—Un hombre que hace preguntas difíciles. En una ocasión hizo toda una lista entera. Gódel contestó a una de ellas.

—Y Türing respondió a otra —dijo Rudy.

—Quién es ése?

—Soy yo —dijo Alan—. Pero Rudy bromea. «Turing» no lleva diéresis.

—Essta noche ssí que va a tener diéresis —dijo Rudy mirando a Alan de una forma que, años más tarde, Lawrence comprendería que era pasión.

—Bien, no me tengas en vilo. Qué pregunta respondiste?

—El Entscheidungsproblem —dijo Rudy.

—¿Qué es?

Alan lo explicó.

—Hilbert quería saber si una afirmación dada podía, en principio, demostrarse verdadera o falsa.

—Pero después de Gódel, la cosa cambió —comentó Rudy.

—Es cierto… después de Gódel se convirtió en «¿Podemos determinar si una afirmación dada es demostrable o no?». En otras palabras, ¿hay algún tipo de proceso mecánico que podamos usar para separar las afirmaciones demostrables de las indemostrables?

—Se supone que «proceso mecánico» es una metáfora. Alan…

—¡Oh, cállate, Rudy! Lawrence y yo nos sentimos bien cómodos con las máquinas.

—Lo comprendo —dijo Lawrence.

—¿Qué quieres decir con que lo comprendes? —preguntó Alan.

—Tú máquina… no la calculadora de la función zeta, sino la otra. Esa que dices que vas a construir…

—Sse la llama Máquina Universal de Turing —dijo Rudy.

—El propósito de ese dispositivo sería distinguir lo que se puede probar de lo que no se puede probar, ¿no?

—Por eso se me ocurrió el concepto básico —dijo Alan—. Por tanto, la pregunta de Hilbert ha quedado contestada. Ahora sólo quiero construir una máquina que pueda derrotar a Rudy al ajedrez.

—¡Todavía no le has revelado la respuesta al pobre Lawrense! —protestó Rudy.

—Lawrence puede descubrirla por sí mismo —les respondió Alan—. Así tendrá algo que hacer.

Pronto quedó claro lo que Alan había pretendido decir: «así tendrá algo que hacer mientras nosotros follamos». Lawrence se metió una libreta de notas

en los pantalones y recorrió en la bicicleta el centenar de yardas hasta la torre de vigilancia de incendios, subió los escalones hasta la plataforma que había en lo alto y se sentó, de espaldas al sol de la tarde, con el libro sobre las rodillas para que le diese la luz.

No podía concentrarse y al final se distrajo por una falsa salida del sol que iluminó las nubes del noroeste. Al principio pensó que algunas nubes bajas reflejaban en su dirección la luz de la puesta de sol, pero se trataba de una luz demasiado concentrada y parpadeante para ser eso. A continuación se le ocurrió que podía ser un rayo. Pero la luz no era lo suficientemente azulada. Fluctuaba muchísimo, modulada (era de suponer) por los asombrosos y grandes sucesos que se ocultaban tras el horizonte. A medida que el sol se ocultaba al otro lado del mundo, la luz en el horizonte de New Jersey se convirtió en un resplandor continuo y apacible del color de una linterna cuando iluminas con ella la palma de tu mano bajo las sábanas.

Lawrence descendió, fue hasta la bicicleta y marchó hacia los Pine Barrens. No tardó mucho en llegar a una carretera que iba más o menos en dirección hacia la luz. La mayor parte del tiempo no podía ver nada, ni siquiera la carretera, pero después de un par de horas el resplandor que se reflejaba en la capa de nubes bajas iluminó las piedras planas de la carretera, y convirtió los sinuosos riachuelos de los Barrens en brillantes hendiduras.

La carretera comenzaba a desviarse en dirección opuesta, así que Lawrence atajó directamente por medio del bosque, ya que ahora estaba muy cerca y la luz del cielo era lo bastante fuerte como para que pudiese verla a través del escasamente poblado tapiz de pinos maltrechos, troncos negros que parecían haber sido pasto del fuego, aunque no era así. El terreno se había convertido en arena, pero estaba húmeda y compacta, y la bicicleta tenía neumáticos gruesos que rodaban bastante bien sobre esa superficie. Llegado a un punto tuvo que detenerse y alzar la bicicleta sobre una valla alambrada. A continuación salió de entre los troncos a una extensión perfectamente llana de arena blanca, salpicada de penachos de hierba de playa y al momento quedó deslumbrado por una barrera baja de llamas silenciosas y estables que atravesaba parte del horizonte, aproximadamente del ancho de la luna llena del equinoccio de otoño cuando se hunde en el mar. La intensidad de su brillo hacía difícil que

pudiese ver ninguna otra cosa. Lawrence seguía pedaleando, tropezando con las pequeñas zanjas y riachuelos que serpenteaban por el llano. Aprendió a no mirar directamente las llamas. En cualquier caso, mirar hacia ambos lados era más interesante: la meseta estaba delimitada a intervalos amplios por los edificios más grandes que había visto nunca, estructuras de caja de galletas construidas por faraones, y en las plazas de una milla de ancho que había entre ellos, gnómones de acero triangulado se asentaban sobre bases amplias: los esqueletos internos de pirámides. El mayor de ellos perforaba el centro de una línea férrea perfectamente circular de varios centenares de pies de diámetro: dos curvas plateadas marcadas sobre el monótono suelo, interrumpidas en el punto donde la sombra de la torre, un reloj de sol parado, marcaba el tiempo. Se acercó a un edificio más pequeño que el resto, con tanques de forma ovalada junto a él. Salían murmullos de vapor desde las válvulas que estaban en la parte superior de los tanques, pero en lugar de elevarse en el aire goteaba por los laterales, golpeaba el suelo y se extendía, recubriendo la hierba con un manto plateado.

Mil marinos de blanco formaban un anillo en torno a las llamas. Uno de ellos alzó la mano y le hizo una señal para que se detuviera. Lawrence se paró junto al marino y puso un pie en la arena para estabilizarse. Ambos se contemplaron mutuamente durante unos segundos y a continuación, Lawrence, al que no se le ocurría nada más, dijo:

—Yo también estoy en la Marina.

Entonces el marino pareció tomar una decisión respecto a algo. Saludó a Lawrence y le indicó que se dirigiera a un pequeño edificio apartado del fuego.

El edificio parecía tan sólo un muro brillante a la luz del fuego, pero cada cierto tiempo una salva de luz azul magnesio hacía que los marcos de las ventanas resaltasen en la oscuridad, un relámpago rectangular que se repetía muchas veces a lo largo de la noche. Lawrence comenzó a pedalear de nuevo y avanzó hasta superar el edificio: una bandada de periodistas en alerta daba vueltas punteando sobre finos cuadernos con imponentes lápices marca Ticonderoga, fotógrafos moviéndose como cangrejos haciendo girar sus enormes margaritas cromadas, filas retorcidas de gente durmiendo con mantas sobre sus cabezas, un hombre sudoroso con el pelo engominado trazando nombres con diéresis sobre una pizarra. Finalmente, al dar la

vuelta al edificio, percibió el olor a combustible caliente, sintió el calor de las llamas en el rostro y vio arena cristalizada curvada sobre sí misma y desecada.

Contempló el globo del mundo, no el globo recubierto de continentes y océanos sino tan sólo su esqueleto: un puñado de meridianos, curvándose hacia atrás para encerrar una bóveda interior de llamas color naranja. Contra la luz del aceite ardiendo esas longitudes se veían finas y retorcidas, como los trazos de tinta de un dibujante. Pero al acercarse las vio convertirse en inteligentes composiciones de anillos y travesaños, huecos como los huesos de un pájaro. Al alejarse del polo antes o después empezaban a desviarse, a torcerse o simplemente se rompían y colgaban entre el fuego, oscilando como tallos secos. La perfecta geometría también se veía manchada, aquí y allá, por redes de cable y arneses de tendido eléctrico. Lawrence estuvo a punto de pisar una botella de vino rota y decidió que sería mejor caminar, para preservar los neumáticos de la bicicleta, así que apoyó la bici en el suelo, con la rueda delantera tapando un jarrón de aluminio al que parecían haber hecho girar en un torno, con unas cuantas rosas carbonizadas colgando de él. Varios marinos habían juntado sus manos para formar una especie de trono y transportaban un trozo de carbón con forma humana, cubierto con una manta de asbesto inmaculado. Mientras caminaban, las puntas de sus zapatos tropezaban en las extensas marañas ramificadas de sogas, cuerdas de piano, cables y alambres, creativos movimientos furtivos sobre la hierba y la arena, docenas de yardas en cada dirección. Lawrence comenzó a pisar cuidadosamente, un pie delante del otro, intentando estimar la enormidad de lo que estaba viendo. Una vaina en forma de cohete estaba clavada torcida en la arena, sosteniendo un paraguas de hélices dobladas. Los travesaños y pasarelas de duraluminio se extendían sobre él a lo largo de millas. Había una maleta abierta, mostrando un par de zapatos de mujer como si se tratase del escaparate de una tienda del centro, y un menú que se había carbonizado hasta convertirse en un óvalo blanco, y a continuación varias láminas de pared arrugadas, como si una habitación completa se hubiese caído del cielo. Estaban decoradas, una con un mapa gigante del mundo, enormes círculos formando un arco desde Berlín hasta ciudades aquí y allá, y otra con una fotografía de un alemán gordo y famoso vestido de uniforme,

sonriendo sobre una plataforma llena de flores, con el enorme horizonte de un zeppelín nuevo a su espalda.

Pasado un rato dejó de ver cosas nuevas. Se subió a la bicicleta y regresó a través de los Pine Barrens. Se perdió en la oscuridad y no encontró el camino de vuelta a la torre de vigilancia de incendios hasta el amanecer. Pero no le importó perderse porque mientras pedaleaba en la oscuridad estuvo pensando en la máquina de Turing. Finalmente llegó a la orilla del estanque donde habían acampado. La luz del amanecer brillando sobre el platillo de agua rojiza y tranquila hacía que pareciese una piscina de sangre. Alan Mathison Turing y Rudolf von Hacklheber estaban tendidos uno junto a otro, como cucharillas sobre la orilla, todavía algo manchados por el baño del día anterior. Lawrence encendió una pequeña hoguera, preparó té y finalmente se despertaron.

—¿Resolviste el problema —le preguntó Alan.

—Bueno, puedes convertir esa máquina universal de Turing tuya en cualquier otra máquina cambiando los ajustes…

—¿Ajustes?

—Perdona, Alan, me imagino tu M.U.T. como si fuese una especie de órgano.

—Oh.

—Una vez que hayas hecho eso, en cualquier caso, puedes hacer cualquier cálculo que desees, si la cinta es lo bastante larga. Pero caray. Alan, hacer una cinta que sea lo bastante larga, y sobre la que puedas escribir símbolos y borrarlos va a ser bastante complicado… el tambor de condensadores de Atanasoff sólo funcionaría hasta un cierto tamaño… tendrías que…

—Te estás desviando —dijo Alan con amabilidad.

—Sí, está bien, bueno… si tuvieses una máquina como ésa, entonces cualquier ajuste dado podría representarse por un número… una serie de símbolos. Y la cinta que introducirías para comenzar los cálculos contendría otra serie de símbolos. Así que volvemos a empezar con la prueba de Gódel… Si cualquier posible combinación de máquina y datos pueden representarse como una serie de símbolos, entonces puedes colocar todas las series posibles de números en una gran tabla, y entonces se convierte en

un argumento del estilo de la diagonal de Cantor, y la respuesta es que deben existir algunos números que no pueden ser computados.

—¿Y el Entscheidungsproblem? —le recordó Rudy.

—Probar o refutar una fórmula, una vez que has cifrado la fórmula en números, quiero decir, es simplemente un cálculo sobre ese número. Por lo tanto eso significa que la respuesta a la pregunta es ¡no! ¡Ciertas fórmulas no pueden probarse o refutarse por ningún proceso mecánico! ¡Así que supongo que ser humano tiene algún sentido después de todo!

Alan parecía satisfecho hasta que Lawrence hizo este último comentario, y entonces su expresión se derrumbó.

—Eso es una suposición injustificada.

—¡No le escuches, Lawrense! —dijo Rudy—. Va a decirte que nuestros cerebros son máquinas de Turing.

—Gracias, Rudy —dijo Alan pacientemente. Lawrence, yo planteo que nuestros cerebros son máquinas de Turing.

—¡Pero has demostrado que existe un montón de fórmulas que una máquina de Turing no puede procesar!

—Y tú también lo has demostrado, Lawrence.

—¿Pero no crees que podemos hacer algunas cosas que una máquina de Turing no podría

—Gódel está de acuerdo contigo, Lawrence —intervino Rudy—, y también Hardy.

—Dame un ejemplo —dijo Alan.

—De una función no computable que un humano puede hacer y una máquina de Turing no?

—Sí. Y no me cuentes ninguna tontería sentimental sobre creatividad. Yo creo que una máquina universal de Turing podría mostrar comportamientos que interpretaríamos como creativos.

—Bueno, entonces no sé… Intentaré mantenerme alerta sobre ese tipo de cosas en el futuro.

Pero después, mientras pedaleaban de vuelta a Princeton, dijo:

—¿Y qué hay de los sueños?

—¿Cómo esos ángeles de Virginia?

—Supongo.

—Se trata simplemente de ruido en las neuronas, Lawrence.

—También soñé ayer por la noche que había un zeppelín ardiendo.

Al poco tiempo, Alan obtuvo su doctorado y volvió a Inglaterra. Le escribió un par de cartas a Lawrence. La última señalaba, simplemente, que no podría escribirle más cartas con «sustancia» y que Lawrence no debía tomárselo como algo personal. Este comprendió de inmediato que la sociedad de Alan le había puesto a trabajar en algo útil, probablemente resolviendo cómo evitar que se los comiese vivos uno de sus vecinos. Lawrence se preguntó qué uso le encontraría a él América. Regresó a la Escuela Universitaria Estatal Iowa, se planteó cambiar su especialidad a matemáticas pero no lo hizo. Todos aquellos a los que consultó coincidían en que las matemáticas, al igual que la restauración de órganos, estaban bien, pero que uno necesitaba algo con lo que llevar pan a la mesa. Se quedó en ingeniería y fue obteniendo peores y peores resultados hasta mediados de su último año, cuando la universidad le sugirió que comenzase una línea provechosa de trabajo, como arreglar tejados. Salió directamente de la universidad a los brazos expectantes de la Marina.

Le hicieron una prueba de inteligencia. La primera pregunta de la parte de matemáticas tenía que ver con botes en un río: Port Smith está a cien millas corriente arriba de Port Jones. El río fluye a cinco millas por hora. El bote surca el agua a diez millas por hora. ¿Cuánto tiempo lleva ir desde Port Smith hasta Port Jones? ¿Cuánto tiempo lleva regresar?

Lawrence vio inmediatamente que se trataba de una pregunta con trampa. Tendrías que ser un idiota para hacer la fácil suposición de que la corriente añadiría o sustraería cinco millas por hora a la velocidad del bote. Claramente, cinco millas por hora no era nada más que la velocidad media. La corriente sería más rápida en el medio del río y más lenta en los laterales. Se podrían esperar variaciones más complicadas en las curvas del río. Básicamente, era una cuestión de hidrodinámica que podría abordarse utilizando ciertos sistemas de ecuaciones diferenciales muy conocidos. Lawrence se sumergió en el problema cubriendo rápidamente (o eso le pareció) ambos lados de diez hojas de papel con sus cálculos. A medio camino se dio cuenta de que una de sus suposiciones, en combinación con las ecuaciones Navier—Stokes simplificadas, le había conducido a la

exploración de una familia particularmente interesante de ecuaciones diferenciales parciales. Antes de darse cuenta había demostrado un nuevo teorema. Si eso no demostraba su inteligencia, ¿qué lo haría?

Entonces sonó el timbre y se recogieron los exámenes. Lawrence se las arregló para quedarse con su hoja borrador. Se la llevó de vuelta a su dormitorio, la reescribió y se la envió por correo a uno de los profesores de matemáticas más accesibles de Princeton, quien enseguida consiguió que fuese publicada en una revista de matemáticas de París.

Lawrence recibió dos ejemplares gratis y recién impresos de la revista unos cuantos meses más tarde, en San Diego, California, durante la entrega del correo a bordo de un gran barco llamado U.S.S. *Nevada*. El barco tenía una banda, y la Marina le había asignado a Lawrence el puesto de xilofonista, ya que su examen había demostrado que no era lo bastante inteligente para hacer alguna otra cosa.

El saco con el correo que llevaba la contribución de Lawrence a la literatura de las matemáticas llegó justo a tiempo. El barco de Lawrence, y unos cuantos de sus hermanos, habían tenido hasta ese momento su base en California. Pero justo entonces, todos fueron transferidos a un lugar llamado Pearl Harbor, Hawai, para enseñarles a los nipones quién era el jefe.

Lawrence nunca había sabido realmente qué quería hacer con su vida, pero enseguida decidió que ser un xilofonista en un barco de guerra en Hawai en tiempos de paz estaba a mucha distancia de ser la peor vida que uno podría tener. La parte más dura del trabajo era tener que sentarse o desfilar en ocasiones en condiciones muy calurosas, y soportar ocasionales notas falsas por parte de otros miembros de la banda. Tenía abundante tiempo libre, que pasaba trabajando en una serie de nuevos teoremas en el campo de la teoría de la información. El campo había sido inventado y abarcado en su mayor parte por su amigo Alan, pero había mucho trabajo de detalle por hacer. Él, Alan y Rudy habían bosquejado un plan general de lo que era necesario probar o refutar. Lawrence abordó la lista. Se preguntaba qué estarían haciendo Alan y Rudy en Inglaterra y Alemania, pero no podía escribirles y descubrirlo, así que guardó su trabajo para sí. Cuando no estaba tocando el xilófono o resolviendo teoremas había bares y bailes a los que acudir. Waterhouse llevó a cabo algunas labores de pene por

su cuenta, pilló una enfermedad venérea, se curó[1] y compró condones. Todos los marinos hacían lo mismo. Eran como niños de tres años que se clavan lápices en las orejas, descubren que duele y dejan de hacerlo. El primer año de Lawrence pasó casi instantáneamente. El tiempo se desvaneció sin más. Ningún lugar podía ser más soleado y relajante que Hawai.

*OceanofPDF.com*

# Novus Ordo Sedoritm

Los filipinos son personas afectuosas, amables, cariñosas y desprendidas —dice Avi—, de lo cual hay que alegrarse, teniendo en cuenta que muchos de ellos llevan armas ocultas.

Randy se encuentra en el aeropuerto de Tokio, recorriendo el vestíbulo con una lentitud que enfurece a los otros viajeros. Todos ellos han pasado el último medio día sujetos a asientos malos y apretujados en un tubo de aluminio cargado de combustible de reactor. Sobre las protuberancias de seguridad del suelo a la salida del avión, las maletas con redecillas resuenan como aviones de combate. Las maletas le rozan las rodillas mientras esquivan su largo y fornido cuerpo en forma de columna. Randy sostiene su nuevo teléfono GSM a un lado de la cabeza. Se supone que funciona en cualquier parte del mundo, menos en Estados Unidos. Se trata de su primera oportunidad para ponerlo a prueba.

—Se te oye claro como una campana —dice Avi—. ¿Cómo ha sido el vuelo?

—Bien —dice Randy—. En la pantalla de vídeo tenían uno de esos mapas animados.

Avi lanza un suspiro.

—Ahora los tienen en todas las compañías aéreas —señala con voz monótona.

—Lo único que había entre San Francisco y Tokio era la isla Midway.

—¿Y?

—Permaneció en medio de la pantalla durante horas. MIDWAY. Con un vacío embarazoso a su alrededor.

Randy llega a la puerta de salida para Manila y se detiene para admirar un aparato de televisión de metro y medio de ancho y alta definición que muestra el logotipo de una importante compañía de electrónica de consumo nipona. Emite un vídeo en el que un alocado profesor de dibujos animados y su adorable ayudante canino señalan las tres rutas de transmisión del virus del sida.

—Tengo una huella para ti —dice Randy.

—Dispara.

Randy se mira la palma de la mano, sobre la que ha escrito una serie de números y letras con bolígrafo.

—AF 10 06E9 99BA 11 07 64 Cl 89 E3 40 8C 72 55.

—La tengo —dice Avi—. Es de Ordo, ¿no? —Exacto. Te envié por *e-mail* la clave desde SFO.

—Lo del apartamento sigue sin resolverse —dice Avi—. Así que te he reservado una *suite* en el hotel Manila.

—¿Qué quieres decir con que sigue sin resolverse?

—Filipinas es uno de esos países post españoles que carecen de una clara distinción entre los asuntos de negocios y las relaciones personales —dice Avi—. No creo que puedas encontrar un alojamiento seguro sin casarte con una familia que tenga como apellido el nombre de una calle importante.

Randy se sienta en la sala de espera. El desenvuelto personal de tierra, ataviado con sombreritos chillones e inverosímiles, se centra en los filipinos que llevan demasiado equipaje de mano y los someten al ritual público de rellenar pequeñas etiquetas y entregar sus posesiones. Los filipinos alzan la vista y miran con ansia por los ventanales. Pero la mayor parte de los pasajeros que aguardan son nipones: algunos hombres de negocios, pero en su mayoría turistas. Miran un vídeo educativo que enseña cómo dejar que te roben en un país extranjero.

—Vaya —dice Randy, mirando por el ventanal—, tienen otro 747 para Manila.

—En Asia, ninguna compañía aérea decente se molesta en mover nada más pequeño que un 747 —responde Avi—. Si alguien intenta meterte en un 737 o, Dios no lo quiera, un Airbus, corre, no te molestes en caminar, aléjate de la puerta de embarque, llámame al Sky Pager y enviaré un helicóptero a evacuarte.

Randy ríe.

Avi sigue hablando.

—Ahora escúchame bien. El hotel al que vas es muy antiguo e impresionante, pero está en medio de ninguna parte.

—¿Cómo se les ocurrió construir un hotel en medio de ninguna parte?

—Hace tiempo fue una zona concurrida… está en el paseo marítimo, justo en el límite de Intramuros.

Randy recuerda el suficiente español de instituto para comprender el nombre.

—Pero Intramuros fue arrasado por los nipones en 1945 —siguió diciendo Avi—. De forma sistemática. Todos los hoteles de negocios y los edificios de oficinas están en un nuevo distrito llamado Makati, mucho más cerca del aeropuerto.

—Así que quieres que nuestra oficina esté en Intramuros.

—¿Cómo lo has adivinado? —dice Avi, con voz de ligero asombro. Se enorgullece de ser impredecible.

—Normalmente no soy un tipo demasiado intuitivo —dice Randy—, pero he pasado trece horas en un avión y a mi cerebro le han dado la vuelta y lo han colgado para que se seque.

Avi lanza las justificaciones tradicionales: el espacio para oficinas es mucho más barato en Intramuros. Los ministerios del gobierno están mucho más cerca. Makati, el reluciente y nuevo distrito comercial, está demasiado aislado de los verdaderos filipinos. Randy no presta atención.

—Quieres actuar desde Intramuros porque fue sistemáticamente arrasado y porque te obsesiona el Holocausto —dice Randy al fin, con tranquilidad y sin rencor.

—Sí. ¿Y? —responde Avi.

Randy mira por la ventanilla del 747 en dirección a Manila, bebiendo un refresco nipón de color verde fosforescente fabricado con extractos de abeja (o, al menos, tiene el dibujo de una abeja) y mascando algo que la azafata denominó tentempié japonés. El cielo y el océano muestran el mismo color, un tono de azul que hace que se le congelen los dientes. El avión vuela tan alto que, ya mire arriba o abajo, ve imágenes escorzadas de pilas de

hirvientes cúmulos. Las nubes surgen del cálido Pacífico como si inmensos barcos de guerra estuviesen explotando por toda la zona. Crecen y se mueven a una velocidad alarmante, las formas que adoptan son tan variadas y grotescas como las de los organismos de las profundidades, y todas ellas, supone Randy, son tan peligrosas para un avión como las estacas de bambú para un peatón descalzo. Se sobresalta al descubrir la albóndiga de color rojo anaranjado pintada en el ala. Se siente como si le hubiesen transportado a una vieja película bélica.

Enciende el portátil. Los correos electrónicos de Avi, cifrados en lo que externamente son mensajes de que—te—vaya—bien, se han ido acumulando en la bandeja de entrada. Es una acumulación gradual de diminutos archivos, enviados por Avi cada vez que le venía una idea a la cabeza durante los últimos tres días; sería evidente, incluso si Randy no lo supiese, que Avi posee una máquina portátil de correo electrónico que puede conectarse a Internet por radio. Randy arranca un programa que técnicamente se llama Novus Ordo Seclorum pero que todo el mundo abrevia como Ordo. Es un chiste muy forzado que se fundamenta en que la tarea de Ordo, como programa criptográfico, consiste en colocar los bits de un mensaje en un Nuevo Orden y le llevaría siglos al gobierno descifrarlo. En medio de la pantalla aparece la imagen de la Gran Pirámide, y un solitario ojo se materializa gradualmente en su ápice.

Ordo puede realizar su trabajo de dos formas. La más evidente es descifrar todos los mensajes y convertirlos en archivos de texto en el disco duro, que Randy podría leer en cualquier momento. El problema (si eres un paranoico) es que cualquiera podría apropiarse del disco duro y leer los archivos. Quién sabe, a los agentes de aduanas de Manila podría ocurrírseles requisar el ordenador por pornografía infantil. O, atontado por el desajuste horario, podría dejarse el portátil en un taxi. Por tanto, en lugar de eso, activa Ordo en modo de flujo, que descifrará los mensajes lo justo para que él pueda leerlos y luego, cuando cierre las ventanas, borrará los archivos descifrados de la memoria y del disco duro.

El asunto del primer mensaje de Avi es: «Directriz 1.»

*Buscamos sitios donde las matemáticas sean favorables. ¿Qué significa eso? Significa que buscamos lugares en los que la población*

*esté a punto de explotar —podemos predecirlo simplemente echando un vistazo al histograma de edades— y la renta per cápita esté a punto de dispararse como sucedió en Nipón, Taiwán, Singapur. Multiplica esos dos factores y obtendrás el crecimiento exponencial que nos hará asquerosamente ricos antes de cumplir los cuarenta.*

Se trata de una alusión a una conversación entre Randy y Avi de hacía dos años, durante la cual Avi calculó el valor numérico específico de ser asquerosamente ricos. Sin embargo, no se trataba de una constante fija sino de una celda en una hoja de cálculo enlazada con varios indicadores económicos que variaban continuamente. En ocasiones, cuando Avi trabaja frente al ordenador deja la hoja de cálculo corriendo en una pequeña ventana para poder echar un vistazo al valor actual de «ser asquerosamente rico».

El segundo mensaje, enviado un par de horas más tarde, se llama «Directriz 2».

*Dos: elegir un campo tecnológico en el que nadie pueda competir con nosotros. Ahora mismo, el único es redes. Damos mil vueltas a cualquier otro en todo el mundo cuando se trata de redes. Ni siquiera es divertido.*

Al día siguiente, Avi había enviado un mensaje llamado, simplemente, «Más». Quizá ya no se acordaba de cuántas directrices había establecido hasta ese momento.

*Otro principio: esta vez mantenemos el control de la corporación. Eso significa que conservamos al menos un cincuenta por ciento de las acciones… lo que implica poca o ninguna inversión externa hasta que hayamos ganado algo de valor.*

—No tienes que convencerme de eso —murmura Randy para sí, al leer lo siguiente.

*Ese principio limita el tipo de negocio en el que podemos meternos. Olvida cualquier cosa que exija una gran inversión inicial*

Luzón es un conjunto de montañas de exuberante jungla verde oscuro surcadas por ríos que podrían pasar por avalanchas de cieno. A medida que el océano azul oscuro se encuentra con sus playas caqui, el agua adopta el tono chocante de una piscina suburbana. Más al sur, las montañas están quemadas para dejar paso a la agricultura. La tierra es de un color rojo brillante, por lo que esas partes tienen el aspecto de heridas recientes, pero en su mayor parte está cubierta de follaje que se parece al material verde que los fanáticos de los trenes en miniatura ponen en sus colinas de papel maché, y en amplias zonas de las montañas no hay señales de que los seres humanos hayan existido alguna vez. Más cerca de Manila, algunas de las vertientes están deforestadas, salpicadas de estructuras, tejidas con líneas de alta tensión. Campos de arroz bordean las cuencas. Los pueblos son aglutinaciones de chabolas dispuestas alrededor de enormes iglesias con forma de cruz y buenos tejados.

La visión se vuelve nebulosa a medida que penetran en la cortina de contaminación que cubre la ciudad. El avión comienza a sudar como un enorme vaso de té helado. El agua fluye y cae como una cortina, se acumula en los huecos, y salta con fuerza desde los bordes de los alerones.

De pronto descienden sobre la bahía de Manila, que está marcada por interminables vetas de rojo brillante, algún tipo de explosión de algas. Los superpetroleros dejan a su paso largos arco iris. Todas las calas están abarrotadas de botes delgados y alargados, con doble estabilizador, con aspecto de chinches acuáticas de brillantes colores.

Y al final se encuentran sobre la pista del AINA, Aeropuerto Internacional Nino y Aquino. Guardias y policías de todo pelaje se pasean portando M—16 o escopetas, cubiertos por túnicas hechas con pañuelos sujetos a la cabeza por medio de gorras de béisbol americanas. Un hombre ataviado con un radiante uniforme blanco se encuentra bajo la boca del túnel de salida de pasajeros, sosteniendo en las manos barras naranjas fosforescentes, como un Cristo que dispensase perdón a un mundo de pecadores. Un aire sulfuroso y tropical comienza a meterse por el sistema de ventilación del jumbo. Todo se empapa y languidece.

Está en Manila. Saca el pasaporte del bolsillo de la camisa. El nombre es RANDALL LAWRENCE WATERHOUSE.

Así es como nació la corporación Epiphyte:

—¡Estoy canalizando mierda! —dijo Avi.

El número llegó al busca de Randy mientras estaba sentado a la mesa en un restaurante de la costa con los amigos de su novia. Un sitio en el que, cada día, imprimían un menú nuevo con láser sobre una imitación de pergamino cien por cien reciclado, en el que los platos estaban recubiertos de trazos osciloscópicos con salsas color neón, y los entrantes eran altas pilas arquitectónicas de extraños ingredientes tallados como prismas relucientes. Randy había pasado toda la comida resistiéndose a la tentación de invitar a uno de los amigos de Charlene (a uno cualquiera, no importaba) a salir a la calle y darse de puñetazos.

Miró el busca esperando ver el número del Centro de Computación de las Tres Hermanas, donde trabajaba (técnicamente, sigue trabajando allí). Los dígitos del número de teléfono de Avi penetraron en su ser como lo hubiese hecho el 666 en un fundamentalista.

Quince segundos más tarde, Randy estaba en la acera, pasando la tarjeta por un teléfono público como un asesino pasaría la hoja afilada por la garganta de un político rechoncho.

—El poder está llegando desde Lo Alto —siguió diciendo Avi—. Esta noche, simplemente, llega a través de mí… atiende, pobre cabrón.

—Qué quieres que haga? —preguntó Randy. adoptando un tono frío y casi hostil para enmascarar la enfermiza emoción que sentía.

—Compra un billete para Manila —dijo Avi.

—Primero tengo que hablarlo con Charlene —respondió Randy.

—Ni tú mismo te lo crees —dijo Avi.

—Charlene y yo tenemos una relación muy sólida…

—Han pasado diez años. Todavía no te has casado con ella. Saca tú mismo las conclusiones.

(Setenta y dos horas más tarde estaría en Manila, contemplando la Flauta de Un Solo Tono.)

—Todo el mundo en Asia se pregunta cuándo van los filipinos a tomarse las cosas en serio —dijo Avi—; es la gran pregunta de los noventa.

(La Flauta de Un Solo Tono es lo primero que ves cuando atraviesas el control de pasaportes.)

—Medité sobre esa pregunta cuando estaba en la cola del Control de Pasaportes del Aeropuerto Internacional Nino y Aquino —dijo Avi, comprimiendo el nombre completo en un único sonido articulado—. ¿Sabes que tienen diferentes filas?

—Supongo que sí—dijo Randy. Un paralelepípedo de atún rehogado dio un salto mortal en su gaznate. Sentía el perverso deseo de tomar un helado de dos bolas. No viajaba tanto como Avi, y apenas tenía una vaga idea de a qué se refería con las «filas».

—Ya sabes. Una para nacionales. Una para extranjeros. Puede que una para diplomáticos.

(Ahora, esperando para que le sellen el pasaporte, Randy puede verlo con claridad. Por una vez no le importa esperar. Se sitúa en la cola junto a la fila de los TCE y los examina. Ellos conforman el mercado de Epiphyte Corp. En su mayoría mujeres jóvenes, muchas de ellas vestidas a la moda, pero aún conservando una especie de recatamiento de escuela católica. Agotadas por los largos viajes, cansadas de la espera, se encorvan, y luego de pronto se colocan rectas y levantan las finas barbillas, como si una monja invisible estuviese recorriendo la fila golpeándoles los nudillos con una regla.)

Pero setenta y dos horas antes no había entendido de verdad lo que Avi había querido decir con filas, así que se limitó a decir:

—Sí, ya he visto la cosa de las filas.

—¡En Manila, tienen toda una fila para los TCE que regresan!

—¿TCE?

—Trabajadores Contratados en el Extranjero. Los filipinos que trabajan fuera… ya que la economía filipina está tan deteriorada. Como sirvientas y niñeras en Arabia Saudita. Enfermeras y anestesistas en Estados Unidos. Cantantes en Hong Kong, putas en Bangkok.

—¿Putas en Bangkok? —Randy al menos sí había estado allí, y su mente retrocedía ante el concepto de exportar prostitutas a Tailandia.

—Las filipinas son más hermosas —dijo Avi con calma—, y poseen una ferocidad que las hace más interesantes para el viajero de negocios inherentemente masoquista, que todas las titis tailandesas.

Ambos sabían que todo aquello eran chorradas; Avi era un hombre de familia y no tenía experiencia de primera mano en esos asuntos. Pero Randy no lo comentó. Siempre que Avi conservase su habilidad para las chorradas improvisadas, tenían muy buenas posibilidades de hacerse asquerosamente ricos.

(Ahora que está aquí, es tentador preguntarse cuáles de las chicas en la cola TCE son putas. Pero no le parece que llegue a ninguna parte, así que cuadra los hombros y se acerca a la línea amarilla.

El gobierno filipino ha dispuesto expositores de vidrio en el vestíbulo que lleva desde el control de pasaportes a la inspección de seguridad. Los expositores contienen artefactos que muestran las glorias de la cultura filipina anterior a Magallanes. El primero de ellos contiene hpiéce de resístame: un instrumento musical rústico tallado a mano, de largo y complicado nombre en tagalo. Debajo de él, en letras más pequeñas, se encuentra la traducción al inglés: FLAUTA DE UN SOLO TONO.)

—¿Comprendes? Filipinas está cercada de forma natural —dijo Avi—. ¿Sabes lo raro que es encontrar una situación así? Cuando encuentras un ambiente aislado de forma natural, Randy, embistes contra él como un hurón furioso metido en una tubería llena de carne cruda.

Un comentario sobre Avi: los antepasados de su padre apenas habían salido de Praga. En lo que se refería a judíos centroeuropeos, eran bastante típicos. Lo único realmente anómalo es que siguiesen con vida. Pero los antepasados de su madre eran unos cripto judíos mexicanos increíblemente peculiares que habían estado viviendo en las mesetas, esquivando a los jesuitas, disparando a las serpientes de cascabel y comiendo hojas de estramonio durante trescientos años; tenían el aspecto de indios y hablaban como *cowboys*. Por tanto, cuando se relacionaba con otras personas, Avi vacilaba. En la mayor parte de las ocasiones se mostraba correcto y cortés de una forma que impresionaba profundamente a los empresarios —especialmente a los nipones—, pero de vez en cuando tenía arrebatos, como si hubiese estado probando la hierba loca. Randy había aprendido a manejar esas situaciones, razón por la que Avi lo llamaba en momentos como aquél.

—¡Oh, cálmate! —dijo Randy. Observó cómo una chica bronceada pasaba a su lado, de regreso de la playa—. ¿Aislada innata?

—Mientras Filipinas no se lo tome en serio, tendrá muchos TCE. Querrán comunicarse con sus familias… los filipinos están muy centrados en sus familias. Comparados con ellos, los judíos no son más que un grupo de solitarios alienados.

—Vale. Sabes más de esos dos grupos que yo.

—Son sentimentales y afectuosos, tanto que es fácil que nosotros les despreciemos.

—No tienes que ponerte a la defensiva —dijo Randy—. No les estoy despreciando.

—Cuando oigas en la radio las canciones que dedican, les despreciarás —dijo Avi—. Pero, francamente, en esos asuntos podríamos aprender de los Pinoys.

—Ahora mismo estás muy cerca de sonar a beato…

—Me disculpo —dijo Avi, con total sinceridad. La esposa de Avi había estado embarazada casi de forma continua en los cuatro años que llevaban casados. Cada día que pasaba él se volvía más diligente en los asuntos religiosos y no podía mantener una conversación sin mencionar el Holocausto. Randy era un soltero que estaba a punto de romper con la chica con la que había estado viviendo.

—Te creo, Avi —dijo Randy—. ¿Tienes algún problema con que coja un billete en *business*?

Avi no le escuchó, así que Randy asumió que era un sí.

—Siempre que la situación se mantenga, habrá un gran mercado para Pinoy—gramas.

—¿ Pinoy—gramas?

—¡Por Dios santo, no lo digas a gritos! Estoy rellenando los formularios para registrar la marca mientras hablamos —dijo Avi. Randy podía oír de fondo un sonido de ametralladora, teclas de ordenador moviéndose tan rápido que parecía que Avi se limitaba a sostener el teclado entre sus manos pálidas y huesudas y lo agitaba violentamente de arriba abajo—. Pero si los filipinos se lo toman en serio, veremos un crecimiento explosivo en las telecomunicaciones, como en cualquier otra Earde.

—¿Earde?

—E-A-R-D. Economía Asiática en Rápido Desarrollo. En cualquier caso, nosotros salimos ganando.

—Asumo que quieres meterte en un negocio relacionado con las telecomunicaciones.

—Bingo. —De fondo comenzó a oírse el llanto de un niño—. Tengo que irme —dijo Avi—. El asma de Shlomo ha vuelto a dispararse. Apunta esta huella.

—¿Huella?

—Para mi clave de descifrado. Para el correo electrónico.

—¿Ordo?

—Sí.

Randy sacó un bolígrafo y, al no encontrar papel en el bolsillo, lo colocó sobre la palma de la mano.

—Dispara.

—67 81 A4 AE FF 40 25 9B 43 0E 29 SD 56 60 E3 2F. —Y a continuación, Avi colgó el teléfono.

Randy volvió al restaurante. De camino a la mesa, le pidió al camarero que le trajese media botella de un buen vino tinto. Charlene le oyó y lo miró con el ceño fruncido. Randy seguía pensando sobre la ferocidad innata, y no vio el gesto; sólo el aspecto mojigato común a todos los amigos de Charlene. ¡Dios mío! Tengo que irme de California, comprendió de inmediato.

*OceanofPDF.com*

# Alga marina

*Mujer e hijo*
*Ojos descoloridos*
*Llanto helado*

El Cuarto de Marines marcha colina abajo al ritmo de John Philip Sousa, lo que debería ser natural para un marine. Pero el Cuarto de Marines lleva en Shanghai (que no es ni los salones de Montezuma ni las costas de Trípoli) demasiado tiempo, más de lo que cualquier marine debería estar en ningún sitio, y Bobby ya había visto como su sargento, un tal Frick, vomitaba por el mono del opio.

Una banda de marines se encuentra a varias manzanas de Shanghai, por delante. El pelotón de Bobby puede escuchar el retumbar de los grandes tambores y el sonido penetrante emitido por los flautines y los xilófonos, pero él es incapaz de seguir la melodía. El cabo Shaftoe es a todos los efectos su líder, porque el sargento Frick está para el arrastre.

Shaftoe marcha junto a la formación, supuestamente para vigilar a sus hombres, pero en realidad para admirar Shanghai.

Shanghai le devuelve la mirada y, en general, les regala una ovación entusiasta. Evidentemente, siempre hay algún alborotador callejero que considera una cuestión de honor dejar bien claro que no teme a los marines, y los abuchea desde una distancia segura, y también disparan petardos, lo que no ayuda a mantener la calma. Los europeos aplauden, todo un grupo de coristas rusas de Delmonte enseña los muslos y lanza besos. Pero la

mayoría de los chinos se muestran hieráticos, lo que significa —sospecha Bobby— que están muertos de miedo.

Lo peor son las mujeres que llevan niños medio blancos. Algunas de ellas se comportan con furia, con histeria, arrojándose entre las formaciones de marines sin que les importen las culatas de los rifles. Pero la mayoría se muestran estoicas: permanecen de pie sosteniendo a los niños de ojos claros y miran fijamente, buscando al culpable entre las filas. Todo el mundo ha oído lo que sucedió río arriba, en Nanjing, cuando llegaron los nipos, y saben que cuando todo acabe el único rastro que podría quedar de que ellas y sus bebes existieron sería el horrible recuerdo en la mente de algún marine americano.

Las miradas funcionan en el caso de Shaftoe: ha cazado ciervos en Wisconsin y les ha visto cojear por la nieve mientras se desangraban hasta morir. Vio a un hombre morir durante la instrucción en isla de Parris. Ha visto marañas de cuerpos en el Yangtzé, corriente abajo del lugar donde los nipones juzgaban el Incidente de China, y había visto a refugiados de lugares como Nanjing morirse de hambre en los callejones de Shanghai.

Él mismo ha matado a gente que intentaba tomar por asalto los barcos fluviales que les habían ordenado proteger. Piensa que nunca ha visto, y nunca verá, nada tan terrible como esas mujeres chinas de rostro duro sosteniendo a sus bebés blancos, sin siquiera parpadear mientras los petardos estallan a su alrededor.

Es decir, hasta que mira los rostros de ciertos marines que a su vez miran la multitud y ven sus propios rostros devolviéndoles la mirada, regordetes por la grasa infantil y llenos de lágrimas. Algunos parecen tomárselo a broma. Pero muchos de los marines que salieron esa mañana de los barracones vacíos como hombres cuerdos y responsables, para cuando llegan a las cañoneras que les esperan en el Bund se han vuelto completamente locos. No lo demuestran todavía. Pero Shaftoe puede ver en sus ojos que finalmente algo en su interior se ha derrumbado.

Los mejores hombres del regimiento están muy mal de ánimos. Los que como Shaftoe no se involucraron con las mujeres chinas dejan, aun así, muchas cosas detrás: casas con sirvientas y chicos para abrillantar los zapatos y *coolies*… con mujeres y opio casi por nada. No saben a dónde les envían, pero está claro que veintiún dólares al mes no les llevarán muy

lejos. Volverán a ir a los barracones y tendrán que abrillantarse sus propias botas. Una vez retiradas las pasarelas del Bund, quedan aislados de un mundo que no volverán a ver, un mundo en el que eran reyes. Ahora vuelven a ser marines. A Shaftoe no le importa, porque él quiere ser marine. Pero muchos de los hombres han llegado a la mediana edad, y no quieren serlo.

Los hombres culpables se ocultan en el interior. Shaftoe permanece en la cubierta de la cañonera, que se separa del Bund, en dirección al crucero *Augusta*, que les espera en medio del canal.

El Bund está atestado de curiosos en una confusión de ropas de diferentes colores, así que un grupo de uniforme le llama la atención: un grupo de soldados nipos que han venido a ofrecer a sus colegas yanquis una despedida sarcástica. Shaftoe busca en el grupo a alguien alto y voluminoso, y lo encuentra con facilidad. Goto Dengo le dice adiós con la mano.

Shaftoe se quita el casco y le devuelve la despedida. Luego, en un impulso, sólo porque le da la gana, se prepara y lanza el casco directamente hacia la cabeza de Goto Dengo. No le sale bien y Goto Dengo debe derribar como a una docena de sus compatriotas para atraparlo. Todos ellos parecen pensar que se trata de un gran honor, además de extremadamente divertido, el ser derribado por Goto Dengo.

Veinte segundos más tarde, un cometa sale volando del cosmos de carne del Bund y cae sobre la cubierta de madera de la cañonera, un gran lanzamiento. Goto Dengo está demostrando su puntería. El proyectil es una piedra envuelta en una serpentina blanca. Shaftoe corre a recogerlo. La serpentina es uno de esos pañuelos de mil puntadas (se supone; ha quitado algunos a nipos inconscientes, pero nunca se ha molestado en contar las puntadas) que se ponen alrededor de la cabeza como amuleto de buena suerte; tiene una albóndiga en el centro y escritura nipona a ambos lados. La desata de la piedra. Al hacerlo ve, de pronto, que no se trata de una piedra; ¡es una granada de mano! Pero el bueno de Goto Dengo estaba bromeando; no ha sacado el seguro. Un bonito *souvenir* para Bobby Shaftoe.

El primer *haiku* (diciembre, 1940) de Shaftoe fue una adaptación apresurada del credo de los marines:

*El rifle es mío*
*Hay muchos iguales a él*
*Este es el mío*

Lo escribió en las siguientes circunstancias: Shaftoe y el resto del Cuarto de Marines se encontraban estacionados en Shanghai para proteger el Asentamiento Internacional y trabajar como músculos en las cañoneras de la Patrulla Fluvial del Yangtzé. Su pelotón acababa de volver de la Ultima Patrulla: un reconocimiento de mil millas, río arriba, pasando por lo que quedaba de Nanjing, hasta Hankow, y de vuelta. Los marines lo hacían desde la rebelión de los Boxers, la guerra civil y todo lo demás. Pero, hacia finales de 1940, con los nipos[2] controlando ahora el noreste de China, los políticos en D.C. habían tirado finalmente la toalla y habían comunicado a los marines de China que ya no debían remontar el Yangtzé.

Ahora, los marines de la vieja guardia como Frick afirmaban que podían distinguir entre bandidos organizados, muchedumbres armadas de campesinos hambrientos, bribones nacionalistas, guerrillas comunistas y las fuerzas irregulares pagadas por los señores de la guerra. Pero para Bobby Shaftoe todos eran una panda de asiáticos enloquecidos y armados que querían su parte de la Patrulla Fluvial del Yang—tzé. La Ultima Patrulla había sido un viaje desesperado. Pero ya había terminado y estaban de regreso en Shanghai, el lugar más seguro de China, y como cien veces más peligroso que el lugar más peligroso de América. Habían descendido de la cañonera seis horas antes, se habían metido en un bar, y acaban de salir ahora mismo, cuando habían decidido que ya era hora de irse a un prostíbulo. De camino, dio la casualidad de que pasaron frente a aquel restaurante nipo.

En otras ocasiones, Bobby Shaftoe ya había mirado por la ventana del local y había observado al hombre del cuchillo intentado comprender qué hacía. Demonios, parecía como si estuviese cortando el pescado sin cocinarlo y poniendo la carne cruda sobre montoncillos de arroz para

pasárselos a continuación a los clientes nipos del otro lado del mostrador, que los engullían.

Tenía que ser una ilusión óptica. El pescado debía haber sido cocinado de antemano en la parte trasera del local.

Esa situación llevaba un año incomodando a Shaftoe. Cuando él y los otros marines borrachos y calientes pasaron frente al local, redujo el paso para echar un vistazo, intentando reunir más pruebas. Podría jurar que parte de aquel pez tenía un color rojo rubí, lo que no podía ser si estaba cocinado.

Uno de sus compañeros, Rhodes, de Shreveport, le vio mirar. Desafió a Shaftoe a entrar allí y sentarse. Luego otro soldado, Gowicki, de Pittsburg, ¡dobló el desafío!

Shaftoe apretó los dientes y consideró la cuestión. Ya se había decidido a hacerlo. Era un explorador encubierto, y formaba parte de su personalidad hacer locuras de aquel tipo; pero examinar el territorio antes de aventurarse en él también era parte de su entrenamiento.

El restaurante estaba tres cuartas partes lleno, y todos los clientes eran miembros uniformados del ejército nipón. En el bar donde el hombre cortaba pescado aparentemente crudo había una gran concentración de oficiales; si tuviese una granada, la tiraría allí. El local estaba ocupado en su mayoría por mesas alargadas en las que se sentaban los soldados, tomando sopa de tallarines. Shaftoe les prestó una atención especial, porque eran ellos los que iban a darle, en sesenta segundos, una paliza. Algunos estaban a solas, leyendo. Un grupo, en una esquina, prestaban atención a un tipo que aparentemente contaba una historia o un chiste.

Cuanto más tiempo pasaba Shaftoe reconociendo el local, más se convencían Rhodes y Gowicki de que de verdad iba a hacerlo. Se entusiasmaron y llamaron a más marines, quienes se habían adelantado en dirección al prostíbulo.

Shaftoe vio que regresaban los otros. Eran su reserva táctica.

—¡Qué coño! —dijo y entró en el restaurante.

A su espalda, podía oír a los otros gritar entusiasmados; no podían creer que lo estuviese haciendo. Cuando Shaftoe atravesó el portal de aquel restaurante nipo pasó a formar parte de la leyenda.

Todos los nipos le miraron al atravesar la puerta. Si estaban sorprendidos no lo manifestaron. El chef tras el mostrador comenzó a

entonar una especie de saludo ritual, que fue desvaneciéndose hasta apagarse cuando vio lo que había entrado. El tipo al fondo del local —un nipo de mejillas coloradas, de voz ronca— siguió contando su historia o su chiste o lo que fuese.

Shaftoe saludó sin dirigirse a nadie en particular, luego se acercó a la silla libre más próxima y se sentó.

Otros marines hubiesen esperado a tener reunido a todo el pelotón. A continuación, hubiesen invadido el restaurante en masa, tirando algunas sillas y derramando algo de sopa. Pero Shaftoe había tomado la iniciativa antes de que los otros pudiesen hacer algo así y había entrado solo, como se suponía que hacía un explorador encubierto. Pero no se trataba sólo de que fuese un explorador encubierto. También se debía a que era Bobby Shaftoe, y sentía sincera curiosidad por aquel sitio y, si podía, quería pasar allí unos minutos de calma y aprender algunas cosas antes de que empezase la diversión.

Ayudó, claro, que Shaftoe fuera un borracho tranquilo y contemplativo, no un borracho peligrosamente explosivo. Debía apestar a cerveza (los teutones de Tsingtao producían un brebaje cuyo sabor le devolvía a Wisconsin, y sentía añoranza). Pero no aullaba ni tiraba cosas.

El chef estaba ocupado montando uno de los bocaditos y fingía ignorar a Shaftoe. Los otros hombres lo miraron con frialdad durante un momento y luego volvieron a centrar su atención en la comida. Shaftoe examinó los peces crudos dispuestos sobre el hielo picado y a continuación dirigió la mirada al resto del local. El tipo al fondo hablaba a ráfagas cortas leyendo de un libro de notas. Decía como diez o veinte palabras y a continuación los miembros de su reducida audiencia se miraban entre sí y sonreían, o hacían una mueca, y en ocasiones incluso aplaudían. No recitaba como si fuesen chistes verdes. Hablaba con precisión y expresividad.

¡Coño! ¡Leía poesía! Shaftoe no entendía lo que decía, pero sí sabía, por los sonidos, que debía ser poesía. Pero no rimaba. Aunque los nipos lo hacían todo al revés.

Observó que el chef lo miraba con hostilidad. Se aclaró la garganta, lo que no tenía demasiado sentido puesto que no sabía hablar nipo. Miró en dirección al pescado rojo rubí que había tras la barra, lo señaló y levantó dos dedos.

Todos se quedaron asombrados de que el americano hubiese realmente pedido algo. La tensión se rompió, aunque sólo un poquito. El chef se puso a trabajar y preparó dos porciones, que procedió a servirle en un pedestal de madera.

A Shaftoe le habían enseñado a comer insectos y a arrancarle la cabeza a un pollo a mordiscos, así que se imaginó que podía tragarse aquello. Cogió las porciones con los dedos, como hacían los nipos, y se las comió. Sabían bien. Pidió dos más, de otra clase. El tipo de la esquina seguía leyendo poesía. Shaftoe se comió sus porciones y pidió algunas más. Durante unos diez segundos, por el sabor del pescado y el sonido de la poesía, se sintió realmente cómodo en aquel lugar, y se olvidó de que simplemente estaba preparando una virulenta pelea racial.

Lo tercero que le sirvieron tenía un aspecto diferente: sobre el pescado crudo había una hojas delgadas y traslúcidas de un material húmedo y reluciente. Parecía papel empapado de aceite. Shaftoe lo contempló boquiabierto durante un rato, intentado identificarlo, pero no se parecía a ningún alimento que conociese. Miró a derecha y a izquierda, con la esperanza de que uno de los nipos hubiese pedido lo mismo, para echar un vistazo y descubrir cómo se comía. No hubo suerte.

Demonios, eran oficiales. Quizás alguno de ellos hablase un poco de inglés.

—Perdóneme. ¿Qué es esto? —dijo Shaftoe, levantando una esquina de la extraña membrana.

El chef lo miró nervioso, miró hacia la barra, sondeando a los clientes. Se produjo una discusión. Al fin, un oficial nipo sentado al otro extremo de la barra, un teniente naval, se puso en pie y le habló a Bobby Shaftoe.

—Algas marinas.

A Shaftoe no le gustó especialmente el tono de voz del teniente: hostil y arisco. En combinación con la expresión de su cara, el mensaje parecía ser: «Nunca lo comprenderías, granjero, así que por qué no lo consideras algas marinas.»

Shaftoe cruzo con formalidad las manos sobre el regazo, miró las algas marinas durante unos segundos, y luego levantó la vista en dirección al teniente, quien todavía le miraba sin mostrar ninguna expresión.

—¿Qué tipo de «alga marina», señor? —preguntó.

Miradas elocuentes empezaron a volar por todo el local, como los semáforos antes de un encuentro naval. La lectura de poesía parecía haber terminado, y desde el fondo del local se había iniciado una emigración de soldados. Mientras tanto, el teniente tradujo la pregunta de Shaftoe a los otros, que la discutieron con todo detalle, como si fuese una importante propuesta política de Franklin Delano Roosevelt.

El teniente y el chef intercambiaron algunas palabras. A continuación, el teniente miró a Shaftoe.

—Dice que pague ahora.

El chef levantó la mano y frotó los dedos con el pulgar.

Un año de trabajo en la Patrulla Fluvial del Yangtzé había dotado a Bobby Shaftoe de nervios de titanio, además de una fe ilimitada en sus compañeros, por lo que resistió el impulso de volver la cabeza y mirar por la ventana. Ya sabía con exactitud lo que vería: marines, hombro contra hombro, dispuestos a morir por él. Se rascó el nuevo tatuaje del brazo: un dragón. Las uñas sucias al pasar sobre las costras recientes produjeron un sonido áspero en el total silencio del restaurante.

—No ha contestado a mi pregunta —dijo Shaftoe, pronunciando las palabras con precisión etílica.

El teniente lo tradujo al nipón. Más discusiones. Pero en esta ocasión fueron cortantes y firmes. Shaftoe sabía que estaban a punto de ir a por él. Cuadró los hombros.

Los nipos eran buenos: montaron una carga organizada fuera de la puerta, hacia la acera, y se enfrentaron con los marines, antes de que cualquiera le pusiese la mano encima. El ataque de anulación impidió a los marines invadir el restaurante, lo que hubiese estropeado la comida de los oficiales y, con suerte, hubiese producido imprevisibles daños a la propiedad. A continuación, Shaftoe sintió como al menos tres personas lo agarraban por detrás y lo elevaban en el aire. Mientras sucedía todo aquello, miró a los ojos al teniente y gritó:

—¿Me está tomando el pelo con lo de las algas marinas?

En lo que se refiere a la bronca, lo único a destacar de la presente fue la forma en que lo llevaron a la calle antes de que pudiese empezar a pegar. Aparte de eso, fue como cualquier otra pelea callejera con soldados nipos en la que se hubiese metido en Shanghai. Al final todas se reducían al

músculo americano (no te elegían para el Cuarto Regimiento a menos que fueses como un armario de metro ochenta) contra los hachazos—tortazos nipones.

Shaftoe no era un boxeador. Era un luchador. Se trataba de su punto de ventaja. Los otros marines adoptaban sus posturas e intentaban luchar —al estilo del marqués de Queenberry— lo que no era mucho frente a los hachazos—tortazos. Shaftoe no se hacía ilusiones sobre su estilo de boxeo, así que bajaba la cabeza y cargaba como un toro, de camino recibía un par de golpes en la cara, pero normalmente conseguía agarrar con fuerza a su oponente y lo llevaba al suelo. Por lo general, eso sacudía tanto al nipo que Shaftoe podía atraparlo en una *full—nelson* o una *hammerlock* y hacerle gritar de dolor.

Los tipos que le llevaban al exterior fueron atacados por marines en cuanto salieron por la puerta. Shaftoe se encontró enfrentándose a un oponente que era al menos tan alto como él, lo que era raro. Además, también tenía buena constitución. No era para nada como un luchador de sumo, sino más bien como un jugador de rugby… un delantero con algo de barriga. Era un hijo de puta fuerte, y Shaftoe supo de inmediato que le esperaba una buena paliza. El tipo tenía un estilo de lucha diferente al americano, que (como Shaftoe descubrió por las malas) incluía algunos movimientos ilegales: estrangulamiento parcial y potentes golpes cortos a los centros nerviosos más importantes. La separación entre la mente y el cuerpo de Shaftoe, ya ampliada por el alcohol, se abrió definitivamente hasta convertirse en un abismo ante esas técnicas. Acabó tendido en la acera, indefenso y paralizado, mirando el rostro regordete de su oponente. Se trataba (vio) del mismo tipo que había estado leyendo poesía al fondo del local. Para ser un poeta, era muy buen luchador. O quizá viceversa.

—No es «alga marina» —dijo el enorme nipo. En la cara tenía la expresión de un escolar travieso al que la travesura le estuviese saliendo bien—. ¿Quizá la palabra en tu idioma sea «calabaza»? —Y a continuación se dio la vuelta y volvió a entrar en el restaurante.

¡Vaya una leyenda! Lo que ninguno de los otros marines sabía era que aquel no iba a ser el último encuentro entre Bobby Shaftoe y Goto Dengo. El incidente dejó a Shaftoe con un montón de insistentes preguntas sobre temas tan diversos como las algas marinas, la poesía y los hachazos—

tortazos. Después del incidente buscó a Goto Dengo, lo que no fue difícil; se limitó a pagarle a un chico chino para que siguiese al llamativo nipo por toda la ciudad y le diese informes diarios. Por ellos supo que Goto Dengo y algunos de sus camaradas se reunían todas las mañanas en cierto parque para practicar sus hachazos—tortazos. Después de asegurarse de tener en orden el testamento y escribir una última carta a sus padres y hermanos en Oconomowoc, Shaftoe fue al parque cierta mañana, volvió a presentarse al sorprendido Goto Dengo y llegó a un acuerdo para servir de saco de arena humano. Sus habilidades para la defensa personal les parecieron hilarantemente primitivas pero admiraron su resistencia, y por tanto, por el módico precio de algunos dedos y costillas rotos, Bobby Shaftoe recibió un curso preliminar en el estilo particular de hachazo—tortazo preferido de Goto Dengo, que se llama judo. Con el tiempo, la cosa incluso llevó a un par de encuentros sociales en bares y restaurantes, en los que Shaftoe aprendió a reconocer cuatro tipos de algas marinas, tres tipos de huevas y varios estilos de poesía nipona. Claro está, no tenía ni idea de qué coño decían, pero sabía contar sílabas, lo que, por lo que podía comprender, era todo lo necesario para apreciar la poesía nipona.

Aunque no es que esos conocimientos —o cualquier otra cosa que pudiese aprender sobre su cultura— vayan a serle de utilidad ahora, cuando muy pronto su trabajo consistirá en matarlos.

A cambio, Shaftoe enseñó a Goto Dengo a no lanzar como una chica. Muchos nipos son buenos jugadores de béisbol por lo que era gracioso, incluso para ellos, ver como su enorme amigo lanzaba con tan poca eficacia contra un bate. Pero fue Shaftoe el que enseñó a Goto Dengo a ponerse de lado, girar los hombros y lanzar. Ha prestado mucha atención durante el pasado año a los progresos del nipo, y quizá por eso la imagen de Goto Dengo plantando los pies en los bloques de piedra del Bund, retirando el brazo, lanzando la granada envuelta en una cinta, acertando mientras permanece sobre un solo pie metido en una bota militar, permanece en la mente de Shaftoe de camino a Manila y más lejos.

A un par de días de viaje se hace evidente que el sargento Frick se ha olvidado de cómo se limpian las botas. Cada noche las deja junto a la litera, como si esperase que un *coolie* viniese por la noche a limpiarlas. Cada

mañana se despierta para encontrárselas todavía peor que antes. Después de unos días, comienza a recibir reprimendas de lo Más Alto, y empieza a tener muchos turnos de pelar patatas.

Ahora bien, esto por sí sólo sería perdonable. Por amor de Dios, Frick comenzó su carrera manteniendo alejados a los bandoleros de los trenes correo en High Chaparral. En 1927 lo enviaron a Shanghai sin previo aviso, y sin duda tuvo que demostrar algo de capacidad de adaptación. Vale. Y ahora se encuentra en este deprimente crucero anterior a la Gran Guerra, y es un poco duro para él. Pero no lo acepta con la dignidad que los marines exigen a los marines. Se queja. Se deja humillar. Se enfada. Muchos otros de los marines de China ven las cosas de esa forma.

Una día, Bobby Shaftoe se encuentra en la cubierta del destructor lanzando la siempre fiable pelota de béisbol con dos de los chicos cuando ve a algunos de los veteranos reuniéndose como una masa viscosa humana en la cubierta. Por las expresiones y los gestos comprende que se están quejando.

Shaftoe oye como dos miembros de la tripulación hablan:

—¿Qué demonios pasa con estos marines? —dice uno de ellos.

El otro mueve la cabeza con tristeza, como un médico que acabase de ver que los globos oculares de un paciente dan vueltas en sus cuencas.

—Esos pobres cabrones se han vuelto asiáticos —dice.

Y se vuelven para mirar a Shaftoe.

Esa noche, en el comedor, Bobby Shaftoe traga la comida a toda prisa, y a continuación se pone en pie y se dirige a donde están reunidos los marines veteranos.

—¡Le pido perdón, sargento! —grita—. ¡Le pido permiso para limpiarle las botas, sargento!

Frick se queda boquiabierto, dejando al descubierto un trozo de carne medio masticado.

—¿Qué ha dicho, cabo?

Todo el comedor está en silencio.

—¡Con todos los respetos le pido permiso para limpiarle las botas, sargento!

Frick no es, ni siquiera cuando está sobrio, el tipo más rápido del mundo, y es más que evidente, basta con mirarle a las pupilas, que tanto él como sus compañeros han subido algo de opio a bordo.

—Bien, yo, supongo que sí —dice.

Mira a su grupo de quejicas, que se muestran confundidos y divertidos. Se quita las botas. Bobby Shaftoe coge aquel vergonzoso calzado y vuelve un poco más tarde trayéndolo resplandeciente. Para entonces, Frick se ha animado.

—Bien, esas botas tienen muy buen aspecto, cabo Shaftoe —dice con voz ostentosa—. Que me aspen si no eres tan bueno abrillantando zapatos como lo era mi *coolie*.

Al apagarse las luces, Frick y su camarilla descubren que les han «hecho la cama». Durante la noche se producen otras bromas bastante más brutas. Uno de ellos sufre un ataque en su litera y le dan una paliza; los atacantes no se identifican. A la mañana siguiente suena el aviso de inspección sorpresa y les sacan de la cama maldiciendo. La camarilla del «se han vuelto asiáticos» pasa la mayor parte del día formando un grupo, vigilándose mutuamente las espaldas.

Como a mediodía, finalmente entra en la cabeza de Frick la idea de que todo aquello ha sido iniciado por el gesto de Shaftoe, y que Shaftoe sabía, desde el primer momento, lo que iba a suceder. Así que llama a Bobby Shaftoe a cubierta e intenta arrojarlo por la borda.

A Shaftoe lo avisa en el último momento uno de sus camaradas y gira lo justo para evitar el ataque de Frick. Frick rebota en la baranda, vira e intenta agarrar los cojones de Shaftoe. Shaftoe le mete un dedo en un ojo, lo que inmediatamente le pone firme. Se separan. Habiéndose terminado las formalidades iniciales; adoptan las posturas de boxeo.

Frick y Shaftoe boxean durante unos asaltos. Se reúne una larga multitud de marines. Para la mayoría de ellos, Frick va ganando. Frick siempre ha tenido muy pocas luces, y ahora está enloquecido, pero sabe cómo moverse por el cuadrilátero, y supera a Shaftoe en veinte kilos.

Shaftoe lo aguanta hasta que Frick le da un buen golpe en la boca y le deja un labio sangrando.

—¿A cuánto estamos de Manila? —aúlla Shaftoe. La pregunta, como es habitual, confunde y desconcierta al sargento Frick, e incluso le hace

ponerse recto durante un momento.

—Dos días —le contesta uno de los oficiales del buque.

—Maldita sea —dice Bobby Shaftoe—. ¿Cómo voy a besar a mi chica con un labio hinchado?

Frick le responde:

—Tendrá que buscar una más barata.

Con eso le basta. Shaftoe agacha la cabeza y carga contra Frick, aullando como un nipo. Antes de que Frick tenga tiempo de pensar, Bobby Shaftoe lo tiene atrapado en una de esas llaves nipo que Goto Dengo le ha enseñado en Shanghai. Va subiendo por el cuerpo de Frick hasta golpearle la nuez y luego aprieta hasta que los labios del sargento Frick se vuelven del color de una concha de ostra. A continuación cuelga a Frick de la baranda, sosteniéndole cabeza abajo por los talones, hasta que Frick se recupera lo suficiente para gritar:

—¡Me rindo!

Se organiza con rapidez un acto disciplinario. A Shaftoe se le encuentra culpable de mostrarse cortés (al limpiarle las botas a Frick) y defender la vida de un marine (la suya propia) de un atacante enloquecido. El atacante enloquecido va directamente a la jaula. A las pocas horas, los ruidos de Frick hacen que todos los marines sepan cómo es el síndrome de abstinencia del opio.

Por lo tanto, el sargento Frick no llega a ver la entrada en la bahía de Manila. Shaftoe casi siente pena por el pobre cabrón.

Durante todo el día la isla de Luzón permanece a babor, una masa negra apenas visible entre la neblina, con vislumbres fugaces de palmeras y playas en la parte baja. Todos los marines ya han estado allí por lo que pueden distinguir la Cordillera Central al norte, y más tarde las montañas Zamabales, que acaban descendiendo para unirse al mar en la bahía de Subic. Subic da pie a un aluvión de anécdotas picantes. El barco no se detiene ahí, sino que continua en dirección sur bordeando Batan, virando para entrar en la bahía de Manila. El barco apesta a betún, polvos de talco y loción para después del afeitado; puede que el Cuarto Regimiento de Marines se halle especializado en ir de apuestas y abusar del opio, pero siempre se les ha conocido como los marines de mejor aspecto de todo el cuerpo.

Pasan frente a Corregidor. Una isla con la forma de una gota de agua sobre una bota encerada, de suave redondez en medio pero deslizándose en pendiente hacia el agua. Tiene una cola larga, delgada y seca que se extiende a un extremo. Los marines saben que la isla está acribillada de túneles y erizada de temibles cañones, pero la única señal de esas fortificaciones es el conjunto de barracones de cemento en lo alto de las colinas, que sirven de hogar a los hombres que se ocupan de las armas. Una maraña de antenas se eleva por encima de Topside. Para Shaftoe tienen una forma familiar, porque muchas de esas mismas antenas se elevaban sobre la Estación Alfa en Shanghai, y él mismo tuvo que desmontarlas y subirlas a un camión.

Hay un enorme acantilado de piedra caliza que desciende casi hasta el mar, y en la base está la entrada al túnel donde se esconden los espías y tienen su guarida los hombres de la radio. Cerca hay un puerto, en esos momentos muy atareado, porque están descargando suministros de transportes civiles y acumulándolos en la misma playa. Es un detalle que todos los marines registran como un signo evidente de la guerra que se aproxima. El *Augusta* ancla en la ensenada, y todo el equipo de radio envuelto en lonas se descarga en botes y se lleva al muelle, junto con los extraños tipos de la Marina que se ocupaban de esas cosas en Shanghai.

El oleaje muere al pasar Corregidor y entrar en la bahía. Cerca de la superficie flotan algas marrón verdoso formando remolinos y arabescos. Los barcos de la Marina dejan largas cuerdas marrones de humo sobre el mar en calma. Al no ser alteradas por el viento, se difumi—nan en formas desiguales como cordilleras montañosas traslúcidas. Pasan frente a la gran base militar de Cavite, una zona de terreno tan baja y plana que su límite con el agua sería invisible si no fuese por la valla formada por las palmeras. En ella se elevan unos hangares y torres de agua, y un oscuro conjunto de barracones más al interior. Manila está justo frente a ellos, todavía oculta por la neblina. Va anocheciendo.

De pronto la neblina se disuelve, la atmósfera se torna súbitamente tan clara como los ojos de un niño, y durante una hora más o menos pueden ver el infinito. Están adentrándose en un área de inmensos frentes de tormenta, con relámpagos cayendo en torno a ellos por todas partes. Nubes grises y planas, como fragmentos rotos de pizarra, se vislumbran entre nubes de

yunque. Tras ellas hay nubes más altas, que llegan casi hasta la luna, reluciendo de un tono rosa y salmón a la luz del sol poniente. Detrás, más nubes anidadas entre bancos de humedad como adornos navideños envueltos en tisú, extensiones de cielo azul, más frentes tormentosos intercambiando rayos de veinte millas de largo. Cielos dentro de cielos dentro de cielos.

En Shanghai hacía frío, y desde entonces la temperatura ha ido aumentando cada día. Algunos días incluso hace calor y bochorno. Pero para cuando Manila se deja ver, una brisa cálida se levanta sobre la cubierta y todos los marines suspiran, como si todos ellos hubiesen eyaculado simultáneamente.

*Manila aroma Batido*
*por palmeras Muslos*
*de Glory*

Los tejados enlosados de Manila tienen cierto aspecto mestizo, medio español y medio chino. La ciudad tiene un rompeolas cóncavo con un paseo plano en lo alto. Los paseantes se vuelven y saludan a los marines; algunos les lanzan besos. Los invitados de una boda descienden la escalinata de una iglesia y atraviesan el bulevar hasta el rompeolas, donde se harán las fotos bajo la luz color melocotón de la puesta de sol. Los hombres visten ligeras camisas filipinas de fantasía, o uniformes del ejército de los Estados Unidos. Las mujeres llevan espectaculares vestidos largos. Los marines les gritan y les silban y las mujeres se giran, recogiéndose ligeramente las faldas para no caerse, y saludan con entusiasmo. Los marines se marean y prácticamente se caen por la borda.

A medida que el barco entra en el puerto, un banco de peces en forma de media luna surge del mar. Se aleja como una duna golpeada por el viento. Los peces son plateados y tienen forma de hojas. Cada uno de ellos golpea el agua con un sonido metálico, y los ruidos se entremezclan y resuenan como un desgarro. El creciente se desliza bajo un embarcadero, fluye en torno a los postes y desaparece entre las sombras.

Manila, la Perla de Oriente, primeras horas de un domingo por la noche, el 7 de diciembre de 1941. En Hawai, al otro lado del meridiano, apenas ha pasado la medianoche. Bobby Shaftoe y sus camaradas tienen unas pocas

horas de libertad. La ciudad es moderna, próspera, habla inglés y es cristiana, de lejos la ciudad más rica y avanzada de Asia, prácticamente como estar de vuelta en Estados Unidos. A pesar de todo su catolicismo, tiene zonas que parecen haber sido diseñadas, desde sus mismos cimientos, siguiendo las especificaciones de marineros cachondos. Llegas a esas partes de la ciudad girando a la derecha justo cuando tus pies tocan la tierra firme.

Bobby Shaftoe gira a la izquierda, se excusa amablemente ante una legión de prostitutas excitadas que pasan junto a él, y fija su curso entre las altas paredes de Intramuros. Se detiene sólo para comprar un ramo de rosas a un vendedor ambulante en el parque. El parque y los muros que se alzan sobre él están atestados de amantes que pasean, los hombres vistiendo en su mayoría uniformes y las mujeres con vestidos recatados pero impresionantes, haciendo girar los parasoles que llevan apoyados en los hombros.

Un par de tipos que conducen taxis tirados por caballos insisten en hacer negocios con Bobby Shaftoe, pero éste los rechaza. Un taxi no haría más que llevarle a su destino más aprisa, y se siente demasiado nervioso para darse prisa. Atraviesa una puerta en un muro y llega a la antigua ciudad española.

Intramuros es un laberinto de paredes de piedra dorada que se elevan bruscamente entre calles estrechas. Las ventanas de los primeros pisos a lo largo de las aceras están protegidas por enrejados negros. Los barrotes se ondulan, giran y finalizan en elegantes brotes con forma de hojas. Las segundas plantas sobresalen, exhibiendo lámparas de gas que ahora mismo están siendo encendidas por sirvientes con largos palos humeantes. De las ventanas surgen sonidos de risas y música, y cuando pasa junto a los arcos que se abren a los patios interiores, puede oler las flores de los jardines.

Ni de coña es capaz de distinguir una calle de otra. Recuerda que el nombre de la calle es Magallanes, porque *Glory* le explicó en una ocasión la referencia. Y recuerda la vista de la catedral desde la ventana de los Pascual. Vagabundea por la manzana un par de veces, convencido de que está cerca. Entonces oye una exaltación de risas de muchachas que vienen de una ventana del segundo piso, y se dirige hacia ella como una medusa absorbida por una tubería de entrada. Lo recuerda. Aquél es el sitio. Las

chicas intercambian cotilleos, en inglés, sobre una de sus profesoras. No distingue la voz de *Glory*, pero cree oír su risa.

—¡*Glory*! —dice. Más fuerte a continuación. Si le han escuchado, no le han prestado atención. Al fin, toma fuerza y lanza el ramo como si fuese una granada sobre la baranda de madera, atravesando el hueco entre los postigos de madreperla, que entra en la habitación.

Un milagroso silencio desde el interior, y luego un vendaval de risas. Los postigos de nácar se abren con lenta y angustiosa timidez. Una muchacha de diecinueve años sale al balcón. Viste el uniforme de una estudiante de enfermería. Tan blanco como la luz de las estrellas sobre el Polo norte. Se ha soltado el largo pelo negro para cepillárselo, y se agita lánguido con la brisa nocturna. Los restos de luz rosada de la puesta de sol hacen que su rostro resplandezca como carbón ardiendo. Durante un segundo se esconde tras el ramo, hunde la nariz en él, aspira profundamente, mirándole sobre las flores con los ojos negros. A continuación, hace descender el ramo lentamente para mostrar sus altos pómulos, su menuda y perfecta nariz, la fantástica escultura de sus labios, y los dientes, blancos pero atractivamente torcidos, apenas visibles. Sonríe.

—Jesús H. Cristo —dice Bobby Shaftoe—, tus mejillas son como un puñetero quitanieves.

Ella se lleva un dedo a los labios. El gesto de algo tocando los labios de *Glory* atraviesa el pecho de Shaftoe con una lanza invisible. *Glory* lo mira durante un rato, hasta que su mente tiene la certeza de que posee la atención del muchacho y que no va a irse a ningún sitio.

A continuación se da la vuelta. La luz roza su trasero, sin mostrar nada, pero sugiriendo una hendidura. Entra de nuevo y los postigos se cierran tras ella.

De pronto, la habitación llena de chicas se queda en silencio, exceptuando el murmullo ocasional de la risa contenida. Shaftoe se muerde la lengua. Lo están jodiendo todo. El señor y la señora Pascual notarán el silencio y sospecharán.

Resuena el hierro y se abre una gran puerta. El mozo le indica que pase. Shaftoe sigue al anciano por el oscuro y arqueado túnel de la cochera. Las duras suelas de sus relucientes zapatos negros resbalan sobre el empedrado. Un caballo del establo relincha al oler su loción para después del afeitado.

Desde el rincón del mozo se propaga una suave melodía norteamericana, música de baile emitida por la estación de las Fuerzas Armadas.

Parras en flor crecen sobre las paredes del patio. Es un mundo ordenado, tranquilo y cerrado, casi como estar en el interior. El mozo le señala en dirección a una de las escaleras que llevan al segundo piso. *Glory* lo llama el entresuelo y dice que en realidad es un piso encajado entre uno y otro, pero a Bobby Shaftoe le parece normal y corriente. Sube los escalones y levanta la vista para descubrir al señor Pascual, un pequeño hombre calvo con gafas y un diminuto bigote bien recortado. Viste una camisa de mangas cortas, de estilo americano, pantalones caqui, zapatillas, y sostiene una copa de San Miguel en una mano y un cigarrillo en la otra.

—¡Soldado Shaftoe! Bienvenido—dice.

Vaya. *Glory* ha decidido que en esta ocasión es mejor seguir las reglas. Se ha informado a los Pascual. Ahora, entre Bobby Shaftoe y la chica se interponen varias horas de charla social. Pero un marine nunca se desconcierta ante los reveses.

—Le pido perdón, señor Pascual, pero ahora soy cabo.

El señor Pascual se mete el cigarrillo en la boca y da la mano a Shaftoe.

—¡Bien, felicidades! La semana pasada vi a tu tío Jack. Creo que no tenía ni idea de que ibas a volver.

—Ha sido una sorpresa para todos, señor —dice Bobby Shaftoe.

Ahora se encuentran en un pasillo elevado que da la vuelta al patio. En el primer piso sólo habitan los animales y los sirvientes. El señor Pascual lo lleva hasta la puerta que da entrada al entresuelo. Allí las paredes son de piedra basta y los techos simples tablas pintadas. Atraviesan una oscura y sombría oficina donde el padre y el abuelo del señor Pascual solían recibir a los capataces de las haciendas y plantaciones familiares. Durante un momento, Bobby Shaftoe siente renacer la esperanza. Ese piso tiene algunas habitaciones que en los viejos días eran apartamentos para los sirvientes de alto nivel, tíos solteros y tías solteronas. Ahora que el negocio de la hacienda ya no es lo que era, los Pascual los alquilan a las estudiantes. Quizás el señor Pascual lo esté llevando directamente a *Glory*.

Pero acaba igual que todas las ilusiones estúpidas y calentonas cuando Shaftoe se encuentra al pie de una gran escalera de madera de nara pulida. En lo alto puede ver un techo de estaño prensado, candelabros y la

imponente superestructura de la señora Pascual, contenida en el interior de un impresionante corpino que parece concebido por un ingeniero naval. Suben por la escalera hasta la antesala, que según *Glory* es estrictamente para visitantes fortuitos e inesperados, pero es más elegante que cualquier otra habitación que Bobby Shaftoe haya visto. Por todas partes hay grandes jarrones y vasijas, supuestamente antiguas y supuestamente de Japón y China. Corre una brisa fresca; mira por la ventana y ve, cuidadosamente enmarcada, la cúpula verde de la catedral y la cruz celta en lo alto, justo como la recordaba. La señora Pascual tiende la mano y Shaftoe la agarra.

—Señora Pascual —dice—, gracias por recibirme en su casa.

—Por favor, siéntese —dice ella—, queremos oírlo todo.

Shaftoe se sienta en una silla elegante cerca del piano, se ajusta un poco los pantalones para no atrapar su pene en erección, y comprueba su afeitado. Probablemente todavía valdrá durante unas horas. Se oye pasar un escuadrón. La señora Pascual da instrucciones a la sirvienta en tagalo. Shaftoe examina los cortes secos de sus nudillos y se pregunta si la señora Pascual tiene la más mínima idea de lo que pasaría si realmente se lo contase todo. Quizás una pequeña anécdota sobre el combate mano a mano con los piratas fluviales chinos en las orillas del Yangtzé serviría para romper el hielo. Por entre una puerta y al final de un pasillo puede ver una esquina de la capilla familiar, todo arcos góticos, un altar dorado y frente a él un reclinatorio gastado por las rótulas de la señora Pascual.

Se sacan cigarrillos, amontonados en un gran caja lacada como obuses de artillería en un cajón. Beben té y charlan sobre banalidades durante lo que parecen unos treinta y seis minutos. La señora Pascual quiere que le garanticen una y otra vez que todo va bien y que no habrá guerra. Es evidente que el señor Pascual cree que la guerra está a la vuelta de la esquina, y se limita a preocuparse. Los negocios han ido bien últimamente. Él y Jack Shaftoe, el tío de Bobby, han estado pasando muchas cosas entre Manila y Singapur. Pero opina que los negocios pronto irán mal.

Aparece *Glory*. Se ha quitado el uniforme de estudiante y se ha puesto un vestido. Bobby Shaftoe casi se cae por la ventana. La señora Pascual vuelve a presentarlos formalmente. Bobby Shaftoe besa la mano de *Glory* en lo que considera que probablemente sea un gesto muy galante. Se alegra

de haberlo hecho, porque *Glory* lleva en la palma de la mano una nota que acaba en la suya.

*Glory* se sienta y como es debido se le asigna su propia taza de té. Otra eternidad de charla insustancial. El señor Pascual le pregunta por octogésima séptima vez si ya ha hablado con el Tío Jack, y Shaftoe reitera que literalmente acaba de bajar del barco y que ciertamente verá al Tío Jack mañana por la mañana. Se excusa para ir al baño, que es un viejo sistema de dos agujeros montado sobre unos pozos profundos que deben descender hasta el mismísimo infierno. Desdobla y lee la nota de *Glory*, memoriza las instrucciones, la rompe y arroja los trochos por el hueco.

La señora Pascual concede a los dos jóvenes amantes toda una media hora de «intimidad», lo que significa que los Pascual abandonan la habitación y regresan cada cinco minutos para ver cómo están. Se produce una ceremonia de despedida dolorosamente elaborada y larga que termina con Shaftoe de vuelta en la calle y *Glory* diciéndole adiós desde el balcón.

Media hora más tarde, hacen judo con las lenguas en el interior de un taxi tirado por caballos que galopa sobre el empedrado en dirección hacia los clubes nocturnos de Malate. La extracción de *Glory* de la residencia Pascual era algo sencillo para un marine de China totalmente decidido y un escuadrón de descaradas estudiantes de enfermería.

Pero *Glory* debe estar besándole con los ojos abiertos, porque de pronto se aparta de él con agilidad y le dice al taxista:

—¡Deténgase! ¡Por favor, deténgase, señor!

—¿Qué pasa? —dice Shaftoe desconcertado.

Mira a su alrededor y no ve nada excepto una inmensa y vieja iglesia de piedra que se alza muy por encima de ellos. La imagen le produce un incipiente ataque de pánico. Pero la iglesia está a oscuras, no hay filipinas vestidas de largo, ni marines en uniforme de gala, no puede ser su boda.

—Quiero mostrarte algo —dice *Glory*, mientras baja del taxi.

Shaftoe se ve obligado a perseguirla hasta el lugar en cuestión; la iglesia de San Agustín. Ha pasado frente a ese montón de piedras en muchas ocasiones, pero nunca se le había ocurrido que entraría en ella algún día… durante una «cita».

Ella se encuentra al pie de una enorme escalera y dice:

—¿Ves?

Shaftoe levanta la vista y mira a la oscuridad, pensando que debe haber una vidriera o dos allá en lo alto, quizás una Laceración de Cristo o un Empalamiento del Bendito Tórax, pero…

—Abajo —dice *Glory*, y golpea un pie en miniatura contra el primer escalón. Se trata de un único, grande, inmenso y enorme bloque de granito.

—Parece, en mi estimación, que ahí hay diez o veinte toneladas de roca —dice con autoridad.

—Vino de México.

—¡Ah, vaya!

*Glory* le sonríe.

—Llévame escaleras arriba.

Y por si Shaftoe estuviese considerando negarse, se arroja en sus brazos, y él no tiene más remedio que sostenerla. Le agarra el cogote con los brazos, para acercar mejor su cara a la de él, pero lo que Shaftoe recuerda es la sensación de la manga de seda sobre la piel del cuello recién afeitada. Comienza el ascenso. *Glory* no pesa mucho, pero después de cuatro escalones Shaftoe ha empezado a sudar ligeramente. Ella lo observa a diez centímetros de distancia, buscando signos de fatiga, y Shaftoe nota que se ruboriza. Es una suerte que toda la escalera esté iluminada simplemente por unas dos velas. Hay un encantador busto de Jesús coronado de espinas con largas gotas de sangre paralelas que descienden por su rostro, y a la derecha…

—Estas gigantescas piedras fueron extraídas de México, hace muchos, muchos siglos, antes de que los americanos tuviesen un país. Fueron traídas en las bodegas de los galeones de Manila, como lastre. —Al pronunciarlo destaca las eses y la erres.

—Vaya por Dios.

—Cuando los galeones llegaban, sacaban las piedras, una a una, de su interior y las traían aquí, a la iglesia de San Agustín, para apilarlas. Cada piedra sobre la piedra del año anterior. Hasta que, al fin, después de muchos, muchos años, la escalera quedó terminada.

Después de un rato, a Shaftoe le parece que va a necesitar al menos el mismo número de años para llegar a lo alto de aquella maldita cosa. La parte superior está adornada con un Jesús de tamaño natural cargando con

una cruz que parece al menos tan pesada como los escalones. Por tanto, ¿quién puede quejarse? Luego *Glory* dice:

—Ahora bájame, para que recuerdes la historia.

—¿Crees que soy un borracho cachondo incapaz de recordar una historia a menos que haya una chica bonita de por medio?

—Sí —dice *Glory*, y se ríe en su cara.

El la lleva de vuelta abajo. A continuación, antes de que ella se salga por cualquier otra tangente, la lleva directamente a la puerta y la sube al taxi.

Bobby Shaftoe no es de los que pierden la calma en el calor de la acción, pero para él el resto de la velada es un confuso sueño febril. Sólo unas pocas impresiones penetran en la neblina: apearse del taxi frente a un hotel del paseo marítimo; todos los otros tíos mirando boquiabiertos a *Glory*; Bobby Shaftoe mirándoles a ellos, amenazando con enseñarles buenos modales. Bailes lentos con *Glory* en el salón de baile, el muslo cubierto de seda de *Glory* deslizándose gradualmente entre sus piernas, su cuerpo firme presionando el suyo cada vez con mayor fuerza. Caminar por el rompeolas, cogidos de la mano, bajo las estrellas. Notar que la marea está baja. Intercambiar miradas. Llevarla en brazos hasta la delgada franja de playa rocosa.

Para cuando empiezan a follar de verdad, ya ha perdido la conciencia, y se encuentra en un sueño fantástico y libidinoso. Él y *Glory* follan sin la menor vacilación, sin ninguna duda, sin la más mínima inquietud en la mente. Sus cuerpos se han fundido espontáneamente, como un par de gotas que corren juntas por una ventana. Si él piensa en algo, es que toda su vida ha culminado en ese momento. Su infancia en Oconomowoc, la noche de graduación del instituto, la caza del ciervo en la Península superior, el campo de entrenamiento de la isla de Paris, todas las peleas y reyertas en China, su duelo con el sargento Frick, son la madera tras la punta de la lanza.

Se oyen sirenas en algún sitio. Del susto recupera la conciencia. ¿Lleva allí toda la noche, sosteniendo a *Glory* contra el rompeolas, con los muslos de ella alrededor de su cintura? No puede ser posible. La marea no ha subido nada.

—¿Qué pasa? —pregunta *Glory*.

Tiene las manos alrededor del cuello de Bobby. Las suelta y las baja hasta el pecho.

Todavía sosteniéndola, con las manos formando un cabestrillo bajo su culo cálido y perfecto, Shaftoe se separa del rompeolas y se vuelve hacia la playa, mirando al cielo.

Ve reflectores que comienzan a encenderse. Y no se trata de un estreno de Hollywood.

—Es la guerra, cariño.

*OceanofPDF.com*

# Excursiones

El vestíbulo del Hotel Manila tiene aproximadamente las dimensiones de un campo de fútbol. Huele a perfume del año pasado, raras orquídeas tropicales y *spray* para bichos. Hay un detector de metales en la entrada principal, porque resulta que el Primer Ministro de Zimbabwe se hospeda aquí durante unos días. Enormes africanos ataviados con buenos trajes están repartidos por todas partes en grupos de dos o tres. Una pequeña multitud de turistas nipones, en bermudas, sandalias y calcetines blancos, se ha acomodado en los profundos, gruesos y anchos sofás, esperando con tranquilidad una señal preestablecida. Niños filipinos de clase alta exhiben paquetes cilíndricos de patatas fritas como si fuesen jefes tribales cargando con mazas ceremoniales. Un botones solemne, ya mayor, circula alrededor del perímetro defensivo portando un tanque con bomba manual y rociando en silencio el insecticida contra el zócalo. Entra Randall Lawrence Waterhouse con un polo turquesa bordado con el logotipo de una de las compañías de alta tecnología en quiebra que él y Avi han fundado, vaqueros flojos sujetos por tirantes y enormes zapatos deportivos que en su día fueron blancos.

En cuanto terminó con las formalidades del aeropuerto, se dio cuenta de que Filipinas, como México, es uno de esos países en los que los Zapatos Importan. Se acerca con rapidez a recepción para que la hermosa joven ataviada con un uniforme azul marino no pueda verle los pies. Un par de botones se enzarzan en una lucha patética y digna de Sísifo con su equipaje, que aproximadamente tiene las dimensiones y la masa de un archivador de dos cajones.

—Allí no encontrarás libros técnicos —le había dicho Avi—, llévate todo lo que podrías llegar a necesitar.

La *suite* de Randy tiene un dormitorio y sala de estar, los dos con techos de más de cuatro metros de alto, y un pasillo a un lado con varios armarios y tecnologías relacionadas con la fontanería. Toda la habitación está recubierta de una madera tropical teñida de un encantador tono castaño reluciente que sería deprimente en latitudes del norte pero que, allí, ofrece una sensación acogedora y serena. Los dos cuartos principales tienen inmensas ventanas con pequeñas indicaciones junto a los cierres que advierten sobre los insectos tropicales. Cada habitación está defendida de su ventana por un sistema multicapa de barreras entrelazadas: contraventanas de madera increíblemente sólidas que resuenan sobre sus guías como si fuesen un tren de carga maniobrando en un cruce de vías; una segunda capa de contraventanas consistente en cuadrados de cinco centímetros de nácar engarzados en una rejilla de madera barnizada y que se mueven sobre sus propias guías, visillos, y finalmente, cortinas de gran calibre que no dejan pasar la luz, cada una de ellas suspendida de su propio juego de estruendosos rieles industriales.

Pide una enorme cafetera llena, que apenas sirve para mantenerlo despierto el tiempo justo para deshacer el equipaje. La tarde está terminando. Nubes púrpura caen de las montañas cercanas con el evidente impulso de la lava volcánica y convierten la mitad del cielo en una pared desnuda iluminada por las franjas verticales de luz de los relámpagos; las paredes de la habitación del hotel centellean como si un ejército de paparazzi estuviese actuando al otro lado de la ventana. En la calle, los vendedores de comida del parque Rizal recorren las aceras de arriba abajo intentando evitar la lluvia, que cae, como lleva haciéndolo desde hace medio milenio, sobre los inclinados paredones de Intramuros. Si esos muros no corriesen en línea recta podrían confundirse por un accidente natural de la geología: crestas desnudas de oscura roca volcánica que surgen de la hierba como los dientes de las encías. Los muros tienen muescas en forma de cola de paloma que convergen en antiguos emplazamientos de cañones, proporcionando campos de fuego superpuestos al otro lado de un foso desecado.

Viviendo en Estados Unidos nunca llegas a ver nada de mayor antigüedad que unos dos siglos y medio, y tienes que visitar la costa este del país para eso. El mundo de los viajeros de negocios, compuesto por aeropuertos y taxis, tiene el mismo aspecto en todas partes. Randy nunca se cree que está en un país diferente hasta que ve algo como Intramuros y, a continuación, debe quedarse allí mirando como un idiota durante un buen rato, cavilando.

Ahora mismo, al otro lado del océano Pacífico, en una pequeña y elegante ciudad victoriana situada a un tercio del camino de San Francisco a Los Angeles, hay ordenadores paralizándose, archivos cruciales están desapareciendo y los *e-mail* se pierden en el espacio intergaláctico, porque Randy Waterhouse no está allí para vigilar cómo van las cosas. La ciudad en cuestión presume de tres pequeñas universidades: una fundada por el Estado de California y dos fundadas por confesiones protestantes ahora activamente vilipendiadas por todo el cuerpo de profesores. Consideradas en conjunto, esas universidades —las Tres Hermanas— conforman un centro académico de mediana importancia. Los sistemas de ordenadores están conectados entre sí. Intercambian profesores y estudiantes. De vez en cuando organizan congresos académicos. Esa parte de California ofrece playas, montañas, bosques de secuoyas, viñedos, campos de golf y por todas partes instalaciones penitenciarias en crecimiento. Hay muchos hoteles de tres o cuatro estrellas, y las Tres Hermanas, consideradas en conjunto, poseen auditorios y salas de reuniones suficientes para organizar un congreso para miles de asistentes.

La llamada de teléfono de Avi, unas ochenta horas antes, llegó en medio de un importante congreso interdisciplinario llamado «La Fase Intermedia (1939—1945) del Esfuerzo por la Supremacía Global en el Siglo XX (Era Común)». Como es un poco trabalenguas, le han dado el conciso mote de «La Guerra como Texto».

Viene gente de sitios como Amsterdam y Milán. El comité organizador de la conferencia —que incluye a la novia de Randy, Charlene. que en realidad ahora mismo está dando muestras de ser su ex novia— contrató a un artista de San Francisco para el póster. Empezó con una fotografía de media tinta en blanco y negro de un macilento soldado de infantería de la Segunda Guerra Mundial con un cigarrillo colgándole del labio inferior.

Trabajó sobre ella una y otra vez usando una fotocopiadora, ampliando los puntos del medio tono hasta convertirlos en grumos bastos, como bolas de goma mascadas por un perro, y sometiéndola a otras muchas distorsiones hasta tener una figura desolada, impresionante e irregular; los ojos pálidos del soldado se volvieron de un blanco fantasmagórico. Luego añadió algunos elementos en color: carmín rojo, sombra de ojos azul, y parte de un sujetador rojo sobresaliendo de la camisa desabrochada del soldado.

El póster ganó un premio casi en el momento de salir al público. Eso llevó a un comunicado de prensa, lo que a su vez llevó a que el póster fuese consagrado por los medios de comunicación como Objeto Oficial de Controversia. Un periodista decidido consiguió localizar al soldado de la fotografía original, un veterano de guerra condecorado y fabricante retirado de herramientas que, casualidades, no sólo estaba vivo sino que gozaba de excelente salud, y que, desde la muerte de su esposa de cáncer de pulmón, pasaba su jubilación vagando por el Sur Profundo en su camioneta ayudando a reconstruir iglesias negras que habían sido quemadas por salvajes borrachos.

El artista que diseñó el póster confesó luego que se había limitado a copiar la fotografía de un libro y no había realizado ningún esfuerzo en absoluto por obtener permiso: el mismo concepto de pedir permiso para hacer uso de la obra de otra persona era defectuoso, ya que toda obra de arte derivaba de otra obra de arte. Poderosos abogados de alto nivel convergieron, como bombarderos, sobre el pequeño pueblecito de Kentucky donde el agraviado veterano se encontraba en el techo de una iglesia negra con la boca llena de clavos, clavando planchas de contrachapado y murmurando «sin comentarios» a una horda de periodistas plantados en el césped. Después de una serie de conferencias en una sala del Holiday Inn del pueblo, el veterano surgió, acompañado por uno de los cinco abogados más famosos sobre la faz de la Tierra, y anunció que iba a presentar una demanda civil contra las Tres Hermanas, que si prosperaba las convertiría a ellas y a toda su comunidad en abrasión humeante sobre la superficie del planeta. Prometió compartir la indemnización con las iglesias negras, varios grupos de veteranos minusválidos y equipos para la investigación sobre el cáncer de pecho.

El comité organizador retiró el póster de la circulación, lo que dio lugar a que un millar de copias piratas apareciesen en la web y llamó la atención de millones de personas que no lo hubiesen visto en caso contrario. También presentaron una demanda contra el artista, cuyos recursos económicos podrían detallarse en el reverso de un billete de metro: poseía unos miles de dólares y deudas (en su mayoría préstamos para estudios) por unos sesenta y cinco mil dólares.

Todo aquello sucedió incluso antes de que comenzase el congreso. Randy estaba al corriente sólo porque Charlene le había puesto contra las cuerdas para que ofreciese infraestructura informática para el congreso, lo que significaba montar una sede web y acceso de correo electrónico para los asistentes. Cuando todo aquello se supo, los correos empezaron a llegar en torrente, y pronto bloquearon todas las líneas y llenaron toda la capacidad de disco que Randy había tardado meses en montar.

Los conferenciantes empezaron a llegar. Y muchos de ellos parecía que habían decidido acomodarse en la casa donde Randy y Charlene habían estado viviendo juntos durante siete años. Se trataba de una vieja casa victoriana con mucho espacio. Llegaron desde Heidelberg, París, Berkeley y Boston, y se sentaron a la mesa de la cocina de Randy y Charlene, bebiendo café y hablando durante horas sobre el Espectáculo. Randy infería que el Espectáculo se refería al escándalo del póster, pero a medida que lo discutían, comenzó a sentir que no empleaban la palabra en su sentido convencional sino como parte de la jerga académica; que conllevaba gran cantidad de grises y connotaciones, ninguna de las cuales Randy llegaría a comprender a menos que se convirtiese en uno de ellos.

Para Charlene, y para todos los asistentes a «La Guerra como Texto», era una verdad evidente que el veterano que había presentado la demanda pertenecía a la peor especie de ser humano: justo el tipo de ser humano por el que se habían reunido, para desmitificarlo, quemar su efigie y tirar las cenizas al contenedor del discurso poshistórico. Randy había pasado mucho tiempo cerca de esa gente, y creía haberse acostumbrado a ellos, pero durante esos días tenía un dolor de cabeza constante de tanto mantener los dientes apretados, y continuamente se ponía en pie de un salto en medio de las comidas o las conversaciones y salía a dar paseos solitarios. En parte era

para evitar decir algo poco diplomático, y en parte una táctica infantil e infructuosa para llamar la atención que deseaba de Charlene.

Sabía desde el principio que toda la saga del póster iba a ser un desastre. Continuamente prevenía a Charlene y a los otros. Le escuchaban con frialdad, con atención clínica, como si Randy fuese un sujeto de investigación situado en el lado incorrecto de un cristal de observación.

Randy se obliga a permanecer despierto el tiempo suficiente para que se haga de noche. Luego se tiende en la cama durante unas horas intentando dormir. El puerto de contenedores está justo al norte del hotel, y durante toda la noche, el Boulevard Rizal, a lo largo de la base de la antigua muralla española, resulta abarrotado de un lado a otro por vehículos de transporte de contenedores. Toda la ciudad es un caldero de combustión interna. Manila parece tener más émbolos y tubos de escape que todo el resto del mundo junto. Incluso a las dos de la mañana la masa aparentemente firme del hotel ronronea y vibra por efecto de la energía sísmica que surge de todos esos motores. El ruido hace saltar las alarmas de coches en el aparcamiento del hotel. El ruido de una alarma hace saltar otra, y así en cadena. No es tanto el ruido como la insensata estupidez de la reacción en cadena lo que mantiene a Randy despierto. Es una lección perfecta: el tipo de jodienda efecto bola de nieve tecnológica que mantiene a los *hackers* despiertos incluso cuando no pueden oír los resultados.

Abre una Heineken del minibar y se sitúa frente a la ventana, observando. Muchos de los camiones están adornados con brillantes despliegues de luces multicolores, no tan ostentosas como las de los típicos *jeepneys* filipinos que corretean y compiten entre ellos. Ver a tanta gente despierta y trabajando hace que resulte imposible dormir.

Sufre demasiado desajuste horario para hacer nada que exija pensar, pero hay una tarea importante que sí puede hacer, que no requiere pensar para nada. Vuelve a encender el portátil. Parece levitar en el centro de la habitación oscura, la pantalla convertida en un rectángulo perfecto de luz del color de la leche diluida, de un amanecer nórdico. La luz tiene su origen en pequeños tubos fluorescentes aprisionados en el ataúd de policarbonato de la pantalla del ordenador. Sólo puede escapar a través de una superficie de vidrio, frente a Randy, completamente cubierta de pequeños transistores

dispuestos en una rejilla que permite el paso de los fotones, o no, o sólo permite el paso de aquellos con cierta longitud de onda, convirtiendo la pálida luz en colores. Activando y desactivando esos transistores según un plan sistemático, Randy Waterhouse recibe información. Un buen director de cine podría presentar toda una historia a Randy, tomando el control de esos transistores durante un par de horas.

Por desgracia, hay más portátiles flotando por ahí que directores a los que valga la pena prestar atención. Los transistores casi nunca caen en manos de seres humanos. En lugar de eso, los controla el software. Antes Randy estaba fascinado por el software, pero ya no. Ya es bastante difícil encontrar seres humanos interesantes.

Aparecen la pirámide y el ojo. Randy pasa tanto tiempo usando Ordo que ha hecho que la máquina lo arranque al empezar.

Hoy en día el portátil sólo tiene un propósito para Randy: lo usa para comunicarse con otra gente por medio del correo electrónico. Cuando se comunica con Avi debe emplear Ordo, que es una herramienta para recoger sus ideas y convertirlas en bits que son casi indistinguibles del ruido blanco, para poder enviárselos a Avi en privado. A cambio, recibe ruido de Avi que convierte en los pensamientos de Avi.

En estos momentos, Epiphyte no tiene más recursos que la información; no es más que una idea con algunos hechos y datos para sustentarla. Eso la convierte en fácilmente hurtable. Por tanto, lo del cifrado es una buena idea. La pregunta es: ¿qué nivel de paranoia es realmente el apropiado?

Avi le envió un mensaje de correo cifrado:

```
Cuando llegues a Manila me gustarla que generases un par clave de 4096 bits y lo
guardes en un disco floppy que lleves encima todo el tiempo. No la conserves en tu
disco duro. Cualquiera podría entrar en tu habitación cuando no estés y robar la
clave.
```

Ahora Randy despliega un menú y elige el elemento etiquetado como «Nueva clave…».

Se le ofrecen varias opciones para LONGITUD DE LA CLAVE: 768 bits, 1024, 1536, 2048, 3072, u Opcional. Randy elige la última opción y luego, con cansancio, teclea 4096.

Incluso romper una clave de 768 bits requiere vastos recursos. Si se añade un bit, para hacerla de 769 bits, el número de claves posibles se

duplica, y el problema se vuelve mucho más difícil. Una clave de 770 es aún más difícil, y así sucesivamente. Usando claves de 768 bits, Randy y Avi podrían mantener sus conversaciones en secreto para casi todas las entidades del mundo durante los próximos años. Una clave de 1024 bits sería astronómicamente más difícil de romper.

Algunas personas llegan al punto de usar claves de 2048 e incluso 3072 bits de longitud. Eso detendría a los mejores descifradores del mundo durante periodos de tiempo astronómicos, excluyendo la invención de alguna tecnología fantástica como los ordenadores cuánticos. La mayor parte del software de cifrado —incluso el escrito por expertos criptográficos extremadamente preocupados por la seguridad— no puede siquiera manejar claves más largas. Pero Avi insiste en usar Ordo, que por lo general se considera el mejor software de cifrado del mundo, porque puede manejar claves de longitud ilimitada… siempre que no te importe esperar a que calcule todos los números.

Randy empieza a teclear. No se molesta en mirar a la pantalla; mira por la ventana los focos de los *jeepneys* y los camiones. Está empleando una única mano, limitándose a golpear ligeramente en el teclado.

En el interior del ordenador de Randy hay un reloj preciso. Cuando pulsa una tecla, Ordo usa ese reloj para anotar el momento exacto, con precisión de microsegundos. Pulsa una tecla a las 03:05:56,935788 y otra a las 03:05:57,290664, o 0,354876 segundos más tarde. Pulsa otra 0,372307 segundos más tarde. Ordo registra todos esos intervalos y elimina los dígitos más significativos (en este ejemplo, el 0,35 y el 0,37) porque esas partes tenderán a ser similares en una pulsación y la siguiente.

Ordo quiere azar. Sólo quiere los dígitos menos significativos, digamos, el 76 y el 07 justo al final de los números. Quiere un buen montón de números al azar, y quiere que haya mucho, mucho azar. Está tomando números más o menos al azar y pasándolos por una función hash que añade todavía más azar. Ejecuta rutinas estadísticas sobre los resultados para asegurarse de que no contienen estructuras ocultas. Su ansia de azar es asombrosamente alta, y no dejará de pedirle a Randy que pulse el teclado hasta que no esté satisfecho.

Cuanto más larga es la clave que quieres generar, más largo es el proceso. Randy intenta generar una ridículamente larga. Le ha comentado a

Avi, por medio de un mensaje cifrado, que si cada una de las partículas de materia del universo pudiese emplearse para construir un único superordenador cósmico, y ese ordenador trabajase en intentar romper la clave de cifrado de 4096 bits, le llevaría más tiempo que toda la vida estimada del universo.

—Empleando la tecnología actual —le respondió Avi—, eso es cierto. Pero ¿qué hay de los ordenadores cuánticos? ¿Y si se desarrollan nuevas técnicas matemáticas que simplifiquen la factorización de grandes números?

—¿Cuánto tiempo quieres que sean secretos esos mensajes? —le preguntó Randy en el último mensaje antes de abandonar San Francisco—. ¿Cinco años? ¿Diez años? ¿Veinticinco años?

Después de llegar al hotel esa tarde, Randy descifró y leyó la respuesta de Avi. Todavía la tiene colgada frente a los ojos, como la imagen remanente de un *flash*.

```
Quiero que sigan siendo secretos mientras los hombres sean capaces del mal.
```

El ordenador lanza un pitido al fin. Randy deja descansar la mano cansada. Ordo le informa amablemente que puede que esté ocupado durante un rato, y luego se pone a trabajar. Está buscando en el cosmos de los números puros, buscando dos grandes primos que puedan multiplicarse entre sí para producir un número de 4096 bits de longitud.

Si quieres que tus secretos sigan siéndolo más allá del fin de tu vida, debes ser un futurista. Debes anticipar qué velocidad alcanzarán los ordenadores durante ese periodo. También debes estudiar la política. Porque si el planeta entero se convirtiese en un estado policial obsesionado con recuperar viejos secretos, puede que se dediquen vastos recursos al problema de factorizar grandes números compuestos.

Por tanto, en esencia, la longitud de la clave que empleas es por sí misma una especie de código. Un espía del gobierno que supiese de qué va el asunto, al darse cuenta de que Randy y Avi emplean una clave de 4096 bits, podría llegar a alguna de las siguientes conclusiones:

Avi no sabe lo que está haciendo. Esta conclusión puede desestimarse, investigando algunos de sus logros pasados. O,

Avi sufre paranoia clínica. También puede desestimarse con un poco de investigación. O,

Avi es extremadamente optimista en lo que respecta al desarrollo futuro de la tecnología de ordenadores, o pesimista en lo que respecta a la situación política, o ambas cosas. O,

Avi planifica con un horizonte que se extiende durante periodos de tiempo superiores al siglo.

Randy da vueltas por la habitación mientras el ordenador navega por el espacio numérico. Los contenedores que llevan los camiones exhiben los mismos logotipos que los que solían llenar las calles de South Seattle cuando descargaba un barco. Para Randy es extrañamente satisfactorio, como si, dando aquel alocado salto sobre el Pacífico, hubiese dotado a su vida de una especie de simetría antipodal. Había ido del lugar donde las cosas se consumen a donde son producidas, de la tierra donde el onanismo se venera en los más altos niveles de la sociedad a una donde los coches llevan en las ventanillas pegatinas que dicen «¡NO a los anticonceptivos!». Parece grotescamente adecuado. No se sentía de la misma forma desde que Avi y él iniciaron su primera aventura empresarial, malograda, doce años atrás.

Randy creció en una ciudad universitaria del este del estado de Washington, se graduó en la Universidad de Washington en Seattle, y acabó con un puesto de oficinista II en la biblioteca de la ciudad —para ser específicos, el Departamento de Préstamos Interbibliotecarios— donde su trabajo consistía en procesar las peticiones de préstamos que llegaban por correo desde bibliotecas más pequeñas de toda la región y, a la inversa, enviar peticiones a otras bibliotecas. Si el Randy Waterhouse de nueve años hubiese tenido la oportunidad de echar un vistazo al futuro para verse en aquel puesto, se habría sentido encantado más allá de lo posible: la principal herramienta del Departamento de Préstamos Interbibliotecarios era el saca grapas. El joven Randy había visto uno de esos dispositivos en las manos de su profesor de cuarto curso y había quedado cautivado por el ingenio que manifestaba y por el aspecto terrible que tenía, como si fuesen las mandíbulas de un dragón robot del futuro. Es más, deliberadamente había grapado mal para poder pedirle a su profesor que las desgrapase, para poder ver así esas

terribles mandíbulas en acción. Había llegado hasta el extremo de robar un sacagrapas de un escritorio en la iglesia y lo había incorporado a un robot de mecano, un dispositivo asesino, con el que había aterrorizado a la mayor parte del vecindario; sus mandíbulas de víbora separaron muchas piezas de juguetes de plásticos y accesorios antes de que se descubriese el robo y Randy se convirtiese en un ejemplo ante Dios y ante los hombres. Ahora, en la oficina de Préstamos Interbibliotecarios, Randy no sólo tenía uno, sino varios saca grapas en su escritorio y se veía obligado a usarlos durante una o dos horas al día.

Como la biblioteca de la Universidad de Washington estaba bien dotada, normalmente no pedían libros a otras bibliotecas a menos que alguien los hubiese robado o se tratase de volúmenes, en algún sentido, peculiares. La oficina de PIB (como la llamaban con afecto Randy y sus colegas) tenía sus clientes regulares, gente con una larga lista de libros extraños entre sus preferencias. Esas personas tendían a ser tediosas o terroríficas, o ambas cosas a la vez. Randy siempre acababa tratando con el subgrupo de «ambas cosas», porque Randy era el único oficinista que no estaba allí de por vida. Parecía claro que él, con su licenciatura en astronomía y sus amplios conocimientos de ordenadores, se iría algún día, mientras que sus compañeros de trabajo no atesoraban tales ambiciones. Su más amplia esfera de intereses, su, en cierta forma, más amplio concepto de la normalidad, era útil cuando ciertas personas entraban en la oficina.

Desde el punto de vista de muchas personas, el propio Randy era un personaje tedioso, terrorífico y obsesivo. No sólo le obsesionaba la ciencia, sino también los juegos de rol de fantasía. La única forma en que podía soportar trabajar en un puesto tan estúpido durante un par de años era porque su tiempo libre estaba dedicado completamente a erigir escenarios de fantasía de tal profundidad y complejidad que ejercitaba todos los circuitos craneales que tan evidentemente se malgastaban en la oficina de PIB. Pertenecía a un grupo que se reunía cada viernes por la noche para jugar hasta bien entrado el domingo. Los otros incondicionales del grupo eran un doble licenciado en informática y música llamado Chester, y un estudiante de posgrado en historia llamado Avi.

Cuando un estudiante de máster llamado Andrew Loeb entró en la oficina PIB un día, con un cierto brillo en los ojos, y sacó de una sucia

mochila un fajo de papeles de tres pulgadas de ancho consistente en formularios de petición cuidadosamente mecanografiados, fue reconocido inmediatamente como miembro de la especie «peculiar» y enviado en dirección a Randy Waterhouse. Era evidente que se trataba de espíritus afines, aunque Randy no lo comprendió por completo hasta que los libros solicitados por Loeb empezaron a llegar en el carrito desde la sala de correo.

El proyecto de Andy Loeb consistía en calcular el presupuesto energético de las tribus indias locales. Un cuerpo humano debe gastar una cierta cantidad de energía sólo para seguir respirando y mantener la temperatura corporal. La cifra aumenta cuando hace frío o el cuerpo en cuestión está realizando un trabajo. La única forma de obtener esa energía es comiendo alimentos. Algunos alimentos tienen un contenido energético más alto que otros. Por ejemplo, la trucha es muy nutritiva pero con un contenido de grasa y carbohidratos tan bajo que puedes morirte de hambre comiéndola tres veces al día. Otros alimentos pueden contener mucha energía, pero se requiere tanto trabajo para obtenerlos y prepararlos que comerlos produciría una pérdida, desde el punto de vista de la eficacia energética. Andy Loeb intentaba descubrir qué comían históricamente ciertas tribus indias del noroeste, cuánta energía gastaban para conseguir esos alimentos y cuánta obtenían comiéndolos. Quería hacer los cálculos para indios costeros como los Salish (que tenían acceso fácil al marisco) y para indios del interior como los Cayuse (que no lo tenían) como parte de un plan extremadamente complejo para demostrar una idea sobre los niveles de vida relativos de esas tribus y como eso afectaba a su desarrollo cultural (las tribus costeras realizaban un arte fantásticamente detallado y las de interior se limitaban a grabar ocasionalmente figuritas en las piedras).

Para Andrew Loeb era un ejercicio de erudición metahistórica. Para Randy Waterhouse sonaba como el inicio de un juego genial. Estrangula a una musaraña y ganas 136 Puntos de Energía. Pierde la musaraña y tu temperatura corporal baja otro grado.

Si algo caracterizaba a Andy era el ser metódico, y por tanto había buscado todos los libros escritos sobre el tema, y cada uno de los libros mencionados en las bibliografías de esos libros, incluso retrocediendo cuatro o cinco generaciones; sacó todos los disponibles localmente y pidió

el resto al PIB. Estos últimos pasaron por el escritorio de Randy. Leyó algunos y ojeó otros. Aprendió cuánta grasa de ballena tenían que comer los exploradores árticos para evitar morir de hambre. Leyó detenidamente las especificaciones de las raciones del ejército. Pasado un tiempo, empezó a ir a la fotocopiadora para copiar algunos datos clave.

Para realizar un juego de rol de fantasía que fuese realista, debes llevar la cuenta de la comida que obtienen los personajes imaginarios y lo que les cuesta obtenerla. Los personajes que atravesasen el desierto de Gobi en noviembre del 5000 antes de Cristo tendrían que pasar mucho más tiempo preocupándose por la comida que, digamos, unos que viajasen por Illinois en 1950.

Randy no era el primer diseñador de juegos en darse cuenta de ese detalle. Había algunos juegos increíblemente estúpidos en los que no tenías que preocuparte por la comida, pero Randy y sus amigos los tenían en muy poca consideración. En todos los juegos en los que participaba, o que diseñaba él mismo, debía dedicar una cantidad de tiempo realista a conseguir comida para los personajes. Pero no era fácil determinar lo que era realista. Como la mayoría de los diseñadores, Randy superó el problema reuniendo algunas ecuaciones rudimentarias que básicamente se inventó. Pero en los libros, artículos y tesis que Andrew Loeb pedía a través del PIB, descubrió precisamente los datos en bruto que una persona con inclinación matemática podría usar para crear un sistema complejo de reglas basado en hechos científicos.

Quedaba descartado simular todos los procesos físicos que se producían en el cuerpo de los personajes, sobre todo si en el juego disponías de un ejército de cientos de miles. Incluso una simulación rudimentaria, que siguiese unas pocas variables y usase ecuaciones simples, requeriría una cantidad increíble de papel si lo hacías todo a mano. Pero todo eso sucedía a mediados de los ochenta, cuando los ordenadores personales se habían vuelto baratos y ubicuos. Un ordenador podría controlar automáticamente una gran base de datos y especificarte si cada personaje estaba bien alimentado o se moría de hambre. No había ninguna razón para no hacerlo con un ordenador.

A menos que, como en el caso de Randy Waterhouse, tuvieses un trabajo tan mierdoso que no pudieses permitirte un ordenador.

Evidentemente, había una forma de evitar el problema. La universidad poseía muchos ordenadores. Si Randy podía conseguirse acceso a uno de ellos, podría escribir el programa y ejecutarlo gratis.

Por desgracia, los accesos sólo estaban disponibles para los estudiantes o profesores, y Randy no era ninguna de esas cosas.

Por suerte, por esa época había empezado a salir con una estudiante de posgrado llamada Charlene.

¿Cómo demonios acabó un tipo con forma de barril, estudiante de ciencias, que trabajaba en un empleo sin futuro como administrativo, y que dedicaba todo su tiempo libre a un pasatiempo tan consumadamente *friki* como los juegos de rol de fantasía, embarcado en una relación con una esbelta y guapa estudiante de arte que pasaba su tiempo libre navegando en kayak y viendo películas extranjeras? Debía ser una de esas situaciones en las que los opuestos se atraen, una relación complementaria. Se conocieron, como es natural, en la oficina del PIB, donde el muy inteligente pero seguro y tranquilizador Randy ayudó a la muy inteligente pero dispersa y frivola Charlene a organizar un montón desordenado de peticiones de préstamo. Le hubiese pedido salir allí mismo, pero era tímido. La segunda y tercera oportunidad se presentaron cuando los libros que había pedido empezaron a salir del cuarto del correo, y al final le pidió salir y fueron a ver una película juntos. Los dos resultaron no sólo estar deseosos sino ansiosos, y posiblemente desesperados. Antes de que se diesen cuenta, Randy le había dado a Charlene una llave de su apartamento, y Charlene le había dado a Randy la clave de su cuenta gratuita en el ordenador de la universidad, y todo iba de maravilla.

El sistema informático de la universidad era mejor que no tener ordenador. Pero Randy se sentía humillado. Como toda otra red informática académica de alta potencia, aquélla estaba basada en un potente sistema operativo llamado UNIX, que tenía una curva de aprendizaje tan empinada como el Matterhorn, y carecía de las encantadoras y elegantes características de los ordenadores personales que se estaban poniendo de moda. Randy lo había usado mucho como estudiante y sabía cómo manejarse con él. Aun así, aprender a escribir un buen código en aquella cosa requería mucho tiempo. Su vida había cambiado con la aparición de Charlene, y ahora cambió aún más: dejó por completo el circuito de juegos

de rol, dejó de asistir a las reuniones de la Sociedad para el Anacronismo Creativo y empezó a pasar todo su tiempo libre con Charlene o frente a la Terminal del ordenador. Teniéndolo todo en cuenta, probablemente fue un cambio para mejor. Con Charlene hacía cosas que no hubiese hecho de otra forma, como hacer ejercicio, o ir a escuchar música en directo. Y frente al ordenador, aprendía habilidades nuevas, y creaba algo. Puede que fuese algo completamente inútil, pero al menos creaba.

Pasaba mucho tiempo hablando con Andrew Loeb, que era quien realmente iba por ahí y ponía en práctica las cosas sobre las que él escribía un programa; desaparecía durante unos días y regresaba cojeando y macilento, con escamas de pez en el pelo de la barba y sangre animal seca bajo las uñas. Se tragaba un par de hamburguesas, dormía veinticuatro horas y luego iba al encuentro de Randy en un bar (a Charlene no le gustaba la idea de tenerlo por la casa) y hablaba con conocimiento de causa sobre las dificultades de la vida diaria, al estilo aborigen. Discutían sobre si los aborígenes llegarían a comerse las partes más desagradables de los animales o las desecharían. Andrew votaba que sí. Randy estaba en desacuerdo; el hecho de que fuesen primitivos no quería decir que no tuviesen gusto. Andrew lo acusaba de ser un romántico. Al final, para acabar con la discusión, fueron juntos a las montañas, armados sólo con cuchillos y la colección de trampas para alimañas que Andrew había construido con suma exquisitez. A la tercera noche, Randy se descubrió considerando seriamente la posibilidad de comerse algunos insectos.

—Q.E.D —dijo Andrew.

En todo caso, Randy terminó el programa al cabo de un año y medio. Fue un éxito; Chester y Avi lo adoraban. Randy se sentía moderadamente alegre por haber construido algo tan complicado que realmente funcionase, pero no se hacía ilusiones sobre su utilidad práctica. Se sentía ligeramente avergonzado por haber malgastado tanto tiempo y energías mentales en el proyecto. Pero sabía que si no hubiese estado escribiendo un código, habría empleado la misma cantidad de tiempo jugando a algún juego o yendo a las reuniones de la Sociedad para el Anacronismo Creativo vestido como en la Edad Media, así que al final la cosa se compensaba. Además, podría argumentarse que pasar el tiempo delante de la pantalla era mejor porque así mejoraba sus conocimientos de programación, que ya eran buenos al

empezar. Por otra parte, había realizado todo el trabajo en el sistema UNIX, que era para científicos e ingenieros; no parecía un movimiento muy inteligente en una época en la que todo el dinero estaba en los ordenadores personales.

Chester y Randy le habían puesto a Avi el mote de «Ávido», porque realmente, de verdad, le gustaban los juegos de fantasía. Avi siempre había dicho que los jugaba cómo una forma de comprender como era en realidad vivir en los tiempos antiguos, y era un fanático de la precisión histórica. No estaba mal; todos tenían sus ridiculas excusas, y la perspicacia histórica de Avi venía bien a menudo.

No mucho después, Avi terminó la carrera, desapareció, y reapareció meses más tarde en Minneapolis, donde había conseguido un trabajo en una importante editorial de juegos de rol de fantasía. Se ofreció a comprar el programa de Randy por la asombrosa cifra de mil dólares más un porcentaje sobre los beneficios futuros. Randy aceptó la oferta en líneas generales, le pidió a Avi que le enviase un contrato. y luego salió y se encontró con Andrew hirviendo entrañas de pescado en un hervidor sobre una parrilla en el tejado del edificio de apartamentos en el que vivía. Quería darle a Andrew la buena noticia, y ofrecerle una parte de las ganancias. Lo que vino a continuación fue una conversación realmente desagradable, de pie allí arriba bajo una lluvia violenta y torrencial.

Para empezar, Andrew se tomó el asunto bastante más en serio que Randy. Randy lo veía como una suerte inesperada, una lotería. Andrew, que era hijo de un abogado, lo trataba como si fuese una importante fusión comercial, e hizo muchas preguntas tediosas e insistentes sobre el contrato, que todavía no existía y que cuando existiese probablemente ocuparía una única hoja. Randy no lo comprendió en ese momento, pero al hacer tantas preguntas para las que Randy no tenía respuesta, Andrew estaba, a todos los efectos, asignándose el papel de Administrador General. Implícitamente estaba formando con Randy una sociedad mercantil que, de hecho, no existía.

Además, Andrew no tenía ni idea del tiempo y el esfuerzo que Randy había dedicado a escribir el código. O (como comprendió Randy más tarde) quizá sí. En cualquier caso, Andrew asumía desde el inicio que la participación con Randy sería al cincuenta por ciento, lo que era

extremadamente desproporcionado con respecto al trabajo que había realizado en el proyecto. Básicamente, Andrew actuaba como si todo el trabajo que hubiese realizado sobre los hábitos alimenticios de los aborígenes fuese parte de la empresa, y que eso le daba derecho a una parte igual.

Para cuando Randy pudo librarse de esa conversación, la cabeza le daba vueltas. Había llegado con una visión de la realidad y había sufrido el desafío radical por parte de otra claramente absurda; pero al cabo de una hora de intimidación por parte de Andrew empezaba a dudar de sí mismo. Después de dos o tres noches sin dormir, decidió cancelar todo el asunto. Unos pocos cientos de dólares no valían toda aquella agonía.

Pero Andrew (que para entonces estaba representado por un asociado del bufete de su padre en Santa Bárbara) se opuso con vehemencia. Él y Randy habían, según el abogado, creado conjuntamente algo con valor económico, y la incapacidad de Randy para venderlo al valor de mercado equivalía a robarle el dinero del bolsillo a Andrew. Se había convertido en una pesadilla increíble digna de Kafka, y Randy sólo podía retirarse a una mesa en la esquina de su *pub* favorito, beber jarras de cerveza negra (normalmente en compañía de Chester) y observar cómo se desarrollaba aquel fantástico psicodrama. Ahora comprendía que había tropezado con la peligrosa extravagancia de la familia de Andrew. Resultaba que los padres de Andrew se habían divorciado hacía mucho tiempo, y habían luchado ferozmente por su custodia, su único hijo. Mamá se había vuelto hippie y se había unido a un culto religioso en Oregón, llevándose a Andrew con ella. Se rumoreaba que esa secta se dedicaba a abusar sexualmente de los niños. Papá había contratado a detectives privados para secuestrar a Andrew y traerlo de vuelta. A continuación, lo había obsequiado con posesiones materiales para demostrarle que él lo quería más. Luego se había producido una interminable batalla legal en la que papá había contratado a algunos psicoterapeutas marginales para hipnotizar a Andrew y recuperar recuerdos reprimidos de horrores inexpresables e improbables.

Ése era sólo el sumario ejecutivo de una extraña vida que Randy fue descubriendo poco a poco a lo largo de los años siguientes. Más tarde, llegó a la conclusión de que la vida de Andrew era fractalmente extraña. Es decir, se podía tomar una parte pequeña de ella, y al examinarla en detalle

resultaría ser tan complicada y extraña como el todo. En todo caso, Randy se había metido en esa vida y estaba rodeado de su peculiaridad. Uno de los jóvenes ansiosos del bufete del padre de Andrew decidió, como movimiento preventivo, obtener copias de todos los archivos informáticos de Randy, que seguían almacenados en el sistema informático de la UW. No hace falta decir que lo hizo de la forma más torpe posible, y cuando el departamento legal de la universidad comenzó a recibir sus ariscas cartas, respondió informando al abogado de Andrew y a Randy de que cualquiera que usase el sistema informático de la universidad para crear un producto comercial debía compartir los beneficios con la universidad. De esa forma, Randy recibía cartas amenazadoras no de uno sino de dos grupos de temibles abogados. A continuación Andrew amenazó con demandarle por haber cometido ese error, ¡que había reducido a la mitad el valor de la parte de Andrew!

Al final, sólo para poder salir con bien de todo aquello, Randy tuvo que contratar a su propio abogado. El coste final para él estuvo ligeramente por encima de los cinco mil dólares. El programa nunca llegó a venderse, y tampoco hubiese sido posible venderlo: para entonces estaba tan legalmente enmarañado que hubiese sido como intentar vender a alguien un Volkswagen corroído que hubiese sido desmontado y sus partes escondidas en el interior de jaulas de perros de ataque en diferentes zonas del planeta.

Fue la única ocasión en su vida en la que consideró el suicidio. No lo pensó demasiado en serio, o durante mucho tiempo, pero sí que lo pensó.

Cuando todo pasó, Avi le envió una carta escrita a mano que decía: «Disfruté mucho haciendo negocios contigo y espero tener la oportunidad de continuar con nuestra relación, tanto como amigos y, si se presenta la oportunidad, como socios creativos.»

*OceanofPDF.com*

# Índigo

Lawrence Pritchard Waterhouse y el resto de la banda se encuentran una mañana sobre la cubierta del *Nevada*, tocando el himno nacional y contemplando cómo las Barras y Estrellas suben por el asta, cuando se sobresaltan al encontrarse en medio de ciento noventa aeroplanos de diseño no demasiado familiar. Algunos de ellos vuelan bajo, moviéndose rasantes, y otros están en lo alto, descendiendo casi en línea recta. Estos últimos van tan rápido que parecen estar deshaciéndose: caen pequeños trozos. Se trata de una escena atroz, algún ejercicio de entrenamiento está saliendo deprimentemente mal. Pero salen de las trayectorias suicidas con tiempo de sobra. Los trozos que se han caído descienden con suavidad y determinación, sin dar volteretas o revolotear como harían los restos. Están por todas partes. De forma perversa, todos parecen dirigirse a los buques amarrados. Es increíblemente peligroso, ¡podrían darle a alguien! Lawrence se siente indignado.

En uno de los barcos situados al fondo se produce un fenómeno de corta vida. Lawrence se da la vuelta para mirar. Es la primera explosión de verdad que ha visto en su vida, así que le lleva algo de tiempo reconocerla como tal. Puede tocar los movimientos más difíciles de xilófono con los ojos cerrados, y *The Star Spangled Banner* es mucho más fácil de tocar que de cantar.

Sus ojos se centran, no en la fuente de la explosión, sino en un par de aeroplanos que se dirigen directamente hacia ellos, casi rozando el agua. Cada uno de ellos deja caer un largo huevo delgaducho y a continuación sus colas se mueven apreciablemente, viran hacia arriba y pasan por encima de

sus cabezas. El sol naciente ilumina directamente el interior de las carlingas. Lawrence puede mirar de frente a los ojos de uno de los pilotos. Percibe que parece ser algún tipo de caballero asiático.

Se trata de un ejercicio de entrenamiento increíblemente realista, incluso hasta el punto de emplear pilotos étnicamente correctos, y hacer detonar explosiones falsas en los buques. Lawrence lo aprueba de todo corazón. Las cosas se habían relajado un poco últimamente.

Se siente una tremenda conmoción en la cubierta de la nave, que hace que sus pies y piernas parezcan haber saltado un precipicio de tres metros para caer sobre cemento sólido. Pero no ha sido así, sigue de pie. No tiene el más mínimo sentido.

La banda ha terminado de tocar el himno nacional y presta atención al espectáculo. Las sirenas y las bocinas se dejan oír por todas partes, en el *Nevada*, en el *Arizona* situado en el amarradero contiguo, en los edificios de tierra. Lawrence no aprecia fuego antiaéreo, no ve en el cielo ningún avión que pueda reconocer. Las explosiones se suceden. Lawrence se acerca a la baranda y atraviesa con la mirada los pocos metros de agua que les separan del *Arizona*.

Otro más de esos aeroplanos en picado lanza un proyectil que cae directamente sobre la cubierta del *Arizona* para a continuación, aunque parezca extraño, desaparecer. Lawrence parpadea y ve que ha dejado sobre la cubierta un perfecto agujero en forma de bomba, justo como si fuese un personaje de dibujos animados histéricos de la Warner Brothers atravesando a gran velocidad alguna estructura plana, como una pared o un techo. Durante unos microsegundos sale fuego de ese agujero antes de que toda la cubierta se hinche, desintegrándose, y se convierta en un floreciente globo de fuego y oscuridad. Waterhouse es vagamente consciente de que un montón de material se dirige hacia él a toda velocidad. Es tan enorme que más bien le da la impresión de que es él quien vuela hacia allí. Se queda congelado. Pasa a su lado, por encima, a través de él. Un sonido terrible le perfora el cráneo, una nota golpeada al azar, discordante pero no sin alguna especie de armonía. Calidades musicales a un lado, es tan jodidamente fuerte que casi le mata. Se pone las manos sobre los oídos.

Pero el sonido sigue ahí, como agujas al rojo vivo que le atravesasen los oídos. Las campanas del infierno. Gira para evitarlo, pero le sigue. Siente

una correa enorme y gruesa alrededor del cuello, anudada a la altura de la entrepierna, donde lleva una base. Metido en la base está el soporte central del xilófono, que permanece frente a él como un peto en forma de lira, con enormes y esponjosas borlas colgando de los extremos superiores. Curiosamente, una de las borlas está ardiendo. No es lo único que está mal en el xilófono, pero no puede apreciarlo del todo porque se le oscurece la visión periódicamente por algo que pasa frente a él cada pocos momentos. Lo único que sabe es que el xilófono se ha tragado un enorme cuanto de pura energía y ha sido propulsado a un estado increíblemente superior nunca antes alcanzado por un instrumento similar; es un monstruo ardiente, brillante, gimiente, campaneante, radiactivo, un cometa, un arcángel, un árbol de magnesio en llamas, atado a su cuerpo, de pie en su entrepierna. La energía se transmite por su eje central zumbante, a la base y a sus genitales, lo que en otras circunstancias le hubiese producido una erección.

Lawrence pasa algo de tiempo vagando sin rumbo sobre la cubierta. A final tiene que ayudar a abrir una escotilla para algunos hombres. y se da cuenta de que todavía lleva las manos sobre las orejas, y así ha sido durante mucho tiempo excepto cuando se limpiaba los ojos. Cuando las retira el ruido ha desaparecido, y ya no oye a los aviones. Pensaba que quería descender, porque el peligro venía del aire y le gustaría tener algo de aspecto permanente entre él y el peligro, pero muchos de los marineros mantienen la opinión contraria. Oye que han sido alcanzados por uno, o dos, de algo que rima con «torpedo», y que intentan ganar velocidad. Oficiales y suboficiales, teñidos de negro y rojo por el humo y la sangre, le ordenan continuamente que se encargue de tareas diferentes, y extremadamente urgentes, que no entiende del todo, porque continuamente se lleva las manos a los oídos.

Probablemente pasa otra media hora antes de que se le ocurra la idea de dejar el xilófono, que es, después todo, más un estorbo que otra cosa. Le fue entregado por la Marina con gran cantidad de advertencias sobre las consecuencias de un mal uso. Lawrence es muy consciente de ese tipo de cosas, desde la época en que le dieron por primera vez privilegios de órgano en West Point, Virginia. Pero en esta ocasión, por primera vez en su vida, mientras permanece de pie observando cómo el *Arizona* arde y se hunde, se limita a decirse a sí mismo: ¡Bien, a la mierda! Saca el xilófono del soporte

y lo mira por última vez, será la última vez en su vida que toque un xilófono. De todas formas, comprende, ya no tiene sentido salvarlo; varias barras están dobladas. Le da la vuelta y descubre que trozos de metal ennegrecido y distorsionado han chocado con varias de las barras. Lanzando literalmente su precaución al viento, lo arroja por la borda, más o menos en la dirección del *Arizona*, una lira militar de acero bruñido que acompaña con su canto a un millar de hombres hasta su lugar de descanso en el fondo del puerto.

Mientras se desvanece en medio de una mancha de combustible ardiente, llega la segunda ola de aviones de ataque. La artillería antiaérea de la Marina finalmente abre fuego y comienzan a llover bombas sobre la zona circundante y a volar edificios ocupados. Puede ver llamas con forma humana corriendo por las calles seguidas de gente con mantas.

El resto del día se invierte, en el caso de Lawrence Pritchard Wa—terhouse y el resto de la Marina, aceptando el hecho de que muchas estructuras bidimensionales en aquel u otros barcos, que se colocaron para evitar la mezcla de diversos fluidos (por ejemplo, combustible y aire) tienen agujeros, y no sólo eso, sino que otras muchas cosas están ardiendo y que todo está algo más que un poco ahumado. Ciertos objetos que se supone deben (a) permanecer horizontales y (b) sostener cosas pesadas, han dejado de cumplir ambas tareas.

La sala de máquinas del *Nevada* consigue ganar velocidad con un par de calderas y el capitán intenta sacar la nave del puerto. Tan pronto como se mueve, sufre un ataque concertado, en su mayoría de bombarderos deseosos de hundirlo en el canal y bloquear el puerto por completo. Al final, el capitán da la vuelta antes de que suceda tal cosa. Por desgracia, lo que el *Nevada* tiene en común con otros buques de la Marina es que no está realmente diseñado para actuar a partir de una posición estacionaría y, en consecuencia, recibe tres impactos más. En conjunto, es una mañana muy emocionante. Como miembro de la banda que ya no tiene su instrumento, los deberes de Lawrence no están muy bien definidos, y pasa más tiempo del debido mirando los aviones y las explosiones. Ha retomado sus reflexiones anteriores con respecto a las sociedades y sus esfuerzos por superarse las unas a las otras.

Tiene muy claro, a medida que ola tras ola de bombarderos nipones se lanzan con precisión caligráfica contra la nave sobre la que está de pie, y a medida que la flor y nata de la Marina de su país arde, estalla y se hunde, sin ofrecer prácticamente resistencia, que su sociedad va a tener que replantearse un par de cosas.

En algún momento se quema la mano con algo. Es la mano derecha, lo que es preferible: es zurdo. Además, le queda claro que una porción del *Arizona* ha intentado arrancarle el cuello cabelludo. Son heridas leves para los niveles de Pearl Harbor y no pasa mucho tiempo en el hospital. El doctor le advierte que la piel de la mano puede contraerse y limitarle los movimientos de los dedos. Tan pronto como puede soportar el dolor, Lawrence comienza a tocar el *Arte de la fuga* de Bach sobre el regazo si no tiene alguna otra ocupación. La mayoría de esas composiciones se inician con simplicidad; se puede imaginar con facilidad al viejo Johann Sebastian sentado en su banco una fría mañana de Leipzig, retirados uno o dos registros de flauta dulce, la mano izquierda en el regazo, un gordo niño del coro, o dos, en la esquina esforzándose en el doble fuelle, mientras apagados sonidos ansiosos surgen de todos los agujeros del mecanismo, y la mano derecha de Johann vagando sin rumbo sobre la prohibida simplicidad del Gran manual, acariciando los amarillentos y rotos colmillos de elefante, buscando alguna melodía que no haya inventado todavía. Ahora mismo es bueno para Lawrence, así que obliga a su mano derecha a realizar los mismos movimientos que Johann, aunque esté cubierta de vendas y emplee una bandeja virada como sustituto del teclado, y tenga que tararear la música. Cuando le coge el gusto, su pie se mueve y presiona bajo las sábanas, tocando sobre pedales imaginarios, y los vecinos se quejan.

Sale del hospital en unos días, justo a tiempo para que él y el resto de la banda de música del *Nevada* inicien su nueva tarea bélica. Esto debía ser, evidentemente, todo un problema para los expertos en personal de la Marina. Esos músicos eran (desde el punto de vista de matar nipos) completamente inútiles. Desde el 7 de diciembre no tienen ni siquiera un buque en funcionamiento y la mayoría de ellos han perdido los clarinetes.

Aun así, no todo es cargar obuses y darle a los gatillos. Ninguna gran organización puede matar nipos de forma sistemática sin realizar una

cantidad casi increíble de labores de mecanografía y archivo. Es lógico suponer que hombres que pueden tocar el clarinete no realizarán ese trabajo peor que cualquier otro. Y por tanto Waterhouse y sus compañeros de banda reciben órdenes transfiriéndolos a lo que parece ser una de las ramas de me cano grafía—y—archivo de la Marina.

Es un edificio, no un barco. Hay mucho personal en la Marina que desprecia la misma idea de trabajar en un edificio, y Lawrence y otros reclutas recientes, deseosos de encajar, han adoptado el hábito de imitar la misma actitud. Pero ahora que han visto lo que le sucede a un barco cuando detonas cientos de kilos de explosivos sobre, dentro, o alrededor de él, Waterhouse y muchos otros están reconsiderando esos prejuicios con respecto a trabajar en edificios. Se presentan en sus nuevos puestos con la moral muy alta.

Su nuevo oficial al mando no se siente tan feliz, y sus sentimientos parecen ser compartidos por toda la sección. A los músicos se les recibe sin darles la bienvenida y se les saluda sin honores. La gente que ha estado trabajando en este edificio —lejos de sentirse intimidados por tipos que no sólo han trabajado hasta hace poco en un barco de verdad sino que además han estado muy cerca de cosas que explotaban, ardían, etc., y no por fallos rutinarios sino porque los hombres malos lo causaron deliberadamente— no parecen considerar que Lawrence y los otros músicos merezcan que se les confíe aquel nuevo trabajo, lo que demonios sea.

Abatidos, casi con desesperación, el oficial al mando y sus subordinados instalan a los músicos. Incluso si no tienen escritorios suficientes para todos, cada hombre tendrá al menos una silla en una mesa o barra. Se demuestra bastante ingenio a la hora de encontrar sitio para todos los nuevos. Está claro que esa gente intenta hacer lo mejor posible lo que consideran una tarea inútil.

A continuación les dan una pequeña charla sobre discreción. Una larga charla, en realidad. Realizan ejercicios para comprobar su habilidad para deshacerse de cosas de la forma correcta. Siguen así mucho tiempo, y cuanto más tiempo dedican a ello, sin explicaciones, más misterioso se vuelve. Los músicos, que al principio se sintieron un poco molestos por la frialdad de la recepción, comienzan a hacer cabalas entre ellos sobre en qué tipo de operación se han metido.

Por fin, una mañana, se les reúne en una clase frente a la pizarra más limpia que Waterhouse haya visto nunca. Los días pasados le han imbuido tal nivel de paranoia que sospecha que está limpia por una razón: borrar la tiza no se toma a la ligera en tiempo de guerra.

Están sentados en sillas pequeñas con pupitres unidos a ellas, pupitres diseñados para diestros. Lawrence se pone el cuaderno de notas sobre el regazo, luego apoya la mano derecha vendada sobre el pupitre y comienza a tocar una melodía del *Arte de la fuga*, haciendo muecas e incluso gimiendo de dolor a medida que la piel quemada se estira y se desliza sobre los nudillos.

Alguien le toca el hombro. Abre los ojos para ver que es la única persona en toda la habitación que está sentada; hay un oficial en la tarima. Se pone en pie y casi le falla la pierna débil. Cuando al final consigue ponerse por completo en pie, ve que el oficial (si «es» realmente un oficial) no lleva uniforme. No hay nada más diferente de un uniforme. Viste una bata y fuma en pipa. La bata está extraordinariamente gastada, pero no en el sentido, digamos, de una bata de hospital u hotel, que se lava mucho. Hace tiempo que no lavan aquella prenda, pero chico, vaya si le han dado uso. Los hombros están gastados casi por completo, y el extremo de la manga derecha es de color gris grafito, de arrastrarse de izquierda a derecha, decenas de miles de veces, sobre hojas de papel cubiertas de números escritos a lápiz. La felpa parece cubierta de caspa, pero no tiene nada que ver con la exfoliación del cuero cabelludo; esos copos son demasiado grandes y demasiado geométricos: restos rectangulares y circulares de cartulina, producto de perforar tarjetas y cinta respectivamente. La pipa se consumió hace mucho tiempo y el oficial (o lo que sea) ni siquiera finge preocuparse de encenderla de nuevo. Su única función es proporcionarle algo que morder, lo que hace vigorosamente como si fuese un soldado de la guerra civil al que le están cortando una pierna.

Otro tipo —uno que sí se ha molestado en afeitarse, ducharse y ponerse un uniforme— presenta al hombre de la bata como el capitán de fragata Shane, deletreado s-c-h-o-e-n, pero a Schoen eso no le interesa; les da la espalda, mostrándoles la parte de atrás de la bata, que alrededor del trasero es tan transparente como un salto de cama. Copiando de un bloc de notas, escribe lo siguiente:

19 17 17 19 14 20 23 18 19 8 12 16 19 8 3 21
8 25 18 14 18 6 3 18 8 15 18 22 18 11

Cuando aparece el cuarto o quinto número en la pizarra, Waterhouse siente cómo se le eriza el pelo de la nuca. Antes de que termine de escribir el tercer grupo de cinco números, ya ha percibido que ninguno de ellos es mayor que 26, el número de letras del alfabeto. Su corazón late con mayor fuerza que cuando las bombas niponas realizaban trayectorias parabólicas sobre la cubierta del *Nevada*. Se saca un lápiz del bolsillo. Como no tiene papel a mano, escribe los números del 1 al 26 sobre la superficie de la mesilla.

Para cuando el hombre de la bata ha terminado de escribir el último grupo de números, Waterhouse está inmerso en un recuento de frecuencia. Lo completa cuando el Hombre de la Bata está diciendo algo como: «Para ustedes esto podría parecer una secuencia sin sentido de números, pero para los oficiales navales nipos es algo completamente diferente.»

A continuación el hombre ríe nervioso, agita la cabeza con tristeza, cuadra la mandíbula con resolución y lanza una letanía de expresiones extremadamente emotivas ninguna de las cuales es apropiado reproducir aquí.

El recuento de frecuencia de Waterhouse se limita simplemente a anotar el número de veces que cada cifra aparece en la pizarra. Tiene esté aspecto:

1
2
3 ll
4
5
6 I
7
8 llll
9
10
11 l

12 l
13
14 ll
15 l
16 l
17 ll
18 lll
19 lll
20 l
21 l
22 l
23 I
24
25 I
26

Lo más interesante del asunto es que diez de los posibles símbolos (es decir, 1, 2, 4, 5, 7, 9, 10, 13, 24 y 26) ni siquiera se usan. En el mensaje sólo aparecen dieciséis números diferentes. Dando por supuesto que cada uno de esos dieciséis representa una, y sólo una, letra del alfabeto, ese mensaje tiene (Lawrence lo calcula de cabeza) 111136315345735680000 posibles significados.

Es un número curioso porque empieza con cuatro unos y termina con cuatro ceros; Lawrence deja escapar una risita, se limpia la nariz y sigue con el asunto.

El número más repetido es 18. Probablemente representa la letra E. Si sustituye E en el mensaje cada vez que aparece un 18, entonces…

Bien, para ser sinceros, tendría que escribir otra vez todo el mensaje, cambiando los 18 por E, y le llevaría mucho tiempo, que podría ser tiempo perdido porque la suposición podría estar equivocada. Por otra parte, si «obliga» a su mente a interpretar los 18 como E —una operación que considera libremente análoga a cambiar los ajustes del cuadro de un órgano — entonces lo que ve en su ojo mental cuando mira a la pizarra es:

19 17 17 19 14 20 23 E 19 8 12 16 19 8 3 21

8 25 E 14 E 6 3 E 8 15 E 22 E 11

que sólo tiene 10103301395066880000 posibles significados. También se trata de un número curioso, por todos esos unos y ceros, pero se trata de una coincidencia sin la más mínima importancia.

—La ciencia de crear códigos secretos se llama criptografía —dice el capitán de fragata Schoen—. y la ciencia de romperlos criptoanálisis.

A continuación suspira, forcejea visiblemente con varios estados emocionales extremadamente divergentes y con resignación se entrega al inevitable ejercicio de dividir esas palabras en sus raíces, que son latinas o griegas (Lawrence no presta atención, ni le importa, sólo observa fijamente la pureza de la palabra CRIPTO escrita en enormes mayúsculas).

La secuencia inicial «19 17 17 19» es interesante. Junto con 8,19 es el segundo número más común de la lista. El 17 es sólo la mitad de común. No pueden tener cuatro vocales o cuatro consonantes en fila (a menos que las palabras sean alemanas), por tanto o el 17 es una vocal y el 19 una consonante o viceversa. Como el 19 aparece con mayor frecuencia (cuatro veces) en el mensaje, es más probable que sea una vocal en lugar del 17 (que sólo aparece dos veces). A es la vocal más común después de la E, así que si asume que el 19 es una A, obtiene:

A 17 17 A 14 20 23 E A 8 12 16 A 8 3 21
8 25 E 14 E 6 3 E 8 15 E 22 E 11

La cosa se reduce mucho, a unas meras 841941782922240000 posibles respuestas. ¡Ya ha conseguido reducir el margen de soluciones m varios órdenes de magnitud!

Schoen está sudando profusamente, y está casi físicamente lanzándose a un repaso histórico de la ciencia de la CRIPTOLOGIA, como se llama la unión de la criptografía y el criptoanálisis. Habla un poco de un tipo inglés llamado Wilkins, y de un libro llamado *Criptonomicón* que se escribió hace unos cientos de años, pero (quizá porque no tiene en demasiada estima la inteligencia de su público) pasa con rapidez por las cuestiones históricas y salta de Wilkins al código «uno es tierra, dos es mar» de Paul Reveré.

Incluso hace el chiste matemático de que ésa es una de las primeras aplicaciones prácticas de la notación binaria. Lawrence resopla y bufa respetuosamente, recibiendo una mirada horrorizada del saxofonista sentado frente a él.

Al principio de la charla, Schoen mencionó que aquel mensaje estaba (en lo que evidentemente era un escenario ficticio creado para hacer interesante el ejercicio matemático a un conjunto de músicos para el que se suponía que la matemática les importaba una mierda) dirigido a un oficial naval nipo. Dado ese contexto, Lawrence no puede sino asumir que la primera palabra del mensaje es ATTACK. Eso significa que el 17 representa la T, el 14 la C y el 20 la K. Sustituyendo, obtiene:

A T T A C K 2 3 E A 8 12 16 A 8 3
21 8 25 E C E 6 3 E 8 15 E 22 E 11

y el resto es tan evidente que ni se molesta en escribirlo. No puede evitar ponerse en pie. Está tan emocionado que se olvida de la pierna herida y tropieza con varias mesillas de sus compañeros, lo que causa mucho ruido.

—¿Tiene algún problema, marinero? —dice uno de los oficiales de la esquina, uno que se ha molestado en vestir el uniforme.

—¡Señor! El mensaje es: «Attack Pearl Harbor December Seven.» ¡Señor! —grita Lawrence y vuelve a sentarse. Todo su cuerpo se estremece de emoción. La adrenalina ha tomado el control de su cuerpo y mente. Podría estrangular allí mismo a veinte luchadores de sumo.

El capitán de fragata Schoen se muestra completamente impasible, excepto por un único parpadeo, muy lento. Se vuelve hacia uno de sus subordinados, que está de pie frente a la pared con las manos a la espalda, y dice:

—Déle a ése una copia del *Criptonomicón*. Y un escritorio… tan cerca como sea posible de la cafetera. Y ya que está en ello, por qué no asciende al hijo de puta.

Lo del ascenso resultó ser o una muestra de humor militar o una prueba más de la inestabilidad mental del capitán de fragata Schoen. Exceptuando

ese pequeño detalle gracioso, la historia de Waterhouse a partir de ese punto, durante los siguientes diez meses, no es mucho más complicada que la historia de una bomba que acaba de ser lanzada desde un avión. Las barreras puestas en su camino (leer el *Criptonomicón*, romper el código meteorológico de las Fuerzas Aéreas Niponas, romper el Coral, el cifrado mecánico agregado naval, romper el código innominado 3A del transporte acuático del ejército nipón, romper el código del Ministerio de la Gran Asia Oriental) presentan tanta resistencia como sucesivas cubiertas de fragata fabricadas con madera comidas por los gusanos. En un par de meses está escribiendo nuevos capítulos para el *Criptonomicón*. La gente habla de él como si fuese un libro, pero no lo es. Básicamente es una recopilación de todos los artículos y notas que han pasado por una esquina en particular de la oficina del capitán de fragata Schoen en el periodo de más o menos dos años que lleva destinado en la Estación Hypo, como llaman a ese sitio[3]. Es todo lo que el capitán de fragata Schoen sabe sobre romper códigos que, a todos los efectos, es todo lo que saben los Estados Unidos de América. Podría resultar aniquilado en cualquier momento si a un conserje se le ocurriese entrar en la habitación durante unos minutos y hacer limpieza. Como comprendían esa posibilidad, los colegas del capitán de fragata Schoen entre los oficiales de la Estación Hypo habían diseñado enérgicas medidas para evitar cualquier limpieza u operación higiénica en toda el ala del edificio que contiene la oficina del capitán de fragata Schoen. En otras palabras, saben lo suficiente para comprender que el *Criptonomicón* es extremadamente importante, y tienen la inteligencia suficiente para adoptar las medidas necesarias con el propósito de mantenerlo seguro. Algunos de ellos incluso lo consultan de vez en cuando, y hacen uso de su sabiduría para romper los mensajes nipones, e incluso resolver criptosistemas enteros. Pero Waterhouse es el primero que aparece que es lo suficientemente bueno como para (al principio) señalar los errores en lo escrito por Schoen, y (pronto) reunir el contenido de la pila en algo que se parece a una obra ordenada, y (con el tiempo) añadirle material original.

Llegado un punto, Schoen lo lleva escaleras abajo, lo guía por un largo pasillo sin ventanas hasta una puerta imponente protegida por gruesos mirmidones y le permite ver lo segundo mejor que poseen en Pearl Harbor, una habitación llena de maquinaria de la Electrical Till Corporation que

emplean especialmente para realizar recuentos de frecuencias en los mensajes interceptados a los nipos.

Sin embargo, la máquina más extraordinaria de la estación Hypo[4] y lo más genial de Pearl Harbor— se encuentra en un nivel todavía más profundo de la cloaca del edificio. Está contenida en algo que podría ser considerado una cámara acorazada de banco si no fuese porque está llena de explosivos de forma que su contenido pueda vaporizarse en caso de una invasión total de los nipos.

Es la máquina que el capitán de fragata Schoen fabricó, más de un año antes, para romper el código nipón llamado índigo. Aparentemente, ya que eso sucedió a principios de 1940, Schoen era un joven equilibrado y de buena salud mental en cuyo regazo dejaron caer una larga lista de números compilados por las estaciones de interceptación del Pacífico (quizá, piensa Waterhouse, Alfa, Bravo, etc.). Aquellos números eran mensajes nipones que habían sido cifrados de alguna forma; las pruebas circunstanciales sugerían que se había hecho con alguna máquina. Pero no se sabía absolutamente nada sobre la máquina: si usaba engranajes, discos rotatorios o tableros de conexiones, o alguna combinación de esos elementos, o cualquier otro mecanismo que no se le hubiese ocurrido todavía a los blancos; «cuántos» de esos mecanismos usaba o no usaba; detalles específicos de cómo los usaba. Lo único claro era que esos números, que parecían completamente caóticos, habían sido transmitidos, quizás incluso de forma incorrecta. Aparte de eso, Schoen no tenía nada —nada— con lo que trabajar.

Y a continuación, a mediados de 1941, aquella máquina existía en aquella cámara, en la Estación Hypo. Existía porque Schoen la había fabricado. La máquina descifraba perfectamente todos los mensajes índigo que recibían las estaciones de intercepción y era, por tanto, por necesidad, una copia funcional exacta de la máquina de código índigo de los nipones, aunque ni Schoen ni ningún otro americano la hubiese visto jamás. Schoen la había construido simplemente mirando esa larga lista de números esencialmente caóticos, y empleando algunos procesos de inducción para deducir el sentido. En algún momento del camino se había quedado totalmente debilitado psicológicamente, y había empezado a sufrir crisis nerviosas a un ritmo de una cada semana o dos.

Cuando estalla realmente la guerra con Nipón, Schoen está discapacitado y toma mucha medicación. Waterhouse pasa todo el tiempo que le dejan con Schoen, porque está bastante seguro de que lo que sucedió en la cabeza de Schoen, fuese lo que fuese, entre el momento en que le pusieron entre las manos la lista de números aparentemente aleatorios y cuando terminó de construir la máquina, es un ejemplo de un proceso no computable.

La autorización de seguridad de Waterhouse sube de categoría al ritmo de una vez al mes, hasta que alcanza el nivel más alto concebible (o eso cree) que es Ultra/Magic. Ultra es como llaman los británicos a la información de inteligencia que obtienen por haber roto el código de la máquina alemana Enigma. Magic es como los yanquis llaman a la información de inteligencia que obtienen de índigo. En cualquier caso, a Lawrence le permiten ahora ver los resúmenes de Ultra y Magic, documentos encuadernados, con párrafos resaltados en rojo y negro impresos en la portada. El párrafo número tres dice:

NO SE EJECUTARÁ NINGUNA ACCIÓN SEGÚN LA INFORMACIÓN CONTENIDA EN ESTE DOCUMENTO, NO IMPORTA CUAL SEA SU VENTAJA TEMPORAL, SI TAL ACCIÓN PUDIESE TENER EL EFECTO DE REBLAR LA EXISTENCIA DE LA FUENTE AL ENEMIGO.

Bastante claro, ¿no? Pero Lawrence Pritchard Waterhouse no está tan jodidamente seguro.

… SI TAL ACCIÓN PUDIESE TENER EL EFECTO DE REVELAR…

Más o menos por la misma época, Lawrence ha comprendido algo sobre sí mismo. Ha descubierto que trabaja mejor si no está caliente, es decir, un día o dos tras la eyaculación. Por lo tanto, como parte de sus obligaciones con Estados Unidos, comienza a pasar mucho tiempo en burdeles. Pero no puede conseguir mucho sexo con lo que sigue siendo un sueldo de xilofonista, así que se limita a lo que eufemística—mente se llaman masajes.

… ACCIÓN… EFECTO… REVELAR…

Las palabras se fijan a él como la gonorrea. Se tiende de espaldas durante esos masajes, con los brazos cruzados sobre los ojos, murmurando

las palabras entre dientes. Algo le preocupa. Con el tiempo ha aprendido que cuando algo le preocupa de esa forma en particular normalmente termina escribiendo un nuevo artículo. Pero primero tiene que realizar una dura labor intelectual de zapa.

Le viene a la cabeza, como una explosión, durante la batalla de Midway, mientras él y sus camaradas pasan veinticuatro horas al día entre las máquinas ETC, descifrando los mensajes de Yamamoto, di—ciéndole a Nimitz donde encontrarse con la flota nipona.

¿Cuáles son las probabilidades de que Nimitz localice la flota por accidente? Eso es lo que Yamamoto debe estar preguntándose.

Todo es cuestión (¡curiosamente!) de teoría de la información.

…ACCIÓN…

¿Qué es acción? Puede ser cualquier cosa. Puede ser algo evidente, como bombardear una instalación militar nipona. Todos estarían de acuerdo en que eso constituiría una acción. Pero también podría ser algo como cambiar el rumbo de un portaaviones en cinco grados… o no hacerlo. O tener exactamente el conjunto adecuado de fuerzas en Mid—way para aplastar a la flota nipona. Podría ser algo mucho menos dramático, como cancelar los planes de acción. Una acción, en cierto sentido, podría ser incluso la total ausencia de actividad. Cualquiera de ellas podría ser la respuesta racional por parte de algún comandante a LA INFORMACIÓN CONTENIDA EN ESTE DOCIJMENTO. Pero cualquiera de ellas podría ser observable para los nipones… y por tanto, cualquiera de ellas podría dar información a los nipones. ¿Qué tal será la habilidad de esos nipos para extraer información de un canal ruidoso? ¿Tienen algún Schoen?

…EFECTO…

¿Y qué pasaría si los nipos lo observasen? ¿Cuál sería exactamente el «efecto»? ¿Y bajo qué circunstancias el efecto REVELARÍA LA EXISTENCIA DE LA FUENTE AL ENEMIGO?

Si la acción fuese tal que nunca se hubiese producido a menos que los americanos pudiesen romper índigo, eso constituiría una prueba para los nipones de que los americanos lo habían roto. La existencia de la fuente —la máquina construida por el capitán de fragata Schoen— quedaría revelada.

Waterhouse confía en que ningún americano sea tan estúpido. Pero ¿y si no está tan claro? ¿Y si la acción fuese simplemente «muy improbable» a

menos que los americanos conociesen el código? ¿Qué pasa si los americanos, a la larga, simplemente tienen una suerte de cojones? ¿Y hasta dónde puedes jugar ese juego? Un par de dados cargados que muestran siete cada vez que los lanzas serán detectados en unas pocas tiradas. Un par que sólo muestra siete un uno por ciento más de lo normal es más difícil de detectar; tendrías que arrojar el dado muchas veces para que tu oponente pudiese demostrarlo.

Si los nipos caen continuamente en emboscadas —si sus propias emboscadas no funcionan—, si sus barcos mercantes se cruzan con los submarinos americanos más de lo que la pura probabilidad sugeriría, t,cuánto tiempo pasará antes de que se den cuenta?

Waterhouse escribe artículos sobre ese tema, los usa para dar la lata. Entonces, un día, recibe nuevas órdenes.

Las órdenes llegan codificadas en un grupo de cinco cartas aparentemente aleatorias, impresas en el papel azul que se usa para los cablegramas de alto secreto. El mensaje ha sido cifrado en Washington empleando un cuaderno de uso único, lo que es lento e incómodo pero, en teoría, ofrece un cifrado perfectamente inviolable, utilizado para los mensajes más importantes. Waterhouse lo sabe porque es una de las dos únicas personas en Pearl Harbor con permiso para descifrarlos. El otro es el capitán de fragata Schoen, y él está sedado. El oficial de guardia abre la caja fuerte adecuada y le entrega el cuaderno de uso único del día, que es básicamente un trozo de papel cuadriculado cubierto de números impresos en grupos de a cinco. Los números han sido escogidos por secretarias en un sótano de Washington revolviendo cartas o sacando notas de un sombrero. Son ruido puro. Una copia del ruido puro está en manos de Waterhouse, y la otra copia es usada por la persona que ha cifrado el mensaje en Washington.

Waterhouse se sienta y se pone a trabajar, sustrayendo el ruido del texto cifrado para obtener el texto llano.

Lo primero que ve es que la clasificación del mensaje no es simplemente alto secreto, o siquiera Ultra, sino algo completamente nuevo: ULTRA MECÍA

El mensaje afirma que después de destruir en su totalidad el mensaje, él —Lawrence Pritchard Waterhouse— se dirigirá a Londres, Inglaterra, por el método más rápido posible. A su disposición estarán todos los barcos,

trenes, aviones e incluso submarinos. Por medio de un miembro de la Marina de los Estados Unidos, se le hará entrega de un uniforme extra —un uniforme del Ejército de Tierra de los Estados Unidos— en caso de que eso le simplifique la operación.

Lo único que no debe hacer, nunca jamás, es encontrarse en una posición en la que pueda ser capturado por el enemigo. En ese sentido, la guerra ha terminado repentinamente para Lawrence Pritchard Waterhouse.

*OceanofPDF.com*

# Hijos de Ondn

Una red de conductos de aire, del tamaño de túneles, tan vasta e inabarcable como la Internet global se ramifica por entre las gruesas paredes y los techos del hotel y produce ruidos apagados y atenuados que sugieren que en las profundidades ocultas del sistema hay zonas de pruebas de aviones a reacción, herreros de la edad de hierro, miserables prisioneros cargados de cadenas resonantes y montones de serpientes contorsionándose. Randy es consciente de que el sistema no es un bucle cerrado —que de alguna forma está conectado a la atmósfera de la Tierra— porque del exterior se cuelan ligeros olores callejeros. Por lo que sabe, podría llevarles una hora colarse en la habitación.

Después de vivir allí durante un par de semanas, los olores terminan sirviéndole como un despertador olfativo. Duerme al olor de las emisiones diesel, porque las condiciones de tráfico en Manila exigen que los barcos carguen y descarguen sólo por la noche. Manila se extiende a lo largo de una cálida y tranquila bahía que es una reserva infinita de bochorno, y la atmósfera es tan espesa, opaca y caliente como un vaso de leche extraída directamente de la ubre de una vaca, por lo que comienza a relucir con la salida del sol. Ante esa señal, los regimientos y divisiones de gallos de pelea de Manila, aprisionados en jaulas improvisadas en cada tejado, balcón y patio, empiezan a cantar. La gente empieza a despertar y a quemar carbón. El humo del carbón produce el olor que despierta a Randy.

La condición física de Randy es meramente decente. De forma rutinaria su médico le aconseja que pierda diez kilos, pero no es nada evidente de dónde van a salir esos diez kilos: no tiene ni barriga cervecera ni

michelines. Los controvertidos kilos parecen estar distribuidos por igual sobre su torso de barril. O al menos, eso se dice cada mañana, de pie frente al enorme espejo de su *suite*. La casa de Randy y Char—lene en California está prácticamente libre de espejos y ya no recordaba su aspecto. Ahora comprueba que se ha vuelto atávicamente peludo, y su barba destella, porque está salpicada de pelo gris.

Cada día se desafía a afeitarse la barba. En los trópicos es conveniente tener la mayor cantidad de piel expuesta al aire, para así eliminar el sudor.

Una noche en que Avi y su familia habían venido a cenar, Randy había dicho:

—Yo soy la barba, Avi es el traje.

Era una forma de explicar su relación empresarial y, desde ese momento, Charlene se había disparado. Recientemente Charlene ha terminado un artículo académico de construyendo las barbas. En particular, su objetivo era la cultura de las barbas en la comunidad de alta tecnología del norte de California: el grupo de Randy. Su artículo comenzaba echando por tierra, en cierta forma, la idea de que las barbas son más «naturales» o más fáciles de mantener que el afeitado; llega a publicar estadísticas del departamento de investigación de Gillette que comparan la cantidad de tiempo que pasan los hombres con barba y sin barba en el baño cada día, que demuestran que la diferencia no es estadísticamente significativa. Randy tenía muchas objeciones a la forma en que se habían compilado esas estadísticas, pero Charlene no las aceptaba.

—Es contra intuitivo —dijo.

Charlene estaba deseosa de llegar al fondo de su argumento. Fue a San Francisco y compró varios cientos de dólares en pornografía en una boite dirigida a fetichistas del afeitado. Durante un par de semanas, Randy no podía llegar a casa por la noche sin encontrarse a Charlene tumbada frente al televisor con un enorme cuenco de palomitas y un dictáfono en la mano, mirando un vídeo que mostraba una hoja de afeitar recorriendo carne húmeda y jabonosa. Grabó algunas largas entrevistas con verdaderos fetichistas del afeitado que describieron con lujo de detalles la sensación de desnudez y vulnerabilidad que les ofrecía el afeitado, y lo erótico que era, especialmente cuando se golpeaba o zurraba en la parte recién afeitada.

Construyó una detallada comparación entre la iconografía de la pornografía dirigida a los fetichistas del afeitado y los anuncios de productos para el afeitado que aparecían en la televisión nacional durante los partidos de fútbol americano, y demostró que eran básicamente indistinguibles (en realidad, podías comprar cintas de vídeo piratas con los anuncios de cremas y maquinillas en los mismos lugares que vendían la pornografía directa).

Consiguió estadísticas sobre las variaciones raciales en el crecimiento de la barba. Los indios americanos no tenían barba, y los asiáticos apenas. Los africanos eran un caso especial porque afeitarse todos los días les provocaba dolorosos problemas en la piel. «La capacidad de dejarse crecer una barba poblada como elección parece ser un privilegio concedido por la naturaleza sólo a los hombres blancos», escribió.

Las señales de alarma, las luces rojas y los cláxones se dispararon al unísono en la cabeza de Randy cuando llegó a esa frase.

«Pero esa afirmación asume una categorización engañosa. "Naturaleza" es un discurso construido socialmente, no una realidad objetiva [aquí aparecían muchas notas a pie de página]. Eso es aún más cierto en el caso de una "naturaleza" que concede barbas pobladas a la población específicamente minoritaria de los hombres europeos del norte. El *Homo sapiens* evolucionó en zonas climáticas en las que el pelo facial tenía poca utilidad práctica. El desarrollo de una rama de la especie caracterizada por machos de barbas muy pobladas es una respuesta adaptativa a los climas muy fríos. Esos climas no invadieron de forma "natural" los hábitats de los primeros humanos; más bien, los humanos invadieron las regiones geográficas donde prevalecían tales climas. Esa trasgresión geográfica fue estrictamente un acontecimiento sociocultural y por tanto todas las adaptaciones físicas a ese acontecimiento deben situarse en la misma categoría; incluyendo el desarrollo de un pelaje facial abundante.»

Charlene publicó los resultados de un sondeo que había organizado en el que se pedía su opinión a unos centenares de mujeres. En esencia, todas ellas decían que preferían a los hombres bien afeitados por encima de los que llevaban barba. Inmediatamente, demostró que llevar barba no era más que un elemento de un síndrome muy relacionado con el racismo y las actitudes sexistas, y con el patrón de incapacidad emocional tan a menudo

lamentada por las compañeras femeninas de los machos blancos, especialmente de aquellos orientados hacia la tecnología.

«El límite entre el Yo y el Ambiente es un constructo social. En las culturas occidentales se supone que tal límite es claro y definido. La barba es un signo externo de ese límite, una técnica de distanciamiento. Afeitarse la barba (o cualquier otra vellosidad corporal) es aniquilar simbólicamente el límite (esencialmente falso) que separa el Yo de lo Otro…»

Y así seguía. El artículo fue recibido con entusiasmo por los críticos y fue aceptado inmediatamente para su publicación en una importante revista internacional. Charlene va a presentar un trabajo relacionado en el congreso La Guerra como Texto: «El no afeitado como significante en las películas de la Segunda Guerra Mundial.» Sólo por la calidad de su trabajo sobre las barbas, tres diferentes universidades de la Ivy League luchan por el privilegio de contratarla.

Randy no quiere trasladarse a la Costa Este. Peor aún, lleva una barba tupida, lo que le hace sentirse sumamente incorrecto cuando sale con ella. Le propuso a Charlene que quizá debería enviar una nota de prensa declarando que se afeita el resto del cuerpo cada día. Ella no lo consideró muy gracioso. Randy comprendió, a mitad de camino sobre el océano Pacífico, que todo el trabajo de ella era básicamente una elaborada profecía sobre el fatídico futuro de su relación.

Ahora está considerando afeitarse la barba. Ya puestos, es posible que siga con la cabeza y la parte superior del cuerpo.

Tiene el hábito de caminar mucho y de forma enérgica. Para los niveles de los nazis del ejercicio físico que infestan California y Seattle, no es más que una mejora marginal con respecto a (digamos) sentarse frente a la tele fumando sin parar cigarrillos sin filtro mientras se come grasa de un tarro. Pero él ha continuado caminando con obstinación mientras sus amigos han seguido las modas del ejercicio y las han dejado. Para él se ha convertido en una cuestión de orgullo, y la verdad, no va a dejar de hacerlo sólo por vivir en Manila.

Pero cono, hace calor. Aquí estaría muy bien no tener nada de pelo.

De la desafortunada Primera Aventura Empresarial de Randy con el software de recolección de alimentos sólo salieron dos cosas buenas. Primero, le metió en el cuerpo el miedo a cualquier tipo de negocio, al menos hasta que tuviese como mínimo una vaga idea de dónde se metía. Segundo, desarrolló una amistad duradera con Avi, su antiguo compañero de juegos, ahora establecido en Minneapolis, que había demostrado integridad y un gran sentido del humor.

Como sugerencia de su abogado (que para entonces era uno de sus acreedores más importantes), Randy se declaró en bancarrota personal y se trasladó a la California central con Charlene. Ella había obtenido su doctorado y había conseguido un trabajo de profesora asistente en una de las Tres Hermanas. Randy se matriculó en otra de las Hermanas con la idea de conseguir un máster en astronomía. Ese hecho lo metamorfoseó en estudiante de postgrado, y los estudiantes de postgrado no existen para aprender cosas sino para aliviar a los profesores numerarios de la pesada carga de educar a la gente y realizar investigaciones.

Un mes después de su llegada, Randy resolvió algunos problemas triviales de informática para otros estudiantes de postgrado. Una semana más tarde, el jefe del departamento de astronomía lo llamó y le dijo:

—Bien, tú eres el gurú del UNIX.

Por aquella época, Randy todavía era lo suficientemente estúpido como para sentirse halagado por aquella atención, cuando en realidad esas palabras deberían haberle congelado la sangre en las venas.

Tres años más tarde abandonó el Departamento de Astronomía sin el diploma, y sin nada que mostrar por su trabajo excepto seiscientos dólares en la cuenta corriente y conocimientos asombrosamente amplios del UNIX. Más tarde calcularía que, según las tarifas habituales de los programadores, el departamento había extraído de él como un cuarto de millón de dólares en trabajo a cambio de un desembolso de menos de veinte mil. La única compensación era que sus conocimientos ya no parecían tan inútiles. La astronomía se había convertido en una disciplina extremadamente interconectada informáticamente, y ahora se podía controlar un telescopio

desde otro continente, o en órbita, entrando comandos en un teclado, observando en tu monitor la imagen que producía.

Randy tenía ahora conocimientos soberbios en lo que se refería a redes. Años antes, la utilidad de esos conocimientos hubiese sido limitada. Pero aquélla era la época de las aplicaciones en red, el amanecer de la World Wide Web, y la oportunidad no podría haber sido mejor.

Mientras tanto, Avi se había trasladado a San Francisco y había puesto en marcha una nueva compañía que iba a sacar a los juegos de rol del gueto de los *frikis* y a convertirlos en algo popular. Randy aceptó el puesto de jefe de tecnología. Intentó reclutar a Chester, pero éste ya había aceptado un trabajo con una compañía de software en Seattle. Así que se decidieron por un tipo que había trabajado para un par de compañías de videojuegos, y más tarde contrataron a otros tipos para la parte de hardware y comunicaciones, y consiguieron fondos suficientes para construir un prototipo utilizable. Usándolo como muestra, fueron a Hollywood y encontraron a alguien dispuesto a financiarles por valor de diez millones de dólares. Alquilaron unas instalaciones industriales en Gilroy, las llenaron de estaciones de trabajo gráficas, contrataron algunos excelentes programadores y unos cuantos artistas y empezaron a trabajar.

Seis meses más tarde, se les mencionaba a menudo entre las estrellas en ascenso de Silicon Valley, y Randy salió en una pequeña fotografía en la revista *Time* en un artículo sobre Siliwood, la cada vez más amplia colaboración entre Silicon Valley y Hollywood. Un año después, la empresa se había estrellado y quemado por completo.

Fue una historia épica que no vale la pena relatar. La idea habitual a principios de los noventa era que los magos técnicos del norte de California se encontrarían a mitad de camino con las mentes creativas del sur de California y surgiría una nueva y brillante colaboración. Pero se fundamentaba en una creencia ingenua sobre la naturaleza de Hollywood. Hollywood no era más que un banco especializado, un consorcio de grandes entidades financieras que contrataba talento, casi siempre por un precio fijo, ordenaba al talento crear un producto y luego promocionaba ese producto hasta la muerte, por todo el mundo, por todos los medios concebibles. La meta era encontrar productos que siguiesen generando dinero eternamente, mucho después de que el talento hubiese recibido su paga y hubiese sido

enviado de vuelta a casa. *Casablanca*, por ejemplo, seguía sentando a la gente en las butacas décadas después de que Bogart hubiese recibido su parte y se ganase una tumba temprana a base de fumar.

Desde el punto de vista de Hollywood, los técnicos de Silicon Valley no eran más que una forma especialmente ingenua de talento. Por tanto, cuando la tecnología alcanzó cierto punto —el punto en que podía ser vendida con buenos beneficios a cierta compañía electrónica nipona— los inversores de la compañía de Avi ejecutaron un veloz golpe de estado que evidentemente había sido planeado con todo cuidado. A Randy y a los otros se les dio a elegir: podían abandonar la empresa ahora y conservar parte de sus acciones, que todavía valían una cantidad de dinero bastante decente. O podían quedarse; en cuyo caso se verían saboteados desde dentro por quintacolumnistas infiltrados en posiciones clave. Mientras tanto, se les acosaría con abogados que reclamarían sus cabezas por las cosas que de pronto iban mal.

Algunos de los fundadores se quedaron como eunucos de la corte. La mayoría abandonó la compañía y, de ese grupo, la mayoría vendió inmediatamente sus acciones porque no les parecía que fuesen en ninguna dirección más que hacia abajo. La compañía fue destripada, transfiriendo su tecnología a Japón, y la carcasa acabó secándose y se convirtió en polvo.

Incluso hoy en día, fragmentos de aquella tecnología siguen apareciendo en los lugares más insospechados, como anuncios de nuevas plataformas de videojuegos. Verlos siempre le produce a Randy un escalofrío. Cuando todo empezó a ir mal, los nipones intentaron contratarle directamente, y llegó a ganar algo de dinero volando allí para trabajar, durante una semana o un mes, como asesor. Pero no podían mantener la tecnología en funcionamiento con los programadores que tenían, por lo que no ha llegado a alcanzar sus potencialidades.

Así terminó la Segunda Aventura Empresarial de Randy. Salió de ella con un par de cientos de miles de dólares, que en su mayoría invirtió en la casa victoriana que compartía con Charlene. No se fiaba de sí mismo con tanto dinero líquido, e inmovilizarlo en la casa le ofrecía una sensación de segundad, como alcanzar la zona de seguridad en un encuentro frenético de *kabaddi*.

Había pasado los años posteriores administrando el sistema informático de las Tres Hermanas. No había ganado mucho dinero, pero tampoco había sufrido demasiado estrés.

Randy siempre estaba diciéndole a la gente, sin rencor, que eran unos imbéciles. Era la única manera en que se podía hacer algo en programación. Nadie se lo tomaba de forma personal.

El grupo de Charlene se lo tomaba definitivamente de forma personal. No les ofendía que les dijesen que se equivocaban; lo que les ofendía era la suposición subyacente de que una persona podía equivocarse o tener razón sobre cualquier cosa. Por tanto, la Noche en Cuestión —la noche de la fatídica llamada de Avi— Randy había hecho lo que hacía habitualmente, que era mantenerse apartado de la conversación. En el sentido de Tolkien, no en el sentido endocrinológico o de Blancanieves, Randy era un enano. Los enanos de Tolkien eran personajes robustos, taciturnos y vagamente mágicos que pasaban mucho tiempo en la oscuridad creando a martillazos objetos hermosos, por ejemplo. Anillos de Poder. Considerarse a sí mismo un enano que había colgado el hacha de guerra durante un tiempo para ir de viaje por la Comarca, donde estaba rodeado por peleones hobbits (es decir, los amigos de Charlene), había sido muy beneficioso para la tranquilidad mental de Randy en los últimos años. Sabía perfectamente que, si estuviese implicado en el mundo académico, esa gente y lo que decían le parecería trascendental. Pero de donde él venía, hacía años que nadie les tomaba en serio. Así que se limitaba a retirarse de la conversación, beber vino, contemplar las olas del Pacífico e intentar no hacer nada demasiado obvio, como negar con la cabeza o poner los ojos en blanco.

Entonces surgió el tema de la Superautopista de la Información, y Randy pudo sentir que los rostros se volvían hacia él cuales cañones de luz, haciendo que su piel se sintiese casi palpablemente caliente.

El doctor G. E. B. Kivistik tenía algunas cosas que decir sobre la Superautopista de la Información. Era un profesor de Yale cincuentón, que acababa de llegar desde algún lugar cuyo nombre había sonado realmente genial e impresionante cuando se aseguró de citarlo varias veces. Su nombre era fines, pero era británico como sólo un anglófilo no británico puede serlo. Supuestamente estaba allí para asistir a La Guerra como Texto.

Realmente estaba allí para reclutar a Charlene, y realmente «realmente» (sospechaba Randy) para follársela. Eso último probablemente no era cierto en absoluto, sino un simple síntoma de hasta que punto se sentía agotado en ese momento. El doctor G. E. B. Kivistik había estado apareciendo en la tele con bastante frecuencia. El doctor G. E. B. Kivistik había publicado un par de libros. El doctor G. E. B. Kivistik estaba, en resumen, explotando su opinión fuertemente contraria a la Superautopista de la Información durante más tiempo en antena de lo que merecería cualquiera que no hubiese sido acusado de volar una guardería.

Un enano de paso por la Comarca probablemente asistiría a muchas cenas en las que pomposos y aburridos hobbits dirían cosas así. Ese enano lo consideraría en general un entretenimiento. Sabría que siempre podría regresar al mundo real, mucho más vasto y complejo de lo que imaginaban esos hobbits, matar unos trolls y recordarse a sí mismo qué cosas eran realmente importantes.

Al menos, eso era lo que Randy siempre se había repetido a sí mismo. Pero en la Noche en Cuestión, no surtió efecto. En parte porque Kivistik era demasiado grande y real para ser un hobbit; probablemente tenía más influencia en el mundo real de la que Randy tendría jamás. En parte porque otro cónyuge de académica sentado a la mesa —un tipo agradable, inofensivo y aficionado a los ordenadores llamado.Ton— decidió disentir de alguna de las afirmaciones de Kivistik y fue alegremente tiroteado por su atrevimiento. La sangre flotaba en el agua.

Randy había destrozado su relación con Charlene por el deseo de tener niños. Los niños plantean cuestiones. Charlene, como todos sus amigos, no sabía manejar las cuestiones. Las cuestiones implican desacuerdos. Los desacuerdos expresados eran una forma de conflicto. El conflicto, en abierto y en público, era una forma masculina de interacción social; el cimiento de la sociedad patriarcal que producía la habitual letanía de cosas terribles. En cualquier caso, Randy decidió mostrarse patriarcal con el doctor G. E. B. Kivistik.

—¿Cuántos barrios bajos se derribarán para construir la Superautopista de la Información? —preguntó Kivistik. Esa pregunta tan profunda fue recibida con meditabundos asentimientos en toda la mesa.

Jon se agitó en la silla como si Kivistik le hubiese metido un cubito de hielo por el cuello de la camisa.

—Qué significa tal cosa? —preguntó.

Jon sonreía, intentado no ser un hegemonista patriarcal amante del conflicto. Kivistik, en respuesta, levantó las cejas y miró a todos los demás, como diciendo «¿Quién ha invitado a este pobre don nadie intelectual?»..Ton intentó rectificar ese error táctico, mientras Randy cerraba los ojos e intentaba no hacer una mueca. Kivistik había pasado más años peleándose con gente realmente lista en Oxford alrededor de una mesa de lo quejón llevaba vivo.

—No hay que derribar nada. No hay nada que derribar —alegó Jon.

—Muy bien, en ese caso, lo expresaré de esta forma —dijo Kivistik magnánimo; no le importaba reducir el alcance intelectual de lo que decía en beneficio de gente como Jon—. ¿Cuántas salidas conectarán los guetos del mundo con la Superautopista de la Información?

Oh, mucho más claro, parecieron pensar todos. ¡Punto aclarado, Geb! Nadie miró a Jon, el paria discutidor. Jon miró indefenso a Randy, pidiéndole ayuda.

Jon era un hobbit que hacía poco había estado fuera de la Comarca, por lo que sabía que Randy era un enano. Ahora jodia la vida de Randy pidiéndole que saltase sobre la mesa, se quitase la capa y agarrase el hacha de dos hojas.

Las palabras salieron de la boca de Randy antes de que tuviese tiempo de pensárselo mejor.

—¡La Superautopista de la Información no es más que una puta metáfora! ¡Coño! —dijo.

Se produjo el silencio en toda la mesa mientras todos ponían un rictus al unísono. Oficialmente la cena se había estrellado. Ahora lo único que podían hacer era sujetarse los tobillos, poner las cabezas entre las rodillas y esperar a que los restos de la colisión se detuviesen.

—Eso no dice demasiado —dijo Kivistik—. Todo es una metáfora. La palabra «tenedor» es una metáfora para este objeto —sostuvo un tenedor—. Todo discurso se construye sobre metáforas.

—Eso no es excusa para usar malas metáforas —dijo Randy.

—¿Mala? ¿Mala? ¿Quién decide qué es malo? —dijo Kivistik, imitando a un estudiante de párpados caídos respirando por la boca. Se produjeron algunas risitas dispersas por parte de aquellos desesperados por aliviar la tensión.

Randy sabía a dónde se dirigía. Kivistik había ido por el habitual as en la manga académico: todo es relativo, es sólo cuestión de perspectivas diferentes. La gente había empezado a recuperar sus pequeñas conversaciones privadas, pensando que el conflicto había pasado, cuando Randy sorprendió a todos diciendo:

—¿Quién decide qué es malo? Yo lo decido.

Incluso el doctor G. E. B. Kivistik se quedó perplejo. No estaba seguro de si Randy no estaría bromeando.

—¿Perdóneme?

Randy no tenía demasiada prisa en continuar. Aprovechó la oportunidad para reclinarse con comodidad, estirarse y tomar un sorbo de vino. Se sentía bien.

—Más o menos es así—dijo—. He leído su libro. Le he visto en televisión. Le he escuchado esta noche. Yo personalmente tecleé la lista de sus credenciales cuando preparaba el material de prensa de la conferencia. Por tanto, sé que no está cualificado para sostener una opinión sobre asuntos técnicos.

—Oh —Kivistik fingió confusión—, no me había dado cuenta de que era preciso estar cualificado.

—Creo que está claro —dijo Randy—, que si se es un ignorante en un área en particular, su opinión no tiene el más mínimo valor. Si estoy enfermo, no le pido consejo a un fontanero. Voy a un médico. De igual forma, si tengo una pregunta sobre Internet, buscaré la opinión de gente que conozca el tema.

—Es curioso como todos los tecnócratas parecen estar a favor de Internet—dijo Kivistik con alegría, obteniendo algunas risas más de la multitud.

—Acaba de hacer una afirmación que se puede demostrar que no es cierta —dijo Randy con total amabilidad—. Muchos expertos en Internet han escrito libros bien razonados criticándola duramente.

Kivistik se estaba, por fin, empezando a cabrear. Había desaparecido toda alegría.

—Por tanto —siguió diciendo Randy—, para volver al principio, Superautopista de la Información es una metáfora para Internet, porque lo digo yo. Debe haber un millar de personas en todo el mundo que sepan tanto de Internet como yo. Conozco a muchas de esas personas, y ninguna de ellas se toma esa metáfora en serio. Q.E.D.

—Oh, comprendo —dijo Kivistik, algo acalorado. Había visto una vía de escape—. Deberíamos depender de los tecnócratas para que nos digan lo que debemos pensar, y cómo debemos pensar, sobre esta tecnología.

La expresión de los otros parecía decir que aquel había sido un golpe contundente, justificadamente lanzado.

—No estoy seguro de qué es un tecnócrata —dijo Randy—. ¿Soy yo un tecnócrata? Simplemente soy un tipo que fue a la librería y se compró un par de libros de texto sobre TCP/IP, que es el protocolo subyacente en Internet, y los leyó. Y luego conseguí una cuenta en un ordenador, lo que hoy puede hacer cualquiera, y me peleé con él durante unos años, y ahora lo sé todo sobre la red. ¿Eso me convierte en un tecnócrata?

—Usted pertenecía a la élite tecnocrática incluso antes de coger ese libro —dijo Kivistik—. La habilidad de leer un texto técnico, y entenderlo, es un privilegio. Es un privilegio concedido por una educación que sólo está disponible para los miembros de una clase social de élite. A eso me refiero cuando hablo de tecnócrata.

—Fui a una escuela pública —dijo Randy—. Y luego a una universidad estatal. A partir de ese momento, me eduqué a mí mismo.

Charlene intervino. Le había estado dirigiendo a Randy miradas de furia desde que había empezado a hablar y él la había estado ignorando.

—¿Y tu familia? —fue la gélida pregunta de Charlene.

Randy respiró hondo y reprimió las ganas de suspirar.

—Mi padre es ingeniero. Da clases en una universidad estatal.

—¿Y el padre de tu padre?

—Matemático.

Charlene levantó las cejas. Al igual que todos los demás en aquella mesa. Caso cerrado.

—Me opongo enérgicamente a que me clasifiquen, me etiqueten y me incluyan en el estereotipo del tecnócrata —dijo Randy, empleando deliberadamente el lenguaje de personas oprimidas, quizás en un intento de volver sus armas contra ellos, aunque probablemente sólo sea (eso cree, tendido en la cama a las tres de la mañana en el Hotel Manila) la incontrolable necesidad que siente de pincharlos. Algunos de ellos, por hábito, lo miran con seriedad; la etiqueta dicta que debes ofrecer todas tus simpatías a los oprimidos. Otros quedaron boquiabiertos al oír esas palabras saliendo de los labios de un conocido y convicto tecnócrata masculino blanco—. Nadie de mi familia ha tenido jamás demasiado poder—dice.

—Creo que lo que Charlene quiere decir es lo siguiente —dijo Lomas, uno de los invitados en la casa que ha venido desde Praga con su mujer. Nina. Acaba de nombrarse a sí mismo conciliador. Se detiene lo justo para intercambiar una mirada cálida con Charlene—. Sólo en virtud de venir de una familia de científicos, eres miembro de una élite privilegiada. No eres consciente de ello; pero los miembros de las élites privilegiadas rara vez son conscientes de sus privilegios.

Randy completó el argumento:

—Hasta que llegan personas como usted a explicarnos lo estúpidos que somos, por no comentar la falta de moral.

—La falsa conciencia de la que habla Tomas es exactamente lo que hace que las élites de poder enraizadas estén tan enraizadas —dijo Charlene.

—Bien, no me siento enraizado —dijo Randy—. Me he partido el culo trabajando para llegar a donde estoy.

—Mucha gente trabaja duro toda la vida y no llega a ninguna parte —dijo alguien en tono acusador. ¡Cuidado! La veda está abierta.

—Bien, lamento no haber tenido la honra de no llegar a ninguna parte —dijo Randy, sintiéndose por primera vez algo malhumorado—, pero he descubierto que si trabajas duro, te educas y conservas la inteligencia, puedes abrirte camino en esta sociedad.

—Pero ésa es una idea sacada directamente de algún libro del siglo XIX de Horatio Alger —escupió Tomas.

—¿Y? Sólo porque sea una idea antigua no quiere decir que este equivocada —respondió Randy.

Una pequeña fuerza de ataque de camareros se había estado formando en las inmediaciones de la mesa, con los brazos cargados de platos, mirándose los unos a los otros intentando decidir cuándo sería el momento correcto para interrumpir la lucha y servir la cena. Uno de ellos recompensó a Randy con un plato que contenía un tipi compuesto de lonchas de atún casi crudo. Los elementos proconsenso y ante confrontación aprovecharon la oportunidad para tomar el control de la conversación y la dividieron en múltiples conjuntos de personas vigorosamente de acuerdo entre sí. Jon le digirió una mirada lacrimosa a Randy, como diciendo: ¿también fue agradable para ti? Charlene le ignoraba intensamente; estaba atrapada en un grupo de consenso con Tomas. Nina intentaba mirar a Randy a los ojos, pero él lo evitaba estudiadamente porque temía que ella quisiese ofrecerle una mirada ardiente de aproximación, y lo único que Randy quería en ese momento era alejarse. Diez minutos después, su busca se activó, y posó la mirada sobre el número de Avi.

*OceanofPDF.com*

# Incendio

La base americana de Cavite, a lo largo de la costa de la bahía de Manila, arde bastante bien una vez que la incendian los nipones. Bobby Shaftoe y el resto del Cuarto Regimiento de Marines le echan un buen vistazo al pasar junto a ella, huyendo de Manila como ladrones en la noche. Nunca en su vida se ha sentido más personalmente humillado, y lo mismo sienten los otros marines. Los nipos ya han desembarcado en Malaya y se dirigen a Singapur como un tren sin control, están asediando Guam, Wake, Hong Kong y Dios sabe qué más, y debería ser evidente para cualquiera que a continuación atacarán Filipinas. Da la impresión de que un veterano regimiento de marines de China podría ser de utilidad en Manila.

Pero MacArthur parece opinar que puede defender Luzón por sí mismo, de pie sobre las murallas de Intramuros con su Colt 45. Por tanto, les envían a otro sitio. No tienen ni idea de a dónde. La mayoría de ellos preferiría dirigirse a las playas de Nipón que permanecer en territorio de la Marina.

La noche del comienzo de la guerra, Bobby Shaftoe se había asegurado en primer lugar de devolver a *Glory* al seno de su familia.

Los Altamira viven en el vecindario de Malate, a un par de millas al sur de Intramuros, y no demasiado lejos del lugar donde Shaftoe acaba de tener su media hora de *Glory* junto al rompeolas. La ciudad es una locura, y es imposible conseguir un coche. Marineros, marines y soldados salen disparados de bares, clubes nocturnos y salas de baile y piden taxis en grupos de cuatro o seis; una locura igual que Shanghai una noche de sábado; como si la guerra ya estuviese aquí. Shaftoe acaba llevando a *Glory*

en brazos medio camino a casa, porque los zapatos de ella no están hechos para caminar.

La familia Altamira es tan amplia que casi constituye un grupo étnico por sí sola, y todos ellos viven en el mismo edificio; prácticamente en la misma habitación. En una o dos ocasiones *Glory* ha empezado a explicarle a Bobby Shaftoe cómo se relacionan. Actualmente hay bastantes Shaftoe —en su mayoría en Tennessee— pero el árbol familiar de los Shaftoe todavía cabe en un cuadro decorativo de punto de cruz. La familia Shaftoe es al clan Altamira lo que una única y alienada planta es a una selva. Las familias filipinas, además de ser gigantescas y católicas, están extremadamente interconectadas por relaciones de padrinos y ahijados, como lianas extendidas de rama en rama y de árbol en árbol. Si le preguntan, *Glory* está encantada, incluso deseosa, de hablar sin parar durante seis horas sobre cómo los Altamira están emparentados unos con otros, y eso sólo para dar una visión general. El cerebro de Shaftoe siempre se desconecta después de los primeros treinta segundos.

La lleva al apartamento, que siempre se encuentra en estado de tumulto histérico incluso cuando la nación no está sufriendo el ataque del Imperio de Nipón. A pesar de ello, la aparición de *Glory*, poco después del estallido de la guerra, transportada en brazos de un marine de los Estados Unidos, es recibida por los Altamira como si Cristo se hubiese materializado en medio del salón con la Virgen María cargada a la espalda. A su alrededor, mujeres de mediana edad caen de rodillas. como si aquel lugar estuviese lleno de gas mostaza. ¡Pero lo hacen para gritar aleluya! *Glory* se apea con agilidad sobre los tacones altos, mientras las lágrimas exploran la excepcional geometría de sus mejillas, y besa a todos los miembros del clan. Los niños están todos despiertos, aunque son las tres de la mañana. Shaftoe ve un escuadrón de niños, de entre tres y diez años, armados todos con rifles y espadas de madera. Miran a Bobby Shaftoe, resplandeciente en su uniforme, y parecen completamente atónitos; podría meter una pelota de béisbol en la boca de cada uno de ellos desde el otro extremo de la habitación. Por el rabillo del ojo ve a una mujer de mediana edad, emparentada con *Glory* por una cadena de parentesco increíblemente compleja, y que ya tiene las marcas de los labios de *Glory* en la mejilla, en curso de colisión con él, completamente decidida a darle un beso. Sabe que

debe abandonar el lugar inmediatamente o no saldrá nunca. Por tanto, ignora a la mujer, y sosteniendo la mirada de los niños pasmados, se pone firme y les dirige un saludo perfecto.

Los niños se lo devuelven, desigual, pero con un descaro fantástico. Bobby Shaftoe gira sobre los talones y sale de la habitación, moviéndose como si atacase con bayoneta. Cuenta con regresar al día siguiente a Malate, cuando las cosas se calmen un poco, para comprobar cómo está *Glory* y el resto de los Altamira.

No vuelve a verla más.

Se presenta en el barco y no se le conceden más permisos de tierra. Se las arregla para mantener una conversación con el Tío Jack, que se sitúa al lado en una pequeña motora el tiempo suficiente para gritarse algunas frases. El Tío Jack es el último de los Shaftoe de Manila, una rama de la familia iniciada por Nimrod Shaftoe de los Voluntarios de Tennessee. Nimrod recibió una bala en el brazo derecho cerca de Quingua, cortesía de un rebelde filipino. Recuperándose en un hospital de Manila, el viejo Nimrod, o «Zurdo» como ya empezaban a llamarle, decidió que le gustaba el coraje de los filipinos; para matar a esa gente fue necesario inventar un nuevo tipo de arma personal ridiculamente potente (el Colt 45). No sólo eso, le gustaba la belleza de sus mujeres. Rápidamente licenciado del servicio, descubrió que la paga por invalidez daba para mucho en la economía local. Montó un negocio de exportación en el río Pasig, se casó con una mujer medio española y tuvo un hijo (Jack) y dos hijas. Las hijas acabaron en Estados Unidos, de regreso a las montañas de Tennessee que habían sido el hogar ancestral de todos los Shaftoe desde que se habían liberado del abuso de los contratos de servidumbre en el siglo XVIII. Jack se quedó en Manila y heredó el negocio de Nimrod, pero no se casó nunca. Para los niveles de Manila, gana una cantidad de dinero bastante apreciable. Siempre ha sido una extraña combinación de comerciante marino y dandy perfumado. Él y el señor Pascual llevan toda la vida haciendo negocios juntos, que es el motivo por el que Bobby Shaftoe conoce al señor Pascual, y llegó á conocer a *Glory*.

Cuando Bobby Shaftoe repite los últimos rumores, el rostro del Tío Jack se viene abajo. Nadie está dispuesto a enfrentarse al hecho de que pronto estarán siendo asediados por los nipos. Sus siguientes palabras deberían

haber sido: «Mierda, salgo pitando de aquí, te enviaré una postal desde Australia.» Pero en lugar de eso, dice algo como:

—Volveré en un par de días para ver cómo estás.

Bobby Shaftoe se muerde la lengua y no dice lo que piensa, que es que él es un marine y está en un barco, que se trata de una guerra, y que los marines en barcos durante una guerra no suelen permanecer en el mismo sitio. Se limita a quedarse allí y ver cómo el Tío Jack se aleja en el barquito, volviéndose de vez en cuando para decirle adiós con el sombrero. Los marineros que rodean a Bobby Shaftoe observan la escena divertidos y con algo de admiración. El puerto es una locura de actividad, porque todo equipo militar que no está fijado al suelo con cemento se lleva a un barco y se envía a Batan o Corregidor, y Tío Jack, de pie en su bote, vestido con un buen traje color crema y sombrero, vadea el tráfico con aplomo. Bobby Shaftoe mira hasta que desaparece hacia el río Pasig, sabiendo que probablemente es el último miembro de su familia que verá al Tío Jack con vida.

A pesar de todas esas premoniciones, se sorprende cuando el barco parte sólo después de unos días de guerra, dejando el amarre en medio de la noche sin la tradicional ceremonia de despedida. Se supone que Manila está repleta de espías nipos, y no habría nada que les gustase más a los nipos que hundir un transporte lleno de marines veteranos.

Manila queda atrás en la oscuridad. La conciencia de que no ha visto a *Glory* desde aquella noche es como el lento torno de un dentista. Se pregunta cómo le irá. Quizá, cuando la guerra se aclare un poco, y se reafirmen las líneas de batalla, pueda encontrar una forma de que le destinen a esa parte del mundo. MacArthur es un viejo cabrón que se lo pondrá duro a los nipos cuando lleguen. E incluso si Filipinas cae, FDR no permitirá que permanezca durante demasiado tiempo en manos enemigas. Con suerte, en seis meses, Bobby Shaftoe estará marchando por la Avenida Taft de Manila, en uniforme de gala, tras una banda de marines, quizá adornado con una o dos heridas de guerra no muy graves. El desfile llegará a una sección de la avenida que estará ocupada, a lo largo de toda una milla, por los Altamira. Como a medio camino, la multitud se separará y de ella saldrá corriendo *Glory*, quien se arrojará en sus brazos y le cubrirá de besos. Llevará a la chica directamente a las escalinatas de alguna bonita iglesia

donde un sacerdote de sotana blanca les estará esperando con una gran sonrisa en la cara…

El ensueño se disuelve en la nube de humo naranja que se eleva desde la base norteamericana de Cavite. Lleva ardiendo todo el día, y otro depósito de combustible ha estallado. A millas de distancia se puede sentir el calor en la cara. Bobby Shaftoe está en la cubierta del barco, enfundado en un chaleco salvavidas por si les dan con un torpedo. Se aprovecha de la llamarada para observar a una larga fila de marines con chalecos salvavidas, mirando las llamas con expresiones atónitas en los rostros cansados y sudorosos.

Manila está a sólo media hora tras ellos, pero bien podría estar a un millón de kilómetros.

Recuerda Nanjing y lo que los nipos hicieron allí. Lo que le sucedió a las mujeres.

Érase una vez, hace mucho tiempo, una ciudad llamada Manila. Allí vivía una chica. Es mejor olvidar su nombre y su rostro. Bobby Shaftoe empieza a olvidar tan rápido como puede.

*OceanofPDF.com*

# Peatón

Respete a los peatones, dicen las señales de tráfico en la zona metropolitana de Manila. Tan pronto como las vio, Randy supo que iba a tener problemas.

Durante las primeras dos semanas que pasó en Manila su trabajo consistía en pasear. Recorría la ciudad llevando un receptor GPS de mano, apuntando latitudes y longitudes. Cifraba los datos en su habitación de hotel y los enviaba por *e-mail* a Avi. Se convirtieron en parte de la propiedad intelectual de Epiphyte. Se habían convertido en activos. Ahora había conseguido unas oficinas. Randy se dirige hacia allí caminando, con obstinación. Sabe que la primera vez que coja un taxi, no volverá a caminar.

RESPETE A LOS PEATONES, decían las señales, pero los conductores, el espacio físico, las costumbres locales relativas al uso de terreno y la disposición misma del lugar conspiraban para tratar al peatón con el desprecio que tanto merece. Randy recibiría más respeto si fuese a trabajar subido en un saltador con una hélice en la cabeza. Todas las mañanas el botones le pregunta si quiere un taxi, y prácticamente se desmaya cuando dice que no. Todas las mañanas los taxistas dispuestos en fila frente al hotel, apoyados en los vehículos y filmando, le gritan: — ‹; Taxi? ¿Taxi?

Al rechazarlos, hacen entre ellos ingeniosos comentarios en tagalo y ríen descontroladamente.

Por si Randy todavía no ha captado el mensaje, un helicóptero nuevo rojo y blanco llega volando bajo sobre el Parque Rizal, gira un par de veces

como un perro preparándose para echarse, no lejos de unas palmeras, justo frente al hotel.

Randy ha adquirido el hábito de llegar a Intramuros cortando por el Parque Rizal. No es una ruta directa. La ruta directa pasa sobre tierra de nadie, una intersección vasta y peligrosa llena de chozas y ocupas (es peligrosa por los coches, no los ocupas). Si atraviesas el parque, sólo tienes que deshacerte de un montón de putas. Pero a estas alturas Randy es un experto en esa tarea. La putas no pueden concebir la idea de un hombre tan rico como para hospedarse en el Hotel Manila que voluntariamente camine por la ciudad cada día, y lo han dejado por loco. Se ha desplazado a la región de las cosas irracionales que simplemente es preciso aceptar, y en las Filipinas se trata de una región casi infinita.

Randy no conseguía comprender por qué todo olía siempre tan mal hasta que se tropezó con un enorme hueco rectangular en la acera y miró para ver el fluir de la masa maloliente de las aguas residuales. Las aceras no son más que las tapas de las alcantarillas. El acceso a las profundidades viene dado por losas de cemento con asas circulares que sobresalen. Los ocupas fabrican arneses de alambre que se introducen en las asas para facilitar el retirarlas y crear así letrinas públicas instantáneas. Frecuentemente las losas llevan grabadas las iniciales, el nombre del equipo o el grafito de los caballeros que las fabricaron, y aunque su competencia y atención a los detalles varía, su esprit de corps está ajustado al nivel más alto.

Hay un número limitado de puertas que llevan a Intramuros. Randy debe esquivar un asedio diario de taxis tirados por caballos, algunos de los cuales no tienen nada mejor que hacer que seguirle por la calle durante un cuarto de hora diciéndole:

—¿Señor? ¿Señor? ¿Taxi? ¿Taxi?

Uno de ellos en particular es el capitalista más tenaz que Randy haya visto nunca. Cada vez que se coloca junto a Randy, una cuerda de orina surge del vientre de su caballo y choca contra el pavimento, silbando y formando espuma. Diminutos cometas de pis chocan contra los pantalones de Randy. Él siempre viste pantalones largos, independientemente de la temperatura.

Intramuros es un vecindario extrañamente tranquilo y perezoso. Se debe especialmente a que fue destruido durante la guerra, y todavía no lo han destruido. En su mayoría siguen siendo granjas de malas hierbas, lo que es muy extraño en medio de una vasta y abarrotada metrópoli.

Varios kilómetros hacia el sur, en dirección al aeropuerto, entre hermosas construcciones suburbanas, se encuentra Makati. Sería el lugar lógico para la central de Epiphyte Corp. Tiene un par de gigantescos hoteles de cinco estrellas en cada calle, torres de oficinas de aspecto limpio y genial, y modernos bloques de apartamentos. Pero Avi, haciendo gala de su perverso sentido de la propiedad inmobiliaria, ha decidido rechazar todas esas ventajas a favor de lo que ha descrito por teléfono como textura.

—No me gusta comprar o alquilar propiedades cuando los precios están llegando al máximo —dijo.

Comprender las motivaciones de Avi es como pelar una cebolla con un palillo. Randy sabe que hay más de lo que parece: quizá se gane un favor, o esté correspondiendo a un favor, de su casero. Quizás ha estado leyendo a algún gurú de la administración que aconseja a los jóvenes empresarios que se sumerjan en la cultura local. No es que Avi haya tenido jamás demasiado aprecio por los gurús. La última hipótesis de Randy es que todo está relacionado con las líneas de visión; las latitudes y las longitudes.

En ocasiones Randy. camina por lo alto de la muralla española. Alrededor de la calle Victoria, donde MacArthur tuvo el cuartel general antes de la guerra. Es tan ancha como una calle de cuatro carriles. Los amantes se acurrucan en los huecos trapezoidales para los cañones y abren los paraguas para conseguir intimidad. Bajo él, hacia la izquierda, está el foso, tan ancho como un par de calles, prácticamente seco. Los ocupas han construido chozas en su interior. En las partes que siguen sumergidas, cavan buscando cangrejos en el lodo o lanzan redes improvisadas entre los lotos púrpuras y magenta.

A la derecha está Intramuros. Unos pocos edificios sobresalen sobre un revoltijo confuso de piedras desparramadas. Hay antiguos cañones españoles, medio enterrados, salpicados por el lugar. Los tendederos y las antenas de televisión se mezclan con las enredaderas y el cableado eléctrico improvisado. Los postes eléctricos sobresalen en ángulos extraños, como las ramas altas que pueden caer en cualquier momento en un bosque

quemado, algunos casi completamente ocultos por las burbujas de vidrio de los contadores eléctricos. Cada doce metros aproximadamente, sin causa aparente, humea un montón de basura.

Al pasar frente a la catedral, los niños le siguen, gimoteando y pidiendo lastimeros hasta que pone algunos pesos en sus manos. Entonces sonríen y a continuación lanzan un alegre:

—¡Gracias! —en un inglés con perfecto acento de centro comercial americano.

Los mendigos de Manila no parecen tomarse su trabajo demasiado en serio, porque incluso ellos han sido infectados por el hongo cultural de la ironía y parece que siempre están reteniendo una sonrisa, como si no pudiesen creerse que estén haciendo algo tan trillado.

No comprenden que él está trabajando. No importa.

Randy siempre ha tenido ideas más rápido de lo que puede usarlas. Pasó los primeros treinta años de su vida dejándose llevar por cualquier idea que le resultase atractiva en ese momento, descartándola en cuanto aparecía otra mejor.

Ahora vuelve a trabajar para una compañía, y siente la responsabilidad de usar su tiempo de forma productiva. Las buenas ideas le vienen tan rápido como siempre, pero debe mantener la vista fija en la pelota. Si la idea no es pertinente para Epiphyte, debe apuntarla y olvidarse de ella de momento. Si es pertinente, debe resistirse a la idea de sumergirse en ella y pensar: «¿Se le habrá ocurrido esa idea a alguien antes?, ¿es posible simplemente comprar la tecnología?, ¿puede delegar el trabajo a un programador contratado en Estados Unidos?»

Camina despacio, en parte porque en caso contrario sufriría una insolación y caería muerto en el arroyo. Peor aún, podría caerse por una abertura a un torrente de basura, o rozar los cables eléctricos de los ocupas, que cuelgan sobre su cabeza como áspides pacientes. Los peligros constantes de electrocución total por arriba y de ahogarse en mierda líquida por abajo le obligan a mirar continuamente de arriba abajo además de un lado a otro. Randy nunca se ha sentido más atrapado entre un cielo caprichoso y peligroso y un submundo infernal. El país está tan macerado en religión como la India, pero aquí es catolicismo.

En el extremo norte de Intramuros hay un pequeño distrito comercial. Está encajado entre la catedral de Manila y el Fuerte Santiago, que los españoles construyeron para controlar la desembocadura del río Pasig. Está claro que es un distrito comercial porque hay servicio telefónico. Como en otras Economías Asiáticas en Rápida Expansión, no es fácil decidir si se trata de un cableado pirata o de una instalación oficial increíblemente mal realizada. Son el ejemplo perfecto de por qué el diseño incremental es malo. En algunos sitios el conjunto de cables es tan grueso que Randy probablemente no podría abarcarlos con ambos brazos. El peso y la tensión han empezado a tirar de los postes, especialmente en las curvas de las calles, donde los cables dan la vuelta a las esquinas y ejercen una fuerza neta lateral sobre el poste.

Todos los edificios han sido construidos de la forma más barata posible: cemento vertido en moldes de madera sobre rejillas formadas por barras de metal atadas a mano. Son mazacotes, grises y por completo indistinguibles unos de otros. Un par de edificios más altos, veinte o treinta pisos, se alzan sobre el distrito desde una intersección cercana, con el viento y los pájaros circulando por entre las ventanas rotas. Fueron gravemente dañados en un terremoto durante los años ochenta y todavía no los han arreglado.

Pasa junto a un restaurante con una rechoncha fortaleza de cemento enfrente, con las salidas recubiertas de rejas de acero ennegrecido y las tuberías oxidadas, que sirven de ventilación al generador diesel oculto en su interior, sobresaliendo de la parte superior.

En el exterior han pintado un orgulloso NADA DE APAGONES PARCIALES. Detrás hay un edificio de oficinas posterior a la guerra, de cuatro pisos de altura, con un fajo especialmente grueso de cables telefónicos surgiendo de él. La parte baja de la fachada tiene atornillado el logo de un banco. Hay un aparcamiento enfrente. Las dos plazas que quedan frente a la entrada principal están bloqueadas por carteles pintados a mano: RESERVADO PARA VEHÍCULO BLINDADO Y RESERVADO PARA EL DIRECTOR DEL BANCO. Un par de guardas están apostados frente a la entrada sujetando los mangos de madera de rifles antidisturbios, armas con aspecto de armatoste y la apariencia caricaturesca de accesorios de figuras de acción. Uno de los guardas se encuentra detrás de una

plataforma blindada que ostenta un cartel: POR FAVOR ENTREGUE LAS PISTOLAS/ARMAS AL GUARDA

Randy intercambia un saludo con el guarda y entra en el vestíbulo del edificio, donde hace tanto calor como fuera. Rodea el banco e ignora el poco fiable ascensor, atraviesa una puerta de acero que le conduce hasta una escalera estrecha. Hoy está a oscuras. El sistema eléctrico del edificio es un conjunto de remiendos: varios sistemas diferentes que coexisten en el mismo espacio, controlados por paneles diferentes, algunos con generador y otros sin él. Por tanto, los apagones se inician y concluyen en fases. En algún punto de lo alto de la escalera se oye el canto de los pájaros, que compite con las alarmas de coches que se disparan en el exterior.

Epiphyte Corp. tiene alquilado el piso más alto del edificio, aunque por el momento él es la única persona que trabaja allí. Gracias a Dios; el aire acondicionado sí ha estado funcionando. El dinero que pagaron por su propio generador ha valido la pena. Desactiva el sistema de alarma, va a la nevera y saca dos botellas de agua de un litro. Su regla de oro, después de caminar, es beber agua hasta que empieza a orinar de nuevo. Sólo después de eso puede pensar en otras actividades.

Ha sudado demasiado para sentarse. Debe seguir moviéndose para que el aire frío y seco fluya alrededor de su cuerpo. Se sacude el sudor de la barba mientras realiza una órbita por el suelo, mirando por la ventanas y comprobando las líneas de visión. Se saca una espantosa cartera de nylon del bolsillo y la deja colgar del cinturón para que la piel que había debajo se seque. Contiene su pasaporte, una tarjeta de crédito sin usar, diez billetes de cien dólares nuevos y un disco con la clave de cifrado de 4096 bits.

Al norte puede examinar las zonas verdes y murallas del Fuerte Santiago, donde se afana una falange de turistas nipones, preservando su diversión con precisión forense. Al otro lado del río está Quiapo, una zona urbanizada: altos edificios de apartamentos y oficinas con nombres corporativos grabados en los pisos más altos y con antenas de satélite en los tejados.

Todavía reacio a quedarse quieto, Randy pasea por la oficina en el sentido de las agujas del reloj. Intramuros está rodeado de un anillo de

verde, su antiguo foso. Él mismo acaba de atravesar su borde oeste. El este está tachonado de imponentes edificios neoclásicos que albergan a varios ministerios gubernamentales. El edificio de Correos y Telecomunicaciones se encuentra en la orilla del Pasig, en un vértice del río del que irradian hacia Quiapo tres puentes muy próximos entre sí. Más allá de las inmensas estructuras recientes situadas sobre el río, Quiapo y el vecindario cercano de San Miguel son un conjunto de gigantescos establecimientos: una estación de tren, una vieja prisión, muchas universidades y Malacanang Palace, que está subiendo río arriba por el Pasig.

De vuelta a este lado del río. Intramuros está al frente (iglesias y catedrales rodeadas de tierra dormida), instituciones gubernamentales y edificios universitarios más o menos en el centro, y, más allá, una extensión aparentemente infinita de una ciudad de edificios bajos y mucho humo. A varios kilómetros al sur se encuentra la reluciente ciudad de negocios de Makati, construida alrededor de un cuadrado en el que se cruzan dos enormes carreteras en ángulo agudo, un eco de la intersección de pistas de aterrizaje del AINA un poco más al sur. A partir de Makati se extiende una ciudad esmeralda de grandes casas situadas sobre grandes jardines: allí viven los embajadores y los presidentes de las corporaciones. Siguiendo con el paseo en el sentido de las agujas del reloj puede recorrer el Boulevard Roxas, subiendo hacia él desde el rompeolas, definido por una línea de altas palmeras. La bahía de Manila está abarrotada de barcos pesados, grandes buques de carga que llenan el agua como troncos en una explotación forestal. El puerto de contenedores está debajo de él hacia el oeste: una malla de almacenes sobre terreno expropiado que es tan plana, y tan natural, como una lámina de tablero aglomerado.

Al mirar más allá de las grúas y los contenedores, en dirección oeste sobre la bahía, apenas puede distinguir la silueta montañosa de la península de Batan, a unos 65 kilómetros de distancia. Siguiendo esa silueta negra hacia el sur —siguiendo la ruta tomada por los nipones en 1942— casi puede distinguir un bulto en el extremo sur. Debe ser la ísla de Corregidor. Es la primera vez que consigue verla; hoy la atmósfera está desacostumbradamente limpia.

Un fragmento trivial de historia flota hasta la superficie de su cerebro fundido. El galeón de Acapulco. La señal de fuego en Corregidor.

Marca el número GSM de Avi. Avi, en algún lugar del mundo, contesta. Por lo que se oye, parece que está en un taxi, en uno de esos países en los que dar bocinazos todavía es un derecho inalienable.

—¿Qué tienes en mente, Randy?

—Líneas de visión—dice Randy.

—¡Caramba! —espeta Avi, como si una pelota de goma le hubiese golpeado en el estómago—. Te has dado cuenta.

*OceanofPDF.com*

# Guadalcanal

Los cuerpos de los marine raiders ya no están presurizados, no logran contener la sangre y el aliento. El peso del equipo los aplasta contra la arena. Las olas ya han comenzado a cubrirlos de limo; rastros cometarios de sangre se pierden en el océano, alfombras rojas para cualquier tiburón que pueda estar vigilando la costa. Sólo uno de ellos es un lagarto gigante, pero todos tienen la misma forma general: gruesos en el medio y delgados al extremo, efecto de vivir en el mar.

Un pequeño convoy de barcos nipos está cruzando su horizonte, remolcando barcazas cargadas con suministros metidos en bidones de acero. Shaftoe y su pelotón deberían estar lanzándoles mortero ahora mismo. Cuando aparezcan los aviones americanos y empiecen a darles caña, los nipos tiraran los bidones por la borda y saldrán corriendo, con la esperanza de que algunos de ellos lleguen arrastrados por las olas hasta Guadalcanal.

La guerra ha terminado para Bobby Shaftoe, y no es que sea la primera o última vez. Se mueve con dificultad por entre el pelotón. Las olas le golpean en las rodillas para extenderse a continuación en alfombras mágicas de espuma y sustancias vegetales que se mueven sobre la superficie, por lo que parece que sus huellas se desplazan cuando él camina. Se gira continuamente sin razón y se cae de culo.

Al fin llega al cadáver del auxiliar sanitario y le despoja de todo lo que lleve pintado una cruz roja. Da la espalda al convoy nipo y levanta la mirada hacia la empinada pendiente que cae sobre la costa. Igual podría ser el monte Everest visto desde un campamento base. Shaftoe decide afrontar el desafio con sus manos y rodillas. De vez en cuando, una ola grande le

golpea en el culo, se escurre orgiásticamente entre sus piernas y le baña la cara. Le sienta bien y le impide caer hacia delante y quedarse dormido por debajo de la línea de la marea alta.

El siguiente par de días consiste en un puñado de fotografías sucias y desvaídas en blanco y negro, barajadas y repartidas una y otra vez: la playa bajo el agua, la posición de los cadáveres marcada por olas estacionarias. La playa vacía. La playa sumergida de nuevo. La playa salpicada de montones oscuros, como una rebanada del pan de pasas de la abuela Shaftoe. Una cápsula de morfina medio hundida en la arena. Personas menudas y oscuras, en su mayoría desnudas, moviéndose por la playa durante la marea baja y saqueando los cadáveres.

¡Eh, un segundo! Por alguna razón Shaftoe vuelve a estar de pie, agarrado a su Springfield. La jungla no quiere dejarle marchar; en el tiempo que llevaba allí tendido han empezado a crecerle enredaderas sobre los brazos y piernas. Cuando sale, arrastrando follaje a su paso como una carroza en un desfile, el sol se derrama sobre su cuerpo como el sirope caliente sobre un helado. Puede ver que la tierra viene hacia él. Da una vuelta al caer —apreciando momentáneamente a un hombre grande con un rifle— y luego tiene la cara hundida en la arena fría. Las olas rugen en el interior de su cráneo: una agradable ovación en pie por parte de un público de ángeles que, habiendo muerto todos ellos, saben reconocer una buena muerte cuando la ven.

Manos pequeñas le dan la vuelta. Tiene uno de los ojos cerrado por la arena. Mirando por el otro ve un tipo grande con un rifle colgado al hombro. El tipo lleva una buena barba de color rojizo, lo que hace un poco menos probable que se trate de un soldado nipón. Pero ¿qué es?

Le da golpecitos como un médico y reza como un cura; incluso en latín. Pelo plateado ensortijándose junto a un cráneo bronceado. Shaftoe busca alguna insignia en las ropas del tipo. Espera ver un *Semper Fidelis* pero en su lugar lee: *Societas Eruditorum e Ignoti et quasi occulti*.

—*Ignoti et*… ¿qué coño significa eso? —pregunta.

—Oculto y desconocido… más o menos —dice el hombre. Habla con un acento extraño, como australiano o alemán. El a su vez examina la insignia de Shaftoe—. ¿Qué es un marine raider? ¿Un equipo nuevo?

—Como un marine, pero más —dice Shaftoe. Lo que puede sonar a bravuconada. Y en realidad, lo es a medias. Pero el comentario está tan cubierto de ironía como su uniforme de arena, porque en ese momento en particular de la historia un marine no es sólo un hijo de puta peligroso. Es un HIJO DE PUTA peligroso atrapado en medio de ninguna parte (Guadalcanal), sin comida ni armas (cosa debida, como te dirá cualquier marine, a una siniestra conspiración entre el general Mac—Arthur y los nipos) inventando a cada paso, improvisando armas con los objetos que encuentra, confundido, la mitad del tiempo, por las enfermedades y los medicamentos que le han dado para mantener a raya a las enfermedades. Y en cada uno de esos sentidos, un marine raider es (como dice Shaftoe) como un marine, pero más.

—¿Es usted una especie de comando o algo así? —pregunta Shaftoe, interrumpiendo el farfulleo de Rojo.

—No. Vivo en la montaña.

—Oh, ¿sí? ¿Qué haces allá arriba, Rojo?

—Observo. Y hablo por la radio, en código —y vuelve a farfullar.

—¿Con quién hablas, Rojo?

—¿Te refieres a ahora, en latín, o en código por la radio?

—Ambos, supongo.

—En código por la radio hablo con los buenos.

—¿Quiénes son los buenos?

—Es una larga historia. Si sobrevives, quizá te los presente —contesta Rojo.

—¿Y ahora mismo en latín?

—Hablo con Dios —dice Rojo—. Extremaunción, en caso de que no sobrevivas.

Eso le hace pensar en los otros. Recuerda por qué tomó la alocada decisión de ponerse en pie.

—¡Eh! ¡Eh! —intenta sentarse, y como descubre que es imposible, se da la vuelta—. ¡Esos cabrones están saqueando los cuerpos!

No consigue enfocar la mirada y debe limpiarse la arena de uno de los ojos.

En realidad, enfoca perfectamente. Lo que parecen bidones de acero salpicados por la playa resultan ser… bidones de acero salpicados por la playa. Los nativos los sacan de la arena, usando las manos para cavar como los perros, haciéndolos rodar sobre la arena hasta la jungla.

Shaftoe se desmaya.

Cuando despierta hay una hilera de cruces en la playa… palos unidos con lianas, cubiertos con flores salvajes. Rojo las clava con la cula—

ta del rifle. La mayoría de los bidones de acero, y la mayoría de los nativos, han desaparecido. Shaftoe necesita morfina. Se lo dice a Rojo.

—Si crees que la necesitas ahora —dice Rojo—, espera. —Le lanza el rifle a un nativo, se acerca a Shaftoe y lo carga sobre el hombro. Shaftoe lanza un grito. Un par de Zeros les sobrevuelan mientras ellos penetran en la selva—. Mi nombre es Enoch Root —dice Rojo—, pero puedes llamarme Hermano.

*OceanofPDF.com*

# Galeón

Una mañana, Randy Waterhouse se levanta temprano, se da una larga ducha caliente, se planta frente al espejo de la *suite*, y se afeita la cara dejándosela hecha un cristo. Estuvo considerando encomendarle el trabajo a un especialista: el barbero del hotel. Pero es la primera vez en diez años que su rostro estará visible, y quiere ser la primera persona que lo vea. Su corazón se acelera, en parte por el miedo primario a la navaja y en parte por pura expectación. Es como una escena de una de esas películas malas de antaño, cuando por fin retiran las vendas de la cara del paciente y le colocan un espejo delante.

La sensación, antes de nada, es de intenso *deja vu*, como si los últimos diez años de su vida no hubiesen sido más que un sueño, y ahora los hubiese recuperado para vivirlos de nuevo.

A continuación, comienza a apreciar los pequeños detalles en que ha cambiado su rostro desde la última vez que estuvo expuesto a la luz y el aire. Se sorprende ligeramente al descubrir que alguno de esos cambios no han sido del todo malos. Randy nunca se ha considerado especialmente atractivo, y tampoco le ha preocupado nunca. Pero el semblante salpicado de sangre del espejo es, sin duda, más atractivo que el que se hundió entre el pelo una década atrás. Parece el rostro de un adulto.

Ha pasado una semana desde que Avi y él decidieron todo el plan para los altos representantes de la APL: la Autoridad Postal y de Telecomunicaciones. APL es el nombre genérico que los empresarios de

telecomunicaciones asignan, como si fuera un post—it, a cualquier departamento gubernamental que administre esos asuntos en el país en el que estén de visita esa semana. De hecho, en Filipinas se llama de otra forma.

Los americanos llevaron, o al menos acompañaron, a Filipinas al siglo XX y erigieron el aparato de su gobierno central. Intramuros, el corazón muerto de Manila, está rodeado por un anillo inconexo de enormes edificios neoclásicos, muy al estilo del Distrito de Columbia. que dan cabida a diferentes partes del aparato de gobierno. La APL tiene su central en uno de esos edificios, justo al sur del Pasig.

Randy y Avi llegan pronto, porque Randy, acostumbrado al tráfico de Manila, insiste en que reserven una hora para cubrir el trayecto en taxi de unos tres kilómetros que les separa desde el hotel. Pero el tráfico se muestra perversamente ligero y acaban con veinte minutos extra. Pasean por un lateral del edificio y llegan al dique verde. Avi mira directamente al edificio de Epiphyte Corp., simplemente para asegurarse de que la línea de visión está libre. Randy ya lo ha comprobado a su satisfacción, y se limita a quedarse de pie con los brazos cruzados, mirando el río. Está lleno, de orilla a orilla, de basura flotante: algo de materia vegetal, pero en su mayoría viejos colchones, cojines, piezas de plástico, pedazos de espuma, y, sobre todo, bolsas de plástico de diversos colores brillantes. El río tiene la consistencia del vómito.

Avi arruga la nariz.

—¿Qué es eso?

Randy olisquea el aire y huele, entre otras cosas, a plástico quemado. Hace un gesto corriente abajo.

—Campamentos de ocupas al otro lado del Fuerte Santiago —explica —. Toman el plástico del río y lo queman como combustible.

—Hace un par de semanas estuve en México —dice Avi—. ¡Tienen bosques de plástico!

—¿Qué significa eso?

—Fuera de la ciudad, en dirección al viento, los árboles cogen del aire las bolsas de plástico y quedan totalmente cubiertos. Se mueren porque la luz y el aire no pueden llegar a las hojas. Pero siguen en pie, totalmente envueltos en bolsas de plástico, de diferentes colores, rotas, que se agitan.

Randy se quita la chaqueta, se sube las mangas; Avi no parece percibir el calor.

—Así que eso es el Fuerte Santiago —dice Avi, empezando a caminar en esa dirección.

—¿Has oído hablar de él? —pregunta Randy, siguiéndole mientras lanza un suspiro. El aire está tan caliente que cuando sale de los pulmones se ha enfriado varios grados.

—Se lo menciona en el vídeo —dice Avi mientras levanta una cinta de vídeo y la agita.

—Oh, sí.

No tardan en encontrarse frente a la entrada del fuerte, que está flanqueada por las esculturas de un par de guardias realizadas con la espumosa roca volcánica: españoles blandiendo alabardas con pantalones anchos y cascos de conquistadores. Llevan allí de pie casi medio milenio y un centenar de miles de tormentas tropicales han caído sobre sus cuerpos suavizándolos.

Avi se encuentra en un horizonte temporal mucho más corto: sólo tiene ojos para los agujeros de bala que han desfigurado los rostros de los soldados más que el agua y el tiempo. Les pone la mano encima, como un Tomás escéptico. Luego se echa atrás y empieza a farfullar en hebreo. Dos turistas alemanes, con colas de caballo y sandalias rústicas, cruzan la puerta.

—Nos quedan cinco minutos —dice Randy.

—Vale, volveremos más tarde.

Charlene no estaba del todo equivocada. La sangre sale de pequeños, invisibles e indoloros cortes en la cara de Randy, y sigue así durante diez o quince minutos después de que se haya afeitado. Momentos antes, esa sangre se veía acelerada por los ventrículos, o fluía por las partes de su cerebro que lo convierten en un ente consciente. Ahora, esa misma materia está expuesta al aire; puede alzar la mano y limpiársela. La separación entre Randy y el ambiente ha sido aniquilada.

Coge un tubo de una potente crema solar resistente al agua y se cubre la cara, cuello y la pequeña zona en lo alto de la cabeza donde empieza a

perder el pelo. Se pone los pantalones caqui, los náuticos, una camisa de algodón suelta y una riñonera que contiene el receptor GPS y un par de otros elementos esenciales como un poco de papel higiénico y una cámara desechable. Deja la llave en recepción, y los empleados reaccionan con sorpresa y le sonríen. Los botones parecen especialmente encantados por su cambio. O quizá sea que por primera vez lleva zapatos de piel: náuticos, que siempre ha considerado como elemento distintivo del pijo total, pero que hoy son un elemento más que razonable de su vestuario. Los botones se preparan para abrirle la puerta principal, pero Randy cruza el vestíbulo hacia la salida trasera del hotel, esquiva la piscina y atraviesa una hilera de palmeras hasta llegar i una baranda de piedra en la parte alta del rompeolas. Debajo de él se encuentra el muelle del hotel, que sobresale hacia una pequeña cala que i su vez se abre hacia la bahía de Manila.

Su transporte todavía no está, así que se queda en la baranda durante un minuto. Un lado de la cala es accesible desde el Parque Rizal, algunos ocupas filipinos de mal aspecto están ganduleando en los bancos y le miran fijamente. En el rompeolas hay un hombre de mediana edad, vestido sólo con unos pantalones cortos, mirando con intensidad felina el agua. Un helicóptero negro ejecuta giros lentos y ladéalos sobre un cielo de color blanco azúcar. Es un Huey de la era de Vietnam, un helicóptero que además produce un silbido reptiliano y feroz al desplazarse en el aire.

Un barco se materializa entre el vapor que se eleva en la bahía. De— tiene los motores y se acerca a la cala, provocando una ola frente a él, como una arruga en una alfombra gruesa. Una mujer alta y esbelta va en la proa, como un mascaron vivo, sosteniendo un pesado rollo de cuerda.

Las grandes antenas parabólicas del tejado del edificio de la APT apuntan casi directamente hacia arriba, como bebederos para pájaros, debido a que Manila está muy próxima al ecuador. En las paredes de piedra se está soltando la masilla de los agujeros de balas y metralla rellenados tras la guerra. Los acondicionadores de aire de las ventanas, centrados en los arcos romanos del edificio, gotean agua sobre las balaustradas de piedra caliza que hay debajo, disolviéndolas lentamente. La piedra caliza está ennegrecida por una especie de limo orgánico, y está marcada por las raíces de las minúsculas plantas que han construido su hogar allí; probablemente

han crecido a partir de las semillas de la mierda de los pájaros que se reúnen allí para bañarse y beber, ocupas del reino aéreo.

Una docena de personas, mitad peces gordos sentados a la mesa y mitad lacayos de pared, esperan en una sala de conferencias con arte—sonado. Al entrar Randy y Avi se produce una ráfaga de apretones de mano y lluvia de tarjetas, aunque la mayor parte de los nombres pasan por la memoria a corto plazo de Randy como un caza supersónico que atravesase las tristes defensas aéreas de un país del Tercer Mundo. Sólo le quedan un montón de tarjetas de visita. Las maneja en su zona de la mesa como un vejete senil jugando al Klondike sobre una bandeja de metal. Avi, evidentemente, ya conoce a todas esas personas; parece que está autorizado a llamarles por el nombre de pila, se sabe las edades y nombres de sus hijos, sus hobbies, sus grupos sanguíneos, enfermedades crónicas, los libros que están leyendo, a qué fiestas han asistido. Todos ellos parecen encantados por esos conocimientos, y todos ellos, gracias a Dios, ignoran a Randy por completo.

De la media docena de personas importantes de la sala, tres de ellos son filipinos de mediana edad. Uno es el funcionario más importante de la APT. El segundo es el presidente de una compañía de telecomunicaciones emergente llamada FiliTel, que intenta competir contra el monopolio tradicional. El tercero es el vicepresidente de una compañía llamada 24 Jam que posee la mitad de los supermercados de Filipinas, así como bastantes de Malasia. Randy tiene problemas para distinguir entre esos hombres, pero les observa conversar con Avi, y aplicando lógica inductiva pronto es capaz de relacionar la tarjeta de visita con el rostro correspondiente.

Los otros tres son fáciles: dos americanos y un nipón, y uno de los americanos es mujer. La mujer viste zapatillas color lavanda a juego con un pequeño traje con falda, y coordinado con las uñas. Tiene aspecto de haber salido directamente del plato de uno de esos anuncios de uñas falsas y permanentes caseras. La tarjeta la identifica como Mary Ann Carson, y afirma ser la vicepresidenta de AVCLA, Asia Ventare Capital Los Angeles, que Randy vagamente recuerda como una firma de Los Angeles que invierte en Economías Asiáticas en Rápida Expansión. El hombre americano es rubio, y tiene cierto aspecto duro y cuasi militar. Parece alerta, disciplinado, impasible, rasgos que los amigos de Charlene interpretarían como hostilidad producto de la represión de un profundo desorden mental.

Representa al Subic Bay Free Port. El hombre nipón es el vicepresidente ejecutivo de una compañía de electrónica de consumo ridículamente colosal. Mide como metro ochenta. Tiene un cuerpo pequeño y una cabeza grande con forma de pera vuelta del revés, pelo fuerte de color gris en las sienes y gafas de alambre. Sonríe con frecuencia, y proyecta la serena confianza de un hombre que ha memorizado una enciclopedia de dos mil páginas sobre etiqueta empresarial.

Avi no pierde tiempo en poner la cinta, que en estos momentos representa un setenta y cinco por ciento de los activos de Epiphyte Corp. Ha hecho que la produzca una nueva empresa multimedia muy buena, y el contrato de producción representa el cien por cien de los ingresos de esa empresa durante este año.

«Los pasteles se deshacen cuando los trozos son demasiado pequeños», le gusta decir a Avi.

Comienza con una secuencia —hurtada de un telefilme ya olvidado— de un galeón español atravesando un mar picado. El título superpuesto dice: MAR DE CHINA MERIDIONAL, 1699. La banda sonora ha sido manipulada y convertida a *dolby* a partir de la versión mono. Es bastante impresionante.

(—La mitad de los inversores de AVCLA tienen yate —le había explicado Avi.)

Cambio a un plano (producido por la compañía multimedia, y editado sin que se notase) de un vigía andrajoso, agotado, metido en su cofa, mirando a través de un catalejo de latón, aullando:

—¡Tierra a la vista!

Cambio a un plano del capitán español, un personaje duro y barbudo, emergiendo de su camarote para contemplar con mirada especulativa y keatsiana el horizonte.

—¡Corregidor! —exclama.

Cambio a una torre de piedra en lo alto de una isla tropical, desde la que un vigía observa al galeón en el horizonte (insertado digital—mente). El vigía se pone las manos alrededor de la boca y aulla, en español:

—¡Es el galeón! ¡Encended el fuego!

(—La familia del tipo que dirige la APT está muy interesada en la historia local —dijo Avi—, dirigen el Museo de Filipinas.)

Con fuertes vítores, los españoles (en realidad, actores méxico—americanos) con cascos de conquistadores plantan fuego a una inmensa pila de madera seca que evoluciona hacia una pirámide de llamas tan potentes como para asar a un buey en un segundo.

Corte a las almenas del Fuerte Santiago (el fondo: poliuretano esculpido: al frente: un paisaje generado digitalmente), donde otro conquistador observa una luz que llamea en el horizonte:

—¡Mira! ¡El galeón! —grita.

Sigue una serie de planos de gente de Manila corriendo hacia el rompeolas para adorar la señal, incluyendo a un monje agustino que une las manos sobre el rosario y se lanza allí mismo a una letanía en latín (—La familia que controla FiliTel dotó una capilla en la catedral de Manila.), así como una familia de mercaderes chinos descargando fardos de seda de un junco (—24 Jam, la cadena de tiendas, está dirigida por mestizos chinos).

Se inicia una narración, una voz profunda y sincera, en inglés con acento filipino (—El actor es hermano del padrino del nieto del hombre que dirige la APT). Al pie de la pantalla aparecen los subtítulos en tagalo (—La gente de la APT está muy comprometida con la lengua nativa).

—Durante el apogeo del Imperio Español, el acontecimiento más importante del año era la llegada del galeón de Acapulco, cargado de plata procedente de las ricas minas de América; plata para comprar sedas y especias de Asia, plata que convertía a Filipinas en la fuente económica de Asia. La aproximación del galeón venía precedida por una señal luminosa en la isla de Corregidor, en la entrada de la bahía de Manila.

Cambio (¡al fin!) desde las caras relucientes de avaricia de las gentes de Filipinas a una reproducción gráfica en 3-D de la bahía de Manila, la península de Batan y las pequeñas islas en la punta de Batan, incluyendo Corregidor. El punto de vista desciende y se acerca a Corregidor, donde arde un fuego falso y no muy bien recreado. Un rayo de luz amarillo, como un disparo de *fáser* en *Star Trek*, atraviesa la bahía. El punto de vista lo sigue. Choca contra los muros del Fuerte Santiago.

—La señal de fuego era una tecnología antigua y simple. Con el lenguaje de la ciencia moderna, su luz era una forma de «radiación electromagnética», propagándose en línea recta sobre la bahía de Manila,

portando un único bit de información. Pero, en una época hambrienta de información, ese único bit lo era todo para la gente de Manila.

Entra música funky. Cambio a plano de la Manila moderna. Centros comerciales y hoteles de lujo en Makati. Fábricas de electrónica, escolares sentados frente a pantallas de ordenador. Antenas parabólicas. Barcos descargando en el inmenso puerto libre de la bahía de Su—bic. Muchas, muchas sonrisas, y gestos con el pulgar.

—Filipinas hoy es una dínamo económica en desarrollo. A medida que crece su economía, también crece su sed de información… no bits individuales, sino cientos de miles de millones. Pero la tecnología para transmitir esa información no ha cambiado tanto como podría suponerse.

De vuelta a la imagen en 3-D de la bahía de Manila. Pero en esta ocasión, en lugar de una hoguera en Corregidor, hay una antena de mi—croondas en una torre situada en el punto alto de la isla, disparando ondas sinusoidales azul eléctrico a toda la extensión del área metropolitana de Manila.

—La radiación electromagnética, en este caso microondas, que se propaga en línea recta, puede transmitir vastas cantidades de información con rapidez. La tecnología moderna de la criptografía permite que esa señal sea segura frente a posibles fisgones.

De vuelta al plano del galeón y el vigía.

—En los viejos días, la posición de Corregidor a la entrada de la bahía de Manila la convertía en un lugar de vigilancia natural; un lugar en el que podía reunirse información sobre los barcos que se acercaban.

Cambio al plano de una barcaza en algún sitio, arrojando al mar un grueso conjunto de cables, submarinistas trabajando con ristras de balizas color naranja.

—Hoy, la situación geográfica de Corregidor la convierte en el lugar ideal para cables de fibra óptica a gran profundidad. La información que viene por esos cables, desde Taiwán, Hong Kong, Malasia, Nipón y Estados Unidos, puede transmitirse directamente al corazón de Manila. ¡A la velocidad de la luz!

Más gráficos 3-D. En esta ocasión, una representación detallada del perfil urbano de Manila. Randy se lo sabe de memoria, porque ha reunido los datos para aquella maldita presentación recorriendo la ciudad con el

maldito receptor GPS. El rayo de bits de Corregidor viene directamente de la bahía y da en la diana de la antena en lo alto de un edificio de cuatro pisos sin especificar, entre el Fuerte Santiago y la catedral de Manila. Es el edificio de Epiphyte Corp. A continuación, otras antenas retransmiten la información al edificio de la APT y otros lugares cercanos: rascacielos en Makati, edificios de oficinas del gobierno en Ciudad Quezón y una base de las fuerzas aéreas al sur de la ciudad.

El personal del hotel tiende una pasarela enmoquetada entre el rompeolas y el bote. Mientras Randy la recorre, la mujer le ofrece la mano. El la toma y la agita.

—Randy Waterhouse —dice.

Ella tira de su mano y lo sube a bordo; no tanto como recibimiento sino para impedir que se caiga por la borda.

—Hola, Amy Shaftoe —dice—. Bienvenido al *Glory*.

—¿Perdóneme?

—*Glory*. El nombre de este bote es *Glory* —dice. Habla con franqueza y claridad, como si se comunicase por radio con mucho ruido—. En realidad, se llama *Glory IV* —añade. Su acento es más o menos del Medio Oeste, con cierto deje sureño, y también algo de filipino. Si la viese por la calle en alguna ciudad del Medio Oeste es posible que ni siquiera apreciase alrededor de sus ojos los rastros de antepasados asiáticos. Tiene el cabello castaño, con mechas rubias, lo suficientemente largo para formar una cola de caballo, no más.

—Perdóneme un segundo —dice, mete la cabeza en la cabina del piloto y habla en una mezcla de tagalo e inglés. El piloto asiente, mira a su alrededor y comienza a manipular los controles. El personal del hotel retira la pasarela—. ¡Oigan! —dice Amy con calma, y les lanza a cada uno un paquete de Marlboro.

Ellos los cogen en el aire, sonríen y le dan las gracias. Gíory IV empieza a alejarse del muelle.

Amy pasa los siguientes minutos recorriendo la cubierta, repasando una lista mental de cosas que hacer. Randy cuenta cuatro hombres además de Amy y el piloto: dos caucásicos y dos filipinos. Todos ellos trastean con

motores y equipos de inmersión en lo que Randy, a través de muchas barreras culturales y tecnológicas, reconoce como análogo a la depuración informática. Amy pasa junto a Randy en un par de ocasiones, pero evita mirarle a los ojos. No es por timidez. Su lenguaje corporal es más que elocuente: «Soy consciente de que los hombres tienen el hábito de mirar a toda mujer que esté cerca, con la esperanza de obtener placer en el disfrute de su belleza física, su pelo, maquillaje, fragancia y ropa. Lo ignoraré, con amabilidad y paciencia, hasta que lo superes.» Amy es una muchacha de largas piernas vestida con unos vaqueros manchados de pintura, una camiseta sin mangas y sandalias de alta tecnología, y se mueve con facilidad por el bote. Finalmente se acerca a él, mirándole a los ojos durante un segundo, para apartar luego la vista como si estuviese aburrida.

—Gracias por llevarme —dice Randy.

—No es nada —dice ella.

—Me siento avergonzado por no haber dado propina a los chicos del muelle. tpPuedo reembolsárselo a usted?

—Puede reembolsarme con información —dice ella sin vacilar. Amy levanta una mano para frotarse la nuca. Su codo se alza en el aire. Randy puede ver el vello de su axila, como de un mes de largo, y luego percibe el borde de un tatuaje que sobresale bajo la camiseta—. Usted está en el negocio de la información, ¿no? —Lo mira a la cara, esperando que él ría, o al menos sonría. Pero Randy está demasiado preocupado para pillar la broma. Amy aparta la vista, ahora con un gesto sardónico y astuto en la cara: «No me comprendes, Randy, lo que es totalmente típico y me parece bien.» A Randy le recuerda a las lesbianas sensatas y trabajadoras que ha conocido, bolleras urbanas que tienen gatos y practican esquí nórdico.

Ella le conduce hasta un camarote con aire acondicionado, un montón de ventanas y una cafetera. El pandado es imitación de madera como un sótano suburbano, y exhibe documentos enmarcados en las paredes: documentos oficiales como licencias y registros, y grandes fotografías en blanco y negro de personas y barcos. Huele a café, jabón y grasa. Hay un equipo sostenido por cuerdas y una caja de zapatos con un par de docenas de compactos, en su mayoría álbumes de cantautoras americanas del tipo poco convencional, incomprendidas, extremadamente inteligentes pero intensamente emocionales, que se hacen ricas vendiendo música a

consumidores que comprenden lo que es ser un incomprendido[5]. Amy sirve dos tazas de café y las coloca sobre la mesa, atornillada, del camarote. A continuación, mete la mano en los ajustados bolsillos de los vaqueros, saca una cartera de nylon a prueba de agua, extrae dos tarjetas de visita y las arroja al otro lado de la mesa, una tras otra, en dirección a Randy. Amy parece disfrutar; una son—risita privada aparece en sus labios y se desvanece justo cuando Randy la ve. Las tarjetas muestran el logotipo de Semper Marine Services y el nombre America Shaftoe.

—¿Se llama America? —pregunta Randy.

Amy mira por la ventana, aburrida, temiendo que él vaya a emocionarse con eso.

—Sí —dice.

—¿Dónde creció?

Ella parece estar fascinada por lo que se ve tras el cristal: grandes buques de carga por toda la bahía de Manila hasta el mismo horizonte, buques que llegan de Atenas, Shanghai, Vladivostok, Ciudad del Cabo, Monrovia. Randy infiere que contemplar grandes barcos oxidados es más interesante que hablar con él.

—Bien, ¿le importaría decirme de qué va todo esto? —pregunta Amy. Se vuelve, se lleva la taza a los labios y le mira directamente a los ojos.

Randy se encuentra algo perplejo. Viniendo de America Shaftoe la pregunta es básicamente impertinente. Su compañía, Semper Marine Services, es un contratista del nivel más bajo en la corporación virtual de Avi —sólo una de la docena de empresas de botes y submarinistas que podrían haber contratado—, así que es como si el taxista o el portero te estuviesen interrogando.

Pero ella es lista y extraña, y precisamente porque se esfuerza en no serlo, es encantadora.

Como una mujer interesante y compatriota americana, está exigiendo su contrapartida, exigiendo que se le reconozca un status superior. Randy intenta ir con cuidado.

—¿Hay algo que le preocupe? —pregunta él.

Amy aparta la vista. Teme haberle causado una impresión equivocada.

—Nada en particular —dice—. Simplemente soy curiosa. Me gusta oír historias. Los submarinistas siempre están reuniéndose para contar

historias.

Randy bebe café. America sigue hablando:

—En este negocio, nunca sabes de dónde va a salir el próximo encargo. Algunas personas tienen motivos increíblemente extraños para hacer cosas bajo el agua, que a mí me gusta escuchar —termina—. ¡Es divertido! —Que claramente es el único motivo que le hace falta.

Randy considera todo lo anterior un montón de chorradas razonablemente profesional. Decide contarle sólo lo que se ha dicho a la prensa.

—Todos los filipinos están en Manila. Ahí es a donde debe ir la información. Resulta bastante incómodo llevar información hasta Manila, porque al fondo tiene montañas y por delante la bahía de Manila. La bahía es un lugar infernal para colocar cables submarinos.

Ella asiente. Evidentemente, ya lo sabía. Randy acelera.

—Corregidor es un lugar bastante bueno. Desde Corregidor puedes lanzar un rayo de microondas con la línea de visión libre hasta el centro de Manila.

—Así que ustedes van a extender el festón costero del norte de Lu—zón desde la bahía de Subic hasta Corregidor —dice ella.

—Eh… dos cosas sobre lo que acaba de decir —dice Randy, y se detiene un momento para situar la respuesta en el *buffer* de salida—. Una, tiene que ser cuidadosa con los pronombres… ¿a qué se refiere con «ustedes»? Yo trabajo para Epiphyte Corporation, que desde su base está diseñada para actuar no por sí sola, sino como un elemento en una corporación virtual, como una especie…

—Sé qué es una epífita —dice ella—. t,El número dos?

—Vale, bien —dice Randy, algo desconcertado—. Lo segundo es que la extensión del festón del norte de Luzón será la primera de lo que esperamos sean muchas conexiones. Con el tiempo queremos tender un montón de cables hasta Corregidor.

Alguna maquinaria en la cabeza de Amy se pone en marcha. El mensaje está muy claro. Habrá trabajo más que suficiente para Semper Marine, si desarrollan bien el primer encargo.

—En este caso, la entidad que se encargará del trabajo es una corporación conjunta que nos incluye a nosotros, FiliTel, 24 Jam y una gran

compañía de electrónica nipona, entre otras.

—¿Qué tiene que ver 24 Jam con todo esto? Son una cadena de tiendas.

—Son el punto de venta, el sistema de distribución, para el producto de Epiphyte.

—¿Que sería…?

—Pinoy—gramas. —Randy consigue evitar el impulso de decirle que el nombre está registrado.

—¿ Pinoy—gramas?

—Funciona así. Usted es una Trabajadora Contratada en el Extranjero. Antes de partir hacia Arabia Saudita, Singapur, Seattle o a donde sea, nos compra o alquila un pequeño dispositivo. Tiene más o menos el tamaño de un libro de bolsillo y contiene una pequeña cámara de vídeo, una pantalla diminuta y muchos chips de memoria. Los componentes vienen de todas partes: se envían al puerto franco de Subic y se ensamblan en una planta nipona. Así que cuestan casi nada. En cualquier caso, te llevas el dispositivo contigo al extranjero. Cuando te entran ganas de comunicarte con tus familiares, lo enciendes, apuntas la cámara hacia ti y grabas un pequeño saludo en vídeo. Todo va a los chips de memoria. Se comprime mucho. Luego conectas el dispositivo a la línea telefónica y dejas que haga su magia.

—¿Qué magia? ¿Envía el vídeo por la línea telefónica?

—Exacto.

—¿No hace ya mucho tiempo que la gente manda vídeo por teléfono?

—En este caso, la diferencia está en el software. No intentamos enviar el vídeo en tiempo real; es demasiado caro. Almacenamos los datos en un servidor central, y luego nos aprovechamos de los parones, cuando el tráfico se reduce en los cables submarinos, y enviamos los datos por esos mismos cables cuando resulta barato hacerlo. Al final, los datos acaban en las instalaciones de Epiphyte en Intramuros. Desde allí empleamos tecnología inalámbrica para enviar los datos a las tiendas 24 Jam en toda el área metropolitana de Manila. La tienda no necesita más que una pequeña antena en el tejado, un decodificador y un vídeo normal tras el mostrador. El Pinoy—grama se graba en una cinta de vídeo normal. Luego, cuando mamá vaya a comprar huevos o papá vaya a comprar cigarrillos, el empleado dirá: «Eh, tienen un Pinoy—grama», y les entregará la cinta. Se

la podrán llevar a casa y tener las últimas noticias de sus niños en el extranjero. Cuando terminen, llevarán la cinta de vuelta a 24 Jam para reutilizarla.

Como a medio camino de la explicación, Amy comprende el concepto básico, mira por la ventana y comienza a intentar sacarse fragmentos del desayuno de entre los dientes usando la punta de la lengua. Lo hace con la boca educadamente cerrada, pero parece ocupar sus pensamientos más que la explicación de los Pinoy—gramas.

Randy se ve atrapado por el inexplicable y alocado deseo de no aburrir a Amy. No es que tenga esperanzas con ella, porque ha calculado que las probabilidades de que sea lesbiana son de un cincuenta por ciento y sabe que es mejor no molestarse. Ella es tan sincera, tan candida, que él se siente como si pudiese confiárselo todo, como a un igual.

Esa es la razón por la que odia los negocios. Siempre quiere contárselo todo a todo el mundo. Siempre quiere hacerse amigo de la gente que conoce.

—Bien, déjeme adivinar —dice ella—, usted es el encargado del software.

—Sí—admite Randy, un poco a la defensiva—, pero el software es el único aspecto interesante de todo el proyecto. El resto no es más que fabricar matrículas.

Eso le llama un poco la atención.

—¿Fabricar matrículas?

—Es una expresión que usamos mi socio y yo —dice Randy—. En cualquier negocio hay una parte creativa que es preciso realizar, desarrollar nueva tecnología o lo que sea. Todo lo demás, el noventa y nueve por ciento, es llegar a acuerdos, recaudar capital, ir a reuniones, mercadotecnia y ventas. A esa parte la llamamos fabricar matrículas.

Ella asiente, mirando por la ventana. Randy está a punto de contarle que los Pinoy—gramas no son más que una forma de conseguir un flujo de capital para poder pasar a la fase dos del plan de negocio. Está seguro de que decírselo elevaría su posición por encima de la de aburrido programador. Pero Amy sopla con fuerza sobre el café, como si apagase una vela, y dice:

—Bien. Gracias. Creo que esto vale por los tres paquetes de cigarrillos.

OceanofPDF.com

# Pesadilla

Bobby Shaftoe se ha convertido en todo un experto en pesadillas. Como un piloto de combate que salta de un avión en llamas, ha salido catapultado de una vieja pesadilla, para caer en una todavía mejor y totalmente nueva. Es escalofriante y tranquila; nada de lagartos gigantes.

Comienza con calor en su rostro. Si tienes combustible suficiente para mover un barco de cincuenta mil toneladas por el océano Pacífico a veinticinco nudos, lo metes todo en un tanque y, a continuación, los nipos pasan volando y lo incendian en unos segundos, mientras tú estás lo suficientemente cerca para ver las sonrisas de triunfo de los pilotos, entonces sí que consigues sentir el calor en el rostro.

Bobby Shaftoe abre los ojos, esperando que al hacerlo esté alzando el telón de otra absurda pesadilla, probablemente los momentos finales de *¡Bombarderos a las dos en punto!* (su favorita) o el sorpresivo arranque de *Masacrados por hombres amarillos XVII*.

Pero esta pesadilla no parece tener banda sonora. Todo está tan silencioso como en una emboscada. Está sentado en una cama de hospital rodeado de un pelotón de lámparas de carbono que hacen difícil distinguir ninguna otra cosa.

Shaftoe parpadea y enfoca un remolino de humo de cigarrillo que flota en el aire, como el combustible vertido en una cala tropical. La verdad es que huele bien.

Hay un joven sentado cerca de su cama. Todo lo que Shaftoe puede ver de él es un halo asimétrico donde las luces se reflejan en el acabado oleoso de su tupé. Y el punto rojo del cigarrillo. Y si presta más atención, puede

distinguir la silueta de un uniforme militar. No es un uniforme de marine. En sus hombros relucen barras de teniente, luz brillante entre puertas dobles.

—¿Le gustaría otro cigarrillo? —dice el teniente. Su voz es áspera, pero extrañamente amable.

Shaftoe baja la vista y ve en su mano el centímetro final de un Lucky Strike entre los dedos.

—Hágame una pregunta difícil —consigue decir. Su propia voz suena profunda y lenta, como un gramófono que va deteniéndose.

La colilla se sustituye por un nuevo cigarrillo. Shaftoe se lo lleva a los labios. Tiene un vendaje en el brazo, y bajo la tela puede sentir penosas heridas intentando causarle dolor. Pero algo bloquea las señales.

Ah, la morfina. No puede ser una pesadilla tan mala si es producto de la morfina, ¿no?

—¿Está listo? —dice la voz. Maldición, la voz le suena familiar.

—¡Señor, hágame una pregunta difícil, señor! —dice Shaftoe.

—Eso ya lo ha dicho.

—¡Señor, si le pregunta a un marine si quiere otro cigarrillo, o si está listo, la respuesta es siempre la misma, señor!

—Buen espíritu —dice la voz—. Denle a la película.

Se oyen chasquidos que vienen de la oscuridad que se encuentra más allá del firmamento de lámparas de carbono.

—Listo —responde una voz.

Algo grande desciende hacia Shaftoe. Se agacha sobre la cama, porque se parece exactamente a los huevos siniestros soltados en el aire por los bombarderos nipos. Pero se detiene y flota en el aire.

—Sonido —dice otra voz.

Shaftoe mira con mayor atención y ve que no es una bomba, sino un enorme micrófono en forma de bala al final de un brazo.

El teniente con el tupé se inclina, buscando instintivamente la luz, como un viajero en una fría noche de invierno.

Se trata de ese tipo de las películas. ¿Cuál es su nombre? ¡Oh, sí!

Ronald Reagan tiene sobre el regazo un montón de tarjetas de tres pulgadas por cinco. Coge una nueva:

—¿Qué consejo daría usted, como el americano más joven que ha obtenido la Cruz de la Marina y la Estrella de Plata, a los jóvenes marines que se dirigen a Guadalcanal?

Shaftoe no tiene que pensárselo demasiado. Los recuerdos siguen tan claros como la undécima pesadilla de la noche pasada: ¡diez valientes nipos en *Carga suicida*!

—Mata primero al que lleva la espada.

—Ah —dice Reagan, elevando las cejas bien perfiladas, y moviendo el tupé en dirección a Shaftoe—. Muy inteligente… a por ellos porque son los oficiales, ¿no?

—¡No, gilipollas! —aulló Shaftoe—. ¡Los matas porque tienen putas espadas! ¿Alguna vez ha visto a alguien corriendo en su dirección agitando una puta espada?

Reagan retrocede. Ahora está asustado, el sudor hace que se le corra el maquillaje, aunque por la ventana entra una ligera brisa fresca procedente de la bahía.

Reagan sólo desea dar media vuelta, volver a Hollywood y metérsela a alguna aspirante a estrella. Pero está atrapado aquí, en Oakland, entrevistando al héroe de guerra. Repasa el montón de tarjetas, rechazando como veinte de ellas. Shaftoe no tiene prisa, va a permanecer tendido en esa cama de hospital aproximadamente durante el resto de su vida. Incinera medio cigarrillo con una larga chupada, contiene el humo y expulsa un anillo.

Cuando luchaban de noche, los cañones de los barcos producían anillos de gas incandescente. No como rosquillas gruesas, sino delgados, que se retorcían como lazos. El cuerpo de Shaftoe está saturado de morfina. Los párpados le caen en avalancha sobre los ojos, calmando el ardor y la inflamación causados por las luces y el humo de los cigarrillos. Él y su pelotón corren desafiando la marea que se aproxima, intentando atravesar un cabo. Son marine raiders y han estado persiguiendo a una unidad nipo específica por todo Guadalcanal durante dos semanas, mermándolos. Mientras sigan por allí, se les ha ordenado llegar a cierto punto del cabo, desde donde deberían poder bombardear con los morteros al Expreso de Tokio que se aproxima. Es una táctica algo atolondrada e imprudente, pero no lo llaman Operación Cuatro Cuartos por nada; es una absurda

improvisación desde el principio. Van retrasados porque ese pequeño grupo de nipos se ha mostrado realmente tenaz, poniendo emboscadas tras cada tronco caído, disparándoles cada vez que se acercaban a una ensenada…

Algo pegajoso le golpea en la frente: es el maquillador que le da un repaso. Shaftoe se encuentra de vuelta en la pesadilla que a su vez contenía la pesadilla del lagarto.

—¿Le he hablado del lagarto? —dice Shaftoe.

—Varias veces —responde su interrogador—. No nos llevará más que un minuto. —Ronald Reagan sostiene entre el pulgar y el índice una nueva tarjeta de tres por cinco, con una pregunta algo menos emocional—. ¿Qué hacían usted y sus compañeros por las noches cuando terminaban de luchar?

—Apilar nipos muertos con un *bulldozer* —dice Shaftoe—, y prenderles fuego. Luego íbamos a la playa con una botella de aguardiente y veíamos cómo torpedeaban a nuestros barcos.

Reagan hace una mueca.

—¡Corten! —dice, con tranquilidad pero con voz de mando. El sonido de la cámara se apaga.

—¿Qué tal he estado? —dice Bobby Shaftoe mientras le quitan el maquillaje de la cara y guardan el equipo. Las luces de carbono se han apagado, y la luz clara del norte de California entra por la ventana. Toda la escena parece casi real, como si no fuese una pesadilla.

—Ha estado genial —dice el teniente Reagan, sin mirarle a los ojos—. Un buen estímulo para la moral —enciende un cigarrillo—. Ahora puede volver a dormir.

—¡Ja! —dice Shaftoe—. Hace rato que estoy dormido. ¿No?

Se siente mucho mejor cuando le dejan salir del hospital. Le dan un par de semanas de permiso, va derecho a la estación de Oakland y se mete en un tren con dirección a Chicago. Los otros pasajeros le reconocen por las fotos en los periódicos, le invitan a beber, posan con él para fotografías de recuerdo. Durante horas mira por la ventana, viendo pasar América, y ve que todo es hermoso y está limpio. Puede que haya lugares salvajes, puede que haya bosques profundos, puede que haya osos grizzly y pumas, pero

todo está bien separado, y las reglas (no juegues con los oseznos, por la noche cuelga la comida de la rama de un árbol) son bien conocidas, y han sido publicadas en el manual de los *boy scouts*. En las islas del Pacífico hay demasiadas cosas con vida, y todo se encuentra en el continuo proceso de comer y ser comido por otra cosa y, en cuanto pones el pie allí, estás metido en el mismo lío. El sólo hecho de estar sentado en un tren durante un par de días, con los pies metidos en calcetines limpios de algodón blanco, sin ser comido por otra cosa, ayuda mucho a aclararle la cabeza. Sólo en una ocasión, o quizás en dos o tres, siente realmente la necesidad de refugiarse en el trono e inyectarse morfina en el brazo.

Pero cuando cierra los ojos se encuentra en Guadalcanal, arrastrándose por esa última franja de tierra, corriendo frente a la marea. Las grandes olas están ya encima, atrapando a los hombres y golpeándolos contra las rocas.

Al final gira y ve la cala: no más que una muesca en la costa de Guadalcanal. Un centenar de metros de marisma frente a un acantilado. Tendrán que atravesar esa marisma y establecer una posición segura en la base del acantilado y si la marea no los arrastra…

Los Shaftoe son gente de las montañas de Tennessee; entre otras cosas, mineros. Cuando Nimrod Shaftoe se trasladó a Filipinas, un par de sus hermanos se fueron al oeste de Wisconsin para trabajar en las minas de plomo. Uno de ellos —el abuelo de Bobby— se convirtió en capataz. En ocasiones iba hasta Oconomowoc para visitar al dueño de la mina, que poseía una casa de verano en uno de los lagos. Salían en el bote y pescaban lucios. A menudo les acompañaban los vecinos —banqueros y dueños de fábricas de cerveza— del propietario. Así fue como los Shaftoe se trasladaron a Oconomowoc, y dejaron las minas para convertirse en guías de caza y pesca. La familia había sido muy escrupulosa en la conservación del ancestral acento sureño y algunas otras tradiciones, como el servicio militar. Una de sus hermanas y dos de sus hermanos siguen viviendo con mamá y papá, y sus dos hermanos mayores están en el ejército. Bobby no es el primero en recibir una Estrella de Plata, aunque sí es el primero en recibir una Cruz Naval.

Bobby da una charla a la tropa de *boy scouts* de Oconomowoc. Va en cabeza en el desfile de la ciudad. Aparte de eso, durante dos semanas apenas sale de casa. En ocasiones va al patio a jugar al «tú la llevas» con

sus hermanos más jóvenes. Ayuda a papá a arreglar un muelle podrido. Chicos y chicas de cuando estaba en el instituto vienen continuamente a visitarle, y Bobby pronto descubre el truco que su padre, sus tíos y tíos abuelos ya conocían, que es no hablar jamás sobre los detalles concretos de lo sucedido. Nadie quiere saber cómo tuvo que sacarse de la pierna la mitad de las muelas de un compañero usando la bayoneta. Ahora esos chicos le parecen idiotas y pesos ligeros. La única persona cuya presencia puede soportar es su bisabuelo Shaftoe, de noventa y cuatro años y tan agudo como una tachuela, que estaba en Petersburg cuando Burnside abrió un buen agujero en las líneas confederadas con explosivos enterrados y envió a sus hombres corriendo al cráter donde fueron masacrados. Evidentemente, nunca habla de esa experiencia, al igual que Bobby Shaftoe nunca habla de su lagarto.

Pronto se le acaba el tiempo, y luego tiene la gran despedida en la estación de tren de Milwaukee, abraza a mamá, abraza a sus hermanas, da la mano a papá y a sus hermanos, vuelve a abrazar a mamá y parte.

Bobby Shaftoe no sabe nada del futuro. Sólo sabe que le han ascendido a sargento, le han separado de su antigua unidad (lo que no es tan raro, ya que es el único superviviente de su pelotón) y le han asignado a una rama del Cuerpo en Washington D.C. de la que nunca había oído hablar.

D.C. es un lugar bullicioso, pero la última vez que Bobby Shaftoe se había molestado en mirar los periódicos, allí no se combatía, así que evidentemente no le iban a dar un puesto de combate. De todas formas, ya ha hecho su parte, ha matado más nipos de los que le tocaban, ha ganado sus medallas, ha sufrido sus heridas. Como carece de conocimientos administrativos, espera que el nuevo puesto consista en viajar por el país siendo un héroe de guerra, elevando la moral y convenciendo a los jóvenes para que se unan al Cuerpo.

Se presenta, como le han ordenado, en Marine Barracks, Washington, D.C. Se trata del destino más antiguo del Cuerpo, una manzana entre el Capitolio y el Navy Yard, un cuadrángulo verde donde la banda de Marines se pavonea y los entrenadores entrenan. Casi espera ver reservas estratégicas de saliva y betún almacenadas en grandes tanques.

En la oficina hay dos marines: un mayor, que es su nuevo oficial al mando, y un coronel, que parece y se comporta como si hubiese nacido

aquí. Es asombroso más allá de toda descripción que dos personajes de tal calibre estén allí para recibir a un simple sargento. La Cruz Naval debe haberles llamado la atención. Pero esos marines tienen Cruces Navales propias; dos o tres cada uno.

El mayor presenta al coronel de una forma que realmente a Shaftoe no le aclara una mierda. El coronel no dice casi nada; está allí para observar. El mayor pasa algún tiempo hojeando unos documentos mecanografiados.

—Aquí dice que es un *gung-ko*.

—¡Sí, señor, sí!

—¿Qué coño significa?

—¡Señor, es una palabra china! Allí hay un comunista, de nombre Mao, y tiene un ejército. Nos enfrentamos a ellos en más de una ocasión, señor. *Gung-ho* es su grito de batalla, significa «todos juntos» o algo similar; por tanto, ¡después de darles una buena zurra, señor, se lo robamos, señor!

—¿Quiere decir que se ha vuelto asiático como esos otros marines de China, Shaftoe?

¡ Señor! ¡Al contrario, señor, como creo que demuestra mi expediente!

—¿Realmente lo cree? —responde el mayor incrédulo—. Tenemos aquí un interesante informe sobre una entrevista cinematográfica que hizo con un soldado[6] llamado teniente Reagan.

—¡Señor! ¡Este marine se disculpa por su vergonzoso comportamiento durante esa entrevista, señor! ¡Este marine se desacreditó a sí mismo y a sus compañeros, señor!

—¿No va a darme ninguna excusa? Estaba herido. Conmociona—do. Drogado. Sufría de malaria.

—¡Señor! ¡No hay excusa, señor!

El mayor y el coronel se miran y asienten aprobadores.

Todo el asunto de «señor, sí señor», que probablemente le sonaría a gilipollez a cualquier civil cuerdo, es perfectamente razonable para Shaftoe y los oficiales de un modo profundo e importante. Como muchos otros, al principio Shaftoe tuvo problemas con la etiqueta militar. La absorbió bastante bien creciendo en una familia militar, pero vivirla era un asunto diferente. Habiendo ahora experimentado todas las fases de la existencia militar excepto las terminales (muerte violenta, corte marcial, retiro), ha

acabado comprendiendo la cultura militar por lo que es: un sistema de etiqueta que hace posible que un grupo de hombres vivan juntos durante años, viajen al fin del mundo y hagan todo tipo de cosas increíbles sin matarse los unos a los otros o perder la chaveta en el proceso. La extrema formalidad con la que se dirige a esos oficiales conlleva un subtexto importante: su problema, señor, es decir qué quiere que yo haga, y mi problema, señor, es hacerlo. Mi postura gung—ho indica que en cuanto me dé una orden no voy a molestarle con los detalles… y su parte del trato es que mejor se queda en su lado de la línea, señor, y no me moleste con la mierda de politiqueo con la que usted tiene que tratar para vivir. La responsabilidad implícita colocada sobre los hombros del oficial por la voluntad total del subordinado a seguir las órdenes es una carga fulminante para cualquier oficial con medio cerebro, y Shaftoe en más de una ocasión ha visto cómo suboficiales veteranos convertían a tenientes novatos en montones de gelatina temblorosa simplemente permaneciendo frente a ellos y aceptando, con alegría, ejecutar sus órdenes.

—Ese teniente Reagan se quejó de que intentaba contarle una historia sobre un lagarto —dice el mayor.

—¡Señor! ¡Sí, señor! ¡Un lagarto gigante, señor! ¡Una historia interesante, señor! —dice Shaftoe.

—No me importa —dice el mayor—. La cuestión es si se trataba de una historia apropiada para contarla en esas circunstancias.

—¡Señor! ¡Avanzábamos por la costa de la isla, intentando situarnos entre los nipos y el punto de desembarco del Expreso de Tokio, señor!… —empieza a decir, Shaftoe.

—¡Cállese!

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Se produce un silencio bochornoso roto al fin por el coronel.

—Hicimos que los loqueros repasasen su declaración, sargento Shaftoe.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Opinan que el asunto del lagarto es un ejemplo clásico de proyección.

—¡Señor! ¡Podría por favor explicarme qué coño significa eso, señor!

El coronel enrojece, se da la vuelta y mira por entre las persianas el ligero tráfico de Eye Street.

—Bien, lo que dicen es que no hubo lagarto gigante. Que mató a ese japo[7] en combate cuerpo a cuerpo. Y que el recuerdo de un lagarto gigante es una manifestación de su ello freudiano.

—¡Ello, señor!

—Que ese ello está en su cerebro, tomó el control y le dio energías para matar a ese japo con las manos desnudas. Luego su imaginación conjuró toda esa mierda sobre un lagarto gigante para poder explicarlo.

—¡Señor! ¡Está diciendo que el lagarto no fue más que una metáfora, señor!

—Sí.

—¡Señor! ¡En ese caso, respetuosamente me gustaría saber cómo el nipo quedó masticado por la mitad, señor!

El coronel hace un gesto desdeñoso con la cara.

—Bien, para cuando fue rescatado por la vigilancia costera, sargento, llevaba tres días en esa cala junto con todos aquellos cadáveres. Y bajo ese calor tropical, y con los bichos y animales carroñeros, no había forma de saber sólo mirándolo si el japo había sido comido por un lagarto gigante o lo habían pasado por una trituradora de madera, si me entiende.

—¡Señor! ¡Le entiendo, señor!

El mayor vuelve al informe.

—Ese tipo Reagan dice que repetía continuos comentarios desdeñosos hacia el general MacArthur.

—¡Señor, sí señor! ¡Es un hijo de puta que odia al Cuerpo de Marines, señor! ¡Intenta matarnos a todos, señor!

El mayor y el coronel se miran. Está claro que, sin hablar, han llegado a la misma decisión.

—Como insiste en alistarse de nuevo, lo normal sería pasearle por el país mostrando sus medallas y reclutando jóvenes para el Cuerpo. Pero esa historia del lagarto no lo permite.

—¡Señor! ¡No comprendo, señor!

—La Oficina de Reclutamiento ha repasado su expediente. Han visto el informe de Reagan. Les pone nerviosos que se encuentre en West Bumfuck, Arkansas, en el desfile del día de los caídos vestido con su reluciente

uniforme y que de pronto se ponga a soltar tonterías sobre lagartos y todos se caguen de miedo y eso afecte el esfuerzo bélico.

—¡Señor! ¡Respetuosamente…!

—Denegado el permiso para hablar —dice el mayor—. Ni siquiera comentaré esa obsesión con el general MacArthur.

—¡Señor! ¡El general está asesinando…!

—¡Cállese!

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Tenemos otro trabajo para usted, marine.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Va a ser parte de algo especial.

—¡Señor! ¡Los marine raiders ya son una parte muy especial de un Cuerpo muy especial, señor!

—No me refiero a eso. Me refiero a que el puesto es… inusual. —El mayor mira al coronel. No está seguro de cómo seguir.

El coronel mete la mano en el bolsillo, agita las monedas, la levanta y comprueba su afeitado.

—No es exactamente un puesto en el Cuerpo de Marines —dice al fin —. Formará parte de un destacamento internacional especial. Un pelotón de marine raiders americanos y un escuadrón del Servicio Especial de la Aviación Británica, SAS, operando bajo un único mando. Un montón de hombres duros que han demostrado que pueden soportar cualquier misión, bajo cualquier condición. ¿Es una descripción adecuada de usted, marine?

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Se trata de una situación muy especial —reflexiona el coronel—, para nada algo que hubiesen concebido los militares. ¿Sabe a qué me refiero, Shaftoe?

—¡Señor, no señor! ¡Pero ahora detecto un fuerte olor a política en la habitación, señor!

Al coronel le tiembla ligeramente un párpado y mira por la ventana hacia el Capitolio.

—Los políticos pueden ponerse muy tontos con su forma de hacer las cosas. Todo tiene que hacerse de cierta forma. No les gustan las excusas. ¿Me comprende, Shaftoe?

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—El Cuerpo tuvo que luchar para conseguir esta oportunidad. Iban a dárselo al Ejército de Tierra. Hicimos uso de algunos contactos con viejas personas de la Marina en puestos importantes. Ahora la operación es nuestra. Algunos dirían que es nuestra para cagarla.

—¡Señor! ¡No cagaremos la operación, señor!

—La razón por la que ese cabrón de MacArthur mata marines como moscas en el Pacífico sur es porque en ocasiones no jugamos demasiado bien el juego político. Si usted y su nueva unidad no tienen un comportamiento brillante, la situación sólo podrá empeorar.

—¡Señor! ¡Puede confiar en este marine, señor!

—Su oficial al mando será el teniente Ethridge. Un hombre de Annapolis. No tiene demasiada experiencia en combate, pero sabe cómo moverse en los círculos importantes. Puede intervenir por usted a nivel político. Sobre el terreno, la responsabilidad de que las cosas se hagan es totalmente suya, sargento Shaftoe.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Trabajará muy de cerca con el Servicio Especial de la Aviación Británica. Hombres muy buenos. Pero queremos que usted y sus hombres los eclipsen.

—¡Señor! ¡Puede contar con ello, señor!

—Bien, entonces, prepárese para embarcar —dice el mayor—. Está de camino al norte de África, sargento Shaftoe.

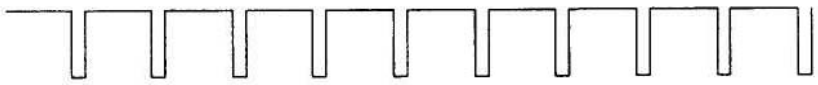
*OceanofPDF.com*

# Londinium

Las pesadas monedas británicas resuenan en su bolsillo como platos de peltre. Lawrence Pritchard Waterhouse recorre la calle vistiendo el uniforme de capitán de fragata de los Estados Unidos. Tal hecho no debe tomarse como si implicase que es capitán de fragata, o que siquiera pertenezca a la Marina, aunque es así. La referencia a Estados Unidos, sin embargo, es una apuesta bastante segura, porque cada vez que llega a un bordillo, o está a punto de ser atropellado por un vehículo que frena en seco o pierde el paso, desvía su tren de pensamientos a un lado, para desagrado de pasajeros y personal, y hace que gran parte de su circuito mental de cálculo se dedique al trabajo de reflejar lo que le rodea sobre un gran espejo. Aquí conducen por la izquierda.

Ya lo sabía antes de llegar. Ha visto fotografías. Y Alan se había quejado en Princeton, corriendo siempre el riesgo de morir atropellado cuando, perdido en sus pensamientos, bajaba de la acerca mirando hacia el lado equivocado.

Los bordillos son afilados y perpendiculares, no como las suaves curvas americanas de sección sigmoide. La transición entre la acera y la calle es una caída en vertical. Si pones una bombilla verde en la cabeza de Waterhouse y le miras de lado durante un apagón, su trayectoria tendría el aspecto de una onda cuadrada sobre un osciloscopio de un solo rayo: arriba, abajo, arriba, abajo. Si estuviese en Estados Unidos, las aceras tendrían un espaciamiento equitativo, como unas doce por milla, porque su ciudad natal está cuidadosamente trazada sobre una rejilla.



Aquí en Londres, la distribución de calles es irregular y por tanto las transiciones de la onda cuadrada se producen aleatoriamente, en ocasiones muy juntas, a veces muy separadas.

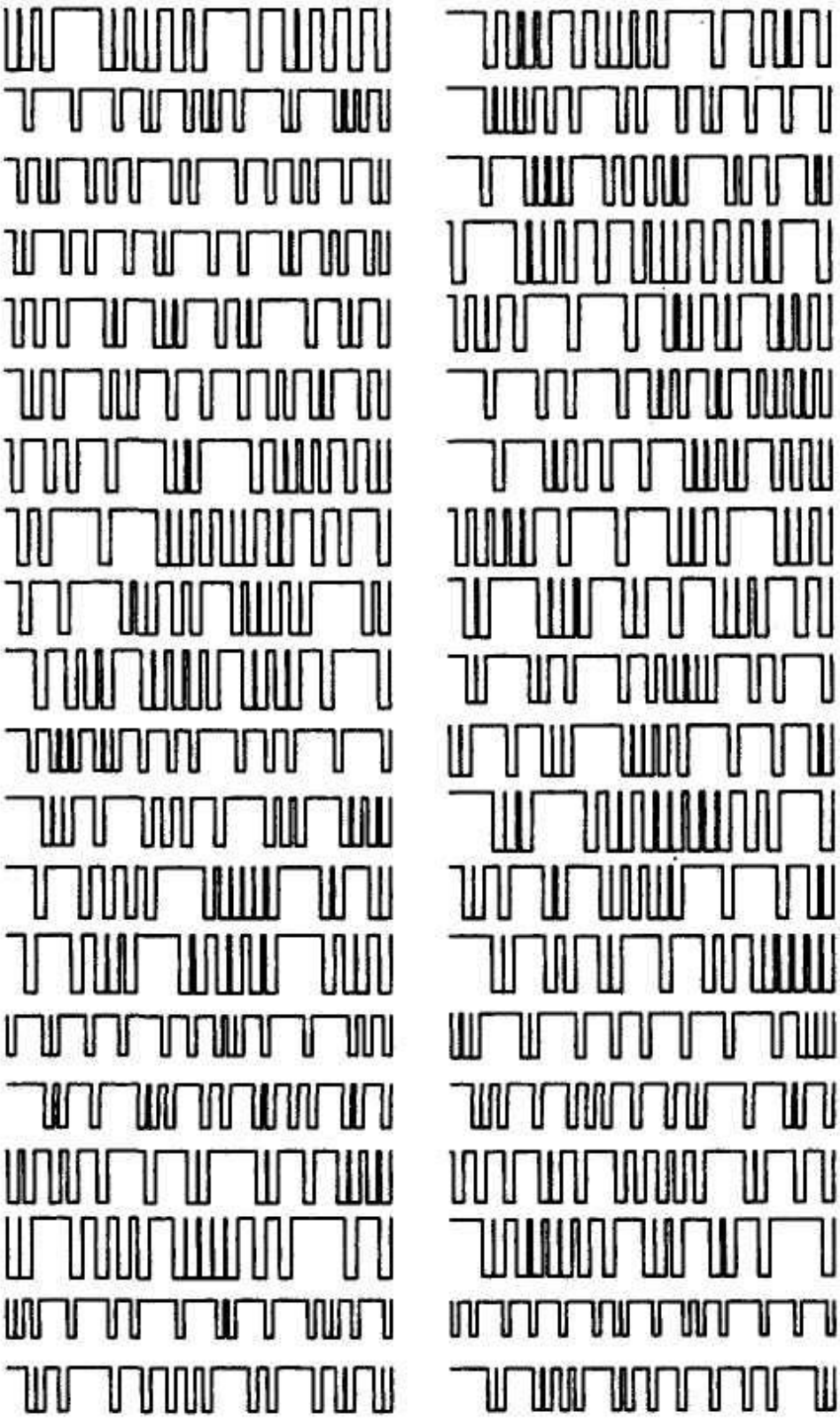


Un científico que examinase esa onda probablemente renunciaría a encontrar ningún patrón; le parecería algo al azar, producto del ruido, efecto quizá de los rayos cósmicos del espacio profundo, o de la desintegración de un isótopo radioactivo.

Pero si tuviese profundidad e ingenio, la cuestión sería muy diferente.

Podría obtenerse profundidad poniendo una bombilla verde en la cabeza de cada una de las personas de Londres y luego grabando el camino durante algunas noches. El resultado sería un grueso conjunto de gráficos, cada uno aparentemente tan caótico como los otros. Cuanto más grueso sea el montón, mayor profundidad.

*OceanofPDF.com*



OceanofPDF.com

El ingenio es un asunto completamente distinto. No hay forma sistemática de obtenerlo. Una persona podría observar el montón de ondas cuadradas y no ver más que ruido. Otra podría encontrar en ellas una fuente de fascinación, una sensación irracional imposible de explicar a otra persona que no la compartiese.

Una parte profunda de la mente, experta en el descubrimiento de patrones (o la existencia de un patrón) despertaría de un salto y le indicaría frenética a las partes cotidianas del cerebro que siguiesen mirando el montón de gráficos. La señal es débil y no siempre se escucha, pero indicaría al receptor que repasase, durante días si fuese necesario, el montón de gráficos como un autista, extendiéndolos por el suelo, amontonándolos según algún sistema inescrutable, apuntando números y letras de alfabetos muertos en las esquinas, preparando referencias cruzadas, encontrando patrones, comparando unos con otros.

Un día esa persona saldría de la habitación llevando un mapa extremadamente exacto de Londres, reconstruido a partir de la información contenida en todos esos gráficos cuadrados.

Lawrence Pritchard Waterhouse es una de esas personas.

Por esa razón, las autoridades de su país, los Estados Unidos de América, le han hecho prestar un solemne juramento de secreto, y le suministran continuamente nuevos uniformes de varios tipos y graduaciones y, ahora, le han enviado a Londres.

Baja una acera, mirando por reflejo a la izquierda. Oye en el oído derecho un tintineo, barritan los frenos de una bicicleta. No es más que un marine real (Waterhouse empieza a reconocer los uniformes) haciendo un recado; pero lleva refuerzos a la espalda en la forma de un autobús autocar pintado de verde olivo y marcado por todas partes con números inescrutables.

—¡Perdóneme, señor! —dice el marine real con una sonrisa, y le esquiva, aparentemente suponiendo que el autocar puede manejar cualquier situación de limpieza. Waterhouse da un salto, directamente frente a un taxi negro que viene en sentido contrario.

Pero después de atravesar esa calle en particular, llega a su destino en Westminster sin más incidentes que amenacen su vida, a menos que se tenga en cuenta el estar a unos pocos minutos de vuelo en avión de una

horda extremadamente organizada de alemanes asesinos con las mejores armas del mundo. Se encuentra en una zona de la ciudad que se parece a ciertas áreas sin luz y cercadas de Manhattan: calles estrechas bordeadas de edificios de unos diez pisos de alto. Ocasionales visiones de antiguos y enormes edificios góticos al fondo de la calle le dan a entender que está metido hasta el cuello en grandeza. Como en Manhattan, la gente camina con rapidez, cada persona con un propósito claro en la cabeza.

Los tacones reparados de los zapatos de época de guerra de los peatones resuenan metálicamente. Cada peatón mantiene una longitud de paso razonablemente consistente y golpea casi con precisión metro—nómica. Un micrófono en la acera le ofrecería a un fisgón una cacofonía de clics, aparentemente caótica como el ruido de un contador Geiger. Pero la persona adecuada abstraería la señal del ruido y contaría los peatones, daría un recuento de hombres y mujeres y un histograma de longitud de las piernas…

Debía dejar de hacerlo. Le gustaría concentrarse en el asunto que tiene entre manos, pero sigue siendo un misterio.

Una escultura moderna enorme y mazacote se asienta sobre la entrada de metro del parque James, vigilando las veinticuatro horas del día los Edificios Broadway, que en realidad es un único edificio. Como cualquier otro cuartel de inteligencia en el que Waterhouse haya estado, es una gran decepción.

No es más, después de todo, que un edificio: piedra anaranjada, más o menos diez pisos, un techo abuhardillado irracionalmente alto ocupando los tres últimos, algunos adornos clásicos sobre las ventanas, que como todas las ventanas de Londres han sido divididas en ocho triángulos rectos por medio de cinta adhesiva. A Waterhouse le parece que ese estilo encaja mejor con la arquitectura clásica que, digamos, el gótico.

Tiene algunos conocimientos de física, y le parece poco creíble que, en caso de que varios cientos de libras de trinitrotolueno estallen en el vecindario y la onda de choque resultante se propague por un enorme panel de vidrio, la gente situada al otro lado obtenga algún beneficio de un asterisco de cinta de papel. Es un gesto supersticioso, como los conjuros en las granjas de Pensilvania. La vista de la cinta adhesiva posiblemente mantenga a la gente centrada en el esfuerzo bélico.

Lo que no parece funcionar en el caso de Waterhouse. Cruza cuidadosamente la calle, concentrándose en la dirección del tráfico, actuando con la suposición de que alguien en el interior le esté observando. Entra, sosteniendo la puerta para una joven temiblemente vigorosa vestida con un traje semimilitar —que deja claro a Waterhouse que será mejor que no espere Llegar a Ningún Sitio sólo porque le sostenga la puerta— y luego para un caballero septuagenario de aspecto cansado con un bigote blanco.

El vestíbulo está bien protegido, y hay mucho ajetreo con las credenciales de Waterhouse y sus órdenes. Y luego comete el error obligatorio de equivocarse de piso porque allí la numeración es diferente. Sería mucho más divertido si no se tratase de un edificio de inteligencia militar en medio de la mayor guerra de la historia del mundo.

Cuando al fin llega al piso correcto, resulta ser un poco más elegante que el equivocado. Claro, la estructura subyacente de todo en Inglaterra es lujosa. No hay punto medio para esa gente. Tienes que recorrer una milla para encontrar una cabina telefónica, pero cuando la has encontrado, ha sido construida como si el que alguien dinamitase sin razón las cabinas telefónicas hubiese sido un serio problema en algún momento del pasado. Y un buzón británico podría detener un tanque alemán. Ninguno de ellos tiene coche, pero si lo tienen, se trata de bestias de tres toneladas fabricadas a mano. La idea de hacer en serie un montón de coches es inconcebible: hay ciertos procedimientos a seguir, señor Ford, como soldar a mano el radiador o el corte tradicional de las ruedas a partir de un bloque sólido de caucho.

Las reuniones son todas iguales. Waterhouse es siempre el Invitado; nunca ha sido el anfitrión de una reunión. El Invitado llega a un edificio desconocido, se sienta en la sala de espera rechazando ofertas de bebidas con cafeína de parte de una mujer bien parecida pero casta y, con el tiempo, se le da paso a la Sala, donde le esperan el Tipo Importante y los Otros Tipos. Hay un sistema de presentaciones que no debe preocupar al Invitado porque opera en modo pasivo y no necesita más que responder a los estímulos, agitando las manos que le ofrecen, declinando más ofertas de bebidas con cafeína y (ahora) alcohólicas, sentarse donde y cuando se le invite. En este caso, el Tipo Importante y todos los Otros Tipos menos uno resultan ser británicos, la selección de bebidas es ligeramente diferente, la sala, siendo británica, está construida con bloques de piedra como la tumba

de un faraón, y las ventanas tienen las cintas de papel. La Predecible Fase Humorística es mucho más corta que en América, la Fase de Charla Intranscendente más larga.

Waterhouse ha olvidado todos los nombres. Siempre olvida de inmediato los nombres. Aunque los recordase, no sabría diferenciar los rangos, ya que no tiene frente a él la estructura organizativa del Ministerio de Exteriores (que se encarga de la Inteligencia) y el Militar. Continuamente dicen «guata jaes», pero justo cuando está a punto de preguntarles qué significa esa expresión, deduce que así es como pronuncian «Waterhouse». Aparte de eso, el único comentario que realmente penetra en su cerebro es cuando uno de los Otros Tipos comenta algo sobre el Primer Ministro que implica mucha familiaridad. Y ni siquiera es el Tipo Importante. El Tipo Importante es mucho mayor y bastante más distinguido. Así que a Waterhouse le parece (aunque ha dejado de prestar atención por completo a lo que esa gente le dice) que al menos la mitad de las personas que están en esa habitación han tenido recientemente una conversación con Winston Churchill.

Entonces, de pronto, ciertas palabras surgen en la conversación. Waterhouse no prestaba atención, pero está bastante seguro de que durante los últimos diez segundos se ha emitido la palabra Ultra. Parpadea y se sienta aún más recto.

El Tipo Importante parece perplejo. Los Otros Tipos parecen sobresaltados.

—¿Alguien comentó algo, hace unos minutos, con respecto a la disponibilidad de café? —dice Waterhouse.

—Señorita Stanhope, café para el capitán Guata Jaes —dice el Tipo Importante por el intercomunicador eléctrico. Es uno de la apenas media docena de intercomunicadores de oficina que existen en todo el Imperio Británico. Sin embargo, ha sido fabricado como una única pieza a partir de cincuenta kilos de hierro y recibe la corriente por medio de cables de 420 voltios tan gruesos como el dedo índice de Waterhouse—. Y si tuviese la amabilidad de traer té.

Bien, ahora Waterhouse conoce el nombre de la secretaria del Tipo Importante. Es un comienzo. A partir de ese dato, con un poco de investigación podría recuperar el recuerdo del nombre del Tipo Importante.

La petición de café y té parece haberles llevado de vuelta a la Fase de Charla Intrascendente, y aunque los tipos importantes americanos se sentirían frustrados y estarían echando humo, los británicos parecen enormemente aliviados. Incluso le piden más bebidas a la señorita Stanhope.

—¿Ha visto recientemente al doctor Shehrrn? —le pregunta el Tipo Importante a Waterhouse. Se aprecia algo de preocupación en la voz.

—¿Quién? —aunque inmediatamente Waterhouse comprende que la persona en cuestión es el capitán de fragata Schoen, y que en Londres es probable que el nombre se pronuncie correctamente, *Shehrrn* en lugar de *Shane*.

—¿Capitán Waterhouse? —dice el Tipo Importante, varios minutos más tarde. En el transcurso, Waterhouse ha estado intentando inventar un nuevo criptosistema basado en modos alternativos de pronunciar las palabras y no ha dicho nada durante un buen rato.

—¡Oh, sí! Bueno, le hice una visita de cortesía y presenté mis respetos a Schoen antes de subir al barco. Claro está, cuando él está…, eh…, acusando el estado del tiempo, todos tienen órdenes estrictas de no hablar de criptología con él.

—Claro está.

—El problema es que cuando toda tu relación con ese hombre está basada en la criptología, no puedes siquiera meter la cabeza por la puerta sin violar esa orden.

—Sí, es extremadamente incómodo.

—Supongo que se encuentra bien. —Waterhouse no lo dice con demasiada convicción, y se produce el silencio apropiado alrededor de la mesa.

—Cuando se encontraba de mejor humor escribió con entusiasmo sobre sus contribuciones, capitán Waterhouse, en el *Criptonomicón* —dice uno de los Otros Tipos, que hasta ahora no había dicho demasiado. Waterhouse lo etiqueta como algún tipo de promotor dentro del campo de la criptología mecánica.

—Es un gran tipo —comenta Waterhouse.

El Tipo Importante aprovecha la oportunidad.

—Por su trabajo con la máquina índigo del doctor Schoen, se encuentra usted, por definición, en la lista Magia Ahora este país y el suyo han llegado a un acuerdo, al menos en principio, para cooperar en el campo del criptoanálisis, lo que automáticamente le sitúa en la lista Ultra.

—Comprendo, señor—dice Waterhouse.

—Ultra y Magic son extremadamente simétricas. En cada caso, una potencia beligerante ha desarrollado un cifrado mecánico que considera perfectamente irrompible. En cada caso, una potencia aliada ha roto el cifrado. En América, el doctor Schoen y su equipo rompieron índigo y diseñaron la máquina Magic. Aquí, fue el equipo del doctor Knox el que rompió Enigma y desarrolló Bombe. Aquí parece que la luz que sirvió de guía fue el doctor Turing. La luz guía en su caso fue el doctor Schoen, que se encuentra, como ha dicho usted, afectado por la climatología. Pero él le considera a usted comparable a Turing, capitán Waterhouse.

—Una opinión extremadamente generosa—dice Waterhouse.

—Pero estudió con Turing en Princeton, ¿no?

—Nos encontrábamos allí al mismo tiempo, si se refiere a eso. Montábamos en bicicleta. Su trabajo era mucho más avanzado.

—Pero Turing realizaba estudios de posgrado. Usted era un simple estudiante.

—Cierto. Pero incluso teniendo ese detalle en cuenta, él es mucho más inteligente que yo.

—Es usted demasiado modesto, capitán Waterhouse. ¿Cuántos estudiantes no graduados han publicado artículos en revistas internacionales?

—Simplemente montábamos en bicicleta —insiste Waterhouse— Einstein ni siquiera me daba la hora.

—El doctor Turing ha resultado ser muy útil en lo que respecta a la teoría de la información —dice un tipo prematuramente macilento con pelo largo y gris, que Waterhouse etiqueta como algún profesor de Oxford o Cambridge—. Supongo que han discutido sobre el tema.

El profesor se vuelve a los otros tipos y dice, con la pedantería propia de su cargo:

—La teoría de la información daría forma a un calculador mecánico básicamente de la misma forma en que, digamos, la dinámica de fluidos da

forma al casco de un barco. —A continuación se vuelve hacia Waterhouse y dice, en tono algo menos formal—: El doctor Turing ha seguido desarrollando su trabajo en ese campo desde que desapareció, desde el punto de vista de su país, en el reino de la Información Secreta. Una preocupación especial ha sido el problema de cuánta información puede extraerse de datos aparentemente caóticos.

De pronto, todas las otras personas en la habitación están intercambiando esas miradas raras.

—Asumo por su reacción —dice el Tipo Importante— que también le ha interesado a usted.

Waterhouse se pregunta cuál ha sido su reacción. ¿Le habrán crecido colmillos? ¿Ha babeado en el café?

—Está bien —dice el Tipo Importante antes de que Waterhouse pueda preguntar—, porque a nosotros también nos interesa mucho. Veamos, ahora que estamos realizando esfuerzos, y debo destacar la situación preliminar e insatisfactoria de esos esfuerzos, por el momento, para coordinar los servicios de inteligencia entre Estados Unidos y Gran Bretaña, nos encontramos en la situación más extraña en que hayan estado nunca un par de aliados en una guerra. Lo sabemos todo, capitán Waterhouse. Recibimos las comunicaciones personales de Hitler a sus comandantes de campo, ¡con frecuencia antes que los propios comandantes! Ese conocimiento es evidentemente una herramienta muy potente. Pero es igualmente evidente que no puede ayudarnos a ganar la guerra a menos que nos ayude a cambiar nuestras acciones. Es decir, si por medio de Ultra sabemos de un convoy que navega desde Tarento con suministros para Rommel en el norte de África, ese conocimiento no nos sirve de nada a menos que vayamos allí a hundir el convoy.

—Está claro —dice Waterhouse.

—Ahora bien, si envían diez convoyes y los hundimos todos, incluso los ocultos bajo la niebla y la oscuridad, los alemanes empezarán a preguntarse cómo sabíamos dónde podíamos encontrar esos convoyes. Comprenderán que hemos roto el código Enigma y lo cambiarán, y perderemos esa herramienta. Es casi seguro que al señor Churchill no le gustaría nada tal resultado. —El Tipo Importante mira a todos los demás,

quienes asienten con complicidad. Waterhouse tiene la sensación de que el señor Churchill ha estado presionando sobre ese punto en particular.

—Vamos a expresarlo en términos de teoría de la información —dice el profesor—. La información fluye de Alemania a nosotros por medio del sistema Ultra en Bletchley Park. Esa información nos llega por medio de transmisiones de radio en código Morse aparentemente aleatorias. Pero como disponemos de personas muy brillantes podemos descubrir orden en lo que aparentemente es caótico, podemos extraer información crucial para nuestro empeño. Ahora bien, los alemanes no han roto nuestros cifrados. Pero pueden observar nuestras acciones; la ruta de nuestros convoyes por el Atlántico norte, el despliegue de nuestras fuerzas aéreas. Si los convoyes evitan siempre los submarinos, si las fuerzas aéreas se dirigen siempre directamente a los convoyes alemanes, entonces los alemanes tendrán claro, hablo en este caso de un alemán brillante, un alemán universitario, que no hay azar. Ese alemán encontrará correlaciones. Podrá ver que sabemos más de lo que deberíamos saber. En otras palabras, hay cierto punto a partir del cual la información comienza a fluir de nosotros hacia los alemanes.

—Precisamos saber dónde se encuentra ese punto —dice el Tipo Importante—. Dónde está exactamente. Es preciso que nos quedemos en el lado correcto. Para desarrollar la apariencia de azar.

—Sí —dice Waterhouse—, y debe ser el tipo de azar que convenciese a alguien como Rudolf von Hacklheber.

—Exactamente el tipo en quien pensábamos —dice el profesor—. El doctor von Hacklheber, desde el año pasado.

—¡Oh! —dice Waterhouse—. ¿Rudy obtuvo su doctorado? —Desde que Rudy había sido llamado al seno del Reich de los mil años, Waterhouse había asumido lo peor: lo imaginaba con un abrigo, durmiendo por turnos y asediando Leningrado o algo así. Pero, aparentemente, los nazis, con su buen ojo para el talento (siempre que no fuese talento judío), le habían dado un trabajo de despacho.

Aún así, es bueno saberlo y por un momento Waterhouse muestra placer al saber que Rudy está bien. Uno de los Otros Tipos, intentado romper el hielo, bromea diciendo que si alguien hubiese tenido la previsión de encerrar a Rudy en New Jersey mientras durase la guerra, no sería necesaria

la nueva categoría secreta de Ultra Mega. Nadie parece pensar que sea divertido, por lo que Waterhouse asume que debe ser cierto.

Le muestran el diagrama de organización del Destacamento Especial de la RAF n. 2701, que contiene los nombres de las veinticuatro personas en todo el mundo que son Ultra Mega. La parte superior está ocupaba con nombres como Winston Churchill y Franklin Delano Roosevelt. Luego vienen otros nombres que a Waterhouse le resultan extrañamente familiares; quizá los nombres de los caballeros de esa misma habitación. Por debajo, un tal Chattan, un joven coronel de la RAF que (le aseguran a Waterhouse) consiguió cosas muy buenas durante la Batalla de Inglaterra.

En el siguiente nivel se encuentra el nombre de Lawrence Pritchard Waterhouse. Allí hay dos nombres más: uno pertenece a un capitán de la RAF y el otro es un capitán del cuerpo de marines de los Estados Unidos. También hay una línea de puntos que se desvía a un lado y lleva hasta el nombre de doctor Alan Mathison Turing. Tomado en conjunto, el diagrama podría ser la más irregular y estrafalaria ad—bocra—cia jamás injertada en una organización militar.

En la fila inferior del diagrama hay dos grupos de media docena de nombres, apelotonados bajo los nombres del capitán de la RAF y del capitán de marines respectivamente. Se trata de los escuadrones que representan el brazo ejecutivo de la organización: como dice uno de los tipos de los Edificios Broadway, «los hombres que bajan a la mina», y como le traduce el Tipo Americano, «aquí es donde la goma toca el asfalto».

—¿Tiene alguna pregunta? —le dice el Tipo Importante.

—¿Eligió Alan el número?

—¿Se refiere al doctor Turing?

—Sí. ¿Eligió él el número 2701?

Ese nivel de detalle está claramente a varios niveles por debajo de la posición de los hombres en los Edificios Broadway. Parecen asombrados y casi insultados, como si Waterhouse de pronto les hubiese pedido que tomasen un dictado.

—Es posible —dice el Tipo Importante—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque —dice Waterhouse— el número 2701 es el producto de dos primos, y esos números, 37 y 73, cuando se los expresa en notación

decimal, son, como se puede ver claramente, el inverso uno del otro.

Todas las cabeza giran hacia el profesor, que parece desconcertado.

—Será mejor que lo cambiemos —dice—, es el tipo de detalle que el doctor von Hacklheber apreciaría. —Se pone en pie, saca una pluma Mont Blanc del bolsillo y corrige el diagrama para que ahora diga 2702 en lugar de 2701. Y mientras lo hace, Waterhouse mira a los otros hombres de la habitación y piensa que parecen satisfechos. Está claro que ése es el tipo de truco de feria que quieren que Waterhouse ejecute.

*OceanofPDF.com*

# Corregidor

No hay límite fijo entre las aguas de la bahía de Manila y el aire húmedo que la cubre, sólo un sudario monótono gris y azul que cuelga a unos kilómetros de distancia. *Glory IV* maniobra con cuidado durante media hora por entre la inmensa extensión de cargueros atracados, luego gana velocidad y se dirige al centro de la bahía. El aire se hace un poco menos denso, lo que permite a Randy apreciar una buena vista de Batan a estribor: montañas negras en su mayoría cubiertas por la niebla y moteadas por nubes en forma de champiñón, producto de corrientes ascendentes. En su mayor parte, carece de playas, únicamente acantilados rojos que caen durante los últimos metros hacia el mar. Pero a medida que recorren el final de la península, el terreno se vuelve más suave y muestra algunos campos verde pálido. En la misma punta de Batan hay un par de peñascos de caliza que Randy reconoce por el vídeo de Avi. Pero en ese momento, casi toda su atención se centra en Corregidor, que se encuentra a unos kilómetros al final de la península.

America Shaftoe, o Amy como le gusta que la llamen, pasa la mayor parte del viaje ajetreada por la cubierta, comunicándose con los submarinistas filipinos y americanos en ráfagas de conversación seria, en ocasiones sentándose con las piernas cruzadas sobre la cubierta para repasar papeles y gráficos. Se ha puesto un sombrero de *cowboy* para protegerse la cabeza de la radiación solar. Randy no tiene prisa por exponerse al sol. Remolonea en el camarote con aire acondicionado, bebiendo café y contemplando las fotografías de las paredes.

Ingenuamente espera ver fotografías de submarinistas arrastrando cables submarinos por las playas. Semper Marine Services realiza muchas operaciones con cables —y lo hacen bien, había comprobado las referencias antes de contratarlos— pero aparentemente no consideran ese trabajo lo suficientemente interesante para fotografiarlo. En su mayor parte, las fotografías corresponden a operaciones de rescate submarino: submarinistas, con grandes sonrisas en sus rostros correosos, sosteniendo triunfantes un ánfora cubierta de percebes, como jugadores de hockey sosteniendo la Copa Stanley.

Desde la distancia, Corregidor es un arco de jungla sobresaliendo del agua con un saliente plano que se extiende a un lado. Sabe por los mapas que realmente tiene forma de espermatozoide. Lo que desde un ángulo parece un saliente es realmente la cola, que vira al este como si el espermatozoide intentase alejarse nadando de la bahía de Manila para impregnar Asia.

Amy abre la puerta de un golpe.

—Venga al puente —dice—, debería ver esto.

Randy la sigue.

—¿Quién es el tipo que aparece en la mayoría de las fotos? —pregunta.

—¿El de aspecto temible con corte militar?

—Sí.

—Mi padre —dice—. Doug.

—¿Quiere decir Douglas MacArthur Shaftoe? —pregunta Randy. Ha visto el nombre en algunos de los documentos que ha intercambiado con Semper Marines.

—El mismo.

—¿El que fuera SEAL?

—Sí. Pero no le gusta que se refieran a él de esa forma. Es un cliché.

—¿Por qué me resulta familiar?

Amy suspira.

—Tuvo sus quince minutos de fama en 1975.

—Tengo problemas para recordar.

—¿Conoce a Comstock?

—¿El Fiscal General Paul Comstock? ¿El que odia la criptografía?

—Me refiero a su padre. Earl Comstock.

—El tipo de la política de la Guerra Fría, el cerebro tras la guerra del Vietnam, ¿no?

—Nunca he oído que lo describan así, pero sí, hablamos del mismo tipo. Puede que recuerde que en 1975 Earl Comstock se cayó, o lo empujaron, de un telesquí en Colorado, y se rompió los brazos.

—Oh, sí. Empiezo a recordar.

—Resulta que mi pa… —Amy inclina la cabeza hacia una de las fotografías— estaba sentado en ese momento justo a su lado.

—Por accidente, o…

—Puro azar. No estaba planeado.

—Es una forma de verlo —dice Randy—, pero por otra parte, si Earl Comstock esquiaba con frecuencia, la probabilidad de que «tarde» o «temprano» se encontrase sentado, a quince metros del suelo, junto a un veterano del Vietnam es bastante alta.

—Como sea. Lo único que digo es que… en realidad, no quiero hablar de ello.

—¿Llegaré a conocerle? —pregunta Randy, mirando la fotografía.

Amy se muerde el labio y mira el horizonte.

—El noventa por ciento de las veces su presencia es señal de que está sucediendo algo muy siniestro. —Abre la escotilla del puente y la sostiene para Randy, señalando un escalón alto.

—¿Y el diez por ciento restante?

—Está aburrido, o por ahí con su novia.

El piloto del *Glory* está intensamente concentrado y les ignora, lo que Randy considera señal de profesionalidad. El puente tiene muchas mesas fabricadas con puertas o contrachapado grueso, y todo el espacio disponible está cubierto con equipos electrónicos: un fax, una máquina más pequeña que vomita boletines meteorológicos, tres ordenadores, un teléfono por satélite, unos cuantos teléfonos GSM metidos en sus cargadores, aparatos de exploración del fondo. Amy lo guía hasta una máquina de gran pantalla que muestra lo que parece una fotografía en blanco y negro de un terreno accidentado.

—Sidescan sonar —le explica—, una de las mejores herramientas para este tipo de trabajo. Nos muestra lo que hay en el fondo. —Comprueba las pantallas de los ordenadores para obtener sus coordenadas actuales y realiza unos cálculos rápidos en la cabeza—. Ernesto, cambia el rumbo cinco grados a estribor, por favor.

—Sí, señor —dice Ernesto, y hace que suceda.

—¿Qué está buscando?

—Es gratis… como los cigarrillos en el hotel —le explica Amy—. Simplemente un extra por hacer negocios con nosotros. En ocasiones nos gusta hacer de guías. ¿Ve? Mire eso. —Usa el meñique para señalar algo que comienza a aparecer en la pantalla. Randy se inclina y lo mira con atención. Claramente es de fabricación humana: un conjunto de líneas rectas y ángulos rectos.

—Parece un montón de desechos —dice.

—Ahora lo es —dice Amy—, pero solía ser una buena parte del tesoro filipino.

—¿Qué?

—Durante la guerra —dice Amy—, después de Pearl Harbor, pero antes de que los japoneses ocupasen Manila, el gobierno se deshizo del tesoro. Metieron todo el oro y la plata en cajones y los enviaron a Corregidor para protegerlo… supuestamente.

—¿Qué quiere decir con supuestamente?

Ella se encoge de hombros.

—Estamos en Filipinas —dice—. Tengo la sensación de que buena parte acabó en otro sitio. Pero gran parte de la plata acabó allí. —Se pone recta y mueve la cabeza en dirección a Corregidor—. En aquella época pensábamos que Corregidor era inexpugnable.

—¿Cuándo fue eso, más o menos?

—Diciembre de 1941 o enero de 1942. En todo caso, quedó claro que Corregidor caería. Llegó un submarino y se llevó el oro a principios de febrero. Luego vino otro submarino y se llevó a los hombres cuya captura no podía permitirse, como los rompecódigos. Pero no tenían submarinos suficientes para llevarse toda la plata. MacArthur se fue en marzo. Empezaron a sacar la plata, en cajones, en medio de la noche, y la arrojaban al mar.

—¡Está de coña!

—Siempre podían regresar e intentar recuperarla —dice Amy—. Pero lo perderían todo si dejaban que los japoneses se apoderasen de ella, ¿no?

—Supongo.

—Los japoneses recuperaron mucha plata; capturaron en Batan y Corregidor a un grupo de submarinistas americanos, y les obligaron a bajar, justo por debajo de donde nos encontramos ahora, para recogerla. Pero muchos de esos mismos submarinistas se las arreglaron para ocultar mucha plata y hacérsela llegar a filipinos, quienes la transportaron de contrabando a Manila, donde se volvió tan común que desvalorizó la moneda de ocupación japonesa.

—¿Qué vemos ahora mismo?

—Los restos de viejos cajones que se abrieron al dar con el fondo marino —dice Amy.

—¿Quedó algo de plata al final de la guerra?

—Oh, claro —responde Amy despreocupadamente—. La mayoría fue arrojada aquí, y los submarinistas la recuperaron, pero parte fue arrojada en otras zonas. Mi papá recuperó parte ya en los años setenta.

—Guau. ¡Eso no tiene sentido!

—¿Por qué no?

—No puedo creer que montones de plata permaneciesen en el fondo del océano durante treinta años para que cualquiera los recogiese.

—No conoce demasiado bien a los filipinos —dice Amy.

—Sé que es un país pobre. ¿Por qué no vino nadie a recoger la plata?

—La mayor parte de los cazadores de tesoros de esta parte del mundo van tras premios mayores —dice Amy—, o más fáciles.

Randy está perplejo.

—Un montón de plata en el fondo de la bahía me suena a grande y fácil.

—No lo es. La plata no vale tanto. Un jarrón de la dinastía Sung, limpio, puede superar su peso en oro. Oro. Y es más fácil encontrar el jarrón… sólo hay que examinar el fondo marino buscando algo con forma de junco chino. Un junco hundido produce una imagen característica en el sonar. Mientras que un viejo cajón, roto y cubierto de coral y percebes, tiene el aspecto de una piedra.

Al acercarse a Corregidor, Randy aprecia que la cola de la isla está llena de bultos, con grandes montones de roca sobresaliendo aquí y allá. El color de la tierra se difumina gradualmente del verde profundo de la selva al verde pálido y luego a un marrón rojizo chamuscado a medida que la cola se extiende desde el centro grueso de la isla hasta el final, y la tierra se vuelve más seca. La mirada de Randy está fija en uno de esos peñascos rocosos, que está coronado por una torre de acero nueva. En lo alto de la torre se encuentra un cuerno de microondas apuntando al este, hacia el edificio de Epiphyte en Intramuros.

—¿Ve esas cuevas a nivel del agua? —dice Amy. Parece lamentar haber mencionado los tesoros, y ahora quiere cambiar de tema.

Randy se obliga a dejar de admirar la antena de microondas, de la que es dueño en parte, y mira en la dirección que le indica Amy. El flanco de piedra caliza de la isla, que cae en vertical en los últimos metros hacia el agua, está lleno de agujeros.

—Sí.

—Fueron construidas por los americanos para contener cañones de defensa, y ampliadas por los japoneses como lugares para el lanzamiento de botes suicidas.

—Guau.

Randy nota un sonido profundo a gárgaras, y vuelve la mirada para ver un bote que se ha puesto a su lado. Tiene forma de canoa de quizás unos doce metros de largo, con largos estabilizadores a cada lado. Un par de banderas andrajosas ondean en lo alto del mástil corto, y la chillona colada flamea con alegría desde las líneas tendidas por aquí y por allá. Un enorme motor diesel descubierto se encuentra en medio del casco, llenando la atmósfera de un humo negro. Frente a él, varios filipinos, incluyendo a mujeres y niños, están reunidos bajo la sombra de una lona azul brillante, comiendo. A popa, un par de hombres manejan equipos de submarinismo. Uno de ellos sostiene algo a la altura de la boca: un micrófono. Una voz ladra desde la radio del *Glory*, en tagalo. Ernesto contiene la risa, coge el micrófono y contesta brevemente. Randy no sabe lo que dicen, pero sospecha que es algo como «hagamos el payaso más tarde, nuestro cliente está ahora mismo en el puente».

—Asociados mercantiles —le explica Amy con sequedad. Su lenguaje corporal dice que desea alejarse de Randy y volver al trabajo.

—Gracias por el tour —dice Randy—. Una pregunta.

Amy arquea las cejas, intentando parecer paciente.

—¿Qué parte de los ingresos de Semper Marine provienen de la búsqueda de tesoros?

—¿Este mes? ¿Este año? ¿En los últimos diez años? ¿Durante toda la vida de la empresa? —dice Amy.

—Lo que sea.

—Ese tipo de ingresos es esporádico —dice Amy—. El *Glory* quedó pagado, e incluso algo más, por la cerámica recuperada de un junco. Pero hay años en que todos nuestros ingresos provienen de trabajos como éste.

—En otras palabras, ¿trabajos aburridos de mierda?—dice Randy. Lo suelta sin más. Normalmente controla la lengua un poco mejor. Pero afeitarse la barba ha distorsionado los límites de su yo, o algo así.

Espera que ella se ría o al menos guiñe un ojo, pero se lo toma con seriedad. Tiene una cara de póquer bastante buena.

—Considérelo como fabricar matrículas —dice.

—Por tanto, básicamente son un grupo de buscadores de tesoros —dice Randy—. Simplemente fabrican matrículas para estabilizar el flujo de capital.

—Llámenos buscadores de tesoros si quiere —dice Amy—. ¿Por qué hace usted negocios, Randy?—Se da la vuelta y sale de allí.

Randy sigue mirando su partida cuando oye a Ernesto jurar por lo bajo, no tanto enfadado como sorprendido. El *Glory* está ahora bordeando la punta de la cola de Corregidor y todo el lado sur de la isla se está haciendo visible por primera vez. El último kilómetro de la cola, más o menos, se curva para formar una bahía semicircular. Anclado en el centro de esa bahía hay un barco blanco que Randy identifica, en principio, como un pequeño trasatlántico de líneas desenfadadas y pícaras. Luego ve el nombre pintado en la popa: RUI FALEIRO — SANTA MONICA, CALIFORNIA.

Randy se acerca a Ernesto y los dos contemplan la nave blanca durante un rato. Randy ha oído hablar de ella, y Ernesto, como todo el mundo en Filipinas, la conoce. Pero verla es algo completamente diferente. Hay un

helicóptero posado sobre la cubierta de popa como si se tratase de un juguete. Un bote en forma de daga cuelga de un pescante, listo para ser usado como bote de vela. Un hombre de piel morena vestido con un reluciente uniforme blanco está dando brillo a una baranda de metal.

—*Rui Faleiro* era el cosmógrafo de Magallanes —dice Randy.

—¿Cosmógrafo?

—El cerebro de la operación —dice Randy dándose un golpecito con el dedo en la cabeza.

—¿Vino aquí con Magallanes'?

En casi todo el mundo, Magallanes se considera el primer tío que dio la vuelta al mundo. Aquí, todo el mundo sabe que no pasó de la isla de Mactán, donde los filipinos lo mataron.

—Cuando Magallanes partió en el barco, Faleiro se quedó en Sevilla —dice Randy—. Se volvió loco.

—Sabes mucho sobre Magallanes, ¿eh? —dice Ernesto.

—No —dice Randy—, sé mucho sobre el Dentista.

—No hables con el Dentista. Nunca. Sobre nada. Ni siquiera asuntos técnicos. Cualquier pregunta técnica que te haga no es más que un cebo para alguna táctica empresarial que está tan lejos de tu comprensión como la demostración del teorema de Gódel para el Pato Lucas —le dijo espontáneamente Avi una noche, mientras cenaban en un restaurante del centro de Makati. Avi se niega a discutir ningún asunto importante a menos de un kilómetro del Hotel Manila porque piensa que cada una de las habitaciones, y cada una de las mesas, está siendo vigilada.

—Gracias por el voto de confianza —respondió Randy.

—Eh —dijo Avi—. Sólo intento defender mi territorio… justificar mi existencia en este proyecto. Yo me encargaré de los asuntos de negocios.

—¿No estás siendo un poco paranoico?

—Escucha. El Dentista posee al menos mil millones de dólares, y controla otros diez mil millones. La mitad de los putos odontólogos del sur de California se retiraron a los cuarenta porque él decuplicó sus fondos de pensiones en dos o tres años. No consigues esos resultados siendo un buen tipo.

—A lo mejor sólo tuvo suerte.

—Tuvo suerte. Pero eso no significa que sea un buen tío. Lo que quiero decir es que metió ese dinero en inversiones extremadamente arriesgadas. Jugó a la ruleta rusa con los ahorros de toda la vida de sus inversores, mientras mantenía en secreto lo que hacía. Vamos, que ese tipo invertiría en una mafia de secuestros de Mindanao si le ofreciesen una buena tasa de ganancias.

—Me pregunto si él mismo comprende que tuvo suerte.

—Eso me pregunto yo también. Mi suposición es que no. Creo que se considera a sí mismo un instrumento de la Providencia Divina, como Douglas MacArthur.

El *Rui Faleiro* es el orgullo de la industria de yates de Seattle, que últimamente está en crecimiento, aunque de forma discreta. Randy cosechó algunos datos repasando folletos que se publicaron antes de que el Dentista comprase el barco. Por tanto, sabe que el helicóptero y la lancha rápida venían incluidos en el precio de compra, que nunca se ha divulgado. La nave contiene, entre otras cosas, diez toneladas de mármol. El dormitorio principal tiene baños para él y para ella completamente equipados y recubiertos de mármol negro para él y mármol rosa para ella, de forma que el Dentista y la Diva no tengan que discutir por el espacio frente al lavabo mientras se acicalan para una de las grandes fiestas celebradas en el impresionante salón de baile del yate.

—¿El Dentista? —dice Ernesto.

—Kepler. Doctor Kepler —dice Randy—. En Estados Unidos, algunas personas le llaman el Dentista. —Personas en la industria de alta tecnología.

Ernesto asiente con complicidad.

—Un hombre así puede tener a cualquier mujer del mundo —dice—. Pero escogió a una filipina.

—Sí —dice Randy con cautela.

—¿En los Estados Unidos conoce la gente la historia de Victoria Vigo?

—Debo decirle que no es tan famosa en los Estados Unidos como aquí.

—Claro.

—Pero algunas de sus canciones fueron muy populares. Mucha gente sabe que salió de la pobreza.

—¿La gente en Estados Unidos conoce Smoky Mountain? ¿El vertedero en Tondo, donde los niños deben cazar para comer?

—Algunos lo saben. Será muy famoso cuando pasen por televisión la película sobre la vida de Victoria Vigo.

Ernesto asiente, aparentemente satisfecho. Todos allí saben que se está preparando una película sobre la vida de la Diva, con ella misma de protagonista.

Lo que normalmente no saben es que es un proyecto vanidoso, financiado por el Dentista, y que sólo se emitirá por televisión por cable en mitad de la noche.

Pero probablemente sí saben que omitirán las partes más interesantes.

—En lo que se refiere al Dentista —dijo Avi—, nuestra ventaja es que, cuando se trata de Filipinas, será predecible. Manso. Incluso dócil. —Le dedicó una sonrisa críptica.

—¿Y eso?

—Victoria Vigo recurrió a la prostitución para salir de Smoky Mountain, ¿no?

—Bueno, cuando sale el tema hay muchos codazos y guiños, pero nadie lo ha dicho claramente —dijo Randy, mirando nervioso a su alrededor.

—Créeme, es la única forma en que pudo salir de allí. Los Bolobo—los se encargaban de hacer de proxenetas. Se trata de un grupo del norte de Luzón que llegaron al poder junto con Marcos. Controlan esa parte de la ciudad: policía, crimen organizado, política local, todo. En consecuencia, son sus dueños: tienen fotografías y vídeos de cuando era una prostituta menor de edad y estrella porno.

Randy niega con la cabeza por el asco y el asombro.

—¿Cómo demonios te las arreglas para conseguir esa información?

—No importa. Créeme, en algunos círculos es un hecho tan conocido como el valor de pi.

—No en mis círculos.

—En cualquier caso, lo importante es que los intereses de ella coinciden con los de los Bolobolos y siempre será así. Y el Dentista hará siempre obedientemente lo que su esposa le diga.

—¿Realmente puedes dar eso por seguro? —dijo Randy—. Es un

tipo duro. Probablemente tiene más dinero y poder que los Bolobolos. Puede hacer lo que quiera.

—Pero no lo hará —dijo Avi, sonriendo de nuevo—. Hará lo que su mujer le diga.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira —dijo Avi—. Kepler es un obseso del control; como la mayoría de los hombres ricos y poderosos. ¿Cierto?

—Cierto.

—Si eres un obseso del control, ¿en qué preferencia personal se traduce tal cosa?

—Espero no saberlo nuca. Supongo que querría dominar a una mujer.

—¡Falso! —dijo Avi—. El sexo es más complicado, Randy. El sexo es donde surgen los deseos reprimidos de las personas. Las gente se excita más cuando se revelan sus secretos más íntimos…

—¡Mierda! ¿Kepler es masoquista?

—Es tan jodidamente masoquista que era famoso por ello. Al menos en la industria del sexo del sureste asiático. Los proxenetas y ma—dames de Hong Kong, Bangkok, Shenzhen, Manila, todos tienen informes sobre él; sabían exactamente lo que quería. Y así es como conoció a Victoria Vigo. Se encontraba en Manila negociando con Fi—liTel. Pasaba mucho tiempo aquí, hospedándose en un hotel, lleno de micrófonos ocultos, que es propiedad de los Bolobolos. Estudiaron sus hábitos de apareamiento como entomólogos observando los hábitos reproductivos de las hormigas. Prepararon a Victoria Vigo, su as, su bomba, su Terminator sexual, para que le diese a Kepler exactamente lo que Kepler quería. A continuación la enviaron hacia su vida como un puñetero misil teledirigido, y ¡pum!, amor verdadero.

—¿No crees que él sospecharía algo? Me sorprende que se implicase tanto con una puta.

—¡El no sabía que era una puta! ¡Es la parte bonita del plan! ¡Los Bolobolos la plantaron como conserje en el hotel de Kepler usando una identidad falsa! ¡Una tímida chica de escuela católica! Todo empieza cuando ella le consigue entradas para una representación y, en un año, él está encadenado a su cama en ese puto megayate suyo con las marcas de azotes en el culo, y ella encima de él con un anillo de boda en el dedo del tamaño de un faro, la centesimo trigésimo octava mujer más rica del mundo.

—Centésimo vigésimo quinta —le corrigió Randy—, las acciones de FiliTel han subido últimamente.

Randy pasa todo el día siguiente intentado no cruzarse con el Dentista. Se hospeda en una pequeña posada privada en lo alto de la isla, tomando todas las mañanas un desayuno continental con un grupo variopinto de veteranos de guerra americanos y nipones que han venido con sus esposas para (supone Randy) enfrentarse con cuestiones emocionales un millón de veces más profundas que cualquiera con las que haya tenido que tratar Randy. El Rui Faíeiro es de lo más evidente, y Randy se hace una idea de si el Dentista está a bordo observando los movimientos del helicóptero y la lancha rápida.

Cuando cree que es seguro, baja a la playa bajo la antena de microondas y ve trabajar a los submarinistas de Amy en la instalación de cable. Algunos trabajan en la zona de olas, atornillando piezas de hierro alrededor del cable. Otros trabajan varios kilómetros mar adentro, en coordinación con una gabarra que inyecta el cable directamente sobre el fondo marino con un gigantesco apéndice en forma de cuchilla.

El extremo del cable en la orilla penetra en un nuevo edificio reforzado con cemento situado a un centenar de metros del nivel más alto de la marea. Es básicamente una enorme habitación llena de baterías, generadores, unidades de aire acondicionado y conjuntos de equipos electrónicos. El software que corre en ese equipo es responsabilidad de Randy, por lo que pasa la mayor parte del tiempo en el edificio, mirando una pantalla de ordenador y tecleando. Desde allí, las líneas de transmisión van colina arriba hasta la torre de microondas.

El otro extremo lo están llevando hasta una boya que se agita en el mar de China Meridional, a unos kilómetros de distancia. Unido a esa boya está

el extremo del festón costero del norte de Luzón, un cable, propiedad de FiliTel, que llega hasta la costa de la isla, donde llega un enorme cable de Taiwán. Taiwán, a su vez, está fuertemente conectado a la red submarina mundial; es fácil y barato mover datos dentro y fuera de Taiwán.

Sólo hay un hueco en la cadena privada de transmisión que Epi—phyte y FiliTel están intentando establecer desde Taiwán al centro de Manila, y ese hueco es más pequeño cada día, a medida que la gabarra de cable se acerca a la boya.

Cuando finalmente llega allí, el *Rui Faleiro* leva el ancla y se desliza a su encuentro. El helicóptero y la lancha rápida, así como la flotilla de barcos de alquiler, se ponen en acción para llevar dignatarios y periodistas desde Manila. Avi se presenta con dos esmóquines nuevos de un sastre de Shanghai («Todos esos famosos sastres de Hong Kong eran refugiados de Shanghai»). El y Randy rompen el papel, se los ponen y luego descienden la colina en un *jeepney* con aire acondicionado hasta el muelle, donde les espera el *Glory*,

Dos horas más tarde, Randy puede ver al Dentista y a la Diva por primera vez… en el gran salón de baile del *Rui Faleiro*. Para Randy esa fiesta es como cualquier otra: da la mano a algunas personas, olvida sus nombres, encuentra un sitio para sentarse y disfruta del vino y de la comida en dichosa soledad.

El aspecto especial de esa fiesta son esos dos cables cubiertos de alquitrán, cada uno del espesor de un bate de béisbol, que llegan hasta el alcázar. Si te diriges a la baranda y miras abajo puedes ver como desaparecen en el agua salada. Los extremos de los cables se encuentran sobre una mesa en medio de la cubierta, a la que hay sentado un técnico, que han traído volando desde Hong Kong y al que le han puesto un esmoquin, intentando unirlos con sus herramientas. También intenta superar una tremenda resaca, pero a Randy no le importa ya que sabe que todo es una farsa; los cables no son más que trozos sueltos y que los extremos se hunden en el agua junto al yate. La verdadera unión se realizó ayer y ya se encuentra en el fondo del océano transmitiendo bits.

Hay otro hombre en el alcázar, la mayor parte del tiempo contemplando Batan y Corregidor pero también vigilando a Randy. En cuando Randy se da cuenta, el hombre asiente, como si marcase algo en una lista de su cabeza, se pone en pie, camina y se acerca a él. Viste un uniforme muy ornamentado, el equivalente de una corbata para la Marina de los Estados Unidos. Está casi calvo, y el poco pelo que le queda es de un gris acorazado; está trasquilado hasta una longitud de cinco milímetros. Al acercarse a Randy, varios filipinos le observan con evidente curiosidad.

—Randy —dice. Al darle la mano resuenan las medallas. Parece tener unos cincuenta años, pero tiene la piel de un beduino de ochenta años. Tiene un montón de cintas en el pecho, y muchas son rojas y amarillas, que son colores que Randy vagamente asocia con Vietnam. Sobre el bolsillo lleva una plaquita que dice SHAFTOE—. No se deje engañar, Randy —dice Douglas MacArthur Shaftoe—, no estoy en el servicio activo. Me retiré hace eones. Pero todavía tengo derecho a llevar el uniforme. Y es mucho más fácil que intentar encontrar un esmoquin que me siente bien.

—Encantado de conocerle.

—El placer es mío. Por cierto, ¿dónde ha conseguido el suyo?

—¿Mi esmoquin?

—Sí.

—Mi compañero hizo que lo confeccionasen.

—¿Su compañero de negocios o su compañero sexual?

—Mi socio de negocios. En este momento no tengo compañera sexual.

Doug Shaftoe asiente impasible.

—Es extraño que no la haya obtenido en Manila. Como, por ejemplo, hizo nuestro anfitrión.

Randy mira el salón de baile donde se encuentra Victoria Vigo, quien, si fuese aún más radiante, haría que la pintura se cayese de las paredes y que el vidrio se curvase como caramelo.

—Supongo que soy tímido o algo así —dice Randy.

—¿Es demasiado tímido para prestar atención a una propuesta de negocios?

—En absoluto.

—Mi hija afirma que usted y nuestro anfitrión podrían tender más cables por aquí en los próximos años.

—Cuando se trata de negocios, la gente rara vez planea hacer las cosas una única vez —dice Randy—. Estropea las hojas de cálculo.

—Ya sabe, a estas alturas, que las aguas de la zona son poco profundas.

—Ya sabe que no se pueden tender cables en aguas poco profundas sin realizar análisis extremadamente detallados con sonar de Sidescan de alta resolución.

—Sí.

—Me gustaría realizar esos análisis para usted, Randy.

—Comprendo.

—No, no creo que comprenda. Pero quiero que comprenda, y por eso voy a explicárselo.

—Muy bien —dice Randy—. ¿Debo llamar a mi socio?

—El concepto que voy a exponerle es muy simple y no requiere de dos mentes de alto nivel para procesarlo —dice Doug Shaftoe.

—Vale. ¿Cuál es el concepto?

—El análisis detallado estará lleno de información nueva sobre lo que hay en el fondo del océano en esta parte del mundo. Parte de esa información podría tener mucho valor. Más valor del que imagina.

—Ah —dice Randy—. Quiere decir que podría ser el tipo de cosa que su empresa sabe cómo convertir en dinero.

—Exacto —dice Doug Shaftoe—. Ahora bien, si contrata a uno de mis competidores para realizar el análisis, y consiguen esa información. no se lo dirán a usted. La explotarán ellos solos. Usted no se enterará de que hayan encontrado nada y no recibirá ningún beneficio. Pero si contrata Semper Marine Services, le diré todo lo que encuentre, y le daré a usted y a su compañía una parte de los beneficios.

—Miran —dice Randy. Intenta decidir cómo poner cara de póquer, pero sabe que para Shaftoe es como un libro abierto.

—Con una condición —dice Doug Shaftoe.

—Sospechaba que habría una condición.

—Todo anzuelo efectivo tiene una púa. Esta es la púa.

—¿Cuál es?

—Que lo mantengamos en secreto frente a ese hijo de puta —dice Doug Shaftoe, señalando con el dedo a Hubert Kepler—. Porque si el Dentista lo descubre, entonces él y los Bolobolos se lo repartirán entre ellos y nosotros nos quedaremos sin nada. Incluso cabría la posibilidad de que acabásemos muertos.

—Bien, ciertamente tendremos que meditar sobre la parte de acabar muertos —dice Randy—, pero le transmitiré su propuesta a mi socio.

*OceanofPDF.com*

# Metro

Waterhouse y varias docenas de extraños van de pie y sentados en una habitación extraordinariamente estrecha y larga que se balancea de un lado a otro. La habitación está llena de ventanas, pero por ellas no entra luz, sólo sonido: muchos retumbos, traqueteos y chirridos. Todos parecen pensativos y silenciosos, como si estuviesen sentados en una iglesia esperando a que empiece la misa.

Waterhouse está de pie agarrado a un protuberancia anclada en el techo que le impide balancearse dentro de la lata. Durante los últimos minutos ha estado prestando atención a un póster que explica cómo ponerse una máscara de gas. Waterhouse, como todos los demás, lleva uno de esos dispositivos dentro de una pequeña bolsa colgada al hombro. La de Waterhouse tiene un aspecto diferente porque es americana y militar. Ha llamado la atención de los demás.

En el póster hay una mujer encantadora y con estilo, de piel blanca y de pelo castaño que parece haber sido moldeado químicamente y recompuesto a su forma actual en un salón de belleza de alta categoría. Está de pie, con la columna como el asta de una bandera, la barbilla al aire, los codos doblados, las manos en postura ritual: los dedos extendidos, los pulgares en el aire justo frente a la cara. Entre sus manos cuelga una masa siniestra, sostenida en la maraña de cintas color caqui. Los pulgares levantados son los ejes de esa diminuta red.

Waterhouse lleva en Londres un par de días y conoce el resto de la historia. Reconocería esa pose en cualquier sitio. Ésa mujer está preparada para ponerse la máscara. Si el gas cae alguna vez sobre la capital, las

alarmas de gas sonarán y las partes altas de los pesados buzones, que han sido tratados con una pintura especial, se volverán negras. Veinte millones de pulgares señalarán el cielo verdoso y ponzoñoso, diez millones de máscaras de gas colgarán de ellos, diez millones de barbillas se levantarán. Puede imaginar el exquisito sonido de la piel suave y blanca de esa mujer ajustándose entre los límites de la goma negra.

Una vez que esté completo el movimiento de barbilla, todo está bien. Tienes que colocar correctamente las cintas sobre la permanente castaña y mantenerte a cubierto, pero lo peor del peligro ya ha pasado. Las máscaras antigás británicas tienen una zona redonda y corta en la parte delantera para permitir la exhalación, que tiene exactamente el aspecto del morro de un cerdo, y ninguna mujer aceptaría ponerse semejante cosa si las modelos de los póster no fuesen tal parangón de belleza.

Algo le llama la atención en la oscuridad más allá de las ventanas. El tren ha llegado a una de esas zonas del metro donde luces tenues se ciernen sobre ellos, traicionando los secretos estigios del metro. Todos los ocupantes del vagón parpadean, miran y toman aliento. Durante un momento el mundo se ha materializado a su alrededor. Fragmentos de una pared, apuntalamientos incrustados, haces de cables, cuelgan en el espacio, girando lentamente, como cuerpos astronómicos, mientras el tren avanza.

Los cables llaman la atención de Waterhouse: cuidadosamente fijados en paralelo a las paredes de piedra. Son como las trepadoras de una hiedra plutónica que se extiende por la oscuridad del metro cuando el personal de mantenimiento no presta atención, buscando un lugar por el que avanzar y llegar a la luz.

Cuando caminas por las calles, en el mundo superior, ves los primeros zarcillos abriéndose camino por las antiguas paredes de los edificios. Parras cubiertas de neopreno que crecen en línea recta subiendo por la piedra para infiltrarse por agujeros en las ventanas, centrándose especialmente en las oficinas. A veces están cubiertas de tubos de metal. En ocasiones sus propietarios las han pintado. Pero todos comparten unas raíces comunes que florecen en las grietas y canales no usados del metro, convergiendo en grandes estaciones de conmutación situadas en profundas bóvedas a prueba de bombas.

El tren invade una catedral de lúgubre luz amarilla y se detiene con un gemido, acaparando el espacio. Chillones iconos de la paranoia nacional brillan en los nichos y grutas. Una mujer angelical con la barbilla levantada sostiene un extremo del continuo moral. En el extremo opuesto tenemos una súcubo vestida con una falda ceñida, tendida sobre un sofá en medio de una fiesta, sonriendo afectadamente con sus pestañas postizas mientras mira de reojo al joven e ingenuo soldado que charla a su espalda.

Los carteles identifican el lugar como Euston en una elegante tipografía sans—serif que destila credibilidad oficial. Waterhouse y casi todos los demás bajan del tren.

Después de quince minutos más o menos de dar tumbos por la estación pidiendo ayuda y extrañándose ante los horarios, Waterhouse se encuentra a bordo de un tren interurbano en dirección a Birmingham. Por el camino, le han prometido, se detendrán en un lugar llamado Bletchley.

Parte del motivo de la confusión es que hay otro tren a punto de partir en el andén adyacente, que va directo a Bletchley, su destino final, sin paradas intermedias. Parece que todos los ocupantes de ese tren son mujeres con uniformes cuasi militares.

Los hombres de la RAF, con los subfusiles Sten, vigilando cada puerta del tren, comprobando papeles y pases, no le dejan subir a bordo. Waterhouse mira por las ventanas a las muchachas Bletchley del tren, unas frente a otras en grupos de cuatro y cinco, sacando la costura de la bolsa, convirtiendo bolas de lana escocesa en pasamontañas y manoplas para los tripulantes de los convoyes del Atlántico Norte, escribiendo cartas a sus hermanos en servicio y a sus mamas y papas en casa. Los pistoleros de la RAF se quedan junto a las puertas hasta que todas están dentro y el tren ha comenzado a salir de la estación. A medida que gana velocidad, las filas y filas de chicas, tejiendo, escribiendo y charlando, se fusionan en algo que muy probablemente se parece a lo que soldados y marineros de todo el mundo ven en sus sueños. Waterhouse no será nunca uno de esos soldados, en el frente, en contacto directo con el enemigo. Ha probado la manzana del conocimiento prohibido. Tiene prohibido ir a cualquier parte del mundo donde el enemigo pueda capturarle.

El tren sale de la noche por un cauce de ladrillos, en dirección a las afueras del norte de la ciudad. Son como las tres de la tarde; ese tren especial BP debía estar llevando a las chicas del cambio de turno.

Waterhouse tiene la sensación de que no va a trabajar en nada que se parezca, ni remotamente, a turnos regulares. Su mochila —que le prepararon— está preñada de posibilidades: gruesos jerséis de lana, uniformes de ligereza tropical del Ejército de Tierra y la Marina, pasa—montañas negros, condones.

El tren se libera lentamente de la ciudad y penetra en un territorio parcheado de pequeñas ciudades residenciales. Waterhouse se siente pesado, y sospecha que hay una ligera tendencia colina arriba. Pasan a través de una hendidura que han abierto en una sierra, como una muesca en la parte superior de un tronco, y entran en un encantador territorio de campos verde esmeralda sutilmente hinchados, salpicados caóticamente por pequeñas cápsulas blancas que toma por ovejas.

Evidentemente, es probable que la distribución no sea en absoluto caótica… es probable que refleje las variaciones locales de la química del suelo que produce la hierba que las ovejas encuentran más o menos deseable. Por medio de un reconocimiento aéreo, los alemanes podrían dibujar un mapa de la química del suelo de Inglaterra basándose simplemente en la distribución de las ovejas.

Los campos están rodeados por viejas cercas, muros de piedra, o, especialmente en las tierras altas, largas franjas de bosque. Al cabo de más o menos una hora, el bosque aparece por la izquierda del tren, cubriendo un terraplén que se eleva suavemente desde el apartadero. Los frenos del tren resuenan gaseosos y el tren se detiene quejumbroso en la estación. Pero la línea se ha dividido y ramificado bastante, más de lo que daría a entender el tamaño de la estación. Waterhouse se pone en pie, se cuadra, se agacha en una pose de luchador de sumo, y se enfrenta a Petate. Petate parece ser el ganador cuando aparentemente empuja a Waterhouse fuera del tren y hacia la plataforma.

El olor a carbón es más fuerte de lo habitual, y se oye mucho ruido proveniente de algún lugar cercano. Waterhouse mira y descubre grandes

obras industriales en los múltiples apartaderos. Se pone en pie y observa durante un par de minutos, mientras el tren se aleja en dirección al norte, y comprueba que en la estación de Bletchley se están encargando de reparar locomotoras de vapor. A Waterhouse le gustan los trenes.

Pero no ha sido por eso por lo que le han dado varios trajes gratis y un billete a Bletchley, por lo que, una vez más, Waterhouse se enfrenta a Petate y sube las escaleras del puente cerrado que vuela sobre las líneas paralelas. Mirando hacia la estación, ve más chicas de Bletchley (miembros de la Fuerza Aérea Auxiliar de Mujeres, WAAF, y Sección Femenina de la Marina Británica, WREN) viniendo en su dirección; el turno de día, que ha terminado su trabajo, que consiste en procesar letras y dígitos claramente caóticos a escala industrial. Como no quiere tener aspecto ridículo, consigue al fin cargarse a Petate a la espalda, pasa los brazos por las cintas y permite que el peso le impulse por el puente.

Las WAAF y WREN sólo están moderadamente interesadas en ver a un oficial americano recién llegado. O quizá simplemente se muestran tímidas. En cualquier caso, Waterhouse sabe que es uno de los pocos, pero no el primero. Petate lo arrastra por la estación como un policía gordo cargando a un borracho esposado por el vestíbulo de un hotel de dos estrellas. Waterhouse se ve eyectado a una franja de territorio abierto junto a la carretera norte—sur. Justo frente a él se eleva el bosque. Cualquier fantasía de que podría tratarse de un bosque acogedor se disuelve con rapidez con la densa lluvia de luz gélida que brilla en el extremo del bosque a medida que el sol se pone y que indica que aquel lugar está repleto de metal afilado. En el bosque hay un orificio, que escupe WAAF y WREN como el estrecho orificio de salida de un enorme nido de avispas.

Waterhouse sólo tiene la opción de avanzar o dejarse caer de espaldas por el peso de Petate y quedarse agitando los miembros indefensos como un escarabajo patas a arriba, por lo que se tambalea hacia delante, atraviesa la calle y llega al sendero que penetra en el bosque. Queda rodeado por las chicas Bletchley. Celebran el final del turno poniéndose maquillaje. El carmín bélico es forzosamente un remiendo fabricado con los restos de cartílagos una vez que el material bueno se ha utilizado para recubrir los ejes de las hélices. Es necesario un aroma florido y empalagoso para ocultar sus atroces orígenes minerales y animales.

Es el olor de la Guerra.

Waterhouse todavía no ha visitado todo BP, pero conoce lo esencial. Sabe que esas chicas recatadas, tecleando obedientemente hojas y hojas de galimatías en sus máquinas, turno tras turno, día tras día, han matado a más hombres que Napoleón.

Avanza lenta y penosamente enfrentándose a la oleada del turno de día que está saliendo. Llegado un momento se rinde sin más, se hace a un lado, empuja con el cuerpo a Petate hacia la hiedra, enciende un cigarrillo y espera a que pase una ráfaga de un centenar de chicas. Algo le golpea en el tobillo: una vara de frambuesas, llena de espinas. Sobre ella hay una tela de araña extraordinariamente diminuta y precisa cuyas hebras geodésicas relucen bajo un rayo de luz del atardecer. La araña situada en el centro es del tipo británico imperturbable, perfectamente tranquila frente a las torpes payasadas yanquis de Waterhouse.

Waterhouse alarga la mano y coge una hoja castaño dorada de olmo que cae del aire frente a él. Se agacha, se mete el cigarrillo en la boca y, empleando ambas manos para estabilizarse, pasa el borde dentado de la hoja por uno de los filamentos radiales de la red, que, ya lo sabe, no tendrá ninguna sustancia pegajosa. Como un arco de violín sobre la cuerda, la hoja produce una vibración razonablemente regular en la red. La araña se gira para encararse a ella, rotando instantáneamente, como un personaje en una película mal montada. Waterhouse se sobresalta tanto por la velocidad del movimiento que retrocede un poco, luego vuelve a pasar la hoja por la red. La araña se tensa, atenta a la vibración.

Pasados unos segundos, vuelve a su posición original y sigue con sus asuntos, ignorando por completo a Waterhouse.

Las arañas saben por la vibración qué tipo de insecto han atrapado, y se dirigen hacia él. Hay un motivo para la disposición radial de la web, y para que la araña se sitúe justamente en la convergencia de los radios. Los hilos son extensiones de su sistema nervioso. La información se propaga por la tela hasta la araña, donde es procesada por una máquina de Turing interna. Waterhouse ha probado con muchos trucos diferentes, pero nunca ha sido capaz de engañar a una araña. ¡No es buena señal!

La hora punta parece haber finalizado durante el experimento científico de Waterhouse. Se enfrenta a Petate una vez más. La lucha les lleva otros

cien metros, hasta el punto en que el camino se abre a una carretera cerrada por una cancela de hierro colgada entre dos estúpidos obeliscos de ladrillo rojo. Los guardias son, una vez más, hombres de la RAF con subfusiles Sten, y ahora mismo examinan los papeles de un hombre con abrigo de lona y gafas protectoras, que ha llegado en una motocicleta verde del ejército con alforjas sobre la rueda trasera.

Las alforjas no están muy llenas, pero han sido selladas cuidadosamente; contienen la munición que las chicas meten entre los dientes castañeteantes de sus hambrientas armas.

Con un gesto le indican al motociclista que entre, y éste gira inmediatamente a la izquierda por un camino estrecho. La atención se dirige hacia Lawrence Pritchard Waterhouse, quien, después de un adecuado intercambio de saludos, presenta sus credenciales.

Tiene que elegir entre las muchas que tiene, que no consigue ocultar ante los guardias. Pero a éstos no parece preocuparles o siquiera llamarles la. atención, lo que los distingue de los otros con los que Waterhouse ha tenido que tratar. Como es natural, esos hombres no se encuentran en la lista Ultra Mega, por lo que sería un grave fallo de seguridad decirles que está allí por un asunto Ultra Mega. Sin embargo, parece que han recibido a muchos otros hombres que no podían manifestar sus razones reales, y ni siquiera pestañean cuando Lawrence pretende ser uno de los enlaces de inteligencia naval del Barracón 4 o el Barracón 8.

En el Barracón 8 es donde descifran las transmisiones navales de Enigma. El Barracón 4 recibe las decodificaciones del Barracón 8 y las analiza. Si Waterhouse finge ser personal del Barracón 4 el disfraz no durará mucho porque esos tipos tienen que saber algo sobre la Marina. Encaja perfectamente en el perfil de los hombres del Barracón 8, porque éstos no tienen que saber nada más que pura matemática.

Uno de los hombres de la RAF examina sus papeles, a continuación se mete en la garita y le da a la manivela del teléfono. Waterhouse permanece de pie, incómodo, admirando el arma colgada del hombro del soldado. No es, por lo que puede ver, nada más que un tubo de acero con un gatillo en un extremo. Una pequeña ventanita cortada sobre el tubo permite ver el muelle que hay dentro. Algunos mangos y accesorios pegados no hacen que el

subfusil Sten deje de parecer un proyecto mal ejecutado de un taller de instituto.

—¿Capitán Waterhouse? Debe dirigirse a la Mansión —dice el guardia que ha hablado por teléfono—. No tiene pérdida.

Waterhouse recorre unos quince metros y descubre que la Mansión, trágicamente, no tiene pérdida. La contempla durante un minuto, intentando imaginar en qué pensaba el arquitecto. Es una construcción abigarrada, con un número excesivo de frontones. Sólo le queda suponer que el diseñador querría construir en realidad una enorme y única morada, pero pretendió camuflarla como una hilera de al menos media docena de chalés urbanos extremadamente diferentes, inexplicablemente unidos, en medio de seiscientos acres de tierra de campo de Buckinghamshire.

Parece que el sitio ha sido bien cuidado, pero a medida que se acerca, puede ver lianas negras trepando por los muros de ladrillo. El sistema de raíces que vislumbró en el metro se ha extendido bajo el bosque y el pasto hasta allí mismo y ha empezado a lanzar hacia arriba sus trepadoras de neopreno. Pero no se trata de un organismo fototrópico: no crece hacia la luz, siempre en busca del sol. Es infotrópico. Y se ha extendido hasta ese lugar por la misma razón que ha llevado hasta allí a los humanos infotrópicos como Lawrence Pritchard Waterhouse y el doctor Alan Mathison Turing, porque Bletchley Park tiene aproximadamente la misma situación en el mundo de la información que el sol en el sistema solar. Ejércitos, naciones, primeros ministros, presidentes y genios caen hacia él, no en seguras órbitas planetarias sino en las descontroladas órbitas elípticas e hiperbólicas de los cometas y asteroides perdidos.

El doctor Rudolf von Hacklheber no puede ver Bletchley Park, porque es el segundo secreto mejor guardado del mundo, después de Ultra Mega. Pero desde su oficina en Berlín, repasando informes del Beobachtung Dienst, puede observar fragmentos de esas trayectorias, y concebir hipótesis de por qué son así. Si la única hipótesis lógica es que los Aliados han roto Enigma, entonces el Destacamento 2702 habrá fracasado.

Lawrence muestra más credenciales y pasa por entre un par de estatuas de grifos deterioradas. La Mansión es mucho más bonita en cuanto no puedes ver su exterior. El diseño de una falsa red de casas ofrece muchas oportunidades para la disposición de ventanales exteriores que

proporcionan una luz muy necesaria. El salón está sostenido por arcos y pilares góticos construidos con un mármol marrón claramente de baja calidad con el aspecto de desechos vitrificados.

El lugar es sobrecogedoramente ruidoso; hay un ruido estrepitoso de triquitraque, como aplausos fanáticos, permeando paredes y puertas, trayendo una corriente de aire caliente con un olor penetrante y aceitoso. Es el peculiar olor de los teletipos eléctricos… o teleimpresores, como los llaman los británicos. El ruido y el calor sugieren que debe haber docenas de ellos en las dependencias inferiores de la Mansión.

Waterhouse sube por una escalera con artesonado hacia lo que los británicos llaman primer piso y descubre que es más tranquilo y frío. El alto mandamás de Bletchley tiene allí su despacho. Si la organización es dirigida con verdadero espíritu burocrático, Waterhouse no volverá a ver esa parte una vez finalizada la entrevista inicial. Encuentra el camino hasta la oficina del coronel Chattan, quien (a la memoria de Waterhouse le ha ayudado ver el nombre en la puerta) es el tipo situado en lo alto del organigrama del Destacamento 2702.

Chattan se pone en pie para darle la mano. Es pelirrojo, de ojos azules y probablemente tendría las mejillas sonrosadas si en ese momento no tuviese un bronceado del desierto tan intenso. Viste un uniforme de gala; los uniformes de los oficiales británicos se confeccionan a mano, la única forma de obtenerlos. Waterhouse no es precisamente un experto en moda, pero aprecia a primera vista que el de Chattan no se lo cosió mamá por la noche frente a la estufa de carbón. No, Chattan tiene su propio sastre como —dios—manda. Sin embargo, al pronunciar el nombre de Waterhouse no dice «guata jaes» como la gente de los Edificios Broadway. La R resulta dura y chisporroteante, y la parte de «house» se alarga en algo que suena como «juus». Ese Chattan tiene un cierto acento asilvestrado.

Con Chattan se encuentra un hombre más menudo vestido con el uniforme de diario británico: estrecho en muñecas y tobillos, pero por lo demás amplio, de una franela gruesa caqui que sería intolerablemente calurosa si esa gente no pudiese confiar en una temperatura ambiente fija, dentro y fuera, de unos cincuenta y cinco grados Fahren—heit. El aspecto general siempre le recuerda a Waterhouse al doctor Dentons. Se lo presentan como teniente Robson, y es el líder de uno de los dos pelotones

del 2702, el de la RAF. Tiene un bigote áspero, muy recortado, de cabellos grises y castaños. Es un tipo risueño, al menos en presencia de superiores, y sonríe con frecuencia. Los dientes se le abren radialmente desde la mandíbula, de forma que cada mandíbula tiene la apariencia de una lata de café sobre la que hubiesen detonado una pequeña granada.

—Éste es el hombre que estábamos esperando —le dice Chattan a Robson—. El que podría habernos sido muy útil en Argel.

—¡Sí! —dice Robson—. Bienvenido al Destacamento 2702, capitán Waterhouse.

—2702 —le corrige Waterhouse.

Chattan y Robson parecen ligeramente asombrados.

—No pueden usar 2702 porque es el producto de dos primos.

—¿Perdone? —dice Robson.

Una cosa que a Waterhouse le gusta mucho de los británicos es que cuando no saben de qué demonios estás hablando, al menos admiten la posibilidad de que sean ellos los equivocados. Robson tiene el aspecto de un hombre que ha ascendido en el escalafón. Un yanqui de su misma posición estaría resoplando y mostrándose desdeñoso.

—¿Cuáles? —dice Chattan. Eso le anima; al menos sabe qué es un primo.

—73 y 37 —dice Waterhouse.

La respuesta causa una gran impresión a Chattan.

—Ah, sí, comprendo. —Agita la cabeza—. Tendré que tomarle el pelo al profesor por esto.

Robson ha inclinado tanto la cabeza hacia un lado que casi descansa sobre la gruesa y lanuda boina que lleva metida en la charretera. Tiene los ojos entrecerrados y parece horrorizado. Su hipotético homólogo yanqui muy probablemente exigiría en ese momento una completa explicación de la teoría de los números primos, y cuando hubiese terminado, la acusaría de ser una chorrada. Pero Robson lo deja pasar:

—¿Debo entender que vamos a cambiar el número de nuestro Destacamento?

Waterhouse traga saliva. Por la reacción de Robson parece estar claro que eso implicará mucho trabajo duro por su parte y la de sus hombres;

semanas de repintar con plantillas y de intentar propagar el nuevo número por toda la burocracia militar. Será un coñazo.

—Será 2702 —dice Chattan con tranquilidad. Al contrario que Waterhouse, no le causa ningún problema dar órdenes difíciles e impopulares.

—Muy bien, debo ocuparme de algunas cosas. Ha sido un placer conocerle, capitán Waterhouse.

—El placer ha sido mío.

Robson vuelve a dar la mano a Waterhouse y sale.

—Tenemos alojamiento para usted en uno de los barracones situados al sur de la cantina —dice Chattan—. Bletchley Park es nuestro cuartel general nominal, pero predecimos que pasaremos la mayor parte del tiempo en las zonas donde se hace más uso de Ultra.

—Asumo que ha estado en el norte de África —dice Waterhouse.

—Sí. —Chattan alza las cejas, o más bien, las franjas de piel donde presumiblemente están localizadas las cejas; los pelos están decolorados y son transparentes, como hebras de monofilamento de nylon—. Me temo que salimos de allí por los pelos.

—Estuvo cerca, ¿no?

—Eh, no me refiero a eso —dice Chattan—. Hablo de la integridad del secreto Ultra. No estamos todavía seguros de que hayamos escapado. Pero el profe ha realizado algunos cálculos que sugieren que es posible que no haya peligro.

—¿Profe es el nombre que utiliza para referirse al doctor Turing?

—Sí. Ya sabe que le recomendó personalmente.

—Es lo que supuse cuando llegaron las órdenes.

—Turing está en estos momentos ocupado en otros dos frentes de la guerra de la información, y no pudo participar en nuestro alegre encuentro.

—¿Qué sucedió en el norte de África, coronel Chattan?

—Sigue sucediendo —dice Chattan con perplejidad—. Nuestro equipo de marines sigue en la zona, ampliando la curva de campana.

—¿Ampliando la curva de campana?

—Bueno, usted sabe mejor que yo que las cosas que suceden al azar normalmente tienen una distribución en forma de campana. Alturas, por

ejemplo. Acerqúese a la ventana, capitán Waterhouse.

Waterhouse se une a Chattan frente al ventanal, desde donde se ven los acres que antes solían ser terreno agrícola. Mirando más allá del cin—turón boscoso a las tierras altas situadas a varios kilómetros de distancia, puede ver el aspecto que probablemente tenía Bletchley Park: campos verdes salpicados con grupos de pequeños edificios.

Pero ése no es el aspecto que tiene ahora. Apenas queda un trozo de tierra en un radio de un kilómetro que no haya sido pavimentado y sobre el que no hayan construido. Una vez que dejas atrás la Mansión y sus singulares dependencias, el parque consiste en estructuras de ladrillo de un piso, nada más que largos pasillos con múltiples cruces: +++++++, y se añaden más + tan rápido como los albañiles pueden poner el barro en los ladrillos (Waterhouse se pregunta, divagando, si Rudy no habrá visto fotografías aéreas de ese lugar y habrá deducido a partir de todas esas cruces la naturaleza matemática de sus actividades). Los tortuosos corredores que conectan los edificios son estrechos, y cada uno se reduce a la mitad por medio de un muro de impacto de metro y medio de alto que los atraviesa por el medio, de forma que los germanos tengan que gastar al menos una bomba por edificio.

—En ese edificio de ahí —dice Chattan, señalando una pequeña construcción no muy alejada, un tugurio de ladrillo de aspecto muy feo—, están las bombes de Turing. Es «bombe», con e al final. Son las máquinas de calcular inventadas por el profe.

—¿Son máquinas universales de Turing de verdad? —suelta Waterhouse. Está dominado por una asombrosa visión sobre la verdadera naturaleza de Bletchley Park: un reino secreto en el que Alan ha encontracto los recursos para dar forma a su gran sueño. Un reino que no está dirigido por hombres sino por la información, donde humildes edificios con forma de signos de sumar contienen Máquinas Universales que pueden configurarse para realizar cualquier operación compu—table.

—No —dice Chattan, con una amable y triste sonrisa.

Waterhouse deja escapar un suspiro prolongado.

—Ah.

—Quizás el año que viene, o el siguiente.

—Quizá.

—Las bombes fueron adaptadas, por Turing, Welchman y otros, a partir de un diseño de criptoanalistas polacos. Consisten en tambores rotatorios que prueban muchas de las posibles claves Enigma a gran velocidad. Estoy seguro de que el profe podrá explicárselo. Pero lo importante es que tienen esos enormes tableros perforados por detrás, como centralitas telefónicas, y algunas de nuestras chicas tienen como trabajo introducir las clavijas correctas en los huecos correctos y reconectarlas cada día. Requiere buena vista, atención cuidadosa y altura.

—¿Altura?—Apreciará que las chicas a las que se les ha asignado ese trabajo son excepcionalmente altas. Si los alemanes llegasen a obtener los registros de personal de Bletchley Park, y dispusiesen las alturas en un histograma, verían una curva de campana normal, representando a la mayor parte de los trabajadores, con una protuberancia anormal, que representa a la población excepcional de chicas altas que hemos traído para operar las clavijas.

—Sí, comprendo —dice Waterhouse—, y alguien como Rudy, el doctor von Hacklheber, notaría la anomalía y se preguntaría la causa.

—Exacto —dice Chattan—. Y entonces sería parte del trabajo del Destacamento 2702, el grupo Ultra Mega, sembrar información falsa que alejase a su amigo Rudy del rastro. —Chattan se aparta de la ventana, camina hasta el escritorio y abre una gran caja de cigarrillos llena de munición fresca. Le ofrece uno a Waterhouse con un gesto diestro de la mano, y éste lo acepta, sólo por educación. Mientras Chattan se lo enciende, mira por entre la llama a los ojos de Waterhouse y dice—: Se lo pregunto a usted. ¿Qué haría para ocultarle a su amigo Rudy que aquí tenemos a muchas chicas altas?

—¿Dando por supuesto que ya tiene los registros de personal?

—Sí.

—En ese caso, es demasiado tarde para ocultar nada.

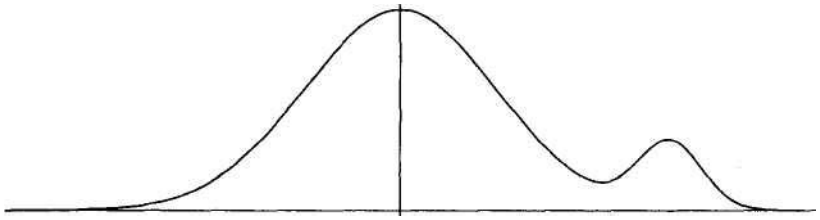
—Concedido. Asumamos en su lugar que tiene algún canal de información que le está pasando esos registros, unos pocos cada vez. Ese canal todavía está abierto y en funcionamiento. No podemos cerrarlo. O quizá decidimos no cerrarlo, porque incluso la ausencia de ese canal podría indicarle a Rudy algo importante.

—Bueno, entonces —dice Waterhouse— creamos algunos registros de personal falsos y los introducimos en el canal.

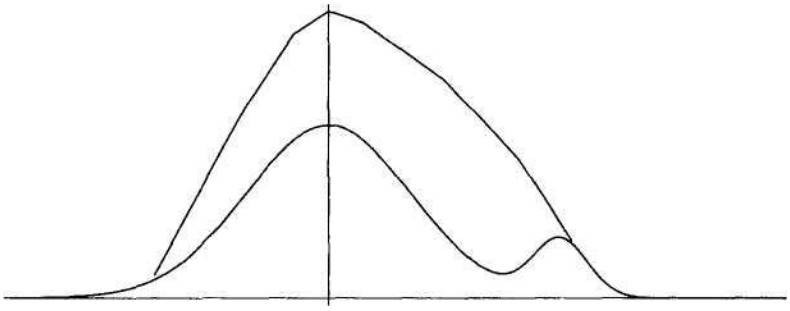
Hay una pequeña pizarra colgada de la pared de la oficina de Chat—tan. Es un palimpsesto no muy bien borrado; el personal de limpieza debe tener órdenes estrictas de no limpiarla nunca para evitar que se pierda algo importante. Mientras se acerca, puede ver restos de cálculos viejos amontonados unos sobre otros, desvaneciéndose en el negro como transmisiones de luz blanca que se propagan en el espacio profundo.

Reconoce la letra de Alan por todas partes. Debe hacer un esfuerzo físico para no detenerse y reconstruir los cálculos de Alan a partir de los fantasmas que quedan sobre la pizarra. Escribe encima con renuencia.

Waterhouse marca una abscisa y una ordenada sobre la pizarra, y luego, con un movimiento amplio, una curva de campana. Sobre la curva, a la derecha del pico, añade una pequeña protuberancia.



—Las chicas altas —explica—. El problema es esta muesca. Señala el valle entre el pico principal y la protuberancia. Luego dibuja un nuevo pico lo suficientemente alto y ancho para cubrirlos a los dos:



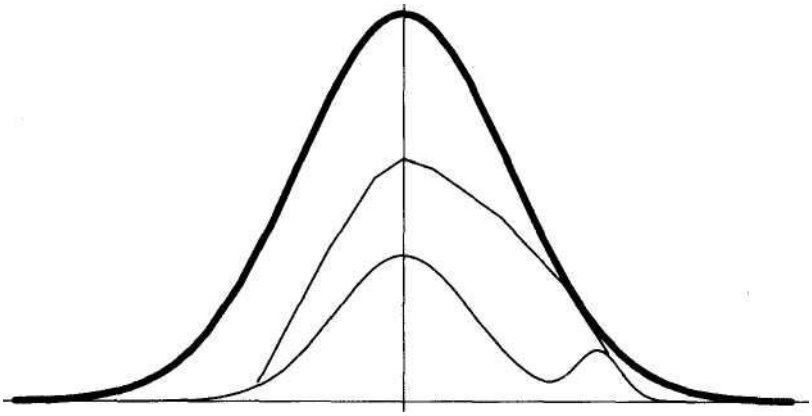
—Podemos hacerlo sembrando registros personales falsos en el canal de Rudy, dando alturas que son mayores que la media total, pero más cortas que las chicas bombe.

—Pero ahora se ha metido en otro atolladero —dice Chattan. Está recostado sobre la silla giratoria, sosteniendo el cigarrillo frente a la cara, mirando a Waterhouse por entre una nube de humo inmóvil.

Waterhouse dice:

—La nueva curva tiene mejor aspecto porque he rellenado el hueco, pero realmente no tiene forma de campana. No termina bien, en los bordes. El doctor von Hacklheber se dará cuenta. Comprenderá que alguien ha estado alterando el canal. Para evitar que eso suceda, tendría que sembrar más datos falsos, dando algunos valores inusualmente grandes y pequeños.

—Inventar chicas falsas que sean excepcionalmente altas o bajas —dice Chattan.



—Sí. Eso haría que la curva de campana terminase correctamente.

Chattan sigue mirándole expectante.

Waterhouse dice:

—Por tanto, añadir un pequeño número de lo que en otras circunstancias serían extrañas anomalías hace que todo parezca perfectamente normal.

—Como le he dicho —dice Chattan—, nuestro equipo se encuentra en el norte de África, incluso mientras hablamos, ensanchando la curva de campana. Haciendo que todo parezca perfectamente normal.

*OceanofPDF.com*

# Carne

Vale, así que el soldado de primera clase Gerald Hott, de Chicago, Illinois, no ascendió lo que se dice volando por el escalafón durante su estancia de quince años en el ejército de los Estados Unidos. Sin embargo, sabía trinchar de cojones un lomo asado. Era tan diestro con un cuchillo de deshuesar como Bobby Shaftoe con la bayoneta. ¿Y quién sabe si un carnicero militar, al conservar los limitados recursos de una res muerta y al seguir escrupulosamente las reglas sanitarias, no está salvando tantas vidas como un guerrero de ojos acerados? Ser militar no es sólo matar nipos, teutones e ítalos. También se trata de matar animales… y comerlos. Gerald Hott era un guerrero del frente que mantenía su congelador tan limpio como una sala de operaciones y por tanto es adecuado que haya terminado dentro de uno.

Bobby Shaftoe compone esa pequeña elegía en su cabeza mientras se estremece en el frío subártico de lo que fue un contenedor de carne francés del tamaño y la temperatura de Groenlandia y que ahora pertenece al ejército de los Estados Unidos, rodeado por los restos terrenales de varias manadas de ganado y un carnicero. Ha asistido a más de un funeral militar durante su breve periodo en el servicio, y siempre ha admirado la habilidad del capellán para inventarse emocionantes elegías sobre el difunto. Circula el rumor de que cuando los militares admiten reclutas que no superan las pruebas físicas pero parecen tener cerebro, les enseñan a mecanografiar, los sientan frente a escritorios y escriben esas cosas, día tras día. No es mal puesto si puedes conseguirlo.

Los cuerpos congelados cuelgan de los ganchos formando largas filas. Bobby Shaftoe se va poniendo más y más tenso mientras sube y baja por los pasillos, preparándose para ver lo que está a punto de ver. Casi es preferible cuando la cabeza de tu compañero estalla de repente justo cuando está dando vida a un cigarrillo: un montaje como éste puede volverte loco.

Finalmente rodea el final de una fila y descubre a un hombre dormitando en el suelo, abrazado a un cerdo, que aparentemente estaba a punto de desmembrar en el momento de la muerte. Lleva allí unas doce horas y su temperatura corporal ronda los menos diez grados Fahrenheit.

Bobby Shaftoe se cuadra para encararse con el cuerpo y respirar profundamente el aire helado y con olor a carne. Cruza sus manos cianóticas sobre el pecho de una forma que resulta simultáneamente devota y buena para darles calor.

—Buen Dios —dice en voz alta. La voz no resuena; la carne la absorbe —. Perdona a este marine por este acto, su deber, que está a punto de realizar, y ya que estás en ello, perdona al superior de este marine a quien Tú en Tu infinita sabiduría has considerado dar el cargo, y perdona a todos sus superiores por iniciar este asunto.

Considera el continuar así un rato más, pero al final decide que no es peor que clavarle la bayoneta a un nipo y que adelante. Se acerca a los cuerpos abrazados del soldado de primera Gerald Hott y de Hela—dita el Cerdo e intenta separarlos sin éxito. Se agacha a su lado y mira bien al primero de ellos. Hott es rubio. Tiene los ojos medio cerrados, y cuando Shaftoe los ilumina con una linterna, por entre las rendijas se puede ver un destello de azul. Hott es un hombre grande, doscientas veinticinco fáciles en buena forma, ahora seguro que doscientas cincuenta. La vida en una cocina militar no facilita que alguien mantenga su peso, o (por desgracia para Hott) su sistema cardiovascular en algo remotamente similar a unas buenas condiciones.

Hott y su uniforme estaban secos cuando se produjo el ataque al corazón, por lo que, gracias a Dios, la tela no está congelada sobre la piel. Shaftoe puede cortarla en su mayor parte con varios movimientos largos de su exquisitamente afilado cuchillo V-44 «Gung Ho». Pero la hoja de nueve pulgadas y media, casi un machete, del V-44 es completamente inapropiada para la lucha realmente cercana —por ejemplo, desnudar las axilas y la

ingle— y le han dicho que tenga cuidado y que no produzca rasguños, por lo que ahora debe hacer uso del estilete USMC Marine Raider, cuya esbelta hoja doble de siete pulgadas y cuarto parece haber sido diseñada expresamente para ese tipo de procedimientos, aunque el mango en forma de pez, fabricado de metal sólido, comienza a congelarse al cabo de un rato pegándose a las sudorosas palmas de Shaftoe.

El teniente Ethridge revolotea frente a la puerta del congelador—tumba. Shaftoe pasa junto a él y se dirige directamente a la salida del edificio, ignorando las preguntas de Ethridge:

—¿Shaftoe? ¿Cómo ha ido?

No se detiene hasta no haber salido de la sombra del edificio. El sol del norte de África recorre su cuerpo como un baño de morfina. Cierra los ojos y orienta el rostro en su dirección, une las manos congeladas para acumular el calor y dejarlo descender por los antebrazos, caer por los codos.

—¿Cómo ha ido? —vuelve a repetir Ethridge.

Shaftoe abre los ojos y mira a su alrededor.

El puerto es una luna creciente de color azul con millas de embarcaderos entremezclados unos con otros como si se tratase de diagramas de pasos de baile. Uno de ellos está cubierto con los muñones desgastados de antiguos baluartes y junto a él yace un acorazado francés medio hundido, todavía exhalando humo y vapor al aire. A su alrededor, los barcos de la Operación Antorcha descargan mierda a un ritmo increíble. Las redes de carga se elevan de los contenedores y caen con un ruido sordo sobre los muelles como escupitajos gigantes. Los estibadores izan, los camiones transportan, las tropas desfilan, las chicas francesas fuman cigarrillos yanquis. Los argelinos proponen empresas conjuntas.

Entre esas naves y la operación cárnica del ejército, en lo alto de la roca, se encuentra lo que Bobby Shaftoe toma por la ciudad de Argel. Para el ojo discriminatorio de ese nativo de Wisconsin no parece haber sido «construida» sino más bien arrastrada hasta la colina por la marea. Se ha dedicado mucho espacio a mantener al sol fuera así que, desde arriba, tiene un aspecto cerrado; muchas baldosas rojas, decoradas con flores y arabescos. Un par de estructuras modernas de cemento (por ejemplo, ese mismo congelador) parecen haber sido abandonadas allí por los franceses en el curso de alguna vigorosa ofensiva de limpieza de los barrios bajos.

Aún así, quedan todavía muchas zonas por limpiar: y el objetivo número uno es esa colmena humana u hormiguero justo a la izquierda de Shaftoe, la Casbah, la llaman. Quizá sea un barrio. Quizá sea un único edificio mal organizado. Hay que verlo para creerlo. Los árabes están apretujados allí como los miembros de una fraternidad en una cabina telefónica.

Shaftoe se da la vuelta y contempla de nuevo el congelador, que allí se encuentra peligrosamente expuesto a los ataques aéreos del enemigo, pero a nadie le importa un cojón, porque ¿qué más da si los teutones vuelan un montón de carne?

El teniente Ethridge, casi tan desesperadamente quemado por el sol como Bobby Shaftoe, entrecierra los ojos.

—Rubio—dice Shaftoe.

—Vale.

—Ojos azules.

—Bien.

—Oso hormiguero… no champiñón.

—¿Eh?

—No está circuncidado, ¡señor!

—¡Excelente! ¿Qué hay de lo otro?

—Un tatuaje, ¡señor!

Shaftoe está disfrutando de la lenta escalada de tensión en la voz de Ethridge:

—¡Describa el tatuaje, sargento!

—¡Señor! Es un diseño militar muy común, ¡señor! Consistente en un corazón inscrito con un nombre de mujer.

—¿Cuál es el nombre, sargento? —Ethridge está a punto de mearse en los pantalones.

—¡Señor! El nombre inscrito en el tatuaje es el siguiente nombre: Griselda. ¡Señor!

—¡Aaaah! —El teniente Ethridge deja salir el aire desde el mismo diafragma. Varias mujeres con velo se dan la vuelta para mirarles. En la Casbah, cabezas con turbante de aspecto famélico y que piden a gritos un afeitado se asoman desde torres larguiruchas desentonando la llamada a la oración.

Ethridge calla y se contenta con apretar los puños hasta que se le ponen blancos. Luego vuelve a hablar, con una voz teñida de emoción.

—¡Hay batallas que han dependido de golpes de suerte menos importantes que éste, sargento!

—¿Me lo cuenta a mí? —dice Shaftoe—. Cuanto estaba en Gua—dalcanal, señor, quedamos atrapados en una pequeña cala…

—¡No quiero oír la historia del lagarto, sargento!

—¡Señor! ¡Sí, señor!

En una ocasión, cuando Bobby Shaftoe seguía en Oconomowoc, tuvo que ayudar a su hermano a subir un colchón por una escalera y aprendió a respetar la dificultad de manipular objetos pesados pero flexibles. Hott, que Dios tenga piedad de su alma, es un hijo de puta pesado, y por tanto es toda una suerte que esté congelado. Una vez que el sol del Mediterráneo acabe con él, sí que va a estar blando. Y luego incluso algo más.

Todos los hombres de Shaftoe se encuentran en la zona de montaje del destacamento. Se trata de una cueva construida en un acantilado completamente artificial que se eleva sobre el Mediterráneo justo sobre los muelles. La cuevas tienen kilómetros de longitud y hay un bou—levard que discurre sobre todas ellas. Pero incluso los alrededores de esa caverna en particular han sido cubiertos con tiendas y lonas para que nadie, ni siquiera las tropas aliadas, puedan ver a qué se dedican: básicamente, buscar todo equipo que tenga un 2701 pintado, pintar sobre el último dígito y cambiarlo a un 2. La primera operación la realizan hombres con pintura verde y la segunda hombres con pintura blanca o negra.

Shaftoe elige a un hombre de cada grupo de color para que la operación total no se vea afectada. Allí el sol es asombrosamente potente, pero en la cueva, con la fresca brisa marina que sopla en su interior, tampoco se está tan mal. Todas las superficies pintadas desprenden un intenso olor a derivados del petróleo. Para Bobby Shaftoe resulta un olor tranquilizador, porque no te dedicas a pintar cosas cuando estás combatiendo. Pero el olor también le produce un ligero estremecimiento, porque a menudo pintas cosas justo antes de entrar en combate.

Shaftoe está a punto de aleccionar a los tres marines elegidos a dedo sobre lo que va a pasar cuando el soldado con la pintura negra en las manos, Daniels, mira tras él y sonríe.

—¿Qué supone que busca ahora el teniente, sargento? —dice.

Shaftoe, el soldado Nathan (pintura verde) y Branph (blanca) miran y ven que Ethridge se ha parado a un lado. Está examinando los cubos de basura, otra vez.

—Todos nos hemos dado cuenta de que el teniente Ethridge parece considerar que su misión en la vida es examinar los cubos de basura —dice el sargento Shaftoe con una voz baja llena de autoridad—. Es un licenciado de Annapolis.

Ethridge se pone recto y, de la forma más acusatoria posible, levanta un montón de láminas de madera de roble perforadas y agujereadas.

—¡Sargento! ¿Podría identificar este material?

—¡Señor! Son plantillas militares normales, ¡señor!

—¡Sargento! ¿Cuántas letras hay en el alfabeto?

—¡Veintiséis, señor! —responde Shaftoe inmediatamente.

Los soldados Daniels, Nathan y Branph se silban los unos a los otros… ese sargento Shaftoe es listo como un demonio.

—Bien, ¿y cuántos números?

—¡Diez, señor!

—Y de los treinta y seis letras y números, ¿cuántos están representados en el cubo de basura por plantillas no utilizadas?

—¡Treinta y cinco, señor! Todos excepto el número 2, que es el único necesario para cumplir la orden, ¡señor!

—¿Ha olvidado la segunda parte de mi orden, sargento?

—¡Señor, sí, señor! —No tiene sentido mentir. En realidad, a los oficiales les gusta cuando te olvidas de las órdenes porque eso les recuerda que son mucho más inteligentes que tú. Les hace sentirse necesarios.

—¡La segunda parte de mi orden era tomar medidas estrictas para no dejar ningún rastro del cambio!

—¡Señor, sí, ahora lo recuerdo, señor!

El teniente Ethridge, que al principio se mostraba algo malhumorado, ya se ha calmado un poco, lo que habla en su favor y por tanto es debidamente

anotado en silencio por todos los hombres, que le conocen desde hace menos de seis horas. Ahora habla con calma y en tono de conversación, como un amable profesor de instituto. Lleva las gafas militares negras de grandes monturas que se conocen como GPV, o Gafas para Prevenir Violaciones. Las lleva atadas a las cabeza por un pedazo de elástico negro. Le dan aspecto de retrasado mental.

—Si algún agente enemigo repasase el contenido del contenedor de basura, cosa que sabemos que hacen, ¿qué encontraría?

—¡Plantillas, señor!

—Y si contase los números y letras, ¿encontraría algo raro?

—¡Señor! Todas estarían limpias excepto las del número dos que no estarían o estarían cubiertas de pintura, ¡señor!

El teniente Ethridge no dice nada durante unos minutos, dejando que el mensaje penetre. En realidad, nadie sabe de qué coño habla. La atmósfera se vuelve tensa hasta que finalmente el sargento Shaftoe intenta algo desesperado. Se vuelve, deja a Ethridge a su espalda, y se dirige a los hombres:

—¡Quiero que pintéis todas esas putas plantillas!

Los marines cargan sobre los contenedores de basura como si fuesen fortines nipos, y el teniente Ethridge parece aplacado. Bobby Shaftoe, habiendo ganado un buen montón de puntos, lleva a los soldados Daniels, Nathan y Branph a la calle antes de que el teniente Ethridge se dé cuenta de que no fue más que una conjetura. Se dirigen al contenedor de carne situado en lo alto de la cresta, a paso ligero.

Esos marines son todos letales veteranos del combate o en caso contrario no se habrían metido en un asunto tan feo: atrapados en un continente tan gratuitamente peligroso (África), rodeados por el enemigo (tropas del Ejército de Tierra de los Estados Unidos). Aun así, cuando entran en el congelador y echan su primer vistazo al soldado de primera Hott, quedan todos en silencio.

El soldado Branph junta las manos, rozándolas furtivamente.

—Buen Dios…

—¡Cállese, soldado! —dice Shaftoe—. Ya lo he hecho yo.

—Vale, sargento.

—¡Vaya a buscar una sierra para carne! —dice Shaftoe al soldado Nathan.

Los soldados se quedan boquiabiertos.

—¡Para el puto cerdo! —aclara Shaftoe. A continuación se vuelve hacia el solado Daniels, que lleva un fardo informe, y dice—: ¡Ábralo!

El fardo (que Ethridge le había dado a Shaftoe) resulta que contiene un traje de buceo negro. No es el modelo militar, sino algún tipo de modelo europeo. Shaftoe lo despliega y examina sus distintas partes mientras los soldados Nathan y Branph desmiembran a Heladito el Cerdo con golpes potentes de la enorme sierra.

Trabajan todos en silencio cuando les interrumpe una nueva voz.

—Buen Dios —empieza a decir la voz, y todos levantan la vista para ver a un hombre cerca con las manos unidas en oración.

Sus palabras, sacramentalmente condensadas en una visible y saliente nube de vapor, le velan la cara. El uniforme y rango están oscurecidos por una manta del ejército que lleva sobre los hombros. Tendría el aspecto de un profeta de tierra santa de los que van a camello si no estuviese tan bien afeitado y llevase Gafas de Prevención de Violaciones.

—¡Maldición! —dice Shaftoe—. Ya he dicho una puta oración.

—Pero ¿rezamos por el soldado Hott o por nosotros? —pregunta el hombre.

Pregunta difícil. Todos se callan y la sierra deja de moverse. Shaftoe suelta el traje de buceo y se pone en pie. El Hombre de la Manta tiene el pelo muy corto y gris, o quizá sea que se le está empezando a acumular escarcha. Sus ojos color hielo miran a Shaftoe a través de los cristales de varios kilómetros de espesor de sus GPV, como si realmente esperase una respuesta. Shaftoe se acerca y ve que el hombre lleva un alzacuellos.

—Dígamelo usted, reverendo —dice Shaftoe.

Y entonces reconoce al Hombre de la Manta. Está a punto de soltar un sonoro «¿Qué coño estás haciendo aquí'?», pero algo le hace contenerse. La mirada del capellán se dirige a un lado, en un movimiento tan rápido y ligero que sólo Shaftoe, quien prácticamente lo tiene cara a cara, puede ver. El mensaje es: «Calla, Bobby, hablaremos después.»

—El soldado Hott está ahora con Dios… o adonde vaya la gente cuando muere —dice Enoch—. Podéis llamarme Hermano Root.

—¿Qué actitud es ésa? Claro que está con Dios. ¡Jesús! «Adonde vaya la gente cuando muere.» ¿Qué clase de capellán es usted?

—Supongo que soy un capellán estilo Destacamento 2702 —dice el capellán. Finalmente, el teniente Enoch Root deja de mirar a Shaftoe, y vuelve la vista hacia la acción—. Sigan con lo suyo, amigos —dice—. Parece que esta noche comeremos beicon.

Los hombres ríen nerviosos y vuelven a cortar.

Una vez que consiguen separar el cuerpo del cerdo del de Hott, cada uno de los marines agarra un miembro. Llevan a Hott a la carnicería, que ha sido evacuada temporalmente para poder realizar esa operación, de forma que los antiguos camaradas—en—la—carne de Hott no vayan extendiendo rumores por ahí.

La evacuación apresurada de la carnicería después de que uno de sus operarios fuese hallado muerto en el suelo podría provocar algunos rumores de por sí. Por lo que la versión oficial, recién inventada por el teniente Ethridge, consiste en que el Destacamento 2702 es (al contrario de toda apariencia externa) un equipo médico de élite preocupado de que Hott haya sido infectado por una forma rara de envenenamiento alimenticio del norte de África. Incluso algo que los franceses dejaron deliberadamente, ya que, por lo que se sabe, están un poco enfadados por el hundimiento de su acorazado. En cualquier caso, hay que cerrar la carnicería (dice la historia) durante un día para revisarla detenidamente. El cuerpo de Hott será cremado antes de enviárselo a su familia, simplemente para asegurarse de que la terrible enfermedad no se extienda por Chicago —la capital planetaria de los mataderos— donde sus incalculables consecuencias podrían alterar el resultado de la guerra.

Sobre el suelo hay un ataúd militar, simplemente para preservar la ficción. Shaftoe y sus hombres lo ignoran por completo y comienzan a vestir el cuerpo, primero con un horrendo bañador y a continuación con los diversos elementos del traje de buceo.

—¡Eh! —dice Ethridge—. Pensé que los guantes se ponían al final.

—¡Señor, los pondremos primero, con su permiso, señor! —dice Bobby Shaftoe—. Porque sus dedos se descongelarán primero, y cuando eso suceda estaremos jodidos, ¡señor!

—Bien, colóquenle esto primero —dice Ethridge, y les pasa un reloj. Es una belleza: un cronómetro suizo de uranio sólido, su corazón envuelto enjoyas palpita como el latido de un pequeño mamífero. Lo agita por el extremo de la correa, fabricada con eslabones metálicos unidos con pericia. Es tan pesado que podría aturdir a un lucio.

—Bonito —dice Shaftoe—, pero no da la hora con demasiada precisión.

—Sí que lo hace —dice Ethridge— en la zona horaria a la que vamos.

El escarmentado Shaftoe vuelve a trabajar. Mientras tanto, el teniente Ethridge y Root ayudan. Traen los restos torpemente aserrados de Heladito el Cerdo a la carnicería y los suben a una balanza enorme. Pesa como treinta kilos, lo que coño signifique eso. Enoch Root, mostrando un apetito por el trabajo físico que es debida y silenciosamente anotado por los hombres, trae otro cerdo, tan rígido como un Radio Flyer, y lo pone en la báscula, por lo que el total es de setenta. Ethridge aparta las moscas y coge los trozos de carne que estaban sobre los bloques cuando se evacuó el lugar. Los arroja a la báscula y la aguja alcanza unos cien kilos. A partir de ese punto, alcanzan los ciento treinta con jamones y trozos de carne para asar que traen uno a uno del congelador. Enoch Root —quien parece un buen conocedor de exóticos sistemas de medida— ha hecho sus cálculos, comprobándolos dos veces, y ha establecido que el peso de Gerald Hott, convertido a kilogramos, es de ciento treinta.

Toda la carne acaba en el ataúd. Ethridge cierra la tapa de un golpe, atrapando en su interior algunas moscas que no tienen ni idea de lo que les espera. Root lo rodea con un martillo en la mano, clavándole doce clavos con golpes seguros y potentes al estilo carpintero—de—Nazaret.

Mientras tanto, Ethridge ha sacado un manual militar de su cartera. Shaftoe está cerca y puede leer el título, impreso en letras mayúsculas sobre una tapa verde oliva:

PROCEDIMIENTOS DE SELLADO DE ATAÚDES

III PARTE: AMBIENTES TROPICALES

VOLUMEN II: SITUACIONES DE ALTO RIESGO DE ENFERMEDADES (PESTE BUBÓNICA. ETC.)

Los dos tenientes dedican una buena hora a seguir las instrucciones del manual. No son complicadas, pero Enoch encuentra continuamente ambigüedades sintácticas y quiere explorar sus ramificaciones. Al principio,

eso pone nervioso a Ethridge, luego sus emociones tienden a la impaciencia y, al fin, al pragmatismo extremo. Para hacer que el capellán se calle, Ethridge confisca el manual y hace que Root pinte el nombre de Hott en el ataúd y lo cubra de pegatinas rojas llenas de advertencias sanitarias tan horrorosas que tan sólo los encabezados de los textos inducen una ligera náusea. Para cuando Root termina, la única persona que puede legalmente abrir el ataúd es el general George C. Marshall en persona e incluso él tendría que obtener primero un permiso especial del Director General de Salud Pública y evacuar a cualquier ser vivo en un radio de cien millas.

—El capellán habla raro —dice en un momento dado el soldado Nathan, escuchando, boquiabierto, uno de los debates Root/Ethridge.

—¡Sí! —exclama el soldado Branph, como si el acento sólo fuese apreciable para un oyente especialmente experto—. ¿Qué acento es ése?

Todos los ojos se vuelven hacia Bobby Shaftoe, que finge escuchar durante un rato y luego dice:

—Bien, amigos, creo que ese Enoch Root es el descendiente de un largo linaje de misioneros holandeses, y posiblemente alemanes, en las islas de los mares del sur, mezclado con australianos. Y además, yo diría, ya que creció en territorio controlado por los británicos, que posee pasaporte británico y fue reclutado cuando empezó la guerra y ahora forma parte de las Fuerzas Armadas de Australia y Nueva Zelanda, ANZAC.

—¡Ja! —ruge el soldado Daniel—, si todo eso es cierto, te doy cinco dólares.

—Hecho —dice Shaftoe.

Ethridge y Root terminan de sellar el ataúd más o menos cuando Shaftoe y sus marines terminan de colocar el último elemento del traje. Necesitan un buen cargamento de polvos de talco, pero lo consiguen. Ethridge le ha proporcionado el talco, que no es militar, sino de algún lugar de Europa. Algunas de las letras en la etiqueta tienen encima parejitas de puntos, que Shaftoe sabe que son una característica de la lengua alemana.

Un camión, que huele a pintura fresca (es un camión del Destacamento 2702) llega hasta la zona de carga. Recibe el ataúd sellado y el carnicero muerto ahora vulcanizado.

—Voy a quedarme por aquí y comprobar los cubos de basura —le dice el teniente Ethridge a Shaftoe—. Nos veremos en el campo de aviación en

una hora.

Shaftoe se imagina una hora en la parte de atrás de un camión caliente con esa carga.

—¿Quiere que lo mantenga en hielo, señor? —pregunta.

Ethridge lo medita durante un buen rato. Se chupa los dientes, comprueba la hora, refunfuña. Pero cuando al fin contesta parece bastante seguro:

—Negativo. Es imperativo para los propósitos de esta misión que ahora lo mantengamos en modo de descongelación.

El soldado de primera Hott y el ataúd lleno de carne ocupan el centro de la plataforma del camión. Los marines se sientan a un lado, dispuestos como portadores de féretro. Shaftoe se descubre a sí mismo contemplando el rostro de Enoch Root, que mantiene una expresión de indiferencia forzada.

Shaftoe sabe que debería esperar, pero no puede soportarlo.

—¿Qué hace aquí? —dice al fin.

—El destacamento se traslada —dice el reverendo—. Más cerca del frente.

—Acabamos de bajar del puto barco —dice Shaftoe—. Claro que vamos a acercarnos al frente… no podemos alejarnos a menos que nademos.

—Durante el traslado —dice Root con serenidad—, yo iré también.

—No me refiero a eso —dice Bobby Shaftoe—. Lo que quiero decir es ¿por qué necesita el destacamento un jodido capellán?

—Ya conoces a los militares —dice Root—. Toda unidad debe tenerlo.

—Da mala suerte.

—¿Da mala suerte tener un capellán? ¿Por qué?

—Quiere decir que los de arriba esperan muchos funerales, por eso.

—Por tanto, está asumiendo que lo único que puede hacer un clérigo es oficiar funerales. Interesante.

—Y bodas y bautizos —dice Shaftoe. Y todos los demás marines ríen con ganas.

—¿Podría ser que se siente un poco ansioso por la naturaleza de la primera misión del Destacamento 2702? —pregunta Root, mirando al

fallecido Hott y luego directamente a los ojos de Shaftoe.

—¿Ansioso? Escuche, reverendo, he hecho cosas en Guadalcanal que hacen que esto parezca una jodida reunión social.

Los demás marines la consideran una gran respuesta, pero Root no parece sentirse afectado.

—¿Sabía por qué hacía esas cosas en Guadalcanal?

—¡Claro! Para permanecer con vida.

—¿Sabe por qué hace esto?

—Claro que no.

—¿No le irrita ni un poquito? ¿O es demasiado estúpido para que le importe?

—Bien, ha conseguido ponerme contra las cuerdas, reverendo —dice Shaftoe. Después de una pausa sigue hablando—. Admito que siento un poco de curiosidad.

—¿Sería útil que hubiese en el Destacamento 2702 alguien que pudiese contestar a sus preguntas?

—Supongo que sí—refunfuña Shaftoe—. Simplemente, parece raro tener un capellán.

—¿Por qué parece raro?

—Por el tipo de unidad.

—¿De qué tipo es esta unidad? —pregunta Root. Hace la pregunta con cierto placer sádico.

—Se supone que no debemos hablar de ello —dice Shaftoe—. Y en todo caso, no lo sabemos.

Colina abajo, inmensas rampas descienden con pompa en zigzag sobre filas de arcos rayados hasta llegar a la ramificación de líneas ferroviarias que alimentan el puerto desde el sur.

—Es como encontrarse en el punto de salida de una jodida máquina de pinball —dice B. Shaftoe, mirando el camino que acaban de recorrer, pensando en lo que podría salir rodando de la Casbah.

Se dirigen hacia el sur por la línea ferroviaria y llegan a una zona de depósitos de minerales, pilas de carbón y chimeneas, fácilmente identificables para el Scout de los Grandes Lagos Shaftoe, pero aquí son operadas por una especie de dispositivo multicultural de más de un millón

de engranajes de profundidad. Paran frente a la *Société Algérienne d'Eclairage et de Forcé*, un monstruo de dos chimeneas con la pila de carbón más grande de todas. Se encuentran en mitad de ninguna parte, pero es más que evidente que les esperan. Se produce —como allí a donde va el Destacamento 2702— un extraño Efecto de Inflación de Rango. Dos tenientes, un capitán y un mayor introducen el ataúd en la SAEF, ¡vigilados por un coronel! No hay ni un solo soldado raso a la vista, y Bobby Shaftoe, un simple sargento, se pregunta por el trabajo que le asignarán a él. También se produce un Efecto de Negación de Papeleo; cuando Shaftoe espera que le sometan a la media hora habitual de burocracia, un oficial ansioso se acerca corriendo, agita las manos con furia y les permite pasar.

Un árabe, que lleva en la cabeza lo que parece una lata roja de café, abre tirando una puerta de hierro; las llamas le atacan y las derrota con una barra de hierro ennegrecida. Los portadores del féretro lo centran en la abertura y lo meten dentro, como si metiesen un enorme proyectil en un cañón de dieciséis pulgadas, y el hombre con la lata en la cabeza cierra la puerta de un golpe, lo que hace que la borla de la lata se agite como loca. Antes siquiera de haber asegurado la puerta ya está aullando como uno de los tipos de la Casbah. Los oficiales se quedan por los alrededores, poniéndose de acuerdo y firmando con sus nombres en un documento.

De esta forma, con una ausencia de complicaciones que un veterano del combate como Bobby Shaftoe sólo puede considerar extraña, el camión abandona la *Société Algérienne d'Echirage et de Forcé* y enfila por esas condenadas rampas en dirección a Argel. El camino es muy inclinado: una trayectoria continúa en primera. Los vendedores con los carritos llenos de aceite hirviendo no sólo se mantienen a su lado, sino que fríen cosas por el camino. Los perros de tres patas corren y luchan justo debajo del camión. El Destacamento 2702 también se ve tercamente seguido por nativos ataviados con latas de café que les amenazan con tocar guitarras fabricadas con latas alemanas, y por vendedores de naranjas, encantadores de serpientes y algunos tipos de ojos azules en albornoz que ofrecen porciones de un material oscuro sin envoltorio ni identificación. Como las piedras, es posible clasificarlos por analogía con las frutas y con elementos deportivos. Generalmente van desde las uvas a las pelotas de béisbol. En cierto

momento, el capellán cambia impulsivamente una chocolatina por una pelota de golf de esa sustancia.

—¿Qué es? ¿Chocolate? —pregunta Bobby Shaftoe.

—Si fuese chocolate —dice Root—, ese tipo no me lo hubiese cambiado por una chocolatina.

Shaftoe se encoge de hombros.

—A menos que sea una mierda de chocolate.

—¡O mierda auténtica! —suelta el soldado Nathan provocando carcajadas.

—¿Has oído hablar de la María? —pregunta Root.

Shaftoe —modelo a seguir y líder de hombres— contiene el impulso de soltar: «¿Oír hablar de ella? ¡Me la he follado!»

—Esta es su esencia concentrada —dice Enoch Root.

—¿Cómo lo sabe, reverendo? —pregunta el soldado Daniels.

El reverendo no se muestra afectado.

—Aquí soy el hombre de Dios, ¿no? ¿Conozco el aspecto religioso'.'

—¡Sí, señor!

—Bien, una vez hubo un grupo de musulmanes llamado hashishin que se comían esa cosa y luego iban a matar gente. Eran tan buenos que se volvieron famosos por infames. Con el tiempo la pronunciación del nombre ha cambiado: los conocemos como asesinos.

Se produce un silencio adecuadamente respetuoso. Al final, el sargento Shaftoe dice.

—¿A qué coño esperamos?

Comen un poco. Shaftoe, al ser el soldado de mayor rango de los presentes, come más que los demás. No pasa nada.

—Sólo tengo ganas de asesinar al tío que nos la vendió —dice.

El campo de aviación, a once millas de la ciudad, se usa más de lo previsto durante su construcción. Se trata de un buen terreno para las uvas y las aceitunas, pero hacia el interior pueden verse montañas rocosas, y detrás de ellas hay una franja de arena del tamaño de Estados Unidos, que en su mayoría parece estar en el aire y en dirección hacia el campo de aviación.

Incontables aeroplanos —en su mayoría cargueros Dakota, también conocidos como Gooney Birds— levantan enormes nubes de polvo que se te meten en la boca y la nariz. Shaftoe tarda un buen rato en pensar que la sequedad de sus ojos y boca podría no ser debida únicamente al polvo en el aire. Su saliva tiene la consistencia del pegamento.

El destacamento es tan secreto que nadie en el campo de aviación conoce su existencia. Allí hay muchos británicos y, en el desierto, los británicos llevan pantalones cortos, lo que hace que Shaftoe desee pegarles un puñetazo en la nariz.

Controla el impulso. Pero su evidente hostilidad hacia los hombres con pantalones cortos combinada con el hecho de que exige que se le indique la dirección de una unidad tan secreta que no puede especificar su nombre o siquiera describirla, produce mucha perplejidad, mucha incredulidad y en general hace que la alianza anglo—americana empiece con muy mal pie.

Sin embargo, el sargento Shaftoe comprende a estas alturas que cualquier cosa relacionada con su destacamento es muy probable que esté muy apartada, envuelta en lonas y toldos negros. Como cualquier otra unidad militar, el Destacamento 2702 posee mucho de ciertos suministros y muy poco de otros, pero parece controlar como el cincuenta por ciento de la producción total de lona de los Estados Unidos durante el año pasado. En cuando Shaftoe comenta ese hecho y lo describe durante un buen rato, algunos de los hombres le dirigen miradas algo extrañas. Es Enoch Root el que debe decir:

—Entre lagartos gigantes y lonas negras algunas personas podrían opinar que se está volviendo un poco paranoico.

—Déjeme que le cuente algo sobre paranoia —responde Shaftoe, y así lo hace, sin olvidar mencionar al teniente Ethridge y sus contenedores de desechos. Para cuando ha terminado, todo el destacamento se ha acurrucado en el extremo opuesto de esas lonas, y todos se portan bien y están tensos, exceptuando su recluta más reciente que, percibe Shaftoe con aprobación, está empezando a relajarse. Tendido sobre la superficie del camión con su traje de submarinista, se «amolda» más que salta cuando pillan un bache.

Aun así, sigue lo suficientemente rígido como para simplificar el problema de sacarlo del camión y meterlo en el Gooney Bird que tiene asignado: una variante del DC—3, militarizado y (a los ojos escépti—cos

de Shaftoe) cuya aerodinámica ha quedado reducida por un par de inmensas puertas de carga a un lado que casi cortan la estructura por la mitad. Ese Dakota en particular lleva tanto tiempo volando por el jo—dido desierto que la arena ha eliminado la pintura de las hélices, de la cubierta del motor y del borde de las alas, dejando a la vista un metal pulido que producirá un incitador destello plateado para cualquier piloto de la Luftwaffe a trescientas millas. Peor aún: varias antenas surgen de la piel del fuselaje, la mayoría sobre la carlinga. No sólo antenas de barra, sino también enormes parrillas de barbacoa que hacen que Shaftoe desee tener una sierra. Se parecen muchísimo a las que Shaftoe bajó por la escalera de la Estación Alfa en Shanghai: un recuerdo que de alguna forma se ha entremezclado con otros en su cabeza. Cuando intenta recuperarlo, todo lo que ve es un Jesucristo ensangrentando portando una dipolo de doble banda y alta frecuencia por una escalera de piedra en Manila, y sabe que eso no puede ser.

Aunque se encuentran en las instalaciones de un campo de aviación muy activo, Ethridge se niega a proseguir la operación mientras haya un solo avión en el cielo. Al fin dice:

—Vale, ¡AHORA!

En el camión levantan el cuerpo, justo a tiempo para oír cómo Ethridge grita:

—No, ¡ESPERAD! —Y lo vuelven a dejar en el suelo.

Mucho después de que la situación haya dejado de ser ligeramente divertida, cubren a Gerald Hott con una lona y lo llevan a bordo, y muy poco después están en el aire. El Destacamento 2702 va al encuentro de Rommel.

*OceanofPDF.com*

# Ciclos

Estamos a principios de noviembre de 1942, y están sucediendo una cantidad absolutamente increíble de cosas, todas a la vez, en todas partes. Ni el mismísimo Zeus sería capaz de llevar la cuenta, ni siquiera movilizando a las cariátides (decidles que no importa lo que dijimos, que abandonen sus cargas). Con los templos desmoronándose por todas partes, como catalejos, enviaría a esas cariátides, y a cualquier náyade y dríade a la que pudiese presionar (a la escuela de bibliotecarias, les daría visores verdes, las vestiría con el remilgado uniforme asexual del SAAPO, Servicio de Administración y Archivo de la Perspectiva Olímpica, y las pondría a trabajar rellenando fichas de tres por cinco durante todo el día). Emplearían parte de esa firmeza de la que se jactan las cariátides para atender las máquinas de tarjetas Hollerith y los lectores de tarjetas ETC. Incluso así, Zeus seguiría sin poder manejar la situación. Estaría tan cabreado que ni siquiera sabría a que hubrísticos mortales fulminar con el rayo, ni a que chicas de calendario o a que guapos soldaditos molestar.

Lawrence Pritchard Waterhouse es ahora mismo tan olímpico como cualquiera. Roosevelt, Churchill y algunos más en la lista Ultra Mega tienen el mismo acceso, pero tienen otras preocupaciones y distracciones. No pueden vagar por la capital del flujo de datos del planeta, mirando por encima de los hombros de los traductores y leer los textos descifrados a medida que salen, golpe-golpe-golpe, de las máquinas de cifrado Typex. No pueden seguir a voluntad los hilos concretos de la narrativa global, corriendo de un barracón a otro, estableciendo conexiones a base de fragmentos, incluso a medida que las WREN del barracón 11 tienden cables

de una bombe a otra, tejiendo una red para capturar los mensajes de Hitler mientras se mueven por el éter.

Aquí tenemos algunas de las cosas que Waterhouse conoce: se ha ganado la batalla de El-Alamein, y Montgomery persigue a Rommel hacia el oeste por la región Cirenaica a lo que parece una velocidad endemoniada, llevándole de vuelta al distante punto fuerte del Eje en Túnez. Pero no es la derrota total que parece. Si Monty comprendiese la importancia de la información de inteligencia que llega por el canal Ultra, podría ejecutar movimientos decisivos, para rodear y capturar grandes grupos de italianos y alemanes. Pero no es así, y por tanto Rommel ejecuta una retirada ordenada, preparándose para luchar un día más, y el laborioso Monty es debidamente insultado en la sala de control de Bletchley Park por ese fallo en explotar sus preciosas pero perecederas gemas de inteligencia.

El mayor desembarco de la historia se acaba de producir en el noroeste de África. Se llama Operación Antorcha, y va a atacar a Rommel por detrás, sirviendo de yunque para el martillo de Montgomery o, si Monty no acelera un poco el paso, puede que sea al revés. Parece estar brillantemente organizada, pero en realidad no es así; es la primera vez que los americanos se aventuran seriamente en el Atlántico y en esos barcos van metidas muchas cosas, incluso un montón de tipos de inteligencia que asaltan teatralmente las playas como si fuesen marines. Incluido también en el desembarco está el contingente americano del Destacamento 2702, un grupo escogido a dedo de duros veteranos del combate.

Algunos de esos marines aprendieron lo que saben en Guadalcanal, una isla básicamente inútil del suroeste del Pacífico donde el Imperio de Nipón y los Estados Unidos se disputan —con rifle— el derecho mutuo a construir una base aérea. Los informes preliminares parecen indicar que el Ejército Nipón, durante su extenso paseo por el este de Asia, ha perdido su fuerza. Parece que violar a toda la población femenina de Nanjing y matar a bayoneta a los indefensos habitantes de Filipinas no se traduce en verdadera competencia militar. El Ejército de Nipón sigue intentando inventar alguna forma de matar, digamos, a un centenar de marines norteamericanos sin perder, digamos, quinientos de sus propios soldados.

La Marina japonesa es un asunto totalmente diferente: ellos sí que saben lo que hacen. Tienen a Yamamoto. Tienen torpedos que estallan de verdad

al chocar con el blanco, en claro contraste con los modelos norteamericanos que se limitan a rascar la pintura de los barcos japoneses y luego se hunden disculpándose. Yamamoto acaba de realizar otro intento de eliminar la flota norteamericana de las islas de Santa Cruz, hundió el *Hornet* y le abrió un buen agujero al *Enterprise*. Pero perdió un tercio de sus aviones. Observando cómo los japoneses acumulan pérdidas, Waterhouse se pregunta si alguien en Tokio habrá pensado en coger un ábaco y calcular las cifras de eso que llaman Segunda Guerra Mundial.

Los Aliados han hecho sus propios cálculos, y se han cagado de miedo. Ahora mismo hay un centenar de submarinos alemanes en el Atlántico, que operan en su mayoría desde Lorient y Burdeos, y aniquilan a los convoyes del Atlántico Norte con tal eficacia que no se trata siquiera de «combate», sino más bien de una carnicería al nivel de la del *Lusitania*. Van camino de hundir como un millón de toneladas sólo este mes, lo que Waterhouse no consigue acabar de comprender. Intenta concebir una tonelada como más o menos el equivalente a un coche, y luego intenta imaginar a Estados Unidos y Canadá yendo al centro del Atlántico y arrojando sin más un millón de coches al océano… sólo en noviembre. ¡Vaya!

El problema es Tiburón.

Los alemanes lo llaman Tritón. Es un nuevo sistema de cifrado usado en exclusiva por la Marina. Es una máquina Enigma, pero no la habitual de tres rotores. Hace unos años los polacos descubrieron cómo descifrar la antigua y Bletchley Park industrializó el proceso. Pero hace más de un año, se capturó un submarino alemán en la costa sur de Islandia y fue examinado a fondo por los hombres de Bletchley. Encontraron una caja Enigma con nichos para cuatro —no tres— rotores.

Cuando la Enigma de cuatro rotores entró en servicio el uno de febrero, todo el Atlántico quedó en la oscuridad. Alan y los demás han estado examinando el problema desde entonces. Lo malo es que no saben cómo se conecta el cuarto rotor.

Pero hace unos días, se capturó otro submarino, más o menos intacto, en el este del Mediterráneo. El coronel Chattan, que casualmente se encontraba por la zona, se trasladó allí con una prisa enfermiza, junto con otros bletchleyitas. Recuperaron una máquina Enigma de cuatro rotores, y aunque eso no rompe el código, les ofrece los datos necesarios para romperlo.

En cualquier caso, Hitler debe sentirse muy seguro, porque está de viaje, preparando unas vacaciones de trabajo en su retiro de los Alpes. Eso no le impidió adueñarse de lo que quedaba de Francia; aparentemente, algo relacionado con la Operación Antorcha consiguió molestarlo de verdad, así que ocupó la Francia de Vichy por completo, y luego envió un centenar de miles de hombres, y su increíble correspondiente cantidad de suministros, a través del Mediterráneo hasta Túnez. Waterhouse supone que hoy en día debe ser posible ir desde Sicilia hasta Túnez saltando desde la cubierta de un barco alemán a la siguiente.

Claro está, si eso fuese cierto, el trabajo de Waterhouse sería mucho más simple. Los aliados podrían hundir todos los barcos que quisiesen sin levantar las sospechas de ningún teutón rubio en el frente de la guerra de la teoría de información. Pero el hecho es que los convoyes son pocos y están muy separados. Exactamente cuan pocos y con qué separación son parámetros que se introducen en las ecuaciones que él y Alan Mathison Turing escriben en la pizarra durante toda la noche. Después de dedicarse a eso durante ocho o doce horas, cuando por fin el sol ha vuelto a salir, no hay nada como un vigoroso paseo en bicicleta por el campo de Buckinghamshire.

Al remontar una cresta, ven frente a ellos un bosque que ha adoptado todos los colores del fuego. Incluso las copas hemisféricas de los arces contribuyen a ofrecer un efecto realista de humo. Lawrence siente la extraña compulsión de soltar el manillar y taparse los oídos con las manos. Pero al llegar junto a los árboles, el aire sigue estando deliciosamente fresco, el cielo azul no está manchado por pilares de humo negro, y la calma y tranquilidad de ese lugar no podría ser más diferente de lo que Lawrence recuerda.

—¡Hablar, hablar, hablar! —dice Alan Turing, imitando los graznidos de un pollo. El extraño sonido es aún más extraño por el hecho de que lleva una máscara antigás, hasta que se impacienta y se la levanta hasta la frente —. Les encanta oírse —se refiere a Winston Churchill y Franklin Roosevelt —. Y no les importa oírse hablar el uno al otro; al menos, hasta cierto punto. Pero la voz es un canal de información terriblemente redundante, en comparación con el texto impreso. Si tomas un texto y lo pasas por Enigma,

lo que no es muy difícil, la estructura familiar del texto, como, por ejemplo, la preponderancia de la letra E, se vuelve indetectable. —A continuación se vuelve a colocar la máscara sobre la cara para dar énfasis a lo siguiente—: Pero puedes deformar y permutar la voz de las formas más diabólicas que puedas concebir y seguirá siendo perfectamente inteligible para un oyente. —Alan sufre un ataque de estornudos que amenaza con romper las cintas caqui que lleva en la cabeza.

—Los oídos saben cómo descubrir las estructuras familiares —sugiere Lawrence. No lleva máscara antigás porque:

(a) no se está produciendo ningún ataque nazi con gas, y

(b) al contrario que Alan, no padece de fiebre del heno.

—Perdóname. —Alan frena de pronto y baja de la bicicleta. Levanta la rueda trasera del pavimento, la hace girar con la mano libre, luego se agacha y tira de la cadena. Contempla el mecanismo con toda atención, interrumpida por algunos estornudos.

La cadena de la bicicleta de Turing tiene un eslabón débil. La rueda trasera tiene un radio doblado. Cuando el eslabón y el radio entren en contacto, la cadena se romperá y caerá sobre la carretera. No sucede a cada vuelta; en caso contrario la bicicleta sería completamente inútil. Sólo sucede cuando el eslabón y la rueda se encuentran en cierta posición relativa.

Basándose en suposiciones razonables respecto a la velocidad que el doctor Turing puede mantener, un ciclista enérgico (digamos 25km/h) y el radio de la rueda trasera de la bicicleta (un tercio de metro), si el eslabón débil golpease contra el radio doblado a cada vuelta, la cadena se caería cada tercio de segundo.

De hecho, la cadena no cae a menos que el radio doblado y el eslabón débil coincidan. Ahora, supongamos que describimos la posición de la rueda trasera usando la σ habitual. Por simplificar, digamos que cuando la rueda empieza en la posición donde el radio doblado es capaz de golpear el eslabón débil (aunque sólo si el eslabón débil está ahí para ser golpeado) entonces 0=0. Si usas grados como unidades, durante una revolución completa de la rueda σ llegará hasta los 359 grados antes de volver a 0, en cuyo punto el radio doblado volverá a estar en posición de golpear la cadena. Y ahora supongamos que describes la posición de la cadena con la

variable C de la siguiente forma muy simple: asignas un número a cada eslabón de la cadena. El eslabón débil tiene el número 0, el siguiente el 1, y a continuación, hasta /-I donde / es el número total de eslabones de la cadena. Una vez más, para simplificar, digamos que cuando la cadena se encuentra en la posición donde el eslabón débil es capaz de golpear el radio doblado (aunque sólo si el radio doblado está ahí para ser golpeado) entonces C=0.

Entonces, para intentar descubrir cuándo caerá la cadena de la bicicleta del doctor Turing, todo lo que precisamos saber sobre la bicicleta está contenido en los valores de σ y C. Ese par de números define el estado de la bicicleta. La bicicleta tiene muchos estados posibles y puede haber muchos valores diferentes de (0,C) pero sólo uno de esos estados, el (0,0), es el que hará que la bicicleta caiga.

Supongamos que empezamos en ese estado, es decir, con (σ=0, C=Q), pero la cadena no ha caído porque el doctor Turing (conociendo muy bien el estado de su bicicleta en un momento dado) se ha detenido en medio de la carretera (casi provocando una colisión con su amigo y colega Lawrence Pritchard Waterhouse, porque la máscara antigás le bloquea la visión periférica). El doctor Turing ha tirado de la cadena hacia un lado mientras la adelanta ligeramente, evitando así que golpee el radio doblado. Ahora vuelve a subirse a la bicicleta y sigue pedaleando. La circunferencia de la rueda trasera es de unos dos metros, así que cuando se ha trasladado unos dos metros sobre la carretera, la rueda ha dado una vuelta completa y ha alcanzando de nuevo la posición #=0, siendo ésa la posición, recuerden, en la que el radio doblado está en posición para golpear el eslabón débil.

¿Qué hay de la cadena? Su posición, definida por C, comienza en 0 y llega a 1 cuando el siguiente eslabón se traslada a la posición fatal, luego 2 y así sucesivamente. La cadena debe moverse en sincronía con los dientes del engranaje en el centro de la rueda trasera, y ese engranaje tiene n dientes, por lo que después de una revolución completa de la rueda trasera, de nuevo 9=0, C=n. Después de una segunda vuelta completa de la rueda trasera, de nuevo 9=0 pero ahora C=2n. En la siguiente C=3n y así sucesivamente. Pero hay que recordar que la cadena no es infinita sino un bucle con sólo posiciones; en C=/ vuelve a C=0 y repite el ciclo. Por lo que al calcular el valor de C es necesario realizar aritmética modular, es decir, si

la cadena tiene un centenar de eslabones (1=100) y el número total de eslabones que han sido desplazados es 135, entonces el valor de C no es 135 sino 35. Cuando tienes un número superior o igual a.', restas repetidamente / hasta que obtienes un número menor que /. Los matemáticos escriben esa operación como mod /. Por tanto, los valores sucesivos de C, cada vez que la rueda trasera da una vuelta hasta 9=0, son:

C¡=n mod /, 2n mod /, 3n mod /,..., in mod /

donde 1 = (1,2, 3,… ∞)

más o menos, dependiendo de cuánto tiempo quiera Turing seguir pedaleando en su bicicleta. Después de un rato, a Waterhouse ya le parece infinitamente largo.

La cadena de la bicicleta de Turing se caerá cuando la bicicleta alcance el estado {9=0, C=0) y visto lo escrito anteriormente, eso sucederá cuando i (que no es más que un contador que indica cuantas vueltas ha dado la rueda trasera) alcanza algún valor hipotético tal que in mod /=0, o, para explicarlo claramente, sucederá si hay algún múltiplo de n (como, oh, 2n, 3n, 395n o 109.948.368.443n) que resulte también ser un múltiplo de /. En realidad, puede haber muchos de esos llamados múltiplos comunes, pero desde un punto de vista práctico el único que importa es el primero —el mínimo común múltiplo, o MCM— porque ése será el que se alcance primero y el que hará caer la cadena.

Si, digamos, el engranaje tiene veinte dientes (n=20) y la cadena tiene cien eslabones (1=100), entonces después de un giro de la rueda tenemos C=20, después de dos C=40, luego 60, luego 80 y finalmente 100. Pero como tomamos el módulo aritmético, ese valor debe cambiarse por 0. Por tanto, después de cinco vueltas de la rueda trasera, hemos llegado al estado (σ=0, C=0) y la cadena de Turing caerá. Cinco revoluciones de la rueda trasera sólo le harán avanzar diez metros, y por tanto, con esos valores de / y n la bicicleta es prácticamente inútil. Claro está, todo eso es cierto si Turing es tan estúpido como para empezar a pedalear con la bicicleta en el estado—que—hace—caer—la—cadena. Si, en el momento de empezar a pedalear, se encuentra en su lugar en el estado (0=0, C=l), entonces los valores subsiguientes serán C=21, 41, 61, 81, 1, 21… y así sucesivamente;

la cadena nunca se caerá. Pero se trata de un caso degenerado, donde «degenerado» tiene el significado matemático de «enojosamente aburrido». En teoría, siempre que Turing ponga su bicicleta en el estado correcto antes de aparcarla fuera del edificio, nadie podrá robársela; la cadena se caerá apenas después de haber avanzado diez metros.

Pero si la cadena de Turing tiene ciento y un eslabones (1=101) y después de cinco revoluciones tenemos C=100, y después de seis tenemos 0=19, luego

C= 39, 59, 79, 99,18, 38, 58, 78, 98,17, 37, 57, 77, 97,16, 36, 56, 76, 96,15, 35, 55, 75, 95,14, 34, 54, 74, 94,13, 33, 53, 73, 93,12, 32, 52, 72, ~~92,11, 31, 51, 71, 91,10, 30, 50, 70, 90, 9,29, 49, 69, 89, 8,28,48~~, 68, 88, 7,27,47, 67, 87, 6, 26, 46, 66, 86, 5,25, 45, 65, 85,4,24,44, 64, 84, 3,23, 43, 63, 83,2,22,42, 62, 82,1, 21,41, 61, 81, 0

Así que no será hasta la revolución 101 de la rueda trasera que la bicicleta vuelva al estado (8=0, C=0) cuando cae la cadena. Durante ese centenar más uno de vueltas, la bicicleta de Turing ha recorrido un quinto de kilómetro, que no está mal. Así que la bicicleta se puede usar. Sin embargo, al contrario que en el caso degenerado, no es posible situar la bicicleta en un estado tal que la cadena nunca caiga. Tal cosa puede demostrarse repasando la lista anterior de valores de C y comprobando que todo posible valor de C, todo posible valor entre 0 y 100, está en la lista. Eso significa que no importa en qué valor esté C cuando Turing empieza a pedalear, tarde o temprano llegará al C=0 fatal y la cadena caerá. Por tanto, Turing puede dejar la bicicleta en cualquier sitio con la confianza de que, si la roban, no recorrerá más de un quinto de kilómetro sin que la cadena se caiga.

La diferencia entre el caso degenerado y el caso no degenerado está relacionada con las propiedades de los números implicados. La combinación de (n=20,1 = 100) tiene propiedades radicalmente diferentes con respecto a (n=20,1=101). La diferencia principal es que 20 y 101 son «primos relativos», lo que significa que no tienen factores comunes. Eso significa que su MCM es un número grande —de hecho, es igual a 1 x n = 20 x 1001 = 2020. Mientras que el MCM de 20 y 100 es sólo 100. La

bicicleta 1=101 tiene un periodo largo —pasa por muchos estados diferentes antes de volver al principio—, mientras que la bicicleta 1=100 tiene un periodo de unos pocos estados.

Supongamos que la bicicleta de Turing fuese una máquina de cifrado que actuase por sustitución alfabética, lo que es lo mismo que decir que reemplazaría cada una de las 26 letras del alfabeto por alguna otra letra. Una A en el texto original se podría convertir en una T en el texto cifrado, B podría transformarse en F, C podría convertirse en M, y así hasta llegar a la Z. Por sí mismo, sería un código absurdamente fácil de romper; cosa de niños. Pero supongamos que el esquema de sustitución cambiase de una letra a la siguiente. Es decir, supongamos que la primera letra del texto original fuese cifrada usando cierto alfabeto de sustitución, la segunda letra del texto original fuese cifrada usando un alfabeto de sustitución completamente diferente, y la tercera con otro diferente, y así sucesivamente. Eso se conoce como un cifrado polialfabético.

Supongamos que la bicicleta de Turing fuese capaz de generar un alfabeto diferente para cada uno de sus diferentes estados. Por tanto el estado (d=0, C=0) correspondería, digamos, a este alfabeto de sustitución:

A B C D E F G H I J K L M N O P Q R S T U V W X Y Z
Q G U W B I Y T F K V N D O H E P X L Z R C A S J M

pero el estado (0=180, C=15) correspondería a este otro, diferente:

A B C D E F G H I J K L M N O P Q R S T U V W X Y Z
B O R I X V G Y P F J M T C Q N H A Z U K L D S E W

Dos letras no serían cifradas usando el mismo alfabeto de sustitución, es decir, hasta que la bicicleta no llegase de nuevo al estado inicial (9=0, C=0) y empezase a repetir el ciclo. Eso significa que se trata de un sistema polialfabético periódico. Ahora bien, si la máquina tuviese un periodo corto, se repetiría con frecuencia, y por tanto sería útil, como sistema de cifrado, sólo contra los niños. Cuanto más largo sea el periodo (cuanto mayor sea su primidad relativa) con menos frecuencia vuelve al mismo alfabeto de sustitución, y más seguro es.

La Enigma de tres rotores es ese tipo de sistema (es decir, poli alfabético periódico). Sus rotores, como el sistema de la bicicleta de Turing, contienen ciclos dentro de ciclos. Su periodo es 17.576, lo que significa que el alfabeto de sustitución que cifra la primera letra del mensaje no volverá a emplearse hasta que se llegue a la letra 17.577. Pero con Tiburón, los alemanes han añadido un cuarto rotor, elevando el periodo hasta 456.976. Los rotores se sitúan en una posición inicial diferente elegida al azar al comienzo de cada mensaje. Como los mensajes alemanes nunca llegan a los 450.000 caracteres, la Enigma nunca usa dos veces el mismo alfabeto de sustitución en un mismo mensaje, razón por la que los alemanes la consideran un buen sistema.

Un grupo de aviones de transporte pasan por encima de sus cabezas, muy probablemente en dirección al aeródromo de Bedford. Los aviones producen un zumbido diatónico curiosamente musical, como una gaita tocando dos tonos simultáneamente. Eso recuerda a Lawrence otro fenómeno más relacionado con la rueda de la bicicleta y la máquina Enigma.

—¿Sabes por qué los aviones suenan así? —pregunta.

—No, ahora que lo pienso. —Turing vuelve a quitarse la máscara antigás. Tiene la boca algo abierta y mueve los ojos de un lado a otro. Lawrence lo ha pillado por sorpresa.

—Me di cuenta en Pearl. Los motores de los aviones son rotatorios —dice Lawrence—. Por tanto, deben tener un número impar de cilindros.

—¿Por tanto?

—Si tuviesen un número par, los cilindros estarían directamente en oposición, a ciento ochenta grados, y no funcionarían mecánicamente.

—¿Por qué no?

—Lo he olvidado. Pero no funcionaría.

Alan arquea las cejas. Claramente no está convencido.

—Es algo relativo a los cigüeñales —aventura Waterhouse, poniéndose algo a la defensiva.

—No estoy seguro de estar de acuerdo —dice Alan.

—Vamos a estipularlo… considéralo una condición de contorno —dice Waterhouse. Pero sospecha que Alan ya está concentrado, diseñando mentalmente un motor rotatorio de avión con un número par de cilindros.

—En todo caso, si los miras, todos tienen un número impar de cilindros —sigue diciendo Lawrence—. Por lo que el sonido de la expulsión se combina con el sonido de la hélice para producir ese sonido de dos tonos.

Alan vuelve a subir a la bicicleta y pedalea por el bosque sin hablar. En realidad, no han estado hablando sino más bien mencionando ciertas ideas y dejando que el otro desarrolle las implicaciones. Es una forma extremadamente eficaz de comunicarse; elimina los elementos redundantes de los que se quejaba Alan en el caso de FDR y Churchill.

Waterhouse está pensando en ciclos dentro de ciclos. Ya ha decidido que la sociedad humana es uno de esos supuestos de ciclos dentro de ciclos[8] y ahora intenta decidir si es como la bicicleta de Turing (funciona bien durante un rato, y de pronto la cadena se cae; de ahí la ocasional guerra mundial) o como la máquina Enigma (se mueve incomprensiblemente durante un tiempo, y luego de pronto los rotores se alinean como en un tragaperras y todo queda claro en una especie de epifanía global o, si se prefiere, Apocalipsis) o como un motor rotatorio de avión (gira, gira y gira; no sucede nada especial, simplemente produce mucho ruido).

—¡Está en algún sitio… por aquí! —dice Alan, y frena violentamente sólo para fastidiar a Lawrence, quien tiene que girar para esquivarle, un truco arriesgado en un camino tan estrecho, y dar la vuelta.

Apoyan las bicicletas contra los árboles y cogen parte del equipo de las canastas: baterías secas, placas de prototipos electrónicos, un palo, una pala, rollos de alambre. Alan mira con incertidumbre y luego camina hacia el bosque.

—Pronto iré a Estados Unidos a trabajar en ese problema de cifrado de voz en Bell Labs —dice Alan.

Lawrence ríe pesaroso.

—Tú y yo somos como barcos que se cruzan en la noche.

—Somos pasajeros en barcos que se cruzan en la noche —le corrige Alan—. No es un accidente. Te necesitan precisamente porque yo me voy. Hasta ahora he estado haciendo todo el trabajo de 2701.

—Ahora es el Destacamento 2702 —dice Lawrence.

—Oh —dice Alan abatido—. Te diste cuenta.

—Fue imprudente por tu parte, Alan.

—¡Al contrario! —dice Alan—. ¿Qué pensará Rudy si se da cuenta de que de todas las unidades, las divisiones y los destacamentos del orden de batalla aliado ni uno de ellos tiene un número que sea el producto de dos primos?

—Bien, eso depende de lo comunes que sean esos números en comparación con todos los otros números, y cuántos números en ese intervalo no se estén utilizando… —dice Lawrence, y empieza a resolver la primera mitad del problema—. De nuevo la función Zeta de Riemann. Salta por todas partes.

—¡Ese es el espíritu! —dice Alan—. Simplemente, adopta una actitud racional y de sentido común. Son realmente patéticos.

—¿Quiénes?

—Aquí —dice Alan, reduciendo el paso y mirando entre los árboles, que para Lawrence se parecen a los otros árboles—. Éste me parece conocido.

Se sienta en el tronco de un árbol caído y empieza a sacar material eléctrico de la bolsa.

Lawrence se agacha a su lado y hace lo mismo. No sabe cómo funciona el dispositivo —es un invento de Alan— y por tanto ejecuta el papel de ayudante del cirujano, pasando herramientas y elementos al doctor que lo está montando El doctor habla durante toda la operación, así que pide las herramientas mirándolas fijamente y frunciendo el entrecejo.

—Ellos son… bien, ¿quiénes crees? ¡Los tontos que usan la información que sale de Bletchley Park!

—¡Alan!

—¡Bueno, es una tontería! Como el asunto de Midway. Es el ejemplo perfecto, ¿no?

—Bueno, yo me alegré de que ganásemos la batalla —dice Lawrence en guardia.

—¿No crees que es un poco extraño, un poco sorprendente, un poco evidente, que después de todos los brillantes engaños, fintas y tretas de Yamamoto, ese Nimitz supiese exactamente adonde ir a buscarle? ¿En todo el océano Pacífico?

—Vale —dice Lawrence—. Me quedé anonadado. Escribí un artículo sobre eso. Probablemente el artículo que me metió en este asunto contigo.

—Bien, pues los británicos no lo hacemos mejor —dice Alan.

—¿En serio?

—Te horrorizarías de saber lo que hemos hecho en el Mediterráneo. Es un escándalo. Un crimen.

—¿Qué hemos estado haciendo nosotros? —pregunta Lawrence—. Digo «nosotros» en lugar de «vosotros» porque ahora somos aliados.

—Sí, sí —dice Alan impaciente—. Eso dicen —se detiene un momento, siguiendo un circuito eléctrico con el dedo, calculando inductancias en la cabeza. Finalmente, sigue hablando—: bien, hemos estado hundiendo convoyes, eso es. Convoyes alemanes. Los hemos estado hundiendo por todas partes.

—¿De Rommel?

—Sí, exacto. Los alemanes cargan combustible, tanques y munición en barcos en Nápoles y los envían al sur. Nosotros vamos y los hundimos. Los hundimos casi todos porque hemos roto el código C38m de los italianos y sabemos cuándo abandonan Nápoles. Y últimamente hemos estado hundiendo justo «los más cruciales» para Rommel, porque también hemos roto su código Chaffinch y sabemos de qué ausencias se queja más.

Turing le da a un interruptor de palanca de su invención y de un polvoriento cono de papel negro atado con cuerda a la placa de prototipo sale un chillido extraño y serpenteante. El cono es un altavoz, aparentemente recuperado de una radio. Hay un palo de escoba con un bucle de alambre rígido colgando de un extremo, y un cable que va de ese bucle en el palo hasta la placa de prototipo, como un lazo, frente a la sección central de Lawrence. El altavoz emite un sonido.

—Bien. Está recibiendo la hebilla de tu cinturón —dice Alan.

Deja el aparato sobre las hojas, busca en los bolsillos y finalmente saca un trozo de papel en el que hay escritas varias líneas de texto en letras mayúsculas. Lawrence la reconocería en cualquier parte: es una hoja cifrada.

—¿Qué es eso, Alan?

—Escribí las instrucciones completas y las cifré, luego las oculté bajo un puente en un bote de bencedrina —dice Alan—. La semana pasada recuperé el contenedor y descifré las instrucciones. —Agita el papel en el aire.

—¿Qué esquema de cifrado has usado?

—Uno inventado por mí. Puedes intentar descifrarlo si quieres.

—¿Qué te hizo decidir que era cosa de desenterrarlo?

—No era más que una protección frente a la invasión —dice Alan—. Está claro que ahora no nos van a invadir, con vosotros en la guerra.

—¿Cuánto enterraste?

—Dos lingotes de plata, Lawrence, cada uno vale unas ciento veinticinco libras. Uno de ellos debería estar muy cerca. —Alan se pone en pie, saca una brújula del bolsillo, se enfrenta al norte magnético y cuadra los hombros. Luego se gira unos grados—. No recuerdo si tuve en cuenta la declinación —murmura—. ¡Correcto! En todo caso. Un centenar de pasos al norte. —Y camina hacia el bosque, seguido por Lawrence, que ha heredado el trabajo de llevar el detector de metales.

De la misma forma que el doctor Alan Turing puede ir en bicicleta, mantener una conversación y contar mentalmente las revoluciones de los pedales, también puede contar pasos y hablar al mismo tiempo. A menos que se equivoque por completo, lo que también parece posible.

—Si lo que dices es cierto —dice Lawrence—, el baile debe haber terminado. Rudy debe haber adivinado que hemos roto sus códigos.

—Hay activado un sistema informal, que puede considerarse un precursor del Destacamento 2701, o 2702, o como lo llamen ahora —dice Alan—. Cuando queremos hundir un convoy, primero enviamos un avión de observación. Es claramente un avión de observación. Claro, observar no es realmente su labor principal, ya sabemos exactamente dónde está el convoy. Su labor real es ser observado; es decir, volar lo suficientemente cerca del convoy para que lo vean los vigías de los barcos. A continuación los barcos enviarán un mensaje de radio indicando que han sido vistos por un avión de observación de los aliados. Luego, si llegamos y los hundimos, los alemanes no lo considerarán sospechoso… al menos, no tan monstruosamente sospechoso como si supiésemos adonde ir.

Alan se detiene, consulta la brújula, se gira noventa grados y comienza a caminar hacia el oeste.

—Me parece un arreglo muy ad hoc —dice Lawrence—. ¿Cuál es la probabilidad de que aviones de observación aliados, enviados supuestamente al azar, localicen cada uno de los convoyes del Eje?

—Ya he calculado tal probabilidad, y te apuesto uno de mis lingotes de plata a que Rudy también lo ha hecho —dice Turing—. Es muy pequeña.

—Así que yo tenía razón —dice Lawrence—, tenemos que asumir que el baile ha terminado.

—Quizá todavía no —dice Alan—. Ha sido pura suerte. La semana pasada hundimos un convoy en la niebla.

—¿En la niebla'?

—Niebla por todas partes. Era imposible que se pudiese observar el convoy. Los imbéciles lo hundieron de todas formas. Kesselring sospechó, como lo haría cualquiera. Así que preparamos un mensaje falso, usando un código que sabemos que los nazis han roto, dirigido a un agente ficticio en Nápoles. Lo felicitaba por darnos información sobre el convoy. Desde entonces, la GESTAPO ha estado recorriendo la costa de Nápoles, buscando a ese tipo.

—Yo diría que esquivamos la bala.

—Cierto. —Alan se detiene de pronto, le quita el detector de metales a Lawrence y lo enciende. Comienza a andar lentamente por un claro, pasando el bucle de cable sobre el terreno. Continuamente se enreda con las ramas o se dobla, y por tanto necesita frecuentes reparaciones, pero sigue tozudamente en silencio, excepto cuando Alan, preocupado de que ya no esté funcionando, lo prueba con la hebilla del cinturón de Lawrence.

—Es un asunto extremadamente delicado —comenta Alan—. Algunas de nuestras UEC están en el norte de África.

—¿UEC?

—Unidades Especiales de Contacto. Los oficiales de inteligencia que reciben la información Ultra de nosotros se la pasan a los oficiales de campo y se aseguran de que es destruida. Algunos de ellos descubrieron, por medio de Ultra, que iba a producirse una incursión aérea durante al almuerzo, así que se llevaron los cascos al comedor. Cuando se produjo la incursión tal y como estaba prevista, todos querían saber cómo esos UEC supieron que debían llevar los cascos.

—Parece que no hay esperanza—dice Lawrence—. ¿Cómo es posible que los alemanes no se den cuenta?

—A nosotros nos lo parece así porque lo sabemos todo y nuestros canales de comunicación están limpios de ruido —dice Alan—. Los

alemanes tienen menos canales, y son bastante más ruidosos. A menos que sigamos haciendo cosas asombrosamente idiotas como hundir convoyes en la niebla, nunca tendrán una indicación clara e inconfundible de que hemos roto Enigma.

—Es curioso que menciones Enigma —dice Lawrence—, porque se trata de un canal extremadamente ruidoso del que nos las arreglamos para sacar grandes cantidades de información útil.

—Exactamente. Exactamente por eso estoy preocupado.

—Bien, haré todo lo que pueda para engañar a Rudy —dice Waterhouse.

—Tú lo harás perfectamente. Me preocupan los hombres que ejecutan las operaciones.

—El coronel Chattan parece bastante responsable —dice Waterhouse, aunque probablemente no tenga sentido seguir dando garantías a Alan. Simplemente está preocupado. Una vez cada dos o tres años, Waterhouse hace algo que demuestra habilidad social y ahora ya le toca: cambia de tema.

—Y mientras tanto, ¿estarás trabajando para que Churchill y Roosevelt puedan mantener conversaciones telefónicas secretas?

—En teoría. Dudo mucho que sea práctico. Bell Labs tiene un sistema que actúa dividiendo la onda en varias bandas… —Y a continuación Alan se lanza al tema de las compañías telefónicas. Realiza una disertación completa sobre el tema de la teoría de información aplicado a la voz humana, y de cómo dicta el funcionamiento del sistema telefónico. Está bien que Turing tenga un tema tan extenso del que hablar, porque para Lawrence es cada vez más evidente que su amigo no tiene ni idea de dónde están enterrados los lingotes de plata.

Sin tener que cargar con plata, los dos amigos regresan pedaleando a casa en la oscuridad, que tan al norte llega sorprendentemente rápido. No hablan demasiado, porque Lawrence sigue absorbiendo y digiriendo todo lo que Alan le ha contado con respecto al Destacamento 2702, los convoyes, Bell Labs y la redundancia de la señal de voz. Cada pocos minutos, pasa zumbando una motocicleta cargada con alforjas repletas de mensajes cifrados.

OceanofPDF.com

# En el aire

Cualquier medio que sirva para transportar ganado, Bobby Shaftoe lo ha probado: furgones, camiones, marchas forzadas campo a través. Los militares han conseguido inventar el equiváleme aéreo en la forma del Avión del Millar de nombres: DC-3, Skytrain, C-47, Transporte Dakota, Gooney Bird. Sobrevivirá. Las costillas de aluminio expuestas del fuselaje intentan darle una paliza de muerte, pero siempre que consiga permanecer despierto, puede esquivarlas.

Los soldados están embutidos en el otro avión. El teniente Ethridge y Root están en éste, junto con el soldado de primera Gerald Hott y el sargento Bobby Shaftoe. El teniente Ethridge reclamó su derecho sobre todos los objetos blandos del avión, los dispuso formando un refugio, cerca de la cabina del piloto, y se ató. Durante un rato fingió trabajar con papeles. Luego intentó mirar por la ventana. Ahora se ha quedado dormido y ronca con tal estruendo que, no es broma, ahoga el ruido de los motores.

Enoch Root se ha incrustado en el fondo del fuselaje, donde es más estrecho, y lee dos libros a la vez. A Shaftoe le parece típico: supone que los libros dicen cosas completamente diferentes y el capellán estará obteniendo un gran placer enfrentándolos uno contra el otro, como esos tipos que ponen un tablero de ajedrez sobre una mesa giratoria para jugar contra sí mismos. Supone que cuando vives en una choza en lo alto de una montaña rodeado por un montón de nativos que no hablan ninguna de la aproximadamente media docena de lenguas que tú conoces debes aprender a discutir contigo mismo.

Hay una fila de pequeñas ventanillas cuadradas a cada lado del avión. Shaftoe mira por la derecha y ve montañas cubiertas de nieve y se caga de miedo durante un momento pensando que se han perdido en los Alpes. Pero por la izquierda, todavía aparece el Mediterráneo, y con el tiempo da paso a protuberancias parecidas a la Torre del Diablo que se elevan desde el terreno de rocas y matorral, y luego no hay más que piedras y arena, o arena sin rocas. Arena amontonada aquí y allá, sin ningún orden en particular, formando dunas. ¡Maldición, siguen en África! ¡Deberías poder ver leones, jirafas y rinocerontes! Shaftoe se adelanta para presentar una queja ante el piloto y el copiloto. Quizá puedan jugar juntos a las cartas. Quizá desde la parte delantera del avión se vea algo que valga la pena.

A todos los efectos, es rechazado en una amarga derrota. Comprueba inmediatamente que el proyecto de encontrar algo mejor que mirar no tiene sentido. Sólo hay tres cosas en todo el universo: arena, mar y cielo. Como marine, sabe lo aburrido que es el mar. Los otros dos son algo mejores. Hay una línea de nubes por delante de ellos: un frente de algún tipo. Eso es todo lo que hay.

Obtiene una idea general del plan de vuelo antes de que retiren la carta de vuelo y la aparten de su vista. Parece que intentan sobrevolar Túnez, lo que no deja de ser curioso, porque la última vez que lo comprobó, Túnez era territorio nazi: de hecho, el sostén de la presencia del Eje en el continente africano. El plan general de hoy parece ser cortar por los estrechos entre Bizerta y Sicilia y luego dirigirse al este hacia Malta.

Todos los suministros y refuerzos de Rommel vienen desde Italia atravesando esos dos mismos estrechos, y llegan hasta Túnez o Bizerta. Desde allí, Rommel puede atacar al este hacia Egipto o al oeste hacia Marruecos. En las semanas que han pasado desde que el Octavo Ejército Británico le dio una paliza en El—Alamein (que está mucho más al este, en Egipto), ha estado retrocediendo en dirección oeste hacia Túnez. Desde que los americanos desembarcaron en el noroeste de África, hace pocas semanas, ha estado luchando contra un segundo frente al oeste. Y Rommel lo ha estado llevando muy bien, por lo que Shaftoe ha podido deducir al escuchar los comentarios estentóreos de los noticiarios cinematográficos, tan cargados de alegría siniestra, mientras se relataban los hechos anteriores.

Todo eso significa que bajo ellos un gran número de fuerzas deberían estar extendiéndose por el Sahara a la espera de entrar en combate. Quizás incluso se esté produciendo una batalla. Pero Shaftoe no ve nada. Sólo la línea amarilla ocasional lanzada por un convoy, una mecha de dinamita chisporroteando en medio del desierto.

Así que habla con los pilotos. Y hasta que percibe que se cruzan miradas entre sí no comprende que está pasando. Aquellos «Asesinos» debían haber probado a matar a sus víctimas hablándoles hasta la muerte.

Jugar a las cartas está definitivamente descartado. Esos chicos ni siquiera quieren hablar. Prácticamente tiene que meterse allí y apoderarse de los mandos de control para obligarles a decir algo. Y cuando lo hacen, hablan de forma curiosa, y comprende que esos tipos no son tipos ni colegas. Son individuos. Sujetos. Camaradas. Son británicos.

El único otro detalle que aprecia en ellos, antes de rendirse y volverse a la zona de carga, es que van jodidamente armados hasta los dientes. Como si esperasen tener que matar a veinte o treinta personas en el camino del avión a la letrina y de vuelta. Bobby Shaftoe ha conocido a algunos de esos tipos paranoicos durante su servicio, y no le gustan demasiado. Esa forma de pensar le recuerda demasiado a Guadal—canal.

Encuentra un buen sitio en el suelo cerca del cuerpo del soldado de primera Gerald Hott y se tiende. La diminuta pistola que lleva al cinto le impide tenderse de espaldas, así que se la saca y se la mete en el bolsillo. Sólo sirve para trasladar el centro de la incomodidad al estilete de los marine raider que lleva sujeto de forma invisible entre los hombros. Comprende que va a tener que echarse de lado, lo que no va bien porque a un lado tiene un Colt semiautomático, en el que no confía, y en el otro, su propio revólver de seis balas de casa, en el que sí confía. Así que tiene que encontrar dónde guardarlos, junto con la munición, cargadores de repuesto y suministros de mantenimiento que los acompañan. El cuchillo V-44 «Gung Ho», para abrirse paso en la jungla, partir cocos y decapitar nipos, que lleva atado en la pantorrilla izquierda, también desaparece, al igual que la Derringer que lleva en la otra pierna para mantener el equilibrio. Lo único que se queda con él son las granadas de los bolsillos delanteros, ya que no planea tenderse sobre el estómago.

Consiguen atravesar el cabo justo a tiempo para evitar ser arrastrados por la implacable marea. Frente a ellos se ve un llano lleno de barro que forma el suelo de un cala en forma de caja. Las paredes de la caja están formadas por el cabo que acaban de atravesar, otro cabo, deprimentemente similar, a unos cientos de metros, y un acantilado que se levanta en vertical desde el barro. Incluso si no estuviese cubierto por una jungla tropical implacablemente hostil, el acantilado sellaría el acceso al interior de Guadalcanal simplemente por la caída en vertical. Los marines están atrapados en esa cala hasta que baje la marea.

Lo que da tiempo de sobra a las ametralladoras nipos para matarlos a todos.

Para entonces todos conocen ya el sonido del arma y se arrojan sobre el barro inmediatamente. Shaftoe da un vistazo rápido a su alrededor. Los marines tendidos de espaldas o de lado probablemente estén muertos, los que están apoyados sobre el estómago probablemente estén vivos. La mayoría están tendidos sobre el estómago. El sargento está evidentemente muerto; el tirador le apuntó a él primero.

El nipo o nipos sólo tienen una ametralladora, pero parecen tener toda la munición del mundo: el fruto del Expreso de Tokio, que ha estado llegando impunemente desde que Shaftoe y el resto de los marines desembarcaron en agosto. El tirador se lo toma con calma, apuntando con rapidez a cualquier marine que intente moverse.

Shaftoe se pone en pie y corre hacia la base del acantilado.

Al fin, puede ver los destellos del cañón del nipo. Así sabe a dónde apunta. Cuando los destellos son alargados es que está apuntado a otros y es seguro ponerse en pie y correr. Cuando se acortan, está girando para apuntar a Bobby Shaftoe…

Se ha arriesgado demasiado. Siente un dolor intenso en la parte baja derecha del abdomen. El grito de dolor es apagado por el barro y cieno cuando el peso de la malla y el casco lo lanzan de cabeza al suelo.

Quizá pierde la conciencia durante un rato. Pero no puede ser demasiado tiempo. El fuego continúa, lo que implica que no todos los marines están muertos. Shaftoe levanta la cabeza con dificultad, luchando contra el peso del casco, y ve un tronco que le separa de la ametralladora; un trozo de madera arrojado a la playa por la tormenta.

Puede correr hacia él o no. Decide correr. Está sólo a unos pasos. Comprende, a medio camino, que va a conseguirlo. Al fin fluye la adrenalina; se lanza con fuerza y cae en el refugio del gran tronco. Media docena de balas se hunden al otro lado, y arrojan sobre su cabeza una ducha de astillas fibrosas y húmedas. El tronco está podrido.

Shaftoe se ha metido en una especie de agujero, y no puede ver ni adelante ni atrás sin exponerse. No puede ver a los otros marines, sólo oírles gritar.

Se arriesga a echar un vistazo al nido de la ametralladora. Está bien oculto por la vegetación de la jungla, pero evidentemente situado en una cueva a unos veinte pies sobre el llano. Él no está tan lejos de la base del acantilado: podría alcanzarlo con otra carrera. Pero trepar hasta allí sería un suicidio. Probablemente la ametralladora no pudiese apuntarle, pero pueden lanzarle granadas hasta el día del juicio final o, simplemente, acabar con él con armas pequeñas cuando intente sujetarse.

Es, en otras palabras, hora de lanzar las granadas. Shaftoe se pone de rodillas, saca un tubo con rebordes de su bolsa de malla, lo apoya sobre el bozal. Intenta fijarlo, pero no puede girar la tuerca con las manos ensangrentadas. ¿A qué listillo se le ocurrió usar una puta tuerca en ese contexto? No tiene sentido preocuparse de eso ahora. En realidad, hay sangre por todas partes, pero no siente dolor. Pasa los dedos por el suelo, los llena de arena y aprieta la tuerca.

De la bolsa tan práctica sale una granada de fragmentación Mark II, conocida también como la pina, y con algo más de búsqueda, saca el Adaptador de Proyección de Granadas, MI. Mete la anterior en este último, saca el seguro, lo deja caer, y luego desliza el Adaptador de Proyección de Granadas, Mi, armado y preparado, con su carga de fruta, sobre el tubo del lanzagranadas. Al fin: abre una caja de cartuchos especialmente marcada, busca entre Lucky Strikes rotos y doblados, encuentra un cilindro, un cartucho de munición sin carga, doblado en el extremo pero sin una bala de verdad. Carga algunos en la recámara del Springfield.

Se desliza junto al tronco para poder salir y disparar desde un punto inesperado de forma que no le arranquen la cabeza con la ametralladora. Finalmente levanta el dispositivo del profesor Franz de Copenhague en que

se ha convertido su Springfield, clava la culata en la arena (en el modo lanzagranadas el retroceso te rompería la clavícula).

Apunta hacia el enemigo y le da al gatillo. El Adaptador de Proyección de Granadas, MI desaparece con un estallido terrible, dejando un rastro de piezas de ferretería ahora inútiles, como un alma que deja atrás su cuerpo. La pina se eleva hacia el cielo, dejando atrás incluso el mecanismo de seguridad, con el detonador químico ardiendo por lo que incluso tiene, cómo lo diría, una luz interior. Shaftoe ha apuntado bien. y la granada se dirige a dónde pretendía. Cree que es muy listo… hasta que la granada rebota, baja dando botes por el acantilado y vuela otro tronco podrido. Los nipos ya habían anticipado el plan de Bobby Shaftoe, por lo que han tendido una red o tela metálica.

Descansa con la espalda en el barro, mirando al cielo, repitiendo la palabra «joder» una y otra vez. El tronco se agita como un todo, y algo similar a turba le llueve sobre la cara mientras las balas acaban con la madera podrida. Bobby Shaftoe dirige una plegaria al Todopoderoso y se prepara para una carga banzai.

Y entonces, el enloquecedor sonido de la ametralladora se detiene, reemplazado por el grito de un hombre. No reconoce la voz. Shaftoe se apoya en los codos y comprende que el grito viene de la cueva.

Levanta la vista y ve los enormes ojos azules de Enoch Root.

El capellán ha dejado el rincón al fondo del avión y está en cuclillas cerca de una de las ventanillas, sujetándose a lo que puede. Bobby Shaftoe, que se ha movido hasta quedar en una postura incómoda sobre el estómago, mira por la ventana del lado opuesto del avión. Debería poder ver el cielo, pero en lugar de eso ve cómo pasa una duna. La imagen le produce náuseas instantáneas. Ni siquiera considera la idea de sentarse.

Puntos de luz brillante surcan como locos el interior del avión, como rayos, pero —y al principio no es demasiado evidente— proyectados contra la pared del avión, como rayos de linternas. Sigue los rayos, aprovechándose de la ligera neblina de fluido hidráulico vaporizado que ha empezado a acumularse en el aire, y descubre que tienen su origen en una serie de pequeños agujeros circulares que algún cabrón ha perforado en la piel del avión mientras él dormía. El sol penetra por esos agujeros, siempre, claro, en la misma dirección; pero el avión se mueve hacia todos lados.

Comprende que ha estado tendido en el techo del avión desde que se despertó, lo que explica por qué está tendido sobre el estómago. Al comprenderlo, vomita.

Los puntos brillantes desaparecen. Muy, muy renuentemente, Shaftoe se atreve a mirar por la ventana y sólo ve gris.

Ahora cree estar en el suelo. En cualquier caso, está junto al cadáver, y el cadáver estaba atado.

Se queda tendido durante unos minutos, respirando y pensando. El aire silba al entrar por los agujeros del fuselaje, con estruendo suficiente para romperle la cabeza.

Alguien —sin duda, un demente— está de pie y se mueve por el avión. No es Root, que se encuentra en su rincón tratando una serie de laceraciones faciales que recibió durante las acrobacias aéreas. Shaftoe levanta la vista y ve que el hombre en movimiento es uno de los pilotos británicos.

El británico se ha quitado lo que llevaba en la cabeza para dejar al descubierto un pelo negro y ojos verdes. Tiene treinta y tantos años, un viejo. Un rostro huesudo y práctico en el que los diversos bultos, protuberancias y orificios parecen estar allí por alguna razón, una cara diseñada por el mismo tío que diseña lanzagranadas. Un rostro simple y de fiar, ni de lejos guapo. Está arrodillado junto al cadáver de Gerald Hott y lo examina al detalle con una linterna. Es la viva imagen de la preocupación; sus cuidados a los enfermos son intachables.

Finalmente se apoya en la estructura del fuselaje.

—Gracias a Dios —dice—, no le han dado.

—¿A quién? —dice Shaftoe.

—A este tipo —dice el piloto, golpeando al cadáver.

—¿Y no va a examinarme a mí?

—No es necesario.

—¿Por qué no? Yo sigo vivo.

—No le dieron —dice el piloto con toda confianza—. Si le hubiesen dado, tendría el aspecto del teniente Ethridge.

Por primera vez, Shaftoe se atreve a moverse. Se apoya sobre un codo y descubre que el suelo del avión está manchado de un fluido rojo.

Había notado una neblina rosa en la cabina, y había supuesto que era producto de un escape de fluido hidráulico. Pero el sistema hidráulico parece estar perfectamente y lo que hay en el suelo no es un derivado del petróleo. Es el mismo fluido rojo que aparecía tan prominentemente en la pesadilla de Shaftoe. Fluye desde el cómodo nido del teniente Ethridge, y el teniente ya no ronca.

Shaftoe contempla lo que queda de Ethridge, que se parece extraordinariamente a lo que estaba tirado por la carnicería esa misma mañana. No desea perder la compostura en presencia de un piloto británico, y en realidad, siente una extraña calma. Quizá sean las nubes; los días nublados siempre le han resultado tranquilizadores.

—Santo Dios —dice al fin—, la veinte milímetros de los teutones es algo increíble.

—Cierto —dice el piloto—, tenemos que dejarnos ver por un convoy y luego proceder con la entrega.

A pesar de lo críptico que suena, es la afirmación más informativa que Bobby haya oído nunca sobre las intenciones del Destacamento 2702. Se pone en pie y sigue al piloto hasta la cabina, ambos esquivando con delicadeza varios menudillos que presumiblemente han salido de Efhridge.

—Se refiere a un convoy aliado, ¿no? —pregunta Shaftoe.

—¿Un convoy aliado? —pregunta el piloto con burla—. ¿Dónde coño vamos a encontrar un convoy aliado? Estamos en Túnez.

—Bien, entonces, ¿qué ha querido decir con eso de dejarnos ver por un convoy? Quiere decir que vamos a ver un convoy, ¿no?

—Lo siento mucho —dice el piloto—, estoy ocupado.

Al darse la vuelta, encuentra al teniente Enoch Root de rodillas junto a un trozo relativamente grande de Ethridge, registrando el maletín de éste. Shaftoe compone un gesto de exagerada indignación moral y le señala con el dedo de la culpa.

—Mire, Shaftoe —grita Root—, me limito a seguir órdenes. Ocupar su puesto.

Saca un paquete pequeño, todo envuelto en un plástico grueso y amarillento. Lo examina, levanta la vista y mira reprobatoriamente a Shaftoe una vez más.

—¡Era un puto chiste! —dice Shaftoe—. ¿Recuerda? ¿Cuándo creí que esos tipos saqueaban los cadáveres? ¿En la playa?

Root no se ríe. O está muy cabreado porque Shaftoe consiguiese engañarle, o no le gustan las bromas sobre el saqueo de cadáveres. Root lleva el paquete hasta el otro cuerpo, el que lleva el traje de goma. Mete el paquete en el traje.

A continuación se pone en cuclillas junto al cuerpo y cavila. Cavila durante mucho tiempo. A Shaftoe le parece que le gusta ver a Enoch cavilar, que es como observar a una bailarina exótica agitar las tetas.

La luz vuelve a cambiar al descender de las nubes. El sol se está poniendo, brillando rojizo por entre la neblina del Sahara. Shaftoe mira por una ventana y se sorprende al ver que ahora están sobre el mar. Por debajo hay un convoy de barcos, cada uno de ellos marcando una V perfecta y blanca sobre las aguas oscuras, cada uno iluminado a un costado por el sol rojo.

El aeroplano vira y da un lento giro alrededor del convoy. Shaftoe oye el sonido distante de los disparos. Flores negras estallan y se disuelven en el cielo a su alrededor. Comprende que los barcos intentan acertarles con fuego antiaéreo. Después el avión se eleva una vez más hacia el refugio de las nubes, y la oscuridad es casi completa.

Mira a Enoch Root por primera vez en un buen rato. Éste vuelve a estar sentado en el rincón, leyendo con ayuda de una linterna. Tiene desplegados sobre el regazo un montón de papeles. Es el montón envuelto en plástico que Root sacó del maletín de Ethridge y metió en el traje de Gerald Hott. Shaftoe supone que el encuentro con el convoy y el fuego antiaéreo ha superado a Root y que volvió a sacar el paquete para echarle un vistazo.

Root levanta la vista y mira a Shaftoe a los ojos. No parece sentirse nervioso, ni culpable. Se muestra llamativamente calmado y tranquilo.

Shaftoe sostiene la vista durante un momento. Si hubiese la más mínima muestra de nerviosismo o culpa, denunciaría al capellán como espía alemán. Pero no la hay; Enoch Root no trabaja para los alemanes. Tampoco trabaja para los aliados. Trabaja para un Poder Superior. Shaftoe asiente imperceptiblemente, y la mirada de Root se suaviza.

—Están todos muertos, Bobby —le grita.

—¿Quiénes?

—Los isleños. Los que viste en la playa de Guadalcanal.

Así que eso explica por qué a Root le molestan tanto las bromas sobre saqueadores de cadáveres.

—Lo lamento —dice Shaftoe, acercándose para no tener que gritarse—. ¿Cómo sucedió?

—Después de que volviésemos a mi cabaña, envié un mensaje a los jefes en Brisbane —dice Root—. Lo cifré usando un código especial. Les conté que había recogido a un marine raider, que parecía que podría sobrevivir, y que si podrían venir por favor a recogerlo.

Shaftoe asiente. Recuerda haber oído muchos puntos y rayas, pero entre la fiebre, la morfina y los remedios caseros que Root le había administrado no se enteraba de mucho.

—Bien, respondieron —siguió contando Root—, diciendo: «No podemos ir hasta allí, pero tple importaría llevarlo a tal y tal sitio y encontrarse allí con otros marines raiders?» Lo que, como recordarás, es lo que hicimos.

—Sí—dijo Shaftoe.

—Hasta aquí bien. Pero cuando regresé a la cabaña después de entregarte, los nipones habían pasado por allí. Habían matado a todos los isleños que pudieron encontrar. Quemaron la cabaña. Lo quemaron todo. Pusieron tantas trampas por todas partes que casi me matan. Apenas salí vivo de allí.

Shaftoe asiente, como sólo puede asentir alguien que ha visto a los nipos en acción.

—Me evacuaron a Brisbane, donde comencé a dar la lata con respecto a los códigos. Ésa era la única forma en que pudieron encontrarme; era evidente que habían roto el código. Y después de dar bastante la lata, aparentemente alguien dijo: «Eres británico, eres un sacerdote, eres médico, puedes manejar un rifle, conoces el código Morse, y lo más importante de todo, eres un jodido incordio… ¡así que fuera!» Y lo siguiente que sé es que me encuentro en Argel dentro de un contenedor de carne.

Shaftoe aparta la vista y asiente. Root parece comprender el mensaje, que es que Shaftoe no sabe nada más de lo que ya sabe él.

Con el tiempo, Enoch Root vuelve a rehacer el paquete, dejándolo tal y como estaba. Pero no lo vuelve a colocar en el maletín. Lo mete en el traje

de goma de Gerald Hott.

Más tarde vuelven a salir de entre las nubes, cerca de un puerto iluminado por la luna, y bajan hasta estar muy cerca del océano, yendo tan lento que incluso Shaftoe, quien no sabe nada sobre aviones, siente que están a punto de calar el motor. Abren la puerta lateral del Dakota y, uno—dos—tres—AHORA, lanzan el cuerpo del soldado de primera Gerald Hott al océano. Produce lo que sería una buena rociada en la piscina municipal de Oconomowoc, pero que en el océano no se nota demasiado.

Más o menos una hora más tarde, aterrizan el mismo Gooney Bird en una pista de aterrizaje en medio de un asombroso bombardeo aéreo. Abandonan el Skytrain en medio de la pista, cerca del otro C—47, y corren por entre la oscuridad, siguiendo a los pilotos británicos. Luego bajan por una escalera y se encuentran bajo tierra; en un refugio, para ser exactos. Ahora pueden sentir las bombas, pero no oírlas.

—Bienvenidos a Malta —dice alguien.

Shaftoe mira a su alrededor y ve que está rodeado por hombres vestidos con uniformes británicos y americanos. Los americanos le resultan conocidos: es el pelotón de marine raiders de Argel, que han venido volando en el otro Dakota. Los británicos le son desconocidos, y Shaftoe supone que son los hombres del SAS de los que le hablaron los tipos en Washington. Lo único que todos tienen en común es que cada hombre, en algún lugar de su uniforme, lleva el número 2702.

*OceanofPDF.com*

# Confidencialidad

Avi se presenta puntual, conduciendo perezosamente su bastante bueno, pero no horriblemente ostentoso, deportivo nipón, que mete de un volantazo en un mosaico irregular de losetas de asfalto. Randy lo observa desde el segundo piso, mirando desde cincuenta pies casi en línea recta a través del techo solar. Avi lleva puestos los pantalones de un buen traje de un tejido apropiado para el trópico, una camisa de algodón hecha a mano, gafas oscuras de esquí y un sombrero de lienzo de alas anchas.

La casa es una estructura alta y aislada que se alza en medio de un prado californiano que se eleva desde el Pacífico, a unos kilómetros de distancia. Desde allí llega un aire frío, a impulsos, como las olas en la playa. Lo primero que hace Avi al salir del coche es ponerse la chaqueta del traje.

Saca dos enormes maletines de ordenadores portátiles del portaequipaje, entra en la casa sin llamar (no ha estado nunca en esa casa en particular, pero ha estado en otras que funcionan por principios similares), se encuentra a Randy y Eb esperándole en una de las muchas habitaciones y saca de las bolsas como quince mil dólares en equipos informáticos portátiles. Los coloca sobre la mesa. Avi le da al botón de encendido de los dos portátiles y, mientras ejecutan lentamente la rutina de arranque, los enchufa a la pared para que no se les agoten las baterías. Un conductor de corriente con enchufes cada dieciocho pulgadas ha sido atornillado implacablemente a lo largo de cada pulgada de pared, atravesando el recubrimiento de paneles, agujeros en el recubrimiento, en el papel de ilusión óptica primitivo, en los paneles de imitación madera, en los viejos carteles de los Grateful Dead e incluso en la puerta torcida.

Uno de los portátiles está conectado a una impresora portátil diminuta, que Avi carga con unas hojas de papel. El otro portátil muestra unas líneas de texto en la pantalla, luego da un pitido y se detiene. Randy se acerca y lo mira con curiosidad. Muestra un indicador de sistema:

FILO

Que Randy sabe que significa Finux Loader, un programa que permite elegir el sistema operativo.

—Finux —murmura Avi, contestando a la pregunta que Randy no había formulado.

Randy teclea «Finux» y le da a la tecla de retorno.

—¿Cuántos sistemas operativos tienes en esta máquina?

—Windows 95 para los juegos, y para cuando necesito que algún idiota use el ordenador durante un rato —dice Avi—. Windows NT para cosas de oficina. BeOS para *hacking* y para manipular imágenes, fotografías y demás multimedia. Finux para composición de textos a gran escala.

—¿Cuál quieres ahora?

—BeOS. Voy a mostrar muchos JPEG. ¿Hay por aquí un retro—proyector?

Randy mira a Eb, la única persona en la habitación que realmente vive allí. Eb parece más voluminoso de lo que es, y quizá sea porque el pelo parece que le vaya a estallar: de dos pies de largo, rubio con ligeros tintes pelirrojos, grueso y ondulado y con tendencia a solidificarse en hebras gruesas. La única forma de contenerlo, cuando se molesta en atarlo, es usar un cordón. Eb está garabateando en uno de esos pequeños ordenadores que usan un lápiz para escribir en la pantalla. Normalmente, los *hackers* no los utilizan, pero Eb (o más bien, una de las difuntas corporaciones de Eb) escribió el software para ese modelo y por tanto tiene muchos por ahí. Parece estar absorto en lo que sea que esté haciendo, pero después de que Randy le mire durante un par de segundos, percibe la mirada y levanta la cabeza. Tiene unos ojos verdes y pálidos, acompañados de una exuberante barba pelirroja, menos cuando se encuentra en una de sus fases de afeitado, que normalmente suelen coincidir con alguna relación romántica seria. Ahora mismo la barba tiene como media pulgada de largo, lo que indica una ruptura reciente, e implica la voluntad de aceptar nuevos retos.

—¿Retroproyector? —dice Randy.

Eb cierra los ojos, que es lo que hace durante los accesos a memoria, luego se pone en pie y sale de la habitación.

La pequeña impresora comienza a lanzar papel. La primera línea de texto, centrada en lo alto de la página, es: ACUERDO DE CONFIDENCIALIDAD Y NO DIVULGACIÓN. Siguen más líneas. Randy las ha visto, o similares, en tantas ocasiones que sus ojos pasan por encima de ellas y miran a otro lado. Lo único que cambia en cada ocasión es el nombre de la compañía: en este caso: EPIPHYTE(2) CORP.

—Bonitas gafas.

—Si crees que son raras, deberías ver lo que voy a ponerme después de la puesta de sol —dice Avi. Busca en una bolsa y saca un artefacto que es como un par de gafas sin lentes, con lo que parecen unas lámparas de casa de muñecas sobre cada ojo. Un cable corre hasta un juego de baterías con una pinza para sujetar al cinturón. Desliza un pequeño interruptor en las baterías y las lámparas se encienden: halógeno blanco azulado de aspecto muy caro.

Randy arquea las cejas.

—Para evitar el desarreglo horario —explica Avi—. Estoy adaptado a la hora de Asia. Y volveré allí en un par de días. Mientras esté aquí no quiero volver a la hora de la Costa Este.

—Por tanto ese sombrero y las gafas…

—Simulan la noche. Esto otro simula el día. Ya sabes, el cuerpo se guía por la luz y ajusta el reloj según lo que ve. Por cierto, ¿os importaría cerrar las persianas'?

Las ventanas de la habitación miran al oeste, lo que ofrece una vista de la pendiente cubierta de hierba de Half Moon Bay. Es la última hora de la tarde y el sol atraviesa las ventanas. Randy saborea durante un momento la vista y luego deja caer las persianas.

Eb vuelve a entrar en la habitación con un retroproyector colgando de una mano, lo que por un momento le da el aspecto de Beowulf portando el brazo cortado de un monstruo. Lo coloca sobre la mesa y lo dirige hacia la pared. No es necesaria una pantalla, porque por encima de las ubicuas líneas de corriente, todas las paredes de la casa están cubiertas de pizarras blancas. A su vez, muchas de las pizarras están cubiertas con conjuros crípticos escritos en colores primarios. Algunos de ellos están rodeados por

orlas irregulares con anotaciones que dicen ¡NO BORRAR! O simplemente ¡NO BO! o ¡NO! Frente al lugar donde Eb ha puesto el retroproyector hay una lista de la compra, un fragmento medio borrado de un diagrama de flujo, un número de fax de Rusia, un par de números IP —direcciones de Internet— y unas pocas palabras en alemán, que presumiblemente escribió el propio Eb. El doctor Eberhard Fóhr lo examina todo, descubre que nada está rodeado por un borde NO BO y lo borra.

Otros dos hombres entran en la habitación, enfrascados en una conversación sobre alguna irritante compañía en Burlingame. Uno de ellos es moreno y delgado y tiene el aspecto de un pistolero; incluso lleva un sombrero negro de *cowboy*. El otro es rechoncho, rubio y tiene aspecto de acabar de salir de una reunión del Rotary Club. Tienen un detalle en común: cada uno de ellos lleva un brillante brazalete plateado en la muñeca.

Randy coge los NDA de la impresora y los reparte, dos copias para cada uno, cada par preimpreso con un nombre: Randy Waterhouse,

Eberhard Fórh, John Cantrell (el chico con el sombrero negro de *cowboy*) y Tom Howard (el americano de pelo claro). Cuando John y Tom alargan la mano para coger las páginas, los brazaletes plateados interceptan rayos de luz perdidos que penetran por las persianas. Cada uno de los brazaletes exhibe un caduceo rojo y varías líneas de texto.

—Parecen nuevos —dice Randy—. ¿Han vuelto a cambiar el texto?

—¡Sí! —dice John Cantrell—. Se trata de la versión 6.0… son de la semana pasada.

En cualquier otro sitio, los brazaletes indicarían que John y Tom sufrían alguna condición mortal, como una alergia a los antibióticos comunes. Un médico que los sacase de un coche destrozado vería el brazalete y seguiría las instrucciones. Pero estamos en Silicon Valley y las reglas son diferentes. Los brazaletes dicen, por uno de los lados:

EN CASO DE MUERTE VEA EL REVERSO
PARA EL PROTOCOLO DE BIOÉSTASIS
SIGA LAS INSTRUCCIONES Y RECIBA UNA
RECOMPENSA DE $100.000

Y por el otro:

LLAME PARA PEDIR INSTRUCCIONES
1-800-NNN-NNNN
PUSH 50.000 U HEPARINA IV
REALICE RCP Y ENFRIAMIENTO
CON HIELO HASTA 1OC. MANTENGA PH 7.5
NI AUTOPSIA NI EMBALSAMAMIENTO

Se trata de una receta para congelar a una persona muerta o casi muerta. La gente que lleva esos brazaletes cree que, si se sigue la receta, se pueden congelar el cerebro y otros tejidos delicados sin destruirlos. Dentro de unas décadas, cuando la nanotecnología haya hecho posible la inmortalidad, esperan ser descongelados. John Cantrell y Tom Howard creen que hay una probabilidad razonable de que sigan charlando dentro de un millón de años.

La habitación queda en silencio mientras todos los hombres examinan los papeles, buscando con los ojos ciertas cláusulas familiares. Entre todos habrán firmado probablemente un centenar de acuerdos de confidencialidad. Aquí es como ofrecerle a alguien una taza de café.

Una mujer entra en la habitación, cargando con una bolsa de lona, y se disculpa por llegar tarde. Beryl Hagen tiene el aspecto de una tía de los cuadros de Norman Rockwell, de las que visten delantal y sostienen un pastel. Durante veinte años, ha sido la directora financiera de doce pequeñas compañías diferentes de alta tecnología. Diez de ellas han quebrado. No fue culpa de Beryl, excepto en el caso de la segunda. La sexta fue la Segunda Aventura Empresarial de Randy. Una fue absorbida por Microsoft, otra se convirtió en una compañía independiente y de éxito por derecho propio. Beryl ganó dinero suficiente con las dos últimas para retirarse. Se dedica a asesorar y escribir mientras busca algo lo bastante interesante como para ponerla de nuevo en acción, y su presencia en la habitación sugiere que Epiphyte(2) Corp. no debe ser una absoluta tontería. O *quizá*, simplemente está mostrándose amable con Avi. Randy le da un abrazo de oso, levantándola del suelo, y luego le pasa dos copias del NDA con su nombre.

Avi ha desmontado la pantalla del primer portátil y la ha colocado sobre la superficie del primer retroproyector, que proyecta una imagen en color sobre la pizarra. Es un escritorio típico: un par de ventanas y algunos

iconos. Avi se da una vuelta y recoge los acuerdos de confidencialidad firmados, los repasa, devuelve la copia a cada uno y archiva el resto en el bolsillo exterior de una de las bolsas de portátiles. Comienza a teclear en el teclado del portátil y las letras aparecen en una de las ventanas.

—Como ya sabéis —murmura Avi—, Epiphyte Corp., a la que me referiré como Epiphyte(1) para ser más claros, es una corporación de Delaware, de año y medio de antigüedad. Los accionistas somos yo, Randy y Springboard Capital. Nos dedicamos a los negocios de telecomunicaciones en Filipinas. Puedo daros los detalles más tarde. Nuestro trabajo allí nos ha hecho ver algunas nuevas oportunidades en esa parte del mundo. Epiphyte(2) es una corporación de California, de tres semanas de antigüedad. Si las cosas salen como esperamos, Epiphyte(l) se combinará con ésta por medio de una transferencia de acciones cuyos detalles son demasiado aburridos para discutirlos ahora.

Avi pulsa la tecla de retorno. En el escritorio se abre una nueva ventana. Es un mapa en color escaneado de un atlas, alto y estrecho. En su mayor parte es de un azul oceánico. Una línea costera agreste penetra por el borde superior, con algunas ciudades identificadas por sus nombres: Nagasaki, Tokio. Shanghái se encuentra en la esquina superior izquierda. El archipiélago de Filipinas está justo en el centro. Taiwán está directamente al norte, y al sur hay una cadena de islas que forman una barrera porosa entre Asia y una gran masa terrestre identificada con palabras inglesas como Darwin y Great Sandy Desert.

—Probablemente para la mayoría de vosotros tenga un aspecto raro —dice Avi—. Normalmente estas presentaciones se inician con el diagrama de una red informática, de flujo, o similar. Normalmente no miramos mapas. Estamos tan acostumbrados al trabajo en un plano totalmente abstracto que casi parece estrafalario ir al mundo real y hacer algo físicamente.

»Pero me gustan los mapas. Tengo mapas por toda la casa. Voy a sugeriros que las habilidades y conocimientos que todos hemos ido desarrollando en nuestro trabajo, especialmente en lo que se refiere a Internet, tienen aplicaciones ahí fuera. —Da un golpecito en la pizarra—. En el mundo real. Ya sabéis, esa enorme bola húmeda donde viven miles de millones de personas.

Se producen unas cuantas risillas educadas mientras Avi pasa la mano sobre la *trackball* del ordenador y pulsa un botón con el pulgar. Aparece una nueva imagen: el mismo mapa, con líneas de colores brillantes atravesando el océano, saltando de una ciudad a la siguiente, siguiendo más o menos la costa.

—Los cables submarinos existentes. Cuanto más gruesa es la línea, mayor es la capacidad —dice Avi—. Ahora bien, ¿qué hay mal en esta imagen?

Hay varias líneas gruesas que corren hacia el este desde lugares como Tokio, Hong Kong y Australia, presumiblemente conectándolos a Estados Unidos. A lo largo del mar de China Meridional, que se encuentra en Filipinas y Vietnam, otra línea gruesa dobla más o menos de norte a sur, pero no conecta ninguno de esos dos países: va directamente a Hong Kong, luego sube por la costa de China hasta Shanghái, Corea y Tokio.

—Como Filipinas está justo en el centro del mapa —dice John Cantrell —, predigo que vas a señalar que casi ninguna línea gruesa llega a Filipinas.

—Casi ninguna línea gruesa llega a Filipinas —anuncia Avi con vigor. Señala una excepción, que va desde el sur de Taiwán al norte de Luzón, luego sigue la costa hasta Corregidor—. Exceptuando ésta, en la que Epiphyte(l) está implicada. Pero no es sólo eso. Hay una escasez general de líneas gruesas en la dirección norte—sur, conectando Australia con Asia. Muchos paquetes de datos que van de Sydney a Tokio deben pasar por California. Hay una oportunidad de mercado.

Beryl lo interrumpe.

—Avi, antes de que empieces —dice, con voz cautelosa y arrepentida —, debo decir que tender cables submarinos de larga distancia es un negocio en el que es difícil entrar.

—¡Beryl tiene razón! —dice Avi—. La única gente que tiene los recursos para tender esos cables son AT&T, Cable & Wireless y Kokusai Denshin Denwa. Es difícil. Es caro. Se necesita una cantidad ingente de GNR.

La abreviatura significa «gastos no renovables», es decir, el trabajo de ingeniería para completar un estudio de viabilidad que será dinero malgastado si la idea no llega a puerto.

—Entonces, ¿en qué piensas? —dice Beryl.

Avi muestra otro mapa. En esta ocasión es igual al anterior, sólo que se han dibujado nuevas líneas: toda una serie de enlaces cortos de isla a isla. Una desconcertante cadena de numerosos saltos cortos por todo el archipiélago de Filipinas.

—Quieres cablear Filipinas y conectarla a la Red por medio de tu enlace con Taiwán —dice Tom Howard, en un intento heroico de cortocircuitar lo que intuye como una larga presentación por parte de Avi.

—Hablando desde el punto de vista de la información, Filipinas va a ser algo genial —dice Avi—. El gobierno tiene sus fallos, pero básicamente es una democracia, siguiendo el modelo de las instituciones occidentales. Al contrario que la mayor parte de Asia, usan ASCII. La mayoría de ellos hablan inglés. Tienen grandes lazos con Estados Unidos. Tarde o temprano van a ser importantes jugadores en la economía de la información.

Randy le interrumpe:

—Allí ya hemos establecido una posición segura. Conocemos el ambiente económico local. Y tenemos flujo de capital.

Avi muestra otro mapa. En esta ocasión es más difícil de leer. Parece un mapa en relieve de una vasta región de altas montañas interrumpida por mesetas ocasionales. Su aparición en medio de esta presentación sin etiqueta o explicación por parte de Avi lo convierte en un desafío implícito a la perspicacia mental de los allí reunidos. Ninguno de ellos va a rendirse pronto. Randy les ve entrecerrar los ojos y mover la cabeza de lado a lado. Eberhard Fórh, al que se le dan bien los puzzles raros, es el primero en comprenderlo.

—El sur de Asia con los océanos secos —dice—. Esa cresta alta es Nueva Guinea. Esos bultos son los volcanes de Borneo.

—Genial, ¿no? —dice Avi—. Es un mapa de radar. Los satélites militares americanos reunieron todos los datos. Se puede conseguir por casi nada.

En este mapa las Filipinas se ven no como una cadena de islas separadas sino como las regiones más altas de una inmensa meseta oblonga rodeada de profundos tajos en la corteza terrestre. Para ir de Luzón a Taiwán atravesando el fondo marino tendrías que introducirte en una profunda zanja, flanqueada por cordilleras montañosas paralelas, y seguirla al norte durante unas trescientas millas. Pero al sur de Luzón, en la zona donde Avi

propone tender una red de cables entre islas, la región es poco profunda y plana.

Avi pulsa de nuevo, superponiendo un azul transparente sobre las partes que se encuentran por debajo del nivel del mar, verde sobre las islas. Luego amplía un área en el centro del mapa, donde la meseta de Filipinas extiende dos brazos al suroeste hacia el norte de Borneo, abrazando, y casi encerrando, una masa de agua en forma de diamante, de trescientos cincuenta millas de ancho.

—El mar de Sulú —anuncia—. Sin ninguna relación con el asiático simbólico de *Star Trek*.

Nadie se ríe. Realmente no están allí para que les entretengan; están concentrados en el mapa. Todos los archipiélagos y mares son confusos, incluso para gente inteligente con buena imaginación espacial. Las Filipinas forman el límite superior derecho del mar de Sulú, el norte de Borneo (parte de Malasia) el inferior izquierdo, el archipiélago de Sulú (parte de Filipinas) el inferior derecho, y el límite superior izquierdo es una isla de Filipinas extremadamente larga y delgada llamada Palawan.

—Esto me recuerda que las fronteras nacionales son artificiales y tontas —dice Avi—. El mar de Sulú es una cuenca en medio de una meseta inmensa compartida por Filipinas y Borneo. Así que si cableas Filipinas, con igual facilidad puedes cablear Borneo simultáneamente, simplemente contorneando el mar de Sulú con cables cortos poco profundos. Así.

Avi pulsa de nuevo y el ordenador dibuja más líneas de color.

—Avi, ¿por qué estamos aquí? —pregunta Eberhard.

—Es una pregunta muy profunda —dice Avi.

—Conocemos el funcionamiento económico de las empresas emergentes —dice Eb—. Empezamos solamente con la idea. Para eso están los NDA, para proteger la idea. Trabajamos la idea juntos, combinando los cerebros, y obtenemos acciones a cambio. El resultado de este trabajo es software. El software se puede registrar, obtener su copyright, e incluso patentarlo. Es propiedad intelectual. Vale algo de dinero. Somos los propietarios en común, por medio de nuestras acciones. Luego vendemos más acciones a un inversor. Usamos el dinero para contratar a más gente y convertirlo en un producto, para sacarlo al mercado y demás. Así funciona el sistema, pero empiezo a pensar que tú no lo comprendes.

—¿Por qué lo dices?

Eb parece confundido.

—¿Cómo podemos contribuir nosotros a esta empresa? ¿Cómo podemos convertir nuestros conocimientos en algo que un inversor quiera comprar?

Todos miran a Beryl. Beryl asiente para mostrar su acuerdo con Eb. Tom Howard dice:

—Avi, mira. Puedo diseñar grandes instalaciones informáticas. John escribió Ordo; lo sabe todo sobre criptografía. Randy trabaja con Internet, Eb hace cosas raras, Beryl se encarga del dinero. Pero por lo que yo sé, ninguno de nosotros sabe una mierda sobre la ingeniería de cables submarinos. ¿De qué servirán nuestros currículos cuando tengas que atraer inversión de capital?

Avi asiente.

—Todo eso que dices es cierto —concede en voz baja—. Tendríamos que estar locos para meternos a tender cables por Filipinas. Eso es trabajo para FiliTel, con la que Epiphyte(1) tiene una colaboración empresarial.

—Incluso si estuviésemos locos —dice Beryl—, nunca tendríamos la oportunidad porque nadie nos daría el dinero.

—Por suerte, no hay que preocuparse de eso —dice Avi—, porque lo están haciendo por nosotros. —Se dirige a la pizarra, coge un rotulador rojo y dibuja una línea gruesa entre Taiwán y Luzón, mientras la mano adopta un tono leproso y moteado por el relieve del fondo que se proyecta sobre su piel—. KDD, que anticipa un gran crecimiento en Filipinas, ya está tendiendo otro gran cable aquí. —Desciende y comienza a dibujar enlaces más cortos y pequeños entre las islas del archipiélago—. Y FiliTel, que recibe fondos de AVCLA, Asia Ventare Capital Los Angeles, está cableando Filipinas.

—¿Qué relación tiene Epiphyte(l) con eso? —pregunta Tom Howard.

—En la medida en que quieren usar la red para tráfico de protocolo de Internet, necesitan *routers* y personal con los conocimientos adecuados de redes —dice Randy.

—Bien, déjame repetir la pregunta: ¿por qué estamos aquí? —dice Eberhard, con paciencia pero con firmeza.

Avi se enfrasca un poco con el rotulador. Rodea una isla en una esquina del mar de Sulú, centrada en un espacio entre el norte de Borneo y la larga y delgada isla de Filipinas llamada Palawan. Le pone nombre con letras de molde: SULTANATO DE KTNAKUTA.

—Kinakuta tuvo un sultán blanco durante un tiempo. Es una larga historia. Luego fue una colonia alemana —dice Avi—. En aquella época. Borneo era parte de las Indias Holandesas Orientales, y Palawan, como el resto de Filipinas, fue primero española y luego norteamericana. Por tanto, era el territorio de Alemania en la zona.

—Alemania siempre acababa con las colonias más mierdosas —dice Eb pesaroso.

—Después de la Primera Guerra Mundial, se la entregaron a los japoneses, junto con otro buen montón de islas más al este. Todas esas islas, colectivamente, se denominaban las Mandatos porque Japón las controlaba por un Mandato de la Liga de Naciones. Durante la Segunda Guerra Mundial los japoneses usaron Kinakuta como base para atacar las Indias Holandesas Orientales y Filipinas. Tenían una base naval y un campo de aviación. Después de la guerra, Kinakuta se hizo independiente, como lo era antes de los alemanes. La población es musulmana o china en los bordes, y animista en el centro, y siempre han tenido un sultán, incluso bajo la ocupación japonesa y alemana, aunque ambos poderes controlaban realmente mientras mantenían al sultán como figura decorativa. Kinakuta tenía reservas de petróleo, pero eran inalcanzables hasta que la tecnología mejoró y los precios subieron, más o menos cuando se produjo el embargo árabe al petróleo, que también es cuando llegó al poder el actual sultán. Ahora el sultán es un hombre muy rico, no tan rico como el sultán de Brunei, que resulta ser su primo segundo, pero rico.

—¿El sultán respalda tu compañía? —pregunta Beryl.

—No como tú piensas —dice Avi.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con impaciencia Tom Howard.

—Dejadme expresarlo así —dice Avi—. Kinakuta es miembro de las Naciones Unidas.

Es un país tan independiente y miembro de la comunidad de naciones como Francia o Inglaterra. De hecho, es excepcionalmente independiente por sus reservas de petróleo. Básicamente es una monarquía; el sultán hace

las leyes, pero sólo después de extensas consultas con sus ministros, que establecen las políticas y preparan la legislación. Y recientemente he estado pasando mucho tiempo con el ministro de Correos y de Telecomunicaciones. He estado ayudando al ministro a preparar una nueva ley que gobernará todas las telecomunicaciones que pasen por el territorio de Kinakuta.

—¡Oh, Dios mío! —dice John Cantrell, sobrecogido.

—¡Una acción gratis para el joven del sombrero negro! —dice Avi—. John ha descubierto el plan secreto de Avi. John, ¿te gustaría explicárselo a los otros concursantes?

John se quita el sombrero y se pasa la mano por su largo pelo negro. Se vuelve a poner el sombrero y lanza un suspiro.

—Avi propone poner en marcha un refugio de datos —dice.

Por toda la habitación se oye un pequeño murmullo de admiración. Avi espera a que amaine y dice:

—Una pequeña corrección: el sultán va a poner en marcha un refugio de datos. Yo propongo ganar dinero con él.

*OceanofPDF.com*

# Ultra

Lawrence Pritchard Waterhouse entra en combate armado con un tercio de hoja de papel británico sobre el que han escrito algunas palabras que lo identifican como un pase para Bletchley Park. Algún oficial de clase alta ha escrito con su Mont Blanc su nombre y algunas otras cosas, las palabras TODAS LAS SECCIONES están rodeadas con un círculo, y está sellado, convertido en un beso de puta borroso con total despreocupación, lo que indica mayor Autoridad y Poder que la engañosa claridad de un falsificador.

Encuentra el camino alrededor de la Mansión hasta el sendero estrecho situado entre aquella y la hilera de garajes de ladrillo rojo (o establos, como sería probable que los llamasen sus abuelos). Le parece un lugar más que agradable para fumarse un cigarrillo. El camino está bordeado de árboles, toda una barrera. El sol se está poniendo. Todavía está lo suficientemente alto para atravesar cualquier pequeño defecto que pueda encontrar en el perímetro defensivo del horizonte, por lo que rayos rojos le golpean sorprendentemente en los ojos mientras pasea de un lado a otro. Sabe que uno de ellos está atravesando de forma invisible el aire situado a varios pies sobre su cabeza, porque está traicionando una antena: un trozo de cable de cobre extendido desde la pared de la Mansión hasta un ciprés cercano. Refleja la luz exactamente de la misma forma que la fibra de la tela de araña con la que Waterhouse jugueteaba.

El sol se ocultará pronto; ya es de noche en Berlín, así como en la mayoría del imperio infernal que Hitler ha construido desde Calais hasta el Volga. Es hora de que los operadores de radio inicien su trabajo. La radio,

en general, no dobla las esquinas. Lo que puede ser un verdadero problema cuando estás conquistando el mundo, que tiene el inconveniente de ser esférico, lo que sitúa a la mayor parte de tus unidades militares activas más allá del horizonte. Pero si empleas ondas cortas, puedes hacer rebotar la información en la ionosfera. Funciona mucho mejor cuando el sol no está en el cielo, llenando la atmósfera con ruido de banda ancha. Por tanto, los radiotelegrafistas, y la gente que los escucha a escondidas (lo que los británicos llaman el Servicio Y) son, por igual, seres nocturnos.

Como Waterhouse acaba de comprobar, la Mansión tiene un par de antenas. Pero Bletchley Park es una araña enorme y voraz que requiere para su alimentación de una red del tamaño de una nación. Ha visto pruebas suficientes, como los cables negros que trepan por las paredes de la Mansión y el olor y el zumbido de la congregación de teletipos, para saber que la red está al menos parcialmente compuesta de cables de cobre. Otra parte de la red está fabricada con materiales más bastos como asfalto y cemento.

La puerta se abre de par en par y un hombre montado en una motocicleta penetra en el sendero, bombardeando con los dos cilindros de la máquina; el ruido hiere la nariz de Waterhouse al pasar a su lado. Waterhouse lo sigue durante un tiempo, pero le pierde la pista después de unas cien yardas. Es aceptable; pronto llegarán más, a medida que el sistema nervioso de la Wehrmacht se despierte y el Servicio Y reciba sus señales.

El motociclista pasó a través de una pintoresca puerta que une dos edificios viejos. La puerta tiene en la parte alta una cúpula con una veleta y un reloj. Waterhouse la atraviesa y se encuentra en un patio cuadrado que evidentemente se remonta a cuando Bletchley Park era una preciada granja de Buckinghamshire. A la izquierda continua la línea de establos. En el tejado hay frontones, ahora manchados por la mierda de los pájaros. El edificio está repleto de palomas. Justo frente a él se encuentra una encantadora casa de ladrillos Tudor, lo único que ha visto hasta ahora que no es arquitectónicamente ofensivo. A su derecha hay un edificio de una planta. Información extraña sale de ese edificio: el olor a aceite caliente de los teletipos, pero no el sonido del tecleo, sino más bien un zumbido mecánico y agudo.

Se abre una puerta en el establo y sale un hombre llevando una caja enorme, pero que evidentemente pesa poco, con un asa en la parte superior. Del interior surge un sonido de arrullos, y Waterhouse se da cuenta de que contiene palomas. Los pájaros del hastial no son salvajes, son palomas mensajeras. Portadoras de información, hilos en la red de Bletchley Park.

Se dirige al edificio que huele a aceite caliente y mira por la ventana.

A medida que cae la noche la luz comienza a filtrarse desde allí, lo que ofrece información a los aviones de reconocimiento alemanes, por lo que un conserje recorre el patio cerrando de un golpe las contraventanas oscuras.

Al final llega algo de información a los ojos de Waterhouse: al otro lado de la ventana hay hombres reunidos alrededor de una máquina. La mayoría de ellos lleva ropas de civil, y durante bastante tiempo han estado demasiado ocupados como para preocuparse de peines, navajas de afeitar o betún.

Los hombres están completamente concentrados en su trabajo, que está muy relacionado con la gran máquina. La máquina consiste en una gran estructura de tubos de acero, como el armazón de una cama puesto de pie. En diversas posiciones de la estructura hay tambores de metal del diámetro de un plato, de una pulgada más o menos de espesor. Han enhebrado una cinta de papel en una trayectoria desconcertantemente enrollada de tambor en tambor. Parece que se necesita una docena de yardas de cinta para enhebrar la máquina.

Uno de los hombres ha estado trabajando en una correa que va alrededor de uno de los tambores. Retrocede un poco y hace un gesto con la mano.

Otro hombre le da a un interruptor y los tambores empiezan a girar a la vez. La cinta comienza a volar por el sistema. Los agujeros perforados en la cinta llevan datos; el sistema se convierte en una mancha gris al crear la velocidad la sensación de que la cinta parece disolverse en un penacho de humo.

No, no se trata de una ilusión. De los tambores en movimiento sale humo de verdad. La cinta recorre la máquina a tal velocidad que se prende fuego ante los ojos de Waterhouse y de los hombres del interior, que la contemplan con calma, como si ardiese de una forma novedosa e interesante.

Si hay una máquina en el mundo capaz de leer los datos de una cinta a tal velocidad, Waterhouse nunca ha oído hablar de ella.

Las contraventanas negras se cierran. Justo en ese momento, Waterhouse ve fugazmente otro objeto cerca de la esquina de la habitación: unos estantes de metal en el que se almacenan, en ordenadas filas, un gran número de objetos cilíndricos.

Dos motocicletas atraviesan simultáneamente el patio, corriendo en la oscuridad con los faros apagados. Waterhouse corre tras ellas un poco, dejando atrás el pintoresco y antiguo patio y entrando en el mundo de los barracones, las nuevas estructuras construidas en los últimos dos años. «Barracones» hace que uno piense en lugares pequeños, pero esos barracones, en su conjunto, son más parecidos a ese Pentágono que el Departamento de Guerra ha estado construyendo al otro lado del río en Washington D.C. Encarnan la necesidad básica de espacio, sin pasar por ningún tamiz de consideraciones estéticas o siquiera humanas.

Waterhouse camina hasta una intersección de caminos donde le pareció oír que las motocicletas daban un giro y se detenían, cercadas por muros de impacto. Siguiendo un impulso, trepa a lo alto del muro y se sienta. La vista desde allí no es mejor. Sabe que en los barracones que le rodean hay miles de personas trabajando, pero no ve a ninguna ni tampoco señal alguna.

Todavía sigue intentando descifrar lo que vio a través de la ventana.

La cinta se movía tan rápido que soltaba humo. No tiene sentido hacerla correr tan rápido a menos que la máquina pueda leer la información igual de rápido: transformando la secuencia de agujeros de la cinta en impulsos eléctricos.

Pero ¿por qué molestarse si esos impulsos no pueden llevarse a ningún sitio? Ninguna mente humana podría manejar un flujo de datos a esa velocidad. Ningún teletipo que Waterhouse conozca podría imprimirlos.

Sólo tiene sentido si están construyendo una máquina. Un calculador mecánico de algún tipo que pueda absorber esos datos y luego hacer algo con ellos —realizar algún cálculo— presumiblemente un cálculo relacionado con el desciframiento de códigos.

Luego recuerda la estantería que vio en la esquina, las muchas filas de cilindros grises idénticos. Vistos de frente, parecían munición. Pero eran

demasiado lisos y brillantes para serlo. Esos cilindros, comprende Waterhouse, están fabricados de vidrio.

Son tubos de vacío. Cientos de ellos. Más tubos en un mismo sitio de los que Waterhouse haya visto nunca.

¡Esos hombres de la sala están construyendo una máquina de Turing!

No es de extrañar, por tanto, que acepten con tanta calma que se queme la cinta. La tira de papel, una tecnología tan antigua como las pirámides, no es más que un vehículo para un flujo de información. Cuando atraviesa la máquina, la información es abstraída, transfigurada en una estructura de puros datos binarios. Que el mero vehículo arda no tiene mayor importancia. Cenizas a las cenizas, polvo al polvo; los datos han abandonado el plano físico pasando al matemático, un universo más alto y puro donde rigen leyes diferentes. Leyes, algunas de las cuales son imperfecta y oscuramente conocidas para el doctor Alan Mathison Turing, el doctor John von Neumann, el doctor Rudolf von Hacklheber y algunas otras personas con las que Waterhouse solía relacionarse en Princeton. Leyes sobre las que el mismo Waterhouse sabe un par de cosas.

Una vez que has llevado los datos al reino de la información pura, todo lo que hace falta es una herramienta. Los carpinteros trabajan con madera y llevan una caja con tecnología para medirla, cortarla, alisarla y unirla. Los matemáticos trabajan con información y necesitan herramientas propias.

Llevan años construyendo esas herramientas una a una. Hay, por nombrar un ejemplo, una compañía de cajas registradoras y máquinas de escribir llamada Electrical Till Corporation que fabrica una estupenda máquina de tarjetas perforadas para tabular grandes cantidades de datos. El profesor de Waterhouse en Iowa estaba tan cansado de resolver ecuaciones diferenciales una y otra vez que inventó una máquina para resolverlas automáticamente almacenando la información en un tambor cubierto de condensadores y ejecutando cierto algoritmo. Dado suficiente tiempo y suficientes tubos de vacío, puede inventarse una herramienta para sumar una columna de números, y otra para llevar inventarios, y otra para alfabetizar listas de palabras. Un negocio bien equipado podría tener una de cada: monstruos de metal reluciente con el vapor saliendo de las parrillas,

marcadas con logotipos como ETC, Siemens y Hollerith, cada una ejecutando su propia labor especializada. De igual forma que un carpintero tiene una tabla de encajonar, una malletadora y un martillo de encofrador.

Turing inventó algo diferente, algo extraño y radical.

Descubrió que los matemáticos, al contrario que los carpinteros, sólo necesitarían una herramienta en su arsenal, si se tratase de la herramienta adecuada. Turing comprendió que sería posible construir una meta máquina que podría ser reconfigurada de tal forma que pudiese realizar cualquier operación que uno concebiblemente pudiese realizar con información. Sería un dispositivo proteico que podría convertirse en cualquier herramienta que pudieses necesitar. De la misma forma que un órgano cambia a un instrumento diferente cada vez que pulsas un botón de ajuste.

Los detalles eran un poco esquemáticos. No había planos para la máquina real, más bien era un experimento mental que Turing había conjurado para resolver un problema abstracto en el mundo completamente impráctico de la lógica pura. Waterhouse lo sabe perfectamente. Pero mientras está ahí sentado en lo alto del muro de impacto en la intersección de Bletchley Park hay algo que no puede sacarse de la cabeza: la máquina de Turing, si existiese de verdad, requeriría una cinta. La cinta pasaría por la máquina. Llevaría la información que la máquina necesitaría para realizar su trabajo.

Waterhouse se queda allí sentado mirando a la oscuridad y reconstruye la máquina de Turing en la cabeza. Recuerda más detalles. La cinta, recuerda ahora, no se movería por el interior de la máquina de Turing en una dirección; cambiaría frecuentemente de dirección. Y la máquina de Turing no se limitaría a leer la cinta; sería capaz de borrar marcas y realizar otras nuevas.

Está claro que no se pueden borrar los agujeros de una cinta de papel. Y está igualmente claro que la cinta sólo puede moverse por el interior de esa máquina de Bletchley Park en una única dirección. Por tanto, por mucho que Waterhouse odie admitir ese hecho ante sí mismo, la estantería de tubos que ha visto no es una máquina de Turing. Es un dispositivo menor; una herramienta de propósito especial como un lector de tarjetas perforadas o el aparato para resolver ecuaciones diferenciales de Atanasoff. Aun así es

mayor y más diabólicamente aterrador que cualquier cosa que Waterhouse haya visto.

Pasa el tren nocturno de Birmingham, llevando munición al mar. Mientras el sonido muere hacia el sur, una motocicleta se acerca por la puerta principal del parque. El motor funciona en vacío mientras comprueban los papeles del conductor, luego Waterhouse oye un chasquido cuando avanza y corta por el cruce. Se pone de pie en la intersección de los muros y observa cuidadosamente cómo la motocicleta pasa a su lado y se dirige hacia un «barracón» a un par de bloques de distancia. De pronto sale luz de una puerta abierta cuando la carga cambia de manos.

A continuación la luz muere y la motocicleta emite un prolongado restallido durante el recorrido hacia la salida del parque.

Waterhouse baja al suelo y se abre camino por la carretera en la noche sin luna. Se detiene frente a la entrada del barracón y escucha el ruido del trajín durante un minuto. A continuación, después de haber reunido coraje, se adelanta y abre la puerta de madera.

El calor es desagradable, y la atmósfera es una nauseabunda síntesis de olores de máquinas y humanos, contenidos y concentrados por las maderas clavadas en todas las ventanas. Aquí hay mucha gente, en su mayoría mujeres operando enormes máquinas de escribir eléctricas. Aunque tiene los ojos entrecerrados, puede ver que el lugar es un filtro en funcionamiento para trozos de papel, de unas cuatro o seis pulgadas cada uno, evidentemente traídos por los motociclistas. Cerca de la puerta, han sido ordenados y apilados en canastos de malla. De allí pasan a las mujeres frente a las gigantescas máquinas.

Uno de los pocos hombres en aquel lugar se ha puesto en pie y se dirige hacia Waterhouse. Tiene más o menos su edad, es decir, veintipocos. Viste un uniforme del ejército británico. Tiene el aire del anfitrión de una boda que desea asegurarse de que incluso el más alejado y olvidado miembro de la familia recibe el adecuado saludo. Evidentemente es tan soldado como el propio Waterhouse. No es de extrañar que todo aquello esté rodeado de tanto alambre de espinos y hombres de la RAF con ametralladoras.

—Buenas noches, señor. ¿Puedo ayudarle?

—Buenas noches. Lawrence Waterhouse.

—Harry Packard. Encantado de conocerle —pero no tiene ni idea de quién es Waterhouse; está al tanto de Ultra, pero no de Ultra Mega.

—El placer es mío. Supongo que querrá echarle un vistazo a esto. —Waterhouse le entrega el pase mágico. Los ojos claros de Packard lo repasan cuidadosamente y luego saltan para centrase en algunos puntos de especial interés: la firma al pie, el sello manchado. La guerra ha convertido a Harry Packard en una máquina de analizar y procesar trozos de papel y en este caso realiza su trabajo con calma y sin alboroto. Se excusa, gira la manivela de un teléfono y habla con alguien; su postura y expresión facial sugieren que se trata de alguien importante. Waterhouse no puede oír las palabras por el ruido de los chasquidos y zumbidos de las pesadas máquinas de escribir, pero ve interés y perplejidad en el rostro abierto, joven y sonrosado de Packard. Packard mira de reojo a Waterhouse un par de veces mientras escucha a la persona al otro extremo de la línea. Luego dice algo respetuoso y tranquilizador al teléfono y cuelga.

—Correcto. Bien, ¿qué le gustaría ver?

—Estoy intentado comprender de forma general el flujo de información.

—Bien, aquí estamos al principio; esto es la cabecera del río. Nuestras fuentes son el Servicio Y, operadores de radio amateurs y militares que escuchan las transmisiones de radio de los germanos y nos envían esto. —Packard coge un trozo de papel de la alforja de un motorista y se lo pasa a Waterhouse.

Se trata de un formulario con varios recuadros. En lo alto alguien ha escrito una fecha (la de hoy) y una hora (un par de horas atrás) y algunos datos más, como la frecuencia de radio. El cuerpo del formulario está en su mayoría ocupado por un amplio espacio abierto donde, con apresuradas letras mayúsculas, se ha escrito lo siguiente:

AYWBP ROJHK DHAOB QTMDL TUSHI
YPIJS LLENJ OPSKYVZPDL EMAOU
TAMOGTMOAHEC

Y todo ello precedido por dos grupos de tres letras cada uno:

YUH ABG

—Este llegó de una de nuestras estaciones en Kent —dice Packard—. Es un mensaje de Chaffinch.

—¿Uno de los de Rommel?

—Sí. Esta intercepción llegó de El Cairo. Chaffinch tiene prioridad absoluta, razón por la que este mensaje está en lo alto de la pila.

Packard lleva a Waterhouse hasta el pasillo central del barracón, entre las filas de teclistas. Elige a una chica que acaba de terminar con un mensaje y le pasa el papel. Ella lo coloca junto a la máquina y comienza a teclear.

A primera vista, Waterhouse había pensado que las máquinas representaban la idea británica de cómo construir una máquina de escribir eléctrica: tan grande como una mesa de comedor, envuelta en doscientas libras de hierro forjado, un motor de diez caballos girando en el interior, rodeado de altas vallas y guardias armados… pero ahora que está más cerca ve que se trata de algo mucho más complicado. En lugar de un rodillo, tiene una larga y plana bobina con cinta de papel estrecha. No es el mismo tipo de cinta que vio antes, echando humo a través de la máquina. Es más estrecha, y al salir de la máquina no tiene agujeros perforados para que los lea otra máquina. En lugar de eso, cada vez que la chica pulsa una de las teclas del teclado —copiando el texto impreso en el papel— se imprime una letra en la cinta. Pero no la misma que ella tecleó.

No lleva mucho tiempo teclear todas las teclas. A continuación, arranca la cinta de la máquina. Tiene un reverso pegajoso que usa para pegarla directamente sobre el mensaje original. Se lo pasa a Packard. con una sonrisa recatada. El responde con algo entre un asentimiento y una inclinación elegante, el tipo de gesto que jamás podría realizar un americano. Lo mira y se lo pasa a Waterhouse.

Las letras de la cinta dicen:

EINUNDZWANZIGSTPANZERDIVISIONBERICHTET
KEINEBESONDEREEREIGNISSE

—Para obtener esas composiciones, deben descifrar el código, ¿y cambia cada noche?

Packard sonríe para mostrar su acuerdo.

—A medianoche. Si se queda por aquí… —comprueba la hora— durante las próximas cuatro horas, verá intercepciones nuevas del Servicio Y que producirán un galimatías total cuando las pasamos por las máquinas Typex, porque los germanos habrán cambiado sus códigos a medianoche. Al igual que el carruaje de Cenicienta que a medianoche se convertía en una calabaza. Entonces debemos analizar las nuevas intercepciones usando las bombes y descubrir los nuevos códigos del día.

—¿Cuánto tiempo lleva?

—En ocasiones tenemos mucha suerte y hemos roto los códigos del día a las dos o tres de la mañana. Normalmente no sucede hasta mediodía o por la tarde. A veces no lo conseguimos.

—Vale, ésta es una pregunta estúpida, pero quiero tenerlo claro. Estas máquinas Typex, que se limitan a realizar una operación de descifrado mecánico, son completamente diferentes a las bombes, que son las que rompen el código.

—Las bombes, comparadas con éstas, se encuentran en un orden de sofisticación mucho mayor y muy diferente —admite Packard—. Son casi como máquinas de pensar mecánicas.

—¿Dónde están?

—Barracón 11. Pero ahora mismo no estarán en funcionamiento.

—Claro —dice Waterhouse—, no hasta que llegue medianoche y el carruaje vuelva a convertirse en una calabaza y tengamos que romper el código Enigma de mañana.

—Exactamente.

Packard se acerca a una pequeña portezuela de madera situada en una de las paredes exteriores del barracón. Junto a ella hay una bandeja de oficina con un gancho atornillado a cada extremo, y una cuerda atada a cada gancho. Una de las cuerdas cae libre en el suelo. Una portezuela de la pared está cerrada sobre la otra cuerda. Packard pone el papel con el mensaje sobre una pila de mensajes similares que han quedado acumulados en la bandeja, luego desliza la portezuela, y deja al descubierto un túnel estrecho que se aleja del barracón.

—¡Vale, tira! —grita.

—¡Vale, tiro! —responde una voz momentos después. La cuerda se tensa y la bandeja se desliza en el túnel para desaparecer.

—Va de camino al barracón 3 —explica Packard.

—Entonces, yo también —dice Waterhouse.

El barracón 3 está sólo a unas yardas de distancia, y al otro lado del inevitable muro de impacto. SECCIÓN MILITAR ALEMANA dice la puerta en cursiva. Waterhouse presume que es lo opuesto a «NAVAL» que está en el barracón 4. Aquí la proporción de hombres a mujeres parece mayor. En tiempo de guerra, es asombroso ver tantos hombres jóvenes y robustos en una misma habitación. Algunos visten uniformes de Infantería o de la RAF, otros son civiles, e incluso hay un oficial naval.

Una enorme mesa con forma de herradura domina el centro del edificio, con una mesa rectangular situada a un lado. Cada silla en cada mesa está ocupada por trabajadores atentos. Los mensajes interceptados llegan al barracón en la bandeja de madera y luego se trasladan de silla en silla según un esquema extremadamente organizado que en este momento Waterhouse apenas comprende. Alguien le explica que las bombes acaban de romper, como a la puesta de sol, los códigos del día, así que todo el volumen de mensajes interceptados ha llegado por el túnel desde el Barracón 6 durante las últimas dos horas.

Decide considerar por el momento el barracón una caja negra matemática; es decir, se concentrará en las entradas y salidas de información e ignorará los detalles internos. Bletchley Park, considerado en conjunto, es una especie de caja negra: entran letras al azar, y lo que sale es inteligencia estratégica, y los detalles internos no tienen interés para la mayoría de la gente en la lista de distribución Ultra. La pregunta que Waterhouse debe responder es: ¿sale de este lugar algún otro vector de información, oculto subliminalmente en las señales de teletipo y el comportamiento de los comandantes aliados? ¿Y ese vector apunta hacia el doctor Rudolf von Hacklheber?

*OceanofPDF.com*

# Kinakuta

El que estableció las trayectorias de vuelo del nuevo aeropuerto del sultanado debía estar compinchado con la Cámara de Comercio de Kinakuta. Si tienes la suerte de estar sentado junto a una ventanilla en el lado izquierdo del avión, como es el caso de Randy Waterhouse, la vista durante la aproximación final parece un vuelo de propaganda.

Las pendientes color verde mate de Kinakuta surgen de un mar azul en su mayoría en calma, y al final se elevan tan alto como para tener nieve en los picos, aunque la isla se encuentra sólo a siete grados al norte del ecuador. Randy comprende inmediatamente a qué se refería Avi cuando dijo que el país era musulmán en los bordes y animista en el centro. El único lugar en el que podrías construir algo similar a una ciudad moderna es en la costa, donde hay franjas intermitentes de tierra casi plana: una corteza beige ajustada a una esmeralda gigante. El lugar mayor, y también más plano, se encuentra en la esquina noroeste de la isla, donde el río principal, varias millas hacia el interior, toca fondo en una planicie anegada que se amplía para convertirse en un delta aluvial que se extiende hasta el mar de Sulú durante una o dos millas.

Randy deja de contar las instalaciones petrolíferas antes incluso de ver Ciudad Kinakuta. Desde lo alto tienen el aspecto de depósitos ardiendo esparcidos por el mar para detener una invasión de marines. A medida que el avión desciende empiezan a parecer fábricas situadas sobre pilotes, coronadas por altas chimeneas donde arden los problemáticos gases naturales. Se vuelven más alarmantes a medida que el avión se acerca al

agua, y da la impresión de que el piloto está esquivando pilares de fuego que podrían asar el 777 como si fuese una paloma en el asador.

Ciudad Kinakuta tiene un aspecto más moderno que cualquier ciudad de los Estados Unidos. Ha intentado leer algo sobre ella, pero ha encontrado muy poco: un par de entradas en las enciclopedias, un par de referencias pasajeras en historias de la Segunda Guerra Mundial, algunos artículos maliciosos pero básicamente entusiastas en *The Economist*. Haciendo uso de sus considerables habilidades con respecto a los préstamos interbibliotecarios, pagó a la Biblioteca del Congreso para que le hiciese una fotocopia del único libro que pudo encontrar sobre Kinakuta: una de las más de un millón de memorias ya descatalogadas sobre la Segunda Guerra Mundial que debieron escribir los soldados a finales de los cuarenta y los cincuenta. Hasta ahora no ha tenido tiempo de leerla, por lo que el fajo de dos pulgadas de páginas no es más que peso muerto en su equipaje.

En cualquier caso, ninguno de los mapas que ha consultado se corresponde con la realidad de Ciudad Kinakuta. Lo que hubiese allí durante la guerra ha sido derribado y reemplazado por algo nuevo. El río discurre sobre un nuevo canal. Una montaña inconveniente llamada Pico Eliza ha sido dinamitada, y los escombros arrojados al mar para fabricar varias millas cuadradas de nuevo terreno, ahora ocupadas en su mayor parte por el nuevo aeropuerto. El proceso de dinamitaje fue tan estruendoso que provocó quejas de los gobiernos de Filipinas y Borneo, a cientos de millas de distancia. También atrajo la ira de Greenpeace, que temía que el sultán estuviese asustando a las ballenas del Pacífico central. Por tanto, Randy espera que la mitad de Ciudad Kinakuta sea un cráter humeante, pero, por supuesto, no lo es. El muñón del Pico Eliza ha sido pavimentando una y otra vez y empleado como base de la nueva Ciudad Tecnológica del sultán. Todos los rascacielos de paredes de vidrio de esa zona, y del resto de la ciudad, acaban en punta, siguiendo una arquitectura tradicional que hace tiempo que fue derribada y empleada para llenar el puerto. El único edifico que Randy puede ver y parece tener más de diez años es el palacio del sultán, que es muy antiguo. Rodeado por millas y millas de rascacielos azules es como una mota beige rojizo congelada en una bandeja de hielo.

Una vez que Randy lo localiza, todo se ajusta a la orientación adecuada. Se inclina, se arriesga a despertar la censura del personal de cabina al sacar

la bolsa de viaje de debajo del asiento y saca las memorias del soldado. Una de las primeras páginas contiene un mapa de Ciudad Kinakuta como era en 1945, y justo en el centro está el palacio del sultan. Randy lo gira frente a su cara como si fuese un conductor aterrorizado dándole vueltas al volante, y lo alinea con la vista. Allí está el río. Allí el Pico Eliza, donde los nipones tenían un destacamento de señales de inteligencia y una estación de radar, todo construido con mano de obra esclava. Allí está lo que era el campo de la Fuerza Aérea Naval Japonesa, que se convirtió en el aeropuerto de Kinakuta hasta que se construyó el nuevo. Ahora es un rebaño de grúas amarillas sobre una nebulosa azul de acero, iluminada desde dentro por una constelación de parpadeantes estrellas blancas: soldadores trabajando.

Muy cerca hay algo que no encaja: una zona de verde esmeralda, quizá un par de manzanas, rodeada de una pared de piedra. En su interior hay un plácido estanque situado en un extremo —el 777 vuela ahora tan bajo que Randy puede contar los nenúfares—, un pequeño templo sintoísta tallado en piedra negra y un pequeño salón de té de bambú. Randy aprieta la cara contra la ventanilla y gira la cabeza para seguirla, hasta que de pronto la vista queda bloqueada por un alto edificio de apartamentos que casi roza la punta del ala. A través de la ventana de una cocina puede ver durante un microsegundo a una dama delgada atacando un coco con un hacha.

El jardín tenía aspecto de pertenecer a un país a mil millas de distancia: Nipón. Cuando Randy comprende finalmente de qué se trataba, se le eriza el vello de la nuca.

Randy subió al avión hace unas horas en el Aeropuerto Internacional Ninoy Aquino. El vuelo iba retrasado, por lo que tuvo tiempo de sobra para observar a los otros pasajeros: tres occidentales, incluyéndose a sí mismo, un par de docenas de individuos con aspecto malayo (o bien de Kinakuta o filipinos), y todos los demás eran nipones. Algunos de estos últimos tenían aspecto de hombres de negocios, viajando solos o en grupos de dos o tres, pero la mayoría pertenecían a una especie de grupo de viaje organizado que entró en la sala de espera justo cuarenta y cinco minutos antes de la salida del vuelo, y se colocaron en fila detrás de una joven vestida con un traje azul marino que sostenía un logotipo con un palo. Jubilados.

Su destino no es la Ciudad Tecnológica, o cualquiera de los curiosamente puntiagudos rascacielos del distrito financiero. Todos se

dirigen al jardín nipón amurallado, que está edificado sobre la fosa común que contiene a los tres mil quinientos soldados nipones que murieron el 23 de agosto de 1945.

*OceanofPDF.com*

# Mansión Qwghlm

Waterhouse desfila arriba y abajo por la tranquila calle lateral, echando vistazos a las placas de metal fijadas a sólidas casas blancas:

SOCIEDAD PARA LA UNIFICACIÓN DEL HINDUISMO Y EL ISLAM
SOCIEDAD PARA LA SOLIDARIDAD ANGLO-LAPONA
ASOCIACIÓN DE FULMINANTES
SOCIEDAD CHANG TZSE DE LA MUTUA BENEVOLENCIA
COMITÉ REAL PARA LA MITIGACIÓN DEL DESGASTE DEL CIGÜEÑAL MARINO
FUNDACIÓN PARA LA PROPAGACIÓN DE LA LIBÉLULA BOLGER
LIGA ANTIGALES
KOMITÉ DEL KAMBIO ORTOGRÁFIKO
SOCIEDAD PARA LA PREVENCIÓN DE LA CRUELDAD CON LAS ALIMAÑAS
IGLESIA DE LA CONCIENCIA CUÁNTICA ÉTICA VÉDICA
COMITÉ DE LA MICA IMPERIAL

Al principio confunde la Mansión Qwghlm con el gran almacén más pequeño y peor situado del mundo. Tiene un escaparate arqueado que se alza sobre la acera como la embestida de un trirreme, engalanado con adornos Victorianos, y que contiene un despliegue bastante humilde: un maniquí descabezado vestido con algo que parece haber sido tejido con estropajo (¿quizás un tributo a la austeridad en tiempos de guerra?), un montón de porquería pálida con una pala clavada, y otro maniquí (una adición reciente relegada a una esquina) vestido con un uniforme de la Marina Real y que sostiene un rifle de cartón.

Waterhouse encontró un ejemplar comido por los gusanos de la *Encyclopedia Qwghltniana* en una librería cerca del Museo Británico y lo ha estado llevando en el maletín desde entonces, absorbiendo una página o dos de cada sentada como si fuesen dosis de una medicina muy fuerte. Los temas primordiales de la Enciclopedia son tres, y dominan cada párrafo tan totalmente como los Tres Sgrhs dominan el paisaje de Qwghlm Exterior. Dos de esos temas son lana y guano, aunque los qwghlmianos les dan otros nombres, en su lengua antigua y muy sui géneris. De hecho, actúa la misma híper especialización lingüística que supuestamente se da con los esquimales y la nieve y los árabes y la arena, y la *Encyclopedia Qwghltniana* nunca emplea las palabras inglesas «lana» y «guano» excepto para difamar las versiones inferiores de esos productos que se exportan desde lugares como Escocia en un pérfido intento de confundir a los compradores ingenuos que aparentemente dominan los mercados mundiales de materias primas. Waterhouse tuvo que leer la enciclopedia casi de cabo a rabo y usar todas sus habilidades criptoanalíticas para deducir, por inferencia, qué productos eran ésos.

Como ha aprendido tanto sobre ellos, le fascina haberlos encontrado tan orgullosamente exhibidos en el corazón de una ciudad cosmopolita: un montón de guano y una mujer vestida de lana[9]. El traje de la mujer es completamente gris, siguiendo la tradición qwghlmiana que desprecia la pigmentación como una innovación odiosa y chabacana de los escoceses. La parte superior del conjunto es un suéter que parece estar hecho de fieltro. Un examen más de cerca revela que está tejido como cualquier otro suéter. La oveja qwghlmiana es el producto evolutivo de miles de años de muertes sucesivas relacionadas con el clima. Su lana es famosa por su densidad, sus fibras enroscadas y su inmunidad a todos los procesos químicos para alisarla. Crea un efecto enmarañado que la enciclopedia describe como supremamente deseable y para la que hay un extenso vocabulario descriptivo.

El tercer tema de la *Encyclopedia Qwghlmiana* se insinúa con el maniquí del rifle.

Apoyándose contra la pared, cerca de la entrada del edificio, hay un guarda vestido con una antigua variación del uniforme de la Milicia Nacional, con sus pantalones cortos. Las pantorrillas están embutidas en

formidables calcetines fabricados con una variante de la lana qwghlmiana, y sujetos en su sitio, justo bajo la rodilla, con torniquetes hechos con gruesos cordones tejidos en un patrón vagamente celta (en casi cada página, la enciclopedia reafirma que los qwghlmianos no son celtas, pero sí inventaron los mejores aspectos de la cultura celta). Esas ligas son el ornamento tradicional de los verdaderos qwghlmianos: los caballeros las llevan ocultas bajo los pantalones. Tradicionalmente se fabricaban con las largas y delgadas colas de skrrgh, que es el mamífero predominante nativo de las islas, y que la enciclopedia define como: «un pequeño mamífero del orden rodentia y del orden muridae, común en las islas, que subsiste principalmente de huevos de aves marinas, capaz de multiplicarse con gran rapidez cuando se le suministra otra comida, admirado e incluso emulado por los qwghlmianos por su resistencia y adaptabilidad».

Después de que Waterhouse llevase allí unos momentos disfrutando de un cigarrillo y examinando esas ligas, el maniquí se movió ligeramente. Waterhouse cree que está cayéndose por un golpe de viento, pero a continuación comprende que está vivo, y no se cae sino que cambia el peso de un pie a otro.

El guarda nota su presencia, sonríe oscuramente, y emite algunas palabras de saludo en su lengua que, como ya ha quedado claro, es incluso peor que el inglés para transcribirla al alfabeto romano.

—¿Qué tal? —dice Waterhouse.

El guarda dice algo más largo y más complicado. Después de un rato, Waterhouse (ahora en su papel de criptoanalista, buscando sentido entre el azar aparente, con su circuito neuronal explorando las redundancias en la señal) comprende que el hombre le está hablando en un inglés de fuerte acento. Concluye que su interlocutor decía:

—¿De qué parte de los Estados Unidos viene?

—Mi familia se ha trasladado mucho —dice Waterhouse—. Digamos que Dakota del Sur.

—Ahh —dice el guarda con ambigüedad mientras se arroja contra la puerta. Después de un rato la puerta comienza a moverse hacia dentro, las bisagras de hierro fijadas a mano rechinan ominosas al pivotar sobre los agujeros de una pulgada de ancho. Finalmente, la puerta choca contra algún tipo de tope inmenso. El guarda permanece apoyado contra ella, formando

con el cuerpo un ángulo de cuarenta y cinco grados, evitando que vuelva a cerrarse y aplaste a Waterhouse, quien entra corriendo. En su interior, una diminuta antesala se ve dominada por una escultura: dos nínfulas ataviadas con diáfanos velos dando de patadas a una arpía, titulada *Fortaleza y Adaptabilidad Expulsando a la Adversidad*.

La misma operación se repite algunas veces con puertas que son sucesivamente más ligeras pero están más decoradas. La primera sala, queda claro, era realmente la preantepenúltima sala, así que pasa un buen rato antes de que pueda decirse que están definitivamente en la Mansión Qwghlm. Para entonces le parece que está en el centro de la manzana, y Waterhouse medio espera ver pasar el metro. En lugar de eso, se encuentra en una habitación sin ventanas cubierta de madera, con una araña de cristal dolorosamente brillante pero que en realidad no parece iluminar nada. Sus pies se hunden tanto en la alfombra chillona que casi se rompe un ligamento. El otro extremo de la sala está protegido por un Escritorio sólido con una Dama robusta detrás. Por aquí y allá hay grandes sillas Windsor de ébano, con el aspecto larguirucho pero peligroso de los aborígenes.

Hay diversas pinturas colgando de las paredes. A primera vista, Waterhouse las clasifica entre las que son más altas que anchas y las otras. La primera categoría está compuesta por retratos de caballeros, los cuales parecen compartir un penoso defecto genético que informa la geometría de sus cráneos. La última categoría son paisajes o, en la misma proporción, marinas, todos del tipo desolado y agreste. Esos pintores qwghlmianos aprecian tanto la pintura verde azulada de fabricación local[10] que la aplican a paletadas.

Waterhouse lucha con las greñas de la Alfombra hasta que está cerca del Escritorio, donde recibe el saludo de la Dama, quien le da la mano y compone el rostro en una especie de alusión a una sonrisa. Se produce un largo intercambio de charla amable y superficial de la que Waterhouse sólo recuerda «Lord Woadmire le recibirá pronto» y «¿Té?»

Waterhouse dice sí al té porque sospecha que esa dama (ha olvidado su nombre) no se está ganando el sueldo. Claramente contrariada, eyecta de la silla y se pierde en las regiones más estrechas y profundas del edificio. El guarda ya ha vuelto a su puesto en la fachada.

Hay una fotografía del rey colgando de la pared tras el escritorio. Waterhouse no había sabido, hasta que el coronel Chattan se lo recordó discretamente, que el título completo de Su Majestad no era simplemente Rey de Inglaterra por la Gracia de Dios, sino Rey del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda del norte, la Isla de Man, Guernsey, Jersey, Qwghlm Exterior y Qwghlm Interior P.L.G.D.D.

Junto a ella hay una pequeña fotografía del hombre con el que va a encontrarse. Ese tipo y su familia aparecen bastante esquemáticamente en la enciclopedia, que ya tiene varias décadas, por lo que Waterhouse ha tenido que investigar un poco por su cuenta. El hombre está emparentado con los Windsor de una forma tan intrincada que sólo puede expresarse empleando vocabulario genealógico avanzado.

Nació Graf Heinrich Karl Wilhelm Otto Friedrich von Übersetzenseehafenstadt, pero cambió su nombre a Nigel St. John Gloamthorpby, también conocido como Lord Woadmire, en 1914. En la fotografía tiene totalmente el aspecto de un von Übersetzenseehafenstadt, y está completamente libre del problema geométrico craneal tan evidente en los retratos más antiguos. Lord Woadmire no está emparentado con la línea ducal original de Qwghlm, la familia Moore (forma inglesa del nombre de clan qwghlmiano Mnyhrrgh), que terminó en 1888 por una combinación espectacularmente improbable de esquistosomiasis, suicido, antiguas y supurantes heridas de la guerra de Crimea, rayo, cañón fallido, caída de caballo, ostras indebidamente enlatadas y olas traicioneras.

El té tarda un poco en llegar y Lord Woadmire tampoco parece tener mucha prisa en ganar la guerra, así que Waterhouse se da una vuelta por la habitación, fingiendo preocuparse de los cuadros. El mayor de ellos representa a varios romanos magullados y lacerados arrastrando sus tristes culos por una costa rocosa y desagradable mientras los restos de su flota de invasión flotan empujados por las olas. De frente y en el centro hay un romano que no ha perdido la nobleza pese al desgaste y las penalidades. Está sentado con aspecto fatigado sobre una alta roca, porta en la débil mano una espada rota y mira ansiosamente a través de varias millas de mar tumultuoso hacia una isla reluciente y paradisíaca. La isla está ricamente bendecida con altos árboles, prados en flor y pastos verdes, pero incluso así puede ser identificada como Qwghlm Exterior gracias a los Tres Sghrs en lo

alto. La isla está protegida por un par de formidables castillos; sus playas pálidas, casi caribeñas, están cubiertas con las coloristas banderas de los defensores que (es preciso asumir) acaban de dar a los romanos una lección que tardarán en olvidar. Waterhouse no se molesta en inclinarse para leer la placa; sabe que el tema de la pintura es el fallido, y probablemente apócrifo, intento de Julio César de añadir el archipiélago Qwghlm al Imperio Romano, lo más lejos de Roma que llegó nunca y la peor idea que nunca tuvo. Decir que los qwghlmianos no han olvidado el asunto es como decir que los alemanes son un poco irritables.

—Donde César fracasó, ¿qué esperanza tiene Hitler?

Waterhouse se dirige hacia la voz y descubre a Nigel St. John Gloamthorpby, también conocido como Lord Woadmire, también conocido como Duque de Qwghlm. No es un hombre alto. Recorre la alfombra como un ganso para darle la mano. Aunque el coronel Chattan le informó de la forma adecuada de dirigirse a un duque, Waterhouse tiene tantas posibilidades de recordarlo como de dibujar el árbol genealógico de la familia ducal, por lo que decide estructurar todas sus declaraciones de forma que evite referirse al duque mediante nombre o pronombre. Será un juego divertido y hará que el tiempo pase más rápido.

—Es una pintura espléndida —dice Waterhouse—, maravillosa.

—Descubrirá que las islas en sí no son menos extraordinarias, y por las mismas razones —dice el duque tangencialmente.

Para cuando Waterhouse se da cuenta de lo que está pasando, ya está en la oficina del duque. Tiene la impresión de que durante el camino se ha producido cierta conversación rutinaria, pero nunca se ha visto impelido a prestar atención a ese tipo de cosas. Le ofrecen té, y lo acepta, por segunda o tercera vez, pero no se materializa.

—El coronel Chattan está en el Mediterráneo, y me han enviado en su lugar —le explica Waterhouse—, no para malgastar el tiempo tratando detalles logísticos, sino para transmitir nuestra enorme gratitud por la generosa oferta con respecto al castillo. ¡Conseguido! Sin pronombres, sin fallos.

—¡En absoluto! —El duque se lo está tomando como una afrenta a su generosidad. Habla con la cadencia digna y pausada de un hombre que está consultando mentalmente el diccionario alemán—inglés—. Incluso dejando

de lado mis… obligaciones patrióticas… aceptadas con alegría, por supuesto… casi está… terriblemente de moda tener a todo… un equipo… de… personas uniformadas y chismes corriendo por la despensa… de uno.

—Muchas de las grandes casas de Inglaterra están realizando su aporte a la guerra —admite Waterhouse.

—Bien… no faltaba más, así que… utilícenlo! —dice el duque—. ¡Nada de… reticencias! ¡Utilícenlo… por completo! ¡Denle un buen… repaso! Ha… sobrevivido… a un millar de inviernos de Qwghlm y sobrevivirá… a lo peor que puedan hacerle.

—Tenemos la esperanza de enviar pronto un pequeño destacamento —dice Waterhouse amablemente.

—¿Podría… saber… para satisfacer… mi propia… curiosidad… qué tipo…? —dice el duque y deja de hablar.

Waterhouse está preparado para esa pregunta. Está tan preparado que debe contenerse durante un momento y fingir discreción.

—Huffduff

—¿Huffduff?

—HFDF. Radiogoniómetro de alta frecuencia. Una técnica para localizar transmisores de radio lejanos triangulando desde varios puntos.

—Yo pensaría… que sabrían… dónde están… todas las emisoras alemanas.

—Lo sabemos, excepto por los transmisores en movimiento.

—¿Movimiento? —El duque frunce el ceño de forma tremenda, imaginándose un gigantesco transmisor de radio, torre y todo, montado sobre cuatro raíles paralelos como el Gran Berta, arrastrándose por la estepa, tirado por ucranianos enganchados.

—Piense en los submarinos —dice Waterhouse con delicadeza.

—¡Ah! —dice el duque explosivamente—. ¡Ah! —Se reclina sobre la chirriante silla de cuero, examinando una imagen totalmente distinta en su mente—. ¿Salen… no, y envían… mensajes de radio?

—Lo hacen.

—Y ustedes… escuchan.

—¡Si pudiésemos! —dice Waterhouse—. No, los alemanes han empleado esa famosa habilidad matemática que les caracteriza para inventar

cifrados que son totalmente imposibles de romper. No tenemos ni la más mínima idea de lo que dicen. Pero usando huffduff podemos descubrir desde dónde lo dicen, y establecer la ruta de nuestros convoyes de acuerdo a esa información.

—Ah.

—Así que lo que pretendemos hacer es montar grandes antenas rotatorias en el castillo, y llenar el lugar con expertos en huffduff.

El duque frunce el ceño.

—¿Tendrán las medidas de seguridad… adecuadas contra los rayos?

—Naturalmente.

—¿Y son conscientes de que pueden… esperar… tormentas de hielo… hasta en agosto?

—Los informes de la Real Estación Meteorológica de Qwghlm, en todo su conjunto, no dejan demasiado a la imaginación.

—¡Entonces bien! —suelta el duque, aceptando la idea con entusiasmo —. Entonces, ¡usen el castillo! ¡Y denles… denles un infierno!

*OceanofPDF.com*

# Electrical Till Corporation

Como muestra del plan de los aliados en lento desarrollo para acabar con el Eje, ahogándolo bajo una montaña de productos manufacturados, hay un muelle en el puerto de Sydney que está repleto hasta arriba de cajones de madera y barriles de acero: material desembarcado de las bodegas de barcos norteamericanos, británicos e indios y que se ha quedado ahí amontonado porque Australia no sabe todavía cómo digerirlo. No es el único muelle de Sydney atascado de material. Pero como ese muelle no vale para mucho más, el montículo es mayor y más antiguo, más oxidado, más infestado de ratas, más bordeado de sal, más espesamente recubierto y flagrantemente adornado con mierda de gaviota.

Un hombre va recorriendo la pila, intentando que los pantalones caquis no se le manchen más de mierda de gaviota. Viste el uniforme de mayor del ejército de tierra de los Estados Unidos y lleva un maletín que le estorba mucho. Se llama Comstock.

Dentro del maletín hay varios documentos de identidad, credenciales y una carta impresionante de la oficina de El General en Brisbane. Comstock ha tenido oportunidad de mostrarlos todos a los chochos pero aun así extrañamente formidables guardias australianos que con sus cascos y rifles infestan el puerto. Esos hombres no hablan ningún dialecto del inglés que el mayor pueda reconocer, y viceversa, pero todos pueden leer lo que pone en los papeles.

El sol va poniéndose y las ratas van despertando. El mayor lleva todo el día recorriendo muelles. Ha visto suficiente de la guerra y los militares para

comprender que aquello que busca lo encontrará en el último muelle en que busque, que resulta ser éste. Si hubiese empezado a buscar por aquí, lo que busca estaría en el extremo opuesto, y viceversa. Razón de más para mantenerse espabilado mientras hace el recorrido. Después de echar un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no hay cerca ningún barril de combustible de avión, enciende un cigarrillo. La guerra es el infierno, pero fumar un cigarrillo hace que todo valga la pena.

El puerto de Sydney es hermoso a la puesta de sol, pero lleva mirándolo todo el día y realmente ya no lo puede ver. A falta de algo mejor que hacer, abre el maletín. Allí tiene una novela de bolsillo que ya ha leído. Y hay un bloc que contiene, en sus hojas amarillentas y crujientes, un registro fósil que sólo un arqueólogo podría desenmarañar. Es la historia de cómo El General, justo después de salir de Corregidor y llegar a Australia en abril, pidió algo. De cómo la petición fue enviada a América y rebotó como una bola de pinball por entre las infinitudes atestadas de las burocracias americanas, tanto civiles como militares; de cómo la cosa en cuestión fue debidamente fabricada, entregada, trasladada en camión de un sitio a otro y cómo acabó en un barco; finalmente, algunas pruebas indican que el barco paso por Sydney varios meses atrás. No hay pruebas de que el barco llegase a descargar la cosa en cuestión, pero descargar cosas es lo que los barcos hacen siempre cuando llegan a puerto, y por tanto Comstock ha estado trabajando en base a esa suposición.

Una vez que el mayor Comstock termina el cigarrillo, vuelve a la búsqueda. Algunos de los papeles especifican ciertos números mágicos que deberían ir pintados en el exterior de las cajas en cuestión; al menos, eso es lo que ha estado asumiendo desde que inició la búsqueda al alba y, si se equivoca, tendrá que volver al principio y volver a buscar en cada una de las cajas del puerto de Sydney. En realidad, mirar los números de cada caja significa estrujar el cuerpo por los estrechos canales entre las pilas de cajas y frotar con la mano la grasa y la suciedad que oscurecen los datos cruciales. El mayor a estas alturas está tan sucio como cualquier soldado de combate.

Cuando se acerca al final del muelle, le llama la atención un conjunto de cajas que parecen ser todas de la misma cosecha, dado que sus incrustaciones de sal tienen un espesor similar. En la parte baja, donde se

acumula la lluvia, la madera se ha podrido. En lo alto, donde la tuesta el sol, la madera está deformada y astillada. En algún lugar de esas cajas deben estar los números, pero es otra cosa lo que le ha llamado la atención, algo que agita su corazón, al igual que ver las Barras y Estrellas agitándose al sol de la mañana debe tener un efecto similar en un soldado de infantería sitiado. Esas cajas llevan las orgullosas iniciales de la compañía para la que el mayor Comstock (y la mayoría de sus colegas de anuas en Brisbane) trabajaba, antes de que fuesen enviados, en masa, al Servicio de Señales e Inteligencia del Ejército. Las letras están borrosas y sucias, pero las reconocería en cualquier parte del mundo: forman el logotipo, la identidad corporativa, el emblema de ETC, la Electrical Till Corporation.

*OceanofPDF.com*

# Cripta

Se supone que la terminal debe emular el diseño de una hilera de casas de troncos malayas todas juntas pared con pared. Un túnel de pasajeros recién pintado salta como una gigantesca lamprea y pega sus labios de neopreno a un lado del avión. El grupo de nipones mayores no hace ningún esfuerzo por abandonar el avión, dejando los pasillos respetuosamente libres para los hombres de negocios: «Adelante, a los que vamos a visitar no les importa esperar.»

En su marcha por el túnel de pasajeros, la humedad y el combustible de avión se condensan por igual sobre la piel de Randy y comienza a sudar. Luego llega a la Terminal que, dejando a un lado la alusión a las casas de troncos malayas, ha sido diseñada específicamente para tener el aspecto de cualquier otra Terminal de aeropuerto nueva del mundo. El aire acondicionado le atraviesa la cabeza como una lanza. Deja las bolsas en el suelo y se detiene un momento, intentando pensar bajo una pintura de Leroy Neiman, de las dimensiones de un campo de balonvolea, que muestra al sultán en acción sobre un pony de polo. Atrapado en un asiento de ventanilla durante un vuelo corto y agitado, no ha podido ir al baño, así que va ahora y mea con tanta potencia que el urinario emite una especie de sonido tirolés.

Al retroceder, perfectamente satisfecho, es consciente de un hombre que retrocede de un urinario adyacente: uno de los hombres de negocios nipones que acaban de bajar del avión. Un par de meses antes, la presencia de ese hombre le hubiese impedido mear. Hoy, ni siquiera se dio cuenta de que estaba allí. Como alguien que padece desde hace tiempo de un riñón

cohibido, Randy está encantando de haber encontrado el remedio mágico: no se trata de convencerte de que eres un macho alfa dominante, sino más bien de perderte tanto en tus pensamientos como para no percibir a los que te rodean. El riñón cohibido es la forma que tiene el cuerpo de decirte que piensas demasiado, que debes salir del campus y conseguir un puto trabajo.

—¿Busca el emplazamiento del Ministerio de Información? —dice el hombre de negocios. Viste un traje perfecto de color gris antracita, que lleva con tanta facilidad y desahogo como Randy su camiseta de recuerdo de la quinta Conferencia *Hacker,* bermudas y sandalias deportivas.

—¡Oh! —espeta Randy, enfadado consigo mismo—. Me olvidé completamente de buscarlo. —Los dos hombres ríen. El nipón saca una tarjeta de visita con un diestro juego de manos. Randy tiene que abrir de un tirón su cartera, de nylon y velero, y buscarla. Intercambian tarjetas usando el sistema tradicional asiático a dos manos, que Avi le ha obligado a practicar hasta que le sale casi perfecto. Se inclinan los dos, activando el par más cercano de urinarios controlados por ordenador. La puerta del baño se abre y entra un nipo de edad avanzada, un precursor de la horda anciana.

Nipo es la palabra que emplea el sargento Sean Daniel McGee, retirado del Ejército de los Estados Unidos, para referirse a los nipones en sus memorias de la guerra sobre Kinakuta, cuyas fotocopias Randy lleva en la bolsa. Es un término terriblemente racista. Por otra parte, la gente llama continuamente teutones a los alemanes y a los norteamericanos yanquis. Llamar nipo a una persona nipona es exactamente lo mismo, ¿no? ¿O es equivalente a llamar amarillo a un chino? Durante el centenar de horas de reuniones, y megabytes de mensajes de correo cifrado, que Randy, Avi, John Cantrell, Tom Howard, Eberhard Fórh y Beryl han intercambiando, para poner en pie Epiphyte(2), cada uno de ellos ha empleado ocasionalmente, y sin darse cuenta, la palabra japo como versión corta de japonés; de la misma forma que usaban RAM para Random Access Memory. Pero claro está, japo es también un término terriblemente racista. Randy supone que todo está relacionado con el estado mental en el momento de emitir la palabra. Si estás intentando abreviar, no es un insulto. Pero si estás fomentando el odio racista, como Sean Daniel McGee parece rozar ocasionalmente, es diferente.

Ese individuo nipón en particular está identificado en la tarjeta como Goto Furudenendu («Ferdinand Goto»). Randy, quien recientemente ha invertido mucho tiempo en descifrar la estructura jerárquica de ciertas importantes corporaciones niponas, ya sabe que es el vicepresidente de proyectos especiales (signifique lo que signifique) de Goto Engineering. También sabe que los títulos en las compañías niponas son caca de vaca y que no significan nada. El hecho de que tenga el mismo apellido que el fundador de la compañía es posible que sea algo que valga la pena tener en consideración.

La tarjeta de Randy dice que es Randall L. Waterhouse («Randy») y que es vicepresidente de desarrollo de tecnologías de red de Epiphyte Corporation.

Goto y Waterhouse salen del baño y comienzan a seguir los iconos de recogida de equipaje que hay colgados por la Terminal como si fuesen mendrugos.

—¿Acusa el desajuste horario? —pregunta Goto con una sonrisa, siguiendo (asume Randy) el guión de algún libro de texto inglés. Es un tipo guapo con sonrisa de triunfador. Probablemente ronda los cuarenta, aunque los nipones parecen tener un algoritmo de envejecimiento totalmente diferente por lo que puede que se equivoque.

—No —contesta Randy. Como genio de la informática que es, responde muy mal a ese tipo de preguntas, de forma sucinta y diciendo la verdad. Sabe que a Goto no le importa realmente si Randy acusa o no el desajuste horario. Es vagamente consciente de que Avi, de estar allí, usaría la pregunta de Goto con el fin al que estaba destinada: como punto de partida de un alegre intercambio social. Hasta que cumplió los treinta, Randy se sentía mal por su falta de habilidades sociales. Ahora le importa una mierda. Es probable que pronto se sienta orgulloso de ese hecho. Mientras tanto, sólo por el bien de la empresa común, intenta hacerlo lo mejor posible—. En realidad, llevo varios días en Manila, así que he tenido tiempo de sobra para ajustarme.

—¡Ah! ¿Fueron bien sus actividades en Manila? —dispara Goto.

—Sí, muy bien, gracias —miente Randy, ahora que sus habilidades sociales, siendo las que son, han tenido un momento para ejercitarse—. ¿Ha venido directamente desde Tokio?

La sonrisa de Goto se congela durante un segundo, y vacila antes de decir:

—Sí.

Se trata, en el fondo, de una respuesta paternalista. Goto Engineering tiene su central en Kobe, y no volarían desde el aeropuerto de Tokio. Goto dijo sí de todas formas, porque, durante ese momento de vacilación, comprendió que estaba tratando con un yanqui, quien, al decir «Tokio», realmente quería decir «las islas niponas» o «de dónde demonios venga».

—Perdóneme —dice Randy—. Quise decir Osaka.

Goto sonríe y parece ejecutar un movimiento que parece insinuar una leve inclinación.

—¡Sí! He venido desde Osaka.

Goto y Waterhouse se apartan en la recogida de equipaje, intercambian sonrisas al pasar por inmigración y se vuelven a encontrar en la sección de transporte terrestre. Hombres de Kinakuta vestidos con brillantes uniformes blancos de aspecto seminaval, con sus galones dorados y guantes blancos, abordan a los pasajeros, ofreciendo transporte para los hoteles locales.

—¿También se hospeda en el Foote Mansión? —dice Goto. Se trata de «el» hotel de lujo en Kinakuta. Pero ya conoce la respuesta; la reunión de mañana ha sido planeada de forma tan exhaustiva como un lanzamiento de trasbordador.

Randy vacila. El mayor Mercedes—Benz del mundo acaba de detenerse junto a la acera, con la humedad condensada no sólo empañando las ventanas sino también corriendo a chorros. Un conductor con la librea del Foote Mansión ha salido disparado de su interior para despojar al señor Goto de su equipaje. Randy sabe que no tiene más que realizar un sutil movimiento hacia el coche y le llevarán rápidamente a un hotel de lujo donde podrá tomar una ducha, ver la televisión desnudo mientras bebe una botella de vino francés de cien dólares, ir a nadar y recibir un masaje.

Lo cual es exactamente el problema. Ya puede sentir cómo comienza a debilitarse bajo el calor ecuatorial. Es demasiado pronto para reblandecerse. Sólo lleva despierto seis o siete horas. Hay trabajo que hacer. Se esfuerza por permanecer firme, y el esfuerzo le hace sudar con tanta intensidad que parece que va a mojarlo todo en un radio de varios metros.

—Me encantaría compartir el coche con usted hasta el hotel —dice—, pero primero tengo que atender un par de recados.

Goto comprende.

—Quizá podamos tomar una copa por la noche.

—Déjeme un mensaje —dice Randy. Luego Goto le saluda a través del vidrio ahumado mientras el Mercedes se aleja a siete g. Randy da un giro de ciento ochenta grados, regresa al Dunkin's Donuts Halal[11], que acepta ocho tipos de moneda, y se sacia. Luego sale y se vuelve imperceptiblemente hacia una fila de taxis. Un conductor se lanza físicamente hacia Randy y le arranca la bolsa del hombro.

—Ministerio de Información.

A la larga, puede que sea bueno, o puede que no, que el sultanado de Kinakuta tenga un gigantesco Ministerio de Información a prueba de terremotos, volcanes, tsunami y armas termonucleares con un sub—sub—sótano cavernoso atestado de ordenadores de alta potencia y conmutadores de datos. Pero el sultán está encantado con la idea. Ha contratado a unos alemanes inquietantes para que lo diseñen, y a Goto Engineering para construirlo. Nadie, evidentemente, conoce mejor los desastres naturales que los nipones, con la posible excepción de algunos pueblos ahora extintos y que por tanto no pueden hacer ofertas para trabajos de ese tipo. También saben un par de cosas sobre soportar bombardeos, al igual que los alemanes.

Hay subcontratistas, claro, y una plétora de asesores. Por alguna milagrosa hazaña de verborrea, Avi ha conseguido uno de los mayores contratos de asesoría: Epiphyte(2) Corporation se encarga de la «integración de sistemas», lo que significa conectar un montón de basura fabricada por otras personas, y supervisar la instalación de todos los ordenadores, conmutadores y líneas de datos.

El trayecto hasta allí es sorprendentemente corto. Ciudad Kinakuta no es demasiado grande, cercada como está por empinadas cordilleras montañosas, y el sultán la ha dotado de múltiples autopistas de ocho carriles. El taxi vuela por la llanura de tierra recuperada al mar sobre la que está construido el aeropuerto, dobla alrededor del muñón del Pico Eliza, ignorando dos salidas a la Ciudad Tecnológica, y luego gira hacia una salida sin señalizar. De pronto quedan atrapados tras una fila de camiones vacíos;

monstruos nipones marcados con la palabra GOTO en grandes letras mayúsculas. Hacia ellos viene un torrente de camiones idénticos, excepto que estos están completamente cargados de escombros. El taxista se mete por el arcén derecho y adelanta a los camiones durante media milla. Van subiendo; a Randy se le taponan los oídos. La carreta ha sido construida sobre el lecho de un barranco que sube por una de las cordilleras. Pronto están rodeados por vertiginosas paredes de vegetación, que actúan como esponjas, atrapando nubes perennes de niebla, a través de la cual se ven en ocasiones destellos de colores brillantes. Randy no sabe si son flores o pájaros. El contraste entre la exuberante vegetación del bosque de las nubes y la carretera de tierra, maltratada por las descomunales ruedas de los camiones, le desorienta.

El taxi se detiene. El taxista se vuelve y le mira expectante. Randy cree por un segundo que el taxista está perdido y le mira en espera de instrucciones. La carretera termina allí, en un aparcamiento misteriosamente situado en medio del bosque de las nubes. Randy ve media docena de grandes caravanas con aire acondicionado que exhiben los logotipos de diversas firmas niponas, alemanas y norteamericanas; un par de docenas de coches y muchos autobuses. Allí están todos los elementos de una importante operación de construcción, más algunos extras, como dos monos con enormes penes en erección peleándose por el botín de un vertedero, pero no se trata de una construcción. No hay más que una pared verde al final del camino, un verde tan oscuro que es casi negro.

Los camiones vacíos desaparecen en esa oscuridad. Salen camiones llenos, apareciendo primero los faros por entre la niebla y la penumbra, seguidos por la vistosa exhibición que los conductores han creado sobre las rejillas de los radiadores, a continuación los reflejos en las piezas cromadas y vidrios, y finalmente los camiones en sí. Los ojos de Randy se ajustan y ahora puede ver que está frente a una caverna, iluminada por lámparas de vapor de mercurio.

—¿Quiere que le espere? —pregunta el taxista.

Randy mira el taxímetro, realiza una conversión rápida y llega a la conclusión de que el trayecto hasta ahora le ha costado diez centavos.

—Sí —dice, y sale del taxi. Satisfecho, el taxista se recuesta y enciende un cigarrillo.

Randy permanece de pie y contempla la caverna durante un minuto, en parte porque es todo un espectáculo y en parte porque de ella sale una corriente de aire frío, lo que resulta agradable. Luego atraviesa el área y se dirige a la caravana identificada como «Epiphyte».

El personal consiste en tres diminutas mujeres kinakutesas que le conocen perfectamente, aunque no le habían visto antes, y que parecen totalmente encantadas de verle. Van vestidas con telas sueltas de brillantes colores sobre los jerséis de cuello alto Eddie Bauer que les protegen del frío nórdico del aire acondicionado. Todas son temiblemente eficientes y elegantes. Adondequiera que vaya en el sureste asiático, Randy se encuentra constantemente con mujeres que deberían estar dirigiendo General Motors o algo similar. Enseguida han comunicado su llegada por medio de walkie—talkies y teléfonos móviles, y le han entregado un par de gruesas botas altas, un casco y un teléfono móvil, todo cuidadosamente etiquetado con su nombre. Después de un par de minutos, un joven kinakutes con casco y botas embarradas abre la puerta de la caravana, se presenta como «Steve» y lleva a Randy hasta la entrada de la caverna. Siguen una estrecha pasarela para peatones iluminada por una cadena de bombillas enjauladas.

Durante el primer centenar de metros más o menos, la caverna no es más que un pasillo recto apenas lo suficientemente ancho para admitir dos camiones Goto y el camino de peatones. Randy pasa la mano por la pared. La piedra es áspera y polvorienta, no lisa como la superficie en una cueva natural, y puede apreciar laceraciones recientes realizadas por martillos neumáticos y taladros.

Por el eco sabe que algo está a punto de cambiar. Steve le guía a la caverna en sí. Es, bueno, «cavernosa». Lo suficientemente grande como para que media docena de los enormes camiones den la vuelta en círculo para recibir la carga de rocas y escombros. Randy levanta la vista, intentando encontrar el techo, pero lo único que ve es un conjunto de luces blanco azuladas de alta intensidad, como las de un gimnasio, quizá a unos diez metros de altura. Más allá sólo hay oscuridad y niebla.

Steve va en busca de algo y deja a Randy solo durante unos minutos, lo que le resulta útil porque le lleva mucho tiempo recuperar la compostura.

En algunas zonas la pared es lisa y natural; el resto es basto, señalando los agrandamientos concebidos por los ingenieros y ejecutados por los contratistas. De igual forma, parte del suelo es suave, y no del todo llano. Algunos lugares han sido perforados y volados para hacerlos descender, otros han sido rellenados para levantarlos.

La cámara principal parece casi terminada. Aquí estarán las oficinas del Ministerio de Información. Hay otras dos cámaras más pequeñas, más hacia el interior de la montaña, que todavía están siendo agrandadas. Una contendrá la planta de ingeniería (los generadores de energía y demás) y la otra será la unidad de sistemas.

Un tipo rubio y corpulento con un casco blanco sale de un agujero en la pared de la cueva: Tom Howard, el vicepresidente de Epiphyte Corporation para tecnología de sistemas. Se quita el casco y saluda a Randy, luego le indica que se acerque.

El pasillo que lleva a la cámara de sistemas es tan grande que podría meter por él una furgoneta de reparto, pero no es recto y llano como la entrada principal. Casi todo el espacio está ocupado por un sistema de transporte de aterrador poder y velocidad, que lleva toneladas de lodo gris chorreante hacia la cámara principal para ser arrojado en los camiones Goto. En términos de coste y sofisticación aparente, tiene la misma relación con una cinta transportadora normal que un F—15 con un Sopwith Caniel. Es posible hablar, pero es imposible que te escuchen si estás cerca de ella, por lo que Tom, Randy y el kinakutés llamado Steve recorren en silencio el pasillo durante más o menos un centenar de metros hasta llegar a la siguiente caverna.

Esta es lo suficientemente grande para contener una casa modesta de un piso. La cinta pasa justo por el medio y desaparece en otro agujero; el lodo llega desde una zona aún más profunda de la montaña. Sigue habiendo demasiado ruido para hablar. El suelo ha sido nivelado con cemento y hay conductos que se levantan cada pocos metros con cables naranja colgando de las partes abiertas: líneas de fibra óptica.

Tom se dirige hacia otra abertura en la pared. Parece que de ésta parten diversas cavernas subsidiarias. Tom guía a Randy por la abertura, luego se vuelve para colocarle una mano en el brazo y sostenerlo: están en la parte

alta de una escalera de madera construida en un pozo casi vertical que desciende sus buenos cinco metros o más.

—Lo que acabas de ver es la sala principal de conmutadores —dice Tom—. Cuando hayamos terminado será el mayor *router* del mundo. Estamos utilizando algunas de las otras cámaras para instalar ordenadores v sistemas de almacenamiento masivo. Básicamente, el CRDB más grande del mundo, con un *buffer* compuesto por una *cache* de RAM realmente grande.

CRDB significa Conjunto Redundante de Discos Baratos; es una forma de almacenar grandes cantidades de información de forma barata y fiable, y exactamente lo que quieres tener en un refugio de datos.

—Por tanto, seguimos limpiando algunas de las otras cámaras —sigue diciendo Tom—. Hemos descubierto algo aquí abajo, y pensé que te parecería interesante. —Se vuelve y comienza a descender por la escalera —. ¿Sabes que los japoneses usaron estas cuevas como refugios antiaéreos durante la guerra?

Randy ha estado llevando en el bolsillo la página del mapa del libro fotocopiado. La despliega y la sostiene cerca de la bombilla. Exacto, incluye un sitio, en lo alto de la montaña, con el texto:

ENTRADA A REFUGIO ANTIAÉREO Y PUESTO DE MANDO

—¿Y como puesto de mando? —dice Randy.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Préstamo interbibliotecario —dice Randy.

—Nosotros no lo sabíamos hasta que llegamos aquí y encontramos todos esos viejos cables y basura eléctrica dispuesta por todas partes. Tuvimos que arrancarla para poder poner lo nuestro.

Randy comienza a bajar los escalones.

—Este pozo estaba lleno de rocas —dice Tom—, pero vimos cables que bajaban, y supimos que había algo al fondo.

Randy mira nervioso al techo.

—¿Por qué estaba lleno de rocas? ¿Hubo un desprendimiento?

—No —dice Tom—, lo hicieron los soldados japoneses. Arrojaron rocas al pozo hasta que lo llenaron. Una docena de nuestros trabajadores necesitaron dos semanas para sacar, a mano, todas las rocas.

—Bien, ¿de qué eran los cables?

—Bombillas —dice Tom—, no eran más que cables eléctricos, nada de comunicaciones.

—Entonces, ¿qué intentaban ocultar allá abajo? —pregunta Randy. Casi han llegado al pie de la escalera y ve que hay una cavidad del tamaño de una habitación.

—Míralo tú mismo —dice Tom, y le da a un interruptor.

La cavidad tiene más o menos el tamaño de un garaje para un solo coche, con un buen suelo llano. Hay una mesa, una silla y un archivador, todo de madera, cubierto de moho de cincuenta años de antigüedad. Y también hay un baúl de metal, de color verde militar, cubierto de caracteres nipones.

—Forcé el candado —dice Tom. Se acerca al baúl y abre la tapa. Está lleno de libros.

—¿Esperabas encontrar lingotes de oro? —dice Tom, riéndose ante la expresión de la cara de Randy.

Randy se sienta en el suelo y se agarra los tobillos. Mira boquiabierto los libros que hay en el arcón.

—¿Estás bien? —pregunta Tom.

—Un *deja vu* muy, muy fuerte —dice Randy.

—¿Por esto?

—Sí —dice Randy—, lo he visto antes.

—¿Dónde?

—En el ático de mi abuela.

Randy encuentra el camino de vuelta por la red de cuevas hasta el aparcamiento. El aire cálido es agradable sobre la piel, pero para cuando ha llegado a la caravana de Epiphyte Corp. para devolver el casco y las botas, ya está sudando de nuevo. Se despide de las tres mujeres que trabajan allí, y una vez más se sorprende por lo atentas y lo solícitas que son. Luego recuerda que él no es un intruso cualquiera. Es un accionista y un directivo importante de la corporación que les da empleo: les paga o las oprime, elige lo que más te guste.

Se mueve por el aparcamiento, muy despacio, intentando no calentar demasiado el horno metabólico. Un segundo taxi se ha colocado junto al que espera por Randy, y los taxistas están asomados por las ventanillas disfrutando de la brisa.

Al acercarse al taxi, echa un vistazo a la entrada de la caverna. Enmarcado entre las oscuras fauces, y empequeñecido por las formas montañosas de los camiones de Goto, hay un hombre solitario, de pelo blanco y encorvado, pero delgado y de aspecto casi atlético, vestido con un chándal y zapatillas de correr. Está de espaldas a él, mirando hacia la caverna, sosteniendo un gran ramo de flores. Parece haber echado raíces en el barro, perfectamente inmóvil.

La puerta principal de Goto Engineering se abre de golpe. Un joven nipón con camisa blanca, corbata a rayas, y casco naranja desciende los escalones y se acerca con rapidez al viejo de las flores. Cuando se encuentra todavía a cierta distancia, se detiene, junta los pies y ejecuta una inclinación. Randy todavía no ha pasado el tiempo suficiente entre los nipones para comprender los detalles, pero le parece una inclinación extraordinariamente importante. Se acerca al viejo con una amplia sonrisa y le indica la caravana de Goto. El viejo parece desorientado —quizá la cueva no tenga ya el aspecto que solía tener— pero, después de unos momentos, devuelve una inclinación mecánica y permite que el joven ingeniero lo saque del flujo de tráfico.

Randy sube al taxi y le dice al taxista:

—Foote Mansión.

Ha estado atesorando la ilusión de que leerá las memorias lentamente y prestando atención, de principio a fin, pero a estas alturas ha demostrado correr la misma suerte que todas las ilusiones. Saca el montón de fotocopias durante el trayecto al hotel e inicia una criba despiadada. La mayoría no tiene nada que ver con Kinakuta; trata de las experiencias de McGee luchando en Nueva Guinea y Filipinas. McGee no es Churchill, pero tiene un cierto talento narrativo, que convierte en legibles incluso las anécdotas más banales. Sus habilidades como anecdotista deben haberle convertido en un éxito en el bar del club de suboficiales; un centenar de sargentos achispados deben haberle alentado a escribir parte de esa mierda si finalmente volvía al sur de Boston con vida.

Volvió con vida, pero al contrario que la mayoría de los otros soldados que se encontraban en Filipinas el día V—J, no regresó directamente a casa. Dio un pequeño rodeo por el Sultanado de Kinakuta, que todavía era el hogar de más de cuatro mil soldados nipones. Eso explica un aspecto extraño de ese libro. En la mayoría de las memorias de guerra, el día V—E o el día V—J se produce en la última página, o al menos en el último capítulo, y a continuación nuestro narrador regresa a casa y se compra un Buick. Pero el día V—J se produce como a unos dos tercios del libro de Sean Daniel McGee. Cuando Randy deja a un lado el material anterior a agosto de 1945 queda un montón de páginas ominosamente grueso. Está claro que el sargento McGee tenía muchas cosas que contar.

La guerra había dejado atrás a la guarnición nipona de Kinakuta, y como otras guarniciones que se habían quedado atrás, habían dedicado todas las energías que les quedaban al cultivo de verduras y a esperar la llegada de los esporádicos submarinos, que, cerca del final de la guerra, los nipones usaban para trasladar las cargas más extremadamente vitales y para transportar a ciertos especialistas desesperadamente necesarios, como mecánicos de aviación, de un sitio a otro. Cuando reciben la emisión de Hirohito desde Tokio, ordenándoles que entreguen las armas, lo hacen cumpliendo con su deber pero (sospecha uno) con alivio.

Lo único difícil era encontrar a alguien ante quien rendirse. Los aliados se habían concentrado en planear la invasión de las islas niponas, y les llevó algo de tiempo enviar tropas a guarniciones apartadas como la de Kinakuta. El relato de McGee sobre la confusión en Manila es mordaz. En ese punto del libro, McGee empieza a perder la paciencia, y el encanto. Empieza a despotricar. Veinte páginas más adelante, llega a Ciudad Kinakuta. Permanece firme mientras el capitán de su compañía acepta la rendición de la guarnición nipona. Dispone una guardia frente a la entrada de la caverna, donde algunos nipos intransigentes se han negado a rendirse. Organiza el desarme sistemático de los soldados nipones, que se encuentran terriblemente demacrados, y se asegura de que se arrojan al mar los rifles y municiones mientras traen comida y suministros médicos. Ayuda a un pequeño contingente de ingenieros a tender alambre de espino alrededor del campo aéreo, convirtiéndolo en un campo de internamiento.

Randy pasa todo esto aprisa durante el trayecto al hotel. Luego, le llaman la atención palabras como «empalados», «gritos» y «atroz», así que retrocede algunas páginas y lee con más detenimiento.

El resumen consiste en que los nipones, desde 1940, sacaron por la fuerza a miles de miembros de las tribus del frío y limpio interior de la isla, los llevaron al caliente y pestilente borde, y los obligaron a trabajar. Esos esclavos habían ampliado la gran caverna donde los nipones habían construido su refugio antiaéreo y el puesto de mando; mejoraron la carretera que subía hasta lo alto del Pico Eliza, donde instalaron el radar y la estación de localización; construyeron otra pista en el campo de aviación; rellenaron más partes del puerto; y murieron a miles de malaria, tifus, disentería, hambre y agotamiento. Esos mismos nativos, o sus desconsolados hermanos, los observaban desde sus reductos en lo alto de las montañas, cuando Sean Daniel McGee y sus camaradas llegaron para quitar las armas a los nipones y concentrarlos a todos en el campo de aviación, guardados por unas pocas docenas de soldados que estaban frecuentemente borrachos o dormidos. Esos nativos trabajaron sin pausa, en la jungla, fabricando lanzas, hasta que la siguiente luna llena iluminó a los nipones dormidos como un reflector. Luego surgieron de la selva en lo que Sean Daniel McGee describe como «una horda», «una plaga de avispas», «un ejército rugiente», «una legión oscura desencadenada desde el infierno», «una masa aullante» y con otras metáforas que no se le consentirían hoy en día. Redujeron y desarmaron a los soldados norteamericanos, pero no les hicieron daño. Lanzaron ramas de árboles sobre los alambres hasta convertir la verja en una autopista, y luego atacaron el campo de aviación con las lanzas listas. El relato de McGee dura como unas veinte páginas y, sobre todo, es la historia de la noche en que un afable sargento del sur de Boston quedó permanentemente trastornado.

—¿Señor?

Randy se asombra al comprobar que la portezuela del taxi está abierta. Mira a su alrededor y comprueba que está bajo el toldo del Hotel Foote Mansión. La portezuela la mantiene abierta un nervudo joven botones con un aspecto diferente al de la mayor parte de los kinakuteses que Randy ha conocido hasta ahora. El muchacho encaja exactamente con la descripción que hace Sean Daniel McGee de los nativos del interior.

—Gracias —dice Randy, y se asegura de darle una buena propina.

La habitación está totalmente decorada con muebles de diseño escandinavo, pero fabricado allí a partir de árboles en vías de extinción. La vista es hacia las montañas del interior, pero cuando sale al balconcito puede ver un poco de agua, un barco que están descargando, y la mayor parte del jardín conmemorativo construido por los nipones sobre el lugar de la masacre.

Le esperan varios mensajes y faxes: en su mayor parte de otros miembros de Epiphyte Corp., notificándole que ya han llegado, y diciéndole en qué habitaciones puede encontrarles. Randy deshace el equipaje, toma una ducha, y manda la camisa a la lavandería para mañana. Luego se pone cómodo frente a la mesa, arranca el portátil, y saca el Plan de Negocios de Epiphyte(2) Corporation.

*OceanofPDF.com*

# Lagarto

Bobby Shaftoe y sus colegas están dando un pequeño y agradable paseo matutino por el campo. En Italia.

¡Italia! ¿Cómo coño va a creérselo? ¿De qué va esto? No es asunto suyo saberlo. Le han descrito su trabajo con mucha claridad. Se lo han descrito con mucha claridad porque no tiene sentido.

En los viejos días, en Guadalcanal, su oficial al mando diría algo como: «¡Shaftoe, erradique ese fortín!», y desde ese momento, Bobby Shaftoe se convertía en agente libre. Podía caminar, correr, nadar o arrastrarse. Podía acercarse sigilosamente y lanzar una carga, o quedarse a distancia y cargarse el objetivo con un lanzallamas. No importaba, siempre que cumpliese el objetivo.

El objetivo de esta pequeña misión se encuentra más allá de la comprensión de Shaftoe. Los despiertan, a él, al teniente Enoch Root, a otros tres marines, incluyendo al encargado de radio, y a varios de los tíos del SAS, en medio de la noche, y los empujan hasta el único puerto de Malta que no ha sido destruido por la Luftwaffe. Les espera un submarino. Suben a bordo y juegan a las cartas durante veinticuatro horas. Pasan la mayor parte del tiempo en la superficie, donde los submarinos pueden ir mucho más rápido, pero de vez en cuando se sumergen, evidentemente por muy buenas razones.

Cuando les vuelven a dejar subir a la cubierta del submarino, vuelven a estar en plena noche. Se encuentran en una pequeña cala en medio de una costa agreste y reseca; eso es todo lo que Shaftoe puede ver a la luz de la luna. Les esperan dos camiones. Abren las escotillas del submarino y sacan

material: en uno de los camiones los marines de los Estados Unidos cargan un montón de sacos llenos de lo que parece todo tipo de basura. Mientras tanto, los miembros del SAS se afanan con llaves inglesas, trapos, grasa y muchos insultos en la parte de atrás del otro camión, montando algo que han sacado en cajones de otra parte del submarino. Lo cubren con una lona antes de que Shaftoe pueda echarle un buen vistazo, pero lo reconoce como algo que sería mejor que no te estuviese apuntando.

Hay un par de hombres de piel oscura y bigotes por el muelle, fumando y discutiendo con el capitán del submarino. Después de que se descargue todo el material, el capitán parece pagarles con algunas cajas más sacadas también del submarino. Los hombres abren algunas para examinarlas y parecen satisfechos.

En ese momento, Shaftoe sigue sin saber en qué continente se encuentran. Al ver el paisaje por primera vez se imaginó que era el norte de África. Cuando vio a los hombres, supuso que era Turquía.

No es hasta que el sol se eleva sobre el pequeño convoy y (tendido de espalda sobre los sacos de basura, echando un vistazo desde la lona) puede ver los carteles de la carretera y las iglesias cristianas, cuando comprende que se encuentran en Italia o España. Al final ve una señal que apunta hacia Roma y se imagina que se trata de Italia. La señal apunta en dirección contraria al sol de mediodía, así que deben encontrarse en algún punto al sur o sureste de Roma. También se encuentran al sur de una ciudad llamada Napoli.

Pero no pasa demasiado tiempo mirando. No les animan a ello. El camión lo conduce un tipo que habla la lengua local, y que se detiene de vez en cuando para conversar con los nativos. En ocasiones parecen conversaciones amigables. En ocasiones parecen discusiones sobre la etiqueta de carretera. En ocasiones son más tranquilas y reservadas. Shaftoe comprende, lentamente, que durante esos intercambios el conductor está sobornando a alguien para que les dejen pasar.

Le resulta sorprendente que en un país activamente implicado en la mayor guerra de la historia —en un país controlado por fascistas beligerantes. Dios mío— dos camiones de soldados enemigos armados hasta los dientes puedan moverse con libertad, protegidos sólo por un par de billetes de cinco dólares. «¡Canastos! ¿Qué tipo de operación lamentable es

ésta?» Tiene deseos de ponerse de pie, levantar la lona y darle a esos ítalos un buen rapapolvo. En todo caso, a este país le hace falta una buena limpieza con cepillos de dientes. Es como si a la gente no le importase. En cambio los nipos, piensa de ellos lo que quieras, al menos cuando te declaran la guerra lo dicen en serio.

Resiste la tentación de reprender a los italianos. Opina que va contra las órdenes que ha memorizado tan cuidadosamente antes de que la sorpresa de descubrir que están moviéndose por un país del Eje le aturullase el cerebro. Y si las instrucciones no hubiesen salido de los labios del coronel Chattan en persona —el tipo o individuo que es el oficial al mando del Destacamento 2702— no las habría creído.

Van a estar acampados un tiempo. Durante un tiempo van a jugar mucho a las cartas. Durante ese tiempo, el operador de radio va a estar muy ocupado. Esa fase de la operación puede que dure hasta una semana. En algún momento, es muy probable que los alemanes y, si ese día se sienten impetuosos, también los italianos, realicen esfuerzos enérgicos y concertados para matarles. Cuando eso suceda, deberán enviar un mensaje de radio, quemar el tugurio, llegar hasta cierto punto que pasa por ser una pista de aterrizaje y esperar a ser recogidos por uno de esos dispuestos pilotos británicos.

Al principio Shaftoe no creyó ni una palabra. Lo atribuyó al famoso humor británico, una especie de broma o ritual de confusión. En general no sabe cómo tomarse a los británicos porque (por su observación personal) son las únicas personas sobre la superficie de la tierra, además de los americanos, que tienen sentido del humor. Ha oído rumores de que algunos europeos del este también lo tienen, pero hasta ahora no ha conocido a ninguno, y no tiene mucho en que basarse por el momento. En cualquier caso, nunca sabe cuándo los británicos están bromeando.

Cualquier ilusión de que pudiese ser una broma se evaporó cuando vio la cantidad de armamento que les habían asignado. Shaftoe ha descubierto que, para tratarse de una organización dedicada a disparar y volar gente a gran escala, los militares son exasperantemente reticentes a dar armas. Y la mayor parte de las armas que entregan son una mierda. Es por esa razón que los marines consideran necesario desde hace tiempo traerse sus propias

armas de casa: ¡el Cuerpo quiere que maten gente pero no les da el material necesario!

Pero el Destacamento 2702 es completamente diferente. ¡Incluso los soldados llevan Winchester Trench Brooms! Y por si eso no le llamaba la atención, las cápsulas de cianuro vaya si lo hacían. Y la lección de Chattan sobre la forma correcta de volarte la cabeza («les sorprendería saber cuántos tipos por lo demás competentes estropean un procedimiento aparentemente tan simple»).

Ahora Shaftoe comprende que hay un codicilo implícito en las órdenes de Chattan: «ah, sí, y si alguno de los italianos, que realmente viven en Italia, y que dirigen el país, y que son fascistas y están en guerra con nosotros… si cualquiera de ellos nota vuestra presencia y, por cualquier razón, tiene objeciones a vuestro plan, sea lo que coño sea, entonces matadlos. Y si eso no sale bien, por favor, por lo que más queráis, mataos vosotros, porque probablemente lo hagáis de forma menos dolorosa que los fascistas. ¡No olvidéis la loción solar protectora!»

En realidad, a Shaftoe no le preocupa esta misión. Ciertamente no es peor que Guadalcanal. Lo que le molesta (decide, poniéndose cómodo sobre los sacos de basura misteriosa, mirando por una raja entre las lonas) es no comprender su propósito.

Puede que el resto de la patrulla esté muerto, o puede que no; le parece que puede oír a algunos gritando, pero no es fácil tenerlo claro entre el sonido de las olas y el incansable repiqueteo de la ametralladora. Luego comprende que algunos deben seguir con vida o los nipos no seguirían disparando.

Shaftoe sabe que está más cerca de la ametralladora que cualquiera de sus compañeros. Es el único que tiene una posibilidad.

Es en ese momento cuando Shaftoe toma su Gran Decisión. Le resulta sorprendentemente fácil… pero claro, las decisiones realmente estúpidas son siempre las más fáciles.

Se arrastra junto al tronco hasta el punto que está más cerca de la ametralladora. Luego respira un par de veces, se pone en cuclillas ¡y salta sobre el tronco! Ahora ve con claridad la entrada de la cueva, el destello en forma de cometa de la ametralladora, teselado por la rejilla metálica de la red que Jian colocado para rechazar las granadas lanzadas en su dirección.

Todo está extraordinariamente claro. Shaftoe mira la playa y ve cadáveres.

De pronto comprende que no están disparando la ametralladora porque queden algunos de sus compañeros con vida, sino para emplear toda la munición sobrante y no tener que llevársela. Shaftoe es un soldado de batalla y lo comprende.

A continuación el cañón se dirige hacia él… le han visto. Está a la vista, totalmente expuesto. Puede entrar en el follaje de la jungla, pero la barrerán con fuego hasta que esté muerto. Bobby Shaftoe planta los pies, dirige el.45 hacia la cueva y comienza a apretar el gatillo. El tambor de la ametralladora le está apuntando.

Pero no dispara.

El .45 hace un clic. Está vacío. El silencio es total, exceptuando las olas, y los gritos. Shaftoe se guarda el .45 y saca el revólver.

No reconoce la voz que grita. No es uno de sus compañeros.

Un marine imperial nipón salta de la boca de la cueva, por encima del nivel de la cabeza de Shaftoe. La pupila del ojo derecho de Shaftoe, la mira del revólver y ese nipo quedan alineados brevemente durante un momento, durante el cual Shaftoe aprieta el gatillo un par de veces y casi con toda seguridad da en el blanco.

El marine imperial queda atrapado en la red y cae al suelo frente a él.

Un segundo nipo sale de la cueva un momento más tarde, gruñendo de forma incoherente, aparentemente estupefacto por el terror. Cae mal y se rompe una de las piernas; Shaftoe oye cómo se parte. En cualquier caso, el nipo comienza a correr hacia el agua, cojeando grotescamente sobre la pierna mala. Ignora a Shaftoe por completo. Sangra horriblemente por el cuello y el hombro, y algunos trozos de carne se desprenden mientras corre.

Bobby Shaftoe enfunda el revólver. Debería llevarse el rifle al hombro y cargarse al tipo, pero está demasiado confundido para hacer nada por el momento.

Algo rojo parpadea en la entrada de la cueva. Mira en esa dirección y no ve nada lo suficientemente claro como para registrarlo frente al ensordecedor ruido visual de la jungla.

Luego ve cómo el destello de rojo aparece y desaparece de nuevo. Tenía la forma de una Y afilada. Tenía la forma de la lengua bífida de un reptil.

A continuación una porción móvil de jungla viva explota en la entrada de la cueva y cae sobre el follaje. Las partes altas de las plantas se agitan y caen mientras la cosa se mueve.

Está libre por la playa. Se pega mucho al suelo, caminando a cuatro patas. Se detiene un momento y lanza la lengua en dirección al marine imperial que ahora se dirige cojeando hacia el océano Pacífico a unos cincuenta pies de distancia. La arena salta por el aire, como el humo de las ruedas de un coche de carreras, y el lagarto vuela sobre la playa. Cubre la distancia hasta el marine imperial en uno, dos, tres segundos, le da en las rodillas, le hace caer contra las olas. A continuación el lagarto arrastra al nipo muerto hacia la tierra. Lo tiende entre los americanos muertos, camina a su alrededor un par de veces, lanzando la lengua, y al final empieza a comérselo.

—¡Sargento! ¡Ya estamos aquí! —dice el soldado Flanagan. Incluso antes de despertarse, Bobby Shaftoe nota que Flanagan está hablando en un tono de voz normal y que no suena asustado ni alterado. «Aquí» no debe ser un lugar peligroso. Nadie les está atacando.

Shaftoe abre los ojos justo cuando retiran la lona de la parte abierta del camión. Mira directamente el azul cielo italiano enmarcado por las ramas retorcidas de árboles desesperados.

—¡Mierda! —dice.

—¿Qué pasa, sargento?

—Es lo que siempre digo al despertar—dice Shaftoe.

Su nuevo hogar resulta ser un viejo edificio en una granja de olivos, plantación, huerto o como se llame el sitio donde crecen olivos. Si este edificio estuviese en Wisconsin, cualquier idiota que pasase a su lado lo consideraría abandonado. Aquí, Shaftoe no está tan seguro. El tejado se ha derrumbado en parte bajo el peso agotador de las tejas rojas, y las ventanas y puertas están abiertas a los elementos. Se trata de una estructura grande, tan grande que después de varias horas de martillar pueden meter uno de los camiones dentro y ocultarlo de los fisgones aéreos. Descargan los sacos de basura del otro camión. El italiano se lo lleva y desaparece para siempre.

El cabo Benjamín, el operador de radio, se atarea trepando a los olivos y tendiendo cables de cobre por todas partes. Los individuos del SAS van de reconocimiento mientras los del cuerpo de marines abren los sacos de basura y empiezan a esparcirla. Hay varios meses de periódicos italianos. Todos abiertos, recolocados, doblados sin orden ni concierto. Han arrancado artículos, otros artículos están rodeados por círculos o llevan anotaciones a lápiz. Las órdenes de Chattan comienzan a filtrarse en el cerebro de Shaftoe; apila los periódicos en una esquina del granero, primero los más viejos, los más recientes en lo alto.

Hay un saco lleno de colillas, cuidadosamente fumadas hasta dejar lo mínimo. Son de una marca continental que Shaftoe no conoce. Como un granjero esparciendo semillas, lleva ese saco por todas partes tirando colillas al suelo a puñados, concentrándose principalmente en las zonas donde efectivamente trabajará gente: la mesa del cabo Benjamín y otras mesas improvisadas para comer y jugar al póquer. Hace lo mismo con una ensalada de corchos de vino y chapas de cerveza. Un número igual de botellas de vino y cerveza acaba, una a una, en una esquina oscura y sin utilizar del granero. Bobby Shaftoe comprende que ésa será su tarea más satisfactoria, así que se lo toma en serio, lanzando las botellas como un quaterback de Green Bay Packer lanzaría pases en espiral a las seguras manos de los valientes extremos.

Los individuos del SAS regresan del reconocimiento y se produce un cambio de papeles; los marines salen a familiarizarse con el territorio, mientras los del SAS siguen descargando basura. Después de una hora de vagar por ahí, el sargento Shaftoe y los soldados Flanagan y Kuehl llegan a la conclusión de que ese rancho de olivos es una gran plataforma de tierra más o menos en dirección norte—sur. Al oeste, el territorio se eleva marcadamente hacia un pico cónico que se parece sospechosamente a un volcán. Al este, cae, después de algunas millas, hacia el mar. Al norte, la plataforma termina en una zona de matorral intransitable, al sur se abre a más territorio de labranza.

Chattan quería que encontrase una posición estratégica sobre la bahía, lo más accesible posible desde el granero. Shaftoe la encuentra hacia la puesta de sol: una protuberancia rocosa en la ladera del volcán, a media hora a pie al noreste del granero y quizá a unos quinientos pies por encima de él.

Él y los marines están a punto de no encontrar el camino de vuelta al granero porque para entonces está muy bien oculto. Los SAS han puesto pantallas de luz en cada abertura, incluso sobre las pequeñas grietas del tejado derrumbado. Dentro, se han acomodado confortablemente en las zonas de espacio utilizable. Con toda la basura (ahora aumentada con plumas y huesos de pollo, restos de afeitado y mondas de naranja) parece que llevan viviendo allí desde hace un año, lo que, supone Shaftoe, es la idea.

El cabo Benjamín tiene a su disposición un tercio de todo el espacio. Los del SAS lo llaman un cabrón con suerte. Ya ha montado el transmisor, los tubos reluciendo cálidamente, y tiene una increíble cantidad de papeles. En su mayoría viejos y falsos, como las colillas. Pero después de la cena, cuando el sol se ha puesto no sólo aquí sino también en Londres, comienza a enviarlo en código Morse.

Shaftoe conoce el código Morse, al igual que todos los demás. Mientras los tíos y los individuos se reúnen alrededor de la mesa, comenzando las apuestas de lo que promete ser un maratón nocturno de juego de cartas, mantienen un oído en dirección al tecleo del cabo Benjamín. Lo que oyen es basura. En cierto momento, Shaftoe se acerca y mira por encima del hombro de Benjamín, sólo para verificar que no se ha vuelto loco, simplemente para asegurarse de que tiene razón:

XYHEL ANAOG GFQPL TWPKIAOEUT

Y así sigue, durante páginas y páginas.

A la mañana siguiente cavan letrinas y luego proceden a llenarlas hasta la mitad con un par de barriles de mierda cien por cien pura y certificada según las especificaciones de calidad del Ejército de los Estados Unidos. Siguiendo las instrucciones de Chattan, arrojan la mierda por partes, tirando un puñado de periódicos italianos arrugados después de cada porción para dar la sensación de que llegó allí de forma natural. Con la posible excepción de ser entrevistado por el teniente Reagan, éste es el peor trabajo no violento que Shaftoe ha tenido que realizar al servicio de su país. Le da a los demás el resto del día libre, excepto al cabo Benjamín, que se queda despierto hasta las dos de la mañana enviando un galimatías caótico.

Al día siguiente hacen que el puesto de observación tenga un aspecto adecuado. Marchan a él y vuelven por turnos, arriba y abajo, arriba y abajo,

marcando un camino en el suelo, y esparcen algunas colillas y contenedores de bebida junto con algo de mierda genuina y pis genuino. Flanagan y Kuehl cargan con un baúl metálico hasta allí arriba y lo ocultan al abrigo de la roca volcánica. El baúl contiene libros con siluetas de diversos barcos mercantes y militares italianos y alemanes, y guías similares para aeroplanos, así como binoculares, telescopios, cámaras, libros de notas vacíos y lápices.

Aunque en general el sargento Shaftoe dirige el cotarro, le resulta misteriosamente difícil conseguir un momento a solas con el teniente Enoch Root. Root ha estado evitándole desde aquel agitado vuelo en el Dakota. Al final, como al quinto día, Shaftoe consigue engañarle; él y un pequeño contingente dejan a Root solo en el puesto de observación, y luego Shaftoe regresa para atraparle allí.

Root se asombra al ver regresar a Shaftoe, pero no le molesta especialmente. Enciende un cigarrillo italiano y le ofrece uno. Shaftoe descubre, irritado, que él es quien está nervioso. Root está tan tranquilo como siempre.

—Vale —dice Shaftoe—, ¿qué vio? Cuando miró los papeles que pusimos en el carnicero muerto, ¿qué vio?

—Estaban escritos en alemán —dice Root.

—¡Mierda!

—Por suerte —sigue diciendo Root—, tengo ciertos conocimientos de esa lengua.

—Oh, sí… su madre era una teutona, ¿no?

—Sí, misionera médica —dice Root—, en caso de que eso le ayude a disipar algunas de sus ideas preconcebidas sobre los alemanes.

—Y su padre era holandés.

—Correcto.

—Y los dos acabaron en Guadalcanal, ¿por qué?

—Para ayudar a los necesitados.

—Ah, ya.

—También aprendí algo de italiano por el camino. Se oía mucho en la iglesia.

—Joder —exclama Shaftoe.

—Pero mi italiano tiene una carga excesiva del latín que mi padre insistió en que aprendiese. Así que probablemente sonaría demasiado pasado de moda a los nativos. Es más, probablemente les sonaría como si yo fuese un alquimista del siglo XVII o algo así.

—¿Podría pasar por un sacerdote? Eso se lo tragarían.

—Si al final no queda alternativa —dice Root—, intentaré engañarles hablándoles de Dios y veremos qué pasa.

Los dos aspiran los cigarrillos y miran la gran masa de agua que tienen frente a ellos. Shaftoe ha descubierto que se llama la bahía de Nápoles.

—Bien, en todo caso —dice Shaftoe—, ¿qué decían esos papeles?

—Había un montón de información detallada sobre convoyes militares entre Palermo y Túnez. Evidentemente robada a fuentes secretas alemanas —dice Root.

—Convoyes antiguos o…

—Convoyes todavía en el futuro —dice Root con calma.

Shaftoe se termina el cigarrillo, y no habla durante un rato. Al final dice:

—Jodidamente raro.

Se pone en pie y comienza a caminar de regreso el granero.

*OceanofPDF.com*

# El castillo

En cuanto Lawrence Pritchard Waterhouse baja del tren, algún canalla le golpea de lleno en el rostro con un chorro de agua helada salobre. El aluvión continúa mientras camina y comprende que allí no hay nadie. No es más que una cualidad intrínseca de la atmósfera local, como la niebla en Londres.

La escalera que lleva sobre los carrilles a la terminal de Utter Maurby está protegida por un tejado y paredes, formando un órgano gigantesco que resuena con una vibración infrasónica al ser aporreado por el viento y el agua. Al llegar a la parte baja de la escalera, la tormenta desaparece de pronto de su cara y puede permanecer de pie durante un momento y admirar el fenómeno con la atención que merece.

La tormenta ha combinado el viento y el agua en lo que esencialmente es una espuma caótica. Un micrófono sostenido en el aire registraría únicamente ruido blanco: ausencia total de información. Pero cuando el ruido golpea el tubo largo de la escalera, produce una resonancia física que se manifiesta en el cerebro de Waterhouse como un zumbido grave. ¡La física del tubo extrae una estructura coherente del ruido inútil! ¡Si Alan estuviese aquí!

Waterhouse experimenta cantando los armónicos de ese tono grave fundamental: octava, quinta, cuarta, tercera mayor, y siguiente. Cada uno resuena en la escalera en mayor o menor grado. Es la misma serie de notas producida por un instrumento de metal. Saltando de una nota a otra, Waterhouse consigue tocar en la escalera unas llamadas de corneta bastante pasables. La diana le sale bastante decente.

—¡Qué encantador!

Se da la vuelta. Hay una mujer de pie tras él, sujetando una maleta del tamaño de una bala de heno. Tiene como unos cincuenta años, con aspecto de estufa, y llevaba una bonita permanente nueva de gran ciudad hasta segundos antes de bajar del tren. El agua salada le corre por la cara y cuello y desaparece bajo el férreo vestido de lana gris de Qwghlm.

—Señora —dice Waterhouse.

A continuación Waterhouse sube la maleta hasta lo alto de la escalera. Eso los sitúa a los dos, y a todo el equipaje, en un puente estrecho cubierto que pasa sobre los raíles y llega hasta el edificio terminal. El puente tiene ventanas, y Waterhouse sufre un asqueroso ataque de vértigo al mirar por ellas y a través de la media pulgada de lluvia y agua salada que pasa a cada momento frente a ellos en dirección hacia el océano del Atlántico Norte. Ese gran cuerpo de agua está sólo a un tiro de piedra e intenta con todas sus fuerzas acercase aún más. Debe tratarse de una ilusión óptica, pero las partes altas de las olas parecen estar al mismo nivel que el plano donde se encuentran ellos a pesar del hecho de que está al menos a veinte pies del suelo. Cada una de esas olas debe pesar tanto como todos los trenes de carga de Gran Bretaña juntos, y corren hacia ellos implacablemente, golpeando con furia las rocas. Hace que Waterhouse quiera sufrir un ataque, desplomarse y vomitar. Se tapa los oídos.

—¿Es usted músico? —pregunta la dama.

Waterhouse se vuelve para mirarla. La mujer recorre con la vista el uniforme, comprobando las insignias. A continuación lo mira a la cara y le dedica una sonrisa de abuela.

Waterhouse comprende, en ese preciso instante, que la mujer es una espía alemana. ¡Por todos los santos!

—Sólo en tiempos de paz, señora —dice—. Ahora la Marina tiene otros usos para hombres con buenos oídos.

—¡Oh! —exclama—, escucha cosas, ¿no?

Waterhouse sonríe.

—¡Ping! ¡Ping! —dice, imitando el sonido del sonar.

—¡Ah! —responde ella—. Mi nombre es Harriet Qrtt. —Le ofrece la mano.

—Hugh Hughes —dice Waterhouse aceptándola.

—Es un placer.

—El placer es mío.

—Supongo que necesitará un lugar para alojarse. —La mujer enrojece visiblemente—. Perdóneme. He asumido que se dirige a Exterior. —Ese Exterior es el de Qwghlm Exterior. Ahora mismo están en Qwghlm Interior.

—En realidad, es del todo correcto —dice Waterhouse.

Como cualquier otro topónimo en las Islas Británicas, Qwghlm Interior y Exterior son nombres increíblemente inexactos de orígenes antiguos y posiblemente cómicos. Qwghlm Interior ni siquiera es del todo una isla; está conectada por un banco de arena que solía ir y venir con las mareas, pero que ha sido aumentado con un paso elevado que contiene una carretera y una línea de ferrocarril. Qwghlm Exterior está a veinte millas.

—Mi marido y yo gestionamos una pequeña pensión —dice la señora Qrtt—. Sería un honor para nosotros tener en casa a un hombre asdic. —Asdic no es más que el acrónimo británico para lo que los yanquis llamar sonar, pero cada vez que se pronuncia esa palabra en presencia de Alan, adopta una expresión traviesa y comienza a llorar de risa.[12]

Así que acaba en la residencia Qrtt. Waterhouse, el señor Qrtt y la señora Qrtt pasan la noche rodeando la única fuente de calor: un calentador de carbón que ocupa el hueco de la chimenea. De vez en cuando el señor Qrtt abre la puerta y arroja más carbón a las cenizas. La señora Qrtt sirve la cena y espía a Waterhouse. Nota su paso ligeramente asimétrico y consigue sonsacarle que en una ocasión tuvo un encuentro con la polio. Él toca el órgano —en el salón hay un armonio a pedales— y ella lo felicita.

Waterhouse ve por primera vez Qwghlm Exterior a través de un imbornal. Ni siquiera sabe para qué sirve realmente un imbornal, aparte de para vomitar. La tripulación del ferry le dio a él y a la otra media docena de pasajeros instrucciones detalladas sobre cómo vomitar antes de que dejasen atrás el rompeolas de Utter Maurby, siendo el detalle más importante que si te inclinas sobre la barandilla casi con toda seguridad te caerás por la borda. Es mucho mejor ponerse a cuatro patas y apuntar a un imbornal. Pero la mitad de las veces que Waterhouse mira por uno de ellos, no ve agua sino

algún punto distante en el horizonte, o a las gaviotas persiguiendo el ferry, o la silueta en tres puntas característica de Qwghlm Exterior.

Las puntas son columnas de basalto llamadas sghrs. Como estamos en medio de la Segunda Guerra Mundial, y Qwghlm Exterior es la parte de las Islas Británicas más cercana a la acción de la Batalla del Atlántico, ahora está moteada de pequeños cobertizos de radio de color blanco y le han crecido muchas antenas. Hay un cuarto sghr, mucho más bajo que los otros y que se confunde con facilidad con un simple altozano, que se eleva sobre el único puerto de Qwghlm Exterior (y, para ser exactos, único asentamiento sin contar la base naval situada al otro extremo). En lo alto del cuarto sghr se encuentra el castillo, hogar nominal de Nigel St. John Gloamthorpby—Woadmire, que va a convertirse en el nuevo cuartel general del Destacamento 2702.

Un paseo de cinco minutos permite recorrer toda la villa. Un gallo furioso persigue a unas tímidas ovejas por la calle principal. Hay nieve en las elevaciones más altas, pero aquí abajo no es más que un aguanieve gris, indistinguible del empedrado gris hasta que la pisas y caes de culo. La *Enciclopedia Qwghlmiana* usa profundamente el artículo definido: la Villa, el Castillo, el Hotel, el *Pub*, el Muelle. Waterhouse se detiene en el Cagadero para ocuparse de algunas complicaciones posteriores al viaje por mar, y luego sube por la Calle. El Automóvil se sitúa a su lado y le ofrece llevarle; resulta que también es el Taxi. Le lleva dando una vuelta por el Parque donde ve la Estatua (antiguos qwghimianos dando una paliza a desdichados vikingos); el gesto no pasa desapercibido para el Taxista, que se mete en el Parque para que pueda ver mejor.

La Estatua es una de esas que tiene mucho que decir y en consecuencia abarca mucho terreno. El pedestal es una losa de basalto local, cubierto en un lado por lo que Waterhouse reconoce, gracias a la *Enciclopedia Qwghlmiana*… como antiguas runas de Qwghlm. A ojos de un filisteo ignorante, podrían parecer una interminable serie de caóticas equis, ies, uves, guiones, asteriscos y uves invertidas sans—serif. Pero es una perdurable fuente de orgullo para…

—No nos impresionaban los romanos con Julio César —comenta el taxista—, y tampoco nos impresionaba demasiado el alfabeto.

La *Enciclopedia Qwghlmiana* contiene un largo artículo sobre el sistema local de runas. El autor del artículo estaba tan amargado que leerlo es una empresa casi físicamente dolorosa. *La práctica qwghlmiana de rechazar el uso de curvas y bucles, formando todos los glifos con líneas rectas, lejos de ser tosca —como han afirmado algunos estudiosos ingleses — dota a la escritura de una austeridad límpida. Se trata de un estilo de escritura admirablemente funcional en un lugar en el que (después de que los ingleses talasen todos ¡os árboles) la mayor parte de ¡a clase intelectual sufría de congelación bilateral crónica.*

Waterhouse ha bajado la ventanilla para ver mejor; aparentemente alguien ha perdido el Limpiaparabrisas. La brisa fría que le golpea la cara comienza a disipar por fin su mareo, hasta el punto que comienza a preguntarse cómo podría entrar en contacto con la Puta.

Luego comprende, con algo de desilusión, que si la Puta tiene medio cerebro en la cabeza, estará al otro lado de la isla, en la base naval.

—¿Quién es el desdichado? —pregunta Waterhouse. Señala una esquina de la estatua, donde un perdedor flacucho y oprimido, portando un collarín de hierro al cuello y una cadena que cuelga, tiembla y se encoge ante la carnicería impuesta por los fornidos machotes de Qwghlmia. Waterhouse ya conoce la respuesta, pero no puede resistirse a hacer la pregunta.

—¡Hakh! —le suelta el taxista, como si estuviese expectorando flema —. Sólo puedo suponer que era de Qwghlm Interior.

—Claro.

El intercambio parece haber provocado al conductor un humor resentido y vengativo que sólo puede calmarse conduciendo muy deprisa. Debe haber como una docena o más de curvas pronuncias en la carretera que lleva al Castillo, cada una de ellas esmaltada de hielo negro y cargada de peligros mortales. Waterhouse se alegra de no ir caminando, pero las curvas y los patinazos del taxi reavivan su mareo.

—¡Hakh! —dice el conductor, cuando ha recorrido tres cuartos del camino y ha habido silencio durante varios minutos—. Prácticamente le pusieron una alfombra roja a los romanos. Se abrieron de patas para los vikingos. ¡Probablemente a estas alturas sean alemanes!

—Hablando de bilis —dice Waterhouse—. Necesito que se haga a un lado de la carretera. Seguiré caminando desde aquí.

El conductor se sorprende y se molesta, pero cede cuando Waterhouse le explica que la alternativa es una larga y profunda limpieza de la tapicería. Él conductor incluso lleva a Petate hasta lo alto del sghr y lo deja allí.

El Destacamento 2702 llega al Castillo como quince minutos más tarde en la persona de Lawrence Pritchard Waterhouse, marine de los Estados Unidos, que ejerce de avanzadilla. El paseo le sirve para perfilar su historia y meterse en el personaje. Chattan le ha advertido que habrá criados y que éstos ven cosas, y hablan. Sería mucho más conveniente limitarse a enviar a los criados a otra parte, pero sería descortés para con el duque.

—Tendrá —le dijo Chattan— que inventarse un *modus vivendi*. —Una vez que Waterhouse hubo consultado el término, estuvo de acuerdo de todo corazón.

El castillo es un montículo de escombros del tamaño del Pentágono. A sotavento han colocado un tejado funcional, cableado eléctrico y otros adornos como puertas y ventanas. En esa zona, que es todo lo que Waterhouse consigue ver la primera tarde y noche, puedes olvidarte de que estás en Qwghlm Exterior y fingir que te encuentras en un lugar más verde y cálido, como las Tierras Altas de Escocia.

A la mañana siguiente, acompañado por el mayordomo, Ghnxh, se aventura por otras partes del edificio y le encanta descubrir que no puedes llegar hasta ellas sin salir al exterior; los pasillos de conexión internos han sido bloqueados con mortero para frenar la migración estacional de los skrrghs (pronunciado de forma similar a «eskerris»), los mamíferos juguetones de ojos brillantes y larga cola que son las mascotas de las islas. Esa compartimentalización, aunque incómoda, será perfecta para la seguridad.

Tanto Waterhouse como Ghnxh están rodeados de capas y capas de genuina lana de Qwghlm, y éste último carga con la LUCIFER GALVÁNICA. La Lucifer Galvánica tiene un diseño antiguo. Ghnxh, que tiene ya como un centenar de años, no puede más que sonreír con condescendencia ante la linterna de la Marina norteamericana que lleva Waterhouse. Con el tono de voz *sotto voce* que uno emplearía para corregir una inmensa metedura de pata social, le explica que la lucifer galvánica tiene un diseño tan superior que cualquier referencia posterior a la linterna de la Marina sólo serviría para avergonzar a todos los implicados. Guía a

Waterhouse a una habitación especial tras la habitación tras la habitación tras la habitación tras la despensa, una habitación que existe únicamente para el mantenimiento de la lucifer galvánica y el almacenamiento de sus piezas y suministros. El corazón del ingenio es una jarra esférica de vidrio soplado comparable en volumen a una jarra de un galón. Ghnxh, quien sufre de un caso bastante avanzado de hipotermia o Parkinson, mete un embudo de vidrio por el cuello de la jarra. Luego coge un garrafón de vidrio de un estante. El garrafón, que lleva la etiqueta de AGUA REGIA, está lleno de un líquido explosivo de color naranja. Quita la tapa de vidrio, lo abraza y lo inclina para que el fluido naranja comience a caer en el embudo y dentro de la jarra. Allí donde salpica sobre la mesa, sale algo muy similar al humo mientras come un agujero como otros miles de agujeros que ya hay en la mesa. Los vapores llegan hasta los pulmones de Waterhouse; son asombrosamente corrosivos. Tiene que salir tambaleándose de la habitación durante un rato.

Cuando se aventura a regresar, se encuentra a Ghnxh tallando un electrodo a partir de un lingote de carbono puro. El jarro de agua regia ya está tapado, y en él hay suspendida una variedad de ánodos, cátodos y otras sustancias, sostenidas por abrazaderas de oro. Cables gruesos, rodeados de una cubierta aislante de amianto tejido a mano, salen del jarro y llegan hasta la parte importante de la lucifer galvánica: una ensaladera de cobre cuya boca está cerrada por una lente Fresnel como las que se emplean en los faros. Cuando Ghnxh consigue que el electrodo de carbono tenga la forma y el tamaño adecuados, lo mete por una pequeña trampilla a un lado de la ensaladera, y despreocupadamente le da a un interruptor frankensteiniano.

Durante un momento, Waterhouse cree que una de las paredes del edificio se ha desmoronado, exponiéndoles a la luz directa del sol. Pero Ghnxh se ha limitado a activar la lucifer galvánica, que pronto se vuelve diez veces más brillante, a medida que Ghnxh ajusta un tornillo de bronce. Aplastado por la vergüenza, Waterhouse vuelve a meter la linterna en la cartuchera del cinturón, y sale de la habitación delante de Ghnxh, con la lucifer galvánica causándole una sensación palpable de calor en la nuca.

—Tenemos como dos horas hasta que se apague —dice Ghnxh como quien no quiere la cosa.

Vaya que si montan un *modus vivendi*. Waterhouse da una patada a una vieja puerta y a continuación Ghnxh entra en la habitación que hay al otro lado y lanza el rayo de luz como si fuese un lanzallamas, haciendo retroceder a una docena, o un centenar, de eskerris chillones. Waterhouse entra con cautela en la habitación, caminando sobre los restos del tejado o habitación que antes la ocupase. Inspecciona con rapidez el lugar, intentado decidir cuánto esfuerzo sería necesario para hacerlo habitable para cualquier organismo más avanzado.

La mitad del castillo, en un momento u otro, ha sido quemada por una combinación de corsarios beréberes, rayos. Napoleón y fumar en la cama. Los cosarios fueron los que hicieron el mejor trabajo (probablemente tan sólo porque querían mantenerse calientes), o quizá porque los elementos han tenido más tiempo para descomponer lo que las llamas dejaron. En cualquier caso, en esa sección del castillo, Waterhouse encuentra un sitio donde no hay demasiados escombros a retirar, y donde puede rodear con rapidez un espacio con maderas y lonas. Está diametralmente opuesto a la zona del castillo todavía habitada, lo que la expone a las tormentas invernales pero la protege de los ojos entrometidos del personal. Waterhouse se mueve para tomar algunas medidas preliminares, luego se dirige a su habitación, dejando que Ghnxh se encargue del apagado de la lucifer galvánica.

Waterhouse bosqueja algunos planos de las obras, dando por fin algo de uso a sus malgastadas habilidades de ingeniería. Redacta una lista de materiales necesarios, lo que naturalmente implica muchos números: 100 8' 2 x 4 es un ejemplo típico. Escribe la lista una segunda vez, usando letras en lugar de números: UN CENTENAR DE DOS POR CUATRO DE OCHO PIES. Esa forma de expresarlo es potencialmente confusa, por lo que lo cambia para que diga TABLEROS DE DOS POR CUATRO EN NÚMERO DE UN CENTENAR Y LONGITUD DE OCHO PIES.

A continuación saca una hoja de lo que parece papel de contabilidad, dividido verticalmente en grupos de cinco columnas. En esas columnas transcribe el mensaje, ignorando los espacios:

TABLE ROS DE DOSPO RCUAT ROENN UMERO
DEUNC ENTEN ARYLO NGITU DDEOC HOPIES

Y así con todo. Cuando se encuentra con una J. él escribe una I en su lugar, por lo que JUNTA sale como IUNTA. Sólo usa una de cada tres líneas de la página.

Desde que dejó Bletchley Park ha estado llevando varias hojas de papel cebolla en el bolsillo de la camisa; cuando se va a dormir, las pone bajo la almohada. Ahora las saca y elige una de ellas, que lleva un número de serie mecanografiado en la parte alta y por lo demás está llena de letras cuidadosamente escritas como:

ATHWK COGNQ DLTUI CAPRH MULEP

Y demás, hasta la parte de debajo de la página.

Esas hojas fueron mecanografiadas por la señora Tenney, la ya mayor esposa del vicario que trabajó en Bletchley Park. La señora tiene un trabajo peculiar que consiste en lo siguiente: coge dos hojas de papel cebolla, encaja una hoja de papel carbón entre ellas y las mete en la máquina de escribir. Teclea el número de serie en la parte alta. Luego le da a la manivela de un dispositivo empleado en los bingos, que consiste en una jaula esférica que contiene veinticinco bolas de madera, cada una de ellas con una letra impresa (no se usa la letra J). Después de dar vueltas a la jaula el número de veces especificado en el manual de procedimiento, cierra los ojos, mete la mano por una abertura en la jaula y saca al azar una de las bolas. Lee la letra y la teclea, luego vuelve a meter la bola, cierra la abertura y repite el proceso. De vez en cuando, unos hombres de aspecto serio entran en la habitación, intercambian algunas galanterías con ella y se llevan las páginas que ha producido. Esas hojas acaban en manos de hombres como Waterhouse, y hombres en circunstancias infinitamente más desesperadas y peligrosas, por todo el ancho mundo. Se les llama cuadernos de uso único.

Copia las letras del cuaderno de uso único en las líneas libres bajo el mensaje:

TABLE ROSDE DOSPO RCUAT ROENN
ATHWK COGNQ DLTUI CAPRH M U L E P

Cuando termina, dos de cada tres líneas están ocupadas.

Al final, regresa a lo alto de la página por última vez y comienza a repasar las letras de dos en dos. La primera letra del mensaje es T. La primera letra del cuaderno de uso único, justo debajo en la misma columna, es A.

A es la primera letra del alfabeto y para Waterhouse, que lleva demasiado tiempo dedicándose al cifrado, es sinónimo del número 1. De la misma forma, L es equivalente a 19 si trabajas en un alfabeto sin J. Añade 1 a 19 y obtienes 20, que es la letra U. Por lo que en la primera columna bajo la T y la A, Waterhouse escribe U.

El par vertical L, W plantea un problema. Es 11 y 22 que en aritmética normal da 33, que no tiene equivalente en letras; es demasiado grande. Pero ha pasado mucho tiempo desde que Waterhouse realizó aritmética normal. Ha conseguido entrenar su mente para trabajar en aritmética modular; específicamente, módulo 25, lo que significa que lo divides todo por 25 y te quedas sólo con el resto. 33 dividido por 25 es 1 con resto 8. Le deshaces del 1 y el 8 se convierte en la letra H, que es lo que Waterhouse escribe en la columna correspondiente. Por tanto, el primer grupo de código tiene este aspecto.

TA B L E
ATHWK
UUKHP

Al añadir la secuencia al azar ATHOP sobre la secuencia con sentido TABLE, Waterhouse ha producido un galimatías indescifrable. Cuando ha terminado de cifrar todo el mensaje con ese procedimiento, coge una hoja nueva y copia sólo el texto cifrado: UUKHP y demás.

El duque tiene un teléfono de hierro forjado que está a disposición de Waterhouse. Waterhouse lo levanta, llama a la operadora, realiza una llamada a la base naval al otro extremo de la isla y habla con un operador de radio. Le lee letra a letra el mensaje cifrado. El operador lo repite y le informa a Waterhouse que lo transmitirá inmediatamente. Muy pronto, el coronel Chattan. en Bletchley Park, recibirá un mensaje que empieza UUKHP y sigue en la misma vena. Chattan posee la otra copia del cuaderno de uso único de la señora Tenney. Primero escribirá el texto cifrado, usando

una línea de cada tres. Debajo del texto cifrado copiará el texto del cuaderno de uso único:

U U KHP
ATHWK

A continuación realizará una resta allí donde Waterhouse realizó una suma. U menos A es 20 menos 1, lo que da 19, es decir, la letra T. Habiendo descifrado el mensaje completo, se pondrá a trabajar y, al final, tableros de dos por cuatro en número de un centenar aparecerán en el Muelle.

*OceanofPDF.com*

# Por qué

El plan de negocio de Epiphyte Corp. tiene una pulgada de grueso, ni delgado ni grueso para lo que suelen ser. Las páginas interiores han sido editadas profesional y dinámicamente en el portátil de Avi. Las cubiertas están hechas con un papel duro fabricado a mano a partir de paja de arroz, fibras de bambú, cáñamo salvaje y agua cristalina de glaciar por míos artesanos arrugados que trabajan en un templo rodeado por la niebla y esculpido en roca volcánica situado en una isla que sólo es conocida por viajeros aburridos de la Costa Oeste enfundados en spandex y con buena capacidad aeróbica. Calígrafos de la dinastía Ming reconstruidos molecularmente han dibujado sobre la portada un mapa impresionista del mar de China Meridional empleando pinceles de crines de unicornio mojados en tinta manufacturada por monjes estilitas ciegos a base de trozos de carbón vegetal producido al quemar a mano fragmentos de la Cruz Verdadera.

El contenido real del plan de negocio se ajusta a una estructura lógica sacada directamente de los *Principia Mathematica*. Empresarios de más bajo nivel adquieren software para escribir sus planes de negocio: paquetes de texto estandarizado y h1ojas de cálculo, hábilmente interrelacionados de forma que sólo tengas que rellenar algunos huecos. Avi y Beryl han escrito entre los dos tantos planes de negocios que pueden hacerlo de memoria. Los planes de negocios de Avi tienden a seguir esta línea:

MISIÓN: En [nombre de la compañía] creemos firmemente que [hacer lo que sea que queremos hacer] e incrementar el valor de nuestras acciones

no son sólo actividades complementarias: están inextricablemente relacionadas.

PROPOSITO: Incrementar el valor accionarial [haciendo algo].

ADVERTENCIA EXTREMADAMENTE SERIA (impresa en una página distinta en letras rojas sobre fondo amarillo):

A menos que sea tan inteligente como Johann Karl Friedrich Gauss, tan astuto como un limpiabotas ciego de Calcuta, tan duro como el general William Tecumseh Sherman, tan rico como la Reina de Inglaterra, tan emocionalmente resistente como un tan de los Red Sox y, en general, tan capaz de tomar decisiones por sí mismo como el comandante medio de un submarino cargado con misiles nucleares, no se le debería haber permitido acercarse a este documento. Por favor, deshágase de él empleando los mismos procedimientos recomendados para los desechos radiactivos de alto nivel y luego disponga que un cirujano cualificado le ampute los brazos a la altura de los hombros y le saque los ojos de las cuencas. Esta advertencia es necesaria porque en una ocasión, hace cien años, una viejecita de Kentucky invirtió cien dólares en una compañía de artículos de mercería que quebró y sólo le devolvió noventa y nueve. Desde entonces, el gobierno nos viene pisando los talones. Si ignora esta advertencia, siga leyendo por su cuenta y riesgo; es completamente seguro que perderá todo lo que posee y pasará las últimas décadas de su vida luchando con las hordas de termitas en una colonia de leprosos en el delta del Mississippi.

¿Sigue leyendo? Genial. Ahora que hemos asustado a los debiluchos, sigamos con los negocios.

RESUMEN EJECUTIVO: Reuniremos [una cifra de dinero], luego [haremos algo] e incrementaremos el valor accionarial. ¿Quiere detalles? Siga leyendo.

INTRODUCCIÓN: [Esta tendencia], que todo el mundo conoce, y [esta tendencia], que es tan increíblemente arcana que probablemente no la conocía hasta ahora, y [esta otra tendencia de aquí] que podría parecer, en primera impresión, no tener absolutamente ninguna reacción, cuando se consideran juntas nos llevan a la idea (privada, extremadamente patentada, secreta, registrada y sujeta a acuerdos de confidencialidad) que podría incrementar el valor accionarial [haciendo algo]. Necesitaremos $ [una cifra muy grande] y después de [no demasiado tiempo] podremos obtener un

incremento de valor de $ [una cifra todavía mayor], a menos que [el infierno se congele en pleno verano].

DETALLE:

Fase 1: Después de prestar votos de celibato y abstinencia y desechando todas nuestras posesiones materiales a cambio de túnicas fabricadas a mano, nosotros (ver currículos adjuntos) nos trasladaremos a un modesto complejo improvisado con cajas de refrigerados en medio del desierto de Gobi, donde el terreno es tan barato que en realidad nos pagan por ocuparlo, incrementando de esa forma el valor accionarial incluso antes de haber hecho nada. Alimentándonos con una ración diaria consistente en un puñado de arroz crudo y un cucharón de agua, comenzaremos a [hacer cosas].

Fase 2, 3, 4,…, n—1: Nosotros [haremos más cosas, aumentando en el proceso el valor accionarial a muy buen ritmo] a menos que [la tierra sufra el impacto de un asteroide de miles de millas de diámetro, en cuyo caso se tendrán que reajustar ciertas suposiciones; ver las hojas de cálculo 397—413].

Fase n: Antes de que se seque la tinta en nuestros certificados del Premio Nobel, confiscaremos las propiedades de nuestros competidores, incluyendo a cualquiera lo suficientemente estúpido para invertir en sus patéticas compañías. Venderemos a esa gente como esclavos. Las ganancias serán redistribuidas entre los accionistas, que apenas lo notarán, porque como demuestra la hoja de cálculo 265, para entonces la compañía será mayor que el Imperio Británico en su cenit.

HOJAS DE CÁLCULOS: [Hojas y hojas de números en letra diminuta, convenientemente resumidos en gráficas que parecen todas curvas exponenciales en dirección al cielo, aunque se les ha introducido suficiente ruido seudo aleatorio para que parezcan plausibles.]

CURRÍCULOS: Limítese a recordar el primer rollo de *Los siete magníficos* y no tendrá que molestarse con esta parte; tendrá que venir arrastrándose hasta nosotros sobre manos y rodillas y rogar por el privilegio de pagar nuestros salarios.

Para Randy y los demás, el plan de negocio sirve de Torah, calendario maestro, texto motivador y tratado filosófico. Es un documento dinámico y vivo. Las hojas de cálculo son palimpsestos, conectados a las cuentas

corrientes y a los registros financieros de la compañía de forma que se ajustan automáticamente al entrar o salir dinero. Beryl se encarga de ese aspecto. Avi se encarga de las palabras —el plan abstracto subyacente, y los detalles concretos que dan forma a esas hojas de cálculo— que interpretan los números. La parte del plan correspondiente a Avi también muta, cada semana, a medida que recibe nuevos datos de artículos en *Asian Wall Street Journal*, conversaciones con miembros del gobierno en mugrientos karaokes de Shenzhen, datos remotos recogidos por satélites y oscuras revistas técnicas que analizan los últimos avances en la tecnología de fibra óptica. El cerebro de Avi también digiere las ideas de Randy y el resto del grupo y las incorpora al plan. Cada tres meses toman una instantánea del plan de negocio en su estado actual, lo maquillan un poco y lo envían a los inversores.

El Plan Número Cinco está a punto de ser enviado junto con el primer aniversario de la compañía. Un borrador preliminar ha sido enviado a cada uno de ellos hace un par de semanas en un mensaje cifrado, que Randy no se ha molestado en leer, dando por supuesto que conocía su contenido. Pero algunas pequeñas señales que ha recibido los últimos días le indican que sería mejor que se enterase de qué dice de verdad.

Arranca el portátil, lo conecta al teléfono, abre el programa de comunicaciones y marca un número en California. Esto último resulta fácil, porque se trata de un hotel moderno y Kinakuta tiene un sistema telefónico moderno. Si no hubiese sido fácil, muy probablemente hubiese sido imposible.

En un pequeño armario de cableado, mal ventilado, perpetuamente a oscuras y que huele a plástico, instalado en una oficina alquilada por Novus Ordo Seclorum Systems Incorporated, encajada entre una compañía de depósitos y una agencia de viajes chárter en el edificio de oficinas más banal imaginable de la era disco en Los Altos, California, un módem despierta y envía ruidos por el cable. El ruido viaja bajo el Pacífico como un conjunto de centelleos por un filamento de vidrio tan transparente que si el océano estuviese hecho del mismo material, podrías ver Hawai desde California. Finalmente, la información llega hasta el ordenador de Randy, que reenvía ruido como respuesta. El módem de Los Altos es uno de una media docena conectados a la parte de atrás de un mismo ordenador, una

torre PC típica de marca genérica, que lleva ocho meses funcionando noche y día. Hace siete meses apagaron el monitor porque malgastaba electricidad. Luego John Cantrell (que es miembro del consejo de Novus Ordo Seclorum Systems Inc., e hizo las gestiones para colocarlo en el armario de la compañía) tomó prestado el monitor porque uno délos programadores que trabajaba en la última versión de Ordo necesitaba una segunda pantalla. Más tarde, Randy desconectó el teclado y el ratón porque, sin monitor, sólo podían permitir la entrada de información errónea. Ahora no es más que un obelisco blanco que sisea débilmente sin ningún interfaz humano excepto un ciclópeo LED verde que mira directamente a un paisaje de cajas de pizza vacías.

Pero hay un grueso cable coaxial que lo conecta a Internet. El ordenador de Randy habla con él durante unos momentos, negociando los términos de un Protocolo Punto—a—Punto, conexión PPP, y a continuación el pequeño portátil de Randy también forma parte de Internet; puede enviar datos a Los Altos, y el solitario ordenador de allí, que se llama Tombstone,[13] los enviará en la dirección general de cualquiera de las otras varias decenas de millones de máquinas de Internet.

Tombstone, o tombstone.epiphyte.com como es conocido en Internet, vive una poco gloriosa existencia como buzón de correo y caché de archivos. No hace nada que un millar de servicios en línea no pudiese hacer de forma más simple y barata. Pero Avi, que es un genio a la hora de imaginar las peores situaciones horriblemente concebibles, exigió que tuviesen su propia máquina, y que Randy y los otros repasasen el código del sistema operativo línea a línea para verificar que no hubiese agujeros de seguridad. En los escaparates de todas las librerías del Área de la Bahía, apilados en montones, había miles de ejemplares de tres libros diferentes sobre cómo un famoso *cracker* había establecido control total sobre un par de servicios en línea. En consecuencia, Epiphyte Corp., no podía de ninguna forma emplear un servicio en línea para sus archivos secretos mientras afirmaba que se tomaba en serio la protección en nombre de sus accionistas. De ahí tombstone.epiphyte.com.

Randy se conecta y comprueba su correo: cuarenta y siete mensajes, incluyendo uno de hace dos días de Avi (avi@epiphyte.com) con el asunto de: epiphyteBizPlan.5.4.ordo. Plan de Negocio de Epiphyte, quinta edición,

cuarto borrador, con el formato de archivo que sólo puede leer [Novus] Ordo [Seclorum], que es propiedad total de la compañía del mismo nombre, pero cuyas partes más difíciles fueron escritas, curiosamente, por John Cantrell.

Le dice al ordenador que comience la descarga del archivo; va a llevar un rato. Mientras tanto, repasa la lista de los otros mensajes, comprobando los nombres de los remitentes, asuntos y tamaños, intentando decidir, antes de nada, cuántos de ellos puede borrar sin leer.

Destacan dos mensajes porque las direcciones terminan en aol.com, el vecindario del ciberespacio de los padres y niños, pero nunca de los estudiantes, *hackers* o personas que trabajan en alta tecnología. Los dos vienen del abogado de Randy, que intenta separar los asuntos financieros de Randy de los de Charlene con el mínimo rencor posible. Randy siente cómo le sube la presión arterial y miles de capilares del cerebro se hinchan ominosamente. Pero se trata de archivos muy pequeños y los asuntos parecen inocuos, así que se calma y decide no ocuparse de ellos por el momento.

Cinco mensajes tienen su origen en ordenadores con nombres extremadamente familiares: sistemas que son parte de la red de ordenadores del campus que él administraba. Los mensajes vienen de administradores de sistema que tomaron las riendas al irse Randy, tipos que ya hace mucho tiempo que le plantearon las preguntas fáciles, como «¿Cuál es el mejor sitio para pedir pizza?» y «¿Dónde has escondido la grapadora?» y ahora han llegado al punto de enviarle trozos de código incomprensible que escribió hace años acompañados de preguntas como: «¿Se trata de un error o de algo increíblemente inteligente que todavía no comprendo?» Randy se niega a contestar esos mensajes por ahora.

Hay como una docena de mensajes de amigos, algunos de ellos enviándole chistes de la red que ya ha visto un centenar de veces. Otra docena de miembros de Epiphyte Corp., en su mayoría referente a los detalles de los itinerarios a medida que todos convergen en Kinakuta para la reunión de mañana.

Eso deja más o menos una docena de mensajes que pertenecen a una categoría especial que no existía hasta una semana antes, cuando se publicó un nuevo número de *TURING Magazine*, con un artículo sobre el proyecto

de refugio de datos de Kinakuta y una fotografía en portada de Randy en un bote en Filipinas. Avi había realizado gestiones para colocar ese artículo y tener algo que agitar frente a los otros participantes en la reunión de mañana. *TURING* es una revista tan visual que no puede leerse sin la protección de gafas de soldar, y por tanto insistieron en tener una fotografía. Enviaron un fotógrafo a la Cnpta, que les resultó visualmente carente de interés. Se produjo una situación de nervios. El fotógrafo fue enviado a la bahía de Manila donde capturó a Randy de pie sobre la cubierta de un bote cerca de una gran rueda de cable naranja, y de fondo un volcán elevándose sobre la contaminación. La revista no llegará a los quioscos hasta dentro de un mes, pero el artículo lleva una semana en la web, donde instantáneamente se convirtió en tema de discusión en la lista de discusión de Adeptos al Secreto, que es donde todos los tíos chachis como John Cantrell se reúnen para discutir los ultimísimos algoritmos de hashing y generadores de números seudo aleatorios. Como Randy aparecía en la fotografía, erróneamente se han centrado en él considerándolo más responsable de lo que realmente es. Eso ha producido una nueva categoría de mensajes en el buzón de Randy: consejos no solicitados y críticas de criptofrikis de todo el mundo. Por el momento hay catorce de esos mensajes en su bandeja de entrada, ocho de ellos de una persona, o personas, que se identifica, o identifican, como Almirante Isoroku Yamamoto.

Sería tentador ignorarlos, pero el problema es que una mayoría importante en la lista de Adeptos al Secreto son como diez veces más inteligentes que Randy. Puedes entrar en la lista en cualquier momento y encontrar a un profesor de matemáticas de Rusia liándose a hostias con un profesor de matemáticas de la India, kilobyte a kilobyte, sobre un aspecto pasmosamente retorcido de la teoría de los números primos, mientras un joven genio matemático de dieciocho años de Cambridge salta cada par de días con una explicación aún más pasmosa de por qué los dos se equivocan.

Por tanto, cuando gente así te manda un correo, Randy intenta al menos mirarlo por encima. Recela un poco de los que se identifican como Almirante Isoroku Yamamoto, o con el número 56 (que es un código que significa Yamamoto). Pero el que tengan opiniones políticas que bordean la excentricidad no quiere decir que no sepan nada de matemáticas.

Para: randy@tombstone.epiphy1e.com
De: 56@laundry.org
Asunto: Refugio de datos
¿Tiene disponible en algún sitio una clave pública? Me gustaría cruzar mensajes con usted pero no quiero que Paul Comstock los lea:) Mi clave pública por si quiere responderme es
—INICIO DE BLOQUE ORDO DE CLAVE PÚBLICA—
[líneas y líneas de galimatías]
—FIN DE BLOQUE ORDO DE CLAVE PUBLICA—
Su concepto de refugio de datos es bueno pero tiene limitaciones importantes. ¿Qué pasarla si el gobierno de Filipinas corta su cable? ¿0 si el buen sultán cambia de opinión, decide nacionalizar todos sus ordenadores y leer todos los discos? Lo que se precisa no es UN refugio de datos sino una RED de refugios de datos; es más robusto, de la misma forma que Internet es las robusta que una única máquina.
Firmado
El Almirante Isoroku Yamamoto que firma este mensaje así:
—INICIO DE BLOQUE ORDO DE FIRMA—
(líneas y líneas de galimatías)
—FINAL DEL BLOQUE ORDO DE FIRMA—

Randy cierra ese mensaje sin leerlo. Avi no quiere que hablen con s Adeptos al Secreto por temor a que más tarde les acusen de haber bado ideas, por lo que contesta a todos esos correos con un modelo — carta redactada por un abogado de propiedad intelectual al que Avi igó diez mil dólares.

Lee otro mensaje simplemente por la dirección de envío:

De: root@pallas.eruditorum.org

En una máquina UNIX, «root» es el nombre del más divino de todos los usuarios, el que puede leer, borrar o alterar cualquier archivo, que puede ejecutar cualquier programa, el que puede añadir cualquier usuario o eliminar a cualquiera de los existentes. Por tanto, recibir un mensaje de alguien que tiene como nombre de cuenta «root» es como recibir una carta de alguien que ostenta el título de «Presidente» «General» en el membrete. Randy ha sido root en varios sistemas diferentes, algunos de los cuales valían decenas de millones de dólares, y cortesía profesional exige que al menos lea el mensaje:

He leído sobre vuestro proyecto—. ¿Por qué lo hacéis?

Seguido de un bloque de firma Ordo.

Uno debe asumir que se trata de un intento de iniciar una especie de debate filosófico. Discutir con desconocidos anónimos en Internet es un juego de idiotas porque casi siempre resultan ser —o son indistinguibles de

— quinceañeros petulantes con cantidades infinitas de tiempo libre. Y, sin embargo, la dirección «root» indica que esa persona está al cargo de una gran instalación informática, o (mucho más probable) dispone de un ordenador Finux en su escritorio. Incluso un usuario doméstico de Finux debe estar a varios niveles por encima del diletante navegante de Internet medio.

Randy abre una ventana terminal y teclea *whois eruditorum.org* y un segundo después recibe un bloque de texto de InterNIC:

```
eruditorum.org (Societas Eruditorun)
```

seguido de una dirección de correo: un apartado en Leipzig, Alemania.

A continuación aparecen unos números de contacto. Todos tienen el prefijo del área de Seattle. Pero los tres dígitos a continuación, después del prefijo, le resultan familiares, y los reconoce como una pasarela a un servicio de reenvío, muy popular entre los que se mueven mucho, que rebotará tus llamadas, correos, faxes, etc. a allí donde te encuentres en ese momento. Avi, por ejemplo, lo usa continuamente.

Bajando, Randy encuentra:

```
Ultima actualización del registro en 1 8-Nov-98.
Registro creado en l-Mar-90.
```

El «90» destaca. Es una fecha prehistórica en lo que a Internet se refiere. Indica que la Societas Eruditorum iba muy por delante. Especialmente tratándose de un grupo con sede en Leipzig, que hasta más o menos esa fecha era parte de la Alemania Oriental.

```
Servidores de dominio:
NS.SF.LAUNDRY.ORG
```

…seguido de la dirección IP de laundry.org, que es un servicio para convertir los paquetes de datos en anónimos y que muchos Adeptos al Secreto emplean para que nadie pueda seguir sus comunicaciones.

El resultado no prueba nada, pero aun así, Randy no puede limitarse a asumir que el mensaje viene de un quinceañero aburrido. Probablemente debería dar alguna respuesta. Pero teme que la tomen como una invitación para alguna oferta empresarial: probablemente alguna empresa sarnosa de alta tecnología que busca capital.

Muy probablemente, en la última versión del plan de negocio habrá alguna explicación de por qué Epiphyte(2) está construyendo la Cripta. Randy puede limitarse a cortarla y pegarla en respuesta a root@pallas.eruditorum.org. Será algo vaporoso para agradar a los accionistas, y por tanto alienante. Con suerte, desanimará a esa persona y no le molestará más. Randy pincha dos veces en el icono ojo/pirámide de Ordo, y éste abre una pequeña ventana de texto en la pantalla donde le invita a teclear comandos. Ordo también dispone de un encantador interfaz gráfico, pero Randy lo desprecia. Nada de menús y botones para él. Escribe

```
>descifrar epiphyteBizPlan.5.4.ordo
```

El ordenador responde con

```
Verifique su identidad: introduzca la frase de paso o «bio» para optar por la
verificación biométrica.
```

Antes de que Ordo descifre el archivo, debe tener la clave privada: todos sus 4096 bits. La clave está almacenada en el disco duro de Randy. Pero los tipos malos podrían meterse en las habitaciones del hotel y leer el contenido del disco duro, por lo que la clave en sí está cifrada. Para poder descifrarla. Ordo precisa la clave para la clave, que es (en la única concesión de Cantrell a la comodidad del usuario) una frase: una cadena de palabras, más fácil de recordar que 4096 dígitos binarios. Pero debe ser una frase larga o sería demasiado fácil descubrirla.

La última vez que Randy cambió su frase de paso, estaba leyendo otras memorias de la Segunda Guerra Mundial. Teclea:

```
>con gritos roncos de BANZAI, los nipos borrachos surgieron de las trincheras, sus
espadas y bayonetas relucían bajo los rayos de nuestros reflectores…
```

y pulsa «enter». Ordo responde

```
frase de paso incorrecta
reescriba la frase o «bio» para optar por la verificación biométrica.
```

Randy maldice y lo intenta unas cuantas veces más, con ligeros cambios de puntuación. No va.

Por la desesperación y la curiosidad, prueba:

```
bio
```

Y el software responde:

```
no ha sido posible localizar el archivo de configuración biométrica. Hable con
Cantrell
```

Lo que no es, por supuesto, parte normal del software. Ordo no viene con verificación biométrica, ni sus mensajes de error identifican a John Cantrell, o a cualquier otro, por su nombre. Aparentemente, Cantrell ha escrito un módulo *plug-in*, un pequeño añadido, y lo ha distribuido entre sus amigos de Epiphyte(2).

—Genial. —Randy coge el teléfono y marca el número de la habitación de John Cantrell. Al tratarse de un hotel nuevo y moderno, le responde un buzón de voz en el que John se ha molestado en grabar algo informativo.

—Le habla John Cantrell de Novus Ordo Seclorum y Epiphyte Corporation. Para aquellos que hayan llamado empleando mi número telefónico universal y por tanto no tienen ni idea de en dónde me encuentro, me alojo en el hotel Foote Mansión en el sultanado de Kinakuta; por favor, consulten un atlas de calidad. Son las cuatro de la tarde, jueves, 21 de marzo. Probablemente me encuentro en el Bomba y Arpeo.

El Bomba y Arpeo es el bar con tema pirata del hotel y no es tan cutre como suena. Está decorado (entre otros recuerdos que bien podrían estar en un museo) con varios cañones que parecen auténticos. John Cantrell está sentado en una esquina, con aspecto de encontrarse tan en casa como puede estarlo un hombre con sombrero de *cowboy*. Frente a él tiene el portátil abierto sobre la mesa junto a una bebida con ron que le han servido en una sopera. Una pajita de medio metro de largo la conecta con la boca de Cantrell. Sorbe y teclea. Observándole incrédulos hay un grupo de hombres de negocios chinos de aspecto feroz sentados en la barra; cuando ven que Randy entra, arrastrando su portátil, cuchichean. «¡Ahora hay dos!»

Cantrell levanta la vista y sonríe, algo que no puede hacer sin parecer diabólico. El y Randy se dan la mano triunfantes. Aunque en realidad sólo han estado dando vueltas por ahí en aviones 747, se sienten como Stanley y Livingstone.

—Bonito bronceado —dice Cantrell maliciosamente, aunque sin bigote que retorcer. Randy, pillado con la guardia baja, comienza a hablar y se

detiene dos veces, y al final agita la cabeza reconociendo la derrota. Los dos hombres ríen.

—El bronceado es de los barcos —dice Randy—, no por disfrutar de la piscina del hotel. Llevo dos semanas apagando fuegos por todas partes.

—Espero que nada que afecte al valor accionarial —dice Cantrell socarrón.

Randy dice:

—Tú pareces alentadoramente pálido.

—Todo está bien en mi parte —dice Cantrell—. Tal y como predije; un montón de Adeptos al Secreto quieren trabajar en un refugio de datos de verdad.

Randy pide una Guinness y dice:

—También predijiste que muchos de ellos resultarían ser escurridizos e indisciplinados.

—A esos no los contraté —responde Cantrell—. Y con Eb encargándose de las cosas raras, hemos podido superar los pocos obstáculos que nos hemos encontrado.

—¿Has visto la Cripta?

Cantrell arquea una ceja y le dedica una imitación perfecta de la mirada paranoica.

—Es como ese bunker de la fuerza aérea de Colorado Springs —dice.

—¡Sí! —Randy ríe—. Cheyenne Mountain.

—Es demasiado grande —anuncia Cantrell. Sabe que Randy está pensando justo lo mismo.

Por tanto, Randy decide jugar a ser el abogado del diablo.

—Pero el sultán lo hace todo a lo grande. Hay grandes retratos suyos en el gran aeropuerto.

Cantrell niega con la cabeza.

—El Ministerio de Información es un proyecto serio. El sultán no lo concibió. Fueron los tecnócratas.

—Por lo que sé, Avi le hizo un poco la pelota…

—Como sea. Pero la gente que está detrás, como Mohammed Pragasu, son todos del estilo de la escuela empresarial de Stanford. Graduados de

Oxford y la Sorbona. Los alemanes han diseñado hasta los topes de las puertas. La caverna no es un monumento al sultán.

—No, no es un proyecto vanidoso —admite Randy, pensando en la helada sala de máquinas que Tom Howard está construyendo a un millar de pies por debajo de ese bosque de las nubes.

—Por tanto, debe haber alguna explicación racional a por qué es tan grande.

—¿Podría estar en el plan de negocio? —aventura Randy.

Cantrell se encoge de hombros; él tampoco lo ha leído.

—El último que leí de principio a fin fue el Plan Uno. Hace un año —admite Randy.

—Era un buen plan de negocio —dice Cantrell[14]

Randy cambia de tema.

—He olvidado mi frase de paso. Necesito hacer esa cosa biométrica.

—Aquí hay demasiado ruido —responde Cantrell—, actúa escuchando tu voz, haciendo un Fourier y recordando unos números clave. Lo haremos más tarde en mi habitación.

Sintiendo la necesidad de explicar por qué no se ha mantenido al día con el correo, Randy dice:

—He estado totalmente obsesionado, relacionándome con los de AVCLA en Manila.

—Cierto. ¿Cómo va eso?

—Mira. Mi trabajo es muy simple —dice Randy—. Tenemos ese enorme cable nipón desde Taiwán hasta Luzón. Un *router* en cada extremo. Luego está la red de cables cortos entre islas que los de AVCLA están tendiendo en Filipinas. Cada segmento de cable, como ya sabes. Se inicia y termina en un *router*. Mi trabajo consiste en programar los *routers*, asegurándome de que los datos tendrán siempre un camino libre desde Taiwán hasta Kinakuta.

Cantrell aparta la vista, temiendo que vaya a aburrirse. Randy prácticamente se lanza sobre la mesa, porque sabe que no tiene nada de aburrido.

—¡John! ¡Eres una importante compañía de tarjetas de crédito!

—Vale. —Cantrell lo mira a los ojos, ligeramente acobardado.

—Almacenas tus datos en el refugio de datos de Kinakuta. Precisas descargar un terabyte de datos cruciales. Inicias el proceso… tus datos cifrados pasan volando por Filipinas a un ritmo de un gigabyte por segundo, hasta Taiwán y de ahí a Estados Unidos. —Randy se detiene, traga Guinness, aumentando el dramatismo—. Entonces, un ferry zozobra al salir de Cebú.

—¿Y?

—Y en menos de diez minutos, cien mil filipinos levantan el teléfono simultáneamente.

Cantrell llega al punto de darse un golpe en la frente.

—¡Oh, Dios mío!

—¡Ahora lo comprendes! He estado configurando esta red de forma que pase lo que pase los datos sigan fluyendo a la compañía de tarjetas de crédito. Quizás a velocidad reducida… pero fluyen.

—Bien, comprendo que eso te mantenga ocupado.

—Y por esa razón sólo llevo a buen ritmo lo de esos *routers*. Y por cierto, son buenos *routers*, pero no tienen la capacidad suficiente para alimentar una Cripta de ese tamaño, o justificarla económicamente.

—Lo esencial de la explicación de Avi y Beryl —dice Cantrell— es que Epiphyte ya no es la única compañía portadora hasta la Cripta.

—Pero estamos tendiendo el cable desde aquí a Palawan…

—Los lacayos del sultán han estado haciendo negocios —dice Cantrell —. Avi y Beryl se muestran vagos, pero comparando notas con Tom y leyendo las hojas de té, he llegado a la conclusión de que hay otro cable, quizá dos, viniendo hacia Kinakuta.

—¡Guau! —dice Randy. Es lo único que se le ocurre—. ¡Guau! —Se bebe la mitad de la Guinness—. Tiene sentido. Si van a hacerlo una vez con nosotros, pueden hacerlo de nuevo con otros portadores.

—Nos usaron como palanca para atraer a otros —dice Cantrell.

—Bien… entonces, la pregunta es: ¿sigue siendo necesario el cable desde Filipinas? ¿O deseado?

—Sí —dice Cantrell.

—¿Lo es?

—No. Quiero decir que sí, que ésa es exactamente la pregunta.

Randy lo medita.

—En realidad, podría ser positivo para tu parte de la operación. Más entradas a la Cripta implican más negocios a la larga.

Cantrell arquea las cejas, algo preocupado por los sentimientos de Randy. Randy se recuesta en la silla y dice:

—Ya hemos debatido anteriormente si tenía sentido que Epiphyte estuviese tonteando con cables y *routers* en Filipinas.

Cantrell responde:

—El plan de negocio siempre ha defendido que tendría sentido económico tender un cable hasta Filipinas incluso si la Cripta no existiese.

—El plan de negocio estaba obligado a decir que la red intra—Filipinas podía convertirse en un negocio independiente y sobrevivir —dice Randy —, para justificar que lo hiciésemos.

Ninguno de los dos precisa decir más. Se han estado concentrando intensamente el uno en el otro durante un buen rato, apartándose del resto del bar con sus posturas, y ahora, de forma espontánea, los dos se recuestan, se estiran y empiezan a echar vistazos a su alrededor. Casualmente eligen el mejor momento, porque Goto Furudenendu acaba de entrar con un pelotón de lo que Randy supone son ingenieros civiles: hombres nipones muy cuidados, de aspecto sano y como de treinta y tantos. Randy los invita con una sonrisa, luego llama al camarero y le pide algunas de esas grandes botellas de cerveza nipona.

—Esto me lo ha recordado: los Adeptos al Secreto van tras de mí —dice Randy.

Cantrell sonríe, mostrando algo de admiración por esos locos de los Adeptos al Secreto.

—La gente inteligente y furiosamente paranoica es la columna vertebral de la criptología —dice—, pero no siempre entienden de negocios.

—Quizá los entienden demasiado bien —dice Randy. Siente algo de molestia residual porque vino al Bomba y Arpeo a responder la pregunta planteada por root@eruditorum.org («¿Por qué lo hacéis?») y todavía no conoce la respuesta. Es más, sabe menos que antes.

Luego se les unen los hombres de Goto y resulta que justo en ese momento aparecen Eberhard Fóhr y Tom Howard. Se produce una explosión combinatoria de intercambio de tarjetas y presentaciones. Parece

que el protocolo exige mucha bebida social. Inadvertidamente. Randy ha desafiado la amabilidad de esos tipos pidiéndoles cerveza, y deben demostrar que no se les puede ganar en semejante juego. Se unen mesas y todo se vuelve increíblemente jovial. Eb también debe pedir cerveza para todos. Muy pronto, las cosas han degenerado en karaoke. Randy se pone en pie y canta *Me and Yon and a Dog Named Boo*. Se trata de una buena elección, porque es una canción relajante y tranquila que no exige demasiada expresividad emocional. Ni, ya puestos, habilidad para la canción.

En cierto momento, Tom Howard pasa un brazo fornido sobre el respaldo de la silla de Cantrell para poder gritarle mejor al oído. Sus brazaletes eutropianos gemelos, grabados con el mensaje «Hola Doctor, por favor, congéleme de la siguiente forma», brillan y son bastante evidentes. Randy se pone nervioso porque cree que los nipones van a darse cuenta y van a empezar a hacer preguntas extremadamente difíciles de contestar. Tom le está recordando algo a Cantrell (por alguna razón, siempre se refieren a Cantrell de esa forma; algunas personas han nacido para que las llamen por su apellido). Cantrell asiente y dedica a Randy una mirada rápida y algo furtiva. Cuando Randy se la devuelve, Cantrell baja la vista disculpándose y se dedica a retorcer nervioso la botella de cerveza entre las manos. Tom sigue dedicando a Randy una mirada de interés. Todas esas miradas hacen que Randy, Tom y Cantrell acaben en el extremo de la barra más alejado de los altavoces del karaoke.

—Así que conoces a Andrew Loeb —dice Cantrell. Queda claro que está consternado por ese hecho pero también algo impresionado, como si acabase de descubrir que Randy en una ocasión había matado a un hombre a golpes con las manos desnudas y que nunca se hubiese molestado en comentarlo.

—Cierto —dice Randy—. Tan bien como alguien puede conocer a un tipo así.

Cantrell está prestando una diligencia excesiva al proyecto de arrancar la etiqueta de la botella y por tanto es Tom quien recoge el testigo.

—¿Hicisteis negocios juntos?

—En realidad no. ¿Puedo preguntar cómo sabéis esas cosas? Es decir, para empezar, ¿cómo sabéis siquiera que Andrew Loeb existe? ¿Por lo del

digibomber?

—Oh, no… fue después. Andy se convirtió en una figura importante en algunos de los círculos que Tom y yo frecuentamos —dice Cantrell.

—Los únicos círculos en los que puedo imaginarme a Andy serían fanáticos de la supervivencia con métodos primitivos y personas que creen haber sufrido abusos en rituales satánicos.

Randy lo dice sin pensar, como si su boca fuese un teletipo mecánico que imprime una predicción meteorológica. El comentario queda como colgando.

—Eso ayuda a rellenar algunas lagunas —dice Tom al fin.

—¿Qué pensaste cuando el FBI registró su cabaña? —pregunta Cantrell, a quien le ha vuelto la sonrisa.

—No sabía qué pensar —dice Randy—. Recuerdo que vi el vídeo en las noticias… los agentes saliendo de esa choza con cajas de pruebas, y pensé que mi nombre debía estar en alguno de esos papeles. Que de alguna forma acabaría implicado en el caso.

—¿El FBI llegó a ponerse en contacto contigo? —pregunta Tom.

—No. Creo que una vez que lo examinaron todo, llegaron con rapidez a la conclusión de que no era el digibomber, y lo tacharon de su lista.

—Bien, no mucho después de que pasase eso, Andy Loeb se presentó en la Red —dice Cantrell.

—Me resulta imposible de creer.

—Para nosotros también lo fue. Es decir, todos habíamos recibido copias de sus manifiestos… impresos sobre papel reciclado gris, que era como las hojas de pelusa que sacas del filtro de la secadora.

—Empleaba una tinta orgánica, con base de agua, que escamaba como si fuese caspa negra —dice Tom.

—Bromeábamos diciendo que teníamos polvo de Andy sobre la mesa —dice Cantrell—. Así que cuando un tipo llamado Andy Loeb se presentó en la lista de correo de Adeptos al Secreto, y el grupo de noticias de Eutropia, enviando todas esas diatribas larguísimas, nos negamos a creer que fuese él.

—Pensamos que alguien había conseguido escribir unas parodias realmente brillantes de su estilo —dice Cantrell.

—Pero cuando siguieron llegando, día tras día, y empezó a meterse en largos diálogos con la gente, se hizo evidente que era él —se queja Tom.

—¿Cómo lo justificó siendo un ludita?

Cantrell:

—Dijo que siempre había considerado los ordenadores una fuerza que alienaba y atomizaba la sociedad.

Tom:

—Pero como resultado de ser por un tiempo el sospechoso digibomber número uno, a la fuerza había sido consciente de Internet, que había cambiado los ordenadores conectándolos.

—¡Oh, Dios mío! —dice Randy.

—Y que había estado reflexionando sobre Internet mientras hacía lo que sea que Andrew Loeb hace —continuó Tom.

Randy:

—Ponerse en cuclillas, desnudo, en ríos de montaña helados mientras estrangula roedores con las manos desnudas.

Tom:

—Y comprendió que los ordenadores podían ser una herramienta para unir la sociedad.

Randy:

—Y apuesto a que él era justo el tío para unirla.

Cantrell:

—Bueno, no está muy lejos de lo que dijo.

Randy:

—Ya, ¿vais a decirme que se ha convertido en un eutropiano?

Cantrell:

—Bueno, no. Más bien descubrió un cisma en el movimiento Eutropia que nosotros no conocíamos, y ha creado su propio grupo separado.

Randy:

—Creía que los eutropianos eran individualistas hasta la médula, libertarios puros.

—¡Bueno, sí! —dice Cantrell—. Pero la premisa básica del eutropianismo es que la tecnología nos ha convertido en post-humanos. El *Homo sapiens* más la tecnología es a todos los efectos una especie

totalmente nueva: inmortal, omnipresente debido a la RED, y camino de la omnipotencia. Ahora bien, los primeros en decir esas cosas fueron libertarios.

Tom dice:

—Pero la idea ha atraído a todo tipo de personas… incluyendo a Andy Loeb. Se presentó un día y empezó a hablar de mentes colmena.

—Y por supuesto, fue flameado hasta quedar frito por la mayoría de los eutropianos, porque el concepto para ellos es anatema —dice Cantrell.

Tom:

—Pero siguió con el tema, y después de un tiempo, hubo personas que empezaron a estar de acuerdo con él. Resultó que había una facción bastante sustancial entre los eutropianos a los que no les importaba especialmente el libertarismo y a los que la idea de la mente colmena les resultaba atractiva.

—¿Ahora Andy es el líder de esa facción?—pregunta Randy.

—Supongo que sí —dice Cantrell—. Se separaron y formaron su propio grupo de noticias. Hace como seis meses que no sabemos nada de ellos.

—¿Cómo supisteis de la conexión entre Andy y yo?

—De vez en cuando todavía se presenta en el grupo de Adeptos al Secreto —dice Tom—. Y últimamente se ha hablado mucho de la Cripta.

Cantrell dice:

—Cuando se enteró de que tú y Avi estabais metidos en el asunto, envió una enorme diatriba… veinte o treinta K de frases unas tras otras. No demasiado elogiosas.

—Ya, Jesús. ¿Qué coño le pasa? Ganó el caso. Me arruinó por completo. Uno pensaría que tendría cosas mejores que hacer que preocuparse de agua pasada —dice Randy. golpeándose el pecho—. ¿No tiene trabajo?

—Hace algo de derecho —contesta Cantrell.

—¡Ja! Me lo imagino.

—Nos ha estado atacando —dice Tom—. Sucios capitalistas. Atomizamos la sociedad. Hacemos que el mundo sea un lugar más seguro para los traficantes de drogas y los cleptócratas del Tercer Mundo.

—Bien, al menos hay algo en lo que sí tiene razón —dice Randy. Está encantado de tener una respuesta, al fin, a la pregunta de por qué están construyendo la Cripta.

*OceanofPDF.com*

# Maniobra retrógrada

Sio es un cementerio de barro. Aquellos que han dado sus vidas por el emperador compiten por espacio con aquellos dispuestos a darla. Extraños aviones norteamericanos de cola hendida descienden desde el sol cada día para asesinarlos con una terrible lluvia de fuego aéreo y las repugnantes explosiones de las bombas, así que duermen en tumbas abiertas y sólo salen de noche. Pero las fosas rebosan de aguas pestilentes que se agitan con formas de vida hostiles y, al ponerse el sol, la lluvia les golpea, haciendo penetrar en sus huesos el frío de las grandes altitudes. Hasta el último hombre de la 20 División sabe que no saldrá vivo de Nueva Guinea, así que sólo queda elegir la forma de morir: ¿rendirse para ser torturados y luego masacrados por los australianos? ¿Ponerse una granada en la cabeza? ¿Quedarse donde están para ser asesinados por los aviones durante todo el día y durante toda la noche por la malaria, la disentería, el tifus, el hambre y la hipotermia? ¿O recorrer a pie las doscientas millas que atraviesan montañas y ríos desbordados para llegar hasta Madang, lo que es equivalente al suicidio incluso en tiempo de paz y disponiendo de comida y medicinas…?

Pero eso es lo que se les ordena hacer. El general Adachi vuela hasta Sio —en el primer avión amigo que han visto en semanas—, aterriza en el campo ponzoñoso que llaman pista de aterrizaje y ordena la evacuación. Deben trasladarse al interior en cuatro destacamentos. Regimiento a regimiento, entierran a los muertos, guardan lo que queda del equipo, amontonan la poca comida que les queda, esperan la oscuridad y emprenden el camino hacia las montañas. Los segmentos posteriores

pueden seguir el rastro por el olor, siguiendo la peste de la disentería y los cadáveres que los grupos de avance van arrojando como mendrugos de pan.

Los oficiales de mayor graduación se quedan atrás, y el pelotón de radio se queda con ellos; sin un potente emisor de radio, y la parafernalia criptográfica que lo acompaña, un general no es un general, una división no es una división. Por fin, dejan de emitir y comienzan a desmontar el transmisor en piezas lo más pequeñas posible, que por desgracia no son tan pequeñas; un transmisor de división es una bestia potente, construida para enviar rayos a la ionosfera. Tiene un generador eléctrico, transformadores y otros componentes que no pueden fabricarse para que sean ligeros. Los hombres del pelotón de radio, a los que ya les resultaría difícil mover el peso de sus propios esqueletos más allá de las montañas y los ríos tumultuosos, cargarán con el peso adicional de bloques de motor, tanques de combustible y transformadores.

Y el gran arcón de acero con todos los libros de claves. Esos libros pesaban como un muerto cuando estaban secos; ahora están mojados. Cargar con ellos va más allá de lo imaginable. El reglamento indica que hay que quemarlos.

Los hombres del pelotón de radio de la 20 División no se sienten en este momento demasiado inclinados hacia el humor, ni siquiera el ceñudo humor sardónico tan típico de los soldados. Si algo en este mundo es capaz de hacerles reír en esta situación es la idea de intentar montar una hoguera con libros de códigos húmedos, en un pantano y durante una tormenta. Podrían quizá quemarlos si usasen un montón de combustible de avión, más de que realmente tienen. Además, el incendio produciría una altísima torre de humo que atraería a los P—38 como el olor de la carne humana atrae a los mosquitos.

Quemarlos puede no ser necesario. Nueva Guinea es un torbellino aullador de podredumbre y destrucción; lo único que aguanta son las piedras y las avispas. Arrancan las tapas para devolver a casa una prueba de que han sido destruidos, luego meten los libros en el arcón y lo entierran en la orilla de un río especialmente vengativo.

No es una idea demasiado buena. Pero les han estado bombardeando intensamente. Incluso si la metralla no te da, la onda de choque de la bomba es como una pared de piedra que se mueve a seiscientas millas la hora. Al

contrario que un muro de piedra, atraviesa tu cuerpo, como un destello de luz atraviesa una figurita de vidrio. Al recorrer tu carne, lo mueve todo hasta el nivel de las mitocondrias, alterando cada uno de los procesos en cada una de las células, incluyendo lo que sea que permite a tu cerebro llevar la cuenta del tiempo y experimentar el mundo. Unas pocas de esas detonaciones son suficientes para romper el hilo de conciencia en una maraña de filamentos cortos y enrollados. Esos hombres no son tan humanos como cuando salieron de sus casas; no se puede esperar que piensen con claridad o que hagan las cosas por buenas razones. Meten barro en el arcón, no como procedimiento para deshacerse de él sino como una especie de ritual, para mostrar el respeto adecuado a su sedimento de extraña información.

Luego se echan a los hombros la carga de hierro y arroz y comienzan a avanzar hacia la montaña. Sus camaradas han dejado un sendero pisoteado que ya está regresando a la jungla. Las marcas del camino son cuerpos —ahora ya convertidos en campos de batalla apestosos— disputados por muchedumbres frenéticas de microbios, bichos, bestias y pájaros jamás catalogados por los científicos.

*OceanofPDF.com*

# Huffduff

Plantan el mástil de huffduff incluso antes de tener un tejado sobre las nuevas instalaciones del Destacamento 2702, y levantan la antena huffduff incluso antes de tener electricidad para emplearla. Waterhouse hace todo lo que puede por fingir que le importa. Se lo hace saber a los operarios: grandes grupos de tanques enfrentándose en el desierto africano puede que sean gallardos y románticos, pero la verdadera batalla de esta guerra (ignorando, como siempre, el frente asiático) es la Batalla del Atlántico. No podemos ganar la Batalla del Atlántico sin hundir algunos submarinos, y no podemos hundirlos antes de haberlos encontrado, y precisamos de una forma mejor de encontrarlos que el método ya probado y seguro de dejar que nuestros convoyes pasen sobre ellos y se conviertan en pedacitos. Esa forma, caballeros, es poner en marcha esta antena tan pronto como sea humanamente posible.

Waterhouse no es un actor, pero cuando la segunda tormenta de hielo de la semana pasa por encima e infringe grandes daños a la antena, y debe permanecer despierto toda la noche para repararla a la luz de la lucifer galvánica, está bastante seguro de que los ha convencido. El personal del castillo trabaja hasta bien tarde para mantenerlo provisto de té y brandy, y los operarios le dedican a la mañana siguiente algunos emocionantes hurras cuando la antena reparada regresa a la parte alta del mástil. Todos están seguros de estar salvando vidas en el Atlántico Norte, y si supiesen la verdad probablemente le lincharían.

Esa historia del huffduff es ridículamente plausible. Es tan plausible que si Waterhouse estuviese trabajando para los alemanes tendría sus sospechas.

La antena es un modelo extremadamente direccional. Recibe una señal fuerte cuando se la orienta hacia la fuente y una señal débil en caso contrario. El operador espera a que un submarino empiece a transmitir y luego vira la antena de un lado a otro hasta obtener la lectura mayor; la dirección de la antena da el azimut de la fuente. Dos o más lecturas similares, obtenidas por diferentes estaciones huffduff, pueden combinarse para triangular el origen de la señal.

Para mantener las apariencias, la estación debe estar operativa veinticuatro horas al día lo que casi mata a Waterhouse durante las primeras semanas de 1943. El resto del Destacamento 2702 no se ha presentado como estaba previsto, así que, mientras tanto, es tarea de Waterhouse preservar la ilusión.

Todos a diez millas a la redonda —básicamente, toda la población civil de Qwghlm, o por decirlo de otra forma, toda la raza qwghlmiana— pueden ver la nueva antena huffduff elevándose sobre el mástil del castillo. No son personas estúpidas, y algunos de ellos, al menos, comprenderán que la maldita cosa no hace nada si siempre apunta en la misma dirección. Si no se mueve, no funciona. Y si no funciona, ¿qué coño pasa allá arriba en ese castillo?

Así que Waterhouse debe moverla. Vive en la capilla, durmiendo —cuando duerme— en una hamaca colgada a una altura peligrosa por encima del suelo (ha descubierto que los «eskerries» son excelentes saltadores).

Si duerme durante el día, incluso un observador casual notará si la antena se mueve o no. No es bueno. Pero no puede dormir de noche, cuando los alemanes hacen rebotar en la ionosfera sus transmisiones entre los submarinos del Atlántico norte y las bases en Burdeos y Lorient porque un observador atento —digamos que un empleado insomne del castillo, o un espía alemán situado en las montañas con binoculares— sospechará qué la antena huffduff inmóvil no es más que una tapadera. Por lo tanto, Waterhouse intenta dividir la diferencia durmiendo algunas horas al anochecer y otras pocas al amanecer, un plan que no encaja muy bien con su cuerpo. Y cuando se despierta, no tiene absolutamente nada más que hacer que sentarse frente a la consola huffduff durante ocho o doce horas, viendo cómo el aliento sale de su boca, moviendo la antena, escuchando… ¡nada!

Estipula con total libertad que es un cabrón egoísta por sentirse mal consigo mismo cuando otros hombres vuelan en pedazos.

Habiendo resuelto esa cuestión, ¿qué va a hacer para permanecer cuerdo? Tiene la rutina perfectamente fijada: dejar la antena apuntando más o menos al oeste durante un rato, luego moverla de un lado a otro en arcos cada vez más pequeños, fingiendo centrarse en un submarino, luego dejarla fija durante un rato y hacer gimnasia para calentarse. Ha cambiado el uniforme por una vestimenta tejida con la cálida lana de Qwghlm. De vez en cuando, a intervalos totalmente impredecibles, miembros del personal del castillo caen sobre él con un tazón de sopa, un servicio de té o simplemente para ver qué hace y decirle lo buen hombre que es. Una vez al día, escribe un galimatías —sus supuestos resultados— y lo envía a la base naval.

Divide su tiempo entre pensar en el sexo y pensar en matemáticas. Lo primero se inmiscuye continuamente en lo segundo. Es peor aún cuando la cincuentona regordeta llamada Blanche, que ha estado trayéndole la comida, enferma de hidropesía, fiebres, gota, cólicos o cualquier otro malestar shakespeariano es reemplazada por Margaret, que tiene como unos veinte años y es bastante atractiva.

Margaret realmente le altera el cerebro. Cuando se vuelve realmente intolerable, va a la letrina (para que el personal no le interrumpa en un momento inoportuno) y ejecuta un Cambio Manual. Pero si hay algo que descubrió en Hawái es que un Cambio Manual por desgracia no es igual que la experiencia real. El efecto pasa demasiado pronto.

Mientras espera a que se pase el efecto, consigue realizar mucha matemática de calidad. Alan le dio algunas notas sobre redundancia y entropía, en relación con la investigación de cifrado de voz que está realizando en Nueva York. Waterhouse repasa las notas y descubre algunos temas interesantes que por desgracia no puede enviar a Alan sin violar tanto el sentido común como gran cantidad de procedimientos de seguridad. Terminado eso, presta atención a la criptología pura y dura. Pasó tiempo suficiente en Bletchley Park como para darse cuenta de lo poco que realmente comprende de ese arte.

Los submarinos usan demasiado la radio y toda la Marina Alemana lo sabe. Sus expertos en seguridad han estado dando la lata a sus oficiales para

mejorar la seguridad y, al final, lo hicieron introduciendo la versión de cuatro rotores de la máquina Enigma, que ha traído loco a Bletchley Park cerca de un año…

Margaret debe recorrer el castillo por el exterior para traerle la comida a Waterhouse, y para cuando llega aquí, ya tiene las mejillas rosaditas. El vapor que sale de su boca flota a su alrededor como un velo de seda…

¡Deja eso, Lawrence! El tema de la clase de hoy es la Enigma de cuatro rotores de la Marina alemana, conocida por ellos como Tritón y para los aliados como Tiburón. Se comenzó a usar el 2 de febrero del año pasado (1942), y no fue hasta la recuperación del submarino alemán U-559 embarrancado el 30 de octubre que Bletchley Park tuvo material suficiente para romper el código. Hace un par de semanas, el 13 de diciembre, Bletchley Park reventó por fin Tiburón y, una vez más, las comunicaciones internas de la Marina alemana fueron de nuevo un libro abierto para los aliados.

Lo primero que habían descubierto, como resultado, era que los alemanes habían roto completamente nuestros códigos mercantes, y que durante todo el año habían sabido exactamente dónde encontrar los convoyes.

Lawrence Pritchard Waterhouse había recibido toda esa información en los últimos días, vía los totalmente seguros cuadernos de uso único. Bletchley se lo cuenta porque plantea una pregunta de teoría de la información, que es su departamento y su problema. La pregunta es: ¿con qué rapidez podemos reemplazar los códigos mercantes reventados sin hacerle saber a los alemanes que hemos roto Tiburón?

Waterhouse no tiene que pensar demasiado para llegar a la conclusión de que la situación es demasiado importante para andarse con juegos. La única forma de resolverla es montar un incidente de algún tipo que explicase a los alemanes por qué hemos perdido toda nuestra fe en los códigos mercantes y por qué vamos a cambiarlos. Escribe un mensaje a tal efecto, y comienza a cifrarlo con el cuaderno de uso único que comparte con Chattan.

—¿Va todo bien?

Waterhouse se pone en pie y se gira de golpe, con el corazón desbocado.

Es Margaret, de pie tras el velo de su propio aliento, un abrigo de lana gris sobre el uniforme de sirvienta, sosteniendo una bandeja de té y bollos con manoplas también de lana gris. Las únicas partes de su anatomía que no están envueltas en lana son sus tobillos y la cara. Los primeros están muy bien formados; Margaret lleva tacones altos sin problemas. La cara ha sido expuesta a los rayos directos del sol y recuerda a pétalos de rosa desparramados sobre crema cuajada de Devonshire.

—¡Oh! ¡Deje que lo coja! —suelta Waterhouse, y se lanza hacia delante con un movimiento espasmódico nacido de la pasión mezclada con la hipotermia. Al tomar la bandeja de sus manos, inadvertidamente tira de una de las manoplas, que caen al suelo—. ¡Lo siento! —dice, comprendiendo que jamás ha visto sus manos. Tiene esmalte rojo en las uñas de la mano ofendida, que se lleva a la boca y sobre la que sopla. Sus grandes ojos verdes le miran llenos de expectación plácida.

—Disculpe —dice Waterhouse.

—¿Va todo bien? —repite.

—¡Sí! ¿Por qué no iba a ir?

—La antena —dice Margaret—. Lleva más de una hora sin moverse.

Waterhouse está tan confundido que apenas puede mantenerse en pie.

Margaret sigue respirando a través de sus dedos lacados, por lo que Waterhouse sólo puede verle los ojos verdes, que ahora se mueven y destellan con malicia. Lanza una mirada a la hamaca.

—Dormido en el trabajo, ¿no?

El primer impulso de Waterhouse es negarlo y explicar la verdad, que es que estaba pensando en el sexo y la criptografía y se olvidó de mover la antena. Pero a continuación comprende que Margaret le ha ofrecido una excusa mejor.

—Culpable de los cargos —dice—. Anoche me quedé despierto hasta tarde.

—El té le mantendrá alerta —dice Margaret. A continuación vuelve a mirar a la hamaca. Vuelve a ponerse las manoplas—. ¿Qué tal es?

—¿Qué tal es qué?

—Dormir en una de esas cosas. ¿Es cómodo?

—Mucho.

—¿Puedo probar a ver qué tal es?

—Ah. Bueno, es muy difícil subirse… a esa altura.

—Usted lo consigue, ¿no? —le desafía. Waterhouse se siente enrojecer. Margaret se acerca a la hamaca y de un golpe se quita los tacones. Waterhouse hace un rictus al ver los pies desnudos sobre el suelo de piedra, que no ha estado tibio desde que los corsarios sarracenos quemaron el castillo. Los dedos de los pies también están pintados de rojo—. No me importa —dice Margaret—, soy hija de un granjero. Venga, ¡ayúdeme!

Waterhouse ha perdido todo control que hubiese podido tener de la situación y de sí mismo. Siente la lengua como si estuviese formada por tejidos eréctiles. Así que se acerca, se agacha y forma un estribo con las manos. Ella planta el pie y se lanza a la hamaca, despareciendo con un gritito y una risita entre la gran masa de mantas de lana gris. La hamaca se agita de un lado a otros en el centro de la capilla, como un incensario dispensando un ligero aroma a lavanda. Se agita una vez, dos. Se agita cinco veces, diez veces, veinte. Margaret permanece en silencio e inmóvil. Waterhouse sigue como si tuviese los pies plantados en cemento. Por primera vez desde hace semanas no sabe exactamente qué va a suceder a continuación, y la pérdida de control le deja aturdido e indefenso.

—Es maravilloso —dice ella. Con voz de ensueño. Luego, al fin, se mueve. Waterhouse ve su carita mirándole por un borde, envuelta en la lana gris de una manta—. ¡Ooh! —grita, y vuelve a tenderse de espaldas. El movimiento súbito produce un balanceo excéntrico al movimiento rítmico de la hamaca.

—¿Qué pasa? —pregunta Waterhouse con desesperación.

—¡Tengo miedo de las alturas! —exclama—. Lo lamento, Lawrence, debí habértelo advertido. ¿Está bien si te llamo Lawrence? —Suena como si fuese a sentirse terriblemente herida si él dijese que no. ¿Y cómo podría Lawrence herir los sentimientos de una muchachita hermosa, descalza y acrofóbica, indefensa en una hamaca?

—Por favor. Claro —dice. Pero sabe perfectamente que la pelota sigue en su campo y le toca hablar—. ¿Puedo ser de ayuda?

—Te lo agradecería tanto —dice Margaret.

—¿Le parecería bien bajar apoyándose en mis hombros o algo así? —intenta Waterhouse.

—Realmente tengo demasiado miedo —responde ella.

Sólo queda una salida.

—Bien. ¿Le molestaría si subiese a ayudarla?

—¡Sería tan heroico por tu parte! —dice ella—. Me sentiría tan inexpresablemente agradecida.

—Bien, entonces…

—¡Pero insisto en que primero complete sus obligaciones!

—¿Perdone'?

—Lawrence —dice Margaret—, cuando baje de esta hamaca iré a la cocina a limpiar el suelo, que la verdad, ya está más que limpio. Tú, por otra parte, tienes un trabajo importante… ¡un trabajo que podría salvar la vida de cientos de hombres en algún convoy del Atlántico norte! Y sé que has sido muy malo durmiéndote en el trabajo. Me niego a permitirte que me ayudes hasta que te hayas corregido.

—Muy bien —dice Waterhouse—, no me deja alternativa. El deber es lo primero. —Cuadra los hombros, gira sobre los talones y marcha de vuelta al escritorio. Los eskerries ya han dado cuenta de los bollos de Margaret, pero se sirve algo de té. Luego sigue cifrando las instrucciones para Chattan: SÓLO LA FUERZA BRUTA SERÁ EFECTIVA PONGA LIBRO DE CÓDIGOS EN BARCO INSERTE BARCO EN MURMANSK CONVOY ESPERE A QUE NIEBLA CUBRA NORUEGA.

Le lleva un rato cifrarla con un cuaderno de uso único. Lawrence puede hacer aritmética mod 25 dormido, pero hacerla con una erección es un asunto completamente diferente.

—¿Lawrence? ¿Qué haces? —pregunta Margaret desde el nido de la hamaca, que, en la imaginación de Lawrence, cada minuto es más cálido y acogedor.

Mira furtivamente a sus zapatos de tacón alto.

—Preparando el informe —responde Lawrence—. No tiene demasiado sentido realizar observaciones si no las envío.

—Cierto —responde Margaret pensativa.

Es un momento excelente para aprovisionar la patética estufa de hierro de la capilla. Mete unas pocas paletas del precioso carbón, sus hojas de

trabajo, y la página del cuaderno de uso único que acaba de emplear para realizar el cifrado.

—Esto debería dar un poco de calor —dice.

—Oh, maravilloso —dice Margaret—. Estoy temblando.

Lawrence lo reconoce como una indicación para que inicie una operación de rescate. Unos quince segundos después está en la hamaca junto a Margaret. Para gran sorpresa de ninguno de ellos dos, la hamaca es estrecha e incómoda. Se producen algunos movimientos que terminan con Lawrence tendido de espaldas y Margaret encima, con sus muslos entre los suyos.

Ella se escandaliza al descubrir la erección. Aparentemente avergonzada al no haber anticipado sus necesidades.

—¡Pobrecito!—exclama—. ¡Claro! ¡Cómo he podido ser tan tonta! Debes haberte sentido muy solo aquí —le besa las mejillas, lo que está bien, porque él está demasiado aturdido para moverse—. Un valiente guerrero merece todo el apoyo que los civiles podamos darle —dice ella, moviendo una mano para abrirle la bragueta.

A continuación, se pone la lana gris sobre la cabeza y se hunde en busca de una nueva posición. Lawrence Pritchard Waterhouse queda aún más aturdido por lo que sucede a continuación. Mira el techo de la capilla con sus ojos entrecerrados y agradece a Dios por haberle enviado lo que evidentemente es una espía alemana y un ángel de misericordia, todo junto en un adorable envoltorio.

Cuando acaba, vuelve a abrir los ojos y respira profundamente el aire frío del Atlántico. Ve todo lo que le rodea con una claridad nueva. Está claro que Margaret va a hacer maravillas con su productividad en el frente criptológico… si consigue que ella continúe viniendo.

*OceanofPDF.com*

# Páginas

Ha pasado mucho tiempo desde que los caballos corrían en las pistas de Ascot en Brisbane. El terreno es un amasijo color caqui. La hierba se ha muerto por falta de sol y por los pisotones de los soldados. El campo ha sido punteado por letrinas y se han montado tiendas comunes. En tres turnos diarios, los residentes caminan por la pista, alrededor de los establos silenciosos y vacíos. En la zona donde los caballos solían estirar las patas, han crecido dos docenas de cobertizos, como champiñones. Los hombres trabajan en esos barracones, sentados durante todo el día frente a radios, máquinas de escribir y archivadores, sin camisa bajo el calor de enero.

Hace mucho que las putas no toman el sol sobre el gran porche de la casa de la calle Henry, y los caballeros de paso, en su camino de ida o vuelta al hipódromo, observaban sus encantos entre las verjas blancas, se quedaban sin aliento, miraban la cartera, olvidaban sus escrúpulos, se daban la vuelta y subían la escalinata frontal de la casa. Ahora está llena de oficiales masculinos y monstruos matemáticos: la mayor parte australianos en la planta baja, la mayor parte americanos en la planta superior, y algunos británicos afortunados que fueron sacados de Singapur antes de que el general Yamashita, el Tigre de Mala ya y conquistador de la ciudad, pudiese capturarlos y sacarles datos cruciales.

Hoy el viejo burdel está patas arriba; todos los que tienen autorización Ultra están en el garaje que se estremece por el sonido de los ventiladores y virtualmente brilla por el calor contenido. En el garaje hay un arcón de metal oxidado, todavía con manchas de fango que ocultan parcialmente los caracteres nipones escritos a un lado. Si un espía nipón hubiese echado un

vistazo al baúl durante su recorrido febril desde el puerto al garaje del burdel, lo hubiese reconocido como perteneciente al pelotón de radio de la 20 División, que en estos momentos anda perdido en la selva de Nueva Guinea.

El rumor, gritado por encima del ruido de los ventiladores, es que un excavador —un soldado australiano— lo encontró. Su unidad peinaba el cuartel abandonado de la 20 División en busca de trampas cuando su detector de metales se volvió loco en la ribera del río.

Los libros de códigos están colocados en su interior como lingotes de oro. Están mojados y mohosos, y faltan todas las portadas, pero para los estándares de la guerra, están en perfecto estado. Desnudos hasta la cintura y sudando a mares, los hombres sacan los libros uno a uno, como enfermeras alzando a un recién nacido de la mini cuna, y los llevan hasta grandes mesas donde cortan las encuadernaciones podridas y pelan una a una las páginas húmedas, colgándolas de líneas improvisadas. La fetidez y la humedad de Nueva Guinea saturan la atmósfera a medida que la brisa va haciendo ascender el agua de río atrapada en esas páginas; con el tiempo sale fuera y, a media milla de distancia en la dirección del viento, los peatones arrugan la nariz. Atacan los armarios del burdel —todavía con aroma a perfume francés, polvos, laca para el pelo y semen, pero ahora llenos hasta arriba de material de oficina— en busca de más cuerdas. La red de fibras aumenta, con capas nuevas cruzándose por encima y por debajo de las antiguas, cada pulgada de cuerda reclamada por alguna página húmeda en cuanto se estira. Cada página es una rejilla, una tabla con hiragana, katakana o kanji en uno de los recuadros, un grupo de dígitos o romanji en otro recuadro, y las páginas contienen referencias cruzadas a otras páginas siguiendo un esquema que sólo un criptógrafo disfrutaría.

Llega el fotógrafo, seguido de asistentes cargando con millas de película. Todo lo que sabe es que hay que fotografiar cada página a la perfección. El pestazo a malaria prácticamente lo deja inconsciente en cuanto atraviesa la puerta, pero al recuperarse examina el garaje con la mirada. Todo lo que puede ver, hasta el mismo infinito, son páginas chorreando y rizándose, volviéndose blancas al secarse, destacando claramente sus rejillas de información, como las retículas de otras tantas miras, las mirillas de otros tantos periscopios, atravesando nubes y niebla

para enfocarse con claridad en el abdomen de un buque nipón preñado de combustible del norte de Borneo, resoplando de ardiente vapor.

*OceanofPDF.com*

# Cubrir

¡Señor! ¡Le importaría decirme a dónde vamos, señor! —El teniente Monkberg suelta un jadeo profundo y tembloroso, haciendo que su caja torácica se estremezca como un cobertizo de hojalata en medio de un ciclón. Se incorpora sin demasiada elegancia. Tiene las manos plantadas en el borde y, por tanto, la acción libera su cabeza de la taza del inodoro… o «cabecilla» como se llama en ese contexto: un carguero que corre a velocidad alarmante. Rompe una tira de europapel abrasivo y se limpia la cara antes de mirar al sargento Robert Shaftoe, que se agarra a la escotilla.

Y la verdad es que Shaftoe necesita apoyo, porque está cargando casi con su peso en material. Todo se le entregó cuidadosamente empaquetado.

Podía haberlo dejado así. Pero no es así como actúa un explorador. Bobby Shaftoe se había dedicado a desempaquetarlo todo, esparcirlo por el suelo, examinarlo y empaquetarlo de nuevo.

Eso le permitió sacar algunas conclusiones. Para ser específicos, ha llegado a la conclusión de que se espera que los hombres del Destacamento 2702 pasen las próximas tres semanas intentando no morir congelados. Situación que quedará interrumpida por diversos intentos de matar a un montón de hijos de puta bien armados. Muy probablemente alemanes.

—N—N—N—Noruega —dice el teniente Monkberg, que tiene un aspecto tan patético que Shaftoe considera la posibilidad de ofrecerle algo de m—m—m—morfina, que provoca una ligera náusea por sí misma, pero que refrena la náusea aún mayor del mareo. Luego recupera el sentido y recuerda que el teniente Monkberg es un oficial cuyo deber consiste en enviarle a morir, y decide que se vaya a tomar por culo.

—¡Señor! ¿Cuál es la naturaleza de la misión en Noruega, señor?

Monkberg descarga un sonoro eructo.

—Embestir y correr —dice.

—¡Señor! ¿Embestir qué, señor?

—Noruega.

—¡Señor! ¿Correr a dónde, señor?

—Suecia.

A Shaftoe le gusta como suena. El peligroso viaje por aguas infectadas de submarinos alemanes, la colisión con Noruega, la carrera desesperada por un territorio congelado y ocupado por alemanes… todo parece trivial en comparación con el reluciente fin de hundirse en la mayor y más pura reserva mundial de auténtico sexo sueco.

—¡Shaftoe! ¡Despierte!

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Ya ha notado cómo vamos vestidos. —Monkberg se refiere al hecho de que se han deshecho de las chapas de identificación y llevan todos ropas civiles o de la marina mercante.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—No queremos que los hunos, o cualquiera otros, sepan quiénes somos en realidad.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Ahora bien, podría preguntarse por qué cono, si se supone que debemos parecer civiles, vamos cargados de subfusiles, granadas, cargas de demolición, etcétera.

—¡Señor! ¡Esa iba a ser mi siguiente pregunta, señor!

—Bien, tenemos una historia falsa para explicar ese detalle. Venga conmigo.

De pronto Monkberg parece entusiasmado. Se pone en pie y lleva a Shaftoe por entre varios pasillos y escaleras en dirección a la bodega del carguero.

—¿Sabe lo de los otros barcos?

Shaftoe se mantiene inexpresivo.

—¿Los otros barcos que nos rodean? Ya sabe que estamos en medio de un convoy.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —dice Shaftoe, con algo menos de certidumbre. Ninguno de los hombres ha subido demasiado a cubierta en las horas que han pasado desde que les descargaron, por medio de un submarino, en esta chatarra bamboleante. Incluso si hubiesen subido a mirar, no habrían visto más que oscuridad y niebla.

—Un convoy a Murmansk —sigue diciendo Monkberg—. Todos esos barcos van a entregar armas y suministros a la Unión Soviética. ¿Comprende?

Han llegado a una bodega. Monkberg enciende una lámpara colgando, que revela… cajas. Muchas, muchas, muchas cajas.

—Llenas de armas —dice Monkberg—, incluyendo subfusiles, granadas, cargas de demolición, etcétera. ¿Me sigue?

—¡Señor, no señor! ¡No sigo al teniente!

Monkberg se le acerca más. Hasta estar inquietantemente cerca. Ahora habla empleando un tono conspiratorio.

—Ahora somos todos la tripulación de este barco mercante, en dirección a Murmansk. Hay niebla. Nos separamos de nuestro convoy. ¡Luego, bum! Chocamos con la jodida Noruega. Estamos atrapados en territorio controlado por los nazis. ¡Debemos llegar a Suecia! Pero un momento, nos decimos. ¿Qué ocurre con todos esos alemanes que están entre nuestra posición y la frontera sueca? Bien, mejor será armarse hasta los dientes. ¿Y quién está en mejor posición de armarse que la tripulación de un barco mercante que está repleto de armamento? Así que bajamos a la bodega y nos apresuramos a abrir algunas cajas para armarnos.

Shaftoe mira las cajas. Ninguna está abierta.

—Luego —sigue diciendo Monkberg—, abandonamos la nave y nos dirigimos a Suecia.

Se produce un largo silencio. Shaftoe se despierta para decir:

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—Así que empiece a abrirlas.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—¡Y que parezca precipitado! ¡Rápido! ¡Vamos! ¡Mueva las piernas!

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Shaftoe intenta meterse en el espíritu de la misión. ¿Qué va a usar para abrir una caja? No hay palancas a la vista. Sale de la bodega y recorre un pasillo. Monkberg lo sigue de cerca, revoloteando, impulsándole a ir más rápido.

—¡Tiene prisa! ¡Los nazis se acercan! ¡Debe armarse! ¡Piense en su esposa y niños allá en Glasgow, Lubbock o de donde demonios sea!

—¡Oconomowoc, Wisconsin, señor! —dice Shaftoe indignado.

—¡No, no! ¡No en la vida real! ¡Es su papel como este hijo de puta de la marina mercante que ha quedado varado! ¡Mire, Shaftoe! ¡La salvación a mano!

Shaftoe se da la vuelta para ver a Monkberg señalando un anuario que dice FUEGO.

Shaftoe abre la puerta y encuentra, entre otros utensilios, una de esas hachas gigantes que los bomberos siempre llevan cuando entran en estructuras ardiendo.

Treinta segundos más tarde, vuelve a estar en la bodega, dándole como si fuese Paul Bunyan a una caja de munición del calibre 45.

—¡Más rápido! ¡Más improvisado! —grita Monkberg—. ¡No se trata de una operación precisa, Shaftoe! ¡Está aterrorizado! —Luego dice—: ¡Maldición! —Corre y le quita el hacha de Shaftoe de las manos.

Monkberg la agita con furia, fallando por completo mientras intenta ajustarse al tremendo peso y longitud del instrumento. Shaftoe se echa a tierra en busca de seguridad. Monkberg al fin consigue coordinar el alcance y el azimut y hace contacto con la caja. Las astillas saltan por todas partes.

—¡Ve! —dice Monkberg, mirando a Shaftoe por encima del hombro—. ¡Quiero astillas! ¡Quiero caos! —Agita el hacha mientras habla y mira a Shaftoe, y también mueve los pies porque el barco se bambolea, y en consecuencia la hoja falla por completo, se pasa y acaba justo en el tobillo de Monkberg.

—¡Caramba! —dice el teniente Monkberg, con tono tranquilo de conversación. Se mira el tobillo fascinado. Shaftoe se acerca a ver qué es tan interesante.

Un buen trozo de la parte baja de la pierna de Monkberg ha quedado bien cortado. Bajo la luz de la linterna es posible ver varios vasos sanguíneos cortados y ligamentos sobresaliendo en lados opuestos de la

herida, como puentes saboteados y tuberías colgando a ambos lado de una garganta.

—¡Señor! ¡Está herido, señor! —dice Shaftoe—. ¡Déjeme ir en busca del teniente Root!

—¡No! ¡Quédese aquí a trabajar! —dice Monkberg—. Yo mismo puedo buscar a Root —baja ambas manos y aprieta la herida, haciendo que caiga sangre a borbotones al suelo—. ¡Es perfecto! —dice meditabundo—. Añade mucho realismo.

Después de repetir varias veces la orden, Shaftoe vuelve renuente a abrir cajas. Monkberg se pone en pie como puede y recorre la bodega durante varios minutos, sangrando sobre todo, luego se arrastra en busca de Enoch Root. Lo último que dice es:

—¡Recuerde! ¡Queremos que parezca un saqueo!

Pero lo de la herida en la pierna hace que Shaftoe comprenda mejor la idea que las palabras de Monkberg. La visión de la sangre le trae recuerdos de Guadalcanal y de aventuras más recientes. Su última dosis de morfina está perdiendo efecto, lo que le hace sentirse más atento. Y está empezando a sentirse muy mareado, lo que le hace desear luchar contra el mareo haciendo algún trabajo duro.

Así que más o menos se vuelve loco con el hacha. Pierde el sentido de lo que sucede.

Desea que el Destacamento 2702 se hubiese quedado en tierra seca… preferiblemente una tierra seca y cálida como aquel lugar en el que permanecieron, durante dos soleadas semanas, en Italia.

La primera parte de la misión había sido dura, con eso de cargar con barriles de mierda. Pero el resto (excepto las últimas horas) habían sido igual que un permiso, excepto que no había mujeres. Cada día se turnaban en el puesto de observación, observando la bahía de Nápoles con binoculares y prismáticos. Todas las noches, el cabo Benjamín se sentaba y enviaba más galimatías en código Morse.

Una noche, Benjamín recibió un mensaje que le llevó un buen rato descifrar. Anunció la noticia a Shaftoe:

—Los alemanes saben que estamos aquí.

—¿Qué quiere decir con que saben que estamos aquí?

—Saben que durante al menos seis meses hemos tenido un puesto de observación mirando a la bahía de Nápoles —dice Benjamín.

—Llevamos aquí menos de dos semanas.

—Mañana van a empezar a buscar en esta zona.

—Bien, entonces salgamos de aquí cagando leches —dijo Shaftoe.

—El coronel Chattan le ordena que espere —dijo Benjamín—, hasta que sepa que los alemanes saben que estamos aquí.

—Pero ya sé que los alemanes saben que estamos aquí—dice Shaftoe —, me lo acaba de decir.

—No, no no no —responde Benjamín—, espere hasta el momento en que sabría que los alemanes lo saben incluso aunque el coronel Chattan no se lo hubiese comunicado por radio.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Son órdenes —dijo Benjamín, y le pasa a Shaftoe el mensaje descifrado como prueba.

Tan pronto como salió el sol pudieron oír a los aviones de observación cruzando el cielo. Shaftoe estaba listo para ejecutar el plan de huida, y se aseguró de que los hombres también lo estuvieran. Envió a algunos de los individuos del SAS a reconocer los puntos de obstrucción en la ruta de salida. Shaftoe en persona se limitó a tenderse de espaldas y mirar el cielo, observando los aviones.

¿Ya sabía que los alemanes lo sabían?

Desde que se había despertado, tin par de individuos del SAS habían estado siguiéndole a todas partes, observándole con atención. Por fin Shaftoe les devolvió la mirada y asintió. Salieron corriendo. Un momento más tarde oyó las llaves inglesas golpeando el interior de las cajas de herramientas.

Los alemanes tenían aviones de observación por todo el puto cielo. Se trataba de una prueba circunstancial bastante fuerte de que los alemanes lo sabían. Y Shaftoe veía los aviones con bastante claridad, por lo que se podía defender que él sabía que lo sabían. Pero el coronel Chattan le había ordenado quedarse «hasta que los alemanes les observasen con segundad», lo que significase eso.

Uno de los aviones, en particular, se acercaba cada vez más. Buscaba muy cerca del suelo, cortando pequeñas franjas en cada ocasión. Esperando a que pasase sobre su posición, Shaftoe quería gritar. Era demasiado estúpido para ser real. Quería lanzar una bengala y acabar de una vez.

Finalmente, a media tarde, Shaftoe, tendido de espaldas a la sombra de un árbol, miró directamente al aire y contó los remaches en el vientre de ese avión alemán: un Henschel Hs 126[15] con una única ala en forma de flecha montada sobre el fuselaje, para no bloquear la visión hacia el terreno, y con escalerillas, riostras y el enorme y tosco dispositivo de aterrizaje desplegado sobresaliendo por todas partes. Un alemán encerrado en la caja de vidrio pilotando el avión, otro en la parte abierta, mirando a través de las gafas y jugueteando con una ametralladora montada sobre una articulación. Ese vio a Shaftoe, tocó al otro piloto en el hombro y señaló hacia abajo.

El Henschel alteró la búsqueda, virando para sobrevolar la posición.

—Ya está —se dijo Shaftoe. Se levantó y se puso en marcha en dirección al desvencijado granero—. ¡Ya está! —gritó—. ¡Ejecutar!

Los individuos del SAS estaban en la parte de atrás del camión, bajo la lona, trabajando con las llaves. Shaftoe los miró y vio partes relucientes de la Vickers esparcidas sobre la tela blanca limpia. ¿De dónde coño habían sacado esos tipos tela blanca y limpia? Probablemente la habían estado guardando durante días. ¿Por qué no habían podido poner en marcha la Vickers antes? Porque tenían órdenes de montarla con rapidez, estrictamente en el último minuto.

El cabo Benjamín vaciló, con la mano apoyada sobre el interruptor de la radio.

—Sargento, ¿está completamente seguro de que saben que estamos aquí?

Todos se volvieron para ver cómo Shaftoe respondería a ese ligero desafío. Lentamente se había estado ganando la reputación de hombre al que era preciso vigilar.

Shaftoe se volvió, salió al medio del claro, unas yardas. Tras él podía oír como el resto de los hombres del Destacamento 2702 se posicionaban en la entrada, intentado verle con claridad.

El Henschel regresaba para otra pasada, ahora tan cerca del suelo que bien podría atravesarle el vidrio con una piedra.

Shaftoe sacó el subfusil, le dio al obturador, lo sujetó bien, lo movió de un lado a otro y abrió fuego.

Bien, algunos podrían quejarse de que el arma carecía de poder de penetración, pero estaba completamente seguro de que pudo ver cómo salían volando trozos del motor del Henschel. El Henschel perdió el control casi de inmediato. Se inclinó hasta tener las alas casi verticales, cambió de dirección, se inclinó más hasta quedarse boca abajo, perdió la poca altitud que tenía y aterrizó como un pastel boca abajo sobre los olivos a un centenar de yardas. No ardió de inmediato: qué chasco.

Los otros hombres guardaban un silencio perfecto. El único sonido eran los bip bip del cabo Benjamín, ahora que su pregunta ya había recibido respuesta, enviando el mensaje. Por una vez, Shaftoe podía comprender el código Morse… iba sin cifrar: «HEMOS SIDO DESCUBIERTOS STOP EJECUTAMOS PLANTORUS».

Como su primera contribución al Plan Torus, los otros hombres subieron al camión, que salió del escondrijo en el granero y se acercó a los árboles. Cuando Benjamín hubo terminado, abandonó la radio y se unió a ellos.

Como su primera tarea en el Plan Torus, Shaftoe recorrió las instalaciones en una perfecta trayectoria zigzagueante que imitaba a los aviones de reconocimiento. Llevaba una lata de gasolina del revés y sin tapa.

Dejó la lata con un tercio de su contenido, de pie en medio del granero. Le quitó el seguro a una granada, la tiró sobre la gasolina y salió corriendo del edificio. El camión ya se alejaba cuando llegó hasta él y se lanzó a los brazos ansiosos de su unidad, que tiraron de él para subirlo. Se acomodó en la parte de atrás" justo a tiempo para ver cómo el edificio se convertía en una satisfactoria bola de fuego.

—Vale —le dijo a los hombres—. Tenemos varias horas que matar.

Todos los hombres del camión, menos los individuos del SAS que estaban trabajando en la Vickers, se miraron unos a otros con cara de «¿realmente ha dicho eso?».

—Eh, sargento —dijo al fin uno de ellos—, ¿podría explicarnos la parte de matar el tiempo?

—Los aviones tardarán en llegar. Ordenes.

—Hubo un problema o…

—No. Todo va perfectamente. Ordenes.

Los hombres no deseaban quejarse más, pero se intercambiaron muchas otras miradas.

—Os estaréis preguntando por qué no podíamos matar el tiempo durante algunas horas primero, antes de alertar a los alemanes de nuestra presencia, y encontrarnos con el avión justo en el último momento.

—¡Sí! —dijeron un montón de tipos e individuos, asintiendo vigorosamente.

—Es una buena pregunta —dijo Enoch Root. Lo dijo como si ya conociese la respuesta, lo que hizo que los demás deseasen darle un puñetazo.

Los alemanes habían desplegado tropas de tierra para asegurar los cruces de carretera de la zona. Cuando el Destacamento 2702 llegó al primer cruce, todos los alemanes estaban muertos, y todo lo que tuvieron que hacer fue reducir un poco la velocidad para que algunos marine raiders pudiesen salir de sus escondrijos y subir al camión.

Los alemanes del segundo cruce no tenían ni idea de lo que pasaba. Era evidentemente el resultado de alguna confusión interna de la Wehrmacht, claramente reconocible como tal incluso por encima de las barreras lingüísticas y culturales. El Destacamento 2702 pudo, simplemente, limitarse a abrir fuego por debajo de la lona y hacerlos pedazos, o al menos hacer que se escondiesen.

Los siguientes alemanes no estaban dispuestos a que los pillasen de esa forma; habían bloqueado el paso con un camión y dos coches, y se encontraban al otro lado, apuntándolas. Sus armas parecían ser pequeñas. Pero para entonces ya habían conseguido montar la Vickers, calibrarla, ajustaría, inspeccionarla y cargarla. La lona se abrió. El soldado Mikulski, un hombre polaco—británico miembro del SAS, hosco, pensativo y de doscientas cincuentas libras de peso, comenzó a operar con la Vickers aproximadamente justo cuando los alemanes lo hacían con sus rifles.

Cuando Bobby Shaftoe pasó por el instituto, le habían colocado un currículo vocacional y había acabado dando muchas clases de taller. Por tanto, parte de su tiempo estaba dedicado, naturalmente, a aserrar grandes piezas de madera o metal en piezas más pequeñas. Para ese propósito, había

muchas sierras disponibles en el taller, algunas mejores que las otras. Un trabajo de aserrar que sería ridículamente duro y llevaría mucho tiempo con una sierra manual se podía realizar fácilmente con una sierra mecánica. De igual forma, ciertos cortes y materiales harían que las sierras mecánicas más pequeñas se recalentasen o se paralizasen por completo y por tanto exigían una sierra aún mayor. Pero incluso con la sierra más grande y potente del taller, Bobby Shaftoe siempre tuvo la sensación de que estaba forzando de alguna forma la máquina. La velocidad disminuía cuando la hoja entraba en contacto con el material, vibraba, se calentaba, y si empujabas con demasiada fuerza sobre el material, amenazaba con bloquearse. Pero un verano trabajó en un aserradero donde tenían una sierra de cinta. La sierra de cinta, el suministro de hojas, las piezas de repuesto, los suministros de mantenimiento, las herramientas especiales y los manuales ocupaban toda una habitación. Era la única herramienta que había visto con infraestructura. Tenía el tamaño de un coche. Las dos ruedas que movían la hoja eran gigantescas monstruosidades de ocho radios que parecían ser restos de una locomotora. Las hojas habían sido fabricadas empleando largos rollos de material para hojas, desenrollando como media milla de cinta con dientes, cortándolo, y soldando con cuidado los dos extremos para formar un bucle. Cuando le dabas al interruptor, no sucedía nada durante un rato excepto una vibración subsónica que surgía lentamente de la tierra, como si un tren de carga se estuviese acercando desde muy lejos, y finalmente la hoja comenzaba a moverse, ganando velocidad lenta pero inexorablemente hasta que los dientes desaparecían y se convertían en un rayo de pura energía extendido tenso entre la mesa y la máquina. Las anécdotas sobre accidentes relacionados con las sierras de cinta se contaban entre susurros y normalmente sin relacionarlas con otras anécdotas sobre accidentes industriales. En cualquier caso, lo más destacable de la sierra de cinta es que podías usarla para cortar cualquier cosa y no sólo lo haría con rapidez y calma, sino que aparentemente no notaría que estuviese haciendo nada. Ni siquiera parecería consciente de que un ser humano estaba deslizando un enorme trozo de material contra ella. Nunca perdía velocidad. Nunca se calentaba.

En la experiencia pos instituto de Shaftoe, había descubierto que las armas de fuego tenían mucho en común con las sierras. Disparaban balas,

cierto, pero tenían retroceso y se calentaban, se ensuciaban y con el tiempo se atascaban. En otras palabras, podían disparar balas pero para ellas era una agonía, les producía cierto estrés y no lo podían soportar para siempre. Pero la Vickers de la parte posterior del camión era a las otras armas como la sierra de cinta era a otras sierras. La Vickers se enfriaba por agua. Tenía un puto radiador. Tenía infraestructura, al igual que la sierra de cinta, y exigía todo un equipo de hombres para atenderla. Pero una vez que estaba montada y en funcionamiento, podía disparar continuamente durante días siempre que la mantuviesen provista de munición. Después de que el soldado Mikulski abriese fuego con la Vickers, algunos de los otros miembros del Destacamento 2702, deseosos de entrar en acción y hacer su parte, dispararon a los alemanes con los rifles, pero hacerlo resultó tan ridículo y patético que pronto lo dejaron, se refugiaron en la cuneta, encendieron cigarrillos, y se dedicaron a contemplar el lento recorrido del chorro de balas de la Vickers por el bloqueo. Mikulski se dedicó a los vehículos alemanes durante un rato, moviendo la Vickers de un lado a otro como un hombre usando un extintor contra la base de un fuego. Luego se centró en determinadas zonas del bloqueo donde sospechaba que había gente escondida y se concentró en ellas durante un rato, abriendo túneles por entre los restos de vehículos hasta que pudo ver lo que había al otro lado, cortando los bastidores y partiéndolos por la mitad. Aserró como media docena de árboles tras los que sospechaba que había alemanes escondidos, y luego cortó como medio acre de hierba.

Para entonces se había hecho evidente que algunos alemanes habían retrocedido hasta un ligero promontorio de tierra justo a un lado de la carretera y que disparaban desde allí, así que Mikulski levantó el cañón al aire en un ángulo inclinado y disparó un chorro de balas al cielo de forma que las balas cayesen como fuego de mortero al otro lado de la elevación. Le llevó un rato conseguir ajustar el ángulo, pero a continuación distribuyó pacientemente las balas por todo el campo, como un hombre que regase el césped. Uno de los individuos del SAS hizo algunos cálculos sobre la rodilla, para ver durante cuánto tiempo debería Mikulski seguir haciéndolo para asegurarse de que las balas quedasen distribuidas sobre el terreno en cuestión con la densidad correcta… digamos, una por pie cuadrado. Cuando el territorio quedó adecuadamente sembrado con plomo, Mikulski volvió a

centrarse en el bloqueo y se aseguró de que el camión colocado sobre el pavimento estaba en piezas lo suficientemente pequeñas para ser retiradas a mano.

Y luego, por fin, dejó de disparar. Shaftoe se sintió como si debiese anotarlo en un cuaderno de bitácora, como lo hacen los capitanes cuando meten un buque de guerra en puerto. Al pasar junto a los res tos, redujeron la velocidad durante un momento para mirar. El quebradizo hierro gris de los bloques de motor alemanes se había hecho añicos como el vidrio y podías mirar en el interior de los motores bien cortados y ver los relucientes pistones y cigüeñales expuestos al sol, sangrando aceite y refrigerante.

Pasaron junto a lo que quedaba del bloqueo y se dirigieron hacia una zona del interior escasamente poblada que resultaba un magnífico territorio de bombardeo para la Luftwaffe. Los dos primeros aviones de combate que se acercaron quedaron convertidos en chatarra en el aire cortesía de Mikulski y la Vickers. El siguiente par se las arregló para destruir el camión, el arma y al soldado Mikulski de una pasada. No hubo más heridos; estaban todos en una zanja, mirando cómo Mikulski, sentado plácidamente tras los controles del arma, jugaba a la gallinita con dos Messerschmidts y al final perdía.

Para entonces ya oscurecía. El destacamento empezó a avanzar campo a través, cargando con los restos de Mikulski en una camilla. Se encontraron con una patrulla alemana y lucharon con ella; dos de los hombres SAS resultaron heridos, y tuvieron que cargar con uno durante el resto del camino. Finalmente llegaron al punto de encuentro, un campo de trigo en el que tendieron bengalas de suelo para dibujar una pista de aterrizaje para un DC—3 del ejército norteamericano, que ejecutó un diestro aterrizaje, los subió a todos y los llevó hasta Malta sin mayor incidente.

Y allí fue donde conocieron al teniente Monkberg.

Tan pronto como le hubieron informado, se encontraron en otro submarino, con destino desconocido o al menos sin especificar. Pero cuando cambiaron el equipo para clima cálido por diez libras de suéteres de lana impermeabilizada, empezaron arpillar la idea. Unos pocos y claustrofóbicos días más tarde, fueron transferidos a un carguero.

La nave en sí es un montón tan patético que se habían estado divirtiendo sustituyendo la palabra «mierda» por «barco»[16] en diversas expresiones

náuticas, por ejemplo: ¡Hagamos que esto parezca una mierda! ¿A dónde coño cree que nos lleva el capitán del mierda? Y demás.

Ahora, en la bodega del mierda, un desapasionado Bobby Shaftoe hace lo posible por crear un efecto de saqueo. Esparce rifles y subfusiles por el suelo. Abre cajas de munición de 45 y la lanza por todas partes. También encuentra esquís; necesitarán esquís, ¿no? Planta minas por aquí y por allá, más que nada para asustar a cualquier alemán que venga a investigar el naufragio. Abre cajas de granadas. No parecen muy saqueadas allí bien ordenadas, así que las saca a docenas, las lleva a cubierta y las arroja por la borda. También lanza algunos esquís, que quizá lleguen a la costa donde contribuirán al efecto general de caos que es tan importante para el teniente Monkberg.

Está de camino por cubierta, cargando con un montón de esquís, cuando ve algo entre la niebla. Se estremece, claro. Muchos bombardeos han enseñado a Bobby Shaftoe a estremecerse. Se estremece tanto que deja caer los esquís sobre la cubierta y está muy cerca de arrojarse junto a ellos. Pero se mantiene firme el tiempo justo para fijar la vista en la cosa entre la niebla. Está directamente frente a ellos, y algo más alto que el puente del carguero, y (al contrario que unos Zeros o Messerschmidts al ataque) no se mueve rápido… simplemente cuelga. Como una nube en el cielo. Como si la niebla se hubiese condensado en una masa densa, como el puré de patata de su madre. Mientras lo observa, se vuelve más y más brillante, y los bordes están cada vez más definidos, y empieza a ver más cosas a su alrededor.

Lo demás es verde.

¡Eh, un minuto! Está mirando a una montaña verde con un campo nevado en medio.

—¡Al suelo! —grita, y se lanza a cubierta.

Espera sorprenderse con la colisión gradual y lenta con la corteza terrestre. Tiene en mente la situación en la que chocas con una motora contra una playa de arena, apagas el motor y lo sacas del agua en el último minuto, y te desplazas lentamente sobre la arena.

Resulta ser una analogía muy pobre para lo que pasa a continuación. El carguero va mucho más rápido que el bote pesquero habitual. Y en lugar de deslizarse por la playa, sufren una colisión casi directa con una pared

vertical de granito. Se produce un ruido impresionante, la proa del buque se inclina hacia arriba y de pronto, Bobby Shaftoe se encuentra deslizándose sobre el vientre a gran velocidad sobre la cubierta helada.

Durante un momento siente terror, temiendo caerse de la cubierta al agua, pero consigue dirigirse hacia la cadena de un ancla, que resulta ser un freno efectivo. Debajo, puede oír aproximadamente otros diez mil objetos, grandes y pequeños, chocando con obstáculos.

Lo siguiente es un breve y casi sosegado silencio casi total. Luego se produce un grito por parte de la terriblemente escasa tripulación del carguero:

—¡ABANDONEN EL MIERDA! ¡ABANDONEN EL MIERDA!

Los hombres del Destacamento 2702 se dirigen a los botes salvavidas. Shaftoe sabe que pueden ocuparse de sí mismos, así que se dirige al puente, buscando a los bichos raros que siempre encuentran la forma de hacer que las cosas sean interesantes: los tenientes Root y Monkberg, y el cabo Benjamín.

Al primero que ve es al patrón del carguero, sirviéndose una copa y con el aspecto de un tío que acaba de sangrar hasta morir. El pobre lleva toda la vida en la Marina y fue separado de su unidad habitual simplemente con el propósito de hacer lo que acaba de hacer. Está claro que no le sienta muy bien.

—¡Buen trabajo, señor! —dice Shaftoe, sin saber qué más decir. Luego sigue el sonido de una discusión hasta la cabina de señales.

Los personajes son el cabo Benjamín, sosteniendo un gran Libro, en una pose que recuerda a un predicador exasperado familiarizando sarcásticamente a sus feligreses revoltosos con la imagen de la Biblia; el teniente Monkberg, semireclinado en una silla, con su miembro dañado apoyado en una mesa; y el teniente Root, cosiendo el mismo.

—Es mi deber… —dice Benjamín.

Monkberg lo interrumpe.

—¡Cabo, es su deber cumplir mis órdenes!

Los suministros médicos de Root están esparcidos sobre el suelo por la colisión. Shaftoe comienza a recogerlos y ordenarlos, fijándose especialmente en cualquier botellita que pueda haberse perdido.

Benjamín está muy alterado. Está claro que no consigue llegar hasta Monkberg, así que abre el pesado Libro al azar y lo sostiene sobre la cabeza. Contiene línea tras línea, columna tras columna de letras aleatorias.

—Esto —dice Benjamín—, es el CÓDIGO ALIADO DE LA MARINA MERCANTE! ¡Un ejemplar de ESTE LIBRO se encuentra en TODOS LOS BUQUES DE TODOS LOS CONVOYES del Atlántico Norte! ¡Esos barcos lo usan para COMUNICAR SU POSICIÓN! ¿COMPRENDE lo que SUCEDERÁ si ESTE LIBRO cae en manos de LOS ALEMANES?

—Le he dado una orden —dice el teniente Monkberg.

Siguen así durante un par de minutos mientras Shaftoe busca restos médicos. Finalmente, ve lo que está buscando: ha caído bajo un armario y parece estar milagrosamente entero.

—¡Sargento Shaftoe! —dice Root perentorio. Es lo más cerca que ha estado nunca de sonar como un oficial militar. Shaftoe se pone firme por reflejo.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

—La dosis de morfina del teniente Monkberg pasará pronto. Necesito que localice mi botella de morfina y me la traiga inmediatamente.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —Shaftoe es un marine, lo que significa que es muy bueno siguiendo órdenes incluso cuando su cuerpo le dice que no lo haga. Aun así, sus dedos no quieren soltar la botella, y Root casi tiene que arrancársela.

Benjamín y Monkberg, enzarzados en su disputa, ignoran ese pequeño intercambio.

—Teniente Root —dice Benjamín, con una voz que es ahora aguda y temblorosa.

—Sí, cabo —dice Root como si no fuese con él.

—¡Tengo razones para creer que el teniente Monkberg es un espía alemán y debería ser apartado del mando y puesto bajo arresto!

—¡Hijo de puta! —grita Monkberg. Y bien que puede, porque Benjamín acaba de acusarle de traición, por lo que podría enfrentarse a un pelotón de ejecución. Pero Root tiene la pierna de Monkberg bien sujeta sobre la mesa y no puede moverse.

Root parece completamente sereno. Parece dar la bienvenida a esa acusación tan increíblemente seria. Es una oportunidad de hablar de algo con más sustancia que, por ejemplo, encontrar formas de sustituir la palabra «mierda» por «barco» en las expresiones náuticas.

—¡Le veré en una corte marcial por esto, cabrón! —aúlla Monkberg.

—Cabo Benjamín, ¿qué razones tiene para esa acusación? —dice Enoch Root con voz de nana.

—¡El teniente se ha negado a permitirme destruir los libros de códigos, cosa que he jurado hacer! —grita Benjamín. Ha perdido los nervios por completo.

—¡Tengo órdenes específicas y claras del coronel Chattan! —dice Monkberg, dirigiéndose a Root. Shaftoe se asombra. Monkberg parece reconocer la autoridad de Root en la cuestión. O quizás esté asustado y busca un aliado. Los oficiales conjurándose frente a los soldados. Como siempre.

—¿Tiene una copia impresa de esas órdenes que pueda examinar? —pregunta Root.

—No creo que sea apropiado que tengamos esta discusión ahora y aquí —dice Monkberg, todavía a la defensiva.

—¿Cómo sugiere que manejemos este asunto? —dice Root, pasando un poco de seda por la carne de Monkberg—. Estamos en tierra. Los alemanes llegarán pronto. O dejamos los libros de códigos o no. Tenemos que decidirlo ahora.

Monkberg se relaja sobre la silla y se queda pasivo.

—¿Puede mostrarme órdenes por escrito? —pregunta Root.

—No. Se me dieron verbalmente —dice Monkberg.

—¿Y esas órdenes mencionaban específicamente los libros de código? —pregunta Root.

—Así es —dice Monkberg, como si fuese un testigo en el estrado.

—¿Y esas órdenes manifestaban que se debía permitir que los libros de códigos cayesen en manos de los alemanes?

—Así fue.

Se produce un silencio durante un momento mientras Root ata una sutura y comienza con otra. Luego dice:

—Un escéptico, como el cabo Benjamín, podría pensar que todo eso de los libros de código es invención suya.

—Si falsificase mis propias órdenes —dice Monkberg—, podrían fusilarme.

—Sólo si usted, y algunos testigos de los hechos, regresan a territorio amigo, y comparan notas con el coronel Chattan —dice Enoch Root, con tranquilidad y paciencia.

—¿Qué coño pasa? —dice uno de los individuos del SAS, entrando por una escotilla de abajo y subiendo por la escalerilla—. ¡Estamos esperando en los putos botes! —Entra en la habitación, con el rostro rojo por el frío y la ansiedad, y mira a su alrededor.

—Jódase —dice Shaftoe.

El individuo del SAS se detiene.

—¡Vale, sargento!

—Baje y dígale al resto de los hombres que se jodan también —dice Shaftoe.

—¡Muy bien, sargento! —dice el hombre del SAS y desaparece.

—Como atestiguan todos esos hombres ansiosos en los botes —sigue diciendo Enoch Root—, la probabilidad de que usted y varios testigos regresen a territorio amigo se reduce por minutos. Y el hecho de que usted acabe de sufrir una terrible herida en la pierna por su propia mano, no hace sino unos minutos, complica tremendamente nuestra huida. O nos capturan juntos, o usted se ofrecerá voluntario para que le dejemos atrás y que le capturen. En cualquier caso, se salva, asumiendo que sea un espía alemán, del consejo de guerra y el pelotón de fusilamiento.

Monkberg no puede dar crédito a sus oídos.

—¡Pero… pero fue un accidente, teniente Root! Me di en la pierna con una puta hacha… ¿cree que lo hice deliberadamente?

—Es difícil para nosotros saberlo —dice Root lamentándolo.

—¿Por qué no nos limitamos a destruir los libros de códigos? Es lo más seguro —dice Benjamín—. Me limitaría a cumplir mis órdenes… no hay nada malo en ello. Nada de consejos de guerra.

—¡Pero eso arruinaría la misión! —dice Monkberg.

Root lo medita un momento.

—¿Ha muerto alguna vez alguien —dice— porque el enemigo robase uno de nuestros códigos secretos y leyese nuestros mensajes?

—Con segundad —dice Shaftoe.

—¿Ha muerto alguna vez alguien de nuestro bando —sigue diciendo Root— porque el enemigo no tenía uno de nuestros códigos secretos?

Es todo un dilema. Benjamín es el primero en contestar, pero incluso él debe pensarlo:

—¡Claro que no! —dice.

—¿Sargento Shaftoe? ¿Tiene alguna opinión? —le pregunta Root mientras le dedica una mirada sombría y seria.

Shaftoe dice:

—El asunto de los códigos es muy complicado.

El turno de Monkberg.

—Creo… creo… creo que podría ocurrírseme una situación hipotética en la que alguien podría morir, sí.

—¿Y usted, teniente Root? —pregunta Shaftoe.

Root no dice nada durante un buen rato. Se limita a coser y coser. Parece que pasan varios minutos. Quizá no sea tanto tiempo. Todos están nerviosos por los alemanes.

—El teniente Monkberg me pide que crea que evitaremos que soldados aliados mueran si hoy entregamos los códigos de la marina mercante aliada a los aliados —dice Root al fin. Todos saltan nerviosos al oír su voz—. En realidad, ya que debemos emplear una especie de cálculo de muertes para esta situación, la pregunta real es ¿salvará eso más vidas de las que perderemos?

—Allí me he perdido, padre —dice Shaftoe—. Ni siquiera pude aprobar álgebra.

—Entonces empecemos con lo que sabemos: entregar los códigos sacrificará vidas porque permitirá a los alemanes saber dónde se encuentran nuestros convoyes y hundirlos. ¿No?

—Exacto —dice el cabo Benjamín. Root parece inclinarse por su posición.

—Eso sería cierto —sigue diciendo Root—, hasta que los aliados cambien su sistema de códigos… lo que probablemente sucederá lo antes

posible. Por tanto, en el lado negativo del cálculo de muertes, tenemos algunos convoyes hundiéndose en el futuro próximo. ¿Qué hay del lado positivo? —pregunta Root encarnando las cejas en meditación mientras sigue contemplando la herida de Monkberg—. ¿Cómo podría entregar los códigos salvar algunas vidas? Bien, es un imponderable.

—¿Un qué? —pregunta Shaftoe.

—Supongamos, por ejemplo, que hay un convoy secreto que viene desde Nueva York, y contiene miles de tropas y algunas nuevas armas que cambiarán el rumbo de la guerra y salvarán miles de vidas. Y supongamos que emplea un sistema de código diferente, de forma que incluso después de que los alemanes consiguen nuestros libros de códigos hoy no sabrán de él. Los alemanes concentrarán sus energías en hundir los convoyes de los que sí saben… matando, quizás, a unos pocos cientos de hombres. Pero mientras atienden a esos convoyes, el convoy secreto pasará sin problemas y entregará su importante carga y salvará miles de vidas.

Otro silencio largo. Ahora pueden oír los gritos del resto del Destacamento 2702, en los botes, probablemente manteniendo una detallada discusión propia: ¿se considera motín abandonar a todos los oficiales en un barco encallado?

—No es más que hipotético —dice Root—. Pero demuestra que es al menos teóricamente posible que haya un término positivo en el cálculo de muertes. Y ahora que lo pienso, es posible que no haya siquiera un término negativo.

—¿A qué se refiere? —dice Benjamín—. ¡Claro que hay un término negativo!

—Está asumiendo que los alemanes todavía no han roto ese código —dice Root, apuntando con un dedo ensangrentado y acusador al enorme tomo de galimatías de Benjamín—. Pero quizá sí lo han hecho. Han estado hundiendo nuestros convoyes por todas partes, ya lo sabe. En ese caso, no hay nada negativo en dejarlo caer en sus manos.

—¡Pero eso contradice la teoría del convoy secreto! —dice Benjamín.

—El convoy secreto no era más que un *Gedankenexperiment* —dice Root.

El cabo Benjamín pone los ojos eh blanco; aparentemente, sabe lo que significa ese término.

—Si ya lo han roto, entonces ¿por qué nos estamos tomando tanto trabajo, y arriesgando nuestras vidas, para DÁRSELOS?

Root lo medita durante un rato:

—No lo sé.

—Bien, ¿qué opina usted, teniente Root? —pregunta Bobby Shaftoe algunos minutos, atrozmente silenciosos, más tarde.

—Creo que a pesar de mi *Gedankenexperiment*, la explicación del cabo Benjamín, que el teniente Monkberg es un espía alemán, es la más plausible.

Benjamín lanza un suspiro de alivio. Monkberg, paralizado por el horror, mira el rostro de Root.

—Pero continuamente suceden cosas que parecen totalmente improbables —sigue diciendo Root.

—¡Oh, por el amor de dios! —grita Benjamín, y golpea el libro con la mano.

—¿Teniente Root? —dice Shaftoe.

—¿Sí, sargento Shaftoe?

—La herida del teniente Monkberg fue un accidente. Yo vi como se producía.

Root mira directamente a los ojos de Shaftoe. Le resulta interesante.

—¿De verdad?

—Sí, señor. Fue un total accidente.

Root abre un paquete de gasa estéril y comienza a enrollarla alrededor de la pierna de Monkberg; la sangre la empapa de inmediato, más rápido de lo que puede enrollarla. Pero gradualmente, Root comienza a ganar, y la gasa se queda blanca y limpia.

—Supongo que es hora de tomar una decisión de mando —dice—. Digo que dejemos los libros de códigos, justo como pide el teniente Monkberg.

—Pero si es un espía alemán… —empieza a decir Benjamín.

—Entonces acabará en un hoyo en cuanto regresemos a territorio amigo —dice Root.

—Pero usted mismo ha dicho que las posibilidades son remotas.

—No debí haber dicho tal cosa —dice Enoch Root disculpándose—. No fue un comentario sabio ni meditado. No reflejaba el verdadero espíritu del

Destacamento 2702. Estoy convencido de que prevaleceremos frente a nuestro pequeño problema. Estoy convencido de que llegaremos a Suecia y que llevaremos al teniente Monkberg con nosotros.

—¡Ése es el espíritu! —dice Monkberg.

—Si en cualquier momento el teniente Monkberg muestra signos de fingirse enfermo o se ofrece para ser abandonado, o se comporta de cualquier forma que aumente el riesgo de que seamos capturados por los alemanes, podremos asumir con seguridad que es un espía alemán.

Monkberg parece imperturbable.

—Bien, ¡saquemos el culo de aquí! —suelta, se pone en pie, algo desequilibrado por la pérdida de sangre.

—¡Espere! —dice el sargento Shaftoe.

—¿Ahora qué, Shaftoe? —grita Monkberg, de vuelta al mando.

—¿Cómo vamos a saber que aumenta el riesgo de que seamos capturados?

—¿Qué quiere decir, sargento Shaftoe? —pregunta Root.

—Quizá no sea evidente —dice Shaftoe—. Quizás haya un destacamento alemán esperando a capturarnos en cierta posición del bosque. Y quizás el teniente Monkberg nos lleve directamente a la trampa.

—¡Así se habla, sargento! —dice el cabo Benjamín.

—Teniente Monkberg —dice Enoch Root—, como lo más cercano a un médico que tenemos a bordo, le relevo del mando por razones médicas.

—¿Qué razones médicas? —grita Monkberg horrorizado.

—Le falta sangre, y la que le queda está llena de morfina —dice el teniente Enoch Root—. Así que el segundo al mando tendrá que ocuparse y tomar la decisión de en qué dirección movernos.

—¡Pero usted es el otro oficial! —dice Shaftoe—. Exceptuando al patrón, y no se puede ser patrón sin barco.

—¡Sargento Shaftoe! —ladra Root, realizando una imitación tan efectiva de un marine que tanto Shaftoe como Benjamín se cuadran.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —responde Shaftoe.

—¡Sargento Shaftoe, lléveme a mí y al resto de esta unidad a Suecia!

—¡Señor! ¡Sí, señor! —aúlla Shaftoe, y sale de la cabina, prácticamente derribando a Monkberg. Los otros le siguen pronto, dejando los libros de

código en su sitio.

Después de media hora de tratar con los botes, el Destacamento 2702 vuelve a encontrarse en tierra, en Noruega. La línea de nieve se encuentra como a unos cincuenta pies por encima del nivel del mar; es una suerte que Bobby Shaftoe sepa manejar un par de esquís. Los individuos del SAS también poseen esa habilidad en especial, y saben también cómo improvisar una especie de trineo que emplean para cargar con el teniente Monkberg. En unas horas, ya están en lo profundo del bosque, en dirección al este, sin haber visto ni a un solo ser humano, alemán o noruego, desde que bajaron a tierra. Comienza a nevar, ocultando el rastro. Monkberg está comportándose… sin exigir que lo dejen atrás o lanzando bengalas. Shaftoe comienza a pensar que llegar a Suecia podría ser la misión más fácil del Destacamento 2702. Lo único difícil, como es habitual, es comprender qué coño está pasando.

*OceanofPDF.com*

# Diligencia

Los mapas del sureste asiático cubren las paredes, incluso las ventanas, lo que da un ambiente de bunker a la habitación de hotel de Avi. Epiphyte Corp. se ha reunido para su primera reunión completa de accionistas en dos meses. Avi Halaby, Randy Waterhouse, Lom Howard, Eberhard Fóhr, John Cantrell y Beryl Hagen atestan la habitación y saquean el minibar en buscar de aperitivos y refrescos. Algunos están sentados en la cama. Eberhard está sentado en el suelo, descalzo y con las piernas cruzadas, con el portátil sobre una banqueta para los pies. Avi está de pie. Cruza los brazos y se echa hacia atrás, con los ojos cerrados, apoyándose contra las puertas de madera de caoba en vías de extinción del centro de entretenimiento. Viste una camisa blanca reluciente y recién lavada, tan recién lavada y tan almidonada que todavía cruje cuando se mueve. Hasta hace quince minutos llevaba una camiseta que no se había quitado en cuarenta y ocho horas.

Randy piensa durante un minuto que Avi se ha quedado dormido en esa posición tan poco ortodoxa. Pero:

—Mirad el mapa —dice Avi de pronto con voz tranquila. Abre los ojos y los dirige al susodicho mapa, sin malgastar energía en volver la cabeza—. Singapur, el extremo sur de Taiwán y la punta más al norte de Australia forman un triángulo.

—Avi —dice Eb con solemnidad—, tres puntos cualesquiera forman un triángulo. —En general, no esperan que Eberhard aligere las reuniones con muestras de humor, pero la risa recorre la habitación, y Avi sonríe… no tanto porque tenga gracia sino porque demuestra buena moral.

—¿Qué hay en medio del triángulo?

Todos vuelven a mirar. La respuesta correcta es «un punto en medio del mar de Sulú», pero está claro a dónde quiere llegar Avi.

—Nosotros —dice Randy.

—Correcto —dice Avi—. Kinakuta es el lugar ideal para servir de encrucijada electrónica. El lugar perfecto para conectar grandes *routers*.

—Estás hablando en jerga para accionistas —le advierte Randy.

Avi le ignora.

—Realmente tiene más sentido de esta forma.

—¿De qué forma? —pregunta Eb bruscamente.

—He sabido que allí hay otra gente del cable. Hay un grupo de Singapur y un consorcio de Australia y Nueva Zelanda. En otras palabras: nosotros éramos los únicos con conexión a la Cripta. Hoy creo que seremos uno de tres.

Tom Howard sonríe triunfante: trabaja en la Cripta y probablemente lo sabía antes que nadie. Randy y John Cantrell intercambian miradas.

Eb se sienta envarado.

—¿Cuánto hace que lo sabéis? —pregunta.

Randy ve que un gesto de molestia atraviesa la cara de Beryl. No le gusta que la interroguen.

—¿Nos excusaríais, a Eb y a mí, durante un minuto? —dice Randy poniéndose en pie.

El doctor Eberhard Fóhr primero parece sorprendido, luego se pone en pie y sigue a Randy fuera de la habitación.

—¿A dónde vamos?

—Deja el portátil —le dice Randy, escoltándole al pasillo—. Ven aquí.

—¿Por qué?

—La cosa es así —dice Randy, cerrando la puerta pero sin dejar que salte el cierre—. La gente como Avi y Beryl, que llevan mucho tiempo en los negocios, muestran una evidente preferencia por las conversaciones entre dos personas; como la que tú y yo mantenemos ahora mismo. No sólo eso, sino que muy rara vez apuntan las cosas.

—Explícamelo.

—Es una especie de manifestación de la teoría de la información. Mira, si sucede lo peor, y se produce algún tipo de acción legal…

—¿Acción legal? ¿De qué hablas?

Eb proviene de una pequeña ciudad en la frontera con Dinamarca. Su padre era profesor de matemáticas en un instituto, su madre profesora de inglés. Su apariencia probablemente lo convirtió en un marginado en su ciudad natal, pero al igual que mucha gente que todavía vive allí, cree que las cosas deben hacerse de forma clara, abierta y lógica.

—No pretendo alarmarte —dice Randy—, no intento sugerir que nada de eso esté sucediendo, o vaya a pasar pronto. Pero tal como funcionan las cosas en América ahora mismo, te sorprendería descubrir con qué facilidad las empresas mercantiles acaban en demandas. Cuando eso sucede, todos los documentos se hacen públicos. Por tanto, la gente como Avi y Beryl nunca ponen nada por escrito que no quieran que se vea ante un tribunal. Más aún, se puede interrogar a cualquiera, bajo juramento, para que testifique sobre lo sucedido. De ahí que las conversaciones entre dos personas, como ésta, sean mejor.

—La palabra de una persona contra la de otra. Lo comprendo.

—Sé que sí.

—Pero en cualquier caso, se nos tendría que haber comunicado de forma discreta.

—La razón por la que Avi y Beryl no dijeron nada hasta ahora es que querían resolver el problema cara a cara, en conversaciones de dos personas. En otras palabras, lo hicieron para protegernos… no para ocultarnos nada. Ahora nos están comunicando la noticias formalmente.

Eberhard ya no se muestra receloso. Ahora está molesto, lo que es peor. Como muchos tecnólogos, puede volverse escandaloso cuando decide que los demás no están actuando con lógica. Randy levanta las manos, mostrando las palmas, en señal de rendición.

—Estipulo que no tiene ningún sentido —dice Randy.

Eb mira con furia a distancia, sin calmarse.

—¿Estarás de acuerdo conmigo en que el mundo está lleno de gente irracional y situaciones ridículas?

—Jaaa… —dice Eb a la defensiva.

—Si tú y yo vamos a programar y la gente va a pagarnos por ello, deben contratarnos, ¿no?

Eb lo medita con cuidado.

—Sí.

—Eso significa lidiar con esas personas, por desagradable que pueda ser, a cierto nivel. Y aceptar un montón de tonterías, como abogados, relaciones públicas y personal de mercadotecnia. Y si tú y yo intentásemos hablar con ellos nos volveríamos locos. ¿Cierto?

—Es muy probable que sí.

—Por tanto, es bueno que gente como Avi y Beryl hayan llegado a existir, porque ellos son nuestro interfaz —a la cabeza de Randy viene una imagen de la Guerra Fría. Alarga ambas manos y agarra el aire—. Como esas cajas con guantes que usan para manejar el plutonio. ¿Comprendes?

Eberhard asiente. Una señal prometedora.

—Pero eso no implica que vaya a ser como programar ordenadores. Ellos sólo pueden filtrar y suavizar la naturaleza irracional del mundo que hay más allá, por lo que Avi y Beryl puede que sigan haciendo cosas que parecen un poco estúpidas.

Los ojos de Eb han ido adoptando un aire cada vez más remoto.

—Sería interesante estudiarlo como un problema en teoría de la información —anuncia—. ¿Cómo podrían fluir los datos entre los nodos internos de una red —Randy sabe que Eb quiere decir «personas en una pequeña corporación»— pero sin existir para las personas del exterior?

—¿Qué quieres decir sin existir?

—¿Cómo podría ordenar un juez que se presentase un documento que, desde su sistema de referencia, jamás ha existido?

—¿Hablas de cifrarlo?

Eb parece ligeramente dolorido por la simplicidad de Randy.

—Eso ya lo estamos haciendo. Pero aún así, alguien podría demostrar que un documento, de cierto tamaño, ha sido enviado a cierta hora, a cierta dirección.

—Análisis de tráfico.

—Sí. Pero ¿y si se satura? ¿Por qué no podríamos llenar el disco duro de bytes aleatorios de forma que un archivo individual fuese indiscernible?

Su misma existencia estaría oculta en el ruido, como un tigre rayado entre la hierba alta. Y podríamos enviarnos flujos de ruido aleatorio de unos a otros.

—Sería muy caro.

Eberhard agita la mano para quitarle importancia.

—El ancho de banda es barato.

—Es más un artículo de fe que un hecho —dice Randy—, pero podría ser cierto en el futuro.

—Pero viviremos el resto de nuestras vidas en el futuro, Randy, por lo que bien podríamos iniciar el programa ahora.

—Bien —dice Randy—, ¿podemos seguir con esta conversación más tarde?

—Claro.

Vuelven a entrar en la habitación. Tom, que es el que lleva aquí más tiempo, está diciendo:

—Los de cinco pies de largo, con las manchas de un marrón amarillento sobre fondo azul verdoso son inofensivos y son geniales animales de compañía. Los de seis pies, con manchas de un amarillo marrón sobre fondo turquesa te matan de un mordisco, en diez minutos, a menos que te suicides antes para escapar al dolor intolerable.

Es la forma de hacer saber a Randy y Eb que no han estado hablando de negocios mientras estaban fuera.

—Vale —dice Avi—, el resultado es que la Cripta va a ser potencialmente mucho mayor de lo que habíamos pensado al principio, lo que es una buena noticia. Pero hay otro tema que debemos tratar. —Avi conoce a Randy de siempre, y sabe que no se molestará en realidad por lo que viene a continuación.

Todos los ojos se dirigen hacia Randy, y Beryl toma el hilo. Se ha asignado a sí misma el papel de preocuparse por los sentimientos de los demás, ya que el resto de las personas de la firma están claramente poco cualificadas para la tarea, y habla en tono de lamento.

—El trabajo que Randy ha estado realizando en Filipinas, un trabajo muy bueno, ya no tiene importancia crítica para las actividades de la compañía.

—Lo acepto —dice Randy—. Eh, al menos tengo mi primer bronceado en diez años.

Todos parecen sentirse aliviados de inmediato al comprobar que Randy no se cabrea. Tom, como es típico, llega pronto al fondo del asunto:

—¿Podemos romper nuestra relación con el Dentista? ¿Un corte limpio?

El ritmo de la conversación se pierde de pronto. Como un fallo eléctrico en una discoteca.

—No lo sabemos —dice al fin Avi—. Hemos mirado los contratos. Pero los escribieron los abogados del Dentista.

—¿No son abogados algunos de sus socios? —pregunta Cantrell.

Avi se encoge de hombros impaciente, como si eso no fuese todo.

—Sus socios. Sus inversores. Sus vecinos, amigos, compañeros de golf. Probablemente su fontanero también sea abogado.

—Lo importante es que es famoso por sus demandas —dice Randy.

—El otro problema potencial —dice Beryl— es que si encontrásemos una forma de deshacer el acuerdo con AVCLA, perderíamos entonces el flujo de capital a corto plazo que esperamos de la red filipina. Las ramificaciones de ese hecho podrían ser peores de lo esperado.

—¡Maldición! —dice Randy—, me lo temía.

—¿Cuáles son las ramificaciones? —dice Tom, centrándose, como siempre, en lo importante.

—Tendríamos que conseguir más dinero para cubrir la falta —dice Avi —. Lo que diluiría el valor de las acciones.

—¿Diluirlo en cuánto? —pregunta John.

—Por debajo del cincuenta por ciento.

Esa cifra mágica desencadena una epidemia de suspiros, gemidos y movimientos en los asientos por parte de los responsables de Epiphyte Corp., que colectivamente poseen el cincuenta por ciento de las acciones de la compañía. Mientras exploran las ramificaciones en sus cabezas, comienzan a mirar fijamente a Randy.

Al fin, Randy se pone en pie y despliega las manos como si quisiese contenerlos.

—Vale, vale, vale —dice—. ¿Dónde nos deja eso? El plan de negocios afirma, una y otra vez, que la red de Filipinas es razonable por sí misma… y

que podemos convertirla en un negocio independiente en cualquier momento y ganar dinero. Por lo que sabemos, sigue siendo cierto, ¿no?

Avi lo medita antes de emitir el comunicado cuidadosamente preparado.

—Tan cierto como lo ha sido siempre.

Esa declaración obtiene una risita y una serie de aplausos sarcásticos por parte de los otros. ¡Qué listo eres Avi! ¿Qué haríamos sin ti?

—Vale —dice Randy—. Así que si nos quedamos con el Dentista, aunque ahora el proyecto para nosotros sea irrelevante, es de esperar que ganemos dinero suficiente para no tener que vender más acciones. Podremos retener el control de la compañía. Por otra parte, si rompemos nuestra relación con AVCLA, los socios del Dentista nos cubrirán de demandas… lo que pueden hacer virtualmente sin coste, o riesgo. Nos enfangamos en los tribunales de Los Angeles. Tendremos que volver, testificar y hacer declaraciones. Gastaremos toneladas de dinero en abogados.

—E incluso podríamos perder —dice Avi.

Todos ríen.

—Así que debemos quedarnos —concluye Randy—. Tenemos que trabajar con el Dentista queramos o no.

Nadie dice nada.

No es que estén en desacuerdo con Randy; al contrario. Es que Randy ha sido el encargado de los asientos de Filipinas, y el que acabará manejando la desafortunada situación. Recibirá en persona toda la fuerza del impacto. Es mejor que se ofrezca voluntario a que se le tenga que obligar. Ahora se está ofreciendo voluntario, alto y claro, en toda una actuación. Los demás actores del conjunto son Avi, Beryl, Tom, John y Eb. La audiencia está compuesta por los accionistas minoritarios de Epiphyte Corp., el Dentista y los diversos jueces todavía por asignar. Es una actuación que nunca se hará pública a menos que se presente una demanda contra ellos y los suba a todos al estrado para que la cuenten bajo juramento.

John decide hundir un poco más la paleta.

—La financiación de AVCLA en Filipinas es especulativa, ¿no?

—Correcto —dice Avi con autoridad, actuando directamente para los hipotéticos jurados del futuro—. En los viejos días, los que tendían cable

vendían primero la capacidad para conseguir el capital. AVCLA lo hace con su propio capital. Cuando esté terminado, lo poseerán en todo, y venderán la capacidad al mayor postor.

—No todo es dinero de AVCLA… no son tan ricos —dice Beryl—. Han conseguido mucha pasta de NOHGI.

—¿Qué es? —pregunta Eb.

—Nigata Overseas Holding Group Inc. —dicen al unísono tres personas.

Eb parece desconcertado.

—NOHGI tendió el cable profundo de Taiwán a Luzón —dice Randy.

—En todo caso —dice John—, lo que quiero decir es que el Dentista está cableando Filipinas como estaba previsto y se encuentra muy expuesto. Cualquier cosa que retrase la terminación de ese sistema va a causarle enormes problemas. Eso hace necesario que cumplamos con nuestras obligaciones.

John está diciendo al hipotético jurado en Dentista vs. Epiphyte Corp.: «Respetamos escrupulosamente los términos de nuestro contrato con AVCLA.»

Pero eso no va a sonar tan bien al hipotético jurado de la otra demanda hipotética por parte de los accionistas minoritarios, Springboard vs. Epiphyte Corp. Por tanto, Avi se apresura a añadir:

—Como creo que ya hemos establecido, después de una cuidadosa discusión de las cuestiones, cumplir nuestras obligaciones con el Dentista es parte ineludible de nuestra obligación para nuestros propios accionistas. Esos dos objetivos están interrelacionados.

Beryl pone los ojos en blanco y lanza un profundo suspiro de alivio.

—Por tanto, cableemos Filipinas —dice Randy.

Avi se dirige a él en tono formal, como si descansase las manos, en este mismo instante, sobre una Biblia de hotel:

—Randy, ¿crees que los recursos que se te han asignado son suficientes para cumplir nuestras obligaciones contractuales con el Dentista?

—Debemos reunimos para ese asunto —dice Randy.

—¿Puede esperar hasta pasado mañana? —pregunta Avi.

—Claro. ¿Por qué no?

—Tengo que ir al baño —dice Avi.

Es la señal que Avi y Randy han empleado muchas veces en el pasado. Avi se pone en pie y va al baño. Un momento más tarde, dice Randy:

—Ahora que lo pienso… —Y le sigue.

Se sorprende al encontrarse a Avi meando. Por impulso, Randy se baja la cremallera y comienza a mear a su lado. No se le ocurre lo excepcional del hecho hasta que ya lo está haciendo.

—¿Qué pasa? —pregunta Randy.

—Bajé al vestíbulo esta mañana para cambiar dinero —dice Avi—, ¿y adivina quién entró en el hotel, recién llegado del aeropuerto?

—Oh, mierda —dice Randy.

—El Dentista en persona.

—¿Sin yate?

—El yate viene siguiéndole.

—¿Venía alguien con él?

—No, pero puede que más tarde.

—¿Por qué está aquí?

—Puede que se haya enterado.

—Dios. Es la última persona a la que me gustaría encontrarme mañana.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—Nada que pueda indicar explícitamente —dice Randy—. Nada dramático.

—¿Nada que, si se hiciese público más tarde, te hiciese parecer negligente?

—No lo creo —dice Randy—. Simplemente el asunto de Filipinas es complicado y debemos hablar de ello.

—Bien, por el amor de Dios —dice Avi—, si te encuentras con el Dentista mañana, no digas nada sobre el trabajo. Que sea sólo una charla social.

—Muy bien —dice Randy, y se sube la cremallera. Pero en lo que realmente piensa es: ¿por qué malgasté todos esos años en el mundo académico cuando podía haber estado haciendo mierda genial como ésta

Que luego le recuerda algo:

—Oh, sí. Recibí un correo extraño.

Avi dice inmediatamente:

—¿De Andy?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Has dicho que era extraño. ¿Realmente has recibido un correo suyo?

—Realmente no sé de quién era. Probablemente no sea de Andy. No era extraño en ese sentido.

—¿ Respondiste?

—No. Pero sí lo hizo enano@tsiblings.net.

—¿Quién es ese? Siblings.net era el sistema que solías administrar, ¿no?

—Sí. Sigo conservando algunos privilegios. Creé una nueva cuenta, con el nombre enano, con la que no se me puede relacionar. Le envíe un correo anónimo al tipo diciéndole que hasta que él me demuestre lo contrario, asumo que es un antiguo enemigo mío.

—O uno nuevo.

*OceanofPDF.com*

# Cabeza de lanza

El joven Lawrence Pritchard Waterhouse, de visita a sus padres en Dakota, sigue a un arado por el campo. La hoja hundida del arado saca la tierra negra de los surcos y la apila en crestas, bastas y desordenadas cuando se las mira desde cerca pero, cuando se las ve desde la distancia, están matemáticamente tan bien definidas y rectas como los surcos de un disco de fonógrafo. Un pequeño objeto en forma de tabla de surf sobresale proyectado de la cresta de una de esas olas de tierra. El joven Waterhouse se inclina y lo recoge. Es una punta de flecha india cuidadosamente tallada en pedernal.

El U-553 es una lanza de acero negro clavada en el aire a como unas diez millas al norte de Qwghlm. Las grandes olas grises lo elevan y lo dejan caer, pero aparte de eso, no se mueve; está varado en un saliente sumergido conocido para los habitantes de la zona como el arrecife de César, o la Pena de los Vikingos o el Martillo Holandés.

En la pradera, esas puntas de flecha de pedernal se pueden encontrar incrustadas en todo tipo de estructura natural: tierra, césped, el lodo de un río, el tronco de un árbol. Waterhouse tiene talento para encontrarlas. ¿Cómo puede recorrer un campo que, debido al retroceso del último glaciar, se halla salpicado de incontables piedras y encontrar las puntas de flechas? ¿Por qué el ojo humano puede detectar una pequeña forma artificial perdida en el cosmos rasgado y turbulento de la naturaleza, un aguja de datos en un pajar de ruido? Es una conexión súbita como un destello entre mentes, o eso supone. Las puntas de flechas son objetos humanos separados de la humanidad, sus partes orgánicas han perecido, pero las formas minerales

permanecen; cristales de intención. No es la forma sino la intención latente lo que exige la atención de una mente egoísta. Funcionó para el joven Waterhouse buscando puntas de flechas. Funcionó para los pilotos de los aeroplanos que esta mañana acosaron al U-553. Funciona para los oyentes del Beobachtimg Dienst, que han entrenado sus oídos para escuchar lo que dicen Churchill y FDR mediante lo que se supone que son teléfonos cifrados. Pero no funciona muy bien con la criptografía. Lo que es una lástima para todos menos para los británicos y americanos, que han inventado sistemas matemáticos para descubrir puntas de flechas entre los guijarros.

El arrecife de César abrió la parte inferior de la proa del U-553 mientras inclinaba todo el submarino y lo sacaba casi por completo del agua. El empuje casi lo impulsó por encima del montículo, pero quedó colgando en medio, varado, como un balancín golpeado por las olas. Ahora tiene la popa casi toda llena de agua, por lo que es la proa la que se proyecta sobre las crestas de los mares. Ha sido abandonado por la tripulación, lo que significa que según las tradiciones marítimas, es de quien lo encuentre. La Marina Real ha llamado a los científicos. Una pantalla de destructores patrulla la zona, para evitar que algún submarino hermano llegue a escondidas y torpedee los restos.

Waterhouse ha sido llamado al castillo con indecorosa rapidez. La oscuridad cae como un telón de plomo, y las jaurías de lobos cazan en la noche. Se encuentra en el puente de una corbeta, un diminuto barco de escolta que, en cualquier circunstancia, tiene exactamente la hidrodinámica de una lata vacía de aceite. Si baja, no dejará de vomitar, así que permanece en cubierta, con los pies bien firmes, las rodillas dobladas, sujetándose a la baranda.com ambas manos, viendo cómo se acercan los restos. El número 553 ha sido pintado en la torrecilla, bajo el dibujo de un oso polar levantando una jarra de cerveza.

—Interesante —le dice al coronel Chattan—. Cinco—cinco—tres es el producto de dos primos… siete y setenta y nueve.

Chattan se las arregla para emitir una sonrisa apreciativa, pero Waterhouse sabe perfectamente que no es más que una muestra espectacular de buena educación.

Mientras tanto, el resto del Destacamento 2702 está llegando. Acaban de terminar la exitosa misión de atravesar Noruega y se encontraban de camino a su nueva base de operaciones en Qwghlm cuando recibieron la noticia de que el U-553 había encallado. Se encontraron con Waterhouse allí mismo, en el barco —no han tenido muchas oportunidades de sentarse, y menos de deshacer el equipaje. Waterhouse les ha dicho muchas veces lo mucho que les va a gustar Qwghlm y se le han acabado las cosas que decir — la tripulación de la corbeta no es Ultra Mega, y no hay nada que Waterhouse pudiese concebiblemente decir a Chattan y a los otros que no esté clasificado como nivel Ultra Mega. Así que lo intenta hablando de números primos.

Algunos de los miembros del destacamento —el teniente de marines y la mayor parte de los soldados— se han quedado en Qwghlm para instalarse en sus nuevos alojamientos. Únicamente el coronel Chattan y un suboficial, llamado sargento Robert Shaftoe, han acompañado a Waterhouse al submarino.

Shaftoe tiene manos y brazos fuertes y musculosos al estilo Alley Oop, y un pelo rubio que lleva con un corte militar que hace que sus grandes ojos azules parezcan aún mayores. Tiene una nariz grande y una gran nuez de Adán, grandes marcas de acné y algunas otras cicatrices alrededor de las órbitas de los ojos. Los rasgos acentuados y el cuerpo esbelto le dotan de una presencia intensa; es difícil no mirar continuamente en su dirección. Parece un hombre de poderosas emociones pero de una disciplina aún mayor que las mantiene bajo control. Mira directamente a los ojos a quienquiera con el que hable, sin parpadear. Cuando no habla con nadie, mira el horizonte y piensa. Cuando piensa, juguetea con los dedos incesantemente. Los demás están usando los dedos para agarrarse a algo, pero Shaftoe está plantado en cubierta como un viejo grueso que esperase su turno para comprar la entrada de una película. El, al igual que Waterhouse, aunque no Chattan, viste con ropas gruesas de invierno que ha tomado prestadas de los almacenes de la torpedera.

Se sabe, y ya se han enterado todos los presentes, que el capitán del submarino —el último hombre en abandonar la nave— tuvo la presencia de ánimo suficiente para llevarse con él la máquina Enigma. Los aviones de la RAF, todavía dando vueltas en lo alto, vieron como el capitán se arrodillaba

precariamente en el bote salvavidas y lanzaba las ruedas de la máquina en diferentes direcciones contra las altas olas. Al final la propia máquina salió por la borda.

Los alemanes saben que los aliados nunca podrán recuperar la máquina. Lo que no saben es que no llegarán siquiera a buscarla, porque hay un lugar llamado Bletchley Park que ya sabe todo lo que se puede saber sobre la Enigma naval de cuatro engranajes. En cualquier caso, los británicos fingirán que la buscan, por si alguien está mirando.

Waterhouse no viene en busca de máquinas Enigma. Viene en busca de puntas de flecha perdidas.

Al principio la torpedera se acerca al submarino de frente, se lo piensa mejor, y vira a popa del pecio, luego se dirige viento arriba hacia él. De esa forma, supone Waterhouse, el viento tenderá a alejarles de los arrecifes. Visto desde abajo, el submarino parece bastante rechoncho. La parte que se supone que queda sobre la superficie, cuando sale, está pintada de un gris neutral, y es tan delgada como un cuchillo. La parte que se supone va sumergida, cuando no ha chocado contra una enorme piedra, es ancha y negra. Hombres aventureros de la Marina Real lo han abordado y con descaro han izado una bandera blanca sobre la torrecilla. Aparentemente han llegado hasta él usando un ballenero de poco fondo que está atado a su lado, ligeramente unido al submarino por una dispersa red de líneas, y mantenido a distancia por neumáticos tendidos sobre la baranda. La torpedera que lleva a los miembros del Destacamento 2702 se acerca al submarino con sumo cuidado; cada ola casi los hace chocar.

—¡Ahora nos encontramos claramente en una geometría espacial no—euclidiana! —dice Waterhouse juguetón. Chattan se inclina y usa la mano para hacer bocina sobre la oreja—. No sólo eso, sino dependiente en tiempo real, ¡algo que definitivamente hay que tratar en cuatro dimensiones, no tres!

—¿Perdóneme?

Si se acercan más, ellos mismos quedarán varados en los arrecifes. Los marineros lanzan un cohete que tiende una línea entre las naves, y dedican algo de tiempo a establecer un sistema de transferencia barco a barco. Waterhouse se teme que le obligarán a utilizarlo. En realidad, siente más resentimiento que temor, porque tenía la impresión de que no le pondrían en

más situaciones peligrosas durante el resto de la guerra. Intenta pasar el tiempo examinando la parte de abajo del submarino y mirando a los marineros. Han formado una especie de brigada de cubos para sacar libros y papeles del pecio hasta la torrecilla y de allí hasta el ballenero. La torrecilla es un lugar complicado debido a los cañones, periscopios y antenas que le salen por todas partes.

Ciertamente envían a Waterhouse y a Shaftoe al U-553, usando una especie de carrito sobre poleas que corre sobre un cable extendido. Primero los marineros les obligan a ponerse chalecos salvavidas, como una especie de gesto simbólico e hilarante, de forma que si consiguen evitar que les golpeen hasta morir podrán morir de hipotermia en lugar de ahogarse.

Cuando Waterhouse está a medio camino, el punto más bajo de una ola pasa debajo de él, mira a la cavidad absorbente y ve la parte alta del arrecife César, momentáneamente expuesta, cubierta por un pelaje añil de mejillones. Podrías bajar y permanecer allí. Durante un instante. Luego, miles de toneladas de agua realmente fría caen en la cavidad, se elevan y le golpean en el culo.

Levanta la vista para mirar el U-553. Tiene demasiado submarino por encima de la cabeza. Tiene la impresión básica de que está hueco, más un colador que un buque de guerra. El casco está perforado por filas de ranuras oblongas dispuestas en una formación de remolino como líneas hidrodinámicas tatuadas sobre el metal. Parece ligero hasta lo imposible. Luego mira por las ranuras —la luz penetra hasta allí por las ranuras que hay en cubierta— y percibe la silueta del casco de presión metido en su interior, curvado y con aspecto de ser bastante más sólido que el casco externo. Dispone de dos hélices metálicas de tres aspas, de como una yarda de ancho, abolladas aquí y allá por el contacto con Dios sabe qué. Ahora mismo se encuentran en el aire y, mirándolas, Waterhouse siente la misma vergüenza absurda que sintió en Pearl Harbor al mirar a los muertos que tenían las partes íntimas expuestas. Los timones de inmersión sobresalen del casco tras las hélices, y a popa de ellos, cerca del ápice de popa, se encuentran dos bastas salidas de metal que tienen el aspecto de escotillas, y que Waterhouse comprende que es por donde deben salir los torpedos.

Se desliza durante los últimos veinte pies a una terrible velocidad y es recogido y sostenido, en diversos lugares, por ocho manos fuertes que lo

levantan y lo llevan a lo que pretende ser un punto seguro: la cubierta del submarino, justo a popa de la torrecilla protegido bajo una ametralladora antiaérea. Muy a popa, hay un apoyo en forma de T con cables que sobresalen de la barra horizontal y corren tensos hasta la baranda de la torrecilla, al alcance de la mano. Siguiendo el ejemplo de un oficial de la Marina Real al que parecen que le han asignado el papel de guardián, Waterhouse trepa hacia arriba —es decir, hacia popa— usando uno de esos cables como pasamanos, y le sigue por una escotilla en la cubierta de popa hasta el interior de la nave. Shaftoe le sigue unos momentos después.

Es el peor lugar en el que Waterhouse se haya encontrado jamás. Como la corbeta en la que acaba de encontrarse, se eleva ligeramente con cada ola, pero al contrario que la corbeta, cae chocando contra las rocas, haciendo que casi pierda el equilibrio. Es como estar atrapado en un cubo de basura al que le están dando martillazos. El U-553 está lleno aproximadamente hasta la mitad de una mezcla rica de vino barato, combustible diesel, ácido de batería y aguas residuales. Por la forma en que está colocada, la sopa se hace más profunda a medida que avanzas, pero corre hacia popa formando un tsunami cada vez que la sección media golpea las rocas. Por suerte, Waterhouse se encuentra más allá de la náusea, en una especie de estado trascendente donde su mente se encuentra más divorciada de su cuerpo de lo que es habitual.

El oficial al mando espera a que se calme el ruido y luego dice, con voz asombrosamente baja:

—¿Hay algo en especial que le gustaría examinar, señor?

Waterhouse todavía está intentado hacerse una idea de dónde se encuentra por el procedimiento de mover el rayo de la linterna por todas partes, que es como mirar al mundo por una pajita. No puede obtener ninguna visión sinóptica de lo que le rodea, sólo visiones rápidas de cañerías y cables. Al final intenta mantener la cabeza muy quieta y mover la linterna muy, muy rápido. Una imagen se presenta: se encuentra en un espacio estrecho, evidentemente diseñado por y para ingenieros, con el fin de dar acceso a varias millas lineales de tuberías y cables que han sido obligados a pasar por una especie de cuello de botella.

—Buscamos los papeles del capitán —dice Waterhouse. El submarino vuelve a caer libre; Waterhouse se apoya en algo resbaladizo, se tapa los

oídos con las manos, cierra los ojos y la boca, y exhala por la nariz para que la sopa no pueda entrar en su cuerpo. La cosa sobre la que se apoya es realmente dura, fría y redonda. Y grasienta. La ilumina; está hecha de cobre. El truco de mover el rayo produce la imagen de una especie de nave espacial, metida (a menos que esté confundido) bajo una litera. Está a punto de quedar como un completo idiota preguntando qué es cuando lo identifica como un torpedo.

En el siguiente interludio de preguntas, dice:

—¿Hay algo parecido a un camarote privado donde pudiese…?

—Hacia delante —dice el oficial. Hacia delante no es una visión muy prometedora.

—¡Mierda! —dice el sargento Shaftoe. Es lo primero que ha dicho en media hora. Comienza a avanzar y el oficial británico tiene que apresurarse para seguirle. El suelo vuelve a caer, por lo que se detienen y se dan la vuelta, para que la ola de desechos les pegue por detrás.

Se mueven hacia abajo. Cada paso es una vigorosa batalla contra la prudencia y el sentido común, y dan muchos pasos. Lo que Waterhouse ha considerado un cuello de botella es muy, muy largo, llegando, aparentemente, hasta proa. Al final encuentra algo que les ofrece una excusa para detenerse: un camarote, o quizá (de cuatro por seis pies) la esquina de un camarote. Hay una cama, una pequeña mesa plegable, y armarios de madera de verdad. Esos elementos en combinación con fotografías de familiares y amigos le dan un aire acogedor y doméstico completamente arruinado por la fotografía enmarcada de Adolf Hitler que cuelga del mamparo. A Waterhouse le parece de un asombroso mal gusto hasta que recuerda que es un submarino alemán. La terrible marea de residuos divide el camarote aproximadamente por la mitad. Por todas partes encuentran, flotando, papeles y otros detritus burocráticos escritos con la escritura gótica esotérica que Waterhouse asocia con Rudy.

—Recójanlo todo —dice Waterhouse, pero Shaftoe y los otros ya están pasando los brazos por la mezcla y los sacan cubiertos de papel maché chorreante. Lo meten todo en un saco de lona.

El camastro del capitán se encuentra a popa, o hacia arriba, del camarote. Shaftoe lo deshace, mira bajo la almohada y el colchón y no encuentra nada.

La mesa plegable se encuentra en el extremo totalmente sumergido. Waterhouse vadea con cuidado hacia ella, intentando no resbalar. Encuentra la mesa con el pie, mete las manos en el líquido y explora como un ciego. Encuentra un par de cajones que puede sacar y pasar a Shaftoe, que tira el contenido en el saco. Al poco tiempo está muy seguro de que no queda nada en el escritorio.

El submarino se levanta y vuelve a caer. Al desplazarse las aguas residuales, deja expuesto, sólo por un momento, algo en la esquina del camarote, algo unido al mamparo. Waterhouse vadea hacia él para identificarlo.

—¡Es una caja fuerte! —dice. Gira el dial. Está duro. Una buena caja fuerte. Alemana. Shaftoe y el oficial británico se miran unos a otros.

Un marinero británico aparece en la escotilla abierta.

—¡Señor! —anuncia—. Se ha detectado otro submarino en la zona.

—Me encantaría tener un estetoscopio —sugiere Waterhouse—. ¿Hay un área médica en esta cosa?

—No —dice el oficial británico—. Sólo una caja de material médico. Debería andar flotando por aquí.

—¡Señor! ¡Sí, señor! —dice Shaftoe y desaparece de la habitación. Regresa un minuto más tarde sosteniendo un estetoscopio alemán sobre la cabeza para mantenerlo limpio. Se lo lanza al otro lado del camarote a Waterhouse, quien lo atrapa en el aire, se lo pone en los oídos, y mete el extremo en el agua hacia la caja fuerte.

Ya lo ha hecho antes, como ejercicio. Los niños obsesionados con las cerraduras con frecuencia crecen para convertirse en adultos obsesionados con la criptografía. El jefe de la tienda de ultramarinos en Moorhead, Minnesota, dejaba que el joven Waterhouse jugase con la caja fuerte. Rompió la combinación, para gran sorpresa del jefe, y escribió sobre la experiencia para la escuela.

Esta caja fuerte es mucho mejor de lo que era la otra. Como de todas formas no puede ver el dial, cierra los ojos.

Es vagamente consciente de que los otros tipos en el submarino llevan un rato gritando y haciendo algo, como si hubiese llegado alguna noticia sensacional. Quizás haya terminado la guerra. Luego siente como le arrancan el estetoscopio. Abre los ojos para ver al sargento Shaftoe

llevándoselo a la boca como si fuese un micrófono. Shaftoe le mira con frialdad y le habla al estetoscopio.

—Señor, torpedos en el agua, señor. —A continuación Shaftoe sale corriendo y deja a Waterhouse solo en el camarote.

Waterhouse está como a medio camino subiendo la escalerilla de la torrecilla, mirando un disco de cielo gris negruzco, cuando la nave entera se estremece y retumba. Un pistón de aguas residuales se levanta debajo de él y le envía hacia arriba, vomitándole sobre la cubierta del submarino, donde sus camaradas le agarran y con gran consideración le impiden caer rodando al agua.

El movimiento del U-553 con las olas ha cambiado. Ahora se mueve mucho más, como si estuviese a punto de escapar del arrecife.

Waterhouse precisa de un minuto para recuperar la compostura. Empieza a pensar que es posible que haya sufrido algún daño. Algo definitivamente va mal con su brazo izquierdo, sobre el que acaba de aterrizar.

Les barren unas luces potentes: un reflector de la torpedera británica que les ha traído aquí. Los marineros británicos lanzan una maldición. Waterhouse se apoya sobre el codo bueno y observa a lo largo del casco del submarino, siguiendo el rayo del reflector hasta ver algo grotesco. El submarino ha sido alcanzado justo bajo la línea de flotación, fragmentos del casco se despegan de la herida y salen disparados por el aire como metralla. El asqueroso contenido del casco fluye, tiñendo el Atlántico de negro.

—¡Mierda! —dice el sargento Shaftoe. Se libera de una mochila pequeña pero de aspecto pesado con la que ha estado cargando, y la abre. Esa actividad súbita llama la atención de los hombres de la Marina Real que le ayudan apuntando las linternas hacia sus manos frenéticas.

Waterhouse, que para entonces podría estar sufriendo de delirio, no puede creer lo que ve: Shaftoe acaba de sacar un haz de cilindros de un marrón amarillento, tan gruesos como un dedo y de unas seis pulgadas de largo. También saca algunos elementos pequeños, incluido un carrete de cordón grueso y rojo. Se pone en pie de forma tan decisiva que casi tira a alguien, corre hacia la torrecilla y baja la escalerilla.

—¡Jesús! —dice un oficial—, va a volarla. —El oficial lo medita durante un corto periodo de tiempo; el movimiento del submarino con las

olas es aterrador y el sonido rasgado indica que podría estar saliéndose del arrecife—. ¡Abandonen la nave! —grita.

La mayoría pasan al ballenero. Waterhouse es enviado de nuevo por el carrito. Está a medio camino hacia el torpedero cuando siente, pero apenas oye, un estremecimiento agudo.

Durante el resto del camino realmente no puede ver nada, e incluso después de regresar a la corbeta, todo es confusión, y alguien llamado Enoch Root insiste en llevarle abajo y curarle la cabeza y el brazo. Waterhouse no sabía hasta ahora que se había hecho daño en la cabeza, lo que no deja de ser razonable, en tu cabeza es donde conoces las cosas, y si sufre daños, ¿cómo vas a saberlo?

—Le darán por lo menos un Corazón Púrpura por esto —dice Enoch Root. Lo dice con una muy clara falta de entusiasmo, como si los Corazones Púrpura no pudiesen importarle menos, pero es bastante condescendiente pensar que eso animará a Waterhouse—. Y para el sargento Shaftoe probablemente venga otro adorno importante, maldito sea.

*OceanofPDF.com*

# Morphium

Shaftoe sigue viendo la palabra cuando cierra los ojos. Sería mucho mejor si prestase atención al asunto que tiene entre manos: poner cargas de demolición alrededor de los escudetes que unen la caja fuerte al submarino.

MORPHIUM. Así está escrito en una etiqueta amarillenta de papel. La etiqueta está pegada a una botellita de vidrio. El color del vidrio es el mismo púrpura oscuro que ves cuando una luz potente te ha deslumbrado los ojos.

Harvey, el marinero que se ha ofrecido voluntario para ayudarle, ilumina continuamente los ojos de Shaftoe con la linterna. Es inevitable; Shaftoe está metido en una posición extremadamente delicada bajo la caja fuerte, trabajando con las cargas, intentado colocar los cebadores con dedos viscosos ya desprovistos de calor y fuerza. No sería siquiera posible si no hubiesen torpedeado el submarino; antes, el camarote estaba medio lleno de aguas malolientes y la caja fuerte estaba hundida. Ahora se ha vaciado convenientemente.

Harvey no está metido en nada; ha salido disparado por el paroxismo del submarino, que se comporta como un tiburón varado que intenta de forma estúpida pero violenta liberarse del arrecife. El rayo de la linterna se cruza continuamente sobre los ojos de Shaftoe. Shaftoe parpadea y ve un cosmos púrpura: diminutas botellitas púrpura que dicen MORPHIUM.

—¡Me cago en Dios! —grita.

—¿Va todo bien, sargento? —dice Harvey.

Harvey no lo entiende. Harvey cree que Shaftoe maldice a causa de algún problema con los explosivos.

Los explosivos son cojonudos. No hay nada de malo en los explosivos. El problema está en el cerebro de Bobby Shaftoe.

Estaba justo allí. Waterhouse le envió a buscar un estetoscopio, y Shaftoe recorrió el submarino hasta encontrar una caja de madera. La abrió y vio de inmediato que estaba llena de material médico. Rebuscó en ella, buscando lo que Waterhouse quería, y allí estaba la botella, evidente, justo frente a sus ojos. Por amor de Dios, la rozó con la mano. Vio la etiqueta a la luz de la linterna:

MORPHIUM

Pero no la cogió. Si hubiese dicho MORFINA la hubiese cogido de inmediato. Pero decía MORPHIUM. Y pasaron unos treinta segundos hasta que comprendió que se trataba de un barco alemán y que las palabras serían diferentes, y que había como un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que MORPHIUM fuese, de hecho, exactamente lo mismo que MORFINA. Al comprenderlo, plantó los pies en el pasillo del oscuro submarino y dejó salir un largo y potente grito desde las entrañas. Nadie le oyó por el ruido de las olas. Luego siguió adelante y cumplió su deber, entregando el estetoscopio a Waterhouse. Cumplió con su deber porque es un marine.

Volar la puta caja fuerte no es su deber. No es más que una idea que se le ha metido en la cabeza. Le han entrenado para usar esos explosivos; ¿por qué no ponerlo en práctica? Va a volar la caja no por ser un marine, sino porque es Bobby Shaftoe. Y también porque es una excusa genial para regresar en busca de ese morphium.

El submarino se zarandea y Harvey acaba tirado por el suelo. Shaftoe espera a que el movimiento aminore, luego se contorsiona para asirse a algo y sale de debajo de la caja. La mayor parte de su peso se apoya sobre las piernas, pero sería incorrecto decir que está de pie. En este lugar, lo mejor que puedes esperar es alcanzar el equilibrio más rápido de lo que te caes de culo. Harvey acaba de perder la carrera y por el momento, Shaftoe la gana.

—¡Está prendida! —grita Shaftoe.

¡Harvey se pone en pie! Shaftoe le ayuda con un empujón a llegar al pasillo. Harvey gira a la izquierda y corre hacia la torrecilla y la salida.

Shaftoe gira a la derecha. Va hacia abajo. Hacia proa. Hacia el fondo del océano. Hacia la caja con el MORPHIUM.

¿Dónde coño está la caja? La última vez se encontraba flotando en la sopa. Quizás —una idea horrible— se ha salido por el agujero practicado por el torpedo. Atraviesa un par de mamparas. El ángulo del submarino es cada vez más inclinado y acaba caminando hacia atrás, como si bajase por una escalera, sujetándose a las cañerías, a los cables eléctricos y a las cadenas que sostienen las literas del submarino. Es tan jodidamente largo.

Parece una forma muy extraña de matar gente. Shaftoe no está se guro de aprobar todo lo que implica este submarino. Shaftoe ha matado a bandidos chinos en las orillas del Yangtzé apuñalándoles en el pecho con la bayoneta. Cree que en una ocasión mató a uno con un solo golpe fuerte en la cabeza. En Guadalcanal mató a nipos disparándoles con armas diferentes, arrojándoles piedras, montando enormes hogueras en las entradas de las cuevas donde se escondían, acercándose por detrás y cortándoles la garganta, disparando mortero a sus posiciones, incluso levantando a uno de ellos y lanzándolo por un precipicio. Claro, hace mucho que sabe que esa forma de matar a los malos cara—a—cara es anticuada, pero no es como si hubiese invertido mucho tiempo pensando en ello. La demostración de la ametralladora Vickers que vio en Italia sí que le hizo pensar, y ahora está aquí, en el interior de la más famosa máquina de matar de toda la guerra, ¿y qué ve? Ve válvulas. O más bien las ruedas de hierro que se usan para abrirlas y cerrarlas. Hay mamparas enteras cubiertas de ruedas, con tamaños que van desde el par de pulgadas hasta el pie de diámetro, tan juntas como percebes sobre una roca, en lo que parece una disposición totalmente caótica e irregular. Están pintadas de rojo o de negro, y tan pulidas por el roce de las manos de los hombres que brillan. Y donde no hay válvulas, hay interruptores, enormes, como sacados de una película de Frankenstein. Hay un enorme interruptor rotatorio, medio verde y medio rojo, de unos buenos dos pies de diámetro. Y tampoco se puede decir que el submarino tenga muchas ventanas. No tiene ni una. Sólo un periscopio, cuyo uso está limitado a una sola persona. Por tanto, para esos tipos, la guerra se limita a estar encerrados en un barril hermético lleno de mierda, y a dar vueltas a válvulas—ruedas y apretar interruptores cuando se lo ordenen, y de vez en

cuando se presenta algún oficial y les dice que acaban de matar a un montón de hombres.

Ahí está la caja… acabó en una litera. Shaftoe la acerca de un tirón y la abre. El contenido está todo revuelto, y hay más de una botella púrpura, y siente pánico durante un momento, pensando que tendrá que leerse todas las etiquetas escritas con esas escalofriantes letras germánicas, pero en unos segundos encuentra el morphium, lo coge y se lo mete en el bolsillo.

Está de camino hacia la torrecilla cuando una enorme ola golpea el exterior de la nave y le hace perder el equilibrio. Cae hacia abajo durante mucho, mucho tiempo, dando volteretas en medio del submarino antes de poder controlarse. Todo se ha vuelto negro; ha perdido la linterna.

Ahora está a punto de sufrir un ataque de pánico. No es que el pánico le llegue con facilidad, es que hace mucho que no toma morfina, y cuando se encuentra así, su cuerpo reacciona mal a los inconvenientes. Queda medio cegado por un potente destello azul que desaparece antes de que pueda parpadear. Abajo se oye un chisporroteo. Mueve la mano izquierda y siente un tirón en la muñeca: el cabo de la linterna, que tuvo presencia de menté suficiente para atarse. La luz rasga y resuena contra la reja sobre la que Shaftoe está extendido, como san Lorenzo sobre la parrilla. Se produce otro destello de luz azul, reticulada por líneas negras, acompañado de un crepitar. Shaftoe huele a electricidad. Golpea la linterna contra el enrejado un par de veces y vuelve a encenderse, parpadeando.

La rejilla está formada por varillas del grosor de un lápiz espaciadas a un par de pulgadas. Está boca abajo, mirando una bodega que si el submarino estuviese nivelado estaría justo debajo de él. La bodega es un desastre, todo su contenido cuidadosamente apilado y guardado en cajas está ahora machacado y mezclado como en un guiso de vidrios rotos, madera astillada, comida, explosivos potentes y minerales estratégicos, todo combinado con agua de mar que se agita de un lado a otro siguiendo los movimientos del submarino muerto. Un globo perfecto y tembloroso de plata cae a través de la rejilla muy cerca de su cabeza y desciende por el rayo de la linterna para chocar contra un resto. Luego otro. Mira hacia arriba y ve una lluvia de glóbulos plateados saltando y rodando por las mamparas hacia él: deben haberse roto las columnas de mercurio que servían para medir la presión. Se produce otro cegador destello azul: una

chispa eléctrica con mucha potencia. Shaftoe vuelve a mirar por entre la rejilla y percibe que la bodega está llena de enormes armarios de metal de los que sobresalen gigantescos pernos. De vez en cuando, un resto húmedo hace de puente entre dos de esos pernos y una chispa ilumina el lugar: los anuarios son baterías, son lo que permite moverse bajo el agua al submarino.

Mientras el sargento Robert Shaftoe permanece allí tendido con el rostro pegado a la fría rejilla, respirando profundamente un par de veces e intentando recuperar la calma, una ola enorme mueve la parte de atrás del submarino con tanta fuerza que teme que va a caerse y hundirse en la proa sumergida. La porquería en la bodega de baterías corre hacia abajo, ganando potencia y velocidad al caer, y golpea la mampara frontal de la bodega con una fuerza aterradora; puede oír cómo los remaches ceden bajo el impacto. Cuando sucede, la mayor parte de la bodega de baterías queda expuesta al rayo de la linterna de Bobby Shaftoe, hasta el mismo fondo. Y entonces es cuando ve las cajas rotas allá abajo: cajas de madera muy pequeñas, como las que podrían usarse para guardar suministros muy pesados. Se han abierto de golpe. Por entre los fragmentos, Shaftoe ve ladrillos de color amarillo, que en su momento estuvieron cuidadosamente apilados y ahora están dispersos. Tienen exactamente el aspecto que él imaginaba que tendrían los lingotes de oro. Lo único malo de esa teoría es que allá abajo hay demasiados para que sean lingotes de oro. Es como cuando en Wisconsin daba la vuelta a los troncos podridos y se encontraba miles de huevos de insecto idénticos sobre la tierra oscura, brillando prometedores.

Por un momento, siente la tentación. La cantidad de dinero allá abajo debe ser incalculable. Si pudiese ponerle la mano encima a uno de esos lingotes—La explosión debe haberse producido, porque Bobby Shaftoe acaba de quedarse sordo. Ésa es su señal para salir por pies de aquí. Se olvida del oro; la morfina es buen botín para un día. Sube con dificultad por la rejilla y llega al pasillo, sigue por el camarote del capitán; sale humo de su escotilla, y las mamparas han sido combadas de forma extraña por la onda de la explosión.

¡La caja fuerte se ha soltado! Y el cable que él y Harvey le pusieron, aunque dañado, sigue intacto. Alguien debe estar tirando de él desde arriba

porque está tenso de forma terca e irritante. Ahora mismo, la caja está atrapada en una obstrucción. Shaftoe tiene que liberarla. La caja salta hacia delante y hacia arriba, tirada por el cable tenso, hasta que se queda atrapada en otro sitio. Shaftoe sale del camarote siguiendo a la caja, por el pasillo, sube por la escalera de la torrecilla, y finalmente sale del submarino y penetra en la tormenta, para oír los gritos de júbilo de los marineros que esperan.

En menos de cinco minutos, el submarino desaparece. Shaftoe se lo imagina dando tumbos por el arrecife, directamente hacia un cañón submarino, desparramando lingotes de oro y glóbulos de mercurio a las aguas negras como si fuesen polvos mágicos. Shaftoe está de regreso en la corbeta y todos le dan palmadas en la espalda y le felicitan. Lo único que tiene que hacer es encontrar un lugar íntimo para abrir la botellita púrpura.

*OceanofPDF.com*

# Traje

La postura de Randy es de rectitud y alerta: todo se debe al traje.

Es algo trillado comentar que a los *hackers* no les gustan las prendas elegantes. Avi ha descubierto que la ropa buena puede llegar a ser cómoda; los pantalones de los trajes de negocios son en realidad mucho más cómodos que los téjanos. Y ha pasado tiempo suficiente entre los *hackers* como para haber descubierto que no es a llevar trajes a lo que se oponen, sino a ponérselos. Lo que no sólo incluye el proceso de vestirse per se sino también elegirlos, mantenerlos y preocuparse de si todavía están a la moda; esto último es especialmente difícil para hombres que se ponen un traje una vez cada cinco años.

Así que la cosa se resuelve así: Avi tiene una hoja de cálculo en uno de sus ordenadores, en la que aparecen los cuellos, perneras y otras medidas vitales de cada uno de los hombres con los que trabaja. Un par de semanas antes de una reunión importante, se limita a enviar un fax a un sastre de Shanghái. Luego, en una demostración clásica del sistema de entrega justo-a-tiempo iniciado por Toyota, los trajes llegan por Federal Express veinticuatro horas antes de la reunión, de forma que puedan pasar automáticamente a la lavandería del hotel. Esa mañana, mientras salía de la ducha, Randy oyó una llamada a la puerta y la abrió para encontrarse a un ayuda de cámara sosteniendo un traje recién limpiado y planchado, acompañado de camisa y corbata. Se lo pone todo (se ha incluido convenientemente una fotocopia de décima generación que ilustra con un mal diagrama cómo hacerse el nudo medio Windsor). Le sienta a la perfección. Ahora se encuentra en el pasillo del Foote Mansión, viendo

cómo van reduciéndose los números en los visores electrónicos de los ascensores y mirándose ocasionalmente en un espejo enorme. La cabeza de Randy sobresaliendo de un traje es un chiste visual que al menos producirá sonrisas durante el almuerzo.

Medita sobre el correo de la mañana.

A: enano@siblings.net
De: root@eruditorum.org
Asunto: Re: ¿Por qué?
Estimado Randy,
Espero que no te moleste que te llame Randy, ya que es bastante evidente que eres tú, a pesar del uso de una fachada anónima. Por cierto, es buena idea. Aplaudo tu prudencia.
En cuanto a la posibilidad de que yo sea «un viejo enemigo», me consterna que alguien tan joven pueda tener ya viejos enemigos. ¿O quizá te refieres a un enemigo recientemente adquirido pero de avanzada edad? Se me ocurren varios candidatos. Pero sospecho que te refieres a Andrew Loeb. No soy él. Eso te resultarla evidente si hubieses visitado recientemente su sitio web.
¿Por qué estáis construyendo la Cripta?
Firmado,
—COMIENZO DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO—
(etc., etc.)
—FIN DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO—

No es tan interesante mirar los números de los ascensores e intentar predecir cuál llegará primero, pero ciertamente es más interesante que limitarse a quedarse ahí plantado. Uno de ellos lleva al menos un minuto atascado en el piso justo por encima del de Randy; puede oírlo zumbar. En Asia, muchos hombres de negocios —especialmente algunos de los chinos en el extranjero— no vacilarían ni un segundo en requisar uno de los ascensores continuamente para su uso personal, estacionando lacayos, en turnos de ocho horas, para mantener apretado el botón de ABRIR PUERTA, ignorando la petulante sirena de alarma.

Ding. Randy gira sobre sus zapatos (¡prueba a hacer eso con un par de zapatillas!). Una vez más ha apostado al caballo equivocado: el ganador es un ascensor que se encontraba en lo más alto del hotel la última vez que miró. Se trata de un ascensor con resolución, un ascensor de carreras. Se dirige hacia la luz verde. Las puertas se abren. Randy mira directamente el rostro del doctor Hubert (el Dentista) Kepler. Doctor en Cirugía Dental.

«¿O quizá se refiere a un enemigo recientemente adquirido pero de avanzada edad?»

—¡Buenos días, señor Waterhouse! Cuando se queda con la boca abierta, me recuerda a uno de mis pacientes.

—Buenos días, doctor Kepler. —Randy oye sus propias palabras como si saliesen de un tubo de papel higiénico de una milla de largo, y de inmediato las repasa en su mente para asegurarse de que no ha revelado ninguna información corporativa privada o le ha dado al doctor Kepler ninguna razón para presentar una demanda.

Las puertas empiezan a cerrarse y Randy tiene que abrirlas de un golpe con el maletín del portátil.

—¡Cuidado! Yo diría que ese equipo es muy caro —dice el Dentista.

Randy está a punto de decir «cambio de portátiles como un travestido cambia de medias» aunque quizá «como los dentistas cambian de taladros» sería más temáticamente apropiado, pero en lugar de eso se calla y no dice nada, ya que se encuentra en territorio peligroso: lleva información privada de AVCLA en el portátil y si el Dentista tiene la impresión de que Randy no tiene el suficiente cuidado, podría empezar a lanzar un torrente de demandas, como Linda Blair con el puré de guisantes.

—Es, eh, una agradable sorpresa verle en Kinakuta —dice Randy tartamudeando.

El doctor Kepler lleva gafas del tamaño del parabrisas de un Cadillac del 59. Son gafas especiales de dentista, tan pulidas como un espejo de Palomar, cubiertas de un material ultrarreflectante de forma que siempre puedes ver en ellas el reflejo de tu boca abierta, empalada en un asta de luz caliente. Los ojos del Dentista se limitan a existir de fondo como un recuerdo de infancia. Son ojos de color gris azulado bizqueantes, caídos en los bordes como si estuviesen cansados del mundo, con pupilas estigias. En los labios secos siempre parece jugar el fantasma de una sonrisa. Es la sonrisa de un hombre que se preocupa de cómo realizar el próximo pago del seguro de negligencia médica mientras mueve pacientemente la punta de la palanca de acero quirúrgico bajo el borde de tu bicúspide muerto, pero que ha leído en una revista profesional que es más probable que los pacientes regresen, y es menos probable que le denuncies, si les sonríes.

—Una cosa —dice—, me preguntaba si podría tener un encuentro rápido con usted algo más tarde.

«Escupa, por favor.»

¡Salvado por la campana! Han llegado a la planta baja. Las puertas del ascensor se abren para mostrar el vestíbulo de mármol en peligro del Foote Mansión. Los botones, disfrazados de pasteles de boda, se deslizan de un lado a otro como si estuviesen montados sobre posavasos. A menos de diez pies se encuentra Avi, y acompañándoles se encuentran dos bonitos trajes de los que sobresalen las cabezas de Eb y John. Las tres cabezas se vuelven hacia él. Al ver al Dentista, Eb y John adoptan las expresiones faciales de actores de serie B cuyos personajes acabasen de recibir sendas balas en medio de la frente. Avi, al contrario, se endereza como un hombre que hubiese pisado un clavo oxidado hace una semana y ahora empezase a sentir los primeros síntomas del tétanos que con el tiempo le romperá la médula espinal.

—Tenemos por delante un día ajetreado —dice Randy—. Supongo que mi respuesta es sí, según disponibilidad.

—Bien. Me comunicaré con usted —dice el doctor Kepler, y sale del ascensor—. Buenos días, señor Halaby. Buenos días, doctor Fóhr. Buenos días, señor Cantrell. Me alegra verles con aspecto de caballeros.

«Me alegra verles actuar como tales.»

—El placer es nuestro —dice Avi—. Asumo que le veremos más tarde.

—Oh, sí —dice el Dentista—, me verá durante todo el día. —«Me temo que este procedimiento llevará todo el día.» Les da la espalda y atraviesa el vestíbulo sin más cumplidos. Se dirige hacia un grupo de sillones de cuero ocultos por una explosión de extrañas flores tropicales. Los ocupantes de esos sillones son en su mayoría jóvenes y van elegantemente vestidos. Se ponen en marcha cuando su jefe se acerca a ellos. Randy cuenta tres mujeres y dos hombres. Es evidente que uno de los hombres es un gorila, pero las mujeres —a las que se las califica inevitablemente de parcas, furias, gracias, nornas o harpías— se rumorea que tienen entrenamiento de guardaespaldas y que también llevan armas.

—¿Quiénes son ésas? —pregunta Cantrell—. ¿Sus higienistas?

—No te rías —dice Avi—. Cuando practicaba la medicina, se acostumbró a tener un equipo de mujeres para hacer las tareas rutinarias. Dio forma a su paradigma.

—¿Estás de cofia? —pregunta Randy.

—Ya sabes cómo es —dice Avi—. Cuando vas al dentista, en realidad nunca ves al dentista, ¿no? Es otra persona la que te atiende. Luego está la élite de mujeres muy eficientes que raspan la placa, para que el dentista no tenga que encargarse de ella, y sacan las radiografías. El dentista en sí se sienta en algún otro sitio y mira las radiografías… trata contigo como si fueses una imagen de color gris abstracta sobre un pedacito de plástico. Si ve agujeros, se pone en marcha. Si no, sale y habla un ratito contigo antes de mandarte a casa.

—Ya, ¿y qué hace aquí? —exige saber Eberhard Fórh.

—¡Exacto! —dice Avi—. Cuando entra en la habitación, nunca sabes a qué viene… a hacerte un agujero en el cráneo, o sólo a hablar de sus vacaciones en Maui.

Todos los ojos se vuelven hacia Randy.

—¿Qué pasó en el ascensor?

—Yo… ¡nada! —suelta Randy.

—¿Hablasteis del proyecto de Filipinas?

—Se limitó a decir que quería hablarme de él.

—Bien, mierda —dice Avi—. Eso significa que nosotros tenemos que discutirlo primero.

—Eso ya lo sé —dice Randy—, así que le dije que podría hablar con él si tengo un momento libre.

—Bien, entonces será mejor que nos aseguremos de que hoy no tengas ni un momento libre —dice Avi. Piensa durante un momento y añade—: ¿En algún momento se metió la mano en el bolsillo?

—¿Por qué? ¿Esperas que saque un arma?

—No —dice Avi—, pero alguien me comentó en una ocasión que el Dentista lleva un micrófono.

—¿Cómo un informador policial? —pregunta John con incredulidad.

—Exacto —dice Avi, como si no tuviese importancia—. Tiene el hábito de llevar una grabadora digital diminuta, del tamaño de una caja de cerillas, en el bolsillo en todo momento. Quizá no. En todo caso, nunca sabes si te está grabando.

—¿No es ilegal o algo así? —pregunta Randy.

—No soy abogado —dice Avi—. Lo que es más importante, no soy un abogado de Kinakuta. Pero no tendría importancia en una demanda civil… si nos pusiese un litigio, podría presentar cualquier tipo de prueba.

Juntos atraviesan el vestíbulo. El Dentista está plantado en el mármol, con los brazos cruzados sobre el pecho, apuntando al suelo con la barbilla mientras absorbe la información de sus ayudantes.

—Puede que se llevase la mano al bolsillo. No lo recuerdo —dice Randy—. No importa. Fue extremadamente general. Y breve.

—Aún así, podría someter la narración a un análisis de estrés de voz, para descubrir si mentías —comenta John. Le encanta la paranoia de la situación. Se encuentra en su elemento.

—No hay nada de qué preocuparse —dice Randy—, la interferí.

—¿La interferiste? ¿Cómo? —pregunta Eb, sin apreciar la ironía en la voz de Randy. Eb parece sorprendido e interesado. Está claro por la expresión de su cara que Eb desea mantener una conversación que trate sobre algo esotérico y técnico.

—Es una broma —le explica Randy—. Si el Dentista analiza la grabación, sólo encontrará estrés en mi voz.

Avi y John ríen complacientes. Pero Eb parece abatido.

—Oh —dice éste—. Estaba pensando que podríamos interferir ese dispositivo si quisiésemos.

—Una grabadora no usa radio —dice John—. ¿Cómo podríamos interferiría?

—Phreaking van Eck —dice Eb.

En ese momento, Tom Howard sale del café con un ejemplar completamente destrozado de *South China Morning Post* bajo el brazo, y Beryl sale del ascensor, preparada para el combate con un vestido y maquillaje. Los hombres apartan la vista con timidez y fingen no darse cuenta. Se producen saludos y algo de charla intrascendente. Luego Avi mira la hora y dice:

—Vamos al palacio del sultán. —Como si les estuviese proponiendo tomarse unas patatas fritas en un McDonald's.

*OceanofPDF.com*

# Cracker

Waterhouse tiene que mantener un ojo en esa caja fuerte; Shaftoe está deseando volarla con explosivos potentes, y Chattan (que se lo ha prohibido firmemente) tiene la intención de enviarla de vuelta a Londres para que la abran expertos de los Edificios Broadway. Waterhouse sólo desea que le den otra oportunidad de abrirla, sólo para comprobar si puede hacerlo.

La posición de Chattan es la correcta. El Destacamento 2702 tiene una misión clara y especializada que casi con total certidumbre no incluye abrir cajas fuertes sacadas de submarinos. Ya puestos, para empezar no incluye meterse en submarinos abandonados para recuperar cajas fuertes, o cualquier otro dato criptográfico. Lo hicieron únicamente porque eran los únicos con autorización Ultra que se encontraban cerca, y la posición precaria del U-553 no dio tiempo a Bletchley Park para enviar a sus propios expertos. '

Pero el deseo de Waterhouse de abrir la caja por sí mismo no tiene nada que ver con la misión del Destacamento 2702, o sus propios deberes personales, o incluso, en particular, con ganar la guerra. Es algo que Lawrence Pritchard Waterhouse se siente compelido a hacer. No hay porqué. Incluso cuando colgaba del cable tendido entre el U-553 y la torpedera, castigado por las olas, el viento y la lluvia, con un brazo roto y la cabeza magullada, sin saber si podría regresar al barco o se hundiría en el Atlántico, recordaba el temblor infinitesimal recogido por las neuronas medio congeladas mientras sus dedos giraban el dial sumergido de la caja fuerte. Incluso cuando Enoch Root le curaba, Waterhouse construía un

modelo mental preliminar de cómo podrían estar dispuestos los seguros de la caja, visualizándolos en su mente. E incluso mientras el resto del Destacamento 2702 se desmorona en las literas, hamacas y bolsas de dormir alrededor de la capilla del Castillo Qwghlm, el entablillado y vendado Waterhouse recorre los pasillos de las mejores esquinas de ese edificio, buscando un par de hojas de afeitar usadas y un trozo de carbono.

Las hojas las encuentra en el cubo de la basura y el carbono lo roba del armario donde Ghnxh guarda la Lucifer Galvánica. Se lo lleva, más un bloque del tamaño de un ladrillo de pegamento endurecido y un soplete, a la capilla, donde duermen todos los demás. Los soldados rasos están en la nave, como conviene a los marines que son básicamente una organización naval. Los oficiales están en el crucero: Chattan tiene el brazo sur para él solo, Waterhouse y Root y los tenientes SAS y USMC, Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, tienen camas en el norte. Una pequeña porción del asombroso suministro de lona del Destacamento 2702 ha sido empleada para dividir el presbiterio, Bendito entre los Benditos, en el que en su época se guardaba el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Ahora contiene un receptor de radio superheterodino de quince válvulas Hallicrafters modelo S—27 que emplea avanzadas válvulas de vacío, capaces de sintonizar VHF desde los 27 a los 143 megahercios y recibir AM, FM, y OC y que incluye un indicador de potencia de la señal, lo que realmente les sería útil si aquí operase una estación de huffduff, que no opera.

Las luces están encendidas tras esas lonas y uno de los marines ronca sentado en una silla frente al altar. Waterhouse lo despierta y le envía a la cama. El marine está avergonzado; sabe que se supone que debía estar despierto, moviendo la antena de forma convincente.

La radio en sí casi no ha tenido uso; sólo la conectan cuando viene alguien de visita que no conoce el Secreto. Se queda aquí, en el altar, prístina, como si acabase de salir de la fábrica Hallicrafters en Chicago, Illinois. Todos los detalles elegantes del altar (si alguna vez los tuvo) hace tiempo que sucumbieron al fuego, a la podredumbre, al saqueo y a los colmillos afilados de los eskerries preocupados por construir sus nidos. Lo que queda es un monolito rectangular de basalto, sin rasgos externos excepto por las marcas de las herramientas que en su momento fueron

empleadas para extraerlo y darle forma. Es la base perfecta para el experimento de esta noche.

Waterhouse sube la caja fuerte hasta allí a coste de los discos y ligamentos de la base de su espalda. Tiene forma tubular, como un trozo de un cañón naval. La coloca sobre la parte trasera, de forma que la portezuela redondeada, con el disco en el centro, mire al cielo como un ojo ciego, las líneas radiales del disco aparentan ser las estilaciones del iris.

Tras el disco hay un montón de material mecánico que tiene completamente frustrado a Waterhouse, lo que le ha puesto en un estado frenético. Manipulando el disco de cierta forma, debería conseguir que el mecanismo se ajustase a una configuración que le permitiese abrir la puerta. Es así de simple. Que la puerta siga cerrada es ultrajante. ¿Por qué el pequeño volumen en el interior de esta caja fuerte —mucho menos que un pie cúbico— tendría que ser tan diferente del espacio en el que se mueve Waterhouse? ¿Qué coño hay en su interior?

El pegamento parece ámbar defectuoso, con fallos y burbujas, pero aun así hermoso. Enciende el pequeño soplete y pasa la llama por uno de sus extremos. El pegamento se ablanda, se derrite y gotea sobre la puerta de la caja, cerca del disco, formando un pequeño charco del tamaño de un dólar de plata.

Actuando con rapidez, Waterhouse sitúa en el charco dos hojas de afeitar, hojas que peligrosamente miran hacia arriba, paralelas y a algo menos de una pulgada de distancia. Las sostiene durante unos momentos mientras el metal helado de la caja fuerte absorbe el calor del pegamento y lo vuelve a endurecer. Ha usado un par de palillos de dientes para asegurarse de que los bordes romos de las hojas no tocan la puerta de la caja; no quiere que haya conexión eléctrica entre ellas.

Suelda un cable a cada una de las hojas de afeitar y lleva los cables hasta el altar, donde está la radio. Luego toma un pequeño fragmento de carbono y lo coloca sobre las hojas, formando un puente sobre ellas.

Abre la parte de atrás de la radio y cambia algunos cables. En su mayor parte, ya están configurados tal y como los necesita; básicamente busca algo que convierta impulsos eléctricos en sonido y que envíe el sonido a los auriculares» que es lo que hace una radio. Pero la fuente de la señal ya no es un transmisor a bordo de un submarino, sino la corriente que fluye por uno

de los cables de Waterhouse, hasta la hoja de afeitar izquierda, atraviesa el puente de carbono, llega a la hoja derecha y regresa por el otro cable.

Le lleva algo de tiempo que todo esté tal y como quiere. Cuando se mete en un callejón sin salida y se frustra, va y mueve la antena durante un rato, fingiendo seguir un submarino. Luego se le ocurre una idea y vuelve al trabajo.

En algún momento del alba oye un chillido por los auriculares: un par de cálices de baquelita conectados por algo parecido a un primitivo instrumento quirúrgico, unidos a la radio con un par trenzado de cables negros y rojos. Baja el volumen y se pone los auriculares.

Alarga la mano, toca la caja con la yema de un dedo y oye un ruido sordo y doloroso en los oídos. Desliza la yema sobre la superficie fría de metal y oye un sonido áspero. Cualquier vibración hace que el puente de carbono tiemble sobre las hojas de afeitar, abriendo y cerrando la conexión, modulando la corriente eléctrica. Las hojas y el carbono forman un micrófono, y el micrófono funciona, casi demasiado bien.

Aparta la mano de la caja y se sienta a escuchar durante un rato. Puede oír las pisadas de los eskerries recorriendo las raciones del destacamento. Puede oír el impacto de las olas en la costa, a millas de distancia, y el golpe de las ruedas lisas del Taxi en los baches de la Carretera. ¡Suena a que el Taxi tiene un pequeño problema de alineación! Puede oír el restregar, restregar de Margaret limpiando el suelo de la cocina, y unas ligeras arritmias en los latidos de los soldados, y el retumbar de los glaciares que se desmoronan en la costa de Islandia, y el zumbido de ardilla de las apresuradas hélices de los convoyes que se aproximan. Lawrence Pritchard Waterhouse está conectado al Universo de un modo que excede incluso lo que Bletchley Park puede ofrecer.

El centro de ese universo en particular es la Caja Fuerte del U-553, y su eje e atraviesa el centro del Disco, y ahora Waterhouse le ha puesto la mano encima. Pone el volumen al mínimo antes de tocar nada para no hacer estallar sus oídos. El Disco gira pesado pero con facilidad, como si estuviese montado sobre cojinetes de gas. Aun así, hay una fricción mecánica que no es perceptible para los dedos congelados de Waterhouse, pero que sale de los auriculares como un deslizamiento rocoso.

Cuando el seguro se mueve, parece como si Waterhouse estuviese dándole al cerrojo principal de la Puerta del Infierno. Le lleva un poco de tiempo, y algunos comienzos en falso, descubrir dónde está; no sabe cuántos números tiene la combinación, o en qué dirección debe girar el disco. Pero experimentando un poco, comienza a aparecer una estructura, y con el tiempo deduce la siguiente combinación: 23 derecha, 37 izquierda, 7 derecha, 31 izquierda, 13 derecha y luego se produce un chasquido realmente potente y sabe hasta la médula que puede quitarse los auriculares. Da la vuelta a una ruedecilla montada cerca del disco. Eso retira los pestillos que han mantenido cerrada la puerta. La abre, con cuidado para no cortarse la mano con las hojas de afeitar, y mira al interior.

La sensación de decepción que acompaña a ese acto no tiene nada que ver con el contenido de la caja. Siente decepción porque ha resuelto el problema, y ha regresado al estado base de aburrimiento e irritación de bajo nivel que siempre le asalta cuando no está haciendo algo que es preciso hacer intrínsecamente, como abrir una combinación o romper un código.

Mete el brazo hasta el fondo de la caja y encuentra un objeto de metal como del tamaño de un panecillo de perrito caliente. Sabía que estaría allí, porque, como niños que investigasen un regalo envuelto los días previos a Navidad, han estado agitando la caja de un lado a otro, y al hacerlo oyeron algo deslizándose de un lado a otro —haciendo tin, ton, tin, ton— y se preguntaron qué sería.

El objeto está tan frío, y absorbe con tanta eficacia el calor de su mano, que le duele al tocarlo. Agita la mano para recuperar la circulación, luego agarra el objeto, lo saca con rapidez y lo tira sobre el altar. Rebota una vez, dos, con un movimiento oscilante, y tañe al hacerlo; lo más cercano a un sonido musical que ha agitado el aire de la capilla desde hace siglos. Reluce llamativamente bajo las luces eléctricas que han montado alrededor del presbiterio. La luz brillante llama la atención de Waterhouse, que ha estado viviendo en el gris y nublado Qwghlm durante semanas, vistiendo y durmiendo en cosas que son negras, caqui J verde oliva.

El objeto le hipnotiza, simplemente por su brillo y belleza frente al apagado y basto basalto, incluso antes de que su mente lo identifique como un lingote de oro sólido.

Es un pisapapeles cojonudo, lo que está bien, porque si la capilla tiene algo son corrientes de aire, y el contenido importante de la caja consiste en hojas de papel cebolla que salen volando bajo la brisa más tenue. Las páginas están pautadas con pálidas líneas horizontales y verticales, que dividen cada una de las hojas en una rejilla, y las rejillas están llenas de letras escritas a mano en grupos de a cinco.

—¡Bien, mira lo que ha encontrado! —dice una voz tranquila. Waterhouse levanta la vista para enfrentarse a la inquietante mirada de calma y tranquilidad de Enoch Root.

—Sí. Mensajes cifrados —dice Waterhouse—. No es Enigma.

—No —dice Root—. Me refería a la Raíz de Todos los Males, esto. —Intenta coger el lingote de oro, pero se le resbala entre los dedos. Lo coge con mayor firmeza y lo separa del altar. Algo le llama la atención y lo mueve bajo una de las luces eléctricas, frunciendo el ceño al mirarlo con la concentración crítica de un cortador de diamantes.

—Tiene grabados caracteres Hanzi —dice Root.

—¿Perdone?

—Chinos o japoneses. No, chinos, aquí está la marca de un banco en Shanghái. Y hay algunas cifras, la pureza y el número de serie. —Demuestra un inesperado conocimiento sobre esas cosas tratándose de un sacerdote misionero.

Hasta este momento, el lingote de oro no ha significado nada para Waterhouse; no es más que una muestra grande de un elemento químico, como una plomada o un frasco de mercurio. Pero el hecho de que pueda transmitir información es bastante interesante. Definitivamente tiene que ponerse en pie y echarle un vistazo. Root tiene razón: el lingote ha sido cuidadosamente marcado con pequeños caracteres orientales, aplicados con un sello. Las diminutas facetas de los ideogramas relucen bajo la luz, y hacen destellar el hueco entre las dos mitades del eje.

Root deja el lingote sobre el altar. Se dirige a la mesa donde tienen el papel y coge una hoja de papel cebolla y un lápiz. De nuevo en el altar, pone la frágil página sobre el lingote y luego le pasa por encima el lápiz, volviéndola completamente negra excepto allí donde hay números y caracteres. En unos momentos tiene una muestra perfecta de la inscripción

en todo detalle. Dobla la hoja y se la mete en el bolsillo, devuelve el lápiz a la mesa.

Waterhouse hace tiempo que ha vuelto al examen de las hojas de la caja. Los números han sido escritos todos por la misma mano. Ahora bien, como sacaron muchos otros papeles de entre las aguas que anegaban el camarote del capitán del submarino, Waterhouse puede reconocer su letra con facilidad: otra persona escribió las hojas.

El formato del mensaje deja bien claro que no se cifró con una máquina Enigma. Los mensajes Enigma siempre se inician con dos grupos de tres letras cada uno, que le indican al receptor cómo situar los rotores de su máquina. Esos grupos faltan en todas las hojas, así que debe haberse usado algún otro sistema de cifrado. Como cualquier otra nación moderna, Alemania dispone de una plétora de sistemas de cifrado diferentes, algunos basados en libros y otros en máquinas. Bletchlev Park ha roto la mayoría de ellos.

Aun así, parece un ejercicio interesante. Ahora que ha llegado el resto del Destacamento 2702, lo que hace imposible posteriores citas con Margaret, Waterhouse no tiene nada que hacer. Intentar romper el código empleado en esas hojas será el puzzle perfecto para llenar el amplio vacío abierto tan pronto como Waterhouse rompió la combinación de la caja. Roba un poco de papel para sí, se sienta frente al escritorio y se ocupa durante una o dos horas en copiar el texto cifrado de las páginas del capitán, comprobando por duplicado y triplicado cada uno de los grupos para asegurarse de que tiene una copia exacta.

Por una parte, es un verdadero incordio. Por otra, le da una oportunidad de repasar a mano el texto cifrado, en el nivel más bajo posible, lo que podría serle útil luego. El talento inefable de encontrar estructuras en el caos no puede actuar a menos que se sumerja primero en el caos. Si contiene ciertas estructuras, no las aprecia ahora mismo, por cualquier método racional. Pero puede que haya alguna parte subracional de su mente que se pueda poner a trabajar, ahora que las letras han pasado frente a sus ojos y a través del lápiz, y puede que, de pronto, le presente una pista envuelta para regalo —o incluso una solución— dentro de unas semanas cuando se esté afeitando o esté moviendo la antena.

Desde hace un rato es ligeramente consciente de que Chattan y los otros están despiertos. No se permite la entrada de soldados en el presbiterio, pero los oficiales se reúnen allí para admirar el lingote de oro.

—¿Rompiendo el código, Waterhouse? —dice Chattan, acercándose tranquilamente al escritorio mientras se calienta las manos con una taza de café.

—Haciendo una copia en limpio —dice Waterhouse y luego, porque no carece de algo de astucia, añade—: por si el original resulta destruido en el trayecto.

—Muy prudente —admite Chattan—. Dígame, no escondería un segundo lingote de oro, ¿verdad?

Waterhouse lleva el tiempo suficiente entre militares para no morder el anzuelo.

—La serie de sonidos emitidos cuando agitamos la caja de un lado a otro indicaba que no había más que un objeto pesado en su interior, señor.

Chattan ríe y toma un sorbo de café.

—Me interesará ver si puede romper el cifrado, teniente Waterhouse. Estoy tentado de apostar dinero.

—Se lo agradecería, pero sería una mala apuesta, señor —contesta

Waterhouse—. Es muy probable que Bletchley Park ya haya roto este código, sea cual sea.

—¿Qué le hace decir tal cosa? —pregunta Chattan con voz ausente.

La pregunta es tan tonta viniendo de un hombre en la posición de Chattan que Waterhouse se queda desorientado.

—Señor, Bletchley Park ha roto casi todos los códigos militares y gubernamentales de los alemanes.

Chattan adopta una expresión de decepción fingida.

—¡Waterhouse! Qué poco científico. Está haciendo suposiciones.

Waterhouse se lo piensa e intenta desentrañar el sentido de ese comentario.

—¿Cree que el cifrado podría no ser alemán? ¿O que podría no pertenecer al gobierno o los militares'?

—Simplemente le prevengo contra las suposiciones —dice Chattan.

Waterhouse sigue pensando en esto último cuando se les acerca el teniente Robson, el oficial al mando del pelotón SAS.

—Señor —dice—, para beneficio del personal en Londres, nos gustaría saber la combinación.

—¿La combinación? —pregunta Waterhouse en blanco. Esa palabra, fuera de contexto, podría significar casi cualquier cosa.

—Sí, señor —dice Robson con precisión—. La de la caja.

—¡Oh! —dice Waterhouse. Le irrita ligeramente que le planteen semejante pregunta. No parece tener demasiado sentido apuntar la combinación cuando el equipo necesario para romper la caja está justo allí. Es mucho más importante disponer de un algoritmo para romper cajas fuertes que disponer de una solución en particular al problema de abrir la caja—. No la sé —dice—. La olvidé.

—¿La olvidó? —dice Chattan. Lo dice en beneficio de Robson quien parece morderse la lengua de forma violenta—. ¿Por casualidad no la escribiría antes de olvidarla?

—No —dice Waterhouse—. Pero recuerdo que estaba compuesta por completo de números primos.

—¡Bien! ¡Eso restringe el problema! —dice Chattan con alegría. Pero Robson no parece aliviado.

—Y en total había cinco números, lo que es interesante porque…

—¡Porque cinco es un número primo! —dice Chattan. Una vez más, a Waterhouse le alegra ver que el oficial al mando muestra señales de una adecuada y cara educación.

—Muy bien —anuncia Robson por entre los dientes apretados—. Informaré a los destinatarios.

*OceanofPDF.com*

# Sultán

El gran visir de Kinakuta les conduce a las oficinas de su jefe, el sultán, y les deja solos durante unos minutos en una esquina de la mesa de reuniones, que para su construcción requirió de la extinción de toda una especie de madera tropical. Después de eso, se produce una carrera entre los fundadores de Epiphyte Corp. para ver quién puede soltar el primer comentario ingenioso sobre el tamaño de la deducción fiscal por espacio de oficina en casa del sultán. Se encuentran en el Nuevo Palacio, tres alas del cual encierran los jardines exóticos del antiguo y magnífico Viejo Palacio. La sala de reuniones tiene un techo de diez metros de alto. Las paredes que dan al jardín están fabricadas por entero de vidrio, así que el efecto es como mirar a un terrario que contiene un modelo del palacio del sultán. Randy nunca ha sabido demasiado de arquitectura, y el vocabulario le falla vilmente. Lo mejor que podría decir es que se trata de una especie de cruce entre el Taj Mahal y Angkor Wat.

Para llegar aquí han tenido que recorrer un largo bulevar de palmeras, entrar por un vestíbulo de mármol abovedado, someterse a un detector de metales y cacheo, sentarse un rato en una antesala tomando té, quitarse los zapatos, dejar que un sirviente con turbante armado con una jarra decorada les vertiese agua de rosas tibia sobre las manos y. a continuación, recorrer como media milla de suelos de mármol y alfombras orientales. Tanto pronto como se cierra la puerta tras el culo del gran visir, Avi dice:

—Huelo a timo.

—¿Timo? —se mofa Randy—. ¿Crees que se trata de una proyección? ¿Crees que la mesa está hecha de fórmica?

—Todo es real —admite Avi con amargura—. Pero cuando alguien te dedica un trato semejante es que intentan impresionarte.

—Yo estoy impresionado —dice Randy—. Lo admito. Estoy impresionado.

—Eso no es más que un eufemismo para, «estoy a punto de hacer algo estúpido» —dice Avi.

—¿Qué vamos a hacer? Ésta no es la clase de reunión donde en realidad se hace algo, ¿no?

—Si te refieres a si vamos a firmar contratos, si vamos a intercambiar dinero, entonces no, no vamos a hacer nada. Pero van a pasar muchas cosas.

La puerta vuelve a abrirse y el gran visir guía al interior a un grupo de nipones. Avi baja la voz:

—Limítate a recordar que, al terminar el día, nosotros volveremos al hotel y el sultán se quedará aquí y que para nosotros esto no será más que un recuerdo. El hecho de que el sultán tenga un jardín muy grande no tiene la más mínima importancia.

Randy empieza a mosquearse: es tan evidente que resulta insultante mencionarlo. Pero parte del mosqueo se debe a que sabe que Avi le conoce perfectamente. Avi siempre le dice que no sea un romántico. Pero Randy no estaría aquí, haciendo esto, si no fuese un romántico.

Lo que lleva a la pregunta, ¿por qué lo hace Avi? Quizá tenga ilusiones románticas propias, cuidadosamente ocultas. Quizá sea por eso que los sentimientos de Randy le resulten tan evidentes. Quizás Avi esté advirtiéndose a sí mismo tanto como a los miembros de Epiphyte Corp.

En realidad, el grupo nuevo no es de nipones, sino de chinos, muy probablemente de Taiwán. El gran visir les muestra los sitios asignados, que están tan apartados que pueden intercambiar disparos espontáneos con Epiphyte Corp., pero no mantener una conversación sin emplear megáfonos. Pasan un minuto más o menos fingiendo que les importan los jardines y el Viejo Palacio. Luego, un hombre de constitución compacta y fuerte de unos cincuenta años pivota hacia Epiphyte Corp. y se acerca a ellos, trayéndose a rastras a una bandada de asistentes. A Randy le recuerda una simulación de ordenador que vio en una ocasión de un agujero negro atravesando una galaxia, transportando un séquito de estrellas. Randy reconoce vagamente la cara del hombre: ha aparecido impresa en revistas

de negocios más de una vez, pero no lo suficiente para que Randy recuerde su nombre.

Si Randy fuese algo más que un *hacker*, ahora tendría que dar un paso al frente y encargarse de los asuntos de protocolo. Sufriría mucho estrés y odiaría el proceso. Pero, gracias a Dios, toda esa mierda pasa directamente a Avi, que se adelanta para presentarse ante los taiwaneses. Se dan las manos y comienzan la rutina de intercambiar tarjetas. Pero el chino mira más allá de Avi, comprobando a los otros miembros de Epiphyte. Como Randy no le convence, se dirige a Eberhard Fóhr.

—¿Quién es Cantrell? —dice.

John está apoyado contra la ventana, muy probablemente intentando deducir la ecuación paramétrica que generó los pétalos de la planta carnívora de ocho pies de alto. Se gira para presentarse:

—John Cantrell.

—Harvard Li. ¿No recibió mis correos?

¡Harvard Li! Ahora Randy empieza a reconocerle. Fundador de la Harvard Computer Company, una empresa de tamaño medio, fabricante de clónicos de Taiwán.

John sonríe.

—Recibí como veinte mensajes de correo de un desconocido que decía ser Harvard Li.

—¡Eran míos! No comprendo qué quiere decir con que soy un desconocido. —Harvard Li es extremadamente enérgico, pero tampoco se muestra cabreado. Randy comprende que pertenece a esa raza de hombres que no tiene necesidad de recordarse que debe olvidar el romanticismo antes de un reunión.

—Odio el correo electrónico —dice John.

Harvard Li le mira a los ojos durante un rato.

—¿Qué quiere decir?

—La idea es buena. La ejecución muy pobre. La gente no mantiene ninguna medida de seguridad. Llega un mensaje que dice ser de Harvard Li y creen que realmente viene de Harvard Li. Pero el mensaje no es más que una estructura de puntos magnetizados en un disco duro. Cualquiera podría falsificarlo.

—Ah. Emplea el algoritmo de firma electrónica.

John lo medita con cuidado.

—No respondo a ningún mensaje de correo electrónico que no venga con firma digital. El algoritmo de firma digital se refiere a una técnica para firmarlos. Es una buena técnica, pero podría ser mejor.

Harvard Li comienza a asentir como a medio camino de la respuesta de John, reconociendo que tiene razón.

—¿Hay algún problema estructural? ¿O le preocupa la longitud de clave de quinientos doce bits? ¿Sería aceptable con una clave de mil veinticuatro bits?

Como tres frases después, la conversación entre Cantrell y Li pasa más allá del horizonte del conocimiento criptográfico de Randy, y su cerebro se desconecta. ¡Harvard Li es un loco de la criptografía! La ha estudiado personalmente; no sólo pagándole a los lacayos para que lean los libros y le pasen notas, sino recorriendo personalmente las ecuaciones, enfrentándose a las matemáticas.

La sonrisa de Lom Howard es amplia. Eberhard parece divertirse como nunca, y Beryl contiene una sonrisa. Randy intenta desesperadamente entender el chiste. A vi nota la confusión en el rostro de Randy, se pone de espaldas a los taiwaneses y frota el pulgar y los dedos: dinero.

Oh, sí. Tenía que ser algo relacionado con el dinero.

Harvard Li produjo algunos millones de PCs clónicos a principios de los noventa y los cargó con Windows, Word y Excel… pero de alguna forma consiguió olvidar firmarle un cheque a Microsoft. Hace como un año, Microsoft le dio una buena patada ante los tribunales y ganó una compensación inmensa. Harvard argumentó que estaba en la ruina: no tiene ni un penique a su nombre. Microsoft ha estado intentando demostrar que todavía tiene algunos millardos escondidos por ahí.

Está claro que Harvard Li ha estado pensando duramente sobre dónde meter dinero para que gente como Microsoft no pueda encontrarlo. Hay muchos métodos clásicos: la cuenta bancaria en Suiza, la corporación falsa, el gran proyecto inmobiliario en el interior de lo más profundo de China, barras de oro en una cámara acorazada. Esos trucos podrían salir bien con el gobierno medio, pero Microsoft es diez veces más inteligente, un centenar de veces más agresiva y no hay ninguna regla que la detenga. A Randy le

produce algo de repelús imaginarse en la situación de Harvard Li: perseguido a lo largo y ancho del planeta por los avanzadísimos perros de presa de Microsoft.

Harvard Li necesita dinero electrónico. No esa tontería que la gente usa para comprar camisetas en la red sin tener que dar números de tarjetas de crédito. Necesita algo realmente eficaz y cabrón, sostenido por una criptografía potente, almacenado en un refugio de datos fuera de las fronteras, y lo necesita para ayer. Así que no hay nada más lógico que el hecho de que envíe muchos mensajes de correo electrónico a John Cantrell.

Tom Howard se le acerca sigilosamente.

—La pregunta es: ¿es sólo Harvard Li o cree haber descubierto un nuevo mercado?

—Es muy probable que ambas cosas —es la suposición de Randy—. Probablemente conoce a algunas otras personas a las que les gustaría tener un banco privado.

—Los misiles —dice Tom.

—Sí. —China ha estado mandando últimamente algunos misiles balísticos a Taiwán, como en el Salvaje Oeste cuando el malo dispara a los pies del bueno para hacerle bailar—. Ha habido asedios de bancos en Taipei.

—En cierta forma —dice Tom—, esos tipos son miles de veces más inteligentes que nosotros, porque nunca han tenido una moneda de la que depender. —El y Randy miran a John Cantrell, que ya tiene los brazos cruzados sobre el pecho y ofrece una disquisición sobre la función Totient de Euler mientras Harvard Li asiente atentamente y sus empollones de servicio toman notas frenéticas en cuadernos. Avi está muy alejado, mirando el Viejo Palacio, mientras contempla en su mente las ramificaciones de todo esto: florecen, se extienden y se enroscan unas alrededor de otras como si se tratase de un jardín tropical enloquecido.

Otras delegaciones entran en la sala siguiendo al visir y reclaman porciones de la mesa. El Dentista viene con sus Nornas, Furias, Higienistas o como se llamen. Hay un grupo de blancos que hablan con acento australiano. Exceptuándolos, todos los demás son asiáticos. Algunos hablan entre ellos y otros levantan las cabeza y observan la conversación entre Harvard Li y John Cantrell. Randy los va repasando por turnos: Asiáticos

de Malos Trajes y Asiáticos de Buenos Trajes. Los primeros exhiben cortes militares, piel manchada de nicotina y parecen asesinos. Visten trajes malos no porque no puedan permitirse los buenos, sino porque no les importa un rábano. Vienen de China. Los Asiáticos de Buenos Trajes tienen cortes de pelo de mantenimiento elevado, gafas de París, piel limpia, sonrisas fáciles. En su mayoría vienen de Nipón.

—Quiero intercambiar claves, ahora mismo, para que podamos enviarnos correos —dice Li, y le hace un gesto a un ayudante, quien corre al borde de la mesa y abre un portátil—. Algo algo Ordo —dice Li en cantones. El asistente apunta y pulsa.

Cantrell mira sin expresión a la mesa. Se agacha para mirarla por debajo. Se acerca y palpa con la mano bajo el borde.

Randy se inclina para dar un vistazo. Se trata de una de esas mesas de reuniones de alta tecnología con líneas eléctricas y de comunicación integradas, de forma que los visitantes puedan conectar los portátiles sin tener que tender cables por todas partes y pelearse por los enchufes. La superficie debe estar llena de conductos. No hay ningún cable visible que la conecte con el mundo. Las conexiones deben viajar por las patas y meterse en el suelo hueco. John sonríe, se vuelve a Li y niega con la cabeza:

—Normalmente diría que bien —dice—, pero en el caso de un cliente con sus exigencias de seguridad, no estamos en un lugar aceptable para intercambiar claves.

—No planeo utilizar el teléfono —dice Li—, podemos intercambiarlas en floppies.

John golpea la mesa.

—No importa. Haga que alguien de su personal busque sobre Phreaking van Eck. Con «p—h», no «f» —le dice al asistente que está tomando nota. Luego, al sentir que Li precisa un resumen rápido, dice—: Pueden conocer el estado de su ordenador escuchando las ligeras emisiones de radio que salen de los chips.

—Ahhhhh —dice Li, e intercambia miradas cargadas de sentido con sus asistentes, como si eso hubiese dado respuesta a algo que les hubiese estado dando la coña durante meses.

Alguien comienza a gritar a pleno pulmón al otro extremo de la sala, no por donde entraron los invitados, sino el otro. Es un tipo vestido de forma

similar al gran visir, pero no tan recargada. En cierto momento cambia al inglés, el mismo dialecto del inglés empleado por los asistentes de vuelo de las líneas aéreas extranjeras, que les han dicho tantas veces a los pasajeros que inserten la lengüeta de metal en la hebilla que les sale de la boca en una única confusión flemosa. Hombrecitos kinakutas vestidos con buenos trajes comienzan a entrar en la habitación. Toman asientos alrededor de la parte principal de la mesa, que es lo suficientemente amplia para servir como escenario de la Ultima Cena. En la posición de Jesús hay un sillón especialmente grande. Es lo que obtendrías si te dirigieses a un diseñador finés con la cabeza, afeitada y gafas sin montura y doble doctorado en semiótica e ingeniería civil, le firmases un cheque en blanco y le pidieses que te diseñase un trono. Detrás hay otra mesa para los lacayos. De fondo, toneladas de obras de arte sin precio: un friso erosionado, amputado de alguna ruina de la jungla.

Todos los invitados gravitan instintivamente hacia sus posiciones alrededor de la mesa, y se quedan de pie. El gran visir los mira fijamente por turnos. Un hombre pequeño se desliza en la habitación, mira con expresión vacía el suelo frente a él, aparentemente sin haberse dado cuenta de que hay más personas presentes. Tiene el pelo lacado contra el cráneo, y su apariencia corpulenta queda minimizada por la magia de Savile Row. Se acomoda sobre el trono, lo que parece una brutal violación de la etiqueta hasta que Randy comprende que se trata del sultán.

De pronto, todos se han sentado. Randy retira su silla y se sienta en ella. Las profundidades de cuero lo absorben como el guante de un receptor a la pelota. Está a punto de sacar el portátil, pero en este entorno tanto una bolsa de nylon como el ordenador de plástico quedan algo horteras. Además, debe resistirse a la tendencia estúpida de tomar notas continuamente. El mismo Avi ha dicho que no va a pasar nada en la reunión; todo lo importante va a ir en el subtexto. Además, está el asunto del phreaking Van Eck, que Cantrell probablemente mencionó sólo para volver paranoico a Harvard, pero que también ha afectado a Randy. Opta por un cuaderno de papel milimetrado —la respuesta de los ingenieros al cuaderno corriente— y un bonito bolígrafo desechable.

El sultán manifiesta un acento de Oxford con algunos rastros de ajo y pimienta roja entre los dientes. Habla durante unos quince minutos.

La sala contiene unas docenas de cuerpos vivos, cada uno de ellos un gran saco de intestinos y fluidos tan comprimidos que saltarían unos metros si los rajasen. Cada uno de ellos está construido alrededor de una armadura de 206 huesos conectados entre sí por uniones con tendencia a fallar, dadas a crujidos, chirridos y taponazos desagradables cuando ya no se encuentran en sus mejores condiciones. La estructura está rodeadas de filetes que laten, inflados con sacos de aire apretados, y atravesados por un alcantarillado gordiano lleno de ácido burbujeante y gas comprimido y rebosando de enzimas y disolventes asquerosos producidos por muchas pepitas oscuras de carne programada genéticamente enhebradas a toda su longitud. Por todo ese dédalo descuidado se obliga a pasar, por medio de convulsiones en serie, a masas de comida en disolución, para que se transforme en gas, líquido y materia sólida que debe evacuarse periódicamente al exterior para evitar que su dueño muera por intoxicación. Cámaras esféricas llenas de gelatina giran en cuencas engrasadas con mucosidades. Falanges infinitas de cilios rechazan partículas invasoras, envolviéndolas en una sustancia viscosa para su posterior eliminación. En cada cuerpo, un músculo central se debate en un eterno torrente circular de salsa presurizada. Y sin embargo, a pesar de todo esto, ninguno de los cuerpos produce ni el más mínimo sonido durante el discurso del sultán. Es una maravilla que sólo puede explicarse por el poder del cerebro sobre el cuerpo y, a su vez, del condicionamiento cultural sobre el cerebro.

Su anfitrión intenta mostrarse apropiadamente sultánico: ofreciendo visión y dirección sin verse atrapado en las arenas movedizas de la administración. La visión básica (o eso parece al principio) es que Kinakuta ha sido siempre un cruce de caminos, un lugar de encuentro de culturas: los malayos originales. Foote y su dinastía de sultanes blancos. Los filipinos con sus gobernadores españoles, americanos y nipones al este. Musulmanes al oeste. Anglos al sur. Numerosas culturas del sureste asiático al norte. Los chinos por todas partes, como siempre. Los nipones cuando se encuentran de ánimo aventurero, y (por lo que pudiese valer) las tribus neolíticas que habitan el interior de la isla.

Por tanto, nada más natural que los kinakuteses del presente tiendan gruesos cables de fibra óptica en todas direcciones, se conecten a todas las

compañías de telecomunicaciones internacionales más importantes a su alcance, y se conviertan en un bazar digital.

Todos los invitados asienten con seriedad ante la inteligencia del sultán, su magistral habilidad para combinar las tradiciones antiguas de su país con la tecnología moderna.

Pero no se trata más que de una analogía superficial, confiesa el sultán.

Todos asienten algo más vigorosamente que antes: es cierto, todo lo que el sultán acaba de decir no son más que gilipolleces. Varias personas toman notas, no sea que pierdan el hilo de lo que dice.

Después de todo, dice el sultán, la posición física ya no importa en un mundo digitalizado e interconectado. El ciberespacio no conoce fronteras.

Todos asienten con energía excepto, por un lado, John Cantrell, y, por el otro, los chinos de aspecto feroz.

Pero eh, sigue diciendo el sultán, ¡no son más que cantos de ciberanimadoras tontas! ¡Qué gilipollez! ¡Claro que importa la posición geográfica y las fronteras! En ese momento la habitación queda sumida en la penumbra a medida que la luz que penetra por las ventanas queda reducida por alguna especie de mecanismo en el mismo vidrio: persianas de cristal líquido, o algo similar. Bajan pantallas previamente ocultas en ranuras ingeniosamente colocadas en el techo. Esa diversión salva las vértebras cervicales de muchos presentes que están a punto de asentir aún con mayor fuerza ante el último giro del sultán. Mierda, ¿la situación física importa o no importa en el ciberespacio? ¿De qué estamos hablando? ¡No estamos en una asociación de debate de Oxford! ¡Al grano!

El sultán arremete con algunos gráficos: un mapa del mundo en una de esas proyecciones políticamente correctas que hacen que América y Europa parezcan arrecifes bloqueados por el hielo del gran Ártico. Superpuestas al mapa hay líneas rectas, cada una uniendo dos ciudades importantes. La red de líneas se vuelve más y más densa a medida que habla el sultán, obscureciendo casi por completo las masas terrestres y también los océanos.

Esa, les explica el sultán, es la visión convencional de Internet: una red descentralizada que conecta cada lugar con todos los demás, sin cuellos de botella o, si te parece mejor el término, embudos.

¡Siguen siendo gilipolleces! Aparece un nuevo gráfico: el mismo mapa, diferente estructura de líneas. Ahora tenemos redes entre países, en

ocasiones entre continentes. Pero entre países, y especialmente entre continentes, sólo hay unas pocas líneas. No se parece en nada a una red.

Randy mira a Cantrell, que asiente ligeramente.

—Muchos partisanos de la Red están convencidos de que la Red es robusta porque sus líneas de comunicación están distribuidas por igual por todo el planeta. De hecho, como puede verse en ese gráfico, casi todo el tráfico web intercontinental pasa por un número pequeño de embudos. Normalmente esos embudos son controlados y vigilados por gobiernos locales. Por tanto, está claro que cualquier aplicación de Internet que desee mantenerse al margen de la interferencia gubernamental está condenada desde el principio por lo que es un problema estructural fundamental.

«… mantenerse al margen de la interferencia gubernamental.» Randy no puede creer lo que oye. Si el sultán fuese un *hacker* desaliñado que estuviese hablando a una sala llena de criptoanarquistas sería una cosa. Pero el sultán es el gobierno, por el amor de dios, y la sala está llena de miembros con carné del *establishment*.

¡Como esos chinos de aspecto temible! ¿Quién coño son? Nadie podría convencer a Randy de que de algún modo no están relacionados con el gobierno chino.

—Los cuellos de botella no son más que una de las barreras estructurales para la creación de un ciberespacio libre, soberano e independiente de la situación geográfica —sigue diciendo el sultán con total alegría.

«¿Soberano?»

—El otro es el conjunto heterogéneo de leyes, y en realidad de sistemas legales, para tratar la intimidad, la libre expresión y las telecomunicaciones.

Aparece otro gráfico. Cada país de un color, tono y dibujo según un esquema de complejidad amenazadora. Una compleja leyenda al fondo intenta bastante tontamente explicarla. Migraña instantánea. Ésa es, por supuesto, la idea.

—La política de cualquier sistema legal con respecto a la intimidad es, normalmente, el resultado de cambios pequeños producidos durante siglos por tribunales y cuerpos legislativos —dice el sultán—. Con todos los respetos, sólo una parte pequeña es relevante para las preocupaciones modernas de intimidad.

Vuelve la luz, el sol entra alegre por los ventanales, las pantallas desaparecen silenciosas en el techo y todos se sorprenden ligeramente al ver que el sultán está en pie. Se aproxima a un tablero de Go enorme y (por supuesto) recargado y de aspecto caro, cubierto con una serie compleja de piedras blancas y negras.

—Quizá pueda hacer una analogía con el Go, aunque el ajedrez nos valdría igual. Dada nuestra historia, los kinakuteses estamos bien versados en ambos juegos. Al comienzo del juego, las piezas están dispuestas de una forma que es simple y fácil de comprender. Pero el juego progresa. Los jugadores toman pequeñas decisiones, turno a turno, cada decisión razonablemente simple por sí misma, y realizada por buenas razones que incluso un novato puede comprender. Pero después de muchos turnos, la estructura desarrolla tal complejidad que sólo las mejores mentes, o los mejores ordenadores, pueden comprenderla. —El sultán mira pensativo el tablero de Go mientras habla. Levanta la vista y comienza a establecer contacto visual por toda la sala—. La analogía está clara. Nuestras políticas relativas a la libertad de expresión, telecomunicaciones y criptografía han evolucionado a través de una serie de decisiones simples y racionales. Pero hoy en día son tan complejas que nadie puede comprenderlas, incluso en un único país, por no decir nada de todos los países en su conjunto.

El sultán hace una pausa y camina meditabundo alrededor del tablero de Go. A estas alturas los invitados han renunciado en su mayoría a los asentimientos obsequiosos y las notas. Ahora nadie es táctico, todos escuchan con genuino interés, preguntándose qué va a decir a continuación.

No dice nada. En lugar de eso, pasa un brazo sobre el tablero y, con un movimiento rápido, barre todas las piedras. Llueven sobre la alfombra, se deslizan sobre la piedra pulida, traquetean sobre la mesa.

Se produce un silencio de unos quince segundos. El sultán se muestra pétreo. Luego, de pronto, se alegra.

—Es hora de empezar de nuevo —dice—. Algo muy difícil de hacer en un gran país, donde las leyes las escriben cuerpos legislativos, las interpretan los jueces atados por viejos precedentes. Pero estamos en el sultanato de Kinakuta y yo soy el sultán y yo digo que aquí la ley debe ser muy simple: libertad total de información. Por la presente, abdico todos los poderes gubernamentales sobre el flujo de datos a través y dentro de mis

fronteras. Bajo ninguna circunstancia ninguna parte de este gobierno fisgará en el flujo de información, o empleará su poder para restringir tal flujo. Esta es la nueva ley de Kinakuta. Les invito, caballeros, a hacer lo que puedan con ella. Gracias.

El sultán se da la vuelta y deja la sala entre una ovación solemne. Éstas son las reglas, chicos. Ahora, corred y jugad.

El doctor Mohammed Pragasu, el ministro de Información de Kinakuta, se levanta ahora de su silla (que, naturalmente, se encuentra a la derecha del trono del sultán) y toma la palabra. Su acento es casi tan americano como británico el del sultán; estudió en Berkeley y obtuvo el doctorado en Stanford. Randy conoce a varias personas que trabajaron y estudiaron con él durante esos años. Según ellos, Pragasu raramente se presentaba a trabajar vistiendo algo que no fuese una camiseta y unos vaqueros, y mostraba un gran apetito por la cerveza y la pizza como cualquier otro no Mohammed. Nadie tenía ni idea de que era primo segundo del sultán, ni de que, por sí mismo, valía algunos centenares de millones.

Pero eso fue hace diez años. En la historia reciente, en sus tratos con Epiphyte Corp., se ha presentado mejor vestido, con mejor comportamiento, pero estudiadamente informal: tuteo, por favor. Al doctor Pragasu le gusta que le llamen Prag. Todas las reuniones han comenzado con un intercambio desinhibido de los chistes más recientes. Luego Prag pregunta por sus antiguos compañeros de estudios, que en su mayoría ahora trabajan en Silicon Valley. Pide consejo sobre las últimas y más codiciadas acciones tecnológicas, rememora durante unos minutos la época salvaje que pasó en California, y luego a los negocios.

Hasta ahora, ninguno de ellos ha visto a Prag en su verdadero elemento. Es algo difícil mantener el rostro serio, como si un viejo compañero de colegio hubiese alquilado un traje, falsificado un carné de identidad y ahora estuviese bromeando en una estirada reunión de negocios. Pero el porte del doctor Pragasu es tan solemne que resulta impresionante, tendiendo a lo opresivo.

Los chinos al otro lado de la mesa parecen el monte Rushmore maoísta; es imposible imaginar que alguno de ellos haya sonreído alguna vez. Están recibiendo una traducción directa de lo que se dice a través de auriculares,

conectados a través de la mesa misteriosa a una sala de calderas llena de intérpretes.

La atención de Randy vaga. La charla de Prag le resulta aburrida porque está repasando aspectos técnicos que él ya conoce al dedillo, apoyadas en analogías simples pensadas para tener algo de sentido al ser traducidas al mandarín, cantones, nipones, o lo que sea. Randy comienza a mirar al resto de la mesa.

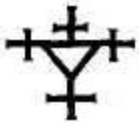
Hay una delegación de filipinos. Uno de ellos, un gordo de unos cincuenta años, le resulta terriblemente familiar. Como es habitual.

Randy no recuerda su nombre. Y hay otro tipo que llega tarde, solo, y es guiado hasta una silla solitaria en el extremo más alejado: puede que sea filipino con un montón de sangre española, pero es más probable que sea latinoamericano o europeo del sur o, simplemente, un norteamericano cuyos antepasados vinieren de esos lugares. En cualquier caso, apenas se ha sentado en la silla cuando saca un móvil, marca un número muy largo y comienza una conversación tensa en voz baja. Continuamente mira al resto de la mesa, examinando cada delegación, para lanzar luego breves descripciones al móvil. Parece perplejo de estar aquí. Ninguno de los que le ven puede dejar de notar su sigilo. Ninguno de los que lo notan pueden evitar preguntarse cómo adquirió ese sigilo. Pero al mismo tiempo, posee un aura hosca que Randy no nota hasta que sus ojos negros miran a los de Randy como los cañones gemelos de una *derringer*. Randy devuelve la mirada, demasiado perplejo y estúpido para apartar la vista, y una especie de información desconocida pasa del hombre del móvil hasta él por los rayos gemelos de luz negra que salen de los ojos del hombre.

Randy comprende que él y el resto de Epiphyte(2) Corp. han caído entre ladrones.

*OceanofPDF.com*

# El Código Pontifex



*OceanofPDF.com*

# Salto

El día es caluroso y lleno de nubes sobre el mar de Bismarck cuando Goto Dengo pierde la guerra. Los bombarderos norteamericanos llegan volando bajos e igualados. Por casualidad, Goto Dengo está en cubierta haciendo calistenia al aire fresco. Respirar aire que no huele a mierda ni a vómitos le hace sentir eufórico e invulnerable. Todos deben sentirse igual, porque él mismo observa los aeroplanos durante un buen rato antes de oír las bocinas de alarma.

Se supone que los soldados del emperador deben sentirse eufóricos e invulnerables todo el tiempo, porque ése es el resultado de un espíritu indomable. El que Goto Dengo sólo se sienta así en cubierta, cuando respira aire limpio, le avergüenza. Los soldados más veteranos nunca dudan, o al menos no lo manifiestan. Se pregunta dónde empezó a ir mal. Quizá fue el periodo que pasó en Shanghai, donde las ideas extranjeras le contaminaron. O quizá fue desde el principio: la antigua maldición familiar.

Los transportes de tropas son lentos; no se pretende que sean algo más que cajas de aire. Sólo disponen del armamento más patético. Los destructores que los escoltan hacen sonar alerta general. Goto Dengo permanece junto a la barandilla y observa cómo la tripulación de los destructores ocupa posiciones. Los cañones de las armas escupen humo negro y luz azul, y mucho más tarde oye los estampidos.

Los bombarderos norteamericanos deben de tener sus propios problemas. En principio supone que debe de faltarles combustible, están perdidos hasta la desesperación, o los Zeros les han dado caza hasta obligarles a descender por debajo de la cubierta de nubes. Cualesquiera que

sea la razón, sabe que no han llegado hasta allí para atacar el convoy, porque los bombarderos norteamericanos atacan volando a gran altitud, dejando llover las bombas. Las bombas fallan siempre, porque las miras norteamericanas son malas y los tripulantes unos ineptos. No, la llegada allí de aviones norteamericanos no es más que uno de esos grotescos accidentes de la guerra; desde primera hora de ayer el convoy ha estado protegido por una cubierta espesa de nubes. Las tropas que rodean a Goto Dengo lanzan vítores. ¡Qué buena fortuna que esos norteamericanos perdidos se hayan metido directamente en las miras de la escolta de destructores! Y también es una buena señal para la villa de Kulu, porque resulta que la mitad de los jóvenes del pueblecito están en cubierta para disfrutar del espectáculo. Crecieron juntos, fueron juntos a la escuela, a los veinte años pasaron el chequeo médico militar juntos, se alistaron juntos y entrenaron juntos. Ahora van juntos de camino a Nueva Guinea. Juntos se reunieron en la cubierta del transporte hace apenas cinco minutos. Juntos disfrutarán del espectáculo de los aviones norteamericanos convertidos en ruedas de fuego.

Goto Dengo, de veintiséis años, es uno de los más veteranos —regresó de Shanghai para convertirse en su líder y su ejemplo— y mira sus caras, caras que conoce desde que eran niños, nunca más felices que en este momento, reluciendo como pétalos de cerezos en un mundo gris de nubes, océano y acero pintado.

Una nueva oleada de placer recorre los rostros. Se da la vuelta para mirar. Aparentemente, uno de los bombarderos ha decidido aligerar la carga dejando caer una bomba en medio del océano. Los muchachos de Kulu lanzan un canto de burla. El avión norteamericano, habiéndose desecho de media tonelada de explosivos inútiles, sube directamente, autocastrado, sin más valor que como blanco para prácticas de tiro. Los muchachos de Kulu aullan su desprecio al piloto. ¡Un piloto nipón al menos hubiese estrellado el avión contra el destructor!

Por alguna razón, Goto Dengo sigue a la bomba en lugar de al avión. No da un tumbo desde el vientre del avión sino que dibuja una parábola plana sobre las olas, como un torpedo aéreo. Contiene la respiración por un momento, temiendo que no caiga jamás en el océano, que rozará la superficie hasta golpear al destructor que tiene en su camino. Pero una vez más las buenaventuras de la guerra sonríen a las fuerzas del emperador; la

bomba pierde la batalla con la gravedad y entra en el agua. Goto Dengo aparta la vista.

Luego vuelve a mirar, siguiendo un fantasma que ocupa el límite de su visión. Las alas de espuma que la bomba lanzó al aire siguen colapsando el agua, pero tras ellas acelera una mota negra, quizá una segunda bomba arrojada por el mismo avión. En esta ocasión Goto Dengo la sigue con todo cuidado. Parece elevarse en lugar de caer, quizá sea un espejismo. No, no, está equivocado, ahora pierde altitud muy lentamente, y cae al agua y produce otro par de alas.

Y entonces la bomba vuelve a salir del agua. Goto Dengo, estudiante de ingeniería, implora porque las leyes de la física controlen esa cosa y la hagan caer y hundirse, que es lo que se supone que deben hacer esos estúpidos trozos de metal. Vuelve a caer... pero luego se eleva de nuevo.

Salta sobre el agua como una de las piedrecillas planas que los muchachos de Kulu lanzaban sobre el estanque de peces cercano al poblado. Goto Dengo, totalmente fascinado, la ve saltar varias veces más. De nuevo, las buenaventuras de la guerra han ofrecido otro espectáculo grotesco, aparentemente sin más razón que entretenerle a él. Lo saborea como si fuese un cigarrillo descubierto en el fondo de un bolsillo. Salto, salto, salto.

Justo hasta el flanco de uno de los destructores de escolta. Una torreta salta directamente al aire, dando volteretas una y otra vez. Cuando está a punto de llegar a su apogeo, queda completamente envuelta en un geiser de llamas que salen de la sala de máquinas del barco.

Los muchachos de Kulu siguen cantando, negándose a aceptar los hechos que tienen ante sus propios ojos. Algo destella en la visión periférica de Goto Dengo; se vuelve para ver que otro destructor se parte por la mitad como una ramita seca cuando estalla la santabárbara. Diminutas cosas negras saltan, saltan, saltan por todo el océano, como pulgas sobre las sábanas arrugadas de un burdel de Shanghai. El canto vacila. Todos miran en silencio.

Los norteamericanos han inventado una nueva táctica de bombardeo en medio de una guerra y la han puesto en práctica a la perfección. La mente de Goto Dengo se tambalea como un borracho en el pasillo de un tren que se estrella. Comprendieron que se habían equivocado, admitieron sus

errores, se les ocurrió una idea nueva. La idea nueva fue aceptada y aprobada por toda la cadena de mando. Y ahora la usan para matar a sus enemigos.

Ningún guerrero con el más mínimo concepto del honor hubiese sido tan cobarde. Tan *flexible.* Qué vergüenza debe haber sido para los oficiales que entrenaron a sus hombres para bombardear desde grandes altitudes. ¿Qué ha sido de esos hombres? Deben haberse suicidado, o quizá hayan acabado en prisión.

Los marines norteamericanos de Shanghai tampoco eran guerreros decentes. Cambiaban constantemente de métodos. Como Shaftoe.

Shaftoe intentó luchar en la calle con soldados nipones y fracasó. Habiendo fracasado, decidió aprender tácticas nuevas... de la mano de Goto Dengo. «Los norteamericanos no son guerreros», decían todos. «Quizá empresarios. No guerreros.»

Bajo cubierta, los soldados vitorean y cantan. No tienen ni la más mínima idea de lo que está sucediendo. Durante un momento, Goto Dengo aparta la mirada con esfuerzo del mar lleno de destructores que estallan y se hunden. Se centra en un armario lleno de salvavidas.

Parece que los aviones ya han desaparecido. Examina el convoy y no encuentra destructores en funcionamiento.

—¡Poneos los chalecos salvavidas! —grita. No parece que ninguno de los hombres le escuche, así que se acerca al armario—. ¡Eh! ¡Poneos los chalecos salvavidas! —Saca uno y lo levanta, por si no pueden oírle. Pueden oírle perfectamente. Le miran como si lo que estuviese haciendo fuese lo peor que han presenciado en los últimos cinco minutos. ¿De qué podrían servir los chalecos salvavidas?

—¡Por si acaso! —grita—. Así podremos luchar otro día más por el emperador. —Dice esto último sin convicción.

Uno de los hombres, un muchacho que vivía a unas pocas puertas de su casa cuando eran niños, se acerca a él, le arranca el chaleco salvavidas de entre las manos y lo arroja al océano. Mira a Goto de arriba abajo, con desprecio, luego se da la vuelta y se aleja.

Otro hombre grita y señala: se acerca una segunda oleada de aviones. Goto Dengo se acerca a la baranda para estar junto a sus compañeros, pero éstos se alejan sigilosos. Los aviones norteamericanos cargan sin oposición

y viran para alejarse, dejando tras ellos más bombas saltarinas. Goto Dengo contempla durante unos segundos una bomba que viene directamente hacia él, hasta que puede leer el mensaje que tiene escrito en la punta: ¡INCLÍNATE, TOJO!

—¡Por aquí! —grita. Da la espalda a la bomba y regresa al armario lleno de salvavidas. En esta ocasión, le siguen algunos hombres. Los que no, quizá un cinco por ciento de la población de la villa de Kulu, caen catapultados al océano cuando la bomba estalla bajo sus pies. La cubierta de madera se dobla. Uno de los muchachos de Kulu cae con una astilla de cuatro pies de largo atravesándole las vísceras. Goto Dengo y quizá una docena más llegan hasta el armario apoyándose sobre las manos y las rodillas y cogen los salvavidas.

No se comportaría así si, en su alma, la guerra no estuviese ya perdida. Un guerrero mantendría su posición y moriría. Sus hombres le siguen simplemente porque él se lo ha dicho.

Estallan dos bombas más mientras cogen los salvavidas y regresan a la baranda. Los hombres de abajo debe estar muertos en su mayoría. Goto Dengo casi no consigue llegar a la baranda porque se está elevando en el aire; acaba elevándose con las manos y pasa una pierna por encima de un lateral, que ahora está casi completamente horizontal. ¡El barco está dándose la vuelta! Otros cuatro consiguen agarrarse a la baranda, los demás se deslizan impotentes por la cubierta y se pierden en un pozo de humo. Goto Dengo ignora lo que sus ojos le dicen e intenta escuchar a su oído interno. Ahora se encuentra en el costado del barco, y mirando a popa puede ver que una de las hélices gira inútilmente en el aire. Comienza a correr hacia arriba. Los otros cuatro le siguen. Aparece un caza norteamericano. Él ni siquiera sabe que les están atacando hasta que mira atrás y ve que las balas han partido a un hombre por la mitad y han destrozado la rodilla de otro, de forma que la pantorrilla y el pie cuelgan de unos jirones de cartílago. Goto Dengo se echa el hombre al hombro como un saco de arroz y sigue corriendo, pero descubre que ya no hay hacia dónde correr.

Ahora él y los otros dos se encuentran en el punto más alto del barco, un bulto de acero que sobresale del agua no más que la altura de un hombre. Se gira una vez, luego otra, buscando un lugar al que correr y no ve nada más

que agua a su alrededor. El agua burbujea con furia porque se escapa el aire y el humo del interior del casco destrozado. El mar corre hacia ellos. Goto Dengo mira la burbuja de metal que le sostiene y ve que, por ahora, tiene el cuerpo perfectamente seco. Luego el mar de Bismarck converge hacia sus pies en todas direcciones y comienza a trepar por sus piernas. Un momento después la placa de acero que ha estado presionando con fuerza contra la suela de sus botas se hunde. El peso del hombre herido a hombros le empuja directamente al interior del océano. Le entra combustible por la nariz, lucha por liberarse bajo el peso del herido y sale gritando a la superficie. Su nariz, y las cavidades del cráneo, están llenas de combustible. Traga un poco y sufre convulsiones a medida que su cuerpo intenta expulsarlo simultáneamente por todos los orificios: estornudando, vomitando, carraspeando para sacárselo de los pulmones. Al palparse la cara con una mano nota la capa de combustible que se la cubre y sabe que no se atreverá a abrir los ojos. Intenta limpiarse la cara con la manga, pero la tela está completamente saturada.

Se sumerge en el agua y se limpia para poder ver de nuevo, pero el combustible de la ropa le hace flotar. Por fin tiene los pulmones limpios y empieza a respirar. Huele a petróleo, pero al menos puede respirarlo. Pero los elementos volátiles del combustible ya han penetrado en su sangre y siente que se extienden por su cuerpo. Siente como si le estuviesen clavando una espátula caliente entre el cuero cabelludo y el cráneo. Los demás hombres están aullando y comprende que él también lo hace. Algunos obreros chinos de Shanghai respiraban gasolina para colocarse, y ése era el ruido que hacían.

Uno de los hombres que tiene cerca grita. Oye un ruido que se aproxima, como una sábana que se rasga por la mitad para hacer vendas. Le golpea el calor en la cara, justo antes de que vuelva a sumergirse. El movimiento deja expuesta una banda de carne alrededor de la pantorrilla, entre la bota y la pernera del pantalón, y en el momento en que está justo fuera del agua queda chamuscada.

Nada a ciegas por un océano de combustible. Se produce un cambio en la temperatura y la viscosidad del fluido que fluye sobre su cara. De pronto el salvavidas empieza a tirar de él hacia arriba; ahora debe estar sumergido en agua. Nada un poco más para limpiarse los ojos. La presión en los oídos

le indica que no está a mucha profundidad, quizá a un par de metros por debajo de la superficie. Por fin se atreve a abrir los ojos. Una luz parpadeante y fantasmal le ilumina las manos, haciéndolas relucir con un tono verde brillante; debe haber salido el sol tras las nubes. Se pone de espaldas y mira directamente hacia arriba. Encima de él hay un lago de fuego ondulante.

Se quita el salvavidas sobre la cabeza y lo deja ir. Salta disparado hacia la superficie, ardiendo como un cometa. La ropa manchada de petróleo tira de él sin remisión, así que se quita la camisa y la deja ir hacia la superficie. Sus botas tiran de él hacia abajo, los pantalones manchados hacia arriba, y consigue una especie de equilibrio.

Creció en una mina.

Kulu se encuentra cerca de la costa norte de Hokkaido, en la orilla de un lago de agua salada en el que convergen los ríos de las colinas del interior para mezclar sus aguas antes de descargarse en el mar de Ojotsk. Las colinas se elevan abruptamente desde un extremo del lago, alzándose sobre un riachuelo frío y plateado que fluye desde un bosque habitado sólo por monos y demonios. En esa parte del lago hay pequeñas islas. Si excavas mucho en una de esas islas, o en las colinas, encontrarás vetas de cobre, y en ocasiones zinc, plomo e incluso plata. Eso es lo que los hombres de Kulu han hecho durante muchas generaciones. Su monumento es un laberinto de túneles que serpentea bajo las colinas, sin seguir líneas rectas, sino rastreando las venas más ricas.

En ocasiones los túneles descienden por debajo del nivel del lago. Cuando las minas estaban activas, el agua de esos túneles se bombeaba, pero ahora que están agotadas, se ha dejado al agua buscar su nivel y se han formado sumideros. En las colinas hay túneles y cavidades a los que sólo pueden llegar muchachos con valor suficiente para sumergirse en aguas frías y negras y nadar en la oscuridad durante diez, veinte o treinta metros.

Goto Dengo fue a todos esos lugares cuando era un muchacho. Incluso descubrió algunos. Grande, gordo y flotante, era un nadador bastante bueno. No era el mejor nadador, ni el mejor aguantando la respiración. Ni siquiera

era el más valiente (los más valientes se enfrentaban a la muerte como guerreros en lugar de ponerse salvavidas).

Fue a donde otros no habían llegado porque sólo él, entre todos los chicos de Kulu, no temía a los demonios. Cuando era niño, su padre, un ingeniero de minas, le llevaba de excursión a aquellas partes de las montañas donde se decía que vivían los demonios. Dormían bajo las estrellas y se despertaban para encontrar las mantas cubiertas de escarcha, y en ocasiones un oso robaba la comida. Pero nada de demonios.

Los otros chicos creían que los demonios vivían en algunos de los túneles sumergidos, y que eso explicaba por qué algunos de los chicos que nadaban allí no regresaban jamás. Pero Goto Dengo no temía a los demonios, así que penetraba allí temiendo sólo a la oscuridad, el frío y el agua. Lo que ya era bastante temer.

Ahora no tiene más que fingir que el fuego es un techo de piedra. Nada un poco más. Pero no tomó aire suficiente antes de sumergirse y ahora está muy cerca del pánico. Levanta la vista y ve que el agua sólo arde en algunas partes.

Comprende que está a mucha profundidad, y que no puede nadar bien con las botas y los pantalones. Tira de los cordones, pero están atados con un nudo doble. Se saca el cuchillo del cinturón y corta los cordones, patalea para soltar las botas, se quita los pantalones y también los calzoncillos. Desnudo, se obliga a calmarse durante diez segundos, se lleva las rodillas al pecho y las abraza. La flotabilidad natural de su cuerpo se ocupa de todo. Sabe que ahora debe estar elevándole lentamente hacia la superficie, como una burbuja. La luz es cada vez más brillante. Sólo tiene que esperar. Suelta el cuchillo, que no sirve más que para retrasarle.

Siente frío en la espalda. Explota de la posición fetal y saca la cabeza al aire, respirando por fin. Hay una zona de combustible ardiente casi tan cerca como para tocarlo, y el combustible recubre el océano casi como una superficie sólida. Llamas azules casi invisibles salen de ella, para volverse amarillas y transformarse en humo negro. Nada de espaldas para alejarse de los tentáculos que se aproximan.

Sobre él pasa una reluciente aparición plateada, tan cerca que puede sentir el calor de sus gases de escape y leer las etiquetas de advertencia en

inglés del vientre. Las puntas de las armas, en las alas, centellean, lanzando rachas rojas.

Están acabando con los supervivientes. Algunos intentan sumergirse, pero el combustible que empapa los uniformes los lleva de vuelta a la superficie mientras las piernas patalean inútiles fuera del agua. Goto Dengo se asegura primero de no estar cerca de ninguna zona de combustible ardiendo, luego se mueve en el agua, girando lentamente como una antena de radar, buscando aviones. Un P-38 vuela bajo, apuntándole a él. Toma aliento y se sumerge. Se está bien bajo el agua y hay tranquilidad, y las balas que atraviesan la superficie suenan como el traqueteo de una máquina de coser. Ve unas balas que se hunden en el agua a su alrededor, dejando rastros de burbujas, deteniéndose prácticamente a un metro o dos, luego hundiéndose como bombas. Nada tras una de ellas y la agarra. Sigue caliente. La guardaría como souvenir, pero los bolsillos se han ido con la ropa y necesita las manos. Mira la bala durante unos momentos, verde plateada bajo la luz del fondo, recién salida de una fábrica en América.

¿Cómo ha llegado esta bala de América a mi mano?

Hemos perdido. La guerra ha terminado.

Debo regresar a casa y comunicárselo a todos.

Debo ser como mi padre, un hombre racional, explicándole las verdades de la vida a la gente en casa, lastrados por la superstición.

Suelta la bala, la ve caer hacia el fondo del mar, a donde también se dirigen todos los barcos y todos los jóvenes de Kulu.

*OceanofPDF.com*

# Fotos

*Eh, se trata de un mercado inmaduro.*

Todavía no han empezado las racionalizaciones; Randy sigue sentado en la gran sala de conferencias del sultán, y la reunión está ganando velocidad.

*Naturalmente, los primeros en aceptarlo no serán las personas normales.*

Tom Howard ocupa la tarima para explicar su trabajo. Randy no tiene demasiado que hacer, así que se está imaginando la conversación de esa noche en el Bomba y Arpeo.

*Es como el salvaje Oeste: al principio algo indisciplinado, luego en unos años se calma y obtienes Fresno.*

Muchas de las delegaciones han traído mercenarios: ingenieros y expertos en seguridad que recibirán una recompensa si pueden encontrar un fallo en el sistema de Tom. Uno a uno, los tipos se ponen en pie para probar suerte.

*Dentro de diez años, las viudas y los repartidores de periódicos tendrán su dinero en un banco del ciberespacio.*

Magnífico no sería la palabra que emplearías normalmente para describir a Tom Howard; corpulento y hosco, carente por completo de gracia social, y la verdad es que no se disculpa por ello. La mayor parte del tiempo se sienta en silencio, manteniendo una expresión de aburrimiento esfíngeo, y por tanto es fácil olvidar lo bueno que es.

Pero durante esa media hora en particular de la vida de Tom Howard, es la esencia de la magnificencia. Se enfrenta hoja contra hoja con los siete

samurais: los doctorados gurús de más alta capacidad y los expertos en seguridad privada más temibles que Asia puede producir. Uno a uno se enfrentan a él y él les corta la cabeza y las apila sobre la mesa como balas de cañón. En varias ocasiones debe detenerse y meditar durante sesenta segundos antes de dar el golpe mortal. En una ocasión le pide a Eberhard Föhr que haga algunos cálculos en su portátil. Ocasionalmente debe recurrir a la experiencia de John Cantrell en criptografía, o mira a Randy para que éste asienta o niegue con la cabeza. Pero al final, acaba con el follón. Beryl mantiene durante toda la operación una sonrisa no demasiado convincente. Avi se limita a agarrar con fuerza los brazos de la silla, con los nudillos pasando de azul a blanco a rosa hasta un brillo normal y saludable en los últimos cinco minutos, cuando queda claro que los samurais se retiran derrotados. Hace que Randy desee descargar seis tiros al techo y gritar «¡Yuuu-piiii!» con todas sus fuerzas.

En lugar de hacerlo, escucha, sólo por si Tom tropieza con el brezo del esoterismo del protocolo plesiosíncrono, de donde sólo Randy pueda sacarle. Eso le da un poco más de tiempo para examinar las caras del resto de las personas en la habitación. Pero la reunión dura ya dos horas, y todos le resultan tan conocidos como sus hermanos.

Tom limpia la espada en la pernera del pantalón y descarga con estruendo su pesado culo sobre la silla de cuero. Los adláteres entran corriendo en la sala trayendo té, café, azúcar y sacarina. El doctor Pragasu se pone en pie y presenta a John Cantrell.

¡Cojones! Hasta ahora, la reunión ha girado en torno a Epiphyte Corp. ¿Qué pasa?

El doctor Pragasu, habiendo desarrollado una amistosa relación con esos hackers californianos, los está usando para conseguir importantes contactos financieros. Eso es lo que pasa.

Es muy interesante desde un punto de vista empresarial. Pero a Randy le resulta un poco molesto y amenazador ese flujo de información en un solo sentido. Para cuando les toque regresar a casa, ese grupo de tipos sospechosos lo sabrán todo sobre Epiphyte Corp., pero Epiphyte seguirá sin enterarse de nada. Sin duda, eso es precisamente lo que quieren.

A Randy se le ocurre mirar al Dentista. El doctor Hubert Kepler está sentado en su mismo lado de la mesa, por lo que es difícil leer su expresión.

Pero está claro que no escucha a John Cantrell. Se cubre la boca con una mano y mira al espacio abierto. Sus valkirias se pasan apresuradamente notas entre ellas, como si fuesen niñas de instituto.

Kepler está tan sorprendido como Randy. No parece ser el tipo de hombre al que le gusten las sorpresas.

¿Qué puede hacer Randy ahora mismo para aumentar el valor accionarial? No es su especialidad; se lo dejará a Avi. En lugar de eso, deja de atender a la reunión, abre el portátil y comienza a hackear.

Hackear es realmente una descripción excesiva de lo que está haciendo. Todos los miembros de Epiphyte Corp. tienen portátiles con pequeñas cámaras integradas, de forma que puedan mantener video-conferencias a larga distancia. Avi insistió. La cámara es casi invisible-simplemente un orificio de un par de milímetros de ancho, montado en el centro de la estructura que rodea la pantalla. No tiene lente como tal, es una cámara en el sentido más antiguo, una cámara oscura. Una pared contiene un agujerito y la otra una retina de silicio.

Randy tiene el código fuente —el programa original— del software de videoconferencia. Es razonablemente inteligente en el uso del ancho de banda. Examina el flujo de fotogramas (las imágenes fijas individuales) que vienen de la cámara y comprueba que, aunque la cantidad total de datos de esos fotogramas es grande, la diferencia entre un fotograma y otro es pequeña. Sería completamente diferente si el Fotograma 1 fuese una cabeza parlante, el Fotograma 2, una fracción de segundo más tarde, fuese una postal de una playa de Hawai, el Fotograma 3 la imagen de un circuito impreso y el Fotograma 4 la ampliación de la cabeza de una libélula. Pero realmente, cada fotograma es una cabeza parlante, la cabeza de la misma persona, con ligeros cambios de posición y expresión. El software puede ahorrar el precioso ancho de banda restando matemáticamente cada fotograma nuevo del anterior (ya que, para el ordenador, cada imagen no es más que un número muy largo) y a continuación transmitir sólo la diferencia.

Todo eso significa que ese software tiene muchísimas características integradas para comparar una imagen con otra, y evaluar la magnitud de la diferencia de un fotograma al siguiente. Randy no tiene que escribir esa

parte. Sólo tiene que familiarizarse con rutinas ya existentes, aprenderse los nombres y cómo usarlas, lo que le lleva unos quince minutos.

Luego escribe un pequeño programa llamado Fotocriminal que tomará una fotografía de la cámara cada cinco segundos más o menos, la comparará con la fotografía anterior, y, si la diferencia es grande, la grabará en un archivo. Un archivo cifrado con un nombre sin sentido elegido al azar. Fotocriminal no abre ninguna ventana ni escribe nada en pantalla, por lo que la única forma de saber que se está ejecutando es escribir el comando UNIX

```
ps
```

y darle a la tecla retorno. A continuación el sistema dará una larga lista de los procesos en ejecución, y Fotocriminal aparecerá en algún lugar de la lista.

Por si a alguien se le ocurre la idea, Randy le da al programa un nombre falso: BuscaVirus. Lo pone en marcha, luego comprueba el directorio y verifica que acaba de grabar una imagen: una foto de Randy. Mientras esté sentado razonablemente quieto, no grabará ninguna foto más; la formación de luz que representa la cara de Randy y que llega a la pared opuesta de la cámara oscura no cambiará demasiado.

En el mundo tecnológico no hay reunión que no tenga al menos una demo. Cantrell y Föhr han desarrollado un prototipo de un sistema de dinero electrónico, simplemente para mostrar el interfaz de usuario y las medidas de seguridad integradas.

—Dentro de un año, en lugar de ir al banco y hablar con un ser humano, simplemente ejecutarás este programa en cualquier parte del mundo —dice Cantrell— y te comunicarás con la Cripta. —Enrojece mientras la palabra se filtra por los intérpretes y llega a los oídos de los demás—. Que es como llamamos al sistema que Tom Howard y yo estamos montando.

Avi se pone en pie, para resolver la crisis con celeridad.

—*Mì fú* —dice, hablándole directamente a los chinos— es una mejor traducción.

Los chinos parecen aliviados, e incluso un par de ellos sonríen al oír a Avi hablar en mandarín. Avi levanta una hoja de papel que muestra los caracteres chinos:[17]

# 秘符

Plenamente consciente de que acaba de esquivar una bala, John Cantrell continúa hablando vacilante.

—Pensamos que querrían ver el software en acción. Les voy a mostrar ahora una demo en pantalla, y durante el descanso para almorzar podrán venir y probarla ustedes mismos.

Randy lanza el software. Tiene el portátil conectado a una entrada de vídeo en la parte de debajo de la mesa para que los expertos en imagen del sultán puedan proyectar un duplicado de lo que Randy ve en una enorme pantalla de proyección al extremo de la sala. Está ejecutando el interfaz del programa financiero, pero el programa de fotos sigue ejecutándose en el background. Randy le pasa el ordenador a John, que muestra los detalles de la demo (ahora debería haber una fotografía de John Cantrell en el disco duro).

—Yo puedo escribir el mejor software criptográfico del mundo, pero sería inútil a menos que haya un buen sistema para verificar 1a identidad del usuario —comienza a decir John, habiendo recuperado algo de seguridad—. ¿Cómo sabe el ordenador que tú eres tú? Las claves son muy fáciles de averiguar, robar u olvidar. El ordenador debe saber algo sobre ti que sea tan único como las huellas digitales. Básicamente debe mirar alguna parte de tu cuerpo, como por ejemplo la disposición de vasos sanguíneos en la retina o el sonido distintivo de tu voz, y compararlo con los valores almacenados en su memoria. Ese tipo de tecnología se llama biométrica. Epiphyte Corp. dispone de uno de los más importantes expertos en biométrica del mundo: el doctor Eberhard Föhr, que escribió el que se considera el mejor programa de reconocimiento de escritura manual del mundo. —John pasa con rapidez por los halagos. A Eb y a todos los demás en la sala les aburren; todos han visto el curriculum de Eb—. Ahora mismo tenemos reconocimiento de voz, pero el código es totalmente modular, así que lo podríamos cambiar por otro sistema, como un lector de la geometría de la mano. El cliente puede elegir.

John muestra la demo, y al contrario que la mayoría de las demos, realmente funciona sin dar errores. Incluso intenta engañarla grabando la

voz en una grabadora digital portátil de muy buena calidad y luego reproduciéndola. Pero el software no se deja engañar. Este detalle impresiona de verdad a los chinos, quienes, hasta ese punto, se asemejaban al contenido del cubo de la basura de Madame Tussaud después de una exposición sobre la Revolución Cultural.

No todos son tan duros. Harvard Li es un partidario entusiasta de Cantrell, y los pesos pesados filipinos parece que no pueden esperar a depositar todas sus reservas de capital en la Cripta.

¡Hora del almuerzo! Las puertas se abren de par en par para mostrar un salón comedor con buffet en la pared de enfrente, aromatizado con curry, cayena y bergamota. El Dentista se asegura de sentarse en la misma mesa que Epiphyte Corp., pero no habla demasiado; se limita a quedarse sentado con una expresión terriblemente colérica, mirando, masticando y pensando. Cuando Avi al fin le pregunta qué piensa, Kepler dice con ecuanimidad:

—Ha sido informativo.

Las Tres Gracias se mueren de vergüenza en medio de un ataque epiléptico. Evidentemente, informativo es una palabra muy fea en el léxico del Dentista. Significa que Kepler ha aprendido algo en esa reunión, lo que significa que no sabía absolutamente todo lo que iba a suceder, lo que ciertamente en su escala de valores se consideraría un imperdonable fallo de inteligencia.

Se produce un silencio agónico. Luego Kepler dice:

—Pero no carente de interés.

Profundos suspiros de alivio ventilan las denticiones cegadoramente blancas y libres de placa de las Higienistas. Randy intenta imaginarse qué es peor: que Kepler sospeche que alguien le ha ocultado algo o que vea una nueva oportunidad. ¿Qué es más temible, la paranoia o la avaricia del Dentista? Están a punto de descubrirlo. Randy, con su instinto bobalicón y romántico de caer simpático, está a punto de decir algo como «¡Para nosotros también ha sido informativo!», pero contiene la lengua al darse cuenta de que Avi no lo ha dicho. Decirlo no incrementaría el valor accionarial. Mejor mantener las cartas cerca del pecho, no sea que Kepler se pregunte si Epiphyte Corp. conocía de antemano los puntos a tratar.

Randy ha elegido tácticamente su asiento para poder mirar directamente por la puerta de la sala de reuniones y vigilar el portátil. Uno a uno, los

miembros de las otras delegaciones se disculpan, van a la sala y prueban la demo, grabando sus voces en la memoria del ordenador y permitiendo que les reconozca. Algunos de los técnicos incluso teclean comandos en el teclado de Randy; probablemente el comando ps, fisgando. A pesar de que Randy lo ha configurado de forma que no se pueda juguetear mucho con él, le molesta muy profundamente ver los dedos de esos extraños golpeando su teclado.

Eso le corroe durante toda la sesión de la tarde, que trata de los enlaces de comunicación que unen Kinakuta al resto del amplio mundo. Randy debería estar prestando atención, ya que repercute enormemente en el proyecto de las Filipinas. Pero no lo está haciendo. Medita sobre el teclado, contaminado por dedos extraños, y luego medita sobre el hecho de que está meditando sobre ese asunto, lo que demuestra su incapacidad para los negocios. Técnicamente el teclado es de Epiphyte —no suyo— y si incrementa el valor accionarial que siniestros tecnócratas orientales examinen sus archivos, debería sentirse feliz por dejarles hacerlo.

Terminan. Epiphyte y los nipones cenan juntos, pero Randy se muestra aburrido y distraído. Al fin, como a las nueve de la noche, se disculpa y va a su habitación. Mentalmente compone una respuesta para root@eruditorum.org, más o menos *porque parece haber un mercado genial para estas tecnologías, y es mejor que yo ocupe el nicho en lugar de alguien clara y francamente malvado.* Pero antes de que el portátil tenga siquiera tiempo de arrancar, el Dentista, vestido con una bata blanca de felpa y oliendo a vodka y jabón de hotel, llama a la puerta de Randy y se invita a pasar. Invade el baño de Randy (no; de los accionistas) y se sirve un vaso de agua. Se acerca a la ventana de los accionistas y contempla durante varios minutos el cementerio nipón antes de hablar.

—¿Comprende quiénes eran esos hombres? —dice. Su voz, si se sometiese a un análisis biométrico, mostraría incredulidad, desconcierto e incluso algo de diversión.

O quizá sólo finge, intentado que Randy baje la guardia. Quizá él sea root@eruditorum.org.

—Sí —miente Randy.

Cuando Randy reveló la existencia de Fotocriminal, después de la reunión, Avi le elogió por su astucia, imprimió las fotografías en la

habitación del hotel y las envió por Federal Express a un detective privado en Hong Kong.

Kepler se vuelve y dedica a Randy una mirada penetrante.

—O tengo mala información sobre vosotros, chicos —dice—, o estáis muy fuera de vuestro elemento.

Si ésa fuese su Primera Aventura Empresarial, en ese momento Randy se mearía en los pantalones. Si fuese la Segunda, dimitiría y volvería volando a California al día siguiente. Pero es la tercera, por lo que consigue mantener la compostura. La luz está detrás de él, por lo que quizá Kepler esté momentáneamente deslumbrado y no pueda verle muy bien la cara. Randy bebe un sorbo de agua y respira profundamente, preguntando:

—En vista de los acontecimientos de hoy —dice—, ¿cuál es el futuro de nuestra relación?

—Ya no se trata de proveer de servicio de larga distancia barato a las Filipinas... ¡si lo fue alguna vez! —dice Kepler sombrío—. El flujo de datos a través de las Filipinas tiene ahora un significado completamente diferente. Es una oportunidad estupenda. Simultáneamente, competimos con pesos pesados: los grupos de Australia y Singapur. ¿*Podemos* competir contra ellos, Randy?

Se trata de una pregunta simple y directa, las más peligrosas.

—No arriesgaríamos el dinero de nuestros accionistas si no lo creyésemos así.

—Una respuesta predecible —brama—. ¿Vamos a mantener una conversación de verdad, Randy, o deberíamos invitar al personal de relaciones públicas e intercambiar notas de prensa?

Durante una aventura empresarial anterior, Randy se hubiese rendido en este punto.

—En este momento concreto no estoy preparado para mantener una conversación real con usted.

—Tarde o temprano tendremos que mantenerla —dice el Dentista. *Algún día tendremos que sacar esas muelas del juicio.*

—Por supuesto.

—Mientras tanto, debería pensar en esto —dice Kepler, preparándose para salir—. ¿Qué demonios podemos ofrecer en lo que se refiere a

servicios de telecomunicaciones que pueda competir contra los chicos de Australia y Singapur? Porque no podemos competir en precios.

Como se trata de la Tercera Aventura Empresarial de Randy, no suelta a las bravas la respuesta: redundancia. En lugar de eso dice:

—Ciertamente tendremos esa pregunta en la cabeza.

—La voz de un relaciones públicas —suelta Kepler, dejando caer los hombros. Sale al pasillo y se da la vuelta diciendo—: Te veré mañana en la Cripta. —Luego parpadea—. O la Bóveda, o la Cornucopia de la Infinita Prosperidad, o cualquiera que sea la palabra china.

Habiendo dejado a Randy tambaleándose debido a esa asombrosa muestra de humanidad, se aleja.

*OceanofPDF.com*

# Yamamoto

Tojo y su claque de imbéciles del Ejército Imperial le dijeron realmente: Podría ir y asegurar el océano Pacífico para nosotros, porque necesitaremos un canal de navegación de, digamos, diez mil millas de ancho, para poder ejecutar nuestro pequeño plan de conquistar Suramérica, Alaska y toda Norteamérica al oeste de las Rocosas. Mientras tanto, nosotros terminaremos de cargarnos China. Por favor, ocúpese de ello lo antes posible.

Para entonces ya controlaban el país. Habían asesinado a todos los que se interponían en su camino, hablaban directamente al oído del emperador, y era difícil decirles que su plan era una mierda completa, que los norteamericanos iban a cabrearse y a aniquilarlos a todos. Por tanto, el almirante Isoroku Yamamoto, un obediente servidor del emperador, pensó un poco en el problema, preparó un pequeño plan, envió uno o dos barcos alrededor del puto planeta y borró Pearl Harbor del mapa. Lo preparó a la perfección, para que se produjese justo después de la declaración formal de guerra. No salió tan mal. Hizo su trabajo.

Uno de sus asistentes entró más tarde en su despacho arrastrándose —en la postura repugnantemente cobarde que los adláteres adoptan cuando están a punto de hacerte muy, muy infeliz— y le dijo que se había producido un problema en la embajada de Washington y que los diplomáticos no habían podido entregar la declaración de guerra hasta bastante después de que la Flota del Pacífico norteamericana acabase en el fondo.

Para esos gilipollas del ejército no es nada... un simple error, pasa continuamente. Yamamoto ha dejado de intentar hacer que entiendan que

los norteamericanos son rencorosos hasta un punto que es inconcebible para los nipones, que aprenden a tragarse el orgullo antes de aprender a tragar alimento sólido. Incluso si consiguiese que Tojo y su muchedumbre de matones mezquinos e ignorantes comprendiesen lo cabreados que están los norteamericanos, se reirían. ¿Qué van a hacer para vengarse? ¿Lanzarles un pastel de nata a la cara como Charlot? ¡Ja, ja, ja! ¡Pasa el sake y que venga otra chica de servicio!

Isoroku Yamamoto pasó mucho tiempo jugando al póquer con los yanquis durante sus años en Estados Unidos, fumando como una chimenea para ocultar el olor de esas horrorosas lociones para después del afeitado. Los yanquis son brutos e ignorantes hasta lo risible, claro; no hay que ser un observador muy penetrante para darse cuenta. Yamamoto, en contraste, obtuvo una perspectiva propia como efecto secundario al hecho de que los yanquis le robasen hasta la camisa en la mesa de póquer, comprendiendo que esa masa pecosa podía ser fatalmente ingeniosa. Brutos y estúpidos está bien... perfectamente comprensible, de hecho.

Pero brutos e inteligentes resulta intolerable; eso es lo que hace que esos monos de pelo rojo sean extra doble súper odiosos. Yamamoto todavía sigue intentando meter esa idea en la cabeza de sus socios, en el gran plan nipón para conquistarlo todo entre Karachi y Denver. Le gustaría que pillasen el mensaje. Muchos de los hombres de la Marina han recorrido el mundo un par de veces y lo han visto por sí mismos, pero esos hombres de Infantería que han pasado sus carreras matando chinos y violando a sus mujeres creen sinceramente que los norteamericanos son iguales sólo que más altos y más apestosos. *Vamos chicos,* les dice continuamente Yamamoto, *el mundo no es como un Nanjing muy grande.* Pero no lo entienden. Si Yamamoto estuviese al cargo de las cosas, establecería una regla: cada oficial de Infantería tendría que dejar durante un tiempo de matar con bayoneta a salvajes del neolítico en la jungla, tendría que recorrer el amplio Pacífico en un barco e intercambiar durante un tiempo proyectiles de 16 pulgadas con una fuerza de ataque norteamericana. Quizá entonces comprendiesen que estaban metidos en un lío.

En eso piensa Yamamoto, poco antes del amanecer, cuando se sube al bombardero Mitsubishi G4M en Rabaul, mientras la vaina de la espada choca contra el marco de la estrecha portezuela. Los yanquis llaman a este

tipo de avión «Betty», un gesto afeminado que realmente le molesta. Pero claro, los yanquis incluso ponen nombre de mujer a *sus propios* aviones, ¡y pintan damas desnudas en sus sagrados instrumentos de guerra! Si tuviesen espadas de samurai, los norteamericanos muy probablemente pintarían las hojas con esmalte de uñas.

Como el avión es un bombardero, el piloto y el copiloto están apiñados en una cabina sobre el tubo principal del fuselaje. El morro del avión, por tanto, es una cúpula despuntada de barras curvas, como los meridianos y paralelos de un globo, los trapezoides rellenos por rígidas láminas de vidrio. El avión ha sido aparcado señalando al este, por lo que la nariz de vidrio irradia un amanecer desigual, con los tonos irreales de un producto químico que arde en el laboratorio. En Nipón, nada sucede por accidente, por lo que asume que se trata de un visión del Sol Naciente deliberada para incrementar la moral. Acercándose al invernadero, se pone las correas allí donde puede mirar por las ventanillas mientras este Betty y el del admirante Ugaki despegan.

En una dirección está la bahía de Simpson, uno de los mejores puntos de atraque del Pacífico, una U asimétrica rodeada por una precisa red de calles, ¡claramente manchada por un puto campo de criquet británico! En la otra dirección, sobre el puente, se encuentra el mar de Bismarck. En algún punto de ese mar yacen los cadáveres de varios miles de soldados nipones entre los cascos arrugados de los transportes. Unos miles más escaparon en botes salvavidas, pero todas las armas y suministros se fueron al fondo, así que los hombres ahora no son más que bocas inútiles.

Ha sido así durante casi un año, desde Midway, cuando los norteamericanos se negaron a caer en las trampas y fintas cuidadosamente preparadas por Yamamoto cerca de Alaska, y enviaron todos los portaaviones que les quedaban para que se añadieran a la fuerza de invasión de Midway. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Yamamoto se muerde las uñas, con los guantes puestos.

Ahora esos torpes y apestosos granjeros están hundiendo todos los transportes que la Marina envía a Nueva Guinea. ¡Doble mierda! Sus aviones de reconocimiento están por todas partes —apareciendo siempre en el sitio justo en el momento justo— señalando los convoyes furtivos del emperador con el resonar entrecortado de sangrientos Confederates. Sus

observadores costeros infestan las montañas de esas islas olvidadas de dios, a pesar de los esfuerzos del Ejército por localizarlos y eliminarlos. Conocen todos sus movimientos.

Los dos aviones vuelan hacia el sureste sobre la punta de Nueva Irlanda y entran en el mar de las Salomón. Las islas Salomón se extienden frente a ellos, cresposos montículos de jade sobresaliendo de un océano hirviente a 6.500 pies más abajo. Un par de jorobas más pequeñas y luego una mucho mayor, el destino de hoy: Bougainville.

Hay que enseñar la bandera, salir en uno de esos tours de inspección, dar algo de moral a las tropas del frente. Francamente, Yamamoto tiene cosas mejores que hacer con su tiempo, así que intenta encajar en un día todos los paseos obligatorios que puede. Dejó la ciudadela naval de Truk y voló a Rabaul la semana pasada para supervisar la última gran operación: una oleada de grandes ataques aéreos sobre bases norteamericanas desde Nueva Guinea hasta Guadalcanal.

Los ataques aéreos se consideraron un éxito: más o menos. Los pilotos supervivientes informaron de gran número de hundimientos, grandes flotas de aviones norteamericanos destruidas en las embarradas pitas de despegue. Yamamoto sabe perfectamente que esos informes resultarán ser tremendamente exagerados. Más de la mitad de los aviones no regresó... los norteamericanos, y sus primos casi igualmente ofensivos, los australianos, estaban preparados para recibirlos. Pero la Infantería y la Marina están llenas por igual de hombres ambiciosos que harán todo lo posible por canalizar buenas noticias hacia el emperador, incluso si no son exactamente ciertas. En esa línea, Yamamoto ha recibido un telegrama personal de felicitación no de cualquiera sino del soberano en persona. Ahora es su deber volar por varios puntos, saltar de su Betty, agitar el telegrama sagrado en el aire y transmitir la bendición del emperador.

Los pies le duelen como si estuviese en el infierno. Como todos en mil millas a la redonda, padece una enfermedad tropical; en su caso, beriberi. Es el azote de los nipones, especialmente de la Marina, porque comen demasiado arroz descascarillado, y no suficiente pescado ni verduras. Sus largos nervios han sido corroídos por el ácido láctico, y le tiemblan las manos. Su débil corazón no puede bombear fluido suficiente a las extremidades, así que se le hinchan los pies. Tiene que cambiar los zapatos

varias veces al día, pero allí no tiene espacio; no sólo le estorba la curvatura de invernadero del avión, sino también la espada.

Están acercándose a la base Naval Imperial de Bougainville, justo a tiempo, 9.35. Una sombra pasa por encima y Yamamoto mira para ver la silueta de un escolta, muy lejos de su posición, peligrosamente cerca de ellos. ¿Quién es ese idiota? Luego la isla verde y el océano azul aparecen a la vista cuando el piloto hace descender el Betty en picado. Por encima aparece otro avión con un estruendo que supera al rugido de los motores del Betty, y aunque no es más que un destello negro, su mente registra la extraña silueta de cola hendida. Era un P-38 Lightning, y la última vez que el almirante Yamamoto lo comprobó, la Fuerza Aérea Nipona no los empleaba.

Desde el otro Betty le llega por radio la voz del almirante Ugaki, justo detrás de Yamamoto, ordenando al piloto de Yamamoto que permanezca en formación. Yamamoto no puede ver nada más que las olas golpeando Bougainville, y el muro de árboles, que parecen hacerse más y más altos, a medida que desciende el avión; ahora tienen la cubierta arbórea por encima. Es un hombre de la Marina, no de la Fuerza Aérea, pero incluso él sabe que cuando no puedes ver a los aviones frente a ti en un combate aéreo es que tienes problemas. Ráfagas rojas llegan desde atrás, enterrándose en la jungla al frente, y el Betty comienza a agitarse violentamente. Luego, una luz amarilla llena de refilón sus ojos: los motores están ardiendo. Ahora el piloto se dirige directamente a la selva; o el avión está fuera de control, y el piloto ya está muerto, o es un movimiento de desesperación atávica: ¡corre, corre hacia los árboles!

Entra en la selva volando plano, y Yamamoto se asombra de la distancia que recorren sin golpear nada grande. Luego el avión es aporreado por troncos de caoba, como bates de béisbol golpeando un gorrión herido, y sabe que todo ha acabado. El invernadero se desintegra a su alrededor, los meridianos y paralelos estrujándose y desgarrándose, lo que no resulta tan malo como suena porque el cuerpo del avión está repentinamente lleno de llamas. Mientras el asiento sale despedido al espacio, agarra la espada, no deseando deshonrarse dejando caer el arma sagrada, bendecida por el emperador, incluso en el último instante de su vida. Tiene las ropas y el pelo

en llamas, y vira como un meteoro sobre la jungla sin soltar nunca la hoja ancestral.

Comprende algo: los norteamericanos deben haber hecho lo imposible: romper todos sus códigos. Eso explica Midway, explica el mar de Bismarck, Jayapura, todo. Explica especialmente por qué Yamamoto —que debería estar bebiendo té verde y practicando caligrafía en un jardín neblinoso— está, de forma más que evidente, ardiendo y volando por una selva a cien millas por hora pegado a una silla, seguido de cerca por toneladas de despojos en llamas. ¡Debe informar! ¡Hay que cambiar todos los códigos! En eso piensa cuando choca de cabeza contra un *Octomelis sumatrana* de cien pies de alto.

*OceanofPDF.com*

# Anteo

Cuando Lawrence Pritchard Waterhouse pone el pie en la isla de Shakespeare por primera vez después de varios meses, en la terminal de ferry de Utter Maurby, le sorprende encontrar por todas partes referencias a la primavera. Los vecinos han instalado cajas de flores por todo el muelle, y todas ellas muestran una especie de repollo decorativo del precámbrico. El efecto no es exactamente alegre, pero proporciona una atmósfera druídica, como si Waterhouse estuviese observando el punto más al noroeste de una tradición cultural de la que un antropólogo observador pudiese inferir la existencia de árboles y prados de verdad a varios centenares de millas más al sur. Por ahora, tendrá que conformarse con los líquenes, ya tienen espíritu primaveral y se han vuelto de un púrpura verdoso y de un verde grisáceo.

Petate y él, habiendo renovado su vieja camaradería, se pelean hasta llegar a la terminal y vuelven a pelearse para conseguir un asiento a bordo del desconcertantemente pintoresco tren de dos vagones en dirección a Manchester. Todavía se quedará allí dos horas más soltando vapor antes de partir, lo que le dará tiempo más que suficiente para meditar.

Ha estado trabajando en algunos problemas de teoría de la información causados por la reciente[18] propensión de las Marinas Real y estadounidense por ensuciar el fondo del Atlántico con submarinos nodrizas bombardeados y torpedeados. Esos gordos submarinos alemanes, cargados de combustible, comida y munición, merodean por el océano Atlántico, empleando la radio muy ocasionalmente y manteniéndose bien alejados de las rutas marinas, y sirven como bases de suministros flotantes y ocultas para que los

submarinos no tengan que regresar al continente europeo para repostar y rearmarse. Hundirlos a montones es bueno para los convoyes, pero hacerlo debe parecer llamativamente improbable para gente como Rudolf von Hacklheber.

Normalmente, sólo por mantener las formas, los aliados envían un avión de reconocimiento para fingir que han dado con el nodriza. Pero, dejando de lado sus puntos ciegos en lo que a política se refiere, los alemanes son tipos inteligentes y nadie puede esperar que se lo crean continuamente. ¡Si vamos a seguir mandando esos nodrizas al fondo, se nos tendría que ocurrir una excusa respetable de por qué sabemos exactamente dónde están!

A Waterhouse se le han estado ocurriendo excusas a toda velocidad durante el último invierno y el principio de la primavera, y para ser sinceros, está cansado. Lo debe hacer un matemático si hay que hacerlo correctamente, pero no son matemáticas exactas. Gracias a dios, tuvo la presencia de ánimo para copiar las hojas de trabajo criptográfico que descubrió en la caja fuerte del submarino, lo que le ha dado algo por lo que vivir.

En cierto sentido, está malgastando el tiempo; el original hace tiempo que está en Bletchley Park, donde probablemente lo descifraron en unas horas. Pero no lo hace por el esfuerzo bélico en sí, simplemente intenta mantener la mente alerta y quizá añadir algunas páginas a la próxima edición de *Criptonomicón*. Cuando llegue a Bletchley, que por el momento es su destino, tendrá que preguntar y descubrir qué decía el mensaje.

Normalmente, no le gustan ese tipo de trampas. Pero los mensajes del U-553 le tienen completamente desconcertado. No fueron producidos por una máquina Enigma, pero son al menos igualmente difíciles de descifrar. Ni siquiera sabe todavía a qué cifrado se está enfrentando. Normalmente, uno empieza deduciendo, basándose en ciertas características del texto cifrado, si es, por ejemplo, un sistema de sustitución o un sistema de transposición, y luego clasificarlos aún más en, digamos, una cifra de transposición aperiódica en la que unidades clave de la misma longitud cifran grupos de texto llano de longitud variable, o viceversa. Una vez clasificado el algoritmo, ya sabes cómo empezar a romper el código.

Waterhouse ni siquiera ha llegado hasta ahí. Ahora tiene serias sospechas de que el mensaje fue producido empleando un cuaderno de uso

único. En ese caso, ni siquiera Bletchley Park podrá descifrarlo, a menos que de alguna forma hayan obtenido una copia del cuaderno. Medio espera que le confirmen que es así para poder dejar de golpearse la cabeza contra ese muro en particular.

En cierta forma, eso plantearía más preguntas de las que respondería. La Enigma naval Tritón de cuatro rotores se suponía que era considerada por los alemanes perfectamente impenetrable para el criptoanálisis. Si ése era el caso, entonces ¿por qué para ciertos mensajes el capitán del U-553 usaba su propio sistema privado?

La locomotora comienza a silbar y a resoplar como la Cámara de los Lores mientras qwghlmianos del interior salen del edificio terminal y ocupan sus asientos en el tren. Un encargado recorre el vagón, vendiendo periódicos de ayer, cigarrillos y caramelos, y Waterhouse compra un poco de cada. El tren está empezando a ponerse en marcha cuando el ojo de Waterhouse cae sobre el titular principal del periódico de ayer: EL AVIÓN DE YAMAMOTO DERRIBADO SOBRE EL PACÍFICO. SE CREE MUERTO AL ARQUITECTO DE PEARL HARBOR.

—Malaria, allá voy—masculla Waterhouse. Luego, antes de seguir leyendo, deja el periódico y abre el paquete de cigarrillos. Para esto va a necesitar muchos.

Un día, y un montón de alquitrán y nicotina más tarde, Waterhouse baja del tren y atraviesa la puerta principal de la estación Bletchley para encontrarse con un deslumbrante día de primavera. Las flores frente a la estación están radiantes, sopla una brisa cálida del sur, y Waterhouse apenas puede soportar atravesar la carretera y entrar en un barracón sin ventanas en el interior de Bletchley Park. Lo hace de todas formas y le informan que por el momento no tiene obligaciones.

Después de visitar algunos de los barracones dedicados a otros asuntos, se dirige al norte, camina tres millas hasta el pueblecito de Shenley Brook End y entra en la Crown Inn, donde la propietaria, la señora Ramshaw, durante los tres años y medio últimos, ha hecho buenos negocios cuidando de matemáticos de Cambridge perdidos y sin hogar.

El doctor Alan Mathison Turing está sentado a una mesa cerca de una ventana, tendido en dos o tres sillas en lo que parece una postura bastante incómoda pero que Waterhouse está seguro de que es eminentemente práctica. Cerca de él, sobre la mesa, hay una pinta de algo marrón rojizo; Alan está demasiado ocupado para bebería. El humo del cigarrillo de Alan revela un prisma de luz solar que atraviesa la ventana, en el centro del cual hay un gran Libro. Alan sostiene el libro con una mano. Tiene puesta contra la frente la palma de la otra mano, como si pudiese pasar los datos del libro al cerebro por medio de una especie de transferencia directa. Los dedos están doblados en el aire y de entre ellos sobresale un cigarrillo, y las cenizas cuelgan peligrosamente sobre su pelo oscuro. Tiene los ojos fijos, sin moverlos sobre la página, y el punto focal se encuentra fijo en alguna distancia remota.

—¿Diseñando otra máquina, doctor Turing?

Al fin sus ojos empiezan a moverse, y se gira hacia el sonido de la voz del visitante.

—Lawrence —dice Alan una vez, en voz baja, identificando el rostro. Luego, una vez más con bastante más alegría—: ¡Lawrence! —Se pone en pie, tan energético como siempre, y se acerca para darle la mano—. ¡Me alegra verte!

—Yo también me alegro, Alan —dice Waterhouse—. Bienvenido. —Está, como siempre, agradablemente sorprendido por el entusiasmo de Alan, la intensidad y pureza de sus reacciones ante las cosas.

También le conmueve el sincero y franco afecto que Alan siente por él. Alan no se entrega con facilidad o a la ligera, pero cuando decidió convertir a Waterhouse en un amigo, lo hizo de una forma más allá de los conceptos norteamericanos o heterosexuales de la relación entre hombres.

—¿Has venido caminando desde Bletchley? ¡Señora Ramshaw, bebidas!

—Son sólo tres millas —dice Waterhouse.

—Por favor, siéntate conmigo —dice Alan. Luego se detiene, frunce el ceño y le mira con curiosidad—. ¿Cómo demonios supiste que estaba diseñando otra máquina? ¿Fue simplemente una suposición basándote en observaciones anteriores?

—Lo que estás leyendo —dice Waterhouse, y señala el libro de Alan: *Manual RCA de lámparas de radio.*

Alan adopta una expresión de alegría.

—Ha sido mi acompañante constante —dice—. ¡Tienes que aprender sobre esas válvulas, Lawrence! O lámparas, como las llamarías tú. En caso contrario, tu educación no está completa. ¡No puedo creer la cantidad de años que he malgastado con los *engranajes!* ¡Dios!

—¿Tu máquina de la función zeta? Me resultaba bastante hermosa —dice Lawrence.

—Así son muchas cosas que deberían estar en un museo —dice Alan.

—Eso fue hace seis años. Tienes que trabajar con la tecnología disponible —dice Lawrence.

—¡Oh, Lawrence! ¡Me sorprendes! Se precisarían diez años para construir la máquina con la tecnología disponible, y sólo cinco para construirla con la nueva tecnología, y sólo se precisarían dos para inventar la nueva tecnología, por lo que queda claro que ¡puedes hacerlo en siete años inventando primero la nueva tecnología!

—Touché.

—Ésta es la nueva tecnología —dice Alan, sosteniendo el *Manual RCA de lámparas de radio* como Moisés con las tablas de la ley—. Si hubiese tenido la presencia de ánimo para usarla, podría haber construido la máquina de función zeta mucho antes, y otras más.

—¿Qué tipo de máquina diseñas ahora? —pregunta Lawrence.

—He estado jugando al ajedrez con un amigo llamado Donald Michie... un clásico —dice Alan—. Y yo lo hago fatal. Pero el hombre siempre ha construido máquinas para extender su poder... ¿por qué no una máquina que me ayude a jugar al ajedrez?

—¿Ese Donald Michie también tendrá una?

—¡Él puede diseñar su propia máquina! —dice Alan indignado.

Lawrence examina con cuidado el pub. Son los únicos clientes y no puede albergar la idea de que la señora Ramshaw sea una espía.

—Pensé que podría estar relacionado con... —dice, e inclina la cabeza en dirección a Bletchley Park.

—Están construyendo... les ayudé a construir... una máquina llamada Colossus.

—Me pareció apreciar tu estilo.

—Está construida según viejas ideas... ideas sobre las que hablamos en New Jersey hace años —dice Alan. Enérgico y desdeñoso en el tono, melancólico en el rostro. Abraza el *Manual RCA de lámparas de radio* con una mano, garabateando en una libreta con la otra. Waterhouse cree que en realidad el *Manual RCA de lámparas de radio* es una cadena de presidiario con bola y todo que retiene a Alan. Si se limitase a trabajar con ideas puras como un matemático decente podría ir tan rápido como el pensamiento.

Tal como son las cosas, Alan se ha quedado fascinado por la encarnación de ideas puras en el mundo físico. La matemática subyacente del universo es como la luz que entra por la ventana. Alan no está satisfecho simplemente con saber que entra. Lanza humo al aire para hacer la luz visible. Se sienta en los prados mirando los pinos y las flores, esbozando la estructura matemática de sus formas, y sueña con vientos de electrones fluyendo de los filamentos relucientes y las pantallas de las válvulas de radio, y, en sus oleadas y remolinos, capturar algo de lo que sucede en su propio cerebro. Turing no es ni un mortal ni un dios. Es Anteo. Que haga de puente entre el mundo físico y el matemático es su fuerza y su debilidad.

—¿Por qué estás tan abatido? —dice Alan—. ¿En qué estás trabajando?

—Lo mismo, en otro contexto —dice Waterhouse. Con esas cinco palabras transmite, por completo, todo lo que ha estado haciendo por el esfuerzo bélico—. Por suerte, he encontrado algo que es en realidad bastante interesante.

Alan parece encantado y fascinado al oír esa noticia, como si el mundo en los últimos diez años careciese de cosas interesantes, y Waterhouse hubiese tropezado con un descubrimiento escaso.

—Cuéntamelo —insiste.

—Es un problema de criptoanálisis —dice Waterhouse—. No está relacionado con Enigma. —Le cuenta la historia del mensaje del U-553—. Cuando he ido a Bletchley Park esta mañana —concluye—, he preguntado. Dicen que se han estado pegando con el problema tanto tiempo como yo, sin éxito.

De pronto, Alan parece decepcionado y aburrido.

—Debe de ser un cuaderno de uso único —dice. Suena a reproche.

—No puede ser. El texto cifrado no carece de estructuras —dice Waterhouse.

—Ah —replica Alan, animándose de nuevo.

—Busqué estructuras empleando las técnicas habituales del *Criptonomicón.* No encontré nada claro... sólo unas trazas. Al final, totalmente frustrado, decidí empezar de nuevo, intentado pensar como Alan Turing. Habitualmente, tu aproximación es reducir un problema a números y luego aplicarles todo el poder del análisis matemático. Así que empecé a convertir el mensaje en números. Lo normal sería que se tratase de un proceso arbitrario. Conviertes cada letra en un número, normalmente entre uno y veinticinco, y luego inventas un algoritmo arbitrario para convertir esa serie de números pequeños en un número grande. Pero este mensaje era diferente, empleaba treinta y dos caracteres, una potencia de dos, lo que significa que cada carácter tenía una representación binaria única, de cinco dígitos binarios de largo.

—Como en el código Baudot —dice Alan.[19] Parece nuevamente interesado.

—Así que convertí cada letra en un número entre uno y treinta y dos, usando el código Baudot. Eso me produjo una larga serie de números pequeños. Pero deseaba convertir todos los números de la serie en un número grande, sólo para ver si contendría alguna estructura interesante. ¡Pero fue coser y cantar! Si la primera letra es R, y su código Baudot es 01011, y la segunda letra es F, y su código es 10111, puedo combinar los dos en un número de diez dígitos, 0101110111. A continuación puedo tomar la siguiente letra y añadirla al final para obtener un número de quince dígitos binarios. Y así con todas. Las letras vienen en grupos de cinco... eso da veinticinco dígitos binarios por grupo. Con seis grupos en cada línea de la página, tenemos ciento cincuenta dígitos binarios por línea. Y con veinte líneas por página, eso hace tres mil dígitos binarios. Por tanto, cada página del mensaje podría considerarse no una serie de seiscientas letras sino la representación codificada de un único número con una magnitud de alrededor de dos elevado a la potencia tres mil, que sería como diez elevado a novecientos.

—Vale —dice Alan—. Admito que el uso de un alfabeto de treinta y dos letras sugiere una codificación binaria. Y admito que el esquema de código binario, a su vez, sugiere un tratamiento en que grupos individuales de cinco dígitos binarios se combinan para formar números mayores, y que eso podría llevarse hasta el extremo de combinar todos los datos de una página completa, para formar un número realmente grande. Pero ¿qué has conseguido?

—No lo sé en realidad —admite Waterhouse—. Simplemente tengo la intuición de que aquí nos enfrentamos a un sistema de cifrado basado en un algoritmo puramente matemático. En caso contrario, ¡no tendría sentido usar el alfabeto de treinta y dos letras! Si lo meditas, Alan, treinta y dos letras están muy bien, de hecho, es esencial, para un teletipo, porque necesitas caracteres especiales para cosas como retornos de carro.

—Tienes razón —dice Alan—, es extremadamente extraño que usen treinta y dos letras en un esquema que aparentemente se ejecuta con lápiz y papel.

—Lo he pensado un millar de veces —dice Waterhouse—, y la única explicación que se me ocurre es que están convirtiendo los mensajes en grandes números binarios y que luego los combinan con otros números binarios grandes, muy probablemente un cuaderno de uso único, para producir el texto cifrado.

—En cuyo caso, tu proyecto está condenado —dice Alan—, porque no se puede romper un cuaderno de uso único.

Eso sólo es cierto —dice Waterhouse— si el cuaderno de uso único es completamente aleatorio. Si construyese el número de tres mil dígitos lanzando una moneda tres mil veces y anotando uno por cara y cero por cruz, entonces sería realmente aleatorio e irrompible. Pero no creo que éste sea el caso.

—¿Por qué no? ¿Crees que sus cuadernos de uso único tienen estructura?

__Quizá. Rastros.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que no es aleatorio?

—En caso contrario, no tiene sentido desarrollar otra técnica—dice Waterhouse—. La gente lleva toda la vida usando cuadernos de uso único. Hay procedimientos establecidos para hacerlo. No hay razón para cambiar a

este sistema nuevo y extremadamente extraño ahora mismo, en medio de una guerra.

—Por tanto, ¿cuál crees que es el motivo de este nuevo esquema? —pregunta Alan, claramente disfrutando mucho.

—El problema con los cuadernos de uso único es que tienes que hacer dos copias y hacérselas llegar a receptor y remitente. Es decir, supongamos que estás en Berlín y quieres enviar un mensaje a alguien del Lejano Oriente. El submarino donde encontramos este material llevaba una carga: ¡oro y otras cosas de Japón! ¿Puedes imaginarte lo engorroso que debe de ser para el Eje?

—Ahh —dice Alan. Ahora lo comprende. Pero Waterhouse termina la explicación de todas formas.

—Supongamos que inventas un algoritmo matemático que genera grandes números aleatorios, o al menos que lo parecen.

—Seudoaleatorios.

—Sí. Claro está, debes mantener el algoritmo en secreto. Pero podrías hacerlo llegar, el algoritmo, al otro extremo del mundo a tu receptor, y a partir de ese día podrían realizar los cálculos por su cuenta y calcular el cuaderno de uso único de ese día, o lo que fuese.

Una sombra atraviesa el rostro por otra parte alegre de Alan.

—Pero los alemanes ya tienen máquinas Enigma por todas partes —dice—. ¿Por qué iban a molestarse en inventar otro método?

—Quizá —dice Waterhouse—, quizá haya algunos alemanes que no deseen que el ejército alemán pueda descifrar sus mensajes.

—Ah —dice Alan. Eso parece eliminar su última objeción. De pronto, es todo determinación—. ¡Muéstrame el mensaje!

Waterhouse abre la cartera, manchada de sal por sus viajes de y desde Qwghlm, y saca dos sobres.

—Éstas son las copias que realicé antes de enviar el original a Bletchley Park —dice, palmeando un sobre—. Son mucho más legibles que los originales... —pasa el otro sobre— que tuvieron la amabilidad de prestarme esta mañana, para que pudiese estudiarlos de nuevo.

—¡Muéstrame los originales! —dice Alan. Waterhouse desliza el segundo sobre, marcado con sellos de ALTO SECRETO, por la mesa.

Alan abre el sobre con tanta rapidez que casi lo rompe, y saca las páginas. Las extiende sobre la mesa. Se queda boquiabierto de puro asombro.

Durante un momento Waterhouse se deja engañar; la expresión en el rostro de Alan le hace creer que su amigo, en un olímpico golpe de genio, ha descifrado los mensajes en un instante simplemente mirándolos.

Pero no es eso en absoluto. Atónito dice al fin:

—Reconozco la letra.

—¿Cómo? —dice Waterhouse.

—Sí. La he visto un millar de veces. Estas páginas fueron escritas por nuestro viejo amigo ciclista. Rudolf von Hacklheber. Rudy escribió estas páginas.

Waterhouse pasa la mayor parte de la semana siguiente yendo a Londres para reunirse en los Edificios Broadway. Cuando va a haber civiles presentes en la reunión —especialmente civiles con acento de clase alta— el coronel Chattan aparece siempre, y antes de que empiece la reunión, siempre encuentra una forma muy alegre y oblicua de decirle a Waterhouse que mantenga la bocaza cerrada a menos que alguien plantee una pregunta matemática. Waterhouse no se ofende. En realidad, lo prefiere, porque eso deja tiempo a su mente para trabajar en cosas importantes. Durante la última reunión en los Edificios Broadway, Waterhouse demostró un teorema.

A Waterhouse le lleva tres días comprender que las reuniones en sí no tienen sentido; considera que no existe fin imaginable que se viese promovido por lo que discuten. Incluso intenta en un par de ocasiones demostrar que es así empleando lógica formal, pero no domina demasiado bien esa área y no sabe lo suficiente sobre los axiomas subyacentes para llegar a un Q.E.D.

Pero, para el final de la semana, ha comprendido que esas reuniones son una ramificación del asesinato de Yamamoto. Winston Spencer Churchill le tiene verdadero cariño a Bletchley Park y sus trabajos, y considera de la máxima prioridad mantener sus secretos, pero la interceptación del avión de Yamamoto ha provocado un buen agujero en la pantalla de engaño. Los

norteamericanos responsables de esa metedura de pata horrorosa intentan ahora salvar el culo lanzando el rumor de que los espías nativos supieron lo del viaje de Yamamoto y radiaron la noticia a Guadalcanal, desde donde se enviaron los P-38 fatales. Pero los P-38 operaban en el límite extremo de su radio de combustible y tendrían que haber sido enviados en el momento exacto para poder volver a Guadalcanal, así que los japoneses tendrían que tener la cabeza bien metida en el culo para creerse tal cosa. Winston Churchill está muy cabreado, y estas reuniones representan un prolongado ataque histérico burocrático que tiene como propósito lograr un cambio duradero de política.

Cada tarde después de las reuniones, Waterhouse coge el metro hasta Euston y el tren a Bletchley, y se queda hasta tarde trabajando en los números de Rudy. Alan ha trabajado en ellos durante el día, por lo que entre los dos, combinando sus esfuerzos, pueden abordarlos casi todo el día.

No todos los acertijos son matemáticos. Por ejemplo, ¿por qué coño tienen los alemanes a Rudy copiando grandes números a mano? Si las letras realmente representan grandes números eso indicaría que al doctor Rudolf von Hacklheber se le ha asignado el trabajo de mero operario de cifrado. No sería la decisión más estúpida jamás tomada por los burócratas, pero parece improbable. Y lo poco que han podido espiar de los alemanes, sugiere que a Rudy de hecho le han asignado un trabajo muy importante... tan importante como para mantenerlo en extremo secreto.

La hipótesis de Alan es que Waterhouse está realizando una suposición comprensible y totalmente errónea. Los números *no* son un texto cifrado. Son más bien cuadernos de uso único que el capitán del U-553 se suponía que debía usar para cifrar ciertos mensajes demasiado importantes para enviarlos por los canales Enigma habituales. Esos cuadernos de uso único, por alguna razón, los rellenó Rudy en persona.

Normalmente, hacer un cuaderno de uso único es un trabajo de tan bajo nivel como el de cifrar mensajes... un trabajo para oficinistas, que emplean mazos de cartas o máquinas de bingo para elegir letras al azar. Pero Alan y Waterhouse trabajan ahora con la suposición de que ese esquema de cifrado es un invento radicalmente nuevo —supuestamente una invención de Rudy — en el que las secuencias no se generan al azar sino empleando algún algoritmo matemático.

En otras palabras, hay algún cálculo, alguna ecuación que Rudy ha concebido. Le das un valor —probablemente la fecha, y posiblemente alguna otra información, como un número o clave arbitraria. Realizas los pasos del cálculo y el resultado es un número, de unos novecientos dígitos de largo, que son tres mil dígitos binarios, lo que te da unas seiscientas palabras (suficiente para cubrir una hoja de papel) cuando lo conviertes empleando el código Baudot. El número decimal de novecientos dígitos, el número de tres mil dígitos binarios y las seiscientas letras son todos el mismo número abstracto y puro codificado de forma diferente.

Mientras tanto, tu destinatario, probablemente al otro extremo del mundo, está realizando los mismos cálculos y obteniendo el mismo número. Cuando le envías un mensaje codificado con la cifra de ese día, él puede descifrarlo.

Si Turing y Waterhouse pueden descubrir como se realiza el cálculo, también podrán leer todos los mensajes.

*OceanofPDF.com*

# Phreaking

El Dentista se ha ido, la puerta está atrancada, el teléfono desconectado de la pared. Randall Lawrence Waterhouse está tendido desnudo sobre las sábanas almidonadas de la cama tamaño extra grande. Tiene la cabeza apoyada sobre una almohada para poder mirar por entre el espacio de los pies el programa de noticias del servicio mundial de la BBC en la televisión. Tiene cerca una cerveza del minibar por valor de diez dólares. Son las seis de la mañana en Estados Unidos, así que en lugar de ver un partido de baloncesto profesional se decidió por ese programa de la BBC, que está muy orientado a lo que sucede en el sur de Asia. Una larga y muy sombría historia sobre una plaga de langostas en la frontera entre India y Pakistán sigue a un segmento sobre un tifón que está a punto de llegar a Hong Kong. El rey de Tailandia está exigiendo a algunos de los miembros más corruptos del gobierno que literalmente se postren ante él. Las noticias asiáticas siempre tienen un ligero toque fantástico, pero todo es extremadamente serio, sin ironías o guiños por ninguna parte. Ahora está viendo una historia sobre una enfermedad del sistema nervioso que la gente de Nueva Guinea sufre como consecuencia de comer los cerebros de otras personas. La historia típica de caníbales. No es de extrañar que tantos norteamericanos vayan allí por negocios y jamás regresen a casa; es como meterse en las páginas de un cómic de aventuras.

Alguien llama a la puerta. Randy se levanta y se pone el albornoz de felpa del hotel. Mira por la mirilla, medio esperando ver a un pigmeo con una cerbatana, aunque no le importaría nada que se tratase de una seductora cortesana oriental. Pero no es más que Cantrell. Randy abre la puerta.

Cantrell ya tiene levantadas las manos, mostrando las palmas, en un gesto genial de «ya me callo».

—No te preocupes —dice Cantrell—. No he venido a hablar de negocios.

—En ese caso, no voy a romperte la botella de cerveza en la cabeza —dice Randy. Cantrell se siente exactamente igual que Randy; con tantas cosas tempestuosas sucediendo hoy, la única forma de afrontarlas es no hablar de ellas. La mayor parte de la actividad de la mente se produce cuando el cerebro está pensando en algo totalmente diferente, por lo que en ocasiones debes buscar *deliberadamente* algo diferente en lo que pensar y de lo que hablar.

—Ven a mi habitación —dice Cantrell—. Pekka está aquí.

—¿El finlandés al que hicieron saltar por los aires?

—El mismo.

—¿Por qué está aquí?

—Porque no hay ninguna razón para no estar aquí. Después de que lo volasen adoptó un estilo de vida tecnonómada.

—Por tanto, no es más que una coincidencia, o...

—No —dice Cantrell—. Me está ayudando a ganar una apuesta.

—¿Qué apuesta?

—Hace unas semanas le estaba hablando a Tom Howard sobre el phreaking Van Eck. Tom dice que le parecía una estupidez. Me apostó diez acciones de Epiphyte a que no podría hacerlo fuera del laboratorio.

—¿Pekka es bueno en ese tipo de cosas?

En lugar de decir que sí, Cantrell adopta una expresión seria y dice:

—Pekka ha escrito un capítulo entero sobre ese tema para *Criptonomicón.* Pekka cree que sólo dominando las tecnologías que pudiesen usarse contra nosotros podremos defendernos.

Suena casi como una llamada a las armas. Randy tendría que ser un perdedor para regresar a la cama después de oír semejante historia, así que se vuelve y pisa los pantalones, que están arrojados cuan largos son donde los tiró después de volver del palacio del sultán. *¡El palacio del sultán!* La televisión *está* emitiendo un programa sobre los piratas que navegan por las

aguas del mar del sur de China, haciendo que la tripulación de los cargueros se pasee por la tabla.

—Todo este continente es como un puto Disneylandia sin las medidas de seguridad —comenta Randy—. ¿Soy la única persona a la que le parece surrealista?

Cantrell sonríe, pero dice:

—Si empezamos a hablar de cosas surrealistas, acabaremos hablando sobre el día de hoy.

—Tienes razón —dice Randy—. Vamos.

Antes de que Pekka fuese conocido en Silicon Valley como el Finlandés al que Volaron, le conocían como el Chico del Chelo, porqué manifestaba una devoción casi autista por su violonchelo y se lo llevaba a todas partes, intentando siempre encajarlo en los portaequipajes. No era coincidencia que también fuese un tipo analógico cuya especialidad se remontaba a la radio.

Cuando la radio por paquetes comenzó a convertirse en una alternativa a enviar datos por cables, Pekka se trasladó a Menlo Park y se unió a una empresa emergente. Su empresa compraba el equipo en tiendas de ordenadores usados, y Pekka acabó consiguiendo un monitor de alta resolución y multisincronía de diecinueve pulgadas y bastante decente muy adecuado para sus ojos adaptables de veinticuatro años. Lo conectó a una torre Pentium ligeramente usada abarrotada de RAM.

También instaló Finux, un sistema operativo UNIX gratuito creado por finlandeses, casi como forma de proclamar al resto del mundo «somos así de raros», y que distribuyeron a todo el mundo por la Red. Por supuesto, Finux era tan fantásticamente potente y flexible que te permitía, entre otras cosas, controlar la circuitería de vídeo de la máquina hasta el enésimo grado y elegir diferentes frecuencias de escáner y relojes de píxel, si te gustaban esas cosas. A Pekka definitivamente le gustaban y, como muchos maníacos del Finux, programó su máquina para que dibujase, si así lo decidía él, un montón de píxeles diminutos (que mostraban mucha información pero eran difíciles de ver) o, alternativamente, menos píxeles más grandes (que tendía a usar después de hackear durante veinticuatro horas seguidas y perder el tono del músculo ocular), o varias otras posibilidades intermedias. Cada vez

que cambiaba de una opción a otra, la pantalla del monitor se volvía negra durante un segundo y se oía un golpe metálico audible en su interior cuando el cristal vibrador se ajustaba a un rango de frecuencias diferentes.

Una noche, a las tres de la madrugada, Pekka hizo exactamente eso, e inmediatamente después de que la pantalla se pusiese negra e hiciese el ruido metálico, le explotó en la cara. La parte delantera del tubo de imagen estaba fabricada de vidrio pesado (así debía ser, para soportar el vacío interno) que se fragmentó y penetró en el rostro, cuello y parte superior del cuerpo de Pekka. El mismo fósforo que había estado reluciendo bajo el rayo de electrones unos momentos antes, trasmitiendo información a los ojos de Pekka, estaba ahora físicamente incrustado en su carne. Un trozo de vidrio le atravesó uno de los ojos y penetró en su cerebro. Otro más le desgarró la laringe, y otro pasó volando a un lado de su cabeza y le arrancó un trozo perfectamente triangular de la oreja izquierda.

Pekka, en otras palabras, fue la primera víctima del Digibomber. Casi muere desangrado allí mismo, y sus compañeros eutropianos revolotearon alrededor de su cama de hospital durante días con tanques de freón, listos para entrar en acción en caso de que falleciese. Pero no murió, y recibió aún más publicidad porque su compañía emergente no tenía seguro médico. Después de que los periódicos locales se hiciesen eco de cómo ese pobre inocente de la tierra de la medicina socializada no había tenido la previsión suficiente para contratar un seguro médico, un millonario de la alta tecnología donó dinero para pagar sus facturas médicas y equiparle con una laringe computerizada como la de Stephen Hawking.

Y ahora allí está Pekka, sentando en la habitación de hotel de Cantrell. El chelo está en una esquina, sucio alrededor del puente por el polvo de colofonia. Está mirando una pared vacía a la que ha pegado con cinta adhesiva un montón de cables formando bucles y giros precisos. Éstos llevan hasta una placa de circuito casera que a su vez está conectada al portátil.

—Hola Randy, felicidades por tu éxito —dice una voz generada por ordenador tan pronto como se cierra la puerta tras Randy y Cantrell. Es un saludo que Pekka evidentemente ha tecleado hace un tiempo, anticipándose a la llegada. Nada de lo que sucede le parece especialmente extraño a

Randy excepto el hecho de que Pekka parece pensar que Epiphyte ha conseguido algún éxito.

—¿Cómo vamos? —pregunta Cantrell.

Pekka teclea una respuesta. Luego hace bocina con la mano en la oreja mutilada mientras usa la otra mano para activar el generador de voz:

—Se ducha. —En realidad, era imposible no oír el sonido de las cañerías—. Su portátil emite.

—Oh —dice Randy—. ¿La habitación de Tom Howard es la de al lado?

—Justo al otro lado de la pared —dice Cantrell—. La solicité específicamente, para poder ganar esta apuesta. Esa habitación es la imagen especular de ésta, así que su ordenador está a unas pulgadas de distancia, justo al otro lado de la pared. Condiciones perfectas para el phreaking Van Eck.

—Pekka, ¿estás recibiendo ahora mismo señales de su ordenador? —pregunta Randy.

Pekka asiente, teclea y dispara.

—Ajusto. Calibro. —El dispositivo de entrada para el generador de voz es un teclado de una sola mano que lleva atado al muslo. Le pone la mano derecha encima y realiza movimientos a tientas. Momentos más tarde surge el habla—. Necesito Cantrell.

—Perdóname —dice Cantrell, y va a lado de Pekka. Randy le mira por encima del hombro durante un rato, comprendiendo vagamente lo que hacen.

Si pones una hoja de papel en blanco sobre una lápida y le pasas la punta de un lápiz por encima, obtienes una línea horizontal, oscura en algunos lugares y tenue en otros, y sin demasiado sentido. Si vas bajando por la página a intervalos cortos, la anchura de una línea de lápiz, y repites el proceso, comienza a aparecer una imagen. El proceso de ir recorriendo la página en una serie de trazos horizontales es lo que un cerebrín llamaría escaneo de barrido, o simplemente barrido. Con un monitor de vídeo convencional —un tubo de rayos catódicos— el rayo de electrones rastrea moviéndose físicamente hacia abajo por el vidrio como sesenta u ochenta veces por segundo. En el caso de una pantalla de portátil, no hay escaneo físico; los píxeles individuales se apagan y encienden directamente. Pero aún así se produce el rastreo; lo que se escanea y se pone de manifiesto en

la pantalla es una región de la memoria del ordenador llamado buffer de pantalla. El contenido del buffer de pantalla debe pegarse en la pantalla sesenta u ochenta veces por segundo o (1) la pantalla parpadea y (2) la imagen se mueve bruscamente.

La forma en que el ordenador te habla no es controlando la pantalla directamente sino más bien manipulando los bits contenidos en ese buffer, con la seguridad de saber que otros subsistemas en el interior de la máquina se encargan del trabajo rutinario de mandar la información a la pantalla física. Sesenta u ochenta veces por segundo, el sistema de vídeo dice ¡mierda!, es hora de refrescar la pantalla, y va al comienzo del buffer de pantalla —que, recuerda, no es más que una zona en particular de la memoria— y lee los primeros bytes, que indican el color que se supone debe tener el píxel en la esquina superior izquierda de la pantalla. Esa información se envía a lo que sea que actualiza la pantalla, ya sea un rayo de electrones o un sistema de portátil para controlar directamente los píxeles. Se leen los siguientes bytes, normalmente los del píxel a la derecha del primero, y así hasta llegar al extremo derecho de la pantalla. Eso dibuja la primera línea de la lápida.

Como ya se ha llegado al extremo derecho de la pantalla, ya no quedan más píxeles en esa dirección. Está implícito que los siguientes bytes a leer de la memoria corresponderán al píxel más a la izquierda en la segunda línea de barrido contando desde arriba. Si se trata de una pantalla de rayos catódicos, se nos produce ahora un pequeño problema de tiempos ya que el rayo de electrones se encuentra ahora en el extremo derecho de la pantalla y se le pide que dibuje un píxel en el extremo izquierdo. Debe retroceder. Eso lleva un poco de tiempo; no demasiado, pero sí mucho más que el intervalo de tiempo entre dibujar dos píxeles que se encuentran mejilla con mejilla. Esa pausa se conoce como *intervalo de barrido horizontal.* Se produce uno al final de cada línea hasta que el barrido ha llegado al último píxel en la esquina inferior derecha de la pantalla y ha completado un dibujo de la lápida. Pero ya es hora de empezar de nuevo, y por lo tanto el rayo de electrones (si lo hay) debe saltar en diagonal hasta el píxel de la esquina superior izquierda. Eso también lleva un poco de tiempo y se llama *intervalo de barrido vertical.*

Esos problemas surgen de limitaciones físicas inherentes al barrido de rayos de electrones por el espacio en un tubo de rayos catódicos, y básicamente desaparecen en el caso de una pantalla de portátil como la que Tom Howard ha situado a unas pulgadas frente a Pekka, al otro lado de la pared.

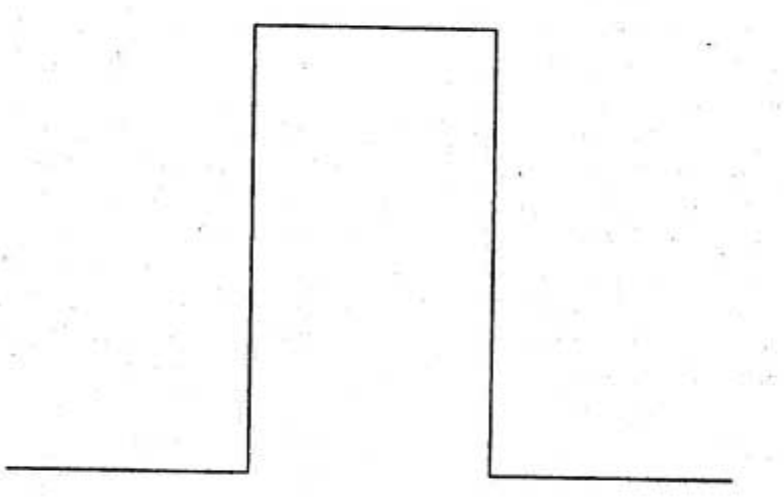
Pero la temporización de vídeo de la pantalla del portátil sigue el modelo de la de una pantalla de tubo de rayos catódicos. (Esto se debe simplemente a que la vieja tecnología es conocida universalmente por aquellos que necesitan comprenderla, y funciona bien, y se han creado y probado todo tipo de tecnologías y programas para funcionar dentro de ese esquema, y por qué jugar con el éxito, especialmente cuando tus márgenes de beneficios son tan pequeños que sólo se pueden detectar empleando técnicas de la mecánica cuántica, y cualquier fallo de compatibilidad con la tecnología anterior enviará a tu compañía directamente al sumidero.)

En el portátil de Tom, cada segundo está dividido en setenta y cinco partes perfectamente regulares durante las que se realiza un dibujo completo de la lápida seguido de un intervalo de barrido vertical. Randy puede seguir la conversación entre Pekka y Cantrell lo suficiente para comprender que ya han conseguido deducir, analizando la señal que atraviesa la pared, que Tom Howard tiene configurada la pantalla para ofrecer 768 líneas y 1.024 píxeles por cada línea. Por cada píxel, se leen cuatro bytes del buffer de vídeo y se envían a la pantalla. (Tom está empleando la definición de color más alta posible para la pantalla, lo que significa que se requiere un byte para representar cada una de las intensidades de azul, verde y rojo y otro que básicamente sobra, pero se deja por ahí porque a los ordenadores les gustan las potencias de dos, y ahora los ordenadores son tan ridículamente rápidos y potentes que, aunque todo está sucediendo siguiendo un horario que para un ser humano sería agresivo, los bytes extras no afectan en nada.) Cada byte son ocho dígitos binarios o bits, y por tanto, 1.024 veces por línea, se leen 4 X 8 = 32 bits del buffer de pantalla.

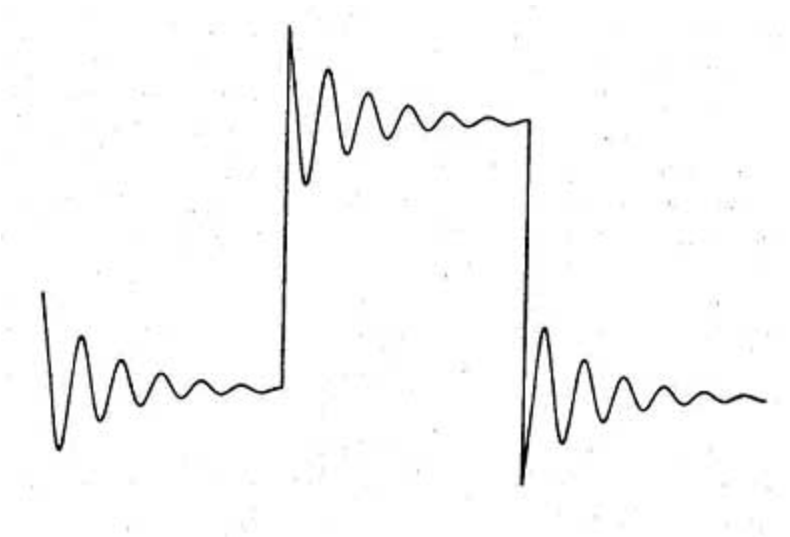
Sin saberlo Tom, su ordenador está colocado justo al lado de una antena. Los cables que Pekka pegó a la pared pueden leer las ondas electromagnéticas que radian continuamente los circuitos del ordenador.

El portátil de Tom se vende como ordenador no como estación de radio, por lo que podría parecer raro que estuviese emitiendo cosas. En realidad, es un efecto secundario de que los ordenadores sean bichos binarios, lo que significa que todas las comunicaciones chip-a-chip, subsistema-a-subsistema, que se producen en el interior de la máquina —todo lo que se mueve por esas tiras planas de cables o en las pequeñas trazas metálicas en las placas de circuito— consisten en transiciones de cero a uno y de uno a cero.

La forma de representar bits en un ordenador es cambiar el voltaje del cable entre cero y cinco voltios. En los textos de informática esas transiciones se representan siempre como una onda cuadrada perfecta, lo que significa que a V=0 tienes una línea perfectamente plana, que representan un cero binario, y luego realiza un cambio perfecto en ángulo recto y salta verticalmente a V=5 y luego ejecuta otro giro en ángulo recto y permanece en cinco voltios y hasta el momento de regresar a cero, y así continuamente.



Se trata del ideal platónico de cómo se supone que debe operar la circuitería de un ordenador, pero los ingenieros deben construir los circuitos reales en el mugriento mundo analógico. Los trozos de metal y silicio no pueden manifestar el comportamiento platónico ideal que aparece en los libros de texto. Los circuitos pueden saltar abruptamente, muy abruptamente, de cero a cinco voltios, pero si los examinas en un osciloscopio, puedes ver que la onda no es perfectamente cuadrada. En lugar de ésos obtienes algo similar a:



A las ondas pequeñas se las conoce como oscilaciones transitorias; esas transiciones entre dígitos binarios golpean a los circuitos como un badajo a la campana. El voltaje salta, pero después de saltar oscila durante un rato alrededor del nuevo valor. Cuando tienes un voltaje oscilante en un conductor, como en este caso, eso implica que hay ondas electromagnéticas propagándose por el espacio.

En consecuencia, cada cable en un ordenador en funcionamiento es como un diminuto emisor de radio. Las señales que emite dependen por completo de los detalles de lo que sucede en el interior de la máquina. Como hay muchos cables, y los detalles exactos de lo que hacen son impredecibles, es difícil para cualquiera que vigile las transmisiones decidir qué sucede. Gran parte de lo que sale de la máquina es totalmente irrelevante desde el punto de vista de la vigilancia. Pero hay un conjunto de señales que es (1) totalmente predecible y (2) exactamente lo que Pekka quiere ver, y es el flujo de bytes que se lee desde el buffer de pantalla y que se envía al hardware de pantalla. Entre todo el ruido aleatorio que viene de la máquina, los tictac de los intervalos de barrido horizontal y vertical destacan con tanta claridad como el sonido de los tambores en medio de una jungla llena de ruidos. Ahora que Pekka ha conseguido centrarse en el pulso, debería poder pillar las emisiones del cable que conecta el buffer de pantalla al hardware de vídeo, y traducirla de nuevo a una serie de unos y ceros que pueda representarse en su propia pantalla. Podrán ver exactamente lo que Tom Howard ve, por medio de la técnica de vigilancia llamada phreaking Van Eck.

Eso es lo que Randy sabe. En lo que se refiere a los detalles, Cantrell y Pekka están muy por encima de él y, después de un minuto, pierde interés. Se sienta en la cama de Cantrell, que es el único sitio libre para sentarse, y descubre un pequeño ordenador de mano sobre la mesa de noche. Ya está funcionando y conectado al mundo por medio de un cable telefónico. Randy ha oído hablar de este producto. Se supone que es un primer intento de un ordenador de red, por lo que siempre que está encendido está ejecutando un navegador Web; el navegador Web es el interfaz.

—¿Puedo navegar?—pregunta Randy.

Y Cantrell dice:

—Sí —sin ni siquiera darse la vuelta.

Randy visita uno de los grandes buscadores, lo que lleva unos minutos porque la máquina debe establecer primero una conexión a la Red. Luego busca documentos Web que contengan los términos ([Andy O Andrew] Loeb) Y «mente colmena». Como es habitual, el buscador le devuelve decenas de miles de documentos. Pero a Randy no le resulta difícil elegir los que resultan ser relevantes.

DEBIDO A QUE STRI 9303 ES UN MIEMBRO BIEN CONSIDERADO DE LA ASOCIACIÓN LEGAL DE CALIFORNIA
STRI 11A4 ha experimentado sentimientos ambivalentes con respecto al hecho de que STRI 9E03 (en la medida en que él/ella ha sido construido/a, por parte de la sociedad atomizada, como un organismo individual) es abogado. Sin duda, los sentimientos conflictivos de STRI 11A4 son normales y naturales. Una parte de STRI 11A4 desprecia a los abogados y al sistema legal en general, como síntoma del estadio final de la enfermedad terminal de la sociedad atomizada. Otra parte comprende que la enfermedad puede mejorar la salud del pool memético si mata a un organismo que es demasiado viejo o no apto para seguir propagando su memetipo. No hay que llevarse a engaño: el sistema legal en su forma actual es el peor sistema inimaginable para que una sociedad resuelva sus disputas. Es horriblemente caro en dinero y en el talento intelectual que se malgasta siguiéndolo como carrera. Pero parte de STRI 11A4 cree que los fines de STRI 11A4 pueden llegar a cumplirse volviendo las características más tóxicas del sistema legal contra el podrido cuerpo político de la sociedad atomizada y acelerar de esa forma su caída.

Randy pincha en STRI 9E03 y obtiene:

STRI 9E03 es el STRI que STRI 11A4 denota por la trama de bits elegida arbitrariamente que, construida como entero, es 9E03 (en notación hexadecimal). Pinche aquí para saber más sobre el sistema de designadores de trama de bits empleado por STRI 11A4 para reemplazar el sistema obsoleto de nomenclatura de «lenguajes naturales». Pinche aquí si desea que el designador STRI 9E03 sea reemplazado automáticamente por un designador convencional (nombre) mientras navegue por este sitio.

Pincha.

Desde este momento, la expresión STRI 9E03 será reemplazada por la expresión Andrew Loeb. Advertencia: consideramos tal nomenclatura fundamentalmente inválida y no recomendamos su uso, pero la ofrecemos como un servicio para los que visitan por primera vez este sitio Web y que no estén acostumbrados a pensar en términos de STRIs.

Pincha.

Ha pinchado en Andrew Loeb que es el designador asignado por la sociedad atomizada al memoma de STRI 9E03...

Pincha.

...memoma es el conjunto de todos las memes que definen la realidad física de un STRI basado en el carbono. Las memes pueden dividirse en dos grandes categorías: genéticas y semánticas. Las memes genéticas son simplemente genes (ADN) y se propagan a través de la reproducción biológica normal. Las memes semánticas son ideas (ideologías, religiones, modas, etc.) y se propagan por medio de la comunicación.

Pincha.

La parte genética del memoma de Andrew Loeb comparte un 99% de su contenido con el conjunto de datos producido por el Proyecto Genoma Humano. Eso no debería considerarse un apoyo al concepto de especiación (es decir, que el continuo de formas vivas basadas en el carbono puede o debe dividirse arbitrariamente en especies paradigmáticas) en general, o la teoría de que hay una especie llamada «Homo sapiens» en particular.
La parte semántica del memoma de Andrew Loeb sigue inevitablemente contaminada por muchas memes virales primitivas, pero están siendo gradual y constantemente suplantadas por nuevas memes semánticas generadas *ab initio* por medio de procesos racionales.

Pincha.

STRI significa Sub-Totalidad Relativamente Independiente. Puede emplearse para referirse a cualquier entidad que, desde un punto de vista, parezca poseer una frontera clara que la separe del mundo (como las células en el cuerpo) pero que, en un sentido más profundo, esté inextricablemente conectada con una totalidad mayor (como las células en el cuerpo). Por ejemplo, las entidades biológicas tradicionalmente conocidas como «seres humanos» no son más que Sub-Totalidades Relativamente Independientes del organismo social en el que se encuentran incrustadas.
Una disertación escrita bajo el nombre de Andrew Loeb, al que ahora se designa como STRI 9E03, indica que incluso en esas partes de STRI 0577 que tienen climas moderados y agua y alimento abundante, la vida de un organismo del tipo designado, en el viejo sistema memético, como «Homo sapiens», hubiese estado ocupada principalmente con intentos de comer otros STRIs. Esa visión limitada impediría la

formación de sistemas meméticos semánticos avanzados (a saber, civilización como se construye tradicionalmente ese término). STRIs de este tipo sólo pueden obtener niveles altos de funcionamiento en tanto que estén inmersos en una sociedad más amplia, siendo su punto final evolutivo más lógico una mente colmena.

## Pincha.

Una mente colmena es una organización social de STRIs capaces de procesar memes semánticas («pensar»). Podrían estar basados en el carbono o en el silicio. STRIs que entran en una mente colmena renuncian a sus identidades independientes (que en cualquier caso son meras *ilusiones).* A propósitos de conveniencia, a los constituyentes de la mente colmena se les asignan designadores de trama binaria.

## Pincha.

Un designador de trama de binaria es una serie aleatoria de bits empleada para identificar de forma única un STRI. Por ejemplo, al organismo designado tradicionalmente como Tierra (Terra, Gaia) se le ha asignado el designador 0577. Este sitio Web es administrado por 11A4, que es una mente colmena. STRI 11A4 asigna designadores de trama binaria con un generador de números seudo-aleatorios. Esto se aparta de la práctica empleada por esa *soidisant* «mente colmena» que se autodenomina como Proyecto de Mente Colmena del Área Este de la Bahia, pero que se designa (en el sistema de STRI 11A4) como STRI E772. Esta «mente colmena» fue el resultado de la división de la «Mente Colmena Uno» (designada en el sistema STRI 11A4 como STRI 4032) en varias «mentes colmenas» más pequeñas (el Proyecto de Mente Colmena del Área Este de la Bahía, la Mente Colmena de San Francisco, Mente Colmena 1A, la Mente Colmena Reorganizada de San Francisco y la Mente Colmena Universal) como resultado de una contradicción irreconciliable entre varias memes semánticas diferentes que competían por el espacio mental. Una de esas memes semánticas afirmaba que los designadores de trama binaria deberían asignarse en orden numérico, de forma que (por ejemplo) Mente Colmena Uno sería designada como STRI 0001 y así sucesivamente. Otra meme afirmaba que los números deberían organizarse en orden de importancia, de forma que (por ejemplo) la STRI convencionalmente conocida como el planeta Tierra sería STRI 0001. Otra meme semántica estaba de acuerdo con esta última pero disentía en si el recuento debería empezar con 0000 o 0001. Entre los bandos 0000 y 0001, había desacuerdo sobre a qué STRI deberla asignársele el primer número: algunos afirmaban que la Tierra era la primera y más importante STRI, otro que algún sistema mayor (el sistema solar, el Universo, Dios) era en algún sentido más inclusivo y fundamental.

## La máquina tiene un interfaz de correo electrónico. Randy lo usa.

A: root@eruditorum.org
De: enano@siblings.net
Asunto: Re(2) ¿Por qué?
Vi el sitio web. Estoy dispuesto a estipular que no eres STRI 9E03. Sospecho que eres el Dentista, que anhela un intercambio sincero de puntos de vista. Para ello, el correo electrónico anónimo y firmado digitalmente es el único método seguro.
Si quieres que crea que no eres el Dentista, ofréceme una explicación plausible para tu pregunta respecto a por qué estamos construyendo la Cripta.
Sinceramente
INICIO DE BLOQUE DE FIRMA ORDO
(etc.)

FINAL DE BLOQUE DE FIRMA ORDO

—Tenemos algo —dice Cantrell—. ¿Estás haciendo algo?

—Nada que no esté deseoso de abandonar —contesta Randy, dejando el ordenador de mano. Se levanta de la cama y se coloca detrás de Pekka. La pantalla del ordenador de Pekka muestra varias ventanas, de las que la mayor y principal es la imagen de otra pantalla de ordenador. En su interior hay más ventanas e iconos: un escritorio. Resulta ser un escritorio de Windows NT, lo que no deja de ser asombroso y (para Randy) extraño porque el ordenador de Pekka no está ejecutando Windows NT, está ejecutando Finux. Sobre el escritorio Windows NT se mueve un cursor, dándole a los menús y pinchando en cosas. Pero Pekka no está moviendo la mano. El cursor cae sobre el icono de Microsoft Word, que cambia de color y se expande hasta formar una ventana.

Esta copia de Microsoft Word está registrada a nombre de THOMAS HOWARD.

—¡Lo conseguiste! —dice Randy.

—Vemos lo que ve Tom —dice Pekka.

Se abre una nueva ventana de documento, y comienzan a aparecer palabras.

Nota personal: ¡vemos «Cartas a Penthouse», imprime esto!
La verdad, no creo que los sibaritas del sexo busquen a los estudiantes universitarios de cualquier sexo por sus grandes habilidades folladoras. Pensamos demasiado. Todo hay que expresarlo verbalmente. Un persona que cree que follar es un discurso sexual está claro que no va a ser muy buena en el catre.
Las medias me ponen. Tienen que ser negras, preferiblemente con costuras por detrás. Cuando tenía trece años robé algunos panties negros de un supermercado para poder jugar con ellos. Al salir de la tienda con las L'eggs en la mochila me retumbaba el corazón, pero la emoción del crimen no fue nada comparada con abrir el paquete y sacarlas, pasármelas por mis mejillas adolescentes con pelusillas. Incluso intenté ponérmelas, pero tenia un aspecto grotesco —con mis piernas peludas— y no me provocó ningún placer. No quería ponérmelas. Quería que otra persona se las pusiese. Ese día me masturbé cuatro veces.
Cuando lo consideraba, me molestaba muchísimo. Yo era un chico listo. Se supone que los chicos listos son racionales.
Por tanto, en la universidad, me inventé una racionalización. En la universidad no había demasiadas mujeres, pero en ocasiones iba a la ciudad y observaba a las oficinistas bien vestidas pasear por la calle en la hora del almuerzo y realizaba observaciones científicas sobre sus piernas. Aprecié que cuando la media se estiraba para cubrir ciertas zonas de la pierna, como el músculo de la pantorrilla, se volvía más pálida, como un globo de colores se hace más pálido al hincharse. De igual forma, era más oscura en ciertas zonas como el tobillo. Eso hacía que la pantorrilla pareciese tener mejor forma y que el tobillo pareciese más esbelto. Las piernas, como un todo, parecían más saludables, lo que implicaba que en el lugar donde se unían se podía encontrar ADN de mejor calidad.
Q.E.D. Lo que me pasaba con las medias negras era una adaptación extremadamente racional. Simplemente demostraba lo inteligente que era, qué racionales eran

incluso las partes irracionales de mi cerebro. El sexo no podía controlarme, no había que temerlo.

Se trataba de una explicación esencialmente estúpida, pero hoy en día la mayoría de la gente educada sostiene opiniones esencialmente estúpidas hasta los treinta y tantos, por lo que esa idea me acompañó durante mucho tiempo. Probablemente mi esposa Virginia tenía una racionalización igualmente egoísta para sus propias necesidades sexuales, necesidades de las que no supe durante muchos años. Por tanto, no es sorprendente que nuestra vida sexual antes del matrimonio fuese mediocre. Ninguno de los dos, claro está, *admitía* que fuese mediocre. Si yo lo *hubiese* admitido, habría tenido que admitir que lo era porque a Virginia no le gustaba llevar medias, y por aquella época estaba demasiado preocupado con ser un Tipo Sensible de la Nueva Era para admitir semejante herejía. Amaba a Virginia por su mente. ¿Cómo podría ser tan superficial, tan insensible, tan *perverso* como para rechazarla porque no le gustaba cubrirse las piernas con finos tubos de nylon? Como empollón gordinflón, debía sentirme afortunado de tenerla.

Cuando llevábamos cinco años de matrimonio, asistí a la feria informática Comdex como presidente de una pequeña compañía emergente de alta tecnología. Ya era algo menos gordinflón y algo menos empollón. Conocí a una chica de marketing de una gran cadena de distribución de software. Llevaba puestas medias completamente negras. Acabamos follando en la habitación de mi hotel. Fue la mejor experiencia sexual de mi vida. Volví a casa desconcertado y avergonzado. Después de aquello, mi vida sexual con Virginia fue bastante deprimente. Tuvimos relaciones sexuales como una docena de veces durante los siguiente dos años.

La abuela de Virginia murió y regresamos a la parte norte del estado de Nueva York para el funeral. Virginia tuvo que ponerse un vestido, lo que implicaba afeitarse las piernas y ponerse medias, algo que sólo había hecho un puñado de veces durante nuestro matrimonio. Prácticamente me caí de boca al verla, y durante todo el funeral tuve que sufrir una tremenda y dolorosa erección, mientras intentaba buscar la forma de quedarme a solas con ella.

Aclaremos, Abuelita vivía sola en una casa enorme y vieja sobre una colina hasta hacía un par de meses cuando se cayó y se rompió la cadera, y fue trasladada a una residencia. Todos sus hijos, nietos y bisnietos se reunieron para el funeral, y esa casa se convirtió en el lugar central de reunión. Era un bonito lugar lleno de viejos muebles, pero, en sus años de declive, Abuelita se había convertido en una urraca compulsiva, por lo que había montones de periódicos y correo acumulado por todas partes. Al final tuvimos que llevarnos varios camiones cargados de basura.

En otros aspectos, Abuelita había sido bastante organizada y había dejado como recuerdo un testamento muy específico. Y cada uno de sus descendientes sabía perfectamente qué muebles, platos, alfombras y otros elementos curiosos se iba a llevar a casa. Tenía muchas posesiones, pero también muchos descendientes, de forma que el botín quedó extremadamente fragmentado. Virginia acabó con un tocador negro de nogal que estaba almacenado en un dormitorio sin uso. Subimos a echarle un vistazo y acabé follándomela allí. Yo estaba de pie con los pantalones ligeros de mi traje oscuro alrededor de los tobillos mientras ella estaba sentada sobre ese tocador con las piernas alrededor de mí y sus talones cubiertos por las medias negras hundiéndoseme en las nalgas. Fue el mejor polvo que hubiésemos echado. Por suerte abajo había mucha gente comiendo, bebiendo y hablando o hubiesen oído sus gemidos y gritos.

Al final le conté lo de las medias. Me sentí bien. Había estado leyendo *un* montón sobre el desarrollo cerebral y acabado aceptando mi manía por las medias. Parece que a cierta edad, entre los dos y los cinco años, la mente cuaja. La parte responsable del sexo adopta una estructura que te acompaña durante el resto de tu vida. Todos los gays con los que he hablado me han dicho que sabían que eran gays, o al menos diferentes, años antes de empezar a pensar en el sexo, y todos ellos estaban de acuerdo en que la homosexualidad no podía convertirse en heterosexualidad, o viceversa, por mucho que lo intentases.

La parte del cerebro que se encarga del sexo con frecuencia se cruza con otra, algo aparentemente irrelevante a esa edad. Así es como la gente pilla la orientación hacia la dominación o la sumisión sexual, o cuando muchos tipos pillan

perversiones específicas —digamos, goma, plumas, o zapatos. Algunos tienen la mala suerte de calentarse con niños pequeños, y esos tipos esencialmente están condenados desde ese momento, no hay nada que hacer más que castrarlos o encerrarlos. Ninguna terapia puede despervertizar un cerebro una vez pervertizado.

Por tanto, considerándolo todo, no me había salido tan mal la mano cuando me tocó la carta de sentirme excitado por las medias negras. Le conté todo esto a Virginia en el viaje de regreso a casa. Me sorprendió la calma con la que lo aceptó. Era demasiado imbécil para darme cuenta de que ella estaba pensando en cómo se aplicaba a su caso.

Después de llegar a casa, salió valientemente y se compró algunas medias que intentaba ponerse en ocasiones. No era fácil. Las medias implican todo un estilo de vida. Quedan estúpidas con vaqueros y zapatillas. Una mujer con medias tiene que llevar vestido o falda, y no sólo una falda de tela vaquera, sino algo mejor, más formal. También debe llevar el tipo de zapatos que Virginia no tenía ni le gustaba llevar. Las medias no son muy compatibles con ir en bicicleta al trabajo. Ni siquiera eran realmente compatibles con nuestra casa. Durante nuestros días frugales como estudiantes habíamos acumulado muchos muebles comprados en Goodwill, o los habíamos fabricado con tableros. Esos muebles resultaron que estaban llenos de salientes que una persona con vaqueros no notaba pero que destrozarían un par de medias en un momento. De igual forma, la vivienda a medio terminar y los coches viejos tenían muchos bordes agudos que eran la muerte de las medias. Por otra parte, cuando fuimos por nuestro aniversario a Londres, trasladándonos en taxis negros, hospedándonos en hoteles bonitos y comiendo en buenos restaurantes, pasamos toda una semana moviéndonos en un mundo perfectamente ajustado a las medias. El viaje nos demostró los cambios radicales que tendríamos que realizar en nuestras circunstancias para que ella pudiese llevarlas de forma rutinaria.

Por tanto, se gastó mucho dinero en medias como muestra de buenas intenciones. Tuvimos buen sexo, aunque yo parecía disfrutarlo más que Virginia. Nunca alcanzó la asombrosa intensidad animal que había mostrado en la casa de Abuelita durante el funeral. El roce redujo con rapidez su reserva de medias, y la inconveniencia en sí le impidió renovarla, por lo que en un año estábamos de vuelta en la casilla número uno.

Pero otras cosas iban cambiando. Gané mucho dinero con las acciones, y nos compramos una casa nueva en las colinas. Contratamos una agencia de mudanzas para llevar nuestro mobiliario basura a la casa, donde parecía mucho más lastimoso. El nuevo trabajo de Virginia la obligaba a ir en coche. Yo no pensaba que nuestra vieja chatarra fuese segura, así que le compré un Lexus bonito con asientos de cuero y alfombrillas de lana, carente por completo de salientes. Pronto, llegaron los niños y cambié mi viejo camión por un monovolumen.

Aún *así, no* pude decidirme a empezar a gastar dinero en muebles hasta que empezó a dolerme la espalda y comprendí que era por el viejo colchón Goodwill de veinte años en el que dormíamos Virginia y yo. Teníamos que comprar una cama nueva. Como lo que estaba en juego era mi espalda, fui yo el que salió de compras. Antes preferiría apagar cigarrillos con la lengua que ir de compras. La idea de ir a todas las tiendas importantes de muebles de la zona, comparando camas, me hacia desear morirme. Lo único que quería era ir a un sitio, comprar una cama y acabar con el problema. Pero no quería una cama de mierda de la que me cansase en un año, o un colchón barato que en cinco años me volviese a destrozar la espalda.

así que fui directamente a mi Gomer Bolstrood Home Gallery local. Había oído a la gente hablar sobre los muebles de Gomer Bolstrood. Las mujeres en particular parecían referirse a ellos en tono religioso. Se decía que su fábrica estaba en una ciudad de Nueva Inglaterra donde llevaban trescientos años. Se decía que los rizos de nogal y roble de los cepillos de Gomer Bolstrood habían sido usados como yesca bajo las piras de las brujas convictas. Gomer Bolstrood era la respuesta a una pregunta que me había estado reconcomiendo desde el funeral de Abuelita, es decir: ¿de dónde sale todo ese mobiliario de abuela de alta calidad? En todas las familias, los jóvenes van a la casa de la abuela por Acción de Gracias, o cualquier otra visita obligatoria, y admiran el genial mobiliario antiguo, preguntándose qué elemento se llevarán a casa cuando la vieja acabe en el hoyo.

Algunas personas se impacientan y van a las ferias estatales o a tiendas de antigüedades para comprarlos.

Pero si el suministro de mobiliario de alta calidad, viejo y digno de dejar a la familia es fijo, entonces ¿de dónde saldrán las abuelas del futuro? Podía imaginar una situación, a medio siglo en el futuro, cuando mis descendientes y los de Virginia riñesen por ese tocador de nogal negro, mientras hacían venir un camión para arrojar a la basura el resto de nuestras cosas. A medida que crece la población, y la reserva de muebles permanece constante, esas cosas son inevitables. Debe haber una fuente de nuevos muebles dignos de una abuela, o los Estados Unidos del mañana acabará sentada en cojines de vinilo que van perdiendo las bolitas de espuma por el suelo.

La respuesta es Gomer Bolstrood, y los precios son altos. Cada silla y mesa Gomer Bolstrood debería venir en una cajita forrada de fieltro, como si fuese una joya. Pero en aquella época era rico e impaciente. Así que conduje hasta Bolstrood y atravesé la puerta como un poseso, sólo para que me detuviese una recepcionista. Me sentí hortera con mis vaqueros y tenis blancos. Probablemente ella ya había visto a muchos millonarios de la alta tecnología atravesar esas puertas, y se lo tomó con mucha calma. Antes de que me diese cuenta, una mujer de mediana edad había surgido del fondo de la tienda y se había convertido en mi asesora de diseño personal. Se llamaba Margaret.

—¿Dónde están las camas? —pregunté.

Se puso rígida y me informó que aquél no era el tipo de lugar adonde podías ir a una Sala de Camas y ver filas y filas de camas alineadas como cerdos rollizos en una carnicería. Una Gomer Bolstrood Home Design Gallery consistía en una serie de habitaciones exquisitamente decoradas, algunas de las cuales efectivamente eran dormitorios y contenían camas. Una vez que se aclararon las cosas, Margaret me mostró los dormitorios.

Mientras me guiaba de una habitación a otra, no pude evitar darme cuenta de que llevaba medias negras con lo que parecían perfectas costuras en la parte de atrás. Durante un rato me sentí incómodo por mis sentimientos eróticos hacia Margaret. Tuve que resistirme al impulso de decir «véndame la cama más grande y cara que tengan». Margaret me mostró camas de estilos diferentes. Los nombres de los estilos no me decían nada. Algunos parecían modernos y otros parecían antiguos. Señalé una muy grande de cuatro postes altos que tenía el aspecto de mueble de abuela y dije: —Me llevaré una de esas.

Se produjo un retraso de tres meses mientras la cama era tallada a mano por artesanos de Nueva Inglaterra que trabajaban por el mismo sueldo que los fontaneros y los psicoterapeutas. Luego acabó en mi casa, donde fue montada por técnicos vestidos con monos blancos, como los tipos que trabajan en las plantas de semiconductores. Virginia volvió a casa del trabajo. Vestía una falda vaquera, calcetines gruesos de lana y zapatos Birkenstocks. Los chicos seguían en la escuela. Hicimos el amor en la cama. Supongo que me porté bien. Realmente no podía mantener una erección y acabé con la cabeza metida entre sus muslos llenos de pelos. Incluso con los oídos bloqueados por sus cuádriceps, pude oírla gemir y gritar. Cerca del final tuvo una convulsión erótica, y casi me rompió el cuello. Su clímax duró unos dos o tres minutos. Fue en ese momento cuando comprendí que Virginia no podía llegar al orgasmo a menos que estuviese cerca —preferiblemente encima— de algún mueble antiguo y de gran valor que le perteneciese.

La ventana que contiene la imagen del escritorio de Tom Howard desaparece. Pekka la ha enviado a la nada.

—No podía soportarlo más —dice, con la voz seria generada electrónicamente.

—Predigo un *ménage à trois*... Tom, su mujer y Margaret haciéndolo en una cama en la tienda de muebles después del cierre —dice Cantrell

meditándolo.

—¿Se trata de Tom? ¿O es un personaje ficticio de Tom? —pregunta Pekka.

—¿Significa esto que has ganado la apuesta? —pregunta Randy.

—Sólo si puedo descubrir la forma de cobrarla —dice Cantrell.

*OceanofPDF.com*

# A flote

Un miasma marrón ha cubierto el mar de Bismarck, que huele a combustible y barbacoa. Las torpederas norteamericanas salen de esta niebla apestosa, las proas gruesas apenas tocando el agua, los gigantescos motores abriendo cicatrices blancas en el mar mientras buscan los blancos: los pocos barcos que quedan del convoy de Goto Dengo, cuyas cubiertas están a estas alturas cubiertas de una espesa alfombra de hombres, como el moho sobre una piedra. Los torpedos saltan al aire como disparados por ballestas, impulsados por el gas comprimido en los tubos de los barcos. Caen de barriga sobre el agua, se ajustan a una cómoda profundidad donde el agua siempre está en calma, tejen rastros de burbujas sobre la superficie, corriendo directamente hacia los barcos. Las multitudes en las cubiertas fluyen y chorrean sobre los bordes. Goto Dengo se da la vuelta y oye pero no ve las explosiones. Apenas algún soldado japonés sabe nadar.

Más tarde, los aviones regresan para acabar con algunos más. Los nadadores que tienen el ingenio y la habilidad para sumergirse son invulnerables. Los que no, mueren pronto. Los aviones se van. Goto Dengo le quita un salvavidas a un cadáver destrozado. Tiene las peores quemaduras de sol de su vida y es sólo media tarde, así que también hurta una camisa y se la ata alrededor de la cabeza como una capucha.

Los que siguen vivos y pueden nadar, intentan acercarse unos a otros. Se encuentran en un estrecho difícil entre Nueva Guinea y Nueva Bretaña, y las corrientes de marea que lo atraviesan tienden a separarlos. Algunos hombres se alejan lentamente, gritando por sus compañeros. Goto Dengo acaba en el borde de un archipiélago en disolución de quizá un centenar de

nadadores. Muchos de ellos se aferran a chalecos salvavidas o trozos de madera para permanecer a flote. Los olas están muy por encima de sus cabezas, por lo que no pueden ver muy lejos.

Antes de la puesta de sol, la neblina se retira durante una hora. Goto Dengo puede establecer con claridad la posición del sol, de forma que, por primera vez en todo el día, sabe distinguir el oeste del este, el norte del sur. Mejor aún, sobre el horizonte sur puede ver picos elevándose de los que caen glaciares blanco azulados.

—Voy a nadar hasta Nueva Guinea —grita, e inicia la natación.

No tiene sentido discutirlo con los demás. Los que están inclinados a seguirle, lo hacen: quizá una docena en total. El momento es perfecto, el mar se ha quedado milagrosamente en calma. Goto Dengo se adapta a un ritmo de natación lento y cómodo. En su mayoría los demás se mueven nadando como si fuesen perros. Si están haciendo progresos es totalmente imperceptible. Cuando empiezan a aparecer las estrellas, comienza a nadar de espaldas y comprueba la posición de la estrella polar. Siempre que nade alejándose de ella, es físicamente imposible que no llegue a Nueva Guinea.

Cae la noche. Hay una luz tenue causada por las estrellas y la media luna. Los hombres se llaman entre sí, intentando mantenerse juntos. Algunos se pierden; se les puede oír, pero no ver, y los que están en el grupo principal no pueden hacer más que escuchar como se apagan sus súplicas.

Debe ser alrededor de la medianoche cuando llegan los tiburones. La primera víctima es un hombre que se cortó la frente con una escotilla al huir del barco que se hundía, y que lleva sangrando desde entonces, dibujando una delgada línea rosa sobre el mar, sirviendo de guía para los tiburones. Los tiburones no saben todavía a qué se enfrentan, por lo que lo matan lentamente, causándole la muerte a pequeños mordiscos. Cuando resulta que es una presa fácil, explotan en una especie de furia asesina que es todavía más fantástica por quedar oculta bajo las aguas negras. Las voces de los hombres se cortan en medio de un grito cuando tiran de ellos para hundirlos. En ocasiones en la superficie aparece una pierna o una cabeza. El agua que choca contra la boca de Goto Dengo comienza a saberle a hierro.

El ataque se prolonga durante varias horas. Parece que el ruido y el olor han atraído a algunos grupos de tiburones rivales, porque en ocasiones hay

un momento de calma seguido de una ferocidad renovada. Una cola cortada de tiburón choca contra la cara de Goto Dengo; se agarra a ella. Los tiburones se los están comiendo; ¿por qué no iba él a hacer lo mismo? En los restaurantes de Tokio piden mucho dinero por el sashimi de tiburón. La piel de la cola del tiburón es dura, pero hay trozos de músculo colgando del trozo partido. Hunde la cara en la carne y se alimenta de ella.

Cuando Goto Dengo era joven, su padre tenía un sombrero fedora con un texto en inglés en el forro interior de seda, y una pipa de brezo, y tabaco que compraba por correo a Estados Unidos. Se sentaba en una roca en lo alto de las colinas y se ponía el fedora para evitar que el aire frío alcanzase el punto calvo en lo alto de la cabeza, fumaba en pipa y se limitaba a mirar el mundo.

—¿Qué haces?—preguntaría Dengo.

—Observar —contestaría su padre.

—Pero ¿durante cuánto tiempo puedes observar lo mismo?

—Siempre. Mira hacia allí. —Su padre señalaría con la boquilla de su pipa. Un hilillo de humo blanco saldría de la boquilla, como un hilo de seda desenredado de un capullo—. Esa banda de piedra oscura contiene minerales. Podrías sacar cobre de allí, probablemente algo de zinc y también plomo. Podríamos tender un tren de cremallera valle arriba hasta ese punto llano de allí, luego cavar un pozo paralelo al depósito... —A continuación, Dengo se metería en faena y decidiría dónde vivirían los obreros, dónde se construiría la escuela para los niños, donde estaría el campo de juego. Para cuando terminaran, ya habrían poblado todo el valle con una ciudad imaginaria.

Esta noche Goto Dengo tiene tiempo de sobra para observar. Observa que las partes cortadas del cuerpo casi nunca son atacadas. Los hombres que nadan con mayor violencia son los primeros en caer. Por tanto, cuando llegan los tiburones, intenta flotar de espaldas y no mover ni un músculo, incluso cuando las costillas cortadas de alguien le golpean en la cara.

Llega el amanecer, cien o doscientas horas después de la puesta de sol anterior. Nunca antes se ha quedado despierto toda la noche, y le resulta chocante ver que algo tan grande como el sol desciende por un lado del planeta y sale por el opuesto. Él es un virus, un germen que vive sobre la superficie de cuerpos insondablemente gigantescos en movimiento violento.

Y, asombrosamente, todavía no está solo: otros tres hombres han sobrevivido a la noche de los tiburones. Se acercan unos a otros y se vuelven para ver las montañas cubiertas de hielo de Nueva Guinea, de color salmón por la luz del amanecer.

—No nos hemos acercado nada —dice uno de los hombres.

—Están muy en el interior —dice Goto Dengo—. No nadamos hasta las montañas, sólo hasta la orilla, que está mucho más cerca. ¡Vamos, antes de que muramos de deshidratación! —Y empieza a nadar.

Uno de los otros, un muchacho que habla con acento de Okinawa, es un excelente nadador. Él y Goto Dengo pueden adelantarse con facilidad a los demás. En todo caso, durante la mayor parte del día intentan permanecer junto a los otros. Aumentan las olas lo que dificulta la natación incluso para los buenos nadadores.

Uno de los nadadores más lentos ha estado luchando con la diarrea desde antes de que se hundiese su barco y probablemente ya estaba deshidratado al empezar. Hacia mediodía, cuando el sol pega como si fuese un lanzallamas, empieza a sufrir convulsiones, el agua entra en sus pulmones y desaparece.

El otro nadador lento es de Tokio. Se encuentra en unas condiciones físicas mucho mejores, pero simplemente no sabe nadar.

—No hay mejor lugar ni mejor oportunidad para aprender—dice Goto Dengo. Él y el chico de Okinawa pasan una hora enseñándole a nadar de costado y nadar de espalda, y luego vuelven a nadar hacia el sur.

Alrededor de la puesta de sol, Goto Dengo pilla al chico de Okinawa tragando agua salada. Es doloroso de ver, especialmente porque él mismo ha deseado hacerlo.

—¡No! ¡Te pondrá enfermo! —dice. La voz le suena débil. El esfuerzo de llenar sus pulmones, expandir el torso ante la insistente presión del agua, está agotándole; hasta el último músculo de su torso está rígido y dolorido.

El chico de Okinawa ya ha empezado a tener arcadas para cuando Goto Dengo llega a él. Con la ayuda del chico de Tokio, le mete los dedos al chico de Okinawa en la garganta y hace que lo vomite todo.

En todo caso, ya está muy enfermo, y hasta bien entrada la noche no puede hacer nada más que flotar de espaldas y murmurar en el delirio. Pero

justo cuando Goto Dengo está a punto de abandonarle, se vuelve lúcido y pregunta:

—¿Dónde está la estrella polar?

—La noche está cubierta —dice Goto Dengo—. Pero hay un punto brillante en las nubes que podría ser la luna.

Basándose en la posición del punto brillante, hacen una suposición sobre la posición de Nueva Guinea y empiezan a nadar de nuevo. Los brazos y piernas les pesan como sacos de arcilla, y todos ellos alucinan.

Parece que el sol está saliendo. Se encuentran en una nebulosa de vapor, radiante con una luz color melocotón, como si corriesen por una parte lejana de la galaxia.

—Huelo algo podrido —dice uno de ellos. Goto Dengo no lo percibe.

—¿Gangrena? —supone otro.

Goto Dengo llena la nariz, un acto que consume como la mitad de las energías que le quedan.

—No es carne podrida —dice—. Es vegetación.

Ninguno de ellos puede seguir nadando. Si pudiesen, no sabrían qué dirección tomar, porque la niebla brilla de forma uniforme. Si eligiesen una dirección, no importaría, porque la corriente les lleva por donde quieren.

Goto Dengo duerme durante un rato, o quizá no.

Algo le golpea la pierna. Gracias a dios: los tiburones han venido a acabar con ellos.

Las olas son cada vez más agresivas. Siente otro golpe. La carne quemada de su pierna aúlla. Es algo muy duro, áspero y anguloso.

Algo sobresale del agua justo delante, algo desigual y blanco. Coral.

Una ola rompe tras ellos, los levanta y los lanza más allá del coral, casi desollándolos. Goto Dengo se rompe un dedo y se considera afortunado. El siguiente cachón le quita la poca piel que le queda y lo lanza a la laguna. Algo le obliga a levantar los pies, y como su cuerpo en ese momento es un saco flácido de mierda, se dobla metiéndole la cabeza en el agua. Su cara choca contra una capa de arena de coral afilado. Luego sus manos también están ahí. Sus miembros han olvidado cómo hacer nada excepto nadar, así que le lleva un tiempo afianzarse contra el fondo y sacar la cabeza del agua. Luego comienza a arrastrarse sobre manos y rodillas. El olor a podrido de la

vegetación le resulta ahora agobiante, como si toda una división hubiese dejado los suministros al sol durante una semana.

Encuentra arena que no está cubierta por el agua, se vuelve y se sienta. El chico de Okinawa está justo detrás de él, también a cuatro patas, y el chico de Tokio está de pie y camina hacia la orilla, golpeado de un lado y otro por las olas. Se ríe.

El chico de Okinawa cae sobre la arena junto a Goto Dengo, sin siquiera intentar sentarse.

Una ola hace que el chico de Tokio pierda el equilibrio. Riendo, cae de lado sobre la espuma, lanzando una mano para detener la caída.

Deja de reírse y se pone en pie de un salto. Algo le cuelga del antebrazo: una serpiente. La agita como un látigo y vuela hacia el agua.

Asustado y sobrio, recorre la media docena de pasos hasta la playa y cae de cara. Para cuando Goto Dengo llega hasta él, ya está muerto.

Goto Dengo reúne fuerzas durante un periodo de tiempo difícil de cuantificar. Puede que se haya quedado dormido sentado. El chico de Okinawa sigue tendido en la arena, desvariando. Goto Dengo consigue ponerse en pie y va en busca de agua dulce.

Realmente no se trata de una playa, más bien es una franja de arena de unos diez metros de largo y tres de ancho, con algo de vegetación alta y hierba creciendo en la parte superior. Al otro lado hay una laguna salobre que serpentea entre orillas formadas no de tierra sino por cosas vivas entremezcladas. Evidentemente, esa maraña es demasiado gruesa para penetrarla. Por tanto, a pesar de lo que le ha sucedido al chico de Tokio, Goto Dengo penetra en la laguna, con la esperanza de que lleve al interior y hacia una corriente de agua dulce.

Vaga durante un periodo de tiempo que parece una hora, pero la laguna le vuelve a llevar al borde del mar. Se rinde y bebe el agua en la que camina, con la esperanza de que sea algo menos salada. Eso le lleva a vomitar de forma extrema, pero de algún modo le hace sentir ligeramente mejor. Una vez más entra en la ciénaga, intentado dejar a la espalda el sonido de las olas, y después de más o menos una hora encuentra un arroyuelo de agua dulce. Una vez que ha terminado de beber, se siente con fuerzas suficientes para regresar y llevar hasta allí al chico de Okinawa, si es necesario.

Regresa a la playa a media tarde y descubre que el chico de Okinawa ha desaparecido. Pero la arena sigue revuelta por las pisadas. La arena está seca, por lo que es imposible aclararse con las pisadas. ¡Deben de haber encontrado a una patrulla! Seguro que sus camaradas han tenido noticias del ataque y peinan las playas en busca de supervivientes. ¡No muy lejos debe de haber un vivaque en la selva!

Goto Dengo sigue las huellas hasta la jungla. Después de haber recorrido más o menos una milla, el rastro atraviesa un pequeño y abierto llano de barro donde puede examinar con cuidado las pisadas, todas realizadas por pies descalzos de dedos enormes y monstruosamente abiertos. Pisadas de personas que jamás han llevado zapatos.

Avanza con más cuidado durante un centenar de metros más. Ya puede oír voces. El Ejército se lo enseñó todo sobre las tácticas de infiltración en la jungla, cómo atravesar las líneas enemigas en medio de la noche sin hacer ruido. Claro está, cuando lo practicaban en Nipón no estaban siendo devorados por hormigas y mosquitos. Pero ahora apenas le importa. Una hora de paciente trabajo le lleva a una posición estratégica desde la que puede ver un claro atravesado por un riachuelo estancado. Varias casas largas y oscuras están edificadas usando los árboles como pilotes para mantenerlas por encima del cieno, y están cubiertas de montones tupidos de hojas de palmera.

Antes de encontrar al chico de Okinawa, Goto Dengo debe comer algo. En medio del claro, hay gachas burbujeando en una olla sobre un fuego abierto, pero varias mujeres de aspecto duro lo atienden, desnudas excepto por unas delgadas tiras de material fibroso atadas alrededor de las cinturas y que apenas ocultan sus genitales.

De algunas de las casas también sale humo. Pero para entrar en una de ellas tendría que trepar por una escalera pesada e inclinada y deslizarse por lo que parece una entrada muy pequeña. Un niño, de pie al otro lado de una de esas entradas, podría impedir la entrada de un intruso. En el exterior de algunas de esas puertas hay sacos, improvisados con trozos de tela (¡al menos tienen productos textiles!) y llenos de masas grandes y redondas: cocos y alguna conserva de comida puesta allí para apartarla de las hormigas.

Hay como setenta personas reunidas alrededor de algo de interés en medio del claro. Cuando se mueven, Goto Dengo puede dar un vistazo ocasional a alguien, posiblemente nipón, que está sentado bajo una palmera con las manos a la espalda. Tiene mucha sangre en la cara y no se mueve. La mayoría de ellos son hombres y muchos llevan lanzas. Tienen esos trocitos de material peludo (en ocasiones teñidos de rojo o verde) ocultándoles las partes íntimas, y algunos de los mayores y más viejos van decorados con franjas de tela atadas alrededor de los brazos. Algunos se han pintado la piel con barro pálido. Se han metido objetos diversos, algunos bastante grandes, por el septum nasal.

El hombre ensangrentado parece llamar la atención de todos, y Goto Dengo llega a la conclusión de que será su única oportunidad para robar algo de comida. Elige la casa más alejada del punto donde están reunidos, sube por la escalera y llega hasta el saco que cuelga junto a la entrada. Pero la tela es muy vieja y está podrida, quizá por la humedad de la ciénaga o quizá por el ataque de los centenares de moscas que vuelan a su alrededor, así que cuando la agarra los dedos la atraviesan. Un buen trozo se rompe y el contenido cae alrededor de los pies de Goto Dengo. Son oscuros y peludos, como una especie de cocos, pero la forma es más complicada, y sabe intuitivamente que algo va mal incluso antes de reconocerlos como cráneos humanos. Quizá una media docena. Todavía tienen pegada la piel y el cuero cabelludo. Algunos de ellos tienen la piel oscura y el pelo espeso como los nativos, y otros son claramente nipones.

Algo más tarde, puede volver a pensar con coherencia. Comprende que no sabe cuánto tiempo lleva allí arriba, a la vista de todo el poblado, mirando los cráneos. Se da la vuelta para mirar, pero toda la atención sigue centrada en el hombre herido sentado en la base de la palmera.

Desde donde se encuentra, Goto Dengo puede ver que efectivamente se trata del chico de Okinawa y que tiene los brazos atados tras el tronco. Encima de él hay un niño de como doce años sosteniendo una lanza. Se adelanta con cuidado y de golpe pincha el pecho del chico de Okinawa, quien se despierta y se agita de un lado a otro. El niño evidentemente se asusta y retrocede. Luego, un hombre mayor, con la cabeza decorada por un fleco de conchas de porcelana, toma posición tras el niño y le muestra cómo

sostener la lanza y le indica que se adelante. Añade su propia fuerza a la del niño y hunde la lanza directamente en el corazón del chico de Okinawa.

Goto Dengo se cae de la choza.

Los hombres se emocionan, alzan al niño a hombros y lo pasean por el claro aullando, saltando y girando, atacando desafiante el aire con las lanzas. Los siguen todos menos los niños más jóvenes. Goto Dengo, dolorido pero sin haber sufrido daños por la caída sobre el suelo lodoso, se arrastra hacia la jungla y busca un sitio para esconderse. Las mujeres del poblado llevan ollas y cuchillos hacia el chico de Okinawa y empiezan a cortarlo con la extraordinaria habilidad de un chef sushi que desmantelase un atún.

Una de ella se concentra por completo en la cabeza. De pronto da un salto en el aire y comienza a bailar por el claro agitando algo brillante y reluciente.

—*¡Ulab! ¡Ulab! ¡Ulab!* —grita extática.

Algunos hombres y mujeres comienzan a seguirla, intentado echar un vistazo a lo que sostiene. Finalmente se detiene y pone las manos en un rayo de luz que atraviesa los árboles. Sobre la palma de la mano sostiene un diente de oro.

—*¡Ulab!* —dicen las mujeres y los niños. Uno de los niños intenta quitárselo de la mano pero ella lo golpea y le hace caer de culo. Luego se acerca uno de los hombretones con lanza y ella le pasa el botín.

Varios hombres se reúnen para admirar el hallazgo.

Las mujeres vuelven a ocuparse del chico de Okinawa, y pronto las partes de su cuerpo están cociéndose en ollas sobre el fuego.

*OceanofPDF.com*

# Kanfort

Los hombres que creen que consiguen algo hablando hablan de una forma diferente a la de aquellos hombres que creen que hablar es una pérdida de tiempo. Bobby Shaftoe ha adquirido muchos de sus conocimientos prácticos —cómo arreglar un coche, trocear un ciervo, lanzar una espiral, hablar con una dama, matar a un nipo— de ese segundo tipo de hombres. Para ellos, intentar hacer algo hablando es como intentar clavar un clavo con un destornillador. En ocasiones, incluso puedes ver que la desesperación se extiende sobre los rostros de hombres así, cuando se oyen hablar a sí mismos.

Los hombres del otro tipo —los que usan el habla como una herramienta de trabajo, que muestran seguridad y fluidez— no son necesariamente más inteligentes o más cultos. A Shaftoe le llevó mucho tiempo descubrirlo.

En todo caso, todo estaba perfectamente claro en la mente de Bobby Shaftoe hasta que conoció a dos de los hombres del Destacamento 2702: Enoch Root y Lawrence Pritchard Waterhouse. No sabría decir exactamente qué le incordia de esos dos. Durante las semanas que pasaron juntos en Qwghlm, invirtió mucho tiempo en oírles hablarse el uno al otro, y empezó a sospechar que podría haber una tercera categoría de hombres, un tipo tan raro que Shaftoe nunca había conocido ninguno hasta ahora.

No se anima a los oficiales a confraternizar con soldados rasos y suboficiales, lo que ha dificultado a Shaftoe el continuar con sus investigaciones. Pero en ocasiones, las circunstancias reúnen a los rangos de forma aleatoria. El ejemplo perfecto sería ese vapor de Trinidad.

*¿De dónde sacan estos artefactos?*, se pregunta Shaftoe. ¿Tiene el gobierno de Estados Unidos un montón de vapores de Trinidad anclados en algún sitio por si se da el caso de que uno de ellos sea necesario?

No lo cree. Ése en particular muestra señales de un cambio reciente y apresurado de propiedad. Es una mina de pornografía amarillenta, harapienta y multiétnica, alguna perfectamente normal y otra tan exótica que al principio creyó que eran textos médicos. Hay mucho papeleo perdido en el puente y en ciertos camarotes, que en su mayoría Shaftoe sólo ve por el rabillo del ojo porque esas zonas tienden a ser el domino de los oficiales. Las literas todavía contienen el pelo púbico negro y rizado de sus predecesores, y los armarios están escasamente provistos de exóticos alimentos caribeños, que en su mayoría se están pudriendo a gran velocidad. La bodega está abarrotada con fardos y fardos de un material fibroso marrón y basto, materia prima para salvavidas o panecillos de salvado, supone él.

A ninguno de ellos les importa demasiado, porque el Destacamento 2702 se ha estado congelando el culo en el Lejano Norte desde que abandonaron Italia hace unos meses, y ahora, mira qué cosas, corren por ahí sin camisa. Bastó con un pequeño viaje en avión, y se encontraban en las balsámicas Azores. Allí nada de descanso y diversión, fueron directamente desde el campo de aviación al barco de Trinidad, en medio de la noche, ocultos bajo lonas en el camión cubierto. Pero incluso el aire cálido que entraba bajo las lonas les parecía un masaje exótico en un burdel tropical. Y una vez que se alejaron bien del puerto, se les permitió subir a cubierta y tomar algo el sol.

Eso ofrece a Bobby Shaftoe la oportunidad de iniciar un par de conversaciones con Enoch Root, en parte porque sí y en parte para poder intentar descubrir cómo es eso de la tercera categoría de hombres. Los progresos son lentos.

—No me gusta la palabra «adicto» porque tiene connotaciones terribles —dice Root un día, mientras toman el sol—. En lugar de asignarte una etiqueta, los alemanes te llamarían *Morphiumsüchtig*. El verbo *suchen* significa buscar. Así que podría traducirse, libremente, como «busca morfina» o de forma aún más libre «buscador de morfina». Prefiero «buscador» porque significa que tienes la inclinación a buscar morfina.

—¿De qué coño habla? —dice Shaftoe.

—Bien, supón que tienes un tejado con un agujero. Eso significa que es un tejado con goteras, incluso si no llueve en ese momento. Pero sólo gotea cuando resulta que llueve. De la misma forma, buscador de morfina significa que siempre tienes la tendencia a buscar morfina, incluso si no la estás buscando en este momento. Prefiero esos términos en lugar de «adicto» porque modifica a Bobby Shaftoe en lugar de un adjetivo que elimina a Bobby Shaftoe.

—¿Qué quiere decir? —pregunta Shaftoe. Lo pregunta porque está esperando que Root le dé una orden, que es normalmente lo que los hombres de tipo hablador acaban haciendo después de parlotear un rato. Pero no parece que vaya a llegarle ninguna orden, porque ésa no es la intención de Root. A Root simplemente le apetece hablar de palabras. Los individuos del SAS llaman a esa actividad meneársela.

Shaftoe tuvo muy poco contacto directo con ese tal Waterhouse durante la estancia en Qwghlm, pero notó que los hombres que acababan de terminar de hablar con Waterhouse tendían a alejarse agitando la cabeza, no de la forma lenta para decir «no», sino de la forma convulsa de un perro que tiene una mosca en la oreja. Waterhouse nunca da órdenes directas, así que los hombres de la primera categoría no saben qué hacer con él. Pero aparentemente a los hombres de la segunda categoría no les va mucho mejor; tales hombres normalmente hablan como si tuviesen una lista en la cabeza y fuesen tachando elementos al hablar, pero la conversación de Waterhouse no se dirige a ningún lugar en particular. No habla como forma de decirte un montón de cosas que ya ha decidido, sino como forma de idear un montón de cosas nuevas mientras habla. Y siempre parece tener la esperanza de que te unas a él. Lo que nadie hace jamás, excepto Enoch Root.

Después de llevar un día en el mar, el capitán (capitán de fragata Eden, el mismo pobre hijo de puta que recibió la tarea de estrellar su buque anterior contra Noruega) sale tambaleándose de su camarote, haciendo uso de todos los agarres y barandas a mano. Anuncia tragándose las palabras que desde ese momento, según las Órdenes desde lo Alto, todos los que suban a cubierta deben vestir jerséis de cuello alto, guantes negros y pasamontañas negros bajo el resto de la ropa. Se entregan esos artículos a

los hombres. Shaftoe consigue cabrear de las buenas al capitán al preguntarle tres veces si está seguro de que ésa es la letra de la orden. Una de las razones por las que Shaftoe está tan bien considerado entre el resto de los soldados es que sabe cómo plantear esas preguntas sin violar técnicamente las reglas de la etiqueta militar. El capitán, para su crédito eterno, no se limita a hacer uso del rango y gritarle. Se lleva a Shaftoe a su camarote y le muestra un manual del Ejército cubierto de caqui, impreso en letras de molde negras.

IMITACIÓN TÁCTICA DE NEGROS
VOLUMEN III: NEGROS DEL CARIBE

Es una orden bastante interesante, incluso en lo que se refiere al Destacamento 2702. La borrachera del capitán de fragata Eden también es perturbadora —no el hecho de que esté borracho, sino ese tipo de borrachera en particular—, el tipo de borrachera de, digamos, un soldado de la Guerra Civil que sabe que el cirujano va a cortarle el fémur con una sierra.

Después de que Shaftoe haya terminado con la tarea de repartir los jerséis, guantes y pasamontañas a los hombres, y les haya dicho que se calmen y que vuelvan a realizar los ejercicios de salvamento, encuentra a Root en lo que pasa por enfermería. Porque ha llegado a la conclusión de que es hora de tener una de esas conversaciones abiertas en las que intentas descubrir un montón de cosas; Root es su hombre.

—Sé que espera que le pida morfina, pero no voy a hacerlo —dice Shaftoe—. Simplemente quiero hablar.

—Oh —dice Root—. ¿Debo ponerme entonces el sombrero de capellán?

—Soy un jodido protestante. Puedo hablar yo mismo con Dios cuando me dé la real gana.

Root está sorprendido y desconcertado por el arranque de hostilidad de Shaftoe.

—Bien, ¿de qué quieres que hablemos, sargento?

—Esta misión.

—Oh, no sé nada sobre la misión.

—Bien, entonces intentemos deducirlo —dice Shaftoe.

—Pensé que se suponía que te limitabas a seguir órdenes —dice Root.

—Las seguiré muy bien.

—Sé que lo harás.

—Pero mientras tanto tengo mucho tiempo libre, así que bien puedo usarlo para descubrir qué coño está pasando. Bien, el capitán dice que debemos vestirnos así si subimos a cubierta, donde pueden vernos. Pero ahí fuera, ¿quién cojones va a vernos?

—¿Un avión de reconocimiento?

—Los alemanes no tienen aviones de reconocimiento, no aquí.

—¿Otro barco? —pregunta retórico Root, metiéndose en el espíritu de la conversación.

—Nosotros los veremos al mismo tiempo que ellos, lo que nos daría tiempo de sobra para ponernos esta mierda.

—Entonces, al capitán deben preocuparle los submarinos.

—Bingo —dice Shaftoe—, porque un submarino podría vernos por el periscopio, y nunca sabríamos que nos observan.

Pero ese día no avanzan demasiado en el intento de descubrir las cuestiones más profundas de por qué los oficiales al mando quieren que parezcan negros a ojos de los capitanes de submarinos alemanes.

Al día siguiente, el capitán se planta en el puente, donde evidentemente desea vigilar cómo van las cosas. Parece estar menos borracho, pero no más feliz. Viste una colorida camisa de manga corta de algodón sobre un jerséi de cuello alto y manga larga, y sandalias sobre calcetines negros. De vez en cuando se pone los guantes negros y el pasamontañas y va a ojear el horizonte con los binoculares.

El barco sigue rumbo al oeste durante unas horas después de la salida del sol, luego vira al norte durante un rato, luego se dirige al este durante una hora, y luego al norte de nuevo, y al final regresa al oeste. Están buscando algo, y el capitán de fragata Eden no parece tener demasiadas esperanzas en encontrar lo que sea que están buscando. Shaftoe realiza otro ejercicio con los botes salvavidas, luego los comprueba en persona, asegurándose de que están abundantemente aprovisionados.

Como al mediodía, un vigía grita. El barco cambia de rumbo, digiriéndose más o menos hacia el noroeste. El capitán sale del puente y, con aire sepulcral de que la cosa es definitiva, le entrega a Bobby Shaftoe una caja de betún marrón y un sobre cerrado conteniendo órdenes detalladas.

Minutos más tarde, los hombres del Destacamento 2702, por orden del sargento Shaftoe, se quedan en calzoncillos y comienzan a cubrirse el cuerpo de betún. Ya tienen su propio Kanfort, que les han ordenado ponerse en el pelo si éste no es negro. Sólo un ejemplo más de cómo los militares joden a los pequeños: el Kanfort no es gratis.

—¿Ya tengo aspecto de negro? —pregunta Shaftoe a Root.

—He viajado un poco —dice Root—, y a mí no me pareces un negro. Pero a un alemán que nunca ha visto un negro de verdad, y que mira por un periscopio... ¿qué demonios? —Luego—: ¿Debo asumir que ya has deducido de qué va la misión?

—He leído las putas órdenes —dice Shaftoe con cautela.

Se dirigen hacia un barco. A medida que se acercan, Shaftoe lo examina con un catalejo prestado, y se queda perplejo, pero no demasiado sorprendido, al comprobar que no es un barco sino dos barcos uno al lado del otro. Los dos barcos tienen las largas líneas fatales de los submarinos pero uno de ellos es más ancho, y supone que es un submarino nodriza.

Bajo los pies, siente que el motor va parándose. La quietud súbita, y la pérdida palpable de momento y potencia, no son nada tranquilizadoras. Tiene la misma sensación de mareo, eléctrica, nauseabunda y hiperactiva que siempre convierte el combate en una experiencia tan estimulante.

Durante la guerra el vapuleado vapor de Trinidad ha navegado hasta ahora por las aguas del Atlántico sin incidentes, corriendo entre puertos africanos y caribeños, y en ocasiones aventurándose hasta las Azores. Quizá de vez en cuando lo haya visto algún submarino de patrulla y no lo ha considerado digno de malgastar un torpedo. Pero hoy le ha cambiado la suerte, para mal. Ha conseguido, por pura suerte, colocarse frente a un nodriza, un submarino de suministro de la Kriegsmarine del Tercer Reich. La tripulación habitualmente garbosa de negros color betún del vapor se ha reunido en las

barandas para admirar esa visión peculiar: dos naves atadas juntas en medio del océano, sin ir a ninguna parte. Pero a medida que se acercan, comprenden que una de las naves es un asesino y que la otra exhibe la bandera de batalla de la Kriegsmarine. Demasiado tarde, apagan los motores.

Durante más o menos un minuto estalla la confusión —puede que para los negros de baja graduación se trate de un espectáculo, pero los negros inteligentes en el puente saben que tienen problemas—, han visto algo que no deberían haber visto. ¡Viran al sur e intentan huir! Durante una hora surcan desesperados los mares. Pero les persigue implacable un submarino, cortando las olas como un cuchillo. El submarino tiene la antena desplegada, escuchando las frecuencias habituales, y oye al vapor de Trinidad activar la radio y enviar un SOS. Es un flujo corto de puntos y rayas, el vapor emite su posición, y también la del nodriza, y al hacerlo envía también su propia sentencia de muerte.

¡Molestos *untermenschen!* ¡Ahora sí que la han fastidiado! No pasarán ni veinticuatro horas antes de que los aliados encuentren y hundan el nodriza. Hay también buenas posibilidades de que en el follón caigan también algunos submarinos alemanes. No es una buena forma de morir, perseguido por el océano durante varios días, sufriendo la muerte por un millar de cortes por los bombardeos. Cosas como ésas son las que hacen comprender al Obertorpedomaat normal y corriente la sabiduría del plan del Führer de correr por ahí matando a todos los que no sean alemanes.

Mientras tanto, el típico Kapitänleutnant debe estar preguntándose: ¿cuáles son las putas probabilidades de que un vapor de Trinidad encuentre por casualidad un nodriza en la inmensidad del océano Atlántico?

Probablemente podamos deducirlo, dados los datos correctos:

$N_n$ = número de negros por kilómetro cuadrado

$N_s$ = número de submarinos nodrizas

$A_A$ = Área del océano Atlántico

... y demás. Pero aguarda un momento, ni los negros ni los nodrizas se distribuyen al azar, así que el cálculo se vuelve inmensamente más complicado. Demasiado complicado para que se preocupe de él un

Kapitänleutnant, especialmente cuando está muy ocupado intentando causar una reducción dramática de $N_n$.

Un disparo desde la cubierta del submarino atraviesa la proa del vapor de Trinidad y lo detiene. Los negros se reúnen en cubierta, pero vacilan, sólo por un momento, en lanzar los botes salvavidas. Quizá los alemanes les den un respiro.

La típica idea sentimental y chapucera de los *untermenschen.* Los alemanes los han detenido, por lo que deberían esperar recibir un torpedo. Tan pronto como lo comprenden, los negros ejecutan un descenso impresionante de los botes salvavidas. Y es todavía más impresionante que tengan botes salvavidas para todos, pero la facilidad tranquila y práctica con la que los lanzan y se suben a ellos es fenomenal. Es suficiente para que un oficial naval alemán reconsidere, durante un momento, su opinión sobre las limitaciones de los negritos.

¡Es un ataque con torpedo de libro de texto! El torpedo se envía por debajo y al pasar bajo el barco, el circuito de detonación detecta un cambio en el campo magnético y dispara el explosivo, rompiendo limpiamente la quilla, partiéndolo, y mandándolo al fondo a una velocidad increíble. Durante cinco o diez minutos; fardos de material marrón saltan del agua, saliendo de la bodega de carga mientras el barco se hunde. Dota a la escena de un aire inesperadamente festivo.

Algunos capitanes de submarinos no tendrían demasiados reparos en ametrallar a los supervivientes, sólo por liberar tensiones.

Pero al mando está el Kapitänleutnant Günter Bischoff, que todavía no es miembro del Partido Nazi y probablemente nunca lo será.

Por otra parte, Bischoff está metido en una camisa de fuerza y completamente drogado.

Al mando *en funciones* del submarino se encuentra el Oberleutnant zur See Karl Beck. Es miembro activo del Nacional Socialismo y, en otras circunstancias, podría estar a favor de un poco de ametrallamiento punitivo, pero ahora mismo está agotado y bastante conmocionado. Es extremadamente consciente de que es muy probable que no viva demasiado ahora que se ha informado de su posición.

Así que no lo hace. Los negros saltan de los botes salvavidas y nadan hacia los fardos, y se agarran a ellos dejando sólo la cabeza fuera del agua,

conscientes de que llevará una eternidad cazarlos a todos. OL Beck sabe que los Liberators y los Catalinas ya están en el aire y vienen en dirección a ellos, así que tiene que alejarse a toda prisa. Como tiene combustible de sobra, decide dirigirse al sur durante un tiempo, planeando volver al norte en un día o dos, cuando es posible que la costa esté un poco más despejada. Es la jugada que ejecutaría KL Bischoff si no se hubiese vuelto loco, y a bordo todos respetan al viejo hasta el infinito.

Salen a la superficie, lo que hacen siempre que no están intentado hundir un convoy, para poder enviar y recibir mensajes de radio. Beck le pasa uno al Oberfunkmaat Huffer, explicando lo que acaba de suceder, y Huffer se lo pasa a uno de sus Funkmaats, que se sienta frente a la máquina Enigma del U-691 y lo cifra usando la clave del día; luego lo envía por radio.

Una hora más tarde, reciben respuesta, directamente desde el Mando de Submarinos en Wilhelmshaven y cuando el Funkmaat lo pasa por la Enigma, lo que sale es: CAPTURE A LOS OFICIALES SUPERVIVIENTES.

Es el típico ejemplo de orden militar: si hubiese llegado en su momento habría sido muy fácil obedecerla, pero ahora que están a una hora de distancia será extremadamente difícil y peligrosa. La orden no tiene mayor sentido y no se hace ningún intento de aclararla.

Dado el retraso de tiempo, Beck asume que puede salir de ésta esforzándose a medias. Realmente debería darse la vuelta y acercarse a los restos que flotan sobre la superficie, lo que sería más rápido, pero también sería prácticamente un suicidio. Por tanto, en lugar de eso, cierra las escotillas y desciende a profundidad de periscopio a medida que se acercan. Reduce la velocidad del submarino a siete nudos, así que les lleva tres horas regresar al atolón de fardos marrones flotantes que marcan el punto de hundimiento.

Bien hecho, la verdad, porque allí hay otro puto submarino, recogiendo supervivientes. Es un submarino de la Marina Real.

Es tan extraño que pone de punta el vello de la nuca de Beck; y allí tiene mucho pelo, porque, como la mayoría de los marinos de submarinos, Beck lleva semanas sin afeitarse. Pero no es tan extraño que no pueda arreglarse con un torpedo en el sitio justo. Segundos más tarde el submarino

explota como una bomba; el torpedo debe de haber dado en la santabárbara. La tripulación y la mayoría de los negros rescatados están atrapados en su interior, y no tienen ninguna posibilidad de salir incluso si han sobrevivido a la explosión. El submarino desaparece de la superficie del océano como los restos del Hindenburg cayendo sobre New Jersey.

—*Gott in Himmel* —murmura Beck, observando la escena por el periscopio. Ha estado encantado por el éxito, hasta recordar que tiene órdenes específicas, y que matar a todos los que viese no era una de ellas. ¿Habrá supervivientes que pueda recoger?

Lleva el submarino a la superficie y sube a la torrecilla con sus oficiales. Lo primero que hace es observar el cielo en busca de Catalinas.

No encuentra ninguno, sitúa un vigía y comienza a dirigir el submarino por entre el mar de fardos, que a estas alturas se ha dispersado hasta ocupar al menos un kilómetro cuadrado. Está oscureciendo y tienen que usar los reflectores.

Las perspectivas parecen deprimentes hasta que el reflector encuentra un superviviente, no más que una cabeza, hombros y un par de brazos agarrados a la cuerda de un fardo. El superviviente no se mueve o responde al acercarse, y no es hasta que una ola vira el fardo que queda claro que los tiburones se han comido lo que quedaba por debajo del plexo solar del hombre. La visión amordaza incluso a esa tripulación de duros asesinos. En el silencio subsiguiente, oyen una conversación en voz baja. Buscando un poco más, encuentran a dos hombres, evidentemente tipos parlanchines, que comparten un fardo.

Cuando la luz llega a ellos, uno de los negros se suelta del fardo y se sumerge bajo la superficie. El otro se limita a mirar expectante y con calma a la luz. Los ojos de ese negro son pálidos, casi incoloros, y también tiene problemas de piel: algunas zonas se están volviendo blancas.

Al acercarse, el negro de ojos pálidos le habla en un alemán perfecto:

—Mi camarada intenta ahogarse por su propia voluntad —explica.

—¿Es posible tal cosa? —pregunta el Kapitänleutnant Beck.

—Él y yo estábamos planteándonos esa misma pregunta.

Beck mira el reloj.

—La verdad es que debe de tener muchas ganas de morir —dice.

—El sargento Shaftoe se toma sus obligaciones muy en serio. Es irónico. Su cápsula de cianuro se ha disuelto en el agua.

—Me temo que para mí toda ironía se ha vuelto tediosa y deprimente —dice Beck, mientras un cuerpo llega a la superficie. Es Shaftoe y parece estar inconsciente.

—¿Usted es?—pregunta Beck.

—Teniente Enoch Root.

—Se supone que sólo debo capturar a los oficiales —dice Beck, mirando con ojos fríos la espalda de sargento de Shaftoe.

—El sargento Shaftoe tiene responsabilidades excepcionalmente amplias —dice el teniente Root con calma—, en muchos aspectos superando a los oficiales de menor rango.

—Cogedlos a los dos. Traed la caja de medicinas. Revivid al sargento —dice Beck—. Hablaré con usted más tarde, teniente Root. —Y a continuación da la espalda a los prisioneros, y se dirige a la escotilla más cercana. Va a pasar la siguiente semana poniendo todo su empeño en sobrevivir, a pesar de los mejores esfuerzos de la Marina Real y de la Marina de Estados Unidos. Va a ser un desafío más que interesante. Debería estar pensando en una estrategia. Pero no puede sacarse de la cabeza la imagen de la espalda del sargento Shaftoe. ¡Seguía teniendo la puta cabeza bajo el agua! Si no lo hubiesen sacado, habría conseguido ahogarse. Así que era posible. Al menos en el caso de una persona en particular.

*OceanofPDF.com*

# Hostilidades

Mientras las furgonetas, taxis y limusinas llegan al aparcamiento del emplazamiento del Ministerio de Información, los miembros de Epiphyte Corp. son recibidos por sonrientes y amables vírgenes niponas que llevan, y soportan, relucientes cascos de Goto Engineering. Son como las ocho de la mañana, y en lo alto de la montaña la temperatura todavía es soportable, aunque húmeda. Todos se arremolinan frente a la entrada de la caverna, llevando los cascos en las manos, porque ninguno quiere ser el primero en ponérselo y quedar como un estúpido. Algunos de los ejecutivos nipones más jóvenes juguetean con ellos hasta la hilaridad. El doctor Mohammed Pragasu circula. Lleva un casco auténticamente usado y gastado que hace girar ausente alrededor de un dedo mientras pasa de un grupo a otro.

—¿Alguien le ha preguntado a Prag qué coño pasa? —dice Eb. No suele decir palabrotas en inglés, por lo que resulta gracioso cuando lo hace.

El único miembro de Epiphyte Corp. que no muestra al menos una sonrisa es John Cantrell, que parece distante y tenso desde ayer.

(—Una cosa es escribir una disertación sobre técnicas matemáticas en criptografía —dijo de camino a la Cripta, cuando alguien le preguntó qué le pasaba—. Y otra muy diferente arriesgar miles de millones de dólares de Dinero de Otras Personas.

—Necesitamos una nueva categoría —dijo Randy—. El Dinero de Otras Personas Malas.

—Hablando de lo cual... —empezó a decir Tom, pero Avi lo cortó mirando fijamente a la nuca del chófer.)

A: enano@siblings.net
De: root@eruditorum.org
Asunto: Re (3) ¿Por qué?
Randy,
Me pides que justifique mi interés en por qué estáis construyendo la Cripta.
Mi interés es una muestra de mi profesión. Es, en cierto sentido, lo que hago para vivir.
Continúas asumiendo que soy alguien que conoces. Hoy crees que soy el Dentista, ayer pensabas que era Andrew Loeb. Este juego de suposiciones se volverá rápidamente tedioso para ambos, así que por favor, créeme si te digo que nunca nos hemos visto.
INICIO DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO
(etc.)
FIN DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO

A: root@eruditorum.org
De: enano@siblings.net
Asunto: Re (4) ¿Por qué?
Maldición, después de que dijeses que lo hacías para vivir, iba a suponer que eras Geb, u otro del grupo de mi ex novia.
¿Por qué no me dices tu nombre?
INICIO DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO
(etc.)
FIN DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO

A: enano@siblings.net
De: root@eruditorum.org
Asunto: Re(5) ¿Por qué?
Randy,
Ya te he dicho mi nombre, y no significa nada para ti. 0 más bien, te has equivocado en su significado. Los nombres tienen esos problemas.
La mejor forma de conocer a alguien es mantener una conversación con él.
Es interesante que asumas que soy un académico.
INICIO DE BLOQUE DE FIRMA ORDO
(etc.)
FIN DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO

A: root@eruditorum.org
De: enano@siblings.net
Asunto: Re(6) ¿Por qué?
¡Pillado!
No especifiqué quién era Geb. Y sin embargo sabias que él y mi ex novia son académicos. Si (como afirmas) no te conozco, entonces ¿cómo conoces esos detalles sobre mí?
INICIO DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO
(etc.)
FIN DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO

Todos se vuelven para mirar a Prag, quien parece que hoy tiene problemas con su visión periférica.

—Prag nos está evitando —responde Avi—. Lo que significa que será imposible hablar con él hasta después de que acabe todo este rollo.

Tom se acerca a Avi, cerrando aún más el círculo corporativo.

—¿El investigador en Hong Kong?

—Obtuvo algunas identificaciones, investigó a otros —dice Avi—. Básicamente, el caballero filipino de gran cuerpo es el administrador de Marcos. Responsable de mantener los famosos miles de millones lejos de las manos del gobierno filipino. El chico de Taiwán, no Harvard Li sino el otro, es un abogado cuya familia tiene profundas conexiones con Japón, que se remontan a cuando Taiwán era parte de su imperio. En diversas ocasiones ha ocupado alrededor de media docena de puestos gubernamentales, en su mayoría relacionados con las finanzas y el comercio; ahora es una especie de arregla todo que realiza trabajos para todo tipo de altos miembros del gobierno taiwanés.

—¿Qué hay de ese tipo chino espantoso?

Avi levanta las cejas y lanza un suspiro antes de contestar.

—Es un general del Ejército de Liberación Popular. El equivalente a un general de cuatro estrellas. Se encarga de su rama de inversiones desde hace quince años.

—¿Rama de inversiones? —suelta Cantrell. Lleva minutos sintiéndose mareado y ahora parece al borde de la náusea.

—El Ejército de Liberación Popular es un imperio económico titánico —dice Beryl—. Controla la mayor compañía farmacéutica de China. La mayor cadena de hoteles. Muchas infraestructuras de comunicaciones. Trenes. Refinerías. Y, evidentemente, armamento.

—¿Qué hay del señor Teléfono Móvil? —pregunta Randy.

—Sigue trabajando en él. Mi hombre en Hong Kong va a enviar la foto a un colega de Panamá.

—Creo que después de lo que vimos en el vestíbulo, podemos hacer algunas suposiciones —dice Beryl.[20]

```
A: enano@siblings.net
De: root@eruditorum.org
Asunto: Re(7) ¿Por qué?
Randy,
Me preguntas cómo conozco esos detalles acerca de ti. Podría decir muchas cosas,
pero la respuesta básica es vigilancia.
INICIO DE BLOQUE DE FIRMA ORDO
(etc.)
FIN DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO
```

Randy supone que no hay mejor momento para plantear la pregunta. Y como conoce a Avi desde hace más tiempo que los demás, es el único capaz de salirse con la suya planteando la pregunta.

—¿Queremos realmente involucrarnos con esas personas? —dice—. ¿Es para eso Epiphyte Corp.? ¿Es eso lo que hacemos?

Avi lanza un gran suspiro y medita durante un rato. Beryl lo mira inquisitivo; Eb, John y Tom estudian sus zapatos, o buscan aves exóticas en la selva, mientras escuchan atentamente.

—Sabes, allá durante la fiebre del oro, toda ciudad minera de California tenía un cerebrín con una báscula—dice Avi—. El tasador. Pasaba todo el día sentado en una oficina. Tipos duros de aspecto feroz llegaban con bolsitas de polvo de oro. El cerebrín las pesaba, comprobaba la pureza, les decía lo que valía. Básicamente, la balanza del tasador era el punto de intercambio: el punto en el que el mineral, ese montón de tierra, se convertía en dinero que sería reconocido como tal por cualquier banco o mercado del mundo, desde San Francisco, pasando por Londres, hasta Beijing. Por los conocimientos especiales del cerebrín, podía poner su marca en la tierra y convertirla en dinero. De igual forma en que nosotros tenemos el poder de convertir los bits en dinero.

»Ahora bien, muchas de las personas con las que trataban los cerebrines eran tipos increíblemente malos. Habituales de los burdeles. Convictos huidos del mundo entero. Pistoleros psicópatas. Personas que poseían esclavos y masacraban indios. Apuesto a que durante el primer día, semana, mes o año que el cerebrín permaneció en esa ciudad minera y colgó su placa probablemente se cagaba de miedo. Probablemente también tenía problemas morales... quizá incluso muy legítimos —añade Avi, mirando de reojo a Randy—. Algunos de esos cerebrines pioneros probablemente lo dejaron y regresaron al este. Pero ¿sabes qué? En un periodo de tiempo sorprendentemente corto, todo se volvió muy civilizado, y las ciudades se llenaron de iglesias, escuelas y universidades, y los maníacos aulladores que estaban allí primero fueron asimilados, expulsados o arrojados a la cárcel, y los cerebrines acabaron con avenidas y teatros de la ópera con sus nombres. Bien, ¿está clara la analogía?

—La analogía está clara —dice Tom Howard. Es al que menos le importa, con la posible excepción de Avi. Pero claro, su hobby es coleccionar y disparar armas de fuego raras.

Nadie dice nada más; el trabajo de Randy es dar problemas.

—Eh, ¿cuántos de esos tasadores recibieron un tiro en la cabeza mientras paseaban por la calle después de haber cabreado a un minero psicópata?—pregunta.

—No tengo esas cifras —dice Avi.

—Bien, no estoy del todo convencido de que esto sea lo que me conviene —dice Randy.

—Todos tenemos que decidirlo personalmente —dice Avi.

—Y luego votar como corporación si queremos quedarnos o salirnos, ¿no? —dice Randy.

Avi y Beryl se lanzan miradas.

—Salirse, en este momento, sería, eh, complicado —dice Beryl. Luego, al ver la expresión de Randy, se apresura a añadir—: No para los individuos que deseasen abandonar Epiphyte. Eso es fácil. No hay problema. Pero para que Epiphyte se saliese de ésta, eh...

—Situación —le ofrece Cantrell.

—Disyuntiva —dice Randy.

Eb murmura una palabra en alemán.

—Oportunidad. —Es la contraoferta de Avi.

—... sería prácticamente imposible —dice Beryl.

—Mira —dice Avi—, no quiero que nadie se sienta obligado a permanecer en una situación sobre la que tiene dudas morales.

—O tema una ejecución sumaria inminente —añade Randy solícito.

—Exacto. Bien, hemos invertido toneladas de trabajo en esta montaña, y ese trabajo debería valer algo. Para ser totalmente claro y explícito, dejadme reiterar lo que ya está en los estatutos: cualquiera puede irse; compraremos sus acciones. Después de lo que ha sucedido aquí en los últimos días, tengo plena confianza en que podremos conseguir dinero suficiente para hacerlo. Conseguiréis al menos lo mismo que hubieseis podido ganar en casa en un trabajo normal.

Empresarios de alta tecnología más jóvenes y con menos experiencia se hubiesen burlado ante ese punto. Pero a todos les resulta extremadamente impresionante que Avi pueda formar una empresa y mantenerla con vida el tiempo suficiente para que realmente llegue a valer el trabajo invertido.

Llega un Mercedes negro. El doctor Mohammed Pragasu se acerca a recibirlo, saluda a los suramericanos con un acento español bastante bueno, y realiza un par de presentaciones. Los grupos dispersos de empresarios comienzan a acercarse, convergiendo en la entrada de la cueva. Prag cuenta cabezas, para ver quién está y quién no. Falta alguien.

Una de las asistentas del Dentista, vestida con zapatillas color lavanda, se acerca a Prag con un teléfono pegado a la cabeza. Randy se separa de Epiphyte y establece un curso de colisión, llegando a las proximidades de Prag justo a tiempo para oír como la mujer le dice:

—El doctor Kepler se unirá a nosotros más tarde... unos asuntos importantes en California. Manda sus disculpas.

El doctor Pragasu asiente sonriente, de alguna forma evita mirar a los ojos a Randy, que ya está tan cerca como para limpiar los dientes de Prag, y se da la vuelta, poniéndose el casco sobre el pelo lustroso.

—Por favor, síganme todos —anuncia—, comienza el tour.

Es un tour muy aburrido, incluso para aquellos que nunca han estado allí. Cada vez que Prag los lleva a un sitio nuevo, todos miran por ahí y se reorientan; las conversaciones se calman durante diez o quince segundos, luego vuelven a activarse; los ejecutivos de alto nivel miran sin ver la piedra cortada y murmuran entre ellos mientras los asesores de ingeniería caen sobre los ingenieros de Goto y les plantean preguntas eruditas.

Todos los ingenieros de construcción trabajan para Goto y son, por supuesto, nipones. Hay otro que permanece a un lado.

—¿Quién es ese tipo grande de pelo rubio? —le pregunta Randy a Tom Howard.

—Un ingeniero civil alemán prestado a Goto. Parece estar especializado en asuntos militares.

—¿Hay algún asunto militar?

—En algún momento, en medio de este proyecto, Prag decidió de pronto que quería que todo fuese a prueba de bombas.

—Oh, ¿se trata por casualidad de la Bomba con B mayúscula?

—Creo que está a punto de hablar de eso —dice Tom, tirando un poco de Randy.

Alguien le acaba de preguntar al ingeniero alemán si el lugar está a prueba de un ataque nuclear.

—Resistir una explosión nuclear no es lo importante —dice desdeñoso —. Obtener resistencia nuclear es fácil: significa que la estructura puede soportar un breve exceso de presión de tantos megapascales. Comprenda, la mitad de los búnkeres de Saddam eran nominalmente resistentes a un ataque nuclear. Pero eso no sirve de nada contra munición penetrante con guía de precisión, como han demostrado los norteamericanos. Y es mucho más probable que esta estructura sea atacada de esa forma que por medio de un arma nuclear; no creemos que el sultán tenga planeado participar en una guerra nuclear.

Es lo más gracioso que alguien haya dicho en todo el día, y consigue algunas risas.

—Por suerte —sigue diciendo el alemán—, la piedra que tenemos encima es bastante más efectiva que el hormigón reforzado. No conocemos ningún arma penetrante que pueda atravesarla.

—¿Qué hay de la investigación que los norteamericanos han realizado en la instalación de Libia? —pregunta Randy.

—Ah, se refiere a la planta de gas en Libia, enterrada bajo una montaña —dice el alemán, algo incómodo, y Randy asiente.

—La piedra en Libia es tan quebradiza —dice el alemán— que podrías romperla con un martillo. Aquí trabajamos con una piedra muy diferente, en muchas capas.

Randy intercambia una mirada con Avi, que tiene aspecto de estar a punto de concederle otra medalla por astucia. Justo cuando Randy ríe siente la mirada de alguien. Se vuelve y ve los ojos de Prag, que tiene aspecto inescrutable, al borde del cabreo. Muchas personas en esa parte del mundo se encogerían y marchitarían bajo la mira del doctor Mohammed Pragasu, pero todo lo que Randy ve es a su viejo colega, el *hacker* comepizzas.

Así que Randy devuelve la mirada y sonríe.

Prag se prepara para la mirada de ataque. *Tú, cabrón, has engañado a mi alemán... ¡por esto morirás!* Pero no puede sostenerla. Rompe el contacto visual, se vuelve y lleva una mano a la boca fingiendo atusarse la

perilla. El virus de la ironía está tan extendido en California como el herpes, y en cuanto estás infectado se queda en tu cerebro para siempre. Un hombre como Prag puede volver a casa, arrojar sus Nikes y rezar en dirección a La Meca cinco veces al día, pero nunca podrá erradicarlo de su cuerpo.

El tour dura un par de horas. Cuando salen, la temperatura se duplica. Dos docenas de teléfonos y buscas se ponen a cantar en cuanto salen del silencio de radio de la caverna. Avi mantiene una breve y entrecortada conversación con alguien, luego cuelga y lleva a todo Epiphyte Corp. hacia el coche.

—Un pequeño cambio de planes —dice—. Tenemos que mantener una pequeña reunión. —Le da al chófer un nombre desconocido.

Veinte minutos más tarde, entran en el cementerio nipón estrujados entre dos autobuses de plañideras ancianas.

—Interesante lugar para una reunión —dice Eberhard Föhr.

—Considerando la gente con la que tenemos que tratar, debemos asumir que todas nuestras habitaciones, el coche y el hotel del restaurante están llenos de micrófonos —responde Avi.

Nadie habla durante un minuto, mientras Avi les guía por un sendero de gravilla hacia una esquina aislada del jardín.

Acaban en la esquina de dos altas paredes de piedra. El bambú los aísla del resto del jardín, y cruje balsámico bajo una brisa marina que hace poco por enfriar sus rostros sudorosos. Beryl se abanica con un mapa callejero de Kinakuta.

—Acabo de recibir una llamada de Annieen-San-Francisco —dice Avi.

Annieen-San-Francisco es su abogada.

—Son, eh... las siete de la tarde allí. Parece que después de que acabase la jornada, un mensajero entró en la oficina, recién bajado de un avión de Los Ángeles, y le entregó una carta de la oficina del Dentista.

—Nos demanda por algo —dice Beryl.

—Está a esto de demandarnos.

—¿Por qué?—grita Tom Howard.

Avi suspira.

—En cierta forma, Tom, eso es lo de menos. Cuando Kepler considera que es mejor para él presentar una demanda táctica, ya encontrará un

pretexto. No debemos olvidar que no se trata de asuntos legales legítimos, sino de táctica.

—Rotura de contrato, ¿no?—dice Randy.

Todos miran a Randy.

—¿Sabes algo que los demás debiésemos saber? —pregunta John Cantrell.

—No es más que una suposición —dice Randy negando con la cabeza —. Nuestro contrato con él estipula que debemos mantenerle informado de cualquier cambio en las condiciones que pudiesen alterar materialmente el clima empresarial.

—Es una cláusula horriblemente vaga —dice Beryl como reproche.

—No es más que una paráfrasis.

—Randy tiene razón —dice Avi—. El sentido general es que debíamos haberle contado al Dentista lo que pasaba en Kinakuta.

—Pero nosotros no lo sabíamos —dice Eb.

—Eso no importa... recuerda, se trata de una demanda táctica.

—¿Qué quiere?

—Asustarnos —dice Avi—. Ponernos nerviosos. Mañana o al día siguiente traerá a otro abogado para jugar al policía bueno... o para hacernos una oferta.

—¿Qué tipo de oferta? —pregunta Tom.

—No lo sabemos, claro —dice Avi—, pero supongo que Kepler quiere un trozo de nuestro pastel. Quiere poseer parte de la empresa.

Se hace la luz en el rostro de todos excepto en el del mismo Avi, quien mantiene su casi perpetua máscara de autocontrol.

—Así que es mala noticia, buena noticia, mala noticia. Mala noticia número uno: la llamada de teléfono de Anne. Buena noticia: por lo que ha sucedido aquí en los últimos dos días, Epiphyte Corp. es de pronto tan deseable que Kepler está dispuesto a jugar duro por conseguir parte de nuestras acciones.

—¿Cuál es la segunda mala noticia? —pregunta Randy.

—Es muy simple. —Avi les da la espalda durante un momento, recorre un par de pasos hasta que le bloquea un banco de piedra y luego se vuelve para encararse con ellos—. Esta mañana os dije que Epiphyte valía ahora lo

suficiente como para que la gente pudiese irse a un precio razonable. Probablemente lo interpretasteis como algo positivo. En cierta forma, así era. Pero una compañía pequeña y valiosa en el mundo empresarial es como un pájaro brillante y hermoso posado en una rama, cantando una canción feliz que puede escucharse a millas de distancia. Atrae pitones. —Avi se detiene un momento—. Normalmente, el periodo de gracia es mayor. Te vuelves valioso, pero luego dispones de algo de tiempo, semanas o meses, para establecer una posición defensiva antes de que las pitones puedan empezar a trepar por el tronco. En esta ocasión, lo que sucedió es que nos volvimos valiosos mientras nos encontrábamos justo encima de la pitón. Ahora ya no valemos nada.

—¿Qué quieres decir? —replica Eb—. Tenemos tanto valor como esta mañana.

—Una compañía pequeña demandada por una gran cantidad de dinero por el Dentista ciertamente no vale nada. Probablemente posee un enorme valor negativo. La única forma de que vuelva a tener valor positivo es hacer que la demanda desaparezca. Por tanto, Kepler tiene todas las cartas. Después de la increíble actuación de Tom ayer, probablemente todos los que estaban sentados a la mesa querían una parte de nosotros con tanto ahínco como Kepler. Pero Kepler tenía una ventaja: ya tenía negocios con nosotros. Lo que le dio un pretexto para presentar una demanda.

»Por tanto, espero que hayáis disfrutado de nuestra mañana al sol, aunque la pasásemos en una cueva —concluye Avi. Mira a Randy y baja la voz como muestra de remordimiento—. Y si alguno de vosotros estaba pensando en vender su parte para irse, que esto sea una lección para vosotros: sed como el Dentista. Decidios y actuad rápido.

*OceanofPDF.com*

# Funkspiel

El asistente del coronel Chattan lo despierta. Lo primero que nota Waterhouse es que el chico respira rápido y con dificultad, como hace Alan cuando regresa de una carrera campo a través.

—El coronel Chattan requiere su presencia en la Mansión con la máxima urgencia.

El alojamiento de Waterhouse se encuentra en un vasto campamento improvisado a cinco minutos de la Mansión de Bletchley Park. Caminando rápido mientras se abrocha la camisa, recorre la distancia en cuatro minutos. A continuación, a veinte pies de la meta, casi lo atropella una manada de Rolls-Royce, deslizándose en la noche tan oscuros y silenciosos como submarinos alemanes. Uno se le acerca tanto que puede sentir el calor del motor; el gas bochornoso le atraviesa la pernera y se condensa en la pierna.

Los carcamales de los Edificios Broadway bajan de los Rolls-Royce y preceden a Waterhouse en la Mansión. En la biblioteca, los hombres se arremolinan serviles alrededor de un teléfono que suena con frecuencia y, cuando contestan, produce unos gritos que pueden oírse, pero no comprenderse, al otro extremo de la habitación. Waterhouse estima que los Rolls-Royce deben haber llegado desde Londres a unas nueve mil millas por hora.

Jóvenes de uniforme y pelo lustroso están sacando mesas largas de las otras salas y las disponen con pequeños movimientos en la biblioteca, dejando rastros de pintura en los marcos de las puertas. Waterhouse elige una silla arbitraria frente a una mesa arbitraria. Otro asistente trae un carrito con cestos llenos de carpetas, todavía humeantes por la fricción de ser

arrancadas de los infinitos archivos de Bletchley Park. Si se tratase de una reunión de verdad, se habrían preparado y repartido mimeografías. Pero es un pánico total, y Waterhouse sabe que será mejor que se aproveche de su llegada temprana si quiere enterarse de todo lo que pasa. Así que va al carrito y coge la carpeta que está al fondo del montón, asumiendo que habrán sacado primero las más importantes. La etiqueta reza: U-691.

Las primeras páginas no son más que unos formularios: una hoja de datos de un submarino consistente en muchos recuadros. La mitad están vacías. Manos diferentes han llenado la otra mitad en momentos diferentes y usando instrumentos diferentes, con muchas borraduras y notas marginales escritas por analistas que hacían suposiciones.

A continuación hay un registro que contiene todo lo que se sabe que el U-691 ha hecho, en orden cronológico. La primera entrada es su botadura, en Wilhelmshaven el 19 de septiembre de 1940, seguida de una larga lista de barcos que ha asesinado. Hay una extraña anotación de hace unos meses: REACONDICIONADO CON DISPOSITIVO EXPERIMENTAL (¿SCHNORKEL?). Desde entonces, el U-691 ha estado yendo de un lado a otro como un loco, hundiendo barcos en la bahía de Chesapeake, Maracaibo, las cercanías del Canal de Panamá y un montón de otros lugares que Waterhouse, hasta ese momento, había creído que no eran más que refugios de invierno para ricos.

Entran dos personas más y toman asiento: el coronel Chattan y un joven con un esmoquin desaliñado, quien (según un rumor que se abre paso por la sala) es un percusionista sinfónico, y está claro que ha intentado limpiarse el carmín de la cara, pero no ha llegado a algunos puntos de la oreja izquierda. Tales son las exigencias de la guerra. Otro asistente entra corriendo con un cesto lleno de mensajes ULTRA descifrados. Parece material mucho más interesante; Waterhouse devuelve la carpeta y comienza a repasar los mensajes.

Cada uno comienza con un bloque de datos que identifica la estación que lo interceptó, la hora, la frecuencia y otras menudencias. El montón de mensajes se reduce a una conversación, mantenida durante varias semanas, entre dos transmisores.

Uno de ellos está en una parte de Berlín llamada Charlottenburg, en el tejado de un hotel en la Steinplatz: la sede temporal del Mando de

Submarinos, trasladado allí recientemente desde París. La mayoría de esos mensajes están firmados por el Gran Almirante Karl Dönitz. Waterhouse sabe que hace poco Dönitz ha sido nombrado Comandante en Jefe Supremo de toda la Marina alemana, pero ha decidido conservar también el antiguo título de Comandante en Jefe de Submarinos. Dönitz siente debilidad por los submarinos y los hombres que los tripulan.

El otro transmisor pertenece al U-691. Esos mensajes están firmado por su capitán, Kapitänleutnant Günter Bischoff.

Bischoff: He hundido un mercante. Esa puta mierda del radar está por todas partes.

Dönitz: Recibido. Bien hecho.

Bischoff: Me he cargado otro buque cisterna. Esos cabrones parecen saber exactamente dónde estoy. Gracias a dios por el schnorkel.

Dönitz: Recibido. Bonito trabajo, como de costumbre.

Bischoff: He hundido otro mercante. Los aviones me estaban esperando. Derribé uno de ellos; me cayó encima en una bola de fuego e incineró a tres de mis hombres. ¿Están seguros de que esa cosa Enigma funciona de verdad?

Dönitz: ¡Buen trabajo, Bischoff! ¡Tiene otra medalla! No se preocupe por Enigma, es fantástica.

Bischoff: Ataqué un convoy y hundí tres mercantes, un buque cisterna y un destructor.

Dönitz: ¡Genial! ¡Otra medalla más!

Bischoff: Ya que estábamos, di la vuelta y acabé con lo que quedaba del convoy. Luego apareció otro destructor y nos arrojó cargas de profundidad durante tres días. Estamos todos medio muertos, con los pies metidos en nuestra propia mierda, como ratas que se hayan caído en una letrina y se ahogasen lentamente. Tenemos los cerebros gangrenosos de respirar nuestro propio dióxido de carbono.

Dönitz: ¡Es usted un héroe del Reich y el Führer en persona conoce sus brillantes éxitos! ¿Le importaría dirigirse al sur y atacar el convoy en estas y aquellas coordenadas? P.S.: Por favor, limite la longitud de sus mensajes.

Bischoff: En realidad, me vendrían bien unas vacaciones, pero claro, qué coño.

Bischoff (una semana más tarde): Le dimos a la mitad del convoy en su nombre. Tuvimos que salir a la superficie y enfrentarnos a un molesto destructor con el arma de cubierta. Fue un acto tan suicida que ni se lo esperaban. En consecuencia, los volamos en pedacitos. Hora de unas buenas vacaciones.

Dönitz: Oficialmente es usted ahora el más grande capitán de submarinos de todos los tiempos. Regrese a Lorient para un descanso y diversión bien merecido.

Bischoff: En realidad, tenía en mente unas minivacaciones caribeñas. Lorient es fría y desoladora en esta época del año.

Dönitz: no hemos tenido noticias suyas desde hace dos días. Por favor, informe.

Bischoff: Encontramos una bonita cala bien oculta con una playa de arena blanca. Preferiría no especificar las coordenadas, porque ya no confío en la seguridad de Enigma. La pesca es genial. Le estoy dando duro a un bronceado. Nos sentimos algo mejor. La tripulación está muy agradecida.

Dönitz: Günter, estoy dispuesto a pasarte muchas cosas, pero incluso el Comandante Supremo en Jefe debe responder ante sus superiores. Por favor, deja esas tonterías y vuelve a casa.

U-691: Éste es el Oberleutnant zur See Karl Beck, segundo al mando del U-691. Lamento informar que el KL Bischoff se encuentra en mal estado de salud. Solicito órdenes. P.S.: No sabe que envío este mensaje.

Dönitz: Asuma el mando. Regrese, no a Lorient, sino a Wilhelmshaven. Cuide de Günter.

Beck: El KL Bischoff se niega a entregar el mando.

Dönitz: Adminístrele sedantes y tráigale de vuelta. No será castigado.

Beck: Gracias en mi nombre y en el de la tripulación. Estamos de camino, pero nos falta combustible.

Dönitz: Encuéntrese con el U-413 [un nodriza] en estas coordenadas.

Ahora hay más personas en la sala: un rabino arrugado, el doctor Alan Mathison Turing, un hombre grande con un traje de lana cheviot que Waterhouse recuerda vagamente como un profesor de Oxford y algunos de los tipos de inteligencia naval que siempre andan por el Barracón 4. Chattan inicia la reunión y presenta a uno de los jóvenes, quien se pone en pie y expone el estado de la situación.

—El U-691, un submarino de tipo IXD/42 bajo el mando nominal del Kapitänleutnant Günter Bischoff, y bajo el mando efectivo del Oberleutnant zur See Karl Beck, envió un mensaje Enigma al Mando de Submarinos a las 20.00 horas de Greenwich. El mensaje afirma que, tres horas después de hundir un mercante de Trinidad, el U-691 torpedeó y hundió un submarino de la Marina Real que recogía supervivientes. Beck ha capturado a dos de nuestros hombres: el sargento de marines Robert Shaftoe, un norteamericano, y el teniente Enoch Root, ANZAC.

—¿Qué saben esos hombres? —pregunta el profesor, realizando un intento bastante evidente por ponerse sobrio. Chattan esquiva la pregunta:

—Si Root y Shaftoe divulgan todo lo que saben, los alemanes podrían inferir que estamos realizando grandes esfuerzos por ocultar la existencia de una fuente de inteligencia valiosa y detallada.

—Oh, maldición —murmura el profesor.

Un civil extremadamente alto y larguirucho, el encargado de crucigramas de uno de los periódicos londinenses, actualmente asignado a Bletchley Park, entra a empujones en la sala y pide disculpas por llegar tarde. Más de la mitad de las personas de la lista Ultra Mega se encuentran ahora en la sala.

El joven analista naval sigue hablando.

—A las 21.10, Wilhelmshaven respondió con un mensaje dando instrucciones al OL Beck de que interrogase a los prisioneros de inmediato. A las 01.50, Beck respondió con su opinión de que los prisioneros pertenecían a una unidad especial de inteligencia naval.

Mientras habla, se pasan alrededor de la mesa copias de los mensajes. El encargado de crucigramas examina el suyo con el ceño fruncido.

—Quizá ya lo han comentado antes de mi llegada, en cuyo caso pido disculpas —dice—, pero ¿cómo interviene en todo esto el mercante de Trinidad?

Chattan silencia a Waterhouse con una mirada y responde:

—No voy a decírselo. —Una risa apreciativa recorre la mesa, como si acabase de soltar un *bon mot* en una fiesta—. Pero el almirante Dönitz al leer esos mismos mensajes podría estar tan confundido como ustedes. Nos gustaría que siguiese así.

—Dato 1: Dönitz sabe que el mercante fue hundido —dice inesperadamente Turing, marcando los números con los dedos—. Dato 2: sabe que horas después un submarino de la Marina Real llegó allí y también fue hundido. Dato 3: sabe que dos de nuestros hombres fueron rescatados del agua, y que probablemente trabajan en inteligencia, que desde mi punto de vista es una categorización muy amplia. Pero no tiene por qué sacar necesariamente ninguna conclusión, basándose en unos mensajes extremadamente escuetos, acerca de qué nave, el mercante o el submarino, venían los dos hombres.

—Bien, eso es evidente, ¿no? —dice el de los crucigramas—. Vinieron del submarino.

Chattan responde sólo con una sonrisa de Cheshire.

—¡Oh! —dice Crucigrama. Las cejas se arquean por toda la sala.

—Mientras Beck siga enviando mensajes al admirante Dönitz, aumenta la probabilidad de que Dönitz descubra algo que no queremos que sepa —dice Chattan—. Esa probabilidad se convertirá en certidumbre cuando el U-691 llegue intacto a Wilhelmshaven.

—¡Corrección! —aúlla el rabino. Todos se sobresaltan y se produce un largo silencio mientras el hombre se agarra con manos temblorosas al borde de la mesa y se pone precariamente en pie—.¡Lo importante no es si Beck transmite mensajes! ¡Es si Dönitz *cree* esos mensajes!

—¡Escuchad, escuchad! ¡Muy astuto! —dice Turing.

—¡Muy cierto! Gracias por la aclaración, Herr Kahn —dice Chattan.

—Perdóneme un segundo —dice el profesor—, pero ¿por qué no iba a creerlos?

La pregunta produce otro largo silencio. El profesor ha marcado un gol, y ha devuelto a todos a la fría y dura realidad. El rabino empieza a murmurar algo que suena bastante a la defensiva, pero es interrumpido por una voz atronadora desde la puerta: —¡FUNKSPIEL!

Todos se vuelven para mirar al hombre que acaba de cruzarla. Es un hombre delgado de unos cincuenta años y pelo prematuramente blanco, gafas de lentes extremadamente gruesas que amplían sus ojos y una rugiente tormenta de caspa que le cubre la blazer azul marino.

—¡Buenos días, Elmer! —dice Chattan con la alegría forzada de un psiquiatra que se ve obligado a entrar en un pabellón de enfermos

peligrosos.

Elmer entra en la habitación y se gira para mirar a la multitud.

—¡FUNKSPIEL! —grita una vez más, con una voz inapropiadamente alta, y Waterhouse se pregunta si el hombre está borracho, sordo o ambas cosas. Elmer les da la espalda y mira durante un rato la estantería, luego vuelve a encararse con ellos mostrando una expresión de asombro—. Esperaba que al menos hubiese una pizarra —dice con acento de Texarkana —. ¿Qué clase de aula es ésta? —Una risa nerviosa recorre la sala mientras todos intentan decidir si Elmer está rompiendo el hielo con un chiste o está completamente loco.

—Significa «juegos de radio» —dice el rabino Kahn.

—¡Gracias, señor! —responde Elmer con rapidez, sonando cabreajo—. Juegos de radio. Los alemanes llevan jugando a ellos toda la guerra. Ahora tenemos nuestra oportunidad.

Hace sólo un momento, Waterhouse estaba pensando en lo británica que era toda esta situación, sintiéndose muy lejos de casa, y deseando que estuviesen presentes uno o dos norteamericanos. Ahora que se ha cumplido su deseo, no desea más que salir de la Mansión arrastrándose sobre manos y pies.

—¿Cómo juega uno a esos juegos, señor, eh...? —dice Crucigrama.

—¡Puede llamarme Elmer! —grita Elmer.

Todos intentan huir de él.

—¡Elmer! —dice Waterhouse—, ¿podría por favor dejar de gritar?

Elmer se vuelve y parpadea dos veces en la dirección de Waterhouse.

—El juego es muy simple —dice en un tono más normal de conversación. Luego vuelve a emocionarse e inicia el crescendo—. ¡Lo único necesario es una radio y un par de jugadores con buenos oídos y buenas manos! —Ahora está aullando. Señala la esquina donde se encuentran juntos la mujer albina con los auriculares y el percusionista con carmín en la oreja—. ¿Desea explicar «letras», señor Shales?

El percusionista se pone en pie.

—Cada operador de radio tiene un estilo de tecleo característico... lo llamamos «letras». Con un poco de práctica, el personal de las estaciones de escucha puede identificar los distintos operadores alemanes por sus

«letras»... Por ejemplo, sabemos cuándo uno de ellos ha sido transferido a otra unidad. —Inclina la cabeza en dirección a la mujer albina—. La señorita Lord ha interceptado muchos mensajes del U-691, y conoce bien la letra de su operador de radio. Más aún, ahora tenemos una grabación de radio de la transmisión más reciente del U-691, que ella y yo hemos estado examinando con atención. —El percusionista toma aliento y se carga de coraje antes de decir—: Creemos que puedo imitar la «letra» del U-691.

Turing interviene.

—Y como hemos roto Enigma, podemos componer cualquier mensaje que queramos, y cifrarlo como lo hubiese hecho el U-691.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! —dice uno de los tipos de los Edificios Broadway.

—No podemos evitar que el U-691 envíe sus propios y legítimos mensajes —advierte Chattan—, a menos que lo hundamos. Cosa que estamos intentando por todos los medios. Pero podemos enfangar las aguas. ¿Rabino?

Una vez más, el rabino se pone en pie, haciendo que todos se fijen en él mientras esperan a que caiga. Pero no se cae.

—He compuesto un mensaje en la jerga alemana de la marina. Traducido al inglés, dice más o menos: «El interrogatorio de los prisioneros continúa lentamente solicitamos permiso para emplear tortura» y luego hay varias equis seguidas y se añaden las palabras AVISO DE EMBOSCADA U-691 HA SIDO CAPTURADO POR COMANDOS BRITÁNICOS. Todos en la sala contienen el aliento.

—¿Es la jerga contemporánea del alemán naval parte normal de los *estudios* talmúdicos? —pregunta el profesor.

—El señor Kahn ha pasado un año y medio estudiando los mensajes navales en el Barracón 4 —dice Chattan—. Conoce muy bien el idioma naval. Hemos cifrado el mensaje del señor Kahn usando la clave naval de Enigma de hoy, y se lo he pasado al señor Shales, quien ha estado practicando.

La señorita Lord se pone en pie, como una niña recitando sus lecciones en una escuela victoriana, y dice:

—Considero que la imitación del señor Shales es indistinguible de las emisiones del U-691.

Todos los ojos se dirigen hacia Chattan, quien a su vez se dirige hacia los carcamales de los Edificios Broadway, que ahora mismo están al *teléfono* retransmitiéndolo todo a alguien que claramente les aterra.

—¿Los germanos no tienen huffduff? —pregunta el profesor, como si examinase un fallo en la disertación de un alumno.

—Su red huffduff no está ni de lejos tan desarrollada como la nuestra —responde uno de los jóvenes analistas—. Es muy improbable que se molestasen en triangular una transmisión que parece provenir de uno de sus propios submarinos, así que probablemente no detectarán que el mensaje tiene su origen en Buckinghamshire y no en el Atlántico.

—Sin embargo, hemos anticipado su objeción —dice Chattan—, y hemos dispuesto que varios de nuestros barcos, así como aeroplanos y tropas de tierra, aneguen el éter con transmisiones. Su red de huffduff tendrá las manos llenas en el momento en que enviemos la transmisión U-691 falsa.

—Muy bien —murmura el profesor.

Todos permanecen sentados en silencio eclesial mientras el representante más importante de los Edificios Broadway da fin a la conversación con Quién Esté Al Otro Lado. Después de colgar el teléfono, entona solemne:

—Tienen órdenes de proceder.

Chattan inclina la cabeza en dirección a un joven, que atraviesa corriendo la sala, coge el teléfono y comienza a hablar, con una voz tranquila y clínica, sobre resultados de criquet. Chattan mira la hora.

—Necesitaremos algunos minutos para que se extienda la cortina de humo huffduff. Señorita Lord, ¿nos notificará cuando el tráfico haya alcanzado el nivel febril adecuado?

La señorita Lord ejecuta una ligera reverencia y se sienta ante la radio.

—¡FUNKSPIEL! —grita Elmer, aterrorizando a todos los presentes—. Ya hemos terminado de enviar otros mensajes. Hicimos que pareciesen tráficos de la Marina Real. Usamos un código que los teutones descifraron hace unas semanas. Esos mensajes están relacionados con una operación, una operación ficticia, en la que se supone que un submarino alemán fue abordado y tomado por nuestros comandos.

Salen un montón de gritos del teléfono. El caballero que tiene la mala suerte de atenderlo los traduce a lo que probablemente es un inglés más educado.

—¿Qué sucederá si la actuación del señor Shales no convence a los operadores de radio en Charlottenburg? ¿Qué sucederá si no consiguen descifrar los mensajes falsos del señor Elmer?

Chattan se ocupa de esas preguntas. Se acerca a un mapa dispuesto sobre un caballete en un extremo de la sala. El mapa muestra un fragmento del Atlántico limitado al este por Francia y España.

—La última posición conocida del U-691 fue ésta —dice señalando un alfiler clavado en la esquina inferior izquierda del mapa—. Se le ha ordenado que regrese a Wilhelmshaven con los prisioneros. Irá por este camino —dice, señalando un trozo de hilo rojo que se extiende en la dirección nornoroeste—, asumiendo que evite el estrecho de Dover.[21]

»Resulta que hay otro submarino nodriza aquí—continúa diciendo Chattan, señalando otro alfiler—. Uno de nuestros submarinos debería llegar a él en menos de veinticuatro horas; se acercará a profundidad de periscopio y lo atacará con torpedos. Es muy probable que el nodriza sea destruido de inmediato. Si tiene tiempo de enviar una transmisión, simplemente dirá que está siendo atacado por un submarino. Una vez que hayamos destruido el nodriza, recurriremos de nuevo a las habilidades del señor Shales que enviará una señal falsa de alarma que parecerá tener su origen en el nodriza, afirmando que el atacante no era otro sino el U-691.

—¡Espléndido! —proclama alguien.

—Para cuando salga el sol mañana —concluye Chattan—, tendremos una de nuestras mejores fuerzas cazasubmarinos en la escena. Un portaviones ligero con varios aviones antisubmarinos peinarán el océano día y noche, empleando el radar, el reconocimiento visual, huffduff y proyectores Leigh para perseguir al U-691. Tenemos muy buenas posibilidades de que lo encontremos y lo destruyamos antes de que se acerque al continente. Pero si encontrase la forma de atravesar esa formidable barrera, se encontrará con que la Kriegsmarine alemana está igualmente deseosa de darle caza y destruirlo. Mientras tanto, cualquier información que transmita al almirante Dönitz será considerada totalmente sospechosa.

—Por tanto —dice Waterhouse—, el plan, en resumen, consiste en hacer que toda información del U-691 se considere increíble, y subsecuentemente destruirlo, y a todos los que van en él, antes de que llegue a Alemania.

—Sí —dice Chattan—, y la primera tarea quedará extremadamente simplificada por el hecho de que ya se sabe que el capitán del U-691 es mentalmente inestable.

—Parece probable que nuestros hombres, Shaftoe y Root, no sobrevivirán —dice Waterhouse lentamente.

Se produce un largo y embarazoso silencio, como si Waterhouse hubiese interrumpido la hora del té haciendo sonidos de pedos con el sobaco.

Chattan responde con un tono preciso que indica que está realmente cabreado.

—Queda la posibilidad de que cuando el U-691 se enfrente a nuestras fuerzas, se vea obligado a salir a la superficie y se rinda.

Waterhouse examina con detenimiento el grano de la mesa. Tiene la cara caliente y le arde el pecho.

La señorita Lord se pone en pie y habla. Varias cabezas importantes se vuelven hacia el señor Shales, quien se disculpa y se dirige a la mesa en la esquina de la sala. Durante unos momentos ajusta los controles del transmisor de radio, sitúa el mensaje cifrado frente a él y respira profundamente, como si se preparase para un solo importante. Al fin, alarga las manos, apoya una de ellas sobre el pulsador y empieza a enviar el mensaje, inclinándose de un lado a otro y moviendo la cabeza de aquí para allá. La señorita Lord escucha con los ojos cerrados, extremadamente concentrada.

El señor Shales se detiene.

—Ya está —anuncia en voz baja, y mira nervioso a la señorita Lord, quien sonríe. A continuación se produce un aplauso amable a lo largo de la biblioteca, como si acabasen de escuchar un concierto de clavicordio. Lawrence Pritchard Waterhouse mantiene las manos cruzadas sobre el regazo. Acaba de oír la sentencia de muerte de Enoch Root y Bobby Shaftoe.

*OceanofPDF.com*

# PEPH

A: root@eruditorum.org
De: enano@siblings.net
Asunto: Re(8) ¿Por qué?

Resumamos lo que sé hasta ahora: dices que preguntar «¿por qué?» es parte de lo que haces para ganarte la vida; no eres un académico, y te dedicas al negocio de la vigilancia. Tengo problemas para formarme una imagen clara.
INICIO DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO
(etc.)
FIN DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO

A: enano@siblings.net
De: root@erutiorum.org
Asunto: Re(9) ¿Por qué?

Randy,
Nunca dije que yo, personalmente, me dedicase al negocio de la vigilancia. Pero conozco gente que si se dedica a él. Antes en el sector público y ahora en el privado. Seguimos en contacto. Radio macuto y demás. Hoy en día, mi implicación en estas cosas se limita a tontear con nuevos sistemas criptográficos como hobby.
Bien, volviendo a lo que considero el tema central de nuestra conversación. Supusiste que era un académico. ¿Estabas siendo sincero o era puramente un intento de «pillarme»?
La razón por la que lo pregunto es que yo, de hecho, soy un hombre del clero, así que considero naturalmente que mi trabajo es preguntar «¿por qué?». Asumía que eso te resultaría bastante evidente. Pero debí tomar en consideración que no eres de los que van a la iglesia. Es culpa mía.
La idea convencional es pensar en los sacerdotes presidiendo bodas y funerales. Incluso las personas que van regularmente a la iglesia (o sinagoga, o lo que sea) se duermen durante los sermones. Eso es debido a que las artes de la retórica y la oratoria pasan por momentos difíciles y, por tanto, los sermones no suelen ser muy interesantes.
Pero hubo una época en la que lugares como Oxford y Cambridge existían casi exclusivamente para crear sacerdotes, y su trabajo no consistía sólo en presidir bodas y funerales sino también en decir cosas que incitasen a la reflexión a un montón de personas varias veces por semana. Eran los puntos de venta al detalle de la profesión filosófica.
Todavía considero que ésa es la función principal del sacerdote, o al menos la parte más interesante del trabajo;de ahí mi pregunta, que, no puedo evitar comentar, sigues sin contestar.

```
INICIO DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO
(etc.)
FIN DEL BLOQUE DE FIRMA ORDO
```

—Randy, ¿qué es lo peor que ha sucedido nunca?

Una pregunta muy fácil de contestar cuando estás alrededor de Avi.

—El Holocausto —dice Randy obedientemente.

Incluso si no conociese a Avi, el espacio que les rodea le daría una indicación. El resto de Epiphyte Corp. ha regresado ya al Foote Mansion para preparar las hostilidades con el Dentista. Randy y Avi están sentados en un banco de obsidiana negra plantado sobre la tumba común de millares de nipones en el centro de Kinakuta, viendo los autobuses de visitantes que van y vienen.

Avi saca un pequeño receptor GPS de la cartera, lo conecta y lo coloca sobre una piedra frente a ellos, donde tendrá una línea libre al cielo.

—¡Correcto! ¿Y cuál es el más alto y mejor propósito al que podemos consagrar nuestra existencia?

—Eh... ¿incrementar el valor accionarial?

—Muy gracioso —dice Avi molesto. Está desnudando su alma, lo que hace rara vez. Además, está en medio del proceso de catalogar otro lugar de holocausto con h minúscula, añadiéndolo a sus archivos. Está claro que apreciaría algo de puta solemnidad—. Hace unas semanas visité México —sigue diciendo Avi.

—¿Buscando un lugar donde los españoles mataron a un montón de aztecas? —pregunta Randy.

—Contra eso estoy luchando exactamente —dice Avi, todavía más irritado—. No, no buscaba un sitio donde masacraron a un montón de aztecas. ¡Los aztecas pueden irse a tomar por el culo, Randy! Repite conmigo: los aztecas pueden irse a tomar por el culo.

—Los aztecas pueden irse a tomar por el culo —dice Randy con entusiasmo, atrayendo miradas de desconcierto de un guía nipón.

—Para empezar, me encontraba a cientos de millas de Ciudad de México, la antigua capital azteca. Me encontraba en los límites del territorio controlado por los aztecas. —Avi coge el GPS de la roca y comienza a pulsar teclas, indicándole que almacene la latitud y la longitud en la

memoria—. Buscaba —siguió diciendo Avi— el emplazamiento de la ciudad de Nahuatl que fue atacada por los aztecas siglos antes de que apareciesen los españoles. ¿Sabes qué hicieron esos cabrones de los aztecas, Randy?

Randy usa las manos para limpiarse el sudor de la cara.

—¿Algo inenarrable?

—Odio la palabra «inenarrable». *Debemos* narrar esos actos.

—Narra entonces.

—Los aztecas hicieron veinticinco mil prisioneros de Nahuatl, se los llevaron a Tenochtitlán y los mataron en un par de días.

—¿Por qué?

—Una especie de festival. El fin de semana de la Super Bowl o algo así. No lo sé. Lo importante es que cometían continuamente cabronadas como ésa. Pero ahora, Randy, cuando hablo de acontecimientos como el Holocausto en México, ¡me ofreces esa mierda sobre los desagradables y cabrones españoles! ¿Por qué? Porque se ha distorsionado la historia, ése es el porqué.

—No me digas que vas a tomar partido por los españoles.

—Como descendiente de personas expulsadas de España por la Inquisición, no me hago ilusiones con respecto a ellos —dice Avi—, pero, en sus peores actos, los españoles eran un millón de veces mejores que los aztecas. Quiero decir: realmente habla muy mal de los aztecas el hecho de que cuando los españoles aparecieron por allí y lo destrozaron todo, las cosas mejoraron un montón.

—¿Avi?

—Sí.

—Estamos sentados aquí, en el Sultanato de Kinakuta, intentando construir un refugio de datos mientras nos defendemos de un cirujano bucal convertido en lanzador de opas hostiles. Tengo asuntos urgentes en Filipinas. ¿Por qué estamos hablando de los aztecas?

—Te estoy dando un discurso enardecedor —dice Avi—. Estás aburrido. Eso es peligroso. La cosa de los Pinoygramas fue genial durante un tiempo, pero ahora ya está en marcha, es un negocio que ya no ofrece nueva tecnología.

—Cierto.

—Pero la Cripta es extremadamente genial. Tom, John y Eb se están volviendo chiflados y todos los Adeptos al Secreto me bombardean con currículos. La Cripta es exactamente lo que te gustaría estar haciendo ahora mismo.

—Cierto una vez más.

—Pero incluso si estuvieses trabajando en la Cripta, las consideraciones filosóficas te estarían reconcomiendo... consideraciones con respecto al tipo de personas con las que te ves implicado, que podrían ser nuestros primeros clientes.

—No puedo negar que tengo dudas filosóficas —le dice Randy. De pronto se le ha ocurrido una nueva hipótesis: *Avi* es realmente root@eruditorum.org.

—En lugar de eso, estás tendiendo cables en las Filipinas. Es un trabajo que, por los cambios de los que supimos ayer, es básicamente irrelevante para nuestra misión corporativa. Pero es una obligación contractual pendiente, y si se la asignamos a alguien menos importante que tú, el Dentista podría demostrar incluso ante un jurado de idiotas californianos con cerebro de tofu que estábamos fingiendo.

—Bien, gracias por dejarme tan claro por qué debo ser tan infeliz —dice Randy tolerante.

—Por tanto —sigue diciendo Avi—, quiero que sepas que allí no te estás limitando a fabricar placas de matrículas. Y más aún, que la Cripta no es un esfuerzo completamente inmoral. En realidad, somos partícipes muy importantes en lo más importante del mundo.

Randy dice:

—Me preguntaste antes cuál era el más alto y mejor propósito al que podemos consagrar nuestra existencia. Y la respuesta evidente es «evitar futuros Holocaustos».

Avi ríe sombrío.

—Me alegra que para ti sea obvio, amigo mío. Empezaba a pensar que yo era el único.

—¿Qué? No seas tan petulante, Avi. La gente conmemora continuamente el Holocausto.

—Conmemorar el Holocausto no es, no no no no no, lo mismo que luchar por evitar futuros holocaustos. La mayoría de los que conmemoran son unos lloricas. Creen que si todo el mundo se sintiera mal por los pasados holocaustos la naturaleza humana se transformaría mágicamente y en el futuro nadie querría cometer un genocidio.

—Asumo que no compartes ese punto de vista, Avi.

—¡Piensa en Bosnia! —se mofa Avi—. La naturaleza humana no cambia, Randy. La educación es inútil. La gente más educada del mundo se puede convertir en aztecas o nazis así. —Chasca los dedos.

—¿Y la esperanza está en?

—En lugar de intentar educar a los potenciales perpetradores de holocaustos, debemos intentar educar a las víctimas en potencia. Al menos ellos prestarán algo de atención.

—¿Educarles cómo?

Avi cierra los ojos y agita la cabeza.

—Oh, mierda, Randy, podría hablar durante horas... incluso tengo un plan de estudios preparado.

—Vale, nos ocuparemos de eso más tarde.

—Definitivamente será más tarde. Por ahora, lo principal es que la Cripta es de la mayor importancia. Podría coger todas mis ideas y almacenarlas en un único receptáculo de información, pero casi cualquier gobierno del mundo impediría su distribución entre sus ciudadanos. Es esencial construir la Cripta para que PEPH pueda ser distribuido por todo el mundo.

—¿PEPH?

—Paquete de Educación y Prevención del Holocausto.

—¡Oh, dios mío!

—Ése es el verdadero propósito del trabajo que estás realizando —dice Avi—, y por tanto te exhorto a que no pierdas la fe. Cuando te aburras de fabricar matrículas en Filipinas, piensa en PEPH. Pienso en lo que esos campesinos de Nahuatl habrían podido hacer a esos cabrones de los aztecas si hubiesen tenido un manual de prevención de holocaustos... una guía de tácticas de guerrilla.

Randy permanece sentado y meditando durante un rato.

—Debemos ir a comprar algo de agua —dice al fin—. Acabo de perder un par de litros aquí sentado.

—Podemos volver al hotel —dice Avi—. Básicamente he terminado.

—Tú has terminado. Yo ni siquiera he empezado —dice Randy.

—¿Empezar qué?

—Explicarte por qué no hay ni una posibilidad de que llegue a aburrirme en las Filipinas.

Avi parpadea.

—¿Has conocido a una chica?

—¡No! —responde Randy malhumorado, lo que significa, evidentemente, sí—. Venga, vámonos.

Entran en un 24 Jam cercano y compran agua en unas botellas azuladas de plástico del tamaño de un ladrillo de ceniza. Vagan, tragando el agua, por entre calles cubiertas por carritos de comida de sabroso olor.

—Hace unos días recibí un correo de Doug Shaftoe —dice Randy—. Desde su barco, vía teléfono por satélite.

—¿En abierto?

—Sí. Siempre le insisto en que se busque Ordo y cifre sus correos, pero no lo hace.

—Es muy poco profesional —se queja Avi—. Necesita ser más paranoico.

—Es tan paranoico que ni siquiera se fía de Ordo.

El ceño de Avi se relaja.

—Oh. En ese caso, vale.

—Su correo contenía un chiste estúpido sobre Imelda Marcos.

—¿Me llevas de paseo para contarme un chiste?

—No, no, no —dice Randy—. El chiste era una señal convenida de antemano. Doug me dijo que me enviaría un correo conteniendo un chiste de Imelda si sucedían ciertas cosas.

—¿Qué cosas?

Randy bebe un rápido trago de agua, toma una buena bocanada de aire y se serena.

—Hace más de un año, mantuve una conversación con Doug Shaftoe durante esa fiesta extraordinaria que dio el Dentista a bordo del *Rui Faleiro.*

Quería que contratásemos a su empresa, Semper Marines Services, para realizar el sondeo para tender todos los demás cables. A cambio, me ofreció parte de los tesoros hundidos que encontrase mientras realizase el sondeo.

Avi se detiene de golpe y agarra la botella de agua con ambas manos como si temiese que fuese a caerse.

—¿Tesoros hundidos, como jo-jo-jo y una botella de ron? ¿Piezas de seis? ¿Ese tipo de cosas?

—Piezas de ocho. La misma idea básica —dice Randy—. Los Shaftoe son cazadores de tesoros. Doug está obsesionado con la idea de que hay montones de tesoros escondidos por toda Filipinas.

—¿Dónde? ¿Galeones españoles?

—No. Bien, en realidad, sí. Pero no es eso lo que busca Doug. —Él y Avi han empezado a caminar de nuevo—. En su mayoría es mucho más antiguo, cerámica de juncos chinos hundidos, o mucho más reciente, oro de guerra japonés.

Como Randy esperaba, la mención del oro de guerra japonés causa una gran impresión en Avi. Randy sigue hablando.

—Los rumores dicen que los nipos dejaron un montón de oro en la zona. Se supone que Marcos recuperó un gran alijo escondido en un túnel... de ahí sacó todo su dinero. La mayoría de la gente opina que Marcos tenía algo así como cinco o seis mil millones de dólares, pero gente en Filipinas cree que recuperó más de sesenta mil millones.

—¡Sesenta mil millones! —Avi pone rígida la espina dorsal—. Imposible.

—Mira, puedes creer los rumores o no, no me importa —dice Randy—. Pero como parece que uno de los administradores de Marcos va a depositar fondos en la Cripta, es el tipo de cosas que deberías saber.

—Sigue hablando —dice Avi, deseando de pronto saber más.

—Vale. La gente ha ido corriendo por las Filipinas desde la guerra, cavando hoyos y dragando el fondo marino, intentando encontrar el oro de guerra japonés. Doug Shaftoe es una de esas personas. El problema es que realizar un reconocimiento completo con sonar de Sidescan de toda la zona es bastante caro; no puedes hacerlo a ver qué sale. Vio la oportunidad cuando aparecimos nosotros.

—Comprendo. Muy inteligente —dijo Avi aprobador—. Realizaría el reconocimiento que nosotros necesitamos de todas formas para poder tender los cables.

—Quizá un poco más de lo estrictamente necesario, siempre que estuviese ahí fuera.

—Correcto. Ahora recuerdo el correo furioso de las arpías de la diligencia exigible del Dentista porque el reconocimiento costaba demasiado y llevaba demasiado tiempo. Creen que podríamos haber contratado a una compañía diferente y obtener los mismos resultados con mayor rapidez y menos dinero.

—Probablemente tenían razón —admite Randy—. En todo caso, Doug quería que llegásemos a un acuerdo para darnos a nosotros un diez por ciento de lo que encontrase. Más, si quisiésemos avalar las operaciones de recuperación.

De pronto, Avi abre los ojos como platos y traga una buena bocanada de aire.

—Oh, mierda —dice—. Quería que el Dentista no se enterase.

—Exacto. Porque el Dentista acabaría quedándose con todo. Y dada la peculiar situación doméstica del Dentista, eso implica que los Bolobolos acabarían enterándose de todo. Esos tíos matarían con alegría por quedarse con el oro.

—¡Guau! —dice Avi, agitando la cabeza—. ¿Sabes?, no quiero parecer uno de esos judíos chapados a la antigua que salen en las películas almibaradas. Pero en momentos como éste, todo lo que puedo decir es «Oy, gevalt!».

—No te conté el negocio, Avi, por dos razones. Una de ellas es que nuestra política general es no cotillear sobre esos asuntos. La otra razón es que habíamos decidido contratar a Semper Marine Services de todas formas, por sus propios méritos, así que la propuesta de Doug Shaftoe era irrelevante.

Avi medita sobre la situación.

—Corrección. Era irrelevante, *siempre que Doug Shaftoe no encontrase ningún tesoro hundido.*

—Cierto. Y di por supuesto que no lo encontraría.

—Te equivocaste en esa suposición.

—Me equivoqué en esa suposición —admite Randy—. Shaftoe ha encontrado los restos de un viejo submarino nipón.

—¿Cómo lo sabes?

—Si encontraba un junco chino me enviaría un chiste sobre Ferdinand Marcos. Si encontraba algo de la Segunda Guerra Mundial, sería sobre Imelda. Si era un barco de superficie, trataría de los zapatos de Imelda. Si era un submarino, sobre sus hábitos sexuales. Me envió un chiste sobre los hábitos sexuales de Imelda Marcos.

—Bien, ¿respondiste formalmente en alguna ocasión a la propuesta de Doug Shaftoe?

—No. Como he dicho, no era relevante, íbamos a contratarle de todas formas. Pero luego, después de que se firmasen todos los contratos, cuando estábamos preparando los detalles del reconocimiento, me dijo lo de ese código relacionado con los chistes de Marcos. Comprendí que creía que por haberle contratado habíamos dado un sí implícito a su propuesta.

—Es una forma curiosa de hacer negocios —dice Avi, arrugando la nariz—. Uno pensaría que hubiese sido más explícito.

—Es ese tipo de hombres que cierra tratos con un apretón de manos. Todo basado en el honor personal —dice Randy—. Una vez que planteó la propuesta, no la retiraría.

—El problema de esos hombres honorables —dice Avi— es que esperan que todos los demás se comporten de forma igualmente honorable.

—Cierto.

—Así que ahora cree que somos cómplices en el plan de ocultar al Dentista y los Bolobolos la existencia del tesoro hundido —dice Avi.

—A menos que se lo contemos directamente.

—En cuyo caso traicionaríamos a Doug Shaftoe —dice Avi.

—Traicionando cobardemente al ex SEAL que combatió durante seis años en Vietnam y que tiene muy buenas y tenebrosas conexiones por todo el mundo —añade Randy.

—¡Maldición, Randy! Pensé que iba a hacerte alucinar contándote lo de PEPH.

—Así fue.

—Y ahora vas y me cuentas esto.

—La vida es un espectáculo complejo y todo eso —dice Randy.

Avi piensa durante un minuto.

—Bien, supongo que en el fondo se limita a quién nos gustaría tener de nuestro lado en una pelea tabernaria.

—La respuesta sólo puede ser Douglas MacArthur Shaftoe —dice Randy—. Pero eso no implica que consigamos salir vivos del bar.

*OceanofPDF.com*

# Buscador

Le han metido en el hueco estrecho que queda entre el casco exterior perforado y el casco presurizado del submarino, por donde pasa agua oscura y glacial con la potencia de una manguera de incendios y le atormenta con escalofríos de malaria: los huesos cascan, las articulaciones se congelan, los músculos se llenan de nudos. Está encajado sin espacio libre entre dos superficies desiguales de acero duro, doblándole en formas que se supone que su cuerpo no debería doblarse, y castigándole cuando intenta moverse. Sobre su cuerpo empiezan a crecer los percebes: como piojos pero mayores y con más capacidad de penetrar en la carne. De alguna forma es capaz de seguir respirando, lo justo para permanecer con vida y saborear lo incómodo de la situación en la que se encuentra. Ha estado mucho tiempo respirando agua de mar fría, le ha despellejado los conductos respiratorios, y sospecha que el plancton o algo similar crece ahora en sus pulmones. Golpea el casco presurizado, pero el impacto no produce ningún ruido. Puede sentir el calor del interior, y le gustaría entrar para disfrutar de él. Al final sucede algo con la lógica de los sueños y encuentra una escotilla. La corriente saca a Shaftoe, dejándole suspendido en soledad en medio de un cosmos acuoso, y el submarino se aleja silbando y abandonándole. Ahora Shaftoe está perdido. No sabe distinguir arriba de abajo. Algo le golpea en la cabeza. Ve unas cosas negras con aspecto de bidones que se mueven inexorablemente por entre las aguas dejando rastros cometarios paralelos de burbujas. Cargas de profundidad.

Luego Shaftoe se despierta y comprende que no era más que su cuerpo deseando morfina. Durante un momento está seguro de que vuelve a estar

en Oakland y que el teniente Reagan se alza ante él, preparándose para la Fase 2 de la entrevista.

—Buenas noches, sargento Shaftoe —dice Reagan. Por alguna razón ha adoptado un fuerte acento alemán. Una broma. ¡Estos actores! Shaftoe huele carne, y otras cosas no tan apetitosas. Algo pesado, pero no especialmente duro, le golpea la cara. Luego se retira. Luego vuelve a golpearle.

—¿Su compañero es un buscador de morphium? —dice Beck. Enoch Root se muestra un poco sorprendido; sólo llevan ocho horas en el submarino.

—¿Ya se ha convertido en un incordio?

—Está semiconsciente —dice Beck—, y tiene mucho que decir sobre lagartos gigantes, entre otras cosas.

—Oh, eso es normal en él —dice Root ya aliviado—. ¿Qué le hace pensar que sea un buscador de morphium?

—La botella de morphium y la jeringuilla hipodérmica que tenía en el bolsillo —dice Beck con la ironía inexpresiva teutónica—, y las marcas de aguja en los brazos.

Root observa que el submarino es como un túnel taladrado en el mar y tapizado de aparatos. El camarote (si no es una palabra demasiado grandiosa) es de lejos el espacio abierto más grande que Root ha visto, lo que significa que puede estirar los brazos sin golpear a nadie o tirar sin querer un reloj o una lámpara. Incluso tiene un armario de madera, y ha sido aislado del pasillo por una cortina de cuero. Cuando le trajeron, pensó que era un armario de la limpieza. Pero al examinarlo con atención, comienza a comprender que es el lugar más agradable de todo el submarino: el camarote privado del capitán. Suposición que queda confirmada cuando Beck abre con llave un cajón y saca una botella de Armagnac.

—Conquistar Francia tiene sus privilegios —dice Beck.

—Sí —responde Root—, realmente sabéis cómo saquear un país.

El teniente Reagan ha vuelto, atacando a Bobby Shaftoe con un estetoscopio que parece haber sido conservado en un baño de nitrógeno líquido hasta el momento de usarse.

—Tose, tose, tose —dice continuamente. Al final aparta el instrumento.

Algo está jodiendo los tobillos de Shaftoe. Intenta apoyarse en el codo para echar un vistazo y se golpea la cara contra una tubería abrasadoramente caliente. Una vez que ha conseguido recuperarse, mira cuidadosamente al otro extremo de su cuerpo y ve allí abajo una puta ferretería. ¡Los cabrones le han puesto cadenas!

Se recuesta y un jamón colgante le golpea en la cara. Encima hay un firmamento de tuberías y cables. ¿Dónde lo ha visto antes? En el Dutch-Hammer, allí fue. Sólo que en este submarino las luces están encendidas, no parece que esté hundiéndose y está lleno de alemanes. Los alemanes se muestran tranquilos y relajados. Ninguno de ellos está sangrando o gritando. ¡Maldición! El navío se agita de un lado a otro, y una gigantesca Blutwurst le golpea en la barriga.

Comienza a prestar atención a lo que le rodea, intentando descubrir dónde está. No hay mucho que ver, excepto carne colgando. El camarote es una rodaja de seis pies de submarino, con una pasarela estrecha en el medio, cercado de literas. O quizá sean camastros. La que tiene justo enfrente está ocupada por un saco de lona sucio.

Que se jodan. ¿Dónde está la caja con las botellas púrpura?

—Es divertido leer las comunicaciones con Charlottenburg —le dice Beck a Root, cambiando de tema a los mensajes descifrados que hay sobre la mesa —. Quizá las escribió ese judío Kafka.

—¿Y eso?

—Parece que no esperan que regresemos vivos a casa.

—¿Qué le hace pensar tal cosa? —dice Root, intentando no saborear demasiado el Armagnac.

Cuando se lo lleva a la nariz e inhala, el aroma casi aniquila la peste a orina, vómitos, comida podrida y diesel que baña hasta el nivel atómico

todo lo que contiene el submarino.

—Nos presionan para que enviemos información sobre los prisioneros. Están muy interesados en vosotros —dice Beck.

—En otras palabras —dice Root con cuidado—, quieren que nos interrogues ahora mismo.

—Exacto.

—¿Y que envíes los resultados por radio?

—Sí—dice Beck—. Pero en realidad debería concentrarme en que todos permaneciésemos con vida... pronto saldrá el sol y nos esperan muchos problemas. Recordaré que tu nave envió nuestras coordenadas antes de que la hundiésemos. Todos los aviones y barcos aliados nos estarán buscando.

—Por tanto, si coopero —dice Root—, podrás volver a concentrarte en salvaguardar nuestras vidas.

Beck intenta controlar una sonrisa. Su pequeña táctica era desde el principio torpe y evidente, y Root ya lo ha comprendido. Beck se siente, en todo caso, aún más incómodo que Root con respecto a ese rollo del interrogatorio.

—Supongamos que te cuento todo lo que sé —dice Root—. Si lo envías todo a Charlottenburg, la radio estará funcionando, en la superficie, durante horas. Huffduff nos localizará en unos segundos y todo bombardero y destructor en mil millas a la redonda te caerá encima.

—Caerá sobre nosotros —le corrige Beck.

—Sí. Así que si realmente quiero conservar la vida, será mejor que me calle —dice Root.

—¿Busca esto? —dice el alemán del estetoscopio, quien (según ha descubierto Shaftoe) no es un médico de verdad, sino simplemente el tipo que resulta estar al cargo de la caja de material médico. En todo caso, está sosteniendo el objeto. El objeto en sí.

—¡Deme eso! —dice Shaftoe, intentado agarrarla débilmente—. ¡Es mío!

—En realidad, es mío —dice el médico—. La suya está con el capitán. Podría compartir parte de la mía si coopera.

—Jódase —dice Shaftoe.

—Muy bien —dice el médico—. La dejaré aquí. —Pone la jeringuilla llena de morfina en la litera opuesta y un nivel por debajo de la de Shaftoe, de forma que Shaftoe, mirando por entre un par de Knockwursts, pueda verla. Pero no pueda alcanzarla. Luego el médico se va.

—¿Por qué llevaba el sargento Shaftoe una botella alemana de morfina y una jeringuilla alemana? —pregunta Beck inquisitivo, intentando en la medida de lo posible que parezca una conversación y no un interrogatorio. Pero el esfuerzo le supera y esa sonrisa intenta de nuevo tomar el control de sus labios. Es la sonrisa de un perro apaleado. A Root le parece algo alarmante, ya que Beck es el tipo encargado de mantener con vida a todos los que están en el submarino.

—No lo sabía —dice Root.

—La morfina está muy regulada —dice Beck—. Cada botella tiene un número. Ya hemos radiado los números de la botella del sargento Shaftoe a Charlottenburg, y pronto sabremos de dónde ha salido. Aunque es posible que no nos lo digan.

—Buen trabajo. Eso les mantendrá ocupados durante un tiempo. ¿Por qué no vuelve a comandar la nave? —sugiere Root.

—Nos encontramos en la calma antes de la tormenta —dice Beck—, y no tengo demasiado que hacer. Así que intento satisfacer mi curiosidad personal sobre vosotros.

—Estamos jodidos, ¿no? —dice una voz alemana.

—¿Eh? —dice Shaftoe.

—He dicho que estamos jodidos. ¡Habéis roto Enigma!

—¿Qué es Enigma?

—No te hagas el tonto —dice el alemán.

Shaftoe siente un picor en la nuca. Suena exactamente como algo que un alemán diría justo antes de iniciar la tortura.

Shaftoe compone su rostro con la expresión fría, de párpados caídos, y estúpida que emplea siempre que intenta irritar a un oficial. Se vuelve hacia el sonido de la voz, lo mejor que puede teniendo las piernas encadenadas. Espera ver un oficial aquilino de la SS vestido con un uniforme negro, botas

militares, insignias de calaveras, fusta de montar, quizá jugueteando con un par de empulgueras entre los guantes negros.

En su lugar no ve a nadie. ¡Mierda! ¡Sigue alucinando!

Luego la bolsa marinera sucia comienza a moverse. Shaftoe parpadea y distingue una cabeza que sobresale de un extremo: rubia paja pero prematuramente medio calva, barba negra que contrasta, ojos verde pálidos como los de un gato. La vestimenta de lona del hombre no es exactamente una bolsa, sino un abrigo voluminoso. Tiene los brazos cruzados sobre el cuerpo.

—Oh, bien —murmura el alemán—. Sólo intentaba iniciar una conversación. —Vuelve la cabeza y se rasca la nariz acariciando el hocico contra una almohada durante un rato—. Puedes contarme cualquier secreto —dice—. Comprende, ya he notificado a Dönitz que Enigma es basura. Y no ha pasado nada. Excepto que me ha enviado un abrigo nuevo. —El hombre se da la vuelta, mostrando la espalda a Shaftoe. Las mangas del abrigo cosidas en los extremos y atadas entre ellas a la espalda—. Es más cómodo de lo que parece, los primeros dos días.

Un oficial aparta la cortina de cuero, asiente para disculparse y le pasa a Beck un mensaje recién descifrado. Beck lo lee, enarca las cejas y parpadea de cansancio.

Lo deja sobre la mesa y mira la pared durante quince segundos. Luego lo coge y lo vuelve a leer, con atención.

—Dice que no debo hacerte más preguntas.

—¿¡Qué!?

—Bajo ninguna circunstancia —dice Beck— debo sacarte más información.

—¿Qué coño significa eso?

—Probablemente que sabes algo que yo no estoy autorizado a saber —responde Beck.

Ya hace como doscientos años desde que Bobby Shaftoe tuvo rastros de morfina en su cuerpo. Sin ella, no puede conocer el placer o incluso la

comodidad.

La jeringuilla brilla como una estrella fría en la litera de debajo del alemán loco con la camisa de fuerza. Preferiría que le arrancasen las uñas o similar.

Sabe que va a desmoronarse. Intenta pensar en una forma de desmoronarse que no ponga en peligro la vida de ningún marine.

—Podría llevarte la jeringuilla en los dientes —sugiere el hombre, que se ha presentado como Bischoff.

Shaftoe lo medita.

—¿A cambio de qué?

—Me cuentas si habéis descifrado Enigma.

—Oh. —Shaftoe se siente aliviado; temía que Bischoff le exigiese una mamada—. ¿Ésa es la máquina de códigos de la que me ha hablado? —Él y Bischoff han tenido mucho tiempo para charlar.

—Ésa.

Shaftoe está desesperado. Pero también está muy irritable, lo que ahora le sirve muy bien.

—¿Espera que crea que no es más que un tipo loco que siente curiosidad con respecto a Enigma y no un oficial naval alemán que se ha puesto una camisa de fuerza para engañarme?

Bischoff se exaspera.

—¡Ya te he dicho que le he contado a Dönitz que Enigma es basura! ¡Así que si me cuentas que es basura, eso no tendrá mayor importancia!

—Déjame preguntarte algo —dice Root.

—¿Sí? —dice Beck, realizando el esfuerzo visible de alzar las cejas y aparentar que le importa.

—¿Qué le has contado a Charlottenburg acerca de nosotros?

—Nombres, rangos, números, circunstancias de la captura.

—Pero eso se lo dijiste ayer.

—Correcto.

—¿Qué les has dicho recientemente?

—Nada. Excepto el número de serie de la botella de morfina.

—¿Y cuánto tiempo ha pasado desde ese momento hasta que te han ordenado dejar de extraer información?

—Como cuarenta y cinco minutos —dice Beck—. Por tanto, sí, me gustaría mucho preguntarte de dónde salió la botella. Pero iría contra las órdenes.

—Podría considerar responder a su pregunta con respecto a Enigma —dice Shaftoe— si me dice si este cacharro transporta oro.

Bischoff frunce el ceño; está sufriendo problemas de traducción.

—¿Te refieres a dinero? ¿*Geld?*

—No. Oro. El metal amarillo tan caro.

—Quizá un poco —dice Bischoff.

—Nada de calderilla —dice Shaftoe—. Toneladas y toneladas.

—No. Los submarinos no transportan toneladas de oro —contesta Bischoff categórico.

—Lamento que haya dicho eso, Bischoff. Pensaba que habíamos empezado nuestra relación con buen pie. Y ahora va y me miente... ¡cabrón!

Para sorpresa de Shaftoe, y su creciente irritación, Bischoff piensa que es hilarante que lo llamen cabrón.

—¿Por qué cojones iba a mentirte? ¡Por amor de dios, Shaftoe! ¡Desde que habéis roto Enigma y habéis montado radares en todo lo que se mueve, virtualmente habéis hundido todo submarino que hemos botado! ¿Por qué iba la Kriegsmarine a cargar oro en una nave que sabe condenada?

—¿Por qué no se lo pregunta al tipo que lo cargó en el U-553?

—¡Ja! ¡Eso sólo demuestra que eres un mentiroso! —dice Bischoff—. Al U-553 lo hundieron hace un año, durante un ataque a un convoy.

—No fue así. Subí a bordo no hace dos meses —replica Shaftoe—, en la costa de Qwghlm. Estaba repleto de oro.

—Gilipolleces —dice Bischoff—. ¿Qué llevaba pintado en la torrecilla?

—Un oso polar sosteniendo una jarra de cerveza.

Un largo silencio.

—¿Quiere saber más? Fui al camarote del capitán —dice Shaftoe—, y había una foto suya con otros tipos, y ahora que lo pienso, uno de ellos se

parecía a usted.

—¿Qué hacíamos?

—Todos llevaban trajes de baño. ¡Y una puta sentada en las rodillas! —grita Shaftoe—. A menos que fuesen sus esposas... ¡en cuyo caso lamento que su esposa sea una puta!

—¡Oh, jo, jo, jo, jo, jo! —dice Bischoff. Se tiende de espaldas y mira las tuberías durante un rato, meditando sobre la información, y luego continúa—: ¡Jo, jo, jo, jo, jo, jo, jo!

—¿Qué, he revelado algún secreto? Que se jodan usted y su madre si así fue —dice Shaftoe.

—¡Beck!—grita Bischoff—. *Achtung!*

—¿Qué hace?—pregunta Shaftoe.

—Conseguirte morfina.

—Oh. Gracias.

Media hora más tarde, se presenta el hombre al mando. Bastante puntual considerando lo que es habitual en los oficiales. Él y Bischoff hablan en alemán durante un rato. Shaftoe oye varias veces la palabra *morphium.* Al final, el hombre al mando llama al médico, quien clava la aguja en el brazo de Shaftoe y le inyecta como la mitad.

—¿Tiene algo que decir? —le pregunta el capitán a Shaftoe. Parece un tipo agradable. Ahora todos le parecen tipos agradables.

Primero, Shaftoe se dirige a Bischoff.

—¡Señor! ¡Lamento haber usado un lenguaje tan fuerte con usted, señor!

—No importa —contesta Bischoff—, como has dicho, era una puta.

El hombre al mando se aclara la garganta con impaciencia.

—Sí. Me estaba preguntando —dice Shaftoe volviéndose hacia el capitán—, ¿tienen oro en este submarino?

—¿El metal amarillo?

—Sí. En lingotes.

El capitán sigue perplejo. Shaftoe comienza a sentir una cierta satisfacción maliciosa. Jugar con las cabezas de los oficiales no es tan agradable como tener el cerebro saturado de opiáceos muy refinados, pero valdrá por el momento.

—Pensaba que todos los submarinos lo llevaban —dice.

Beck despide al médico. Luego él y Bischoff hablan un rato en alemán sobre Shaftoe. En medio de la conversación, Beck le lanza una bomba a Bischoff. Bischoff queda atónito, y durante un momento se niega a creerlo, y Beck sigue diciéndole que es cierto. Luego Bischoff vuelve a otra vez al jo-jo-jo.

—Él no puede hacerte preguntas —dice Bischoff—. Órdenes de Berlín. ¡Jo, jo! Pero yo sí puedo.

—Dispare —dice Shaftoe.

—Háblanos del oro.

—Denme más morfina.

Beck vuelve a llamar al médico, y el médico le da el resto de la jeringuilla. Shaftoe jamás se ha sentido mejor. ¡Qué negocio tan cojonudo! Recibe morfina de los alemanes a cambio de contarles secretos militares alemanes.

Bischoff empieza a interrogar a Shaftoe en profundidad, mientras Beck observa. Shaftoe cuenta toda la historia del U-553 como tres veces. Bischoff está fascinado, Beck parece triste y asustado.

Cuando Shaftoe menciona que las barras de oro tenían caracteres chinos, tanto Beck como Bischoff quedan desconcertados. Se les enciende el rostro, como si hubiesen sido iluminados por un proyector Leigh en medio de una noche cerrada. Beck comienza a sorber, como si estuviese resfriado, y Shaftoe se asombra al darse cuenta de que en realidad está llorando. Llora lágrimas de vergüenza. Pero Bischoff sigue fascinado y concentrado.

Luego un oficial entra para darle un mensaje a Beck. Es evidente que el oficial está asombrado y muerto de miedo. Mira continuamente no a Beck, sino a Bischoff.

Beck se controla y lee el mensaje. Bischoff se sienta en la litera, pone la barbilla sobre el hombro de Beck y lee al mismo tiempo. Tienen el aspecto de un monstruo de feria de dos cabezas que no se ha bañado desde la administración Hoover. Ninguno de ellos habla al menos durante un minuto. Bischoff guarda silencio porque sus engranajes mentales giran tan rápido como el giroscopio de un torpedo. Beck guarda silencio porque está a punto de desmayarse. En el exterior del camarote, Shaftoe oye la noticia,

la que sea, viajar por toda la longitud del submarino a la velocidad del sonido. Algunos hombres gritan de rabia, otros lloran, otros ríen histéricos. Shaftoe se imagina que se ha perdido o ganado una importante batalla. Quizá Hitler haya sido asesinado. Quizá Berlín ha sido saqueada.

Ahora Beck está claramente aterrorizado.

Entra el médico. Adopta una firme postura militar, la primera vez que Shaftoe ha visto tal formalidad en el submarino. Se dirige brevemente a Beck en alemán. Beck asiente continuamente mientras el médico habla. Luego ayuda al doctor a sacar a Bischoff de la camisa de fuerza.

Bischoff se muestra un poco rígido, un poco inestable, pero se recupera con rapidez. Es más bajo que la media, con una constitución fuerte y una cintura delgada, y cuando salta de la litera al suelo Shaftoe piensa en un jaguar bajando de un árbol. Le da la mano vigorosamente al médico, y también al deprimido Beck. Luego abre la escotilla que lleva a la sala de control. La mitad de la tripulación abarrota la pasarela, contemplando la puerta, y cuando ve a Bischoff, el éxtasis recorre sus caras y se producen gritos de júbilo. Bischoff acepta la mano de todos ellos, abriéndose paso hasta la sala de control como un político por entre una multitud que le adora. Beck se va por la otra salida y se pierde entre los motores.

Shaftoe no tiene ni idea de lo que pasa hasta que Root se presenta media hora más tarde. Root coge el mensaje del suelo y lo lee. Su aspecto perpetuamente perplejo, normalmente tan molesto, en esta ocasión le sienta muy bien.

—Es un mensaje a todas las naves en el mar desde el centro naval supremo alemán, Tirpitzufer, Berlín. Dice que el U-691, el submarino en el que nos encontramos, Bobby, ha sido abordado y capturado por comandos aliados, y que ya ha atacado y hundido un nodriza en el Atlántico. Ahora parece que se dirige hacia la Europa continental, donde presumiblemente intentará infiltrarse en bases navales alemanas y hundir más barcos. Se ordena a todas las fuerzas aéreas y navales que si localizan al U-691 lo destruyan.

—Mierda —dice Shaftoe.

—Estamos en el submarino equivocado en el momento equivocado —dice Root.

—¿Qué pasa con ese personaje, Bischoff?

—Lo apartaron del mando hace un tiempo. Ahora ha vuelto.

—¿Ese maniaco controla el submarino?

—Es el capitán —dice Root.

—Bien, ¿a dónde lo lleva?

—No creo que ni él mismo lo sepa.

Bischoff va a su camarote y se sirve un trago de Armagnac. Luego se dirige a la sala de cartas que siempre ha preferido por encima de su camarote. La sala de cartas es el único lugar civilizado en todo el submarino. Por ejemplo, tiene un hermoso sextante en el interior de una caja de madera pulida. Allí convergen desde toda la nave tubos de comunicación y, aunque nadie habla en ellos directamente, puede oír fragmentos de conversación, el clamor distante de los motores, el barajar de un mazo de cartas, el silbido de los huevos frescos sobre la plancha. ¡Huevos frescos! Gracias a dios que pudieron llegar al nodriza antes de que lo hundiesen.

Extiende un mapa pequeño que representa todo el Atlántico Norte, dividido en una rejilla con letras y números para cazar convoyes. Debería mirar el sur del mapa, que es donde se encuentran ahora. Pero se siente atraído, insistentemente, hacia el norte, hacia el archipiélago de Qwghlm.

Lo ponemos en el centro de un reloj. De tal forma, Gran Bretaña está a las cinco y seis en punto, e Irlanda a las siete. Noruega está al este, a las tres en punto. Dinamarca está justo al sur de Noruega, a las cuatro en punto, y en la base de Dinamarca, donde conecta con Alemania, se encuentra Wilhelmshaven. Francia, hogar de tantos submarinos, está muy, muy lejos hacia el sur, completamente fuera del mapa.

Un submarino que fuese desde mar abierto a un puerto seguro en la Fortaleza Europa se limitaría a dirigirse a los puertos franceses en el golfo de Vizcaya; el más probable, Lorient. Llegar al mar al norte de Alemania y a los puertos bálticos sería un viaje mucho más largo, complicado y peligroso.

Los submarinos tendrían que encontrar una forma de dar la vuelta a Gran Bretaña. Al sur, tendrían que atravesar el canal de la Mancha, que (dejando de lado que es un cuello de botella repleto de radares británicos) ha sido convertido en un laberinto de barcos de bloqueo hundidos y campos

de minas por esos aguafiestas de la Marina Real. Hay mucho más espacio al norte.

Dando por supuesto que la historia de Shaftoe sea cierta —y algo de verdad debe de tener, o de dónde si no habría sacado la botella de morfina —, entonces debería haber sido una cuestión razonablemente simple para el U-553 rodear Gran Bretaña por la ruta norte. Pero los submarinos casi siempre sufren problemas mecánicos de algún tipo, sobre todo si llevan mucho tiempo en el mar. Eso haría que un capitán se mantuviese cerca de la costa, en lugar de ir por mar abierto, donde no habría esperanza de sobrevivir si los motores fallaban por completo. Durante el último par de años, los submarinos maltrechos han quedado abandonados en las costas de Irlanda e Islandia.

Pero supongamos que un submarino maltrecho y pegado a la costa pasase cerca de la base de la Marina Real en Qwghlm justo cuando otro realizaba una incursión allí, como afirmaba Shaftoe. En ese caso, la red barredera de destructores y aeroplanos enviada para capturar al submarino incursor hubiese podido también capturar al U-553, sobre todo si su habilidad para maniobrar estuviese comprometida.

Hay dos elementos poco plausibles en la historia de Shaftoe. Uno, que un submarino estuviese transportando un tesoro en oro sólido, pos, que un submarino se dirigiese a puertos alemanes en lugar de a uno de los puertos franceses.

Pero los dos juntos son más plausibles que cada uno por separado. Un submarino que transportase tanto oro tendría muy buenas razones para ir directamente a la Patria. Alguna persona en muy buena posición quería mantener el oro en secreto. No sólo secreto para el enemigo, sino secreto también para los alemanes.

¿Por qué están los japoneses entregando oro a los alemanes? Los alemanes deben estar dándoles a cambio algo que necesitan: materiales estratégicos, planes para nuevas armas, consejos, algo similar.

Compone un mensaje:

*¡Dönitz!*

*Soy Bischoff. Vuelvo a tener el mando. Gracias por las agradables vacaciones. Ahora me siento renovado.*

*Qué poco civilizado por su parte el ordenar que nos hundan. Debe tratarse de un malentendido. ¿Podríamos discutirlo cara a cara?*

*Un oso polar borracho me contó algunas cosas fascinantes. Quizá emita la información dentro de más o menos una hora. Como de todas formas no confío en Enigma, no me molestaré en cifrarla.*

*Respetuosamente suyo.*

*Bischoff*

Una bandada de blancas Uves migra hacia el norte desde Gibraltar atravesando un mar soleado. En el ápice de cada V hay una mota como una liendre. Las motas son barcos, transportando megatoneladas de basura bélica, y millares de soldados desde el norte de África (donde sus servicios ya no son necesarios) de vuelta a Gran Bretaña. Ése es el aspecto que tiene para los pilotos de los aviones sobre el golfo de Vizcaya.

Todos esos pilotos y todos esos aviones son ingleses o norteamericanos, ahora esa zona es de ellos y la han convertido en un crisol para tripulaciones de submarinos.

La mayoría de las Uves dibujan rumbos paralelos hacia el norte, pero algunas giran y viran incesantemente: son destructores, dando vueltas literalmente alrededor de los transportes, buscando tenaces.

Esas latas protegerán los convoyes; los pilotos de los aviones que intentan encontrar el U-691 pueden por tanto buscar en otra parte.

El potente sol produce sombras frente a cada barco; los ojos de los vigías, los iris convertidos en puntos y mirando al resplandor marítimo, no pueden penetrar en la sombra más de lo que pueden penetrar en la madera. Si pudiesen, quizá notarían que uno de los grandes transportes de la fila delantera tiene un accesorio peculiar: una cañería que sobresale del agua verticalmente justo frente y a un lado de proa. En realidad, es un conjunto de cañerías, una absorbiendo aire, otra emitiendo humos de diesel, otra transmitiendo un flujo de información en forma de luz reflejada por prismas. Sigue el flujo de datos unas pocas yardas al interior del agua y llegarás al nervio óptico del Kapitänleutnant Günter Bischoff. Éste a continuación lleva hasta su cerebro, que en este momento está muy activo.

En la era del sónar, el submarino de Bischoff era una rata en un sótano infinito, oscuro y abarrotado, escondiéndose de un hombre que no tiene ni lámpara ni linterna: sólo dos rocas que lanzan una chispa cuando las golpeaba. Bischoff hundió muchos barcos en esos días.

Un buen día, cuando se encontraba en la superficie, intentando atravesar el Caribe, de la nada apareció un Catalina. Apareció en un cielo azul y despejado y Bischoff tuvo tiempo de sobra para sumergirse. El Catalina lanzó algunas cargas de profundidad y se alejó; debía estar al final de su autonomía.

Dos días más tarde, cayó un frente de nubes, cubriendo el cielo, y Bischoff cometió el error de relajarse. Otro Catalina los encontró: éste empleó las nubes para ocultar su aproximación, esperó hasta que el U-691 atravesase una zona de mar iluminada por el sol y luego cayó en picado, centrando su propia sombra sobre el puente del submarino. Por suerte, Bischoff disponía de un sistema de vigía antisolar doble de sector. Era una forma de expresar, en jerga, que en un momento determinado, sobre el puente había dos hombres apestosos, sin camisa, sin afeitar y quemados por el sol, que proyectaban sombras sobre los osos usando las manos. Uno de los hombres dijo algo en un tono de voz inquisitivo, lo que sirvió para alertar a Bischoff. A continuación, un cohete destrozó a los dos vigías. El fuego de artillería y los cohetes hirieron a cinco hombres más de Bischoff antes de que éste pudiese ordenar que el submarino descendiese.

Al día siguiente, el frente había cubierto el cielo de nubes bajas de un color gris azulado de un extremo del horizonte hasta el otro. El U-691 estaba muy lejos de tierra. Aún así, Bischoff hizo que Holz, su maquinista jefe, llevase al submarino a profundidad de periscopio. Bischoff examinó el horizonte con toda meticulosidad. Satisfecho de que se encontraban perfectamente a solas, hizo que Holz los llevase a la superficie. Encendieron el motor diesel y dirigieron el barco hacia el este. Había terminado la misión, el submarino estaba dañado, era hora de regresar a casa.

Dos horas más tarde, un avión descendió desde la capa de nubes y les arrojó un delgado huevo negro. Bischoff se encontraba en el puente, disfrutando del aire fresco, y tuvo la presencia de ánimo para gritar algo sobre medidas evasivas en el tubo de comunicación. Metzger, el timonel,

viró instantáneamente a estribor. La bomba se hundió en el agua exactamente allí donde había estado la cubierta del U-691.

Siguió en la misma vena hasta que el U-691 se encontraba aún más lejos de tierra. Cuando al final llegaron cojeando hasta la base en Lorient, Bischoff le contó a sus superiores la historia en tono de asombro supersticioso, y al final le informaron de que el enemigo tenía algo nuevo llamado radar.

Bischoff lo estudió y leyó los informes de inteligencia: ¡los Aliados incluso lo estaban instalando en aviones! ¡Podían ver tu periscopio!

Su submarino ya no es una rata en un sótano a oscuras. Ahora es un tábano sin alas arrastrándose sobre un mantel inmaculado bajo la luz torrencial del sol de la tarde.

Dönitz, bendito sea, intenta construir nuevos submarinos que puedan permanecer sumergidos todo el tiempo. Pero debe suplicar por cada tonelada de acero y por los servicios de cada ingeniero. Mientras tanto, está esa solución provisional, el schnorkel, que no es más que fontanería: una cañería que sobresale del agua y te permite avanzar por diesel, justo bajo la superficie. Incluso el schnorkel se ve en el radar, pero de forma menos brillante. Cada vez que el U-691 sube a la superficie durante más de una hora, Holz se pone a trabajar en el schnorkel, soldando trozos nuevos, arrancando antiguos, envolviéndolo en goma o algún otro material del que tiene la esperanza que absorba el radar. Los ingenieros que instalaron el schnorkel en Lorient hace seis meses no lo reconocerían, porque ha cambiado, como las musarañas evolucionando en tigres. Si Bischoff consigue llevar el U-691 a puerto seguro, otros podrán aprender de las innovaciones de Holz, y los pocos submarinos que no han sido hundidos podrán sacar algún beneficio de sus experimentos.

¡Para! Así debe ser como mueren los oficiales, y llevan a la muerte a sus hombres: pasan más tiempo repasando el pasado que planeando el futuro. Que Bischoff piense en todas esas cosas no es más que masturbación. Debe concentrarse.

No tiene que preocuparse demasiado de que los alemanes vayan a hundirle. Tan pronto como envió a Dönitz el mensaje amenazando con emitir la información sobre el oro, Dönitz rectificó su orden general de

hundir el U-691. Pero queda la posibilidad de que algún barco recibiese la primera orden pero no la segunda, así que todavía debe andarse con ojo.

Como si importase. Apenas queda Marina Alemana para hundirle. En lugar de eso, puede preocuparse de ser atacado por los Aliados. Estarán extremadamente irritados cuando descubran que lleva siguiendo ese convoy durante dos días enteros. Bischoff ya está bastante irritado él mismo: es un convoy rápido que se protege haciendo zigzag, y si el U-691 no hace zigzag siguiendo perfectamente al barco que tiene por encima, o será aplastado o se quedará fuera de su sombra y será descubierto. Tal cosa ejerce mucha presión sobre el capitán y la tripulación, y añade un gran consumo a las provisiones de bencedrina. ¡Pero han cubierto quinientas millas! Pronto, el fatal golfo de Vizcaya quedará atrás, Bretaña estará a estribor, y Bischoff podrá elegir: quedarse en el canal de la Mancha, lo que sería un suicidio; dirigirse al norte entre Gran Bretaña e Irlanda, lo que sería un suicidio; o dirigirse al oeste para bordear Irlanda, lo que sería un suicidio.

Claro está, siempre queda Francia, que es territorio amigo, pero se trata de una sirena a cuya llamada es preciso resistirse con todas las fuerzas. Para Bischoff no es suficiente encallar el submarino en alguna playa olvidada de dios; quiere regresar a una base de verdad. Pero los cielos sobre las bases de verdad están infestados de Catalinas, iluminando el mar con la luz satánica de sus radares. Es mucho más inteligente hacerles creer que se dirige a un puerto francés y luego dirigirse a un puerto alemán.

O al menos eso pensaba hace dos días. Ahora empiezan a pesarle las complejidades del plan.

La sombra del barco que tienen encima de pronto parece más larga y más profunda. Por tanto, o la rotación de la Tierra acaba de acelerar tremendamente, trasladando el sol a un ángulo diferente, o el barco ha virado hacia ellos.

—Todo a estribor —dice Bischoff con calma. Su voz se traslada por el tubo hasta el hombre que controla el timón—. ¿Hay algo en la radio?

—Nada —dice el Funkmaat.

Es extraño; normalmente, cuando los barcos zigzaguean, se coordinan por radio. Bischoff va moviendo el periscopio y observa el transporte, todavía intentado meterse entre ellos. Comprueba su rumbo; ¡el cabrón ha virado nada menos que noventa grados!

—Nos han visto —dice Bischoff—. Nos sumergiremos en un momento. —Pero antes de perder la habilidad de emplear el periscopio, realiza un giro de más de trescientos sesenta grados, simplemente para verificar que su mapa mental del convoy es exacto. Lo es, más o menos; ahí está el destructor, justo donde creía que estaba. Mantiene fijo el periscopio, e indica la posición del blanco. El Torpedomaat repite los dígitos mientras los marca en el computador de blanco: lo último en tecnología analógica. El ordenador realiza algunos de sus cálculos y ajusta los giroscopios de un par de torpedos. Bischoff dice: *fuego, fuego, inmersión.* Sucede casi con la misma rapidez. El coro de martillos diesel, que desde hace un par de días le ha ido volviendo loco sutilmente, es reemplazado por un silencio atronador. Ahora van con baterías.

Como ha sido siempre, y lo seguirá siendo durante al menos medio siglo más, las baterías son una mierda. El convoy parece acelerar mientras la velocidad del U-691 cae hasta un bamboleo patético. Ahora mismo, el destructor puede avanzar cinco veces más rápido que ellos. Bischoff odia esta parte.

—El destructor está realizando acciones de evasión —dice el hombre de sonido.

—¿Tuvimos tiempo de recibir el informe meteorológico? —pregunta.

—Frente de tormentas por la noche. Tiempo horrible mañana.

—Veamos si podemos permanecer vivos hasta que llegue la tormenta—dice Bischoff—. Luego dirigiremos este cubo de mierda directamente al centro del Canal, metiéndolo directamente en el culo gordo de Winston Churchill, y si morimos, moriremos como hombres.

Un clamor terrible se propaga por el agua y atraviesa el casco. Los hombres lanzan vítores sombríos; acaban de hundir otro barco. ¡Genial!

—Creo que era el destructor —dice el hombre de sonido, como si no pudiese creer su suerte.

—Esos torpedos buscadores son unos cabrones —dice Bischoff—, eso cuando no se dan la vuelta y te buscan a ti.

Un destructor menos, quedan tres. Si hunden otro más, tienen una posibilidad de escapar de los otros dos. Pero es casi imposible escapar de tres destructores.

—No hay momento como el presente —dice—. ¡Profundidad de periscopio! Veamos qué coño pasa mientras los tenemos nerviosos.

Es así: uno de los destructores se hunde y otro se dirige a él para ayudarle. Los otros dos convergen a donde el U-691 se encontraba hace treinta segundos, pero se ven entorpecidos al tener que avanzar por entre el convoy. Casi inmediatamente comienzan a disparar. Bischoff lanza un ataque de torpedos hacia el destructor de ayuda. Ahora mismo hay agua saltando alrededor de todo el submarino por los disparos de los otros. Hace otro giro de trescientos sesenta grados, fijando en su mente la imagen del convoy.

—¡Inmersión! —dice.

Luego se le ocurre una idea mejor.

—¡Olvidad eso último! Superficie y velocidad máxima.

Cualquier otra tripulación de submarino le cortaría la garganta ahora mismo y luego se rendiría. Pero esos tipos ni vacilan; o le quieren de verdad o todos han decidido que van a morir de todas formas.

Se producen veinte segundos de terror puro. El U-691 corre por la superficie, ladeándose como un Messerschmidt mientras a su alrededor las bombas golpean el agua. Los miembros de la tripulación salen corriendo por las escotillas, con el aspecto de residentes de un campo de prisioneros bajo el sol brillante, intentando no deslizarse por la cubierta mientras se inclina de un lado a otro, sumergiéndose para fijar las líneas de seguridad a los cables antes de que las trombas de agua los saquen de sus zapatos. Ya operan las armas.

De pronto hay un enorme barco de transporte entre ellos y los dos destructores. Estarán seguros durante un minuto. Bischoff se encuentra en la torrecilla. Se mueve a popa y mira al otro destructor, que da vueltas como un loco intentando deshacerse de los torpedos.

Cuando salen de la seguridad del transporte, Bischoff comprueba que su mapa mental del convoy era más o menos exacto. Da más órdenes al timón y a los motores. Antes de que los dos destructores tengan oportunidad de volver a disparar, Bischoff ha conseguido colocarse entre ellos y un transporte de tropas: un trasatlántico decrépito cubierto por una capa apresurada de camuflaje de guerra. Ahora no pueden dispararle sin hacer volar por los aires a sus propias tropas. Pero él sí que puede disparar.

Cuando los hombres de Bischoff ven el trasatlántico y miran a los destructores impotentes, comienzan a cantar: una cancioncilla de felicitación de cervecería.

El U-691 está cargado de armas, debido a las amenazas aéreas. La tripulación de Bischoff abre fuego contra los destructores con todas las armas pequeñas y medianas, dando así a la tripulación de cañones de cubierta una oportunidad de prepararse y disparar. A esa distancia, el peligro está en que el proyectil atraviese el casco del destructor y salga por el otro lado, sin detonar. Debes ser paciente, tomarte tu tiempo, apuntar a los motores. La tripulación de Bischoff lo sabe.

El cañón de cubierta produce un sonido de explosión capaz de romper el cráneo; el proyectil roza el agua, da en el destructor más cercano justo en las calderas. El destructor no estalla, pero sí se detiene de pronto. Disparan un poco más al otro destructor y consiguen acabar con uno de sus cañones y uno de sus lanzadores de cargas de profundidad. Luego los vigías ven aviones que vienen hacia ellos, y es hora de sumergirse. Bischoff realiza una última observación de periscopio antes de sumergirse, y se sorprende al ver que el destructor que intentaba evadir los torpedos lo ha conseguido; aparentemente dos de ellos han dado la vuelta y han alcanzado barcos de transporte.

Descienden directamente a los ciento sesenta metros. Los destructores les lanzan cargas de profundidad durante ocho horas. Bischoff duerme un poco. Cuando despierta, las cargas de profundidad estallan por todas partes y todo va bien. Ahora mismo allá arriba debería haber oscuridad y una tormenta: mal tiempo para los Catalinas. Escapa a los destructores (en resumen) haciendo cosas inteligentes que ha aprendido por las malas. El submarino es tan delgado como una aguja de tejer, y cuando lo enfilas directamente hacia o en contra de la fuente de un ping, casi no produce reflexión. Lo único que necesitas es un mapa mental claro de dónde te encuentras con respecto a los destructores.

Después de una hora más, los destructores se rinden y se van. Bischoff lleva el U-691 a profundidad de superficie y lo apunta directamente al centro del Canal de la Mancha, como estaba anunciado. También emplea el periscopio para verificar que el tiempo es, como estaba anunciado, terrible.

Esos cabrones tienen un alfiler rojo bien grande marcando en un mapa su última posición conocida, de la que han informado esos destructores. Alrededor de ese alfiler, a medida que pasan las horas, dibujarán círculos de radios cada vez mayores, espirales crecientes que encierran el conjunto de puntos del océano donde podría encontrarse ahora mismo el U-691, basándose en sus suposiciones sobre la velocidad. Las millas cuadradas que deben buscarse se incrementarán con el cuadrado del radio.

Remontar el canal mientras estén sumergidos no saldrá bien, se encontrarán con los barcos de bloqueo que los británicos han hundido para evitar que los submarinos realicen precisamente esa maniobra. La superficie es el único camino, y también es mucho más rápido. Eso trae el tema de los aviones. Los aviones no buscan el submarino en sí, que es diminuto y oscuro, sino su estela, que es blanca y se extiende durante millas sobre aguas tranquilas. Esta noche el U-691 no dejará estela; o más bien, sí lo hará, pero quedará perdida en un ruido caótico de mucha mayor intensidad. Bischoff decide que en ese momento es más importante recorrer la distancia que ser sutil, así que lo lleva hasta la superficie y le da al máximo de la válvula reguladora. Eso quemará combustible de forma enloquecida, pero el U-691 tiene un alcance de once mil millas.

En algún momento alrededor del mediodía del día siguiente, el U-691, abriéndose paso a golpes por entre una tormenta asesina, atraviesa el estrecho de Dover y llega al mar del Norte. Debe de estar iluminando hasta la última pantalla de radar de Europa, pero los aviones no pueden hacer mucho con ese tiempo.

—El prisionero Shaftoe desea hablar con usted —dice Beck, que vuelve a ser el segundo al mando, como si nada hubiese cambiado nunca. La guerra enseña a los hombres a olvidar. Bischoff asiente.

Shaftoe entra en la sala de control, acompañado de Root, que aparentemente ejercerá de traductor, guía espiritual y/u observador irónico.

—Sé un lugar al que podemos dirigirnos —dice Shaftoe.

Bischoff está anonadado. Lleva días sin pensar realmente a dónde van. El concepto de tener una meta coherente casi está más allá de su comprensión.

—Es... —tantea Bischoff— conmovedor que esté interesado.

Shaftoe se encoge de hombros.

—He oído que está hundido en mierda con Dönitz.

—No tanto como parecía —dice Bischoff, percibiendo de inmediato la sabiduría popular de la metáfora de corral norteamericana—. La profundidad es la misma, pero ahora estoy cabeza arriba en lugar de cabeza abajo.

Shaftoe ríe encantado. Ahora son todos colegas.

—¿Tienes cartas de Suecia?

A Bischoff le parece una idea buena pero imbécil. Buscar refugio temporal en un país neutral: genial. Pero es mucho más probable que estrellen el submarino contra una piedra.

—Allí hay una bahía, junto a una pequeña ciudad —dice Shaftoe—. Conocemos las profundidades.

—¿Y cómo es eso?

—Porque las medimos nosotros mismos, hace un par de meses, con una piedra atada a una cuerda.

—¿Fue antes o después de abordar el misterioso submarino lleno de oro? —pregunta Bischoff.

—Justo antes.

—¿Estaría metiéndome donde no me llaman si preguntará qué hacían un marine raider y un capellán de ANZAC en Suecia, un país neutral, realizando reconocimientos batimétricos?

Shaftoe no parece opinar que sea meterse donde no le llaman. La morfina le ha puesto de muy buen humor. Cuenta otra historia. En esta ocasión se inicia en la costa de Noruega (es deliberadamente vago sobre cómo llegó allí) y va de cómo Shaftoe llevó a Enoch Root y a una docena más o menos de hombres, incluido uno con una grave herida de hacha en la pierna (Bischoff arquea las cejas) atravesando Noruega sobre esquís, matando a derecha e izquierda a los alemanes que les perseguían, hasta llegar a Suecia. Después, la historia se atasca durante un rato porque ya no hay más alemanes que matar, y Shaftoe, presintiendo que la atención de Bischoff comienza a vagar, intenta inyectar algo de tensión en la narración describiendo el progreso de la gangrena por la pierna del oficial que tuvo un desafortunado encuentro con el hacha (de quien, por lo que Bischoff puede comprender, se sospechaba que era un espía alemán). Shaftoe anima continuamente a Root para que intervenga y cuente la historia de cómo

Root realizó varias amputaciones consecutivas en la pierna del oficial, hasta llegar a la misma pelvis. Justo cuando Bischoff comienza a sentirse preocupado por ese pobre cabrón con la pierna gangrenosa, la historia toma otro rumbo: llegan hasta un pequeño pueblecito pesquero en el golfo de Botnia. El oficial gangrenoso acaba en manos del médico del pueblo. Shaftoe y sus camaradas se esconden en el bosque y establecen lo que suena como una relación nerviosa con un contrabandista local y su flexible hija. Y ahora queda claro que Shaftoe ha llegado hasta su parte favorita de la historia, que es esa chica finlandesa. Y es bien cierto, hasta ese punto la narrativa ha sido tan tosca, ruda y funcional como el interior de un submarino. Pero ahora se relaja, comienza a sonreír y se vuelve casi poético, hasta el punto de que algunos miembros de la tripulación de Bischoff, que hablan un poquito de inglés, comienzan a gandulear allí donde pueden oír. Esencialmente, la historia pierde el rumbo completamente, y aunque es material entretenido, parece no dirigirse a ninguna parte. Bischoff le interrumpe finalmente con:

—¿Qué hay del tipo con la pierna enferma?

Shaftoe frunce el ceño y se muerde el labio.

—Oh, sí —dice al fin—, murió.

—La piedra en una cuerda—interviene Root—. ¿Recuerdas? Por eso contabas la historia.

—Oh, sí —dice Shaftoe—, vinieron a recogernos con un pequeño submarino. Así es como llegamos a Qwghlm y vimos el submarino alemán con el oro. Pero antes de que pudiesen entrar en el puerto tenían que disponer de una carta. Por tanto, el teniente Root y yo salimos en un puto bote de remos con la piedra y la cuerda y realizamos la carta.

—¿Y todavía tienen encima la carta? —pregunta Bischoff escéptico.

—No —responde Shaftoe, con cierta frialdad alocada que en un hombre menos carismático sería totalmente exasperante—. Pero el teniente se acuerda. Es muy bueno recordando cifras. ¿No es así, señor?

Enoch se encoge de hombros con modestia.

—Donde me crié, memorizar los dígitos de pi era lo más parecido que teníamos al entretenimiento.

*OceanofPDF.com*

# Caníbales

Goto Dengo huye atravesando el pantano. Está bastante seguro de que los caníbales le persiguen, caníbales que acaban de cocer al amigo con el que había llegado hasta la costa. Trepa por una maraña de sarmientos y se oculta a varios metros sobre el suelo; hombres con lanza examinan la zona, pero no le encuentran.

Se desmaya. Cuando despierta, está oscuro, y en las ramas cercanas se mueve un animal pequeño. Siente tal desesperación de comida que lo agarra a ciegas. La criatura tiene un cuerpo del tamaño de un gato doméstico, pero también grandes miembros correosos: una especie de murciélago enorme. Le muerde varias veces en las manos antes de conseguir matarlo. Luego se lo come crudo.

Al día siguiente se adentra más en el pantano, intentado poner más distancia entre él y los caníbales. Alrededor de mediodía encuentra un riachuelo, el primero. En su mayor parte, el agua se escapa de Nueva Guinea por las zonas pantanosas, pero allí tiene un río real de agua fría y dulce, lo suficientemente ancho para atravesarlo de un salto.

Pocas horas después encuentra otro poblado similar al primero, pero sólo la mitad de grande. El número de cabezas colgantes es mucho menor; quizás estos cazadores de cabezas no sean tan temibles como los del primer grupo. De nuevo hay un fuego central en el que se cuece una sustancia blanca en una olla: en este caso, parece tratarse de un wok, que deben haber conseguido por medio del comercio. La gente de ese poblado no saben que un nipón hambriento está al acecho en las inmediaciones, así que no vigilan demasiado. Alrededor del crepúsculo, cuando los mosquitos salen de los

pantanos formando una neblina zumbante, todos se retiran a las chozas. Goto Dengo corre al interior del poblado, agarra el wok y se aleja con él. Se obliga a no tomar nada de comida hasta que no está bien lejos, oculto de nuevo en el árbol, y luego se atiborra. La comida es un gel correoso de lo que parece ser fécula pura. Incluso para un hombre hambriento carece por completo de sabor. Aún así, deja el wok completamente limpio. Mientras lo hace, se le ocurre una idea.

A la mañana siguiente, cuando el sol sale burbujeando del mar, Goto Dengo está arrodillado en el lecho del río, poniendo arena a paletadas en el wok y haciéndola girar, hipnotizado por el torbellino de tierra y espuma, que lentamente desarrolla un centro reluciente.

A la mañana siguiente, Dengo está de pie muy temprano en el límite del poblado, gritando:

—*Ulab! Ulab! Ulab!* —Que es cómo la gente del primer poblado llamaba al oro.

Los nativos se liberan de las diminutas puertas, sorprendidos al principio, pero cuando ven su cara y el wok colgando de una mano, la furia se eleva sobre ellos como el sol que sale reluciente de detrás de una nube. Un hombre carga portando una lanza, y atraviesa corriendo el claro. Goto Dengo se retira y medio se refugia tras un cocotero, sosteniendo el wok frente al pecho como un escudo.

—*Ulab! Ulab! Ulab!* —grita de nuevo.

El guerrero vacila. Goto Dengo levanta el puño, lo mueve de un lado a otro hasta que encuentra un chorro de luz solar y lo abre ligeramente. Cae una diminuta cascada de escamas relucientes, reflejando el sol, luego se hunde en las sombras, susurrando al golpear las hojas.

Llama su atención. El hombre de la lanza se detiene. Alguien detrás de él dice algo sobre *patah.*

Goto Dengo nivela el wok, descansándolo en el antebrazo, y deja caer en él todo el puñado de oro. El poblado observa, paralizado. Se producen muchos susurros más *sobre patah.* Se adentra en el claro, sosteniendo el wok frente a él como una ofrenda al guerrero, dejándoles apreciar su desnudez y su lastimosa situación. Finalmente cae de rodillas, inclina la cabeza bien abajo, y deja el wok sobre el suelo a los pies del guerrero.

Permanece allí, con la cabeza inclinada, dejándoles saber que pueden matarle ahora si así lo desean.

Es decir, si quieren acabar con su recién descubierta fuente de oro.

La cuestión requerirá algo de discusión. Le atan los codos con lianas, le ponen un lazo alrededor del cuello y atan el lazo a un árbol. Todos los niños del poblado se plantan frente a él y lo miran fijamente. Tienen la piel púrpura y el pelo rizado. Las moscas vuelan alrededor de sus cabezas.

Se llevan el wok a una choza decorada con más cabezas que cualquier otra. Allí entran todos los hombres. A lo que sigue una discusión furiosa.

Una mujer pintarrajeada con fango y poseedora de largos pechos delgaduchos le trae media cáscara de leche de coco y un puñado de larvas blancas del tamaño de nudillos envueltas en hojas. Su piel es un embrollo de cicatrices en forma de anillos y lleva un collar que consiste en un único dedo humano colgando de un trozo de bramante. Las larvas lanzan un chorrito cuando Goto Dengo las muerde.

Los niños le abandonan para ver pasar sobre el océano un par de P-38 norteamericanos. Aburrido de los aviones, Goto Dengo se agacha sobre las caderas y observa el zoo de artrópodos que se han acercado a él con la esperanza de chuparle la sangre, morderle, comerle los ojos, o impregnarle con sus huevos. La posición de caderas está bien, porque cada cinco segundos más o menos tiene que aporrearse la cara contra una rodilla, luego la otra, para mantener a los bichos lejos de ojos y nariz. Un pájaro se arroja de un árbol, aterrizando con torpeza sobre su cabeza, pica algo de entre su pelo y se aleja volando. A Goto Dengo le salta sangre del ano y se acumula bajo sus pies. Criaturas de muchas patas se reúnen alrededor del charco de sangre y comienzan a comer. Goto Dengo se aparta, y dejándoles con la sangre consigue un respiro de varios minutos.

Los hombres de la choza han llegado a una especie de acuerdo. Se rompe la tensión. Incluso hay risas. Se pregunta qué considerarán gracioso esos tipos.

El tipo que antes quería empalarle atraviesa el claro, agarra la correa y obliga a Goto Dengo a ponerse en pie.

—*Patah* —dice.

Mira el cielo. Se está haciendo tarde, pero no se hace ilusiones de poder explicarles que deberán esperar hasta mañana. Recorre tambaleándose el

claro hasta el fuego y señala al estofado de cerebro.

—Wok—dice.

No funciona. Creen que quiere cambiar el wok por oro.

Se producen como dieciocho horas de malentendidos e intentos fallidos de comunicación. Goto Dengo casi muere; al menos siente como si debiese morir. Ahora que no está en movimiento, los días pasados empiezan a pesarle. Pero al final, a media mañana del día siguiente, hace una demostración de su magia. Agachado en el riachuelo cercano, con los codos sueltos, el wok entre las manos, rodeado por padres escépticos que todavía sostienen con fuerza su lazo, comienza a buscar oro. En unos minutos ha conseguido extraer un poco de polvo del lecho, demostrando así el concepto básico.

Quieren aprender a hacerlo ellos mismos. Lo esperaba. Intenta mostrarle a uno de ellos cómo se hace, pero (como el mismo Goto Dengo descubrió hace mucho tiempo) es una de esas cosas más difíciles de lo que parece.

De vuelta al poblado. Esa noche dispone de un sitio para dormir: le meten en un saco largo y delgado de hierba tejida y se lo atan sobre la cabeza, así es como ellos mismos evitan que los insectos los devoren cuando duermen. Ahora le ataca la malaria: oleadas alternativas de frío y calor golpean su cuerpo con la fuerza de aguas revueltas.

Pierde la noción del tiempo. Más tarde comprende que lleva ya mucho allí, porque el índice roto está sólido y retorcido, y los cortes del coral son ahora un campo de cicatrices delgadas y paralelas, como el grano de la madera. Tiene la piel cubierta de fango y huele a aceite de coco y al humo con el que llenan las chozas para alejar a los insectos. Su vida es simple: cuando la malaria le tiene colgando del borde de la muerte, se sienta frente a una palmera derribada y la va desconchando mecánicamente durante horas, creando lentamente un montón de material fibroso blanco que las mujeres usan para hacer fécula. Cuando se siente con más fuerzas, se arrastra hasta el río y busca oro. A cambio, hace lo que puede por evitar que Nueva Guinea le mate a él. Está tan débil que ni se molestan en enviar un vigilante cuando sale.

Sería un idílico paraíso tropical si no fuese por la malaria, los insectos, la diarrea constante y las hemorroides resultantes, y el hecho de que los habitantes estén sucios, huelan mal, se coman los unos a los otros y

empleen cabezas humanas como adorno. En lo que piensa Goto Dengo, cuando es capaz de pensar, es que hay un muchacho en el poblado que parece tener unos doce años. Recuerda al joven de doce años cuya iniciación fue atravesar el corazón de su compañero con una lanza, y se pregunta a quién van a usar para el rito de iniciación del muchacho.

De vez en cuando los ancianos de la tribu golpean un tronco hueco durante un rato, luego escuchan atentamente como otros troncos huecos son golpeados en otros poblados. Un día se produce un episodio particularmente largo de golpes, y parece que los otros poblados se sienten encantados por lo que han oído. Al día siguiente tienen visita: cuatro hombres y un niño que habla una lengua completamente diferente; su palabra para oro es *gabitisa.* El niño que han traído tiene unos seis años, y evidentemente es retrasado. Se produce una negociación. Parte del oro que Goto Dengo ha sacado del río se cambia por el niño retrasado. Los cuatro visitantes desaparecen en la selva con el *gabitisa.* Horas después, el niño retrasado es atado a un árbol y el chico de doce años lo acuchilla hasta matarlo y se convierte así en un hombre. Después de algunos desfiles y bailes, los ancianos se sientan sobre el nuevo hombre y realizan largas y complicadas cuchilladas que rellenan con tierra para que al cicatrizar queden en relieve.

Goto Dengo no puede hacer más que quedarse boquiabierto asombrado. Cada vez que comienza a pensar más allá de los siguientes quince minutos, intenta formular un plan de acción, pero la malaria regresa, lo aplana durante una semana o dos, le cuece el cerebro y le obliga a empezar desde el principio. A pesar de todo ello, se las arregla para extraer algunos centenares de gramos de oro del riachuelo. De vez en cuando, el poblado recibe las visitas de comerciantes de piel relativamente clara que se trasladan por la costa en canoas con estabilizadores y que hablan una tercera lengua diferente. Esos comerciantes comienzan a llegar con más frecuencia, a medida que los ancianos del poblado comienzan a intercambiar el polvo de oro por nueces de betel, que mascan porque les hacen sentir bien, y la esporádica botella de ron.

Un día, Goto Dengo regresa del río, llevando en el wok una cucharada de polvo de oro, cuando oye voces desde el poblado, voces que hablan con una cadencia que le solía ser familiar.

Todos los hombres del poblado, unos veinte en total, están de pie con un cocotero a la espalda y los brazos atados tras el tronco. De esos hombres, varios están muertos, con los intestinos desperdigados por el suelo, ya ennegrecidos por las moscas. Los que no están muertos todavía los emplean algunas docenas de soldados nipones demacrados y enloquecidos para realizar prácticas de bayonetas. Las mujeres deberían andar por allí gritando, pero no las ve. Deben de estar en las chozas.

Un hombre con uniforme de teniente sale de una *choza*, con una gran sonrisa, limpiándose con un trapo la sangre del pene, y casi tropieza con un niño muerto.

Goto Dengo deja caer el wok y pone las manos en alto.

—¡Soy nipón! —grita, aunque lo único que desea decir en ese momento es *No soy nipón.*

Los soldados se sobresaltan, y algunos de ellos intentan apuntarle con los rifles. Pero el rifle nipón es algo terrible, casi tan largo como alto es el soldado medio, demasiado pesado para manejarlo con comodidad incluso cuando su propietario goza de salud perfecta. Por suerte está claro que todos los hombres se mueren de hambre, y están medio lisiados por la malaria y la pérdida de sangre, y sus mentes se mueven con mayor rapidez que sus cuerpos. El teniente aúlla: «No disparéis» antes de que cualquiera pueda hacerlo en dirección a Goto Dengo.

Lo siguiente es un largo interrogatorio en una de las chozas. El teniente tiene muchas preguntas, y algunas de ellas las plantea más de una vez. Cuando repite una pregunta por quinta o decimotercera vez, adopta una gran magnanimidad, como si le diese a Goto Dengo la oportunidad de retractarse de sus anteriores mentiras. Goto Dengo intenta ignorar los gritos de los hombres atravesados por las bayonetas y las mujeres violadas, y se concentra en ofrecer la misma respuesta en cada ocasión sin variación.

—¿Te rendiste a estos salvajes?

—Estaba incapacitado e indefenso. Así me encontraron.

—¿Qué esfuerzos hiciste por escapar?

—He estado recuperando fuerzas y aprendiendo de ellos como sobrevivir en la selva... qué comidas comer.

—¿Durante seis meses?

—¿Perdóneme, señor? —Esa pregunta no la ha oído antes.

—Tu convoy se hundió hace seis meses.

—Imposible.

El teniente se adelanta y le golpea en la cara. Goto Dengo no siente nada pero aún así intenta parecer dolorido para no humillarle.

—¡Tu convoy venía a reforzar nuestra división! —aúlla el teniente—. ¿Te atreves a cuestionarme?

—¡Me disculpo humildemente, señor!

—¡Su fracaso en llegar nos obligó a realizar una maniobra retrógrada![22] ¡Marchamos por tierra para reunirnos con nuestras fuerzas en Wewak!

—¿Son entonces la avanzadilla de la división? —Goto Dengo ha visto quizá dos docenas de hombres, un par de pelotones como mucho.

—Somos la división —dice el teniente con voz impersonal—. Bien, una vez más, ¿te rendiste a estos salvajes?

Cuando se marchan del poblado a la mañana siguiente, ya no queda ningún nativo con vida; todos han sido usados para prácticas de bayoneta o les han disparado cuando intentaban escapar.

Goto Dengo es un prisionero. El teniente ha decidido ejecutarle por el crimen de haberse rendido al enemigo, y estaba ya desenvainando la espada cuando uno de los sargentos consiguió convencerlo de que esperase un tiempo. Aunque pareciese imposible, Goto Dengo está en bastante mejor condición física que cualquiera de los otros y por tanto podría ser útil como animal de carga. Siempre se le podrá ejecutar como mandan los cánones frente a un público mucho más amplio en cuanto lleguen a un campamento mayor. Así que ahora marcha en medio del grupo, sin trabas, con la jungla sirviendo de cadenas y barrotes. Le han cargado con la ametralladora ligera Nambu que les queda, que es demasiado pesada para que la cargue cualquier otro, y demasiado potente para que la disparen; cualquier hombre que apretase el gatillo quedaría convertido en pedacitos muy pequeños, la carne podrida por la jungla separada de los huesos temblorosos.

Después de que hayan pasado unos días, Goto Dengo pide permiso para aprender a operar la Nambu. La respuesta del teniente consiste en darle una paliza, aunque no tiene fuerzas para azotar a nadie como dios manda, por lo que Goto Dengo debe ayudarle, gritando y doblándose cuando el teniente cree haber descargado un golpe mortal.

Cada par de días, al salir el sol por la mañana, se descubre que este o aquel soldado tiene más bichos encima de los habituales. Eso significa que está muerto. Como no tienen palas ni fuerzas para cavar, lo abandonan allí donde ha quedado tendido y siguen marchando. En ocasiones se pierden, vuelven al mismo territorio, y se encuentran a esos cadáveres hinchados y ennegrecidos; cuando empiezan a oler a carne humana podrida, ya saben que han malgastado los esfuerzos de un día. Pero en general, van ganando altitud, y hace más fresco. Frente a ellos, la ruta está bloqueada por una cordillera montañosa de picos cubiertos por la nieve que llega justo hasta el mar. Según los mapas del teniente, tendrán que trepar por un lado y bajar por el otro para llegar a territorio bajo control nipón.

Allí arriba las plantas y los pájaros son diferentes. Un día, mientras el teniente orina contra un árbol, el follaje se agita y un pájaro enorme sale corriendo. Se parece vagamente a un avestruz, pero más compacto y más colorido. Tiene el cuello rojo, y una cabeza de color azul cobalto terminada en un enorme hueso en forma de casco que sobresale del cráneo, como la punta de una bala de cañón. Brinca directamente en dirección al teniente y le da un par de patadas, dejándole tendido de culo, luego inclina el largo pico, le lanza un chillido a la cara y se oculta en la selva, empleando el hueso de la cabeza como una especie de ariete para abrirse camino entre la maleza.

Aunque los hombres no se hubiesen estado muriendo de pie, habrían estado demasiado sorprendidos para levantar las armas y disparar. Ríen con algo de vértigo de las alturas. Goto Dengo ríe hasta que empieza a llorar. El golpe del pájaro debe haber sido bien potente, porque el teniente se queda tendido un buen rato, agarrándose el estómago.

Al final, uno de los sargentos recupera la compostura y se dirige a ayudar al pobre hombre. Al acercarse, de pronto se da la vuelta y mira al resto del grupo. El rostro es todo preocupación.

La sangre sale a borbotones de un par de cortes profundos en el vientre del teniente, y el cuerpo ya está quedándose fláccido cuando el resto del grupo se arremolina a su alrededor. Se sientan y miran hasta asegurarse de que está bien muerto, y luego siguen marchando. Esa tarde, el sargento le enseña a Goto Dengo a desmontar y limpiar la ametralladora ligera Nambu.

Ya son sólo diecinueve. Pero parece que todos los hombres proclives a morir allí donde estaban ya lo han hecho, porque pasan dos, tres, cinco, siete días sin perder a ninguno más. Eso a pesar de, o quizá por, el hecho de estar subiendo las montañas. Es un esfuerzo brutal, especialmente para el muy cargado Goto Dengo. Pero el aire frío parece limpiarles de la jungla y calmar los feroces fuegos internos de la malaria.

Un día interrumpen pronto la marcha al borde de un campo de nieve y el sargento ordena raciones dobles para todos. Picos de piedra negra se alzan sobre sus cabezas, y entre ellos hay zonas de hielo. Duermen todos juntos, lo que no les impide despertarse con los dedos de los pies congelados. Comen casi todo lo que queda de los suministros de comida y luego se dirigen hacia el paso de montaña.

El paso de montaña resulta ser casi decepcionantemente fácil; la pendiente es tan suave que realmente no son conscientes de haber llegado a lo más alto hasta que se dan cuenta de que bajo sus pies la nieve cae hacia abajo. Están sobre las nubes, y las nubes cubren el mundo.

La pendiente suave termina de pronto al borde de un acantilado que cae casi en vertical al menos durante mil pies; en ese punto atraviesa la cubierta de nubes y no hay forma de saber su altura real. Encuentran el recuerdo de un sendero que atraviesa la pendiente. Parece ir hacia abajo con mayor frecuencia que hacia arriba, así que lo siguen. Al principio es algo nuevo y emocionante, pero luego se vuelve tan brutalmente monótono como cualquier otro paisaje por el que hayan marchado soldados. Al pasar las horas, la nieve se va volviendo más escasa, y las nubes se acercan. Uno de los hombres se queda dormido de pie, tropieza y cae rodando pendiente abajo, saltando ocasionalmente en caída libre durante varios segundos. Para cuando se pierde entre la cubierta de nubes, está demasiado lejos para distinguirlo.

Finalmente, los dieciocho descienden hasta una niebla bochornosa. Cada uno ve al que tiene enfrente sólo cuando están muy cerca, y aún entonces no más que como una forma gris y borrosa, como un demonio de hielo en una pesadilla infantil. El paisaje se ha vuelto irregular y peligroso y el guía tiene que avanzar prácticamente a cuatro patas.

Están dando la vuelta trabajosamente a una formación rocosa que sobresale y está cubierta por la niebla cuando el guía grita:

—¡Enemigo!

Algunos de los dieciocho se ríen, pensando que es un chiste.

Goto Dengo oye claramente a un hombre que habla en inglés, con acento australiano. El hombre dice:

—A joderles.

Luego se inicia un ruido que parece tan potente como para partir la montaña por la mitad. Al principio cree que es una avalancha de roca hasta que el oído se ajusta y comprende que es un arma: algo grande y muy automático. Los australianos les están disparando.

Intentan retirarse, pero sólo pueden moverse unos cuantos pasos por minuto. Mientras tanto, a su alrededor vuelan gruesas balas de plomo atravesando la niebla, astillando las piedras, lanzándoles fragmentos de roca contra los cuellos y las caras.

—La Nambu —grita alguien—. ¡Dispara la Nambu! —Pero Goto Dengo no puede hacerlo hasta que no encuentre un sitio decente para apoyarla. Y lo único que puede ver es niebla.

Se produce una tregua durante unos minutos. Goto Dengo grita los nombres de sus camaradas. Los tres que están detrás de él responden. Los otros no parecen hacerlo. Finalmente, un hombre llega por el sendero.

—Los otros están todos muertos —dice—, puedes disparar a voluntad.

Así que comienza a disparar la Nambu hacia la niebla. El retroceso casi le hace caer desde la montaña, así que aprende a sujetarse contra un saliente. Luego barre con ella. Sabe cuando da a las piedras porque el sonido es diferente que cuando da a la niebla. Apunta a la niebla.

Gasta varios cargadores sin obtener resultado. Luego comienza a avanzar por el sendero.

Sopla el viento, la niebla se agita y se abre durante un momento. Ve un sendero cubierto de sangre que lleva directamente hasta un australiano alto con un bigote pelirrojo que porta un subfusil. Se miran a los ojos. Goto Dengo está en mejor posición y dispara primero. El hombre del subfusil cae por el acantilado.

Otros dos australianos, ocultos al otro lado de la formación rocosa, ven lo que sucede y comienzan a lanzar maldiciones.

Uno de los camaradas de Goto Dengo corretea por el sendero, grita «¡Banzai!» y desaparece por el recodo, con la bayoneta calada. Se oye un disparo y dos hombres gritan al unísono. Y luego se produce el sonido ya familiar de cuerpos cayendo por la pared de roca.

—¡Maldición! —grita uno de los australianos restantes—. Jodidos nipos.

Goto Dengo sólo tiene una forma honorable de salir de la situación. Sigue a su camarada por el recodo y dispara con la Nambu, metiéndola entre la niebla, barriendo con plomo la pared de roca. Se detiene cuando se vacía la recámara. Después de eso no sucede nada. O el australiano ha retrocedido por el sendero o Goto Dengo lo ha lanzado a tiros por el acantilado.

Al anochecer, Goto Dengo y sus camaradas supervivientes vuelven a encontrarse en la selva.

*OceanofPDF.com*

# Naufragio

A: root@eruditorum.org
De: randy@epiphyte.com
Asunto: respuesta

Que seas un proveedor al por menor de filosofía que resulta tener compañeros en el negocio de la vigilancia es simplemente una coincidencia demasiado grande para que pueda aceptarla.
Así que no voy a decirte por qué.
Pero, en caso de que estés preocupado, déjame asegurarte que tenemos nuestras razones para construir la Cripta. Y no es sólo por ganar dinero, aunque eso será muy bueno para nuestros accionistas. ¿Creíste que no éramos más que un montón de fanáticos de los ordenadores que se han topado con este asunto y que nos sobrepasa? No es así.
PS. ¿Qué has querido decir con eso de «tontear con nuevos sistemas criptográficos como hobby»? Dame un ejemplo.
Randall Lawrence Waterhouse
Coordenadas actuales en el espacio físico, recién sacadas de la tarjeta GPS de mi portátil:
8 grados, 52,33 minutos latitud norte 117 grados, 42,75 minutos longitud este.
Lugar geográfico más cercano: Palawan, Filipinas.

A: randy@epiphyte.com
De: root@eruditorum.org
Asunto: Re: respuesta

Randy,
Gracias por tu nota extrañamente a la defensiva. Me alegro mucho de que tengáis una buena razón. Nunca pensé lo contrario. Claro está, no debes sentirte obligado a compartirla conmigo.
Que tenga amigos en el mundo de la inteligencia electrónica no es una coincidencia tan grande como tú afirmas.
¿Cómo acabaste siendo uno de los fundadores de la Cripta?
Siendo bueno en ciencia y matemática.
¿Cómo acabaste siendo bueno en ciencia y matemática?
Alzándote sobre los hombros de los que vinieron antes que tú.
¿Quiénes eran esas personas?
Solíamos llamarlos filósofos naturales.
De igual forma, mis amigos en el negocio de la vigilancia deben sus habilidades a la aplicación práctica de la filosofía. Son lo suficientemente inteligentes para comprenderlo y dar crédito a quien se lo merece.

P.S. Has olvidado emplear la dirección «enano@siblings. net». ¿Debo asumir que fue deliberado?

P.P.S. Dices que quieren un ejemplo de un sistema criptográfico novedoso en que esté trabajando. Suena a prueba. Tú y yo sabemos, Randy, que la historia de la criptografía está salpicada con los restos de criptosistemas inventados por diletantes que fueron pronto derribados por los rompecódigos. Probablemente sospechas que no conozco la historia, que no soy más que otro diletante arrogante. De forma muy inteligente, me pides que me ponga al descubierto, de forma que tú y Cantrell, y sus amigos igualmente preparados, me podáis cortar el cuello. Me estás probando para descubrir mi nivel.

Muy bien. En unos días te enviaré otro mensaje. De cualquier forma, me encantaría que los Adeptos al Secreto se enfrentasen a mi método.

En un bote de casco estrecho y doble estabilizador en el mar del sur de China, America Shaftoe permanece a horcajadas sobre una bancada, el cuerpo apuntando directamente al sol, a pesar de los bandazos, como si estuviese estabilizada por un giroscopio. Viste un chaleco de inmersión sin mangas que muestra hombros fuertes y muy bronceados, la piel de un marrón nogal está grabada con un par de tatuajes negros y adornada por brillantes gotas de agua. El mango de un enorme cuchillo sobresale proyectado de una funda al hombro. La hoja es la de un cuchillo corriente de inmersión pero el mango es de un kris, una elaborada arma tradicional de Palawan. Un turista puede comprar un kris en la tienda libre de impuestos del AINA, pero éste en particular parece ser menos espectacular pero más trabajado que los fabricados para turistas, y está gastado por el uso. América lleva al cuello una cadena de oro de la que cuelga una perla negra y retorcida. Acaba de salir del agua sosteniendo entre los dientes un destornillador de joyero. Tiene la boca abierta para respirar, dejando al descubierto dientes torcidos de un blanco brillante y sin empastes. Durante ese breve momento se encuentra en su elemento, completamente absorta en lo que hace, totalmente inconsciente de sí misma. En ese momento Randy cree que la comprende: por qué pasa la mayor parte de su tiempo viviendo allí, por qué no se molestó en ir a la universidad, por qué dejó atrás a la familia de su madre, que la crió, con amor, en Chicago, para trabajar con su padre, el indisciplinado veterano que había abandonado el hogar cuando America tenía nueve años.

A continuación, America se vuelve para observar el bote que se aproxima, y ve que Randy la mira. Gira los ojos y la máscara cae una vez más sobre su rostro. Le dice algo a los filipinos en cuclillas a su alrededor y

dos de ellos se ponen en marcha, correteando por los postes de los estabilizadores, como artistas de circo, para quedarse de pie en el pontón del estabilizador.

Extienden los brazos como si fuesen amortiguadores para facilitar el contacto entre la barcaza—que Doug Shaftoe ha bautizado con entusiasmo *Recuerdo de Mekong*— y el mucho más largo y estrecho pamboat, abierto y con estabilizadores.

Uno de los otros filipinos planta el pie desnudo en lo alto del pequeño generador portátil Honda y tira del cordón, los tendones y los músculos nervudos sobresaliendo del brazo y la espalda como si fuesen otros tantos cordones. El generador se pone en marcha instantáneamente, con un zumbido casi inaudible. Es buen material, una de las mejoras introducidas por Semper Marine como parte de su contrato con Epiphyte y FiliTel. Ahora lo emplean, con toda eficacia, para defraudar al Dentista.

—Se encuentra a ciento cincuenta y cuatro metros por debajo de esa boya —dice Doug Shaftoe, señalando un bote de un galón de leche que flota en el agua—. En cierta forma, tuvo suerte.

—¿Suerte? —Randy baja gateando del bote y descansa su peso sobre el estabilizador, hundiéndolo de forma que el agua templada le llega a las rodillas. Extendiendo los brazos como un artista de la cuerda floja, recorre el tramo para llegar a la canoa que hay en el centro.

—Suerte para nosotros —se corrige Shaftoe—. Nos encontramos en la falda de una montaña submarina. La depresión de Palawan está cerca. —Sigue a Randy, pero sin tanta vacilación y movimiento de brazos—. Si se hubiese hundido allí, la profundidad sería tal que sería difícil llegar a él, y la presión lo hubiese aplastado. Pero a doscientos metros no hay mucha implosión. —Al llegar al casco del bote, hace un gesto dramático entrechocando las manos.

—¿Nos importaría? —pregunta Randy—. El oro y la plata no implotan.

—Si el casco está intacto, sacar el material es muchísimo más fácil —dice Doug Shaftoe.

Amy ha desaparecido bajo la cubierta del pamboat. Randy y Doug la siguen hasta la sombra, y se la encuentran sentada con las piernas cruzadas sobre una caja de fibra de vidrio que está cubierta de pegatinas de equipaje

del aeropuerto. Tiene la cara metida en lo alto de una pirámide de goma negra cuya base es la pantalla de un resistente tubo de rayos catódicos.

—¿Cómo va el negocio del cable? —murmura. Hace meses, dejó siquiera de intentar ocultar el desprecio que le produce el aburrido trabajo de tender cables. Las apariencias son asuntos delicados que, al igual que las casas de *papier-mâché*, es preciso mantener con energía o se disuelven. Otro ejemplo: hace un tiempo, Randy dejó de fingir que no estaba completamente fascinado por Amy Shaftoe. No es exactamente lo mismo que estar enamorado de ella, pero son sentimientos con muchos rasgos en común. Siempre ha sentido una extraña y enfermiza fascinación por las mujeres que fuman y beben mucho. Amy no hace ninguna de esas dos cosas, pero su absoluta indiferencia con respecto a las precauciones modernas sobre el cáncer de piel la sitúa en la misma categoría: personas demasiado ocupadas viviendo sus vidas como para preocuparse en extender la esperanza de vida.

En cualquier caso, siente la desesperada necesidad de saber cuál es el sueño de Amy. Durante un tiempo pensó que era buscar tesoros en el mar de la China meridional. Es algo de lo que claramente disfruta, pero él no está seguro de que la satisfaga del todo.

—He estado reajustando de nuevo la orientación de las aletas de inmersión —explica—. No creo que esas barras de presión estuviesen muy bien diseñadas. —Saca la cabeza de la capucha de goma negra y dirige a Randy una mirada rápida, haciéndole responsable por las limitaciones de todos los ingenieros—. Espero que ahora vaya sin dispararse por todas partes.

—¿Estás lista? —le pregunta su padre.

—En cuanto lo estés tú —responde ella, devolviéndole la pelota.

Doug se pone en cuclillas y sale de debajo de la cubierta. Randy le sigue, deseoso de ver en persona el ROV.

Se encuentra en el agua junto al casco central del pamboat: un torpedo amarillo rechoncho con una burbuja de vidrio por nariz, mantenido en su lugar por un tripulante filipino que se inclina sobre la borda para agarrarlo con las dos manos. Pares de alas atrofiadas están montadas en morro y cola, cada ala sosteniendo una hélice en miniatura montada en el interior de una

cubierta de protección. A Randy le recuerda a un dirigible sin la góndola exterior.

Al notar el interés de Randy, Doug Shaftoe se agacha junto al torpedo para señalar los rasgos importantes.

—Es de flotación neutral, así que cuando lo tenemos así, lo sostenemos sobre un soporte de espuma, que ahora le quitaremos. —Comienza a tirar de algunos cordones, y del casco del Vehículo de Operación Remota se separan segmentos de espuma moldeada. Se hunde aún más en el agua, casi llevándose con él al marinero, quien lo suelta, manteniendo los brazos extendidos para evitar que les golpee con el vaivén—. Notarás que no está conectado con un cordón umbilical —dice Doug—. Normalmente, en un ROV es obligatorio. El cordón es necesario por tres razones.

Randy sonríe, porque sabe que Doug Shaftoe va a enumerar las tres razones. Randy casi no ha tenido contacto con los militares, pero está descubriendo que se lleva asombrosamente bien con ellos. Su característica es la necesidad compulsiva que tienen de educar continuamente a todos los que les rodean. Randy no precisa saber nada sobre el ROV pero, de todas formas, Doug Shaftoe va a ofrecerle un curso rápido. Randy supone que, cuando te encuentras en medio de una guerra, el conocimiento práctico es algo que vale la pena transmitir.

—Uno —dice Douglas MacArthur Shaftoe—, como fuente de energía del ROV. Pero este ROV dispone de su propia fuente de energía; un motor de plato distribuidor de oxígeno/gas natural, adaptado de la tecnología de torpedos y *parte de nuestro dividendo de paz* —(otra cosa que a Randy le gusta de los militares: su dominio del humor irónico)—, que genera suficiente electricidad para mover todas las hélices. Dos, para la comunicación y el control. Pero esta unidad emplea láseres verdes y azules para comunicarse con la consola de control que Amy está manejando. Tres, para la recuperación de emergencia en caso de un fallo total del sistema. Pero si esta unidad falla, se supone que es lo suficientemente inteligente para inflar una vejiga y flotar hasta la superficie donde activará una luz estroboscópica para que podamos recuperarla.

—Vaya —dice Randy—, ¿no es increíblemente cara?

—Es increíblemente cara —dice Douglas MacArthur Shaftoe—, pero el tipo que dirige la compañía es un viejo amigo mío, estuvimos juntos en la

Academia Naval, y me lo presta cuando tengo necesidades perentorias.

—¿Sabe tu amigo cuáles son tus necesidades perentorias en este caso?

—No lo sabe exactamente —dice Doug Shaftoe, ligeramente ofendido —, pero asumo que tampoco es un estúpido.

—¡Listo! —grita Amy Shaftoe, sonando bastante impaciente.

Su padre da un buen vistazo a cada uno de los impulsores por turnos.

—Listo —responde. Un momento más tarde, algo comienza a retumbar dentro del ROV, y un hilillo de burbujas sale de un orificio en la cola, y luego las hélices comienzan a dar vueltas. Giran en los extremos de las alas raquíticas hasta mirar hacia abajo, lanzando fuentes al aire, y el ROV se hunde con rapidez. Las fuentes se reducen y se convierten en ligeros flujos hacia arriba en la superficie del mar. Visto a través de la desigual superficie del agua, el ROV es una mancha amarilla. Se acorta cuando la nariz del vehículo se hunde, y desaparece con rapidez a medida que las hélices lo sumergen—. Siempre me deja sin aliento ver algo que cuesta tanto ir a dios sabe dónde —dice Doug Shaftoe con aire meditativo.

El agua alrededor del bote comienza a emitir una especie de luz atroz y enfermiza, como la radiación en una película de terror de bajo presupuesto.

—¡Vaya! ¿Los láseres? —dice Randy.

—Montada en el fondo del casco hay una pequeña bóveda —dice Doug —. Atraviesa con facilidad incluso el agua más turbia.

—¿Qué ancho de banda se puede transmitir?

—Amy ve ahora mismo una imagen monocroma bastante decente en la pequeña pantalla, si a eso te refieres. Todo es digital. Todo por paquetes. De forma que si parte de los datos no llega, la imagen se vuelve un poco mala, pero no perdemos totalmente el contacto visual.

—Genial.

—Sí, es genial —le dice Doug Shaftoe—. Vayamos a ver la tele.

Se agachan bajo la cubierta. Doug enciende un pequeño televisor portátil Sony, un duro modelo a prueba de agua en una caja de plástico amarillo, y conecta el cable de entrada en un conector libre del equipo de Amy. Lo conecta y comienza a ver un poco de lo que Amy ve. No tienen el beneficio de la capucha negra que Amy está usando, por lo que el brillo del

sol borra todos los detalles menos una línea recta y blanca que sale del centro oscuro de la imagen y se expande hacia el borde. Se mueve.

—Estoy siguiendo la línea de la boya —explica Amy—. Algo aburrido.

El reloj calculadora de Randy lanza dos pitidos. Comprueba la hora; son las tres de la tarde.

—¿Randy? —dice Amy con voz de terciopelo.

—¿sí?

—¿Podrías decirme la raíz cuadrada de tres mil ochocientos veintitrés?

—¿Para qué la quieres?

—Hazlo.

Randy levanta la muñeca para poder ver la pantalla digital del reloj, saca un lápiz del bolsillo y usa el borrador para pulsar los diminutos botoncitos. Oye un sonido cortante y metálico, pero no le presta atención.

Algo frío y suave se mete bajo la muñeca.

—Estate quieto —dice Amy. Ésta se muerde el labio y tira. El reloj cae y acaba en su mano izquierda con la correa de vinilo perfectamente cortada. Sostiene el kris en la mano derecha, el borde de la hoja todavía decorado con algunos pelos del brazo de Randy—. Mm. Sesenta y uno coma ocho tres cero cuatro. Suponía que sería mayor. —Lanza el reloj por encima del hombro y desaparece en el mar de la China meridional—. Las raíces cuadradas son complicadas.

—¡Amy, estás perdiendo la cuerda! —dice impaciente su padre, completamente concentrado en la pantalla de televisión.

Amy vuelve a introducir el kris en la vaina, le sonríe a Randy con dulzura y mete de nuevo la cara en el equipo. Randy se queda sin habla durante un rato.

La pregunta de si es lesbiana o no se está volviendo con rapidez algo más que académica. Realiza un rápido repaso mental de todas las lesbianas que ha conocido. Normalmente son urbanitas razonables con trabajos de nueve a cinco y peinados razonables. En otras palabras, son iguales que la mayoría que la gente que Randy conoce. Amy es escandalosamente exótica, demasiado parecida a la imagen que tendría un director de cine salido de cómo debe ser una lesbiana. Así que quizás haya esperanza.

—Si vas a mirar a mi hija de esa forma —dice Doug Shaftoe—, será mejor que empieces a practicar los bailes de salón.

—¿Me está mirando? Nunca me entero cuando tengo la cabeza metida en este cacharro —dice Amy.

—Estaba enamorado de su reloj. Ahora ya no tiene objeto al que demostrar su afecto —dice Doug—. Por tanto, ¡a prepararse para lo bueno!

Randy sabe cuando alguien intenta ponerle nervioso.

—¿Qué te resultaba tan desagradable de mi reloj? ¿La alarma?

—El conjunto en sí era bastante molesto —dice Amy—, pero la alarma es lo que me ha puesto psicótica.

—Deberías haberme dicho algo. Como soy un verdadero tecnófilo, sé cómo desconectarla.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste?

—Me gusta saber la hora.

—¿Por qué? ¿Tienes un pastel en el horno?

—La gente de diligencia exigible del Dentista se me subirá encima.

Doug cambia de posición y hace un gesto de curiosidad con la cara.

—Ya lo has mencionado antes. ¿Qué es diligencia exigible?

—Más o menos va así. Alfred tiene algo de dinero que desea invertir.

—¿Quién es Alfred?

—Una persona hipotética cuyo nombre comienza por A.

—No comprendo.

—En el mundo de la criptografía, cuando explicas un protocolo criptográfico, empleas gente hipotética. Alice, Bob, Carol, Dave, Evan, Fred, Greg, y demás.

—Vale.

—Alfred invierte su dinero en una compañía administrada por Barney. Cuando digo «administrada» quiero decir que Barney tiene la responsabilidad final sobre lo que la compañía hace. Por tanto, quizá en este caso Barney sea el presidente del consejo de administración. Ha sido elegido, por Alfred, Alice, Agnes, Andrew y los demás inversores, para encargarse de la compañía. Él y los otros directores contratan directivos corporativos; como Chuck, que actúa de presidente. Chuck y los otros directores contratan a Drew para administrar una de las divisiones de la

compañía. Drew contrata a Edgar, el ingeniero, y así sucesivamente. Por tanto, en términos militares, hay toda una cadena de mando que se extiende hasta los tipos en las trincheras, como Edgar.

—Y Barney es el hombre en lo alto de la cadena de mando —dice Doug.

—Exacto. Por tanto, como un general, es el responsable último de todo lo que pasa en los niveles inferiores. Alfred ha confiado personalmente su dinero a Barney. Barney está obligado legalmente a ejercitar la diligencia exigible asegurándose de que el dinero se gasta de forma responsable. Si Barney no demuestra la diligencia exigible, se encuentra con graves problemas legales.

—Ah.

—Sí. Es algo que hace que Barney preste atención. Los abogados de Alfred pueden presentarse en cualquier momento y exigir pruebas de que se está ejerciendo la diligencia exigible. Barney tiene que andar de puntillas, para asegurarse de estar cubierto en todo momento.

—¿En este caso Barney es el Dentista?

—Sí. Alfred, Agnes y todos los otros son las personas en su club de inversión, la mitad de los odontólogos del condado de Orange.

—Y tú eres Edgar el ingeniero.

—No, tú eres Edgar el ingeniero. Yo soy un directivo corporativo de Epiphyte. Soy más bien como Chuck o Drew.

Amy interviene.

—Pero ¿qué podría hacerte el Dentista? No trabajas para él.

—Lamento decir que ése ya no es el caso, desde ayer.

Eso atrae la atención de los Shaftoe.

—El Dentista posee ahora el diez por ciento de Epiphyte.

—¿Cómo ha sucedido tal cosa? Según lo último que supe —dice Doug acusador—, ese hijo de puta os estaba demandando.

—Nos demandaba —dice Randy—, porque nos quería. Nuestras acciones no estaban a la venta, y no planeábamos tener una oferta pública en un futuro cercano, así que la única forma que tenía de entrar era chantajearnos con una demanda.

—¡Dijiste que era una demanda ficticia! —exclama Amy, la única persona de los presentes que se está molestando en manifestar, o sentir, indignación moral.

—Lo era. Pero nos hubiese costado tanto ir a juicio que nos hubiésemos arruinado. Por otra parte, cuando nos ofrecimos a venderle algunas acciones, retiró la demanda. Recibimos algo de su dinero, cosa que siempre viene bien.

—Pero ahora eres responsable ante su personal de diligencia exigible.

—Sí. Mientras hablamos están en el barco del cable; han llegado esta mañana en una lancha.

—¿Qué creen que estás haciendo?

—Les he dicho que el sónar Sidescan había revelado algunos defectos en la ruta del cable que era preciso evaluar.

—Mucha rutina.

—Sí. Es fácil manipular a la gente de diligencia exigible. Tienes que actuar de forma muy diligente. Se lo tragan.

—Ya hemos llegado —dice Amy, y tira del joystick, girando el cuerpo para dejar clara la maniobra.

Doug y Randy miran la pantalla de televisión. Está completamente a oscuras. Dígitos en la parte baja indican que la cabezada es de cinco grados y el balanceo de ocho, lo que significa que el ROV está casi horizontal. La cifra de guiñada cambia con rapidez, lo que significa que el ROV rota alrededor de su eje vertical como un coche coleando.

—Debería aparecer alrededor de los cincuenta grados —murmura Amy.

La cifra de guiñada se reduce, bajando de los cien grados, noventa, ochenta. Alrededor de los setenta grados, algo aparece en el borde de la pantalla. Tiene el aspecto de un pan de azúcar en forma de pelota de rugby multicolor surgiendo del fondo marino. Amy palpa los controles un par de veces y la rotación va deteniéndose. El pan de azúcar se desliza hasta el centro de la pantalla y luego se detiene.

—Fijando giroscopios —dice Amy, dándole a un botón—. Hacia delante. —El pan de azúcar aumenta, crece despacio. El ROV se va acercando, con la dirección estabilizada automáticamente por sus giroscopios incorporados.

—Dirígelo hacia estribor —dice Doug—. Quiero tener un ángulo diferente. —Presta algo de atención al vídeo que se supone que lo está grabando todo.

Amy deja que el joystick vuelva a la posición neutral, y ejecuta una serie de movimientos que hace que pierdan la imagen del naufragio durante un minuto. Lo único que pueden ver son formaciones coralinas que pasan bajo las cámaras del ROV. Luego lo gira hacia la izquierda y aparece de nuevo: la misma forma de proyectil. Pero desde ese ángulo, pueden ver que realmente sobresale del fondo marino en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Parece el morro de un avión. Un bombardero —dice Randy—. Como un B-29.

Doug agita la cabeza.

—Los bombarderos tenían que tener una sección transversal circular porque iban presurizados. Esa cosa no tiene una sección circular. Es más elíptica.

—Pero no veo las barandas, armas, y...

—Basura que un submarino clásico alemán hubiese tenido colgando. Ésta forma es mucho más hidrodinámica —dice Doug. Grita algo en tagalo a uno de los tripulantes en el *Glory IV.*

—Parece tener una costra —dice Randy.

—Habrá muchas cosas creciendo en él —dice Doug—, pero todavía es reconocible. No se produjo una implosión catastrófica.

Un tripulante corre sobre el pamboat portando un viejo libro de imágenes tomado de la pequeña pero idiosincrásica biblioteca del *Glory IV:* una historia ilustrada de los submarinos alemanes. Doug pasa los primeros tres cuartos del libro y se detiene en la fotografía de un submarino cuyas líneas parecen asombrosamente familiares.

—Dios, parece el submarino amarillo de los Beatles —dice Randy. Amy saca la cabeza del visor y lo aparta para mirar.

—Excepto que no es amarillo —dice Doug—. Es de la nueva generación. Hitler habría podido ganar la guerra si hubiese podido fabricar unas docenas como éste. —Pasa unas páginas. Hay imágenes de submarinos similares pero mucho mayores.

Un diagrama de la sección transversal muestra un casco externo de paredes delgadas y forma elíptica que rodea un casco interior perfectamente circular y de paredes gruesas.

—El círculo es el casco presurizado. Se mantenía siempre a una atmósfera y lleno de aire, para la tripulación. En el exterior, un casco exterior, liso e hidrodinámico, con espacio para tanques de combustible y peróxido de hidrógeno.

—¿Llevaba su propio oxidante? ¿Como un cohete?

—Claro... para correr sumergido. Cualquier intersticio del casco exterior estaría lleno de agua de mar, presurizada para igualar la presión externa del océano, para evitar que colapsara.

Doug coloca el libro bajo el monitor de televisión y lo gira para comparar las líneas de un submarino con la forma en la pantalla. Ésta última es escabrosa y llena de coral y otros materiales, pero las similitudes son más que evidentes.

—Me pregunto por qué no está tendido en el fondo del océano —dice Randy.

Doug coge una botella de plástico, que está casi llena, y la arroja por la borda. Flota al revés.

—¿Por qué no está plana, Randy?

—Porque en el otro extremo hay una burbuja de aire atrapada —dice Randy con bochorno.

—Sufrió daños en popa. La proa se elevó. Se produjo un colapso parcial. El agua de mar, penetrando por la rotura de popa, obligó al aire a concentrarse en la proa. La profundidad es de ciento cincuenta y cuatro metros, Randy. Eso son quince atmósferas de presión. ¿Qué te dice la ley de Boyle?

—Que el volumen del aire se habrá reducido en un factor de quince.

—Bingo. De pronto catorce quinceavas partes del submarino están llenas de agua, y la quinceava parte restante es una bolsa de aire, capaz de sostener la vida por poco tiempo. La mayor parte de la tripulación está muerta, se hundió con rapidez y chocó contra el fondo, rompiendo la parte de atrás y dejando la sección de proa apuntando hacia arriba, como la vemos. Si quedaba alguien con vida en la burbuja, tuvo una muerte lenta y larga. Que Dios tenga piedad de sus almas.

En otras circunstancias, la referencia religiosa hubiese puesto incómodo a Randy, pero aquí parece apropiada. Piensa lo que quieras de las personas religiosas, siempre tienen algo que decir en momentos como ése. ¿Qué se le ocurriría a un ateo? *Sí, los organismos que habitaban ese submarino perdieron las funciones neuronales superiores y con el tiempo se convirtieron en trozos de carne descompuesta. ¿Y qué?*

—Nos acercamos a la torrecilla —dice Amy. Según el libro, el submarino no va a tener una de esas tradicionales y largas torres verticales: sólo un bulto bajo. Amy pilota el ROV muy cerca del submarino, y una vez más lo detiene y lo gira. El casco aparece en la pantalla como una abigarrada montaña de corales, completamente irreconocible como objeto de fabricación humana... hasta que algo oscuro entra en la pantalla. Se transforma en un agujero perfectamente circular. De él sale una anguila y ataca con furia a la cámara, llenando la pantalla con sus dientes y gaznate. Cuando se aleja nadando, cerca del agujero se ve una puerta de escotilla en forma de bóveda colgando de goznes.

—Alguien abrió la escotilla —dice Amy.

—Dios mío —dice Douglas MacArthur Shaftoe—. Dios mío. —Se aparta del televisor como si ya no pudiese soportar la imagen. Sale de la cubierta y se pone de pie, mirando el mar—. Alguien salió de ese submarino.

Amy sigue fascinada, y es una con el joystick, como un quinceañero con un videojuego. Randy se frota el extraño sitio vacío en la muñeca y mira la pantalla, pero ahora ya no ve nada excepto la abertura circular perfecta.

Después de un minuto más o menos, va a unirse a Doug, quien, como siguiendo un rito, enciende un puro.

—Es un buen momento para fumar —masculla—. ¿Quieres uno?

—Claro. Gracias. —Randy saca una herramienta plegable multipropósito y corta el extremo del puro, un cubano de aspecto muy impresionante—. ¿Por qué dices que es un buen momento para fumar?

—Para fijarlo en la memoria. Para señalarlo. —Doug aparta la vista del horizonte y mira a Randy inquisitivo, casi implorándole que comprenda—. Éste es uno de los momentos más importantes de tu vida. Nada volverá a ser igual. Puede que nos hagamos ricos. Puede que muramos. Puede que

sólo tengamos una aventura, o aprendamos algo. Pero hemos cambiado. Estamos cerca de un fuego digno de Heráclito, sintiendo su calor en la cara. —Saca una cerilla de seguridad encendida entre las manos como un mago y la sostiene frente a los ojos de Randy, y Randy enciende el puro, mirando la llama.

—Bien, se lo dedicamos —dice Randy.

—Y se lo dedicamos también a quién fuese que saliese —contesta Doug.

*OceanofPDF.com*

# Santa Mónica

La infraestructura militar de Estados Unidos (ha decidido Waterhouse) es ante todo y por encima de todo una red insondable de mecanógrafos y oficinistas y, en segundo lugar, un formidable mecanismo para mover cosas de una parte del mundo a otra y, por último, el aspecto menos importante, una organización bélica. Durante el último par de semanas él mismo ha sido propiedad del segundo grupo. Le han embarcado en trasatlánticos de lujo demasiado rápidos para ser atrapados por los submarinos alemanes, cosa que no tiene demasiada importancia ya que, como saben Waterhouse y algunas otras personas, Dönitz ha declarado la derrota en la batalla del Atlántico, y ha retirado a los submarinos hasta que pueda construir una nueva generación, que funcionará con combustible de cohete y nunca tendrá que salir a la superficie. De tal forma llegó Waterhouse a Nueva York. En Penn Station cogió un tren al Medio Oeste, donde pasó una semana con su familia y les aseguró por enésima vez que, por lo que sabía, nunca le enviarían al combate.

Luego vuelve a encontrarse en un tren, a Los Ángeles, y ahora espera lo que parece ha de ser una serie matadora de vuelos de avión atravesando el mundo hasta Brisbane.

Es uno entre otro millón de jóvenes, hombres y mujeres, de uniforme y de permiso, vagando por Los Ángeles en busca de algo de entretenimiento.

Ahora bien, dicen que esa ciudad es la capital del entretenimiento y por lo tanto no debería ser difícil encontrarlo. Precisamente, no puedes recorrer una manzana sin toparte con media docena de prostitutas y pasar junto a un número igual de locales nocturnos, cines y salones de billar.

Waterhouse prueba un poco de todo durante sus cuatro días de permiso y se aflige al descubrir que ya nada de eso le entretiene. ¡Ni siquiera las putas!

Quizá sea por eso por lo que pasea por el lado norte del embarcadero de Santa Mónica, buscando una forma de llegar a la playa, que está completamente vacía, lo único en Los Ángeles que no genera comisiones y derechos residuales para alguien. La playa atrae pero no complace. Las plantas de allí, vigilando el Pacífico, parecen venidas de otro planeta. No, ni siquiera parecen plantas reales de un planeta concebible. Son demasiado geométricas y perfectas. Son diagramas esquemáticos de plantas esbozados por un diseñador imposiblemente moderno, muy bueno con la geometría pero que nunca ha ido al bosque y visto plantas de verdad. Ni siquiera crecen desde una matriz orgánica reconocible, están integradas en un polvo ocre y estéril que es lo que en esa parte del país consideran tierra de cultivo. Waterhouse sabe que no es más que el principio, que a partir de ese punto todo se volverá aún más extraño. Ha oído suficientes historias de Bobby Shaftoe para saber que el otro lado del Pacífico va a ser indescriptiblemente extraño.

El sol se prepara para ocultarse y el embarcadero, a lo largo de la playa por la izquierda, está iluminado, una galaxia llamativa; los trajes extravagantes de los feriantes destacan a una milla de distancia, como bengalas de emergencia. Pero Waterhouse no tiene prisa por llegar allí. Puede ver ejércitos ignorantes de soldados, marineros y marines revoloteando por allí, distinguibles por los tonos de sus uniformes.

La última vez que estuvo en California, antes de Pearl Harbor, no era diferente a esos chicos en el embarcadero, sólo un poco más inteligente, con habilidad para los números y la música. Pero ahora comprende la guerra como ellos nunca lo harán. Él sigue vistiendo el mismo uniforme, pero sólo como disfraz. Ahora cree que la guerra, como la entienden esos chicos, es tan completamente ficticia como las películas de guerra que producen al otro lado de la ciudad, en Hollywood.

Dicen que Patton y MacArthur son generales atrevidos; el mundo aguarda con expectación sus próximas salidas tras las líneas enemigas. Waterhouse sabe que Patton y MacArthur, más que cualquier otra cosa, son consumidores inteligentes de Ultra/Magic. La emplean para descubrir

dónde ha concentrado el enemigo sus fuerzas, luego las esquivan y atacan allí donde son más débiles. Eso es todo.

Dicen que Montgomery es una mano firme, alguien cauteloso y perspicaz. A Waterhouse no le interesa Monty; Monty es un idiota; Monty no lee Ultra; es más, la ignora en detrimento de sus hombres y el esfuerzo bélico.

Dicen que Yamamoto murió a causa de un accidente afortunado cuando algunos P-38 errantes se encontraron con un grupo anónimo de aviones nipones y los derribaron. Waterhouse sabe que la sentencia de muerte de Yamamoto fue escrita por una impresora de línea de la Electrical Till Corporation en una instalación de criptoanálisis de Hawai, y que el almirante fue víctima de un asesinato político en toda regla.

Incluso ha cambiado su concepto de la geografía. Cuando estaba en casa, se sentaba con su abuelo y miraba el globo, girándolo hasta que sólo veían azul, trazando rutas por el Pacífico, desde un volcán solitario hasta el siguiente atolón olvidado de dios. Waterhouse sabe que esas islitas, antes de la guerra, sólo tenían una única función económica: el procesamiento de información. Las rayas y puntos que viajan por los cables submarinos quedan tragados por las corrientes de la tierra después de algunos miles de millas, como ondas en una marejada. Las potencias europeas colonizaron esas islas más o menos cuando se estaban tendiendo los largos cables, y construyeron estaciones donde se recogían las rayas y puntos que venían por las líneas, los amplificaban y los enviaban a la siguiente cadena de islas.

Algunos de esos cables deben estar sumergidos no muy lejos de esa playa. Waterhouse está a punto de seguir las rayas y puntos hasta el horizonte occidental, donde termina el mundo.

Encuentra una rampa que lleva a la playa y deja que la gravedad le guíe hasta el nivel del mar, mirando al sur y al oeste. El agua se muestra tranquila e incolora bajo un cielo nebuloso, apenas se puede distinguir la línea del horizonte.

La fina arena se hunde bajo sus pies formando gruesas ondas circulares con cumbres alrededor de los tobillos, por lo que debe detenerse y desatarse los duros zapatos de cuero. La arena se ha quedado atrapada en la matriz de sus calcetines negros, así que se los quita y se los mete en los bolsillos. Camina hacia el agua llevando un zapato en cada mano. Ve a otros que han

atado los zapatos entre sí alrededor del cinturón, dejando así las manos libres. Pero le ofende la asimetría, así que los lleva como si se preparase para darse la vuelta y caminar sobre las manos con la cabeza colgando.

El sol envía la luz horizontalmente sobre la arena, arañando el caos y creando una línea clara de separación entre luz y oscuridad en cada pequeña duna. Las curvas coquetean y se besan formando un dibujo que es, supone Waterhouse, profundamente fascinante e importante pero demasiado potente para que se ocupe de él su mente cansada. Las gaviotas han aplanado algunas zonas.

La arena de la línea donde golpean las olas ha quedado aplanada. Las huellas de un niño pequeño la atraviesan, extendiéndose como gardenias con delgados rayos. La arena parece un plano geométrico hasta que una lámina del océano la ataca. Luego, los remolinos de agua traicionan pequeñas imperfecciones. A su vez, esos remolinos tallan la arena. El océano es una máquina de Turing, la arena es la cinta; el agua lee las marcas escritas en la arena, en ocasiones las borra y en ocasiones graba marcas nuevas por medio de pequeñas corrientes que son a su vez resultado de las marcas. Recorriendo laboriosamente la línea, Waterhouse aprecia sobre la arena húmeda profundos cráteres que son leídos por el océano. Con el tiempo el océano los borra, pero en ese proceso su estado ha cambiado, la estructura de sus remolinos ha quedado alterada. Waterhouse imagina que la alteración podría de alguna forma propagarse a través del Pacífico hasta un supersecreto dispositivo nipón de vigilancia construido con tubos de bambú y hojas de crisantemo; los operadores nipones sabrían que Waterhouse ha caminado por allí. De la misma forma, el agua arremolinada alrededor de los pies de Waterhouse contiene información sobre el diseño de hélices niponas y la distribución de su flota, si sólo tuviese la inteligencia suficiente para leerla. El caos de las olas, preñado de datos cifrados, se burla de él.

La guerra terrestre ha terminado para Waterhouse. Ahora se ha ido, se ha ido al mar. Es la primera vez que le ha dado un buen vistazo —al mar— desde que ha llegado a Los Ángeles. A él le parece grande. Antes, cuando estaba en Pearl, era un espacio vacío, una nada. Ahora le parece un participante activo, y un vector de información. Luchar una guerra en él podría volverte loco, trastornarte. ¿Cómo será ser un general? ¿Vivir durante años entre volcanes y árboles raros, olvidar los robles, los trigales,

las tormentas de nieve y los partidos de fútbol norteamericano? ¿Luchar contra los terribles nipones en la selva, quemándolos en cuevas, haciéndoles caer desde los acantilados? ¿Ser un potentado oriental, la autoridad suprema sobre millones de millas cuadradas, centenares de millones de personas? Tu único contacto con el mundo real una delgada fibra de cobre recorriendo el fondo del océano, el ligero gimoteo de los puntos y rayas en medio de la noche ¿En qué tipo de hombre te convertirías?

*OceanofPDF.com*

# Avanzada

Cuando su sargento quedó convertido en aerosol por cortesía del australiano de la ametralladora, Goto Dengo y sus camaradas supervivientes se quedaron sin mapa, y estar sin mapa en las selvas de Nueva Guinea en medio de una guerra es malo, malo, malo.

En otro país, quizá hubiesen podido seguir descendiendo hasta llegar al océano, y luego seguir la costa hasta su destino. Pero recorrer la costa es casi aún más imposible que recorrer el interior, porque la costa es una cadena de pantanos pestilentes infestados de cazadores de cabezas.

Al fin, encuentran una avanzada nipona simplemente siguiendo las explosiones. Quizá ellos no tengan mapas, pero la Quinta Fuerza Aérea norteamericana sí que los tiene.

En cierta forma, para Goto Dengo, el bombardeo continuo es tranquilizador. Después del encuentro con los australianos, considera una idea que no se atreve a expresar: que para cuando llegasen a su destino podrían ya estar en manos enemigas. Que pueda siquiera concebir tal posibilidad demuestra más allá de toda duda que no está capacitado para ser un soldado del emperador.

En cualquier caso, el sonsonete de los motores de los bombarderos, el ruido titánico de las explosiones, los destellos sobre el horizonte nocturno les ofrecen muchas pistas útiles sobre la posición de los nipones. Uno de los camaradas de Goto Dengo es un granjero de Kyushu que parece capaz de sustituir el entusiasmo por comida, agua, sueño, medicinas y cualquier otra necesidad física. Mientras atraviesa penosamente la selva, este muchacho mantiene alto el espíritu pensando en el día en que estén lo suficientemente

cerca para oír el sonido de las baterías antiaéreas y ver a los aviones norteamericanos, destrozados por los proyectiles, cayendo en espiral hacia el mar.

Ese día no llega nunca. Pero a medida que se acercan, pueden encontrar la avanzada con los ojos cerrados, simplemente siguiendo el olor a disentería y carne en descomposición. Justo cuando la fetidez está tan cerca como para ser insoportable, el chico entusiasta emite un extraño sonido gutural. Goto Dengo se vuelve para ver una peculiar entrada de forma oval en el centro de la frente del muchacho. El muchacho cae el suelo y se estremece.

—¡Somos nipones! —dice Goto Dengo.

La tendencia de las bombas a caer del cielo y estallar entre ellos cuando el sol está en lo alto dicta que es necesario cavar búnkeres y hoyos de protección. Por desgracia, el suelo coincide con el nivel freático. Las pisadas se llenan de agua incluso antes de que el pie haya tenido tiempo de separarse del lodo. Los cráteres de las bombas son perfectos charcos circulares. Las trincheras son canales en zigzag. No hay vehículos de ruedas ni bestias de carga, ni animales de corral ni edificios. Esos trozos de aluminio quemados deben haber sido aviones en otro tiempo. Hay algunas armas pesadas, pero los cañones están fracturados y deformados por las explosiones, y llenos de pequeños cráteres. Las palmeras no son más que tocones coronados por unas pocas esquirlas radiando desde la zona de explosión más reciente. La extensión de lodo rojo está salpicada por grupos aleatorios de gaviotas que arrancan trozos de comida; Goto Dengo ya sospecha lo que comen, y lo confirma cuando se corta el pie descalzo con los restos de una mandíbula humana. La cantidad brutal de explosivos potentes que han estallado en el campamento ha bañado hasta la última molécula de aire, agua y tierra con el olor químico de los residuos de TNT. Ese olor hace que Goto Dengo recuerde su hogar; ése mismo explosivo es adecuado para pulverizar cualquier roca que se interponga entre ti y cualquier veta de material.

Un cabo escolta a Goto Dengo y a los camaradas supervivientes desde el perímetro hasta una tienda levantada sobre el lodo. Las cuerdas no están atadas a estacas sino a segmentos dentados de troncos, y fragmentos pesados de armas estropeadas. En el interior, el lodo está cubierto con las

tapas de cajones de madera. Un hombre sin camisa de quizá unos cincuenta años está sentado de piernas cruzadas en lo alto de una caja vacía de munición. Sus párpados están tan pesados e hinchados que resulta difícil decidir si está despierto. Respira de forma errática. Cuando inhala, la piel se retrae a los espacios entre las costillas, produciendo la ilusión de que el esqueleto intenta escapar a la desesperada de un cuerpo condenado. Hace mucho tiempo que no se afeita, pero no tiene pelo suficiente para producir una barba de verdad. Le murmura a un oficinista, sentado sobre una tapa que dice MANILA, que copia sus palabras.

Goto Dengo y sus camaradas permanecen de pie como durante media hora, intentando desesperadamente controlar su decepción. Esperaba a esas alturas encontrarse tendido en una cama de hospital bebiendo sopa de miso. Pero esa gente está todavía en peores condiciones que él; teme que ellos le pidan ayuda a él.

Aún así, es agradable simplemente estar bajo una lona, y frente a alguien con autoridad que va a ocuparse de todo. Los oficinistas entran en la tienda trayendo mensajes descifrados, lo que significa que en algún lugar cercano hay una estación de radio que funciona y personal con libros de código. No están desconectados del todo.

—¿Qué sabes hacer? —dice el oficial, una vez que a Goto Dengo se le ha ofrecido finalmente la oportunidad de presentarse.

—Soy ingeniero —dice Goto Dengo.

—Ah. ¿Sabes cómo construir puentes? ¿Pistas de aviación?

El oficial está fantaseando un poco; los puentes y las pistas de aviación están tan lejos de su comprensión y de sus hombres como las naves intergalácticas. Se le han caído todos los dientes, así que se le pegan las palabras, y en ocasiones debe detenerse dos o tres veces para tomar aliento durante una frase.

—Construiría tales cosas si fuese el deseo de mi comandante, aunque para tales cosas otros tienen mejores habilidades que yo. Mi especialidad es la ingeniería subterránea.

—¿Bunkeres?

Una avispa le pica en la nuca e inhala con fuerza.

—Construiría búnkeres si fuese el deseo de mi comandante. Mi especialidad son los túneles, en tierra o piedra, pero especialmente en

piedra.

El oficial mira fijamente a Goto Dengo durante unos momentos, luego dirige una mirada al oficinista, que se inclina ligeramente y lo apunta.

—Aquí tus habilidades son inútiles —dice con desconsideración, como si fuese cierto para todos.

—¡Señor! También sé manejar la ametralladora ligera Nambu.

—La Nambu es mala arma. No es tan buena como lo que tienen norteamericanos y australianos. Aún así, es útil para la defensa en la jungla.

—¡Señor! Defenderé nuestro perímetro hasta el último aliento...

—Por desgracia, no nos atacan desde la selva. Nos bombardean. Pero la Nambu no puede alcanzar a un avión. Cuando lleguen, llegarán desde el océano. La Nambu es inútil frente a un ataque anfibio.

—¡Señor! He vivido en la selva durante seis meses.

—¿Oh? —Por un momento el oficial parece interesado—. ¿Qué has estado comiendo?

—¡Larvas y murciélagos, señor!

—Vete y búscame algunos.

—¡De inmediato, señor!

Desenrolla algo de cuerda vieja para hacer cordel, y teje el cordel en redes, y cuelga las redes de los árboles. Una vez que está terminado, su vida es simple: cada mañana trepa a los árboles y recoge los murciélagos atrapados en las redes. Luego pasa la tarde sacando larvas, usando una bayoneta, de los troncos podridos. El sol se pone y permanece en un hoyo de protección lleno de aguas residuales hasta que vuelve a salir. Cuando estallan bombas cerca, la concusión le produce una conmoción tan profunda que separa su cuerpo de su mente; durante las horas posteriores, su cuerpo se mueve haciendo cosas sin que él se lo diga. Desprovista de sus conexiones con el mundo físico, su mente va dando vueltas como un impulsor al que se le ha roto el árbol motor y va aullando a velocidad máxima, sin hacer trabajo útil pero consumiéndose. Normalmente no sale de ese estado hasta que alguien le habla. Luego caen más bombas.

Una noche nota que hay arena bajo sus pies. Extraño. El aire huele a limpio y fresco. Algo desconocido. Otros caminan por la arena con él.

Les escoltan un par de soldados tambaleantes, y un cabo encorvado por el peso de una Nambu. El cabo mira de forma extraña.

—Hiroshima —dice.

—¿Me ha dicho algo?

—Hiroshima.

—Pero ¿qué ha dicho antes de «Hiroshima»?

—En.

—¿En?

—En Hiroshima.

—¿Qué ha dicho antes de decir «en Hiroshima»?

—Tía.

—¿Me hablaba sobre su tía en Hiroshima?

—Sí. A ella también.

—¿Qué quiere decir con a ella también?

—El mismo mensaje.

—¿Qué mensaje?

—El mensaje que memorizaste. Dáselo a ella también.

—Oh —dice Goto Dengo.

—¿Recuerdas la lista completa?

—¿La lista de personas a las que se supone que debo dar el mensaje?

—Sí. Vuelve a recitarla.

El cabo tiene acento de Yamaguchi, que es de donde vienen la mayoría de los soldados apostados allí. Parece más rural que urbano.

—Eh, su padre y su madre en la granja de Yamaguchi.

—¡Sí!

—Y su hermano que está en... ¿la Marina?

—¡Sí!

—Y su hermana que es...

—Profesora en Hiroshima, ¡muy bien!

—Así como a su tía que también vive en Hiroshima.

—Y no te olvides de mi tío en Kure.

—Oh, sí. Lo siento.

—¡No hay problema! Ahora repíteme el mensaje, sólo para asegurarme de que no lo olvidas.

—De acuerdo —dice Goto Dengo, y respira bien hondo. Ahora está empezando a entender su situación. Caminan hacia el mar: él y media docena más, desarmados y cargando pequeños paquetes, acompañados por el cabo y soldados. Abajo, sobre las olas, les espera una lancha de goma.

—¡Ya casi estamos! ¡Dime el mensaje! ¡Repítemelo!

—Querida familia —comienza a decir Goto Dengo.

—Muy bien... ¡perfecto hasta ahora! —dice el cabo.

—Siempre pienso en vosotros. —Es la suposición de Goto Dengo.

El cabo parece algo alicaído.

—Cerca... sigue.

Han llegado a la lancha. La tripulación la mete en la arena unos pocos pasos. Goto Dengo deja de hablar durante unos momentos mientras observa subir a los otros. Luego el cabo le da un golpecito en la espalda. Goto Dengo se mete en el océano. Nadie le grita todavía; de hecho, le ofrecen ayuda para subir. Cae en el fondo de la lancha y se pone de rodillas mientras la tripulación la saca de la playa. Mira a los ojos al cabo que se ha quedado en la playa.

—Éste es el último mensaje que recibiréis de mí, porque ya hace tiempo que he encontrado mi descanso en la tierra sagrada del templo de Yasukuni.

—¡No! ¡No! ¡Todo mal! —aúlla el cabo.

—Sé que me visitaréis y me recordaréis con cariño, como yo os recuerdo a vosotros.

El cabo se mete en el agua, intentando alcanzar la lancha, y los soldados van tras él y lo agarran por los brazos. El cabo grita:

—¡Pronto inflingiremos a los norteamericanos una derrota total y regresaré a casa marchando por las calles de Hiroshima con mis compañeros! —recita como un escolar haciendo los deberes.

—¡Ahora he muerto con valor, en una magnífica batalla, y ni una vez eludí mi responsabilidad! —le grita Goto Dengo.

—¡Por favor, enviadme un cordón fuerte para que pueda arreglarme las botas! —grita el cabo.

—¡El ejército nos ha tratado bien, y hemos vivido nuestros últimos meses entre tantas comodidades y limpieza que uno apenas podría suponer que habíamos abandonado las islas natales! —grita Goto Dengo, sabiendo que el sonido de las olas debe estar dificultando la recepción—. ¡Cuando llegó la batalla final, fue rápida, y nos adentramos en la muerte en plena juventud, como las flores del cerezo de las que se habla en el rescripto del emperador, que todos llevamos junto al pecho! ¡Haber abandonado este mundo es un precio pequeño a pagar por la paz y la prosperidad que hemos traído a la gente de Nueva Guinea!

—¡No, está mal del todo! —gime el cabo. Pero sus compañeros le llevan hasta la playa, hacia la selva, donde su voz se pierde entre la cacofonía eterna de ululatos, alaridos, chillidos, gorjeos y otros gritos extraños.

Goto Dengo huele a diesel y aguas rancias. Se da la vuelta. Las estrellas a su espalda están bloqueadas por algo largo y oscuro, con forma similar a un submarino.

—Tu mensaje es mucho mejor —murmura alguien. Es un joven con una caja de herramientas: un mecánico de avión que no ha visto un avión nipón desde hace medio año.

—Sí —dice otro hombre, aparentemente también un mecánico—. A su familia ese mensaje le parecerá mucho más reconfortante.

—Gracias —dice Goto Dengo—. Por desgracia, no tengo ni idea de cuál es su nombre.

—Entonces vas a Yamaguchi —dice el primer mecánico—, y eliges al azar a una pareja anciana.

*OceanofPDF.com*

# Meteoro

No follas para nada como una chica inteligente —dice Bobby Shaftoe, con la voz apagada por el asombro.

La estufa de leña brilla en la esquina, aunque en Suecia, donde Shaftoe ha pasado los últimos seis meses, gracias a dios todavía es septiembre.

Julieta es oscura y flexible. Alarga un brazo largo desde la cama y busca un cigarrillo en la mesilla de noche.

—¿Podrías coger ese trapo? —dice Shaftoe, mirando un pañuelo del cuerpo de marines de Estados Unidos muy bien doblado que está junto a los cigarrillos. Su brazo es demasiado corto.

—¿Por qué? —Julieta habla un inglés genial, como todos los finlandeses.

Shaftoe suspira por la irritación y hunde la cara en el pelo negro. El golfo de Botnia se agita formando espuma allá abajo, como una radio mal sintonizada que emitiese información extraña.

Julieta es muy dada a plantear grandes preguntas.

—Simplemente no quiero mancharlo todo cuando ejecute la retirada, señora —dice.

Oye junto al oído el sonido del encendedor, una, dos, tres veces. A continuación, el pecho de Julieta lo levanta al llenarse de humo.

—Tómate tu tiempo —ronronea, las cuerdas vocales endulzadas por el alquitrán condensado—. ¿Qué vas a hacer con tanta prisa? ¿Ir a nadar? ¿Invadir Rusia?

En algún punto, al otro lado del golfo, está Finlandia. Allí hay rusos, y alemanes.

—Ves, sólo mencionando el ir a nadar mi polla se encoge —dice Shaftoe—. Así que va a acabar saliendo. Es inevitable. —Cree que ha pronunciado bien la última palabra.

—¿Y luego qué pasará? —pregunta Julieta.

—Tendremos una mancha de humedad.

—¿Y? Es natural. La gente ha estado durmiendo sobre manchas de humedad desde que existen las camas.

—Maldición —dice Shaftoe, y se lanza heroicamente en busca del pañuelo Semper Fi.

Julieta hunde las uñas en uno de los puntos sensibles que ha localizado durante la exhaustiva exploración cartográfica a la que ha sometido a su cuerpo. Shaftoe se retuerce en vano; todos los finlandeses son grandes atletas. Se sale. ¡Demasiado tarde! Tira la cartera al suelo cuando agarra el pañuelo, luego se aparta de Julieta y lo enrolla alrededor de sí mismo, una bandera en un mástil roto, la única bandera de rendición que jamás hará ondear Bobby Shaftoe.

Luego se queda tendido durante un rato, escuchando las olas, y los chasquidos de la madera en la estufa. Julieta se aparta de él y se acurruca en su lado de la cama, evitando la zona húmeda, aunque sea natural, y disfruta de su cigarrillo, aunque eso no lo sea.

Julieta huele a café. A Shaftoe le gusta acercar el hocico y oler su carne.

—El tiempo no está tan mal. El tío Otto debería estar de vuelta antes de la noche —dice ella. Mira perezosamente un mapa de Escandinavia. Suecia cuelga como un falo flácido y circuncidado. Finlandia destaca como un escroto debajo de ese país. Su frontera este, con Rusia, ya no conserva ningún parecido con la realidad. Esa frontera ilusoria está furiosamente marcada con marcas de lápiz, los golpes de los repetidos esfuerzos de Stalin por castrar Escandinavia, obsesivamente registrados y anotados por el tío de Julieta, que como todos los fineses es un experto esquiador, tirador perfecto y guerrero indomable.

Aún así se desprecian. Shaftoe opina que se debe a que al final encargaron la defensa de su país a los alemanes. Los finlandeses destacaron en el viejo y personalizado estilo al por menor de matar rusos, pero cuando

empezaron a acabárseles los fineses que enrolar, tuvieron que llamar a los alemanes, que son mucho más numerosos y que han perfeccionado un sistema al por mayor de exterminar rusos.

Julieta se mofa de esa teoría tan tonta: los fineses son un millón de veces más complejos de lo que Bobby Shaftoe podría llegar a entender. Incluso si no hubiese estallado la guerra, habría un número infinito de razones para que estuviesen deprimidos todo el tiempo. Ni siquiera tiene sentido intentar explicarlo. Ella sólo puede ofrecerle vagas nociones de la psicología finlandesa follándoselo una vez cada par de semanas.

Lleva allí tendido demasiado tiempo. Pronto el semen que le queda en el tracto se endurecerá como el epoxi. Ese peligro le incita a la acción. Sale deslizándose de la cama, se estremece por el frío, salta las tablas heladas hasta llegar a la alfombra, y corre instintivamente hacia el calor de la estufa.

Julieta se pone de espaldas para mirarlo. Lo evalúa.

—Sé un hombre —dice—. Prepárame café.

Shaftoe coge la tetera de hierro de la cabaña, un artefacto que podría servir de ancla si se presentase la oportunidad. Se pone una manta sobre los hombros y sale al exterior. Se detiene al borde del malecón, sabiendo que el embarcadero desnudo no hará bien a sus pies descalzos, y mea sobre la playa. El arco amarillo se vela por el vapor que huele a café. Entrecierra los ojos y mira al otro lado del golfo y ve a un remolcador tirando de una línea de troncos por la costa, y un par de velas, pero no las del tío Otto.

Tras la cabaña hay un tubo vertical alimentado por una fuente en la colina. Shaftoe llena la tetera, coge unos trozos de madera y vuelve adentro, maniobrando entre ladrillos apilados de paquetes de java y cajas de munición para el subfusil Suomi. Pone la tetera sobre la estufa y la alimenta con madera.

—Usas demasiada madera —dice Julieta—. El tío Otto se dará cuenta.

—Cortaré más —dice Shaftoe—. Todo este puto país está lleno de madera.

—Estarás cortando madera todo el día si el tío Otto se enfada contigo.

—Por tanto, ¿está bien que me acueste con la sobrina de Otto, pero quemar un par de palitos de madera para hacer café es razón para molerme a palos?

—Moler —dice Julieta—. Café molido.

Todo el país de Finlandia (según cuenta Otto) ha caído bajo la noche eterna de la desesperación existencial y la depresión suicida. Se han agotado los antídotos habituales: la autoflagelación con ramas de abedul remojadas, el humor mordaz, el beber durante una semana. Lo único que ahora puede salvar a Finlandia es el café. Por desgracia, el gobierno de ese país ha sido tan miope que ha incrementado exageradamente los impuestos de aduanas. Supuestamente está destinado a pagar por matar rusos, y para reasentar a los cientos de miles de fineses que han tenido que recoger e irse cada vez que Stalin, en una embestida borracha, o Hitler, en un ataque psicótico, atacan un mapa con un lápiz rojo. El único efecto es que el café sea más difícil de conseguir. Según Otto, Finlandia es una nación de zombis improductivos, excepto en las zonas penetradas por la red de distribución de los traficantes de café. Los finlandeses generalmente desconocen el concepto de la buena suerte, pero sin embargo tienen la suerte de vivir, separados sólo por el golfo de Botnia, justo enfrente de un país neutral y razonablemente próspero famoso por su café.

Con esos datos, no es preciso explicar en demasía la existencia de una pequeña colonia finlandesa en Norrsbruck. Lo único que falta es músculo para cargar el café en el bote, y para descargar lo que sea que Otto traiga de vuelta. Se necesita: un tontorrón musculado sin papeles deseoso de recibir como pago en especie aquello que Otto pueda conseguir.

El sargento Bobby Shaftoe, Cuerpo de Marines de Estados Unidos, pone algunos granos en el molinillo y comienza a darle a la manivela. Una nevisca negra comienza a acumularse en la parte de abajo. Ha aprendido a hacerlo al estilo sueco, empleando un huevo para asentar el café molido.

Cortar madera, follarse a Julieta, moler café, follarse a Julieta, mear en la playa, follarse a Julieta, cargar y descargar el queche de Otto. Más o menos eso es todo lo que Bobby Shaftoe ha hecho durante el último medio año. En Suecia ha encontrado el ojo tranquilo y gris verdoso del huracán de sangre que es el mundo.

Julieta Kivistik es el misterio central. No viven una aventura amorosa; viven una serie de aventuras amorosas. Al comienzo de cada aventura, ni siquiera se hablan, ni siquiera se conocen. Shaftoe no es más que un trotamundos que carga para su tío. Al final de cada aventura están en la

cama follando. En medio, se producen entre una o tres semanas de maniobras tácticas, falsos comienzos y arduos flirteos de ataque y retirada.

Aparte de eso, cada aventura es completamente diferente, como una relación completamente nueva entre dos personas del todo distintas. Es una locura. Probablemente porque Julieta está loca, mucho más loca que Bobby Shaftoe. Pero no hay razón por la que Bobby Shaftoe, aquí y ahora, no se haya vuelto completamente loco.

Hierve el café, hace el truco con el huevo, y le sirve una taza a Julieta. No es más que una cortesía: su aventura acaba de terminar y la siguiente todavía no ha comenzado.

Cuando le lleva la taza, ella está sentada en la cama, fumándose otro cigarrillo, y (como cualquier mujer) limpiándole la cartera, que es algo que él no ha hecho desde, bien, desde que la fabricó, hace diez años, en Oconomowoc, para cumplir los requisitos de la medalla del mérito de trabajo con piel. Julieta ha sacado el contenido y lo va repasando como si fuese un libro. En gran parte ha quedado destrozado por el agua de mar. Pero está mirando, analíticamente, una fotografía de Glory.

—¡Dame eso!—dice, y se la quita.

Si ella fuese su amante, intentaría jugar a no dársela, habría tonterías y quizá más sexo al final. Pero ahora es una extraña y le deja coger la cartera.

Le observa dejar el café, como si fuese un camarero.

—Tienes novia... ¿dónde? ¿En México?

—Manila —responde Bobby Shaftoe—, si sigue viva.

Julieta asiente, completamente impasible. Ni siente celos de Glory, ni le preocupa la suerte de Glory a manos de los nipones. Lo que sucede en Filipinas no puede ser peor que lo que ha visto en Finlandia.

¿Y qué podrían preocuparle, en todo caso, las pasadas relaciones románticas del estibador de su tío, el joven como se llame?

Shaftoe se pone los calzoncillos, los pantalones de lana, la camisa y un suéter.

—Voy a la ciudad —dice—. Dile a Otto que estaré de vuelta para descargar.

Julieta no dice nada.

Como un último gesto amable, Shaftoe se detiene en la puerta, mete la mano tras el montón de cajas, saca uno de los subfusiles Suomi[23] y lo examina: limpio, cargado, listo para la acción, como lo estaba hace una hora, la última vez que lo examinó. Lo vuelve a poner en su sitio, se gira, mira a Julieta a los ojos durante un momento. Luego sale y cierra la puerta. Tras él, puede oír los pies delcazos sobre el suelo frío, y el sonido satisfactorio de los pasadores de la puerta al cerrarse.

Se enfunda un par de botas altas de goma y luego comienza a recorrer la playa hacia el sur. Las botas pertenecen a Otto y son un par de números demasiado grandes. Le hacen sentirse como un muchachito, metiendo los pies en los charcos de Wisconsin. Eso es lo que debería estar haciendo un chico de su edad: trabajar, de forma dura y honrada, en un trabajo fácil. Besar chicas. Ir a la ciudad para comprar tabaco y quizá algo de cerveza. La idea de volar por ahí en el interior de aviones de guerra muy armados y emplear armas modernas para matar a cientos de maniacos homicidas extranjeros le parece ahora anticuada e inapropiada.

Reduce la marcha cada centenar de yardas para mirar un tambor de acero, o cualquier otro resto de guerra, arrastrado por las olas, medio enterrado en la arena, marcado crípticamente en cirílico, finés o alemán. Le recuerdan a los bidones nipones en la playa de Guadalcanal.

*Luna alza mar,*
*No a muertos en la playa*
*Que las olas entierran.*

Se malgastan muchas cosas en la guerra, no sólo cosas que vienen en cajas y bidones. Como sucede a menudo, por ejemplo, se pide a los hombres que mueran de buena gana para que otros puedan vivir. Shaftoe aprendió en Guadalcanal que nunca sabes cuándo van a tornarse las circunstancias. Puedes entrar en batalla con el plan más simple, claro e inteligente jamás concebido, ingeniado por oficiales marines entrenados en Anápolis y endurecidos en la batalla, y apoyado en una tonelada de trabajo de inteligencia. Pero diez segundos después de que se apriete el primer gatillo, pasan cosas por todas partes, las personas corren como locas. El plan de batalla que era el producto de un genio hace un minuto, de pronto parece tan ingenuo como tus poemas de instituto. La gente muere. Algunos

hombres porque resulta que les ha caído encima una bomba, pero sorprendentemente, a menudo mueren porque se lo han ordenado.

Fue así con el U-691. Todo ese asunto del vapor de Trinidad probablemente fue, en algún momento, un brillante plan (quizá de Waterhouse). Pero todo salió mal, y algún comandante aliado dio la orden de que Shaftoe y Root, junto con toda la tripulación del U-691, debían morir.

Debió haber muerto en la playa de Guadalcanal junto con sus compañeros, y no fue así. Todo lo sucedido entre ese momento y el U-691 fue una especie de bono de vida extra. Tuvo una oportunidad de volver a casa y ver a su familia, parecida a la de Jesús tras la Resurrección.

Ahora Bobby Shaftoe está muerto con toda seguridad. Por eso recorre la playa tan lentamente, y se toma tanto interés fraternal por esos elementos, porque Bobby Shaftoe también es un cadáver arrojado por la marea en la playa de Suecia.

Piensa en eso cuando ve la Aparición Celestial.

Allí el cielo es como un cubo recién galvanizado invertido sobre el mundo para bloquear la inconveniente luz del sol; si alguien enciende un cigarrillo a media milla de distancia, brilla como una nova. Con esos niveles, la Aparición Celestial parece toda una galaxia cayendo de su órbita para rascar la superficie del mundo. Casi podrías confundirla con un avión, excepto que no produce el sonido habitual. Esa cosa emite un gemido agudo, y una larga cola de fuego. Además, va demasiado rápido para ser un avión. Surca el cielo sobre el golfo de Botnia y atraviesa la costa un par de millas al norte de la cabaña de Otto, perdiendo altitud gradualmente y reduciendo velocidad. Pero al reducir velocidad, las llamas florecen y se adueñan del cuerpo negro de la cosa, que se parece a la mecha arrugada y rizada al pie de la llama de una vela.

Desaparece tras los árboles. Por allí, todo desaparece tarde o temprano tras los árboles. De esos árboles surge una bola de fuego, y Bobby Shaftoe dice:

—Mil uno, mil dos, mil tres, mil cuatro, mil cinco, mil seis, mil siete. —Y luego se detiene, al oír la explosión. Se da la vuelta y se dirige a Norrsbruck, yendo ahora más rápido.

*OceanofPDF.com*

# Lavender Rose

Randy quiere descender para echar un vistazo en persona al submarino. Doug dice con tranquilidad que puede hacerlo, pero primero necesita preparar un plan de inmersión válido, y le recuerda que la profundidad del naufragio es de ciento cincuenta y cuatro metros. Randy asiente como si hubiese esperado, efectivamente, el tener que preparar un plan de inmersión.

Quiere que todo sea como conducir un coche, donde te limitas a meterte dentro y arrancar. Conoce a un par de tipos que pilotan aviones, y todavía puede recordar cómo se sintió al descubrir que no puedes limitarte a subir al avión (incluso en los pequeños) y salir volando; tienes que preparar un plan de vuelo, y se necesita toda una maleta llena de libros, tablas y calculadoras especializadas, y acceso a la información meteorológica muy por encima y más allá de lo que ofrecen los sistemas habituales, para conseguir incluso un plan de vuelo malo y equivocado que te matará con toda seguridad. Una vez que Randy se acostumbró a la idea, admitió a regañadientes que tenía sentido.

Ahora Doug Shaftoe le dice que necesita un plan para atarse unos tanques a la espalda y nadar ciento cincuenta y cuatro metros (hacia abajo, hay que admitirlo) y de vuelta. Así que Randy coge algunos libros de inmersión de los estantes protegidos por elásticos del *Glory IV* e intenta obtener incluso una idea vaga de eso de lo que Doug habla. Randy nunca ha hecho inmersión en su vida, pero ha visto cómo lo hacen en los documentales de Jacques Cousteau y le parece bastante simple.

Los primeros tres libros que consulta contienen detalles más que suficientes para reproducir el abatimiento que Randy experimentó cuando descubrió lo de los planes de vuelo. Antes de abrir los libros, Randy ha dispuesto el lápiz mecánico y el papel milimetrado como preparación para tomar notas y empezar a hacer marcas; media hora más tarde sigue intentando comprender el contenido de las tablas, y no ha hecho ninguna marca. Nota que las profundidades en esas tablas sólo llegan hasta ciento treinta metros, y que a ese nivel sólo hablan en términos de permanecer allá abajo cinco o diez minutos. Y sin embargo sabe que Amy y el conjunto de submarinistas poliétnicos, siempre creciente y colorista, de Shaftoe van a pasar mucho más tiempo a esa profundidad, y de hecho están regresando a la superficie con artefactos del naufragio. Hay, por ejemplo, un maletín de aluminio en el que Doug espera encontrar claves sobre quién estaba en ese submarino y por qué se encontraba al otro extremo del mundo.

Randy comienza a temer que los restos queden completamente vacíos incluso antes de que realice ni la más mínima marca sobre el papel. Los submarinistas se presentan, uno o dos cada día, en fuerabordas o canoas procedentes de Palawan. Surferos rubios, zoquetes taciturnos, franceses fumadores compulsivos, asiáticos jugadores de Nintendo, ex marineros que arrugan latas de cerveza, granjeros. Todos ellos tienen planes de inmersión. ¿Por qué Randy no tiene un plan de inmersión?

Comienza a bosquejar uno a partir de la profundidad de ciento treinta metros, que parece estar razonablemente cerca de ciento cincuenta y cuatro. Después de trabajarlo durante una hora (tiempo suficiente para imaginar todo tipo de detalles engañosos) se da cuenta de que la tabla que ha estado usando está en pies, no metros, lo que significa que esos submarinistas se han estado sumergiendo a una profundidad que es más de tres veces mayor que el máximo de profundidad reflejado en las tablas.

Randy cierra todos los libros y los contempla durante un rato con gesto de mal humor. Son libros bonitos, con fotografías en color en las portadas. Los cogió del estante porque (éste es un detalle de introspección) es un informático y, en el mundo de los ordenadores, cualquier libro impreso hace más de dos meses es un objeto para la nostalgia. Investigando un poco más, descubre que esos tres libros relucientes han sido firmados personalmente por los autores, con largas dedicatorias personales: dos para Doug y una

para Amy. La de Amy es evidente que ha sido escrita por un hombre desesperadamente enamorado de ella. Leerla es como hidratarse con salsa Tabasco.

Llega a la conclusión de que se trata de libros divulgativos sobre el submarinismo escritos para turistas cargados de ron y, es más, probablemente el editor hizo que un equipo de abogados repasase hasta la última palabra para asegurarse de que no hubiese posibilidad de denuncia. Que por tanto, el contenido de esos libros representa como un uno por ciento de todo lo que sus autores saben sobre submarinismo, pero que los abogados se han asegurado de que los autores ni lo mencionen.

Vale, así que los submarinistas han conseguido dominar un amplio cuerpo de conocimiento oculto. Eso explica su parecido general con los hackers, aunque sean hackers con muy buena forma física.

Doug Shaftoe no va a bajar en persona. De hecho, se mostró sorprendido, casi despectivo, cuando Randy preguntó si iba a hacerlo. En lugar de eso, va examinando el material recuperado por los submarinistas más jóvenes. Empezaron realizando un informe fotográfico empleando cámaras digitales, y Doug ha estado imprimiendo en su impresora láser ampliaciones del interior del submarino para pegarlas por las paredes de su cámara de oficiales en el *Glory IV.*

Randy realiza un proceso de ordenación con los libros: ignora cualquier cosa con fotografías en color, o que parezca haber sido publicado en los últimos veinte años, o que tenga citas en la contraportada con las palabras *alucinante*, *estupendo*, *fácil de leer* o, la peor de todas, *sencillo de entender.* Busca libros viejos y gruesos con encuademaciones gastadas y títulos en letras mayúsculas como MANUAL DE INMERSIÓN. Cualquier cosa con furiosas notas marginales de Doug Shaftoe recibe puntos extras.

A: randy@epiphyte.com
De: root@eruditorum.org
Asunto: Pontifex
Randy,
Por ahora, empleemos «Pontifex» como nombre de trabajo de este nuevo criptosistema. Es un sistema posterior a la guerra. Lo que quiero decir es que, después de ver lo que Turing y compañía hicieron con Enigma, llegué a la conclusión (ahora evidente) de que cualquier sistema criptográfico moderno es mejor que se resista al criptoanálisis mecánico. Pontifex emplea una permutación de 54 elementos como clave —¡una clave por mensaje, por supuesto!— y emplea esa permutación (que representaremos como T) para generar un flujo de clave que se

añade, módulo 26, al texto llano (P), como en un cuaderno de uso único. El proceso de generar cada carácter en el flujo de clave altera T de una forma reversible pero más o menos «aleatoria».

En este momento, un submarinista llega con un pieza de oro, pero no es un lingote: es una lámina de oro, quizá de unas ocho pulgadas por cada lado, y como un cuarto de milímetro de grosor, con un dibujo de pequeños agujeros perfectamente grabados, como si fuese una tarjeta de ordenador. Randy pasa un par de días obsesionado con el artefacto. Descubre que ha salido de una caja almacenada en la bodega de carga del submarino, y que allí hay un centenar más.

Ahora, de pronto, está leyendo textos de tipos cuyos nombres van precedidos por graduaciones navales y terminan en doctor en Medicina o doctor a secas y que hablan durante docenas de páginas sobre la física de la formación de burbujas de nitrógeno en las rodillas, por ejemplo. Hay fotografías de gatos atados en el interior de cámaras de presión de sobremesa. Randy descubre que la razón por la que Doug Shaftoe no se sumerge hasta los ciento cincuenta y cuatro metros es que ciertos cambios relacionados con la edad en las articulaciones tienden a aumentar la posibilidad de formación de burbujas durante la descompresión. Asume el hecho de que la presión a la profundidad del pecio va a ser de quince o dieciséis atmósferas, lo que significa que al subir a la superficie, cualquier burbuja de nitrógeno que ande dando vueltas por su cuerpo crecerá quince o dieciséis veces y eso es cierto incluso para las burbujas que estén en el cerebro, rodillas, los pequeños vasos sanguíneos de los ojos, o hayan quedado atrapadas bajo sus empastes. Desarrolla una sofisticada comprensión a nivel de profano con respecto a la medicina de inmersión, lo que no significa demasiado porque cada cuerpo es diferente, de ahí la necesidad de que cada submarinista tenga un plan de inmersión diferente. Randy tendrá que calcular su porcentaje de grasa corporal antes siquiera de apuntar nada en el papel.

También depende del camino. Los cuerpos de esos submarinistas se saturan parcialmente de nitrógeno cada vez que descienden, y no todo sale cuando ascienden —todos ellos, sentados en la *Glory IV* jugando a las cartas, bebiendo cerveza o hablando con sus novias por medio de teléfonos GSM, están *desgasificándose* continuamente—, el nitrógeno se libera de sus cuerpos a la atmósfera, y cada uno de ellos sabe más o menos cuánto

nitrógeno tiene acumulado en el cuerpo en un momento dado y comprende, de forma profunda y casi intuitiva, exactamente cómo esa información se propaga por entre cualquier plan de inmersión que pueda estar fraguándose en el interior del potente superordenador de inmersión que aparentemente cada uno de esos tipos lleva en el interior de su cerebro saturado de hidrógeno.

Uno de los submarinistas trae un tablón de la caja que contenía el montón de hojas de oro. Está en muy mal estado, y todavía burbujea por el gas que sale. Randy no tiene ningún problema en visualizar el burbujeo como algo que sus huesos harían si se equivocase al trazar su plan de inmersión. En la madera hay unas letras apenas visibles: NIZARCH.

*Glory IV* tiene compresores para comprimir el aire hasta presiones acojonantemente altas para llenar las botellas de inmersión. Randy acaba desarrollando la idea de que la presión debe ser acojonantemente alta o ni siquiera saldría de las botellas cuando esos tipos están a esa profundidad. Los submarinistas están siendo impregnados por ese gas a presión; medio espera que uno de ellos comience a hincharse y estalle convertido en una nube rosa en forma de champiñón.

A: randy@epiphyte.com
De: cantrell@epiphyte.com
Asunto: Pontifex
R-
Me has reenviado un mensaje sobre un sistema criptográfico llamado Pontifex. ¿Lo inventó un amigo tuyo? En sus aspectos generales (a saber, una permutación de n elementos que se usa para generar*un* flujo de clave, y que evoluciona lentamente) es similar a un sistema comercial llamado RC4, que disfruta de una complicada reputación entre los Adeptos al Secreto; parece seguro, y no ha sido roto, pero nos pone nerviosos porque básicamente es un sistema de un solo rotor, aunque se trata de un rotor que evoluciona. Pontifex evoluciona de una forma mucho más complicada y asimétrica que RC4 y por tanto *podría* ser más seguro.
Algunos detalles de Pontifex son ligeramente peculiares.
(1) Él habla de generar «caracteres» en el flujo de clave y luego añadirlos, módulo 26, al texto llano. así es como la gente hablaba hace 50 años cuando los cifrados se realizaban con lápiz y papel. Hoy hablamos en términos de generar bytes y añadirlos módulo 256. ¿Es muy viejo tu amigo?
(2) Habla de T como una permutación de 54 elementos. No hay nada de malo, pero Pontifex funcionaría exactamente igual de bien con 64, 73 o 699 elementos, así que tiene más sentido describirlo como una permutación de n elementos donde n puede ser 54 o cualquier otro entero. No se me ocurre ninguna razón para que eligiese 54. Es posible que sea porque 54 es el doble del número de letras en el alfabeto, pero no tiene tampoco demasiado sentido.
Conclusión: el autor de Pontifex es sofisticado criptológicamente pero muestra signos de ser un posible loco de avanzada edad. Necesito más detalles para poder emitir un veredicto.

Cantrell

—¿Randy? —dice Doug Shaftoe, y le indica que vaya a su cámara.

El interior de la puerta de la cámara está decorada con una gran fotografía en color de unas enormes escaleras de piedra en una iglesia polvorienta. Se quedan de pie frente a ella.

—¿Hay muchos Waterhouse? —pregunta Doug—. ¿Es un apellido común?

—Eh, bien, no es poco común.

—¿Hay algo que te gustaría compartir conmigo sobre tu historia familiar?

Randy sabe que como posible pretendiente para Amy, sufrirá un escrutinio concienzudo y continuo. Los Shaftoe le están aplicando la diligencia exigible.

—¿Qué tipo de detalles buscas? ¿Algo horrible? No creo que haya nada que valga la pena ocultar.

Doug lo observa distraído durante un momento, luego se vuelve para mirar al ahora abierto maletín de aluminio que han subido del submarino.

Randy supone que el mismo hecho de abrirlo exigió la preparación de un plan detallado. Doug ha extendido su variado contenido sobre una mesa para fotografiarlo y catalogarlo. El antiguo Navy SEAL Douglas MacArthur Shaftoe se han convertido, en el cénit de su carrera, en una especie de bibliotecario.

Randy ve un par de gafas con montura dorada, una pluma, algunos clips oxidados. Pero parece que del maletín también ha salido un montón de papeles empapados, y Doug Shaftoe los ha estado secando con cuidado y ha intentado leerlos.

—La mayoría de los papeles de guerra eran basura —dice—. Probablemente se convirtieron en papilla días después del hundimiento. Los papeles de este maletín al menos estaban protegidos de los bichos marinos, pero en su mayoría han desaparecido. Sin embargo, el dueño de este maletín parece que era una especie de aristócrata. Examina las gafas, la pluma.

Randy lo hace. Los submarinistas han encontrado dientes y empastes, pero nada que se pueda considerar un cuerpo. Los lugares donde murió gente están marcados por esos restos duros e inertes, como gafas. Como los restos de un avión que ha estallado.

—Adonde voy es que tenía algunos trozos de papel bueno en el maletín —continúa diciendo Doug—. Papel de carta personal. Así que sospechamos que su nombre era Rudolf von Hacklheber. ¿Te suena ese nombre?

—No. Pero podría buscar en la web...

—Ya lo he intentado —dice Doug—. Aparecieron un par de resultados. Un hombre con ese nombre escribió un par de artículos matemáticos en los años treinta. Y hay algunas organizaciones en y alrededor de Leipzig, Alemania, que emplean ese nombre: un hotel, un teatro, una compañía de reaseguros ya desaparecida. Eso es todo.

—Bien, si era matemático, podría haber tenido alguna conexión con mi abuelo. ¿Por eso me preguntabas por mi familia?

—Mira esto —dice Doug, y golpea con la uña una bandeja de vidrio llena de un líquido transparente. Un sobre, desencolado y abierto por completo, flota en el líquido. Randy se inclina y lo mira de cerca. En el anverso se ha escrito algo a lápiz, pero es imposible leerlo porque se han estirado las solapas.

—¿Puedo? —pregunta. Doug asiente y le pasa un par de guantes quirúrgicos—. Para esto no tengo que presentar ningún plan de inmersión, ¿no? —pregunta Randy, agitando los dedos para meterlos en los guantes.

A Doug no le hace gracia.

—Es más profundo de lo que parece —dice.

Randy le da la vuelta al sobre, luego dobla las solapas, recomponiendo la inscripción. Dice:

WATERHOUSE
LAVENDER ROSE

*OceanofPDF.com*

# Brisbane

A través de una polvorienta ventana cruzada con cinta adhesiva, Lawrence Pritchard Waterhouse mira el centro de Brisbane. De bullicioso no tiene nada. Un taxi recorre lentamente la calle y se mete en el camino de entrada del hotel Canberra, que es el hogar de muchos oficiales de media graduación. El taxi lanza humo y apesta, está impulsado por un quemador de carbón metido en el maletero. A través de la ventana se pueden oír pies marchando. No es el ritmo pesado de las botas de combate, sino el golpeteo del calzado razonable portado por mujeres razonables. Waterhouse se inclina instintivamente hacia la ventana para mirarlas, pero malgasta el tiempo. Vestidas con esos uniformes, podrías hacer marchar todo un regimiento de chicas de calendario por los pasillos y pasarelas de un buque de batalla en activo y no obtendrían ni un silbido de lobo, ninguna proposición deshonesta ni siquiera un pellizco en el culo.

Un camión de reparto aparece por una calle lateral y petardea de forma alarmante al intentar acelerar para entrar en la calle principal. A Brisbane todavía le preocupan los ataques aéreos, y no le gustan nada los ruidos fuertes y súbitos. El camión parece sufrir el ataque de una ameba: atrás lleva un globo, hinchado, de lona recauchutada lleno de gas natural.

Se encuentra en el tercer piso de un edificio comercial tan anodino que el detalle más interesante a destacar es que tiene cuatro pisos. En la planta baja hay un estanco. El resto del edificio debía de estar vacío hasta que el General —apaleado por los nipos como si fuese un hijastro tonto— llegó a Brisbane desde Corregidor, y convirtió a la ciudad en la capital del Teatro de Operaciones del Suroeste del Pacífico. Debía de haber una buena

cantidad de espacio de oficinas libres antes de la llegada del General, porque muchos de sus habitantes habían huido al sur temiendo una invasión.

Waterhouse ha tenido mucho tiempo para familiarizarse con Brisbane y sus alrededores. Lleva allí cuatro semanas, y no le han asignado ninguna tarea. Cuando estaba en Gran Bretaña, no podían trasladarlo con la suficiente rapidez. Cualquiera que fuese su trabajo en un momento determinado, lo hacía de forma febril, hasta que recibía órdenes de máxima prioridad y alto secreto para ir corriendo, con cualquier medio de transporte disponible, hasta su próxima tarea.

Luego lo llevaron allí. La Marina lo hizo volar sobre el Pacífico, saltando desde una base en una isla hasta la siguiente empleando diversos hidroaviones y transportes. Atravesó el ecuador y la línea internacional de fecha el mismo día. Pero cuando llegó al límite entre el Teatro de Operaciones del Pacífico de Nimitz y el Teatro de Operaciones del Suroeste del Pacífico del General, fue como si hubiese chocado con un muro. Lo más que pudo fue conseguir que lo subiesen a un transporte de tropas hasta Nueva Zelanda y luego hasta Fremantle. Los transportes eran casi alucinantemente terribles: hornos de acero abarrotados de hombres, cocidos por el sol, sin permitir que nadie subiese a cubierta por el temor de que se les viese y que un submarino nipón decidiese matarlos. Ni siquiera por la noche podían permitir que entrase la brisa, porque todas las aberturas estaban cubiertas por cortinas de oscurecimiento. En realidad, Waterhouse no podía quejarse; algunos hombres habían viajado de tal guisa desde la costa este de Estados Unidos.

Lo importante es que llegó a Brisbane, como decían sus órdenes, y se presentó ante el oficial correcto, que le dijo que esperase órdenes posteriores. Lo que había estado haciendo hasta esa mañana, cuando se le había dicho que se presentase en esa oficina, sobre el estanco. Era una habitación llena de soldados mecanografiando formularios, haciéndolos rodar en bandejas de alambre, y rellenándolos. Según la experiencia de Waterhouse con los militares, ha descubierto que no es buena señal que te digan que te presentes en un sitio así.

Al final se le admite en presencia de un comandante del Ejército que mantiene otras conversaciones, y se ocupa de diverso papeleo importante, al

mismo tiempo. No hay problema; Waterhouse no precisa ser un criptoanalista para recibir el mensaje alto y claro, que es que allí no se le quiere.

—Marshall le ha enviado aquí porque cree que el General se muestra descuidado con Ultra —dice el comandante.

Waterhouse se estremece al oír esas palabras en voz alta en una oficina en la que trabajan soldados rasos y por la que van y vienen mujeres voluntarias. Es casi como si el comandante quisiese dejar claro que efectivamente el General es descuidado con Ultra, y que le gusta exactamente así, muchas gracias.

—Marshall teme que los nipos se den cuenta y cambien los códigos. Todo es culpa de Churchill. —El comandante se refiere al general George C. Marshall y a sir Winston Churchill como si fuesen reservas de un equipo de béisbol pueblerino. Se detiene para encender un cigarrillo—. Ultra es la criatura de Churchill. Oh sí, Winnie adora tanto a su Ultra. Cree que vamos a revelar su secreto y quitarle toda efectividad porque piensa que somos idiotas. —El comandante toma una buena bocanada de humo, se sienta en su sillón y exhala con cuidado un par de aros de humo. Es una muestra bastante convincente de indiferencia—. Así que siempre le insiste a Marshall para que mejore la seguridad, y Marshall de vez en cuando le lanza un hueso, simplemente para que la Alianza se mantenga en equilibrio. —Por primera vez el comandante mira a Waterhouse a los ojos—. Resulta que usted es el último hueso. Eso es todo.

Se produce un largo silencio, como si esperase a que Waterhouse dijese algo. Se aclara la garganta. Nunca han mandado a nadie a un consejo de guerra por seguir órdenes.

—Mis órdenes dicen que...

—Que se jodan sus órdenes, capitán Waterhouse —dice el comandante.

Se produce un largo silencio. El comandante atiende a un par de otras obligaciones. Luego mira por la ventana durante unos momentos, intentando componer sus ideas. Al final dice:

—Que se le meta esto en la cabeza. No somos idiotas. El General no es un idiota. El General aprecia Ultra tanto como sir Winston Churchill. El General usa Ultra tan bien como cualquier otro en esta guerra.

—Ultra no vale nada si los japoneses lo descubren.

—Como puede apreciar, el General no tiene tiempo para reunirse con usted en persona. Ni tampoco lo tiene su personal. Así que no tendrá ninguna oportunidad para instruirle en cómo mantener Ultra en secreto —dice el comandante. Mira un par de veces una hoja sobre el papel secante, y la verdad es que ahora habla como un hombre que leyese una declaración preparada de antemano—. De vez en cuando, desde que supimos que se le había enviado, se ha comunicado al General su existencia. Durante breves periodos de tiempo, cuando no está ocupado por asuntos más importantes, ocasionalmente manifiesta algunas ideas concisas sobre usted, su misión y las mentes maestras que le han enviado aquí.

—Sin duda —dice Waterhouse.

—El General sostiene que personas no familiarizadas con las características distintivas del Teatro de Operaciones del Suroeste del Pacífico podrían no ser del todo competentes para juzgar su estrategia —dice el comandante—. El General opina que los nipos nunca sabrán de Ultra. Nunca. ¿Por qué? Porque son incapaces de comprender lo que les ha sucedido. El General ha comentado que podría ir a una estación de radio mañana mismo y anunciar al mundo que hemos roto los códigos nipones y que leemos todos sus mensajes, y no sucedería nada. Las palabras del General vienen a decir que los nipos nunca creerán que los hemos jodido de verdad, porque cuando te joden tanto, es tu jodida culpa y te hace parecer un jodido gilipollas.

—Comprendo —dice Waterhouse.

—Pero el General dijo todo eso con muchas más palabras y sin usar ni una sola palabra malsonante, porque así es como se expresa el General.

—Gracias por resumírmelo —dice Waterhouse.

—¿Sabe esas bandas blancas que los nipos se atan alrededor de la frente? ¿Con la albóndiga y los signos nipones?

—He visto fotografías.

—Yo las he visto de verdad, atadas alrededor de las cabezas de pilotos de caza nipones que se encontraban a cincuenta pies y disparaban la ametralladora contra mis compañeros y yo —dice el comandante.

—¡Oh, sí! Yo también. En Pearl Harbor—dice Waterhouse—. Lo había olvidado.

Parece que ése es el comentario más irritante que Waterhouse ha expresado en todo el día. El comandante debe invertir un momento en tranquilizarse.

—Esa banda se llama *bachimaki.*

—Oh.

—Imagínese esto, Waterhouse. El emperador se reúne con sus generales. Todos los generales superiores y almirantes de Nipón entran en la sala vestidos con los uniformes de gala y se inclinan solemnes ante el emperador. Han venido a informar sobre el progreso de la guerra. Cada uno de esos generales y almirantes lleva una *hachimaki* nueva sobre la frente. Esas *bachimaki* llevan frases como «Soy un mierda» y «Como resultado de mi incompetencia personal han muerto doscientos mil de nuestros propios hombres» y «Le entregué a Nimitz los planes de Midway en bandeja de plata».

El comandante se detiene y atiende una llamada de teléfono para que Waterhouse pueda saborear esa imagen. Luego cuelga, enciende otro cigarrillo y continúa.

—Así es como sería para los nipos admitir en este punto de la guerra que tenemos Ultra.

Más anillos de humo. Waterhouse no tiene nada que decir. Así que el comandante sigue hablando.

—Compréndalo, hemos superado la línea divisoria de la guerra. Ganamos Midway. Ganamos el norte de África. Stalingrado. La batalla del Atlántico. Todo cambia cuando superas la línea divisoria. Los ríos fluyen en dirección contraria. Es como si la misma fuerza de gravedad hubiese cambiado y ahora actuase a nuestro favor. Nos hemos adaptado a la situación. Marshall y Churchill y todos los demás siguen atrapados en una mentalidad obsoleta. Son defensores. Pero el General no es un defensor. De hecho, entre usted y yo, El General es terrible en la defensa, como demostró en Filipinas. El General es un conquistador.

—Bien —dice al fin Waterhouse—, ¿qué sugiere que haga con mi persona, dado que ya estoy en Brisbane?

—Estoy tentando de decirle que entre en contacto con el resto de los expertos en seguridad Ultra que Marshall envió antes que usted y formen un grupo de bridge —dice el comandante.

—No me gusta el bridge —contesta con amabilidad Waterhouse.

—Se supone que es un experto rompiendo códigos, ¿no?

—Exacto.

—Por qué no va a la oficina central. Los nipos tienen un billón de códigos diferentes y no los hemos roto todos.

—Ésa no es mi misión.

—No tiene que preocuparse de su jodida misión —dice el comandante —. Me aseguraré de que Marshall crea que está cumpliendo su misión, porque si cree lo contrario, no nos dejará en paz. Así que está libre en lo que respecta a los de arriba.

—Gracias.

—Puede considerar que su misión está cumplida —dice el comandante —. Felicidades.

—Gracias.

—Mi misión es dar una buena paliza a esos cabrones nipos, y todavía no se ha cumplido esa misión, y por tanto tengo otras cosas de qué ocuparme —responde el comandante.

—Entonces, ¿me acompaño yo mismo hasta la puerta? —pregunta Waterhouse.

*OceanofPDF.com*

# Dönitz

En una ocasión, cuando Bobby Shaftoe tenía ocho años, fue a Tennessee a visitar a abuela y abuelo. Una tarde aburrida empezó a ojear una carta que la vieja dama había dejado en una mesilla. Abuela le dio un buen sermón y luego le contó el incidente a abuelo, quién comprendió lo que se le pedía y le dio cuarenta azotes. Eso y toda otra serie más o menos paralela de experiencias de infancia, más varios años en el Cuerpo de Marines, le han convertido en un tipo amable.

Así que no lee el correo de los demás. Eso va contra las reglas. Pero allí está. El lugar: una habitación cubierta de madera en un pub en Norrsbruck, Suecia. El pub es uno de esos sitios marineros, dirigido a los pescadores, lo que lo vuelve agradable para el amigo y compañero de copas de Shaftoe: Kapitänleutnant Günter Bischoff, Kriegsmarine del Tercer Reich (retirado).

Bischoff recibe mucho correo interesante y lo deja esparcido por toda la habitación. Parte del correo es de su familia en Alemania y contiene dinero. En consecuencia, Bischoff, al contrario que Shaftoe, no tendrá que trabajar aunque continúe la guerra y él se quede en Suecia relajándose durante otros diez años.

Parte del correo, según Bischoff, proviene de la tripulación del U-691. Después de que Bischoff los trajese de una pieza hasta Norrsbruck, su segundo al mando, Oberleutnantzur-See Karl Beck, llegó a un acuerdo con la Kriegsmarine por el cual se permitía a la tripulación el regreso a Alemania, sin rencores ni repercusiones. Todos ellos, excepto Bischoff, subieron a bordo de lo que quedaba del U-691 y se fueron en dirección a Kiel. Días más tarde, comenzó a llegar el correo. Cada miembro de la

tripulación, hasta el último hombre, envió a Bischoff una carta describiendo el recibimiento de héroes del que habían disfrutado. El mismo Dönitz se encontró con ellos en el puerto e hizo entrega de abrazos, besos, medallas y otros regalos en vergonzosa profusión. No dejan de hablar de lo mucho que desean que el querido Günter regrese a casa.

El querido Günter no cambia de opinión; ya lleva sentado en esa habitación un par de meses. Su mundo consiste en pluma, tinta, papel, velas, tazas de café, botellas de aquavit, el tranquilizador sonido de las olas. Dice que el sonido de las olas chocando le recuerda que está por encima del nivel del mar, donde se supone que deben vivir los hombres. Su mente siempre está allá, a cien pies bajo la superficie gélida del Atlántico, atrapado como una rata en una alcantarilla, estremeciéndose por las explosiones de las cargas de profundidad. Así vivió durante un centenar de años, y pasó cada momento de esos cien años soñando con la Superficie. Juró, diez mil veces, que si alguna vez regresaba al mundo de aire y luz, disfrutaría de cada aliento, se deleitaría con cada momento.

Más o menos, eso es lo que ha estado haciendo en Norrsbruck. Conserva su diario personal, y ha estado recorriéndolo, página a página, añadiendo los detalles que no tuvo tiempo de apuntar, antes de que los olvide. Algún día, después de la guerra, escribirá un libro: uno más del millón de recuerdos de guerra que abarrotarán las bibliotecas desde Novosibirsk a Gander, desde Sequim a Batavia.

Después de la primera semana, el ritmo de correo entrante se redujo drásticamente. Varios de sus hombres le siguen escribiendo diligentemente. Shaftoe está acostumbrado a ver, cuando viene de visita, las cartas tiradas por todas partes. En su mayoría están escritas en trozos de papel barato y grisáceo.

Desde la ventana de Bischoff entra una luz plateada y sin dirección aparente, que ilumina lo que parece una piscina rectangular de crema sobre la mesa. Es una especie de papel de carta huno, coronado por un ave de presa sosteniendo una svástica. La carta está escrita a mano, no a máquina. Cuando Bischoff apoya encima su vaso húmedo, la tinta se disuelve.

Y cuando Bischoff va a vaciar la vejiga, Shaftoe no puede evitar echarle un ojo. Sabe que son malos modales, pero la Segunda Guerra Mundial le ha obligado a todo tipo de comportamientos vulgares, y no parece haber

ningún abuelo furioso oculto en las trincheras con el cinturón en la mano; de hecho, no hay ninguna consecuencia para los malos. Quizá eso cambie en un par de años, si los alemanes y los nipos pierden la guerra. Pero ese acontecimiento será tan importante y tremebundo que probablemente nadie se dé cuenta de que Shaftoe ojeó la carta de Bischoff.

Vino en un sobre. La primera línea de la dirección es muy larga y consiste en «Günter BISCHOFF» precedido de una lista de rangos y títulos y seguido de una serie de letras. La dirección de remite ha sido destrozada por el abrecartas de Bischoff, pero es en algún lugar de Berlín.

La carta en sí es una maraña imposible de cursivas alemanas. Tiene una firma, enorme, consistente en una única palabra. Shaftoe invierte algo de tiempo en intentar descifrar la palabra; quién cono será el tipo. Debe tener un ego a la altura de un general.

Cuando Shaftoe deduce que la firma pertenece a Dönitz, siente un hormigueo. Ese Dönitz es un tío importante, Shaftoe incluso le ha visto en un noticiario en el cine, felicitando a una mugrienta tripulación de submarino, recién llegada de su paseo salado.

¿Por qué le escribe cartas de amor a Bischoff? Shaftoe no puede leerla más de lo que podría leer nipones. Pero puede ver unas cifras.

Dönitz habla de números. Quizá toneladas hundidas, o muertes en el frente oriental. Quizá dinero.

—¡Oh, sí! —dice Bischoff, habiendo reaparecido en la habitación sin hacer ruido. Cuando estás en el fondo del submarino, navegando en silencio, aprendes a andar sin hacer ruido—. Se me ha ocurrido una hipótesis para el oro.

—¿Qué oro? —dice Shaftoe. Lo sabe, claro, pero como le han pillado en un acto de flagrante mala conducta, su instinto le dice que se haga el inocente.

—El que viste en las baterías del U-553 —dice Bischoff—. Comprende, amigo mío, que cualquier otro diría que no eres más que un cabeza de correlimo loco.

—El término correcto es cabeza de chorlito.

—Dirían, primero, que el U-553 se hundió muchos meses antes de la fecha en que tú afirmas haberlo visto. Segundo, dirían que nadie hubiese cargado oro en semejante nave. Pero creo que lo viste.

—¿Y?

Bischoff mira la carta dé Dönitz, con aspecto de estar ligeramente mareado.

—Primero tengo que contarte algo de la Wehrmacht de lo que me avergüenzo.

—¿Qué? ¿Que invadieron Polonia y Francia?

—No.

—¿Que invadieron Rusia y Noruega?

—No, no es eso.

—¿Que bombardearon Inglaterra y...?

—No, no, no —dice Bischoff, el modelo ejemplar de la paciencia—. Algo que no sabes.

—¿Qué?

—Parece que, mientras yo daba vueltas por el Atlántico, cumpliendo con mi deber... al Führer se le ocurrió un pequeño programa de incentivos.

—¿A qué te refieres?

—Parece que para ciertos oficiales de alto nivel el deber y la lealtad no son suficientes. No cumplirán sus órdenes hasta el final a menos que reciban... premios especiales.

—¿Quieres decir medallas?

Bischoff sonríe nervioso.

—A algunos generales del frente oriental les han dado terrenos en Rusia. Terrenos muy, muy grandes.

—Oh.

—Pero no es posible sobornar a todos con tierra. Algunas personas requieren una forma de compensación más líquida.

—¿Alcohol?

—No, me refiero a líquida en el sentido financiero. Algo que te puedas llevar contigo, y que sea aceptado en cualquier burdel del planeta.

—Oro —dice Shaftoe en voz baja.

—El oro bastaría —dice Bischoff. Ha pasado mucho rato desde la última vez que miró a Shaftoe a los ojos. Ahora mira por la ventana. Tiene los ojos verdes un poco húmedos. Respira hondo, parpadea, y consigue controlar la amarga ironía antes de continuar—: Desde Stalingrado, no nos

ha ido bien en el frente oriental. Digamos que unas tierras en Ucrania ya no valen lo mismo que antes, si el título de propiedad de la tierra resulta estar escrito en alemán y emitido en Berlín.

—Cada vez es más difícil sobornar a los generales prometiéndoles porciones de tierra en Rusia —traduce Shaftoe—. Así que Hitler necesita mucho oro.

—Sí. Ahora bien, los japoneses tienen mucho oro... piensa que saquearon China. Así como otros muchos sitios. Pero carecen de ciertas cosas. Necesitan volframita. Mercurio. Uranio.

—¿Qué es uranio?

—¿Quién cojones lo sabe? Los japoneses lo quieren, nosotros se lo damos. También les damos tecnología... planos para turbinas nuevas. Máquinas Enigma. —En ese punto Bischoff se desmorona y ríe, una risa dolorosa y depresiva, durante un buen rato—. Así que hemos estado enviado esas cosas por medio de submarinos.

—Y los nipos les pagan en oro.

—Sí. Es una economía oscura, oculta bajo el océano, comerciando con pequeños elementos a grandes distancias. Tú entreviste un poco.

—Tú sabías que eso pasaba pero no sabías lo del U-553 —comenta Shaftoe.

—Ah, Bobby, hay muchas, muchas cosas que pasan en el Tercer Reich de las que no se entera un simple capitán de submarino. Eres un soldado, así que sabes que es verdad.

—Sí —dice Shaftoe, recordando las peculiaridades del Destacamento 2702. Mira la carta—. ¿Por qué te lo cuenta Dönitz ahora?

—No me está contando nada —dice Bischoff reprobatorio—. Lo he deducido yo solo. —Se muerde el labio durante un rato—. Dönitz me hace una oferta.

—Pensé que te habías retirado.

Bischoff lo medita.

—Me he retirado del negocio de matar gente. Pero el otro día di una vuelta a la cala.

—¿Y?

—Así que parece que no me he retirado del negocio de recorrer el mar. —Bischoff lanza un suspiro—. Por desgracia, todos los barcos realmente interesantes son propiedad de los gobiernos importantes.

Bischoff empieza a asustarle, así que Shaftoe opta por un ligero cambio de tema.

—Eh, hablando de cosas realmente interesantes... —Y le cuenta la historia de la Aparición Celestial que vio mientras iba hasta aquí.

A Bischoff le encanta la historia, que reaviva su ansia de emociones que ha mantenido conservada en sal y alcohol después de llegar a Norrsbruck.

—¿Estás seguro de que era de fabricación humana? —pregunta.

—Zumbaba. Soltaba trozos. Pero nunca he visto hacer eso a un meteoro, así que no sé.

—¿A qué distancia?

—Se estrelló a siete kilómetros de donde me encontraba yo. Por tanto, a unos diez kilómetros de aquí.

—¡Pero diez kilómetros no es nada para un Boy Scout y un Joven de Hitler!

—Tú no estuviste en las juventudes hitlerianas.

Bischoff lo considera durante un momento.

—Hitler... tan vergonzoso. Tenía la esperanza de que si lo ignoraba desaparecería. Quizá si me hubiese unido a las juventudes hitlerianas me habrían dado una nave de superficie.

—Entonces estarías muerto.

—Cierto. —El humor de Bischoff mejora considerablemente—. Aún así, diez kilómetros no es nada. ¡Vamos!

—Ya está oscuro.

—Seguiremos las llamas.

—Ya se habrán apagado.

—Seguiremos el rastro de restos, como Hansel y Gretel.

—A Hansel y Gretel no les salió bien. ¿Leíste alguna vez la jodida historia?

—No seas tan derrotista, Bobby —dice Bischoff, metiéndose en un grueso suéter de pescador—. Normalmente no eres así. ¿Qué te preocupa?

*Glory.*

Es octubre y los días se acortan. Shaftoe y Bischoff, ambos enfangados en vertederos emocionales del aún por descubrir Desorden Afectivo Estacional, son como hermanos atrapados en el mismo pozo de arenas movedizas, cada uno vigilando al otro.

—¿Eh? ¿*Was ist los,* amigo?

—Supongo que siento que no tengo nada que hacer.

—Necesitas una aventura. ¡Vamos!

—Necesito una aventura tanto como Hitler necesita un horripilante bigotito en forma de cepillo de dientes —dice Bobby Shaftoe. Pero se arranca de la silla y sigue a Bischoff por la puerta.

Shaftoe y Bischoff recorren penosamente el oscuro bosque sueco como si fuesen una pareja de almas perdidas que buscan la entrada trasera del Limbo. Se turnan para cargar con la lámpara de queroseno, que tiene un rango efectivo similar al brazo extendido de un hombre adulto. A veces pasa una hora sin que se hablen, cada hombre inmerso en su propia lucha contra la depresión suicida. Luego, uno de ellos (normalmente Bischoff) se anima y dice algo como:

—Hace mucho que no veo a Enoch Root. ¿Qué ha estado haciendo desde que terminó de curarte de tu adicción a la morfina? —pregunta Bischoff.

—No lo sé. Fue tal coñazo durante el proyecto que no quiero verle más durante el resto de mi vida. Pero creo que le sacó a Otto un transmisor de radio ruso y se lo llevó al sótano de la iglesia en la que vive; desde entonces ha estado ocupado con él.

—Sí. Lo recuerdo. Cambiaba las frecuencias. ¿Consiguió que funcionase?

—Ni idea —dice Shaftoe—, pero cuando grandes trozos de mierda ardiente empiezan a caer del cielo sobre mi vecindario yo me empiezo a plantear preguntas.

—Sí. Además, va con mucha frecuencia a la oficina de correo —dice Bischoff—. En una ocasión charlé allí con él. Mantiene una gran correspondencia con gente de todo el mundo.

—¿Con quiénes?

—Eso me pregunto yo también.

Al final encuentran los restos siguiendo el sonido de una sierra de arco para metales, que reverbera por entre los pinos como el chillido de un pájaro extraordinariamente estúpido y salido. Eso les permite orientarse de forma general. Las coordenadas finales son cortesía de un súbito destello estroboscópico, un ruido devastador y una lluvia de follaje amputado con aroma a salvia. Shaftoe y Bischoff se echan ambos al suelo y allí se quedan escuchando balas de subfusil rebotando de tronco en tronco. El ruido de la sierra continúa sin cambio de ritmo.

Bischoff empieza a hablar en sueco, pero Shaftoe le hace callar.

—Eso fue un Suomi —dice—. ¡Eh, Julieta! ¡Déjalo! Somos Günter y yo.

No hay respuesta. Shaftoe recuerda que hace poco que se ha follado a Julieta y por tanto debe hacer uso de sus modales.

—Perdóneme, señora —dice—, pero deduzco por el sonido de su arma que viene usted de la nación finlandesa, para la que no albergo sino admiración sin límite, y quiero hacerle saber que yo, anteriormente sargento Robert Shaftoe, y mi amigo, el antiguo Kapitánleutnant Günter Bischoff, no pretendemos hacerle daño.

Julieta, apuntando al sonido de su voz en la oscuridad, responde con una ráfaga controlada que pasa un pie por encima de la cabeza de Bobby Shaftoe.

—¿No deberías estar en Manila? —pregunta la mujer.

Shaftoe gruñe, y se pone de espaldas como si hubiese recibido un disparo en el vientre.

—¿Qué ha querido decir? —pregunta un asombrado Günter Bischoff. Viendo que su amigo ha quedado (emocionalmente) incapacitado, prueba con—: ¡Estamos en Suecia, un país neutral y pacífico! ¿Por qué intentas matarnos?

—¡Iros! —Julieta debe de estar con Otto, porque le oyen hablarle antes de decir—. Aquí no queremos representantes de los marines americanos y la Wehrmacht. No sois bienvenidos.

—Suena como si estuvieseis aserrando algo muy pesado —responde finalmente Shaftoe—. ¿Cómo vais a sacarlo de este bosque?

Eso provoca una animada conversación entre Julieta y Otto.

—Podéis acercaros —responde Julieta al fin.

Se encuentran a los Kivistik, Julieta y Otto, en medio de un círculo de luz de lámpara cerca del ala cortada y chamuscada de un avión. En su mayoría, es difícil distinguir a los fineses de los suecos, pero Otto y Julieta tienen los dos pelo oscuro y ojos negros, y podrían pasar por turcos. La punta del ala de avión está pintada con la cruz negra y blanca de la Luftwaffe. Hay un motor montado en el ala. Si la sierra de Otto cumple su propósito, no se quedará allí mucho tiempo. El motor se ha incendiado recientemente y luego ha sido empleado para derribar un montón de pinos. Pero incluso Shaftoe comprende que no se trata de un motor como otro que haya visto antes. No hay hélice, sino un montón de hojas como de ventilador.

—Parece una turbina —dice Bischoff—, pero para aire en lugar de agua.

Otto se endereza, se aprieta la parte baja de la espalda de forma teatral, y le pasa la sierra a Shaftoe. Luego le pasa también una botella de tabletas de bencedrina por si acaso. Shaftoe se traga unas pocas, se quita la camisa para revelar una espléndida musculatura, realiza un par de ejercicios de estiramiento aprobados por el Cuerpo de Marines de Estados Unidos, agarra la sierra y se pone a trabajar. Después de un par de minutos dirige una mirada despreocupada en dirección a Julieta, que está de pie sosteniendo el subfusil y le observa con una mirada a partes iguales helada y ardiente, como un postre Alaska. Bischoff se mantiene apartado, disfrutando del espectáculo.

El amanecer abofetea con dedos agrietados y rojos el cielo helado, intentando restaurar la circulación, cuando los restos de la turbina caen al fin del ala. Inflado de bencedrina, Shaftoe lleva seis horas manejando la sierra; Otto se ha acercado varias veces para cambiar de hoja, una importante inversión de capital por su parte. A continuación, dedican la mitad de la mañana a sacar a rastras el motor del bosque, atravesando el lecho de un arroyo, hasta el mar, donde aguarda el bote de Otto, y Otto y Julieta se alejan con su premio. Bobby Shaftoe y Günter Bischoff regresan al lugar del desastre. No lo han discutido en voz alta —sería innecesario— pero tienen la intención de encontrar la parte del avión que contiene el cuerpo del piloto y asegurarse de que reciba un entierro como es debido.

—¿Qué hay en Manila, Bobby? —pregunta Bischoff.

—Algo que la morfina me hizo olvidar —responde Shaftoe—, y que Enoch Root, el muy cabrón, me hizo recordar.

Ni quince minutos después llegan a la herida del bosque producida por el avión, y oyen la voz de un hombre quejándose y llorando, completamente trastornado por la pena.

—*Angelo! Angelo! Angelo! Mein liebchen!*

No pueden ver al hombre que llora de semejante forma, pero ven a Enoch Root, allí de pie reflexionando. Levanta la vista alerta al oírles aproximarle, y saca una semiautomática de la chaqueta de piel. Les reconoce y se relaja.

—¿Qué cono pasa aquí? —pregunta Shaftoe... nunca muy dispuesto a buscar entre la maleza—. ¿Tienes ahí a un alemán?

—Sí, estoy con un alemán —dice Root—, y tú también.

—Bien, ¿por qué está dando ese alemán semejante espectáculo?

—Rudy llora sobre el cuerpo de su amante —dice Root—, que murió en un intento de reunirse con él.

—¿Una mujer pilotaba ese avión? —dice el atónito Shaftoe.

Root pone los ojos en blanco y lanza un suspiro.

—Se te ha olvidado considerar la posibilidad de que Rudy sea homosexual.

Le lleva a Shaftoe mucho tiempo extender la mente alrededor de ese concepto tan grande y de forma tan inconveniente. Bischoff, con la típica naturalidad europea, parece completamente sereno. Pero aún así tiene una pregunta.

—Enoch, ¿qué haces... aquí?

—En general, ¿por qué mi espíritu se ha encarnado en un cuerpo físico en este mundo? O específicamente, ¿por qué me encuentro aquí, en un bosque sueco, junto a los restos de un misterioso avión cohete alemán mientras un homosexual alemán llora sobre los restos cremados de su amante italiano?

«Extremaunción. —Root contesta su propia pregunta—. Angelo era católico. —Entonces, después de un rato, nota que Bischoff le mira fijamente, completamente insatisfecho—. Oh. Estoy aquí, en un sentido

más amplio, porque la señora Tenney, la mujer del vicario, se ha vuelto muy descuidada, y ha olvidado cerrar los ojos cuando saca las bola del bombo de bingo.

*OceanofPDF.com*

# Cereales

El condenado se ducha, se afeita, se pone la mayor parte de un traje y se da cuenta de que va por delante del horario. Enciende la televisión, saca una San Miguel de la nevera para calmar los nervios, y luego se dirige al armario para sacar el material de su última comida. El apartamento sólo tiene un armario y cuando tiene la puerta abierta parece haber sido tapiado con ladrillos, al estilo de Un Barril de Amontillado, con grandes oblongos rojos, cada uno de ellos impreso con la imagen de un venerable y extrañamente alegre, y sin embargo de alguna forma curiosamente triste, oficial naval. Toda la carga fue enviada hasta allí hace varias semanas por Avi, en un intento de animar el espíritu de Randy. Por lo que sabe Randy, hay otro cargamento esperando en una dársena de Manila rodeado de guardias armados y gigantescas trampas para ratas dispuestas a dispararse, cada una con el señuelo de una pepita de oro.

Randy elige uno de los ladrillos de esa pared, creando un hueco en la formación, pero hay otro, idéntico, justo detrás, otra imagen del mismo oficial naval. Parecen marchar saliendo del armario formando una falange entusiasta.

—Parte de un desayuno completo —dice Randy.

Luego les cierra la puerta en la cara y se dirige con paso tranquilo y mesurado hasta el salón donde cena la mayor parte de las veces, normalmente mirando el televisor de treinta y seis pulgadas. Dispone la San Miguel, un cuenco vacío, una cuchara sopera excepcionalmente grande, tan grande que la mayoría de las culturas europeas la identificarían como una cuchara de servir y la mayoría de las asiáticas como un instrumento de

horticultura. Obtiene un montón de servilletas de papel, no las marrones recicladas que no pueden humedecerse ni siquiera por inmersión en agua, sino las flagrantemente imperfectas desde el punto de vista ambiental, de un blanco brillante, mullidas como el algodón y desesperadamente higroscópicas. Va a la cocina, abre el refrigerador, mete la mano hasta el fondo y encuentra una unidad caja-bolsa-vaina de leche UHT.

Técnicamente la leche UHT no necesita refrigeración, pero es muy importante, en lo que va a hacer a continuación, que la leche se encuentre sólo a unos microgrados por encima del punto de congelación. El refrigerador del apartamento de Randy tiene rejillas al fondo por donde entra el aire frío, directamente desde los serpentines freón. Randy siempre almacena los briks de leche en el fondo de la nevera. No demasiado cerca, o bloquearían el flujo de aire, pero tampoco demasiado lejos. El aire frío se vuelve visible al salir a toda prisa y condensarse en vaho, así que es muy simple sentarse con la puerta de la nevera abierta y observar sus características de flujo, como un ingeniero probando un monovolumen experimental en un túnel de viento de River Rouge. Lo que a Randy le gustaría ver, idealmente, sería a todo el brik rodeado en un flujo uniforme para producir un mejor intercambio de calor a través de la piel multicapa de plásticos y papel de aluminio del recipiente. Le gustaría que la leche estuviese tan fría que cuando fuese a cogerla sintiese el recipiente flexible y blando endurecerse entre sus dedos al formarse de súbito cristales de hielo, invocados desde la nada simplemente por la alteración de sufrir un apretón en el contenedor.

Hoy la leche está casi, pero no del todo, así de fría. Randy se dirige con ella al salón. La tiene que envolver en una toalla porque el frío le hace daño en los dedos. Pone una cinta de vídeo y luego se sienta. Todo está listo.

Es uno de los vídeos de una serie grabada en una cancha de basketball vacía, de suelo de arce abrillantado y un sistema de ventilación rugiente y despiadado. Muestran a un joven y una joven, los dos atractivos, esbeltos, y vestidos como los miembros principales de un espectáculo sobre hielo, realizando sencillos pasos de baile de salón acompañados por la música ahogada que sale de un tremendo aparato portátil situado en la línea de tiro libre. Queda tristemente claro que un tercer conspirador ha grabado el vídeo empleando una cámara normal y corriente y que se tambalea por culpa de

una enfermedad del oído interior que a él o ella le gustaría compartir con otros. Los bailarines realizan los pasos más simples con una determinación autística. El operador de la cámara comienza en cada caso con una toma del rostro, luego, como un desperado atormentando a un cobardica, apunta el arma a sus pies y les hace bailar, bailar, bailar. En un momento dado, suena el busca metido en la cinturilla elástica del hombre y es preciso cortar antes de tiempo la escena. No es de extrañar: se trata de uno de los profesores de baile más solicitados de Manila. Su compañera también lo sería, si hubiese más hombres en la ciudad interesados en aprender a bailar. Tal y como están las cosas, debe conformarse con ganar como una décima parte de lo que se embolsa el profesor, dando lecciones a un número reducido de torpes confusos y calzonazos como Randy Waterhouse.

Randy coge la caja roja y la sostiene con seguridad entre las rodillas con la muy útil lengüeta de cierre apuntando en dirección opuesta. Empleando ambas manos al unísono coloca con cuidado las puntas de los dedos bajo la solapa, intentando obtener igual presión a cada lado, prestando atención especial a esos lugares donde la máquina depositó excesivo pegamento. Durante unos momentos largos y tensos no sucede nada en absoluto, y un observador ignorante o impaciente podría llegar a la conclusión de que Randy no consigue nada. Pero luego toda la solapa se abre de un golpe y toda la parte superior se separa. Randy odia que se doble o, peor aún, se rasgue. La solapa inferior está sujeta con un par de puntos de pegamento y Randy la retira para revelar un saco traslúcido e inflado. La luz halógena bien hundida en el techo atraviesa el material neblinoso del saco para revelar oro, por todas partes el brillo del oro. Randy gira la caja noventa grados y la sostiene entre las rodillas de forma que el eje largo apunte al televisor, luego agarra la parte alta del saco y separa cuidadosamente la costura sellada con calor, que ronronea al ceder. La retirada de la algo lechosa barrera plástica hace que las pepitas individuales de Cap'n Crunch se definan, bajo la luz halógena, con una especie de claridad y nitidez sobrenaturales que hace que el cielo de la boca de Randy reluzca y palpite por la turbación.

En la televisión, los profesores de baile han terminado de mostrar los pasos básicos. Es casi doloroso verles ejecutarlos, porque cuando lo hacen, deben olvidar conscientemente todo lo que saben sobre el baile de salón

avanzado, y bailar como personas que han sufrido embolias o importantes daños cerebrales, que han borrado no sólo las partes del cerebro responsables de las habilidades motoras precisas sino también han volado todo elemento del módulo de discreción estética. Deben, en otras palabras, bailar en la forma en que bailan sus alumnos novatos como Randy.

Las pepitas de oro de Cap'n Crunch cubren el fondo del cuenco produciendo un sonido similar al de barras de vidrio partiéndose por la mitad. Diminutos fragmentos se escapan de sus esquinas y rebotan por la superficie de porcelana blanca. Comer cereales correctamente es un baile de pequeños compromisos. Un cuenco enorme cargado de cereales empapados cubiertos de leche es la marca de un novato. Idealmente, uno desea que los cereales completamente secos y la leche criogénica entren en la boca con el mínimo contacto y que la reacción entre ellos tenga lugar en la boca. Randy ha creado un conjunto de planos mentales para la cuchara perfecta para comer cereales que tendría un pequeño tubo corriendo por el medio y una pequeña bomba para la leche, de forma que puedas tomar cereales secos del cuenco, apretar un botón con el pulgar y lanzar leche sobre la cuchara mientras la introduces en la boca. A falta de esa cuchara, lo mejor es actuar con pequeños incrementos, poniendo sólo una pequeña cantidad de Cap'n Crunch en el cuenco y comérselo todo antes de que se convierta en un pozo de asqueroso cieno, lo que, en el caso de Cap'n Crunch, lleva unos treinta segundos.

En este punto de la cinta siempre se pregunta si no habrá dejado por descuido la cerveza sobre el botón de avance rápido, o algo, porque los bailarines pasan directamente de su cruel paroldia de Randy a algo que se puede calificar evidentemente como baile avanzado. Randy sabe que los pasos que ejecutan son nominalmente los mismos que los pasos básicos que han demostrado antes, pero que le jodan si puede distinguirlos una vez que se vuelven creativos. No se produce ninguna transición reconocible, y eso es lo que cabrea a Randy con respecto a las lecciones de baile. Cualquier idiota puede aprender a ejecutar más o menos los pasos básicos. Eso lleva como media hora. Pero cuando ha pasado la media hora, los profesores de baile siempre esperan que te eches a volar y realices una de esas milagrosas transiciones temporales que sólo suceden en los musicales de Broadway, y que empieces a bailar con brillantez. Randy supone que la gente a la que no

se le dan bien las matemáticas se siente igual: el profesor escribe algunas ecuaciones simples en la pizarra, y diez minutos después está derivando la velocidad de la luz en el vacío.

Vierte la leche con una mano mientras hunde la cuchara con la otra, sin querer malgastar ni un momento del tiempo glorioso y mágico en el que la leche fría y el Cap'n Crunch están juntos pero todavía no han contaminado la naturaleza esencial de cada uno de ellos: dos ideales platónicos separados por una frontera de una molécula de espesor. Allí donde los vapores de leche salpican sobre el mango de la cuchara, el acero inoxidable pulido se cubre de vaho. Randy, por supuesto, usa leche entera, porque en caso contrario ¿para qué tomarla? Cualquier otra cosa es indistinguible del agua, y además cree que la grasa de la leche entera actúa como una especie de retardante que reduce la velocidad de la conversión en cieno. La gigantesca cuchara entra en la boca incluso antes de que la leche del cuenco haya tenido tiempo de alcanzar su nivel. Unas pocas gotas escapan del fondo y quedan atrapadas en una perilla recién lavada (todavía intentando alcanzar el equilibrio correcto entre una barba y la vulnerabilidad, Randy ha permitido que le crezca una de ellas). Randy deja el bote de leche, coge una servilleta algodonosa, se la lleva a la barbilla y ejecuta un movimiento de pinzamiento para sacar las gotas de leche de los pelos en lugar de apretar y restregárselas por toda la barba. Mientras tanto, toda su concentración está fija en el interior de la boca, que naturalmente no puede ver, pero que puede imaginar en tres dimensiones como si se moviese por ella en una exhibición de realidad virtual. Allí es donde un novato perdería la calma y mordería. Algunas de las pepitas explotarían entre sus muelas, pero luego su mandíbula se cerraría del todo y empujaría todas las pepitas sin romper hacia el paladar donde sus armaduras de afilados cristales de dextrosa inflingirían importantes daños colaterales, convirtiendo el resto de la comida en una marcha mortal de dolor y dejándole mudo por la novocaína durante tres días. Pero Randy ha desarrollado, con el paso del tiempo, una estrategia realmente diabólica para comer Cap'n Crunch que gira alrededor de la idea de enfrentar las características más peligrosas de las pepitas unas contra otras. Las pepitas en sí tienen forma de almohada y están ligeramente estriadas en una forma que recuerda vagamente a los cofres del tesoro de los piratas. Ahora bien, con un cereal en láminas, la estrategia de Randy

jamás funcionaría. Pero claro, Cap'n Crunch en forma de láminas sería una locura suicida; duraría sumergido en leche tanto como un copito de nieve en una sartén caliente. No, los ingenieros de cereales de General Mills tuvieron que encontrar una forma que minimizase el área de superficie y algún compromiso entre la esfera, como dicta la geometría euclidea, y la forma de tesoros hundidos que probablemente exigían los estetas de los cereales, y se les ocurrió la difícil de clasificar formación de almohada estriada. Lo importante, para los propósitos de Randy, es que las piezas individuales de Cap'n Crunch tienen, en una primera aproximación, la forma de una muela. La estrategia es, por tanto, hacer que Cap'n Crunch se mastique a sí mismo triturando las pepitas entre sí en el centro de la cavidad oral, como piedras en una centrifugadora. Como en el baile de salón avanzado, las explicaciones verbales (o mirar cintas de vídeo) sólo sirven para empezar y luego tu cuerpo es el que debe aprender los movimientos.

Para cuando ha comido una cantidad satisfactoria de Cap'n Crunch (como un tercio de una caja de 25 onzas) y ha llegado al fondo de la botella de cerveza, Randy ha conseguido convencerse de que todo el asunto del baile no es más que una broma. Cuando llegue al hotel, Amy y Doug Shaftoe le estarán esperando con sonrisas malévolas. Le dirán que sólo se burlaban de él y luego le llevarán a un bar para conversar y calmarle.

Randy se pone los últimos elementos del traje. Cualquier táctica dilatoria es aceptable en este punto, así que comprueba su email.

A: randy@epiphyte.com
De: root@eruditorum.org
Asunto: La Transformación Pontifex, como has pedido.

Randy,

Tienes toda la razón, evidentemente, como descubrieron los alemanes por el camino más difícil, no puede confiarse en ningún sistema criptográfico que no se haya publicado, de forma que gente como tus amigos los Adeptos al Secreto puedan tener oportunidad de romperlo. Estarla en deuda contigo si lo hiciesen con Pontifex.

La transformación que es el núcleo de Pontifex posee varias asimetrías y casos especiales que hacen difícil expresarla en unas pocas lineas claras y elegantes de matemáticas. Casi hay que escribirla en seudocódigo. Pero ¿por qué conformarse con el seudocódigo cuando puedes hacerlo de verdad? Lo que sigue es Pontifex escrito como código Perl. La variable $D contiene la permutación de 54 elementos. La subrutina e genera los siguientes valores del flujo de clave mientras hace evolucionar a $D.

```
#!/usr/bin/perl-s
$f=$d?-l:l;$D=pack('C*',33..86);$p=shift;
$p=~y/a-z/A-Z/; $U='$D=~s/(.*)U$/U$1/;
```

```
$D=~ s/U(.)/$lU/;';($V-$U)—s/U/V/g;
$p=~ s/[A-Z]/$k=ord($&)-64,$e/eg;$k=0;
while(O) {y/a-z/A-Z/;y/A-Z//dc;$o.-$_}$o.='X'
while length($o)%5&&!$d;
$o=~s/./chr(($f*&e+ord($&)-13)%26+65)/eg;
$o=~s/X*$// if $d;$o=~s/.{5}/$&/g;
print«$o\n»;sub v{$v=ord(substr(ÍD,$_[0]) )-32;
$v>53?53:$v]
sub w{$D=~s/(.{$_[0]))(.*)(.)/$2$1$3/]
sub e{eval«$U$V$V»;$D=~s/( .*)([UV].*[UV])(.*)/$3$2$1/;
&w(&v(53));$k?(&w($k)):($c=&v(&v(0)),$O52?&e:$c)]
```

También hay un mensaje de su abogado de divorcios en California, que imprime y se mete en el bolsillo de la camisa para saborearlo mientras esté atrapado en el tráfico. Baja en el ascensor y coge un taxi hasta el Hotel Manila. Eso (atravesar Manila en taxi) sería una de las experiencias más memorables de su vida si fuese la primera vez que lo hace, pero es la enésima vez, así que no registra nada. Por ejemplo, ve dos coches que han chocado entre sí bajo una gigantesca señal de carretera que dice NO VIRAJE BRUSCO, pero realmente no se da cuenta.

Estimado Randy,

Lo peor ha pasado, ¡Charlene y (lo que es más importante) su abogado parecen haber aceptado, por fin, que no estás sentado sobre un montón de oro en Filipinas! Ahora que tus millones imaginarios ya no confunden la situación, podemos decidir cómo disponer de los elementos valiosos que si posees: principalmente, la casa. Seria mucho más complicado si Charlene quisiese permanecer allí; sin embargo, parece que ha conseguido un trabajo en Yale, lo que significa que ella está tan deseosa de vender la casa como tú. La duda seria, entonces, cómo deberían dividirse las ganancias. Su posición parece ser (y no me sorprende) que el inmenso incremento del valor de la casa desde que la compraste es consecuencia del cambio en el mercado inmobiliario, no importan para nada el cuarto de millón de dólares que gastaste apuntalando los cimientos, reemplazando la fontanería, etc., etc.

Doy por supuesto que conservas todos los recibos, cheques cobrados y demás pruebas de todo el dinero que invertiste en mejoras, porque eres ese tipo de hombre. Me ayudarla mucho si pudieses buscar todo eso y entregármelo para poder esgrimirlos en mis siguientes conversaciones con el abogado de Charlene. ¿Puedes? Comprendo que te resultará inconveniente. Sin embargo, como has invertido la mayor parte de tu dinero en esa casa, hay mucho en juego.

Randy se mete la página en el bolsillo de la camisa y comienza a planear un viaje a California.

La mayor parte de los locos del baile de salón de esta ciudad pertenecen a la clase social que se puede permitir coches y chóferes. Los coches están alineados por toda la entrada del hotel y en la calle, esperando a descargar a sus pasajeros, cuyos relucientes vestidos largos son visibles incluso a través

de las lunas tintadas. Los encargados hacen soplar los silbatos y realizan gestos con los guantes blancos, dirigiendo los coches hacia el aparcamiento, donde se solidifican formando un mosaico ajustado. Algunos de los chóferes ni se molestan en salir, limitándose a reclinar los asientos para echar un sueñecito. Otros se reúnen bajo un árbol en un extremo del aparcamiento para fumar, contar chistes y agitar las cabezas en aturdida diversión ante el mundo en la forma en que sólo pueden agitarlas los miembros endurecidos del Tercer Mundo que sufren de shock del futuro.

Como ha temido tanto esta situación, podría pensarse que Randy se limitaría a recostarse y saborear el retraso. Pero al igual que arrancarse un esparadrapo de una zona peluda del cuerpo, es una operación que es mejor hacer con rapidez y de golpe. Mientras se detienen al final de la línea de limusinas, le larga dinero al sorprendido taxista, abre ta puerta y recorre a pie la última manzana hasta el hotel. Puede sentir los ojos de las filipinas perfumadas con vestidos largos recorriendo su espalda como las miras láser de rifles de comando.

Filipinas avejentadas con trajes de gala han recorrido de un lado a otro el vestíbulo del Hotel Manila desde que Randy conoce el lugar. Apenas las notaba los primeros meses que pasó viviendo allí. La primera vez que aparecieron asumió que se estaba realizando alguna función en el gran salón de baile: quizá una boda, quizá se estaba presentando una demanda colectiva por parte de las participantes avejentadas en concursos de belleza contra la industria de la fibra sintética. Hasta ahí llegó antes de dejar de quemar su circuitería mental en intentar comprenderlo todo. Buscar una explicación a todo lo extraño que puedas ver en Filipinas es como intentar sacar hasta la última gota de agua de lluvia de una rueda deshinchada.

Los Shaf toe no le esperan en la puerta para contarle que todo ha sido una broma, así que Randy cuadra los hombros y atraviesa con terquedad el amplio vestíbulo, totalmente solo, como un soldado confederado en la Carga del general Picket en Gettysburg, el último hombre de su regimiento. Frente a la puerta del gran salón de baile hay plantado un fotógrafo con un tupé a lo Ronald Reagan y un esmoquin blanco, sacando fotografías a los que entran, con la esperanza que al salir le paguen por las copias. Randy le dirige tal mirada cruel que el dedo del hombre se retira del botón. Luego no queda más que atravesar las grandes puertas para llegar al salón de baile,

donde, bajo luces giratorias de colores, cientos de filipinas bailan, en su mayoría con hombres mucho más jóvenes, bajo la tensión de la música reprocesada de los Carpenters generada por una pequeña orquesta situada en una esquina. Randy intercambia unos pesos por un ramillete de flores de sampaguita. Sosteniéndolo con el brazo totalmente extendido para no caer en un coma diabético por sus olores, inicia una circunnavegación magallánica de la pista de baile, que está rodeada por un atolón de mesas redondas adornadas con manteles de hilo blanco, velas y ceniceros de vidrio. En una de las mesas se encuentra sentado un hombre con un fino bigote, con la espalda a la pared, un teléfono móvil pegado a la cabeza, y un lado del rostro iluminado fluoroscópicamente por la misteriosa luz verde del teclado. Del puño le sobresale un cigarrillo.

La abuela Waterhouse insistió en que el Randy de siete años tomase clases de baile de salón porque era seguro que algún día le sería útil. Él no estaba de acuerdo. El acento australiano de la abuela se había vuelto altivo y británico en las décadas que habían pasado desde su llegada a Estados Unidos, o quizá no fuese más que su imaginación. Se sentaba allí, perfectamente tiesa como siempre, sobre el sofá tapizado de cretona floreada comprado en Gomer Bolstrood, visibles a su espalda las resecas colinas de Palouse a través de las cortinas de encaje, bebiendo té de una taza de porcelana decorada con, ¿qué era, rosas lavanda? Cuando inclinaba la taza, el Randy de siete años debía de ser capaz de leer el nombre de la compañía en el fondo. La información debe estar almacenada en algún sitio de su memoria inconsciente. Quizá un hipnotizador pudiese extraerla.

Pero el Randy de siete años tenía otra cosa en mente: protestar, en los términos más fuertes posibles, la afirmación de que el baile de salón pudiese llegar a serle de utilidad. Al mismo tiempo, estaba siendo condicionado. Ideas implausibles, incluso ridículas, iban empapando su cerebro, invisibles e inodoras como el monóxido de carbono: que el Palouse era un paisaje normal. Que el cielo era azul en todas partes. Que una casa debería tener ese aspecto: con cortinas de encaje, vidrieras y habitación tras habitación de mobiliario Gomer Bolstrood.

—Conocí a tu abuelo Lawrence en un baile, en Brisbane —anunció Abuela. Estaba intentando decirle que él, Randall Lawrence Waterhouse, ni siquiera existiría si no fuese por el baile de salón. Pero Randy ni siquiera

sabía todavía de dónde venían los niños y probablemente no lo hubiese comprendido a pesar de haberlo sabido. Randy se puso tieso, recordando su postura, y le hizo una pregunta: ¿ese encuentro en Brisbane se produjo cuando ella tenía siete años, o, quizá, un poco más tarde?

Quizá si hubiese vivido en una caravana, el Randy adulto habría enterrado su dinero en un fondo común de inversión, en lugar de pagar diez mil dólares a un *soi-disant* artesano de San Francisco para que instalase vidrieras alrededor de la entrada principal, como en la casa de Abuela.

Produce grandes cantidades de diversión duradera a los Shaftoe pasando al lado de su mesa sin reconocerlos. Mira directamente a la compañera de Doug Shaftoe, una hermosa Filipina, probablemente de unos cuarenta años, que está manifestando un enérgico argumento. Sin apartar los ojos de Doug y Amy Shaftoe, la mujer alarga un brazo largo y grácil y agarra la muñeca de Randy al pasar junto a ellos, tirando de él como un perro con una correa. Luego lo retiene mientras termina la frase y después levanta la vista para dirigirle una amplia sonrisa. Randy se la devuelve respetuoso, pero no le dedica toda la atención a la que ella está acostumbrada, porque está algo preocupado por el espectáculo de America Shaftoe con un vestido.

Por suerte, Amy no ha intentado adoptar el aspecto de reina de la fiesta. Viste un modelo negro ajustado de largas mangas que ocultan sus tatuajes, y panties negros, en lugar de medias. Randy le da las flores, como un quarterback ofreciéndole el balón a un corredor. Ella las acepta con expresión torcida, como un soldado herido mordiendo la bala. Ironías aparte, tiene un brillo en los ojos que él no ha visto nunca antes. O quizá no sea más que luz de la bola de espejo, reflejando lágrimas inducidas por el humo de tabaco. Siente en las entrañas que ha hecho lo correcto al presentarse. Como todas las sensaciones en las entrañas, sólo el tiempo dirá si es algo más que un autoengaño patético. Medio temía que ella sufriera alguna transformación de película y se convirtiese en una diosa radiante, lo que tendría el mismo efecto en Randy que un hachazo en la base del cráneo. El hecho en cuestión es que ella tiene muy buen aspecto, pero posiblemente se sienta tan fuera de lugar como Randy en su traje.

Abriga la esperanza de que puedan acabar con el asunto del baile para poder huir del edificio protagonizando una fuga de Cenicienta, pero le piden que se siente. La orquesta hace una pausa, y los bailarines vuelven a

las mesas. Doug Shaftoe está tendido cómodamente en su silla con la confianza masculina de un hombre que no sólo ha matado gente sino que, además, escolta a la mujer más hermosa de la sala. Su nombre es Aurora Taal, y reparte su mirada de Láncome sobre las otras filipinas con la diversión controlada de quien ha vivido en Boston, Washington y Londres y, habiéndolo visto todo, ha decidido de todas formas vivir en Manila.

—Bien, ¿has descubierto algo más sobre ese personaje Rudolf von Hacklheber? —pregunta Doug, después de unos minutos de charla insustancial.

Se entiende que Aurora debe conocer todo el secreto. Doug comentó, hace semanas, que cierto número de filipinos sabían lo que hacían y que se podía confiar en ellos.

—Era matemático. Pertenecía a una familia de Leipzig. Se encontraba en Princeton antes de la guerra. De hecho, sus años de estancia se solapan con los de mi abuelo.

—¿Qué tipo de matemáticas practicaba, Randy?

—Antes de la guerra se ocupaba de teoría de números. Que no nos dice nada sobre lo que hacía durante la guerra. No me sorprendería que hubiera acabado trabajando en la estructura criptográfica del Tercer Reich.

—Lo que no explicaría cómo acabo aquí.

Randy se encoge de hombros.

—Quizá realizaba trabajos de ingeniería en una nueva generación de submarinos. No lo sé.

—Así que el Reich lo metió en alguna operación secreta, que al final lo mató —dice Doug—. Supongo que nosotros mismos hubiésemos podido llegar a esa conclusión.

—Entonces, ¿por qué has mencionado la criptografía? —pregunta Amy. Ella posee una especie de detector de metales emocional que se pone a rugir cuando llega a las inmediaciones de suposiciones ocultas e impulsos reprimidos con rapidez.

—Supongo que tengo la criptografía metida en el cerebro. Y, si existía alguna conexión entre Von Hacklheber y mi abuelo...

—¿Se dedicaba tu abuelo a la criptografía, Randy? —pregunta Doug.

—Nunca habló de lo que hacía durante la guerra.

—Es habitual.

—Pero tenía un arcón en el ático. Un recuerdo de guerra. En realidad me recuerda a un arcón lleno de material criptográfico nipón que vi hace poco en una cueva de Kinakuta. —Doug y Amy lo miran fijamente—. Probablemente no sea nada —concede Randy.

La orquesta inicia una melodía de Sinatra. Doug y Aurora se sonríen el uno al otro y se ponen en pie. Amy pone los ojos en blanco y aparta la vista, pero ahora toca cumplir o callarse, y Randy no puede concebir ninguna otra salida. Se pone en pie y extiende la mano a aquella que teme y ansia, y ella, sin mirar, alarga la suya y la toma.

Randy arrastra los pies, lo que no es forma de bailar bonito pero evita pisar los metatarsos de la acompañante. Esencialmente, Amy no es mejor que él, pero muestra mejor actitud. Para cuando llegan al final del primer baile, Randy al menos ha alcanzado el punto en que ya no le arde la cara, y lleva treinta segundos sin tener que disculparse por nada, y sesenta segundos sin preguntar a su compañera si precisa atención médica. Luego termina la canción, y las circunstancias dictan que debe bailar con Aurora Taal. Es menos intimidante; aunque ella está llena de glamour y es buena bailarina, su relación no es tal que permita la posibilidad de grotescos tanteos prerrománticos. Además, Aurora sonríe mucho, y tiene una sonrisa realmente espectacular, mientras que el rostro de Amy es todo preocupación. Se anuncia el siguiente baile como elección de las damas, y Randy intenta establecer contacto visual con Amy cuando se encuentra con esa diminuta filipina de mediana edad preguntándole a Aurora si le importaría mucho. Aurora lo confía a la otra dama como si fuese un contrato de futuro sobre tripas de cerdo en el mercado de materias primas, y de pronto Randy y la dama bailan el doble paso de Tejas al ritmo de una melodía de los Bee Gees anterior a la era disco.

—Bien, ¿ya ha encontrado fortuna en las Filipinas? —pregunta la dama, cuyo nombre Randy no ha acabado de pillar. Ella actúa como si esperase que él la conociese.

—Eh, mi socio y yo exploramos posibilidades mercantiles —dice Randy—. Quizá tengamos fortuna.

—Tengo entendido que es bueno con los números —dice la dama.

Ahora mismo Randy se está devanando los sesos. ¿Cómo sabe esa mujer que él se dedica a las cifras?

—Soy bueno en matemáticas —dice al fin.

—¿No es eso lo que he dicho?

—No, en realidad los matemáticos en la medida de lo posible se mantienen alejados de los números concretos. Nos gusta hablar de números sin tener que exponernos a ellos... para eso están los ordenadores.

La mujer no permitirá una negativa; tiene un guión y es fiel a él.

—Tengo un problema matemático para usted —dice la dama.

—Dispare.

—¿Cuál es el valor de la siguiente información: quince grados, diecisiete minutos, cuarenta y uno coma tres segundos norte, y ciento veintiún grados, cincuenta y siete minutos, cero coma cinco cinco segundos este?

—Eh... no lo sé. Suena a latitud y longitud. Noreste de Luzón,¿no?

La dama asiente.

—¿Quiere que le diga el valor de esos números?

—Sí.

—Supongo que depende de lo que haya allí.

—Supongo que sí —dice la dama. Y eso es todo lo que dice durante el resto del baile. Aparte de felicitar a Randy por sus habilidades en la pista de baile, comentario cuya interpretación le resulta igualmente difícil.

*OceanofPDF.com*

# Chica

Cada vez es más difícil encontrar piso en Brisbane, que se ha convertido en una ciudad repleta de espías, Bletchley Park en Australia. Hay una oficina central, que se ha establecido en el Hipódromo de Ascot, y otra entidad en una zona diferente de la ciudad llamada Oficina de Inteligencia Aliada. Las personas que trabajan en la Oficina Central tienden a ser expertos matemáticos de rostro pálido. Por otra parte, las personas de la OIA a Waterhouse le recuerdan más a los tipos del Destacamento 2702: tensos, curtidos y taciturnos.

A media milla del Hipódromo de Ascot ve a uno de estos últimos salir de una casita de habitaciones de cuento de hadas, cargando a la espalda un petate de quinientas libras. El hombre va ataviado para un largo viaje. Una dama con aspecto de abuelita y delantal se encuentra en el porche, agitando una toallita de té en dirección al hombre. Es como la escena de una película; ni siquiera se te ocurriría que, a unas pocas horas de vuelo de allí, los hombres se están volviendo negros como el papel fotográfico en una bandeja de revelado mientras su carne viva se convierte en gas putrefacto cortesía de las bacterias clostridium.

Waterhouse no se detiene a estimar la probabilidad de que él, que necesita un sitio para vivir, resulta que aparece en el momento exacto en que una habitación queda libre. Los criptoanalistas aguardan los golpes de suerte y luego los explotan. Después de que el soldado se pierda doblando la esquina, llama a la puerta y se presenta a la dama. La señora McTeague dice (en la medida en que Waterhouse puede penetrar su acento) que a ella le gusta su aspecto. Suena claramente asombrada. Queda claro que la

improbabilidad de que Waterhouse aparezca justo cuando queda libre una habitación no es nada comparada con la improbabilidad de que a la señora McTeague le guste su aspecto. De tal suerte, Lawrence Pritchard Waterhouse se une a un grupo de élite de jóvenes (cuatro en total) cuyo aspecto es del agrado de la señora McTeague. Duermen, dos en cada habitación, en los dormitorios donde los vástagos de la señora McTeague empezaron siendo los más hermosos e inteligentes niños jamás nacidos para convertirse en los más excelentes adultos que caminan sobre la tierra excepto el rey de Inglaterra, el General y lord Mountbatten.

El nuevo compañero de habitación de Waterhouse está ahora mismo fuera de la ciudad, pero simplemente examinando sus efectos personales, Waterhouse estima que rema en kayak desde Australia a la base naval de Yokosuka, donde se deslizará al interior de un buque de guerra y matará en silencio a toda la tripulación con las manos desnudas antes de realizar una zambullida de nivel olímpico en la bahía, noquear algunos tiburones, volver a subir al kayak y regresar remando a Australia para tomarse una cerveza.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, conoce a los ocupantes de la otra habitación: un oficial naval británico pelirrojo que muestra todos los signos de trabajar en la Oficina Central, y un tipo llamado Hale, cuya nacionalidad es imposible de precisar porque no viste uniforme y está demasiado resacado para hablar.

Habiendo cumplido su misión (según lo que entendió del adlátere del General), ha encontrado un lugar para vivir, y arreglado sus asuntos personales, Waterhouse se pasa por el Hipódromo de Ascot y el prostíbulo adyacente con la intención de ser útil. En realidad, preferiría quedarse sentado en su habitación durante todo el día y trabajar en su nuevo proyecto, que consiste en diseñar una máquina de Turing de gran velocidad. Pero es su obligación contribuir al esfuerzo bélico. Incluso si no fuese así, sospecha que si su nuevo compañero de cuarto regresase de su misión y se lo encontrase sentado todo el día dibujando circuitos, le daría tal paliza que a la señora McTeague dejaría de gustarle su aspecto.

Para decirlo con suavidad, la Oficina Central no es el tipo de lugar en el que puede entrar un extraño, mirar por todas partes y presentarse para que le den trabajo. Incluso lo de entrar es potencialmente fatal. Por suerte,

Waterhouse dispone de autorización Ultra Mega, que es la autorización más alta del mundo.

Por desgracia, esta categoría de secreto es tan secreta que su misma existencia es secreta, y por tanto no puede revelársela a nadie, a menos que encuentre a alguien más con autorización Ultra Mega. Sólo hay una docena de personas con autorización Ultra Mega en Brisbane. Ocho de ellos forman el escalafón más alto de la jerarquía de mando del General, tres trabajan en la Oficina Central y la otra es Waterhouse.

Waterhouse se pasea por el centro nervioso en el viejo prostíbulo. El lugar está rodeado por miembros retirados de la Guardia Territorial Australiana ataviados con garbosos sombreros asimétricos y armados con trabucos. Al contrario que con la señora McTeague, a ellos no les gusta su aspecto. Por otra parte, están habituados a ese tipo de cosas: chicos listos de muy lejos que se presentan a la puerta con largas y, al final, aburridas historias sobre cómo los militares han jodido sus órdenes, los metieron en el barco equivocado, los enviaron al lugar equivocado, les infectaron con enfermedades tropicales, lanzaron sus pertenencias por la borda y los abandonaron a su suerte. No le disparan, pero no le dejan entrar.

Se queda colgando por ahí y se convierte en un incordio durante un par de días hasta que finalmente reconoce a, y es reconocido por, Abraham Sinkov. Sinkov es un importante criptoanalista norteamericano; ayudó a Schoen a romper índigo. Él y Waterhouse se han cruzado un par de veces, y aunque no son amigos *per se*, sus mentes trabajan de la misma forma. Eso los convierte en amigos en una familia extraña que sólo tiene unos pocos cientos de miembros, dispersos por el mundo. En cierta forma, es una autorización más rara aún, más difícil de conseguir y más misteriosa que Ultra Mega. Sinkov le prepara un nuevo conjunto de documentos, dándole una autorización muy alta, pero no tan alta que no pueda revelarla.

A Waterhouse le dan un paseo. Hombres sin camisa en barracones metálicos, convertidos en agobiantes debido a los tubos al rojo vivo de las radios. Pescan del aire los mensajes del ejército nipón y se los pasan a una legión de jóvenes australianas que perforan los mensajes en tarjetas ETC.

Hay un cuadro militar de oficiales norteamericanos compuesto enteramente por todo un departamento de la Electrical Till Corporation. Un día, a principios de 1942, guardaron sus camisas blancas y trajes azules

entre bolas de naftalina, se pusieron los trajes del ejército y se metieron en un barco con dirección a Brisbane. Su jefe es un tipo llamado teniente coronel Comstock, y ha conseguido automatizar todo el proceso de desciframiento de códigos. Las tarjetas perforadas por las australianas llegan a la sala de máquinas apiladas en lingotes y se hacen pasar por las máquinas. Los textos descifrados salen por una impresora de línea al otro extremo y se llevan a otro barracón donde nisei[24] norteamericanos, y algunos blancos que hablan nipones, los traducen.

Un Waterhouse es lo último que necesitan esos tipos. Comienza a comprender lo que el mayor le dijo el otro día: han superado la línea. Los códigos se han roto.

Lo que le recuerda a Turing. Desde que Alan regresó de Nueva York, se ha estado distanciando de Bletchley Park. Se ha trasladado a otra instalación, un centro de radio llamado Hanslope en el norte de Buckinghamshire, un lugar de cemento reforzado, cables, antenas, y de atmósfera más formalmente militar.

En su momento, Waterhouse no podía comprender por qué Alan querría apartarse de Bletchley. Pero ahora sabe cómo debió de sentirse Alan cuando convirtieron el desciframiento en un proceso totalmente mecánico, industrializando Bletchley Park. Debió de sentir que se había ganado la batalla y con ella la guerra. El resto podría parecer una conquista gloriosa a gente como el General, pero para Turing, y ahora para Waterhouse, parece simplemente un tedioso proceso de limpieza militar. Es emocionante descubrir los electrones y construir las ecuaciones que gobiernan su movimiento; es aburrido usar esos principios para diseñar abrelatas eléctricos. Desde este punto en adelante, todo son abrelatas.

Sinkov le suministra a Waterhouse un escritorio en el prostíbulo y comienza a pasarle mensajes que la Oficina Central no ha podido descifrar. Hay todavía docenas de códigos nipones menos importantes que quedan por romper. Quizá, rompiendo uno o dos, y enseñándole a las máquinas ETC cómo leerlos, Waterhouse pueda acortar la guerra por un día, o salvar una vida. Es una tarea noble a la que se enfrenta de buena gana, pero que en esencia no es diferente a ser un carnicero del ejército de Tierra que salva vidas manteniendo limpios los cuchillos, o un inspector de salvavidas de la Marina.

Waterhouse rompe esos poco importantes códigos nipones uno tras otro. Un mes incluso vuela a Nueva Guinea, donde submarinistas de la Marina están recuperando libros de códigos de un submarino nipón hundido. Vive en la selva durante dos semanas, intentando no morir, volver a Brisbane, y dar a esos libros de códigos recuperados un uso adecuado pero aburrido. Entonces, un día, lo aburrido de su trabajo se vuelve irrelevante.

Ese día, regresa a la casa de huéspedes de la señora McTeague por la noche, se mete en la habitación y se encuentra con un hombre inmenso durmiendo en la litera superior. Por todas partes hay esparcido un montón de ropa y equipo, emitiendo un pestazo sulfuroso.

El hombre duerme durante dos días y luego una mañana llega tarde a desayunar, mirando al resto de la habitación con ojos amarillos debido a la quinina. Se presenta como Smith. Su acento extrañamente familiar no es más fácil de comprender por el hecho de que sus dientes castañeteen violentamente. Cosa que no parece molestarle especialmente. Se sienta y se coloca una servilleta de hilo irlandés sobre las rodillas con una mano rígida y desollada. La señora McTeague se preocupa hasta tal punto por él que el resto de los hombres de la mesa deben resistir el impulso de darle un porrazo a la pobre mujer. Le sirve té con mucha leche y azúcar. Toma unos sorbos, luego se disculpa y va al baño, donde vomita decididamente y con buenas maneras. Regresa, se come un huevo cocido sostenido por una huevera de porcelana, se pone verde, se reclina en la silla y cierra los ojos como durante diez minutos.

Cuando Waterhouse regresa esa tarde de trabajar, entra a ciegas en el salón y se encuentra a la señora McTeague bebiendo el té con una joven dama.

El nombre de la joven dama es Mary Smith; es la prima del compañero de habitación de Waterhouse, que está arriba, estremeciéndose y sudando acostado en la litera.

Mary se pone en pie para las presentaciones, lo que técnicamente no es necesario; pero es una chica del interior del país y no le interesan los refinamientos decadentes. Es una chica pequeña vestida de uniforme.

Es la única mujer que Waterhouse haya visto jamás. En realidad, es el único otro ser humano en el universo, y cuando se pone en pie para darle la mano, la visión periférica de Waterhouse deja de funcionar como si hubiese

entrado en un túnel. Cortinas negras convergen sobre un ciclorama plateado, reduciendo su cosmos a un rayo vertical de un glorioso arco de carbono, un pilar de luz, un círculo de luz celestial que rodea a esa mujer.

La señora McTeague, conociendo el paño, le pide que se siente.

Mary es una personita diminuta, de piel blanca y pelirroja que sufre a menudo ataques de timidez. Cuando sucede tal cosa, aparta la mirada y traga, y cuando traga hay cierta cuerda en su cuello blanco, rodeando la concavidad de hombro a oreja, que destaca durante un momento. Destaca tanto sobre su vulnerabilidad y sobre la piel blanca de su cuello, que no es blanco en el sentido de palidez enfermiza sino de otra forma que Waterhouse no hubiese podido comprender hasta hace poco: es decir, por su pequeño salto a Nueva Guinea, donde todo o está muerto y en descomposición, o es brillante y amenazador, o discreto e invisible. Waterhouse sabe que algo tan tierno y traslúcido es demasiado vulnerable y tentador para defenderse en este mundo de destructores en violenta competición, que sólo puede sostenerse durante un momento (y menos aún durante años) por la fuerza vital de su interior. En el Pacífico sur, donde las fuerzas de la Muerte son tan poderosas, le deja vagamente intimidado. Su piel, tan carente de marcas y tan limpia como el agua, es un muestrario extravagante de vibrante potencia animal. Desea lamerla con su lengua. La curva completa de su cuello, desde la clavícula hasta el lóbulo de la oreja, sería un soporte perfecto para su cara.

Ella ve que él la sigue mirando y vuelve a tragar. El cordón se flexiona, extendiendo por un momento la piel viva de su cuello, y luego se relaja, dejando exclusivamente suavidad y calma. Ella podría haberle hundido la cabeza con una piedra y atarle el pene con un dispositivo de enganche. El efecto debe de ser calculado. Pero aparentemente no se lo ha aplicado a nadie más, o habría una banda de oro alrededor de su pálido dedo anular.

Mary Smith comienza a sentirse molesta con él. Se lleva la taza de té a los labios. Se ha vuelto, de forma que la luz roza su cuello de otra forma, y en esta ocasión cuando traga puede ver como se eleva la nuez de Adán. Luego desciende como un martinete sobre lo que queda del poco juicio de Lawrence.

Arriba se oye un ruido; su primo acaba de recuperar la conciencia.

—Discúlpenme —dice ella, y desaparece, dejando sólo como recuerdo la porcelana de McTeague.

*OceanofPDF.com*

# Conspiración

El doctor Rudolf von Hacklheber no es mucho mayor que el sargento Bobby Shaftoe, pero incluso aplastado emocionalmente, exhibe cierto porte que hombres del mundo de Shaftoe no adquieren hasta que llegan a los cuarenta, si acaso. Sus gafas tienen pequeñas lentes sin montura que parecen haber sido extraídas de las miras telescópicas de un francotirador. Detrás de ellas hay toda una paleta de colores vivos: pestañas rubias, ojos azules, venas rojas, párpados hinchados y morados por el llanto. Aún así, está perfectamente afeitado, y la plateada luz del norte que atraviesa la diminuta ventana del sótano de Enoch Root se refleja en los planos de su cara como si desease destacar un interesante territorio de grandes poros, arrugas prematuras y viejas cicatrices de duelo. Ha intentado peinarse el pelo hacia atrás, pero éste se porta mal y continuamente cae sobre su frente. Viste una camisa blanca y un abrigo largo y pesado por encima para protegerse del frío del sótano. Shaftoe, que días atrás regresó a pie hasta Norrsbruck, sabe que von Hacklheber, con sus piernas largas, tiene las cualidades de un deportista más que decente. Pero también sabe que deportes brutales como el fútbol norteamericano no serían de su agrado; este teutón practicaría esgrima, escalada o esquí.

Shaftoe simplemente se asombró —pero no se sintió molestó— ante la homosexualidad de von Hacklheber. Algunos de los marines de China en Shanghai tenían muchos más jovencitos chinos en sus pisos de los estrictamente necesarios para dar lustre a sus botas, y Shanghai está lejos de ser el lugar más extraño o más lejano donde los marines han establecido su hogar entre guerras. Puedes preocuparte de la moral cuando no estás de

servicio, pero si sufres y te preocupas por lo que los demás hagan en el catre, entonces ¿qué cono vas a hacer cuando se te presente la oportunidad de darle a un ñipo con un lanzallamas?

Hace dos semanas enterraron los restos de Angelo, el piloto, y sólo ahora von Hacklheber se siente con ganas de hablar. Ha alquilado una casita en las afueras de la ciudad, pero ha venido a Norrsbruck para reunirse con Root, Shaftoe y Bischoff, en parte porque está convencido de que le vigilan espías alemanes. Shaftoe se presenta con una botella de schnapps finés, Bischoff trae un montón de pan, Root abre una lata de pescado. Von Hacklheber trae información. Todos traen cigarrillos.

Shaftoe empieza a fumar pronto y con rapidez, intentado hacer desaparecer el olor a moho del sótano, que le recuerda el tiempo que pasó allí encerrado con Enoch Root liberándose de su adicción a la morfina. Durante ese periodo, el pastor tuvo que bajar en una ocasión y pedirles que por favor dejasen de gritar porque arriba intentaban celebrar una boda. Shaftoe no sabía que estaba gritando.

El inglés de Rudolf von Hacklheber es, en algunos aspectos, mejor que el de Shaftoe. Suena desconcertantemente como el profesor de dibujo de Shaftoe en el instituto, el señor Jaeger.

—Antes de la guerra trabajé a las órdenes de Dönitz en el Beobachtung Dienst de la Kriegsmarine. Rompimos algunos de los códigos más secretos del Almirantazgo Británico antes incluso de que estallasen las hostilidades. Fui responsable de algunos avances en ese campo, con respecto al uso de cálculos mecánicos. Cuando estalló la guerra, se produjo una reorganización y me convertí en una especie de hueso que varios perros se disputan. Me trasladaron al *Referat* Iva de *Gruppe* IV, Criptoanalisis Analítico, que formaba parte de *Hauptgruppe* B, Criptoanalisis, bajo la responsabilidad última del mayor general Erich Fellgiebel, jefe de *Wehrmachtnachricbtungenverbindungen.*

Shaftoe mira a los otros, pero ninguno de ellos se ríe o siquiera sonríe. Seguramente no lo han oído.

—¿Puede repetirlo? —pregunta Shaftoe, con rapidez, como un hombre en un bar que intenta que su amigo tímido cuente un chiste de los buenos.

—Wehrmachtnachrichtungenverbindungen —dice von Hacklheber, muy lentamente, como si repitiese una rima infantil para un niño. Parpadea una

vez, dos, tres en dirección a Shaftoe, luego se inclina y dice con alegría—: Quizá debería explicar la organización de la jerarquía de inteligencia alemana, ya que os ayudará a comprender mi historia.

A continuación viene UN BREVE DESCENSO AL INFIERNO con HERR DOKTOR PROFESSOR RUDOLF VON HACKLHEBER.

Shaftoe sólo presta atención al primer par de frases. En el punto en que von Hacklheber arranca la hoja de un cuaderno y comienza a dibujar un diagrama de la organización del Reich de los mil años, con «Der Führer» en lo más alto, los ojos de Shaftoe se empañan, el cuerpo se relaja, se vuelve sordo, y baja acelerando por la garganta de una pesadilla, como el resto de un perrito caliente medio digerido que es expulsado por peristalsis inversa del cuerpo de un adicto. Nunca antes ha tenido esa experiencia, pero sabe intuitivamente que así es el viaje al infierno: nada de un paseo cómodo en barca por el pintoresco Estigia, nada de un descenso gradual en esa trampa para turistas que es la Caverna de Plutón, ninguna parada por el camino para conseguir licencias de pesca en el Lago de Fuego.

Shaftoe no está (aunque debiera) muerto, y eso no es el infierno. Pero se le parece mucho. Es como un escenario montado con papel bituminado y lonas, como las ciudades falsas donde practicaron batallas de casa en casa durante el entrenamiento. Shaftoe se ve atenazado por una especie de náusea que, sabe, es lo más agradable que va a sentir allí.

—La morfina elimina la capacidad del cuerpo para sentir placer —declama la atronadora voz de Enoch Root, su irónico y molesto Virgilio que, para propósitos de esa pesadilla, ha adoptado la voz de Moe, el mezquino miembro de los Tres Chiflados de pelo oscuro—. Puede que pase algún tiempo antes de que te sientas bien físicamente.

El árbol de organización de esa pesadilla comienza, como el de von Hacklheber, con Der Führer, pero luego se subdivide de una forma caótica y extensa. Hay una rama asiática, dirigida por el General, que incluye, entre otras cosas, un Hauptgruppe de enormes lagartos carnívoros, un Referat de mujeres chinas sosteniendo bebés de ojos pálidos y varios Abteilungs de nipos enyesados portando espadas. En el centro de sus dominios se encuentra la ciudad de Manila, donde, en una visión que Shaftoe debería identificar como del Bosco si no se hubiese pasado las clases de arte del

instituto tirándose a las animadoras, una enorme y preñada Glory Altamira se ve obligada a hacerles mamadas a tropas niponas sifilíticas.

La voz del señor Jaeger, su profesor de dibujo —el hombre más aburrido que Shaftoe haya conocido jamás, hasta quizás el día de hoy—, penetra por un momento con las palabras:

—... pero todas las estructuras organizativas que he detallado hasta este punto se volvieron obsoletas con el estallido de las hostilidades. La jerarquía se alteró, y varias de las entidades cambiaron de nombre como sigue...

Shaftoe oye arrancar otra hoja de papel, pero lo que ve es al señor Jaeger rompiendo un diagrama de una ménsula que el joven Bobby Shaftoe pasó una semana preparando. Todo ha quedado reorganizado. El general MacArthur sigue bien en lo alto, paseando un grupo de lagartos gigantes controlados por medio de correas de acero, pero ahora la jerarquía está llena de árabes sonrientes que sostienen pedazos de hachís, carniceros congelados, tenientes muertos o desahuciados, y ese puto bicho raro, Lawrence Pritchard Waterhouse, vestido de blanco, con una capucha, dirigiendo a toda una legión de frikis de Señales, sosteniendo sobre sus cabezas antenas de forma extraña, atravesando una ventisca de billetes de dólar impresos sobre viejos periódicos chinos. Les brillan los ojos, parpadeando en código Morse.

—¿Qué dicen? —pregunta Bobby.

—Por favor, deja de gritar —dice Enoch Root—. Sólo durante un momentín.

Bobby está tendido en un camastro en un barracón con tejado de paja en Guadalcanal. Salvajes suecos corren por ahí vestidos con taparrabos, recogiendo comida: de vez en cuando, un barco estalla en el estrecho, y llueve pescado como si fuese metralla y los peces quedan colgados de las ramas junto con el ocasional brazo humano cortado o el esporádico pedazo de cráneo. Los suecos ignoran los restos humanos y recogen los peces, llevándoselos, en bidones negros de acero, para preparar lutefisk.

Enoch Root tiene un caja de puros sobre las rodillas. En la línea alrededor de la tapa brilla una luz dorada.

Pero ya no está en el barracón de techo de paja; se encuentra en el interior de un frío y oscuro falo de metal que se ha mantenido sumergido

por debajo de la superficie de la pesadilla: el submarino de Bischoff. Por todas partes estallan cargas de profundidad, y el submarino se está llenando de aguas residuales. Algo le da un golpe en la cabeza en esta ocasión no se trata de un jamón, sino de una pierna humana. El submarino está forrado de tubos que llevan voces: en inglés, alemán árabe, nipones, shanghainés, pero confinadas y apagadas por las tuberías, de forma que se entremezclan para sonar como el agua corriente. Luego una de las tuberías se rompe por el impacto cercano de una carga de profundidad; del extremo roto surge una voz alemana:

—Lo anterior puede considerarse como un tratamiento bastante superficial de la organización general del Reich, y especialmente de la rama militar. La responsabilidad por el criptoanálisis y la criptografía se distribuye entre un gran número de Amts y Diensts pequeñas asignadas a distintos tentáculos de esta estructura. Se reorganizan y cambian continuamente, pero es posible que pueda ofreceros una imagen exacta y detallada...

Shaftoe, encadenado con grilletes de oro a una litera del submarino, siente que una de sus pequeñas armas ocultas le aprieta en la espalda, y se pregunta si se considerarían malos modales si se pegase un tiro en la boca. Agarra con desesperación el tubo roto y consigue meterlo en las aguas residuales que no hacen más que subir; salen burbujas, y las palabras de von Hacklheber quedan atrapadas en ellas, como los bocadillos de un cómic. Cuando las burbujas llegan a la superficie y estallan, suenan como gritos.

Root está sentado en la litera opuesta con la caja de puros sobre las rodillas. Con la mano forma la V de Victoria, luego la lanza contra el rostro de Shaftoe y le da en los ojos.

—No puedo ayudarte con tu incapacidad para encontrar el bienestar físico; se trata de un problema de química corporal —dice—. Plantea interesantes problemas teológicos. Nos recuerda que todos los placeres del mundo son ilusiones proyectadas sobre nuestras almas por nuestros cuerpos.

Ahora ya se han roto muchos de los otros tubos de comunicaciones, y de la mayoría de ellos salen gritos; Root tiene que acercarse para poder gritar al oído de Bobby. Shaftoe se aprovecha de la situación para inclinarse e intentar alcanzar la caja de puros, que contiene lo que desea: no es

morfina. Algo mejor que la morfina. Morfina es a lo que hay en la caja como una prostituta de Shanghai es a Glory.

La caja se abre y de ella surge una luz cegadora. Shaftoe se cubre la cara. Los miembros de cuerpos salados y preservados que cuelgan del techo caen a sus rodillas y comienzan a retorcerse, buscando otras partes, combinándose para formar cuerpos vivos. Mikulski regresa a la vida, apunta la Vickers al techo del submarino y abre una escotilla de huida. En lugar de aguas negras, lo que entra es luz dorada.

—¿Cuál era su posición en todo esto? —pregunta Root, y Shaftoe casi salta de la silla, sorprendido por el sonido de una voz diferente a la de von Hacklheber. Considerando lo que sucedió la última vez que alguien (Shaftoe) planteó una pregunta, es un gesto heroico pero arriesgado. Empezando con Hitler, von Hacklheber se abre camino por toda la cadena de mando.

A Shaftoe no le importa: se encuentra en un bote de goma, junto con algunos otros camaradas resucitados de Guadalcanal y el Destacamento 2702. Reman a través de una cala tranquila iluminada por gigantescas luces de arco desde el cielo. De pie tras las luces hay un hombre que habla con acento alemán:

—Mis supervisores inmediatos, Wilhelm Fenner, de San Petersburgo, que dirigió todo el criptoanalisis militar alemán desde 1922 en adelante, y su ayudante en jefe, el profesor Novopaschenny.

Para Shaftoe todos esos nombres suenan igual, pero Root dice: —¿Un ruso?

Shaftoe ya está regresando, saliendo de nuevo al mundo. Se sienta recto y siente el cuerpo rígido, como si hiciese mucho tiempo que no lo mueve. Está a punto de disculparse por su comportamiento, pero como nadie le mira raro, Shaftoe no ve razón para informarles de lo que ha estado haciendo en los últimos minutos.

—El profesor Novopaschenny fue un astrónomo zarista que conoció a Fenner en San Petersburgo. Bajo su mando, se me dio autoridad amplia para realizar investigaciones sobre los límites teóricos de la seguridad. Empleé herramientas de matemática pura así como dispositivos calculadores mecánicos de mi propia invención. Examiné nuestros propios códigos así como los del enemigo, buscando debilidades.

—¿Qué descubrió? —pregunta Bischoff.

—Encontré puntos débiles por todas partes —dice von Hacklheber—. En su mayoría, los códigos fueron diseñados por diletantes y amateurs que no comprendían las matemáticas subyacentes. En realidad, es bastante lastimoso.

—¿Incluido Enigma? —pregunta Bischoff.

—Ni siquiera me hable de esa mierda —dice von Hacklheber—. La despaché casi de inmediato.

—¿Qué quiere decir con despachar? —pregunta Root.

—Demostré que era una mierda —responde von Hacklheber.

—Pero toda la Wehrmacht sigue empleándola —dice Bischoff. Von Hacklheber se encoge de hombros y mira la punta encendida del cigarrillo.

—¿Espera que tiren todas esas máquinas porque un matemático escribe un artículo? —Mira el cigarrillo un poco más, luego se lo lleva a los labios, da una calada con elegancia, mantiene el humo en los pulmones y, finalmente, lo exhala lentamente a través de las cuerdas vocales mientras emite simultáneamente el siguiente sonido—: Sabía que había gente trabajando para el enemigo que sería capaz de descifrarla. Turing. Von Neumann. Waterhouse. Algunos de los polacos. Empecé a buscar pruebas de que habían roto Enigma, o al menos de que hubiesen comprendido sus debilidades y que estuviesen intentando romperla. Realicé análisis estadísticos del hundimiento de convoyes y ataques de submarinos. Encontré algunas anomalías, algunos acontecimientos improbables, pero no lo suficiente para demostrar nada. Muchas de las anomalías más evidentes quedaban explicadas posteriormente por el descubrimiento de estaciones de espionajes y similares. De ahí no extraje ninguna conclusión. Estaba claro que, si eran lo suficientemente inteligentes para romper Enigma, serían lo suficientemente inteligentes para ocultarnos ese hecho a cualquier precio. Pero había una anomalía que no podían ocultar. Me refiero a las anomalías humanas.

—¿Anomalías humanas? —pregunta Root. La frase es un clásico cebo de Root.

—Sabía perfectamente que sólo un puñado de personas en todo el mundo tenía perspicacia suficiente para romper Enigma y luego ocultar ese hecho. Empleando nuestras fuentes de inteligencia para establecer dónde se

encontraban esos hombres, y qué hacían, pude realizar inferencias. —Von Hacklheber apaga el cigarrillo, se pone derecho y vacía medio vaso de schnapps, preparándose para la tarea—. Se trataba de un problema de inteligencia humana, no de inteligencia de señal. De eso se ocupa una rama diferente del servicio... —Y se lanza de nuevo a hablar sobre la estructura de la burocracia alemana. Aterrorizado, Shaftoe huye de la habitación, sale al exterior y hace uso del servicio. Cuando regresa, von Hacklheber está a punto de regresar al punto de partida—. Todo se reducía a un problema de examinar grandes cantidades de datos en bruto; un trabajo largo y tedioso.

Shaftoe se estremece, preguntándose cómo debe ser una tarea para que este idiota la considere larga y tediosa.

—Después de un tiempo —continúa Hacklheber—, descubrí, por medio de uno de nuestros agentes en las islas británicas, que un hombre que correspondía en general a la descripción de Lawrence Pritchard Waterhouse había sido enviado a un castillo de Qwghlm Exterior. Pude arreglar que una joven vigilase bien de cerca a ese hombre __dice con ironía—. Sus precauciones de seguridad eran impecables, así que no descubrimos nada directamente. De hecho, es bastante probable que supiese que la joven en cuestión era una agente, por lo que tomó precauciones extra. Pero descubrimos que ese hombre se comunicaba por medio de cuadernos de uso único. Leía los mensajes cifrados por medio del teléfono a una base naval cercana donde eran telegrafiados a una estación en Buckinghamshire, que le respondía con un mensaje cifrado usando el mismo sistema de cuadernos de uso único. Examinando los registros de nuestras estaciones de escucha, pudimos conseguir un montón de mensajes acumulados que habían sido enviados por esa unidad misteriosa, empleando una serie de cuadernos de uso único durante un periodo de tiempo que comenzaba a mediados de 1942 y seguía hasta el presente. Fue interesante percatarse de que esa unidad operaba en muchos lugares distintos: Malta, Alejandría, Marruecos, Noruega, y varios barcos en alta mar. Muy poco habitual. Me interesé por esa unidad misteriosa y comencé a intentar romper su código especial.

—¿No es imposible? —pregunta Bischoff—. No hay forma de romper un cuaderno de uso único, excepto robando una copia.

—Eso es cierto en teoría —dice von Hacklheber—. En la práctica, eso sólo es cierto si las letras elegidas para formar el cuaderno se escogen de

forma totalmente aleatoria. Pero, como descubrí, eso no es cierto en el caso de los cuadernos de uso único empleados por el Destacamento 2702; que es la misteriosa unidad a la que pertenecen Waterhouse, Turing y estos dos caballeros.

—Pero ¿cómo lo hizo?—pregunta Bischoff.

—Me ayudaron un par de cosas. Había mucha profundidad, muchos mensajes con los que trabajar. Había consistencia; los cuadernos eran generados de la misma forma, siempre, y siempre exhibían la misma estructura. Hice algunas suposiciones razonables que resultaron ser correctas. Y tenía una máquina calculadora para realizar el trabajo con mayor rapidez.

—¿Suposiciones razonables?

—Tenía la hipótesis de que los cuadernos de uso único eran producidos por una persona que tiraba dados o barajaba un mazo de cartas para producir las letras. Comencé a considerar factores psicológicos. Un hablante de inglés está acostumbrado a cierta distribución en frecuencia de letras. Esperará ver muchas «es», «tes», y «aes», y no muchas «zetas», «cues» y «equis». De forma que si esa persona estuviese empleando algún algoritmo supuestamente aleatorio para generar las letras, se sentiría inconscientemente irritada cada vez que apareciese una zeta o una equis, y, de la misma forma, se sentiría feliz con la aparición de una «e» y una «te». Con el tiempo, eso podría afectar a la distribución en frecuencia.

—Pero Herr Doctor von Hacklheber, me resulta muy improbable que tal persona sustituyese sus propias letras por las que saliesen en las cartas o dados, o lo que usase.

—No es muy probable. Pero supongamos que el algoritmo dejase cierta cantidad de iniciativa a la persona. —Von Hacklheber enciende otro cigarrillo, se sirve más schnapps—. Realicé un experimento. Conseguí veinte voluntarias; mujeres de mediana edad que querían aportar su granito de arena al Reich. Las puse a trabajar creando cuadernos de uso único empleando un algoritmo en el que sacaban papeles de una caja. Luego empleé mis máquinas para realizar análisis estadísticos. Resultó que no eran aleatorios.

Root dice:

—Los cuadernos de uso único del Destacamento 2702 los prepara la señora Tenney, la esposa de un vicario. Emplea una máquina de bingo, un bombo lleno de bolas de madera con una letra en cada bola. Se supone que debe cerrar los ojos antes de meter la mano. Pero supongamos que se ha vuelto descuidada y ya no cierra los ojos al meter la mano.

—O —dice Hacklheber— supongamos que mira el bombo y ve cómo están distribuidas las bolas en su interior, y luego cierra los ojos. Inconscientemente se dirigirá a la «e» y evitará la «zeta». O, si cierta letra acaba de salir, intentará evitar elegirla de nuevo. Incluso si no puede ver el interior del bombo, aprenderá a distinguir entre las distintas bolas por el tacto; como están hechas de madera, cada bola tendrá un peso diferente, y una textura diferente.

Bischoff no se lo cree.

—¡Pero en su mayoría seguirá siendo aleatorio!

—¡Casi aleatorio no es suficiente! —responde von Hacklheber—. Me convencí de que los cuadernos de uso único del Destacamento 2702 tendrían una distribución en frecuencia similar a la versión de la Biblia del rey Jacobo, por ejemplo. Y sospechaba que el contenido de esos mensajes contendría palabras como Waterhouse, Turing, Enigma, Qwghlm, Malta. Haciendo uso de mis máquinas, pude romper algunas de las cifras. Waterhouse siempre quemaba las hojas después de usarlas, pero otras partes del Destacamento eran más descuidadas, y empleaban la misma hoja una y otra vez. Leí muchos mensajes. Era evidente que el Destacamento 2702 tenía como propósito engañar a la Wehrmacht ocultando el hecho de que habían roto Enigma.

Shaftoe sabe qué es Enigma, aunque sólo sea porque Bischoff no deja de hablar de ella. Una vez que von Hacklheber lo explica, todas las acciones del Destacamento 2702 cobran de pronto sentido.

—Por tanto, el secreto ya no lo es —dice Root—. Asumo que se lo comunicaste a tus superiores.

—No les conté absolutamente nada —gruñe von Hacklheber—, porque para entonces hacía tiempo que había caído en una trampa del Reichsmarschall Hermann Göring. Me había convertido en su peón, su esclavo, y había de dejado de sentir cualquier tipo de lealtad hacia el Reich.

La llamada a la puerta de Rudolf von Hacklheber se produjo a las cuatro de la mañana, una hora muy empleada por la Gestapo por su impacto psicológico. Rudy está completamente despierto. Incluso si las bombas no llevasen toda la noche machacando Berlín, habría estado despierto, porque llevaba tres días sin saber nada de Angelo. Se pone un albornoz sobre el pijama, se mete en las zapatillas y abre la puerta del piso para mostrar, como era fácil de predecir, un hombre de pelo prematuramente blanco flanqueado por un par de asesinos clásicos de la Gestapo vestidos con abrigos de cuero.

—¿Puedo realizar una observación? —dice Rudy von Hacklheber.

—Por supuesto, Herr Doktor Professor. Siempre que no sea un secreto de estado, claro.

—En los viejos días, la primera época, cuando nadie sabía qué era la Gestapo, y nadie le tenía miedo, este truco de las cuatro de la madrugaba era muy inteligente. Una forma muy elegante de aprovecharse del temor primitivo del hombre a la oscuridad. Pero ahora estamos en 1942, casi en 1943, y todo el mundo teme a la Gestapo. Todos. Más de lo que temen a la oscuridad. Por tanto, ¿por qué no hacerlo a la luz del día? Están atrapados en una rutina.

La mitad de abajo del rostro del hombre prematuramente blanco ríe. La mitad superior no cambia.

—Transmitiré su sugerencia al resto de la cadena de mando —dice—. Pero, Herr Doktor, no estamos aquí para producir miedo. Hemos venido a esta hora tan inconveniente por problemas con los horarios de trenes.

—¿Debo entender que voy a subir a un tren?

—Tiene unos minutos —dice el hombre de la Gestapo, levantando el puño de la chaqueta para revelar un enorme cronómetro suizo. Luego se invita a sí mismo a pasar y comienza a caminar de un lado a otro frente a la biblioteca de Rudy, con las manos a la espalda, inclinándose por la cintura para poder mirar los títulos. Parece defraudado al comprobar que son todos textos matemáticos, ni una sola copia de la Declaración de Independencia, aunque nunca se sabe cuándo un ejemplar de Los Protocolos de los Sabios de Sion puede encontrarse oculto entre las páginas de una revista

matemática. Cuando Rudy regresa, totalmente vestido pero todavía sin afeitar, se encuentra al hombre exhibiendo una expresión dolorida mientras intentar leer la tesis de Turing sobre la Máquina Universal. Tiene el aspecto de un primate inferior que intentase hacer volar un aeroplano.

Media hora más tarde, se encuentran en la estación de tren. Al entrar, Rudy levanta la vista para mirar los anuncios de salida, y memoriza su contenido, de forma que pueda deducir, según el número de vía, si lo envían a Leipzig, Kónigsberg o Varsovia.

Es una precaución inteligente, pero resulta ser una pérdida de tiempo, porque el hombre de la Gestapo lo lleva hasta una vía que no aparecía en el tablón. Allí aguarda un tren corto. No contiene ningún vagón de ganado, un alivio para Rudy, porque en los últimos años cree haber entrevisto vagones de ganado que parecían estar llenos de seres humanos. Eran visiones breves e irreales, y realmente no tiene claro si fueron reales o sólo fragmentos de pesadillas mal almacenados en el cerebro.

Pero todos los vagones de este tren tienen puertas, protegidas por hombres vestidos con un uniforme que no le suena, y ventanas, tapadas desde el interior por contraventanas y gruesas cortinas. El hombre de la Gestapo lo lleva hasta la puerta de un vagón sin cambiar el paso y, así de fácil, Rudy entra. Y está solo. Nadie examina sus papeles, y el hombre de la Gestapo se queda fuera. La puerta se cierra a su espalda.

El Doktor Rudolf von Hacklheber está de pie en un vagón largo y esquelético decorado como la antesala de un prostíbulo de lujo, con alfombrillas persas sobre el suelo de madera dura encerado, pesado mobiliario cubierto de terciopelo granate y cortinas tan gruesas que parecen a prueba de balas. En un extremo del vagón, una criada francesa corre alrededor de una mesa servida con el desayuno: panecillos, lonchas de carne y queso, y café. La nariz de Rudy le indica que es café de verdad, y el olor le atrae hasta ese extremo del vagón. La criada le sirve una taza con manos temblorosas. Se ha puesto mucha base de maquillaje bajo los ojos para ocultar oscuros círculos y (comprueba al pasarle la taza) también se la ha puesto en las muñecas.

Rudy saborea el café, mezclándolo con la crema empleando una cucharilla dorada que lleva el blasón de una familia francesa. Recorre de arriba abajo el vagón, admirando el arte que cuelga de las paredes: una serie

de grabados de Durero y, a menos que le engañen los ojos, un par de páginas de un códice de Leonardo da Vinci.

La puerta vuelve a abrirse y entra un hombre con torpeza, como si lo hubiesen arrojado, y acaba tendido sobre un sofá de terciopelo. Para cuando Rudy lo reconoce, el tren ya está saliendo de la estación.

—¡Angelo! —Rudy deja el café en el extremo de la mesa y se arroja a los brazos de su amado.

Angelo le devuelve el abrazo con debilidad. Apesta y tiembla de forma incontrolada. Viste un ropaje basto, sucio y con aspecto de pijama, y está envuelto en una manta de lana gris. Sus muñecas están rodeadas por laceraciones medio curadas incrustadas en un campo de magulladuras de un amarillo verdoso.

—No te preocupes, Rudy —dice Angelo, abriendo y cerrando los puños para demostrar que siguen funcionando—. No fueron amables conmigo, pero tuvieron cuidado con mis manos.

—¿Puedes volar?

—Puedo seguir pilotando. Pero ésa no es la razón por la que tuvieron tanto cuidado con mis manos.

—¿Entonces?

—Sin manos, un hombre no puede firmar una confesión.

Rudy y Angelo se miran a los ojos. Angelo parece triste, pero sigue manteniendo parte de su serena confianza. Levanta las manos, como si fuese un sacerdote en un bautizo dispuesto a recibir al niño. En silenció mueve la boca formando las palabras: *¡Pero todavía puedo volar!*

Un ayuda de cámara trae un traje. Angelo se asea en uno de los lavabos del vagón. Rudy intenta mirar al exterior entre las cortinas, pero las ventanas están cubiertas por contraventanas. Desayunan juntos mientras el tren maniobra por entre las estaciones de maniobra del gran Berlín, quizá rodeando zonas bombardeadas de las vías, y finalmente acelera hacia territorio abierto.

El Reichsmarschall Hermann Göring se abre paso a través del vagón, en dirección al fondo del tren, donde se encuentra el vagón más adornado. Su cuerpo tiene el tamaño aproximado de una torpedera, está cubierto por un albornoz de seda china del tamaño de una carpa de circo, cuyo cordón arrastra por el suelo, como la correa que corre tras un perro. Tiene el

estómago más grande que Rudy haya visto jamás, y está cubierto de pelo rubio que se hace más espeso a medida que el vientre se curva por debajo, hasta que se convierte en una espesura leonada que oculta por completo sus genitales. En realidad no espera ver a dos hombres sentados ante la mesa del desayuno, pero parece considerar la presencia de Rudy y Angelo como una de esas pequeñas anomalías de la vida que no merecen mayor atención. Considerando que Göring es el número dos del Tercer Reich —el mismísimo sucesor de Hitler— Rudy y Angelo deberían ponerse de inmediato en pie y lanzar un «¡Heil Hitler!». Pero están paralizados por la sorpresa. Göring atraviesa el vagón sin prestarles atención. A medio camino, comienza a hablar, pero habla consigo mismo y es difícil entender lo que dice. Abre de un golpe la puerta al final del vagón y sigue al siguiente.

Dos horas más tarde, pasa un doctor vestido de blanco, en dirección al vagón de Göring, portando una bandeja de plata cubierta con una tela blanca. Dispuestas encima con buen sentido estético, como si se tratase de caviar y champán, hay botellas azules y una jeringuilla hipodérmica de vidrio.

Hora y media después, un asistente con uniforme de la Luftwaffe pasa portando un fajo de papeles, y dedica a Rudy y Angelo un frío:

—¡Heil, Hitler!

Pasa otra hora, y luego un sirviente escolta a Rudy y Angelo. El vagón al final del tren es más oscuro y más señorial que el recargado salón donde han estado enfriándose. Está recubierto de madera teñida de oscuro y contiene un escritorio, una monstruosidad de baronía tallada a partir de una tonelada de roble de Bavaria. En ese momento, su única función es sostener una única hoja de papel, escrita a mano y firmada en la parte inferior. Incluso desde lejos, Rudy reconoce la letra de Angelo.

Tienen que dejar el escritorio atrás para llegar hasta Göring, que está desperdigado sobre un sofá igualmente masivo al fondo del vagón, bajo un Matisse, y flanqueado por un par de bustos romanos sobre sus pedestales de mármol. Está vestido con unos pantalones de montar de cuero rojo, botas de piel roja, una chaqueta de uniforme roja de piel, una fusta de cuero rojo con un enorme diamante en el mango. Sus dedos regordetes están rodeados de anillos de oro del tamaño de brazaletes e infestados de rubíes. Una gorra de

oficial de piel roja cuelga de su cabeza, con una calavera dorada de ojos de rubí justo en el centro. Todo esto está iluminado sólo por unas pocas estriaciones de luz polvorienta que han conseguido abrirse paso por entre las diminutas grietas de las cortinas y contraventanas; el sol ya está en lo alto, pero los ojos azules de Göring, dilatados hasta ser pozos del tamaño de una moneda, no pueden soportarlo. Tiene las botas color cereza apoyadas sobre una otomana; sin duda tiene problemas de circulación. Bebe té de una taza de porcelana del tamaño de un dedal, incrustada con hojas doradas, resultado del saqueo de algún *château.* Una colonia fuerte no consigue camuflar su olor: dientes podridos, problemas intestinales y hemorroides necróticas.

—Buenos días, caballeros —dice con alegría—. Lamento haberles hecho esperar. ¡Heil Hitler! ¿Les apetece algo de té?

Una charla intrascendente. Se alarga. A Göring le fascina el trabajo de Angelo como piloto de pruebas. No sólo eso, es poseedor de un gran número de ideas propias adaptadas de los Illuminati de Bavaria y busca alguna forma de conectarlas con las matemáticas avanzadas. Rudy teme, durante un momento, que esa tarea recaiga sobre sus hombros. Pero incluso el propio Göring parece impaciente con esa fase de la conversación. Una o dos veces alarga la fusta para apartar ligeramente una cortina. La luz del exterior parece causarle un indecible dolor y rápidamente desvía la vista.

Pero finalmente el tren reduce la marcha, maniobra entre algunos cambios de aguja y se detiene con suavidad. No pueden ver nada, claro. Rudy concentra el oído, y cree percibir algo de actividad alrededor del tren: muchos pies marchando y órdenes a gritos. Göring mira a un asistente y agita la fusta en dirección al escritorio. El asistente salta, coge el documento manuscrito y lo lleva hasta el Reichsmarschall, entregándoselo con una pequeña y elegante inclinación. Göring lo lee con rapidez. Luego mira a Rudy y Angelo y dice algo como «no-no-no», moviendo la gigantesca cabeza de un lado a otro. Varias capas de carrillos se pliegan, fluyendo la grasa, siempre desfasados en unos pocos grados.

—Homosexualidad —dice Göring—. Deben ser conscientes de la política del Führer con respecto a ese tipo de comportamiento. —Levanta la hoja y la agita—. ¡Deberían avergonzarse! Los dos. Un piloto de pruebas que es un invitado en este país, y un eminente matemático que trabaja con

grandes secretos. Deberían haber sabido que la Sicherheitsdienst acabaría enterándose de esto. —Lanza un suspiro de agotamiento—. ¿Cómo se supone que voy a cubrirlo?

Cuando Göring dice eso último, Rudy sabe por primera vez desde la llamada a la puerta que no va a morir hoy. Göring tiene algo en mente.

Pero primero es preciso aterrorizar de forma adecuada a las víctimas.

—¿Saben qué les pasaría? ¿Eh? ¿Lo saben?

Ni Rudy ni Angelo responden. Es de ese tipo de preguntas que en realidad no requieren respuesta.

Göring responde por ellos alargando la fusta y levantando la cortina. Dura luz azul, reflejada desde la nieve, entra en el vagón. Göring entrecierra los ojos y aparta la vista.

Están en medio de una zona abierta, rodeada de altas alambradas de espino, llena de grandes filas de barracones. En el centro, un alto caño de chimenea emite humo al cielo blanco. Las tropas de la SS vestidas con sobretodos y botas militares vigilan, calentándose las manos con el aliento. Sólo a unas yardas de ellos, en una vía adyacente, un grupo de infelices vestidos a rayas trabajan en, y alrededor, de un vagón de ganado, descargando una carga pálida. Un gran número de cuerpos humanos desnudos se han convertido en una masa congelada y entremezclada en el interior del vagón de ganado, y los prisioneros usan hachas, sierras y palancas para desmantelarlos y arrojar los trozos al suelo. Como están totalmente congelados, no hay sangre, y por tanto la operación es asombrosamente limpia. Las ventanas dobles del vagón de Göring bloquean el sonido con tanta efectividad que el impacto de las grandes hachas sobre un abdomen congelado llega como una vibración casi imperceptible.

Uno de los prisioneros se vuelve hacia ellos, portando un muslo hacia una carretilla, y se arriesga a mirar directamente el tren del Reichsmarschall. Ese prisionero tiene un triángulo rosa cosido al pecho del uniforme. Los ojos del prisionero intentan atravesar la ventana, más allá de la cortina, tratando de establecer alguna conexión humana con alguien en el interior del vagón. Debido al pánico, Rudy se pone rígido un momento creyendo que el prisionero le ve. Luego Göring retira la fusta y la cortina cae. Unos momentos más tarde, el tren reinicia su marcha.

Rudy mira a su amante. Angelo está totalmente congelado, igual que uno de esos cadáveres, con las manos sobre la cara.

Göring agita la fusta desdeñoso.

—Salga —dice.

—¿Qué? —preguntan Rudy y Angelo simultáneamente.

Göring ríe cordialmente.

—¡No, no! ¡No me refiero a que salga del tren! Quiero decir, Anéelo, por favor, salga de este vagón. Quiero hablar a solas con Herr Doktor Professor von Hacklheber en privado. Puede esperar en el otro vagón.

Angelo sale con impaciencia. Göring agita la fusta en dirección a los asistentes, y éstos también se van. Göring y Rudy están a solas.

—Lamento mostrarle esas cosas tan desagradables —dice Göring—. Simplemente quería dejarle clara la importancia de mantener los secretos.

—Puedo asegurarle al Reichsmarschall que...

Göring lo corta con un movimiento de la fusta.

—No sea tedioso. Sé que ha hecho muchos juramentos, y que ha sido adoctrinado con respecto al secreto. No dudo de su sinceridad. Pero no son más que palabras, y no son suficiente para el trabajo que quiero que empiece a realizar para mí. Para trabajar para mí debe ver las cosas que le he mostrado, de forma que pueda realmente comprender lo que está en juego.

Rudy mira el suelo, respira profundamente y se obliga a decir:

—Sería un gran honor trabajar para usted, Reichsmarschall. Pero ya que tiene acceso a muchos de los grandes museos y bibliotecas de Europa, hay un pequeñísimo favor que yo, un estudioso, le pediría humildemente.

De vuelta al sótano de la iglesia en Norrsbruck, Suecia, Rudy grita y lanza el cigarrillo al suelo, habiéndolo dejado consumirse hasta los dedos, como una mecha, mientras relataba su historia. Se lleva la mano a la boca, se chupa el dedo un momento, luego recuerda sus modales y recupera la compostura.

—Göring sabía sorprendentemente mucho sobre criptología y conocía mi trabajo sobre Enigma. No confiaba en la máquina. Me dijo que quería que diseñase el mejor sistema criptográfico del mundo, uno que jamás

pudiera romperse; quería comunicarse (me dijo) con los submarinos en alta mar y con instalaciones en Manila y Tokio. Y por tanto, creé ese sistema.

—Y se lo entregó —dice Bischoff.

—Sí —dice Rudy, y es aquí, por primera vez en todo el día, que se permite una ligera sonrisa—. Y es un sistema razonablemente bueno a pesar del hecho de haberlo lisiado antes de entregárselo a Göring.

—¿Lisiado? —pregunta Root—. ¿Qué quiere decir?

—Imaginen un nuevo motor de avión. Imaginen que tiene dieciséis cilindros. Es más potente que cualquier otro motor del mundo. Aún así, un mecánico puede hacer ciertas cosas, cosas muy simples, para reducir su rendimiento. Tales como sacar la mitad de las bujías. O alterar la temporización. Es una analogía de lo que hice con el sistema criptográfico de Göring.

—¿Y qué salió mal? —pregunta Shaftoe—. ¿Se dieron cuenta de lo que había hecho?

Rudolf von Hacklheber ríe.

—No era fácil. Quizá sólo media docena de personas en el mundo podrían haberlo descubierto. No, lo que salió mal es que ustedes, los Aliados, llegaron a Sicilia, luego a Italia, y no mucho después Mussolini había caído, los italianos se retiraron del Eje, y Angelo, como todos los otros cientos de miles de ciudadanos italianos viviendo y trabajando en el Reich, se convirtió en sospechoso. Se necesitaban sus servicios como piloto de pruebas, pero su situación era delicada. Se ofreció voluntario para el trabajo más peligroso de todos: volar el nuevo prototipo Messerschmidt con motor de turbina. A ojos de algunos eso demostró su lealtad.

«Recuerden que al mismo tiempo yo descifraba los mensajes del Destacamento 2702. Me guardé esos resultados, dado que ya no sentía ninguna lealtad en especial hacia el Tercer Reich. A mediados de abril se había producido un estallido de actividad, y luego nada de mensajes durante un tiempo... como si el destacamento hubiese dejado de existir. Exactamente en ese mismo momento, la gente de Göring se activó durante unos días: temían que Bischoff fuese a emitir el secreto del U-553.

—¿Lo sabe?—pregunta Bischoff.

—Natürlich. El U-553 era el barco del tesoro de Göring. Se suponía que su existencia era un secreto. Cuando usted, sargento Shaftoe, apareció a

bordo del submarino de Bischoff, hablando de esas cosas, Göring estuvo muy preocupado durante unos días. Pero luego todo se calmó, y no hubo tráfico del Destacamento 2702 durante el resto de primavera y principios de verano. Mussolini cayó a finales de junio. Luego empezaron los problemas para Angelo y para mí. La Wehrmacht fue derrotada por los rusos en Kursk; prueba absoluta, para aquellos que la necesitaban, de que el Frente Oriental estaba perdido por completo. Desde entonces Göring ha redoblado sus esfuerzos para sacar oro, joyas y obras de arte del país. —Rudy mira a Bischoff—. Estoy francamente sorprendido de que no haya intentado reclutarle.

—Dönitz lo ha intentado —admite Bischoff.

Rudy asiente; todo encaja.

—Durante todo ese periodo —sigue diciendo Rudy—, sólo recibí un mensaje interceptado al Destacamento 2702. Mis máquinas precisaron varias semanas para descifrarlo. Era un mensaje de Enoch Root, diciendo que él y el sargento Shaftoe estaban en Norrsbruck, Suecia; solicitaba instrucciones. Sabía que el Kapitänleutnant Bischoff se encontraba en la misma ciudad y eso despertó mi interés. Decidí que sería un buen lugar al que Angelo y yo podríamos escapar.

—¿Por qué? —dice Shaftoe—. De todos los lugares...

—Enoch y yo nunca nos habíamos visto. Pero hay ciertas viejas conexiones familiares —dice Rudy—, y ciertos intereses compartidos.

Bischoff murmura algo en alemán.

—Las conexiones serían una historia muy larga. Tendría que escribir un puto libro —dice Rudy irritable.

Bischoff parece sólo ligeramente aplacado, pero Rudy sigue hablando igualmente.

—Nos llevó varias semanas realizar los preparativos. Guardé el archivo Leibniz...

—Un momento... ¿el qué?

—Cierto material que empleo en mis investigaciones. Estaba disperso por diversas bibliotecas de toda Europa. Göring lo recopiló para mí; ejecutar esos pequeños favores por sus esclavos hace que hombres como él se sientan muy poderosos. Salí de Berlín la semana pasada, con el pretexto

de ir a Hannover, para realizar mi investigación sobre Leibniz. En lugar de eso, me dirigí a Suecia a través de canales muy complejos...

—¡Bromea! ¿Cómo se las arregló para realizar esa pequeña hazaña? —pregunta Shaftoe.

Rudy mira a Enoch Root como si esperase que éste responda a la pregunta. Root agitaba la cabeza ligeramente.

—Sería demasiado tedioso explicarlo —dice Rudy, sonando ligeramente molesto—. Encontré a Enoch. Enviamos un mensaje a Angelo diciendo que yo me encontraba aquí a salvo. Luego Angelo intentó escapar en el prototipo de Messerschmidt con el resultado que han visto.

Una larga pausa.

—¡Y ahora aquí estamos! —dice Bobby Shaftoe.

—Aquí estamos —admite Rudolf von Hacklheber.

—¿Qué cree que deberíamos hacer? —pregunta Shaftoe.

—Creo que deberíamos formar una conspiración secreta —dice Rudolf von Hacklheber de forma casual, como si propusiese compartir un bourbon —. Deberíamos dirigirnos por separado a Manila y, una vez allí, coger parte, si no todo, el oro que los nazis y los nipones han estado atesorando allí.

—¿Para qué quiere un cargamento de oro? —pregunta Bobby—. Ya es rico.

—Hay muchas obras de caridad que merecen dinero —dice Rudy, mirando fijamente a Root. Root aparta la vista.

Se produce otra pausa larga.

—Puedo ofrecer líneas de comunicación seguras, que es el *sine qua non* de cualquier conspiración secreta —dice Rudolf von Hacklheber—. Emplearíamos la versión completa, sin alterar, del criptosistema que inventé para Göring. Bischoff puede ser nuestro hombre en el interior, ya que Dönitz está deseoso de tenerle. El sargento Shaftoe puede ser...

—No lo diga, ya lo sé —dice Bobby Shaftoe.

Él y Bischoff miran a Root, que está sentado sobre las manos, mirando a Rudy. Parece extrañamente nervioso.

—Enoch el Rojo, su organización puede llevarnos hasta Manila —dice von Hacklheber.

Shaftoe resopla.

—¿No cree que la Iglesia Católica tiene las manos llenas en este momento?

—No hablo de la Iglesia —dice Rudy—. Me refiero a la *Societas Eruditornm.*

Root se queda helado.

—¡Debo felicitarle, Rudy! —dice Shaftoe—. Ha sorprendido al capellán. No creía que pudiese hacerse. Ahora ¿le importaría decirnos de qué cono habla?

*OceanofPDF.com*

# Tesoro

Como si fuese un cliente de los menos reconocidos chefs de sushi de pez globo, Randy Waterhouse no se mueve del asiento asignado durante los noventa minutos posteriores a la salida del jumbo del Aeropuerto Internacional Nino y Aquino. Hay una lata de cerveza hundida en lo más hondo de su mano cerrada. Su brazo yace sobre el apoyo extra ancho de Business Class, como un trozo de carne a la brasa. No gira la cabeza y ni siquiera mueve los ojos para mirar por la ventanilla al norte de Luzón. Todo lo que hay ahí fuera es selva, lo que ahora mismo tiene dos conjuntos de connotaciones. Una es la del tipo escalofriante Tarzán/Stanley y Livingstone/«Horror, horror/nativos inquietos/los charlies están esperándonos ahí fuera. La segunda es la más moderna y racional del tipo Jacques Cousteau, reserva llena de hermosas especies amenazadas, pulmones del planeta. A Randy ya no le vale ninguna de las dos, que es por lo que a pesar del sopor de hibernar en que él se sumió en el mismo instante en que su culo impactó contra el asiento de cuero azul marino, siente un pequeño pinchazo de irritación cada vez que uno de los otros pasajeros, que miran por las ventanillas, pronuncia la palabra «selva». Para él, ahora no es más que una mierda llena de árboles, árboles durante millas y millas, subiendo colinitas y bajando las colinitas. Ahora le resulta fácil comprender la horrorosa franqueza y deseo directo de los habitantes del trópico por atravesar ese tipo de territorio montados en el más grande y más ancho bulldozer que puedan encontrar (las únicas partes de su cuerpo que se agitan durante la primera hora y media de vuelo son ciertos músculos faciales que hacen que su boca adopte un rictus irónico cuando se imagina

lo que Charlene opinaría de tal cosa —es simplemente demasiado perfecto —: Randy se va a una Aventura Empresarial y regresa identificándose con la gente que destruye selvas tropicales). Randy quiere destruir la selva, toda ella. En realidad, sería más rápido emplear armas termonucleares, detonadas a la altura adecuada. Necesita racionalizar ese deseo. Lo hará, tan pronto como resuelva el problema de quedarse sin oxígeno planetario.

Para cuando se le ocurre llevarse la cerveza a los labios, el calor de su cuerpo ya la ha calentado, y su mano se ha puesto tan fría y rígida como un trozo de carne sin cocer. Ahora que lo piensa, todo su cuerpo ha entrado en una especie de descanso metabólico, y su cerebro tampoco es que vaya a muchas revoluciones por minuto. Se siente más o menos como cuando una de esas Ofensivas víricas, cada pocos años te saca durante una semana o dos de la tierra de los vivos. Es corno si tres cuartos de los recursos en nutrientes y energía de su cuerpo hubiesen sido desviados a la tarea de fabricar quintillones de virus. Frente a la ventanilla de Cambio de divisas del AINA, Randy hacía cola tras un chino que, justo antes de alejarse de la ventanilla con su dinero, descargó un Estornudo de potencia tan titánica que la onda de presión que salió de sus orificios nasales en carne viva hizo que la pared de vidrio a prueba de balas que le separaba del empleado se flexionase ligeramente, de forma que el reflejo del chino, Randy tras él, el vestíbulo del AINA y el túnel de pasajeros del exterior sufrieron una sutil distorsión. Los virus pudieron rebotar en el cristal, reflejados como la luz, y envolver a Randy. Así que quizá Randy sea el vector personal de la versión de este año de la gripe apodada como alguna ciudad asiática que anualmente recorre Estados Unidos, apenas precedida por el envío apresurado de vacunas contra la gripe. O quizá se trate del Ébola.

En realidad, se siente bien. Aparte del hecho de que sus mitocondrias hayan ido a la huelga, o que su tiroides parece estar fallando (¿puede que se lo haya extraído una organización secreta de traficantes clandestinos de órganos? Recuerda mentalmente buscar nuevas cicatrices la próxima vez que esté frente a un espejo) no parece estar experimentando ningún síntoma vírico.

Es un fenómeno postestrés. Es la primera vez que se relaja en un par de semanas. Ni una vez se ha sentado en un bar con una cerveza, o apoyado los pies sobre la mesa, ni se ha desmoronado frente al televisor como si fuese

un cadáver en descomposición. Ahora su cuerpo le dice que es hora de pagar por los excesos. No duerme; no se siente para nada soñoliento. En realidad, ha estado durmiendo bastante bien. Pero su cuerpo se niega a moverse durante una hora, y luego durante parte de otra hora, y en la medida que su cerebro funciona, no puede sino dar vueltas.

Pero hay algo que podría estar haciendo. Para eso se inventaron los portátiles, para que los ejecutivos importantes no se relajasen durante los vuelos largos. Está justo ahí, en el suelo frente a él. Sabe que debería cogerlo. Pero eso rompería el hechizo. Siente como si el agua se hubiese condensado sobre su piel y se hubiese congelado formando un caparazón que se quebrará tan pronto como mueva alguna parte de su cuerpo. Así es, comprende, exactamente como debe sentirse un ordenador portátil cuando está en modo de consumo reducido de energía.

Luego la azafata se planta frente a él sosteniéndole un menú frente a la cara y diciendo algo que le sacude como si fuese un aguijón eléctrico para ganado. Casi salta del asiento, tira un poco de cerveza y agarra el menú. Antes de volver a caer en un semicoma, continúa con el movimiento y coge el portátil. El asiento a su lado está vacío y deja allí la cena mientras trabaja con el ordenador.

La gente a su alrededor está viendo la CNN, en directo, desde el Centro CNN en Atlanta, no grabada en cinta. Según la plétora de hojas de datos seudotécnicos metidas en el bolsillo frente a su asiento, Randy es la única persona que no los ha leído jamás, ese avión dispone de una antena que puede seguir un satélite de comunicaciones mientras atraviesa el Pacífico. Más aún, va en doble sentido, de forma que incluso puedes transmitir correos. Randy invierte un poco de tiempo familiarizándose con las instrucciones, comprueba las tarifas como si realmente le importase una mierda el coste, y luego lo conecta al ano de su portátil. Abre el portátil y comprueba su correo. No hay mucho tráfico, porque todos en Epiphyte saben que está en tránsito.

Aún así, hay tres mensajes de Kia, la única empleada real de Epiphyte, la asistente administrativa de toda la compañía. Kia trabaja en una oficina totalmente alienada y alejada en el complejo de nidos de empresas de Springboard Capital en San Mateo. Hay algún tipo de legislación federal que obliga a las compañías emergentes de alta tecnología a no contratar

personal de apoyo cincuentón y regordete, como hacen las grandes compañías establecidas. Aquéllas deben contratar veinteañeras topológicamente destacables cuyos nombres deben sonar como nuevos modelos de coches. Como en su mayoría los hackers son hombres blancos, sus compañías son zonas desastrosas en lo que se refiere a diversidad, y por tanto toda la diversidad debe concentrarse en el empleado, o par de empleados, que no es hacker. En la parte del formulario federal de igualdad de oportunidades donde Randy se limitaría a marcar la casilla de CAUCASIANO, Kia tendría que adjuntar multitud de páginas donde se ramificaría su árbol genealógico durante diez o doce generaciones hasta encontrar un antepasado al que pudiese asignársele un grupo étnico específico sin desestimar otros, y esos grupos étnicos serían marchosos hasta lo intimidante —digamos, no sueco, sino lapón, no chino sino hakka, no español sino vasco. En lugar de hacer tal cosa, en su formulario de solicitud de empleo para Epiphyte se limitó a señalar «otro» y luego escribir TRANSÉTNICO. De hecho, Kia es trans en casi cualquier sistema de categorización humana, y donde no es trans es post.

En cualquier caso, Kia realiza un gran trabajo (es parte del acuerdo social implícito el que esa gente realice siempre un trabajo absolutamente fantástico) y le ha enviado un email a Randy notificándole que recientemente ha lidiado con tres llamadas transpacíficas de America Shaftoe, que desea conocer el paradero de Randy, sus planes, su estado mental y su pureza de espíritu. Kia ha informado a Amy que Randy está de camino a California y ha insinuado de alguna forma, o Amy lo ha descubierto de alguna forma, que el propósito de la visita NO ES DE NEGOCIOS. Randy siente que en algún lugar se rompe un panel de vidrio sobre un botón de alarma neurológico. Tiene problemas. Es el castigo divino por haberse atrevido a quedarse quieto y no hacer nada durante noventa minutos. Usa su procesador de textos para escribir una nota explicándole a Amy que necesita arreglar papeleo para poder dar por cercenadas las últimas ramificaciones de su relación muerta, muerta, muerta con Charlene (que ya para empezar era una idea tan terrible que le hace quedarse despierto por las noches preguntándose por su juicio y su capacidad para vivir), y que debe ir a California para poder hacerlo. Envía

la nota por fax a Semper Marine en Manila y también al *Glory IV* en caso de que Amy esté en el mar.

A continuación hace algo que probablemente significa que está claramente loco. Se levanta y recorre el pasillo de Business Class con el pretexto de usar el baño y comprueba los asientos de los pasajeros cercanos, prestando atención especial a su equipaje, a lo que han metido en los compartimientos superiores, las bolsas bajo los asientos. Busca cualquier cosa que pueda contener una antena para phreaking van Eck. Es una actividad completamente inútil, porque una antena podría ocultarse en cualquier equipaje y nunca lo sabría. Más aún, un espía plantado en ese avión para vigilar su ordenador no estaría sentado sosteniendo una enorme antena y mirando un osciloscopio. Pero realizar la comprobación (como comprobar el ritmo de la transmisión de datos en vivo al satélite) es una especie de ritual vacío que le hace sentirse vagamente responsable y no un estúpido.

De regreso al asiento, lanza OrdoEmacs, que es un programa maravillosamente paranoico inventado por John Cantrell. Emacs en su forma normal es un procesador de textos de los hackers, un editor de textos que ofrece muy poco en lo que se refiere a posibilidades de formato pero que realiza muy bien el trabajo de editar texto llano. El hacker normal y criptográficamente paranoico crearía archivos empleando Emacs y los cifraría más tarde con Ordo. Pero si te olvidas de cifrarlos, o si roban el portátil antes de que puedas hacerlo, o el avión se estrella y mueres y el portátil es recuperado de entre los restos por un investigador asombrado pero concienzudo y cae en manos de las autoridades federales, podrán leer tus archivos. Ya puestos, es incluso posible encontrar restos fantasmales de viejos bits en los sectores del disco duro incluso después de haberlos sobrescrito con nuevos datos.

OrdoEmacs, al contrario, actúa exactamente como el Emacs normal excepto que lo cifra todo antes de escribirlo en el disco. En ningún momento OrdoEmacs deja el texto llano en el disco; el único lugar en el que existe como texto llano y legible es en los píxeles de la pantalla y en la RAM volátil del ordenador, de donde se desvanece en cuanto se desconecta la corriente. No sólo eso, sino que está acoplado con un salvapantallas que emplea la pequeña cámara CCD incorporada del portátil para comprobar si

estás realmente allí. No puede reconocer el rostro, pero sí puede distinguir si hay una forma vagamente humana sentada frente a él, y si esa forma vagamente humana desaparece, incluso durante una fracción de segundo, activará un salvapantallas que borrará la pantalla y congelará la máquina hasta que teclees una clave o verifiques biométricamente tu identidad empleando el reconocimiento de voz.

Randy abre una plantilla de documento usada para los comunicados internos de Epiphyte y comienza a presentar ciertos datos que a Avi, Beryl, John, Tom y Eb les resultarán novedosos, y sin duda interesantes.

MI VIAJE A LA SELVA
o
LOS TAMBORES DE LOS HUKS
o
CARGA CON ESTO
o
ME APRETÓ LOS HUEVOS
o
EL BICHO RARO SE HACE PROFESIONAL

una narración de aventura y descubrimiento en la majestuosa selva tropical del norte de Luzón por Randall Lawrence Waterhouse

Mientras pisaba los pies de esa desconocida filipina de mediana edad durante una desastrosa incursión en el baile de salón, ella se me acercó y me susurró algunas cifras de latitud y longitud con muchos números de gran precisión, lo que daba a entender un error máximo de posición del orden del tamaño de un plato. ¡Dios, vaya si sentía curiosidad! La mujer en cuestión ofreció esas cifras como parte de un gambito/experimento mental conversacional relativo al valor inherente (en cuanto a dinero) de la información, tema que (¿coincidencia?) también nos interesa a nosotros, los directivos de Epiphyte(2) Corp. El análisis de mapas de alta resolución de Luzón indicó que la latitud y longitud en cuestión se encontraban en una región accidentada (vamos a adelantarnos y llamarla montañosa) a

unos 250 kilómetros de Manila. Para aquellos que no estén familiarizados con la historia de la Segunda Guerra Mundial, esa zona se encontraba en el perímetro final controlado por el general Yamashita, el Tigre de Malaya y conquistador de Singapur, al final de la guerra, cuando el general MacArthur lo expulsó, a él y aproximadamente a 105 de sus soldados, de las tierras bajas pobladas. Y no, no se trata de una nota histórica fundamentalmente irrelevante, como tendremos ocasión de comprobar.

Transmitidos dichos datos a un Douglas MacArthur Shaftoe (repasad mi informe de situación, extremadamente colorista y ameno, con respecto al reconocimiento para leer más material anecdótico relativo al mismo) que afirmó «alguien intenta enviarte un mensaje» (nota: todos los diálogos malos pertenecen a DMS) y me ofreció su ayuda con un vigor cercano a la agresividad más temible. DMS es enérgico y emprendedor hasta un punto que, de vez en cuando;, deja a ciertas personas (por ejemplo, a aquellos con ridículos temores ante la muerte y la tortura) en un estado de intranquilidad (véanse mis elucubraciones anteriores con respecto a la posibilidad de que OMS naciese con un cromosoma Y redundante). El papel principal de Vuestro Seguro Servidor fue el siguiente: fuente de consejos repetidos y evidentemente irritantes de cautela, restricción, otras virtudes a las que OMS asigna poca prioridad, quien cita su longevidad (que inevitablemente excede a la de Vuestro Seguro Servidor ya que nació antes que yo), relaciones personales (oscuras, de alcance global, supuestamente con personas poderosas), prosperidad financiera (materias primas, por ejemplo, metales preciosos, distribuidas entre muchos lugares que DMS se negó a revelar) y (como as en la manga) la corpórea perfección de su novia (cuando sale al exterior debe llevar una sombrilla para evitar que su rostro haga que los pilotos de aeronaves comerciales provoquen un accidente al caer, atontados e inertes, sobre los controles), todo como prueba de que las ideas compartidas por Vuestro Seguro Servidor con respecto a cómo evitar la muerte, el desmembramiento, etc., no precisaban de mayor atención. Las únicas fichas para negociar de Vuestro Seguro

Servidor eran, apropiadamente y de forma muy irónica, la información: es decir, los dígitos finales de la latitud y longitud que no había revelado a DMS para evitar que se fuese solo a comprobarlo (nota: DMS es honrado hasta el final, y por tanto la preocupación no es que DMS pudiese robar o apropiarse de algo, sino que la situación se descontrolase, asumiendo que alguna vez estuviese bajo control).

Se trazaron planes para un viaje («misión» en la lengua de DMS) a dicha latitud y longitud. Se compraron baterías extras para el receptor GPS (véase hoja adjunta de gastos). Nos proveímos de agua, etc. Se contrató un jeepney. El concepto de jeepney es imposible de transmitir aquí por completo: un minibús, normalmente bautizado con el nombre de una estrella de pop, figura bíblica o concepto teológico abstracto, cuyo motor y estructura proviene de una compañía automovilística norteamericana o nipona pero cuya carrocería, asientos, tapicería e incrustaciones de decoración chillona es producto local de artesanos fogosos. Los jeepneys normalmente se fabrican fuera de Manila, en ciudades o barangays (barrios semiautónomos) especializados; el diseño, materiales, estilo, etc. de un jeepney reflejan su origen de igual forma a como se supone que un buen vino supuestamente revela el clima, suelo, etc. de su territorio. El nuestro era (anómalamente) un jeepney perfectamente monocromático fabricado con puro acero inoxidable en un barangay especializado en la fabricación con acero inoxidable de San Pablo, sin (al contrario que los jeepney normales) ningún adorno en color, todo o era de color acero inoxidable o (donde se hacia uso de luces eléctricas) de un blanco puro halógeno de tono azulado que complementaba gratamente el tono de acero inoxidable. Los asientos traseros eran bancos de acero inoxidable con apoyos lumbares sorprendentemente ergonómicos. El nombre de nuestro jeepney era LA GRACIA DE DIOS. Los lectores de este memorando quedarán defraudados al saber que Bong-Bong Gad (sic), diseñador/dueño/chófer/propietario del vehículo, anticipó el inevitable comentario ingenioso «allí voy sólo por LA GRACIA DE DIOS », soltándoselo él mismo a Vuestro Seguro Servidor mientras

le daba la mano (a los filipinos les encantan los apretones de mano largos, y el primero que inicia el final del apretón —normalmente el no filipino— se queda invariablemente con la sensación insistente de ser un montón de mierda). Vuestro Seguro Servidor, en una discreta conversación exclusiva con DMS, comentó la falta de vidrio de ventanas en la sección posterior (de pasajeros) de LA GRACIA DE DIOS como prueba ineludible de que carecía de aire acondicionado, una tecnología ampliamente extendida en las islas Filipinas. DMS manifestó su escepticismo ante la fibra moral de Vuestro Seguro Servidor, comenzando con una serie de preguntas inquisitivas destinadas a comprobar mi compromiso con la Misión, responsabilidad fiduciaria ante los accionistas de Epiphyte, nivel de vigor físico y mental, y nivel general de «seriedad» (ser «serio» es una especie de concepto paraguas que muestra una gran correlación con la capacidad para vivir, tener el privilegio de conocer a DMS, y salir con su hija. Esto me da la oportunidad de mencionar lo que generalmente no seria asunto de nadie más que mío propio pero que, ante las circunstancias, me veo obligado éticamente a revelar, es decir, que estoy locamente enamorado de la hija de OMS y, aunque ella no manifiesta sentimientos semejantes con la misma intensidad, me encuentra lo suficientemente no-desagradable para cenar conmigo de vez en cuando. Se me acaba de ocurrir en este mismo momento que mi intento de una relación con la mujer en cuestión, de nombre America [*sic*]*,* se podría clasificar en el contexto de la sociedad norteamericana moderna como ACOSO SEXUAL y que si consiguiese la deseada culminación podría clasificarse como ABUSO SEXUAL o VIOLACIÓN debido al «desequilibrio de poder» entre ella y yo. A saber. Vuestro Seguro Servidor pertenece al equipo de administración de la corporación que ha contratado a Semper Marine para un gran trabajo y que les ha proporcionado una gran parte de sus beneficios durante el pasado año fiscal. Cualquiera que crea que es necesario llamar a las autoridades federales para que me arresten al llegar a San Francisco, exponer mis fechorías, someterme a humillación pública y talleres obligatorios para aumentar mi conciencia, debería primero conocer a los Shaftoe y, al menos, mantener abierta la posibilidad de que la

destreza marcial de su padre en combinación con los sentimientos tradicionales de protección psicótica hacia su hija, añadido al hábito de la hija de llevar un enorme cuchillo de Palawan llamado kris, y en general la ferocidad física, buena forma y coraje de la hija que excede al de Vuestro Seguro Servidor, mitiga cualquier desequilibrio de poder, particularmente teniendo en cuenta que la mayor parte de nuestras interacciones se producen en lugares perfectamente adecuados para el homicidio y la eliminación discreta del cadáver. En otras palabras, os revelo estos asuntos amorosos no como confesión de fechorías personales sino para clarificar en su totalidad una situación que podría influir en mi juicio con respecto a Semper Marine y, es concebible, llegar a tener un impacto negativo en el valor accionarial, o, mucho más plausible, podría ser CONSIDERADO de esa forma por los abogados de accionistas minoritarios que infestan nuestra industria como gusanos de guinea, y usado como pretexto para una acción legal).

Bien, de vuelta a lo importante. Vuestro Seguro Servidor afirmó con calma (creyendo que una afirmación vigorosa seria percibida por DMS como defensiva y por tanto una confesión tácita de falta de «seriedad») que (1) un par de días de viaje en un vehículo abierto sin aire acondicionado por el interior de Filipinas sería como un día en la playa, un picnic, un paseo por el parque y un paseo de domingo todo en uno, y (2) más aún, aunque se tratase de la tortura más terrible, Vuestro Seguro Servidor la emprendería sin pensarlo dado que lo que está en juego para todos los implicados (incluidos los accionistas de Epiphyte) es muy importante y generalmente Serio. En retrospectiva, (1) y (2) en rápida sucesión parecían traicionar una especie de estrategia defensiva por parte de Vuestro Seguro Servidor, pero para entonces DMS se había aplacado, retiró formalmente todas las acusaciones anteriores con respecto a la fibra moral, etc., y divulgó que el uso de un jeepney era un golpe maestro por su (DMS) parte porque, allí a donde íbamos, un Mercedes con lunas tintadas o un Land Rover de cincuenta mil dólares, o (por extensión) cualquier vehículo con detalles extravagantes como asientos tapizados, lunas con vidrio, amortiguadores posteriores al

asesinato de Kennedy, etc., etc. sólo atraerían una atención indeseada hacia la Misión!

America Shaftoe se quedó en Manila para mantener el contacto con la Misión por radio y (supongo) pedir un ataque con napalm si nos metíamos en líos. Bong-Bong Gad y su hijo mayor/socio comercial (de aproximadamente 12 años) Fidel ocuparon el asiento delantero. DMS y Vuestro Seguro Servidor compartimos la sección posterior (de pasajeros) con tres misteriosas y cuidadosamente empaquetadas bolsas militares verdes; aproximadamente 100 kilos de agua potable contenida en botellas de plástico; y dos caballeros asiáticos de unos treinta o cuarenta años que exhibían la estereotípica inescrutabilidad/impasibilidad/dignidad, etc., etc., durante las primeras cuatro horas del viaje, que pasaron simplemente intentando ir desde el centro de Manila hasta las afueras norte de la misma. La nacionalidad de la pareja no era evidente de inmediato. Muchos filipinos son, racialmente, casi chinos puros aunque sus familias lleven siglos viviendo allí. Quizás eso explicase los muy marcados rasgos asiáticos de nuestros compañeros de viaje y (debía asumir) socios comerciales.

El proverbial hielo se rompió a consecuencia del incidente con un camión de cerdos que se produjo en una autopista de cuatro carriles, reducidos a dos debido a obras de construcción, que llevaba al norte. La observación casual de los cerdos filipinos sugiere que sus inmensas orejas rosas del tamaño de un periódico tienen como función el intercambio de calor como, por ejemplo, las lenguas de los perros. Se transportan en vehículos que consisten en una gran jaula montada sobre la superficie de un camión recto (en oposición a semiarticulado). La construcción de tales vehículos parece comprometer los recursos locales hasta el punto de que sólo son económicamente viables cuando se alcanza en todo momento el número máximo concebible de puercos en cautividad. Se produce una acumulación de calor. Los cochinos se adaptan luchando por alcanzar el perímetro de la jaula y dejando colgar las orejas por el lado del camión para que se agiten al viento con el movimiento del mismo.

Puede imaginarse sin mayor descripción la apariencia de semejante vehículo al aproximarse a él por detrás. Los lectores que dediquen unos momentos a considerar el tema de los excrementos no precisan que se les recalque lo que vuela, salta, chorrea, etc. de tal vehículo. El Incidente del Camión de Cerdos fue una graciosa demostración de la hidrodinámica aplicada, aunque como el agua realmente no intervenía quizás «excretodinámica» o «escatodinámica» seria más apropiado. LA GRACIA DE DIOS llevaba varias millas siguiendo a un camión de cerdos representativo con la esperanza de adelantarlo. La cantidad total de radiación calorífica en exceso emitida por esa gran, masa de orejas rosas agitándose hizo que varias de nuestras botellas de agua potable llegasen al punto de ebullición y estallasen. Bong-Bong Gad mantuvo una respetable distancia debido al peligro de los excrementos, lo que de ninguna forma simplificaba el problema de adelantarlo. La tensión aumentó hasta un nivel palpable y Bong-Bong fue sometido a un torrente creciente de gritos bien intencionados y consejos sobre conducción no solicitados por parte de la zona de pasajeros, especialmente de DMS, que veía la persistente presencia de un camión de cerdos en la trayectoria planeada como una afrenta personal y, por tanto, un desafio que había que superar con todo el ánimo, espíritu y otras cualidades que se sabe DMS posee en abundancia.

Después de un rato, Bong-Bong realizó su movimiento, empleando una mano para manejar el volante y otra para compartir entre las responsabilidades igualmente importantes de cambiar marcha y pulsar la bocina. Al ponerse al lado del camión de cerdos (que estaba a mi lado del jeepney) el camión hizo un eslalon hacia nosotros como si evitase algún peligro de la carretera ya fuese real o imaginado. La bocina principal de LA GRACIA DE DIOS aparentemente no se oía en el camión, posiblemente porque competía con el ancho de banda de audio con un gran número de puercos que manifestaban su incomodidad en el mismo rango de frecuencia. Con un aplomo que normalmente sólo se ve en ancianos mayordomos ingleses, Bong-Bong alargó la mano de la

bocina/marchas y agarró una brillante cadena de acero inoxidable que colgaba del techo con un crucifijo en un extremo y tiró de ella, energizando los sistemas de bocina secundarios, terciarios y cuaternarios: un trio de bocinas de acero inoxidable del tamaño de tubas montado en el techo de LA GRACIA DE DIOS y que colectivamente absorbían tanta potencia que la velocidad del vehículo se redujo (estimo yo) en diez kilómetros/hora cuando su energía se desvió a la producción de decibelios. Una franja semihiperbólica de cultivos agrícolas fue aplastada por el impacto sónico y, a cientos de millas al norte, el gobierno de Taiwán, todavía resonándoles sus oídos colectivos, presentó una protesta diplomática ante el gobierno de Filipinas. Delfines y ballenas muertas llegaron durante días a las costas de Luzón, y operadores de sónar de submarinos norteamericanos de paso fueron enviados a un retiro anticipado con la sangre manándoles de los oídos.

Aterrorizados por ese sonido, todos los cerdos (supongo) vaciaron sus intestinos justo cuando el chófer del camión de cerdos se apartó de nosotros violentamente. Ciertos asuntos de física de primer año relativos a la conservación de la cantidad de movimiento exigían que yo me bañase en lo que había sido contenido de intestino de puerco para poder aumentar el valor accionarial. Evidentemente, se trataba de lo más divertido que los dos caballeros de aspecto asiático hubiesen visto jamás, y los dejó indefensos durante varios minutos. Uno de ellos incluso tuvo arcadas de reírse tanto (la primera vez en que la falta de ventanas del vehículo fue de utilidad). El otro alargó la mano y se presentó como un tal Jean Nguyen. El equivalente a John y no a Jean. Jean Nguyen me miró expectante después de decirme su nombre, como también lo hizo OMS, como si esperasen que comprendiese un chiste más que evidente. Quizá como estaba preocupado por asuntos higiénicos no lo pillé, y me comentaron que cuando «Jean» se pronuncia como «John» y «Nguyen» se pronuncia como lo destrozan muchos norteamericanos, el nombre suena vagamente como «John Wayne», que es como se me animó a dirigirme a ese Jean Nguyen a partir de ese momento. En retrospectiva me parece

que se me daba la oportunidad de reírme un poco a costa de Jean Nguyen y de tal forma equilibrar la balanza, de forma pequeña pero simbólicamente importante, por el incidente de la mierda de cerdo. Mi incapacidad para explotar tal oportunidad dejó a todos sintiéndose ligeramente incómodos, como si todavía me debiesen una. El otro caballero se presentó como Jackie Woo. Hablaba inglés con un traqueteo vagamente de las Indias Orientales, lo que me llevó' a encasillarlo, inicialmente, como un nativo de la península malaya de ascendencia china, por ejemplo, de Singapur a Penang.

El primer día de viaje nos llevó a través de la llanura central de Luzón (arroz y caña de azúcar) hasta la ciudad de San Juan al pie de la prolongación sur de la Cordillera Central (árboles y bichos). Para entonces ya era de noche y, para mi alivio, ni OMS ni Bong-Bong estaban deseosos de aventurarse en las torcidas carreteras de la Cordillera en plena oscuridad. Nos alojamos en una casa de huéspedes. En este punto, habiendo dedicado mucho tiempo a la descripción detallada del incidente del camión de cerdos eludiré diversos detalles relativos a San Juan, sus habitantes (pertenecientes a varias ramas taxonómicas que no había encontrado hasta esa noche), la naturaleza edificante del carácter de los alojamientos, en particular su caprichoso sistema de fontanería que daba crédito de la imaginación, pero no del conocimiento hidrostático, de su anónimo creador. Era el tipo de hotel que hace que los viajeros se sientan deseosos de empezar pronto y de forma explosiva a la mañana siguiente, cosa que hicimos.

Una nota sobre las propiedades físicas del espacio, tal y como la perciben los seres humanos aprisionados en cuerpos de capacidades físicas limitadas. Hace tiempo que he notado que el espacio parece ser más comprimido, más intrincado, más GRANDE físicamente en algunos lugares que en otros. Atravesar una distancia de tres o cuatro millas en la zona de monte bajo totalmente abierta del área central del Estado de Washington es una cuestión fácil, y lleva menos de una hora a pie, y sólo unos minutos si dispones de un vehículo. Cubrir la misma distancia en Manhattan

lleva mucho más tiempo. No es sólo que el espacio en Manhattan esté obstruido físicamente (aunque definitivamente lo está) sino que hay una especie de impacto psicológico que altera la forma en que percibes y experimentas las distancias. No puedes ver muy lejos, y lo que ves está lleno de gente, edificios, bienes, vehículos, y otras cosas que le lleva a tu cerebro algo de tiempo en clasificar, procesar. Incluso si tuvieses una especie de alfombra mágica que te permitiese deslizarte por encima de todas las obstrucciones físicas, la distancia parecería mucho mayor, y llevaría más tiempo cubrirla, simplemente porque tu mente tendría que tratar con muchas más cosas.

Lo mismo es cierto de un ambiente similar a una selva en oposición a una llanura. Atravesar el espacio físico es básicamente una batalla continua contra cientos de combatientes diferentes cada uno de los cuales es, para el viajero, una obstrucción, un peligro, o ambas cosas. Por ejemplo, no importa cuál de ellos predomine en un área dada de diez metros cuadrados, aún así estás jodido, en lo que se refiere a atravesar los diez metros cuadrados. Hay carreteras que atraviesan la selva, pero incluso cuando están en buenas condiciones parecen más cuellos de botella que vectores de movimiento, y nunca están en buenas condiciones: desprendimientos, árboles caídos, enormes agujeros en el camino y similares las bloquean cada pocos centenares de metros. Aquí también actúa el mismo mecanismo de percepción: no puedes ver más que unos pocos metros en una dirección dada, y lo que ves está lleno de elementos visuales, algunos de los cuales, como las mariposas, son (vale, vale) hermosos. Mi razón para mencionarlo es que sé que cualquiera que lea esto probablemente tiene múltiples mapas de Luzón pegados en la pared o en el ordenador, lo que, al consultarlos, hará que parezca como si estuviésemos metidos en un área insignificantemente pequeña, cubriendo una distancia minúscula. Pero debéis intentar no pensar de tal forma y en su lugar imaginar que Luzón es en efecto tan grande como, digamos, Estados Unidos al oeste del Mississippi. En términos de tiempo que se precisa para recorrer el lugar, es al menos así de grande.

Lo menciono no debido al impulso de lloriquear y convenceros de lo duro que he estado trabajando, sino porque hasta que no comprendáis ese detalle central respecto al tamaño a efectos prácticos enorme de esta parte del mundo, seréis completamente incapaces de creer los hechos pasmosos a cuya revelación lentamente me acerco.

Fuimos a las montañas. Alrededor del mediodía, encontramos nuestro primer bloqueo militar. La distancia cubierta desde San Juan era patética desde el punto de vista cartográfico pero, en términos de molestias inesperadas superadas creativamente, decisiones extremadamente difíciles tomadas y pozos de desesperación escalados usando las uñas emocionales, debería ser considerada un logro magnifico a la par con cualquier día de la expedición de Lewis y Clark, (excluyendo, claro, días anómalos como su primer encuentro con Ursus horribilis y su épico paso por la cordillera Bitterroot). El bloqueo se había establecido al estilo informal de los filipinos: un hombre con uniforme militar (desecho del ejército norteamericano) de pie junto a la carretera fumando y haciendo señas. Nos encontrábamos en uno de los raros puntos anchos de la carretera, un lugar donde vehículos que jugaban al gallina podían echarse a un lado de forma abyecta. Cuatro miembros del ejército (más tarde encasillados por el conocedor de los rangos DMS como un teniente primero, un sargento y dos soldados rasos) se habían ocultado en un vehículo estilo Humvee con antenas absurdamente sujetas al parachoques. Los soldados, armados con M-16, se levantaron con rigidez del reposo y adoptaron posiciones flanqueando LA GRACIA DE DIOS por detrás, manteniendo las armas vagamente apuntando al suelo, como si estuviesen más preocupados de las amenazas entomológicas que de nuestra pequeña banda de viajeros. El sargento estaba armado con lo que al principio me pareció una porra en forma de L fabricada con trozos tomados del pasillo de fontanería de una ferretería y pintados de negro, pero un examen más cuidadoso mostró que era un subfusil.

Dicho sargento se aproximó a la portezuela de Bong-Bong Gad. y conversó con él en tagalo. El teniente sólo iba armado con armas

cortas y supervisó la operación desde una zona de sombra cerca del Humvee, aparentemente prefiriendo una actitud de liderazgo de manos libres en lugar de preocuparse de todos los pequeños detalles. La inspección se limitó a que el sargento mirase a través de las ventanas sin vidrio de LA GRACIA DE DIOS y a intercambiar saludos campechanos con DMS (evidentemente, Jean Nguyen y Jackie Woo hablaban todavía menos tagalo que Vuestro Seguro Servidor). Luego se nos permitió proseguir, aunque aprecié que el teniente iniciaba inmediatamente una transmisión de radio. «El sargento dice que hay Nada Excelentes Personas por aquí», me explicó Bong-Bong Gad, empleando un recatado eufemismo local para el NEP, o Nuevo Ejército Popular, una organización guerrillera supuestamente revolucionaria pero evidentemente algo incompetente que descendía en linea directa de los hukbalahaps, o huks, los luchadores que se resistieron a la ocupación nipona (pero sin demasiado entusiasmo) durante la Segunda Guerra Mundial.

Luego atravesamos una distancia equivalente, en términos de Miedo, Incertidumbre y Duda, a un día más de la expedición de Lewis y Clark, una conveniente unidad de distancia, peligro, pérdida de peso por perspiración, mal control del esfínter, deseos de estar en casa, exasperación y coste emocional que a partir de ahora abreviaré como LYC. así que después de 1 LYC llegamos a otro bloqueo similar al primero excepto que aquí había un camión de tropas en adición al Humvee, algunas tiendas montadas y un pozo de letrina, cuyo olor y apariencia sugería una presencia militar larga en la zona. Un soldado desafortunado tuvo que meterse bajo LA GRACIA DE DIOS con una linterna, para inspeccionar la parte baja. Se sacaron las tres bolsas y su contenido se esparció. Debo mencionar que al unirme a la expedición en Manila, OMS había repasado mi bolsa con un nivel de curiosidad molesto en su momento. Se negó a permitirme llevar ciertos elementos (como medicinas) y transfirió el resto de los elementos a bolsas Ziploc transparentes que se colocaron en los petates. Ahora quedaban claros los méritos de ese enfoque modular ya que facilitaba especialmente la inspección de nuestro cargamento: se sostenían

los petates abiertos sobre lonas extendidas en el suelo y el contenido se inspeccionaba a la vista a través de las bolsas transparentes del interior, en ocasiones al tacto para comprobar algunas inhomogeneidades. Algunas de esas bolsas contenían cartones de tabaco norteamericanos que, como era de esperar, no regresaron a los petates. La mayoría de mis suministros, ordenados por DMS, de pilas AA alcalinas, que yo había considerado radicalmente desproporcionada con respecto a la demanda esperada, también se desvanecieron en ese momento. Se nos permitió el paso y aproximadamente a 0,5 LYC (en su mayoría ocasionado por la necesidad de eliminar árboles caídos) llegamos a un poblado que surgió aparentemente de la nada en un valle de la selva, a horcajadas sobre un rio. Esa noche dormí como un muerto en una casa de huéspedes asombrosamente decente. Me desperté a la mañana siguiente y vi por la ventana una gran multitud de ciudadanos arremolinándose en la calle vestidos con sus mejores gorras y camisetas de basketball norteamericano. Descendí las escaleras para descubrir a DMS en el comedor, flanqueado estratégicamente por Jean Nguyen y Jackie Woo, en otras mesas en esquinas de la sala, vistiendo chaquetas climáticamente inapropiadas y proyectando en general el aura de cabrones hijos de puta equipados con armas ocultas con los que no hay que meterse.

No deseando interferir en el psicodrama, Vuestro Seguro Servidor tomó asiento en otra mesa más, bien lejos de los caminos posibles de las balas, acepté café de mano del propietario, rechacé las exquisiteces locales, negocié (véase informe de gastos) el préstamo de un tazón y una cuchara, desayuné Cap'n Crunch con leche UHT caliente sacada del petate (anteriormente empaquetada en un Ziploc que cuando quedó completamente cargado adoptó la forma distintiva de almohada de una pepita de Cap'n Crunch, sólo que mayor). Los ruidos explosivos de mascar las pepitas hicieron que Vuestro Seguro Servidor se sintiese llamativo y occidental. Jean Nguyen y Jackie Woo habían rechazado todas las bebidas excepto el té, para proyectar mejor la imagen de vigilancia y capacidad para la violencia instantánea. DMS comía una tortilla del diámetro

aproximado de un Huía Hop y se encontraba enfrascado en una conversación tras otra con los de la zona, que entraban uno a uno por la puerta principal del edificio con el permiso del propietario y se les permitía presentar su caso ante DMS como si fuese un magistrado nómada. Entre dos de esas entrevistas, DMS notó mi presencia en la sala y me indicó que me uniese a él. Trasladé mi infraestructura de Cap'n Crunch a una zona de la mesa no ocupada por la tortilla y me senté allí durante el siguiente par de docenas de entrevistas, que se realizaron en una mezcla de inglés y tagalo. La multitud en la calle se redujo gradualmente a medida que los visitantes eran entrevistados y despachados por DMS.

El tema de las entrevistas pudo ser deducido por Vuestro Seguro Servidor al reconocer la palabra ocasional en inglés y adoptando una aproximación básicamente intuitiva al reconocimiento de estructuras que no se presta aquí a la explicación racional. La mayoría de las palabras claves comunes: Nipón, los Nipones, la Guerra, Oro, Tesoro, Excavación, Yamashita, Ejecuciones en Masa. El tono emocional de esas conversaciones consistía en un escepticismo amable pero extremo por parte de DMS, mientras se enfrentaba a la necesidad desesperada de los entrevistados de ser creídos. Al final, por lo que pude discernir, DMS no creyó a ninguno de ellos. 0 se volvían escandalosos y había que indicarles la salida (mirando con cautela a Jean Nguyen y Jackie Woo) o adoptaban una expresión herida y ofendida. A DMS le divertían los primeros y le disgustaban los últimos. Vuestro Seguro Servidor meditó en silencio sobre lo inapropiado de su propia presencia en el cuadro y recordó con agrado la comodidad predecible del hogar. Después de que se completase el desayuno y las entrevistas, DMS divulgó, en respuesta a mis preguntas, que llevaba en el lo dos horas antes de mi llegaba y que la formación de tal multitud se produce espontáneamente ante las puertas de cualquier establecimiento en el que se aloje en Filipinas debido a su reputación de buscador de tesoros. La evitó en San Juan porque va allí con frecuencia y ya ha entrevistado a todos los habitantes de la región con historias de oro de guerra nipón, y ha descubierto que el 99,9% de ellas carecen de

credibilidad; la investigación del 0,1% restante en ocasiones produce resultados lucrativos.

Fidel Gad lavó y abrillantó LA GRACIA DE DIOS en un magnífico gesto de indiferencia ante los elementos de la selva Atravesamos el rio. Entre los pobladores eran evidentes las variaciones raciales de rostros y fisionomías. Filipinas había sido ocupada por oleadas superpuestas de inmigrantes prehistóricos, cada una de ellas racial y lingüísticamente incompatible con la anterior; ese hecho, en combinación con el fenómeno de intrincación espacial, que creo que ya he descrito con suficiente detalle, conforma un mosaico de diferentes grupos étnicos. La bifurcación fluvial alrededor de la cual se había formado este pueblo era punto de encuentro de territorios no oficiales de tres culturas diferentes. El reclamo de luces brillantes, o incluso luces apagadas y parpadeantes, había hecho que miles de seres bajasen de las montañas en recientes generaciones para establecer varios barangays distintos. Los entrevistados de esa mañana eran inmigrantes de las montañas, o sus hijos o nietos, que afirmaban tener conocimiento de primera mano sobre los emplazamientos de los tesoros de Yamashita, o haberlo oído de sus más recientes antepasados.

Después de pasar como un 1,5 LYC por entre la selva (carreteras, inclinaciones y condiciones que se deterioraban con rapidez) encontramos otro bloqueo militar que se había situado (para mí de forma increíble) en un paso sobre una loma, mirando a algunas terrazas de arroz que (de forma aún más increíble) habían sido creadas a partir de terrenos esencialmente verticales miles de años atrás por los antepasados, evidentemente asombrosamente tenaces, de los habitantes locales. Allí nos registraron. Un sargento de delgado bigote me apretó durante un rato los testículos, cuyos motivos no parecían ser sexuales, sino que me miraba simultáneamente a los ojos, esperando una mirada de sumisión o indefensión en el rostro del dueño de los testículos en cuestión. A los otros se les sometió al mismo tratamiento y probablemente lo soportaron con bastante más estoicismo que Vuestro Seguro Servidor. No se encontraron armas letales pegadas a nuestros

escrotos, pero (¡sorpresa!) se descubrió que Jean («John Wayne») Nguyen y Jackie Woo estaban armados hasta los dientes, y DMS algo menos. En esta parte es cuando Vuestro Seguro Servidor esperaba recibir un disparo en la base del cuello arrodillado frente a una tumba, pero irónicamente las autoridades parecían más interesadas en mis suministros de Cap'n Crunch que en las armas de mis camaradas. El capitán encargado del puesto y DMS negociaron en la intimidad de una tienda. DMS surgió con una cartera más ligera y permiso total para seguir con la condición de que (1) se donasen todos los suministros de Cap'n Crunch a los oficiales y (2) que a nuestro regreso se realizase un inventario completo de armas y munición para compararlo con el de hoy como forma de asegurarse de que no pasábamos armas de contrabando a las Nada Excelentes Personas.

Nos aguardaban tres días de viaje atrozmente lento, que comprendían quizá otros 10 LYC. Según el mapa y el GPS, circunnavegábamos un grupo de volcanes activos que con frecuencia escupían lahars (avalanchas de lodo) que, cuando chocan con los surcos en la selva que aqui he llamado carreteras, producen problemas logísticos que entran ampliamente en el reino de lo absurdo. Atravesamos poblados enteros enterrados y abandonados. Del lodo gris surgían en ángulos las agujas de las iglesias, sostenidas por el mismo flujo que las había derribado. Del lodo sobresalían cráneos de cabras, perros, etc., allí donde se había endurecido como cemento alrededor de animales vivos. Cada noche dormíamos en pequeños asentamientos después de ganarnos a los pobladores locales con regalos de penicilina (que los filipinos emplean como la aspirina), pilas, encendedores desechables y cualquier otra cosa que los soldados de los bloqueos nos hubiesen dejado. Dormíamos en los bancos, suelo, techos o asientos delanteros de LA GRACIA DE DIOS, bajo redecillas contra los mosquitos.

Finalmente, cuando mi GPS demostró que estábamos a menos de diez kilómetros de nuestro misterioso destino, un habitante local nos solicitó que esperásemos en un pueblecito cercano. Allí

permanecimos durante un día y una noche leyendo (DMS siempre lleva un cajón lleno de techno-thrillers) hasta que, al amanecer, se nos acercó un trio de hombres jóvenes y bajos, uno de los cuales llevaba un AK-47. Él y sus hermanos subieron al techo de LA GRACIA DE DIOS y penetramos por un camino de la selva tan estrecho que hubiese podido considerarse un sendero. A un par de kilómetros llegamos a un punto donde pasábamos más tiempo empujando el jeepney que subidos a él. Poco después dejamos a Bong-Bong y Fidel junto a una de las bolsas petate mientras nosotros cuatro nos turnábamos para cargar con las otras dos. Consulté el GPS y verifiqué que aunque durante un tiempo (de forma alarmante) nos hablamos alejado del Destino ahora volvíamos a acercarnos. Nos encontrábamos a ocho mil m(etros) y nos acercábamos a un ritmo que variaba entre quinientos y mil metros por hora, dependiendo de si nos movíamos colina arriba o colina abajo. Era alrededor del mediodía. Aquellos de vosotros incluso con rudimentarias habilidades matemáticas habréis anticipado que a la puesta del sol todavía nos encontrábamos a varios miles de metros de distancia.

Los tres filipinos —nuestros guías, guardianes, captores o lo que fuesen— vestían las camisetas obligatorias que hacen que hoy en día sea tan fácil menospreciar las diferencias culturales. Pero todavía no habían alcanzado la transetnicidad. Mientras que en el poblado iban en chanclas, en la selva iban descalzos (he tenido pares de zapatos menos duraderos que los callos de sus pies). Hablaban una lengua que aparentemente no tenia nada en común con el tagalo que yo hubiese oído («tagalo» es el antiguo nombre; el gobierno obliga a la gente a llamarlo «filipino», como si quisiese dar a entender en algún sentido un lenguaje común para el archipiélago que, como demostraban esos tipos, no existía). DMS tenia que hablar con ellos en inglés. En un momento dado le dio a uno de ellos un bolígrafo desechable y se les iluminó el rostro. Luego tuvimos que conseguir dos más para sus compañeros. Navidad, vamos. El progreso se detuvo durante varios minutos mientras se maravillaban ante el útil mecanismo de los bolígrafos y escribían en

la palma de la mano. En otras palabras, no vestían las camisetas norteamericanas como los norteamericanos sino con el mismo espíritu con que la Reina de Inglaterra llevaba el exótico diamante Koh-I-Noor en su corona. Una vez más me sentí superado por esa sensación de ya-no-está-en-Kansas.

Caminamos con dificultad bajo la inevitable tormenta de la tarde y nos seguimos moviendo hasta la noche. DMS sacó de los petates raciones del ejército listas para comer, que habían caducado hacía sólo dos semanas. A los filipinos les resultaron casi tan geniales como los bolígrafos, y guardaron las bandejas desechables de aluminio para usarlas luego como material para tejados. Iniciamos de nuevo la difícil marcha. Salió la luna, lo que resultaba una suerte. Me caí y me golpeé con los árboles un par de veces, lo que al final fue para bien, porque me colocó en un estado de ligera conmoción, abotargando el dolor y estimulando mi adrenalina. En cierto punto, nuestros guías no parecían saber a dónde dirigirse. Busqué la posición con el GPS (usando la función de iluminación nocturna de la pantalla) y comprobé que nos encontrábamos a cincuenta metros del destino, un error casi demasiado pequeño para el GPS. En cualquier caso, nos indicó más o menos en qué dirección movernos, y anduvimos entre los árboles unos momentos más. Los guías se volvieron muy animados y alegres; al final ya estaban orientados, sabían dónde estábamos. Choqué con algo pesado, frío e inamovible que casi me rompe la rodilla. Me agaché a tocarlo, esperando encontrar un saliente de roca, pero en lugar de eso palpé algo liso y metálico. Parecía un montón de unidades menores, quizá comparable en tamaño a barras de pan.

—¿Es esto lo que buscamos? —pregunté. DMS encendió una linterna a pilas y envió el rayo en mi dirección.

Quedé inmediatamente cegado por un montón de lingotes de oro que me llegaba hasta el muslo, de como metro y medio de ancho, en medio de la selva, sin señal y sin protección.

DMS se acercó, se sentó encima y encendió un puro. Después de un rato, contamos las barras y las medimos. Tenían sección trapezoidal, de unos 10 centímetros de ancho y 10 de alto, y como

unos 40 centímetros de longitud. Eso nos permitió estimar su masa en unos 75 kilos cada una, lo que da unas 2.400 onzas troy. Como el oro normalmente se mide en onzas troy y no en kilogramos (!) voy a estimar sin fundamento que se suponía que esos lingotes debían pesar unas 2.500 onzas troy cada uno. Con el precio actual (400 dólares por onza troy) eso da que cada lingote vale un millón de dólares. Hay 5 capas de lingotes en el montón, y cada capa consiste en 24 lingotes; por tanto el valor del montón es de 120 millones de dólares. Tanto la estimación de masa y la estimación de valor asumen que los lingotes son de oro puro. Tomé una copia del sello de uno de los lingotes, que era el del Banco de Singapur. Cada lingote estaba marcado con un número de serie único y copié todos los que pude.

Luego regresamos a Manila. Durante todo el camino, intentaba imaginarme la logística de llevar uno solo de esos lingotes de oro desde la selva hasta el banco más cercano, donde podría convertirse en algo útil, como dinero.

Hagamos aquí la transición al formato de preguntas y repuestas .

P: Randy, tengo la sensación de que ahora mismo vas a dar los detalles de todos los posibles inconvenientes de mover ese montón de oro por tierra, así que dejémonos de tonterías y hablemos de helicópteros.

R: No hay lugar para hacer aterrizar un helicóptero. El terreno es extremadamente accidentado. El lugar lo suficientemente plano más cercano está a un kilómetro de distancia. Habría que despejarlo. En Vietnam eso se conseguía usando bombas de demolición, pero posiblemente no sea una opción en este caso. Habría que talar árboles, creando un vacío en la selva muy evidente desde el cielo.

P: ¿A quién le importa si es evidente? ¿Quién va a verlo desde el aire?

R: Como debería ser evidente por mi relato, la gente que controla ese oro tiene contactos en Manila. Podemos asumir que la zona la sobrevuela regularmente la Fuerza Aérea de Filipinas, y se mantiene vigilada por radar.

P: ¿Qué seria preciso para llevar los lingotes hasta la carretera decente más cercana?

R: Habría que llevarlos por el sendero que he descrito. Cada lingote pesa tanto como un hombre adulto.

P: ¿No podrían cortase en trozos más pequeños?

R: DMS considera muy improbable que el propietario actual lo permita.

P: ¿Hay alguna posibilidad de hacer pasar el oro por los puntos de control militares?

R: Evidentemente, no en el caso de un transporte masivo. El oro pesa en total unas diez toneladas, y sería preciso un camión que no podría pasar por la mayoría de los caminos que vimos. No es posible ocultar a los inspectores de los puntos de control diez toneladas de oro.

P: ¿Qué hay de pasar los lingotes uno a uno?

R: Sigue siendo difícil. Podría ser posible llevar los lingotes hasta un punto intermedio, fundirlo o cortarlo y de alguna forma ocultarlo en la estructura del jeepney u otro vehículo, y luego llevar el vehículo hasta Manila y extraer el oro. Esa operación debería repetirse un centenar de veces. Llevar el mismo vehículo por esos puntos de control un centenar de veces (o incluso dos) les resultaría, como mínimo, extraño. Incluso si fuese posible, queda el asunto del pago.

P: ¿Qué es el asunto de pago?

R: Evidentemente, la gente que controla el oro quiere cobrar por él. Pagarles con más oro o gemas preciosas seria ridículo. No tienen cuentas bancarias. Habría que pagarles en pesos filipinos. Cualquier cosa superior a un billete de quinientos pesos es inútil en esa zona. Un billete de 500 pesos vale unos 20 dólares, así que sería necesario traer seis millones de billetes a la selva para realizar la transacción. Basándome en algunos cálculos rudimentarios que he realizado utilizando un calibrador y el contenido de mi cartera, el montón de billetes de 500 pesos tendría (por favor, esperad mientras cambio mi calculadora al modo de «notación científica») unas 25.000 pulgadas de alto. O, si preferís el sistema métrico, algo

así como dos tercios de un kilómetros. Si los apiláis hasta un metro de alto, necesitaríais como seiscientos o setecientos montones, que bien apretados ocuparían un área de unos tres metros de lado. Básicamente hablamos de un enorme camión de transporte lleno de dinero. Habría que transportarlos al interior de la selva, y evidentemente fundirlo y meterlo en el interior de la estructura del camión no es una opción.

P: Como parece que aquí el gran obstáculo son los militares, ¿por qué no llegar a un acuerdo con ellos? Que se queden con un buen margen a cambio de no molestarnos.

R: Porque el dinero iría al NEP, que lo usaría para comprar armas y matar militares.

P: Debe de haber una forma de usar el valor de este oro como palanca para iniciar una operación de extracción.

R: El oro no tiene valor para un banco hasta no haber sido aquilatado. Hasta entonces, no es más que una polaroid borrosa de un montón de objetos amarillos en lo que parece ser la selva. Para poder realizar un ensayo habría que ir a la selva, encontrar el oro, sacar una muestra y llevarla de vuelta a una gran ciudad. Pero eso no demuestra nada. Incluso si los promotores potenciales creyesen que el ensayo realmente salió de la selva (es decir, no cambiamos las muestras por el camino) todo lo que sabrían es la pureza de un extremo de uno de los lingotes del montón. Básicamente, no es posible obtener una valoración total de ese oro hasta que no se lleve toda la pila a una bóveda donde se pueda aquilatar sistemáticamente.

P: ¿Se podría llevar el oro a algún banco local y luego venderlo con descuento de forma que la carga de transportarlo caiga sobre otros hombros?

R: DMS relata la historia de una transacción similar, en una ciudad provincial al norte de Luzón, que quedó interrumpida cuando empresarios locales volaron literalmente una de las paredes del banco usando dinamita, entraron y se llevaron tanto el oro como el dinero que iba a usarse para pagar por el oro DMS asegura que antes preferiría cortarse él mismo la garganta que entrar en un

banco de pueblo con cualquier cosa que valga más de unas decenas de miles de dólares.

P: Entonces, ¿la situación es básicamente imposible?

R: Es básicamente imposible.

P: Entonces, ¿qué sentido tiene toda esta discusión?

R: Volvemos a lo primero que DMS dijo. Era para mandarnos un mensaje.

P: ¿Qué mensaje?

R: Que no vale la pena tener dinero si no puedes gastarlo. Que mucha gente tiene mucho dinero que apenas puede gastar. Y que si podemos darles una forma de gastarlo, por medio de la Cripta, esas personas se sentirían muy felices, y en consecuencia, si la jodemos se quedarán muy tristes, y que tanto si se sienten felices como tristes estarán más que deseosos de compartir esas emociones con nosotros, los accionistas y directivos de Epiphyte Corp.

Y ahora os voy a enviar esto a todos vosotros por correo electrónico y luego llamaré a la azafata y le pediré todas las bebidas alcohólicas que me merezco. Salud.

- R

Randall Lawrence Waterhouse

Coordenadas actuales en el espacio físico, recién sacadas de la tarjeta GPS del portátil:

27 grados, 14,95 minutos latitud norte 143 grados, 17,44 minutos longitud este

Punto geográfico más cercano: Islas Bonin

*OceanofPDF.com*

# Cohete

Julieta ha retrocedido hasta un punto más allá del Círculo Ártico. Shaftoe la ha estado persiguiendo como un policía montado muy obstinado, atravesando con esfuerzo la tundra sexual sobre raquetas de nieve deshilachadas y saltando heroicamente de témpano de hielo en témpano de hielo. Pero ella permanece tan distante, y tan alcanzable, como la estrella polar. Últimamente Julieta pasa más tiempo con Enoch Root que con él, y Root es un sacerdote célibe, o algo así. *¿O no?*

En las muy pocas ocasiones en las que Bobby Shaftoe ha conseguido que Julieta sonría, ella ha empezado inmediatamente a hacer preguntas difíciles: ¿mantuviste relaciones sexuales con Glory, Bobby? ¿Usaste un preservativo? ¿Es posible que ella se quedase embarazada? ¿Puedes negar con total seguridad la posibilidad de que tengas un hijo en Filipinas? ¿Qué edad tendría ahora? Veamos, te la tiraste el día de Pearl Harbor, así que el niño habría nacido a principios de septiembre 1942. Ahora mismo tu hijo tendría catorce, quince meses; ¡quizás esté aprendiendo a caminar! ¡Qué ricura!

Siempre asusta a Shaftoe que chicas duras como Julieta se agiten tanto y se dediquen a hablar de bebés. Al principio, cree que es una treta para mantenerlo controlado. Esta hija de contrabandista, esta guerrillera intelectual atea, ¿qué le importa una chica en Manila? ¡Déjalo ya, mujer! ¡Estamos en medio de una guerra!

Luego se le ocurre una explicación mejor: Julieta está embarazada.

El día se inicia con el sonido de la sirena de un barco en el puerto de Norrsbruck. El pueblo es un revoltijo de casas pulcras y anchas situadas

sobre una estribación que sale al golfo de Botnia, formando la orilla de una cala estrecha pero profunda que está llena de embarcaderos. Medio pueblo se presenta bajo un amanecer inquietante, turbulento y color melocotón-y-salmón para ver cómo ese pintoresco puerto es desflorado por un inexorable falo de acero. Hasta tiene espiroquetas: hay varias veintenas de hombres vestidos con uniformes negros encima de esa cosa, en filas cuidadosas como si fuesen puntales. A medida que se desvanece el sonido de la sirena, el eco yendo y viniendo entre las crestas de piedra, es posible oír cantar a las espiroquetas: emitiendo a todo gas un obsceno canto marinero alemán que Bobby Shaftoe escuchó por última vez en el golfo de Vizcaya.

Otras dos personas en Norrsbruck reconocerán la tonada. Shaftoe busca a Enoch Root en el sótano de la iglesia, pero no está presente; cama y lámpara fría. Quizá la rama local de la *Societas Eruditorum* celebra sus reuniones antes del amanecer, o quizás encontró otra cama acogedora. Pero ve al viejo y fiel Günter Bischoff, apoyándose en la ventana de su buhardilla junto al mar, con los codos al aire y sus fieles binoculares Zeiss 735 pegados al rostro, examinando las líneas de la nave invasora.

Los suecos se quedan con los brazos cruzados un minuto o dos contemplando la aparición. Luego toman la decisión colectiva de que el barco no existe, que no ha pasado nada. Se dan la vuelta, se meten malhumorados en sus casas y preparan café. Ser neutral no es menos extraño, una situación menos cargada de incómodos compromisos que ser una nación beligerante. Al contrario que la mayoría de Europa, pueden dormir tranquilos sabiendo que los alemanes no están allí para invadirles o hundir sus barcos. Por otra parte, la presencia de la nave es una violación de su territorio soberano y deberían correr hacia ella, con horcas y fusiles de chispa, para expulsar a los hunos. Además, probablemente el barco se fabricó con hierro sueco.

Shaftoe no reconoce, al principio, el buque alemán como un submarino porque la forma no es la correcta. Un submarino normal tiene la misma forma que un buque de superficie, sólo que más largo y delgado. Lo que viene a ser que tiene un casco con forma de uve y una cubierta plana, abarrotada de cañones, sobre la que se alza una gigantesca torrecilla cubierta con grandes cantidades de basura: artillería antiaérea, antenas, puntales, líneas de seguridad, protectores. Los teutones podrían relojes de

cuco allá arriba si tuviesen sitio. Cuando un submarino normal se mueve por entre las olas, sus motores diesel sueltan un espeso humo negro.

Éste es como un torpedo tan largo como un campo de fútbol. En lugar de torrecilla, tiene una protuberancia hidrodinámica en la parte alta, apenas evidente. Nada de armas, nada de antenas, ni relojes de cuco; en sí es tan liso como una piedra de río. Y no produce ni humo ni ruido, simplemente expulsa un poco de vapor. Los motores diesel no rugen. La puta cosa no parece siquiera tener motores diesel. En lugar de eso, se oye un quejido débil, como el sonido del Messerschmidt de Angelo.

Shaftoe intercepta a Bischoff justo cuando éste baja las escaleras de la posada cargado con un petate del tamaño de un león marino muerto. Jadea por el esfuerzo, o quizá por la emoción.

—Ése es —dice entre jadeos. Suena como si hablase para sí mismo, pero habla en inglés, así que debe de estar dirigiéndose a Shaftoe—. Es el cohete.

—¿Cohete?

—Funciona con combustible de cohete: peróxido de hidrógeno, ochenta y cinco por ciento. ¡Nunca tiene que recargar sus *verdammt* baterías! Alcanza hasta los veintiocho nudos *¡sumergido!* Es mi amorcito. —Está tan agitado como Julieta.

—¿Puedo ayudarte a llevar algo?

—Cajón... arriba —dice Bischoff.

Shaftoe sube con fuerza las escaleras estrechas para encontrarse la habitación de Bischoff completamente desnuda, y un montón de monedas de oro sobre la mesa, que sirven de peso a una nota de agradecimiento dirigida a los dueños. El cajón negro descansa en medio del suelo como un ataúd infantil. Por la ventana abierta entra un viento agitado que llega a sus oídos.

Bischoff está allá abajo, dirigiéndose bajo el petate hasta el muelle, y sus hombres, en el cohete, le han visto. El submarino ha enviado un bote que se lanza hacia el muelle como un bote de carreras.

Shaftoe carga con el cajón al hombro y baja con cuidado las escaleras. Recuerda cómo es partir a otro sitio, que se supone es lo que hacen los marines, y que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hizo.

Descubre que la emoción experimentada por otros no es tan buena como la real.

Sigue el rastro de Bischoff sobre una delgada capa de nieve, atravesando la calle empedrada, hasta el muelle. Tres hombres vestidos de negro dejan el bote subiendo por la escalerilla y suben al muelle. Saludan a Bischoff y luego dos de ellos lo abrazan. Shaftoe está lo suficientemente cerca y la luz salmón es lo suficientemente intensa para que pueda reconocer a esos dos: miembros de la antigua tripulación de Bischoff. El tercer tío es más alto, más viejo, más lúgubre, más adusto, mejor vestido, mucho más condecorado. En conjunto, es más un nazi.

Shaftoe no puede creerse a sí mismo. Al coger el cajón, simplemente intentaba ser amable con su amigo Günter, un retirado manchado de tinta con una inclinación pacifista. Ahora, de pronto, ¡está ayudando e incitando al enemigo! ¿Qué pensarían de él sus compañeros marines si lo supiesen?

Oh, sí. Casi lo ha olvidado. Ésta participando en la conspiración que él, Bischoff, Rudy von Hacklheber y Enoch Root crearon en el sótano de la iglesia. Se detiene de golpe y deja caer el cajón justo allí mismo, en medio del muelle. Al nazi le sorprende el ruido y levanta la mirada de ojos azules en dirección a Shaftoe, que está preparado para devolvérsela.

Bischoff se da cuenta. Se vuelve hacia Shaftoe y grita algo alegre en sueco. Shaftoe tiene la presencia de animo para romper el contacto con el alemán frío. Sonríe y devuelve un saludo. Ese asunto de la conspiración va a ser un verdadero incordio si implica no poder liarse a puñetazos de vez en cuando.

Un par de marineros ya han subido a recoger el equipaje de Bischoff. Uno de ellos recorre el muelle para recoger el cajón. Shaftoe lo reconoce, y él reconoce a Shaftoe al mismo tiempo. ¡Maldición! El tío se sorprende al verle, pero no es una sorpresa desagradable. Luego le sucede algo y su rostro se congela por el terror y sus ojos se mueven a un lado, en dirección al nazi alto. ¡Mierda! Shaftoe da la espalda a todo esto, finge que está regresando al pueblo.

—¡Jens! ¡Jens! —grita Bischoff, y luego dice algo más en sueco. Corre tras Shaftoe. Él se mantiene prudentemente de espaldas hasta que Bischoff le pasa un brazo por encima con un «¡Jens!» final. Luego, *sotto voce,* dice en inglés—: Tienes la dirección de mi familia. Si no vuelvo a verte en

Manila, nos pondremos en contacto después de la guerra. —Empieza a golpear a Shaftoe en la espalda, se saca algo de papel dinero del bolsillo, y se lo mete en la mano.

—Maldición, allí me verás —dice Shaftoe—. ¿Para qué es esta mierda?

—Es una propina para el amable muchacho sueco que acarreó mi equipaje —dice Bischoff.

Shaftoe se chupa los dientes y hace una mueca. Sabe que no está hecho para todas estas tonterías de capa y espada. Le vienen preguntas a la mente, entre ellas: *¿Por qué es más seguro ese enorme torpedo lleno de combustible de cohete que el otro en el que ibas antes?* Pero se limita a decir:

—Buena suerte, supongo.

—Próspero viaje, amigo mío —dice Bischoff—. Esto te recordará comprobar tu correo. —Luego golpea a Shaftoe en el hombro con tanta fuerza como para producirle un verdugón de tres días, se vuelve y comienza a caminar hacia el agua salada. Shaftoe camina hacia árboles y nieve, envidiándole. Cuando vuelve a mirar el puerto, quince minutos más tarde, el submarino ha desaparecido. De pronto el pueblo le parece tan frío, vacío y en medio de ninguna parte como realmente es.

Ha estado recibiendo el correo en la oficina de Norrsbruck, entrega general. Cuando abre la oficina un par de horas más tarde, Shaftoe espera en la puerta, expulsando vapor por la nariz, como si usase combustible de cohete. Recibe una carta de su familia en Wisconsin, y un enorme sobre, enviado ayer desde algún punto de Norrsbruck, Suecia, sin dirección de remitente pero escrito con la letra de Günter Bischoff.

Está lleno de notas y documentos relativos al nuevo submarino, e incluye un par de cartas firmadas personalmente por el mandamás en persona. El alemán de Shaftoe es ligeramente mejor que cuando él mismo montó por primera vez en un submarino, pero sigue sin poder entenderlo todo. Hay muchos números y lo que parece mucho material técnico.

Es la inteligencia naval básica a la que es imposible fijar precio. Shaftoe dobla cuidadosamente los papeles, se los mete en los pantalones y comienza a caminar por la playa hacia la residencia Kivistik.

Es un duro paseo largo, frío y húmedo. Tiene tiempo de sobra para valorar su situación: atrapado en un país neutral en el otro extremo del

mundo, lo más lejos posible de donde realmente quiere estar. Alienado del Cuerpo. Unido a una conspiración vaga.

Hablando técnicamente, ha estado ausente sin permiso durante varios meses. Pero si se presentase de pronto en la embajada norteamericana de Estocolmo llevando esos documentos todo quedaría olvidado. Así que se trata de su billete de vuelta a casa. Y «casa» es un país muy amplio que incluye lugares como Hawai, y que está más cerca de Manila que Norrsbruck, Suecia.

El bote de Otto acaba de llegar de Finlandia, agitándose en la marea entrante, atado al nido que le sirve de embarcadero. El bote, ya se sabe, todavía sigue cargado con lo que sea que los fineses cambian en ese momento por café y balas. El mismo Otto está sentado en la cabaña, naturalmente bebiendo café, con los ojos rojos y cansado.

—¿Dónde está Julieta? —dice Shaftoe. Empieza a preocuparle la posibilidad de que haya regresado a Finlandia o algo así.

Otto se vuelve un poco más gris cada vez que atraviesa el golfo de Botnia con la bañera. Hoy tiene un aspecto especialmente gris.

—¿Ves a ese monstruo? —dice; luego agita la cabeza en una combinación de asombro, asco y cansancio total que sólo los fineses veteranos pueden conseguir—. ¡Esos cabrones alemanes!

—Pensaba que os protegían de los rusos.

Eso provoca una risa larga y ruidosa como un trueno por parte de Otto.

—*Zdrastuytchye, tovarishch!* —dice al final.

—¿Cómo?

—Significa «Bienvenido, camarada» en ruso —dice Otto—. He estado practicando.

—Deberías estar practicando el juramento de la bandera —dice Shaftoe —. Pronto acabaremos con los alemanes, y supongo que ya puestos a ello derrotaremos a los rusos hasta la misma Siberia.

Otto vuelve a reír, como quien reconoce la ingenuidad cuando la ve, pero que no por ello deja de encontrarla encantadora.

—He enterrado la turbina alemana en Finlandia —dice—. Se la venderé a los rusos o a los norteamericanos; al que llegue primero.

—¿Dónde está Julieta? —vuelve a preguntar Shaftoe. Hablando de ingenuidad...

—En el pueblo —dice Otto—. De compras.

—Así que tienes dinero.

Otto parece mareado. Mañana es día de paga.

Luego Shaftoe se subirá a un autobús, en dirección a Estocolmo.

Se sienta frente a Otto, bebiendo café, y hablan un rato del tiempo, del contrabando, y de los méritos relativos de diversas armas automáticas. En realidad, de lo que hablan es de si Shaftoe cobrará y cuánto.

Al final, Otto emite una promesa cautelosa de pagarle, siempre que Julieta no se gaste todo el dinero en su expedición de «compra», y siempre que Shaftoe descargue el bote.

Así que Bobby Shaftoe se pasa el resto del día cargando argamasa rusa, latas oxidadas de caviar, bloques de té negro de China, arte popular lapón, un par de iconos, cajas de schnapps finés con aroma a pino, ristras de salchichas asquerosas y montones de pieles desde la bodega del bote de Otto al muelle y de éste a la cabaña.

Mientras tanto, Otto va al pueblo, y no regresa hasta mucho después de que caiga la noche. Shaftoe se mete en el saco de dormir de la cabaña, se sacude y da vueltas durante cuatro horas, duerme como diez minutos y luego una llamada a la puerta le despierta.

Se acerca a la puerta a cuatro patas, saca el Suomi de su escondrijo y luego va al extremo opuesto de la cañaba y sale en silencio por la trampilla del suelo. Las piedras están cubiertas de hielo, pero sus pies desnudos le ofrecen tracción suficiente para trepar y ver quién anda por ahí, dando golpes en la puerta.

Se trata de Enoch Root en persona, al que no se ha visto durante una semana.

—¡Eh! —dice Shaftoe.

—Bobby —contesta Root, volviéndose—. Asumo que te has enterado.

—¿Enterarme de qué?

—De que estamos en peligro.

—No —dice Shaftoe—, siempre respondo así a la puerta.

Entran en la cabaña. Root no da a las luces y mira continuamente por la ventana como si esperase a alguien. Huele ligeramente al perfume de Julieta, un aroma inconfundible que Otto ha estado llevando de contrabando a Finlandia en barriles de cincuenta y cinco galones. En cierta forma, a Shaftoe no le sorprende. Se pone a preparar café.

—Se ha producido una situación muy compleja —dice Root.

—Eso ya lo veo.

Root se sobresalta al oírlo, y dirige a Shaftoe una mirada vacía, con ojos estúpidos que relucen bajo la luz de la luna. Puedes ser el hombre más inteligente del mundo, pero cuando una mujer entra en escena, eres como cualquier otro bobo.

—¿Has venido hasta aquí para decirme que te estás tirando a Julieta?

—¡Oh, no, no, no! —dice Root. Se detiene un momento, arruga la frente —. Quiero decir, que sí. E iba a decírtelo. Pero no es más que la primera parte de un asunto muy complicado. —Root se pone en pie, se mete las manos en los bolsillos, vuelve a andar por la cabaña mirando por la ventana —. ¿Tienes más de esas armas finlandesas?

—En esa caja a tu izquierda —dice Shaftoe—. ¿Por qué? ¿Vamos a tener un tiroteo?

—Quizá. ¡No entre tú y yo! Pero puede que lleguen otros visitantes.

—¿Policías?

—Peor.

—¿Fineses? —Porque Otto tiene sus rivales.

—Peor.

—¿Quién entonces? —Shaftoe no se puede imaginar nada peor.

—Alemanes. Alemanes.

—¡Oh, coño! —grita Shaftoe disgustado—. ¿Cómo puedes decir que son peores que los fineses?

Root parece perplejo.

—Si vas a decir que los fineses son peores, libra a libra, que los alemanes, entonces estoy de acuerdo contigo. Pero el problema con los alemanes es que suelen estar en comunicación con millones de otros alemanes.

—Vale —murmura Shaftoe.

Root levanta la tapa del cajón, saca un arma automática, comprueba la recámara, apunta a la luna y mira como si fuese un telescopio.

—En cualquier caso, algunos alemanes vienen a matarte.

—¿Por qué?

—Porque sabes demasiado sobre ciertas cosas.

—¿Qué ciertas cosas? ¿Günter y su nuevo submarino?

—Sí.

—¿Y cómo, si puedo preguntar, sabes todo esto? Está relacionado con el hecho de que te tires a Julieta, ¿no? —sigue diciendo Shaftoe. Se siente más aburrido que molesto. Para él, todo este asunto sueco es viejo y le cansa. Debería estar en Filipinas. Todo lo que no le acerca a Filipinas le irrita.

—Exacto. —Root lanza un suspiro—. Te tiene en muy buena consideración, Bobby, pero después de que viese la foto de esa novia tuya...

—¡Déjalo ya! A ella ni tú ni yo le importamos un carajo. Simplemente quiere todo lo bueno de ser finlandesa sin los aspectos negativos.

—¿Cuáles son los aspectos negativos?

—Tener que vivir en Finlandia —dice Shaftoe—. Así que tiene que casarse con alguien que disponga de un buen pasaporte. Lo que hoy en día significa norteamericano o británico. Habrás notado que no se folló a Günter.

Root parece un poco mareado.

—Bien, quizá sí lo hizo —dice Shaftoe, lanzando un suspiro—. ¡Mierda!

Root ha pescado un cargador de otra caja y ha descubierto como fijarlo al Suomi. Dice:

—Probablemente sabes que los alemanes tienen un acuerdo tácito con los suecos.

—¿Qué significa «tácito»?

—Digamos simplemente que tienen un acuerdo.

—Los suecos son neutrales, pero dejan que los teutones los intimiden.

—Sí. Otto tiene que tratar con alemanes a cada extremo de su ruta de contrabando, en Suecia y en Finlandia, y tiene que tratar con su Marina cuando está en el mar.

—Soy consciente de que los putos alemanes están por toda Europa.

—Bien, resumiendo, los alemanes locales han conseguido que Otto nos traicione —dice Root.

—¿Lo ha hecho?

—Sí. Nos ha traicionado...

—Vale. Sigue hablando, te escucho —dice Shaftoe. Comienza a montar una escalera al ático.

—Pero luego se lo pensó mejor. Supongo que podríamos decir que se arrepintió —dice Root.

—Hablas como un verdadero miembro del clero —murmura Shaftoe. Ahora se encuentra en el ático, recorriendo las vigas a cuatro patas. Se detiene y enciende el Zippo. La mayor parte de la luz es absorbida por una losa color verde oscuro: un cajón rudimentario de madera con letras cirílicas pintadas a un lado.

Desde abajo se filtra la voz de Root:

—Vino a, eh, el lugar donde Julieta y yo, eh, nos encontrábamos.

*Follábamos.*

—Pásame la palanca —grita Shaftoe—. Está en la caja de herramientas de Otto, bajo la mesa.

Un minuto más tarde, la palanca aparece por la abertura, como una cabeza de cobra saliendo de una cesta. Shaftoe la coge e inicia el asalto al cajón.

—Otto estaba destrozado. Tuvo que hacer lo que hizo, o los alemanes podrían haberle impedido ganarse la vida. Pero te respeta. No podía soportarlo. Tenía que hablar con alguien. Así que vino a nosotros, y le contó a Julieta lo que había hecho. Julieta lo comprendió.

—¿Comprendió?

—Pero al mismo tiempo estaba horrorizada.

—Qué conmovedor.

—Eh, en ese punto, los Kivistik abrieron una botella de schnapps y se pusieron a discutir la situación. En finés.

—Comprendo —dice Shaftoe. Dale a esos fineses un dilema moral serio, desolador, terrible y una botella de schnapps y poco más y puedes

olvidarte de ellos durante cuarenta y ocho horas—. Gracias por tener el valor de venir.

—Julieta lo comprenderá.

—No me refiero a eso.

—Oh, no creo que Otto me hiciese daño.

—No, me refiero...

—¡Oh! —exclama Root—. No, tenía que contarte lo de Julieta tarde o temprano...

—No, maldición, me refiero a los alemanes.

—Oh. Bien, no empecé a pensar en ellos hasta que casi había llegado. No fue tanto valor como falta de previsión.

Shaftoe es muy bueno con la previsión.

—Toma esto. Le pasa un tubo de acero pesado del diámetro de una lata de café, de unos pies de largo—. Es pesado —añade cuando a Root le fallan las rodillas.

—¿Qué es?

—Un mortero soviético de ciento veinte milímetros —dice Shaftoe

—Oh. —Root permanece en silencio durante un rato, mientras deja el mortero sobre la mesa. Cuando vuelve a hablar, su voz suena diferente—. No era consciente de que Otto tuviese este tipo de cosas.

—El radio letal de esta cosa es de unos buenos sesenta pie —dice Shaftoe. Está sacando proyectiles de mortero del cajón y amontonándolos cerca de la abertura—. O quizá sean metros, no puedo recordarlo. —Las bombas tienen el aspecto de pelotas de rugby gordas con aletas en un extremo.

—Pies, metros... la diferencia es importante —dice Root.

—Quizá sea una exageración. Pero tenemos que regresar a Norrsbruck y ocuparnos de Julieta.

—¿Qué quieres decir con ocuparnos? —dice Root con cautela.

—Casarse con ella.

—¿Qué?

—Uno de los dos tiene que casarse con ella, y rápido. No sé a ti, pero a mí me gusta, sería una pena que se pasase el resto de su vida chupando

pollas rusas a punta de pistola —dice Shaftoe—. Además, puede que esté embarazada con un hijo nuestro. Tuyo, mío o de Günter.

—Nosotros, la conspiración, tenemos la obligación de cuidar de nuestros hijos —admite Root—. Podríamos establecer un fondo de fideicomiso para ellos en Londres.

—Debería haber dinero de sobra para eso —admite Shaftoe—. Pero no puedo casarme con ella, porque debo estar disponible para casarme con Glory cuando llegue a Manila.

—Rudy no puede —dice Root.

—¿Porque es marica?

—No, se casan con mujeres continuamente —dice Root—. No puede porque es alemán, ¿y qué va a hacer ella con un pasaporte alemán?

—No sería muy inteligente —admite Shaftoe.

—Eso me deja a mí—dice Root—. Me casaré con ella y tendrá pasaporte británico. El mejor del mundo.

—Eh —dice Shaftoe—, ¿cómo cuadra eso con que seas un monje o sacerdote, o lo que coño seas, célibe?

Root dice:

—Se supone que debo permanecer célibe...

—Pero entonces...

—Pero el perdón de Dios es infinito —responde Root, ganado el tanto —. Bien, como iba diciendo, se supone que eso no implica que no pueda casarme. Siempre que no consume el matrimonio.

—¡Pero si no lo consumas no cuenta!

—Pero la única persona, además de mí, que sabría que no lo hemos consumado es Julieta.

—Dios lo sabrá —dice Shaftoe.

—Dios no expide pasaportes —dice Root.

—¿Qué hay de la Iglesia? Te echarán.

—Quizá me lo merezca.

—Déjame ver si lo he entendido —dice Shaftoe—. Cuando te tirabas de verdad a Julieta, decías que no lo hacías y así podías seguir siendo cura. Ahora vas a casarte con ella y no tirártela y decir que sí lo haces.

—Si intentas decir que mi relación con la Iglesia es muy complicada, ya lo sabía, Bobby.

—Entonces, vamos —dice Shaftoe.

Shaftoe y Root llevan el mortero y una caja completa de bombas hasta la playa, donde pueden protegerse tras un muro de retención de piedra de unos buenos cinco pies de alto.

Pero las olas hacen que sea imposible oír nada, así que Root va y se oculta tras los árboles de la carretera, y deja a Shaftoe jugueteando con el mortero soviético.

Resulta que no hay que juguetear mucho. Un granjero analfabeto de la tundra con congelación bilateral podría montar y dejar en funcionamiento esa cosa en diez minutos. Si se hubiese quedado despierto la noche antes —celebrando el cumplimiento del último plan quinquenal con un cántaro de madera lleno de alcohol— quizá serían quince.

Shaftoe consulta las instrucciones. No importa que estén impresas en ruso, porque en realidad están hechas para analfabetos. Hay impresa una serie de parábolas, el mortero en un extremo y alemanes estallando al otro. Pídele a un ingeniero soviético que diseñe un par de zapatos y se le ocurrirá algo que tendrá el aspecto de las cajas de zapatos; pídele que diseñe algo para masacrar alemanes y se convertirá en el puto Thomas Edison. Shaftoe examina el terreno, elige la zona de muerte, luego sube y recorre la distancia, asumiendo un metro por paso.

Vuelve a estar en la playa, ajustando el ángulo del tubo, cuando le sorprende una forma enorme que salta sobre el muro, tan cerca que casi le derriba. Root respira con rapidez.

—Alemanes —dice—, vienen por la carretera principal.

—¿Cómo sabes que son alemanes? Quizá sea Otto.

—Los motores suenan a diesel. A los hunos les encantan los motores diesel.

—¿Cuántos motores?

—Probablemente dos.

Resulta que Root acierta de lleno. Dos enormes Mercedes negros salen del bosque como salen las malas ideas de la cabeza espesa de un teniente novato. No llevan los faros encendidos. Se detienen y permanecen allí durante un momento, luego se abren las puertas en silencio, salen los

alemanes y se quedan en pie. Algunos de ellos visten largos abrigos negros de piel. Varios portan esas ametralladoras fúnebres que son la marca distintiva de la infantería alemana, y la envidia de los yanquis y británicos, que deben entrar en combate armados con primitivos rifles de caza.

Ya está, es el momento. Los nazis están en su sitio y es labor de Bobby Shaftoe, y en menor medida de Enoch Root, matarlos a todos. No sólo una tarea, sino una exigencia moral, porque son los representantes de Satanás, que reconocen públicamente ser tan malos y crueles como lo son en realidad. Se trata de un mundo y una situación a la que Shaftoe y otro montón de gente están perfectamente adaptados. Saca una bomba de la caja, la introduce en la boca del tubo, la suelta y se tapa los oídos.

El mortero tose como una tetera. Los alemanes miran en su dirección. Bajo la luz de la luna destella el monóculo de un oficial. En total, del coche han salido ocho alemanes. Tres de ellos deben ser veteranos del combate porque en un microsegundo están tendidos en el suelo. Los oficiales vestidos con trincheras permanecen de pie, como también un par de zoquetes vestidos de civil, que inmediatamente abren fuego más o menos en su dirección usando las subametralladoras. Causan mucho ruido, pero sólo impresiona a Shaftoe en la medida en que se trata de una muestra impresionante de estupidez. Las balas pasan muy por encima de sus cabezas. Antes de que tengan tiempo de llegar al golfo de Botnia la bomba estalla.

Shaftoe mira por encima del muro. Más o menos como esperaba, todas las personas que antes estaban en pie están ahora caídas sobre el Mercedes más cercano, habiendo sido elevadas y apartadas por una cortina de metralla en movimiento. Pero dos de los supervivientes — los veteranos— se arrastran sobre el vientre hacia la cabaña de Otto, cuyas gruesas paredes de tronco, ante las circunstancias, parecen muy protectoras. El tercer superviviente dispara con la subametralladora, pero no tiene ni idea de dónde están.

El suelo es convexo, de forma que es difícil ver a los alemanes que se arrastran. Shaftoe dispara un par de bombas más sin demasiado efecto. Oye a los dos alemanes abrir a patadas la puerta de la cabaña de Otto.

Como sólo es una cabaña de una habitación, sería un momento genial para estar armados con granadas. Pero Shaftoe no tiene ni una, y en realidad

no quiere volarla.

—Por qué no matas a ese alemán de ahí —le dice a Root, y luego se dirige hacia la playa, bien pegado al muro por si los alemanes están mirando por la ventana.

En realidad, casi ha llegado cuando los alemanes rompen las ventanas y comienzan a disparar en dirección a Enoch Root. Shaftoe se arrastra bajo el suelo de la cabaña, abre la trampilla y emerge en el centro de la habitación. Los alemanes le dan la espalda. Les dispara con el Suomi hasta que dejan de moverse. Luego los arrastra hasta la trampilla y los arroja a la playa para que no se desangren sobre el suelo. La próxima marea alta se los llevará, y con suerte, en un par de semanas arribarán a la costa de la Patria.

Ahora hay silencio, como se supone que debe estar una cabaña aislada junto al mar. Pero eso no significa nada. Shaftoe se dirige con cuidado a los árboles y da una vuelva alrededor de la acción, observando la zona de muerte desde arriba. El alemán que queda sigue arrastrándose sobre los codos, intentando comprender la situación. Shaftoe lo mata. Luego regresa a la playa y se encuentra a Enoch Root sangrando sobre la arena. Ha recibido una bala justo bajo la clavícula y hay mucha sangre, tanto de la herida como de la boca de Root cuando exhala.

—Me siento como si fuese a morirme —dice.

—Bien —responde Shaftoe—, eso significa que probablemente no te morirás.

Uno de los Mercedes sigue operativo, aunque tiene muchos agujeros de metralla y una rueda pinchada. Shaftoe la saca y le coloca una de las ruedas supervivientes del otro Mercedes, luego arrastra a Root y lo tiende en el asiento trasero. Conduce a Norrsbruck, rápido. El Mercedes es realmente un coche genial, y quiere conducirlo hasta Finlandia, Rusia, Siberia, incluso China —quizá parándose para tomar un poco de shushi en Shanghai—, luego bajando por Siam y luego Malaya, donde podría subirse a un barco en dirección a Manila, encontrar a Glory, y.

El ensueño erótico posterior se ve interrumpido por la voz de Enoch Root, burbujeando por entre la sangre o algo.

—Ve a la iglesia.

—Padre, de verdad, éste no es momento de intentar convertirme en un fanático religioso. Tómatelo con calma.

—No, ve ahora. Llévame.

—¿Qué, para que puedas hacer las paces con Dios? Cojones, reverendo, no vas a morirte. Te llevaré al médico. Luego podrás ir a la iglesia.

Root entra en coma, murmurando algo sobre puros.

Shaftoe ignora los desvarios, quema las ruedas en dirección a Norrsbruck, y despierta al médico. Luego va en busca de Otto y Julieta y los lleva a la consulta del médico. Al final, va a la iglesia y despierta al pastor.

Cuando regresa a la clínica, se encuentra a Rudolf von Hacklheber discutiendo con el médico: Rudy (quien aparentemente habla en nombre de Enoch, que apenas puede hablar) quiere que la boda de Enoch con Julieta se celebre ahora mismo, en caso de que a Enoch le suceda algo durante la intervención. A Shaftoe le sorprende que, de pronto, el paciente tenga tan mal aspecto. Pero al recordar lo que él y Enoch discutieron antes, apoya los argumentos de Rudy e insiste en que el matrimonio se realice antes que la cirugía.

Otto se saca un anillo de diamante literalmente del culo —lleva objetos valiosos guardados en un tubo de metal pulido que se mete por el recto— y Shaftoe actúa de padrino, sosteniendo algo inquieto ese anillo, todavía caliente del agujero de Otto. Root está demasiado débil como para deslizado por el dedo de Julieta así que Rudy le guía la mano. Una enfermera sirve como dama de honor. Julieta y Enoch se unen en santo matrimonio. Root emite las palabras del juramento una a una, deteniéndose tras cada una de ellas para toser sangre en un cuenco de acero inoxidable. A Shaftoe se le hace un nudo en la garganta, y llega incluso a lloriquear.

El doctor administra éter a Root, le abre el pecho y se dedica a reparar los daños. La cirugía de combate no es su fuerte, y comete un par de errores y en general realiza con excelencia la labor de mantener alta la tensión. Una de esas arterias importantes cede, y es necesario que Shaftoe y el pastor salgan, cojan a algunos suecos de la calle y les persuadan para que donen sangre. Rudy ha desaparecido, y Shaftoe sospecha durante unos minutos que ha huido del pueblo. Pero de pronto aparece junto a Root sosteniendo una vieja caja de puros cubanos, toda cubierta de palabras en español.

Cuando Enoch Root muere, las únicas personas en la sala son Rudolf von Hacklheber, Bobby Shaftoe y el médico sueco.

El doctor mira la hora y sale de la estancia.

Rudy alarga la mano y cierra los ojos de Enoch, luego se queda de pie apoyando las manos sobre el rostro del difunto padre y mira a Shaftoe.

—Ve —dice— y asegúrate de que el doctor presenta el certificado de defunción.

En la guerra, es bastante frecuente que uno de tus colegas muera, y tú tienes que entrar inmediatamente en acción, así que dejas los llantos para más tarde.

—Bien —dice Shaftoe, y sale de la sala.

El doctor está sentado en su pequeño despacho, cubierto en todas las paredes por diplomas llenos de diéresis, rellenando el certificado de defunción.

En una esquina cuelga un esqueleto. Bobby Shaftoe permanece firme en el lado opuesto, como si él y el esqueleto estuviesen triangulando la posición del médico y le observasen escribir la fecha y la hora del fallecimiento de Enoch Root.

Cuando el médico termina, se reclina sobre la silla y se frota los ojos.

—¿Puedo invitarle a una taza de café? —pregunta Bobby Shaftoe.

—Gracias —dice el médico.

La joven novia y su padre están tumbados con aspecto legañoso en la sala de espera del médico. Shaftoe se ofrece también a invitarles a café. Dejan a Rudy que vele el cadáver del difunto amigo y coconspirador, y bajan por la calle mayor de Norrsbruck. Los suecos empiezan a salir de sus casas. Tienen exactamente el mismo aspecto que norteamericanos del Medio Oeste, y Shaftoe siempre se sorprende al darse cuenta de que no hablan inglés.

El médico se detiene en el juzgado para entregar el certificado de defunción. Otto y Julieta se adelantan al café. Bobby Shaftoe se rezaga en el exterior, mirando calle arriba. Después de un minuto o dos ve a Rudy sacar la cabeza, por la puerta de la consulta del médico y mirar a un lado, luego al otro. Mete dentro la cabeza durante un momento. Luego él y otro hombre salen de la consulta. El otro hombre está envuelto en una manta que le cubre incluso la cabeza. Se suben al Mercedes, el Hombre de la Manta se tiende en el asiento trasero y Rudy conduce en dirección a su casa de campo.

Bobby Shaftoe se sienta en el café con los finlandeses. —Al final del día me voy a meter en ese puto Mercedes y voy a conducir hasta Estocolmo como un puto murciélago salido del infierno —dice Shaftoe. Aunque los fineses nunca lo entenderán, ha elegido la expresión «murciélago salido del infierno» por una buena razón. Ahora comprende por qué desde Guadalcanal se ha considerado un hombre muerto—. En cualquier caso, espero que vosotros tengáis un buen viaje en barco.

—¿En barco? —dice inocente Otto.

—Os he denunciado a los alemanes, como vosotros hicisteis conmigo. —Es la mentira de Shaftoe.

—¡Cabrón! —empieza a decir Julieta. Pero Bobby la corta:

—Tienes lo que querías y un poco más. Un pasaporte británico y... —dice mirando por la ventana para ver al médico salir del juzgado— además, la paga de viuda de Enoch. Y quizá más, más tarde. En cuanto a ti, Otto, se ha acabado tu carrera de contrabandista. Te sugiero que salgas cagando leches.

Otto sigue demasiado atónito como para enfadarse, pero está claro que muy pronto se cabreará de cojones.

—¿Y a dónde iremos? ¿Te has molestado en mirar un mapa? —Muestra algo de jodida adaptabilidad —dice Shaftoe—. Seguro que se te ocurre una forma de llevar esa bañera tuya hasta Inglaterra. Se pueden decir muchas cosas malas de Otto, pero al hombre le gustan los desafíos.

—Podría atravesar el canal Göta desde Estocolmo hasta Göteborg, *allí* no hay alemanes, lo que me llevaría casi hasta Noruega... ¡Pero Noruega está llena de alemanes! Incluso si atravieso el Skagerrak... ¿esperas que atraviese el mar del Norte? ¿En invierno? ¿En medio de una guerra?

—Si te hace sentir mejor, después de que llegues a Inglaterra tendrás que navegar hasta Manila.

—¿¡Manila!?

—¿A que ahora Inglaterra te parece fácil?

—¿¡Crees que soy un aficionado a la vela que navega por el mundo por diversión!?

—No, pero Rudolf von Hacklheber sí que lo es. Tiene dinero, tiene contactos. Tiene disponible un buen yate que hace que tu queche parezca una lancha neumática —dice Shaftoe—. Vamos, Otto. Deja de quejarte,

sácate algunos diamantes del culo y hazlo. Es mejor que dejar que los alemanes te torturen. —Shaftoe se pone en pie y tira del hombro de Otto para darle ánimos, cosa que a Otto no le gusta nada—. Nos vemos en Manila.

El médico está entrando por la puerta. Bobby Shaftoe deja algo de dinero sobre la mesa. Mira a Julieta a los ojos.

—Tengo que recorrer algunas millas —dice—. Glory me espera.

Julieta asiente. Por tanto, al menos en los ojos de una chica finlandesa, Shaftoe no es tan mal tipo. Shaftoe se inclina y le da un potente y suculento beso, luego se endereza, saluda al asombrado médico y sale a la calle.

*OceanofPDF.com*

# Cortejo

Waterhouse ha estado mascando exóticos sistemas de códigos nipones a un ritmo de más o menos uno por semana, pero después de ver a Mary Smith en el salón de la casa de huéspedes de la señora McTeague, su tasa de producción cae casi hasta cero. Podría argumentarse incluso que es negativa, porque en ocasiones cuando lee el periódico por la mañana, el texto llano se convierte a sus ojos en un galimatías, y es incapaz de extraer cualquier información útil.

A pesar del desacuerdo entre él y Turing sobre si el cerebro humano es una máquina de Turing, debe admitir que Turing no tendría demasiados problemas para escribir un conjunto de instrucciones que simulasen las funciones cerebrales de Lawrence Pritchard Waterhouse.

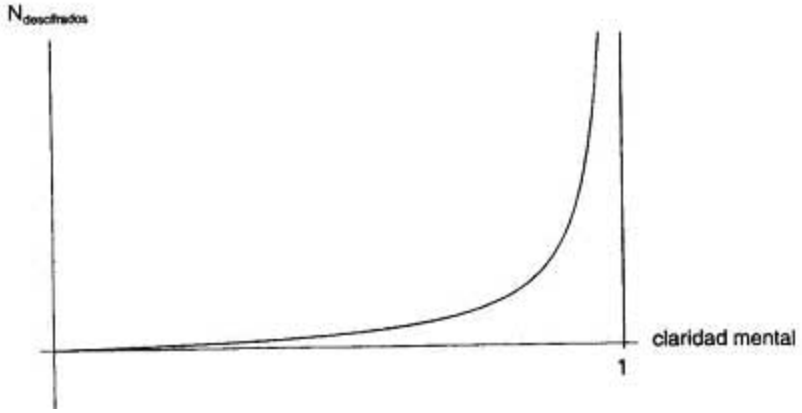
Waterhouse busca la felicidad. Lo consigue rompiendo sistemas de códigos nipones y tocando el órgano. Pero como los órganos no abundan, su nivel de felicidad acaba dependiendo por completo de la actividad de romper códigos.

No puede romper códigos (y por tanto, no puede ser feliz) a menos que tenga la mente clara. Ahora supongamos que designamos la claridad mental como $C_m$, que está normalizada, o calibrada, de tal forma que siempre se da el caso

$$0 \leq C_m < 1$$

donde $C_m=0$ indica una mente totalmente ofuscada y $C_m=1$ es una claridad divina, un estado divino inalcanzable de inteligencia infinita. Si el número de mensajes que Waterhouse descifra en un día se designa por

medio de $N_{descifrados}$ entonces dependerá de $C_m$ más o menos de la siguiente forma:




La Claridad mental ($C_m$) se ve afectada por diversos factores, pero con diferencia el más importante es la calentura sexual, que podemos designar por medio de o, por evidentes razones anatómicas que Waterhouse, en su estado actual de desarrollo emocional, encuentra divertidas.

La calentura se inicia en cero y en el momento $t=t_0$ (inmediatamente después de la eyaculación) y aumenta desde ese momento como función lineal del tiempo:

$$\sigma \alpha (t-t_0)$$

La única forma de hacer que vuelva a ser cero es arreglárselas para tener otra eyaculación.

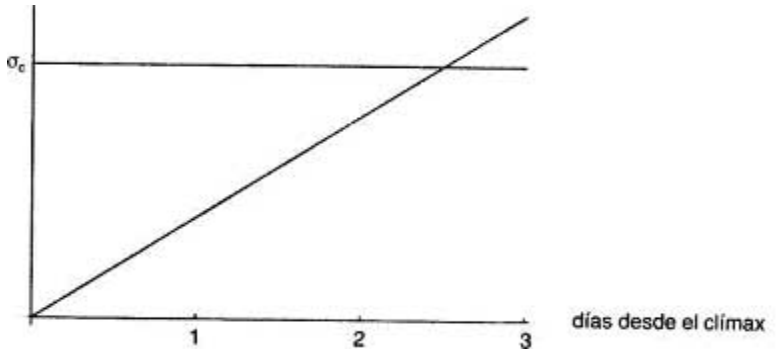
Hay un límite crítico $a_c$ de forma que si $\sigma > \sigma_c$ a Waterhouse le resulta imposible concentrarse en nada, o, aproximadamente,

$$C_m \propto \lim_{n \to \infty} \frac{1}{(\sigma-\sigma_c)^n}$$

lo que es lo mismo que decir que, en el momento en que se eleva por encima del límite $\sigma_c$ es totalmente imposible que Waterhouse rompa sistemas criptográficos nipones. Eso le hace imposible alcanzar la felicidad (a menos que haya un órgano disponible, que no lo hay).

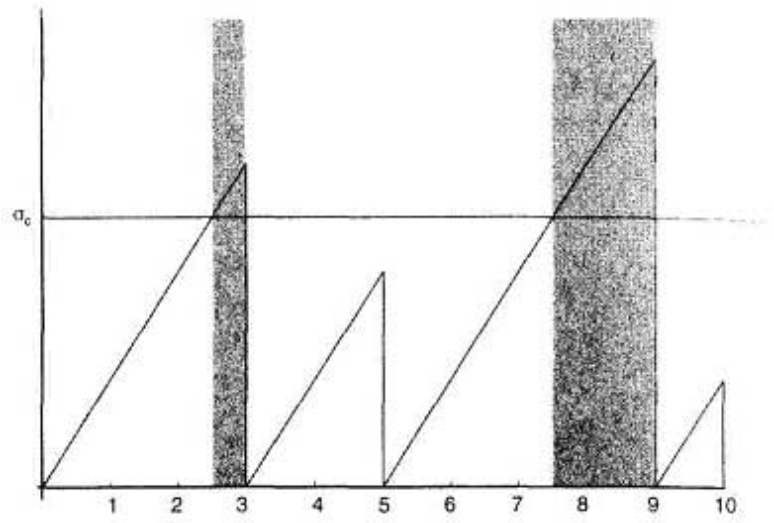
Normalmente, después de una eyaculación se requieren dos o tres días para que *o* sobrepase $\sigma_c$:

índice de calentura

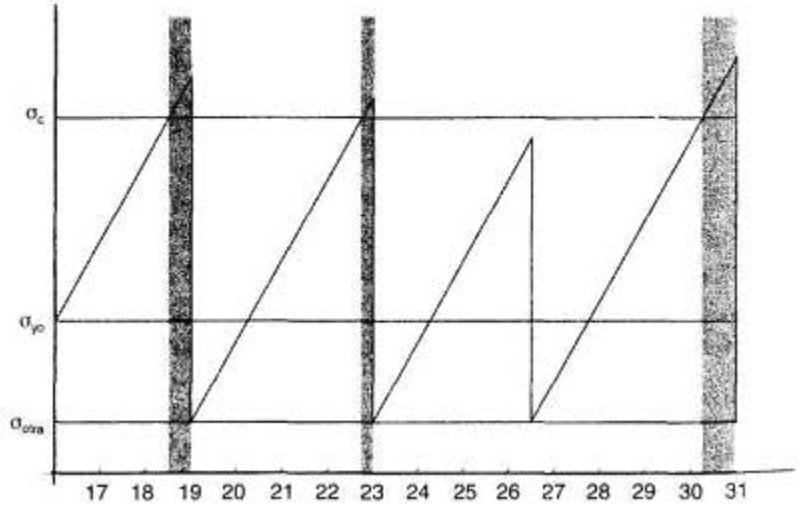



Por tanto, la habilidad de eyacular cada dos o tres días es muy importante para mantener la cordura de Waterhouse. Siempre que pueda resolverlo de tal forma, a muestra la clásica forma en dientes de sierra, con los picos de forma óptima en o cerca de $\sigma_c$ [véase la gráfica siguiente], y las zonas grises representan periodos en los que es completamente inútil para el esfuerzo bélico.

Hasta aquí la teoría básica. Ahora bien, cuando estaba en Pearl Harbor, descubrió algo que, pensándolo ahora, debería haber sido extremadamente preocupante. Tal fue que la eyaculación obtenida en un prostíbulo (a saber, administrada por una hembra humana de verdad) parecía llegar a un nivel de σ por debajo del que Waterhouse podía conseguir ejecutando un Cambio Manual. En otras palabras, el nivel de calentón posterior a la eyaculación no era siempre igual a cero, como supone la teoría ingenua propuesta anteriormente, sino una cantidad que dependía de si la eyaculación había sido inducida por Yo u Otra: $\sigma = \sigma_{yo}$ después de la masturbación pero $\sigma = \sigma_{otra}$ después de abandonar el lupanar, donde $\sigma_{yo} > \sigma_{otra}$ , una desigualdad a la que podían atribuirse directamente los notables éxitos de Waterhouse en romper códigos navales nipones durante su estancia en la Estación Hypo, en que el gran número de prostíbulos convenientemente cercanos le hacía posible pasar un periodo de tiempo mayor entre eyaculaciones.




8 de mayo de 1942: Preludio a Midway




Aprécíese el periodo de doce días [gráfica anterior], 19-30 de mayo de 1942, con una única y breve interrupción en la productividad, durante el que (algunos podrían argumentar) Waterhouse ganó personalmente la batalla de Midway.

Si lo hubiese pensado, le habría incomodado, porque las implicaciones de $\sigma_{yo} > \sigma_{otra}$ son problemáticas, especialmente si los valores de esas cantidades con respecto a la muy importante $\sigma_c$ no son fijos. Si no fuese por esa desigualdad, entonces Waterhouse podría actuar como una unidad autónoma e independiente. Pero $\sigma_{yo} > \sigma_{otra}$ implica que, a la larga, depende

de otros seres humanos para obtener su claridad mental y, en consecuencia, su felicidad. ¡Vaya un coñazo!

Quizá ha evitado pensar en ello precisamente por ser tan problemático. La semana después de conocer a Mary Smith comprende que va a tener que pensar un poco más en esos detalles.

Algo en la llegada a su mundo de Mary Smith ha alterado por completo todo el sistema de ecuaciones. Ahora, cuando eyacula, su claridad mental no da el salto hacia arriba de antes. Inmediatamente vuelve a pensar en Mary. ¡Así no hay muchas esperanzas de ganar la guerra!

Va en busca de prostíbulos, con la esperanza de que la vieja y fiable $\sigma_{otra}$ le salve el culo. Lo que trae sus problemas. Cuando se encontraba en Pearl, era fácil y no despertaba mayor interés. Pero la casa de huéspedes de la señorita McTeague se encuentra en un vecindario residencial que, si contiene algún lupanar, al menos se molesta en ocultarlo. Así que Waterhouse debe dirigirse al centro, lo que no es fácil en un lugar en el que los vehículos de combustión interna están propulsados por barbacoas en el maletero. Más aún, la señorita McTeague le vigila. Conoce sus hábitos.

Si empieza a regresar del trabajo cuatro horas tarde, o sale después de cenar, tendrá que dar algunas explicaciones. Y mejor que sean convincentes, porque parece estar protegiendo a Mary Smith bajo un ala temblorosa y gelatinosa y se encuentra en posición de envenenar la mente de la pobre chica contra Waterhouse. No sólo eso, tendría que dar todas sus excusas en público, sentado alrededor de la mesa de la cena, que comparte con el primo de Mary (cuyo nombre de pila resulta ser Rod).

Pero bueno, Doolittle bombardeó Tokio, ¿no? Waterhouse al menos podría conseguir llegar hasta una casa de putas. Le lleva una semana de preparativos (durante la cual es totalmente incapaz de realizar trabajo útil por los elevadísimos niveles de σ), pero lo consigue.

Ayuda un poco, pero sólo en el apartado de administración de niveles de a. Hasta hace poco, ése era el único nivel y por tanto todo hubiese estado en perfectas condiciones. Pero ahora (como llega a comprender Waterhouse por medio de largas reflexiones durante las horas en que debería estar rompiendo códigos) un factor nuevo ha penetrado en el sistema de ecuaciones que controla su comportamiento; tendrá que escribirle a Alan y contarle que habrá que añadir una nueva instrucción a la máquina de Turing

de simulación de Waterhouse. Ese factor nuevo es $F_{pMS}$, el Factor de Proximidad de Mary Smith.

En un universo más simple, $F_{pMS}$ sería ortogonal a σ, que es lo mismo que decir que ambos factores serían totalmente independientes el uno del otro. Si así fuese, Waterhouse podría continuar con su habitual programa de administración de eyaculaciones en forma de sierra sin realizar ningún cambio. Además de eso, tendría que conseguir mantener frecuentes conversaciones con Mary Smith para mantener $F_{pMS}$ lo más alto posible.

¡Qué desgracia! El universo no es simple. Muy lejos de ser ortogonales, $F_{pMS}$ y σ están entrelazados, de forma tan compleja como las estelas de dos aviones en un duelo aéreo. El antiguo plan de control de a ya no funciona. Y una relación platónica en realidad haría que $F_{pMS}$ fuese a peor, no a mejor. Su vida, que antes consistía en un conjunto simple de ecuaciones básicamente lineales, se ha convertido en una ecuación diferencial.

Todo eso lo comprende durante la visita al puticlub. En la Marina, ir de putas es tan polémico como mear por el imbornal cuando estás en alta mar, lo peor que se puede decir es que en otras circunstancias podría parecer vulgar. Así qué Waterhouse lleva años haciéndolo sin sentir la más mínima inquietud.

Pero se aborrece a sí mismo durante y después de su primera visita post-Mary-Smith a un prostíbulo. Ya no se ve a sí mismo a través de sus propios ojos sino a través de los de ella, y, por extensión, los de su primo Rod y la señora McTeague y toda la sociedad de gente temerosa de Dios a la que, hasta ahora, no ha prestado ni la más mínima atención.

Parece que la intrusión de $F_{pMS}$ en su ecuación de felicidad no es más que el borde afilado de una cuña que deja a Lawrence Pritchard Waterhouse a merced de un vasto número de factores incontrolables, y le exige que se relacione con la sociedad humana normal. Es horripilante, pero ahora se encuentra preparándose para ir a un baile.

El baile lo organiza una asociación de voluntarios australianos: ni conoce ni le importan los detalles. Está claro que la señora McTeague cree que el alquiler que gana de sus inquilinos la obliga, aparte de a darles de comer y de acomodarlos, a encontrarles esposa, así que les acosa para que vayan y lleven acompañantes femeninas si es posible. Al final Rod

consigue cerrarle el pico anunciando que asistirá con un grupo amplio, que incluirá a su prima del campo, Mary. Rod mide como unos ocho pies de alto, así que será fácil localizarlo en una pista de baile abarrotada. A continuación, con suerte, la diminuta Mary estará en sus proximidades.

De tal forma asiste Waterhouse al baile, registrando su mente en busca de frases que pueda emplear para iniciar una conversación con Mary. Se le ocurren varias posibilidades.

—¿Sabes que la industria nipona sólo es capaz de producir cuarenta excavadoras al año? —Seguida de—: ¡No me sorprende que necesiten esclavos para construir sus defensas! O quizá:

—Debido a limitaciones inherentes al diseño, en la configuración de la antena, los sistemas de radar naval nipón tiene un punto ciego en la parte de atrás... Por tanto es conveniente que te acerques exactamente por la popa. O quizá:

—¡Los códigos menores, de más bajo nivel, de la marina nipona son en realidad más difíciles de romper que los importantes de más alto nivel! ¿No es irónico? O quizá:

—Así que vienes del campo... ¿Enlatáis buena parte de vuestra comida? Quizá te interese saber que un pariente cercano de la bacteria que estropea la sopa enlatada es responsable del gas gangrena. O quizá:

—Los acorazados nipones han empezado a estallar de forma espontánea, porque los explosivos de los proyectiles que llevan en las santabárbaras se vuelven químicamente inestables con el paso del tiempo. O quizá:

—El doctor Turing de Cambridge dice que el alma es una ilusión y que todo lo que nos define como seres humanos puede reducirse a una serie de operaciones mecánicas.

Y muchas más en la misma vena. Hasta ahora, no ha dado con nada que le dé garantías absolutas de que Mary Smith vaya a arrodillarse frente a él. En realidad, no tiene ni puñetera idea de qué dirá en realidad. Que es como siempre ha ocurrido con Waterhouse y las mujeres, que es la razón por la que nunca ha tenido en realidad una novia. Pero en esta ocasión es diferente. Ahora está desesperado. ¿Qué hay que decir del baile? Una gran sala. Hombres uniformados, en su mayoría con aspecto más elegante que aquel al que tienen derecho. En su mayoría, con aspecto más elegante que

Waterhouse. Mujeres con vestidos y peinados. Carmín, perlas, una banda, guantes blancos, peleas a puñetazos, un poquito de besuqueo y un pizquitín de vomitona. Waterhouse llega tarde, el transporte ha vuelto a traicionarle. Toda la gasolina disponible se emplea para mover grandes bombarderos por la atmósfera y poder así arrojar potentes explosivos contra los nipones. Mover un cilindro de carne llamado Waterhouse por toda Brisbane para que pueda intentar desvirgar a una doncella no está muy alto en la lista de prioridades. Tiene que andar mucho rato embutido en unos rígidos y brillantes zapatos de cuero que acaban siendo algo menos brillantes. Pero cuando llega está seguro de que los zapatos sólo actúan como torniquetes que previenen que muera desangrado por culpa de un incontrolable flujo arterial a través de las heridas que ellos mismos han causado.

Ya muy avanzada la noche, al fin encuentra a Rod en la pista de baile y le sigue, durante varios bailes (a Rod no le escasean las compañeras de baile), a una esquina de la sala donde todos parecen conocerse, y todos parecen estar pasándoselo de maravilla sin la intervención de Waterhouse.

Pero finalmente identifica el cuello de Mary Smith, que le parece igualmente erótico visto por detrás a través de treinta yardas de denso humo de cigarrillo como de lado en el salón de la señora McTeague. Lleva puesto un vestido y un collar de perlas que adorna muy bien la arquitectura de su cuello. Waterhouse cambia de dirección para dirigirse hacia ella y marcha como un marine cubriendo las últimas millas hasta un fortín nipón donde sabe con toda seguridad que va a morir. ¿Puedes recibir una condecoración póstuma por ser derribado envuelto en llamas en un baile?

Está sólo a unos pasos de distancia, todavía acercándose aturdido hacia la blanca columna del cuello, cuando de pronto se acaba la música y puede oír la voz de Mary y la de sus amigos. Charlan felizmente. Pero no hablan inglés.

Finalmente, Waterhouse localiza el acento. No sólo eso: resuelve otro misterio, relacionado con el correo entrante que ha visto en la casa de la señora McTeague, dirigido a alguien llamado cCmndhd.

La cosa es así: ¡Rod y Mary con qwghlmianos! Y su apellido no es Smith, suena vagamente como Smith. Realmente es cCmndhd. Rod se crió en Manchester —sin duda, en un ghetto qwghlmiano— y Mary pertenece a una rama de la familia que se metió en problemas (probablemente por

sedición) hace un par de generaciones y fue Transportada al Gran Desierto Arenoso.

¡A ver cómo lo explica Turing! Porque esto demuestra, más allá de toda duda, que existe Dios, y más aún, que Él es amigo personal de Lawrence Pritchard Waterhouse y le ayuda. El problema de la frase inicial queda resuelto, con tanta elegancia como un teorema. Q.E.D., muñeca. Waterhouse avanza lleno de confianza, sacrificando otro centímetro cuadrado de epidermis al altar de sus zapatos voraces. Tal y como lo reconstruyó a posteriori, se interpone, sin querer, entre Mary cCmndhd y su cita de esa noche, y quizá golpeó a este último en el hombro y le obligó a escupir su bebida. Es una maniobra alarmante que silencia a todo el grupo. Waterhouse abre la boca y dice:

—Gxnn bhldh sqrd m!

—¡Eh, amigo! —dice el acompañante de Mary. Waterhouse se vuelve en dirección a la voz. La sonrisa sentimentaloide que tiene colgada de la cara sirve de diana, y el acompañante de Mary la golpea infalible. La mitad inferior de la cabeza de Waterhouse queda entumecida, la boca llena de un fluido templado que sabe a nutritivo. De alguna forma, el amplio suelo de cemento salta al aire, gira como una moneda y le golpea a un lado de la cabeza. Los cuatro miembros de Waterhouse parecen estar clavados al suelo por el peso del torso.

Parece estar produciéndose algún escándalo en el plano remoto que ocupan la mayoría de las cabezas de la gente, a cinco o seis pies por encima del suelo, donde tradicionalmente tienen lugar las interacciones sociales. El acompañante de Mary está siendo apartado a un lado por un tipo con aspecto fuerte; es difícil reconocer los rostros con la cara de lado, pero Rod sería un buen candidato. Rod grita en qwghlmiano. En realidad, todo el mundo está gritando en qwghlmiano —incluso lo que hablan en inglés— porque el centro de reconocimiento del habla de Waterhouse sufre un ataque severo de ganglios discordantes. Mejor dejar esos detalles avanzados para más tarde y concentrarse en aspectos filogéneticos más básicos: estaría bien, por ejemplo, volver a ser un vertebrado. Después de eso, la locomoción cuadrúpeda podría ser útil.

Un tipo animado, qwghlmiano-australiano,. con uniforme de la Real Fuerza Aérea Australiana se acerca y le agarra por la aleta anterior derecha,

obligándole a trepar por la escala evolutiva antes de que esté listo. No está tanto haciéndole un favor a Waterhouse como poniendo la cara de Waterhouse allí donde pueda estudiarse mejor. El tipo de la RAAF le grita (porque la música ha empezado de nuevo):

—¿Dónde aprendiste a hablar así?

Waterhouse no sabe por dónde empezar, dios no permita que vuelva a ofender a esa gente. Pero no tiene que hacerlo. El tipo de la RAAF retuerce la cara de asco, como si acabase de ver una tenia de seis pies que intentase escapar por la garganta de Waterhouse.

—¿Qwghlm Exterior? —pregunta.

Waterhouse asiente. Los rostros confundidos y horrorizados que tiene al frente se convierten en máscaras de piedra. ¡Qwghlmianos del interior! ¡Claro! Los isleños del interior están continuamente puteados, por eso tienen la mejor música, las personalidades más divertidas, pero se les envía constantemente a Barbados a cortar caña de azúcar, o a Tasmania a perseguir ovejas, o a... bien, al suroeste del Pacífico a dejar que les persigan nipones hambrientos a través de la jungla cargando con bombas mochila.

El tipo de la RAAF se obliga a sonreír, le da un tirón en el hombro. Alguien del grupo tendrá que aceptar el desagradable trabajo de hacer de diplomático, eliminando los obstáculos, y con el instinto de un verdadero qwghlmiano del interior para los trabajos de mierda, el chico de la RAAF acaba de ofrecerse voluntario.

—Para nosotros —le explica con una sonrisa—, lo que has dicho no se considera un saludo amable.

—Oh —dice Waterhouse—, entonces, ¿qué he dicho?

—Dijiste que mientras estabas en el molino para presentar una queja por un saco con una costura débil que se abrió el jueves, se te hizo comprender, por el tono de la voz del propietario, que la tía abuela de Mary, una solterona de mala reputación cuando era joven, había contraído una infección de hongos en las uñas de los dedos de los pies. Se produce un largo silencio. Luego todos hablan simultáneamente. Al final, una voz de mujer se abre paso por entre la cacofonía:

—¡No, no! —Waterhouse la mira; se trata de Mary—. Yo lo que he entendido es que estaba en el pub, y que se encontraba allí para pedir

trabajo como cazador de ratas, y que era el perro de mi vecino el que había contraído la rabia.

—Se encontraba en la basílica para pedir confesión... el sacerdote-angina... —grita alguien desde atrás. Luego todos hablan a la vez:

—El muelle... la medio hermana de Mary... lepra... miércoles... quejándose por el ruido excesivo de una fiesta.

Un brazo fornido pasa sobre los hombros de Waterhouse apartándole de la cacofonía. No puede volver la cabeza para ver quién es el dueño del miembro, porque ha perdido de nuevo la columna vertebral. Supone que es Rod, tomando como un caballero al pobre y confuso yanqui bajo su protección. Rod se saca un pañuelo limpio del bolsillo y se lo pone a Waterhouse en la boca, luego aparta la mano. El pañuelo se queda pegado al labio, que a estas alturas tiene la forma de un globo.

No es el único gesto de amabilidad. Incluso le trae una copa y le busca una silla.

—¿Sabes lo de los navajos? —le pregunta Rod.

—¿Eh?

—Los marines emplean indios navajos como operadores de radio... hablan entre ellos en su propia lengua y los nipos no tienen ni idea de qué coño están diciéndose.

—Oh. Sí. Lo he oído —dice Waterhouse.

—Winnie Churchill oyó lo de los navajos. Le gustó la idea. Quería que las fuerzas de Su Majestad hiciesen lo mismo. Nosotros no tenemos navajos. Pero...

—Tenéis qwghlmianos —dice Waterhouse.

—Hay dos programas diferentes —continúa Rod—. La Marina Real emplea qwghlmianos del exterior. El Ejército de Tierra y las Fuerzas Aéreas emplean del interior.

—¿Cómo os va?

Rod se encoge de hombros.

—Más o menos. El qwghlmiano es una lengua muy concisa. No tiene ninguna relación con el inglés o el celta... sus parientes más cercanos son el !Qnd, que lo habla una tribu de pigmeos de Madagascar, y el aleutiano. En todo caso, cuanto más conciso mejor, ¿no?

—En todos los sentidos —dice Waterhouse—. Menor redundancia... hace que el código sea más difícil de romper.

—El problema es que no es ni de lejos una lengua muerta. De pronto se encontró tendida con la cara en el suelo y un sacerdote encima haciendo el signo de la cruz. ¿Comprendes?

Waterhouse asiente.

—Así que cada uno lo escucha de una forma ligeramente diferente. Justo como ahora... escucharon tu acento de Qwghlm Exterior y dieron por supuesto que ibas a lanzar un insulto. Pero yo sabía que estabas diciendo que creías, según un rumor que habías oído el martes pasado en el mercado de carne, que la convalecencia de Mary era normal y que en una semana estaría recuperada.

—Intentaba decir que estaba preciosa —protesta Waterhouse.

—¡Ah! —dice Rod—. Entonces deberías haber dicho «Gxnn bhldh sqrd m!».

—¡Eso es lo que dije!

—No, confundiste la glotal media con la glotal frontal —dice Rod.

—¿De verdad —pregunta Waterhouse— podéis distinguirlas hablando por radio?

—No —dice Rod—. En la radio nos centramos en lo más básico: «Ve allí y toma ese fortín o te juro que te mato.» Y ese tipo de cosas.

No mucho después la banda ha terminado la última canción y la fiesta se acaba.

—Bien —dice Waterhouse—, ¿le dirás a Mary lo que pretendía decir de verdad?

—Oh, estoy seguro de que no es necesario —dice Rod con toda confianza—. Mary es muy buena juzgando a las personas. Estoy seguro de que sabe cuál era tu intención. Los qwghlmianos destacan en la comunicación no verbal.

Waterhouse apenas puede controlarse para no decir *Supongo que no os queda más remedio,* lo que probablemente le ganaría otro golpe en la cara. Rod le estrecha la mano y se va. Waterhouse, atrapado por los zapatos, parte con dificultad.

*OceanofPDF.com*

# INRI

Goto Dengo yace tendido durante seis semanas sobre un jergón tejido con juncos, bajo un cono blanco antimosquitos que se agita con la brisa que entra por las ventanas. Cuando hay un tifón, las enfermeras cierran las ventanas con postigos de madreperla, pero en general se las deja abiertas noche y día. Más allá de la ventana se ve una inmensa escalera tallada en el lateral de una montaña verde. Cuando les da el sol, el arroz nuevo de esas terrazas emite su fluorescencia; una luz verde penetra en la habitación como si se tratase de llamas. Puede ver a personitas dobladas vestidas con ropas coloridas trasplantando plántulas de arroz y manoseando el sistema de irrigación. Las paredes de su habitación son de yeso color crema atravesadas por deltas de grietas, como los vasos sanguíneos en la superficie de un globo ocular. El único elemento decorativo es un crucifijo tallado en madera de napa con una serie de detalles casi maníaca. Los ojos de Jesús son esferas lisas sin pupilas ni iris, como en las estatuas romanas. Cuelga algo ladeado en el crucifijo, los brazos extendidos, los ligamentos probablemente ya separados de sus puntos de unión, las piernas torcidas, rotas por los golpes con los palos de las lanzas romanas, incapaces de soportar el peso del cuerpo. Un clavo triste y oxidado atraviesa cada palma, y un tercero se basta para los pies. Goto Dengo aprecia después de un rato que el escultor ha dispuesto los tres clavos en un triángulo equilátero perfecto. Él y Jesús pasan muchas horas y días mirándose el uno al otro a través del velo blanco que cuelga sobre la cama: cuando éste se agita por el impulso de la brisa de la montaña, Jesús parece moverse. Un pergamino abierto está fijado en la parte alta del crucifijo; dice I.N.R.I. Goto Dengo

pasa mucho tiempo intentado descifrarlo. ¿Inoportunamente Necesito Rápidamente algo? ¿Iniciar de Inmediato la Retirada de Clavos?[25]

El velo se abre y una joven perfecta con un severo hábito blanco y negro se planta en el hueco, radiante bajo la luz verde que viene de las terrazas, portando un cuenco de agua vaporosa. Ella le retira la bata de hospital y comienza a lavarle con la esponja. Goto Dengo señala el crucifijo y pregunta por él: quizá la mujer haya aprendido un poco de nipones. Si le escucha, no da muestras de ello. Probablemente esté sorda o loca, o ambas cosas; los cristianos son famosos por la forma en que adoran a las personas defectuosas. Su mirada está fija en el cuerpo de Goto Dengo, que limpia con cuidado pero de forma implacable, una porción del tamaño de un sello de correos cada vez. La mente de Goto Dengo sigue jugándole malas pasadas y, al mirar su torso desnudo, por un momento cree estar mirando el cuerpo clavado de Jesús. Le sobresalen las costillas y su piel es un mapa abarrotado de llagas y cicatrices. Es imposible que ahora valga para nada; ¿por qué no le envían de vuelta a Nipón? ¿Por qué no se han limitado a matarle?

—¿Habla inglés? —dice, y los ojos castaños de la mujer saltan un poco. Es la mujer más hermosa que ha visto nunca. Para ella, él debe ser algo repelente, un espécimen tras la tapa de cristal en un laboratorio de patología. Cuando salga de la habitación probablemente irá a lavarse meticulosamente y luego hará lo posible por eliminar de su mente limpia y virginal el recuerdo del cuerpo de Goto Dengo.

Goto Dengo cae en un estado febril, y se ve a sí mismo desde el punto de vista de un mosquito que intentara atravesar la redecilla: un cuerpo macilento y roto extendido, como un insecto de colección, sobre un caballete de madera. Lo único que te indica que se trata de un nipón es la cinta de tela blanca atada alrededor de la frente, pero en lugar del sol naranja lleva la inscripción I.N.R.I.

Un hombre vestido con una larga bata negra está sentado a su lado, sosteniendo en la mano una serie de cuentas de coral rojas de las que cuelga un crucifijo diminuto. Tiene la cabeza grande y la frente ancha de esas gentes extrañas que trabajan en las terrazas de arroz, pero el nacimiento del pelo, ya en recesión, y el pelo entre plateado y castaño son muy europeos, como lo son también sus ojos intensos.

—*Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum* —dice—. Es latín. Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos.

—¿Judíos? Pensaba que Jesús era cristiano —dijo Goto Dengo.

El hombre vestido de negro le mira. Goto Dengo prueba otra vez:

—No sabía que los judíos hablasen latín.

Un día traen a la habitación una silla de ruedas; la mira con curiosidad remota. Ha oído hablar de esas cosas; se las emplea tras paredes altas para transportar personas vergonzosamente imperfectas de una habitación a otra. ¡De pronto, esas diminutas muchachas lo han levantado y lo han sentado en la silla! Una de ellas comenta algo sobre aire fresco y lo siguiente que sabe es que ¡le han sacado de la habitación hasta el pasillo! Le han atado para que no se caiga, y se remueve incómodo en la silla intentado ocultar el rostro. Las muchachas lo llevan hasta un porche que mira a las montañas. En la pared que tiene detrás hay una pintura enorme de I.N.R.I. encadenado desnudo a un poste, sangrando por un centenar de heridas paralelas producidas por un látigo. Ante él se alza un centurión con un flagelo. Sus ojos parecen extrañamente nipones.

En el porche hay sentados otros tres nipones. Uno de ellos habla consigo mismo usando frases ininteligibles y continuamente juega con una llaga del brazo que sangra incesantemente sobre una toalla que lleva en el regazo. Otro ha sufrido quemaduras en los brazos y cara, y mira el mundo a través de un único agujero en una máscara inexpresiva de tejido cicatrizante. El tercero está atado a la silla con muchas tiras de tela porque se agita continuamente como un pez en la playa y emite gemidos ininteligibles.

Goto Dengo observa la barandilla del porche, preguntándose si podrá reunir fuerzas suficientes para acercarse a ella y lanzar su cuerpo por el borde. ¿Por qué no se le ha permitido morir con honor?

La tripulación del submarino le trató a él y a los otros evacuados con una incomprensible combinación de reverencia y asco.

¿Cuándo se le apartó de su raza? Sucedió mucho antes de su evacuación de Nueva Guinea. El teniente que le rescató de los cazadores de cabezas le trató como a un criminal y le sentenció a ser ejecutado. Incluso antes, ya era diferente. ¿Por qué no le habían comido los tiburones? ¿Huele su cuerpo de

forma diferente? Debería haber muerto con sus compañeros en el mar de Bismarck. Vivió, en parte porque tuvo suerte, en parte porque sabía nadar.

¿Por qué sabía nadar? En parte porque su cuerpo era bueno en esa actividad, pero en parte porque su padre lo educó para que no creyese en demonios.

Ríe en voz alta. El resto de los hombres en el porche se vuelven para mirarle.

Le educaron para que no creyese en demonios, y ahora se ha convertido en uno de ellos.

El del vestido negro se ríe de Goto Dengo durante su siguiente visita:

—No intento convertirle —dice—. Por favor, no le cuente sus sospechas a sus superiores. Se nos ha prohibido estrictamente ganar prosélitos, y las repercusiones serían brutales.

—No intenta convertirme con palabras —admite Goto Dengo—, sino teniéndome aquí.

—Su inglés no es del todo suficiente.

El nombre de Vestido negro es Padre Ferdinand. Es un jesuita o algo así, con suficiente inglés como para dar lecciones a Goto Dengo.

—¿De qué forma el simple hecho de tenerle aquí constituye proselitismo? —Luego, simplemente para quitar todo apoyo a Goto Dengo, repite lo mismo en un niponés medio decente.

—No lo sé. El arte.

—Si no le gusta el arte, cierre los ojos y piense en el emperador.

—No puedo mantener los ojos cerrados continuamente.

El padre Ferdinand ríe sarcástico.

—¿En serio? La mayoría de sus compatriotas no parece tener dificultad en mantener los ojos bien cerrados desde la cuna hasta la tumba.

—¿Por qué no tienen algo más alegre? ¿Esto es un hospital o una morgue?

—Aquí la Pasión es muy importante —dice el padre Ferdinand.

—¿La Pasión?

—El sufrimiento de Cristo. Está metida en el corazón del pueblo de Filipinas. Especialmente ahora.

Goto Dengo tiene otra queja a la que no puede dar forma hasta que toma prestado el diccionario japonés-inglés del padre Ferdinand y pasa algo de tiempo trabajando con él.

—Veamos si le he entendido —dice el padre Ferdinand—. Cree que cuando le tratamos con misericordia y dignidad, implícitamente intentamos convertirle al catolicismo.

—Vuelve a retorcer mis palabras —dice Goto Dengo.

—Lo que dijo estaba retorcido y yo me he limitado a enderezarlo —responde el padre Ferdinand.

—Intentan convertirme en... uno de ustedes.

—¿Uno de nosotros? ¿Qué quiere decir?

—Una persona inferior.

—¿Por qué querríamos hacer tal cosa?

—Porque tienen una religión de personas inferiores. Una religión de perdedores. Si me convierten en una persona inferior, eso hará que quiera profesar esa religión.

—¿Y al tratarle con decencia intentamos convertirle en una persona inferior?

—En Nipón, no se trataría tan bien a un enfermo.

—No es necesario que nos lo aclare —dice el padre Ferdinand—. Se encuentra en medio de un país en el que la mitad de las mujeres han sido violadas por soldados nipones.

Hora de cambiar de tema.

—«Ignoti et quasi occulti... Societas Eruditorum» —dice Goto Dengo, leyendo la inscripción en el medallón que cuelga del cuello del padre Ferdinand—. ¿Más latín? ¿Qué significa?

—Es una organización a la que pertenezco. Ecuménica.

—¿Qué significa eso?

—Cualquiera puede formar parte de ella. Incluso usted, después de que se recupere.

—Me recuperaré —dice Goto Dengo—. Nadie sabrá que he estado enfermo.

—Excepto nosotros. ¡Oh, comprendo! Quiere decir que ningún nipón lo sabrá. Eso es cierto.

—Pero los otros no se pondrán bien.

—Es cierto. El pronóstico para usted es el mejor de todos.

—Reciben en su seno a esos nipones enfermos.

—Sí. Más o menos se trata de una exigencia de nuestra religión.

—Ahora son personas inferiores. Quieren que se unan a su religión de inferiores.

—Sólo en la medida en que es bueno para ellos —dice el padre Ferdinand—. No es como si fuesen a salir corriendo para construir una nueva catedral o algo similar.

Al día siguiente, se considera que Goto Dengo está curado. Él no se siente curado en absoluto, pero hará lo que sea por salir de la rutina: perder un combate de miradas tras otro contra el Rey de los Judíos.

Espera que le entreguen un petate y le envíen a la estación de autobuses para defenderse por sí mismo, pero en lugar de eso viene un coche a buscarle. Y como si tal acontecimiento no fuese suficiente, el coche le lleva a un campo de aviación donde le espera un avión ligero. Es la primera vez que vuela en avión, y la emoción lo reactiva más que seis semanas en el hospital. El avión despega entre dos montañas verdes y se dirige al sur (a juzgar por la posición del sol) y por primera vez comprende dónde ha estado: en el centro de la isla de Luzón, al norte de Manila.

Media hora más tarde, se encuentra sobre la capital, sobrevolando el río Pasig y luego la bahía, atestada de transportes militares. La cornisa está protegida por una empalizada formada por palmeras. Vistas desde arriba, las palmas se agitan movidas por la brisa marina como colosales tarántulas empaladas. Al mirar por encima del hombro del piloto, distingue un par de pistas de aterrizaje pavimentadas sobre la tierra plana de arrozal al sur de la ciudad, cruzándose en ángulo agudo para formar una X estrecha. El avión ligero vuela con dificultad por entre las ráfagas. Rebota sobre la pista como una pelota de fútbol demasiado hinchada, dejando atrás la mayor parte de los hangares y deteniéndose finalmente cerca de un barracón de guardia aislado donde aguarda un hombre subido a una motocicleta con un sidecar vacío. A Goto Dengo se le indica con gestos que baje del avión y se suba al sidecar; nadie le habla. Va vestido con un uniforme del Ejército de Tierra sin insignia ni rango.

Hay un par de gafas protectoras en el asiento, y se las pone para evitar que los bichos se le metan en los ojos. Se siente un poco nervioso porque no tiene papeles ni órdenes. Pero se les permite salir de la base y llegar a la carretera sin ninguna comprobación.

El motorista es un joven filipino que mantiene continuamente una amplia sonrisa, a riesgo de que los insectos se le metan entre los grandes dientes blancos. Parece creer que tiene el mejor trabajo del mundo entero, y quizá sea así. Vira al sur metiéndose en una carretera que muy probablemente por allí se considera una gran autopista, y comienza a esquivar el tráfico. En su mayor parte está formado por carros tirados por carabaos, enormes animales similares a bueyes con impresionantes cuernos en forma de luna creciente. Hay pocos automóviles, y algún esporádico camión militar.

Durante el primer par de horas la carretera sigue recta y atraviesa la tierra húmeda empleada para cultivar arroz. Goto Dengo entrevé una masa de agua a la izquierda, pero no está seguro si es un lago grande o parte del océano.

—Laguna de Bay —dice el motorista, cuando ve que Goto mira__

Muy hermoso.

Se apartan del lago y se meten en una carretera que sube lentamente por el territorio de la caña de azúcar. De pronto, Goto Dengo ve un volcán: un cono simétrico, oscurecido por la vegetación, cubierto de niebla como si estuviese protegido por una red contra los mosquitos. La gran densidad del aire hace imposible calcular el tamaño o la distancia; podría tratarse de un pequeño cono de cenizas a un lado de la carretera o un inmenso estratovolcán a cincuenta millas de distancia.

Empiezan a aparecer bananos, cocoteros, palmas de aceite, datileras, primero en número reducido, transformando el paisaje en una especie de sabana húmeda. El motorista se mete en un establecimiento de carretera de aspecto desastroso para comprar gasolina. Goto Dengo despliega su cuerpo magullado por el sidecar y se sienta frente a una mesa bajo una sombrilla. Se limpia la capa de suciedad y sudor de la frente con un pañuelo limpio que esa mañana se encontró en el bolsillo y pide algo de beber. Le traen un vaso de agua helada, un cuenco de azúcar local sin refinar y un plato de

calamansis del tamaño de bolas de pinball. Aprieta los calamansis sobre el agua, lo mezcla con azúcar y lo bebe convulsivamente.

El motorista se une a él; le ha gorroneado un vaso de agua gratis a los propietarios. Siempre lleva una sonrisa traviesa, como si él y Goto Dengo compartiesen alguna broma privada. Se lleva un rifle imaginario a la cara y produce un ruido de rasgar con el dedo del gatillo.

—¿Es soldado?

Goto Dengo medita la pregunta.

—No —dice—, no merezco llamarme soldado.

El motorista se muestra asombrado.

—¿No soldado? Pensé que era soldado. ¿Qué es?

Goto Dengo considera decir que es un poeta. Pero tampoco se merece ese título.

—Soy un excavador —dice al fin—. Excavo agujeros.

—Ahh —dice el motorista, como si comprendiese—. Eh, ¿quiere? —Se saca dos cigarrillos del bolsillo.

Goto Dengo se ríe ante la perfección de la estratagema.

—Aquí —le dice al dueño—. Cigarrillos. —El motorista sonríe y devuelve los cigarrillos a su sitio.

El dueño regresa y le entrega a Goto Dengo un paquete de Lucky Strike y una carterita de cerillas.

—¿Cuánto? —dice Goto Dengo, y saca un sobre de dinero que esa misma mañana se encontró en el bolsillo. Saca los billetes y los mira: cada uno está impreso en inglés con las palabras EL GOBIERNO JAPONÉS y luego la cantidad de pesos. En medio se encuentra la imagen de un obelisco achaparrado, un monumento a José P. Rizal situado cerca del Hotel Manila.

El dueño hace una mueca.

—¿Tiene plata?

—¿Plata? ¿El metal?

—Sí —dice el motorista.

—¿Es lo que usa la gente?

El motorista asiente.

—¿Esto no vale? —Goto Dengo sostiene los billetes nuevos y perfectos.

El dueño coge el sobre de la mano de Goto Dengo y cuenta algunos de los billetes de mayor valor, se los mete en el bolsillo y se va.

Goto Dengo rompe el sello del paquete de Lucky Strike, lo golpea un par de veces contra la mesa y abre la cubierta. Además de los cigarrillos, en el interior hay una tarjeta impresa. Puede ver la parte superior: es el dibujo de un hombre con una gorra militar de oficial. La saca lentamente, mostrando la insignia de un águila en la gorra, un par de gafas de sol de aviador, una enorme pipa, una insignia en el pecho con cuatro estrellas y finalmente, en letras mayúsculas, la palabra VOLVERÉ.

El motorista mantiene con toda su voluntad un aire de indiferencia. Goto Dengo le muestra la tarjeta y aquél arquea las cejas.

—No es nada —dice el motorista—. Japón muy fuerte. Japoneses se quedarán por siempre. MacArthur sólo bueno para vender cigarrillos.

Cuando Goto Dengo abre las cerillas, se encuentra con la misma imagen de MacArthur, y la misma palabra, impresa en el interior.

Después de fumar, vuelven a la carretera. Aparecen más conos negros, alrededor, y la carretera empieza a trepar por las colinas y a descender a los valles. Los árboles se van acercando más y más hasta que circulan a través de una especie de jungla cultivada y habitada: piñas cerca del suelo, arbustos de café y cacao en medio, plátanos y cocos en lo alto. Atraviesan un poblado tras otro, cada uno de ellos un conjunto de chozas dispersas reunidas alrededor de una inmensa iglesia blanca, achaparrada y fuerte para sobrevivir a los terremotos. Esquivan en zigzag pilas de cocos dispuestas en los laterales de la carretera principal y penetran en un camino de tierra que serpentea entre los árboles. El sendero ha sido marcado por las ruedas de camiones demasiado grandes para ese camino. El suelo está cubierto de ramas recién cortadas.

Atraviesan un poblado desierto. Perros vagabundos entran y salen de las casas, cuyas puertas bailan sin impedimento. Pilas de cocos verdes y maduros se pudren bajo oleadas de moscas negras.

Una milla más adelante, el bosque cultivado da paso al salvaje y un control militar interrumpe la carretera. Del rostro del motorista desaparece la sonrisa.

Goto Dengo da su nombre a uno de los guardas. Al no saber por qué está allí, no puede decir nada más. Por ahora está bastante seguro de

encontrarse en un campo de prisioneros y de que pronto se convertirá en uno de ellos. A medida que su visión se ajusta, puede ver una barrera de alambre de espinos que salta de árbol en árbol, y una segunda barrera en el interior de la primera. Mirando con atención, puede ver dónde han cavado búnkeres y han edificado fortines y puede realizar un mapa mental de los campos de fuego superpuestos. Ve cuerdas colgando de las copas de árboles altos, de forma que los francotiradores puedan atarse allá arriba si fuese necesario. Todo se ha realizado siguiendo fielmente la doctrina, pero con una perfección que nunca se encuentra en un campo de batalla real, sólo en los campamentos de entrenamiento.

Se asombra al comprender que todas esas fortificaciones tienen como propósito mantener a la gente fuera, no dentro.

Llega una llamada por uno de los teléfonos del campo, se levanta la barrera y se les indica que pasen. Media milla en el interior de la jungla llegan hasta un grupo de tiendas montadas sobre plataformas fabricadas con los troncos de los árboles recién talados para crear el claro. Un teniente les espera a la sombra.

—Teniente Goto, soy el teniente Morí.

—¿Ha llegado hace poco a la Zona de Recursos del Sur, teniente Morí?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Está de pie justo debajo de un cocotero.

El teniente Mori mira directamente hacia arriba y ve que sobre su cabeza cuelgan varías bolas de cañón de color marrón.

—¡Ah, vaya! —dice, y se aparta—. ¿Ha conversado con el motorista?

—Sólo unas palabras.

—¿De qué han hablado?

—Cigarrillos. Plata.

—¿Plata? —El teniente Mori se muestra muy interesado, por lo que Goto Dengo narra toda su conversación.

—¿Le ha dicho que era un excavador?

—Algo así, sí.

El teniente Mori retrocede un paso, se vuelve hacia un soldado que ha estado esperando a un lado y asiente. El soldado levanta la culata del rifle del suelo, coloca el arma en posición horizontal y apunta al motorista.

Cubre la distancia en unos seis pasos acelerando hasta correr y lanza un rugido al clavar la bayoneta en el cuerpo delgado del motorista. La víctima pierde el equilibrio y cae de espaldas emitiendo un gemido casi inaudible. El soldado le hunde la bayoneta en el torso varias veces más, provocando con cada golpe un húmedo sonido silbante allí donde el metal se desliza entre paredes de carne.

El motorista acaba tendido inmóvil sobre el suelo, soltando sangre en todas dirección.

—La indiscreción no se le tendrá en cuenta —le dice el teniente Mori con una sonrisa—, porque no conocía la naturaleza de su nueva tarea.

—¿Perdón?

—Excavar. Ha venido aquí a excavar, Gotosan. —Se coloca firme y le saluda inclinándose mucho—. Permítame ser el primero en felicitarle. Su misión es muy importante.

Goto Dengo devuelve el saludo, sin saber hasta qué punto inclinarse.

—Así que no... —Busca palabras. ¿No estoy en problemas? ¿No soy un paria? ¿No estoy condenado a muerte?— Aquí no soy un inferior.

—Aquí es usted una persona muy superior, Gotosan. Por favor, acompáñeme. —El teniente Mori hace un gesto hacia una de las tiendas.

Mientras Goto Dengo se aleja, oye que el joven motorista murmura algo.

—¿Qué ha dicho? —pregunta el teniente Mori.

—Ha dicho «Padre, a ti te encomiendo mi espíritu». Es algo religioso —le explica Goto Dengo.

*OceanofPDF.com*

# California

Parece que ahora la mitad de las personas que trabajan en el Aeropuerto Internacional de San Francisco son filipinos, lo que ciertamente ayuda a reducir el impacto de la reentrada. A Randy le eligen, como siempre, para un examen exhaustivo de su equipaje por parte de los agentes de aduanas exclusivamente anglosajones. Parece que a las autoridades norteamericanas les irritan los hombres solos que viajan prácticamente sin equipaje. No es tanto que crean que eres un traficante de drogas sino que encajas, de la forma más esquemática posible, en el perfil del traficante de drogas más patológicamente optimista que pueda concebirse, y por tanto les fuerzas a investigarte. Irritados porque les hayas obligado de esa forma, quieren darte una lección: ¡la próxima vez viaja con mujer y cuatro hijos, o facturas algunas maletas enormes, o algo similar, tío! ¿Qué coño estabas pensando? No importa que Randy venga de un sitio donde el aeropuerto está cubierto de tantas señales de MUERTE A LOS TRAFICANTES DE DROGAS como aquí de CUIDADO: SUELO HÚMEDO.

El momento más kafkiano se produce, como siempre, cuando la agente de aduanas le pregunta qué hace para ganarse la vida, y tiene que inventar una respuesta que no suene como la improvisación frenética de un camello con el vientre lleno de condones ominosamente hinchados por la heroína.

—Trabajo para una compañía privada de telecomunicaciones. —Parece ser inocuo.

—Oh, ¿cómo una compañía de teléfonos? —responde la agente, como si no se lo creyese.

—Realmente no nos podemos meter en el mercado telefónico —dice Randy—, así que ofrecemos otros servicios de comunicación. En su mayoría datos.

—Por tanto, ¿debe viajar mucho de un sitio a otro? —pregunta la agente, repasando los coloridos sellos del pasaporte de Randy. La agente establece contacto visual con el agente de mayor graduación, que se acerca a ellos. Ahora Randy siente que empieza a ponerse nervioso, exactamente como le pasaría a un camello, y lucha contra el impulso de secarse las palmas húmedas contra los pantalones, lo que probablemente le conseguiría un viaje a través del túnel magnético de un escaner TAC, una dosis triple de laxante con sabor a metal y varias horas de esfuerzo sobre un cubo de pruebas de acero inoxidable.

—Sí, así es —dice Randy.

El agente de aduanas superior, que intenta ser discreto e informal de tal forma que Randy debe contener un ataque agudo y afligido de risa, comienza a ojear una revista malísima sobre la industria de la comunicación que Randy metió en la cartera al salir de Manila. La palabra INTERNET aparece en la portada al menos cinco veces. Randy mira directamente a los ojos de la agente de aduanas y dice: —Internet.

El rostro de la mujer se ilumina con una comprensión ficticia, y sus ojos amenazan con salirse de sus cuencas. El jefe, todavía profundamente inmerso en un artículo sobre la nueva generación de routers de alta velocidad, echa fuera el labio inferior y asiente, como cualquier otro norteamericano de los noventa que tiene la intuición de que saber de esas cosas es ahora tan intrínsecamente masculino como lo era cambiar ruedas pinchadas para Papá.

—He oído que es un negocio muy excitante —dice la mujer con un tono de voz completamente diferente, y comienza a reunir las pertenencias de Randy en una enorme pila para que pueda guardarlas de nuevo. De pronto se ha roto el maleficio, Randy vuelve a ser un miembro de pleno derecho de la sociedad norteamericana, habiendo superado con alegría el proceso de sufrir un registro ritual por parte del gobierno. Siente el fuerte impulso de dirigirse de inmediato a la armería más cercana y gastarse diez mil dólares. No es que quiera hacerle daño a nadie, es que ahora cualquier autoridad gubernamental le da pánico. Probablemente se ha relacionado demasiado

con el ridículamente armado Tom Howard. Primero una hostilidad hacia la selva tropical, ahora el deseo de poseer armas automáticas; ¿dónde acabará todo eso? Avi le está esperando, una figura alta y pálida de pie junto a la cinta de terciopelo rodeada de un centenar de filipinas frenéticas, que portan gladiolos como si fuesen lanzas medievales. Avi tiene las manos metidas en los bolsillos de un abrigo que barre el suelo, y mantiene la cabeza en la dirección de Randy pero parece que se concentra en un punto a medio camino entre ellos, frunciendo el ceño como si fuese un búho. Era el mismo gesto que adoptaba la abuela de Randy cuando intentaba desenredar un trozo de cuerda sacado del cajón de los trastos. Avi la adopta cuando está haciendo básicamente lo mismo con alguna información nueva y compleja. Debe de haber leído el mensaje de correo electrónico de Randy sobre el oro. Ahora se le ocurre que ha perdido una gran oportunidad de gastarle una broma: podría haber cargado la bolsa con un par de lingotes de plomo y luego pasársela a Avi para dejarlo completamente anonadado. Demasiado tarde. Avi gira sobre el eje vertical cuando Randy se le acerca y luego se pone a andar igualando el paso de Randy. Hay una especie de protocolo inarticulado que dicta cuándo Randy y Avi se darán la mano, cuándo se abrazarán, y cuándo actuarán como si no hubiesen estado separados más que unos minutos. Un intercambio reciente de correos parece constituir una reunión virtual que obvia la necesidad de darse la mano o de abrazarse.

—Tenías razón con respecto a los diálogos malos —es lo primero que dice Avi—. Pasas demasiado tiempo con Shaftoe, viendo las cosas según su punto de vista. No se trataba de enviarte un mensaje, al menos no como lo interpreta Shaftoe.

—Entonces, ¿cómo lo interpretas?

—¿Qué te parecería establecer una nueva moneda? —pregunta Avi.

Con frecuencia, Randy oye fragmentos de conversaciones de negocios de la gente que pasea por los aeropuertos, y siempre van de cómo salió esa presentación tan importante, o quién está en la lista para reemplazar al jefe de administración, o similar. Se enorgullece de encontrarse en lo que cree un plano superior, o al menos discutir temas más extraños en sus intercambios con Avi. Caminan juntos por el arco del anillo interior del Aeropuerto de San Francisco. Un hálito de salsa de soja y jengibre salta de

uno de los restaurantes y nubla la mente de Randy, haciendo que no esté seguro, por un momento, de en qué hemisferio se encuentra.

—Vaya, no es algo en lo que haya pensado mucho —dice—. ¿Es a lo que nos dedicamos ahora? ¿Vamos a establecer una nueva moneda?

—Bien, es evidente que alguien debe crear una que no sea una mierda —dice Avi.

—¿Estamos realizando un ejercicio para mantener la cara seria? —pregunta Randy.

—¿Nunca lees los periódicos? —Avi agarra a Randy por el hombro y lo arrastra hasta un puesto de prensa. Varios periódicos presentan en primera página informaciones sobre la caída de las monedas del sureste asiático, aunque tampoco es que sea noticia.

—Sé que las fluctuaciones monetarias son importantes para Epiphyte —dice Randy—. Pero por dios, es tan tedioso que me gustaría salir corriendo.

—Bien, no es tedioso para ella —dice Avi, sacando tres periódicos diferentes que han decidido imprimir la misma fotografía de agencia:

una encantadora niñita tailandesa haciendo una cola de una milla de largo frente a un banco mientras sostiene un único billete de dólar norteamericano.

—Sé que para algunos de nuestros clientes es muy importante —dice Randy—. Simplemente no pensaba que fuese una oportunidad empresarial.

—No, piénsalo —dice Avi. Cuenta algunos dólares de los suyos para pagar los periódicos, luego vira hacia la salida. Penetran en un túnel que lleva hasta los aparcamientos—. El sultán opina que...

—¿Has estado pasando el tiempo con el sultán?

—Principalmente con Pragasu. ¿Vas a dejarme terminar? Decidimos establecer la Cripta, ¿no?

—Sí.

—¿Qué es la Cripta? ¿Recuerdas su función original?

—Almacenamiento de datos seguro, anónimo y sin regular. Un refugio de datos.

—Sí. Un pequeño cubo de agua. Y se nos ocurrieron muchas aplicaciones.

—Chico, vaya si lo hicimos —dice Randy, recordando las largas noches alrededor de mesas de cocina y en habitaciones de hotel, escribiendo versiones del plan de negocios que ahora son tan antiguas y están tan perdidas como los hológrafos de los Cuatro Evangelios.

—Una idea era la banca electrónica. Demonios, incluso predijimos que podría ser una de las aplicaciones más importantes. Pero cuando un plan de negocios entra en contacto con el mercado real, el mundo real, de pronto muchas cosas quedan claras. Puede que hayas pensando en media docena de mercados potenciales para tu producto, pero tan pronto como abres las puertas, uno de ellos salta del grupo y se vuelve tan importante en un instante que el buen sentido empresarial te dicta que abandones los demás y concentres todos tus esfuerzos.

—Y eso es lo que ha sucedido con la banca electrónica —dice Randy.

—Sí. Durante nuestras reuniones en el palacio del sultán —dice Avi—. Antes de esas reuniones, supusimos... bien, ya sabes lo que supusimos. Lo que sucedió de verdad es que la sala estaba llena de tipos que sólo estaban interesados en la banca electrónica. Ésa fue nuestra primera pista. Luego, ¡esto! —Levanta los periódicos y golpea a la niña del dólar con el revés de la mano—. Bien, ahora nos dedicamos a ese negocio.

—Somos banqueros —dice Randy. Tendrá que repetírselo a sí mismo durante una temporada hasta que llegue a creérselo, como «Luchamos con todas nuestras fuerzas por defender las metas del vigésimo tercer congreso del partido».

*Somos banqueros. Somos banqueros*

—Antes los bancos emitían su propia moneda. En el Smithsonian pueden verse esos viejos billetes. «Primer Banco Nacional de South Bumfuck entregará diez entrañas de cerdo al portador», o similar. Eso tuvo que dejar de hacerse porque el comercio se volvió no local... era preciso que pudieses llevarte tu dinero contigo cuando ibas al oeste, o adónde fuese.

—Pero si estamos conectados, el mundo entero es local —dice Randy.

—Sí. Así que sólo precisamos algo para respaldar la moneda. El oro estaría bien.

—¿Oro? ¿Estás de broma? ¿No está pasado de moda?

—Así era, hasta que todas esas monedas sin respaldo del sureste asiático se fueron por el desagüe.

—Avi, para ser sincero, sigo bastante confundido. Parece que das vueltas para decirme que ese viajecito mío para ver el oro en la selva no ha sido una coincidencia. Pero ¿cómo podemos usar ese oro para respaldar nuestra moneda?

Avi se encoge de hombros como si fuese un detalle tan simple que ni siquiera se hubiese molestado en pensar en él.

—No es más que cuestión de llegar a un acuerdo.

—Oh, dios.

—Las personas que te enviaron el mensaje quieren hacer negocios con nosotros. Tu viaje a ver el oro ha sido una comprobación de crédito.

Recorren el túnel hacia el aparcamiento, atrapados tras los miembros de un clan extendido de asiáticos del sureste ataviados con peinados elaborados. Quizá todo el pool genético remanente de algún grupo minoritario de las montañas ya casi extinto. Sus pertenencias viajan en gigantescas cajas envueltas en cordón sintético de color rosa intenso que se balancean en lo alto de los carritos de equipaje.

—Una comprobación de crédito. —Randy odia cuando se queda tan atrás en una conversación con Avi que lo único que puede hacer es repetir frases sin convicción.

—¿Recuerdas que cuando tú y Charlene comprasteis esa casa el banco tuvo que mirarla primero?

—La compré al contado y en efectivo.

—Vale, vale, pero en general, antes de que un banco extienda la hipoteca de una casa, la inspecciona. No necesariamente con mucho detalle. Simplemente uno de los ejecutivos del banco pasa por allí para verificar que efectivamente existe y que está donde los documentos dicen, y demás.

—Bien, ¿así que eso fue mi viaje a la selva?

—Sí. Algunos de los, eh, participantes potenciales del proyecto querían dejar claro que, efectivamente, poseían el oro.

—Con sinceridad, debo preguntarme qué significa «posesión» en este caso.

—Yo también —dice Avi—. Lo he estado reflexionando. —De ahí, piensa Randy, el aspecto cansado que ofrecía en el aeropuerto.

—Simplemente pensé que querían venderlo —dice Randy.

—¿Por qué? ¿Por qué iban a venderlo?

—Para convertirlo en dinero líquido. De forma que puedan comprar tierras. O cinco mil pares de zapatos. O lo que sea.

Avi estruja la cara, decepcionado.

—Oh, Randy, no es digno de ti, aludir a los Marco. El oro que viste era calderilla comparado con lo que extrajo Ferdinand Marcos. La gente que planeó tu viaje a la selva son satélites de satélites de él.

—Bien. Considera esto una petición de ayuda —dice Randy—. Parece que estamos intercambiando palabras, pero cada vez comprendo menos.

Avi abre la boca para responder, pero en ese momento los animistas disparan la alarma de su coche. Incapaces de interrumpirla, forman un círculo alrededor del coche y se sonríen los unos a los otros. Avi y Randy ganan velocidad y se adelantan.

Avi se detiene como en un frenazo y se endereza.

—Hablando de no entender —dice—, tienes que comunicarte con esa chica. Amy Shaftoe.

—¿Ha estado comunicándose contigo?

—Durante una conversación telefónica de veinte minutos, ha formado una relación profunda y eterna con Kia —dice Avi.

—Eso me lo creo sin vacilación.

—Ni siquiera es como si hubiesen llegado a conocerse. Es como si se hubiesen conocido en una vida anterior y se reencontrasen.

—Sí. ¿Y?

—Kia considera que ahora es parte de su deber y honor presentar un frente unido con America Shaftoe.

—Ahora empiezo a entender —dice Randy.

—Actuando como una especie de agente emocional o abogado de Amy, Kia me ha dejado claro que nosotros, Epiphyte Corporation, le debemos a Amy toda nuestra atención y preocupación.

—¿Y qué quiere Amy?

—Ésa fue mi pregunta —dice Avi—, y se me hizo sentir muy mal por atreverme a plantearla. Lo que sea que nosotros, tú, debes a Amy es algo tan evidente que el simple hecho de manifestar la necesidad de expresarlo en palabras es... simplemente... terriblemente...

—Mezquino. Insensible.

—Grosero. Brutal.

—Un ejercicio bastante claro e infantil en la forma más rastrera de, de...

—De evadir la responsabilidad personal por los propios y terribles errores.

—Supongo que los ojos de Kia estaban en blanco. El labio doblado.

—Tomó aliento como para dejarme bien claro lo que pensaba, pero luego se lo pensó mejor.

—No porque seas su jefe. Sino simplemente porque nunca llegarías a comprenderlo.

—No es más que uno de esos males que cualquier mujer que haya vivido un poco debe aceptar y tragar.

—Las que conocen la injusta realidad. Sí —dice Randy.

—Eso.

—Vale, puedes decirle a Kia que las necesidades y exigencias de su cliente han sido debidamente comunicadas a la parte culpable...

—¿Así ha sido?

—Dile que el hecho de que su cliente tiene necesidades y exigencias se le ha insinuado con todo su peso y que ahora se entiende que me toca mover ficha a mí.

—¿Y que podemos instalarnos en una especie de distensión mientras se prepara la respuesta?

—Claro. Kia puede volver a sus funciones normales por el momento.

—Gracias, Randy.

El Range Rover de Avi está aparcado en la zona más remota del tejado de la rampa de aparcamiento, en el centro de unos veinticinco espacios vacíos que forman una especie de buffer de seguridad. Cuando han atravesado como la mitad del glacis, los faros del vehículo parpadean y Randy oye los chasquidos preparatorios de un sistema de sonido que está acumulando energía.

—El Range Rover nos ha detectado en su radar Doppler —dice Avi a la ligera.

El Range Rover habla con una ominosa voz similar a la del mago de Oz con el nivel de decibelios de la zarza ardiente.

—¡Cerbero les está siguiendo! ¡Por favor, alteren de inmediato su curso!

—No puedo creer que hayas comprado uno de ésos —dice Randy.

—¡Se han detenido en el perímetro defensivo de Cerbero! Retrocedan. Retrocedan —dice el Range Rover—. Hay un destacamento armado en alerta.

—Es el único sistema de alarma criptográficamente seguro —dice Avi, como si eso explicase algo. Saca las llaves unidas a una pieza negra de policarbonato con las mismas dimensiones y número de botones que un control remoto de televisión. Teclea una larga serie de dígitos y corta la voz justo cuando está proclamando que Randy y Avi están siendo grabados por una cámara de vídeo digital sensible al infrarrojo cercano.

—Normalmente no hace esto —dice Avi—. Lo he puesto en la situación de alerta máxima.

—¿Qué es lo peor que podría pasar? ¿Que alguien te robara el coche y que la compañía de seguros tuviera que comprarte uno nuevo?

—Eso sería lo de menos. Lo peor que podría suceder es tener una bomba en el coche o, aunque eso no sería tan terrible, que alguien pusiese un micro y escuchase todo lo que digo.

Avi lleva a Randy por la falla de San Andrés hasta su casa en Pacifica, que es donde Randy deja el coche cuando está fuera del país. La esposa de Avi, Devorah, está en el médico por un examen prenatal de rutina y los chicos en el colegio o paseando por el vecindario de la mano de las dos duras israelíes expertas en lucha libre que tienen por niñeras. Las niñeras de Avi tienen las almas de veteranos soldados de elite soviéticos contenidas en los cuerpos de núbiles muchachitas de dieciocho años. La casa está por completo dedicada a la crianza de niños. El comedor formal ha sido transformado en un barracón con camastros montados a mano con tableros sin barnizar, el salón está lleno de capazos y mesitas y cada centímetro cuadrado de la moqueta barata ha sido poblado por un par de docenas de escamas brillantes, de diversos colores festivos, que si alguien quisiese eliminar sólo podría hacerlo por medio de una extracción microquirúrgica directa, escama a escama. Avi entrega a Randy un sándwich de pavo boloñés y ketchup sobre pan común Wonderoid. Todavía es demasiado temprano en Manila para que Randy llame a Amy y arregle lo que haya hecho mal. Debajo de ellos, en la oficina del sótano de Avi, un fax chilla y

cruje como un pájaro atrapado en una lata de café. Sobre la mesa está extendido un mapa laminado de la CIA que muestra Sierra Leona, sobresaliendo por aquí y por allá bajo numerosos estratos superpuestos de platos sucios, periódicos, libros de colorear y borradores del plan de negocio de Epiphyte(2).

En algunos puntos del mapa hay Post-it con notas en las que la letra reconocible de Avi cuando usa una pluma de dibujo Rapidograph triple cero hace una latitud y una longitud con muchas cifras significativas, y una especie de resumen de lo sucedido allí: «5 mujeres, 2 hombres, 4 niños, con machetes - fotos:» y un número de serie de la base de datos de Avi.

Randy se sintió algo grogui durante el camino y algo irritable por que fuese de día a una hora tan inapropiada, pero después del sándwich su metabolismo intenta conectar con el espíritu de la situación. Ha aprendido a hacer surf sobre esos misteriosos oleajes endocrino-lógicos.

—Voy a empezar a ponerme en marcha —dice, y se pone en pie.

—Una vez más, tu plan general.

—Primero voy al sur —dice Randy, no queriendo dar, por superstición, el nombre del lugar donde solía vivir—. Espero no estar allí más de un día. Luego el desfase horario me golpeará como una caja fuerte caída del cielo, así que me encerraré en algún sitio y veré baloncesto a través de la V de mis pies quizá durante un día. Luego me dirigiré al norte, al condado de Palouse.

Avi arquea las cejas.

—¿A casa?

—Sí.

—Eh, antes de que me olvide... ¿cuando estés allí podrías buscarme información sobre los Whitman?

—¿Te refieres a los misioneros?

—Sí. Fueron a Palouse a convertir a los indios Cayuse, que eran magníficos jinetes. Tenían las mejores intenciones, pero por accidente les contagiaron las paperas. Otra tribu aniquilada por entero.

—¿Realmente cae dentro de los límites de tu obsesión? ¿Genocidio involuntario?

—Los casos anómalos son muy útiles para ayudarnos a delimitar los límites del estudio.

—Veré qué puedo encontrar sobre los Whitman.

—¿Puedo preguntar —dice Avi— por qué vas allí? ¿Visita familiar?

—Mi abuela va a trasladarse a un centro de cuidados. Sus hijos se reúnen para dividirse el mobiliario y demás, lo que me resulta un poco macabro, pero no es culpa de nadie y debe hacerse.

—¿Y vas a participar?

—Voy a evitarlo en la medida de lo posible, porque probablemente será una carnicería. En años por venir, los miembros de la familia no se hablarán porque no recibieron el aparador Gomer Bolstrood de mamá.

—¿Qué les pasa a los anglosajones con los muebles? ¿Podrías explicármelo?

—Yo voy porque encontramos un trozo de papel, en un maletín que había en un submarino nazi hundido en el pasaje de Palawan en el que se lee: «WATERHOUSE - LAVENDER ROSE.»

Ahora Avi parece perplejo, lo que a Randy le resulta muy satisfactorio. Se pone en pie y sube al coche, y comienza a conducir en dirección sur por la costa, el camino más hermoso.

*OceanofPDF.com*

# Órgano

Durante aproximadamente una semana, el dolor y la hinchazón de la mandíbula suprimen la libido de Lawrence Waterhouse. Después, el dolor y la hinchazón en la entrepierna se hacen más intensos y comienza a rebuscar entre sus recuerdos del baile, preguntándose si ha hecho progresos con Mary cCmndhd.

Se despierta de pronto a las cuatro de una mañana de domingo, cubierto de sudor desde los pezones a los pies. Rod sigue durmiendo como un bebé, gracias a dios, por lo que si ha gemido o gritado nombres durante el sueño es probable que Rod no lo haya oído. Waterhouse intentar limpiarse sin hacer mucho ruido. No quiere siquiera considerar cómo va a explicar el estado de las sábanas a Quien Sea Que Las Lave. «Fue completamente inocente, señora McTeague. Soñaba que bajaba con el pijama puesto y que Mary estaba sentada en el salón ataviada con su uniforme, bebiendo, y al volverse y mirarme a los ojos no pude controlarme y ¡aaaAAAHHH! ¡OH! ¡OH! ¡OH! ¡OH! ¡OH! ¡OH! ¡OH! ¡OH! ¡OH! ¡OH! Y luego me desperté y mire lo que había pasado.»

La señora McTeague (y otras damas de avanzada edad en todo el mundo) hacen la colada sólo porque es su misión en la gigantesca Conspiración de Control de la Eyaculación que, como tardíamente empieza a comprender Waterhouse, domina todo el planeta. Sin duda tiene unos formularios en el sótano, junto a los rodillos de escurrir, donde apunta el volumen y la frecuencia de las eyaculaciones de sus cuatro inquilinos. Las hojas de datos se envían por correo a un centro similar a Bletchley Park situado en algún lugar (Waterhouse supone que está oculto tras la fachada

de un convento en el estado de Nueva York), donde los números de todo el mundo se tabulan en máquinas de la Electrical Till Corporation y los resultados impresos se acumulan en carritos que se llevan a las oficinas de las altas sacerdotisas de la conspiración, vestidas con ropas blancas muy almidonadas y grabadas con el emblema de la conspiración: un pene atrapado entre los rodillos de escurrir. Las sacerdotisas estudian los datos con sumo cuidado. Observan que Hitler sigue sin correrse, y se debate si permitírselo le calmaría un poco o por el contrario le daría alas para descontrolarse aún más. Pasarán meses antes de que el nombre de Lawrence Pritchard Waterhouse llegue a lo alto de la lista, y meses para que se envíen órdenes a Brisbane, e incluso así las órdenes podrían condenarle a otro año de esperar a que Mary cCmndhd se presente en sus sueños sosteniendo una taza de té.

La señora McTeague y otras miembros de la CCE (como Mary cCmndhd y básicamente todas las mujeres jóvenes) se sienten ofendidas por las chicas fáciles, prostitutas y burdeles, no por razones religiosas, sino porque ofrecen un refugio en el que los hombres puede tener eyaculaciones sin que sean controladas, medidas y seguidas de ninguna forma. Las prostitutas son renegadas, colaboradoras.

Todo eso llega a la mente de Waterhouse mientras yace tendido en la cama húmeda entre las cuatro y las seis de la mañana, meditando sobre su lugar en el mundo con la claridad cristalina que sólo puede obtenerse por medio de una agradable noche de sueño seguida de la emisión de varias semanas de producción de semen. Ha llegado a una encrucijada en el camino.

La noche anterior, antes de que Rod llegase, sacó brillo a los zapatos, explicando a los demás que la mañana siguiente tendría que estar guapo y despertarse pronto para ir a la iglesia. Waterhouse sabe bien lo que eso significa, habiendo pasado más de un sabbath en Qwghlm, encogiéndose y avergonzándose bajo la mirada de los lugareños, enfadados porque él parecía estar usando su equipo huffduff en el día del descanso. Les había visto los domingos por la mañana entrar arrastrando los pies en la enfermiza capilla de mil años y piedra negra para asistir al servicio de tres horas. Demonios, Waterhouse incluso había vivido en una capilla qwghlmiana durante varios meses. Su penumbra bañaba todo su ser.

Ir a la iglesia con Rod significa entregarse a la CCE, convertirse en uno de sus secuaces. La alternativa es un lupanar.

Aunque creció en iglesias criado por personas de la Iglesia, Waterhouse (como debe de ser evidente a estas alturas) no llegó a comprender nunca su posición con respecto al sexo. ¿Por qué les preocupaba tanto ese aspecto de la humanidad, cuando había otros como el asesinato, la guerra, la pobreza y la pestilencia?

Ahora, al fin, lo comprende: las Iglesias no son más que una rama de la CCE. Y lo que hacen, cuando atruenan contra el sexo, es intentar asegurarse de que los jóvenes siguen el programa de la CCE.

Por tanto, ¿cuál es el resultado final de los esfuerzos de la CCE? Waterhouse mira el techo, que empieza a entreverse gracias a la luz del sol que se eleva por el oeste, o el norte, o por donde diablos se levante en el hemisferio sur. Realiza un inventario rápido del mundo y descubre que básicamente la CCE controla todo el planeta, países buenos y malos por igual. Que todos los hombres respetables de éxito son secuaces de la CCE, o al menos le tienen tanto miedo que fingen serlo. Las personas que no pertenecen a la CCE viven al margen de la sociedad, como las prostitutas, o han sido relegadas a la clandestinidad y deben invertir grandes esfuerzos en mantener una fachada falsa. Si te sometes y te conviertes en un secuaz de la CCE, recibes una carrera, familia, hijos, riqueza, una casa, puchero, colada limpia y el respeto de todos los otros secuaces de la CCE. Tienes que pagar en forma de una irritación sexual crónica que sólo puede ser aliviada por, y a la discreción y conveniencia, de la persona designada por la CCE: tu esposa. Por otra parte, si rechazas a la CCE y sus obras, no puedes, por definición, tener una familia, y tus opciones laborales se limitan a chulo, gángster o marinero de cuarenta años.

Mierda, en lo que a conspiraciones se refiere ni siquiera es tan mala. Construyen iglesias y universidades, educan a los niños, instalan columpios en los parques. En ocasiones inician una guerra y matan a diez o veinte millones de personas, pero no es más que una gota en comparación con la gripe, que la CCE combate recordando continuamente a la gente que se lave las manos y se tape la boca al estornudar.

El despertador. Rod sale de la cama como si estuviese produciéndose un ataque aéreo nipo. Waterhouse contempla el techo durante unos minutos

más, titubeando. Pero sabe a dónde va y no tiene sentido malgastar más tiempo. Va a la iglesia, y no porque haya renunciado a Satanás y su obra, sino porque quiere follarse a Mary. Casi no puede evitar estremecerse cuando expresa (sólo para sí) ese hecho tan terrible. Pero lo extraño de la iglesia es que ofrece un contexto especial en el que es perfectamente correcto querer follarse a Mary. Siempre que vaya a la iglesia, puede querer follarse a Mary todo lo que quiera, puede dedicar todo su tiempo, dentro y fuera de la iglesia, a pensar en follarse a Mary. Puede incluso hacerle saber que quiere follársela siempre que pueda expresarlo de forma más indirecta. Y si atraviesa saltando ciertos aros (aros de oro) puede incluso follarse de verdad a Mary, y será perfectamente aceptable, y en ningún momento tendrá que sentir el más mínimo rastro de vergüenza o culpa.

Sale de la cama, sobresaltando a Rod, quien (al ser una especie de comando de la selva) se sobresalta con facilidad.

—Voy a follarme a tu prima hasta que la cama se convierta en un montón de astillas —dice Waterhouse.

En realidad lo que dice es:

—Voy a la iglesia contigo. —Pero Waterhouse, el criptólogo, está usando un código secreto. Está empleando un código recién inventado, que sólo él conoce. Sería muy peligroso que alguien llegase a romper el código, pero es imposible porque sólo hay una copia y está en la cabeza de Waterhouse. Aún así, Turing es lo suficientemente inteligente para romperlo, pero está en Inglaterra, y pertenece al bando de Waterhouse, así que no lo revelaría.

Unos minutos después, Waterhouse y cCmndhd bajan, en dirección a la «iglesia», que en el código secreto de Waterhouse significa «Cuartel general de la campaña de 1944 de follarse a Mary».

Mientras salen al frío aire de la mañana puede oír que la señora McTeague corre a su dormitorio para arreglar las camas e inspeccionar las sábanas. Waterhouse sonríe, pensando que acaba de quedar impune; las pruebas incriminatorias y abrumadoras en la ropa de cama quedarán casi por completo compensadas por el hecho de haberse levantado temprano e ir a la iglesia.

Espera la reunión de un grupo de oración en el sótano de alguna tienda de productos secos, pero resulta que a los qwghlmianos del interior los

enviaron a Australia en masa. Muchos de ellos se asentaron en Brisbane. En el centro consiguieron construir una Iglesia Eclesiástica Unida a partir de arenisca beige y basta. Tendría un aspecto inmenso, sólido y casi opulento si no estuviese justo frente a la Iglesia Eclesiástica Universal, que es el doble de grande y ha sido edificada con piedra caliza bien cortada. Qwghlmianos del exterior, ataviados con los tradicionales grises y negros, y con frecuencia en trajes de la Marina, suben los amplios escalones ennegrecidos por el tiempo de la Iglesia Eclesiástica Universal, girando en ocasiones la cabeza para lanzar miradas de desaprobación al otro lado de la calle, a los qwghlmianos vestidos para la temporada (verano en Australia) y con uniformes del Ejército de Tierra. Para Waterhouse es evidente que lo que les molesta es la música que sale de la Iglesia Eclesiástica Unida cuando las puertas de esmalte rojo permanecen abiertas. El coro ensaya y el órgano suena. Pero comprueba a media manzana de distancia que algo le pasa al instrumento.

El aspecto de las mujeres de Qwghlm Interior vestidas con colores pastel y sombreros alegres le resulta tranquilizador. No parecen personas que se dediquen a realizar sacrificios humanos. Waterhouse intentar subir los escalones con vitalidad como si realmente quisiese estar allí. Luego recuerda que efectivamente quiere estar allí, porque todo es parte del plan para follarse a Mary.

Los parroquianos hablan todos en qwghlmiano, saludándose los unos a los otros y diciéndole cosas agradables a Rod, quien evidentemente está bien considerado. Waterhouse no tiene ni idea de qué están diciendo, pero le conforta la idea de que la mitad de ellos tampoco lo sabe. Penetra en el pasillo central de la iglesia, mira a lo largo hasta el altar, con el coro detrás cantando maravillosamente; Mary se encuentra allí, en la sección contralto, ejercitando sus propios órganos de emisión vocal, que están enmarcados de forma muy atractiva por la estola de satén de su uniforme del coro. Por encima y detrás del coro, un enorme y antiguo órgano de tubo extiende sus alas, como un águila disecada que llevase cincuenta años metida en un ático. Zumba y silba asmático, y emite tonos extraños y discordantes cuando se emplean ciertos registros; eso sucede cuando se abre una válvula, y se llama una cifra. Waterhouse lo sabe todo sobre cifras.

Dejando de lado el patético órgano, el coro es espectacular, y alcanza un conmovedor clímax en armonía de seis partes mientras Waterhouse recorre el pasillo, preguntándose si su erección será visible. Un chorro de luz penetra por el rosetón de cristal pintado por encima del órgano y sujeta a Waterhouse en su luz llamativa. O quizá sólo lo parezca, porque él acaba de comprenderlo todo.

Waterhouse va a reparar ese órgano de iglesia. Es seguro que el proyecto tendrá beneficios positivos en su propio órgano, un instrumento de un sólo tubo que necesita atención con igual urgencia.

Resulta que, como todos los grupos étnicos que han sido jodidos constantemente durante mucho tiempo, los qwghlmianos del interior tienen una música genial. No sólo eso, sino que además se lo pasan bien en la iglesia. El pastor tiene sentido del humor. La situación es tan soportable como podría serlo ir a la iglesia. Waterhouse apenas presta atención porque está mirando muy fijamente: primero a Mary, luego al órgano (intentado descubrir su construcción) y luego otra vez a Mary durante un ratito.

Se siente indignado y ofendido cuando, después del servicio, los poderes fácticos se muestran renuentes a permitirle a él, un extraño total y encima un yanqui, abrir el panel frontal de acceso y cacharrear con el mecanismo interno del órgano. El pastor es bueno juzgando a las personas, un poco demasiado bueno para lo que conviene a Waterhouse. El organista (y por tanto la autoridad final en todos los aspectos orgánicos) tiene aspecto de haber sido enviado a Australia con la primera carga de convictos después de ser condenado, en el Old Bailey —el Tribunal Criminal Central—, por hablar demasiado alto, tropezar con las cosas, no atarse bien los cordones de los zapatos y superar el máximo no escrito de caspa de la Sociedad de forma, lo que ofendía la dignidad de la Reina y del Imperio.

Todo ello conduce a una reunión tensa y complicada en un aula de la escuela dominical cerca del despacho del pastor, que se llama reverendo Dr. John Mnrh. Es un tipo corpulento de cara roja que está claro que preferiría tener la cabeza metida en un tonel de cerveza a tener que aguantar todo esto sólo porque sea bueno para su alma inmortal.

La reunión se convierte en esencia en una oportunidad para que el organista, el señor Drkh, pueda descargar sus opiniones sobre la astucia de los japoneses, por qué la invención del sistema de afinación temperado fue

una mala idea y toda la música escrita desde entonces ha sido un mezquino compromiso, las excelentes cualidades del General, la importancia numerológica de las longitudes de los diversos tubos del órgano, cómo la libido excesiva de las tropas norteamericanas podría controlarse con ciertos suplementos en la dieta, cómo los modos asombrosamente hermosos de la música tradicional de Qwghlm no se adaptan especialmente bien al sistema temperado, cómo los sospechosos parientes germánicos del rey planean apoderarse del Imperio y entregárselo a Hitler y, primero y más importante, que Johann Sebastián Bach era un mal músico, un compositor aún peor, un malvado, un adúltero, y la cabeza visible de una conspiración mundial, con su centro en Alemania, que lentamente ha estado apoderándose del mundo durante los últimos siglos empleando el sistema de afinación temperado como una especie de frecuencia portadora para llevar sus ideas (que tienen su origen en los Illuminati bávaros) a las mentes de todos los que escuchan su música, especialmente la música de Bach. Y —por cierto— cómo la mejor forma de luchar contra esa conspiración es tocar y escuchar la música tradicional de Qwghlm, que, en caso de que el señor Drkh no lo haya dejado perfectamente claro, es totalmente incompatible con el sistema de afinación temperado, debido a su escala asombrosamente hermosa, pero numerológicamente perfecta.

—Sus ideas sobre numerología son muy interesantes —dice Waterhouse, en voz alta, sacando al señor Drkh de la senda retórica—. Yo mismo estudié con los doctores Turing y von Neumann en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton.

El padre John se despierta de pronto y el señor Drkh pone cara de haber recibido por la espalda un disparo de calibre cincuenta. Está claro que el señor Drkh ha disfrutado de una larga carrera siendo la persona más rara en cualquier habitación, pero está a punto de ser derribado envuelto en llamas.

En general, Waterhouse no es muy bueno en los vuelos de exhibición, pero está cansado, molesto y salido, y en medio de una puta guerra, y en ocasiones, simplemente, es preciso hacer una exhibición. Sube al podio, busca un trozo de tiza y empieza a escribir ecuaciones en la pizarra como si fuese un cañón antiaéreo. Utiliza el sistema temperado como punto de partida, de ahí avanza a las regiones más ignotas de la teoría de números avanzada, de pronto da un giro de regreso a la escala modal de Qwghlm,

sólo para que no se confíen, y luego regresa con brusquedad a la teoría de números. Durante el proceso, da con algún material interesante que no cree que haya aparecido todavía en la literatura, así que se aleja unos minutos de las chorradas estrictas para explorarlas y llega incluso a demostrar algo que probablemente podría publicarse en una revista de matemáticas si algún día lo pone por escrito como dios manda. El descubrimiento le recuerda que no es malo en matemáticas cuando hace poco que ha eyaculado, y eso a su vez da alas a su decisión de cumplir el plan de follarse a Mary.

Al fin, se da la vuelta, por primera vez desde que ha empezado. Tanto el padre John como el señor Drkh están atónitos.

—¡Dejen que se lo demuestre! —suelta Waterhouse, y sale con grandes zancadas de la habitación sin molestarse en mirar atrás. Ya en la iglesia, se dirige a la consola, sopla la caspa de las teclas, le da al interruptor principal. Los motores eléctricos se encienden, tras el panel, y el instrumento comienza a gemir y a quejarse. No importa, puede ahogar el sonido. Examina la fila de registros: ya sabe de qué dispone este órgano, porque lo ha escuchado y lo ha deducido. Comienza a sacar tiradores.

Waterhouse se dispone a demostrar que Bach puede sonar bien incluso tocado en el órgano del señor Drkh, si elige la clave correcta. Justo cuando el padre John y el señor Drkh están a medio camino por el pasillo, Waterhouse se lanza a esa vieja favorita *Tocata y fuga en re menor,* excepto que la transporta a do sostenido menor mientras toca, porque (según un cálculo muy elegante que ha realizado mentalmente mientras corría por el pasillo) así debería sonar bien al tocarla en el mutilado sistema de afinado del señor Drkh.

Al principio transportar le resulta incómodo y da algunas notas falsas, pero luego le sale con naturalidad y realiza la transición de la tocata a la fuga con tremendo brío y confianza. Bolas de polvo y salvas de cagadas de ratón saltan de los tubos cuando Waterhouse invoca filas enteras que no se han usado en décadas. La mayoría son potentes registros de lengüeta difíciles de afinar. Waterhouse siente que la maquinaría de presión lucha por mantenerse ante esas pretensiones tan poco habituales. El espacio del coro se llena de un resplandor brillante a medida que el polvo salta de los tubos y llena el aire, reflejando la luz que entra por el rosetón. Waterhouse se equivoca con un pedal, rencoroso se quita los terribles zapatos y comienza a

golpear los pedales como solía hacerlo en Virginia, con los pies desnudos, la trayectoria de los graves marcada sobre los pedales de madera por líneas de la sangre que le sale de las ampollas. Ese organillo tiene unos desagradables registros de lengüeta en los pedales, capaces de provocar un terremoto, probablemente instalados deliberadamente para irritar a los qwghlmianos del exterior que rezan al otro lado de la calle. Ninguna de las personas que visitan esa iglesia han oído esos registros en acción, pero ahora Waterhouse los está usando muy bien, disparando acordes potentes como salvas desde los poderosos cañones del acorazado *Iowa*.

Durante todo el servicio, durante el sermón, la lectura de las escrituras y las oraciones, cuando no pensaba en follarse a Mary, pensaba en cómo iba a arreglar ese órgano. Pensaba de nuevo en el órgano con el que había trabajado en Virginia, en los registros que permitían que el aire fluyese a distintas filas de tubos y en las teclas que activaban todos los tubos libres. Ahora tiene ese órgano completamente visualizado en la mente, y mientras toca el final de la figura, se abre la parte alta de su cráneo, la luz filtrada en rojo penetra en su interior, ve por completo la máquina en su mente, como en la visión ampliada de un dibujante. Luego se transforma en una máquina ligeramente diferente, un órgano que funciona con electricidad, con filas de tubos de vacío aquí y un entramado de relés allá. Ya tiene la respuesta a la pregunta de Turing: cómo tomar una estructura de datos binarios y enterrarla en la circuitería de una máquina pensante para que pueda recuperarse posteriormente.

Waterhouse ya sabe cómo crear una memoria electrónica. ¡Debe ir de inmediato a escribirle una carta a Alan!

—Perdónenme —dice y sale corriendo de la iglesia.

Por el camino, roza a una joven que ha permanecido sentada boquiabierta durante toda su actuación. Cuando está a varias manzanas de distancia, se da cuenta de dos detalles: que camina por la calle descalzo y que la joven era Mary cCmndhd. Tendrá que volver más tarde para recuperar los zapatos y quizá follársela. ¡Pero lo primero es lo primero!

*OceanofPDF.com*

# Hogar

La pesadilla del deslizamiento termina y Randy abre los ojos. Se encontraba en su coche, recorriendo la autopista de la costa del Pacífico, cuando algo falló en la dirección. El coche empezó a derrapar, primero hacia el acantilado vertical de piedra a la izquierda y luego a la derecha, hacia la caída con enormes piedras dentadas al fondo que sobresalían entre las furiosas olas. Por la autopista se paseaban despreocupadamente enormes rocas. No podía virar; la única forma de dejar de moverse es abrir los ojos.

Está tendido sobre un saco de dormir que reposa sobre un suelo brillante de arce que no está horizontal, y es por eso que ha tenido ese sueño de deslizarse. El conflicto entre ojos y oído interno le hace sufrir un espasmo, lucha por plantar ambas manos contra el plano del suelo. America Shaftoe está sentada, con vaqueros y descalza, bajo la luz azul que entra por la ventana, con pasadores para el pelo sobresaliendo entre sus labios agrietados, mirándose la cara en un triángulo isósceles de espejo cuyos bordes afilados presionan pero no cortan la piel rosada de sus dedos. Una red de líneas de plomo cuelga en el marco vacío de la ventana, con algunos rombos de cristal tintado todavía atrapados en los intersticios. Randy levanta ligeramente la cabeza y mira hacia abajo, hacia una esquina de la habitación, y ve un gran montón de trozos de vidrio barridos hasta ese punto. Se da la vuelta, mira por la puerta más allá del pasillo hasta lo que solía ser la oficina de Charlene. Allí, Robin y Marcus Aurelius Shaftoe comparten un colchón doble, una escopeta y un rifle, un par de grandes

linternas de policía, una Biblia y un libro de texto de cálculo matemático, todo bien dispuesto en el suelo junto a ellos.

La sensación de pánico de la pesadilla, la necesidad de ir a algún sitio y hacer algo, va decreciendo. Estar tendido allí, en los restos de su casa, oyendo el cepillo de Amy que recorre su pelo, lanzando chasquidos de electrostática, es uno de los momentos de más calma de los que ha disfrutado.

—¿Estás listo para enfrentarte a la carretera? —dice Amy.

Al otro lado del pasillo, uno de los chicos Shaftoe se sienta sin hacer ruido. El otro abre los ojos, levanta la cabeza, mira en dirección a las armas y el Buen Libro, y vuelve a relajarse.

—He encendido un fuego en el jardín —dice Amy—, y tengo agua hirviendo. No pensé que fuese seguro usar la chimenea.

Anoche todos durmieron vestidos. Lo único que tienen que hacer es ponerse los zapatos y mear por las ventanas. Los Shaftoe se mueven más rápido que Randy, no porque tengan mejor sentido del equilibrio, sino porque no habían visto la casa cuando estaba derecha y en buenas condiciones. Pero Randy había vivido allí durante años cuando sí lo estaba, y su mente está convencida de conocerla.

Al irse a dormir la noche anterior, su mayor temor era que fuese a levantarse adormilado por la noche y que intentase bajar las escaleras. La casa solía tener una hermosa escalera espiral que ahora llega hasta el sótano. La noche anterior, a fuerza de meter el camión de mudanzas en el jardín delantero y dirigir los faros directamente por las ventanas (cuyas puntas, fisuras y facetas presentaban magníficos reflejos), pudieron llegar al sótano y encontrar una escalera extensible de aluminio de diez pies que emplearon para subir al primer piso. Una vez que llegaron allí, subieron la escalera con ellos, como si fuese un puente levadizo, de forma que si entraban saqueadores en la planta baja, los muchachos Shaftoe podrían sentarse en lo que antes era la escalera y acabar con ellos usando las armas largas (a Randy ese escenario le parecía plausible la pasada noche, en medio de la oscuridad, pero ahora le suena a una fantasía de palurdos).

Amy convirtió varias balaustradas de la verja del porche en una hermosa hoguera en el jardín. Ahora devuelve la forma a una sartén aplastada por medio de una serie de golpecitos diestros con el tacón y

prepara gachas. Los chicos Shaftoe meten en la parte de atrás del camión todo lo que parece potencialmente útil y comprueban el nivel de aceite.

Todas las pertenencias de Charlene están ya en New Haven. Para ser exactos, en la casa del doctor G. E. B. Kivistik. Con gran generosidad se ha ofrecido para acogerla mientras busca otra casa; la predicción de Randy es que nunca se irá. Todas las pertenencias de Randy están en Manila o en el sótano de Avi, y todas las propiedades en disputa se encuentran en un almacén de las afueras de la ciudad.

Randy se pasó la mayor parte de la tarde de ayer recorriendo la ciudad, comprobando que distintos amigos de antaño estuviesen bien. Amy le acompañó, sintiendo un interés vouyerístico por su vida anterior, y, desde un punto de vista social, complicando las cosas más allá de lo calculable. En cualquier caso, no regresaron a la casa hasta después de que anocheciese, por lo que ahora Randy tiene la primera oportunidad de ver los daños a plena luz del día. Le da vueltas una y otra vez, con diversión, casi hasta el punto de reír, por lo perfectamente destruida que está, sacando fotos con una cámara desechable que le prestó Marcus Aurelius Shaftoe, intentando descubrir si queda algo que concebiblemente pudiese valer un poco de dinero.

La base de piedra de la casa sobresale tres pies sobre la base. Las paredes de madera de la casa se construyeron encima, pero realmente no estaban unidas al suelo (una práctica común en los viejos días que, para cuando salió de la ciudad, estaba en la lista de Randy de cosas que había que arreglar antes del siguiente terremoto). Cuando la tierra comenzó a oscilar ayer de un lado a otro a las 2.16 horas de la tarde, la base osciló con ella, pero la casa quería quedarse donde estaba. Al final, la base se salió de la parte de abajo de la casa, y una esquina de ésta cayó desde una altura de tres pies. Probablemente Randy podría estimar la cantidad de energía cinética que la casa adquirió durante la caída, y convertirla al equivalente en kilos de dinamita o el golpe de una bola de demolición, pero sería un ejercicio de cerebrín, ya que puede ver los efectos por sí mismo. Digamos simplemente que, cuando toda la estructura golpeó el suelo, sufrió un impacto terrible. Las viguetas paralelas y verticales se volvieron horizontales, desmoronándose como fichas de dominó. Todos los marcos de ventanas y puertas se convirtieron instantáneamente en paralelogramos, de

forma que todos los vidrios se rompieron y en particular todos los emplomados quedaron a trozos. La escalera cayó al sótano. La chimenea, que hacía tiempo necesitaba un acabado, esparció ladrillos por todas partes. Casi todas las tuberías quedaron rotas, lo que significa que ya no hay calefacción, porque la casa empleaba radiadores. En todas partes se cayó el yeso de los listones, de forma que toneladas acumuladas de viejo yeso de crin de caballo caído de paredes y techos se mezcló con el agua de las cañerías reventadas para formar una masa gris que se solidificó en las esquinas inclinadas de las habitaciones. Los azulejos italianos fabricados a mano que Charlene eligió para los baños están rotos en un setenta y cinco por ciento. La encimera de granito de la cocina parece ahora un sistema tectónico. Parte de los electrodomésticos tal vez se podrían reparar, pero de todas formas su propiedad ya estaba en disputa.

—Hay que derribarla, señor —dice Robin Shaftoe. Ha pasado toda su vida en un pueblo montañero de Tennessee, viviendo entre remolques y cabañas, pero incluso él tiene suficiente sentido de los bienes raíces como para saberlo.

—¿Hay algo que quiera sacar del sótano, señor? —pregunta Marcus Aurelius Shaftoe.

Randy ríe.

—Hay un archivador ahí abajo... ¡Espera! —Alarga la mano y la pone sobre el hombro de Marcus, para evitar que se meta en la casa y se sumerja en el hueco de la escalera como si fuese Tarzán—. Lo quería porque contiene hasta el último recibo de cada centavo que gasté en esta casa. Estaba hecha un desastre cuando la compré. Más o menos como ahora. Quizá no estuviese tan mal.

—¿Necesita esos papeles para su divorcio?

Randy se detiene y se aclara la garganta ligeramente irritado. Les ha explicado cinco veces que nunca estuvo casado con Charlene y que no se trata de un divorcio.

Pero la idea de vivir con una mujer con la que uno no está casado es tan vergonzosa para la rama de Tennessee de los Shaftoe que simplemente no pueden procesarla, así que siguen hablando de «su ex mujer» y «su divorcio».

Al notar la vacilación de Randy, Robin añade:

—¿O para el seGUro?

Randy ríe con sorprendente cordialidad.

—Tenía seGUro, ¿no, señor?

—Por aquí es básicamente imposible obtener un seguro contra terremotos —dice Randy.

Es la primera vez que los Shaftoe llegan a comprender que a las 2.16 PM de ayer, en un instante, el valor neto de Randy descendió en algo así como trescientos mil dólares. Se alejan meditabundos y le dejan a solas durante un rato, tomando fotografías para documentar la pérdida.

Amy se acerca.

—Las gachas están listas —dice.

—Vale.

Permanece junto a él con los brazos cruzados. La ciudad se muestra extrañamente silenciosa: no hay corriente y hay pocos vehículos en la calle.

—Lamento haberte sacado de la carretera.

Randy mira su Acura: el golpe en lo alto del lado izquierdo de la defensa trasera, donde le golpeó el camión de Amy, y la estrujada defensa delantera donde chocó con un Ford Fiesta aparcado.

—No te preocupes.

—Si lo hubiese sabido... Jesús. Lo último que necesitas es una factura del chapista como guinda a todo lo demás. Yo lo pagaré.

—En serio. No te preocupes.

—Bien...

—Amy, sé perfectamente que mi maldito coche te importa una mierda, y cuando finges lo contrario tu intento queda en evidencia.

—Tienes razón. Pero lamento haber malinterpretado la situación.

—Fue culpa mía —dice Randy—. Debí haberte explicado por qué volvía aquí. ¿Por qué coño alquilaste un camión de mudanzas?

—Ya no les quedan coches normales en el aeropuerto de San Francisco. Hay algún congreso importante en el centro Moscone. Así que demostré adaptabilidad.[26]

—¿Cómo coño pudiste llegar tan rápido? Creía que había cogido el último vuelo que salía de Manila.

—Llegué a AINA sólo minutos después que tú, Randy. Tu vuelo estaba lleno. Me subí al siguiente vuelo a Tokio. Creo que el mío salió incluso antes que el tuyo.

—El mío se retrasó en tierra.

—Luego, desde Narita, cogí el siguiente vuelo a San Francisco. Aterricé un par de horas después que tú. Así que me sorprendió que tú y yo entrásemos en la ciudad al mismo tiempo.

—Me detuve en casa de un amigo. Y tomé la ruta panorámica. —Randy cierra los ojos durante un momento, recordando los pedruscos sueltos de la autopista de la costa del Pacífico, el firme agitándose bajo las ruedas del Acura.

—Cuando vi tu coche, sentí que Dios estaba conmigo o algo así —dice Amy—. O contigo.

—¿Dios estaba conmigo? ¿Y eso?

—Bien, primero de todo, tengo que confesarte que no salí de Manila porque estuviese preocupada por ti sino porque estaba loca de furia, y con el deseo de servirte tu culo en un plato.

—Me lo supuse.

—Ni siquiera tenía claro que tú y yo constituyésemos una pareja en potencia. Pero has empezado a actuar de una forma que indica algo de interés en ese sentido, así que tienes ciertas obligaciones. —Amy ya empieza a mostrarse cabreada y comienza a moverse por el jardín. Los muchachos Shaftoe la observan con cautela por encima de los cuencos humeantes de gachas, dispuestos a entrar en acción y reducirla en caso de que pierda el control—. Sería... totalmente... inaceptable que hicieses esos avances y luego te largases a reunirte con tu cariñito californiano sin hablar conmigo primero y cumplir ciertas formalidades, lo que sería incómodo, pero espero que serías hombre más que suficiente para soportarlo. ¿No?

—Completamente cierto. Nunca creí lo contrario.

—Así que puedes imaginarte lo que me pareció.

—Supongo que sí. Asumiendo que no tengas ninguna fe en mí.

—Sí, eso lo lamento, pero diré que durante el vuelo comencé a pensar que no era culpa tuya, que de alguna forma Charlene había llegado hasta ti.

—¿Qué quieres decir con haber llegado hasta mí?

Amy mira el suelo.

—No lo sé, debe conservar algún sentimiento hacia ti.

—No lo creo —suspira Randy.

—En cualquier caso, pensé que quizás ibas a cometer un error grande y estúpido. Así que cuando subí al avión en Tokio simplemente iba a localizarte y... —respira profundamente y cuenta mentalmente hasta diez—. Pero cuando bajé del avión estaba demasiado obsesionada con la idea de que volvieses con esa mujer que evidentemente no te convenía nada, y creía que sería un resultado desafortunado para ti.

»Y creía que era demasiado tarde para hacer nada. Por tanto, cuando llegué a la ciudad y giré la esquina y vi tu Acura justo en el carril delante de mí, y te vi hablando por el móvil...

—Estaba dejándote un mensaje en tu contestador en Manila —dice Randy—. Explicando que volvía a recoger algunos papeles y que se había producido un terremoto sólo minutos antes y que podría retrasarme.

—Bien, no tenía tiempo para comprobar mis mensajes, que llegaron a mi contestador demasiado tarde para lograr ningún resultado útil —dice Amy—, y por tanto tenía que guiarme por un conocimiento imperfecto de los hechos porque nadie se había molestado en explicármelos.

—Y...

—Pensé que las cabezas más frías deberían tomar el control.

—Y por tanto me sacaste de la carretera.

Amy parece ligeramente decepcionada. Adopta un tono de voz paciente de profesora de preescolar.

—Randy, considera durante un minuto las prioridades. Veía la forma en que conducías.

—Tenía prisa por descubrir si estaba en la indigencia total o sólo totalmente arruinado.

—Pero debido a mi conocimiento imperfecto de la situación creí que corrías para caer en los brazos de la pobrecita Charlene. En otras palabras, que el estrés emocional del terremoto podría inducirte a... quién sabe qué con tus relaciones.

Randy aprieta bien los labios y respira largamente por la nariz.

—Comparado con eso, un poco de lámina de metal no me resultaba tan importante. Evidente, sé que muchos tíos se limitarían a quedarse con los brazos cruzados mientras alguien al que quieren hace algo extremadamente tonto y dañino, sólo para que todos puedan adentrarse en un futuro desdichado y emocionalmente jodido en coches relucientes y perfectos.

Randy no puede más que poner los ojos en blanco.

—Bien —dice él—. Lamento haberme cabreado contigo cuando salí del coche.

—¿Lo lamentas? Exactamente ¿por qué? Deberías cabrearte cuando te sacan de la carretera.

—No sabía quién eras. No te reconocí en ese contexto. No se me ocurrió que hubieses podido hacer lo que hiciste con los aviones.

Amy ríe de una forma boba y malévola que en ese momento no parece adecuada. Randy se siente ligera e inquisitivamente irritado. Ella le mira con complicidad.

—Me apuesto a que nunca te cabreaste con Charlene.

—Es cierto —dice Randy.

—¿No? ¿En todos esos años?

—Cuando teníamos cuestiones, hablábamos de ellas.

Amy bufa.

—Apuesto a que eran aburridas las... —Se detiene.

—¿Las qué?

—No importa.

—Mira, creo que en una buena relación debe haber mecanismos para resolver cualquier cuestión que se presente —dice Randy de forma razonable.

—Y apuesto a que estrellar tu coche es una buena forma.

—Se me ocurren varios problemas con ese procedimiento.

—Y tenías formas de resolver tus problemas con Charlene que eran muy sofisticadas. No se alzaba la voz. No se intercambiaban palabras de furia.

—No se estrellaban coches.

—Sí. Y funcionaba, ¿no?

Randy suspira.

—¿Qué hay de lo que Charlene escribió sobre las barbas? —pregunta Amy.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo busqué en Internet. ¿Es un ejemplo de cómo resolvíais vuestros problemas? ¿Publicando artículos académicos indirectos poniendo a parir al otro?

—Me apetecen algunas gachas.

—Así que no te disculpes por cabrearte conmigo.

—Las gachas me sentarían francamente bien.

—Por tener y manifestar emociones.

—¡Hora de comer!

—Porque en el fondo de eso se trata. Ése es el juego, muchachito —dice ella, dándole un buen golpe entre los omoplatos, un gesto heredado de su padre—. Eh, esas gachas huelen bien.

La caravana sale de la ciudad poco después del mediodía: Randy les guía montado en el Acura dañado; Amy va sentada en el asiento del pasajero apoyando en el salpicadero los pies desnudos y morenos marcados con líneas blancas producidas por las tiras de sus sandalias de alta tecnología, ajena al peligro (al que Randy ha aludido) de que se rompa las piernas si salta el airbag. El Impala trucado lo conduce su dueño oficial e ingeniero jefe, Marcus Aurelius Shaftoe. En la retaguardia, el casi vacío camión de mudanzas va conducido por Robin Shaftoe. Randy tiene esa sensación de moverse entre melaza que le asalta cuando realiza alguna transición vital enormemente emocional. Pone el *Adagio para cuerdas* de Samuel Barber en el estéreo del Acura y recorre muy lentamente la calle principal de la ciudad, mirando a su alrededor los restos de cafeterías, bares, pizzerías y restaurantes tailandeses donde, durante muchos años, ejercía su vida social. Debería haber realizado esa pequeña ceremonia la primera vez que partió hacia Manila, hace año y medio. Pero en aquella ocasión huyó como si escapase de la escena de un crimen o, al menos, de una grotesca vergüenza personal. Sólo tuvo un día o dos antes de subir al avión, y pasó la mayor parte del tiempo en el suelo del sótano de Avi, dictando secciones enteras

del plan de negocio a una minigrabadora, en lugar de teclear, porque le dolían los carpos.

Ni siquiera se había despedido correctamente de toda la gente que conocía allí. No les había hablado, y apenas había pensado en ellos, hasta el día anterior por la tarde, cuando se plantó frente a sus hogares torcidos y en ocasiones humeantes subido a su coche estrujado y manchado del naranja del camión de mudanzas acompañado de una mujer extraña, nervuda y bronceada que, fuesen cuales fuesen sus puntos fuertes y sus limitaciones, no era Charlene. Por tanto, teniéndolo todo en consideración, no era exactamente la forma en que Emily Post en su manual de etiqueta hubiese orquestado una reunión con antiguos amigos. El tour de la tarde sigue siendo en su mente una ráfaga de imágenes extrañas y cargadas de emoción, pero empieza a ordenarlas, digamos que a repasar las cifras, y diría que tres cuartas partes de la gente con la que se encontró —gente con la que había intercambiado invitaciones para cenar y a la que había prestado herramientas, personas a las que había arreglado sus ordenadores personales a cambio de una jarra de buena cerveza, con quienes había visto películas importantes— no tenían ni el más mínimo interés en volver a ver la cara de Randy durante el resto de sus vidas, y se sentían extremadamente incómodos por su inesperada reaparición en sus jardines, donde daban fiestas improvisadas con la cerveza y el vino que habían podido recuperar. Randy concluye tristemente que esa hostilidad estaba muy correlacionada con el sexo. Muchas de las mujeres ni siquiera le hablaban, o simplemente se acercaban para poder dedicarle miradas heladas y evaluar a su supuesta nueva novia. Es simplemente razonable, porque antes de irse para Yale, Charlene había tenido buena parte de un año para divulgar su versión de los hechos. Ella había podido estructurar el discurso según sus intereses, presentándolo como un hombre blanco y muerto. Sin duda Randy había sido clasificado como un desertor, no mejor que un hombre casado que abandona a su mujer y a sus hijos, sin importarle que él fuese el que quería casarse y tener hijos con ella. Pero su alarma de lloriqueo empieza a sonar en cuanto lo piensa, así que retrocede y prueba otro camino.

Él personifica (comprende ahora) el conjunto de las peores pesadillas, para muchas mujeres, de lo que podría suceder en sus vidas. En cuanto a los hombres que vio por la noche, estaban muy dispuestos a apoyar la posición

de sus mujeres. Aparentemente, algunos de ellos opinaban realmente igual. Otros le miraban con evidente curiosidad. Algunos eran abiertamente amables. Curiosamente, los que adoptaban el tono moral más severo del Viejo Testamento eran los del tipo Modern Language Association, que creían que todo era relativo y que, por ejemplo, la poligamia era tan válida como la monogamia. La bienvenida más sincera y acogedora que había recibido fue la de Scott, profesor de química, y Laura, pediatra, quienes, después de conocer durante muchos años a Randy y a Charlene, un día le habían confiado a Randy, en total confianza, que, sin que lo supiese la comunidad académica en general, todos los domingos por la mañana habían estado enviando a sus hijos a la iglesia, e incluso los habían bautizado a todos.

En una ocasión, Randy había ido a su casa para ayudar a Scott a trasladar una bañera antigua recién reacondicionada, y había visto con sus propios ojos la palabra DIOS escrita en hojas de papel colgadas en la casa, en la puerta de la nevera y en las paredes de los dormitorios de los niños, donde tiende a depositarse el arte juvenil. Pequeños proyectos para pasar el tiempo que habían realizado en la escuela dominical, páginas arrancadas de libros de colorear, mostrando a un Jesús algo más multicultural del que Randy había conocido en su infancia (pelo rizado, por ejemplo) hablando con niños bíblicos o asistiendo al desorientado ganado de Tierra Santa. La visión de ese material por la casa, mezclado con el arte normal (es decir, secular) juvenil de la escuela elemental, pósteres de Batman, etc., hizo que Randy se sintiese tremendamente azorado. Era como ir a la casa de gente supuestamente sofisticada y encontrarse una pintura de un Elvis en terciopelo neón sobre negro colgando sobre el modernísimo y exclusivo tresillo de diseño italiano. Definitivamente un asunto de clases sociales. Y no es que Scout y Laura fuesen del tipo estricto, y tampoco tenían los ojos vidriosos y echaban espuma por la boca. Después de todo, se las habían arreglado para pasar por miembros perfectamente normales de la sociedad académica decente durante muchos años. Eran un poco más tranquilos que muchos otros, ocupaban menos espacio en la sala, pero era normal tratándose de personas que criaban tres niños, así que pasaban desapercibidos.

La pasada noche, Randy y Amy hablaron durante toda una hora con Scott y Laura; fueron los únicos que se esforzaron en hacer que Amy se sintiese como en casa. Randy no tenía ni la más remota idea de lo que esos dos pensaban de él y de lo que había hecho, pero apreciaba inmediatamente que, en esencia, eso no era lo importante, porque incluso si creyesen que había hecho algo malvado, ellos al menos tenían una estructura, una especie de manual de procedimiento, para tratar con las transgresiones. Traduciéndolo en términos de administración de sistemas UNIX (la metáfora fundamental de Randy para más o menos todo), los ateos postmodernos y políticamente correctos eran como personas que se hubiesen encontrado de pronto al cargo de un inmenso e insondablemente complejo sistema informático (a saber, la sociedad) sin documentación ni instrucciones de cualquier tipo, y cuya única forma de hacer que las cosas siguiesen funcionando era inventar e imponer ciertas reglas con una especie de rigor neopuritano, porque se perdían en cuanto tenían que tratar con cualquier desviación de lo que consideraban la norma. Mientras que las personas conectadas a una iglesia eran como administradores de sistema UNIX que, aunque puede que no lo comprendan todo, al menos disponen de documentación, algunos archivos FAQ, How-to y LÉEME, lo que les ofrecía algo de guía sobre qué hacer cuando las cosas empezaban a ir mal. En otras palabras, eran capaces de demostrar adaptabilidad.

—¡Eh! ¡Randy! —dice America Shaftoe—. M.A. está tocándote la bocina.

—¿Por qué? —pregunta Randy. Mira por el retrovisor, ve el reflejo del techo del Acura y comprende que está completamente hundido en el asiento. Se sienta recto y localiza el Impala.

—Creo que es porque vas a diez millas por hora —dice Amy—, y a M.A. le gusta ir a noventa.

—Vale —dice Randy y, así de simple, aprieta el acelerador y sale de la ciudad para siempre.

*OceanofPDF.com*

# Bundok

El nombre de este lugar es Bundok —les dice lleno de confianza el capitán Noda—. Lo hemos escogido con cuidado.

Goto Dengo y el teniente Mori son las otras únicas personas presentes en la tienda, pero él habla como si estuviese dirigiéndose a un batallón en desfile.

Goto Dengo lleva en Filipinas el tiempo suficiente para saber que, en la lengua local, *bundok* significa cualquier zona de terreno montañoso y agreste, pero no cree que el capitán Noda sea del tipo de hombre al que le gustaría que un subordinado le corrigiese. Si el capitán Noda dice que ese lugar se llama Bundok, entonces se llama Bundok, y así será por siempre.

Capitán no es una graduación especialmente alta, pero Noda se comporta como si fuese un general. Ese hombre es importante en algún sitio. Tiene la piel pálida, como si hubiese pasado el invierno en Tokio. Las botas todavía no se le han empezado a pudrir sobre los pies.

En la mesa descansa una cartera rígida de cuero. Abre un extremo y saca un trozo grande de tela blanca plegada. Los dos tenientes se apresuran a ayudarle a desplegarlo sobre la mesa. A Goto Dengo le sobresalta el tacto de la tela. Las yemas de sus dedos son la única parte de su cuerpo que llegarán a tocar en su vida sábanas de tanta calidad como ésas. En el orillo lleva escrito: HOTEL MANILA.

En la sábana han dibujado un diagrama. Marcas de pluma negro azuladas, puntuadas por manchas amplias allí donde la mano vaciló, refuerzan un estrato anterior de marcas de grafito. Alguien extremadamente importante (probablemente la última persona en dormir en esa sábana) se

armó con un lápiz de cera negro y rehizo todo el conjunto a su propia imagen con trazos gruesos y rápidos y anotaciones apresuradas que semejan bucles desenredados en el largo pelo de una mujer. Esa obra ha sido anotada con amabilidad por un ingeniero quisquilloso, probablemente el capitán Noda en persona, trabajando con tinta y un pincel fino.

El peso pesado del lápiz de cera ha denominado al conjunto EMPLAZAMIENTO BUNDOK.

El teniente Mori y Goto fijan la sábana a la lona de la tienda con unos alfileres oxidados que les trae un soldado, triunfal, en una taza de café de porcelana rota. El capitán Noda les observa con tranquilidad, chupando el cigarrillo.

—Con cuidado —bromea—, ¡MacArthur durmió en esa sábana!

El teniente Mori ríe obedientemente. Goto Dengo se alza sobre la punta de los pies, sosteniendo la parte alta de la sábana, examinando las débiles marcas de lápiz que subyacen al diagrama. Ve un par de crucecitas y, habiendo pasado demasiado tiempo en Filipinas, al principio supone que son iglesias. En un lugar, hay tres de ellas juntas y se imagina el Calvario.

Cerca se ha indicado un lugar de excavación. Piensa en el Gólgota: el lugar del cráneo.

¡Una locura! Necesita ordenar sus ideas. El teniente Mori pasa los alfileres a través de la tela con ligeros sonidos susurrantes. Goto Dengo se aleja, manteniendo la espalda en dirección al capitán, cierra los ojos y recupera la compostura. Es un nipón. Se encuentra en la Zona de Recursos del Sur del Gran Nipón. Las cruces representan cumbres. Las excavaciones son lugares en los que él debe ejercer alguna función importante.

Las marcas de pluma color azul negruzco son ríos. Cinco de ellos nacen en la cumbre triple de Bundok. Dos de las corrientes que se dirigen al sur se combinan para formar un río mayor. Una tercera sigue más o menos en paralelo a esta última. Pero el hombre con el lápiz de cera negro ha dibujado una línea sólida sobre la corriente con tal fuerza que todavía pueden verse colgando de la tela rizos sueltos de negro. La pluma se usó para dibujar un bulto en el río justo corriente arriba de esa marca. Aparentemente, quieren embalsar el río y crear un estanque o un lago; es difícil hacerse una idea de la escala. Tiene por nombre, LAGO YAMAMOTO.

Prestando más atención, ve que al río mayor —el que se forma por la confluencia de los dos afluentes— también hay que embalsarlo, pero mucho más al sur. Se le ha llamado RÍO TOJO. Pero no hay LAGO TOJO. Parece que el dique ensanchará y hará más profundo el río Tojo, pero no lo convertirá en un lago. De eso Goto Dengo infiere que el valle fluvial del río Tojo debe estar acantilado.

La misma operación básica se repite por toda la sábana. Lápiz de cera quiere un sistema completo de perímetro de seguridad. Lápiz de cera quiere una y sólo una carretera que llegue hasta ese lugar. Lápiz de cera quiere dos zonas para barracones: una grande y otra pequeña. Los detalles han sido añadidos por hombres menos importantes y con mejor letra.

—Alojamiento para los obreros —explica el capitán Noda, señalando la zona grande con su fusta—. Barracones militares —dice, señalando la zona pequeña. Inclinándose, Goto Dengo comprueba que la zona mayor, la de trabajadores, debe rodearse con un polígono irregular de alambre de espino. En realidad, dos polígonos, uno anidado en el otro, con una zona vacía entre los dos. Los vértices del polígono tienen nombres de armas: Nambu, Mambu, mortero de campo modelo 89.

Una carretera, o sendero, o algo así, lleva desde ese punto a la orilla del río Tojo, atraviesa el dique y termina en el emplazamiento de las excavaciones.

Goto Dengo se acerca más y mira fijamente. El área que incluye tanto el lago Yamamoto como las excavaciones ha sido rodeada por un cuadrado perfectamente dibujado por la tinta y pincel del capitán Noda y que lleva por nombre «zona especial de seguridad».

Se echa atrás de golpe cuando el capitán Noda mete su vara en el espacio estrecho que hay entre su nariz y la sábana, y golpea un par de veces en la Zona Especial de Seguridad. Se alejan ondas concéntricas, como si fuesen las ondas de choque de la dinamita.

—Esa zona es su responsabilidad, teniente Goto. —Mueve el puntero más al sur y golpea en la zona bajo el río Tojo, con las instalaciones para trabajadores y los barracones—. Ésta es la del teniente Mori. —Hace un círculo alrededor de toda el área, moviendo el brazo como el aspa de un molino para cubrir todo el perímetro de seguridad y la carretera de acceso —. El conjunto es mío. Informo a Manila. Por lo tanto, es una cadena de

mando muy pequeña para ser una zona tan grande. El secreto es extremadamente importante. Su primera orden, y la más importante, es preservar el secreto a cualquier precio.

El teniente Mori y Goto dicen:

—¡Hai! —Y se inclinan.

Dirigiéndose a Mori, el capitán Noda sigue diciendo:

—La zona de alojamiento parecerá un campo de prisioneros, para prisioneros especiales. Algunas personas en el exterior podrían conocer su existencia; los habitantes locales verán camiones ir y venir por la carretera y lo supondrán. —Volviéndose hacia Goto Dengo dice—: Pero la existencia de la Zona Especial de Seguridad será completamente desconocida para el mundo exterior. Su trabajo se realizará aprovechando la cubierta de la selva, que aquí es extraordinariamente densa. Será invisible para los aviones de observación del enemigo.

El teniente Mori da un salto como si un bicho le hubiese picado en el ojo. Para él, la idea de aviones de observación enemigos sobre Luzón es completamente grotesca. MacArthur está bien lejos de Filipinas.

Por otra parte, Goto Dengo ha estado en Nueva Guinea. Sabe lo que les sucede a las unidades del Ejército Nipón cuando intentan resistirse a MacArthur en las selvas del sureste del Pacífico. Sabe que MacArthur se acerca, y evidentemente también lo sabe el capitán Noda. Lo que es más importante, también lo saben los hombres en Tokio que han enviado a Noda a cumplir esta misión, sea cual sea.

Ellos lo saben. Todos saben que están perdiendo la guerra.

Es decir, todas las personas importantes.

—Teniente Goto, no deberá comentar ningún detalle de su trabajo con el teniente Mori, excepto en lo que sea necesario para la pura logística: construcción de la carretera, horarios de los trabajadores y demás. —Noda se lo está diciendo a los dos hombres; la implicación clara es que si Goto se va de la lengua, se espera que Mori lo denuncie—. ¡Teniente Mori, puede irse!

Mori lanza un:

—¡Hai!

Y desaparece.

El teniente Goto se inclina.

—Capitán Noda, por favor, permítame decir que es un honor para mí haber sido elegido para construir esta fortificación.

Por un momento se disuelve la mueca estoica del rostro de Noda. Se aleja de Goto Dengo y camina durante un momento, pensando, luego vuelve a mirarle.

—No se trata de una fortificación.

Por un momento Goto Dengo se asusta. Luego piensa: ¡una mina de oro! Deben de haber descubierto un depósito inmenso de oro en este valle. ¿O diamantes?

—No debe pensar como si estuviese construyendo una fortificación —dice Noda solemne.

—¿Una mina? —aventura Goto Dengo. Pero lo dice sin convicción. Ya empieza a comprender que no tiene sentido. Sería una locura emplear en ese momento de la guerra tanto esfuerzo en una mina de oro o diamantes. Nipón necesita acero, goma y petróleo, no joyas.

¿Se trata quizá de una nueva superarma? El corazón vuelve a saltarle de emoción. Pero la mirada del capitán Noda es tan desolada como el cañón de una ametralladora.

—Es una instalación de almacenamiento indefinido para materiales vitales en el esfuerzo bélico —dice al fin el capitán Noda.

Luego le explica, en términos generales, cómo debe construir la instalación. Debe ser una red de pozos abiertos en la dura piedra volcánica que se entrecrucen. Sus dimensiones son sorprendentemente pequeñas considerando el esfuerzo que se empleará en construirla. Allí no podrán almacenar mucho: quizá suficiente munición para que un regimiento luche durante una semana, asumiendo un uso reducido de las armas pesadas y que consigan la comida del terreno. Pero esos suministros estarán bien protegidos hasta lo inconcebible.

Esa noche, Goto Dengo duerme sobre una hamaca extendida entre dos árboles, protegido por una redecilla contra los mosquitos. La jungla emite un alboroto fantástico.

La descripción del capitán Noda le resultaba familiar, y está intentando recordar. Justo cuando está a punto de dormirse, recuerda las imágenes

internas de las Pirámides de Egipto que su padre le había mostrado en un libro, que mostraban el diseño de la tumba del faraón.

Se le ocurre una idea horrible: está construyendo una tumba para el emperador. Cuando Nipón caiga ante MacArthur, Hirohito realizará el ritual del seppuku. Su cuerpo saldrá en avión desde Nipón y se traerá a Bundok para ser enterrado en la cámara que Goto Dengo está construyendo. Sufre una pesadilla donde se le entierra vivo en la cámara oscura, la imagen gris del rostro del emperador oscureciéndose cuando se coloca el último ladrillo en la argamasa.

Está sentado en la oscuridad más absoluta, sabiendo que Hirohito está allí con él, temiendo moverse.

No es más que un niño en una mina abandonaba, desnudo y empapado de agua helada. Se le ha apagado la linterna. Antes de que se apagara definitivamente, creyó ver el rostro de un demonio. Ahora sólo oye el goteo, el goteo del agua subterránea cayendo a un sumidero. Puede quedarse allí y morir, o puede volver al agua y nadar hacia la salida.

Cuando despierta, llueve y el sol ha trepado por el horizonte. Salta de la hamaca y camina desnudo bajo la lluvia cálida para lavarse. Goto Dengo tiene un trabajo que hacer.

*OceanofPDF.com*

# Computador

El teniente coronel Earl Comstock de la Electrical Till Corporation y el Ejército de Estados Unidos, en ese orden, se prepara para el informe de rutina del día por parte de su subordinado, Lawrence Pritchard Waterhouse, de forma muy similar a como un piloto de pruebas se prepara para que le lancen a la estratosfera con un cohete bajo el culo. La noche antes se va a dormir pronto, se levanta tarde, habla con su asistente y se asegura de que (a) hay disponible mucho café caliente y (b) no se le dará ni una gota a Waterhouse. Hace que instalen dos grabadoras de alambre ferroso en la habitación, para el caso de que una de ellas falle, y trae un equipo de tres estenógrafos con amplios conocimientos técnicos. Tiene un par de colegas en su sección —también empleados de la ETC cuando no hay guerra— que son verdaderos genios matemáticos, así que también se los trae. Les ofrece una pequeña charla preparatoria:

—No espero que entendáis de qué coño habla Waterhouse. Voy a correr tras él todo lo rápido que pueda. Vosotros agarradle las piernas y por el amor de dios retenedlo para que yo pueda al menos verle la espalda todo lo que sea posible.

Comstock está orgulloso de esa analogía, pero los genios matemáticos parecen desconcertados. Algo irritado, les explica la siempre compleja dicotomía entre literal y figurativo. Sólo quedan veinte minutos hasta la llegada de Waterhouse; justo a tiempo, el asistente de Comstock entra por la puerta con una bandeja de pastillas de bencedrina. Comstock toma dos, intentando liderar dando ejemplo.

—¿Dónde está el maldito equipo de pizarra? —exige, a medida que el potente estimulante comienza a dispararle el pulso. En la habitación entran dos soldados cargando con borradores y gamuzas húmedas, además de un equipo fotográfico compuesto por tres hombres. Montan un par de cámaras apuntando a la pizarra, así como un par de flashes, y dejan en el suelo un buen montón de película.

Comprueba la hora. Van retrasados cinco minutos. Mira por la ventana y ve que su jeep ya está de regreso; Waterhouse debe de estar en el edificio.

—¿Dónde está el equipo de extracción? —exige.

Un momento más tarde el sargento Graves está allí.

—Señor, fuimos a la iglesia como nos indicó, y le localizamos, y, eh... —Tose contra el dorso de la mano.

—¿Y qué?

—Y estaba acompañado, señor—dice el sargento Graves, *sotto voce*—. Ahora mismo está en el baño, limpiándose, si sabe a qué me refiero —guiña el ojo.

—Ohhhh —dice Earl Comstock, dándose cuenta.

—Después de todo —añade el sargento Graves—, no puedes desatascar las tuberías oxidadas de tu órgano a menos que tengas un poco de asistencia agradable para realizar la operación de forma adecuada.

Comstock se pone tenso.

—Sargento Graves... es muy importante que lo sepa... ¿se realizó la operación de forma adecuada?

Graves arruga la frente, como si le doliese la pregunta.

—Oh, por completo, señor. Ni se nos ocurriría interrumpir semejante operación. Por eso llegamos tarde... con sus disculpas.

—No importa —afirma Comstock, golpeando a Graves con todo entusiasmo entre los hombros—. Por eso intento dar a mis hombres espacio para actuar según su criterio. Hace tiempo que opino que Waterhouse necesita relajarse. Se concentra un poco excesivamente en su trabajo. Para ser sincero, en ocasiones no sé si está diciendo algo muy brillante o totalmente incoherente. Y creo que usted, sargento Graves, ha realizado una contribución importante, importante, a la reunión de hoy al tener el sentido común suficiente para esperar a que los asuntos de Waterhouse quedasen en

orden. —Comstock comprende que está respirando muy rápido, y su corazón late como loco. ¿Se habrá pasado con la bencedrina?

Waterhouse se arrastra a la habitación diez minutos más tarde sosteniéndose sobre piernas flácidas, como si, sin darse cuenta, se hubiese dejado el esqueleto en la cama. Apenas puede llegar al asiento que tiene asignado y se deja caer como un saco de tripas, haciendo saltar algunas tiras de mimbre. Respira por la boca y de forma entrecortada, parpadeando con frecuencia.

—¡Parece que hoy va a ser un paseo, caballeros! —anuncia Comstock con alegría. Todos sonríen menos Waterhouse. Lleva en el edificio un cuarto de hora, y al menos le llevó el mismo tiempo al sargento Graves traerlo desde la iglesia, así que ha pasado al menos media hora. Y sin embargo, al mirarle, te da la impresión de que ha sucedido hace cinco segundos.

—¡Que alguien le sirva café a este hombre! —ordena Comstock. Alguien lo hace. Ser un militar es asombroso; das órdenes y las cosas pasan. Waterhouse no bebe, ni siquiera toca el café, pero al menos sus ojos tienen ahora algo que mirar. Esos globos vagan bajo los párpados arrugados como si fuesen cañones antiaéreos siguiendo una mosca, para finalmente centrarse en la taza de café. Waterhouse se aclara la garganta durante un buen rato, como si se preparase para hablar, y se hace el silencio en la habitación. Permanece en silencio durante treinta segundos. Luego murmura algo que suena como «cae».

Los estenógrafos lo registran al unísono.

—¿Perdone? —dice Comstock.

Uno de los genios matemáticos dice:

—Puede que esté hablando de las funciones Coy. Creo que las vi en una ocasión cuando repasaba un libro introductorio.

—Pensé que decía «cuántico» algo —dice otro hombre de la ETC.

—Café —dice Waterhouse, y lanza un largo suspiro.

—Waterhouse —dice Comstock—, ¿cuántos dedos le estoy mostrando?

Parece que ahora Waterhouse nota que hay otras personas en la habitación. Cierra la boca, y los agujeros de la nariz se abren como si ahora corriese el aire por ellos. Intenta mover una de las manos, comprende que se ha sentado encima, y se mueve de un lado a otro hasta liberarla. Abre los

ojos por completo, lo que le ofrece una visión clara y completa de la taza de café. Bosteza, se estira y se tira un pedo.

—El criptosistema nipón que llamamos Azur es el mismo que el sistema alemán que llamamos Tetraodóntido —anuncia—. Los dos están de alguna forma relacionados con otro criptosistema más reciente que he denominado Aretusa. Todos ellos están relacionados con el oro. Probablemente operaciones mineras auríferas. En las Filipinas.

¡Buuuum! Los estenógrafos se ponen en marcha. El fotógrafo dispara los flashes, aunque no hay nada que fotografiar, son los nervios. Comstock mira con la frente llena de sudor las grabadoras, se asegura de que estén en funcionamiento.

Le pone un poco nervioso la rapidez de Waterhouse para recuperarse. Pero una de las responsabilidades del liderazgo es ocultar los temores personales, proyectar confianza en todo momento. Comstock sonríe y dice:

—¡Suena extremadamente seguro, Waterhouse! Me pregunto si puede hacerme sentir la misma confianza.

Waterhouse frunce el entrecejo en dirección a la taza de café.

—Bien, todo es matemático —dice—. Si la matemática es consistente, entonces debería sentirse seguro de sí mismo. Ése es el sentido último de la matemática.

—¿Tiene una razón matemática para realizar esa afirmación?

—Afirmaciones —dice Waterhouse—. La afirmación número uno es que Tetraodóntido y Azur son nombres diferentes para el mismo criptosistema. La afirmación dos es que Tetraodóntido/Azur son primos de Aretusa. Tres: todos esos criptosistemas están relacionados con el oro. Cuatro: minería. Cinco: Filipinas.

—Quizá podría escribir en la pizarra mientras habla —dice Comstock algo irritado.

—Un placer —dice Waterhouse.

Se pone en pie y se dirige hacia la pizarra, se queda inmóvil durante un par de segundos, luego se vuelve, agarra la taza de café y se la bebe antes de que Comstock o cualquiera de sus asistentes pueda quitársela de las manos. ¡Un error táctico! Luego Waterhouse escribe sus afirmaciones. El fotógrafo las registra. Los soldados masajean las gamuzas y miran nerviosos en dirección a Comstock.

—Bien, ¿tiene algún tipo de, eh, prueba matemática para esas afirmaciones? —pregunta Comstock. La matemática no es lo suyo, pero llevar reuniones sí lo es, y lo que Waterhouse acaba de escribir en la pizarra a él le parece el rudimento de un orden del día. Y Comstock se siente mucho mejor cuando dispone de un orden del día. Sin un orden del día, es como un soldado raso corriendo por la selva sin un mapa o un arma.

—Bien, señor, ésa es una forma de verlo —dice Waterhouse después de pensarlo un momento—. Pero es mucho más elegante ver esas afirmaciones como corolarios producto de algunos teoremas subyacentes.

—¿Me está diciendo que ha tenido éxito en romper Azur? Porque si es así, ¡merece unas felicitaciones! —dice Comstock.

—No. Sigue intacto. Pero puedo extraer información de él.

Ése es justo el momento en el que el joystick se rompe en la mano de Comstock. Aún así, todavía puede golpear indefenso el tablero de control.

—Bien, ¿podría al menos discutirlas una a una?

—Bien, tomemos, por ejemplo, la Afirmación Cuatro, que es que Azur/Tetraodóntido está relacionado con la minería.

Waterhouse bosqueja un mapa a mano alzada del teatro de operaciones del Suroeste del Pacífico, desde Birmania hasta las Salomón, desde Nipón hasta Nueva Zelanda. Le lleva como unos sesenta segundos. Sólo porque sí, Comstock saca una mapa impreso de su cuaderno de notas y lo compara con la versión de Waterhouse. Básicamente son idénticos.

Waterhouse dibuja un círculo con la letra A en la entrada de la bahía de Manila.

—Ésta es una de las estaciones que trasmiten los mensajes Azur.

—Lo sabe por el huffduff, ¿no?

—Exacto.

—¿Está en Corregidor?

—En una de las islas pequeñas cercanas a Corregidor.

Waterhouse dibuja otra A con círculo en la propia Manila, otra en Tokio, una en Rabaul, una en Penang, una en el océano Índico.

—¿Qué es ésa? —pregunta Comstock.

—Recibimos una transmisión Azur desde un submarino alemán —dice Waterhouse.

—¿Cómo sabe que era un submarino alemán?

—Reconocí la letra —dice Waterhouse—. Bien, ésta es la disposición espacial de los transmisores Azur... sin contar las estaciones en Europa que emiten Tetraodóntido y, por tanto, según la Afirmación Uno, forman parte de la misma red. En cualquier caso, digamos que un mensaje Azur se origina en Tokio en cierta fecha. No sabemos lo que dice, porque todavía no hemos roto Azur. Simplemente sabemos que los mensajes fueron a estos sitios. —Waterhouse dibuja líneas que salen desde Tokio y van a Manila, Rabaul, Penang—. Ahora bien, cada una de estas ciudades es una importante base militar. En consecuencia, cada una es fuente de un flujo continuo de datos, comunicándose con todas las bases niponas en la región. —Waterhouse dibuja líneas más cortas radiando desde Manila a varios puntos en Filipinas, y desde Rabaul a Nueva Guinea y las Salomón.

—Una corrección, Waterhouse —dice Comstock—. Ahora Nueva Guinea es nuestra.

—¡Pero estoy retrocediendo en el tiempo! —dice Waterhouse—. En 1943, cuando había bases niponas a lo largo de toda la costa norte de Nueva Guinea, y por las Salomón. Por tanto, digamos que durante una breve ventana de tiempo siguiendo el mensaje Azur desde Tokio, unos mensajes se transmiten desde lugares como Rabaul y Manila a bases más pequeñas en esas zonas. Algunos están cifrados con métodos que hemos roto. Ahora bien, es razonable suponer que algunos de esos mensajes se enviaron como consecuencia de las órdenes contenidas en el mensaje Azur.

—Pero esos lugares envían miles de mensajes cada día —protesta Comstock—. ¿Qué le hace pensar que puede elegir los mensajes que se derivan de las órdenes Azur?

—No es más que un problema estadístico de fuerza bruta —dice Waterhouse—. Supongamos que Tokio envía un mensaje Azur a Rabaul el 15 de octubre de 1943. Ahora supongamos que cojo todos los mensajes enviados desde Rabaul el 14 de octubre y los clasifico de distintas formas: a qué destino se transmitían, qué longitud tenían y, si pudimos descifrarlos, de qué trataban. ¿Eran órdenes para movimientos de tropas? ¿Envío de suministros? ¿Cambios de tácticas o procedimientos? Luego, tomo todos los mensajes enviados desde Rabaul el 16 de octubre, el día después de la

llegada del mensaje Azur desde Tokio, y realizo exactamente el mismo análisis estadístico.

Waterhouse se aleja de la pizarra y se vuelve para ser fusilado con flashes.

—En realidad, no es más que un problema de flujo de información desde Tokio a Rabaul. No sabemos cuál era la información. Pero, en cierta forma, influirá en los mensajes que Rabaul enviará posteriormente. Rabaul ha cambiado, de forma irrevocable, con la llegada de la información, y al comparar el comportamiento observado de Rabaul antes y después del cambio podemos realizar inferencias.

—¿Por ejemplo? —dice Comstock con cautela. Waterhouse se encoge de hombros.

—Las diferencias son muy pequeñas. Apenas destacan sobre el ruido. Durante el curso de la guerra, han salido treinta y un mensajes Azur desde Tokio, así que he tenido ese conjunto de datos para trabajar. Un conjunto de datos por sí mismo puede que no me diga nada. Pero cuando combino todos los conjuntos de datos, lo que me ofrece mayor profundidad, puedo ver estructuras. Y una de las estructuras que se ven más claramente es que el día después de que se enviase un mensaje Azur a, digamos, Rabaul, era más probable que Rabaul transmitiese mensajes relacionados con la ingeniería de minas. Eso tiene ramificaciones que pueden seguirse hacia atrás hasta cerrar el bucle.

—¿Cerrar el bucle?

—Vale. Empecemos desde arriba. Un mensaje Azur va de Tokio a Rabaul —dice Waterhouse mientras dibuja una línea gruesa que conecta esas dos ciudades—. Al día siguiente, un mensaje en otro criptosistema, que ya hemos roto, va desde Rabaul a un submarino que opera en una base de la zona, en las Molucas. El mensaje dice que el submarino debe dirigirse a un puesto de avanzada en la costa norte de Nueva Guinea y recoger cuatro pasajeros, a los que se identifica por su nombre. Por nuestros archivos sabemos quiénes son esos hombres: tres mecánicos de avión y un ingeniero de minas. Unos días después, el submarino transmite desde el mar de Bismarck diciendo que ha recogido a esos hombres. Unos días después, nuestros espías en Manila nos informan de que ese mismo submarino ha llegado allí. El mismo día, otro mensaje Azur se transmite desde Manila

hasta Tokio —concluye Waterhouse, añadiendo una última línea al polígono —, cerrando el bucle.

—Pero podría tratarse de una serie de acontecimientos aleatorios sin ninguna relación —dice uno de los genios matemáticos de Comstock, antes de que Comstock pueda decirlo él mismo—. Los nipos buscan desesperadamente mecánicos de avión. No tiene nada de extraño ese tipo de mensajes.

—Pero la estructura tiene algo de extraño —dice Waterhouse—. Si, unos meses después, se envía otro submarino, de la misma forma, para recoger a un ingeniero de minas y un prospector atrapados en Rabaul, y si después de su llegada a Manila se envía otro mensaje Azur desde Manila hasta Tokio, empieza a parecer muy sospechoso.

—No sé —dice Comstock, agitando la cabeza—. No estoy seguro de poder venderle esto al personal del General. Parece más una salida a pescar.

—Una corrección, señor, era una salida de pesca. Pero ahora he regresado de esa salida, ¡y tengo el pescado! —Waterhouse sale volando de la habitación y recorre el pasillo hacia su laboratorio... al otro extremo de la puta ala. Está bien que Australia sea un continente tan grande, porque Waterhouse va a recorrerlo entero si alguien no le controla. Quince segundos más tarde está de vuelta con un montón de tarjetas ETC de un pie de alto, que deja caer sobre la mesa—. Todo está aquí.

Comstock jamás ha disparado a un tipo en su vida, pero conoce los perforadores de tarjeta y los lectores de tarjeta tan bien como un marine su rifle, y no le impresiona.

—Waterhouse, ese montón de tarjetas contiene tanta información como una carta de su madre. Intenta decirme que...

—No, es sólo el resumen. El resultado de los análisis estadísticos.

—¿Por qué coño lo perforó en tarjetas ETC? ¿Por qué no entregar un informe mecanografiado como todo el mundo?

—No lo perforé yo —dice Waterhouse—. Lo hizo la máquina.

—Lo hizo la máquina —dice Comstock muy lentamente.

—Sí. Mientras realizaba el análisis. —De pronto Waterhouse se echa a reír—. No habrá pensado que éstos eran los datos en bruto, ¿verdad?

—Bien, yo...

—Las entradas ocupan varias habitaciones. Tuve que someter a este análisis casi todos los mensajes que hemos interceptado durante toda la guerra. ¿Recuerda esos camiones que requisé hace unas semanas? Esos camiones eran simplemente para traer y llevar las tarjetas al almacén.

—¡Dios santo! —dice Comstock. Ahora recuerda los camiones, su incesante ir y venir, chocando entre sí, los vapores de los tubos de escape entrando por la ventana, los soldados moviendo carritos pesados por todo el pasillo, cargados de cajas. Pisando los pies de la gente. Asustando a las secretarias.

Y el ruido. El ruido, el ruido de la maldita máquina de Waterhouse. Las macetas cayéndose de los archivadores, las ondas estacionarias en las tazas de café.

—Espere un segundo —dice uno de los hombres de la ETC, con el escepticismo nasal de un hombre que acaba de comprender que se la están pegando—. Vi los camiones. Vi las tarjetas. ¿Intenta hacernos creer que realmente estaba realizando un análisis estadístico en todos y cada uno de esos mensajes descifrados?

Waterhouse parece un poco a la defensiva.

—Bien, ¡era la única forma de hacerlo!

El genio matemático de Comstock está ahora preparándose para matar.

—Estoy de acuerdo en que la única forma de conseguir el análisis implicado por ese diagrama —agita una mano en dirección al mandala de polígonos en intersección en el mapa de Waterhouse— es repasar uno a uno todos esos camiones de mensajes descifrados. Eso está claro. Ésa no es nuestra objeción.

—Entonces, ¿cuál es su objeción?

El genio se ríe con furia.

—Me preocupa el detalle inconveniente de que no hay máquina en todo el mundo capaz de procesar todos esos datos con esa velocidad.

—¿No escuchó el ruido? —pregunta Waterhouse.

—Todos oímos el maldito ruido —dice Comstock—. ¿Qué tiene eso que ver?

—Oh —dice Waterhouse y pone los ojos en blanco ante su propia estupidez—. Tienen razón. Lo lamento. Quizá debí haberles explicado

primero esa parte.

—¿Qué parte? —pregunta Comstock.

—El doctor Turing, de la Universidad de Cambridge, ha señalado que bublabadá bobadadá jua dadie yanga langa furyizama binbin gingle guau —dice Waterhouse, o algo que suena más o menos a eso. Se detiene para respirar, y se dirige aciago hacia la pizarra—. ¿Les importa si borro esto? —Un soldado armado con un borrador se adelanta. Comstock se hunde en la silla y se agarra los brazos. Un estenógrafo coge una pildora de bencedrina. Un hombre de la ETC mordisquea un lápiz del número dos como si fuese un perro con su hueso. El flash se dispara. Waterhouse coge una tiza nueva, la levanta y presiona la punta contra la pizarra inmaculada. El borde se fractura con un ligero chasquido, y un pequeño chorro de partículas de tiza cae hacia el suelo, abriéndose en una pequeña nube parabólica. Waterhouse inclina la cabeza durante un minuto, como un sacerdote preparándose para atravesar la iglesia, y luego respira profundamente.

El efecto de la bencedrina desaparece cinco horas más tarde y Comstock se encuentra echado sobre una mesa en una habitación llena de hombres agotados y ojerosos. Waterhouse y los soldados están cubiertos de polvo de tiza, lo que les da aspecto de zombies. Los estenógrafos está rodeados de cuadernos llenos, y con frecuencia dejan de escribir para agitar las manos flácidas en el aire como si fuesen banderas blancas. Las grabadoras giran inútiles, una bobina llena y la otra vacía. Solamente el fotógrafo mantiene el ritmo, dándole al flash cada vez que Waterhouse consigue llenar una pizarra.

Todo huele a sudor de sobaco. Comstock se da cuenta de que Waterhouse le mira expectante.

—¿Comprende? —pregunta Waterhouse.

Comstock se sienta y mira furtivamente su propio cuaderno, donde tenía la esperanza de establecer un orden del día. Ve las cuatro afirmaciones de Waterhouse, que copió durante los cinco primeros minutos de la reunión, y luego nada más excepto un montón de dibujitos rodeando las palabras ENTERRAR y DESENTERRAR. Comstock tiene que decir algo.

—Esa cosa, el, eh, el procedimiento de enterrar, eso es el, eh...

—¡La característica principal! —responde Waterhouse con alegría—. Las máquinas de tarjeta de ETC son geniales para las entradas y las salidas.

Eso lo tenemos cubierto. Los elementos lógicos son obvios. Lo que faltaba era una forma de dotar de memoria a la máquina, de suerte que pudiese, usando la terminología de Turing, enterrar datos con rapidez, y luego desenterrarlos con igual rapidez. Así que la fabriqué. Es un dispositivo eléctrico, pero los principios subyacentes serían familiares para cualquier fabricante de órganos.

—¿Podría, eh, verla? —pregunta Comstock.

—¡Claro! Está en mi laboratorio.

Ir a verlo es más complicado. En primer lugar, todo el mundo debe usar el baño, luego hay que trasladar las cámaras y los flashes al laboratorio y montarlos de nuevo. Cuando todo está listo, Waterhouse está de pie junto a un gigantesco conjunto de tuberías del que cuelgan miles de cables.

—¿Es eso? —dice Comstock, una vez que ha llegado todo el grupo.

Por todo el suelo hay dispersas gotitas de mercurio del tamaño de guisantes como si fuesen esferas de cojinetes. Las suelas planas de los zapatos de Comstock las hacen estallar y correr en todas direcciones.

—Eso es.

—Otra vez, ¿cómo lo llama?

—La RAM —dice Waterhouse—. Memoria de Acceso Aleatorio. Iba a ponerle el dibujo de un carnero.[27] Ya sabe, una de esas ovejas con grandes cuernos enroscados.

—Sí.

—Pero no tuve tiempo, y no soy muy bueno dibujando.

Cada tubería tiene diez centímetros de diámetro y nueve metros de largo. Debe de haber al menos un centenar. Comstock intenta recordar la orden de requisición que firmó hace meses. Waterhouse pidió tuberías suficientes para equipar a toda una maldita base militar.

Las tuberías están dispuestas horizontalmente, como una fila de tubos de órgano que alguien hubiese tumbado. Pegado al extremo de cada una de las tuberías hay un pequeño altavoz arrancado de una vieja radio.

—El altavoz toca una señal... una nota... que resuena en la tubería, y crea una onda estacionaria —dice Waterhouse—. Eso significa que, en algunas partes de la tubería, la presión de aire es baja, y en otras partes alta. —Está recorriendo una tubería a todo lo largo, golpeándola con la mano—.

Esos tubos en U están llenos de mercurio. —Señala uno de los diversos tubos de vidrio en forma de U que están unidos a la parte posterior de la larga tubería.

—Eso lo veo muy bien, Waterhouse —dice Comstock—. ¿Podría retirarse hasta el siguiente? —le solicita, mirando por encima del hombro del fotógrafo y por la mira—. Está bloqueando la visión... mejor... un poco más... un poco más. —Porque todavía puede ver la sombra de Waterhouse —. Así está bien. ¡Ahora!

El fotógrafo dispara la cámara, y los flashes se iluminan. —Si la presión del aire en la tubería es alta, empuja el mercurio un poco. Si es baja, tira un poco del mercurio. Puse un contacto eléctrico en cada tubo en U... no más que un par de cables separados por el aire. Si esos cables están altos y secos (porque la alta presión del aire en la tubería está empujando el mercurio alejándolo de ellos), no fluye corriente. Pero si están inmersos en mercurio (porque la presión baja en la tubería tira del mercurio para cubrirlos), entonces fluye corriente entre ellos, ¡porque el mercurio conduce la electricidad! De esa forma, los tubos en U producen un conjunto de dígitos binarios que son como una imagen de la onda estacionaria... un gráfico de los armónicos que forman la nota musical que se oye en los altavoces. Volvemos a enviar ese vector al circuito oscilador que controla el altavoz, de forma que el vector de bits se refresque continuamente, a menos que la máquina decida escribir una nueva serie de bits.

—Oh, ¿así que la maquinaria ETC puede controlar esta cosa? —pregunta Comstock.

Waterhouse ríe de nuevo.

—¡Ésa es precisamente la idea! ¡Aquí es donde los circuitos lógicos entierran y desentierran los datos! —dice Waterhouse—. ¡Se lo demostraré!

Y antes de que Comstock pueda ordenarle que no lo haga, Waterhouse le ha hecho una señal al cabo de pie al otro extremo de la habitación, el que lleva las orejeras protectoras que se entregan generalmente a los hombres que disparan los cañones más grandes. El cabo asiente y le da a un interruptor. Waterhouse se lleva las manos a las orejas y sonríe, mostrando más encía de la que a Comstock le gustaría ver, y a continuación el tiempo se detiene, o algo así, y todas esas tuberías cobran vida tocando variaciones del mismo do grave.

Es todo lo que Comstock puede hacer para no caer de rodillas; tiene las manos sobre las orejas, claro, pero el sonido realmente no penetra por el oído, entra directamente por el torso, como los rayos X. Pinzas al rojo sónico recorren sus vísceras, gotitas de sudor saltan de su cráneo por la vibración, sus pelotas botan como judías saltarinas. Las medialunas de mercurio en todos esos tubos U suben y bajan, abriendo y cerrando los contactos, pero de forma sistemática: no es un agitar turbulento, sino una progresión coherente de cambios discretos y controlados, guiados por algún programa.

Comstock sacaría su arma y atravesaría la cabeza de Waterhouse con un tiro, pero para hacerlo tendría que quitarse las manos de las orejas. Al final termina.

—La máquina acaba de calcular los primeros cien términos de la serie de Fibonacci —dice Waterhouse.

—Por lo que entiendo, esta RAM no es más que la parte donde se entierran y desentierran los datos —dice Comstock, intentando controlar los armónicos altos de su propia voz, intentando sonar y actuar como si viese esas cosas todos los días—. Si tuviese que dar un nombre para todo el aparato, ¿cómo lo llamaría?

—Mmm —dice Waterhouse—. Bien, su tarea básica es realizar cálculos matemáticos... como un computador.

Comstock bufa.

—Un computador es un ser humano.

—Bien... esta máquina emplea dígitos binarios para realizar sus cálculos. Supongo que podríamos llamarlo computador digital.

Comstock lo escribe en letras mayúsculas en su cuaderno: COMPUTADOR DIGITAL.

—¿Esto lo pondrá en el informe? —pregunta Waterhouse con alegría.

Comstock está a punto de responder: *¿Informe? ¡Éste es mi informe!* Luego le asalta el recuerdo nebuloso. Algo relacionado con Azur. Algo relacionado con minas de oro.

—Oh, sí —murmura. Oh, sí, estamos en una guerra. Lo piensa—. No. Ahora que lo menciona, esto ni siquiera es una nota al pie. —Observa a los genios matemáticos que ha escogido personalmente, quienes miran la RAM como un par de esquiladores de ovejas de una provincia de Judea que

viesen por primera vez el Arca de la Alianza—. Probablemente conservaremos esas fotos en el archivo. Ya sabe cuánto les gustan los archivos a los militares.

Waterhouse vuelve a manifestar su risa maniaca.

—¿Tiene algo más de lo que informar antes de que suspendamos la reunión? —dice Comstock, desesperado por silenciarle.

—Bien, este trabajo me ha dado algunas ideas nuevas en teoría de la información que podrían resultarle interesantes...

—Escríbalas. Envíemelas.

—Hay algo más. No sé si realmente es relevante aquí, pero...

—¿De qué se trata, Waterhouse?

—Eh, bien... ¡parece que me he comprometido para casarme!

*OceanofPDF.com*

# Caravana

Randy ha perdido todas sus posesiones terrenales, pero ha ganado un séquito. Amy ha decidido que bien puede acompañarle al norte, ya que está en ese lado del océano Pacífico. Eso hace feliz a Randy. Los muchachos Shaftoe, Robin y Marcus Aurelius, se consideran también invitados; como muchas otras cosas que en otras familias serían objeto de un largo debate, en ésta aparentemente se asume sin mayor comentario.

Esa decisión convierte en necesidad el hecho de conducir las mil, o más, millas hasta Whitman, Washington, porque los chicos Shaftoe no son de esos con medios para aparcar el bólido en un aparcamiento, meterse en el aeropuerto y pedir billetes para el próximo vuelo a Spokane. Marcus Aurelius es estudiante de segundo con una beca del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva Naval y Robin asiste a una especie de escuela preparatoria militar. Pero incluso si tuviesen el dinero saltándoles en los bolsillos, gastarlo sería una ofensa a su frugalidad nativa. O eso es lo que asume Randy durante los primeros dos días. Es la suposición obvia, teniendo en cuenta que siempre tienen en mente el flujo de caja. Por ejemplo, los chicos realizaron el esfuerzo hercúleo de consumir hasta la última cucharada de la cubeta de gachas preparada por Amy la mañana después del terremoto, y como descubrieron que no podían con la tarea guardaron los restos con todo cuidado en bolsas Ziploc, quejándose durante toda la operación del coste excesivo de las bolsas Ziploc y preguntando si Randy no tendría frascos o algo similar en el sótano, que podrían todavía estar intactos y por tanto se podrían emplear para esa función.

Randy ha tenido tiempo de sobras para desengañarse de tal falacia (es decir, que evitar los aviones viene dictado por limitaciones financieras) y sacarles la verdadera razón después de haber dejado el camión de mudanzas de Amy cerca del aeropuerto e iniciar el trayecto en caravana en el Acura y el elevado y tormentoso Impala. El personal va rotando de un vehículo a otro cada vez que se paran, siguiendo un sistema que nadie ha comunicado a Randy pero que siempre le sitúa a solas en un coche con Robin o con Marcus Aurelius. Los dos son demasiado circunspectos para contarle sus vidas al mínimo pretexto, pero demasiado corteses para asumir que a Randy pueda importarle un carajo lo que puedan pensar, y quizás en el fondo sospechen de él como para contárselo todo. Primero es preciso algún tipo de vínculo entre hombres. El hielo no comienza a fracturarse hasta el Día 2 del viaje, después de dormir en el área de descanso de la interestatal 5, cerca de Redding, en los asientos reclinados de los vehículos (cada uno de los muchachos Shaftoe le informa por separado y con toda solemnidad que la cadena de alojamientos conocida como Motel 6 es una inmensa estafa, que si esas habitaciones en alguna ocasión costaron seis dólares por noche, lo que es dudoso, ciertamente ahora no es así, y que son muchos los jóvenes e inocentes viajeros que se han visto atraídos por las llamadas de sirena de esos fraudulentos carteles alzándose sobre los tréboles de las interestatales; intentan sonar imparciales y sabios pero, por como se les enrojece la cara, apartan la vista y alzan la voz, Randy sospecha que en realidad está escuchando una historia personal y reciente apenas velada). Una vez más, sin que nadie diga nada, se da por supuesto que Amy, como la mujer, dispondrá de su propio coche para dormir, lo que sitúa a Randy en el bólido con Robin y Marcus Aurelius. Como es el invitado, ocupa el asiento reclinable del pasajero, la mejor cama de la casa, *y* M.A. se acurruca en el asiento de atrás mientras Robin, el más joven, duerme tras el volante. Durante unos treinta segundos después de que la luz se haya apagado y los Shaftoe hayan terminado de decir sus plegarías en voz alta, Randy se limita a quedarse tendido sintiendo cómo el Impala se agita por el impacto de los grandes camiones al pasar y se siente considerablemente más alienado que cuando intentaba dormir en medio de la selva en el jeepney en el norte de Luzón. Luego abre los ojos y es por la mañana, y Robin está realizando flexiones con un solo brazo en el suelo.

—Cuando lleguemos allí —dice Robin jadeando una vez que ha terminado—, ¿cree que podría mostrarme eso de vídeo en Internet de lo que me había hablado? —Lo pregunta con toda la ingenuidad de su juventud. De pronto adopta una expresión avergonzada y añade—: A menos que sea muy caro o algo así.

—Es gratis. Te lo enseñaré —dice Randy—. Vamos a desayunar. Ni que decir tiene que McDonald's y similares cobran una suma escandalosa por, digamos, un plato de patatas, mucho más de lo que uno pagaría por la masa equivalente de patatas sin procesar en (si crees que el dinero crece en los árboles) Safeway o (si te preocupa realmente el valor de un dólar) en un mercado agrícola situado en un enlace de carreteras solitario allí donde Cristo perdió el gorro. Así que para desayunar deben dirigirse a un pueblecito (los hipermercados en sitios grandes como Redding son timos) y encontrar un colmado (los supermercados son etc., etc., etc.) y comprar el desayuno en la forma más elemental concebible (plátanos más que maduros y muy baratos que ni siquiera vienen en racimos sino que han recogido del suelo, o algo similar, y que se juntan en una bolsa de papel, y Cheerios genéricos en una bolsa de plástico tubular, y una caja de leche en polvo genérica) y comérselo en equipos militares de latón que los Shaftoe sacan con admirable frialdad del maletero del coche, un abismo ferroso y aceitoso todo lleno de cadenas para ruedas, cajas viejas de munición y, a menos que los ojos de Randy le estén jugando una mala pasada, un par de espadas samurai.

En cualquier caso, todo se hace con la debida despreocupación, y no como si estuviesen probando la entereza de Randy o algo, por lo que éste supone que realmente todo eso no se cualifica como una verdadera experiencia de vínculo entre hombres. Si, de forma hipotética, el Impala se estropease en el desierto y tuviesen que repararlo con piezas robadas en una chatarrería cercana protegida por perros rabiosos y gitanos armados con rifles, eso sería una experiencia de vínculo masculino. Pero Randy se equivoca. El Día 2 los Shaftoe (los hombres al menos) se abren a él.

Parece (y tal información la abstrae después de muchas horas de conversación) que cuando eres un joven Shaftoe en plenas facultades físicas y un extraño en tierra extraña con un coche que, con grandes consejos y considerable ayuda de tu gran familia, has arreglado bastante bien, la idea

de aparcarlo para tomar cualquier otro medio de transporte es, además de una evidente estupidez financiera, una especie de fracaso moral pura y simplemente. Por eso van en coche hasta Whitman, Washington. Pero ¿por qué (uno de ellos ha reunido el valor suficiente para preguntarlo) llevan dos coches? En el Impala hay sitio más que suficiente para cuatro. Randy ha llegado a la conclusión de que los Shaftoe se sienten consternados por la insistencia de Randy de llevar el redundante y repugnante Acura, y que no es más que su formidable amabilidad lo que les ha impedido comentar que es una locura.

—Supongo que nosotros no estaremos juntos más allá de Whitman —dice Randy—. Si llevamos los dos coches, podemos separarnos en ese punto.

—No está tan lejos, Randall —dice Robin, dándole al acelerador del Impala para obligarlo a cambiar de marcha, y esquivar un transporte de gasolina. De los «Señor» y «Señor Waterhouse» iniciales, Randy ha conseguido que se dirijan a él por su nombre de pila, pero sólo han aceptado con la condición (aparentemente) de que usen el «Randall» completo en lugar de «Randy». Los primeros intentos de emplear «Randall Lawrence» como forma de compromiso sufrieron la denuncia vigorosa de Randy, así que se ha quedado en «Randall»—. M.A. y yo estaríamos encantados de dejarle en el aeropuerto de San Francisco... o, eh, allí donde decida aparcar su Acura.

—¿En qué otro sitio podría aparcarlo? —dice Randy, sin haber comprendido la última parte.

—Bien, me refiero a que probablemente podríamos encontrar un lugar donde aparcarlo gratis durante unos días si nos ponemos a ello. Dando por supuesto que quiera conservarlo —añade alentador—. Ese Acura probablemente podría conseguir un buen precio incluso considerando todas las reparaciones que necesita.

Es sólo en ese momento cuando Randy comprende que los Shaftoe creen que es un indigente total, desamparado y a la deriva en el ancho mundo. Un claro caso que necesita caridad. Recuerda ahora haberles visto deshacerse de una bolsa de McDonald's cuando llegaron a la casa. Todo el atracón de austeridad se lo han inventado para evitar presionar financieramente a Randy.

Robin y M.A. han estado observándole con atención, hablando sobre él, pensando en él. Resulta que han hecho algunas suposiciones defectuosas, y han llegado a las conclusiones erróneas, pero igualmente han manifestado más sofisticación de la que Randy les atribuía. Eso obliga a Randy a repasar las conversaciones que han mantenido durante los últimos días, sólo para hacerse una idea de qué otras cosas interesantes y complicadas puedan habérseles pasado por la cabeza. M.A. es del tipo sincero y seguidor de las reglas, de los que sacan buenas notas y se ajustan bien a cualquier organización jerárquica. Pero Robin es más bien una incógnita. Tiene el potencial de ser o un fracasado total o un empresario de éxito, o quizá uno de esos tipos que oscilan entre los dos polos. Randy comprende ahora que ha descargado en la persona de Robin, sólo en un par de días, una cantidad impresionante de información sobre Internet, dinero electrónico, moneda digital y la nueva economía global. El estado mental de Randy es tal que es propenso a parlotear sin sentido durante horas. Robin se lo ha tragado todo.

Para Randy no fue más que soltar aire caliente sin sentido. Hasta ahora ni siquiera había considerado el efecto que podría ejercer sobre la trayectoria de la vida de Robin Shaftoe. Randall Lawrence Waterhouse odia *Star Trek* y evita a la gente que no la odia, pero incluso él ha visto todos los episodios de la maldita serie, y se siente, en ese momento, como un científico de la Federación que se ha transportado a un planeta primitivo y sin pensarlo le ha enseñado a un bruto oportunista anterior a la Ilustración cómo construir un cañón faser a partir de materiales normales.

A Randy todavía le queda algo de dinero. No sabe cómo puede transmitir esa información a los chicos sin cometer algún terrible error de protocolo, así que a la siguiente parada en la gasolinera, le pide a Amy que les informe. Él cree (basándose en su vaga comprensión del sistema de rotación) que le toca quedarse a solas en el coche con Amy, pero si Amy va a informar sobre el dinero a uno de los chicos deberá pasar el siguiente turno con uno de ellos, porque hay que transmitirlo de forma indirecta, lo que llevará su tiempo, y debido a esa ruta indirecta, habrá que dejar algo de tiempo para que sea digerida. Pero tres horas más tarde, a la siguiente parada para coger gasolina, de forma natural M.A. y Robin deben ir juntos en el mismo coche, de forma que Robin (que ahora sabe y comprende, y que entra en el Impala con una gran sonrisa en el rostro y le da un golpe

afable a Randy en el hombro) puede pasar el mensaje a M.A., cuyos recientes gambitos conversacionales vis-à-vis con Randy no tenían el más mínimo sentido hasta que Randy comprendió que le consideraban un mendigo y que M.A. intentaba, de forma realmente oblicua, descubrir si Randy tenía necesidad de compartir algunos de los elementos de aseo de M.A. En cualquier caso, Randy y Amy suben al Acura y se dirigen al norte de Oregón, intentando seguir al bólido.

—Bien, es agradable tener la oportunidad de pasar algo de tiempo contigo —dice Randy. Todavía tiene la espalda un poco dolorida allí donde Amy le golpeó, aquella mañana, mientras manifestaba que expresar los propios sentimientos «era el juego». Así que ha supuesto que lo mejor es expresar aquellos sentimientos que es menos probable que le causen problemas.

—Zupuze que tú y yo habíamos tenido tiempo zuficiente para calmarnos —dice Amy, habiendo revertido por completo, en los últimos dos días, a la lengua de sus antepasados—. Pero han pasado siglos y siglos desde que vi a esos chicos por última vez y tú nunca los has visto.

—¿Siglos y siglos? ¿En serio?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Bien, la última vez que vi a Robin empezaba el parvulario. Y vi a M.A. más recientemente... probablemente tenía ocho o diez años.

—Una vez más, ¿cuál es tu relación con ellos?

—Creo que Robin es primo segundo. Y podría explicarte mi relación con M.A., pero empezarías a agitarte en el asiento y a suspirar antes de que llegase a la mitad.

—Por tanto, para esos chicos no eres más que una pariente lejana a la que vieron una o dos veces cuando eran pequeños.

Amy se encoge de hombros.

—Sí.

—Luego, ¿qué les hizo venir aquí?

La mirada de Amy está vacía.

—Quiero decir —dice Randy— que por la actitud general que adoptaron cuando se detuvieron de golpe en medio de mi jardín y salieron

del vehículo al rojo vivo y cubierto de bichos, recién llegados de Tennessee, era evidente que su misión número uno era garantizar que la flor de las mujeres Shaftoe recibía el trato respetuoso, decente y de veneración, etc., que claramente merece.

—Oh. No me pareció eso a mí.

—Oh, ¿no lo era? ¿En serio?

—No. Randy, mi familia se apoya mutuamente. Simplemente el que haga tiempo que no nos hayamos visto no significa que las obligaciones hayan desaparecido.

—Bien, en este momento estás realizando una comparación implícita con mi familia, que por cierto no me vuelve loco, y sobre la que quizá debiésemos hablar más tarde. Pero, en lo que se refiere a esas obligaciones familiares, ciertamente opino que una de ellas es preservar tu virginidad nocional.

—¿Quién ha dicho que sea nocional?

—Debe serlo para ellos porque apenas te han visto nunca. A eso me refiero.

—Creo que estás exagerando desproporcionadamente el aspecto sexual que percibes en la situación —dice Amy—. Lo que es perfectamente normal en el caso de un tío, y no tengo peor imagen de ti por ello.

—Amy, Amy. ¿No has hecho las cuentas?

—¿Cuentas?

—Contando el viaje por entre el tráfico de Manila hasta el AINA, la facturación y las formalidades en el aeropuerto de San Francisco, todo mi desplazamiento me llevó unas dieciocho horas. Veinte para ti. Otras cuatro horas para llegar a mi casa. Ocho horas después de que llegásemos a mi casa, Robín y Marcus Aurelius se presentan en medio de la noche. Bien, si damos por supuesto que la radio macuto de la familia Shaftoe funciona a la velocidad de la luz, eso implica que los chicos, divirtiéndose frente a su trailer en Tennessee, recibieron la noticia de que una mujer Shaftoe tenía un problema personal provocado por un tío justo cuando abandonabas el *Glory IV y* te subías a un taxi en Manila.

—Envié un email desde el *Glory* —dice Amy.

—¿A quién?

—A la lista de correo Shaftoe.

—¡Dios! —dice Randy, dándose una hostia en la cara—. ¿Qué decía ese correo?

—No lo recuerdo —dice Amy—. Que me dirigía a California. Probablemente hice algún comentario equívoco con respecto a un joven con el que quería hablar. En ese momento estaba molesta y no puedo recordar con exactitud lo que dije.

—Creo que dijiste algo así como «Voy a California, donde Randall Lawrence Waterhouse, que padece de sida, va a sodomizarme por la fuerza en cuanto llegue».

—No, nada tan exagerado.

—Bien, creo que alguien leyó entre líneas. En cualquier caso, Ma o Tío Em o alguien salió por la puerta trasera, limpiándose la harina del delantal de guingán... Me lo estoy imaginando.

—Me lo supongo.

—Y dice: «Chicos, vuestra enésima prima distante America Shaftoe nos ha enviado un correo desde el bote del Tío Doug en el mar meridional de China diciendo que tiene una disputa con un joven y no es del todo descabellado que pueda necesitar ayuda. En California. ¿Os podrías pasar por allí y ver si os necesita?» Y ellos dejaron de lado la pelota de baloncesto y dijeron: «Claro, mamá, ¿cuál es la ciudad y la dirección?» Y ella responde: «Eso no importa, simplemente coged la interestatal 40 y dirigios al oeste sin dejar de mantener una velocidad media entre un cien y un ciento veinte por ciento sobre el límite legal de velocidad y llamadme a cobro revertido desde una Texaco y os daré las coordenadas específicas del blanco.» Y ellos dicen: «Sí, mamá» y treinta segundos después salen del garaje a cinco «ges» y treinta horas después se plantan en mi jardín, cegándome con sus linternas de veinticinco pilas y planteándome un montón de preguntas inquisitivas. ¿Tienes alguna idea de la distancia que han recorrido?

—Ni idea.

—Bien, según el Mapa de Carreteras Rand McNally de M.A., son unas dos mil cien millas.

—¿Y?

—Lo que implica que mantuvieron una velocidad media de setenta millas por hora durante día y medio.

—Día y cuarto —dice Amy.

—¿Tienes idea de lo difícil que es hacerlo?

—Randy, pisas el acelerador y mantienes la aguja en su posición. ¿Tan difícil es?

—No me refiero a que se trate de un desafío intelectual. Comento que la disposición a, por ejemplo, orinar en botes vacíos de McDonald's en lugar de detener el coche, sugiere urgencia. Incluso pasión. Y como soy un tío, y he tenido la experiencia de ser un tío a la edad de M.A. y Robin, puedo afirmar que una de las pocas cosas que hace hervir la sangre hasta ese punto es la idea de que una mujer a la que amas está siendo maltratada por un hombre desconocido.

—Bien, ¿y si así fue qué? —dice Amy—. Ahora creen que eres un buen tío.

—¿Sí? ¿En serio?

—Sí. El desastre financiero te vuelve más humano. Más accesible. Y disculpa muchas cosas.

—¿Necesito excusarme por algo?

—No por lo que a mí respecta.

—Pero en la medida en que ellos pensaron que yo era un violador, eso, en cierta forma, mitiga mi problema de imagen.

Se produce una pequeña pausa en la conversación. Luego Amy le sale con:

—Háblame de tu familia, Randy.

—Durante los siguientes días, vas a descubrir más de lo que me gustaría sobre mi familia. Y yo también. Así que hablemos de otra cosa.

—Vale. Hablemos de negocios.

—Vale. Tú primero.

—Un productor alemán de televisión vendrá la próxima semana a ver el submarino. Puede que hagan un documental. Ya hemos recibido a varios periodistas alemanes de medios impresos.

—¿Sí?

—Ha provocado sensación en Alemania.

—¿Por qué?

—Porque nadie puede explicar cómo llegó allí. Ahora es tu turno.

—Vamos a lanzar nuestra propia moneda. —Al decirlo, Randy está divulgando información confidencial a alguien que no está autorizado a conocerla.

Pero lo hace de todas formas, porque abrirse a Amy de tal forma, poniéndose en situación vulnerable, le provoca una erección.

—¿Cómo se hace? ¿No hay que ser un gobierno?

—No. Tienes que ser un banco. ¿Por qué crees que se llaman billetes de banco? —Randy es completamente consciente de que divulgar secretos empresariales a una mujer simplemente para excitarse sexualmente es una locura, pero resulta que ahora mismo tampoco le importa demasiado.

—Vale, pero aún así, normalmente lo hacen bancos gubernamentales, ¿no?

—Sólo porque la gente tiende a respetar los bancos gubernamentales. Pero los bancos gubernamentales del sureste asiático tienen ahora mismo un enorme problema de imagen. Ese problema de imagen se traduce directamente en una caída de la tasa de cambio.

—Bien, ¿cómo se hace?

—Consigues un montón de oro. Emites certificados que dicen «este certificado puede canjearse por tal cantidad de oro». Eso es todo.

—¿Qué tienen de malo los dólares, yenes y demás?

—Los certificados, los billetes de banco, se imprimen sobre papel. Nosotros vamos a emitir billetes de banco electrónicos.

—¿Nada de papel?

—Nada de papel.

—Así que sólo podrás gastarlo en la Red.

—Correcto.

—¿Qué pasa si quieres comprarte un montón de plátanos?

—Buscas un vendedor de plátanos en la Red.

—Parece que el dinero en papel serviría exactamente igual.

—Al papel moneda se le puede seguir el rastro y es perecedero, además de otros inconvenientes. Los billetes electrónicos son rápidos y anónimos.

—¿Qué aspecto tiene un billete electrónico, Randy?

—El de cualquier otra cosa digital: un montón de bits.

—¿Eso no los hace fáciles de falsificar?

—No si dispones de buena criptografía —dice Randy—. Que nosotros tenemos.

—¿Cómo la conseguisteis?

—Relacionándonos con fanáticos.

—¿Qué tipo de fanáticos?

—Fanáticos que creen que disponer de buena criptografía es de una importancia casi apocalíptica.

—¿Cómo alguien puede llegar a pensar algo así?

—Leyendo sobre gente como Yamamoto, que murió por tener mala criptografía, y luego proyectando esas cosas al futuro.

—¿Estás de acuerdo con ellos? —pregunta Amy. Puede que se trate de una de esas preguntas que definen un momento importante en una relación.

—A las dos de la madrugada, cuando estoy tendido en la cama y despierto, sí lo creo —dice Randy—. A la luz del día, me suena a paranoia. —Mira a Amy, quien le observa fijamente, porque en realidad todavía no ha contestado a la pregunta. Tiene que decidirse por una de las opciones—. Más vale prevenir que curar, supongo. Disponer de una buena criptografía no puede hacerte daño, y podría ayudarte.

—Y por el camino podría hacerte ganar un montón de dinero —le recuerda Amy.

Randy ríe.

—En este punto, ni siquiera se trata de ganar dinero —dice—. Simplemente no deseo sufrir una humillación total.

Amy sonríe críptica.

—¿Qué?—le exige Randy.

—Cuando has dicho eso has sonado como un Shaftoe —dice Amy.

Después de eso, Randy conduce en silencio durante media hora. Sospecha que tenía razón: era un momento importante en la relación. Ahora como mucho sólo podría joder la situación. Así que se calla y conduce.

*OceanofPDF.com*

# El General

Durante dos meses duerme en una playa de Nueva Caledonia, tendido bajo una cubierta antimosquitos, soñando con lugares peores, perfeccionando su historia.

En Estocolmo, alguien de la embajada británica le llevó a cierto café. Un caballero que conoció en el café le consiguió un coche. El coche le llevó a un lago donde daba la casualidad que había un hidroavión con los motores en marcha y las luces apagadas. El Servicio Aéreo Especial le llevó a Londres. La Inteligencia Naval le trasladó a D.C., le vació el cerebro y le entregó a los Marines con un enorme sello en los papeles que decía que jamás debía enviársele de nuevo al combate; Sabía Demasiado para arriesgarse a que fuese capturado. Los Marines descubrieron que Sabía Muy Poco para servir como Hijo de Puta del Escalafón en la Patria, y le dieron a elegir: un billete de ida a casa o educación superior. Eligió el billete a casa, luego convenció a un oficial novato de que su familia se había mudado, y que ahora residía en San Francisco.

Prácticamente puedes atravesar la bahía de San Francisco saltando de un barco de la Marina a otro. El puerto estaba cubierto de muelles de la Marina, depósitos, hospitales y prisiones. Todo ello protegido por los hermanos militares de Shaftoe. Los tatuajes de Shaftoe quedaban oscurecidos por ropas civiles y le había crecido el pelo. Pero le bastaría con mirar a un marine a los ojos desde una distancia de tiro de piedra y el marine le reconocería como un hermano necesitado y le abriría cualquier puerta, rompería cualquier regla y probablemente incluso arriesgaría su vida. Shaftoe acabó con tal rapidez de polizón en un barco en dirección a

Hawai que ni siquiera tuvo tiempo de emborracharse. Desde Pearl, le llevó cuatro días meterse en un barco a Kwajalein. Allí era un héroe legendario. Su dinero no valía nada en Kwaj; fumó, bebió y comió durante una semana sin que se le permitiese gastar ni un centavo, y finalmente sus hermanos le metieron en un avión que le llevó un par de miles de millas más al sur hasta Noumea, en Nueva Caledonia.

Lo hicieron con bastante renuencia. Con toda alegría hubiesen asaltado una playa con él, pero esto era diferente: le estaban enviando peligrosamente cerca del SOWESPAC, el Teatro de Operaciones del Suroeste del Pacífico, el domino del General. Incluso ahora, un par de años después de que el General les hubiese enviado a la acción, mal armados y con mal apoyo, en Guadalcanal, los marines todavía pasaban la mitad de sus horas despiertos comentando lo mal tipo que era. En secreto era dueño de la mitad de Intramuros. Se había convertido en billonario gracias al oro español que su padre había desenterrado cuando fue gobernador de Filipinas. Quezón le había nombrado en secreto dictador del archipiélago cuando terminase la guerra. El General se presentaba a presidente, y para poder ganar iba a empezar a perder batallas sólo para que F.D.R. quedase mal, e iba acusar de todo a los marines. Y si eso no le salía bien, volvería a Estados Unidos y daría un golpe de estado. Que sería desarticulado, contra toda esperanza, por el Cuerpo de Marines de Estados Unidos. ¡Semper Fi!

En cualquier caso, sus hermanos le llevaron a Nueva Caledonia. Noumea es una bonita ciudad francesa de amplias calles y tejados de zinc, que da a un inmenso puerto cubierto de gigantescas montañas de mineral de níquel y cromo proveniente de las inmensas minas del interior. La población es un tercio Francia Libre (hay imágenes representando a De Gaulle por todas partes), un tercio soldados norteamericanos y un tercio caníbales. Los rumores de la calle son que los caníbales hace veintisiete años que no se comen a ningún blanco, así que Bobby Shaftoe, durmiendo en la playa, se siente casi tan seguro como en Suecia.

Pero cuando llegó a Noumea se topó con una barrera más impenetrable que cualquier muro de piedra: la línea imaginaria entre el teatro de operaciones del Pacífico (el territorio de Nimitz) y SOWESPAC. Brisbane, la central del General, está a poca distancia (según los estándares del

Pacífico) casi directamente al oeste. Si puede llegar allí y contar su historia, todo saldrá bien.

Durante el primer par de semanas en la playa, se manifiesta optimista hasta la estupidez. Posteriormente, se deprime durante un mes, pensando que nunca podrá salir de allí. Finalmente, empieza a recuperar el ánimo, a demostrar de nuevo algo de adaptabilidad. No tiene suerte en intentar subirse a un barco. Pero la cantidad de tráfico aéreo es increíble. Parece que al General le gustan los aviones. Shaftoe empieza a seguir a los aviadores. Los policías militares no le dan ni la hora, no podría entrar en un club de suboficiales ni para salvar la vida.

Pero un club de suboficiales ofrece un entretenimiento estrictamente limitado. Los clientes que buscan satisfacciones más profundas deben abandonar el perímetro definido por los cabrones de los policías militares y entrar en la economía civil. Y cuando aviadores norteamericanos cachondos y bien pagados caen en una cultura definida la mitad por caníbales y la mitad por franceses, obtienes una economía civil cojonuda. Shaftoe encuentra una posición estratégica en el exterior de una salida de una base aérea, se planta allí, con los bolsillos cargados de cajetillas de cigarrillos (los marines de Kwaj le suministraron un cargamento para toda la vida), y espera. Los aviadores salen en grupos de dos y tres. Shaftoe elige a los sargentos, los sigue a los bares y prostíbulos, se sienta en sus líneas de visión, comienza a fumar convulsivamente. No pasa mucho tiempo antes de que se acerquen y le pidan cigarrillos. Eso inicia la conversación.

Una vez que ha perfeccionado la rutina, aprende mucho y a toda velocidad sobre la Quinta Fuerza Aérea y hace muchos amigos. En unas semanas le toca el gordo. Va a la verja del campo de aviación a la 1.00 A.M. de una noche sin luna, se arrastra sobre el vientre durante una milla siguiendo el borde de una pista de aterrizaje y apenas llega a tiempo para encontrarse con la tripulación del *Tipsy Tootsie*, un B-24 Liberator en dirección a Brisbane. Inmediatamente se encuentra encajado en la esfera de vidrio a la cola del avión: la burbuja de artillería de atrás. Su propósito, claro, es derribar Zeros, que tienden a atacar por detrás. Pero la tripulación del *Tipsy Tootsie* parece opinar que allí tienen tantas probabilidades de encontrarse con un Zero como sobre los cielos de Missouri.

Le advirtieron que se pusiese ropa de abrigo, pero no tenía nada de esa naturaleza. *Tipsy Tootsie* apenas ha abandonado la pista cuando empieza a entender su error: la temperatura cae como una bomba de quinientas libras. Le resulta físicamente imposible abandonar la burbuja. Incluso si pudiese, le arrestarían; le han subido a bordo sin el conocimiento de los oficiales, que realmente son los que hacen volar el avión. Con calma decide añadir la hipotermia a su ya extenso conocimiento del sufrimiento humano. Después de un par de horas, o pierde la conciencia o se queda dormido, y eso ayuda.

Le despierta una luz rosa que viene de todas las direcciones. El avión ha perdido altitud, la temperatura ha subido y su cuerpo ha recuperado el calor suficiente para devolverle la conciencia. Después de unos minutos es incluso capaz de mover los brazos. Alarga la mano hacia la luz rosa y toca la condensación en el interior de la torreta. Saca un pañuelo, la limpia por completo y mira directamente un amanecer del Pacífico.

El cielo está rasgado y moteado por nubes negras, como chorros de un calamar en una cala del Caribe. Durante un rato, le parece que está sumergido junto con Bischoff.

Cicatrices arrugadas marcan el Pacífico formando bucles y líneas, y le recuerdan su propia piel desnuda. Pero formas duras e irregulares sobresalen de las cicatrices como si fuesen viejos trozos de metralla: arrecifes de coral que escapan del mar poco profundo. Cada vez hace más calor. Vuelve a temblar.

Alguien ha arrojado polvo marrón sobre el Pacífico, formando un gigantesco montón. En el borde del montón hay una ciudad. La ciudad gira, se acerca. Cada vez hace más calor. Se trata de Brisbane. Hay una pista de aterrizaje, y piensa que va rebajarle el culo como si fuese la tira de papel de lija más larga del mundo. El avión se detiene. Huele a gasolina.

El piloto le descubre, pierde los estribos y se dispone a llamar a la policía militar.

—Estoy aquí dispuesto a trabajar para el General —murmura Shaftoe por entre sus labios amoratados.

Sólo hace que el piloto desee darle un porrazo. Pero después de que Shaftoe haya dicho esas palabras, todo cambia; los oficiales furiosos permanecen a uno o dos pasos de él, rebajan el lenguaje, retiran las

amenazas. Al presenciarlo, Shaftoe descubre que el General hace las cosas de forma diferente.

Pasa un día recuperándose en una habitación de mala muerte, después se pone en pie, se afeita, bebe una taza de café y sale en busca de oficiales.

Para su total desesperanza, descubre que el General ha mudado su cuartel general a Jayapura, en Nueva Guinea. Pero su esposa e hijo, y gran parte de su personal, siguen en el Hotel Lennon. Shaftoe va allí y analiza la distribución de tráfico: para meterse en la entrada del hotel, los coches deben venir desde cierta esquina de la calle. Shaftoe encuentra un buen escondrijo cerca de esa esquina y espera. Mirando por las ventanillas de los coches que se acercan, puede ver las charreteras y contar estrellas y águilas.

Al ver dos estrellas, decide ponerse en marcha. Corriendo calle abajo, llega hasta el toldo del hotel justo cuando el chófer abre la puerta de ese general.

—¡Perdóneme, general, Bobby Shaftoe se presenta al servicio, señor! —suelta, realizando el saludo más perfecto de la historia militar.

—¿Y quién demonio eres, Bobby Shaftoe? —dice ese general, sin apenas parpadear. ¡Habla como Bischoff! ¡El tipo tiene acento alemán!

—He matado más nipos que la actividad sísmica. Me entrenaron para saltar de aeroplanos. Hablo un poco de nipo. Puedo sobrevivir en la selva. Conozco Manila como la palma de mi mano. Allí se encuentran mi esposa y mi hijo. Y estoy en una especie de callejón sin salida. ¡Señor!

En Londres, en Washington, nunca hubiese podido acercarse tanto, y de haberlo hecho le habrían pegado un tiro.

Pero esto es SOWESPAC y, a la mañana siguiente, está en un B-17 con destino a Jayapura, vestido con el verde del ejército de Tierra, sin rango.

Nueva Guinea tiene un aspecto terrible: un dragón gangrenoso con una columna vertebral rocosa y retorcida, cubierta de hielo. Sólo mirarlo hace que Shaftoe se estremezca por una combinación nauseabunda de hipotermia y malaria incipiente. Ahora todo eso pertenece al General. Para Shaftoe está claro que semejante país sólo podría conquistarlo un hombre que haya perdido completamente la cabeza. Un mes en Stalingrado sería preferible a veinticuatro horas allá abajo.

Jayapura se encuentra en la costa norte de la bestia, mirando, naturalmente, hacia Filipinas. Todos los marines saben perfectamente que el

General se ha hecho construir un palacio para su persona. Algunos idiotas crédulos creen el rumor de que simplemente se trata de una réplica completa a escala 200% del Taj Mahal, construida por marines esclavizados, pero los cabrones con experiencia saben que en realidad se trata de un complejo mucho mayor construido con materiales robados en naves hospital de la Marina, salpicado de bóvedas de placer y casas de sexo para su serie de concubinas asiáticas, con cúpulas que se alzan tan altas que el General puede subir allá arriba y ver lo que los nipos le están haciendo a su extensa hacienda en Manila, 1.500 millas al noroeste.

Bobby Shaftoe no ve tal cosa por las ventanillas del B-17. Vislumbra una casa grande y de buen aspecto en la montaña junto al mar. Supone que no es más que un puesto de vigilancia, que marca el perímetro de los dominios del General. Pero casi de inmediato el B-17 aterriza. La carlinga queda invadida por un miasma ecuatorial. Es como respirar los vapores de una fábrica de cerveza. Shaftoe ya siente que sus intestinos van soltándose. Evidentemente, hay muchos marines que opinan que los pantalones del ejército de Tierra están mejor bien manchados de heces. Shaftoe debe dejar esas ideas de lado.

Todos los pasajeros (en su mayoría coroneles o mejores) se mueven como para evitar sudar, aunque están encharcados de píes a cabeza. A Shaftoe le gustaría patear sus culos gordos y arrugados para que bajen, tiene prisa por llegar a Manila.

Pronto está subido al parachoques trasero de un jeep lleno de peces gordos. El campo de aviación está rodeado de armas antiaéreas, y da señales de haber sido bombardeado y atacado no hace mucho. Algunas de esas señales son pruebas físicas evidentes, como agujeros en el suelo, pero Shaftoe obtiene la mayor parte de la información observando a los hombres: sus posturas, sus expresiones faciales al mirar el cielo le dicen exactamente cuál es el nivel de amenaza.

No es de extrañar, piensa, al recordar esa gigantesca casa blanca en la montaña. ¡Por amor de dios, probablemente puedas verla a la luz de la luna! ¡Debe de ser visible desde Tokio! Está pidiendo ser bombardeada. La subida a la montaña lleva un eón. Shaftoe salta y pronto ha adelantado al jeep quejumbroso, y al que va delante. Luego se queda solo, atravesando la

selva. Se limitará a seguir los caminos hasta que le lleven directamente a los pozos hábilmente camuflados que descienden hasta el cuartel del General.

El paseo le da tiempo de sobra para fumarse un par de cigarrillos y saborear el absoluto horror de la selva de Nueva Guinea, comparada con la de Guadalcanal, que hasta ahora consideraba el peor lugar sobre la Tierra, y que ahora le parece un prado de hierba habitado por mariposas y conejitos. Nada le parece más satisfactorio que la idea de que los nipos y el ejército de Tierra de Estados Unidos lleven un par de años dándose de hostias en Nueva Guinea. Eso sí, pena de los australianos que tienen que ir allí.

Los senderos le llevan directamente a la casa blanca como la cal que se sienta en la ladera de la montaña. La verdad es que se han pasado haciendo que realmente parezca que allí vive alguien. Shaftoe puede ver incluso muebles. Las paredes están salpicadas de agujeros de bala. ¡Incluso han puesto un maniquí en el balcón, vestido con una toga rosa de seda, pipa «olote» y gafas de aviador que mira por unos binoculares! Por muy reacio que se sienta a aprobar cualquier cosa hecha por el ejército de Tierra, Shaftoe no puede evitar reírse ante esa muestra de ingenio. El humor militar es el mejor. No puede creer que les hayan dejado hacerlo. Un par de fotógrafos de prensa están abajo, tomando fotos de la escena.

De pie en medio del aparcamiento lleno de barro de la casa, se planta con los pies bien abiertos y le enseña el dedo medio al maniquí. ¡Eh, capullo, esto es por los marines en Kwajalein! Coño, le ha gustado.

El maniquí se gira y apunta los binoculares directamente a Bobby Shaftoe, quien se queda petrificado en la postura de enseñar el dedito como si le hubiese mirado un basilisco. Muy abajo empiezan a sonar las alarmas de ataque aéreo.

Los binoculares se separan de las gafas de sol. De la pipa sale un hálito de humo. El General le responde con un saludo sarcástico. Shaftoe recuerda guardarse el dedo, luego se queda plantado, como un árbol de caoba muerto.

El General se retira la pipa de la boca para poder decir:

—Magandang gabi.

—Quiere decir *«magandang umaga»* —dice Shaftoe—. *Gabi* significa *noche* y *umaga* significa *mañana.*

El zumbido de los aeroplanos va haciéndose cada vez más evidente. Los fotógrafos de prensa deciden guardar las cosas y meterse en la casa.

—Cuando sales de Manila por el norte en dirección a Lingayen, llegas al cruce de carreteras en Tarlac, tomas el camino de la derecha y te diriges atravesando las plantaciones de caña hacia Urdaneta, ¿cuál es el primer pueblo que te encuentras?

—Es una pregunta con trampa —dice Shaftoe—. Al norte de Tarlac no hay caña, sólo arrozales.

—Mmm. Muy bien —dice el General malhumorado.

Abajo, la artillería antiaérea comienza a disparar con un estruendo fantástico; en la distancia, suena como si la costa norte de Nueva Guinea estuviese siendo arrojada al mar a golpe de martillo neumático. El General lo ignora. Si estuviese fingiendo que lo ignora, al menos miraría los Zeros que se acercan, de forma que pudiese dejar de fingir en cuanto la situación se volviese demasiado peligrosa. Pero ni siquiera se molesta en mirar. Shaftoe se obliga a imitarle y no mirar. El General le hace una larga pregunta en español. Su voz es hermosa. Suena como si estuviese metido en un estudio de sonido anecoico en Nueva York o Hollywood, narrando un documental sobre su propia genialidad.

—Si intenta descubrir si *hablo español*, la respuesta es *un poquito*[{28}] —dice Shaftoe.

El General irritado hace bocina con una mano sobre el oído. No puede oír nada, excepto el par de Zeros que convergen sobre él y Shaftoe más o menos a trescientas millas por hora, licuando toneladas de biomasa con densas ráfagas de munición de 12,7 milímetros. Mira fijamente a Shaftoe mientras una secuencia de balas recorre el aparcamiento, salpicando de barro los pantalones de Shaftoe. La misma línea de balas vira de pronto hacia arriba en ángulo recto cuando llega a la pared de la casa del General, trepa por la pared, arranca un trozo de la barandilla del balcón como a un pie de donde descansa la mano del General, maltrata algunos muebles en el interior y luego se desvanece por el tejado de la casa.

Ahora que los aviones han pasado por encima, Shaftoe puede mirarlos sin preocuparse de que el General crea que es una especie de afeminado. Las albóndigas de las alas se hacen más anchas y visibles al inclinarse de

pronto, inclinarse más que cualquier avión norteamericano, y regresan para probar por segunda vez.

—Dije... —empieza a decir el General. Pero a continuación la atmósfera queda desgarrada por una serie de silbidos. Una de las ventanas de la casa salta de pronto del marco. Shaftoe oye un golpe dentro y algo de loza romperse. Por primera vez, el General muestra ser consciente de que se está produciendo una acción militar—. Caliente mi jeep, Shaftoe —dice— Tengo un hueso que coger con mis chicos triple-A. —Luego se da la vuelta y Shaftoe puede ver la espalda de la toga de seda rosa. Lleva bordado, con hilo negro, un lagarto enorme, rampante.

De pronto el General se vuelve.

—¿Es usted al que oigo gritar ahí abajo, Shaftoe?

—¡Señor, no señor!

—Le he oído gritar claramente. —MacArthur le da la espalda a Shaftoe, ofreciéndole otra visión del lagarto (que pensándolo con calma parece más un dibujo chino de un dragón) y entra en la casa, murmurando con irritación.

Shaftoe se sube al vehículo indicado y arranca el motor.

El General sale de la sala y empieza a atravesar el aparcamiento acunando en los brazos un proyectil antiaéreo. El viento agita a su alrededor la toga de seda rosa.

Los Zeros regresan y acribillan de nuevo el aparcamiento, cortando un camión casi por la mitad. Shaftoe siente como si sus intestinos se hubiesen disuelto y estuviesen a punto de salir de su cuerpo a chorros. Cierra los ojos, contrae bien el esfínter y aprieta los dientes. El General se sienta a su lado.

—Colina abajo —ordena—. Hacia el sonido de artillería.

Apenas han llegado a la carretera cuando su avance queda bloqueado por los dos jeeps que traían a los peces gordos desde el campo de aviación. Ahora están abandonados en medio del camino, con las puertas abiertas, y los motores todavía en marcha. El General alarga la mano y le da a la bocina.

Coroneles y generales de brigada comienzan a salir de entre las sombras de la selva, como si formasen una tribu nativa particularmente rara,

agarrando los maletines como si fuesen talismanes. Saludan al General, quien les ignora con irritación.

—¡Muevan los vehículos! —entona, señalándolos con la boquilla de la pipa—. Esto es la carretera. El aparcamiento está por ahí.

Los Zeros regresan por tercera vez. Shaftoe comprende ahora (como quizá ya lo había comprendido el General) que esos pilotos no son de los mejores; es un periodo tardío de la guerra y los buenos pilotos ya están muertos. En consecuencia, no ajustan sus trayectorias con la carretera; el bombardeo la corta diagonalmente. Aún así, una bala atraviesa el bloque del motor de uno de los camiones. De él saltan vapor y aceite caliente.

—¡Vamos, empújenlo! —dice el General. Instintivamente, Shaftoe empieza a bajar del jeep, pero el General le retiene con una palabra—. ¡Shaftoe! Le necesito para conducir este vehículo.

Agitando la pipa como la batuta de un director, el General consigue que los miembros de su personal salgan de nuevo a la carretera y comiencen a empujar el jeep destrozado hacia la selva. Shaftoe comete el error de inhalar por la nariz y percibe un intenso olor a diarrea; al menos uno de esos oficiales se ha cagado en los pantalones. Shaftoe intenta con todas sus fuerzas no cagarse él mismo, como probablemente habría hecho de haber empujado el jeep. Los Zeros intentan alinearse para dar otra pasada, pero ahora ya han aparecido en escena algunos aviones de combate norteamericanos, lo que complica las cosas.

Shaftoe maniobra a través del hueco entre el jeep restante y un enorme árbol, luego enfila carretera abajo. El General tararea para sí durante un raro y luego dice:

—¿Cómo se llama su esposa?

—Gorda.

—¿¡Qué!?

—Quiero decir Glory.

—Ah. Bien. Un bueno nombre de filipina. Las filipinas son las mujeres más hermosas del mundo, ¿no cree?

Como ha viajado por todo el mundo y tiene experiencia, Bobby Shaftoe tuerce el gesto y comienza a repasar sus experiencias de forma sistemática. Luego comprende que es probable que el General no quiera su opinión meditada.

Claro, la mujer del General es norteamericana, así que podría ser una pregunta con trampa.

—Supongo que la mujer que amas es siempre la más hermosa —dice Shaftoe al final.

El General parece ligeramente contrariado.

—Claro, pero...

—¡Pero si realmente no te importan nada, las filipinas son las más hermosas, señor! —dice Shaftoe.

El General asiente.

—Ahora, el chico. ¿Cómo se llama?

Shaftoe traga y piensa con rapidez. Ni siquiera sabe si tiene un niño —se lo inventó para que sonase mejor—, e incluso si lo tiene sólo hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que sea un chico. Pero si efectivamente tiene un chico, ya sabe cómo le llamaría.

—Su nombre es... bien, señor, su nombre... y espero que no le importe... pero su nombre es Douglas.

El General sonríe encantado y lanza una risotada, dándole una palmada al proyectil que lleva en el regazo para que quede claro el énfasis. Shaftoe se estremece.

Cuando llegan al campo de aviación, sobre sus cabezas se está produciendo un combate aéreo en toda regla. La instalación está abandonada, porque todos, excepto ellos, se ocultan tras sacos de arena. El General hace que Shaftoe conduzca de arriba abajo por toda la pista, deteniéndose tras cada pieza de artillería para mirar por encima de la barrera.

—¡Ahí está el tipo! —dice al fin el General, señalando con su fusta un cañón al extremo opuesto de la pista—. Le acabo de ver sacar la cabeza, hablando por teléfono.

Shaftoe atraviesa la pista con el jeep. Un Zero envuelto en llamas, que viaja quizá a la mitad de la velocidad del sonido, choca sobre la pista a unos cientos de pies y se desintegra en una rugiente nube de piezas ardientes que saltan, ruedan y rebotan sobre la pista más o menos en dirección a ellos. Shaftoe titubea. El General le grita. Admitiendo que no puede esquivar lo que no puede ver, Shaftoe se dirige hacia la tormenta. Como ya ha visto

pasar esas cosas antes, sabe que lo primero que vendrá hacia ellos será el bloque del motor, una lápida al rojo vivo de buen hierro Mitsubishi.

Y allí está, arrastrando todavía uno de sus colectores de escape como si fuese un ala rota, girando y arrancando grandes terrones de la pista a cada salto. Shaftoe gira para esquivarlo. Identifica el fuselaje y comprueba que ya se ha detenido. Busca las alas; se han roto en algunos trozos grandes que pierden velocidad con rapidez, pero las ruedas se han soltado del tren de aterrizaje y vienen saltando hacia ellos, ardientes ruedas de fuego. Shaftoe maniobra el jeep entre ellas, atraviesa un pequeño charco de aceite en llamas, luego da otro giro brusco y sigue en dirección al objetivo.

La explosión del Zero hace que todos vuelvan tras los sacos de arena. El General tiene que bajarse del jeep y mirar por encima de la barrera. Levanta el proyectil antiaéreo sobre su cabeza.

—Dígame, capitán —dice con perfecta voz de locutor de radio—, esto llegó a mi mesilla sin remitente, pero creo que vino de su unidad.

La cabeza cubierta por un casco del capitán salta a la vista en lo alto de los sacos de arena, y se cuadra de inmediato. Mira boquiabierto el proyectil.

—¿Querría ocuparse de esto y asegurarse de que se lo desactiva adecuadamente?

El General le lanza el proyectil de lado, como si fuese un melón, y el capitán apenas tiene la presencia de ánimo suficiente para agarrarlos.

—Sigan con lo suyo —dice el General—, veamos si la próxima vez pueden realmente derribar a algún nipo. —Señala despectivamente los restos ardientes del Zero y se sube al jeep con Shaftoe—. ¡Muy bien, colina arriba, Shaftoe!

—¡Sí, señor!

—Bien, sé que debe odiarme porque es un marine.

A los oficiales les gusta cuando finges sincerarte con ellos.

—¡Sí, señor, le odio, señor, pero no creo que eso deba ser un impedimento para que juntos matemos a algunos nipos, señor!

—Estamos de acuerdo. Pero en la misión que tengo en mente para usted, Shaftoe, matar nipos no será el objetivo principal.

Ahora Shaftoe se siente un poco desequilibrado.

—Señor, con todos los respetos, creo que matar nipos es lo que mejor sé hacer.

—No lo dudo. Y es una buena característica en un marine. Porque en esta guerra, un marine es un guerrero de gran categoría bajo el mando de almirantes que no saben nada sobre la guerra en tierra, y que creen que la forma de conquistar una isla es lanzar a sus hombres directamente contra las defensas preparadas por los nipos.

El General hace una pausa, como si le diese a Shaftoe la oportunidad de responder. Pero Shaftoe no dice nada. Está recordando las historias que le contaron sus hermanos en Kwajalein, sobre todas las batallas que libraron en pequeñas islas del Pacífico, exactamente como las describe el General.

—En consecuencia, un marine debe ser muy bueno matando nipos, como sin duda lo es Shaftoe. Pero ahora, Shaftoe, está en el ejército de Tierra, y aquí tenemos algunas innovaciones maravillosas, como la estrategia y la táctica, que algunos almirantes harían bien en conocer. Y por tanto su nuevo trabajo, Shaftoe, no es simplemente matar nipos, sino emplear la cabeza.

—Bien, sé que probablemente piensa que soy un cabeza de chorlito estúpido, General, pero creo tener una buena cabeza sobre los hombros.

—¡Y sobre sus hombros es donde me gustaría que se quedase! —dice el General, dándole una animosa palmada en la espalda—. Lo que intentamos hacer es crear una situación táctica que nos sea favorable. Una vez que lo hayamos conseguido, lo de matar nipos puede realizarse con métodos más eficaces como el bombardeo aéreo, la inanición en masa o similares. No será necesario que corte personalmente la garganta de cada uno de los nipos con los que se encuentre, por extraordinariamente cualificado que esté para tal operación.

—Gracias, General, señor.

—Tenemos millones de guerrilleros filipinos, y cientos de miles de soldados, para ocuparse del asunto esencialmente cotidiano de convertir nipos vivos en nipos muertos, o al menos cautivos. Pero para poder coordinar sus actividades, necesito inteligencia. Ésa será una de sus misiones. Pero el país ya está abarrotado de mis espías, por lo que será una misión secundaria.

—¿Y la misión principal, señor?

—Esos filipinos necesitan liderazgo. Necesitan coordinación. Y quizá más que nada, necesitan espíritu guerrero.

—¿Espíritu guerrero, señor?

—Hay muchas razones para que los filipinos estén bajos de moral. Los nipos no les han tratado bien. Y aunque yo estoy muy ocupado, aquí en Nueva Guinea, preparando el trampolín para mi regreso, los filipinos no saben nada de esto, y muchos de ellos probablemente piensen que los he olvidado por completo. Es hora de hacerles saber que voy de camino. De que volveré... ¡y pronto!

Shaftoe sonríe, creyendo que el General se está burlando un poco de sí mismo —sí, un poco de ironía—, pero luego se da cuenta de que no parece divertir especialmente al General.

—¡Pare el vehículo! —grita.

Shaftoe aparca el jeep en lo alto de un cambio de rasante, donde pueden mirar al noroeste, hacia las zonas más remotas del mar de Filipinas. El General extiende un brazo hacia Manila, con la mano ligeramente cerrada, la palma hacia arriba, gesticulando como un actor shakesperiano que posase para una fotografía.

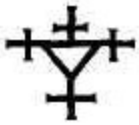
—¡Vaya allí, Bobby Shaftoe! —dice el General—. Vaya allí y dígales que voy de camino.

Shaftoe sabe que ésa es su entrada, y también sabe lo que debe decir.

—¡Señor, sí señor!

*OceanofPDF.com*

# El Código Aretusa



*OceanofPDF.com*

# Origen

Hay que admitir que desde el punto de vista de los tecnócratas blancos privilegiados como Randy Waterhouse y sus antepasados, el Palouse era como un inmenso y habitado laboratorio de aerodinámica no lineal y teoría del caos. Allí no había demasiadas cosas vivas, por lo que las observaciones no se veían interrumpidas continuamente por árboles, flores, fauna y las actividades tercamente lineales y racionales de los seres humanos. Las Cascadas bloqueaban en gran parte la brisa fresca y agradable del Pacífico, acumulando la humedad para cubrir zonas de esquí para los habitantes de Seattle de pieles cubiertas de rocío, y dirigiendo la cantidad sobrante al norte hacia Vancouver y al sur en dirección a Portland. En consecuencia, el aire del Palouse tenía que venir en masa desde el Yukón y la Columbia Británica. Fluía sobre la costra volcánica de la zona central de Washington formando (suponía Randy) una lámina más o menos continua que, cuando golpeaba el territorio del Palouse, se ramificaba en un vasto sistema de torrentes, ríos y arroyuelos serpenteando por entre las colinas desgastadas y que volvían a combinarse en los resecos declives. Pero nunca volvían a combinarse exactamente como antes. Las colinas le habían añadido entropía al sistema. Como un puñado de monedas en una masa de pan, la entropía se podía mover de un sitio a otro, pero no eliminar por completo. La entropía se manifestaba en volutas, ráfagas violentas y remolinos efímeros. Todos esos fenómenos eran claramente visibles, porque durante todo el verano el aire permanecía lleno de polvo y humo, y durante todo el invierno estaba lleno de nieve movida por el viento.

Whitman tenía diablillos de polvo (diablillos de nieve en invierno) de igual forma como se supone que la Guangzhou medieval tenía ratas. Cuando era niño, Randy seguía los diablillos de polvo hasta el colegio. Algunos eran tan pequeños que casi podías cogerlos entre las manos, y algunos eran como pequeños tornados, de unos cincuenta o cien pies de alto, que aparecían sobre una colina o encima de los centros comerciales como si fuesen profecías bíblicas vistas por la tecnología de efectos especiales de bajo presupuesto y los ojos dolorosamente literales de un director de películas épicas de los cincuenta. Al menos, cagaban de miedo a los recién llegados. Cuando Randy se aburría de la escuela, miraba por la ventana y observaba cómo esas cosas se perseguían unas a otras por el patio del colegio completamente desierto. En ocasiones, un diablillo de polvo de más o menos el tamaño de un coche se deslizaba por las canchas cuadradas y por entre los columpios y daba de lleno con el parque de juegos, que era una vieja unidad sin protección, capaz de paralizar a un niño, montada por algún herrero de las edades oscuras y plantada sobre cemento sólido, un verdadero representante de la escuela de los golpes rudos y la supervivencia de los mejores. El diablillo de polvo parecía detenerse al empezar a envolver el parque de juegos. Perdía por completo la forma y se convertía en un soplo de polvo que empezaba a depositarse sobre el suelo como debían hacer todas las cosas más pesadas que el aire. Pero, de pronto, el diablillo reaparecía al otro lado del parque de juegos y seguía su marcha. O quizás aparecían dos diablillos en direcciones opuestas.

Randy pasó mucho tiempo persiguiendo diablillos de polvo y realizando experimentos improvisados con ellos mientras iba y venía del colegio, hasta el punto de rebotar en una ocasión sobre el radiador de un Buick cuando perseguía uno del tamaño de un carrito de la compra hasta media calle con la intención de subirse en su centro. Sabía que eran frágiles y tenaces por igual. Podía pisotear uno y en ocasiones se limitaría a esquivar el pie y volar a su alrededor para seguir su marcha. Otras veces, como cuando intentabas atraparlo entre las manos, se desvanecía, pero luego alzabas la vista y veías otro igual a seis metros por delante, alejándose de ti. Tiempo más tarde, cuando empezó a estudiar física, la idea en sí de la materia organizándose de forma espontánea para producir sistemas absurdamente

improbables, claramente capaces de perpetuarse a sí mismos y razonablemente robustos producía escalofríos a Randy.

No hay espacio para los diablillos de polvo en la leyes de la física, al menos en el modelo rígido que se enseña habitualmente. Hay una especie de connivencia tácita en la enseñanza habitual de la ciencia: obtienes un profesor competente pero aburrido, inseguro y por tanto pesado que habla a un público dividido entre estudiantes de ingeniería, a los que se hará responsables de la fabricación de puentes que no se desmoronen y aeroplanos que no caigan de pronto en picado a seiscientas millas por hora, y que por definición se ponen nerviosos y adoptan una actitud rencorosa cuando el profesor se sale de pronto del camino marcado y comienza a hablar de fenómenos escandalosos y para nada intuitivos; y estudiantes de física, que obtienen gran parte de su autoestima del hecho de saber que son más inteligentes y moralmente más puros que los estudiantes de ingeniería y que, por definición, no quieren oír nada que no tenga sentido. La connivencia propicia que el profesor diga (algo similar a): el polvo es más pesado que el aire, por lo tanto cae hasta dar con el suelo. Eso es todo lo que es preciso saber sobre el polvo. A los ingenieros les encanta porque les gusta que los problemas estén muertos y crucificados como mariposas bajo el vidrio. A los físicos les encanta porque les gusta pensar que lo comprenden todo. Nadie plantea preguntas difíciles. Y más allá de las ventanas, los diablillos de polvo siguen brincando por el campus.

Ahora que Randy ha regresado a Whitman por primera vez después de varios años, observando (al ser invierno) que los diablillos de hielo zigzaguean por entre las calles vacías por Navidad, se siente inclinado a adoptar un punto de vista más amplio, que más o menos sigue esta pauta: esos diablillos, esos remolinos, son el resultado de colinas y valles que probablemente se encuentran a varias millas de distancia en la dirección opuesta del viento. Básicamente, Randy, que ha entrado desde el exterior, se encuentra en un sistema de referencia móvil y está viendo las cosas desde el punto de vista del sistema de referencia del viento, no desde el sistema de referencia del niño que apenas salía de la ciudad. Según el sistema de referencia del viento, él (el viento) está estacionario y las colinas y valles son objetos móviles que se estrujan contra el horizonte y luego se acercan volando e interfieren con él, obligando al viento a resolver las

consecuencias más tarde. Y algunas de las consecuencias son diablillos de polvo o hielo. Si por el camino aparecen más cosas, como ciudades amplias llenas de edificios, o bosques llenos de hojas y ramas, entonces ahí acaba la cosa; el viento se volverá completamente trastornado y dejará de existir como algo unitario, y toda la acción aerodinámica se producirá a la escala incomprensible de microrremolinos alrededor de agujas de pino y antenas de coches.

Un ejemplo sería el aparcamiento de la Residencia Waterhouse, que normalmente está lleno de coches y mata el viento. No te encontrarás diablillos de polvo en el borde de un aparcamiento lleno, sino una filtración general de viento muerto y desintegrado. Pero son las vacaciones de Navidad y sólo hay tres coches en el aparcamiento, que a su vez sirve de aparcamiento extra durante los partidos de rugby y por tanto tiene el tamaño aproximado de un campo militar de entrenamiento. El asfalto tiene el color gris de un monitor apagado. Un gas volátil de diablillos de hielo se desliza sobre el asfalto con la libertad de una capa de combustible sobre el agua templada, excepto allí donde choca con los sarcófagos de hielo de los tres vehículos abandonados, que evidentemente llevan en el aparcamiento un par de semanas, desde que todos los demás vehículos se fueron por las vacaciones de Navidad. Cada uno de los coches se ha convertido en la causa primera de un sistema de estelas y remolinos estacionarios que se extiende durante cientos de metros. El viento es un fenómeno centelleante y abrasivo, una tendencia perpetua, capaz de arañar la cara y arrancar los ojos, en la estructura del espacio-tiempo, habitado por vastos arcos de fuego rubio platino centrados alrededor del sol bajo del invierno. En el aire hay continuamente agua cristalina en suspensión: fragmentos de hielo que son más pequeños que copos de nieve, probablemente, no más que ramas individuales de copos de nieve cortadas y elevadas cuando el viento azotaba las dunas de hielo de Canadá. Una vez en el aire, allí permanecen, a menos que acaben atrapadas en una zona de aire muerto: el ojo de un remolino o la capa exterior fija de la estela de un coche aparcado. Y durante semanas, los remolinos y las ondas estacionarias se han vuelto visibles, como una representación en realidad virtual y tres dimensiones de ellos mismos.

La Residencia Waterhouse se eleva sobre esa explanada, una residencia de estudiantes alta a la que ninguna persona lo suficientemente importante

como para que den su nombre a una residencia de estudiantes querría que pusiesen su nombre. A través de las extensiones climáticamente inapropiadas de ventanales reluce la misma vergonzosa luz verdosa que producen los acuarios domésticos llenos de algas. Los conserjes lo recorren con máquinas del tamaño de carritos de perritos calientes, agitando esos rollos de una milla de largo de cables eléctricos naranja del grosor de un pulgar, limpiando con vapor vómitos de cerveza y lípidos de palomitas cubiertas de mantequilla artificial de las gruesas moquetas grises que, cuando Randy estaba allí, no parecían tanto moquetas como una referencia a las moquetas o a la idea de enmoquetar. Cuando Randy penetra en la entrada principal de vehículos, dejando atrás la gran lápida que dice RESIDENCIA WATERHOUSE, no puede evitar mirar directamente a través de las ventanas delanteras de la residencia, atravesando primero el parabrisas, hasta el enorme retrato de su abuelo, Lawrence Pritchard Waterhouse, una entre más o menos la docena de figuras, en su mayoría ya fallecidas, que compiten por el título básicamente ficticio de «inventor del ordenador digital». El retrato está atornillado con toda seguridad a la pared de ladrillo de cenizas del vestíbulo y aprisionado bajo una lámina de plexiglás de media pulgada de grueso que es preciso reemplazar cada par de años, ya que se empaña por las limpiezas periódicas y los pequeños actos de vandalismo. Visto a través de esa nebulosa catarata, Lawrence Pritchard Waterhouse resplandece con gravedad ataviado con la vestimenta doctoral completa. Tiene un pie elevado sobre algo, el codo plantado sobre la rodilla alzada, y se ha tirado la túnica tras el otro brazo y ha plantado el puño sobre la cadera. Se supone que es una postura de las de enfrentarse dinámicamente a los vientos del futuro pero, para Randy, que a la edad de cinco años presenció su presentación, era una especie de gesto de qué coño estarán haciendo todas esas personitas allí abajo.

Aparte de los tres coches muertos bajo la concha de hielo endurecido, no hay nada en el aparcamiento excepto unas dos docenas de muebles antiguos y algunos otros tesoros como un servicio de té completo de plata de ley y un baúl oscuro y maltratado por el tiempo. Mientras Randy entra con su tío Red y su tía Nina, aprecia que los muchachos Shaftoe han terminado las responsabilidades por las que recibirían el salario mínimo más un veinticinco por ciento durante todo el día: es decir, han trasladado

todos esos elementos desde la posición donde el tío Geoff y la tía Anne los habían dejado de regreso al Origen.

En un gesto de compañerismo y bonhomía típico de un tío, el tío Red, para evidente resentimiento de la tía Nina, ha reclamado el asiento del pasajero del Acura, dejando a la tía Nina varada en el asiento trasero, donde evidentemente se siente mucho más físicamente aislada de lo que merece la situación. Realiza movimientos laterales intentando centrar los ojos, primero de Randy y luego del tío Red, en el retrovisor. Randy ha tenido que recurrir exclusivamente a los retrovisores exteriores durante el trayecto de diez minutos desde el hotel, porque cuando mira por el interior lo único que ve son las pupilas dilatadas de la tía Nina que le miran como si fuesen los cañones gemelos de una escopeta. El sonido de la calefacción ha formado una zona de aislamiento acústico allá atrás que, junto a sus evidentes sentimientos de furia casi animal y estrés, la han dejado en un estado volátil y evidentemente peligroso.

Randy se dirige directamente al Origen, como en la intersección de los ejes *x* e *y,* que está señalado por un poste eléctrico con su propio sistema de estelas y remolinos creados por el viento.

—Mira —dice el tío Red—, lo único que queremos conseguir es que el legado de tu madre, si ése es el término correcto para las posesiones de alguien que no está realmente muerto sino que se ha trasladado a unas instalaciones de cuidado continuo, se divide de forma equitativa entre sus cinco hijos. ¿Tengo razón?

No le habla a Randy, pero éste asiente igualmente, intentando mostrar un frente unido. Lleva dos días seguidos apretando las mandíbulas; los puntos donde los músculos de las mandíbulas se unen al cráneo se han convertido en los focos de tremendos sistemas radiativos de dolor pulsante y en aumento.

—Estarás de acuerdo en que una división equitativa es lo que todos queremos —sigue diciendo el tío Red—. ¿Correcto?

Después de una preocupante pausa, la tía Nina asiente. Randy consigue verle la cara en el retrovisor mientras realiza otro de esos dramáticos movimientos laterales, y ve que tiene una expresión de casi agitación nauseabunda, como si esa idea de la división en partes iguales fuese una trampa jesuítica.

—Bien, pues aquí está lo más interesante —dice el tío Red, que es jefe del departamento de matemáticas del Okaley College en Macomb, Illinois —. ¿Cómo definimos «igual»? Eso es lo que tus hermanos, cuñados y Randy discutimos hasta tan tarde la pasada noche. Si estuviésemos dividiendo un montón de dinero, sería fácil, porque el dinero lleva impreso el valor monetario, y los billetes son intercambiables... uno no se siente emocionalmente atado a un billete de dólar en particular.

—Por eso deberíamos acudir a un tasador objetivo...

—Pero todos estarían en desacuerdo con lo que dijese el tasador, Nina, cariño —dice el tío Red—. Más aún, el tasador dejará de lado el aspecto emocional, que evidentemente en esta familia tiene mucha importancia, o eso parecía basándose en el, eh, digamos carácter melodramático de la, eh, discusión, si discusión no es un término demasiado digno para lo que algunos percibirían más como, bien, una pelea de gatos, que tú y tus hermanas mantuvisteis ayer durante todo el día.

Randy asiente de forma casi imperceptible. Se acerca y aparca cerca del mobiliario que vuelve a estar reunido alrededor del Origen. En el límite del aparcamiento, donde el eje *y* (que aquí representa el valor emocional asignado) se encuentra con un muro de contención, se halla el bólido de los Shaftoe, totalmente envahado en el interior.

—El problema se reduce —dice el tío Red— a uno matemático: ¿cómo se divide un conjunto no homogéneo de *n* objetos entre *m* personas (en realidad, parejas)?; es decir, ¿cómo divides el conjunto en *m* subconjuntos ($S_1$, $S_2$, ..., $S_m$) de forma que el valor de cada uno de los subconjuntos esté lo más cerca posible de la igualdad?

—No parece tan difícil —es el débil comienzo de la tía Nina. Es profesora de lingüística qwghlmiana.

—En realidad, es asombrosamente difícil —dice Randy—. Está muy relacionado con el problema de la mochila, que es tan difícil de resolver que se ha empleado como base de sistemas criptográficos.

—¡Y eso sin tener en cuenta que cada una de las parejas estimará de forma diferente el valor de cada uno de los *n* objetos! —grita el tío Red. Para entonces, Randy ha apagado el coche, y las ventanillas han empezado a cubrirse de vaho. El tío Red se quita una manopla y empieza a dibujar figuras en el vaho del parabrisas, empleándolo como si fuese una pizarra—.

Para cada una de las *m* personas (o parejas) hay un vector de valor de *n* elementos, V, donde $V_1$ es el valor que esa pareja en particular asigna al elemento 1 (según algún sistema arbitrario de numeración) y $V_2$ es el valor que asignarían al elemento número 2 y así hasta llegar al elemento número *n*. Esos *m* vectores, tomados en conjunto, forman una matriz de valor. Bien, podemos imponer la condición de que cada vector debe dar como resultado total la misma cantidad; es decir, podemos especificar arbitrariamente algún valor nocional a todo el conjunto de muebles y otros bienes e imponer la condición de que

$$\sum_{i=1}^{n} V_i = \tau$$

donde τ es una constante.

—¡También podríamos tener opiniones diferentes sobre cuál es ese valor total! —dice con valor la tía Nina.

—Eso no tiene importancia matemática —susurra Randy.

—¡No es más que un factor de escala arbitrario! —dice el tío Red fulminante—. Por esa razón, acabé estando de acuerdo con tu hermano Tom, aunque no lo hice al principio, en que deberíamos aceptar el método que él y otros físicos relativistas usan, y asignar arbitrariamente τ = l. Lo que nos obliga a todos a tratar con valores fraccionarios, lo que pensé que algunas de las damas, exceptuando evidentemente a la presente, podrían considerar confuso, pero al menos enfatiza la naturaleza arbitraria del factor de escala y ayuda a eliminar esa fuente de confusión. El tío Tom se dedica al seguimiento de asteroides en Pasadena para el Jet Propulsion Laboratory.

—Ahí está la consola Gomer Bolstrood —exclama la tía Nina, frotando un hueco en el vaho de su ventanilla, y luego sigue frotando orbitalmente con la manga del abrigo como si estuviese abriéndose una ruta de escape a través del vidrio de seguridad—. ¡La han dejado bajo la nieve!

—En realidad, no está nevando —dice el tío Red—, no es más que nieve traída por el viento. Está seca como un hueso, y si sales y echas un vistazo a la consola, o como la llamemos, descubrirás que la nieve no se funde sobre su superficie, porque ha permanecido en el almacén desde que tu madre se trasladó a la residencia de cuidado y se ha equilibrado a la

temperatura ambiente, que creo que todos podemos testificar está por debajo de cero grados Celsius.

Randy cruza los brazos sobre el abdomen, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Los tendones de su cuello están tan rígidos como plastilina a temperaturas subcero y se resisten dolorosamente.

—Esa consola estuvo en mi dormitorio desde el momento de mi nacimiento hasta que me fui a la universidad —dice la tía Nina—. Por cualquier estándar decente de justicia, esa consola es mía.

—Bien, eso nos lleva al descubrimiento que al final se nos ocurrió a Randy, Tom, Geoff y a mí a las dos de la mañana, es decir, que el valor económico percibido de cada elemento, por complicado que ese problema sea por sí mismo, véase el problema de la mochila, no es más que una dimensión de los problemas que nos han situado en un estado emocional tan alterado. La otra dimensión, y aquí realmente quiero decir dimensión en el sentido de la geometría euclídea, es el valor emocional de cada elemento. Es decir, en teoría podría obtener una división de cada conjunto de todos los muebles que te daría a ti, Nina, una parte igual. Pero tal división podría dejarte, cariño, muy profunda, profundamente insatisfecha porque no recibiste esa consola, que, aunque evidentemente no vale tanto como el gran piano, para ti tiene mucho más valor emocional.

—No creo que pueda descartar el cometer violencia física para defender mi derecho de propiedad sobre esa consola —dice la tía Nina, volviendo de pronto a una voz sepulcral.

—¡Pero eso no es necesario, Nina, porque hemos montado todo este tinglado aquí mismo para que puedas manifestar tus emociones tal y como se merecen!

—Vale. ¿Qué tengo que hacer? —dice la tía Nina, saltando del coche. Randy y el tío Red cogen con rapidez sus guantes, manoplas y sombreros y la siguen. Flota alrededor de la consola, observando como el polvo de hielo corre sobre la superficie límpida, prácticamente reluciente, de la consola tras la estela turbulenta de su cuerpo, formando pequeños vórtices epi-epi-epi de Mandelbrot.

—Como hicieron Geoff y Anne antes, y los otros harán después, vamos a mover cada uno de esos elementos a una posición específica, como en coordenadas *(x, y),* sobre el aparcamiento. El eje *x* va por aquí —dice el tío

Red mirando hacia la Residencia Waterhouse y alzando los brazos en actitud cruciforme—y el eje *y* por aquí. —Rota noventa grados, de forma que una de sus manos señala ahora el Impala de los Shaftoe—. El valor financiero percibido se mide en el *x*. Cuando más lejos se está en esa dirección, más valioso crees que es. Incluso podrías darle a algo valor *x* negativo si crees que tiene valor negativo, por ejemplo, ese sillón demasiado relleno de ahí, que podría costar más reparar de lo que vale en sí. Igualmente, el eje *y* mide el valor emocional percibido. Ahora, hemos establecido que la consola para ti posee un valor emocional extremo así que creo que podemos ponernos a ello y moverla hasta donde está puesto el Impala.

—¿Puede algo tener valor emocional negativo? —dice la tía Nina, con amargura y probablemente retóricamente.

—Si lo odias tanto que poseerlo cancelaría los beneficios emocionales de tener algo como la consola, entonces sí —dice el tío Red.

Randy se pone la consola al hombro y comienza a recorrer la dirección *y* positiva.

Los chicos Shaftoe están disponibles para mover muebles de inmediato, pero Randy necesita marcar un poco de territorio, simplemente para indicar que no carece de atributos masculinos, y acaba cargando con más muebles de los que realmente debería. Allá en el Origen, puede oír hablar a Red y Nina.

—Tengo un problema con esto —dice Nina—. ¿Qué le impide a ella ponerlo todo en el extremo del eje *y,* diciendo que para ella todo tiene un valor emocional extremo? —Ella en este caso sólo puede referirse a la tía Rachel, la esposa de Tom. Rachel es una urbanita multiétnica de la Costa Este que no tiene la suerte o la desgracia de poseer la falta de seguridad obligatoria en los Waterhouse y que por tanto ha sido siempre vista como una especie de encarnación viviente de la rapiña, un buche tragón de deseo. La peor posibilidad dadas las circunstancias es que Rachel de alguna forma vuelva a casa con todo: el gran piano, la plata, la porcelana, el conjunto de comedor Gomer Bolstrood. De ahí la necesidad de establecer reglas y rituales complejos, y un sistema de división del botín cuya justicia pueda demostrarse matemáticamente.

—Para eso están $\tau_e$ y $\tau_\$$ —dice tranquilizador el tío Red.

$$\sum_{i=1}^{n} V_i^{\dagger} = \tau_e, \; y \; \sum_{i=1}^{n} V_i^{\dagger} = \tau_s$$

—Todas nuestras elecciones quedarán escaladas matemáticamente, de forma que el resultado total será el mismo valor en las escalas emocional y financiera. Por tanto, si alguien lo pone todo en un extremo, después del cambio de escala será como si no hubiese expresado ninguna preferencia.

Randy se acerca al Impala. Una de las portezuelas produce un ruido a medida que el hielo cae de ella. Robin Shaftoe sale del coche, respira sobre sus manos y adopta una posición de descanso, lo que significa que está disponible para aceptar cualquier responsabilidad sobre el plano de coordenadas cartesianas.

Randy mira por encima del Impala, el muro de contención, el paisaje reseco cubierto de nieve y al interior del vestíbulo de la Residencia Waterhouse, donde Amy Shaftoe tiene los pies sobre una mesita de café y repasa algo de la literatura extremadamente triste relacionada con los Cayuse que Randy compró para Avi. Ella le mira, sonríe y apenas, piensa él, contiene el impulso de levantar la mano y girar un dedo alrededor de su oreja.

—¡Así está bien, Randy! —grita el tío Red desde el Origen—, ¡ahora hay que darle algo de *x*! —Lo que significa que la consola no carece tampoco de valor económico. Randy da un giro de noventa grados y comienza a caminar por el cuadrante *(+x, +y)*, contando las líneas amarillas —. ¡Unos cuatro espacios de aparcamiento! ¡Así está bien! —Randy deja la consola en el suelo, luego se saca un cuaderno de papel milimetrado del abrigo, pasa la primera hoja, que contiene las coordenadas *(x, y)* del tío Geoff y la tía Anne, y anota las coordenadas de la consola. El sonido se transmite bien en el Palouse, y desde el Origen puede oír como la tía Nina le pregunta al tío Red: —¿Cuánto $\tau_e$ hemos invertido en la consola?

—Si dejamos todo lo demás aquí en *y* igual a cero, un cien por cien después de escalar —dice el tío Red—. En caso contrario, depende de cómo distribuyamos el resto de las cosas en la dimensión *y.* Que es la respuesta correcta, aunque totalmente inútil.

Si los días en Whitman no hacen que Amy abandone a Randy aterrorizada, nada lo conseguirá, así que se alegra en cierta forma enfermiza

de que esté presenciando el espectáculo. En realidad, hasta ahora no había salido el asunto de su familia. A Randy no le gusta hablar de su familia porque realmente no cree que haya nada qué decir: ciudad pequeña, buena educación, vergüenza y amor propio repartidos en proporciones razonablemente iguales y normalmente en los momentos apropiados. Nada espectacular en la línea de grotescas psicopatologías, abusos sexuales, traumas horribles en masa o rituales satánicos en el jardín. Así que normalmente cuando la gente habla sobre sus familias, Randy se limita a callar y escuchar, creyendo que no tiene nada que decir. Sus anécdotas familiares son tan aburridas, tan pedestres, que sería presuntuoso siquiera contarlas, especialmente después de que alguien haya divulgado algo realmente espantoso y horrible.

Pero allí de pie observando esos remolinos empieza a cambiar de opinión. La insistencia de algunas personas en que «Hoy yo: fumo/soy obeso/tengo mala actitud/estoy deprimido porque: mi madre murió de cáncer/mi tío me metió el pulgar por el culo/mi padre me pegó con el borde de una navaja» le parece excesivamente determinista; parece reflejar una especie de rendición perezosa e idiota a una teleología directa. Básicamente, si todos tienen el derecho adquirido a creer que lo comprenden todo, o incluso que en principio la gente es capaz de comprenderlo (ya sea porque tragarse esa idea reduce sus inseguridades sobre un mundo impredecible, o les hace sentirse más inteligentes que los otros, o ambas cosas simultáneamente) entonces tienes un entorno en el que ideas estúpidas, reduccionistas, ingenuas, fáciles, superficiales pueden circular, como carretillas de mano llenas de dinero inflacionado en los mercados de Yakarta.

Pero cosas como la habilidad del coche aparcado de un estudiante para producir patrones repetidos de remolinos del tamaño de un dedal cien yardas en la dirección del viento, parece aconsejar una visión del mundo más cauta, abrirse a la verdadera y total rareza del Universo, admitir las limitaciones de las facultades humanas. Y si has llegado hasta este punto, entonces puedes argumentar que crecer en una familia carente de gigantescas y claras fuerzas psicológicas, y vivir una vida tocada por muchas influencias sutiles e incluso ya olvidadas en lugar de una o dos grandes (por ejemplo, una participación activa en la iglesia de Satanás)

puede producir, muy por delante en la dirección del viento, consecuencias que no carecen completamente de interés. Randy espera, pero duda mucho, que America Shaftoe, sentada bajo la luz color alga y leyendo sobre el exterminio involuntario de los Cayuse, lo vea de tal modo.

Randy se une a su tía en el Origen. El tío Red le ha estado explicando, con algo de condescendencia, que deben prestar mucha atención a la distribución de elementos sobre la escala económica, y, por sus esfuerzos, le han enviado a un largo y solitario paseo por el eje *+x* cargando con todo el servicio de té de plata.

—¿Por qué no nos quedamos dentro y lo hacemos todo sobre el papel? —preguntó la tía Nina.

—Creímos que mover físicamente las cosas tendría su importancia, al darle a la gente una análogo físico directo de las declaraciones de valor que estaban haciendo —dice Randy—. Además de que sería útil evaluar estos objetos literalmente bajo la fría luz del día; en lugar de tener a diez o doce personas cargadas de emociones gateando por un almacén armadas de linternas, criticándose unos a otros tras los armarios.

—Una vez que todos hayamos manifestado nuestras preferencias, ¿qué? ¿Os sentáis a calcular con una hoja de cálculo o algo así?

—Requiere más potencia computacional para resolverlo de ese modo. Probablemente exigiría un algoritmo genético... ciertamente no habrá una solución matemáticamente exacta. Mi padre conoce a un investigador en Ginebra que ha trabajado con problemas isomórficos a éste, y le envió un correo la noche pasada. Con suerte podremos bajarnos por ftp el software adecuado y correrlo en el Tera.

—¿El terror?

—Tera. Como en teraflops.

—Eso no me sirve. Cuando dices «como en» se supone que debes darme algo familiar que pueda comprender.

—Es uno de los diez ordenadores más rápidos del planeta. ¿Ves ese edificio de ladrillo rojo a la derecha del final del eje-*y* —dice Randy, señalando colina abajo—, justo detrás del nuevo gimnasio?

—¿El que está lleno de antenas?

—Sí. La máquina Tera está ahí. La fabricó una compañía de Seattle.

—Debe de haber sido muy cara.

—Mi padre les convenció.

—¡Sí! —dice el tío Red con alegría, regresando de los territorios de alto *x*—. Su capacidad para conseguir donaciones es legendaria.

—Debe de tener una faceta persuasiva que yo todavía no he podido apreciar —dice la tía Nina, vagando con curiosidad hacia unas grandes cajas de cartón.

—No —dice Randy—, más bien es que se acerca y se arroja sobre la mesa de reuniones hasta que los avergüenza tanto que le firman el cheque.

—¿Le has visto hacerlo? —dice la tía Nina escéptica, levantando una caja que lleva escrito ELEMENTOS DEL ARMARIO DE SÁBANAS DEL PISO DE ARRIBA.

—Lo he oído. La alta tecnología es una ciudad pequeña —dice Randy.

—Ha podido capitalizar el trabajo de su padre —dice el tío Red—. «Si mi padre hubiese patentado incluso uno de sus inventos informáticos, el Palouse College sería tan grande como Harvard» dice siempre.

La tía Nina ya tiene abierta la caja. Está llena casi por completo por una única manta qwghlmiana, de un marrón oscuro verdoso sobre un tartán gris amarronado.

La manta en cuestión tiene una pulgada de grosor y, durante reuniones familiares en invierno, era infame como una especie de broma entre los nietos Waterhouse. El olor a naftalina, moho y lana pesada y aceitosa hace que la nariz de la tía Nina se contraiga, al igual que la de la tía Annie antes. Randy recuerda acostarse bajo esa manta en una ocasión a la edad de nueve años, y despertarse a las dos de la madrugada con espasmos bronquiales, hipertermia y vagos recuerdos de una pesadilla en la que le enterraban con vida. La tía Nina cierra las tapas de cartón, se gira y mira en dirección al Impala. Robin Shaftoe ya corre en dirección a ellos. Como él no es nada malo en matemáticas, pilló con rapidez la idea de la operación general, y ahora sabe por experiencia que la caja de la manta hay que enterrarla bien profunda en el territorio (-x, *-y).*

—Supongo que estoy preocupada —dice la tía Nina—, por la idea de que en mis preferencias medie un superordenador. He intentado dejar claro lo que deseo. Pero ¿lo entenderá el ordenador? —Se detiene junto a la caja de CERÁMICAS de una forma que atormenta a Randy, quien desea con todas sus fuerzas mirar en su interior, pero no quiere levantar sospechas. Es

el árbitro y ha jurado ser objetivo—. Olvídate de la cerámica —dice ella—, son cosas de mujeres mayores.

El tío Red se aleja y desaparece detrás de uno de los coches, presumiblemente para echar una meada. La tía Nina dice:

—¿Qué hay de ti, Randy? Como el hijo mayor del hijo mayor, estos objetos deben provocarte alguna reacción.

—Sin duda, cuando les toque a mis padres, ellos me pasarán parte del legado de la abuela y el abuelo —dice Randy.

—Oh, muy prudente —dice la tía Nina—. Pero como el único nieto que tiene algún recuerdo del abuelo, debe haber algo aquí que tú desees.

—Probablemente haya alguna cosilla que nadie quiere —dice Randy. Luego, casi como un imbécil perfecto, un organismo alterado genéticamente para ser un idiota absoluto, mira directamente el baúl. A continuación intenta disimular, lo que hace que sea aún más evidente. Supone que su rostro en su mayoría sin barba debe ser como un libro abierto, y desea no haberse afeitado jamás. Una bala de hielo le golpea en la córnea derecha casi con un sonido audible. El impacto balístico le ciega y la conmoción térmica le provoca un dolor de cabeza de los de helado. Cuando se ha recuperado lo suficiente para ver de nuevo, la tía Nina camina en dirección al baúl, en una especie de espiral en una órbita en descomposición.

—Hum. ¿Qué hay aquí? —Agarra una de las asas y descubre que apenas puede levantarlo del suelo.

—Viejos libros de códigos japoneses. Montones de tarjetas ETC.

—¿Marcus?

—¡Sí, señora! —dice Marcus Aurelius Shaftoe, de regreso del cuadrante doblemente negativo.

—¿Cuál es el ángulo exactamente en medio de los ejes $+x$ $y$ $+y$? —pregunta la tía Nina—. Le preguntaría al árbitro, pero empiezo a dudar de su objetividad.

M. A. mira a Randy y decide interpretar ese último comentario como el típico codazo familiar bienintencionado.

—¿Lo prefiere en radianes o en grados, señora?

—En ninguno. Simplemente muéstramelo. Súbete este enorme baúl en esa espalda fuerte que tienes y camina justo por entre los ejes *+x y +y* hasta que yo te diga.

—Sí, señora. —M. A. carga con el baúl y empieza a caminar, mirando con frecuencia a un lado y al otro para asegurarse de estar en el medio. Robin permanece de pie a una distancia segura observando con interés.

El tío Red regresa de su meada y mira con horror.

—¡Nina! ¡Cariño! ¡Eso no vale ni el coste de enviarlo a casa! ¿Qué estás haciendo?

—Asegurándome de que recibo lo que quiero —dice Nina.

Randy recibe una pequeña porción de lo que quiere dos horas más tarde, cuando su propia madre rompe el sello de la caja de CERÁMICAS para verificar que la porcelana está en buenas condiciones. En ese momento, Randy y su padre están junto al baúl. La labor de distribución de sus padres está muy avanzada y por tanto el mobiliario está disperso por el aparcamiento, con aspecto de ser el resultado de uno de esos tornados que milagrosamente depositan en el suelo las cosas intactas después de haberlas movido por el aire durante diez millas. Randy intenta encontrar una forma de aumentar el valor emocional de ese baúl sin violar su juramento de objetividad. Las posibilidades de que alguien que no sea Nina acabe consiguiendo el baúl son bastante reducidas, ya que ella (para horror de Red) lo dejó casi todo depositado alrededor del Origen excepto el baúl y la deseada consola. Pero si papá al menos sacase el baúl del mismo centro —algo que nadie ha hecho excepto Nina—, entonces, si el Tera se lo concede mañana por la mañana, Randy podrá argumentar de forma plausible que no se trata de un error informático. Pero papá está recibiendo sus indicaciones de mamá y no le está haciendo caso a él.

Mamá se ha quitado los guantes con los dientes y está apartando capa tras capa de periódicos con manos magenta.

—¡Oh, la barca salsera! —exclama, e iza algo que parece más un crucero pesado que una barca. Randy está de acuerdo con la tía Nina en que el diseño es de mujer mayor hasta el extremo, lo que no deja de ser tautológico ya que sólo lo ha visto en la casa de su abuela, que ha sido una mujer mayor durante todo el tiempo que la ha conocido. Randy camina hacia su madre con las manos en los bolsillos; por alguna razón sigue

intentando aparentar que conserva la calma. Puede que la obsesión por el secreto haya ido demasiado lejos. Puede que haya visto esa salsera unas veinte veces en su vida, siempre en reuniones familiares, y verla ahora despierta un cieno de emociones largo tiempo apaciguadas. Alarga las manos, y mamá la remite a sus miembros cubiertos por manoplas. Finge admirarla de lado, y luego le da la vuelta para leer las palabras grabadas en la parte de abajo. ROYAL ALBERT - LAVENDER ROSE.

Durante un momento duda bajo un sol vertical, balanceándose para mantener el equilibrio sobre un bote que se agita, oliendo el neopreno de las mangueras y aletas. Luego está de vuelta en el Palouse. Comienza a pensar en cómo sabotear el programa de ordenador para asegurarse de que la tía Nina reciba lo que quiere, para que ella le dé a él lo que le pertenece por derecho.

*OceanofPDF.com*

# Gólgota

El teniente Ninomiya llega a Bundok unas dos semanas despues de Goto Dengo, acompañado por varios cajones de madera aporreados y desechos.

—¿Cuál es su especialidad? —pregunta Goto Dengo, y el teniente Ninomiya responde abriendo uno de los cajones para mostrar un teodolito de topógrafo envuelto en lino limpio y graso. Otro cajón contiene un sextante igualmente perfecto. Goto Dengo se queda boquiabierto. La reluciente perfección de los instrumentos es una maravilla. Pero incluso más maravilloso es que le enviasen un topógrafo sólo doce días después de que lo hubiese pedido. Ninomiya sonríe al observar la expresión del rostro de su nuevo colega, mostrando que ha perdido la mayoría de sus dientes delanteros excepto uno, que resulta ser en su mayoría oro.

Antes de que pueda realizarse cualquier operación de ingeniería, es preciso reconocer todo ese espacio salvaje. Es preciso preparar mapas detallados, hay que preparar cartas de las líneas divisorias de agua, hay que analizar la tierra. Durante dos semanas, Goto Dengo ha estado paseándose por ahí con una tubería y un almádana tomando muestras de terrero. Ha identificado rocas del fondo del lecho, ha estimado el flujo de los ríos Yamamoto y Tojo, ha contado y catalogado los árboles. Ha recorrido con dificultad la jungla y ha plantado banderas en los límites aproximados de la Zona Especial de Seguridad. Durante todo ese proceso se ha estado preocupando ante la posibilidad de tener que realizar el reconocimiento topográfico él mismo, empleando herramientas primitivas e improvisadas. Y de pronto, aquí tiene al teniente Ninomiya con sus instrumentos.

Los tres tenientes, Goto, Mori y Ninomiya, pasan unos días examinando el terreno plano y semiabierto que se extiende alrededor del río Tojo inferior. El año, 1944, está resultando seco por el momento, y Mori no quiere edificar sus barracones militares sobre un terrero que se convertirá en un pantano después de la primera lluvia. No le preocupa la comodidad de los prisioneros, pero al menos le gustaría asegurarse de que no se los lleva la corriente. La configuración del terreno también es importante para establecer los campos de fuego entrecruzado que serán necesarios para acabar con cualquier motín o intento de fuga masiva. Hacen que los pocos soldados de Bundok recojan estacas de bambú, luego las emplean para señalar las posiciones de carreteras, barracones, vallas de alambre de espino, torres de guardia y unos pocos emplazamientos de morteros cuidadosamente elegidos desde los que los guardias podrán llenar de metralla la atmósfera de cualquier parte del campo.

Cuando el teniente Goto lleva al teniente Ninomiya a la jungla, trepando por el valle inclinado del Tojo, el teniente Mori debe quedarse atrás, según las instrucciones del capitán Noda. Lo que está bien, porque Mori tiene mucho trabajo allá abajo. El capitán ha concedido a Ninomiya una dispensa especial para ver la Zona Especial de Seguridad.

—Las elevaciones son de gran importancia en este proyecto —le dice Goto Dengo al topógrafo durante el camino. Van cargados con el equipo de topografía y el agua dulce, pero Ninomiya trepa por el barranco rocoso del río medio reseco con tanta habilidad como el propio Goto Dengo—. Empezaremos estableciendo el nivel del lago Yamamoto, que todavía no existe, y luego trabajaremos descendiendo desde ese punto.

—También se me ha ordenado que obtenga la latitud y longitud exactas.

Goto Dengo sonríe burlón.

—Es difícil... no hay forma de ver el sol.

—¿Qué hay de esos tres picos?

Goto Dengo se vuelve para ver si Ninomiya está de broma. Pero el topógrafo mira con toda intensidad valle arriba.

—Su dedicación es un buen ejemplo —dice Goto Dengo.

—Este lugar es un paraíso comparado con Rabaul.

—¿Le enviaron desde allí?

—Sí.

—¿Cómo escapó? Está aislado, ¿no?

—Ha estado aislado durante algún tiempo —dice cortante Ninomiya. Luego, añade—: Vinieron y me metieron en un submarino. —Su voz es ronca y débil.

Goto Dengo permanece en silencio durante un tiempo.

Ninomiya tiene en su cabeza todo un sistema, que pusieron en práctica a la semana siguiente, después de haber realizado una exploración topográfica preliminar de la Zona Especial de Seguridad. Muy temprano, izan a un soldado a un árbol con una cantimplora, un reloj y un espejo. Ese árbol no tiene nada de especial exceptuando una estaca de bambú clavada hace poco en las cercanías con el texto TÚNEL PRINCIPAL.

Luego el teniente Ninomiya y Goto escalan hasta lo alto de la montaña, lo que les lleva unas ocho horas. Es terriblemente arduo, y Ninomiya se asombra de que Goto se ofrezca a ir con él.

—Quiero ver todo esto desde lo alto del Calvario —le explica Goto Dengo—. Sólo entonces tendré la visión adecuada para realizar bien mi tarea.

Durante la subida, comparan notas, Nueva Guinea vs. Nueva Bretaña. Parece que el único punto positivo de esta última es el asentamiento de Rabaul, un antiguo puerto británico con campo de criquet y todo, ahora convertido en la pieza clave de las fuerzas niponas en el sudoeste asiático.

—Durante mucho tiempo fue un lugar genial para ser topógrafo —dice Ninomiya, y describe las fortificaciones que edificaron en preparación para la invasión de MacArthur. Posee el entusiasmo para los detalles de un dibujante y en cierto momento habla ininterrumpidamente durante una hora describiendo un sistema en particular de búnkeres y fortines hasta la última trampa y leonera.

A medida que la escalada se hace más difícil, los dos compiten entre sí menospreciando las dificultades. Goto Dengo cuenta la historia de escalar la cordillera montañosa cubierta de nieve de Nueva Guinea.

—Hoy en día, en Nueva Bretaña escalamos volcanes continuamente —dice informalmente Ninomiya.

—¿Por qué?

—Para recoger azufre.

—¿Azufre? ¿Para qué?

—Para fabricar pólvora.

Después de eso no hablan durante un tiempo.

Goto Dengo intenta salir del bache en la conversación.

—¡Será un mal día para MacArthur cuando intente tomar Rabaul!

Ninomiya camina en silencio durante un rato, intentando controlarse, y fracasa.

—Idiota —dice—, ¿no lo comprendes? MacArthur no vendrá. No tiene que hacerlo.

—¡Pero Rabaul es la pieza clave de toda la zona de guerra!

—Es una pieza de madera blanda y dulce en un universo de termitas —responde Ninomiya con brusquedad—. Todo lo que tiene que hacer es ignorarnos durante un año más, y luego todos estarán muertos por el hambre o el tifus.

La jungla se hace menos espesa. Las plantas luchan por sujetarse sobre una pendiente de ceniza volcánica, y sólo sobreviven las más pequeñas. Eso hace que Goto Dengo desee escribir un poema en el que pequeños y tenaces nipones prevalecen sobre enormes y torpes norteamericanos, pero ha pasado mucho tiempo desde la última vez que escribió un poema y no puede juntar las palabras.

Algún día, las plantas convertirán ese cono de escoria y escombros en tierra, pero todavía no es así. Ahora que Goto Dengo puede, al fin, ver más allá de unas pocas yardas empieza a entender la configuración del terreno. Los datos numéricos que él y Ninomiya han recogido durante la última semana están sintetizándose, en su mente, en comprensión sólida de cómo funciona ese lugar.

Calvario es un viejo cono de ceniza. Comenzó como una fisura de la que salían expulsadas ceniza y escoria, fragmento a fragmento, durante miles de años, saltando hacia arriba y hacia fuera en una familia de curvas parabólicas como de mortero, variando en altura y distancia dependiendo del tamaño de cada fragmento y la dirección del viento. Aterrizaban en un anillo amplio centrado en la fisura. A medida que el anillo crecía en altura fue extendiéndose naturalmente en un cono ancho y truncado con un foso central cavado en la parte alta, con la fisura en el fondo de ese foso.

Los vientos allí tienden a venir del sur y ligeramente del este, de forma que la ceniza tendía a depositarse hacia el borde nornoroeste del cono. Ése

sigue siendo el punto más alto del cono de ceniza. Pero la fisura murió hace mucho tiempo, o quizá la taparon sus propias emisiones, y desde entonces toda la estructura ha sufrido mucha erosión. El borde sur del cono no es más que una barrera de colinas bajas perforadas por el río Yamamoto y los dos tributarios que se unen para formar el río Tojo. El foso central es un cuenco de jungla repelente, tan saturada de clorofila que desde arriba parece negro. Los pájaros vuelan sobre la cubierta de árboles, con aspecto, desde allá arriba, de estrellas de colores.

El borde norte todavía se alza unos buenos quinientos metros sobre el cuenco de la jungla, pero su arco antiguamente liso ha sido dividido por la erosión para formar tres cumbres diferentes, cada una de ellas un montón de escoria roja medio oculto por rastrojos de vegetación. Sin discusión, Ninomiya y Goto Dengo se dirigen al de en medio, que es el más alto. Llegan a la cima a las dos treinta de la tarde, e inmediatamente desean no haberlo hecho porque el sol les golpea casi verticalmente. Pero allí arriba corre una brisa fresca, y una vez que se han protegido la cabeza con protectores improvisados la cosa no está tan mal. Goto Dengo monta el trípode y el teodolito mientras Ninomiya usa el sextante para apuntar al sol. Lleva un reloj alemán bastante bueno que ha puesto en hora esta mañana según la transmisión de radio de Manila, y eso le permite calcular la longitud. Realiza los cálculos sobre un trozo de papel apoyado en el regazo, luego va y lo hace de nuevo para verificar las cifras, recitándolas en voz alta. Goto Dengo las copia en su cuaderno, sólo por si se pierden las notas de Ninomiya.

A las tres en punto, el soldado subido al árbol comienza a destellar ¿1 espejo en su dirección: una chispa brillante entre una espesa alfombra de selva que carece de cualquier otro rasgo. Ninomiya centra el teodolito sobre esa señal y apunta algunas cifras. Combinándolo con otros datos sacados de los mapas, fotos aéreas y demás, debería permitirle estimar la latitud y la longitud del túnel principal.

—No sé qué precisión tendrá —dice con preocupación mientras bajan de la montaña—. Tengo el pico con exactitud... ¿cómo lo llamó? ¿Caballería?

—Casi.

—Eso significa soldados a caballo, ¿no?

—Sí.

—Pero la posición del pozo no la tendré con mucha precisión a menos que pueda usar mejores técnicas.

Goto Dengo considera la idea de decirle que realmente no hay ningún problema, que el lugar se eligió para perderse y olvidarse. Pero mantiene la boca cerrada.

El reconocimiento lleva otro par de semanas. Calculan dónde estará la orilla del lago Yamamoto y calculan su volumen. Será más un estanque que un lago —menos de cien metros de diámetro—, pero será engañosamente profundo y contendrá un montón de agua. Calculan el ángulo del pozo que conectará el fondo del lago con la red principal de túneles. Calculan dónde saldrán todos los túneles horizontales de las paredes del cañón del río Tojo, y marcan las rutas de las carreteras y líneas férreas que llevarán a esas aberturas, de forma que puedan sacarse los escombros y traer el precioso material bélico para su almacenamiento. Lo comprueban todo dos y tres veces para asegurarse que ningún fragmento de la operación sea visible desde el aire.

Mientras tanto, muy abajo, el teniente Mori y un pequeño destacamento de trabajo han plantado algunos postes y han tendido algo de alambre de espino, lo justo para contener a un centenar de prisioneros, que llegan metidos todos en un par de camiones militares. Cuando se les pone a trabajar, el campo se amplía con rapidez; los barracones militares se levantan en unos días y se completa el perímetro doble de alambre de espino. Allí parece que nunca faltan los suministros. La dinamita llega a camiones enteros, como si no se la necesitase con desesperación en lugares como Rabaul, y se la almacena cuidadosamente bajo la supervisión de Goto Dengo. Los prisioneros la almacenan en un cobertizo construido para ese fin bajo la cubierta de la selva. Goto Dengo no ha estado hasta ahora tan cerca de los prisioneros, y se sorprende al ver que son todos chinos. Y no hablan el dialecto de Cantón o Formosa, sino el que Goto Dengo oía con frecuencia cuando estaba destinado en Shanghai. Esos prisioneros son chinos del norte.

Ese Bundok es un lugar cada vez más extraño.

Sabe que los filipinos se muestran particularmente hoscos sobre su inclusión en la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental. Están

bien armados, y MacArthur les ha estado incitando. Muchos miles han sido hechos prisioneros. A medio día de camino de Bundok hay prisioneros filipinos más que suficientes para llenar el campamento del teniente Mori y completar el proyecto del teniente Goto. Pero sin embargo los mandamases han enviado cientos de chinos desde Shanghai para realizar ese trabajo.

En momentos como ese comienza a dudar de su propia salud mental. Siente la necesidad de discutir el asunto con el teniente Ninomiya. Pero el topógrafo, su amigo y confidente, ha desparecido después de que se completase su tarea. Un día, Goto Dengo va a la tienda de Ninomiya y se la encuentra vacía. El capitán Noda le explica que el topógrafo ha sido enviado a realizar un trabajo importante en otro sitio.

Como un mes más tarde, cuando ya está muy avanzada la construcción de la carretera en la Zona Especial de Seguridad, algunos de los obreros chinos que excavan comienzan a gritar. Goto Dengo comprende lo que dicen.

Han encontrado restos humanos. La jungla ha hecho su parte y prácticamente no queda nada más que los huesos, pero el olor, y la legión de hormigas, le indican que el cadáver es bastante reciente. Coge la pala de uno de los obreros y recoge una paletada de tierra y la lleva hasta el río, dejando caer montones de hormigas. La hace descender con cuidado en el agua corriente. La tierra se disuelve en un rastro marrón en el río y pronto aparece el cráneo: la bóveda de la cabeza, las cuencas oculares no del todo vacías, el hueso nasal del que todavía cuelgan fragmentos de cartílagos, y finalmente la mandíbula, marcada por viejos abscesos y de la que faltan la mayoría de los dientes, excepto un diente de oro en medio. La corriente hace girar el trozo lentamente, y Goto Dengo ve un agujero perfecto en la base del cráneo.

Levanta la vista. Una docena de chinos están reunidos junto a él en la orilla del río, observándole impasible.

—No habléis de esto con ninguno de los otros nipones —dice Goto Dengo. Sus ojos se abren como platos por el asombro al oírle hablar con el acento preciso de las prostitutas de Shanghai.

Uno de los trabajadores chinos está casi calvo. Parece rondar los cuarenta, aunque los prisioneros siempre envejecen con rapidez, por lo que

es difícil estimarlo. No está asustado como los otros. Mira a Goto Dengo valorándole.

—Tú —dice Goto Dengo—, coge a otros dos hombres y sígueme. Traed las palas.

Les lleva a la jungla, a un lugar en el que sabe que no se excavará más, y les muestra dónde poner la nueva tumba del teniente Ninomiya. El calvo es un buen líder así como un trabajador fuerte y consigue que caven pronto la tumba, luego transfiere los restos sin quejas o remilgos. Si ha superado el Incidente Chino y ha sobrevivido hasta este momento como prisionero de guerra, probablemente ha visto y hecho cosas peores.

Goto Dengo hace su parte distrayendo al capitán Noda durante un par de horas. Suben y repasan el trabajo en la presa del río Yamamoto. Noda está impaciente por crear el lago Yamamoto tan pronto como sea posible, antes de que la Fuerza Aérea de MacArthur examine con detalle la zona. Probablemente no pasaría desapercibida la súbita aparición de un lago en medio de la jungla.

El emplazamiento del lago es un cuenco de roca natural, cubierto por la selva, que el río Yamamoto atraviesa por el medio. Cerca de la orilla, los hombres ya trabajan con perforadoras de roca colocando las cargas de dinamita.

—El pozo inclinado empezará aquí —le dice Goto Dengo al capitán Noda— e irá directamente... —dándole la espalda al río y convirtiendo una de las manos en una hoja y hundiéndola en la selva— directamente al Gólgota. —*El lugar del Cráneo.*

—¿Gargotta? —dice el capitán Noda.

—Es una palabra tagala —dice Goto Dengo con autoridad—. Significa «claro oculto».

—Claro oculto. ¡Me gusta! Muy bien. ¡Gargotta! —dice el capitán Noda —. Su labor se está desarrollando muy bien, teniente Goto.

—Sólo aspiro a trabajar con los mismos niveles de calidad que el teniente Ninomiya —dice Goto Dengo.

—Era un excelente trabajador —dice Noda con calma.

—Quizá, cuando termine mi trabajo aquí, pueda ir con él... adónde se le enviase.

Noda sonríe.

—Su labor sólo está empezando. Pero puedo decirle con toda seguridad que cuando termine se reunirá con su amigo.

*OceanofPDF.com*

# Seattle

La viuda de Lawrence Pritchard Waterhouse y sus cinco hijos estaban de acuerdo en que papá había hecho algo durante la guerra, y eso era todo. Cada uno de ellos parecía tener en mente una película distinta pero de serie B de los cincuenta, o un noticiario de 1940, que mostraba unos acontecimientos también completamente diferentes. Ni siquiera podían ponerse de acuerdo en si había pertenecido al Ejército de Tierra o a la Marina, lo que a Randy le parecía uno de esos detalles argumentales importantes. ¿Estaba destinado en Europa o en Asia? Las opiniones diferían. La abuela creció en una granja de ovejas de Australia. Por lo tanto, uno pensaría que en algún momento de su existencia era una tía de la tierra, el tipo de mujer que no sólo recordaría a qué cuerpo pertenecía su llorado marino sino que podría sacar su rifle del ático y desmontarlo con los ojos vendados. Pero evidentemente había pasado como un setenta y cinco por ciento de las horas que permanecía despierta en la iglesia (donde no sólo rezaba sino que iba al colegio y realizaba casi toda su vida social), o en tránsito de camino a la iglesia o de vuelta, y sus propios padres muy explícitamente no querían que acabase viviendo en una granja, metiendo el brazo en las vaginas del ganado y poniéndose un bistec crudo sobre el ojo morado cortesía de algún esposo. La agricultura podría ser una especie de premio de consolación para alguno de sus hijos varones, una especie de seguro para cualquier descendiente que sufriese un importante golpe en la cabeza o cayese en el alcoholismo crónico. Pero el propósito real de los chicos cCmndhd era restaurar las antiguas y ya pasadas glorias de la familia, cuyos miembros supuestamente habían sido importantes

intermediarios de lana en tiempos de Shakespeare y que iban de camino a vivir en Kensington y a deletrear su nombre como Smith antes de que una combinación de scrapies, cambio climático permanente, conducta nefaria por parte de qwghlmianos del exterior celosos y un cambio de moda a escala mundial que dejó de lado los suéteres de extraño olor, treinta libras de peso y con pequeños artrópodos viviendo en su interior, los había lanzado a la pobreza honrada y luego a una pobreza no tan honrada que finalmente les había llevado al traslado forzoso a Australia.

Lo importante es que la abuela fue encarnada, adoctrinada y arreglada por su madre para llevar medias, lápiz de labios y guantes en alguna gran ciudad en algún sitio. El experimento había tenido éxito hasta el punto de que Mary cCmndhd podía, en cualquier momento de su vida posterior a la adolescencia, preparar y servir un té formal a la reina de Inglaterra en menos de diez minutos, sin cometer ningún error, sin siquiera tener que mirarse al espejo, estirarse el traje, limpiar la plata o repasar la etiqueta. Un chiste común entre sus hijos varones era que mamá podía entrar completamente sola en un bar de moteros de cualquier parte del mundo y que simplemente, por su comportamiento y apariencia, haría que las peleas a puñetazos se detuviesen de inmediato, que todos los codos sucios despareciesen de la barra, que las posturas mejorasen, que se dejase de lado el lenguaje soez. Los moteros harían lo indecible por tomar su abrigo, ofrecerle la silla, llamarla señora, etc. Aunque nunca había tenido lugar, esa escena del bar de moteros era una especie de gag virtual o nocional, un momento famoso en la historia del entretenimiento de la familia Waterhouse, como los Beatles en *Ed Sullivan* o Belushi interpretando el número del samurai en *Saturday Night Live*. Los estantes de sus videocasetes mentales estaban justo al lado de las películas de serie B y noticiarios imaginarios sobre a qué se dedicaba el Patriarca durante la guerra.

La abuela era una leyenda, quizá una leyenda infame, por su habilidad para administrar una casa, para mantener el acicalamiento personal a esos niveles, para enviar algunos centenares de tarjetas de Navidad cada año, cada una dedicada con perfecta letra de pluma, etc., y quizá todos esos detalles combinados exigían tanta capacidad de su cerebro como, digamos, las matemáticas en el de un físico.

Por tanto, cuando se trataba de cualquier actividad práctica se encontraba totalmente desvalida, y probablemente así había sido siempre. Hasta tener demasiados años para conducir, había seguido recorriendo Whitman con su Lincoln Continental de 1965, el último vehículo adquirido por su marido, en el concesionario Patterson Lincoln-Mercury de Whitman, antes de su muerte. El vehículo pesaba unas seis mil libras y tenía más partes móviles que un silo repleto de relojes suizos. Cuando uno de sus descendientes venía de visita, alguien entraba furtivamente en el garaje para tirar de la varilla del aceite, que misteriosamente siempre estaba hasta el máximo con el color ámbar de la 10W40. Al final se descubrió que su fallecido esposo había convocado a todos los varones vivos del linaje Patterson —cuatro generaciones en total— en la habitación del hospital, los había reunido alrededor de su lecho mortal y había llegado a una especie de pacto indeterminado según el cual, si en algún momento del futuro la presión de las ruedas del Lincoln descendía por debajo de lo especificado o el mantenimiento del vehículo no se mantenía al día, todos los Patterson no sólo sacrificarían sus almas inmortales, sino que literalmente serían arrancados de reuniones o baños y enviados directamente al infierno, como el doctor Fausto de Marlowe. Él sabía que su esposa sólo conocía la rueda como algo causante de que de vez en cuando un hombre saltara heroicamente de su propio vehículo para cambiársela mientras ella se quedaba sentada dentro admirando el trabajo. El mundo de los objetos físicos parecía haber sido creado exclusivamente para dar a los hombres que rodeaban a la abuela algo que hacer con las manos; y no, válgame Dios, por ninguna razón práctica, sino para que la abuela pudiese ajustar los controles emocionales de esos hombres por el método de reaccionar bien o mal a lo que éstos hacían. Lo que no era mala situación siempre que hubiese hombres por los alrededores, pero no tan buena después de la muerte del abuelo. Por tanto, equipos guerrilleros de mecánicos habían estado vigilando a la abuela de Randy desde entonces y de vez en cuando tomaban el Lincoln del aparcamiento de la iglesia un domingo por la mañana y se lo llevaban a Patterson's para un cambio de aceite sub rosa. La capacidad del Lincoln para funcionar sin problemas durante un cuarto de siglo sin mantenimiento —sin ni siquiera poner gasolina en el tanque— simplemente había confirmado las opiniones de la abuela sobre las divertidas superficialidades de los intereses masculinos.

En cualquier caso, lo importante era que la abuela, cuya comprensión de los asuntos prácticos no había hecho más que descender (si tal cosa era posible) con la edad, no era el tipo de persona a la que preguntarías para informarte sobre la carrera militar de su fallecido esposo. Derrotar a los nazis entraba en la misma categoría que cambiar una rueda pinchada: un trabajo molesto que se esperaba que los hombres supiesen cómo hacer. Y no sólo los hombres de antaño, los superhombres de su generación; también se esperaba que Randy supiese esas cosas. Si mañana el Eje llegase a reconstituirse, la abuela esperaría que al día siguiente Randy se colocase tras los controles de un avión de combate a reacción. Y Randy preferiría caer en barrena al suelo el 2 de marzo a soportar los comentarios de su abuela con respecto a que no estaba capacitado para esa labor.

Por suerte para Randy, que hacía poco había empezado a sentir curiosidad con respecto al abuelo, había aparecido una vieja maleta. Se trata de un objeto de roten y cuero, una especie de artilugio enérgico que podrían haber fabricado en los Locos Años Veinte lleno de pegatinas gastadas de hotel que marcan el peregrinaje de Lawrence Pritchard Waterhouse desde el Medio Oeste hasta Princeton y vuelta, y que está lleno hasta arriba de pequeñas fotografías en blanco y negro. El padre de Randy descarga el contenido sobre la mesa de ping pong que, de forma inexplicable, ocupa el centro de la sala de recreo de la residencia de la abuela, cuyos residentes es tan probable que deseen jugar al ping pong como hacerse un *piercing* en los pezones. Reúnen las fotos en varios montones que luego Randy, su padre, sus tíos y tías van ordenando. La mayoría de las fotografías son de los hijos Waterhouse, así que todos se muestran fascinados hasta encontrar fotografías de sí mismos a edades diferentes. Luego el montón de fotografías empieza a parecerles deprimentemente grande. Lawrence Pritchard Waterhouse era evidentemente un fanático de la cámara y ahora sus descendientes pagan por ello.

Randy tiene motivos muy diferentes, así que se queda hasta tarde, repasando él sólo las fotografías. Noventa y nueve de cada cien son instantáneas de los mocosos Waterhouse desde los años cincuenta. Pero algunas son más antiguas. Encuentra una fotografía del abuelo en un lugar con palmeras, vestido de militar, con una enorme gorra de oficial en forma de disco en la cabeza. Tres horas más tarde, encuentra una fotografía de un

abuelo muy joven, apenas un adolescente, vestido con ropas de adulto, de pie frente a un edificio gótico acompañado de otros dos hombres: un sonriente tipo de pelo negro que le resulta vagamente familiar y un tío rubio de nariz aquilina con gafas sin montura. Los tres tienen bicicletas; el abuelo está subido a la suya, y los otros dos, considerando quizá que no es una postura demasiado digna, agarran las suyas con las manos. Pasa otra hora, y luego se encuentra al abuelo vestido con un uniforme caqui con más palmeras de fondo.

A la mañana siguiente se sienta con su abuela, después de que ella haya completado su ritual diario de una hora para salir de la cama.

—Abuela, he encontrado estas viejas fotografías. —Las distribuye frente a ella sobre la mesa y le da unos momentos para cambiar de contexto. La abuela no cambia de tema de conversación con facilidad, y además, esas córneas rígidas de dama mayor requieren su tiempo para ajustarse.

—Sí, las dos son de Lawrence cuando estaba en el ejército. —La abuela siempre ha tenido esta habilidad para decirle a los demás lo evidente de una forma exquisitamente amable pero que hace que el receptor se sienta como un idiota por haber malgastado su tiempo. A estas alturas es evidente que está cansada de identificar fotografías, un trabajo tedioso acompañado del evidente subtexto: vas a morirte pronto y tenemos mucha curiosidad, ¿quién es la mujer junto al Buick?

—Abuela —dice Randy con alegría, intentando despertar su interés—, en esta foto de aquí viste un uniforme de la Marina. Y en esta otra, lleva un uniforme del Ejército de Tierra.

La abuela Waterhouse alza las cejas y le mira con el interés sintético que emplearía si se encontrase en algún tipo de reunión formal y un hombre intentase explicarle cómo cambiar una rueda.

—Es, eh, creo, un poco raro —dice Randy— que un hombre pertenezca tanto al Ejército de Tierra como a la Marina durante la misma guerra. Normalmente es un cuerpo o el otro.

—Lawrence tenía uniformes del Ejército de Tierra y de la Marina —dice la abuela, con el mismo tono que emplearía para decir que tenía un intestino grueso y otro delgado—, y se ponía el que fuese más apropiado.

—Claro, es evidente —dice Randy.

El viento laminar se desliza sobre la autopista como una sábana almidonada que retiran de la cama, y a Randy le está resultando difícil mantener el Acura sobre el pavimento. El viento no tiene la fuerza suficiente para mover el coche, pero oscurece los bordes de la carretera; lo único que ve es un plano blanco y estriado que se desliza lateralmente allá abajo. Sus ojos le dicen que gire el volante para seguirlo, lo que sería una mala idea porque les llevaría a él y a Amy directamente a los campos de lava. Intenta fijarse en un punto lejano: el diamante blanco del monte Rainier, a un par de kilómetros al oeste.

—Ni siquiera sé cuándo se casaron —dice Randy—. ¿No es terrible?

—Septiembre de 1945 —dice Amy—. Se lo saqué.

—Guau.

—Charla de chicas.

—No sabía que fueses capaz de mantener una conversación de chicas.

—Todas podemos hacerlo.

—¿Descubriste algo sobre la boda? Como...

—¿La porcelana?

—Sí.

—Efectivamente era Lavender Rose —dice Amy.

—Así que encaja. Es decir, encaja cronológicamente. El submarino se hundió en mayo de 1945 frente a Palawan... cuatro meses antes de la boda. Conociendo a mi abuela, en ese momento los preparativos de la boda estarían muy avanzados... definitivamente ya habrían elegido la porcelana.

—¿Y crees que tienes una fotografía de tu abuela en Manila durante esa época?

—Definitivamente es Manila. Y no fue liberada hasta marzo del 45.

—Entonces, ¿qué tenemos? Tu abuelo debió tener alguna relación con alguien de ese submarino entre marzo y mayo.

—En el submarino aparecieron un par de gafas. —Randy saca una fotografía del bolsillo de la camisa y se la pasa a Amy—. Me interesaría saber si encajan con las de ese tío. El alto y rubio.

—Lo puedo comprobar cuando regrese. El cerebrín de la izquierda es tu abuelo.

—Sí.

—¿Quién es el cerebrín de en medio?

—Creo que es Turing.

—¿Turing, como en *TURING Magazine?*

—Le pusieron su nombre a la revista por sus trabajos pioneros sobre el ordenador —dice Randy.

—Como los trabajos de tu abuelo.

—Sí.

—¿Qué hay del tío al que vamos a ver en Seattle? ¿Es también un informático? Oh, ya estás adoptando esa expresión de «Amy ha dicho algo tan estúpido que me ha producido dolor físico». ¿Es una expresión facial común en los hombres de tu familia? ¿Crees que es la expresión que ponía tu abuelo cuando tu abuela entraba en la casa y anunciaba que acababa de estrellar el Lincoln Continental contra una boca de incendios?

—Lo siento si en ocasiones te hago sentir mal —dice Randy—. La familia está llena de científicos. Matemáticos. Los menos inteligentes nos hacemos ingenieros. Que es más o menos lo que soy yo.

—Perdóname, ¿acabas de decir que eres uno de los menos inteligentes?

—Quizás el menos centrado.

—Hum.

—Lo que quiero decir es que la precisión y que todo sea correcto, en el sentido matemático, es lo que nos caracteriza. Todo el mundo tiene que tener alguna ventaja, ¿no? En caso contrario, acabas trabajando en McDonald's durante el resto de tu vida, o algo peor. Algunos nacen ricos. Algunos nacen en grandes familias, como la tuya. Nuestra forma de avanzar en el mundo es saber que dos y dos son cuatro, y centrarnos en eso de una forma que parece algo excesiva y que en ocasiones hiere los sentimientos de los demás. Lo lamento.

—¿Herir los sentimientos de quién? ¿La gente que cree que dos y dos son cinco?

—La gente que da más prioridad a las habilidades sociales en lugar de asegurarse de que toda afirmación emitida en una conversación sea literalmente cierta.

—¿Como, por ejemplo... las mujeres?

Randy mantiene los dientes apretados durante una milla y luego dice:

—Si hay alguna generalización que pueda establecerse entre la forma de pensar de los hombres y de las mujeres, creo que es que los hombres pueden concentrarse hasta ser un rayo láser increíblemente estrecho apuntando a temas diminutos y no pensar en nada más.

—¿Pero las mujeres no pueden?

—Supongo que sí pueden. Pero rara vez parecen querer hacerlo. Lo que quiero decir es que el método femenino es más sano y cuerdo.

—Hum.

—Compréndeme, en este caso estás siendo un poco paranoide y te centras demasiado en lo negativo. No se trata de que las mujeres sean deficientes. Más bien se trata de en qué son deficientes los hombres. Nuestras deficiencias sociales, falta de perspectiva, o como quieras llamarlo, es lo que nos permite estudiar durante veinte años una especie de libélulas, o sentarnos delante de un ordenador durante cien horas por semana escribiendo código. No es ése el comportamiento de una persona sana y bien equilibrada, pero evidentemente puede producir grandes avances en fibras sintéticas. O lo que sea.

—Pero has dicho que tú mismo no estás demasiado centrado.

—Comparado con otros hombres de mi familia, eso es cierto. Por tanto, sé un poco de astronomía, un montón sobre ordenadores, algo sobre negocios, y tengo, si puedo decirlo, un nivel ligeramente superior de funcionamiento social que los otros. O quizá no sea funcionamiento, sino una idea perfecta de cuándo no estoy funcionando, de forma que al menos puedo sentirme avergonzado.

Amy ríe.

—Definitivamente eso se te da bien. Parece que pasas de un momento de sentirte avergonzado al siguiente.

Randy se avergüenza.

—Es divertido verlo —dice Amy alentadora—. Habla bien de ti.

—A lo que me refiero es que eso me hace diferente. Una de las cosas más aterradoras del verdadero empollón, para muchas personas, no es que sea un inepto social, porque todo el mundo ha sido un inepto social en algún momento, sino más bien su total falta de vergüenza con respecto a ese asunto.

—Sigue siendo patético.

—Era patético cuando estaban en el instituto —dice Randy—. Ahora es algo más. Algo muy diferente del patetismo.

—Entonces, ¿qué?

—No lo sé. No hay palabra para describirlo. Ya lo verás.

Conducir sobre las Cascadas produce una transición climática que normalmente exigiría un viaje en avión de cuatro horas. Una lluvia tibia golpea el parabrisas y suelta la corteza de hielo de los limpiaparabrisas. Las sorpresas graduales de marzo y abril vienen comprimidas en un escueto resumen de trabajo. Es tan excitante como un vídeo de *striptease* puesto en avance rápido. El paisaje se vuelve húmedo, y tan verde que es casi azul, y sale disparado de la tierra en el espacio como en una milla. Los carriles rápidos de la Interestatal 90 están cubiertos por cagarros marrones de nieve que se han soltado de los Broncos de los esquiadores que regresan a casa. Los trailer los adelantan envueltos en túnicas cónicas de agua y torrente. Randy se sorprende al ver un edificio de oficinas nuevo en la falda de la colina, mostrando sus logotipos de alta tecnología. Inmediatamente se pregunta por qué se sorprende. Amy nunca ha estado aquí, y quita los pies del panel de salida del airbag y se sienta recta para mirar, deseando en voz alta que Robín y Marcus Aurelius les hubiesen acompañado, en lugar de volverse a Tennessee. Randy se acuerda de cambiarse a los carriles de la derecha y reducir al descender los últimos mil pies de altitud en dirección a Issaquah, y por supuesto allí está la patrulla de carreteras poniendo multas a los que sobrepasan el límite. A Amy, como era de esperar, le impresiona esa muestra de perspicacia. Todavía se encuentran a varias millas del centro de la ciudad, en los suburbios medio cubiertos de árboles del East Side, donde los números de calles y avenidas alcanzan las tres cifras, cuando Randy toma una salida y conduce por una larga calle comercial que resulta no ser más que la esfera de influencia de un inmenso centro comercial. A su alrededor, han surgido del asfalto varios centros comerciales satélites, borrando los viejos elementos del terreno y jodiendo el sistema de navegación de Randy. Por todas partes hay gente, porque todo el mundo está devolviendo los regalos de Navidad. Después de conducir un poco y maldecir, Randy encuentra el centro principal, que tiene un aspecto algo

más desgarbado cuando se le compara con sus satélites. Aparca en la parte más alejada del parking, explicando que es más lógico hacerlo así y luego caminar durante quince segundos que pasar quince minutos buscando un sitio más cercano.

Randy y Amy permanecen tras el maletero abierto del Acura durante un minuto retirando varias capas de aislamiento del este de Washington que de pronto se han vuelto gratuitas. Amy se preocupa por sus primos y desea que ella y Randy les hubiesen donado toda su ropa de invierno; cuando los vieron por última vez daban vueltas al Impala como un par de naves de combate orbitando la nave nodriza preparándose para entrar, comprobando la presión de las ruedas y los niveles de fluido con una intensidad y concentración que daba la impresión de que estaban a punto de hacer algo más emocionante que sentar sus culos en los asientos y conducir en dirección este durante un par de días. Tenían un estilo valiente que debe dejar atontadas a las chicas de su ciudad. Amy los abrazó con pasión, como si no fuese a volver a verlos, y aceptaron sus abrazos con dignidad y paciencia, y luego desaparecieron, resistiendo el impulso de pisar a fondo el acelerador hasta no estar a un par de manzanas de distancia.

Entran en el centro comercial. Amy sigue preguntándose en voz alta por qué están aquí, pero sigue dispuesta. Randy está un poco confundido, pero finalmente se centra en una cacofonía electrónica apenas audible —voces digitalizadas que profetizan la guerra— y que llega desde la zona de comidas del centro comercial. Navegando ahora en parte por el sonido y en parte por el olor, llega a la esquina donde un montón de varones, entre diez y cuarenta años, están sentados en pequeños grupos, algunos extrayendo temblorosa comida china con palillos de pequeñas cajas blancas pero la mayoría concentrados en lo que, desde la distancia, parece algo relacionado con papeles. De fondo, las fauces ultravioletas de una vasta galería de videojuegos, y detonaciones, silbidos, explosiones sónicas y disparos mejorados en un laboratorio de sonido. Pero la galería no parece más que un monumento difunto alrededor del cual se ha reunido este culto intenso de aficionados al papel. Un adolescente nervudo vestido con unos tejanos ajustados y una camiseta negra se pasea por entre las mesas con la provocadora confianza de un buscavidas de sala de billar; al hombro lleva cargada una larga y delgada caja de cartón como si fuese un rifle.

—Éste es mi grupo étnico —le explica Randy en respuesta a la expresión de la cara de Amy—. Jugadores de juegos de rol de fantasía. Éstos somos Avi y yo hace diez años.

—Parece que están jugando con cartas. —Amy vuelve a mirar y arruga la nariz—. Cartas raras. —Amy irrumpe con curiosidad en medio de una partida entre cuatro fanáticos. Casi en cualquier otro sitio, la aparición de una mujer con una cintura evidente causaría alguna conmoción. Sus ojos vagarían groseramente por todo su cuerpo. Pero esos tipos piensan sólo en una cosa: las cartas que tienen entre las manos, cada una contenida en una funda de plástico transparente para mantenerla en las mejores condiciones, cada una decorada con la imagen de un troll, un mago o alguna otra hoja del árbol evolutivo post-Tolkien, y en el reverso llevan impresas reglas complejas. Mentalmente, esos tipos no están en un centro comercial en el East Side del gran Seattle. Se encuentran en un paso montañoso intentando matarse unos a otros con armas afiladas y fuegos numinosos.

El joven buscavidas está evaluando a Randy como cliente potencial. La caja es lo suficientemente larga como para contener algunos cientos de cartas, y parece pesada. A Randy no le sorprendería descubrir algo deprimente sobre ese chico, como que gana tanto dinero comprando cartas baratas y vendiéndolas caras que posee un Lexus nuevecito que no tiene edad para conducir. Randy le mira a los ojos y pregunta:

—¿Chester?

—Baño.

Randy se sienta y observa cómo Amy observa jugar a los fanáticos. Pensaba que había llegado a lo más bajo en Whitman, allá en el aparcamiento, estaba seguro de que ella se asustaría y huiría. Pero esto es potencialmente peor. Un montón de tipos rechonchos que nunca salen al exterior, llegando al frenesí por juegos complejos en los que personajes inexistentes salen y fingen hacer cosas que en su mayoría no son tan interesantes como las que Amy, su padre y algunos otros miembros de su familia hacen continuamente sin causar el más mínimo alboroto. Es casi como si Randy estuviese golpeando a Amy deliberadamente para descubrir cuándo va a romperse y huir. Pero sus labios no han empezado a retorcerse todavía por la náusea. Observa la partida con imparcialidad, mirando sobre

los hombros de los fanáticos, siguiendo la acción, entrecerrando ocasionalmente los ojos ante alguna abstracción de las reglas.

—Eh, Randy.

—Eh, Chester.

Así que Chester ha regresado del baño. Tiene exactamente el aspecto del antiguo Chester, excepto que se extiende sobre un volumen mayor, como la demostración clásica del universo en expansión en la que un rostro, o alguna otra figura, dibujada sobre un globo hinchado parcialmente se infla aún más. Los poros son aún mayores, y los pelos se han distanciado, lo que produce la ilusión de una calvicie incipiente. Parece incluso como si sus ojos se hubiesen separado aún más y los puntos de color en el iris se hubiesen tornado en manchas. No es que esté gordo, sigue conservando la robustez desgarbada de antaño. Como la gente en realidad no crece después de la adolescencia, debe tratarse de una ilusión. Las personas mayores parecen ocupar más espacio. O quizá la gente mayor ve más cosas.

—¿Cómo está Ávido?

—Tan ávido como siempre —dice Randy, lo que es una respuesta tonta pero casi obligada. Chester lleva una especie de chaleco de fotógrafo con un número gratuitamente grande de pequeños bolsillos, y cada uno de ellos está lleno de cartas. Quizás es por eso que parece tan grande. Lleva como unas veinte libras de cartas pegadas al cuerpo—. Observo que has realizado la transición a los RPG de cartas —dice Randy.

—¡Oh, sí! Es mucho mejor que el viejo método del lápiz y el papel. O incluso que los RPG asistidos por ordenador, con todos los respetos al buen trabajo que Avi y tú hicisteis. ¿En qué trabajas ahora?

—En algo que podría tener su importancia para los juegos con carta —dice Randy—. Acabo de darme cuenta de que si tienes un conjunto de protocolos criptográficos para emitir una moneda electrónica que no se pueda falsificar, que lo tenemos, podrías adaptar esos mismos protocolos para los juegos de cartas. Porque cada una de esas cartas es como un billete. Algunas tienen más valor que otras.

Chester asiente durante toda la explicación, pero no interrumpe a Randy con malos modos como haría un empollón más joven. El empollón más joven típico se ofende con rapidez cuando alguien en su proximidad comienza a emitir frases declarativas, porque lo entiende como una

afirmación de que él, el empollón, no conocía la información que se está comunicando. Pero el empollón mayor típico posee más confianza en sí mismo, y además comprende que es normal que la gente piense en voz alta. Y los empollones muy avanzados comprenderán aún más que emitir frases declarativas cuyo contenido ya conocen todos los presentes es parte del proceso social de mantener una conversación y por tanto no debería entenderse bajo ninguna circunstancia como una agresión.

—Ya se hace —dice Chester, una vez que Randy ha terminado—. De hecho, la compañía para la que tú y Avi trabajasteis en Minneapolis es una de las líderes...

—Me gustaría que conocieses a mi amiga, Amy —le interrumpe Randy, aunque Amy está a una buena distancia y no le presta atención. Pero Randy teme que Chester esté a punto de decirle que las acciones de esa compañía de Minneapolis tienen ahora tal valor que su capitalización bursátil supera a la de General Dynamics, y que Randy debería haber conservado las suyas —. Amy, éste es mi amigo Chester —dice Randy, arrastrando a Chester por entre las mesas. En ese punto los jugadores efectivamente levantan la cabeza interesados... no por Amy, sino por Chester, quien (infiere Randy) probablemente tiene algunas cartas únicas metidas en su chaleco, como ARSENAL TERMONUCLEAR DE LA UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS SOVIÉTICAS O YHWH. Chester manifiesta una destacable mejora en habilidades sociales, dándole la mano a Amy sin ninguna muestra de incomodidad y adoptando con facilidad una imitación bastante decente de un individuo maduro y equilibrado capaz de mantener una charla intranscendente. Antes de que Randy pueda darse cuenta, Chester les ha invitado a su casa.

—He oído que todavía no está terminada —dice Randy.

—Debes haber leído el artículo en *The Economist* —dice Chester.

—Ese mismo.

—Si hubieses leído el artículo de *The New York Time,* sabrías que el artículo de *The Economist* se equivocaba. Ya vivo en la casa.

—Bien, será divertido verla —dice Randy.

—¿Os fijáis lo bien pavimentada que está mi calle? —dice Chester con amargura, media hora más tarde. Randy ha aparcado el Acura maltratado y raspado en el aparcamiento de invitados de la casa de Chester y Chester ha aparcado su Dusenberg de 1932 en el garaje, entre el Lamborghini y algún otro vehículo que parece ser literalmente un avión, construido para deslizarse sobre ventiladores.

—Eh, no me he dado cuenta, la verdad —dice Randy, intentando no quedarse boquiabierto ante nada. Incluso el pavimento bajo sus pies es un mosaico, fabricado por encargo, de la teselación de Penrose—. Recuerdo vagamente que era ancha, plana y no tenía ningún bache. En otras palabras, bien pavimentada.

—Ésta—dice Chester, moviendo la cabeza en dirección a su casa—, fue la primera casa en disparar la OCRG.

—¿OCRG?

—La Ordenanza de Casas Ridiculamente Grandes. Algunos descontentos forzaron su aprobación en el consejo municipal. Tienes a cirujanos cardiovasculares y parásitos de los fondos de inversión a los que les gusta tener grandes y bonitas casas, pero Dios no permita que un sucio hacker quiera construirse una casa propia, y pase ocasionalmente algunos camiones de cemento por sus calles.

—¿Te obligaron a repavimentar la calle?

—Me obligaron a repavimentar media puta ciudad —dice Chester—. Es decir, algunos de los vecinos se quejaban diciendo que la casa era una monstruosidad, pero después de que empezáramos con mal pie mi actitud fue que les jodan. —Ciertamente, si la casa de Chester se parecía a algo era a un garaje regional de camiones con un techo completamente de cristal. Dirige el brazo hacia un capa de barro ligeramente cubierta de hierba que desciende en dirección al lago Washington—. Evidentemente, las labores de paisajismo no han empezado todavía. Así que tiene el aspecto de un proyecto científico escolar sobre la erosión.

—Yo iba a decir la batalla del Somme —dice Randy.

—No es una analogía tan buena porque aquí no hay trincheras —dice Chester. Sigue apuntando en dirección al lago—. Pero si miras cerca del

agua podrás ver algunas traviesas de ferrocarril medio enterradas. Ahí es donde hemos colocado los raíles.

—¿Raíles? —dice Amy, la única palabra que ha podido formar desde que Randy metió el Acura por la entrada principal. Randy le dijo, de camino, que si él, Randy, tuviese cien mil dólares por cada orden de magnitud por el que el valor neto de Chester superaba en estos momentos al suyo, entonces él (Randy) no tendría que trabajar nunca jamás. Eso resultó ser un comentario más ingenioso que informativo, y por tanto Amy no estaba preparada para lo que se habían encontrado y todavía va con las cejas arqueadas.

—Para la locomotora —dice Chester—. No hay líneas de ferrocarril cerca, así que trajimos la locomotora por agua y luego encajamos algunas vías en el vestíbulo.

Amy se limita a contraer el rostro en silencio.

—Amy no ha visto el artículo —dice Randy.

—¡Oh! Lo lamento —dice Chester—. Me dedico a la tecnología obsoleta. La casa es un museo a la tecnología muerta. Meted una mano en estas cosas.

Alineados frente a la entrada principal hay cuatro pedestales que llegan hasta la cintura y engalanados con el logotipo del ojo y la pirámide de Novus Ordo Seclorum, con manos dibujadas sobre la parte superior y botones en el espacio entre los dedos. Randy coloca su mano y siente que los botones se mueven, leyendo y memorizando la geometría de su mano.

—Ahora la casa sabe quiénes sois —dice Chester, tecleando sus nombres en un teclado robusto y a prueba de agua—, os estoy dando cierto conjunto de privilegios que empleo para los invitados personales... Ahora podéis venir por la entrada principal, aparcar el coche y recorrer los terrenos tanto si estoy en casa como si no. Y podéis entrar en la casa si estoy en ella, pero si no lo estoy, estará cerrada. Y podéis moveros con libertad por la casa excepto en ciertas oficinas donde guardo documentos corporativos importantes.

—¿Tienes tu propia compañía o algo así? —dice Amy en voz baja.

—No. Después de que Randy y Avi se fuesen de aquí, dejé la universidad y conseguí un trabajo con una compañía local, que todavía conservo —dice Chester.

La puerta principal, una losa móvil de cristal traslúcido, se abre. Randy y Amy siguen a Chester al interior de la casa. Como ya había anunciado, hay una locomotora de vapor de verdad en el vestíbulo.

—La casa está distribuida en espacio flexible —dice Chester.

—¿Qué es eso? —pregunta Amy. La locomotora no le interesa en absoluto.

—Un montón de compañías de alta tecnología empezaron a usar el espacio flexible, que simplemente se refiere a un gran espacio abierto sin paredes internas o particiones... sólo algunas columnas para sostener el techo. Puedes mover algunas particiones para dividirlo en habitaciones.

—¿Como cubículos?

—La misma idea, pero las particiones llegan más alto por lo que tienes la sensación de estar en una habitación de verdad. Claro está, no llegan hasta el techo en sí. En ese caso, no quedaría sitio para el TWA.

—¿El qué? —pregunta Amy. Chester, quien les guía por entre el laberinto de particiones, contesta la pregunta echando atrás la cabeza y mirando directamente hacia arriba.

El techo de la casa es completamente de cristal, sostenido por un entramado de tubos de acero pintados de blanco. Está como a unos cuarenta o cincuenta pies de altura. Las particiones se elevan como a una altura de unos doce pies. En el espacio sobre las particiones y debajo del techo, se ha construido una rejilla, un andamiaje de tuberías rojas, casi tan grande como la casa en sí. Miles, millones, de fragmentos de aluminio están atrapados en esa rejilla espacial, como penachos arrancados y aprisionados en una pantalla tridimensional. Tiene el aspecto de un proyectil de artillería del tamaño de un campo de fútbol que hubiese estallado en fragmentos hace un microsegundo y se hubiese quedado congelado allí donde estaba; la luz se filtra por entre los fragmentos de metal, desciende por entre manojos de cables desnudos y se refleja sobre la superficie de tapicería fundida y endurecida. Es tan grande y parece estar tan cerca que cuando Amy y Randy lo miran por primera vez se echan atrás, esperando que se les caiga encima. Randy ya sabe lo que es. Pero Amy tiene que mirarlo durante mucho tiempo, y pasar de habitación en habitación, para verlo desde ángulos diferentes, antes de que adopte una forma en su mente, y se haga reconocible como algo familiar: un 747.

—La FAA y la NTSB se mostraron sorprendentemente encantados por el asunto —comenta Chester—. Lo que no deja de tener sentido. Es decir, lo han reconstruido en un hangar, ¿no? Trajeron todas las piezas, descubrieron dónde encajaban y las colgaron en la rejilla. Lo han examinado y han recogido todas las pruebas forenses que pudieron encontrar, sacaron todos los restos humanos y se deshicieron de ellos de la forma adecuada, esterilizaron los restos para que los investigadores de accidentes no tuviesen que preocuparse de pillar el sida al tocar un reborde ensangrentado o algo así. Y ya han terminado. Tienen que seguir pagando el alquiler del hangar. No pueden tirarlo. Tienen que guardarlo en algún sitio. Así que lo único que tuve que hacer fue conseguir que certificasen la casa como un almacén federal, lo que fue un truco legal bastante fácil de ejecutar. Y si hay alguna demanda, haré que vengan los abogados a encargarse de ella. Pero en realidad no hubo ningún problema. A los chicos de Boeing les encanta, se pasan por aquí continuamente.

—Para ellos es como un recurso —es la suposición de Randy.

—Exacto.

—Te gusta ese papel.

—¡Claro! He definido un conjunto de privilegios específicamente para que los ingenieros puedan venir siempre que deseen acceder a la casa como un museo de la tecnología muerta. A eso me refería con la analogía del espacio flexible. Para mí y mis invitados es un hogar. Para los visitantes... Allí mismo hay uno. —Chester agita el brazo al otro lado de la habitación (se trata de una habitación central de como unos cincuenta metros de lado) en dirección a un ingeniero que ha montado una cámara Hasselblad sobre un enorme trípode y la orienta directamente a un puntal doblado del tren de aterrizaje—. Para ellos es exactamente como un museo en el que hay sitios a los que puedes ir y sitios en los que si ponen el pie dispararán las alarmas y se meterán en problemas.

—¿Hay tienda de regalos? —bromea Amy.

—La estamos terminando, pero todavía no está lista... la OCRG puso todo tipo de impedimentos —rezonga Chester.

Acaban en una habitación relativamente confortable de paredes de vidrio con vistas al trazo embarrado del lago. Chester conecta una cafetera exprés que tiene el aspecto de un modelo a escala de una refinería de

petróleo y genera un par de cafés *latte*. Resulta que esa habitación está bajo el extremo, relativamente intacto, del ala izquierda del TWA. Randy aprecia en ese momento que todo el avión cuelga en una ligera posición virada, como si estuviese realizando un cambio de rumbo imperceptible, lo que en realidad no es lo apropiado; una inclinación vertical tendría mucho más sentido, pero en ese caso la casa debería tener cincuenta pisos de alto para contenerlo. Puede ver un patrón de grietas que se repiten sobre la superficie del ala, grietas que parecen ser la manifestación de la misma matemática subyacente que genera remolinos en una estela, o espirales en un conjunto de Mandelbrot. Charlene y sus amigos solían meterse con él por ser un platónico, pero allí donde va ve las mismas formas ideales proyectando sombras sobre el mundo físico. Quizá simplemente sea un estúpido.

La casa carece del toque femenino. Randy ha deducido, por los comentarios hechos por Chester, que el TWA no ha resultado ser el tema de conversación que él había esperado. Está considerando construir techos falsos sobre algunas de las particiones de la casa para que tengan más aspecto de habitaciones, que, admite, podría hacer que «algunas personas» se sintiesen más cómodas y considerasen una «estancia permanente». Por tanto, es evidente que se encuentra en las primeras fases de negociación con algún tipo de mujer, lo que son buenas noticias.

—Chester, hace dos años me enviaste un correo sobre un proyecto que ibas a lanzar para construir réplicas de viejos ordenadores. Querías información sobre el trabajo de mi abuelo.

—Sí—dice Chester—. ¿Quieres verlo? No le he prestado mucha atención últimamente, pero...

—Acabo de heredar algunos de sus cuadernos de notas —dice Randy.

Las cejas de Chester se alzan. Amy mira por la ventana; su pelo, piel y ropas adoptan un pronunciado tono rojo debido al efecto Doppler al abandonar la conversación a velocidades relativistas.

—Me gustaría saber si tienes un lector de tarjetas ETC que funcione.

Chester gruñe.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Quieres el Mark III de 1932? ¿O el Mark IV de 1938? ¿O...?

—¿Son diferentes? Todos leen las mismas tarjetas, ¿no?

—Sí, básicamente.

—Tengo algunas tarjetas de más o menos 1945 y me gustaría trasladarlas a un disco flexible que me pudiese llevar a casa.

Chester coge un teléfono móvil del tamaño de un pepinillo y comienza a marcar.

—Llamaré a mi hombre de las tarjetas —dice—. Un ingeniero de la ETC retirado. Vive en la isla Mercer. Viene aquí en bote un par de veces por semana y juguetea con esas cosas. Le encantará conocerte.

Mientras Chester habla con el hombre de las tarjetas, Amy mira a Randy a los ojos y le ofrece una expresión prácticamente ilegible. Parece un poco desalentada. Cansada. Lista para regresar a casa. Sus pocos deseos de mostrar sus sentimientos lo confirman. Antes del viaje, Amy hubiese estado de acuerdo en que de todo debe haber en la viña del señor. Ahora mismo seguiría afirmándolo. Pero Randy, en los últimos días, le ha estado mostrando algunas aplicaciones prácticas de ese concepto, y le va a llevar un tiempo encajarlas en su visión del mundo. O, lo que es más importante, en su visión de Randy. Y sí, efectivamente, justo cuando Chester deja de hablar, ella le pregunta si puede usar el teléfono para llamar a las compañías aéreas. Sólo hay un momentáneo vistazo al TWA. Y una vez que Chester se recupera de su asombro ante la idea de que alguien en esta época todavía use tecnología de voz para realizar reservas de avión, la lleva hasta el ordenador más cercano (hay una máquina UNIX completamente equipada en cada habitación) y conecta directamente con las bases de datos de líneas aéreas y comienza a buscar la ruta óptima de regreso a casa. Randy se acerca a la ventana y mira las frías olas que golpean la costa de barro y lucha contra el impulso de quedarse en Seattle, una ciudad en la que podría ser muy feliz. Tras él, Chester y Amy dicen continuamente «Manila», y suena ridículamente como un lugar exótico al que es difícil llegar. Randy piensa que es marginalmente más inteligente que Chester y que sería aún más rico si se hubiese quedado aquí.

Una lancha rápida de color blanco se acerca a toda velocidad virando la punta en la dirección de la isla Mercer y se dirige hacia él. Randy deja el café frío y va al coche para recoger cierto baúl, un regalo amable de una encantada tía Nina. Está lleno de ciertos viejos tesoros, como los cuadernos de física de instituto de su abuelo. Deja a un lado (por ejemplo) una caja

con la etiqueta DESAFÍO HARVARD-WATERHOUSE DE BÚSQUEDA DE FACTORES PRIMOS 1949-1952 para revelar un montón de ladrillos, cada uno cuidadosamente envuelto en papel amarillento por el tiempo, cada uno formado por un montón corto de tarjetas ETC y cada uno con la inscripción INTERCEPTACIONES ARETUSA con fechas de 1944 a 1945. Llevan más de cincuenta años en animación suspendida, almacenados en un medio físico ya muerto, y ahora Randy va a devolverles la vida, y quizá enviarlos a la red; algunas hebras de ADN fósil arrancadas de su cascarón fósil de ámbar y entregadas de nuevo al mundo.

Probablemente fracasen y mueran, pero si florecen harían que la vida de Randy fuese un poco más interesante. No es que ahora mismo carezca de interés, pero es más fácil introducir complicaciones nuevas que resolver las antiguas.

*OceanofPDF.com*

# Roca

Bundok está formado por buena roca; quien lo eligió debía saberlo. Ese basalto es tan fuerte que Goto Dengo puede crear en él el sistema de túneles que desee. Siempre que tenga en cuenta algunos principios básicos de ingeniería, no debe preocuparse de que los túneles se desmoronen.

Claro está, abrir agujeros en semejante piedra es un trabajo duro, pero el capitán Noda y el teniente Mori le han proporcionado un suministro ilimitado de trabajadores chinos. Al principio el estruendo de las perforadoras ahoga los sonidos de la jungla. Más tarde, al penetrar en la tierra, se transforma en un ritmo apagado, dejando sólo el zumbido de los compresores de aire. Incluso de noche trabajan bajo la luz tenue de los faroles, que no puede penetrar la cubierta arbórea. No es que MacArthur esté enviando aviones de observación sobre Luzón en medio de la noche, pero las luces en lo alto de la montaña llamarían la atención de los filipinos de las tierras bajas.

El pozo inclinado que conecta el fondo del lago Yamamoto con el Gólgota es, con diferencia, la sección más larga del complejo, pero no es preciso que el diámetro sea muy grande: lo justo para que un trabajador llegue al otro extremo y pueda manejar la perforadora. Antes de que se cree el lago, Goto Dengo hace que una cuadrilla perfore el extremo superior del pozo, cavando el túnel alejándose y descendiendo desde el límite del río con un ángulo de unos veinte grados. Esa excavación se llena continuamente de agua —a todos los efectos es un pozo— y eliminar las rocas de desecho es un suicidio, porque hay que tirar de ellas colina arriba. Así que cuando han

avanzado unos cinco metros, Goto Dengo hace que la abertura se selle con piedras y mortero.

Luego ordena que se sellen las letrinas y que los trabajadores abandonen el área circundante. Ahora lo único que pueden hacer es contaminar el lugar con pruebas. Ha llegado el verano, la temporada de lluvias en Luzón, y le preocupa que la lluvia encuentre los senderos marcados en la tierra por los pies de los trabajadores chinos y que los transforme en torrentes imposibles de ocultar. Pero el clima se mantiene anormalmente seco, y la vegetación ocupa rápidamente la tierra desnuda.

Goto Dengo se enfrenta con un desafío que resultaría conocido para un diseñador de jardines en Nipón: precisa crear una formación artificial que parezca natural. Debe dar la impresión de que un pedrusco se desprendió de la montaña después de un terremoto y se encajó en un estrechamiento del río Yamamoto. Otras rocas, y los troncos de árboles muertos, se apilaron contra el pedrusco para formar una presa natural que dio lugar al lago.

Encuentra el pedrusco que necesita en medio del lecho del río como a un kilómetro corriente arriba. La dinamita lo haría pedazos, así que hace traer una cuadrilla de trabajadores con palancas de hierro, y lo sacan rodando. Recorre unos metros y se detiene.

Es descorazonador, pero son los trabajadores los que ahora tienen una idea. Su líder es Wing, el chino calvo que ayudó a Goto Dengo a enterrar los restos del teniente Ninomiya. Posee la misteriosa fuerza física que parece ser habitual entre los calvos, y tiene un hipnótico poder de liderazgo sobre los otros chinos. De alguna forma ha conseguido que se entusiasmen ante la idea de mover el pedrusco. Evidentemente, tienen que moverlo, porque Goto Dengo les ha dicho que quiere que lo muevan, y si no lo hacen los guardias del teniente Mori les dispararán aquí mismo. Pero aparte de eso parece que les gusta el desafío. Evidentemente, permanecer de pie en medio del agua corriente y fría es mejor que trabajar en los pozos mineros del Gólgota.

El pedrusco llega a su sitio tres días después. El agua se divide a su alrededor. Llegan otros muchos pedruscos, y el río comienza a formar un lago. Los árboles no brotan naturalmente cerca de los lagos, así que Goto Dengo hace que los trabajadores talen abajo los que hay por los alrededores, pero no con hachas. Les muestra cómo excavar las raíces una a una, como

arqueólogos desenterrando un esqueleto, de forma que parezca que un tifón arrancó el árbol. Los apilan contra los pedruscos, y también piedras más pequeñas y gravilla. De pronto, el nivel del lago Yamamoto comienza a aumentar. La presa tiene una fuga, pero la fuga se detiene cuando ponen más grava y arcilla. A Goto Dengo no le importa tapar agujeros molestos con láminas de latón, siempre que sea allí donde nadie los verá nunca. Cuando el lago ha alcanzado el nivel deseado, la única señal de que sea artificial es un par de cables que llegan hasta la orilla, que llegan hasta las cargas de demolición encajadas en el tapón de cemento del fondo.

El Gólgota se corta para formar una cresta de basalto que salta de la base de la montaña —como una raíz de apoyo del tronco de un árbol de la jungla— que separa los ríos Yamamoto y Tojo. Por tanto, moviéndose al sur desde el pico del Calvario, uno pasaría primero por el cráter lleno de agua de un volcán extinguido, sobre los restos de su borde sur y luego realizaría un descenso gradual por una montaña mucho mayor de la que el cono de cenizas del Calvario no es más que una imperfección, como una verruga sobre la nariz. El pequeño río Yamamoto fluye por lo general de forma paralela al Tojo al otro lado de la cresta de basalto, pero desciende de forma más gradual, de manera que su elevación va haciéndose más y más alta sobre el río Tojo a medida que los dos descienden por la montaña. En el punto del lago Yamamoto, se encuentra a cincuenta metros por encima del Tojo. Perforando el túnel de conexión en dirección sudeste en lugar de directamente al este bajo la cresta, uno puede pasar por una cadena de rápidos y cascadas en el Tojo que reducen la elevación del río a casi un centenar de metros bajo el fondo del lago.

Cuando el general viene a examinar el trabajo, Goto Dengo le asombra llevándole al río Tojo en el mismo Mercedes que empleó para venir desde Manila. Para entonces, los trabajadores han construido una carretera de un solo carril que lleva desde el campo de prisioneros hasta la zona rocosa del río en el Gólgota.

—La fortuna nos ha sonreído en nuestra empresa otorgándonos un verano seco —le explica Goto Dengo—. Con el nivel del agua bajo, el lecho del río forma una carretera perfecta; la elevación de altitud es lo suficientemente suave para los camiones pesados que traeremos más tarde. Cuando hayamos terminado, crearemos una presa baja cerca del lugar que

ocultará las señales más evidentes de nuestro trabajo. Cuando el río se eleve a su altura normal, no quedarán rastros visibles de que hubo hombres en esta zona.

—Es una buena idea —le concede el general, luego murmura a su asistente algo relativo a emplear la misma técnica en otras construcciones. El ayudante asiente con un gesto de la cabeza, dice *hai y* lo apunta.

A un kilómetro en el interior de la jungla, las riberas se elevan hasta formar paredes verticales de piedra que suben más y más alto sobre el nivel del agua hasta que cuelgan sobre el río. Hay una hondonada en el canal pétreo allí donde el río se ensancha; corriente arriba está la cascada. En ese punto, la carretera da un giro a la izquierda directamente contra la roca y se detiene. Todos bajan del Mercedes: Goto Dengo, el general, sus asistentes y el capitán Noda. El río les cubre los pies, hasta el tobillo.

En la roca han excavado una ratonera. Tiene una base plana y una parte superior en arco. Un niño de seis años podría permanecer de pie, pero cualquiera con más altura tendría que inclinarse. Un par de carriles de hierro penetran en la abertura.

—El túnel principal —dice Goto Dengo.

—¿Es esto?

—La abertura es pequeña para poder ocultarla más tarde —explica el capitán Noda, muriéndose de vergüenza—, pero se ensancha en el interior.

El general parece cabreado y asiente. Guiados por Goto Dengo, los cuatro hombres se inclinan y penetran en el túnel, empujados por una corriente continua de aire.

—Aprecie la excelente ventilación —dice entusiasmado el capitán Noda, y Goto Dengo sonríe con orgullo.

Cuando han recorrido diez metros ya pueden ponerse en pie. Allí, el túnel tiene la misma forma general, pero tiene seis pies de ancho por seis de alto, apuntalado por arcos de refuerzo de cemento que fabricaron en el suelo usando moldes de madera. Los raíles de hierro penetran profundamente en la oscuridad. Sobre ellos se encuentra un tren de tres vagonetas de mina, cajas de metal llenas de basalto roto.

—Eliminamos los desechos a mano —le explica Goto—. La entrada y los raíles están perfectamente horizontales, para evitar que las vagonetas se descontrolen.

El general gruñe. Está claro que no siente respeto por los detalles sutiles de la ingeniería de minas.

—Evidentemente, usaremos las mismas vagonetas para mover el, eh, material cuando llegue a la bóveda —dice el capitán Noda.

—¿De dónde han salido estos desechos? —exige saber el general. Le cabrea que todavía sigan excavando.

—De nuestro túnel más largo y difícil: el pozo inclinado en el fondo del lago Yamamoto —dice Goto Dengo—. Por suerte, podemos seguir extendiendo el pozo incluso cuando el material se esté depositando en la bóveda. Las vagonetas que salen se llevarán los desechos, y las entrantes traerán el material.

Se detiene para meter un dedo en un agujero en el techo.

—Como puede apreciar, están listos todos los agujeros para las cargas de demolición. Esas cargas no sólo derribarán el techo, sino que también dejarán tan afectada a la roca circundante que la excavación horizontal será muy difícil.

Recorren la entrada principal durante cincuenta metros.

—Ahora nos encontramos en el corazón de la cresta —dice Goto Dengo —, a medio camino entre los dos ríos. La superficie está a cien metros por encima. —Frente a ellos, la cadena de luces eléctricas se hunde en la oscuridad. Goto Dengo busca un interruptor de pared.

—La bóveda —dice, y le da al interruptor.

El túnel se ha ampliado de pronto para formar una cámara de suelo plano con techo arqueado, con la forma de una choza Quonset, cubierta de cemento tremendamente acanalado cada par de metros. El suelo de la bóveda tiene quizás el tamaño de una pista de tenis. La única abertura es un pequeño pozo vertical que surge de la mitad del techo, del tamaño justo para contener una escalera y un cuerpo humano.

El general se cruza de brazos y espera mientras su asistente recorre la bóveda con una cinta métrica para verificar las dimensiones.

—Ahora subimos —dice Goto Dengo, y, sin esperar a que el general se irrite, mete la escalera por el pozo. Sólo tiene unos pocos metros, y a continuación se encuentran en otro túnel con raíles encajados en el suelo. Éste está apuntalado con madera tomada de la jungla circundante.

—El nivel de acarreo, donde movemos la roca —explica Goto Dengo una vez que todos se han reunido en lo alto de la escalera—. Me preguntó por los desechos en las vagonetas. Déjeme mostrarle cómo llegaron allí. —Recorre con el grupo unos veinte o treinta metros por los raíles, dejando atrás un tren de vagonetas abolladas—. Nos dirigimos al noroeste, hacia el lago Yamamoto.

Llegan al final del túnel, donde otro pozo estrecho atraviesa el techo. Una gruesa manguera reforzada lo recorre, escapándose el aire comprimido por pequeñas fisuras. En la distancia se puede oír el sonido de las perforadoras.

—No les recomendaría que mirasen por este pozo, porque en ocasiones caen rocas sueltas desde arriba, donde trabajamos —les advierte—. Pero si mirasen, verían que, a diez metros por encima, este pozo llega al fondo de un túnel estrecho e inclinado que sube en esa dirección... —indica hacia el noroeste— hacia el lago, y desciende en esa dirección. —Se gira ciento ochenta grados, hacia la bóveda.

—Hacia la cámara de los tontos —dice el general con alivio.

—*Hai!* —contesta Goto Dengo—. A medida que extendemos el pozo hacia el lago, llevamos abajo la roca suelta con un azadón de hierro tirado por un torno, y cuando llega a lo alto del pozo vertical que ven aquí, cae hacia las vagonetas que esperan. Desde aquí las podemos llevar hasta la bóveda principal y de ahí empujando hacia la salida.

—¿Qué hacen con todos los desechos? —pregunta el general.

—Parte lo depositamos en el fondo del río, usándolo para construir el camino por el que llegamos. Parte lo guardamos para rellenar diversos pozos de ventilación. Parte se convierte en arena para usarla en una trampa que explicaré más tarde. —Goto Dengo les dirige en dirección a la bóveda principal, pero dejan atrás la escalera y se meten en otro túnel, y luego en otro. A continuación los pozos se vuelven estrechos y difíciles, como el de la entrada—. Por favor, perdónenme que les guíe por lo que parece un laberinto tridimensional —dice Goto Dengo—. Es una decisión deliberada que esta parte del Gólgota sea confusa. Si un ladrón consigue introducirse desde arriba en la cámara de los tontos, esperaría encontrar el túnel por el que metimos el material. Le hemos dejado uno para que lo encuentre... un falso túnel que parece dirigirse al río Tojo. En realidad, todo un complejo de

túneles y pozos falsos que demoleremos con dinamita cuando terminemos. Le resultará tan difícil, por no decir peligroso, abrirse paso por entre tanta roca destrozada que probablemente el ladrón se conformará con lo que encuentre en la cámara de los tontos.

Continuamente hace pausas y mira al general, esperando que se canse de todo eso, pero está claro que el general ha vuelto a animarse. El capitán Noda, a la cola, le hace gestos impacientes para que avance.

Se precisa algo de tiempo para recorrer el laberinto y Goto Dengo, como un prestidigitador, intenta llenar el tiempo con charla convincente.

—Como estoy seguro que sabe, es preciso construir los túneles y pozos para contrarrestar las fuerzas litostáticas.

—¿Qué?

—Deben ser lo suficientemente resistentes para soportar la roca que tienen encima. De la misma forma que los edificios deben soportar el techo.

—Claro —dice el general.

—Si hay dos túneles paralelos, uno sobre el otro como pisos en un edificio, entonces la roca que hay entre ellos, el techo o el suelo dependiendo del túnel, debe ser lo suficientemente gruesa para soportarse a sí misma. Pero cuando se detonen las cargas de demolición, la roca quedará destrozada de tal forma que reconstruir esos túneles será físicamente imposible.

—¡Excelente! —dice el general, y una vez más le dice a su asistente que lo apunte... aparentemente para que los otros Goto Dengo en los otros Gólgotas puedan hacer lo mismo.

En un punto hay un túnel tapado por una pared de escombros y mortero. Goto Dengo la ilumina con la linterna, y deja que el general vea cómo los raíles de hierro desaparecen bajo el material.

—Para un ladrón que viniese de la cámara de los tontos, éste le parecería el túnel principal —explica—. Pero si echa abajo esta pared morirá.

—¿Por qué?

—Porque al otro lado de la pared habrá un pozo conectado a la cañería del lago Yamamoto. Un golpe con un martillo y esa pared explotará debido a la presión del agua al otro lado. Luego el lago Yamamoto entrará por ese agujero como si fuese un tsunami.

El general y su asistente pasan un tiempo riéndose.

Finalmente terminan un túnel y llegan a una bóveda, de la mitad de tamaño que la bóveda principal, iluminada desde arriba por una débil luz natural de tono azul. Goto Dengo también enciende algunas bombillas.

—La cámara de los tontos —anuncia. Señala el pozo vertical en el techo —. La ventilación ha sido cortesía de este pozo. —El general mira y ve, a un centenar de metros, un círculo luminoso de jungla verde azulada cuarteada por la esvástica giratoria de un enorme ventilador eléctrico—. Evidentemente, no queremos que los ladrones encuentren con demasiada facilidad la cámara de los tontos o no engañaría a nadie. Así que allá arriba hemos añadido algunas características para que sea más interesante.

—¿Qué tipo de características? —pregunta el capitán Noda, metiéndose directamente en su papel de mediador.

—Cualquiera que ataque el Gólgota atacará desde arriba... la distancia es demasiado grande para ganar acceso horizontal. Eso significa que tendrán que abrir un túnel hacia abajo, ya sea a través de la roca o la columna de escombros con la que se llenará este pozo de ventilación. En cualquier caso, descubrirán, cuando estén a medio camino, un estrato de arena, de tres a cinco metros de profundidad, extendido sobre toda la zona. No es preciso que les recuerde que, en la naturaleza, ¡nunca se encuentran capas de arena en medio de rocas ígneas!

Goto Dengo comienza a subir por el pozo de ventilación. A medio camino de la superficie, llega a una red de pequeñas cámaras redondas e interconectadas, talladas en la roca, con gruesos pilares para sostener los techos. Los pilares son tan gruesos y numerosos que no es posible ver muy lejos, pero cuando llegan los otros, y Goto Dengo empieza a guiarles de habitación en habitación, pronto descubren que ese sistema de cámaras se extiende hasta una considerable distancia.

Les lleva a un lugar donde hay una tapa de hierro acomodada en un agujero en la pared de roca, sellada con alquitrán.

—Hay docenas como ésta —dice—. Cada una lleva al pozo del lago Yamamoto, por lo que detrás hay agua presurizada. Lo único que las mantiene en su sitio ahora mismo es el alquitrán. Evidentemente, no es suficiente para soportar la presión del lago. Pero cuando llenemos las habitaciones con arena, la arena las sostendrá. Pero si los ladrones entran y

retiran la arena, las tapas explotarán y millones de litros de agua penetrarán en la excavación.

Desde allí, subiendo un poco más llegan a la superficie, donde los hombres del capitán Noda esperan para apartar el ventilador, y su asistente aguarda con botellas de agua y una tetera llena de té verde.

Se sientan alrededor de una mesa plegable y toman el refrigerio. El capitán Noda y el general hablan de lo que sucede en Tokio, evidentemente, el general vino en avión desde allí hace unos días. El asistente del general realiza cálculos en su tablilla.

Finalmente, se dirigen a lo alto de la cresta para mirar el lago Yamamoto. La jungla es tan espesa que casi tienen que caer antes de poder verlo. El general finge sorprenderse de que sea una masa de agua artificial. Goto Dengo se lo toma como un muy buen elogio. Se encuentran, como hace en general la gente, en el borde del agua, y no dicen nada durante unos minutos.

El general fuma un cigarrillo, mirando al lago a través del humo, y luego se dirige a su asistente y asiente. Ese gesto parece comunicar mucho al asistente, quien se vuelve hacia el capitán Noda y emite una pregunta:

—¿Cuál es el número total de trabajadores?

—¿Ahora? ¿Quinientos?

—¿Los túneles se diseñaron bajo esa suposición?

El capitán Noda dirige una mirada incómoda en dirección a Goto Dengo.

—Repasé el trabajo del teniente Goto y lo encontré compatible con esa suposición.

—La calidad del trabajo es la más alta que hemos visto —sigue diciendo el asistente.

—¡Gracias!

—O esperamos ver —añade el general.

—Como resultado, puede que deseemos incrementar la cantidad de material almacenado aquí.

—Comprendo.

—Además... habrá que acelerar los plazos.

El capitán Noda parece sorprendido.

—Ha aterrizado en Leyte con una gran fuerza —dice el general sin reparos, como si llevase años esperándolo.

—¿¡Leyte!? Pero eso está muy cerca.

—Precisamente.

—Es una locura —dice el capitán Noda entusiasmado—. La Marina lo aplastará... ¡es lo que hemos estado esperando todos estos años! ¡La Batalla Decisiva!

El general y su asistente se muestran incómodos durante unos momentos, aparentemente incapaces de hablar. Luego el general fija en Noda una larga y frígida mirada.

—La Batalla Decisiva se produjo ayer.

—Comprendo —susurra el capitán Noda.

De pronto parece tener diez años más, y no se encuentra en una situación vital en la que pueda malgastar diez años.

—Por tanto, puede que aceleremos los trabajos. Puede que enviemos más trabajadores para la fase final de la operación —dice el asistente en voz baja.

—¿Cuántos?

—Puede que el total alcance el millar.

El capitán Noda se cuadra, grita:

—*Hai!* —Y se vuelve hacia Goto Dengo—. Necesitaremos más pozos de ventilación.

—Pero señor, con todos los respetos, el complejo está muy bien ventilado.

—Pero necesitaremos más pozos de ventilación profundos y anchos —dice el capitán Noda—. Suficientes para quinientos trabajadores adicionales.

—Oh.

—Inicie las labores de inmediato.

*OceanofPDF.com*

# El mayor número de cigarrillos

Para: randy@epiphyte.com
De: cantrell@epiphyte.com
Asunto: Transformación Pontifex: veredicto preliminar

Randy envié la transformación Pontifex a la lista de correo de los Adeptos al Secreto tan pronto como tú me la enviaste a mí. asi que lleva dando vueltas por ahí durante un par de semanas. Varias personas muy inteligentes la han analizado buscando puntos débiles y no han encontrado ningún fallo evidente. Todos están de acuerdo en que los pasos concretos de esta transformación son un poquito extraños, y se preguntan a quién se le ocurrieron y cómo, pero eso no es extraño en el caso de los buenos criptosistemas. Por tanto, el veredicto por ahora es que root@eruditorum.org sabe lo que se hace, dejando de lado su extraña fijación con el número 54.

-Cantrell

—Andrew Loeb —dice Avi.

Él y Randy están soportando una especie de marcha forzada por la playa de Pacifica; Randy no está seguro de por qué. Una y otra vez, a Randy le sorprende el vigor físico de Avi. Avi tiene aspecto de estar deteriorándose debido a una vaga enfermedad inventada como elemento de la trama por un guionista. Es como alto, pero eso simplemente le hace parecer más peligrosamente demacrado. Su cuerpo delgado es una conexión tenue entre unos pies enormes y una cabeza inmensa; tiene el perfil de un montón de plastilina de la que alguien ha tirado hasta que la parte de en medio no es más que un hilito. Pero puede recorrer una playa como si fuese un marine. Después de todo, es enero, y según el canal meteorológico hay una corriente de vapor de agua, con su origen en una tormenta tropical a medio camino entre Nipón y Nueva Guinea, que atraviesa directamente el Pacífico y vira violentamente a la izquierda como aquí. Las olas que golpean la

orilla, no muy lejos, son tan grandes que Randy tiene que mirar ligeramente hacia arriba para ver sus crestas.

Le ha estado hablando a Avi sobre Chester, y Avi ha empleado la oportunidad (eso opina Randy) como pretexto para recordar los viejos días en Seattle. Es raro que Avi haga algo así; tiende a ser muy disciplinado con que las conversaciones sean de negocios o personales, pero nunca los dos temas a la vez.

—Nunca olvidaré —dice Randy—, subir a la azotea del edificio de Andrew para hablarle sobre el software, pensando para mis adentros «vaya, es genial», y verle volverse loco lenta y gradualmente ante mis ojos. Casi podría hacerte creer en las posesiones demoníacas.

—Bueno, aparentemente su padre cree en ellas —dice Avi—. Era su padre, ¿no?

—Ha pasado mucho tiempo. Sí, creo que su madre era la hippie, quien lo tenía en la comunidad, y luego su padre lo sacó de allí, por la fuerza; en realidad, envió a esos paramilitares del norte de Idaho a hacer el trabajo. Literalmente sacaron a Andrew metido dentro de una saca... y luego le sometieron a todo tipo de terapia de recuerdos reprimidos para demostrar que habían abusado de él durante rituales satánicos.

Eso provoca el interés de Avi.

—¿Crees que su padre estaba metido en asuntos de milicias?

—Sólo le vi una vez. Durante la demanda. Me tomó declaración. No era más que un abogado de zapatos blancos de Orange County, en un gran bufete con un montón de asiáticos, judíos y armenios. Por lo que asumo que empleó a los tipos de las naciones arias porque eran convenientes y fáciles de contratar.

Avi asiente, considerándolo aparentemente como una hipótesis satisfactoria.

—Así que probablemente no era un nazi. ¿Creía en los abusos durante un ritual satánico?

—Lo dudo —dice Randy—. Aunque después de pasar algo de tiempo con Andrew yo lo consideré muy plausible. ¿Tenemos que hablar de esto? Me da escalofríos —dice Randy—. Me deprime.

—Hace poco descubrí qué fue de Andrew —dice Avi.

—Vi su web hace un tiempo.

—Estoy hablando de actividades muy recientes.

—Déjame adivinar. ¿Suicidio?

—No.

—Asesino en serie.

—No.

—¿Lo metieron en chirona por acechar a alguien?

—No está muerto ni en prisión —dice Avi.

—Hum. ¿Tiene algo que ver con su mente colmena?

—No. ¿Sabes que fue a la facultad de derecho?

—Sí. ¿Está relacionado con su carrera legal?

—Sí.

—Bien, si Andrew Loeb practica el derecho, debe ser de una forma realmente molesta y socialmente no constructiva. Probablemente algo relacionado con demandar a la gente casi sin pretexto.

—Excelente —dice Avi—. Ahora ya estás tibio.

Vale, no me lo digas, déjame pensar —dice Randy—. ¿Ejerce en California?

—Sí.

—Oh, bien, entonces ya lo tengo.

—¿Sí?

Sí. Andrew Loeb sería uno de esos tíos que preparan demandas de accionistas minoritarios contra empresas de alta tecnología. Avi sonríe con los labios muy apretados y asiente.

—Sería perfecto —sigue diciendo Randy—. Porque sería un verdadero creyente. No se le ocurriría pensar que se está portando como un gilipollas. Real, sincera y verdaderamente creería estar representando a esa clase de accionistas de los que la gente que dirige la compañía ha abusado durante un ritual satánico. Trabajaría treinta y seis horas seguidas desenterrando mierda sobre ellos. Recuerdos corporativos reprimidos. Ningún truco sería demasiado sucio, porque estaría del lado de los buenos. Sólo dormiría y comería por prescripción médica.

—Veo que le llegaste a conocer increíblemente bien —dice Avi.

—¡Guau! Bien, ¿a quién está demandando en estos momentos?

—A nosotros —dice Avi.

Ahora se produce una parada de unos cinco minutos en la conversación, y en la marcha, y posiblemente también en alguno de los procesos neurológicos de Randy. El mapa de color de su visión se jode por completo: todo adopta un tono amarillo y púrpura. Como si tuviese los dedos pegajosos de alguien alrededor del cuello, modulando el flujo de sangre en sus carótidas al mínimo necesario para mantener la vida. Cuando Randy finalmente regresa a la conciencia total, lo primero que hace es mirarse los zapatos, porque está convencido por alguna razón de que se ha hundido en la arena húmeda hasta las rodillas. Pero sus zapatos apenas dejan marca sobre la arena bien compactada. Una gran ola se desmorona en una hoja de espuma que recorre la playa y se divide alrededor de sus pies.

—Gollum —dice Randy.

—¿Es eso una emisión lingüística o alguna especie de acto fisiológico? —pregunta Avi.

—Gollum. Andrew es Gollum.

—Bien, Gollum nos demanda.

—¿A nosotros, como en tú y yo? —pregunta. Le lleva a Randy como un minuto entero hacer que la lengua emita esas palabras—. ¿Nos demanda por la compañía de juegos?

Avi ríe.

—¡Es posible! —dice Randy—. Chester me contó que la compañía de juegos tiene ahora más o menos el tamaño de Microsoft.

—Andrew Loeb ha presentado una demanda de accionistas minoritarios contra la junta directiva de Epiphyte(2) Corporation —dice Avi.

El cuerpo de Randy ya ha tenido tiempo de presentar toda una reacción de lucha o huye, parte de su legado genético como magnífico cabrón. Debió de haber sido muy útil cuando los tigres dientes de sable intentaban abrirse paso en las cuevas de sus ancestros, pero no hace nada de bien en las circunstancias actuales.

—¿En nombre de quién?

—Oh, vamos, Randy. No hay tantos candidatos.

—¿Springboard Capital?

—Tú mismo me has dicho que el padre de Andrew era un abogado de zapatos blancos de Orange County. Bien, hablando arquetípicapiente,

¿dónde pondría un tipo como ése el dinero de su jubilación?

—Oh, mierda.

—Exacto. Bob Loeb, el padre de Andrew, se metió en la AVCLA en sus inicios. Él y el Dentista llevan enviándose tarjetas de Navidad desde hace veinte años. Por tanto, cuando el hijo idiota de Bob se graduó en la facultad de derecho, Bob Loeb, sabiendo muy bien que su hijo estaba demasiado loco para que lo aceptasen en otro sitio, llamó al doctor Hubert Kepler, y Andrew ha estado trabajando para él desde entonces.

—¡Mierda! ¡Mierda! —dice Randy—. Todo estos años. Pedaleando en agua.

—¿Cómo es eso?

—Ese periodo en Seattle, durante la demanda, fue una jodida pesadilla. Salí de él completamente arruinado, sin casa, sin nada excepto una novia y conocimientos de UNIX.

—Bien, ya es algo —dice Avi—. Normalmente esos dos elementos se excluyen mutuamente.

—Cállate —dice Randy—. Intento angustiarme.

—Bien, opino que angustiarse es tan fundamentalmente patético que bordea lo gracioso —dice Avi—. Pero no importa, adelante.

—Ahora, después de tantos años, después de tanto trabajo, estoy donde empecé. No tengo un duro. Sólo que en esta ocasión estrictamente no tengo novia.

—Bien —dice Avi—, para empezar, yo diría que aspirar a tener a Amy es en realidad mejor que tener a Charlene.

—¡Ay! Eres un hombre cruel.

—En ocasiones desear es mejor que tener.

—Bien, eso son buenas noticias —dice Randy con alegría—, porque...

—Mira a Chester. ¿Preferirías ser Chester o ser tú?

—Vale, vale.

—Además, posees un buen montón de acciones en Epiphyte, que creo sinceramente que valen algo.

—Bien, eso depende de la demanda, ¿no? —dice Randy—. ¿Has llegado a ver algunos de los documentos?

—Claro que sí—dice Avi, molesto—. Soy presidente y CEO de la puta corporación.

—Bien, ¿cuál es el fundamento? ¿Cuál es el pretexto para la demanda?

—Aparentemente, el Dentista está convencido de que Semper Marine se ha topado con un buen montón de oro hundido, como efecto secundario directo del trabajo que realizaban para nosotros.

—¿Lo sabe o lo sospecha?

—Bien —dice Avi—, leyendo entre líneas, creo que sólo lo sospecha. ¿Por qué lo preguntas?

—No importa por ahora... pero ¿también va tras Semper Marine?

—¡No! Eso desestimaría la demanda que presenta contra Epiphyte.

—¿Qué quieres decir?

—Su argumento es que si la administración de Epiphyte hubiese sido competente, si hubiésemos ejercido la diligencia exigible, entonces habríamos firmando un contrato mucho más minucioso con Semper Marine.

—Tenemos un contrato con Semper Marine.

—Sí —dice Avi—, y Andrew Loeb lo considera poco más que un acuerdo verbal sellado con un apretón de manos. Afirma que deberíamos haber pasado las negociaciones a un bufete de abogados importantes con experiencia en las leyes marítimas y de rescate. Que tal firma legal hubiese anticipado la posibilidad de que el análisis por sónar realizado por Semper Marine revelase algún resto sumergido.

—¡Oh, Dios mío!

Avi adopta una expresión de paciencia forzada.

—Andrew ha presentado, como prueba, copias de contratos reales entre otras compañías en circunstancias similares, que tienen tales cláusulas. Argumenta que es prácticamente lo normal, Randy.

—Es decir, que fue una terrible negligencia no ponerlas en el contrato con Semper.

—Exacto. Ahora bien, la demanda de Andrew no puede prosperar a menos que haya perjuicio real. ¿Puedes estimar el perjuicio en este caso?

—Si hubiésemos firmado un contrato mejor, entonces Epiphyte poseería una parte de lo recuperado en el submarino. Tal y como está, nosotros, y los accionistas, no recibimos nada. Lo que constituye un perjuicio evidente.

—El propio Andrew Loeb no lo hubiese expresado mejor.

—Bien, ¿qué esperan que hagamos? No es como si la corporación tuviese los bolsillos llenos de pasta. No podemos ofrecerles una compensación económica.

—Oh, Randy, no es eso. No es como si el Dentista necesitase nuestra cajita llena de dinero. Es un asunto de control.

—Quiere una participación mayoritaria en Epiphyte.

—Sí. ¡Lo que es bueno!

Randy echa la cabeza atrás y ríe.

—El Dentista puede tener cualquier compañía que desee —dice Avi—, pero quiere Epiphyte. ¿Por qué? Porque somos unos cabrones, Randy. Tenemos el contrato de la Cripta. Tenemos el talento. La perspectiva de dirigir el primer refugio de datos real del mundo, y crear la primera moneda digital del mundo, es tremendamente emocionante.

—Bien, no sabría decirte lo emocionado que estoy yo.

—No deberías olvidar nunca la posición fundamentalmente fuerte en que nos encontramos. Somos como la chica más guapa del mundo. Y todo este mal comportamiento por parte del Dentista no es más que su forma de mostrar que quiere aparearse con nosotros.

—Y controlarnos.

—Sí. Estoy seguro de que ha ordenado a Andrew producir un resultado en que se nos encuentre negligentes, y por tanto responsables de los daños. Y luego, mirando nuestros libros, el tribunal descubrirá que los daños exceden nuestra capacidad para pagar. En ese punto, el Dentista magnánimamente se ofrecerá a aceptar el pago en acciones de Epiphyte.

—Lo que a todos les parecerá justicia poética porque también le permitirá controlar la compañía y asegurarse de que se administre adecuadamente.

Avi asiente.

—Por eso no se enfrenta a Semper Marine. Porque si les saca algo a ellos, hace que su queja contra nosotros deje de tener sentido.

—Exacto. Aunque esto no le impide demandarles a ellos más tarde, después de que a nosotros nos saque lo que quiere.

—Por tanto... ¡Jesús! Esto es perverso —dice Randy—. Cualquier elemento de valor que los Shaftoe sacan del naufragio nos mete en mayores problemas.

—Cada céntimo que ganan los Shaftoe es un céntimo de perjuicio que hemos infligido a nuestros accionistas.

—Me pregunto si podemos hacer que los Shaftoe interrumpan la operación de recuperación.

—Andrew Loeb no tiene nada contra nosotros —dice Avi—, a menos que pueda demostrar que el contenido del naufragio tiene algún valor. Si los Shaftoe siguen sacando cosas, eso es fácil. Si dejan de sacar cosas a la superficie, entonces Andrew tendrá que establecer el valor del naufragio por algún otro medio.

Randy sonríe.

—Sería muy difícil que lo hiciese, Avi. Los Shaftoe no saben lo que hay allá abajo. Probablemente Andrew no tenga las coordenadas del naufragio.

—En la demanda se mencionan longitud y latitud.

—¡Mierda! ¿Con cuántas cifras decimales?

—No lo recuerdo. La precisión no saltó y me golpeó en los ojos.

—¿Cómo demonios descubrió el Dentista lo del naufragio? Doug ha intentado mantenerlo en secreto. Y sabe algunas cosas sobre el secreto de las operaciones.

—Tú mismo me contaste —dice Avi— que los Shaftoe llevaron a una productora de televisión alemana. Eso no me suena a secreto.

—Pero lo es. Trajeron a la mujer desde Manila en avión, la llevaron a bordo del *Glory IV.* Le permitieron llevar sólo el equipaje mínimo. Repasaron sus cosas para verificar que no llevaba un GPS. La llevaron al mar meridional de China y navegaron en círculos para que ni siquiera pudiese orientarse a ojo. Luego la llevaron allí.

—He estado en el *Glory.* Tiene receptores GPS por todas partes.

—No, no le permitieron verlos. No hay forma en que un tipo como Doug Shaftoe jodiese algo así.

—Bien —dice Avi—, en cualquier caso, los alemanes no son la fuente más plausible de la fuga. ¿Te acuerdas de los Bolobolos?

—El sindicato del crimen filipino que solía tener a Victoria Vigo, la mujer del Dentista. Probablemente establecieron la relación entre ella y Kepler. Por tanto, presumiblemente, todavía tienen influencia sobre el Dentista.

—Yo lo expresaría de forma diferente. Yo diría que probablemente tienen una larga relación con el Dentista que fluye en ambos sentidos. Y pienso que, de alguna forma, supieron de la operación de rescate. Quizás un jefazo Bolobolo oyó por casualidad algo en el hotel de la productora de televisión. Quizás alguien de más bajo nivel ha estado vigilando a los Shaftoe, anotando el equipo especial que están llevándose.

Randy asiente.

—Eso podría ser. Supuestamente, los Bolobolos tienen una importante presencia en el AINA. Se darían cuenta de la entrada de algo como un ROV submarino enviado urgentemente a Douglas MacArthur Shaftoe. Así que me lo creo.

—Vale.

—Pero eso no les daría ni longitud ni latitud.

—Te apuesto la mitad de mis valiosas acciones en Epiphyte Corp.

que para eso emplearon SPOT.

—¿SPOT? Oh. Me suena. ¿Un satélite fotográfico francés?

—Sí. Puedes comprar tiempo en SPOT por una cifra muy razonable. Y tiene resolución suficiente para distinguir el *Glory IV* de, digamos, un barco mercante o un petrolero. Así que lo único que debían hacer era esperar a que sus espías del puerto les dijesen que el *Glory* había zarpado, cargado para una labor de recuperación, y luego usar SPOT para localizarlo.

—¿Cuánta precisión en longitud y latitud ofrece SPOT? —pregunta Randy.

—Muy buena pregunta. Haré que alguien lo compruebe —dice Avi.

—Si es menos de un centenar de metros, entonces Andrew puede encontrar los restos simplemente enviando alguien allí. Si es mucho más, tendrá que ir y hacer una exploración propia por sonar.

—A menos que consigan una orden judicial para que revelemos esa información —dice Avi.

—Me gustaría ver a Andrew Loeb enfrentándose al sistema legal de Filipinas.

—No estás en Filipinas, ¿recuerdas?

Randy traga y emite un sonido que vuelve a sonar como *Gollum.*

—¿Tienes información sobre los restos en tu portátil?

—Si es así, está cifrada.

—Así que se limitará a exigir tu clave de cifrado.

—¿Qué pasa si me olvido de la clave?

—Entonces será una prueba más de tu incompetencia.

—Aun así, es mejor que...

—¿Qué hay de los correos? —pregunta Avi—. ¿Has enviado alguna vez la posición del naufragio en un correo? ¿La has puesto en un archivo?

—Probablemente. Pero todo está cifrado.

Eso no parece aliviar la tensión súbita en el rostro de Avi.

—¿Por qué lo preguntas? —dice Randy.

—Porque —dice Avi, girando la cara más o menos en dirección a Los Altos—. De pronto pienso en Tombstone.

—Por el que pasan todos nuestros correos —dice Randy.

—En cuyos discos duros se almacenan todos nuestros archivos —dice Avi.

—Que está situado en el estado de California, dentro del rango de acción de una orden judicial.

—Supongamos que nos enviabas copias a todos del mismo mensaje de correo —dice Avi—. El software de Cantrell, ejecutándose en Tombstone, hubiese creado copias múltiples de ese mensaje cifrándolas por separado con la clave pública del receptor. Esas copias se hubiesen enviado a los receptores. La mayoría de los cuales conservan sus viejos mensajes de correo en Tombstone.

Randy asiente.

—De forma que si Andrew puede reclamar Tombstone, encontraría todas esas copias e insistiría en que tú, Beryl, Tom, John y Eb entregaseis vuestras claves privadas. Y si todos vosotros afirmaseis haberlas olvidado, entonces quedará claro que estáis mintiendo.

—Desacato al tribunal para toda la banda —dice Avi.

—El mayor número de cigarrillos —dice Randy. Es una contracción de la frase «Podríamos acabar en la cárcel casados con el tipo con el mayor número de cigarrillos», que Avi acuñó durante los primeros problemas legales relacionados con Andrew y que había tenido ocasión de repetir en muchas ocasiones ya reducida a sus cinco palabras rudimentarias. Oírlas salir de su propia boca lleva a Randy a unos años atrás, y le llena con un espíritu de nostalgia rebelde. Aunque se sentiría mucho más rebelde si hubiese ganado aquel caso.

—Estoy intentando decidir si Andrew podría saber de la existencia de Tombstone —dice Avi.

El y Randy han estado siguiendo sus propias pisadas en dirección a la casa de Avi. Randy nota que su paso es ahora más apresurado.

—¿Por qué no? El personal de diligencia exigible del Dentista se nos ha metido por el culo desde que le dimos su parte.

—Detecto algo de resentimiento en tu voz, Randy.

—En absoluto.

—Quizá no estés de acuerdo con mi decisión de resolver la primera demanda por rotura de contrato dándole al Dentista algunas acciones de Epiphyte.

—Fue un día triste. Pero no había otra forma de salir de la situación.

—Vale.

—Si fuese a sentirme resentido por eso, Avi, entonces tú deberías estar resentido conmigo por no haber firmado un contrato mejor con Semper Marine.

—Ah, ¡pero sí que lo hiciste! Un acuerdo verbal. Diez por ciento. ¿No?

—Cierto. Hablemos de Tombstone.

—Tombstone está en un armario que subarrendamos a Novus Ordo Seclorum Systems —dice Avi—. Sé que los chicos de diligencia exigible nunca han estado en Ordo.

—Entonces pagamos alquiler a Ordo. Habrán visto los cheques.

—Un cantidad de dinero trivial. Por espacio de almacenamiento.

—El ordenador es una caja Finux. Un montón de basura donado que ejecuta software gratuito. Por ahí no hay rastro de dinero —dice Randy—. ¿Qué hay de la línea T1?

—Tendrían que ser conscientes de la línea T1 —dice Avi—. Es simultáneamente más cara y más interesante que alquilar algo de espacio de almacenamiento. Y genera un sendero burocrático de una milla de largo.

—¿Pero sabrían adónde va?

—No tendrías más que ir a la compañía telefónica y preguntar dónde termina.

—¿Qué les daría? La dirección de un edificio de oficinas en Los Altos —dice Randy—. En ese edificio hay como cinco oficinas.

—Pero si fuesen listos, y me temo que Andrew tiene su propio tipo de inteligencia, se darían cuenta que una de esas oficinas la tiene en alquiler Novus Ordo Seclorum Systems Inc., nombre muy evidente que también aparece en los cheques de alquiler.

—Y Ordo recibiría de inmediato su propia citación —dice Randy—. Por cierto, ¿cuándo tuviste noticias de la demanda?

—Recibí la llamada a primera hora de la mañana. Tú seguías durmiendo. No puedo creer que vinieses directamente desde Seattle sin parar. Hay como unas mil millas.

—Intentaba emular a los primos de Amy.

—Los describiste como «jovencitos».

—Pero no creo que los jovencitos sean como son por su edad. Es porque no tienen nada que perder. Tienen simultáneamente mucho tiempo entre manos y sin embargo se muestran impacientes por empezar con sus vidas.

—¿Más o menos como estás tú ahora?

—Exactamente donde me encuentro ahora mismo.

—Incluyendo lo de estar cachondo.

—Sí. Pero hay formas de tratar con eso.

—No me mires así —dice Avi—. Yo no me masturbo.

—¿Nunca?

—Nunca. Lo dejé formalmente. Hice una promesa.

—¿Incluso cuando estás de viaje durante un mes?

—Incluso entonces.

—¿Por qué demonios ibas a hacer tal cosa, Avi?

—Aumenta mi devoción por Devorah. Hace que el sexo sea mejor. Me da un incentivo para regresar a casa.

—Bien, es muy conmovedor —dice Randy—, e incluso podría ser una buena idea.

—Estoy seguro de que lo es.

—Pero es más masoquista de lo que estoy dispuesto a soportar en este momento de mi vida.

—¿Por qué? ¿Temes que te lance a algún...?

—¿Comportamiento irracional? Estoy seguro.

—Y con eso —dice Avi— te refieres a comprometerte con Amy de alguna forma.

—Sé que crees haberme golpeado en los cojones retóricamente —dice Randy—, pero tu premisa es totalmente errónea. Pero por amor de Dios, ni siquiera estoy seguro de que sea heterosexual. Sería una locura dejar que una lesbiana tuviese el control de mis funciones eyaculatorias.

—Si fuese una lesbiana, de forma exclusiva, a estas alturas hubiese tenido la decencia básica de decírtelo —dice Avi—. Mi idea de Amy es que se deja llevar por su instinto, y ahora mismo su instinto es que tú simplemente no tienes el nivel de pasión que probablemente una mujer como ella querría ver como prerrequisito para comprometerse.

—Mientras que, si dejase de masturbarme, me convertiría en tal maníaco alocado que ella confiaría en mí.

—Exacto. Así exactamente piensan las mujeres —dice Avi.

—¿No tienes una especie de regla que te impide mezclar las conversaciones personales con las de negocio?

—Esencialmente, ésta es una conversación de negocios que trata sobre tu estado mental, y tu nivel actual de desesperación, y qué nuevas opciones podrías tener a tu alcance —dice Avi.

Caminan durante cinco minutos sin decir nada.

Randy dice:

—Tengo la sensación de que ahora vamos a hablar sobre cómo alterar pruebas.

—Es interesante que lo menciones. ¿Qué opinas tú?

—Estoy en contra —dice Randy—. Pero para derrotar a Andrew Loeb, haría cualquier cosa.

—El mayor número de cigarrillos —señala Avi.

—Primero, tenemos que decidir si es necesario —dice Randy—. Si Andrew Loeb ya sabe dónde está el naufragio, ¿para qué molestarse?

—Estoy de acuerdo. Pero si sólo tiene una idea vaga —dice Avi—, entonces Tombstone se vuelve quizá muy importante... si la información está almacenada en Tombstone.

—Lo está con casi toda seguridad —dice Randy—. Por mi firma GPS. Sé que al menos envié un mensaje desde el *Glory* mientras estaba anclado directamente sobre el naufragio. La latitud y la longitud estarán justo ahí.

—Bien, si es así, podría ser muy importante —dice Avi—. Porque si Andrew consigue las coordenadas exactas del naufragio, puede enviar submarinistas para hacer un inventario con algunas cifras reales que pueda usar en la demanda. Lo puede hacer muy rápido. Y si esas cifras superan como la mitad del valor de Epiphyte, lo que francamente no sería muy difícil, entonces nos convertiremos en siervos de la gleba del Dentista.

—Avi, está lleno de putos lingotes de oro —dice Randy.

—¿Lo está?

—Sí. Amy me lo dijo.

Es el turno de Avi de detenerse y tragar un poco.

—Lo lamento, debí haberlo mencionado antes —dice Randy—, pero no sabía hasta ahora que fuese importante.

—¿Cómo lo supo Amy?

—Hace dos noches, antes de subirse al avión en Sea Tac, la ayudé a comprobar su correo. Su padre le había enviado un mensaje indicando que habían encontrado en el submarino cierto número de platos intactos de la Kriegsmarine. Era un código preestablecido para lingotes de oro.

—Dijiste «lleno de putos lingotes de oro». ¿Podrías traducirlo en números, como dólares o así?

—Avi, ¿a quién coño le importa? Podemos admitir que si Andrew Loeb descubre lo mismo estamos acabados.

—¡Guau! —dice Avi—. Por tanto, en este caso, una persona hipotética que no tuviese reparos en alterar las pruebas tendría un buen motivo.

—O lo haces o te joden —admite Randy.

Dejan de hablar durante un rato porque tienen que esquivar coches en la Autopista de la Costa del Pacífico, y mantienen este acuerdo tácito de que no ser atropellados por vehículos rápidos exige toda la atención. Acaban atravesando corriendo un par de carriles para explotar una pausa fortuita en el tráfico que viene del norte. En ese momento, ninguno de ellos se siente particularmente inclinado a seguir dando un paseo, así que atraviesan corriendo el aparcamiento del supermercado local y penetran en el valle con cala lleno de árboles donde Avi tiene su casa. Regresan directamente a la casa, y luego Avi apunta al techo, que es su forma de decir que será mejor asumir que en la casa hay micrófonos. Avi se acerca al contestador, que parpadea, y saca la cinta de mensajes entrantes. Se la mete en el bolsillo y atraviesa el cuarto de estar de la casa, ignorando las miradas heladas de una de las niñeras israelíes, a la que no le gusta que lleve zapatos dentro de la casa. Avi coge del suelo una caja de plástico de color chillón. Tiene asa, y esquinas redondeadas, y grandes botones brillantes, y un micrófono que cuelga tras ella en un cordón amarillo. Avi atraviesa las puertas del patio sin reducir el paso, con el micrófono saltando tras él al final del cable helicoidal. Randy le sigue fuera, atravesando la franja de hierba muerta, y hasta un bosquecillo de cipreses. Siguen andando hasta llegar a una pequeña hondonada que les oculta de la calle. Entonces Avi se agacha y hace salir una cinta del cantante para niños Raffi de la grabadora de juguete y mete la cinta de mensajes entrantes, la rebobina y le da al *play.*

—¿Hola, Avi? ¿Soy Dave? ¿Llamo de Novus Ordo Seclorum Systems? ¿Soy, eh, el presidente, te acuerdas? ¿Tiene un ordenador en el armario de cables? ¿Bien, he tenido unas visitas? ¿Tipos con trajes? ¿Y han dicho que querían ver ese ordenador? ¿Y que si se lo entregaba se portarían genial conmigo? ¿Pero que si no lo hacía volverían con una orden judicial y policías y que revolverían todo esto de arriba abajo y luego se lo llevarían? ¿Por tanto, ahora nos hacemos los tontos? Por favor, llámame.

—La máquina decía que había dos mensajes —dice Avi.

—¿Hola, Avi? ¿Soy Dave otra vez? Hacerse el tonto no funcionó y ahora les he dicho que se vayan a tomar por culo. El jefe de los trajes está furioso con nosotros. Me llamó. Mantuvimos una discusión muy tensa en el McDonald's al otro lado de la calle. Me dijo que estamos siendo estúpidos.

Que cuando vengan y lo revuelvan todo buscando Tombstone eso joderá totalmente las operaciones corporativas de Ordo y provocará importantes pérdidas a nuestros accionistas. Dijo que probablemente sería motivo para una demanda de los accionistas minoritarios contra mí y que él estaría encantado en presentarla. No le he dicho todavía que Ordo sólo tiene cinco accionistas y que todos trabajan aquí. El encargado del McDonald's nos pidió que nos fuésemos porque estábamos alterando los Happy Meals de algunos crios. Yo actué asustado y le dije que iría a comprobar lo que habría que hacer para retirar Tombstone. En lugar de eso, te estoy llamando. Hal, Rick y Carrie están subiendo todo el contenido de nuestros propios sistemas a un lugar remoto, de forma que cuando los policías vengan y lo rompan todo no se pierda nada. Por favor, llámame. Adiós.

—¡Cielos! —dice Randy—. Me siento como un mierda por haber echado algo así sobre Dave y su gente.

—Para ellos será una publicidad genial —dice Avi—. Estoy seguro de que en estos momentos Dave tiene a media docena de equipos de televisión plantados en el McDonald's, poniéndose cerca de la locura con café de treinta y dos onzas.

—Bien... ¿qué crees que debemos hacer?

—Es adecuado y justo que yo vaya allí —dice Avi.

—Sabes, podríamos simplemente rendirnos. Contarle al Dentista lo del acuerdo del diez por ciento.

—Randy, métete esto en la cabeza. Al Dentista le importa una mierda el submarino. Al Dentista le importa una mierda el submarino.

—Al Dentista le importa una mierda el submarino —dice Randy.

—Por tanto, voy a reemplazar esta cinta —dice Avi, sacándola de la máquina—, y empezaré a conducir muy, muy rápido.

—Bien, voy a hacer lo que mi conciencia me indica que haga —dice Randy.

—El mayor número de cigarrillos —dice Avi.

—No voy a hacerlo desde aquí—dice Randy—. Voy a hacerlo desde el Sultanato de Kinakuta.

*OceanofPDF.com*

# Navidad 1944

Goto Dengo destacó a Wing a los ojos del teniente Mori y sus tropas, y dejó bien claro que no debían atravesar el torso de Wing con sus bayonetas y agitar las hojas entre sus órganos vitales a menos que tuviesen una razón excepcionalmente buena, como suprimir una rebelión en toda regla. La mismas características que hacen de Wing un elemento valioso para Goto Dengo le hacen también el más probable candidato para liderar un intento de huida.

Tan pronto como el general y sus ayudantes se han ido de Bundok, Goto Dengo va en busca de Wing, quien está supervisando la perforación del pozo diagonal hacia el lago Yamamoto. Es uno de esos tipos que dirigen con el ejemplo así que está metido en la pared de roca, trabajando con las perforadoras, al final de unos centenares de metros de túnel tan estrecho que debe moverse a cuatro patas. Goto Dengo debe ir en persona al final del túnel en el Gólgota y enviar un mensajero a su interior, armado con un casco oxidado para protegerse de los pedruscos que caen de la pared de roca.

Wing aparece quince minutos más tarde, negro por el polvo de roca que se ha condensado sobre su piel llena de sudor, rojo allí donde la piel ha quedado raída o cortada por las piedras. Dedica unos minutos a sacar metódicamente el polvo acumulado en los pulmones. De vez en cuando, enrolla la lengua como una cerbatana y lanza un chorro de flema contra la pared y clínicamente la observa correr hacia el suelo. Goto Dengo permanece cortésmente a un lado. Esos chinos tienen todo un sistema de

creencias médicas centrado en la flema y trabajar en las minas les da mucho de qué hablar.

—¿No es buena la ventilación? —dice Goto Dengo. El snanghainés de los prostíbulos no le ha dado ciertos términos técnicos como «ventilación», así que Wing le ha enseñado el vocabulario.

Wing hace una mueca.

—Quiero terminar el túnel. No quiero hacer más pozos de ventilación. ¡Son una pérdida de tiempo!

La única forma de evitar que los trabajadores en la pared de roca se asfixien es perforar a intervalos periódicos pozos verticales de ventilación que vayan de la superficie hasta el pozo diagonal. Le han estado dedicando tanto esfuerzo a esos pozos de ventilación como al pozo diagonal en sí, y tenían la esperanza de no tener que perforar ninguno más.

—¿Cuánto queda? —pregunta Goto Dengo, mientras Wing da por terminado otro paroxismo.

Wing levanta la vista pensativo. Tiene en la cabeza un mapa del Gólgota mejor que el de su diseñador.

—Cincuenta metros.

El diseñador no puede resistir sonreír.

—¿Eso es todo? Excelente.

—Ahora vamos deprisa —dice Wing con orgullo, con los dientes destellando momentáneamente en blanco bajo la lámpara. Luego parece recordar que es un trabajador esclavo en un campo de exterminio v los dientes desaparecen—. Iríamos más rápidos si horadásemos en línea recta.

Wing alude al hecho de que la diagonal al lago Yamamoto




tiene en el plano esta forma. Pero Goto Dengo, sin cambiar el plano, ha ordenado que se la perfore de esta otra forma:




Esas curvas incrementan bastante la longitud del túnel. Además, los restos tienden a acumularse en la sección occidental más plana y es preciso sacarlos a mano.

La únicas personas que conocen la existencia de esas curvas son él, Wing y la cuadrilla de Wing. La única persona que comprende la verdadera razón de su existencia es Goto Dengo.

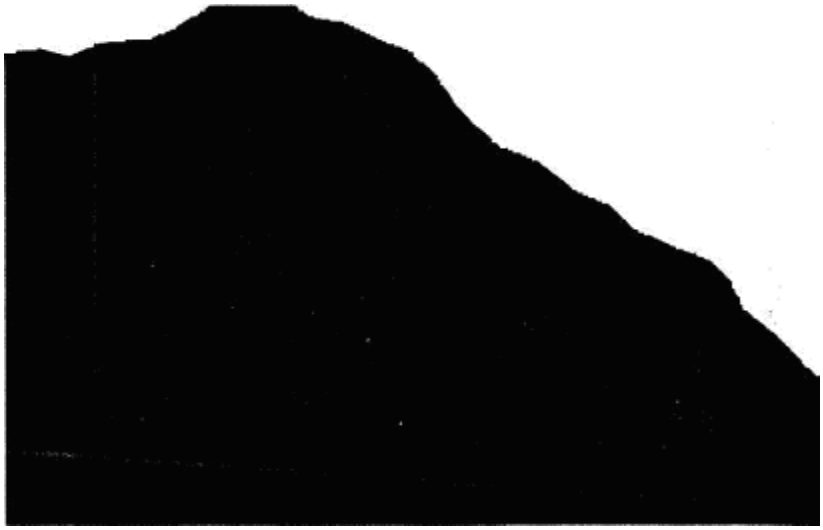
—No perfores en línea recta. Sigue haciéndolo como he dicho.

—Sí.

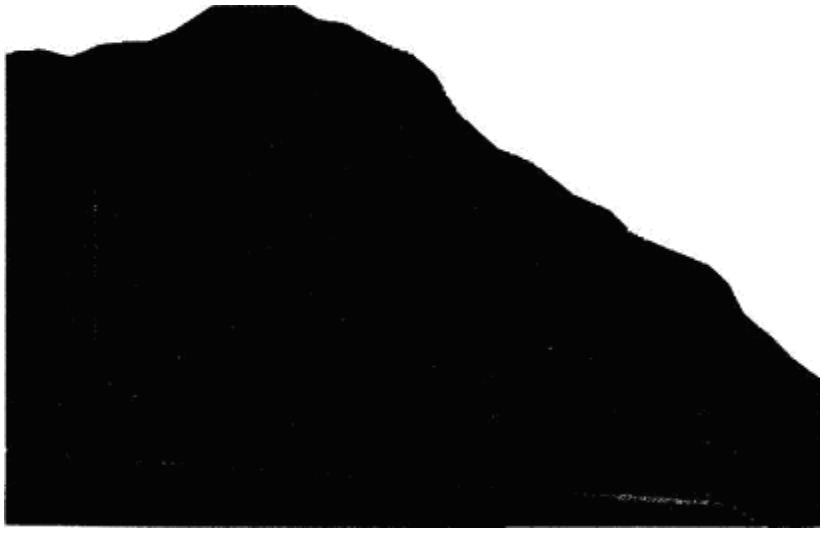
—Además, necesitarás un nuevo pozo de ventilación.

—¡Otro pozo de ventilación! No... —protesta Wing.

Ya es bastante terrible tener que horadar los pozos de ventilación, con sus difíciles zigzags, que aparecen en los planos.



Pero Goto Dengo les ha indicado en varias ocasiones a Wing y su cuadrilla que empiecen a trabajar en varios «pozos de ventilación» adicionales, antes de cambiar de opinión y decirles que abandonen el trabajo, con este resultado:



—Esos nuevos pozos de ventilación se perforarán de arriba abajo —dice Goto Dengo.

—¡No! —dice Wing, todavía totalmente pasmado. Es una locura absoluta, porque si perforas un pozo vertical desde arriba hacia abajo, tienes que sacar los escombros del agujero. Si lo haces al revés, los restos caen por sí solos y es fácil deshacerse de ellos.

—Tendréis más ayuda. Trabajadores filipinos.

Wing parece anonadado. Está todavía más aislado del mundo que Goto Dengo. Debe inferir el avance de la guerra a partir de insinuaciones exasperantemente indirectas. Él y sus trabajadores rellenan las pistas dispersas con teorías complejas. Esas teorías están tan asombrosamente equivocadas que Goto Dengo se reiría en voz alta si no simpatizase tanto con ellos. Ni él ni el capitán Noda sabían que MacArthur había tomado tierra en Leyte, o que la Marina Imperial había sido derrotada, hasta que el general se lo dijo.

Una de las cosas en la que Wing y sus hombres han acertado es que Bundok emplea trabajadores importados para mantener el secreto. Si alguno de los trabajadores chinos consigue escapar, se encontrará en una isla, muy lejos de casa, entre gente que no habla su lengua y que, además, no le tiene demasiado aprecio. El hecho de que pronto lleguen trabajadores filipinos les da mucho en qué pensar. Permanecerán despiertos toda la noche, susurrando entre ellos, intentando reconstruir sus teorías.

—No necesitamos más trabajadores. Casi hemos terminado —dice Wing, sintiendo una nueva herida en su orgullo.

Goto Dengo se golpea a sí mismo en ambos hombros empleando los dedos índices, sugiriendo charreteras. Sólo le lleva un momento a Wing comprender que se refiere al general, y luego adopta un intenso aire conspiratorio y da un paso al frente.

—Órdenes —dice Goto Dengo—. Cavamos muchos pozos de ventilación.

Wing no era un minero cuando llegó a Bundok, pero ahora sí lo es. Está perplejo. Como debe ser.

—¿Pozos de ventilación? ¿Adónde?

—A ningún sitio —dice Goto Dengo.

El rostro de Wing sigue en blanco. Cree que el mal shanghainés de Goto Dengo impide la comprensión. Pero Goto Dengo sabe que Wing lo comprenderá pronto, alguna noche durante los terribles momentos de preocupación que siempre preceden al sueño.

Y luego encabezará la rebelión, y los hombres del teniente Mori están esperándoles; abrirán fuego con los morteros, detonarán las minas, emplearán las ametralladoras, barriendo los campos de fuego cuidadosamente preparados. Ninguno de ellos sobrevivirá.

Goto Dengo no quiere tal cosa. Así que alarga la mano y golpea el hombro de Wing.

—Te daré instrucciones. Haremos un pozo especial.

Luego se da la vuelta y se marcha; tiene medidas que tomar. Sabe que Wing lo hará todo a tiempo para salvarse a sí mismo.

Llegan los prisioneros filipinos, en columnas que han degenerado en madejas harapientas, moviéndose sobre pies descalzos, dejando un rastro húmedo y rojo sobre el camino. Los empujan las botas y bayonetas de las tropas del ejército nipón, que tienen un aspecto casi tan desolador. Cuando Goto Dengo les ve entrar tambaleándose en el campamento, comprende que deben haber estado de pie continuamente desde que el general dio la orden, dos días atrás. El general prometió quinientos nuevos trabajadores; en realidad llegan poco menos de trescientos, y del hecho de que ninguno de ellos venga en camilla —una imposibilidad estadística considerando las condiciones físicas medias— Goto Dengo asume que los otros doscientos

deben haberse caído o desmayado durante el trayecto y fueron ejecutados allí mismo.

Bundok está misteriosamente aprovisionado de combustible y comida, y se asegura de que tanto los prisioneros como las tropas coman bien, y les da un día de descanso.

Luego los pone a trabajar. Goto Dengo lleva ya tiempo suficiente mandando hombres y encuentra inmediatamente a los mejores. Hay un tipo sin dientes y de ojos saltones llamado Rodolfo con pelo gris hierro y un gran quiste en la mejilla, brazos demasiado largos, manos como garfios y pies de dedos separados que le recuerda a los nativos con los que vivió en Nueva Guinea. Sus ojos no tienen ningún color específico, parece como si los hubiesen creado combinando fragmentos de ojos de otras personas, brillos grises, azules, castaños y negros combinados. Rodolfo es bien consciente de que no tiene dientes y cuando habla siempre sostiene una de sus enormes garras prensiles sobre la boca. En cuanto se acerca Goto Dengo o cualquier otra figura de autoridad, todos los jóvenes filipinos apartan la vista y miran a Rodolfo, quien se adelanta, se cubre la boca y fija su extraña y alarmante mirada sobre el visitante.

—Forma a tus hombres en media docena de escuadrones y da a cada escuadrón un nombre y un líder. Asegúrate de que cada hombre conoce el nombre de su escuadrón y su líder —dice Goto Dengo en voz muy alta. Al menos alguno de los otros filipinos debe hablar inglés.

Luego se inclina y dice en voz más baja—. Quédate con algunos de los hombres más fuertes y mejores.

Rodolfo parpadea, se pone rígido, retrocede, retira la mano de la boca y la usa para lanzar un saludo. Su mano es como un toldo que lanza una sombra sobre todo su rostro y pecho. Es evidente que ha aprendido el saludo de los norteamericanos. Se gira sobre los talones.

—Rodolfo.

Rodolfo vuelve a darse la vuelta, con aspecto tan irritado que Goto Dengo debe contener la risa.

—MacArthur está en Leyte.

El pecho de Rodolfo se hincha como un globo meteorológico y gana como unas tres pulgadas de estatura, pero la expresión de su rostro no varía.

La noticia recorre el campamento filipino como un rayo en busca del suelo. La táctica tiene el efecto deseable de darle a los filipinos una razón para seguir viviendo; de pronto muestran gran energía y vigor. Un suministro de perforadoras y compresores de aire muy gastados han llegado sobre carros tirados por carabaos, evidentemente traídos de otros sitios similares a Bundok que hay en Luzón. Los filipinos, expertos en la combustión interna, canibalizan algunos compresores para arreglar otros. Mientras tanto, las perforadoras pasan al escuadrón de Rodolfo, que las lleva a lo alto de la cresta entre los ríos y comienza a perforar los nuevos «pozos de ventilación» mientras los chinos de Wing dan los últimos toques al complejo en las entrañas del Gólgota.

El ejército nipón se limitó a coger directamente de la carretera los carros que trajeron el equipo, junto con sus conductores —en su mayoría chicos de granja— y les asignaron allí mismo el trabajo. Evidentemente, los chicos de granja no pueden abandonar Bundok. Los carabaos más débiles son sacrificados para conseguir carne, y los más fuertes se asignan a trabajar en el Gólgota, y los conductores se asimilan a la fuerza laboral. Uno de ellos es un chico llamado Juan de enorme cabeza redonda y un conjunto de rasgos claramente chino. Resulta ser trilingüe, hablando inglés, tagalo y cantonés. Puede comunicarse en una especie de pidgin con Wing y los otros chinos, empleando con frecuencia un dedo para dibujar caracteres chinos sobre la palma de la mano. Juan es pequeño, tiene buena salud y posee una especie de agilidad cuidadosa que Goto Dengo opina podría ser útil en lo que está por venir, así que se convierte en miembro de la cuadrilla especial.

Hay que inspeccionar la fontanería sumergida en el lago Yamamoto. Goto Dengo hace que Rodolfo pregunte si hay algún hombre que haya trabajado de pescador de perlas. Rápidamente encuentra uno, un tipo ágil de aspecto frágil nativo de Palawan llamado Agustín. Agustín está débil por la disentería, pero parece animarse junto al agua, y después de un par de días de descanso ya se está sumergiendo al fondo del lago Yamamoto sin ningún problema. Se convierte en otro de los elegidos de Rodolfo.

En realidad, hay demasiados filipinos para el número de herramientas y agujeros disponibles, así que inicialmente el trabajo marcha con rapidez a medida que los líderes de escuadrón van rotando hombres descansados. Luego, una noche, como a las dos de la mañana, un sonido desconocido

reverbera por toda la jungla, viniendo desde las tierras bajas donde el río Tojo serpentea por entre campos de caña y arrozales.

Es el sonido de vehículos. En gran número. Como hace meses que los nipones no tienen combustible, la primera idea de Goto Dengo es que debe tratarse de MacArthur.

Se echa un uniforme por encima y corre hacia la entrada principal de Bundok con los otros oficiales. Allí hacen cola docenas de camiones y algunos automóviles, con los motores en marcha y los faros apagados. Cuando oye una voz nipona saliendo del coche guía, se le hunde el corazón. Hace tiempo que dejó de sentirse mal por desear ser rescatado por el general Douglas MacArthur.

Sobre los camiones van muchos soldados. Cuando sale el sol, Goto Dengo saborea la extraña y curiosa visión de soldados nipones descansados, saludables y bien alimentados. Van armados con ametralladoras ligeras y pesadas. Tienen el aspecto de los soldados nipones de 1937, cuando recorrían el norte de China. A Goto Dengo le produce un extraño sentimiento de nostalgia recordar una época en que una terrible derrota no era inminente, cuando no iban a perderlo todo de forma horrible. Llega a formársele un nudo en la garganta y empieza a gotearle la nariz.

Luego se recupera, al comprender que por fin ha llegado el gran día. La parte de él que sigue siendo un leal soldado del emperador tiene el deber de asegurarse de que un material de guerra vital, que acaba de llegar, se almacene en la gran bóveda del Gólgota. La parte de él que ya no es un leal soldado tiene todavía muchas cosas que hacer.

En una guerra, por mucho que te prepares y practiques, cuando llega de verdad el gran día no puedes encontrarte el culo con ambas manos. Este día no es una excepción. Pero después de algunas horas de caos, las cosas se ordenan y la gente aprende lo que debe hacer. Los camiones más pesados no pueden recorrer la carretera desigual que Goto Dengo ha construido ribera arriba por el río Tojo, pero sí pueden hacerlo un par de camiones pequeños, y ésos se convierten en los transportes. De tal forma, los camiones pesados entran, uno a uno, en una zona muy protegida y con grandes alambradas —bien oculta a los aviones de observación de MacArthur— que se construyó hace meses. Los filipinos entran en enjambre en esos camiones y descargan las cajas, que son pequeñas, pero

evidentemente muy pesadas. Mientras tanto, los camiones más pequeños llevan las cajas por la carretera del río Tojo hasta la entrada del Gólgota, donde se las descarga en vagonetas de mano y se las lleva por el túnel hasta la bóveda principal. Siguiendo instrucciones de los mandos, Goto Dengo se asegura de que una de cada veinte cajas se desvía a la cámara de los tontos.

A partir de ese punto, la descarga procede automáticamente, y Goto Dengo dedica la mayor parte de esos días a supervisar las últimas fases de las excavaciones. Los nuevos pozos de ventilación avanzan tal y como están previsto, y sólo necesita comprobarlos una vez al día. La diagonal ahora está a sólo unos metros del fondo del lago Yamamoto. El agua ha empezado a filtrarse por entre las pequeñas grietas de la roca del fondo y gotea por el pozo diagonal hasta el Gólgota, donde se acumula en un sumidero que a su vez se escurre al Tojo. Otros metros más de cortar y llegarán al pequeño túnel que Wing y sus hombres crearon hace muchos meses, excavando hacia abajo en lo que luego se convertiría en el fondo del lago.

El mismo Wing está ocupado esos días. Él, Rodolfo y su cuadrilla especial están completando los preparativos finales. Rodolfo y compañía está perforando desde la parte alta de la cresta, abriendo lo que parece otro pozo de ventilación. Wing y compañía están justo debajo, ocupados en un complejo proyecto de fontanería subterránea.

Goto Dengo ha perdido por completo la idea de qué día es. Pero unos cuatro días después de la llegada de los camiones, obtiene una pista. Los filipinos se ponen espontáneamente a cantar sobre sus cuencos de arroz. Goto Dengo reconoce vagamente la tonada; ocasionalmente se la oyó cantar a los marines norteamericanos en Shanghai.

*¿Qué niño es*
*El que duerme sobre*
*El regazo de María?*

Los filipinos cantan esa canción y otras, en inglés, español y latín, durante toda la noche. Después de calentar los pulmones cantan asombrosamente bien, ocasionalmente iniciando una armonía en dos y tres partes. Al principio, los guardias del teniente Mori se ponen nerviosos con

el dedo en el gatillo, creyendo que se trata de una señal para un asalto en masa. Goto Dengo no quiere ver su trabajo arruinado por una masacre, así que les explica que se trata de una cuestión religiosa, una celebración pacífica.

Esa noche llega otro convoy y se hace salir bruscamente a los trabajadores para descargarlo. Trabajan con alegría, cantando villancicos y bromeando sobre Santa Claus.

Todo el campamento permanece despierto hasta bien pasado el amanecer descargando camiones. De todas formas, Bundok se ha convertido gradualmente en un lugar nocturno, para evitar las miradas de los aviones de observación. Goto Dengo está pensando en irse al catre cuando una descarga de sonidos agudos y claros rompe en el campamento del río Tojo. Como no hay mucha munición disponible, casi nadie dispara ya armas de fuego y casi no reconoce el sonido de la Nambu. Luego salta a la plataforma de un camión y le dice al conductor que se dirija corriente arriba. El tiroteo se ha apagado con la misma rapidez con la que empezó. Bajo las ruedas lisas del camión, el río se ha vuelto opaco y de un rojo brillante.

Como dos docenas de cuerpos yacen en el agua frente a la entrada del Gólgota. A su alrededor están los soldados nipones, metidos hasta las pantorrillas en el agua roja, con las armas al hombro. Un sargento se pasea con una bayoneta, atravesando las entrañas de los filipinos que todavía se mueven.

—¿Qué pasa? —dice Goto Dengo. Nadie responde. Pero tampoco nadie le dispara; se le permitirá deducirlo por sí mismo.

Está claro que los trabajadores estaban descargando otro camión pequeño, que sigue aparcado al final de la carretera. Descansando bajo el portón trasero hay un cajón de madera que aparentemente cayó" al suelo. El contenido pesado ha hecho estallar el cajón y se ha dispersado por sobre el desigual conglomerado de rocas, cemento y residuos mineros que allí forma la ribera.

Goto Dengo se acerca y mira. Puede verlo con toda claridad, pero de alguna forma no puede absorber el concepto hasta no tenerlo en las manos. Se inclina, pone los dedos alrededor de un ladrillo frío en el fondo del río y lo saca del agua. Es un reluciente lingote de un metal amarillo,

increíblemente pesado, estampado con palabras en inglés: BANCO DE SINGAPUR.

Tras él se produce una refriega. El sargento permanece en guardia mientras dos de sus hombres sacan al conductor filipino de la cabina del camión en el que ha venido Goto Dengo. Con calma —con aspecto casi de aburrimiento— el sargento atraviesa al conductor con la bayoneta. Los hombres lo dejan caer en el agua roja y desaparece.

—Feliz Navidad —suelta uno de los soldados. Todos ríen, excepto Goto Dengo.

*OceanofPDF.com*

# Pulso

Mientras Avi vuelve a atravesar la casa, emite en hebreo algo que suena muy bíblico que hace estallar en lágrimas a los chicos, y que sus niñeras se pongan en pie y empiecen a guardar cosas en bolsas. Devorah sale del cuarto donde ha estado durmiendo sus náuseas del embarazo. Ella y Avi se abrazan con cariño en el pasillo y Randy comienza a sentirse como un cuerpo extraño encajado en el ojo de alguien. Así que se dirige directamente a la salida, se sube al coche y empieza a conducir. Atraviesa las colinas sobre la falla de San Andrés hasta Skyline y luego se dirige al sur. Diez minutos más tarde, el coche de Avi le adelanta con estruendo por el carril izquierdo, yendo a noventa o cien millas por hora. Randy apenas tiene tiempo de leer la pegatina del parachoques: LA GENTE DESAGRADABLE ES UN INCORDIO.

Randy busca un sitio totalmente anónimo en el que pueda conectarse a Internet. Un hotel no le sirve, porque los hoteles mantienen buenos registros de las llamadas telefónicas salientes. Lo que debería hacer es emplear el interfaz de radio por paquetes que tiene en el portátil, pero incluso esa tecnología requiere un lugar en donde pueda sentarse y trabajar tranquilo durante un rato. Lo que le hace pensar en términos de un garito de comida rápida, que no se puede encontrar en el desierto del centro de la península. Para cuando ha llegado a las faldas norte del Valle —Menlo Park y Palo Alto— ha decidido que se jodan, simplemente irá a la escena de la acción. Quizás allí pueda ser de alguna utilidad. Así que toma la salida de El Monte y se dirige al distrito empresarial de Los Altos, un centro urbano americano

de mediados del siglo XX bastante típico que está siendo metabolizado gradualmente por las franquicias.

Una calle principal intersecta, en algo diferente a un ángulo de noventa grados, una calle comercial más pequeña, definiendo dos (pequeños) espacios de ángulo agudo y dos (grandes) espacios de ángulo obtuso. A uno de los lados de la calle principal, el espacio de ángulo obtuso está ocupado por un edificio de oficinas de dos pisos, hogar de la sede de Ordo y Tombstone. El espacio de ángulo agudo está ocupado por el McDonald's. En el lado opuesto de la calle principal, el espacio de ángulo agudo está ocupado, extrañamente, por un 24 Jam, el único que Randy ha visto en el hemisferio occidental. El espacio de ángulo obtuso está ocupado por un Park 'n' Lock, donde puedes aparcar para dedicarte a esa actividad pasada de moda que consiste en vagar por el distrito comercial de tienda en tienda.

El aparcamiento de McDonald's está lleno, así que Randy se mete por el McAuto, elige *n*, donde *n* es un número al azar entre uno y seis, y pide un McMenú *n* con patatas fritas grandes. Habiéndose asegurado la comida, dirige el Acura directamente al otro lado de la calle, entrando en el Park 'n' Lock justo a tiempo para ver que un furgón con el logotipo de una estación de televisión de San José ocupa el último espacio disponible. Randy no planea alejarse de su coche, así que se limita a bloquear a otro. Pero mientras tira del freno de mano, nota movimiento en el interior del otro coche, y prestando algo más de atención comprende que está viendo a un hombre de pelo largo y barba cargando metódicamente una escopeta. El hombre ve por el retrovisor que Randy le está mirando y se vuelve con una expresión escrupulosamente amable de «perdóneme señor, pero parece que me ha dejado atrapado». Randy le reconoce como Mike o Mark, un hacker de tarjetas gráficas que cría avestruces en Gilroy (los hobbies raros son de rigor en el mundo de la alta tecnología). Mueve el Acura, bloqueando lo que parece una camioneta abandonada de la época de *Starsky y Hutch.*

Randy se sube al techo de su coche con el portátil y el McMenú *n.* Hasta hace poco, jamás se habría sentado sobre su Acura porque su masa considerable hubiese abollado la chapa de metal. Pero después de que Amy lo golpease con un camión, Randy se ha vuelto mucho menos anal y ahora lo ve como una herramienta a usar hasta que se convierta en un morrena de fragmentos oxidados. Resulta que tiene un adaptador de doce voltios para el

portátil, así que lo mete en el encendedor del coche. Finalmente, se acomoda y puede dar un buen vistazo.

El aparcamiento del edificio de oficinas de Novus Ordo Seclorum está lleno de coches de policías, y BMW y Mercedes Benz que Randy asume pertenecen a los abogados. El Range Rover de Avi está aparcado garboso sobre una zona ajardinada, y también hay algunos equipos de televisión. Frente a la entrada principal del edificio hay un montón de gente ocupando el menor espacio posible y gritándose los unos a los otros. El grupo está rodeado por anillos concéntricos de policías, periodistas y adláteres de bufete —colectivamente, lo que Tolkien llamaría Hombres— y algunas pocas criaturas no-humanas o post-humanas imbuidas de peculiares fisionomías y vagos poderes mágicos: Enanos (firmes, productivos, hoscos) y Elfos (brillantes, de una forma más etérea). Randy, un Enano, ha empezado a comprender que quizá su abuelo fuese un Elfo. Avi es un Hombre con fuerte resplandor élfico. Presumiblemente, en el centro de todo se encuentra Gollum.

Hay una pequeña ventana en la pantalla del portátil de Randy que muestra una animación cutre del estilo de los noticiarios de los años cuarenta: una torre de radio, de la que radian ondas de radio conceptuales en zigzag sobre toda la Tierra, que ridículamente no aparecen a escala, el diámetro de la Tierra es más o menos igual a la altura de la torre. Que esos info-rayos jovianos sean visibles es una indicación visual de que el adaptador de radio ha conseguido conectarse a la red de radio por paquetes. Randy abre una ventana de terminal y teclea:

```
telnet laundry.org
```

y unos segundos después, ¡bang!, tiene su petición de entrada. Randy da otro vistazo a la ventana animada y aprecia aprobador que los info-rayos han sido sustituidos por chorros de interrogaciones. Eso significa que el ordenador ha reconocido a laundry.org como una máquina S/WAN —corriendo el protocolo Secure Wide Area Network—, lo que significa que todos los paquetes transmitidos entre el portátil de Randy y laundry.org están cifrados. Lo que indudablemente es una buena idea cuando estás a punto de hacer algo ilegal por radio.

Mike o Mark sale de su coche, recortando una dramática figura con un largo abrigo negro al estilo del Oeste, un aspecto algo mancillado por la camiseta que lleva debajo: negra con una enorme interrogación roja en medio. Se pone la cinta de la escopeta al hombro y se inclina sobre la puerta trasera para coger un enorme sombrero negro de *cowboy*, que coloca sobre el techo del coche. Lanza los codos al aire y reúne el pelo largo y negro tras las orejas, mirando al cielo, y luego se clava el sombrero de *cowboy* en la cabeza. Alrededor del cuello lleva un pañuelo de cabeza, estampado con un motivo de marcas de interrogación, que se coloca sobre el puente de la nariz, de forma que entre ella y el sombrero sólo quede una ranura para los ojos. Randy estaría realmente alarmado si no fuese porque varios de sus amigos, como John Cantrell, a menudo van por ahí con ese aspecto. Mike o Mark atraviesa el Park 'n' Lock, seguido cuidadosamente por una cámara, y corre por la calle hasta el 24 Jam.

Randy entra en laundry.org empleando ssh —«secure shell»—, una forma de cifrar aún más las comunicaciones entre dos ordenadores. Laundry.org es un servicio anonimizador; todos los paquetes enviados a través suyo a cualquier otro ordenador pierden primero toda información identificativa, de forma que alguien que posteriormente intercepte uno de esos paquetes no tiene forma de saber dónde se originó. Una vez que ha entrado en el anonimizador, Randy teclea:

```
telnet cripta.kk
```

y le da a la tecla de retorno y luego, real y literalmente, reza. La Cripta está todavía sufriendo su periodo de torturas (que de hecho es la única razón por la que el contenido de Tombstone todavía no se ha trasladado allí).

En el parking del 24 Jam, Mike o Mark se ha unido a otros tres de aspecto élfico con sombreros negros y pañuelos de cabeza, que Randy puede identificar basándose en la longitud y color de las colas y barbas. Está Stu, un estudiante graduado de Berkeley que de alguna forma está implicado en el proyecto PEPH de Avi, y Phil, quien hace unos años inventó un importante lenguaje de programación y que se va a esquiar en helicóptero en su tiempo libre, y Craig, que sabe todo lo que se puede saber sobre transacciones cifradas de tarjetas de crédito en la Red y que es un devoto de la arquería tradicional nipona. Algunos de ellos llevan abrigos largos y otros no. Hay mucha iconografía de los Adeptos al Secreto:

camisetas con el número 56, que es un código para Yamamoto, o simplemente imágenes de Yamamoto, o un enorme signo de interrogación. Mantienen una conversación enérgica y alegre —aunque parece algo forzada— porque, desde el punto de vista de un hombre, llevan armas largas a la vista. Uno de ellos lleva un rifle de caza, y cada uno de los otros carga con un arma de aspecto rudimentario con un cargador largo sobresaliendo de un lado. Randy cree, pero no está seguro, que son armas PEPH.

Esa escena, y no es sorprendente, ha llamado la atención de la policía, que ha rodeado a esos cuatro con coches patrullas, y los agentes permanecen listos con rifles y escopetas. Es una rareza de la ley en muchas jurisdicciones que llevar (digamos) una derringer calibre 22 de un solo tiro oculta requiera una licencia, y llevar (digamos) a la vista un gran rifle de caza sea perfectamente legal. Las armas ocultas son ilegales o están muy reguladas, y las que no se pueden ocultar no lo están. por tanto, muchos Adeptos al Secreto —que tienden a estar locos por las armas— han adquirido la costumbre de pasearse por ahí claramente armados como forma de señalar lo absurdo de esas reglas. Su argumento es el siguiente: ¿a quién coño le importan las armas ocultas si en realidad sólo sirven para defenderse contra el asalto de criminales comunes que casi nunca se producen? La verdadera razón por la que la Constitución da el derecho a portar armas es para defenderse uno mismo contra un gobierno opresor, y cuando se trata de eso, un arma corta es casi inútil. Por tanto (según esos tíos) si vas a hacer uso de tu derecho a poseer y llevar armas, deberías hacerlo abiertamente cargando con algo grande.

Un montón de basura atraviesa la pantalla de Randy. BIENVENIDO A LA CRIPTA, empieza, y luego hay un párrafo de información explicando lo genial que es la idea de la Cripta y como cualquiera que se preocupe por la intimidad debería abrir una cuenta aquí. Randy trunca el mensaje comercial dándole a una tecla y entra como Randy. Luego teclea el comando:

```
telnet tombstone.epiphyte.com
```

y obtiene como respuesta dos gratificantes mensajes: uno dice que se ha establecido una conexión con Tombstone, y el siguiente dice que se ha negociado automáticamente un enlace S/WAN. Finalmente obtiene:

```
tombstone login:
```

lo que significa que ahora tiene total libertad para entrar en la máquina que está al otro lado de la calle. Y ahora el señor Randy debe tomar una pequeña decisión.

Hasta ahora, está limpio. Los bits que salen de su portátil están cifrados; por tanto, incluso si alguien está vigilando la red de radio por paquetes, lo único que sabe es que algunos bits cifrados están volando por ahí. No pueden seguir ninguno de esos bits hasta la máquina de Randy sin traer un elaborado equipo de detección direccional y acercarse a él de forma más que evidente. Esos bits cifrados acaban eventualmente en laundry.org, allá en Oakland, que es un sistema informático conectado a Internet en el que probablemente entran y salen miles de paquetes cada segundo. Si alguien tuviese pinchada la línea T3 de laundry.org, lo que requeriría una gran inversión en ordenadores y hardware de comunicaciones, detectaría un pequeño número de paquetes cifrados que van a crípta.kk en Kinakuta. Pero igualmente, carecerían de información identificativa, y por tanto sería incluso imposible relacionarlos con laundry.org y no digamos nada de llegar hasta el portátil de Randy.

Pero para que Randy pueda entrar en Tombstone y comenzar a alterar las pruebas, debe identificarse. Si fuese una de esas máquinas de poca seguridad que son legión en Internet, podría simplemente explotar uno de los múltiples agujeros de seguridad y abrirse paso, de forma que si se descubriesen sus actividades en la máquina podría afirmar que no era él, simplemente se trataba de un cracker que resulta que entró en la máquina justo cuando se la llevaba la policía. Pero Randy ha empleado varios años de su vida haciendo que máquinas como esa sean inexpugnables para los crackers, y sabe que es imposible.

Más aún, no tiene sentido identificarse como cualquier usuario, como por ejemplo, empleando una cuenta de invitado. A los invitados no se les permite alterar archivos de sistema. Para poder alterar realmente las pruebas, Randy tiene que entrar como superusuario. El nombre de la cuenta de superusuario es, inconvenientemente, «randy» y no puedes entrar como «randy» sin meter una clave que sólo Randy conocería. Por tanto, después de emplear lo último en tecnología criptográfica y comunicación

transoceánica por paquetes para ocultar su identidad, Randy se encuentra ahora ante la necesidad de teclear su nombre en la puta máquina.

Se le ocurre un pequeño plan consistente en enviar un mensaje anónimo a todos los usuarios de laundry.org diciéndoles que la clave de la cuenta «randy» en «tombstone.epiphyte.com» es tal y tal e instándoles a difundir esa información por toda Internet tan rápido como puedan. Podría haber sido una idea decente si se le hubiese ocurrido hace una hora. Ahora es demasiado tarde; cualquier fiscal con medio cerebro siguiendo la indicación de tiempo del mensaje podría demostrar que no era más que un subterfugio. Además, se le está acabando el tiempo. La discusión al otro lado de la calle, que a esa distancia no es más que un alboroto chillón, está llegando a algún climax.

Randy mientras tanto ha lanzado su navegador y ha ido a la página de ordo.net. Normalmente, es una página corporativa bastante aburrida, pero hoy todas las citas y notas de prensa han sido sustituidas por una ventana que muestra un vídeo en color en directo de lo que sucede frente al edificio (o más bien, lo que sucedía hace unos segundos; como viene por un triste enlace de radio, el vídeo cambia una vez cada tres segundos). El vídeo se origina en la misma Ordo, donde evidentemente han dirigido una cámara por la ventana y están enviando las imágenes directamente por su propia línea T3.

Randy levanta la vista justo a tiempo para ver al tipo que inventó el término «realidad virtual» atravesar el parking en animada conversación con el editor ejecutivo de *TURING Magazine*. No muy detrás está Bruce, una ingeniero de sistemas operativos que, en su tiempo libre, graba música tradicional de Tierra del Fuego y la pone gratis a disposición de todos en Internet.

—¡Bruce! —grita Randy.

Bruce vacila y mira en dirección a Rahdy.

—Randy —dice.

—¿Por qué estás aquí?

—Los rumores son que los federales están asaltando Ordo —dice Bruce.

—Interesante... ¿Algún federal en particular?

—Comstock —dice Bruce. Se refiere a Paul Comstock, quien, en virtud de ser fiscal general de los Estados Unidos, dirige el FBI. Randy no cree ese rumor, pero a pesar de ello examina la zona en busca de personas que encajen en el perfil general de agentes del FBI. El FBI odia y teme la criptografía potente. Mientras tanto, otro tipo de los Adeptos al Secreto grita:

—¡Yo he oído que era el Servicio Secreto!

Lo que en cierta forma da más miedo, porque el Servicio Secreto es parte del Departamento del Tesoro, y se ocupa de combatir el fraude electrónico y proteger la moneda de la nación.

Randy dice:

—¿Estarías abierto a considerar la posibilidad de que todo sean rumores de la Red? ¿Que lo que realmente sucede es que un equipo en el interior de las oficinas de Ordo está siendo retirado como parte de una disputa legal?

—Entonces, ¿qué hacen aquí todos esos policías? —dice Bruce.

—Quizá los atrajeron los hombres enmascarados con rifles de asalto.

—Bien, ¿por qué se iban a presentar los Adeptos al Secreto si no fuese un asalto del gobierno?

—No lo sé. Quizá sea algún fenómeno espontáneo de autoorganización... como el origen de la vida en la sopa primordial.

Bruce dice:

—¿No es igualmente posible que la disputa legal sea un pretexto?

—En otras palabras, ¿que la disputa sea como un caballo de Troya construido por Comstock?

—Sí.

—Conociendo a las partes implicadas, lo consideraría improbable —dice Randy—, pero déjame pensarlo.

El ruido y la intensidad de la discusión en el aparcamiento de Ordo se incrementa. Randy mira la ventana de vídeo, que por desgracia no tiene banda sonora. Las transiciones entre fotogramas llegan como bloques aislados de píxeles nuevos que se superponen uno a uno sobre los viejos, como un gigantesco cartel de carretera pegado a trocitos. No es televisión en alta resolución. Pero Randy reconoce claramente a Avi, alto, pálido y tranquilo, flanqueado por un tipo que probablemente sea Dave, el

presidente de Ordo, y otro tío que evidentemente es un abogado. Literalmente están de pie en la entrada del edificio y mirando a dos policías y a otro tipo que no es más que Andrew Loeb, que se encuentra en rápido movimiento y por tanto impone una carga insuperable al ancho de banda. El sistema de vídeo para Internet es lo suficientemente inteligente como para no molestarse con las partes de una imagen que no cambian demasiado, y por tanto, los policías inmóviles se refrescan, digamos, un par de veces por minuto, y aun así no son más que un par de fragmentos rectangulares. Pero Andrew Loeb agita los brazos, salta arriba y abajo, se lanza contra Avi de vez en cuando, se retira y habla por su teléfono móvil, y agita documentos en el aire. El ordenador le ha identificado como un montón de píxeles que exigen gran atención, y por tanto, en algún lugar, un pobre algoritmo está batiéndose con la mancha de gran presión formada por píxeles comprimidos que es la imagen de Andrew Loeb, y está haciendo lo que puede por congelar las partes que se mueven con mayor rapidez para formar fotogramas discretos y dividirlos en cuadraditos que puedan enviarse por la Red. Esos paquetes llegan al ordenador de Randy a medida que los entrega la red de radio, es decir, de forma esporádica y en el orden incorrecto. Por tanto, Andrew Loeb se presenta como un artefacto de vídeo digital cubista, una ameba rectilínea formada en su mayoría por píxeles del color beige de los abrigos de trinchera. De vez en cuando súbitamente aparecen su boca y sus ojos, incorpóreos, en el centro de un bloque de imagen, y allí permanecen durante unos segundos, cristalizados en un momento de furia aulladora.

Las imágenes son extrañamente hipnóticas hasta que un golpe saca a Randy de su ensueño. Levanta la vista para comprobar que el furgón que había bloqueado no estaba, después de todo, abandonado; estaba lleno de Enanos, que acaban de abrir las portezuelas traseras de un golpe para mostrar un montón de cables y conexiones. Un par de Enanos suben un gran aparato al techo del furgón. Hay cables que llegan hasta otro aparato que queda abajo. Son aparatos eléctricos —y no parecen capaces de disparar proyectiles—, así que Randy decide no prestarles demasiada atención por el momento.

Al otro lado de la calle las voces suben de intensidad. Randy ve algunos policías bajando de un furgón policial cargando con un ariete. Randy teclea:

```
randy
```

y pulsa la tecla de retorno. Tombstone responde:

```
password:
```

y Randy la teclea. Tombstone le informa de que está conectado, y que tiene correo.

El hecho de que Randy acabe de conectarse ha quedado registrado en varios puntos del disco duro. En otras palabras, acaba de dejar un montón de huellas digitales grasientas sobre el arma que la policía está a punto de requisar como prueba. Si apagan Tombstone y se lo llevan antes de que Randy tenga tiempo de borrar sus huellas, sabrán que se conectó justo en el mismo momento en que se confiscaba Tombstone y le mandarían a chirona por alterar pruebas. Le gustaría mucho que Douglas MacArthur Shaftoe fuese de alguna forma consciente de esta operación que exige cojones y que está realizando ahora mismo. Pero claro, Doug probablemente haya hecho muchas cosas que exigían cojones y que Randy nunca sabrá, y Randy le respeta igualmente por su porte. Quizá la forma de conseguir semejante porte sea ir por ahí haciendo en secreto cosas que exigen cojones, actividades que de alguna forma se filtran hasta la superficie de tu personalidad.

Randy podría limitarse a reformatear el disco duro con una única orden, pero (1) llevaría varios minutos completar la operación y (2) no borraría del todo los bits incriminatorios, que un técnico decidido podría recuperar del disco duro. Como sabe qué archivos han registrado su entrada, ejecuta un comando que encuentra esos archivos en el disco duro. Luego teclea otro comando que escribe números aleatorios sobre esas zonas del disco siete veces seguidas.

Los policías están golpeando el ariete contra la puerta lateral del edificio cuando el meñique de Randy golpea la tecla de retorno y ejecuta el comando. Casi con toda seguridad ahora está a salvo de la acusación de alterar pruebas. Pero ciertamente todavía no ha alterado nada, que es en realidad el sentido de todo este ejercicio. Necesita encontrar todas las copias del mensaje de correo que especifica la latitud y la longitud del naufragio, y ejecutar en ellas el mismo truco de escribir varias veces. Si las malditas copias no estuviesen cifradas podría buscar la cadena de dígitos en

cuestión. Tal y como están las cosas, tendrá que buscar archivos que se crearon durante cierto periodo de tiempo, más o menos cuando Randy estaba en el *Glory*, atracado justo encima del naufragio. Randy sabe más o menos cuándo fue, así que establece los parámetros de la búsqueda para que le dé cualquier archivo creado cinco días antes y cinco días después, para estar seguros, y la limita a aquellos directorios empleados para el correo electrónico.

La búsqueda lleva una eternidad, o quizá lo parezca así porque los policías han conseguido arrancar la puerta lateral de sus bisagras y han entrado en el edificio. La ventana de vídeo llama la atención de Randy al cambiar de improviso; recibe un montaje torcido de imágenes congeladas de una habitación: una entrada, un pasillo, una sala de recepción, finalmente una barricada. Los chicos de Ordo han sacado la cámara de vídeo de la ventana y la han situado en el mostrador principal, grabando una barrera construida con mobiliario de oficina modular apilado contra la entrada de vidrio de la recepción. La cámara se gira para mostrar que una de las cuatro láminas de vidrio ya ha sido astillada por (hay que suponer) el impacto del ariete.

La «búsqueda» de Randy le devuelve una lista como de un centenar de archivos. La media docena, más o menos, importante está en algún lugar de esa lista, pero Randy no tiene tiempo de repasarla decidiendo cuál es cuál. Hace que el sistema genere una lista de los bloques de disco ocupados por esos archivos, de forma que luego pueda realizar un superborrado. Una vez que tiene esa información, ejecuta un «rm» o comando de «borrado» sobre todos ellos. Es una forma pobre e insignificante de eliminar secretos de un disco duro, pero Randy teme que no tendrá tiempo de hacerlo más a fondo. El «rm» no lleva más que unos momentos, y luego Randy hace que el sistema escriba números aleatorios sobre esos bloques de disco siete veces seguidas, como ya hizo antes. Para entonces, la barricada está dispersa por toda la recepción de Ordo y los policías han entrado. Han sacado las armas y las mantienen apuntadas al techo con cara de no estar pasándoselo demasiado bien.

Queda una cosa por hacer. En realidad, es muy importante. La gente *de* Epiphyte emplea Tombstone para todo tipo de tareas, y no hay forma de saber si en algún otro lugar existen copias de la latitud y la longitud. Casi

toda Epiphyte está formada por empedernidos usuarios del ordenador, el tipo de persona con tendencia a escribir un pequeño script para realizar copias de seguridad y archivarlas semanalmente. Así que escribe su propio script que escribirá información aleatoria sobre todos los sectores de todo el disco duro, y luego lo hará de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, por siempre... o hasta que los policías tiren del cordón de corriente. Justo después de que pulse la tecla de retorno para enviar su comando a Tombstone, oye un zumbido eléctrico que proviene del furgón y que por un momento le pone los pelos de punta. Ve un policía en su ventana de vídeo, congelado. Luego la pantalla del ordenador se apaga.

Randy mira el viejo furgón. Los Enanos se felicitan unos a otros.

Se oye el silbido de las ruedas y el sonido de una colisión a baja velocidad en la calle. Como media docena de coches se han detenido lentamente, y algunos han golpeado por detrás a otros que todavía funcionan. El McDonald's ha quedado a oscuras. Los técnicos de televisión maldicen en el interior de sus unidades móviles. Los agentes de policía y los abogados están golpeando con las manos los walkie-talkies y los teléfonos móviles.

—Perdónenme —le dice Randy a los Enanos—, caballeros, ¿hay algo que les gustaría compartir conmigo?

—Acabamos de cargarnos todo el edificio —dice uno de los Enanos.

—¿Cargárselo en qué sentido?

—Le hemos enviado un enorme pulso electromagnético. Hemos freído todos los chips de los alrededores.

—¿Así que ahora no es más que tierra quemada? ¿Una de esas cosas de confiscadlo si queréis malditos federales, ahora no es más que un montón de basura inútil?

—Sí.

—Bien, ciertamente produjo su efecto en esos coches —dice Randy—, y definitivamente produjo efecto en este montón de basura que solía ser mi ordenador.

—No se preocupe... no afecta a los discos duros —dice el Enano—, así que todos sus archivos están intactos.

—Sé que espera que considere esa información como una buena noticia —dice Randy.

OceanofPDF.com

# Buda

Se aproxima un coche. Han hecho lo posible por ahogar el ruido del motor, pero suena a diesel. Goto Dengo está despierto, esperándolo, así como lo está el resto del campamento. Ya nadie se mueve en Bundok de día, menos los encargados de la radio y los que se ocupan de la artillería antiaérea. No les han dicho que MacArthur está en Luzón, pero todos ellos sienten la presencia del general. Los aviones norteamericanos recorren el cielo durante todo el día, relucientes y orgullosos, como naves espaciales provenientes de un lejano futuro que ninguno de ellos verá jamás, y la tierra resuena como una campana por el impacto de los distantes cañones navales. Los envíos se han hecho más pequeños pero más frecuentes: uno o dos camiones medio rotos cada noche, con los guardabarros traseros prácticamente arañando el suelo por la carga de oro.

El teniente Mori ha situado otra ametralladora en la entrada principal, oculta entre el follaje, por si resulta que algún norteamericano recorre la carretera en un jeep. En algún lugar entre la oscuridad, el cañón del arma sigue el coche a medida que éste salta por la carretera. Los hombres se conocen hasta el último altibajo del camino, y saben dónde se encuentra el vehículo escuchando el roce de la parte baja contra la capa dura, una firma de rayas y puntos metálicos.

Los faros del coche están apagados y los guardias de la entrada no se atreven a encender luces. Uno de ellos se arriesga a abrir una lámpara de queroseno y dirige el rayo a los visitantes. De entre la oscuridad salta el adorno de capó de un Mercedes, sostenido por una rejilla de radiador cromada. El rayo de la lámpara acaricia las defensas negras del coche, los

amplios tubos de escape plateados, sus estribos, manchados de la carne de jóvenes cocos, debe de haber golpeado una pila de camino aquí. En la ventanilla del conductor está el rostro de un hombre nipón de unos cuarenta años, tan macilento y cansado que parece a punto de estallar en lágrimas. Pero no es más que un chofer. Junto a él hay un sargento con una escopeta recortada; los rifles nipones por lo general son demasiado largos para blandir en el asiento delantero de un coche de lujo. Tras él, una cortina cerrada oculta lo que haya o quién haya en el asiento de atrás.

—¡Abra! —le exige el guardia, y el chófer alarga la mano y abre la cortina. El rayo de la linterna atraviesa la abertura y se refleja con fuerza sobre un rostro pálido en el asiento trasero. Varios soldados gritan. Goto Dengo retrocede, nervioso, pero luego se adelanta para ver mejor.

El hombre en el asiento trasero tiene una cabeza muy grande. Pero lo más extraño es que su piel es de un amarillo vivo —no el amarillo asiático normal— y reluce. Viste un extraño sombrero en punta, y mantiene una sonrisa tranquila en el rostro, una expresión que Goto Dengo no ha visto desde el comienzo de la guerra.

Aparecen más rayos de lámparas, el círculo de soldados y oficiales se acerca al Mercedes. Alguien abre la puerta trasera y a continuación da un salto como si le hubiese quemado.

El pasajero está sentado con las piernas cruzadas sobre el asiento trasero, asiento que ha quedado convertido en una V amplia bajo su peso.

Es un Buda de oro macizo, saqueado en algún lugar en la Esfera de Co-Prosperidad de la Gran Asia Oriental, que ha venido para meditar en serena oscuridad en lo alto del tesoro del Gólgota.

Resulta ser lo suficientemente pequeño para encajar por la entrada, pero demasiado grande para ir en una de las pequeñas vagonetas, de forma que los filipinos más fuertes deben emplear una hora en moverlo por el túnel pulgada a pulgada.

Los primeros envíos eran cajas bien preparadas, y las cajas venían con indicaciones pintadas que identificaban el contenido como munición de ametralladora, proyectiles de mortero o similares. Las cajas que llegan después ya no traen indicaciones. En cierto momento, el oro comienza a llegar en cajas de cartón y baúles podridos. Se abren continuamente, y los trabajadores recogen pacientemente el oro y lo llevan hasta la entrada del

túnel entre los brazos y lo arrojan en las vagonetas de mano. Los lingotes caen unos sobre otros y golpean las planchas de metal con un estruendo tan grande que hace huir bandadas de pájaros de entre los árboles. Goto Dengo no puede evitar examinar los lingotes. Vienen en diferentes tamaños, algunos de ellos tan grandes que se Precisan dos hombres para cargarlos. Vienen estampados con los nombres de bancos centrales de algunos lugares en los que Goto Dengo ha estado y muchos de los que sólo ha oído hablar: Singapur, Saigón, Batavia, Manila, Rangún, Hong Kong, Shanghai, Cantón. Hay oro francés que aparentemente se envió a Camboya, y oro holandés enviado a Yakarta, y oro británico enviado a Singapur, todo para mantenerlo alejado de manos alemanas.

Pero algunos envíos consisten por completo en oro enviado por el Banco de Tokio. Reciben cinco convoyes seguidos de ésos. Según el recuento que Goto Dengo mantiene en la cabeza, dos tercios del tonelaje almacenado en el Gólgota viene directamente de las reservas centrales niponas. Todo él está frío al tacto y viene almacenado en cajones buenos pero viejos. Concluye que fue enviado a Filipinas hace mucho tiempo y desde entonces ha esperado en un sótano de Manila, aguardando este momento. Deben de haber sido enviados más o menos simultáneamente cuando Goto Dengo era rescatado de la playa en Nueva Guinea, ya en el remoto 1943.

Lo sabían. Sabían desde entonces que iban a perder la guerra.

Como a mediados de enero, Goto Dengo ha empezado a recordar la masacre de Navidad con algo similar a la nostalgia, echando de menos la atmósfera de inocencia ingenua que hizo necesarias esas muertes. Hasta esa mañana, incluso él había conseguido convencerse de que el Gólgota era una reserva de armas que los soldados del emperador usarían algún día para iniciar la gloriosa reconquista de Luzón. Sabe que los trabajadores también lo creían. Ahora todos saben lo del oro, y el campamento ha cambiado. Todos comprenden que no habrá salida.

A principios de enero, los trabajadores están compuestos por dos tipos: los resignados a morir aquí y los que no. Este último grupo realiza diversos intentos, desesperados y poco metódicos, por escapar y son derribados por los guardias. La era de reservar la munición parece haber acabado, o quizá los guardias están demasiado enfermos y hambrientos para bajar de las

torres de vigilancia y clavar personalmente la bayoneta a toda la gente que se presenta para ser asesinada. Así que lo hacen con balas, y se deja que los cuerpos se hinchen y ennegrezcan. Bundok está embebido con su hedor.

Pero Goto Dengo apenas lo nota, porque el campamento está bañado por la tensión enfermiza y demente que siempre precede a una batalla. O eso supone; ha visto muchas cosas emocionantes en esta guerra, pero en realidad jamás ha estado en una batalla. Lo mismo es automáticamente cierto de la mayoría de los nipones estacionados aquí, porque esencialmente todos los nipones que van a una batalla acaban muertos. En este ejército o eres un novato o un cadáver.

En ocasiones, llega un maletín junto con el envío de oro. El maletín siempre está unido por unas esposas a la muñeca de un soldado que tiene granadas colgando por todo el cuerpo de forma que pueda volarse a sí mismo y al maletín a la estratosfera en caso de que el convoy fuese atacado por Huks. El maletín va directamente a la estación de radio de Bundok y su contenido se coloca en una caja fuerte. Goto Dengo sabe que deben contener códigos —no los libros normales, sino algún tipo de código especial que cambia cada día— porque cada mañana, después de la salida del sol, el oficial de radio realiza la ceremonia de quemar una única hoja de papel frente al barracón de transmisiones y destrozar luego la hoja quemada entre sus manos.

Es por medio de la estación de radio por donde recibirán la orden final. Todo está listo, y Goto Dengo repasa el complejo una vez al día comprobándolo todo. El túnel diagonal llegó finalmente, hace un par de semanas, hasta el túnel truncado en el fondo del lago Yamamoto. El túnel truncado estaba lleno de agua que se había filtrado por el tapón de cemento durante los meses que había estado allí, de forma que cuando al fin se unieron los dos túneles, varias toneladas de agua recorrieron el túnel diagonal hasta el interior del Gólgota. Se esperaba así y estaba planeado; toda ella fue a un sumidero y de allí al río Tojo. Ahora es posible recorrer por completo el túnel diagonal y mirar el tapón de cemento desde abajo. El lago Yamamoto está al otro lado. Goto Dengo va allí cada dos días, supuestamente para examinar el tapón y sus cargas de demolición, pero en realidad para comprobar los progresos que, sin conocimiento del capitán Noda, están realizando las cuadrillas de Wing y Rodolfo. En su mayoría,

perforan hacia arriba, creando más de esos pozos cortos, verticales y que no llevan a ningún sitio, y ampliando las cámaras que dejan arriba. El sistema (incluyendo los nuevos «pozos de ventilación» ordenados por el general y cavados desde la parte alta al este de la cresta) tiene ahora este aspecto:



En el interior del complejo de almacenamiento primario hay una pequeña sala que el capitán Noda ha denominado Sala de la Gloria. Ahora mismo no tiene un aspecto demasiado glorioso. En su mayoría está ocupada por marañas de cables que llegan hasta allí desde todos los puntos del complejo Gólgota, y que cuelgan del techo o recorren el suelo con etiquetas de papel escritas a mano que dicen cosas como CARGAS DE DEMOLICIÓN DE LA ENTRADA PRINCIPAL. Hay varias cajas de baterías de plomo ácido para suplir la electricidad para las detonaciones, y para dar a Goto Dengo algunos minutos de luz eléctrica que le permitan leer esas etiquetas de papel. En un extremo de la Sala de la Gloria hay cajas extra de dinamita y detonadores en caso de que algunos túneles necesiten un poco de destrucción adicional, y rollos de mecha roja en caso de que el sistema eléctrico falle por completo.

Pero la orden de demolición no ha llegado todavía, así que Goto Dengo hace lo que hacen los soldados que esperan la muerte. Escribe cartas a su familia que nunca se entregarán o siquiera enviarán. Fuma. Juega a las cartas. Va y comprueba el equipo una vez, y luego otra. Pasa una semana sin recibir oro. Veinte prisioneros intentan escapar juntos. Los que no quedan destrozados por las minas quedan atrapados en el alambre de espino y reciben un tiro por parte de un equipo formado por dos guardias, uno que apunta la linterna y otro que apunta el rifle. El capitán Noda pasa toda la noche, todas las noches, paseándose de un lado a otro de la entrada principal fumando cigarrillos, luego, en la madrugada, bebe hasta quedarse dormido. Los responsables de la radio se quedan sentados frente a su aparato viendo cómo los tubos se iluminan, saltando como si fuesen ancas

de rana electrificadas cada vez que una débil secuencia de bips viene por su frecuencia. Pero la orden no llega.

Una noche, como la primera vez, regresan los camiones. El convoy debe contener todos los vehículos a motor que les quedan a los nipones en Luzón. Llegan todos juntos, provocando un tumulto que puede oírse media hora antes de que alcancen la puerta. Después de que el contenido se haya descargado y colocado en el suelo, los soldados que guardan el convoy se quedan en Bundok. Los únicos que regresan son los conductores.

Se precisan dos días para meter ese último cargamento en los túneles. Uno de los camiones de trasbordo se rompe definitivamente y se canibaliza para mantener el otro en marcha. Funciona con la mitad de los cilindros y está tan débil que los trabajadores deben empujarlo por la carretera del río y deben tirar de él con cuerdas para ayudarle en los momentos más difíciles. Finalmente ha empezado a llover y el río Tojo está subiendo.

La bóveda principal está casi completamente llena de tesoros, y también la bóveda de los tontos. El nuevo envío debe encajar allí donde pueda; lo sacan de las cajas y lo encajan entre los huecos. Las cajas vienen marcadas con águilas de dos cabezas y svásticas, y los lingotes que hay en su interior vienen de Berlín, Viena, Varsovia, Praga, París, Ámsterdam, Riga, Copenhague, Budapest, Bucarest y Milán. También hay cajas de cartón llenas de diamantes. Algunas de las cajas todavía están húmedas y huelen a mar. Al verlas, Goto Dengo sabe que un gran submarino debe haber llegado desde Alemania, cargado de tesoros nazis. Eso explica el recalmón de dos semanas: han estado esperando la llegada de ese submarino.

Goto Dengo trabaja en los túneles durante dos días, armado con una lámpara de minero, metiendo joyas y lingotes de oro en las grietas. Entra en una especie de trance que finalmente es interrumpido por un golpe grave que reverbera por la roca.

Artillería, piensa. O bombas de uno de los aviones de MacArthur.

Sale por el pozo de ventilación principal en lo alto de la cresta, donde es de día. Le entristece ver que no se está produciendo ninguna batalla. MacArthur no va a rescatarle. El teniente Mori ha llevado a casi todos los trabajadores hasta allí arriba, y tiran de cuerdas, arrastrando el pesado equipo de Bundok y arrojándolo al interior de los «pozos de ventilación» recién cavados. Los dos camiones están ahí arriba, y hombres con sopletes

y almádanas los están convirtiendo en piezas lo suficientemente pequeñas para entrar por los pozos. Goto Dengo llega justo a tiempo para ver el bloque del motor del generador de la estación de radio caer por un pozo hasta la oscuridad. Inmediatamente le sigue el resto del equipo de radio.

En algún lugar cercano, oculto por los árboles, alguien gruñe con fuerza, realizando un trabajo físico. Es un gruñido de artes marciales, que viene directamente del diafragma.

—¡Teniente Goto! —dice el capitán Noda. Está atontado por el alcohol —. Sus obligaciones están abajo.

—¿Qué fue ese ruido?

Noda le indica que se acerque a un saliente desde el que pueden ver el valle del río Tojo. Goto Dengo, inestable por varias razones, sufre un ataque de mareo y casi se cae. El problema es la desorientación: no reconoce el río. Hasta ahora, ha sido siempre unos pocos hilillos de agua trenzados sobre un lecho rocoso. Incluso antes de que trazasen la carretera hasta aquí arriba, casi podías llegar hasta la cascada saltando de una roca seca hasta la siguiente.

Ahora, de pronto, el río es ancho, profundo y turbio. Aquí y allá sobresalen las puntas de algunas grandes rocas.

Recuerda algo que vio hace un centenar de años, en una encarnación anterior, en otro planeta: una sábana del Hotel Manila sobre la que había dibujado un mapa tosco. El río Tojo dibujado con una línea gruesa de tinta de estilográfica.

—Hemos dinamitado el deslizamiento de montaña—dice Noda—, según el plan.

Hace mucho tiempo, colocaron rocas sobre un estrechamiento del río, listas para crear una pequeña presa. Pero hacer estallar la dinamita se suponía que sería prácticamente lo último que harían antes de sellarse en el interior.

—Pero no estamos listos —dice Goto Dengo. Noda ríe. Parece estar muy animado.

—Lleva un mes diciéndome que estamos listos.

—Sí —dice el teniente Goto, lentamente y con voz poco clara—, tiene razón. Estamos listos.

Noda le da una palmada en la espalda.

—Debe ir a la entrada principal antes de que se inunde.

—¿Mi equipo?

—Su equipo le espera allí.

Goto Dengo comienza a recorrer el sendero que le llevará a la entrada principal. Por el camino, pasa junto a otro pozo de ventilación. Varias docenas de trabajadores hacen cola, con los pulgares atados a la espalda con alambre, vigilados por soldados con las bayonetas caladas. Uno a uno, los prisioneros se arrodillan en el borde del pozo. El teniente Mori golpea la nuca de cada cuello con su espada de oficial produciendo un sonido terrible. Cabeza y cuerpo caen por el pozo de ventilación y se oye, un par de segundos más tarde, el sonido de carne entrechocando al dar con los otros cuerpos que están allá abajo. Cada hoja y guijarro en un radio de tres metros de la abertura del pozo está saturado de brillante sangre roja, y también lo está el teniente Morí.

—No se preocupe por eso —dice el capitán Noda—. Me aseguraré de que el resto de los pozos se rellenen con escombros, como decidimos. La jungla crecerá sobre ellos mucho antes de que los norteamericanos encuentren este lugar.

Goto Dengo aparta la vista y se vuelve para seguir su camino.

—¡Teniente Goto! —dice una voz. Es el teniente Mori, deteniéndose un momento para recuperar el aliento. Un filipino se arrodilla frente a él, murmurando una oración en latín, agitando un rosario que cuelga de sus manos atadas.

—Sí, teniente Mori.

—Según mi lista, hay seis prisioneros asignados a usted. Los necesitaré.

—Esos seis prisioneros están abajo, ayudando a cargar el último envío.

—Pero todo el envío ya está en los túneles.

—Pero no está bien colocado. El propósito de la bóveda de los tontos pierde sentido si dejamos oro y diamantes por ahí de tal forma que guiemos a los ladrones a las cavernas más profundas. Necesito a esos hombres para continuar con el trabajo.

—¿Se responsabiliza por completo de ellos?

—Sí —dice Goto Dengo.

—Si son sólo seis —dice el capitán Noda—, entonces su equipo podrá mantenerlos bajo control.

—Le veré en Yasukuni, Goto Dengo —dice el teniente Mori.

—Eso espero —dice Goto Dengo. No añade que a esas alturas Yasukuni debe ser un lugar abarrotado, y que probablemente les resultará muy difícil dar el uno con el otro.

—Le envidio. El final será más largo y duro para los que permanezcamos fuera. —El teniente Mori golpea con la espada la nuca del filipino, cortándole entre Ave y María.

—Su heroísmo tendrá su recompensa —dice Goto Dengo.

El equipo del teniente Mori le espera abajo, frente a la ratonera que lleva al Gólgota: cuatro soldados escogidos a mano. Cada uno lleva su banda de mil puntadas, y por tanto cada uno lleva una bola naranja en el centro de la frente, que a Goto Dengo no le recuerda el Sol Naciente sino una herida producida por un proyectil al salir. El agua ya les llega a los muslos, y el túnel de entrada está medio lleno. Cuando llega Goto Dengo, seguido de cerca por el capitán Noda, los hombres vitorean educadamente.

Goto Dengo se agacha en la entrada. Sólo su cabeza y hombros permanecen sobre el agua. Frente a él el túnel es negro. Se requiere un poderoso esfuerzo de voluntad para entrar. Pero no es peor que lo que solía hacer en las minas abandonadas, en Hokkaido.

Claro está, las minas abandonadas no iban a ser derribadas por dinamita a su espalda.

Seguir significa su oportunidad de sobrevivir. Si vacila, Noda le matará allí mismo, y a toda su cuadrilla, y enviará a otros para dar por terminado el trabajo. Noda se aseguró de que otros supiesen cómo hacerlo.

—Le veré en Yasukuni —le dice al capitán Noda, y sin esperar respuesta, chapotea hacia la oscuridad.

*OceanofPDF.com*

# Pontifex

Cuando consigue llegar a la sala de embarque de Air Kinakuta, Randy ya ha olvidado cómo ha llegado al aeropuerto. Realmente no lo recuerda. ¿Paró un taxi? No parece muy probable, sobre todo en el centro de Los Altos. ¿Consiguió que le llevase algún hacker? No puede haber conducido él mismo el Acura, ya que los circuitos electrónicos del coche quedaron fritos por el disparo de la pistola de impulsos electromagnéticos. Había sacado la documentación de la guantera y lo había vendido en un concesionario Ford, a unas tres manzanas, a cambio de cinco mil dólares en efectivo.

Ah, ya. El comercial de Ford le había acercado hasta el aeropuerto. Siempre ha querido probar el truco de acercarse al mostrador de alguna exótica línea aérea extranjera y decir: —Un pasaje para el próximo vuelo a X.

Pero acaba de hacerlo y no ha sido tan genial ni romántico como esperaba. Más bien resultó desagradable, estresante y caro. Tuvo que comprar un billete de primera clase, que le costó la mayor parte de los cinco mil dólares. Pero ahora mismo no le apetece atormentarse por cómo está administrando sus finanzas, es decir, en un momento en que la suma total de sus activos es un número negativo que sólo puede expresarse empleando notación científica. Hay una alta probabilidad de que no haya conseguido borrar el disco duro de Tombstone antes de que la policía lo confiscase, y de que, por lo tanto, la demanda del Dentista tenga éxito.

De camino a la terminal se detiene y contempla un grupo de teléfonos durante un momento. Desea enormemente comunicarle a los Shaftoe los

últimos acontecimientos. Estaría bien si pudiesen, de algún modo, limpiar de tesoros el submarino hundido, lo más rápidamente posible, reduciendo su valor y, por tanto, el daño que el Dentista pueda infligirle a Epiphyte.

Los cálculos son muy simples. El Dentista tiene un modo de reclamar daños a Epiphyte. La suma de esos daños es *x,* donde *x* es lo que el Dentista, como accionista minoritario, habría obtenido como ganancias si Randy hubiese sido lo bastante responsable como para redactar un contrato mejor con Semper Marine. Si dicho contrato hubiese especificado un reparto a partes iguales, entonces *x* sería igual al cincuenta por ciento del valor efectivo de los restos del naufragio, multiplicado por la décima parte de Epiphyte propiedad del Dentista, menos un pequeño porcentaje por los impuestos y otros efectos de rozamiento del mundo real. O sea que si hay diez millones de dólares en los restos del naufragio, entonces *x* resulta ser alrededor de medio millón de pavos.

Para obtener el control de Epiphyte, el Dentista debe adquirir un cuarenta por ciento adicional de las acciones de la compañía. El precio de esas acciones (si estuviesen a la venta) sería simplemente 0,4 veces el valor de Epiphyte. Llamémosle *y.*

Si $x > y$, el Dentista gana. Ya que entonces el juez dirá:

—Usted, Epiphyte, le debe a este pobre y afligido accionista minoritario *x* dólares. Pero dada la alarmante situación de las finanzas de la compañía, veo que no tiene usted forma de conseguir esa cantidad de dinero. Por lo tanto la única forma de pagar la deuda es darle al demandante el único activo que usted posee en abundancia, o sea, sus asquerosas acciones. Y ya que el valor de toda la compañía es muy, muy próximo a cero, va a tener que darle casi todas las acciones.

Así que, ¿cómo conseguir que $x < y$? O bien reduciendo el valor de los restos del naufragio, sacando el oro de allí, o bien aumentando el valor de Epiphyte, mediante... exactamente ¿qué?

En otras circunstancias tal vez pudiesen sacar la compañía a Bolsa. Pero organizar una salida a Bolsa lleva meses. Y ningún inversor va a arriesgarse estando por medio la demanda legal del Dentista.

Randy tiene una visión de sí mismo conduciendo a través de la jungla con una excavadora, levantando el enorme montón de lingotes de oro que encontró con Doug, llevándolo directamente a un banco y depositándolo en

la cuenta de Epiphyte. Eso lo arreglaría todo. La idea hizo que se estremeciese, mientras permanecía allí parado, en medio de la terminal internacional.

A su izquierda, pasa en tropel una especie de grupo o multitud cargada de mujeres y niños, y Randy oye algunas voces familiares. Su mente se ha aferrado como un calamar hambriento en torno a esa idea del oro-en-la-jungla, y para volver a la realidad durante unos segundos debe apartar los tentáculos, despegando las ventosas una a una. Finalmente se centra en el apresurado grupo y lo identifica como la familia de Avi: Devorah, un puñado de niños y las dos niñeras, sujetando pasaportes y billetes de El Al. Los niños son pequeños y con tendencia a salir disparados de forma repentina, los adultos están tensos y poco dispuestos a dejar que se alejen, así que el movimiento del grupo a lo largo de la terminal presenta el aspecto general de una partida de sabuesos encaminándose hacia la dirección aproximada de la carne fresca. Es probable que Randy sea personalmente responsable de este éxodo y realmente preferiría esconderse en el lavabo de caballeros y desaparecer por el desagüe, pero tiene que decir algo. Así que alcanza a Devorah y la sorprende ofreciéndose a llevarle la bolsa con las cosas de los niños que tiene colgada al hombro. La cual resulta ser asombrosamente pesada: varios litros de zumo de manzana, estima, además de toda la infraestructura necesaria para enfrentarse a un ataque de asma, y tal vez unos cuantos lingotes de oro macizo por si se produce algún tipo de crisis civil a escala planetaria durante el viaje.

—Entonces... Uh... ¿os vais a Israel?

—El Al no vuela a Acapulco.

¡Paf! Devorah está en plena forma.

—¿Te dio Avi alguna explicación del por qué?

—¿Me lo estás preguntando? Asumía que precisamente tú lo sabrías —le responde Devorah.

—Bueno, las cosas han sido, ciertamente, volátiles —dice Randy—. No sé si justifican el salir del país.

—Entonces ¿qué haces en el aeropuerto con un billete de Air Kinakuta asomando por el bolsillo?

—Oh, ya sabes... asuntos de negocios que deben resolverse.

—Pareces realmente deprimido. ¿Tienes algún problema? —le pregunta Devorah.

Randy suspira.

—Depende. ¿Y tú?

—¿Yo qué? ¿Si tengo un problema? ¿Por qué iba a tener un problema?

—Porque te han dado diez minutos para hacer las maletas y abandonar tu casa.

—Nos vamos a Israel, Randy. Eso no es abandonar nuestra casa. Es volver a casa. —O puede que diga «cambiar de casa». Sin una trascripción, Randy no puede estar seguro.

—Ya, pero sigue siendo una molestia...

—¿Comparado con qué?

—Comparado con quedarte en casa y vivir tu vida.

—Ésta es mi vida, Randy. —Con eso Devorah está dando por zanjado un tema delicado. Randy se imagina que está increíblemente molesta pero sujeta a algún acuerdo de confidencialidad y no divulgación emocional. Eso probablemente es mejor que las otras dos únicas alternativas que se le ocurren, que son (1) desmoronarse entre recriminaciones histéricas y (2) la serenidad beatífica. Es una actitud del tipo yo-me-ocupo-de-mis-asuntos, tú-ocúpate-de-los-tuyos, por-qué-te-metes. De repente, Randy se siente como un idiota por haberle cogido la bolsa a Devorah. Es evidente que ella simplemente se encuentra más allá del horror, preguntándose por qué el maldito Randy se afana como un maletero en ese momento crítico. Como si ella y las niñeras no fuesen capaces de arrastrar un saco por un pasillo. ¿Acaso se ha ofrecido ella, Devorah, recientemente a ayudar a Randy con algún programa? Y si realmente Randy no tiene nada mejor que hacer, ¿por qué no se comporta como un hombre, se ata granadas por todo el cuerpo y le da un gran abrazo al Dentista?

—Asumo que te pondrás en contacto con Avi antes de despegar. ¿Le darías un mensaje? —comenta Randy.

—¿Cuál es el mensaje?

—Cero.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso —contesta Randy.

Puede que Devorah no esté familiarizada con la costumbre de Randy y Avi de no malgastar el valioso ancho de banda, comunicándose en código binario, bit a bit, à *la* Paul Revere y la Old North Church. En esta ocasión, «cero» significa que Randy no consiguió borrar todos los datos del disco duro de Tombstone.

La sala de espera de primera clase de Air Kinakuta, con su servicio de bar gratuito y un concepto de servicio marcadamente no-americano, atrae su atención. Randy la evita porque sabe qué si entra allí se hundirá directamente en un coma profundo y tendrán que subirlo a bordo del 747 en una carretilla elevadora. En lugar de eso pasea por el aeropuerto, aferrándose la cadera de forma espasmódica cada vez que vuelve a darse cuenta de que no lleva el portátil colgado de ella. Le está costando habituarse al hecho de que la mayor parte del portátil está dentro de un contenedor de basura en el concesionario Ford donde se desembarazó del Acura. Mientras esperaba a que su hombre volviese apresuradamente del banco con cinco de los grandes, usó los destornilladores de su equipo de herramientas multiuso de bolsillo para extraer el disco duro del portátil y luego tiró el resto.

Del techo de la terminal de salidas cuelgan enormes monitores de televisión, que muestran el Canal del Aeropuerto, un desfile de noticias breves todavía más penosamente superficiales que los habituales espacios de noticias de la televisión, mezcladas con abundante información meteorológica y bursátil. Randy se impresiona, aunque no está exactamente sorprendido, al ver escenas de los Adeptos al Secreto con sus sombreros negros ejercitando sus derechos de la Segunda Enmienda en las calles de Los Altos, de la barricada de Ordo precipitándose hacia la cámara, y la policía cayendo sobre ella con las armas en la mano. Se muestra una imagen de Paul Comstock mientras sube a una limusina, deteniéndose para decir algo, con aspecto saludable y engreído. La opinión convencional de los expertos en las noticias de televisión es que la imagen lo es todo, y si es así entonces éste es un gran triunfo para Ordo, que parece la víctima de criminales dictatoriales. Lo que no ayuda en nada a Epiphyte, ya que Ordo es, o debería ser, tan sólo un espectador. Se supone que se trata de un conflicto privado entre el Dentista y Epiphyte, y ahora se ha convertido en

un conflicto público entre Comstock y Ordo, y eso hace que Randy se sienta irritado y confuso.

Sigue adelante, se sube a su avión y comienza a comer caviar. Normalmente no toma nada en los aviones, pero el caviar posee un toque de decadencia tipo tocando-mientras-arde-Roma que le sienta bien en estos momentos. Como es habitual en él, Randy lee realmente los folletos informativos colocados entre las revistas de líneas aéreas y las bolsas para los vómitos. Uno de ellos recalca el hecho de que los pasajeros de clase Sultán (como llaman a los pasajeros de primera clase) no sólo pueden hacer llamadas al exterior desde sus asientos sino que también pueden recibirlas. Así que Randy marca el número del teléfono GSM de Douglas MacArthur Shaftoe. Es un número de teléfono de Australia, pero sonará en cualquier lugar del planeta. Ahora mismo son aproximadamente las seis a.m. en Filipinas, pero Doug debe estar despierto, y efectivamente responde al teléfono al segundo aviso. Por el sonido de cláxones y motores Randy deduce que está atascado en medio del tráfico de Manila, probablemente en la parte trasera de un taxi.

—Soy Randy, desde un avión —dice Randy—. Un avión de Air Kinakuta.

—¡Randy! Vaya, acabo de verte en la televisión —dice Doug. Es necesario un minuto para que esa idea penetre en su mente; Randy ha tomado un par de vodkas para limpiar el paladar del sabor del caviar.

—Sí—prosigue Doug—, puse la CNN cuando me desperté y te vi sentado en lo alto de un coche tecleando. ¿Qué sucede?

—¡Nada! ¡Nada en absoluto! —contesta Randy. Se imagina que se trata de un gran golpe de suerte. Ahora que Doug le ha visto en la CNN estará más dispuesto a tomar medidas extremadamente dramáticas basándose en la pura paranoia. Randy bebe un trago de vodka y dice:

—¡Guau! El servicio de la clase Sultán es genial. En cualquier caso, si buscas sobre Ordo en Internet verás que esa estupidez no tiene nada que ver con nosotros. Nada.

—Es curioso, porque Comstock niega que se hayan tomado medidas contra Ordo —dice Doug. Al hablar de negativas oficiales por parte del gobierno de Estados Unidos, los veteranos de guerra de Vietnam como Doug son capaces de conseguir una ironía que es casi tan sutil como tener

cables de arranque automotrices conectados directamente a tus empastes, pero mucho más divertida. El vodka llega casi hasta la mitad de la nariz de Randy antes de que consiga controlarlo—. Dicen que se trata tan sólo de un antiguo pleito civil sin importancia —dice Doug, ahora con un tono inocente y suave como un pétalo.

—El que Ordo sea un proveedor de material que el gobierno odia y teme es tan sólo una coincidencia —conjetura Randy.

—Exacto.

—Bien, entonces seguro que no hay nada de que preocuparse aparte de nuestros problemas con el Dentista —dice Randy.

—¿Cuáles son esos problemas, Randy?

—Se produjeron en mitad de la noche, según tu horario. Seguro que tendrás unos cuantos faxes interesantes esperándote esta mañana.

—Bien, entonces puede que deba echarles una miradita —dice Doug Shaftoe.

—Puede que te llame cuando llegue a Kinakuta —dice Randy.

—Que tengas un buen vuelo, Randall.

—Que tengas un buen día, Douglas.

Randy devuelve el teléfono a su soporte en el brazo del asiento y se prepara para hundirse en un bien merecido coma aéreo. Pero cinco minutos después suena el teléfono. Resulta tan desorientador el que a uno le suene el teléfono en un avión que durante unos segundos no sabe qué hacer. Cuando por fin comprende lo que sucede, tiene que consultar el folleto de instrucciones para descubrir cómo responder.

Cuando consigue encenderlo y lo tiene al oído, una voz dice:

—¿Eso es lo que entiendes por sutil? ¿Crees que tú y Doug Shaftoe sois las únicas personas del mundo que saben que los pasajeros de clase Sultán pueden recibir llamadas desde el exterior?

Randy está seguro de que nunca ha oído esa voz con anterioridad. Es la voz de un hombre viejo. No se trata de una voz cansada o quebrada por la edad, sino de una voz que se ha ido desgastando suavemente, como los escalones de una catedral.

—Hum, ¿quién es?

—¿Me equivoco al pensar que deseas que el señor Shaftoe busque un teléfono público y te devuelva la llamada?

—¿Quién es usted, por favor?

—¿Crees que será más seguro que su GSM? En realidad no lo es.

La persona que habla hace pausas con frecuencia, antes, durante y después de las frases, como si hubiese pasado mucho tiempo a solas y tuviese dificultades para seguir el ritmo de una conversación.

—De acuerdo —dice Randy—. Sabe quién soy y a quién estaba llamando. Así que obviamente me vigila. No trabaja para el Dentista, supongo. Eso nos deja a... ¿quién?, ¿el gobierno de Estados Unidos?, ¿la NSA?, ¿es eso?

El hombre ríe.

—Por lo general, los chicos de Fort Meade no se molestan en contactar con las personas a las que intervienen el teléfono. —La voz tiene una nitidez poco norteamericana, ligeramente del norte de Europa—. En tu caso la NSA podría hacer una excepción, cierto; en la época en que estuve allí eran grandes admiradores del trabajo de tu abuelo. De hecho, les gustaba tanto que lo robaron.

—No hay mayor halago, supongo.

—Deberías ser multimillonario, Randy. Gracias a Dios, no lo eres.

—¿Por qué lo dice?

—Oh, porque entonces serías un hombre extremadamente inteligente que nunca se ve en situación de tomar decisiones difíciles, que nunca necesita ejercitar su mente. Es un estado mucho peor que ser un imbécil.

—¿Trabajó mi abuelo para usted en la NSA? —No aceptó. Dijo que tenía una oferta mejor. Así que mientras construía ordenadores cada vez mejores para solucionar el desafío Harvard-Waterhouse de búsqueda de factores primos, mis amigos de la NSA le observaban, y aprendían.

—Y usted hizo lo mismo.

—¿Yo? Oh, no, yo apenas sé manejar un soldador. Yo me dedicaba a vigilar a la NSA mientras ellos vigilaban a tu abuelo.

—En beneficio de... ¿quién? No me lo diga... ¿eruditorum.org?

—Bien hecho, Randy.

—¿Cómo debería llamarte...? ¿Root? ¿Pontifex?

—Pontifex es una bonita palabra.

—Cierto —dice Randy—. La comprobé, buscando pistas en la etimología... es una antigua palabra latina que significa «sacerdote».

—Los católicos llaman al Papa «Pontifex Maximus», o pontífice, para abreviar —dice Pontifex amistosamente—. Pero los paganos la empleaban también para referirse a sus sacerdotes, y los judíos a sus rabinos... es tan ecuménica.

—Pero el significado literal es «constructor de puentes», así que es un buen nombre para un criptosistema —añade Randy.

—O para mí, espero —dice Pontifex secamente—. Me alegro de que lo veas así, Randy. Mucha gente consideraría a un criptosistema como un muro, más que un puente.

—Bien, caray. Es agradable conocerte telefónicamente, Pontifex.

—El placer es mutuo.

—Últimamente has estado muy silencioso por correo electrónico.

—No quería asustarte. Me temía que si seguía molestándote pensarías que estaba haciendo proselitismo.

—En absoluto. Por cierto... los que saben piensan que tu criptosistema es extravagante, pero bueno.

—No tiene nada de extravagante, cuando lo entiendes —dice Pontifex educadamente.

—Bien, hum, ¿a qué se debe esta llamada? Obviamente tus amigos siguen vigilándome por cuenta de... ¿quién, exactamente?

—Ni siquiera lo sé —dice Pontifex—. Pero sé que intentas romper Aretusa.

Randy tampoco recuerda haber pronunciado nunca la palabra «Aretusa». Estaba impresa en los envoltorios de los bloques de tarjetas ETC que pasaba por el lector de tarjetas de Chester. Ahora recuerda una caja que estaba dentro del viejo camión de su abuelo, que ponía *Desafío Harvard-Waterhouse de búsqueda de factores primos, con* fecha de principios de los cincuenta. Eso al menos le proporciona una fecha que poder colgarle a Pontifex.

—Estuviste en la NSA a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta —dice Randy—. Seguro que debes haber trabajado con Harvest.

—Harvest había sido un superordenador descodificador legendario, tres décadas por delante de su tiempo, construido por ingenieros ETC que trabajaban contratados por la NSA.

—Ya te lo dije —dice Pontifex—. El trabajo de tu abuelo nos resultó muy útil.

—Chester tenía a un ingeniero ETC retirado trabajando en su equipo de tarjetas —dice Randy—. Me ayudó a leer las tarjetas Aretusa. Vio los envoltorios. Es amigo tuyo. Te llamó.

Pontifex se ríe en voz baja.

—Entre los de nuestro grupito, es difícil encontrar una palabra con más recuerdos asociados a ella que Aretusa. Casi se cae al suelo cuando la vio. Me llamó desde el teléfono de su barco, Randy.

—¿Por qué? ¿Por qué era tan importante Aretusa?

—¡Porque pasamos diez años de nuestras vidas intentando descifrar el maldito código! ¡Y fracasamos!

—Debe haber sido realmente frustrante —dice Randy—. Todavía pareces enfadado.

—Estoy enfadado con Comstock.

—No te referirás a...

—No me refiero al fiscal general, Paul Comstock. Sino a su padre. Earl Comstock.

—¿Cómo? ¿El tipo que Doug Shaftoe tiró del telesilla? ¿El de Vietnam?

—¡No, no! Quiero decir, sí. Earl Comstock fue en gran parte responsable de nuestra política sobre Vietnam. Y Doug Shaftoe consiguió sus quince minutos de fama tirándole de un telesilla en, creo, 1979. Pero toda esa estupidez de Vietnam fue sólo una coda a su verdadero trabajo.

—Que fue...

—Earl Comstock, a quien tu abuelo informaba en Brisbane durante la Segunda Guerra Mundial, fue uno de los fundadores de la NSA. Y fue mi jefe desde 1949 hasta 1960 aproximadamente. Estaba obsesionado con Aretusa.

—¿Por qué?

—Estaba convencido de que se trataba de un código comunista. Y que si conseguíamos romperlo podría servirnos para descifrar algunos códigos

soviéticos posteriores que nos estaban creando dificultades. Lo que era ridículo. Pero él lo creía, o pretendía creerlo, así que estuvimos años rompiéndonos la cabeza con Aretusa. Hombres resistentes sufrieron crisis nerviosas. Hombres brillantes llegaron a la conclusión de que eran estúpidos. Al final resultó que todo era una broma.

—¿Una broma? ¿A qué te refieres?

—Pasamos esos fragmentos por Harvest hacia delante y hacia atrás. Solíamos bromear diciendo que las luces se debilitaban en Washington y Baltimore cuando trabajábamos en Aretusa. Todavía me sé de memoria los grupos iniciales, AADAA FGTAA y lo que sigue. ¡Esas dobles aes! La gente escribía tesis sobre su significado. Al final llegamos a la conclusión de que eran pura coincidencia. Inventamos todo un nuevo sistema de criptoanálisis para estudiarlos, escribimos nuevos volúmenes del *Criptonomicón.* Los datos eran casi aleatorios. Buscar pautas en ellos era como intentar leer un libro que hubiese sido quemado y cuyas cenizas se hubiesen mezclado con el hormigón de la presa Hoover. Nunca conseguimos nada que valiese la pena.

«Después de unos diez años comenzamos a utilizarlo como inocentada para los nuevos reclutas. Por aquel entonces la NSA se estaba haciendo inmensamente grande, contratábamos a todos los más brillantes prodigios matemáticos de Estados Unidos, y cuando nos encontrábamos con alguno especialmente engreído le poníamos en el proyecto Aretusa para enviarle el mensaje de que no era tan listo como pensaba. Les bajamos los humos a muchos chicos con ese jeroglífico. Pero entonces, en torno a 1959, llegó ese chico, el más inteligente que habíamos visto, y lo descifró.

—Bien, asumo que no me has llamado sólo para mantenerme en suspenso —dice Randy—. ¿Qué es lo que descubrió?

—Descubrió que los fragmentos de Aretusa no representaban en absoluto mensajes codificados. Eran simplemente el resultado de una particular función matemática, una función zeta de Riemann, que tiene muchos usos, uno de ellos servir como generador de números aleatorios en algunos criptosistemas. Demostró que si iniciabas esta función de una forma específica, y luego le dabas, como entrada, una secuencia de números concreta, el resultado sería la secuencia exacta que estaba en esos

fragmentos. Así que eso era todo lo que contenía. Y casi acaba con la carrera de Comstock..

—¿Por qué?

—En parte por la insensata cantidad de dinero y recursos que había invertido en el proyecto Aretusa. Pero principalmente porque la secuencia de entrada, la semilla para el generador de números aleatorios, era el nombre del jefe. C-O-M-S-T-O-C-K.

—Estás de broma.

—Teníamos la prueba frente a nosotros. Era impecable desde un punto de vista matemático. Así que, o bien el propio Comstock había generado los fragmentos de Aretusa, y había sido lo bastante estúpido como para utilizar su propio nombre como semilla, y créeme, realmente era esa clase de tipo, o bien alguien le había gastado una inmensa broma.

—¿Qué es lo que crees tú que sucedió?

—Bueno, en primer lugar nunca divulgó dónde había conseguido esos fragmentos, así que era difícil formarse una hipótesis. Yo me inclino por la teoría de la broma, porque era el tipo de hombre que hace que sus subordinados sientan la necesidad de burlarse de él. Pero al final dio lo mismo. Lo expulsaron de la NSA cuando tenía cuarenta y seis años. El típico hombre gris, un veterano de guerra, un tecnócrata con indemnización de alta seguridad y un montón de contactos en las altas esferas. De ahí pasó casi directamente al Consejo de Seguridad Nacional de Kennedy, y el resto es historia.

—¡Guau! —exclama Randy, admirado—. ¡Menudo gilipollas!

—Sí —afirma Pontifex—. Y ahora su hijo... bueno, no me hagas empezar a hablar de su hijo.

Mientras la voz de Pontifex se apaga, Randy pregunta:

—Entonces, ¿por qué motivo me llamas?

Pontifex tarda unos segundos en responder, como si él mismo estuviese lidiando con la pregunta. Aunque Randy duda que ése sea el motivo de su silencio. «Alguien intenta enviarte un mensaje.»

—Supongo que me siento consternado ante la sola idea de más jóvenes brillantes estrellándose contra Aretusa. Hasta que recibí esa llamada desde un barco en el lago Washington, había pensado que se trataba de un asunto muerto y enterrado.

—¿Pero por qué debía importarte?

—Ya te han estafado una fortuna en patentes informáticas —dice Pontifex—. No sería justo.

—Entonces se trata de compasión.

—Además, como ya te dije, el trabajo de mi amigo consiste en mantenerte bajo vigilancia. Va a oír casi cada palabra que pronuncies durante los próximos meses, o al menos leerá las transcripciones. El que tú y Cantrell y los demás os pasaseis todo ese tiempo lamentándoos sobre Aretusa sería más de lo que podría soportar. Un espantoso *dejà vu*. Intolerablemente kafkiano. Así que, por favor, dejadlo correr.

—Bien, gracias por el aviso.

—De nada, Randy. Y ¿puedo darte un consejo?

—Eso es lo que se supone que hace Pontifex.

—Antes de nada una advertencia: llevo un tiempo fuera de circulación. No se me ha pegado esa reticencia posmoderna a hacer juicios de valor.

—De acuerdo, estoy preparado.

—Mi consejo: intenta construir la mejor Cripta que te sea posible.

Tus clientes, o algunos de ellos, en todo caso, son, a todos los efectos prácticos, primitivos. Te harán rico o te matarán, como si hubiesen salido directamente de una nota a pie de página de un libro de Joseph Campbell.

—¿Te refieres a los típicos capos de la droga colombianos?

—Sí, pero también hablo de ciertos hombres blancos, vestidos con traje. Basta una generación para revertir al estado salvaje.

—Bueno, proporcionamos los más avanzados servicios criptográficos a todos nuestros clientes, incluso a los que llevan huesos en la nariz.

—¡Excelente! Y ahora, por mucho que me desagrade despedirme con algo tan sombrío, debo decirte adiós.

Randy cuelga y el teléfono vuelve a sonar casi inmediatamente.

—¿Te has vuelto importante de repente? —dice Doug Shaftoe—. Te llamo al avión y el teléfono da señal de ocupado.

—Tengo una historia curiosa que contarte —contesta Randy—. Sobre un tipo con el que tropezaste una vez mientras esquiabas. Pero lamentablemente tendrá que esperar.

*OceanofPDF.com*

# Glory

Con el torso desnudo, pintura de camuflaje, un cuchillo en la mano y una Colt 45 enfundado en el cinturón de sus pantalones caqui, Bobby Shaftoe se mueve como un jirón de niebla a través de la jungla. Se detiene cuando consigue una vista clara del camión del ejército ñipo, enmarcado entre los troncos velludos de un par de palmeras datileras. Una hilera de hormigas se arrastra sobre la piel de uno de sus pies, calzados con sandalias. Las ignora.

Tiene todo el aspecto de tratarse de un alto para mear. Dos soldados nipones bajan del camión y hablan entre sí durante unos instantes.

Uno de ellos penetra en la jungla. El otro se apoya contra el guardabarros del camión y enciende un cigarrillo. La llama del extremo brilla con el mismo color que la luz del crepúsculo a su espalda. El que está en la jungla se baja los pantalones, se agacha y apoya la espalda contra un árbol para cagar.

En este momento son enormemente vulnerables. El contraste entre el brillo de la puesta de sol y la penumbra de la jungla los vuelve casi ciegos. El que está cagando se encuentra indefenso y el que fuma parece exhausto. Bobby Shaftoe se quita las sandalias. Sale de la jungla al camino que está detrás del camión, avanza sobre pies mordidos por las hormigas y se esconde tras el camión. Saca en silencio el arma del bolsillo de su cadera. Sin apartar la vista de los pies del fumador, visibles bajo el chasis del camión, arranca la protección y la pega sobre la puerta trasera del vehículo. Luego, para restregárselo, pega otra más. ¡Misión cumplida! ¡Toma ésta, Tojo!

Instantes después está de vuelta en la jungla, observando cómo el camión nipo se aleja, ahora con dos pegatinas rojas, azules y blancas en las que se puede leer: ¡VOLVERÉ! Bobby se felicita a sí mismo por otra misión con éxito.

Mucho después de que oscurezca, llega hasta el campamento Hukbalahap, en lo alto del volcán. Atraviesa el perímetro minado y hace mucho ruido mientras se acerca, para que el centinela Huk no le dispare en la oscuridad. Pero no tendría que haberse preocupado. La disciplina se ha desmoronado, están todos borrachos y emborrachándose aún más, por algo que han oído en la radio: MacArthur ha regresado. El general ha aterrizado en Leyte.

La respuesta de Bobby Shaftoe es preparar café muy cargado y hacérselo beber a su encargado de señales, Pedro. Mientras la magia de la cafeína empieza a actuar, Shaftoe coge un bloc de mensajes y lo que queda de un lápiz y escribe su idea por séptima vez: EXISTE OPORTUNIDAD DE CONTACTAR Y ARMAR A ELEMENTOS FILIPINO-AMERICANOS EN CONCEPCIÓN STOP ME OFREZCO VOLUNTARIO PARA ELLO STOP ESPERO INSTRUCCIONES STOP FIRMADO SHAFTOE.

Consigue que Pedro lo cifre y lo envíe. Después, todo lo que puede hacer es esperar y rezar. Esta mierda de las pegatinas tiene que acabarse.

Mil veces ha estado tentado de desertar y marcharse por su cuenta a Concepción. Pero sólo porque esté en el quinto infierno con un puñado de Huks irregulares no significa que esté fuera del alcance de la disciplina militar. A los desertores todavía se les puede disparar o colgar y, a pesar de que él mismo fue un desertor en Suecia, Bobby Shaftoe cree que merecen ese trato.

Concepción se encuentra en las tierras bajas al norte de Manila. Desde lo alto de los montes Zambales incluso puedes ver la ciudad, entre los verdes campos de arroz. Esos terrenos todavía están totalmente bajo el control de los nipones. Pero cuando el general aterrice, probablemente lo hará al norte de ahí, en el golfo de Lingayen, lo mismo que hicieron los nipones en la invasión del 41, y entonces Concepción quedará justo en mitad de su ruta hacia Manila. Va a necesitar ojos allí.

Como preveía, la orden llega un par de días después: ENCONTRARSE CON TARPON PUNTO VERDE 5 NOVIEMBRE STOP LLEVAR TRANSMISOR CONCEPCIÓN STOP ESPERAR NUEVAS ÓRDENES STOP.

*Tarpon* es el submarino que les ha estado trayendo munición, suministros médicos, pegatinas con VOLVERÉ, cartones de cigarrillos norteamericanos con VOLVERÉ en cada paquete, cajas de cerillas VOLVERÉ, posavasos VOLVERÉ y condones VOLVERÉ. Shaftoe ha estado amontonando los condones porque sabe que no se conseguirán con facilidad en un país católico. Se imagina que cuando encuentre a Gloria necesitará una tonelada de condones a la semana.

Tres días después, él y una patrulla de Huks están a la espera de reunirse con *Tarpon* en «Punto Verde», el nombre clave de una pequeña cueva en la costa oeste de Luzón, justo bajo el monte Pinatubo, no muy lejos de la bahía de Subic, en dirección norte. El submarino aparece en torno a medianoche, moviéndose con los motores eléctricos, para no hacer ningún ruido, y los Huks se acercan en botes de goma y canoas y bajan la carga. Como estaba previsto, el transmisor está allí. Y esta vez no hay ninguna de esas malditas pegatinas ni cajas de cerillas. El cargamento consiste en munición y unos cuantos hombres: algunos comandos filipino-norteamericanos que vienen de reunirse con el jefe de inteligencia de MacArthur y un par de norteamericanos, los chicos de avanzadilla de MacArthur.

Durante los días siguientes, Shaftoe y unos cuantos Huks escogidos suben el transmisor por una de las laderas de los montes Zambales y lo bajan por otra. Se detienen cuando finalmente las colinas ceden paso a los arrozales. La carretera principal norte-sur, que sube desde Manila hasta el golfo de Lingayen, se encuentra directamente frente a ellos.

Al cabo de varios días de escaramuzas y escaqueos, consiguen cargar el transmisor en un carro y cubrirlo de estiércol. Enganchan el carro a un patético carabao, que les presta un granjero leal pero pobre, y comienzan a atravesar la zona controlada por los nipones, en dirección a Concepción:

Llegados a ese punto tienen que separarse, ya que no hay forma de que los ojos azules de Shaftoe puedan viajar al descubierto. Dos Huks, fingiendo ser granjeros, se hacen cargo del carro con estiércol, mientras

Shaftoe comienza su recorrido campo a través, viajando de noche, durmiendo en zanjas o en las casas de simpatizantes de confianza.

Le lleva semana y media recorrer los cincuenta kilómetros, pero con paciencia y perseverancia llega a Concepción a tiempo y llama a la puerta de su contacto local en torno a medianoche. El contacto es un prominente ciudadano local, el director del único banco de la ciudad. El señor Calagua se queda asombrado de ver a un norteamericano ante su puerta trasera. Su sorpresa le indica a Shaftoe que algo debe haber salido mal, los chicos con el transmisor deberían haber llegado hace una semana. Pero el director le dice que no ha aparecido nadie, aunque se han oído rumores de que los nipones pillaron a unos chicos intentando pasar contrabando en un carro y los ejecutaron en el acto.

Así que Shaftoe se queda aislado en Concepción, sin forma de recibir órdenes ni de enviar mensajes. Lo siente por los chicos que han muerto, pero en cierto modo no es una situación tan mala para él. El único motivo por el que quería estar en Concepción es que la familia Altamira procede de allí. La mitad de los granjeros locales están emparentados de algún modo con Glory.

Shaftoe se introduce en los establos de Calagua e improvisa una cama. Lo acomodarían en un cuarto de invitados si lo pidiese, pero les dice que los establos son más seguros, si le cogen al menos los Calagua podrán alegar que lo ignoraban. Recupera fuerzas durante uno o dos días sobre un montón de paja y luego empieza a intentar conseguir alguna información sobre los Altamira. No puede salir a husmear él mismo, pero los Calagua conocen a todo el mundo en la ciudad, y saben en quién se puede confiar. Así que difunden las preguntas y en un par de días la información regresa.

El señor Calagua se la expone, mientras comparten unos vasos de bourbon en su despacho. Abrumado por la culpa por el hecho de que su honorable huésped esté durmiendo sobre un montón de paja en una dependencia aneja, le ofrece bourbon continuamente, lo que a Bobby Shaftoe le parece perfecto.

—Parte de la información es fiable, parte es... eh... poco probable —dice el señor Calagua—. Ésta es la parte fiable. En primer lugar, su suposición era correcta. Cuando los nipones se apoderaron de Manila

muchos miembros de la familia Altamira volvieron a esta zona para refugiarse en casa de parientes. Creyeron que sería más seguro.

—¿Me está diciendo que Glory se encuentra aquí?

—No —dice con tristeza el señor Calagua—. No se encuentra aquí. Pero sin duda estaba aquí el 13 de septiembre de 1942.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque dio a luz un niño ese día; el certificado de nacimiento está en los archivos del ayuntamiento. Douglas MacArthur Shaftoe.

—Vaya, que me folien por delante y por detrás —dice Shaftoe. Mentalmente empieza a calcular fechas.

—Muchos de los Altamira que se refugiaron aquí han vuelto a la ciudad desde entonces, supuestamente para conseguir trabajo. Pero algunos también actúan como ojos y oídos para la resistencia.

—Sabía que harían lo correcto —dice Shaftoe.

El señor Calagua sonríe prudentemente.

—Manila está llena de personas que pretenden ser los ojos y los oídos de la resistencia. Resulta fácil ser los ojos y oídos. Es más difícil ser los puños y los pies. Pero algunos Altamira también luchan, se han ido a las montañas para unirse a los Huks.

—¿Qué montañas? No me tropecé con ninguno de ellos en los Zambales.

—Al sur de Manila y la laguna de Bay hay muchos volcanes y jungla espesa. Allí es donde está luchando parte de la familia de Glory.

—¿Es allí donde está Glory? ¿Y el bebé? ¿O están en la ciudad?

El señor Calagua se pone nervioso.

—Ésta es la parte que puede ser poco probable. Se dice que Glory es una heroína famosa en la lucha contra los nipones.

—¿Intenta decirme que está muerta? Si está muerta, dígamelo sin más.

—No, no me han dicho que haya muerto. Pero es una heroína. Eso es seguro.

Al día siguiente, la malaria de Bobby Shaftoe regresa y le mantiene tumbado durante una semana aproximadamente. Los Calagua lo trasladan a la casa y traen al médico del pueblo para que cuide de él. Es el mismo médico que atendió el parto de Douglas MacArthur Shaftoe dos años antes.

Cuando se siente algo más fuerte se encamina hacia el sur. Le lleva tres semanas alcanzar las afueras del norte de Manila, subiéndose a trenes y camiones, o vadeando campos de arroz en medio de la noche. Mata a dos soldados nipones sigilosamente y a otros tres en un tiroteo en un cruce. En cada ocasión tiene que ocultarse durante unos días para evitar que lo capturen. Pero consigue llegar a Manila.

No puede dirigirse al centro de la ciudad; aparte de ser una auténtica estupidez sólo le retrasaría. En lugar de eso la rodea, con el apoyo de la creciente red de la resistencia. Lo pasan de un barangay a otro, rodeando las afueras de Manila, hasta que alcanza la llanura costera entre la laguna de Bay y la bahía de Manila.

Al sur de este punto no hay nada excepto unas cuantas millas de arrozales y después las montañas volcánicas donde los Altamira se están ganando un nombre como guerrilleros. Durante el viaje ha oído mil rumores sobre ellos. La mayoría claramente falsos, gente contándole lo que obviamente desea oír. Pero ha escuchado varias veces fragmentos de información sobre Glory que parecen genuinos.

Dicen que tiene un hijo pequeño y sano, que vive en un apartamento en el vecindario Malate de Manila, al cuidado de unos parientes mientras su madre sirve en la guerra.

Dicen que está utilizando sus conocimientos de enfermería, actuando como una especie de Florence Nightingale para los Huks.

Dicen que actúa como correo para las fuerzas filipino-norteamericanas, que nadie la supera cuando se trata de atravesar los controles nipones llevando mensajes secretos y otro tipo de contrabando.

A esto último Shaftoe no le encuentra mucho sentido. ¿Qué es, una enfermera o un correo? Puede que la hayan confundido con otra persona. O puede que sea ambas cosas, puede que esté pasando medicinas por los controles.

Cuanto más se aleja hacia el sur más información recibe. Los mismos rumores y anécdotas surgen una y otra vez, difiriendo sólo en pequeños detalles. Se encuentra con media docena de personas que están absolutamente seguros de que Glory está más al sur, trabajando como correo para una brigada de guerrilleros Huks en los montes que están sobre Calamba.

Pasa el día de Navidad en la cabaña de un pescador en las orillas del gran lago, la laguna de Bay. Está lleno de mosquitos. Allí le golpea otro brote de malaria; pasa un par de semanas delirando por la fiebre, teniendo extravagantes pesadillas sobre Glory.

Finalmente consigue recuperarse lo bastante para volver a moverse, y se sube a un bote que va hasta Calamba. Los volcanes negros que se dibujan en lo alto resultan una vista grata. Tienen un aspecto agradable y frío, y le recuerdan al territorio ancestral de los Shaftoe. Según la leyenda familiar, los primeros Shaftoe que llegaron a América trabajaron como sirvientes contratados en los campos de tabaco y algodón, alzando los ojos anhelantes hacia las frías montañas mientras se encorvaban en los sofocantes campos. En cuanto pudieron marcharse lo hicieron, y se dirigieron hacia lo alto. Las montañas de Luzón atraían a Shaftoe del mismo modo, alejándole de las tierras bajas de la malaria, llevándole hacia Glory. Su viaje casi había terminado.

Pero se queda atascado en Calamba, forzado a ocultarse en un cobertizo, cuando los soldados de las fuerzas aéreas niponas que se encuentran en la ciudad empiezan a agruparse preparando algún tipo de movimiento. Esos Huks de las montañas se lo han estado poniendo difícil, y los nipones están enfureciéndose y volviéndose crueles.

El cabecilla de los Huks locales envía finalmente un emisario a informarse de la historia de Shaftoe. El emisario se marcha y pasan varios días. Finalmente, un teniente filipino-norteamericano regresa con dos buenas noticias: los norteamericanos han aterrizado en masa en el golfo de Lingayen y Glory está viva y colabora con los Huks a tan sólo unos kilómetros de allí.

—Ayúdeme a salir de esta ciudad —ruega Shaftoe—. Sáqueme en un bote por el lago y déjeme en el campo, desde allí podré seguir.

—¿Seguir adónde?—dice el teniente, haciéndose el tonto.

—¡A las tierras altas! ¡A unirme a esos Huks!

—Le matarían. El terreno está minado. Los Huks están extremadamente alerta.

—Pero...

—¿Por qué no va en dirección contraria? —pregunta el teniente—. Vaya a Manila.

—¿Por qué iba a ir allí?

—Su hijo se encuentra allí. Y allí es donde hace falta. Pronto la gran batalla se librará en Manila.

—De acuerdo —dice Shaftoe—. Iré a Manila. Pero antes quiero ver a Glory.

—Ah —dice el teniente, como si finalmente se hubiese encendido una luz—. Dice que quiere ver a Glory.

—No me limito a decirlo. Quiero ver a Glory.

El teniente exhala una nube de humo de cigarrillo y sacude la cabeza.

—No, no quiere —dice sin entonación.

—¿Cómo?

—No quiere ver a Glory.

—¿Cómo puede decir eso? ¿Está completamente loco?

El rostro del teniente se vuelve inexpresivo.

—Muy bien —dice—. Haré algunas indagaciones. Puede que Glory venga y le visite.

—Eso es una locura. Es demasiado peligroso.

El teniente se ríe.

—No, no lo entiende —dice—. Es usted un hombre blanco en una ciudad de provincias en Filipinas ocupada por nipones hambrientos y enloquecidos. Es imposible que pueda asomar el rostro. Imposible. Glory, en cambio, puede moverse libremente.

—Dijo que estaban realizando inspecciones casi en cada manzana.

—No molestarán a Glory.

—Los nipones alguna vez... ya sabe. ¿Molestan a las mujeres?

—Ah. Le preocupa que violen a Glory. —El teniente da otra larga calada al cigarrillo—. Puedo asegurarle que eso no sucederá. —Se pone en pie, cansado de la conversación—. Espere aquí —dice—. Reúna fuerzas para la batalla de Manila.

Sale, dejando a Shaftoe más frustrado que nunca.

Dos días después, el dueño del cobertizo, que habla muy poco inglés, despierta a Shaftoe antes del amanecer. Conduce a Shaftoe a un pequeño bote, le lleva remando hasta el lago y luego durante un kilómetro orilla arriba, hasta un banco de arena. Está amaneciendo sobre el lado opuesto del

lago, iluminando las nubes. Es como si el mayor depósito de gasóleo del mundo estuviese ardiendo en un cielo dividido en amplios trapezoides por las estelas lineales de los aviones norteamericanos patrullando al amanecer.

Glory está paseando sobre el banco de arena. No puede verle el rostro porque está envuelta en un pañuelo de seda, pero reconocería la forma de su cuerpo en cualquier lugar. Camina de un lado a otro junto a la orilla, dejando que el agua cálida del lago le acaricie los pies desnudos. Está disfrutando del amanecer, mantiene la espalda vuelta hacia Shaftoe para deleitarse en él. Vaya un flirteo. A Shaftoe se le pone dura como un remo. Palpa el bolsillo trasero de sus pantalones para asegurarse de que está bien aprovisionado de condones VOLVERÉ. Va a ser complicado acostarse con Glory en un banco de arena con ese viejo allí mismo, pero tal vez pueda pagarle al tipo para que se aleje y haga un poco de ejercicio durante una hora.

El tipo sigue mirando por encima de su hombro para calcular la distancia hasta el banco. Cuando están aproximadamente a un tiro de piedra, se sienta y guarda los remos. Avanzan junto a la orilla durante unos metros y luego se detienen.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Shaftoe. Luego suspira—. ¿Quiere dinero? —Hace un gesto frotándose el pulgar contra la punta de los dedos —. ¿Eh? ¿Es eso?

Pero el hombre simplemente le contempla, con la expresión más dura e inexpresiva que Shaftoe haya visto en cien campos de batalla por todo el mundo. Espera a que Shaftoe se calle, luego hace un gesto con la cabeza en dirección a Glory.

Shaftoe alza la vista hacia Glory, al mismo tiempo que ella se gira para mirarle. Alza unas manos deformes, completamente envueltas en largas tiras de tela, como las de una momia, y aparta el pañuelo de su rostro.

O de lo que solía ser un rostro. Ahora es tan sólo la parte frontal de su cráneo.

Bobby Shaftoe toma aliento, y deja escapar un grito que probablemente puede oírse en el centro de Manila.

El barquero dirige una mirada ansiosa hacia la ciudad, luego se pone en pie, bloqueando la vista de Shaftoe mientras éste intenta recuperar el

aliento. Tiene uno de los remos en la mano. Shaftoe comienza a emitir otro grito cuando el remo le golpea a un lado de la cabeza.

*OceanofPDF.com*

# El primario

El sol ha efectuado un largo aterrizaje forzoso sobre la península malaya, a varios centenares de kilómetros en dirección oeste, desgarrándose y derramando su combustible termonuclear sobre la mitad del horizonte, dejando una estela de nubes salmón y magenta que se han abierto camino a través de la atmósfera y han salido al espacio. La montaña que contiene la Cripta no es más que un fragmento de carbón resaltando contra el telón de fondo. Randy está molesto con el crepúsculo por hacer difícil la visión del enclave de construcción. A estas alturas, la cicatriz del oscuro bosque está casi curada o, al menos, algún tipo de materia verde se ha extendido sobre el barro desnudo del color de un lápiz de labios. Unos cuantos contenedores GOTO ENGINEERING todavía brillan amenazadores en torno a la entrada, bajo la luz deformadora de las lámparas de vapor de mercurio, pero la mayoría se habían trasladado al interior de la Cripta o habían regresado a Nipón. Randy puede distinguir los faros de un camión Goto del tamaño de una casa, descendiendo por la tortuosa carretera, probablemente cargado de escombros para otro de los proyectos de recuperación de terrenos del Sultán.

Sentado erguido en el morro del avión, Randy puede mirar directamente por la ventana y ver que están aterrizando sobre la nueva pista, construida en parte con ese relleno. Los edificios del centro son líneas de luz verde azulada a ambos lados del avión, con pequeñas figuras humanas oscuras congeladas en su interior: un hombre sujetando un teléfono entre su hombro y su oído, una mujer con falda sosteniendo una pila de libros contra su pecho pero con la mente muy lejos de allí. La visión desaparece y se vuelve

de color índigo cuando el morro del avión se inclina hacia arriba para el aterrizaje, y Randy se encuentra mirando sobre el mar de Sulú al anochecer, con los barcos *badjaos* refugiándose en el puerto tras un día de pesca, repletos de pastinacas y con las colas de los tiburones ondeando al viento como banderas. No hace mucho le resultaba ridículamente exótico, pero ahora se siente más en casa aquí que en California.

Para los pasajeros de clase Sultán todo sucede a la velocidad de un cambio de escena cinematográfico. El avión aterriza, una hermosa mujer te ofrece la chaqueta y sales. Los aviones utilizados por las líneas aéreas asiáticas deben llevar unos conductos especiales en la cola por donde eyectan a las auxiliares de vuelo a la estratosfera cuando cumplen veintiocho años.

Un pasajero de clase Sultán suele tener a alguien esperándole. Esta noche se trata de John Cantrell, todavía con el pelo recogido en una coleta pero ahora bien afeitado; tarde o temprano el calor le afecta a todo el mundo. Incluso se ha afeitado la parte posterior del cuello, un buen truco para desprenderse de un par de unidades térmicas extra. Cantrell saluda a Randy con una torpe maniobra de apretón de manos y abrazo/chequeo simultáneos.

—Me alegro de verte, John —dice Randy.

—Lo mismo digo, Randy—dice John, y ambos desvían la mirada con timidez.

—¿Dónde está cada uno?

—Tú y yo estamos en el aeropuerto. Avi, por el momento, ha cogido habitación en un hotel del centro de San Francisco.

—Bien. No me parecía seguro que se quedase sólo en la casa.

Cantrell parece molesto.

—¿Por alguna razón en particular? ¿Ha habido amenazas?

—Ninguna que yo sepa. Pero es difícil ignorar el elevado número de gente ligeramente aterradora que está implicada en esto.

—No le afecta a Avi. Beryl está en un avión de regreso a SF desde Ámsterdam; en realidad, probablemente ya habrá llegado.

—Me dijeron que estaba en Europa. ¿Por qué?

—Un asunto raro relacionado con el gobierno. Te lo contaré después.

—¿Dónde está Eb?

—Eb lleva una semana encerrado en la Cripta con su equipo, haciendo un esfuerzo increíble, como el del día D, para terminar el sistema de identificación biométrica. No le molestaremos. Tom ha estado yendo y viniendo entre su casa y la Cripta, probando diferentes torturas en los sistemas de red internos de la Cripta. Examinando los límites internos de confianza. Ahí es adonde vamos.

—¿A los límites internos de confianza?

—¡No! Lo siento. A su casa. —Cantrell sacude la cabeza—. Es... bueno... No es la casa que yo construiría.

—Quiero verla.

—La paranoia se le está yendo un poco de las manos.

—Hablando de eso... —Randy se detiene. Está a punto de hablarle a Cantrell de Pontifex, pero están muy cerca del Dunkin' Donuts halal, y hay gente mirándoles. No hay forma de saber quién podría estar escuchando—. Te lo contaré luego.

Cantrell parece momentáneamente confuso y luego sonríe maliciosamente.

—Ésa ha sido buena.

—¿Tenemos coche?

—He cogido prestado el coche de Tom. No uno de esos modelos civiles blandos. Uno militar auténtico.

—Vaya, genial —dice Randy—. ¿Viene completo, con el cañón en la parte posterior?

—Lo intentó, seguro que se puede conseguir una licencia para tener uno de esos en Kinakuta, pero su mujer puso el límite en tener una ametralladora pesada auténtica en casa.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cuál es tu postura en este asunto de las armas?

—Las poseo y sé cómo utilizarlas, como ya sabes —dice Cantrell.

Recorren apresuradamente un pasillo de tiendas libres de impuestos; en realidad se trata más bien de todo un centro comercial de tiendas libres de impuestos. Randy no consigue imaginar quién compra en realidad todas esas enormes botellas de licor y esos cinturones tan caros. ¿Qué clase de

estilo de vida apaciblemente orgiástico exige esa particular selección de artículos?

Mientras tanto, Cantrell evidentemente ha decidido que la pregunta sobre las armas que le ha hecho Randy merece una respuesta más amplia.

—Pero cuanto más practico con ellas más asustado me siento. O puede que más deprimido.

—¿Qué quieres decir? —Randy emplea un desacostumbrado estilo de caja de resonancia, incitando psicoterapéuticamente a Cantrell a expresar sus sentimientos. Debe de haber sido un día curioso para John Cantrell, y sin duda hay ciertos sentimientos que deben liberarse.

—Sostener uno de esos chismes en las manos, limpiando el cañón y cargando las balas, hace que te enfrentes a la medida tan desesperada y extrema que son en realidad. Es decir, si llegamos al punto de tener que ponernos a disparar y viceversa, es que lo hemos jodido del todo. Así que, en definitiva, sólo refuerzan mi interés en asegurarme de que no las necesitemos.

—¿Y la Cripta? —pregunta Randy.

—Podría argumentarse que mi implicación en la Cripta es un resultado directo de unas cuantas pesadillas que tuve sobre armas.

Es fantásticamente saludable estar hablando así, pero es una desviación portentosa de su habitual modo técnico *hardcore.* Se están preguntando si vale la pena haberse mezclado en ese asunto. Sin duda la certeza descuidada es más cómoda.

—Bien, ¿y qué hay de esos Adeptos al Secreto que se paseaban en el exterior de Ordo? —pregunta Randy.

—¿Qué pasa con ellos? ¿Me preguntas por su estado mental?

—Sí. De eso hablamos. De estados mentales.

Cantrell se encoge de hombros.

—No sé de quién se trataba concretamente. Imagino que habría uno o dos auténticos fanáticos de los que dan miedo. Aparte de ésos, tal vez un tercio de los otros son simplemente demasiado jóvenes e inmaduros para entender lo que ocurre. No lo consideraron más que una travesura. Los otros dos tercios probablemente tenían las palmas de las manos empapadas de sudor.

—Tenían aspecto de estar esforzándose mucho por mantener un aspecto animado.

—Probablemente se alegraron de salir de allí e ir después a sentarse en algún lugar oscuro a beber cerveza. Desde luego un montón de ellos han estado enviándome correos sobre la Cripta desde entonces.

—Como alternativa a la resistencia violenta contra el gobierno de Estados Unidos, asumo y confío que quieres decir.

—Exacto. Claro. Quiero decir, eso es en lo que se está convirtiendo la Cripta, ¿no?

La pregunta le suena ligeramente lastimera a Randy.

—Exacto —responde. Se pregunta por qué está mucho más seguro del asunto de lo que lo está John Cantrell, y luego comprende que a él no le queda nada que perder.

Randy aspira una última bocanada de frío y seco aire acondicionado y lo mantiene refrescante en los pulmones mientras salen al calor de la tarde. Ha aprendido a relajarse ante el clima; no puedes luchar contra él. Hay una hilera de Mercedes-Benz ronroneantes esperando para recoger a los pasajeros de clase Sultán y clase Visir. En Kinakuta descienden muy pocos pasajeros de clase Wallah; la mayor parte de ellos están en tránsito a la India. Como es el tipo de lugar donde todo funciona a la perfección, Randy y John llegan al Humvee como veinte segundos después, y otros veinte segundos más tarde conducen a ciento veinte kilómetros por hora por un largo pozo horizontal de fantasmales luces de autopista verde azuladas.

—Hemos estado dando por supuesto que no hay micrófonos en el Humvee —dice Cantrell—; por tanto, si hay algo que te hayas estado guardando, ahora puedes hablar con libertad.

Randy escribe: *Dejemos de asumir esas cosas* en el bloc de notas y se lo enseña. Cantrell levanta ligeramente las cejas pero desde luego no parece especialmente sorprendido, se pasa el día alrededor de personas que intentan superarse las unas a la otras en paranoia. Randy escribe: *Un antiguo empleado de la NSA que se ha pasado al negocio privado nos ha estado vigilando.* Luego añade: *Probab. trabaje para 1 o más clientes de la Cripta.*

*¿Cómo lo sabes?,* dice Cantrell formando las palabras con la boca.

Randy suspira y a continuación escribe: *Un Mago habló conmigo.*

Luego, mientras John se ocupa de esquivar un accidente en el carril izquierdo, añade: *Considéralo diligencia exigible, al estilo del hampa.*

Cantrell dice en voz alta:

Tom ha sido muy escrupuloso asegurándose de que su casa no tiene micrófonos. Quiero decir que la ha construido él mismo, o la ha hecho construir, desde los cimientos. —Gira para meterse en una rampa de salida y se mete en la jungla.

Bien. Allí podremos hablar —dice Randy, luego escribe: *Recuerda la nueva embajada de Estados Unidos en Moscú —los micrófonos estaban mezclados con el cemento— tuvieron que derribarla.*

Cantrell coge el bloc y escribe a ciegas sobre el salpicadero mientras maniobra el Humvee sobre una sinuosa carretera de montañas para entrar en el bosque de nubes. *¿De qué quieres hablar que es tan secreto? ¿Aretusa? Dame los puntos del orden del día, pf.*

Randy: *(1) Demanda y si Epiphytepuede seguir existiendo. (2) Que el escucha de la NSA y el Mago, existen. (3) Quizás, Aretusa.*

Cantrell sonríe y escribe: *Tengo buenas noticias: Tombstone está /.*

«/» en este contexto es la raíz del sistema de archivos UNIX, que en el caso de Tombstone es sinónimo del disco duro que Randy intentó borrar. Randy arquea las cejas con escepticismo y Cantrell sonríe, asiente y se pasa el pulgar por la garganta.

Chez Howard es una estructura de cemento de tejado plano que, desde algunos ángulos, tiene el aspecto de una tubería de alcantarilla colocada verticalmente sobre un montón de lechada en lo alto de una colina. Se hace visible desde uno de esos ángulos como diez minutos antes de que lleguen de verdad, porque la carretera debe realizar muchos cambios de rasante sobre la pendiente ancha de la colina, que el drenaje constante ha intrincado y fractalizado. Incluso cuando no llueve, la mera condensación de la humedad de los mares del sur se acumula en las hojas y cae continuamente desde sus puntas. Entre la lluvia y la vida vegetal, aquí la erosión es una fuerza violenta y voraz, lo que hace que Randy se sienta un poco incómodo con respecto a todas estas montañas, porque las montañas sólo pueden existir allí donde las fuerzas tectónicas subyacentes lanzaban rocas al aire a una velocidad que te haría estallar los oídos simplemente quedándote

quieto. Pero claro, como acaba de perder una casa en un terremoto, está naturalmente inclinado a adoptar el punto de vista conservador.

Cantrell dibuja ahora un diagrama elaborado, e incluso ha reducido la marcha, casi hasta detenerse, para poder dibujarlo mejor. Se inicia con un rectángulo alto. En su interior hay un paralelogramo, del mismo tamaño, pero inclinado un poco hacia abajo, y con un pequeño círculo dibujado en medio de un borde. Randy comprende que está mirando una representación en perspectiva de un marco de puerta con la puerta ligeramente abierta, y el pequeño círculo es el pomo. *MARCO DE ACERO,* escribe Cantrell, *canales metálicos huecos.* Garabatos rápidos y serpenteantes sugieren la pared que lo rodea, y el piso que lo sostiene. Donde el marco se hunde en el suelo, Cantrell dibuja pequeñas elipses. *Agujeros en el suelo.* Luego rodea el marco de la puerta con un bucle continuo, que comienza en una de esas elipses y sube por el marco atraviesa la parte alta, desciende por el otro lado, pasa por la otra elipse en el suelo, la atraviesa y sale por la otra elipse completando así el bucle. Dibuja una o dos iteraciones cuidadosas de esa idea y luego un montón de ellas descuidadas hasta que el conjunto está rodeado por un tornado impreciso y alargado. *Muchas vueltas de cable fino.* Finalmente dibuja dos conductores que salen de esa espiral del tamaño de la puerta y la conectan a un sándwich de líneas largas y cortas alternas, que Randy reconoce como el símbolo de una batería. El diagrama se completa con una enorme flecha dibujada con vigor que atraviesa el centro de la puerta, como si fuese un ariete aéreo, marcado con la letra B, que significa campo magnético. *Puerta de la sala de ordenadores de Ordo.*

—Guau —dice Randy.

Cantrell acaba de dibujar un electroimán clásico de escuela elemental, de los que el joven Randy solía fabricar enrollando un cable alrededor de un clavo y conectándolo a una pila de linterna. Excepto que éste está enrollado alrededor del marco de una puerta y, supone Randy, oculto en el interior de la pared y bajo el suelo de forma que nadie sabría que está allí a menos que derribasen el edificio. Los campos magnéticos son el método de escritura del mundo moderno, son los que escriben bits en los discos, o los borran. Las cabezas lectoescritoras del disco duro de Tombstone son exactamente iguales pero mucho más pequeñas. Si esas cabezas son plumas de dibujante de punta fina, lo que Cantrell acaba de dibujar es una manguera de

incendios que lanza tinta china. Probablemente no tendría ningún efecto en un disco duro que se encontrase a unos metros de distancia, pero cualquier disco duro que atravesase la puerta quedaría completamente borrado. Entre el cañón de pulso que dispararon hacia el edificio desde fuera (destruyendo todos los chips en las inmediaciones) y ese truco del marco de la puerta (perdiendo todo bit en todos los discos) el asalto a Ordo no debe haber sido más que una operación de cargar con chatarra, lo organizase quien lo organizase, Andrew Loeb o (según los Adeptos al Secreto) las siniestras fuerzas federales del Fiscal General Comstock que empleaban a Andy como instrumento. Lo único que 'hubiese podido atravesar la puerta intacto hubiese sido la información almacenada en CD-ROM o cualquier otro soporte no magnético, y Tombstone no tenía de ésos.

Finalmente llegan hasta lo alto de la colina, que Tom Howard ha despejado dejando la roca como si fuese una tonsura de monje. No es porque odie las cosas vivas, aunque probablemente no siente ningún afecto en particular por ellas, sino para mantener a raya la erosión y crear una zona defensiva sobre la cual los movimientos de serpientes increíblemente venenosas, insectos del tamaño de una ardilla, primates inferiores muy oportunistas y primates superiores con malas intenciones sean visibles en un conjunto de cámaras de vídeo que ha instalado en recovecos y hendiduras, razonablemente sutiles, de las paredes. Vista desde cerca, la casa sorprendentemente no tiene tanto aspecto hosco y de fortaleza como parecería al principio. No es una única tubería enorme sino un montón de ellas de diámetros y longitudes diferentes, como un haz de bambú. Hay un número decente de ventanas, especialmente en la parte norte, donde hay vista, bajando por donde John y Randy acaban de subir, hasta una playa en forma de creciente. Las ventanas están situadas muy en el interior de las paredes, en parte para protegerlas de los rayos casi verticales del sol y en parte porque cada una de ellas tiene una contraventana replegable de acero, oculta en la pared, que puede caer frente a ella. La casa está bien, y Randy se pregunta si Tom Howard estaría dispuesto a cedérsela al Dentista, cargar con su colosal juego de mobiliario Gomer Bolstrood y trasladar a su familia a un edificio de apartamentos atestado simplemente para mantener el control de Epiphyte Corporation. Pero quizá no sea necesario.

John y Randy bajan del Humvee oyendo disparos. Luz artificial radia hacia arriba de un zanja cuidadosamente cavada en la jungla cercana. Ahí la humedad y las nubes de insectos hacen que la luz sea una cosa casi sólida y palpable. John Cantrell guía a Randy a través de una zona de aparcamiento perfectamente estéril para llegar a un túnel protegido y delimitado que ha sido creado a hachazos en la vegetación negra. En el suelo hay una especie de rejilla plástica que impide que la tierra desnuda se convierta en una trampa para moscas. Caminan por el túnel, hasta que veinte o treinta pasos más tarde se abre a un claro extremadamente largo y estrecho: la fuente de la luz. Al otro extremo, el terreno se eleva abruptamente para formar una especie de reborde, en parte natural, es la opinión de Randy, y en parte incrementado con la tierra excavada de los cimientos de la casa. Allí hay dos grandes dianas de papel con la forma de siluetas humanas montadas sobre un soporte. En el extremo más cercano, dos hombres con protectores auditivos colgados de los cuellos examinan un arma. Uno de esos hombres es Tom Howard. A Randy le choca pero en realidad no le sorprende el hecho de que el otro hombre sea Douglas MacArthur Shaftoe, evidentemente recién llegado de Manila. El arma tiene exactamente el aspecto ¿el modelo que algunos del pelotón de sombreros negros y pañuelos de cabeza llevaban ayer en Los Altos: una tubería larga con un cargador en forma de hoz sobresaliendo de un lateral, y una culata muy simple fabricada con algunas piezas de metal desnudas y soldadas entre sí.

Doug está en medio de una frase, y no es el tipo de hombre que interrumpa sus procesos mentales y se vuelva amistoso sólo porque Randy acabe de atravesar el Pacífico.

—Nunca conocí a mi padre —dice—, pero mis tíos filipinos me solían contar las historias que él había contado. Cuando estuvo en Guadalcanal, ellos, los marines, seguían usando los Springfield, el modelo cero tres, con ya unas cuatro décadas a su espalda, cuando aparecieron por fin los rifles M-1. Así que cogieron uno de cada y los arrojaron al agua, los hicieron rodar por la arena y le hicieron Dios sabe qué más... pero nada que no pudiese darse en una situación real de combate, para un marine... y luego los probaron y descubrieron que el cero tres seguía funcionando y el M-1 no. Así que se quedaron con los Springfield.

Y yo diría que una prueba similar sería de rigor si de verdad pensáis que estáis diseñando un arma de insurgencia como decís. Buenas noches, Randy.

—Doug, ¿cómo estás?

—Estoy bien, gracias. —Doug es uno de esos tipos que siempre se toman un «¿cómo estás?» como una petición literal de información y no sólo como una formalidad sin sentido, y siempre parece ligeramente emocionado de importarle a alguien lo suficiente como para que se lo pregunten—. El señor Howard dice que cuando estabas sentado sobre el techo de tu coche tecleando en realidad hacías algo inteligente.

Y peligroso. Al menos desde el punto de vista legal.

—¿Lo monitorizabas? —le pregunta Randy a Tom.

—Vi paquetes moviéndose por la Cripta, y luego te vi por la tele. Sumé dos y dos —dice Tom—. Buen trabajo, Randy. —Se acerca y le da la mano. Es casi una expresión vergonzosa de emociones en lo que se refiere a lo normal para Tom Howard.

—Lo que hice probablemente falló —dice Randy—. Si el disco de Tombstone quedó borrado, fue por la espiral de la puerta y no por lo que yo hice.

—Bien, mereces igualmente el reconocimiento, que es lo que tu amigo intenta darte —dice Doug, ligeramente irritado por la obtusidad de Randy.

—Debería ofrecerte una bebida, la posibilidad de relajarte y todo lo demás —dice Tom, mirando en dirección a la casa—, pero por otro lado, Doug dice que volabas en clase Sultán.

—Hablemos aquí fuera —dice Randy—. Pero sí hay algo que podrías ofrecerme.

—¿Qué es? —pregunta Tom.

Randy se saca del bolsillo el pequeño disco duro incorpóreo y lo levanta para que le dé la luz, con el cable colgando.

—Un portátil y un destornillador.

—Hecho —dice Tom, y desaparece por el túnel. Mientras tanto, Doug comienza a desmantelar el arma, como si quisiese mantener las manos ocupadas. Retira las piezas una a una y las observa con curiosidad.

—¿Qué opinas del rifle PEPH? —pregunta Cantrell.

—Creo que no es una locura tan grande como la primera vez que oí hablar de él —dice Doug—, pero si vuestro amigo Avi cree que la gente va a poder fabricar cañones estriados en el sótano para protegerse contra la limpieza étnica, va a llevarse una buena sorpresa.

—Los cañones estriados son complicados —dice Cantrell—. Eso no hay forma de evitarlo. Hay que almacenarlos o entrarlos de contrabando. Pero la idea es que cualquiera que se baje el PEPH, y que tenga acceso a algunas herramientas simples, pueda construir el resto del arma.

—Un día tengo que sentarme contigo y explicarte todo lo que está mal en esa idea —dice Doug.

Randy cambia de tema.

—¿Cómo está Amy?

Doug levanta la vista y examina a Randy detenidamente.

—¿Quieres mi opinión? Creo que se siente sola, y que precisa de apoyo y compañía segura.

Ahora que Doug ha alienado por completo tanto a John como a Randy, el campo de tiro permanece en silencio durante un rato, que probablemente es como a Doug le gusta que esté. Tom regresa con un portátil en una mano y, en la otra, media docena de botellas de agua de plástico unidas entre sí, ya dejando caer un rastro de condensación.

—Tengo un orden del día —dice Cantrell, mostrando el bloc.

—¡Guau! Sí que vais organizados —dice Tom.

—Primero: la demanda y si Epiphyte podrá seguir existiendo. Randy coloca el portátil sobre la misma mesa en la que Doug trabaja con el rifle PEPH y comienza a desmontarlo.

—Doy por supuesto que sabéis lo de la demanda y que podéis deducir las implicaciones —dice—. Si el Dentista puede demostrar que Doug descubrió el naufragio como resultado del trabajo que realizó para nosotros, y si el valor del naufragio es lo suficientemente grande comparado con el valor de la compañía, entonces el Dentista nos posee, y a todos los efectos prácticos posee la Cripta.

—¡Guau! Espera un segundo. El *Sultán* posee la Cripta —dice Tom—. Si el Dentista controla Epiphyte, todo lo que tiene es un contacto para ofrecer ciertos servicios técnicos a la Cripta.

Randy siente que todos le miran. Saca tornillos del ordenador, negándose a estar de acuerdo.

—A menos que haya algo que yo no entiendo —dice Tom.

—Supongo que simplemente estoy siendo paranoico dando por supuesto que el Dentista colabora de alguna forma con las fuerzas del gobierno de Estados Unidos que se oponen a la intimidad y a la criptografía —dice Randy.

—En otras palabras, el grupo del fiscal general Comstock —dice Tom.

—Sí. Cosa de la que jamás he visto ninguna prueba. Pero después del asalto a Ordo es lo que todo el mundo opina. Si es así, y el Dentista acaba ofreciendo servicios técnicos a la Cripta, entonces la Cripta estará comprometida. En ese caso, debemos asumir que Comstock tiene un hombre dentro.

—No sólo Comstock —dice Cantrell.

—Vale, el gobierno de Estados Unidos.

—No sólo el gobierno de Estados Unidos —dice Cantrell—. La Cámara Negra.

—¿A qué te refieres con eso? —pregunta Doug.

—Hace un par de semanas tuvo lugar en Bruselas una conferencia de alto nivel. Creemos que se organizó a toda prisa. El presidente era el fiscal general Comstock. Había representantes de todos los países del G7 y algunos más. Sabemos que había gente de la NSA. Gente de Hacienda. Gente del Tesoro... El Servicio Secreto. Sus equivalentes en los otros países. Y un montón de matemáticos que se sabe trabajan para el gobierno. También estaba el vicepresidente de Estados Unidos. Básicamente creemos que planeaban alguna forma de organización internacional para poner freno a la criptografía y especialmente al dinero digital.

—La Organización Internacional de Regulación de la Transferencia de Datos —dice Tom Howard.

—¿La Cámara Negra es el apodo? —pregunta Doug.

—Así es como ha empezado a llamarla la gente en la lista de correo de los Adeptos al Secreto —dice Cantrell.

—¿Por qué formar ahora semejante organización? —comenta Randy.

—Porque la Cripta está a punto de ponerse en marcha, y lo saben —dice Cantrell.

—Se cagan de miedo pensando que no podrán cobrar impuestos cuando todo el mundo use sistemas como la Cripta —le explica Tom a Doug.

—Durante la última semana no se ha hablado de otra cosa en la lista de correo de los Adeptos al Secreto. Y cuando se produjo el asalto a Ordo dio en el nervio.

—Vale —dice Randy—. Me preguntaba cómo es que apareció gente tan pronto con rifles y cosas extrañas. —Ya tiene abierto el portátil y desmonta el disco duro.

—Nos hemos alejado del orden del día —dice Doug, pasando un trapo grasiento por el cañón del rifle PEPH—. La pregunta es, ¿el Dentista os tiene por las pelotas o sólo por los pelos? Y esa pregunta básicamente gira alrededor de vuestro seguro servidor. ¿No es así?

—¡Así es! —dice Randy, un poco con demasiada energía... desea desesperadamente cambiar de tema. El asunto Kepler/Epiphyte/Semper Marine ya le resulta lo suficientemente estresante, y lo último que necesita es relacionarse con gente que cree que no es más que una escaramuza en una guerra para decidir el destino del Mundo Libre... un ensayo preliminar del Apocalipsis. A Randy le parecía bien la obsesión de Avi con el Holocausto siempre que los Holocaustos sucediesen en el pasado o muy lejos... estar metido en persona en uno de ellos es algo que a Randy le gustaría evitar. Debería haberse quedado en Seattle. Pero no lo hizo, así que lo segundo mejor es limitar la conversación a temas simples como lingotes de oro.

—Para que pueda ganar, el Dentista debe demostrar que Semper Marine descubrió el naufragio cuando realizaba la exploración para el cable. ¿No? —pregunta Doug.

—Exacto —dice Cantrell, antes de que Randy pueda intervenir y decir que es un pelín más complicado.

—Bien, he estado dando vueltas por esta parte del mundo desde hace media vida, y siempre puedo testificar que encontré el naufragio en una exploración anterior. El hijo de puta jamás podría demostrar que miento —dice Doug.

—Andrew Loeb, su abogado, es lo suficientemente listo para saber tal cosa. No te hará subir al estrado —dice Randy, atornillando su propio disco duro.

—Vale. Entonces sólo tienen pruebas circunstanciales. Es decir, la proximidad del naufragio al corredor de la exploración del cable.

—Exacto. Lo que implica una correlación —dice Cantrell.

—Bien, tampoco está tan cerca —dice Doug—. En ese momento cubría una franja muy amplia.

—Tengo malas noticias —dice Randy—. Primero, se trata de un caso civil y sólo precisa de pruebas circunstanciales para ganar. Segundo, acabo de saber por Avi, en el avión, que Andrew Loeb va a presentar una segunda demanda, por incumplimiento de contrato.

—¿Qué jodido contrato? —exige Doug.

—Ya ha anticipado todo lo que acabas de decir —dice Randy—. Todavía no sabe dónde está el naufragio. Pero si resulta estar a millas y millas de distancia del corredor de exploración, dirá que al examinar una franja tan amplia estabas esencialmente arriesgando el dinero del Dentista para ir en busca de tesoros y que por tanto el Dentista merece una parte de las ganancias.

—¿Por qué querría el Dentista meterse conmigo? —dice Doug.

—Para presionarte para testificar en contra de Epiphyte. Podrás quedarte con el oro. El oro se convierte en perjuicio que el Dentista convierte en control de Epiphyte.

—¡Me cago en Dios! —exclama irritado Doug—. Puede besarme el culo.

—Eso ya lo sé —dice Randy—, pero si sabe de esa actitud, ya se le ocurrirá otra estrategia y presentará otra demanda.

—Eso es un poco derrotista... —empieza a decir Doug.

—A donde quiero llegar —dice Randy— es a que no podemos luchar contra el Dentista en su terreno, que es el tribunal, de la misma forma que el Viet Cong no hubiese podido librar una batalla frontal y abierta contra el ejército de Estados Unidos. Así que hay muy buenas razones para sacar el oro del submarino furtivamente antes de que el Dentista pueda demostrar que existe.

Doug adopta una expresión de indignación.

—Randy, ¿alguna vez has intentado nadar sosteniendo un lingote de oro en una mano?

—Debe de haber alguna forma de hacerlo. Pequeños submarinos o algo así.

Doug se ríe en voz alta y misericordiosamente decide no desenmascarar la idea de los pequeños submarinos.

—Supongamos que fuese posible. ¿Qué hago a continuación con el oro? Si lo deposito en una cuenta bancaria, o lo gasto en algo, ¿qué le impediría a ese Andrew Loeb tomarlo como prueba circunstancial de que el naufragio contenía una tonelada de dinero? Lo que dices es que me tengo que sentar sobre ese dinero durante el resto de mi vida para protegeros de la demanda.

—Doug, puedes hacer lo siguiente —dice Randy—. Sacas el oro. Lo metes en un barco. Mis amigos podrán explicarte el resto. —Randy vuelve a colocar la cubierta de plástico del portátil y comienza a meter con cuidado los tornillitos en sus huecos.

—Traes el barco hasta aquí —dice Cantrell.

—A esa playa, justo colina abajo. Yo te esperaré con el Humvee —continúa Tom.

—Y tú y Tom podréis ir al centro y depositar ese oro en lingotes en las bóvedas del Banco Central de Kinakuta —concluye Cantrell.

Al fin alguien ha dicho algo que descoloca a Doug Shaftoe.

—¿Y qué obtengo a cambio? —pregunta con suspicacia.

—Dinero electrónico de la Cripta. Anónimo. Imposible de seguir. Libre de impuestos.

Doug ya ha recuperado la compostura, y vuelve a reírse.

—¿Y qué podré comprar? ¿Fotografías de chicas desnudas en la World Wide Web?

—Pronto podrás comprar todo lo que *se pueda* comprar con dinero —dice Tom.

—Tendríais que informarme mejor —dice Doug—. Pero una vez más nos alejamos del orden del día. Dejémoslo en esto: necesitáis que vacíe el pecio, rápido y en secreto.

—No es sólo que nosotros lo necesitemos. También podría ser lo mejor para ti —dice Randy, buscando el interruptor en la parte de atrás del portátil.

—Punto dos: un antiguo agente de la NSA nos vigila... ¿y algo respecto a un Mago? —dice John.

—Sí.

Doug le dirige a Randy miradas raras, por lo que Randy debe lanzarse a un breve resumen de su sistema de clasificación en Magos, Elfos, Enanos y Hombres, por no hablar de Gollum, lo que para Doug casi carece por completo de sentido porque no ha leído *El señor de los anillos.*

Randy les relata su conversación con Pontifex por el teléfono del avión. John Cantrell y Tom Howard se muestran interesados, como Randy esperaba, pero lo que le sorprende es la intensidad con la que Doug presta atención.

—¡Randy! —dice Doug casi gritando—. ¿En algún momento le preguntaste a ese tipo por qué el viejo Comstock estaba tan interesado en los mensajes de Aretusa?

—Qué coincidencia, es el punto tercero del orden del día —dice Cantrell.

—¿Por qué no se lo preguntaste en el telesilla? —bromea Randy.

—Le estaba ofreciendo un razonamiento pormenorizado de por qué estaba a punto de cortar la unión entre su cuerpo deforme y perfumado y su alma eterna y condenada—dice Doug—. ¡En serio! Conseguiste los mensajes de entre los recuerdos de guerra de tu abuelo. ¿No?

—Así es.

—Y tu abuelo, Waterhouse, ¿dónde los consiguió?

—A juzgar por las fechas, debía de estar en Manila.

—Bien, ¿qué te supones que pudo pasar en Manila en esas fechas que fuese tan importante para Earl Comstock?

—Ya te lo dije, Comstock pensó que era un código comunista.

—¡Eso es una puta mierda! —dice Doug—. ¡Por Dios! ¿No os habéis relacionado nunca con gente como Comstock? ¿No podéis reconocer una puta mierda? ¿No creéis que sería una herramienta útil a añadir a vuestro equipo intelectual el ser capaces de decir, cuando un chorro de puta mierda

os cae encima: «Por Dios, esto parece ser una puta mierda»? Ahora, ¿cuál crees que es la verdadera razón por la que Comstock quería romper Aretusa?

—No tengo ni idea —dice Randy.

—La razón es oro —dice Doug.

Randy bufa.

—Tienes el cerebro lleno de oro.

—¿Te llevé o no te llevé a la jungla y te mostré algo? —pregunta Doug.

—Lo hiciste. Lo siento.

—El oro es lo único que podría explicarlo. Porque por lo demás en los años cincuenta Filipinas no era tan importante como para justificar tal esfuerzo por parte de la NSA.

—Se estaba produciendo una insurrección Huk —dice Tom—. Pero tienes razón. Lo importante, al menos en esta zona, era Vietnam.

—¿Sabes algo? —le responde Doug—. Durante la guerra de Vietnam, que fue la genial idea del viejo Comstock, la presencia militar norteamericana en Filipinas era enorme. Ese hijo de puta tenía soldados v marines arrastrándose por Luzón, supuestamente para entrenarse. Pero creo que buscaban algo. Creo que buscaban el Primario.

—¿Como en el depósito de oro primario?

—Acertaste.

—¿El que al final encontró Marcos?

—Las opiniones difieren —dice Doug—. Mucha gente cree que el Primario todavía aguarda ser descubierto.

—Bien, no hay ninguna información sobre el Primario o cualquier otra cosa en estos mensajes —dice Randy. El portátil ya ha arrancado en modo UNIX, con un torrente de mensajes de error producidos al no encontrar diversos elementos de hardware que estaban presentes en el portátil de Randy (que se encuentra en el cubo de la basura de un concesionario Ford en Los Altos) pero no en el de Tom. Y sin embargo, el núcleo básico se ejecuta hasta el punto de que Randy puede comprobar el sistema de archivos y asegurarse de que está intacto. El directorio Aretusa sigue ahí, con su larga lista de pequeños archivos, cada uno resultado de pasar un

montón diferente de tarjetas por el lector de tarjetas de Chester. Randy abre el primero y se encuentra con varias líneas aleatorias de letras mayúsculas.

—¿Cómo sabes que en esos mensajes no hay información sobre el Primario, Randy? —pregunta Doug.

—Durante diez años la NSA no pudo descifrar esos mensajes —dice Randy—. Resultó ser un fraude. El resultado de un generador de números aleatorios.

Randy regresa a la lista de archivos y teclea:

```
grep AADAA *
```

y le da a la tecla de retorno. Es un comando para encontrar el conjunto inicial de letras en los mensajes de las tarjetas ETC, ese famoso al que aludió Pontifex. La máquina responde casi de inmediato sin mostrar nada, lo que significa que la búsqueda ha fallado.

—¡Mierda! —dice Randy.

—¿Qué pasa? —dicen todos a la vez.

Randy respira larga y profundamente.

—Éstos no son los mismos mensajes que Earl Comstock intentó descifrar durante diez años.

*OceanofPDF.com*

# Diluvio

A Goto Dengo le lleva como medio minuto vadear la estrecha entrada del túnel. Con los dedos de una mano toca la cubierta de piedra que tiene sobre la cabeza, palpando las heridas de la perforación. A su espalda puede oír a los cuatro miembros de su equipo adelantándose también, murmurando entre sí.

Sus dedos tocan un borde y se abren a un espacio vacío y oscuro; ahora está en el interior del túnel principal. Se pone en pie y se adelanta. Para él, la oscuridad perfecta le resulta acogedora y tranquilizante, en su interior siempre puede fingir que sigue siendo un muchacho, allá en Hokkaido. Puede fingir que los últimos años de su vida no han pasado nunca.

Pero de hecho es un adulto atrapado en un agujero en Filipinas y rodeado de demonios. Abre la válvula de una lámpara de cabeza de acetileno y le da la vida. A partir de ese punto, es perfectamente capaz de moverse por el interior del Gólgota a ciegas, pero su equipo no lo es, y los deja muy atrás. Se golpea el dedo del pie de forma brutal contra un enorme lingote de oro que alguien, por descuido, ha dejado tendido sobre los raíles, y lanza una maldición.

—¿Va todo bien, teniente? —dice uno del equipo, a cincuenta metros a su espalda.

—Genial —dice Goto Dengo, en voz alta y clara—. Vosotros cuatro tened cuidado de no romperos los dedos de los pies con este lingote.

Ahora Wing, Rodolfo y sus hombres, que esperan más adelante, saben qué número de soldados nipones tienen que matar.

—¿Dónde están los últimos trabajadores? —grita uno de los soldados.

—En la bóveda de los tontos.

Les lleva varios minutos atravesar la bóveda principal porque está abarrotada de tesoros. El núcleo estrellado de la galaxia debe tener este aspecto. Suben por el pozo en el techo y llegan hasta el Salón de la Gloria. Goto Dengo encuentra los cables desnudos que llevan hasta la bombilla eléctrica y los conecta a los terminales de la batería. Como el voltaje es incorrecto, la bombilla tiene el aspecto de una mandarina flotando sobre la tinta.

—Apagad las lámparas de cabeza —dice Goto Dengo—, para reservar combustible. Dejaré la mía encendida por si hay alguna interrupción de la corriente.

Saca un puñado de algodón blanco de una caja estéril. Es el objeto más blanco y limpio que ha visto en varios años. Lo rompe en pequeños tapones, como el padre Ferdinand rompiendo el pan para la misa, y los pasa a los hombres, que se los meten ritualmente en los oídos.

—No hay más tiempo para malgastar —aúlla—. El capitán Noda debe estar impacientándose.

—¡Señor! —dice uno de los hombres poniéndose firme y ofreciéndole un par de cables marcados como DEMOLICIÓN DEL TÚNEL PRINCIPAL.

—Muy bien —dice Goto Dengo, y conecta los cables a un par de bornes en una caja interruptora de madera.

Le parece como si debiese decir algo ceremonioso, pero no se le ocurre nada. Hay nipones muriendo por todo el Pacífico sin que primero puedan lanzar un discurso.

Aprieta los dientes, cierra los ojos y le da al interruptor.

La onda expansiva atraviesa primero el suelo, golpeándoles la suela de los zapatos como una tabla. Un momento más tarde viene por el aire y les golpea como si fuese un muro de piedra en movimiento. Parece como si el algodón no sirviese para nada. Goto Dengo siente que sus ojos saltan en sus cuencas. Todos sus dientes se comportan como si los estuviesen arrancando de las encías con cinceles helados. Todo el aire sale de sus pulmones. Están vacíos por primera vez desde el momento en que nació. Como bebés recién nacidos, él y los otros hombres no pueden más que retorcerse y mirar a su alrededor aterrados hasta que los cuerpos recuerdan cómo volver a respirar.

Uno de los hombres trajo una botella de sake, que se hizo añicos. Se pasan el fondo roto de la botella, y cada uno toma un sorbo de lo que queda. Goto Dengo intenta sacarse los algodones de los oídos y descubre que la onda expansiva los ha metido tan adentro que no puede extraerlos. Se limita a gritar:

—Comprobad la hora. —Todos los hacen—. En dos horas, el capitán Noda volará el tapón en el fondo del lago y llenará las trampas de agua. Mientras tanto, tenemos trabajo que hacer. Todos conocéis vuestra tarea... ¡A trabajar!

Todos dicen *hai*, se viran sobre los talones y se separan. Es la primera vez que Goto Dengo ha enviado hombres a morir. Pero en cualquier caso, ya estaban muertos, por lo que no sabe exactamente qué sentir.

Si todavía creyese en el emperador —si todavía creyese en la guerra— no le daría mayor importancia. Pero si todavía creyese no haría lo que está a punto de hacer.

Es importante mantener la apariencia de que se trata de una operación normal, así que desciende a la cámara para realizar su siguiente tarea asignada: inspeccionar lo que solía ser la entrada principal. La bóveda está llena de una nube de polvo de roca que aprieta su tráquea como un puño agarrando una cuerda. Su lámpara de acetileno sólo consigue que el polvo reluzca, ofreciéndole una visibilidad de quizás unas seis pulgadas. Lo único que puede ver son los lingotes frente a su cara, que siguen brillando bajo una fina capa de polvo y humo. La onda expansiva ha trastornado lo que solían ser ordenados montones de cajas y lingotes y ha convertido el tesoro en un montón informe del que siguen cayendo avalanchas mientras buscan su ángulo de reposo. Un lingote de oro de 75 kilos se desliza montón abajo como una vagoneta desbocada, surgiendo de entre la nube de polvo, y tiene que dar un salto para apartarse. Del techo roto siguen cayendo trocitos de roca que le golpean el casco.

Se sube con cuidado al montón, respirando sobre lo que solía ser un tapón de algodón, hasta que puede ver lo que solía ser el túnel principal. La dinamita ha hecho lo que debía: ha convertido el techo del túnel en un billón de fragmentos. Caídos sobre el suelo, ocupan un volumen mayor que la misma masa de piedra cuando formaba una sola pieza. El túnel está lleno de toneladas de piedra suelta, hasta llegar a la misma entrada junto al río

Tojo, donde los hombres del capitán Noda trabajan ahora mismo, ocultando las pequeñas heridas tras rocas de río.

Siente más que oye una pequeña explosión, y sabe que algo va mal. Nadie debería estar provocando explosiones ahora mismo.

Los movimientos en ese lugar son angustiosamente lentos, como en una pesadilla cuando intentas huir de un demonio. Le lleva tanto tiempo regresar al Salón de la Gloria que casi no tiene sentido hacerlo; lo que estuviese sucediendo ya ha terminado cuando llega.

Lo que ve al llegar es un grupo de tres hombres que le esperan: Wing, Rodolfo y el filipino llamado Bong.

—¿Los soldados?

—Muertos todos —dice Rodolfo rotundo, irritado por lo estúpido de la pregunta.

—¿Los otros?

—Uno de los soldados lanzó una granada. Se mató a sí mismo y a mis dos hombres —dice Wing.

—Otro soldado oyó la granada y tenía el cuchillo listo cuando Agustín fue a por él —dice Bong. Agita la cabeza con pena—. No creo que Agustín estuviese preparado para matar a un hombre. Vaciló.

Goto Dengo mira fijamente a Bong, fascinado: —¿Y tú?

Durante un momento Bong no comprende la pregunta. Luego le llega la iluminación.

—Oh, no, no vacilé, teniente Goto. En una ocasión un soldado nipón hizo daño a mi hermana, de una forma muy poco apropiada.

Goto Dengo permanece allí en silencio durante un rato, hasta que nota que los otros hombres le miran expectantes. Comprueba la hora. Le sobresalta comprobar que sólo ha pasado media hora desde que produjo la explosión.

—Tenemos una hora y media hasta que se llenen las trampas de agua. Si para entonces no estamos en la Burbuja, quedaremos atrapados, sin posibilidad de escape —dice Goto Dengo.

—Vamos allí y esperamos —sugiere Wing, en shanghainés. —No. El capitán Noda está fuera, a la escucha, esperando más explosiones —dice Goto Dengo, también en chino; luego, en inglés, para los filipinos—.

Tendremos que detonar las cargas de demolición en el momento preciso o Nodasan sospechará.

—Quien las haga detonar quedará atrapado para siempre en esta cámara —dice Rodolfo, haciendo un gesto a su alrededor para indicar todo el Salón de la Gloria.

—No las detonaremos desde aquí—dice Goto Dengo, levantando la tapa de una caja. En su interior hay varios rollos de cable telefónico. Les pasa los rollos a Rodolfo, Wing y Bongo. Éstos comprenden y comienzan a unir los nuevos cables a los que terminan allí.

Retroceden a través del Gólgota por fases, cargando baterías y desenrollando los cables, dinamitando una a una las secciones de túneles que quedan a su espalda. Mientras lo van haciendo, Rodolfo, Wing y Bong van comprendiendo ciertos aspectos extraños del túnel. Por primera vez les resulta totalmente evidente que Goto Dengo ha diseñado todo el complejo para servir a dos propósitos totalmente contradictorios. Para un ingeniero nipo leal como el capitán Noda parece ser, exactamente, lo que ordenó que se construyese: una bóveda rodeada de trampas. Pero para los cuatro hombres encerrados en su interior, el Gólgota tiene una segunda función. Es una máquina de huida. A medida que el propósito de ciertas salas, túneles y otros detalles va quedando claro, se yerguen, parpadean y se vuelven para mirar a Goto Dengo con la misma expresión del soldado que semanas atrás descubrió el Buda en el Mercedes.

Su destino es la Burbuja, un nicho que Goto Dengo les hizo cavar en la piedra durante el último par de meses. Afirmaba, ante cualquiera que le preguntase, que era un embalse de agua, puesto ahí para incrementar la mortalidad de una de las trampas. Es un pozo vertical ancho, de cuatro metros de diámetro, que comienza en lo alto de un túnel periférico y se eleva durante unos metros, y acaba de pronto. Todavía tiene escaleras pegadas a sus paredes, y trepando por ellas se puede llegar a un saliente de roca lo suficientemente amplio para sentarse. Wing y sus hombres ya han dejado allí agua y cajas de galletas.

Para cuando se sientan en lo alto de la Burbuja, todos ellos están maravillados por Goto Dengo y dispuestos a hacer lo que diga. Él lo siente. Eso le llena de tristeza desconsoladora.

Tienen quince minutos de espera. Los otros los pasan bebiendo agua y dando mordiscos a las galletas. Goto Dengo los ocupa en recriminarse.

—Soy un despreciable gusano —dice—, un traidor, un montón asqueroso de mierda de perro, ni siquiera digno de limpiar las letrinas de los verdaderos soldados de Nipón. Estoy falto... totalmente separado de la nación a la que he traicionado. Ahora pertenezco a la parte del mundo que odia Nipón... y que, por tanto, me odia a mí... pero a la vez soy objeto de odio de los míos. Me quedaré aquí y moriré.

—Estás vivo —dice Rodolfo—. Y salvaste nuestras vidas. Y eres rico.

—¿Rico?

Wing, Rodolfo y Bong se miran confundidos.

—¡Sí, claro! —dice Bong.

Goto Dengo sigue con aspecto de no entender. Suponiendo que la explosión le ha dejado sordo o tonto, Bong mete la mano en sus pantalones y saca una bolsita hecha a mano, la abre y muestra un par de buenos puñados de diamantes. Wing y Rodolfo no parecen impresionados.

Goto Dengo aparta la vista abatido. Él no ha salvado más tesoro que la vida de estos hombres. Pero no es por eso por lo que se siente tan mal. Había esperado que al ser salvados se comportarían con nobleza y no pensarían en el tesoro. Pero quizá fuese esperar demasiado.

Un golpe distante los levanta ligeramente del saliente. Goto Dengo siente una sensación extraña en la cabeza: la presión de aire comienza a aumentar. La columna de aire atrapada en el túnel diagonal comienza a comprimirse por el pistón de agua que viene del lago. El capitán Noda ha dinamitado el tapón.

Goto Dengo está tan emocionado que se olvida de morirse.

Es un ingeniero, atrapado en el interior de una de sus propias máquinas. La máquina se diseñó para mantenerlo con vida y nunca sabrá si funciona correctamente a menos que funcione correctamente. Después de que haya logrado esa satisfacción, supone, siempre podrá suicidarse con calma.

Se cierra la nariz con los dedos, aprieta los labios y empieza a bombear aire a las trompas de Eustaquio, equilibrando la presión. Los otros siguen su ejemplo.

Todas las trampas del Gólgota son básicamente iguales. Todas derivan su poder mortal de la presión de agua comunicada a este nivel desde el

fondo del lago Yamamoto. En varios lugares del complejo se han construido paredes falsas, diseñadas para que las rompan ladrones codiciosos o para desmoronarse por sí mismas cuando los ladrones excavasen la arena que las sostienen. A continuación entrará agua con fuerza explosiva y probablemente los aplastará antes de que tengan la oportunidad de ahogarse.

Al final del Gólgota, el túnel diagonal se divide una y otra vez, como un río que se divide en afluentes. Goto Dengo lo explicó para los oficiales que venían de inspección relacionándolo con la fontanería en el interior de un hotel moderno, que recibe desde una única tubería presurizada por una lejana torre de agua, pero que se divide en muchas tuberías diferentes para llevar agua presurizada a grifos dispersos por toda la estructura.

El Gólgota bulle, silba y protesta a medida que su sistema ramificado se presuriza a causa del diluvio iniciado por la carga de dinamita del capitán Noda. Las burbujas de aire atrapadas en los extremos de esas tuberías buscan una forma de escapar: algunas salen por entre las grietas de las paredes y otras burbujean hacia el túnel diagonal. La superficie del lago Yamamoto debe estar hirviendo como un caldero, y allí debe encontrarse el capitán Noda, contemplando cómo el aire huye del Gólgota, sonriendo de satisfacción. En momentos, los suelos de los túneles quedan oscurecidos por lagunas bulliciosas de agua sucia, y las cubas y vagonetas abandonadas comienzan a elevarse, agitándose como corchos y entrechocando.

Pero sin embargo la mayor parte del aire atrapado en el Gólgota no sale burbujeando por el lago Yamamoto. La mayor parte se eleva hacia la Burbuja, porque así es como lo planeó Goto Dengo. Sabe que está funcionando porque sus oídos comienzan a estallar.

Finalmente el agua se eleva por la propia Burbuja, pero lo hace lentamente, porque la presión de aire contenido se ha vuelto muy alta. A medida que el agua sube, incrementa aún más la presión de la burbuja de aire en la que están atrapados Goto Dengo y los otros. La presión del aire va aumentando hasta que iguala la presión del agua. Luego se alcanza el equilibrio y el agua no puede ascender más. Otro tipo de equilibrio se está alcanzando en sus cuerpos, a medida que el aire comprimido inunda sus pechos y el nitrógeno de ese aire comienza a penetrar en las membranas de sus pulmones y a disolverse en su sangre.

—Ahora esperamos —dice Goto Dengo, y apaga la lámpara de acetileno, dejándolos en la oscuridad—. Siempre que no encendamos las lámparas, hay aire suficiente en esta cámara para mantenernos con vida durante varios días. El capitán Noda y sus hombres pasarán al menos ese tiempo poniendo en orden Bundok, borrando todo rastro de nuestro trabajo, y suicidándose. Así que debemos esperar o sus hombres nos matarán cuando nos presentemos en la orilla del lago Yamamoto. Me gustaría pasar ese tiempo educándoos en el tema de la enfermedad de descompresión, también conocida como apoplejía por cambio de presión.

Dos días más tarde, detonan una última carga de dinamita relativamente pequeña, abriendo un agujero en la pared de la Burbuja que es lo suficientemente grande para permitir pasar a un hombre. Al otro lado, comienza el túnel diagonal del lago Yamamoto.

Rodolfo es el que está más aterrado de todos, así que le envían el primero. Luego va Bong, y a continuación Wing. Finalmente, Goto Dengo deja atrás el aire enrarecido y usado de la Burbuja. En unos momentos se han abierto paso al túnel diagonal ascendente. Comienzan a nadar en medio de una oscuridad total. Durante el camino van sintiendo con la mano la parte alta del túnel, buscando la abertura del primer pozo vertical. Se supone que Rodolfo debe detenerse cuando lo encuentre, pero los otros también deben estar alerta en caso de que Rodolfo falle.

Chocan unos contra otros en la oscuridad como un tren que se detiene. Rodolfo se ha parado, con suerte, habrá encontrado el primer pozo vertical. Wing finalmente se adelanta y Goto Dengo se mete directamente por el pozo vertical para llegar al fin a un bulbo en lo alto donde hay atrapada una burbuja de aire. El bulbo tiene apenas el tamaño justo para acomodar cuatro hombres. Allí hacen una pausa, formando todos juntos un conjunto de cuerpos, jadeando a medida que exhalan el aire lleno de nitrógeno y dióxido de carbono del que han estado viviendo los últimos sesenta segundos, y respiran para llenar los pulmones con aire fresco. Goto Dengo siente que le saltan los oídos al rebajarse la presión.

Sólo han cubierto una pequeña fracción de los cuatrocientos cincuenta metros que separan horizontalmente el Gólgota del lago. Pero ya han

cubierto la mitad del centenar de metros verticales. Es decir, la presión del aire que respiran en esa cámara es la mitad que en la Burbuja.

Goto Dengo no es un buceador, y sabe muy poco sobre medicina de buceo. Pero su padre hablaba de cómo se solían emplear campanas neumáticas para enviar trabajadores bajo el agua, para construir o extraer cosas. Así es como supo de la enfermedad de descompresión, y también como descubrió la regla práctica según la cual la mayoría de los hombres no sufrirán sus síntomas si pasan una descompresión durante un rato a la mitad de la presión de aire original. Si se detienen y respiran durante un rato, el nitrógeno saldrá de sus tejidos. Una vez hecho, la presión de aire debe reducirse de nuevo a la mitad.

En la Burbuja, la presión de aire era de unas nueve o diez atmósferas. Aquí, en la primera cámara, es más o menos de cinco. Pero no hay mucho aire en ésta, lo justo para permitirles respirar durante quince o veinte minutos, sacar el nitrógeno de sus tejidos y llenar los pulmones para el siguiente periodo de natación.

—Vale —dice Goto Dengo—, vamos. —Encuentra a Rodolfo en la oscuridad y le da una palmada de ánimo. Rodolfo respira profundamente en serie para prepararse, y Goto Dengo recita los números que todos se saben de memoria—. Veinte brazadas en línea recta. Luego el túnel se dobla hacia arriba. Cuarenta brazadas en una subida inclinada. Donde el túnel vuelve a doblarse vais directamente a la siguiente cámara de aire.

Rodolfo asiente, se persigna y luego da una voltereta en el agua y se sumerge. A continuación Bong, luego Wing y finalmente Goto Dengo.

Este recorrido es muy largo. Los últimos quince metros son un ascenso vertical hacia la cámara de aire. Goto Dengo había esperado que la flotabilidad natural de sus cuerpos lo hiciese más fácil, incluso si estuviesen a punto de ahogarse. Pero mientras patalea por el estrecho pozo, empujando frenéticamente los pies de Wing, quien está por encima y no va tan rápido como le gustaría, siente pánico creciente en sus pulmones. Finalmente comprende que debe luchar contra el impulso de contener el aliento, que sus pulmones están llenos de aire a una presión mucho mayor que el agua que le rodea, y que si no deja salir algo de ese aire le estallará el pecho. Por tanto, contra su instinto de reservar el precioso aire lo deja burbujear por su boca. Espera que las burbujas pasen frente a la cara de los otros hombres y

eso les transmita la idea. Pero poco después de hacerlo, todos dejan de moverse.

Durante quizás unos diez segundos, Goto Dengo está atrapado en la oscuridad total de un agujero vertical en la roca lleno de agua y que no es mucho más ancho que su propio cuerpo. De todas las cosas que ha experimentado en la guerra, ésta es la peor. Pero justo cuando se rinde y se prepara para morir, comienzan a moverse de nuevo. Todos están medio muertos cuando llegan a la cámara.

Si los cálculos de Goto Dengo eran correctos, la presión ahí no debería ser mayor de dos o tres atmósferas. Pero empieza a dudar de esos cálculos. Cuando ha tomado aire suficiente para recuperar totalmente la conciencia, nota un dolor extremo en sus rodillas, y está claro por los ruidos que hacen los demás que sufren de igual forma.

—Esta vez esperamos todo lo que podamos —dice.

El siguiente es más corto, pero es más difícil por el dolor en las rodillas. Una vez más Rodolfo va el primero. Pero cuando Goto Dengo se eleva en la siguiente cámara de aire, como atmósfera y media sobre lo normal, sólo están Bong y Wing.

—Rodolfo perdió la abertura —dice Bong—. Creo que fue demasiado lejos... ¡por el pozo de ventilación!

Goto Dengo asiente. A sólo unos metros de donde entraron en este pasaje hay un pozo de ventilación que va hasta la superficie. Tiene una desviación lateral en medio que Goto puso allí para que cuando el capitán Noda lo llenase de escombros (cosa que presumiblemente ya ha hecho), el túnel diagonal —la ruta de escape— no se bloquease. Si Rodolfo subió por ese pozo, se encontró con un callejón sin salida, sin burbuja de aire en la parte alta.

Goto Dengo no tiene que decirle a los demás que Rodolfo está muerto. Bong se persigna y recita una oración. Luego se quedan un poco más y se aprovechan del aire que Rodolfo debería estar compartiendo. El dolor en las rodillas de Goto Dengo se hace más intenso, pero se estabiliza después de un rato.

—Desde aquí, sólo hay pequeños cambios en altitud, no hay mucha necesidad de descompresión. En general nadamos para ganar distancia —dice. Todavía les quedan más de trescientos metros horizontales,

interrumpidos por cuatro pozos de aire más. El último ejerce como un pozo de ventilación legítimo.

Así que desde allí no es más que nadar y descansar, nadar y descansar, hasta que finalmente las paredes del túnel se separan y se encuentran en el lago Yamamoto.

Goto Dengo rompe la superficie y no hace nada durante un buen rato excepto flotar en el agua y respirar aire limpio. Es de noche, y por primera vez en un año Bundok está en calma, excepto por el sonido de Bong, de rodillas en la orilla del lago, persignándose y murmurando plegarias todo lo rápido que puede mover los labios.

Wing ya se ha ido, sin decir siquiera adiós. Eso afecta a Goto Dengo hasta que comprende lo que significa: él, también, es libre de irse. Por lo que al mundo respecta, está muerto, y han desaparecido sus obligaciones. Por primera vez en su vida, puede hacer lo que quiera.

Nada hasta la orilla, se pone en pie y empieza a caminar. Le duelen las rodillas. No puede creer que haya superado tantas cosas y que su único problema sean unas rodillas doloridas.

*OceanofPDF.com*

# Detención

Kopi —le dice Randy a la asistenta de vuelo, y luego se lo piensa mejor, recordando que en esta ocasión está en tercera clase, y llegar hasta un lavabo podría no ser fácil. No es más que un pequeño 757 de Malaysian Air. La asistenta de vuelo percibe la indecisión en su rostro y titubea. El rostro de la azafata está enmarcado en un pañuelo llamativo vagamente islámico que es el intento más simbólico de modestia sexual que Randy haya visto jamás.

—Kopi *nyahkafeina* —dice Randy, y ella sonríe y le sirve del termo naranja. No es que ella no hable inglés, sino que Randy empieza a sentirse cómodo con el pidgin local. Sabe que no es más que el primer paso de un largo proceso que con el tiempo le convertirá en uno de esos alegres expatriados, fornidos y curtidos por el sol, que infestan los bares de aeropuerto y hoteles Shangri-La de la cuenca del Pacífico.

Por su ventanilla, la larga y esbelta isla de Palawan corre paralela a la ruta de vuelo. Un piloto paralizado por la niebla casi podría llegar desde Kinakuta hasta Manila siguiendo las playas de Palawan, pero en un día como hoy eso no tiene importancia. Esas playas descienden gradualmente hacia las aguas transparentes del mar meridional de China. Cuando estás allá abajo, plantado en la arena, mirando oblicuamente las olas, probablemente no tiene aspecto de ser gran cosa, pero desde aquí arriba puedes ver directamente a muchas brazas de profundidad, y así todas las islas, incluso las cabezas de coral, tienen faldas que empiezan en marrón oscuro y pardo y luego se funden en amarillo y finalmente en azul de piscina hasta con el tiempo convertirse en el azul profundo del océano.

Cada pequeña isla de coral y banco de arena tiene el aspecto de un ojo iridiscente en una pluma de pavo real.

Después de la conversación la noche pasada en la casa de Tom Howard, Randy durmió en la habitación de invitados y luego pasó la mayor parte del día en Kinakuta comprando un nuevo portátil, con un nuevo disco duro, y transfiriendo todos los datos del disco que recuperó en Los Altos al nuevo, cifrándolo todo en el proceso. Teniendo en cuenta todos los documentos corporativos aburridos e inútiles a los que ha sometido a cifrado de alta tecnología, no puede creer que llevase los documentos Aretusa en su disco duro, sin cifrar, durante varios días y pasando por varias fronteras nacionales. Eso sin mencionar las tarjetas ETC originales, que ahora residen en la caja fuerte del sótano de Tom Howard. Claro está, Aretusa ya está cifrado, pero se hizo en 1945, así que según los estándares modernos, bien se podía haber cifrado con un anillo decodificador sacado de una caja de cereales. O eso es lo que Randy en cierta forma espera. Otra cosa que hizo por la mañana fue descargar una copia de *Criptonomicón* del sitio ftp en el que vive en San Francisco. Randy nunca lo ha mirado con detalle, pero ha oído que contiene ejemplos de código, o al menos algoritmos, que podría emplear para atacar Aretusa. Con suerte, las últimas técnicas públicas para romper códigos contenidas en *Criptonomicón* podrían servir para la tecnología clasificada que Pontifex y sus colegas empleaban en la NSA treinta años atrás. Esas técnicas no funcionaron contra los mensajes Aretusa que intentaron descifrar, pero probablemente fue debido simplemente a que esos mensajes eran números aleatorios, no las interceptaciones reales. Ahora que Randy tiene lo que sospecha que son los verdaderos mensajes, podría conseguir lo que Earl Comstock intentó y no pudo durante los años cincuenta.

Están volando cerca del terminator, no el asesino robot del cine, sino la línea entre la noche y el día por la que rota incesantemente nuestro planeta. Mirando al este, Randy puede ver sobre el borde del mundo el lugar donde es de noche y las nubes sólo reflejan la fracción más roja de la luz solar, ocupando la oscuridad pero reluciendo con huraños fuegos contenidos como carbones entre las cenizas. El avión sigue en la Zona de día, y es seguido diligentemente por misteriosas barras de arcoiris, pequeños dobles espectrales, probablemente alguna nueva tecnología de seguimiento de la

NSA. Algunos de los ríos de Palawan corren azules directamente hacia el océano y algunos transportan enormes penachos de limo erosionado que se extienden al llegar al océanos y que las corrientes barren hacia la orilla. En Kinakuta hay menos deforestación que aquí, pero sólo porque en su lugar tienen petróleo. Todo estos países queman recursos a un ritmo fantástico para alimentar sus economías, apostando que podrán dar el salto al hiperespacio —presumiblemente, algún tipo de economía del conocimiento — antes de que se les acabe la materia que vender y se conviertan en Haití.

Randy está ojeando las secciones iniciales de *Criptonomicón*, pero nunca ha podido concentrarse en un avión. Las secciones iniciales son páginas robadas de los manuales militares de la Segunda Guerra Mundial. Estaban clasificados hasta hace diez años, cuando uno de los amigos de Cantrell encontró copias en una biblioteca de Kentucky y se fue allí con un cargamento de monedas para fotocopiarlo todo. Eso hizo que el criptoanálisis público y civil llegase al nivel del gobierno en los años cuarenta. Las páginas fotocopiadas pasaron por un escáner y un programa de OCR y se convirtieron al formato HTML empleado para páginas web de forma que la gente pudiese añadir enlaces, anotaciones y correcciones sin alterar el texto original, lo que han hecho con entusiasmo, lo que está muy bien pero hace difícil leerlo. El texto original está compuesto con un tipo de letra deliberadamente apretado y de aspecto antiguo para que instantáneamente sea fácil distinguirlo de las anotaciones de la era cibernética. La introducción a *Criptonomicón* la escribió, probablemente antes de Pearl Harbor, un tipo llamado William Friedman, y está llena de aforismos que probablemente tienen como intención evitar que los rompecódigos neófitos se vuelen la cabeza con una granada después de pasar una larga semana luchando contra las cifras mecánicas más recientes de los nipones.

> *Aparentemente, no se reconoce lo suficiente el hecho de que el investigador científico trabaja el 50 por ciento de su tiempo según medios no racionales.*
>
> *La intuición, al igual que un destello de luz, dura sólo un segundo. Por lo general, llega cuando a uno le atormenta un descifrado difícil y cuando uno repasa en la cabeza los infructuosos experimentos que ya*

*se han probado. De pronto, la luz llega y uno encuentra después de unos minutos lo que días anteriores de trabajo fueron incapaces de lograr.*

Y el favorito de Randy,

*Con respecto a la suerte, hay un viejo proverbio minero: «El oro está allí donde se lo encuentra.»*

Hasta ahora bien, pero luego, con algunos golpes a la tecla de avance de página, Randy está mirando una rejilla interminable de letras aleatorias (alguna especie de método predigital para romper códigos) que el autor no hubiese añadido al documento si no ofreciese alguna lección útil al lector. Randy es tristemente consciente de que hasta que no aprenda a leer esas rejillas no alcanzará el nivel de competencia de los criptoanalistas novatos de la Segunda Guerra Mundial. Los mensajes de ejemplo empleados son del tipo UN AVIÓN PERDIDO EN EL MAR y LAS TROPAS TIENEN PROBLEMAS PARA MANTENER LA CONEXIÓN CON LA INFANTERÍA CUARENTA Y CINCO STOP que a Randy le resultan algo antiguo y melodramático hasta que recuerda que el libro lo escribió gente que probablemente no tenía tal impresión, que vivía en una era anterior a que las cosas fuesen antiguas y melodramáticas, una época radicalmente diferente donde los aviones se perdían realmente y la gente de esos aviones nunca regresaba para ver a sus familiares y que las personas que sacaban el tema del melodramatismo en las conversaciones recibían compasión, se las apartaba o quizá se las sometía a psicoanálisis.

Randy se siente como un mierda cuando piensa en esas cosas. Piensa en Chester. ¿Es el 747 destrozado que cuelga de su techo un monumental acto de mal gusto o Chester está haciendo un Comentario con esa cosa? ¿Podría ser que el inadaptado de Chester sea en realidad un profundo pensador que ha trascendido la superficialidad y la falta de sinceridad de su tiempo? Muchas personas serias han discutido eso mismo durante mucho tiempo, y es por eso que aparecen artículos sobre la casa de Chester en los lugares más inesperados. Randy se pregunta si alguna vez en su vida ha tenido una experiencia seria, una experiencia que valiese la pena reducir a un mensaje puntuado por un STOP en letras mayúsculas y pasarlo por un criptosistema.

Deben de haber volado ya sobre el punto del naufragio. En unos días, Randy dará la vuelta y regresará a medio camino de Kinakuta para contribuir lo que pueda a la tarea de sacar lingotes de oro. Sólo va a Manila para ocuparse de algunos asuntos, una especie de reunión urgente exigida por uno de los socios filipinos de Epiphyte. Lo que Randy vino a hacer a Manila, hace un año y medio, básicamente se dirige solo, y cuando exige su atención le parece terriblemente molesto.

Puede comprender que la forma moderna de pensar, aplicada al Criptonomicón, no va a ayudarle demasiado con la meta de descifrar los mensajes Aretusa. Los autores originales de Criptonomicón tenían que descifrar y leer esos malditos mensajes para poder salvar las vidas de sus compatriotas. Pero los comentaristas modernos no tienen interés per se en leer los mensajes de otras personas; sólo prestan atención al tema porque aspiran a crear nuevos criptosistemas que la NSA o la nueva OIRTD no puedan romper. La Cámara Negra. Los expertos en criptografía no se fiarían de un criptosistema hasta que no lo hubiesen atacado, y no pueden atacarlo hasta no conocer las técnicas criptoanalíticas básicas, de ahí la exigencia de un documento como la versión moderna y anotada de Criptonomicón. Pero sus ataques normalmente no van más allá de demostrar las vulnerabilidades de un sistema en abstracto. Todo lo que desean es poder decir que en teoría este sistema podría atacarse de la siguiente manera porque desde el punto de vista de la teoría formal de números pertenece a tal y tal clase de problemas, y esos problemas como grupo exigen tantos ciclos de procesador para ser atacados. Y todo eso encaja muy bien con la forma moderna de pensar sobre cosas en que lo único que precisas, para poder obtener cierta sensación de logro personal y ganarte el elogio de tus iguales, es demostrar la habilidad de encajar nuevos ejemplos de cosas en los agujeros intelectuales adecuados.

Pero el espacio que hay entre demostrar la vulnerabilidad de un criptosistema en abstracto y romper efectivamente un montón de mensajes escritos con ese criptosistema es tan amplio y profundo como el abismo que hay entre poder criticar una película (por ejemplo, clasificándola en un género o movimiento en particular) y ser capaz de salir al mundo con una cámara de cine y un montón de película y rodar una. Sobre esas cosas *Criptonomicón* no tiene nada que decir hasta llegar a sus estratos más

profundos y antiguos. Algunos de los cuales, sospecha Randy, son obra de su abuelo.

La azafata jefe habla por el intercomunicador y dice algo en varios idiomas. Cada transición a una nueva lengua viene acompañada de un conato de confusión que recorre toda la cabina de pasaje: primero son los pasajeros angloparlantes los que empiezan a preguntarse unos a otros qué se ha dicho en la versión inglesa y están a punto de dejarlo por imposible cuando termina la versión cantonesa y son los pasajeros chinos los que empiezan a preguntar qué se ha dicho. La versión malaya no produce ninguna reacción porque en realidad nadie habla malayo, excepto quizá Randy cuando pide café. Presumiblemente el mensaje está relacionado con el hecho de que el avión esté a punto de aterrizar. Manila se extiende en la oscuridad, grandes zonas de la ciudad se apagan y encienden a medida que segmentos diferentes de la red eléctrica se enfrentan a su particular lucha entre el mantenimiento y la sobrecarga. En su mente, Randy ya está sentado frente al televisor con un cuenco de Cap'n Crunch. Quizás haya algún sitio en el AINA donde pueda comprar un brik de leche helada, de forma que, de camino a casa, ni siquiera tenga que parar en un 24 Jam.

Las azafatas de Malaysian Air le ofrecen grandes sonrisas a la salida; como saben los expatriados tecnócratas que se mueven por el mundo, la gente de la industria de la hospitalidad cree que es adorable, o fingen creerlo, el que intentes usar alguna lengua —cualquiera— aparte del inglés, y te recordarán por tu intento. Pronto está en el interior del viejo AINA, que dispone casi de un sistema de aire acondicionado. Hay todo un grupo de chicas ataviadas con chubasqueros reunidas cerca de la cinta de equipaje y que hablan como cotorras bajo una señal que dice MUERTE A LOS TRAFICANTES DE DROGAS. Las maletas tardan un montón en aparecer; Randy no hubiese facturado el equipaje si no fuese porque había comprado muchos libros, y otros recuerdos, en su viaje, algunos recuperados de la casa destrozada y otros heredados del baúl de su abuelo. Y en Kinakuta compró un equipo de inmersión nuevo al que espera dar uso muy pronto. Finalmente se tuvo que comprar una de esas enormes bolsas como petates con ruedas para poder llevarlo todo. Randy disfruta mirando a las chicas, aparentemente un equipo de hockey de instituto o universitario de viaje. Para ellas, incluso esperar que la cinta de equipaje se ponga en marcha es

una gran aventura, llena de emociones y escalofríos; por ejemplo, cuando la cinta se pone en marcha durante unos momentos y luego vuelve a pararse. Pero al fin se pone en marcha de verdad, y aparece toda una fila de bolsas de gimnasia idénticas, de colores que hacen juego con los uniformes de las chicas, y en medio de ellas está la de Randy. La levanta de la cinta y comprueba los pequeños candados de combinación: uno en la cremallera del compartimiento principal y otro en el bolsillo más pequeño al extremo de la bolsa. Hay un bolsillo diminuto en la parte superior de la bolsa que no tiene ninguna función práctica que Randy pueda concebir; no lo usó y por tanto no le puso candado.

Tira del asa telescópica de la bolsa, la pone sobre las ruedas y se dirige a aduanas. Por el camino se mezcla con el grupo de jugadoras de hockey, a las que la operación de aduanas les parece excitante e hilarante, lo que a él le resulta ligeramente vergonzoso hasta que ellas empiezan a sentir que su propia hilaridad es hilarante. Sólo hay algunas filas de aduanas abiertas, y hay una especie de director de tráfico que envía a la gente a un lado o a otro: envía a las chicas a la fila verde y luego, inevitablemente, desvía a Randy hacia la roja.

Mirando más allá de la fila, Randy puede ver el área al otro lado donde la gente espera para recibir a los pasajeros. Allí hay una mujer con un bonito vestido. Es Amy. Randy se detiene por completo para apreciarla mejor. Tiene un aspecto fantástico. Se pregunta si es totalmente presuntuoso por su parte suponer que Amy se puso el vestido exclusivamente porque sabía que a Randy le gustaría verla con él puesto. Sea presuntuoso o no, eso es lo que piensa, y casi le hace desear desmayarse. No quiere adelantar acontecimientos, pero quizás esta noche le espere algo mejor que un cuenco de Cap'n Crunch.

Randy avanza. Quiere echar a correr e ir directamente a por Amy, lo que sería una mala idea. Pero no es problema. La expectación nunca ha matado a nadie. En realidad la expectación puede ser muy agradable. ¿Qué dijo Avi? «En ocasiones desear es mejor que tener.» Randy está bastante seguro de que tener a Amy no le defraudaría, pero desearla tampoco está tan mal. Lleva por delante la bolsa del portátil y arrastra a su espalda la bolsa grande, reduciendo velocidad gradualmente hasta detenerse para que no siga avanzando por su propio impulso y le rompa las rodillas. Está la

habitual larga mesa metálica de acero inoxidable y tras ella el aburrido caballero con forma de boca de incendios que le dice:

—¿Nacionalidad? ¿Aeropuerto de embarque? —por millonésima vez en su vida.

Randy entrega sus documentos y contesta a las preguntas mientras se inclina para colocar la bolsa sobre la mesa.

—Retire los candados, por favor —dice el inspector de aduanas. Randy se inclina y entrecierra los ojos para intentar alinear las ruedecillas en la combinación correcta. Mientras lo hace, oye como el inspector de aduanas se mueve junto a su cabeza y abre el diminuto bolsillo vacío en lo alto de la bolsa. Se produce un crujido.

—¿Qué es esto? —pregunta el inspector—. ¿Señor? ¿Señor?

—Sí, ¿qué es? —dice Randy, poniéndose recto y mirando al inspector a los ojos.

Como un modelo en un documental publicitario, el inspector sostiene una pequeña bolsa Ziploc junto a su cabeza y la señala con la otra mano. Tras él se abre una puerta y sale gente. La bolsa Ziploc está parcialmente llena de azúcar, o algo —quizás azúcar glas— y enrollada para darle forma de cigarrillo.

—¿Qué es esto, señor?—repite el inspector.

Randy se encoge de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿De dónde ha salido?

—De su bolsa, señor —dice el inspector, y señala el bolsillito.

—No. Ese bolsillo estaba vacío —dice Randy.

—¿Es ésta su bolsa, señor? —dice el inspector, alargando una mano para mirar la pegatina de equipaje que cuelga del asa. A su espalda se ha formado una buena multitud, indistinta para Randy, quien comprensiblemente se concentra en el inspector.

—Espero que sí... acabo de abrir los candados —dice Randy. El inspector se vuelve y hace un gesto a las personas que tiene a su espalda, que se mueven en masa hacia la luz. Visten uniformes y muchos de ellos llevan pistola. Muy pronto, algunas de ellas están a su espalda. De hecho, le rodean. Randy mira hacia Amy, pero ve un par de zapatos abandonados:

ella corre descalza hacia un montón de teléfonos públicos. Probablemente nunca la vuelva a ver con un vestido.

Se pregunta si será mala idea, desde un punto de vista estrictamente práctico, pedir un abogado tan pronto.

*OceanofPDF.com*

# La batalla de Manila

A Bobby Shaftoe le despierta el olor a humo. No es el humo de las galletas que se han quedado demasiado tiempo en el horno, de un montón de hojas de otoño que arden, o de un fuego de campamento de *Boy Scouts*. Es la mezcla de otro tipo de olores que ha llegado a conocer muy bien en los últimos años: ruedas, combustible y edificios, por ejemplo.

Se levanta apoyándose sobre un codo y ve que está tendido en el fondo de un bote largo y estrecho. Justo sobre su cabeza, una vela sucia de lona se agita bajo una brisa traicionera y maloliente. Es de noche.

Gira la cabeza para mirar al otro lado. A su cabeza no le gusta. Un dolor feroz intenta derribar las defensas de su mente. Pero el dolor no consigue entrar. Siente los golpes apagados de las botas de clavos del dolor contra la puerta principal, pero eso es todo.

¡Ah! Alguien le ha dado morfina. Shaftoe sonríe agradecido. La vida es buena.

El mundo es oscuro, un hemisferio negro mate invertido sobre el plano del lago. Pero hay una abertura horizontal alrededor del borde, hacia babor, por donde penetra una luz amarilla. La luz brilla tenuemente y centellea como las estrellas vistas a través de la onda de calor sobre el capó de un automóvil negro.

Se sienta, mira y gradualmente obtiene conciencia de la escala. El sendero irregular de luz amarilla se extiende desde las ocho en punto del bote hasta más allá de proa, como a la una en punto. Quizá sea alguna especie de extrañísimo fenómeno del amanecer.

—Myneela —dice una voz a su espalda.

—¿Eh?

—Es Manila —dice otra voz, más cerca, que le ofrece la versión inglesa del nombre.

—¿Por qué está encendida? —Bobby Shaftoe no ha visto una ciudad iluminada por la noche desde 1941 y ya había olvidado cómo era.

—Los japoneses la han incendiado.

—¡La perla del Oriente! —dice alguien, más lejos dentro del bote, y se produce una risotada triste.

A Shaftoe ya se le va aclarando la cabeza. Se frota los ojos y mira con más atención. A un par de millas a babor, un bidón de acero lleno de combustible se lanza al cielo como un cohete y desaparece. Comienza a distinguir las esqueléticas siluetas de las palmeras junto a la orilla del lago, recortándose sobre las llamas. El bote se mueve sobre el agua en silencio, con pequeñas olas golpeando el casco. Shaftoe se siente como si acabase de nacer, una nueva persona que llega al mundo.

Cualquier otro preguntaría por qué viajan hacia la ciudad en llamas, en lugar de alejarse de ella. Pero Shaftoe no lo pregunta, de la misma forma que un bebé recién nacido no haría ninguna pregunta. Ha nacido en este mundo, y lo observa con los ojos bien abiertos.

El hombre que le había estado hablando está sentado en la borda junto a él, un rostro pálido que flota sobre una tela negra, con una muesca blanca y rectangular en el cuello. La luz de la ciudad en llamas se refleja cálida sobre una sucesión de cuentas ámbar de la que cuelga un crucifijo. Shaftoe se recuesta sobre el fondo del bote y le mira durante un rato.

—Me dieron morfina.

—Yo le di morfina. Se volvió difícil de controlar.

—Mis disculpas, señor —dice Shaftoe con profunda sinceridad. Recuerda a esos marines de China que se volvieron asiáticos en el viaje desde Shanghai, y cómo se avergonzaron a sí mismos.

—No podíamos tolerar el ruido. Los nipones nos hubiesen descubierto.

—Lo comprendo.

—Ver a Glory fue una conmoción para usted.

—Sea sincero conmigo, padre —dice Bobby Shaftoe—. Mi chico. Mi hijo. ¿También es un leproso?

Los ojos oscuros se cierran y el rostro pálido se mueve de un lado a otro negando.

—Glory contrajo la enfermedad no mucho después del nacimiento del niño, trabajando en un campamento en las montañas. El campamento no era un lugar muy limpio.

Shaftoe suelta:

—¡No me digas, Sherlock!

Se produce un silencio largo e incómodo. Luego el padre dice:

—Ya he recibido confesión de los otros hombres. ¿Le gustaría confesarse ahora?

—¿Es eso lo que hacen los católicos cuando están a punto de morir?

—Lo hacen continuamente. Pero sí, es aconsejable confesarse antes de morir. Ayuda, cuál es la expresión, a engrasar los esquíes. En la otra vida.

—Padre, me parece a mí que nos faltan todavía una hora o dos para llegar a la playa. Si empezase a confesarle mis pecados ahora mismo, podría llegar a cuando robaba galletas del bote cuando tenía ocho años.

El padre ríe. Alguien le pasa a Shaftoe un cigarrillo, ya encendido. Da una buena calada.

—No tendríamos tiempo de llegar a lo realmente bueno, como tirarme a Glory y matar a un buen montón de nipos y teutones. —Shaftoe medita durante un minuto, disfrutando del cigarrillo—. Pero si estamos en una de esas situaciones en la que todos vamos a morir, y la verdad es que me lo parece, hay algo que tengo que hacer. ¿Este bote regresará a Calamba?

—Esperamos que el dueño pueda llevar a algunas mujeres y niños al otro lado del lago.

—¿Alguien tiene lápiz y papel?

Alguien le pasa un cabo de lápiz, pero no hay papel por ningún lado. Shaftoe busca en sus bolsillos y no encuentra nada más que una ristra de condones VOLVERÉ. Abre uno de ellos, apartando con cuidado las mitades del envoltorio y arroja la goma al lago. Luego extiende el envoltorio sobre una caja de pertrechos y comienza a escribir: «Yo, Robert Shaftoe, en plena posesión de mis facultades mentales, lego todas mis posesiones terrenales, incluyendo mi subsidio militar por fallecimiento, a mi hijo natural, Douglas MacArthur Shaftoe.»

Mira la ciudad en llamas. Considera añadir algo como «si sigue con vida», pero a nadie le gustan los lloricas. Se limita a firmar el jodido testamento. El padre añade su firma como testigo. Simplemente para dotarlo de algo de credibilidad extra, Shaftoe se quita sus placas de identificación y enrolla la cadena alrededor del papel. Lo pasa a la popa del bote donde el barquero acepta con alegría hacer lo correcto cuando regrese a Calamba.

El bote no es ancho, pero es muy largo y en él van una docena de Huks. Todo ellos están armados hasta los dientes con pertrechos que evidentemente han llegado hace poco en un submarino norteamericano. El peso de hombres y armas hace que el bote vaya tan bajo que en ocasiones el agua entra por la borda. Shaftoe busca en las cajas en plena oscuridad. No puede ver una mierda, pero sus manos identifican los componentes de algunos subfusiles Thompson.

—¡Piezas para armas! —le explica uno de los Huks—, ¡no las pierda!

—¡Nada de piezas! —dice Shaftoe, unos agitados segundos después. Saca de la caja un subfusil completamente montado. Las puntas rojas de media docena de cigarrillos VOLVERÉ de los Huks saltan a sus bocas dejando las manos libres para aplaudir. Alguien le pasa un cargador en forma de pastel, lleno de cartuchos del 45—. Sabéis que inventaron esta munición para poder derribar a los putos filipinos enloquecidos.

—Lo sabemos —dice uno de los Huks.

—Es demasiado para los nipos —sigue diciendo Shaftoe, uniendo el subfusil y el cargador. Todos los Huks ríen de forma desagradable. Uno de ellos se acerca desde popa, haciendo que el bote se agite de un lado a otro. Es un tipo muy joven y pequeño. Le alarga la mano a Bobby Shaftoe.

—Tío Robert, ¿me recuerda?

Que le llamen tío Robert no es ni de lejos lo más extraño que le ha sucedido a Shaftoe en los últimos años, así que lo deja pasar. Mira con atención el rostro del chico, débilmente iluminado por la combustión de Manila.

—Eres uno de los chicos Altamira —es su suposición.

El chico le saluda con presteza y sonríe.

Entonces es cuando Shaftoe recuerda. Tres años atrás, en el apartamento de la familia Altamira, llevando escalones arriba a la recién preñada Glory

mientras las sirenas de ataque aéreo aullaban por toda la ciudad. Un apartamento repleto de Altamira. Un escuadrón de chicos con pistolas y rifles de madera, mirando sobrecogidos a Bobby Shaftoe. Shaftoe dedicándoles un saludo y luego huyendo a toda prisa de aquel lugar.

—Todos luchamos contra los nipos —dice el muchacho. Luego se le hunde el rostro y se persigna—. Dos están muertos.

—Alguno de vosotros erais muy jóvenes.

—Los más jóvenes todavía siguen en Manila —dice el muchacho. Él y Shaftoe miran en silencio más allá de las aguas hacia las llamas, que ahora forman un único muro.

—¿En el apartamento? ¿En Malate?

—Eso creo. Mi nombre es Fidel.

—¿Mi hijo también está allí?

—Eso creo. Quizá no.

—Iremos en busca de esos chicos, Fidel.

La mitad de la población de Manila parece estar de pie junto al borde del agua, o directamente en el agua, esperando la llegada de botes como ése. MacArthur viene desde el norte, y la Fuerza Aérea nipona viene desde el sur, de tal suerte que el istmo entre la bahía de Manila y la laguna de Bay está limitado en ambos extremos por grandes fuerzas militares enzarzadas en una guerra total. Una evacuación desordenada al estilo Dunkerque se está produciendo en el lado del lago del istmo, pero el número de botes no es el adecuado. Algunos de los refugiados se comportan como seres humanos civilizados, pero otros caminan por el agua y nadan hacia los botes intentando ser los primeros en subir. Una mano mojada sale del agua y agarra la borda del bote hasta que Shaftoe la aplasta con la culata del subfusil. El nadador cae, agarrándose la mano y gritando, y Shaftoe le dice que es asqueroso.

Se produce media hora más de asquerosidades a medida que el bote se acerca y se aleja de la orilla mientras el padre elige a dedo un conjunto de mujeres que portan niños pequeños. Suben al bote uno a uno y los Huks bajan uno a uno, y cuando la operación ha terminado, el bote da la vuelta y desaparece en la oscuridad. Shaftoe y los Huks llegan a la orilla, cargando

entre ellos cajas de munición. Para entonces, Shaftoe ya tiene granadas colgando del cuerpo por todas partes, como tetas de una vaca preñada, y la mayoría de los Huks caminan despacio y con las piernas rígidas, intentando no desmoronarse bajo el peso de las bandoleras con las que prácticamente se han momificado. Entran tambaleándose en la ciudad, resistiéndose a una horda de refugiados ahumados.

Esa tierra baja que sigue la costa del lago no es exactamente la ciudad, es un suburbio de edificios humildes edificados al estilo tradicional, mamparas de roten tejido y techos de paja. Arden sin el mayor esfuerzo, lanzando las hojas rojas de llamas que han visto desde el bote. Más al interior, y unas millas al norte, se encuentra la ciudad en sí, con muchos edificios de cemento y piedra. Los nipones también la han incendiado, pero arde esporádicamente, formando torres aisladas de llamas y humo.

Shaftoe y su banda esperaban llegar a la playa como marines y ser acribillados en el borde del agua. En lugar de eso, marchan durante una buena milla y media hacia el interior antes de ver al enemigo.

A Shaftoe en realidad le alegra ver a algunos nipos de verdad; se estaba poniendo nervioso, porque la falta de oposición hacía que los Huks se envalentonasen y se mostrasen demasiado confiados. Luego, media docena de soldados de las fuerzas aéreas niponas salen de una tienda que evidentemente asaltaban —todos cargan con botellas de licor— y se detienen en la acera para incendiar el local, improvisando cócteles molotov con botellas de licor robadas. Shaftoe le quita el seguro a una granada y la lanza sobre la acera, la ve dar unos saltitos y luego perderse en una puerta. Cuando oye la explosión y ve que la metralla rompe el parabrisas de un coche aparcado en la calle, salta a la acera dispuesto a acabar con ellos usando el subfusil. Pero no es necesario; todos los nipos han caído y se agitan débilmente en la cuneta. Shaftoe y los otros Huks se ponen a cubierto y esperan a que lleguen más soldados nipones, para ayudar a sus camaradas caídos, pero no sucede tal cosa.

Los Huks están encantados. Shaftoe permanece de pie en la calle reflexionando mientras el padre administra la extremaunción a los nipones muertos y moribundos. Evidentemente, la disciplina ha desaparecido. Los nipos saben que están atrapados. Saben que MacArthur está a punto de echárseles encima, como una segadora de césped que atacase un

hormiguero. Se han convertido en una masa sin cerebro. Para Shaftoe, va a ser más fácil luchar contra muchedumbres de salteadores borrachos y enloquecidos, pero no hay forma de saber qué harán a los civiles que están más al norte.

—Estamos malgastando el puto tiempo —dice Shaftoe—, vayamos a Malate y evitemos otros encuentros.

—Tú no estás al mando de este grupo —dice uno de los otros—. Lo estoy yo.

—¿Quién eres? —pregunta Shaftoe, entrecerrando los ojos ante la luz de la tienda de licores que arde.

Resulta ser un teniente filipino-norteamericano, que estaba sentado al fondo del bote, y que hasta ese momento no ha resultado ser de la más mínima utilidad. Shaftoe sabe en las entrañas que ese tipo no va a ser un buen líder en el combate. Inhala profundamente, intentando suspirar, y lo que consigue es tragar humo.

—¡Señor, sí señor! —dice y saluda.

—Soy el teniente Morales, y si tienes más sugerencias, dímelas a mí o guárdatelas.

—¡Señor, sí señor! —dice Shaftoe. No se molesta en memorizar el nombre del teniente.

Durante un par de horas se dirigen al norte atravesando calles estrechas y obstruidas. Sale el sol. Un pequeño aeroplano sobrevuela la ciudad, atrayendo fuego disperso por parte de las tropas niponas cansadas y borrachas.

—¡Es un P-51 Mustang! —exclama el teniente Morales.

—¡Es un jodido Piper Cub, maldita sea! —dice Shaftoe. Ha estado conteniendo la lengua hasta ese momento, pero ya no puede evitarlo—. Es un avión de reconocimiento de artillería.

—Entonces, ¿por qué está sobrevolando Manila? —pregunta con suficiencia el teniente Morales. Disfruta de ese triunfo retórico durante unos treinta segundos. Luego, la artillería comienza a disparar desde el norte conviniendo en mierda varios edificios. Se encuentran con su primera batalla seria con fuego como media hora más tarde, contra un pelotón de soldados de las fuerzas aéreas niponas atrincherados en un banco de piedra situado en la uve formada por un par de avenidas en intersección. Al

teniente Morales se le ocurre un plan muy complicado que consiste en dividirse en tres grupos más reducidos. Morales se adelanta con tres hombres a cubierto de una enorme fuente que hay en el centro de la plaza. Allí quedan atrapados de inmediato por el fuego pesado de los nipones. Permanecen agachados y ocultos bajo el refugio de la fuente como durante un cuarto de hora, hasta que un proyectil de artillería viene volando desde el norte, una bolita negra descendiendo siguiendo una trayectoria parabólica perfecta, y acierta de lleno a la fuente. Resulta ser un proyectil de explosivo potente, que no estalla hasta chocar contra algo, en este caso, la fuente. El padre da la extremaunción al teniente Morales y sus hombres desde una distancia de cien yardas, que es tan buen sitio como otro cualquiera considerando que no queda nada de sus cuerpos.

Bobby Shaftoe es elegido por aclamación como nuevo jefe. Les guía alrededor de la plaza, esquivando por completo toda la intersección. En algún lugar al norte, una de las baterías del general intenta obstinadamente darle al puto banco, volando medio vecindario en el proceso. Un Piper Cub se mueve en el aire trazando ochos con tranquilidad, ofreciendo sugerencias por la radio: «Ya casi está... un poco a la izquierda... no, demasiado lejos... entra ahora un poquito.»

El grupo de Shaftoe precisa todo un día para recorrer otra milla en dirección a Malate. Llegaría casi de inmediato limitándose a correr por la mitad de calles importantes, pero el fuego de artillería se va haciendo más intenso a medida que avanzan hacia el norte. Peor aún, en su mayoría consiste en proyectiles antipersona con disparadores de proximidad por radar que estallan cuando todavía están a varias yardas sobre el suelo para distribuir mejor la metralla. La explosión en el aire tiene el aspecto del follaje extendido de hojas de palma en llamas.

Shaftoe no cree que tenga sentido hacer que los maten a todos. Así que recorren las calles una a una, corriendo de puerta en puerta, y examinando los edificios con gran cuidado en caso de que haya nipos esperando a dispararles desde las ventanas. Cuando sucede tal cosa, tienen que agacharse, examinar todo el lugar, contar ventanas y puertas, hacer suposiciones sobre la distribución de la planta del edificio y enviar a varios hombres a comprobar las líneas de visión. Normalmente no es muy difícil acabar con esos nipos, pero lleva mucho tiempo.

Antes de la puesta de sol se ocultan en un edificio de apartamentos a medio quemar, y se turnan para dormir un par de horas. Luego se mueven durante la noche, cuando el fuego de artillería es menos intenso. Bobby Shaftoe lleva a lo que queda del pelotón, incluyendo al sacerdote, hasta Malate, como a las cuatro de la mañana. Para cuando amanece, han llegado a la calle donde viven los Altamira, o vivían. Llegan justo a tiempo para ver cómo todo el bloque de apartamentos es derribado sistemáticamente por disparo tras disparo de explosivos de alta potencia.

Nadie sale corriendo; no se oyen ni gritos ni lloros entre las explosiones. Está vacío.

Derriban la puerta atrancada de una farmacia al otro lado de la calle y mantienen una charla con sus únicos ocupantes con vida: una mujer de setenta y cinco años y un niño de seis años. Los nipones pasaron hace un par de días por el vecindario, dice ella, en dirección al norte, en dirección a Intramuros. Sacaron a las mujeres y niños de los edificios y se los llevaron en una dirección. Sacaron a todos los hombres y a los chicos mayores de cierta edad y se los llevaron en otra. Ella y su nieto escaparon ocultándose en la alacena.

Shaftoe y su pelotón salen a la calle, dejando al sacerdote detrás para que engrase algunas transiciones celestiales. Quince segundos más tarde, dos de ellos mueren por la metralla de una bomba antipersona que detona sobre una calle cercana. El resto del pelotón retrocede para dar con un grupo de nipones rezagados que doblan una esquina, y se produce un tiroteo a corta distancia que es una completa locura. Son más que los nipos, pero la mitad de los hombres de Shaftoe están demasiado aturdidos para luchar. Están acostumbrados a la jungla. Algunos de ellos jamás habían venido a una ciudad, incluso en tiempo de paz, y se limitan a quedarse boquiabiertos. Shaftoe se mete en un portal y comienza a causar un ruido fantástico con su subfusil. Los nipos empiezan a arrojar granadas como si fuesen petardos, causándose tanto daño a sí mismos como a los Huks. El enfrentamiento es una confusión ridícula, y realmente no acaba hasta que no se produce otro disparo de artillería, mata a varios nipos y deja al resto tan aturdido que Shaftoe puede salir al aire libre y encargarse de ellos con la Cok.

Arrastran a los dos heridos a la farmacia y los dejan allí. Hay otro hombre muerto. Se han quedado con cinco hombres capaces de luchar y un

sacerdote cada vez más ocupado. El tiroteo ha provocado otro aluvión de fuego de artillería antipersona, y por tanto lo mejor que pueden hacer durante el resto del día es encontrar un sótano en el que ocultarse e intentar dormir algo.

Shaftoe apenas duerme, de tal forma que cuando cae la noche se toma un par de bencedrinas, se inyecta morfina para el efecto extra y lleva el pelotón a la calle. El siguiente vecindario al norte se llama Ermita. Tiene muchos hoteles. Después de Ermita está el parque Rizal. Los muros de Intramuros se elevan en el extremo norte del parque Rizal. Después de Intramuros se encuentra el río Pasig, y MacArthur está al otro lado del Pasig. Así que si el hijo de Shaftoe y el resto de los Altamira están vivos, deben encontrarse en algún lugar del par de millas entre este punto y Fuerte Santiago en esta orilla del Pasig.

Poco después de cruzar el vecindario de Ermita, se encuentran con un arroyo de sangre que sale de un portal, atraviesa la acera y va a dar a un canalón. Derriban a patadas la puerta del edificio y descubren que la planta baja está llena de cadáveres de hombres filipinos, varias docenas. A todos los han matado con bayoneta. Uno sigue con vida. Shaftoe y los Huks lo llevan a la acera y empiezan a buscar un lugar donde dejarle mientras el sacerdote circula por el edificio, tocando brevemente cada cadáver y murmurando algo en latín. Cuando sale, está manchado de sangre hasta las rodillas.

—¿Mujeres? ¿Niños? —le pregunta Shaftoe. El sacerdote niega con la cabeza.

Están a unas pocas manzanas del Hospital General de Filipinas, así que llevan al hombre herido en esa dirección. Al doblar la esquina descubren que el edificio del hospital ha sido medio destruido por la artillería de MacArthur, y el terreno está cubierto de seres humanos acostados sobre sábanas. A continuación se dan cuenta de que los hombres que circulan por la zona, cargando con rifles, son soldados nipones. Disparan un par de tiros en su dirección. Eso les obliga a ocultarse en un callejón y dejar al herido. Unos momentos después, aparece un trío de soldados nipones que les persigue. Shaftoe ha tenido tiempo de sobra para pensárselo, así que les deja entrar unos buenos pasos en el callejón. Luego él y los Huks los matan en silencio, usando los cuchillos. Para cuando han enviado refuerzos a

buscarles, Shaftoe y su grupo han desaparecido entre los callejones de Ermita, que en muchos sitios está cubierto con la sangre roja de los hombres y muchachos filipinos asesinados.

*OceanofPDF.com*

# Cautiverio

Alguien intenta enviarle un mensaje —dice el letrado Alejandro, apenas minutos después de iniciar su primera entrevista con su nuevo cliente.

En esta ocasión Randy está preparado:

—¿Por qué todo el mundo emplea métodos tan increíblemente molestos para enviarme mensajes? ¿No tienen correo electrónico?

Filipinas es uno de esos países donde «letrado» se emplea como título, igual que «doctor». El letrado Alejandro lleva el pelo gris peinado hacia atrás, que se vuelve un pelín rizado en la base del cuello, lo que, como probablemente bien sabe, le hace parecer distinguido de un modo similar al de un hombre de estado del siglo XIX. Fuma mucho, lo que apenas molesta a Randy, quien lleva desde hace un par de días alojado en lugares donde todo el mundo fuma. En la cárcel ni siquiera tienes que conseguir cigarrillos y fósforos. Limítate a respirar y recibes el equivalente a uno o dos paquetes diarios de nicotina y alquitrán ligeramente de segunda mano.

El letrado Alejandro decide actuar como si Randy nunca hubiese hecho ese último comentario. Se ocupa un poco de su cigarrillo. Si quiere que ese cigarrillo esté listo y ardiendo entre sus labios, lo puede hacer sin siquiera mover las manos; de pronto, allí está, como si lo hubiese llevado oculto, ya encendido, en el interior de la boca. Pero si necesita introducir una pausa en la conversación, puede convertir la selección, preparación e ignición de un cigarrillo en algo que en términos de ritual solemne está ligeramente por debajo del *cha-no-yu.* En el tribunal debe de dejarlos boquiabiertos. Randy ya se está sintiendo un poco mejor.

—¿Cuál se supone que es el mensaje? ¿Que pueden matarme si quieren? Porque eso ya lo sé. Es decir, ¡mierda! ¿Cuánto cuesta matar a un hombre en Manila?

El letrado Alejandro frunce el ceño con intensidad. Se ha tomado la pregunta de la forma equivocada: como una insinuación de que es el tipo de hombre que sabría detalles como ése. Claro está, dado que lo recomendó en persona Douglas MacArthur Shaftoe, es muy posible que sea exactamente ese tipo de hombre, pero probablemente sea de malos modales asegurarlo.

—Su imaginación anda desbocada —dice—. Ha exagerado lo de la pena de muerte más allá de toda proporción. —Como el letrado Alejandro probablemente sabe, esa muestra de indiferencia deja a Randy mudo el tiempo suficiente para que él pueda ejecutar otro número con un cigarrillo y un encendedor de acero inoxidable incrustado con galas militares. El letrado Alejandro ha mencionado, dos veces, que fue coronel del Ejército y vivió durante años en Estados Unidos—. Reinstauramos la pena de muerte en 1995 después de un espacio de aproximadamente diez años. —La palabra aproximadamente crepita y explota desde su boca como una chispa de una bobina Tesla. Los filipinos pronuncian mejor que los norteamericanos y además lo saben.

Randy y Alejandro mantienen su reunión en una sala larga y estrecha en algún lugar entre la cárcel y la sala del tribunal en Makati. Un guardia de prisión merodeó en la habitación con ellos durante unos minutos, inclinado por el bochorno, y se fue sólo cuando el letrado Alejandro fue a su lado, le dijo algo en voz baja y tonos paternales y apretó algo contra su mano. Hay una ventana abierta y el sonido de las bocinas llega desde la calle dos pisos más abajo. Randy medio espera que Doug Shaftoe y sus camaradas bajen desde el tejado y entren de pronto rodeados por mantos relucientes y alaridos de cristales rotos y saquen a Randy mientras el letrado Alejandro empuja con su gran cuerpo la mesa de nara de media tonelada y la usa para bloquear la puerta.

Consentir fantasías similares a ésa es lo que le permite a uno romper el tedio de la cárcel, y probablemente explica satisfactoriamente el gusto de los compañeros de Randy por vídeos que no pueden ver pero sobre los que hablan incesantemente en una mezcla de inglés y tagalo que ahora casi comprende. Los vídeos, o más bien la falta de los mismos, han producido

una especie de fenómeno de evolución mediática retrógrada: una tradición oral enraizada en vídeos que esos tíos vieron en alguna ocasión. Una descripción espacialmente impresionante de, por ejemplo, Stallone en *Rambo III*, cauterizándose la herida abdominal de bala prendiendo un cartucho de rifle abierto y pasando las llamas de pólvora por la herida, hace que todos los hombres se muestren reverentemente sobrecogidos durante algunos momentos. Básicamente es el único momento de paz que Randy pasa ahora, y en consecuencia ha empezado a trazar un nuevo plan: explotará su origen californiano para afirmar que ha visto películas de artes marciales que todavía no se venden en el mercado negro de las calles de Manila, y las narrará con términos tan elocuentes que toda la prisión se convertirá durante unos minutos en un lugar de contemplación monástica, como la prisión idealizada del Tercer Mundo donde a Randy le gustaría estar internado. Cuando era un niño Randy leyó *Papillon* de cabo a rabo un par de veces y siempre había imaginado las prisiones del Tercer Mundo como lugares de supremo y noble aislamiento: luz tropical encendiendo el aire húmedo y humeante al penetrar inclinada por entre los barrotes bien fijados a una pared de piedra. Lobos solitarios sudorosos y sin camisa yendo de un lado a otro en sus celdas, meditando sobre los giros equivocados que dieron a sus vidas. Diarios de prisión anotados furtivamente en papeles de fumar.

En lugar de eso, la cárcel donde han mantenido a Randy no es más que una atestada sociedad urbana donde la gente no se puede ir. Todos son extremadamente jóvenes exceptuando a Randy y una población de borrachos siempre en rotación. Le hace sentirse viejo. Si ve a otro muchachito fascinado por los vídeos pavoneándose con su camiseta de contrabando del Hard Rock Café e imitando gestos de bandas raperas norteamericanas, quizá tenga que convertirse en un asesino.

El letrado Alejandro comenta retóricamente:

—¿Por qué «Muerte a los traficantes de drogas»? —Randy no ha preguntado el porqué, pero el letrado Alejandro quiere compartirlo con él —. Los norteamericanos se pusieron muy furiosos porque algunas personas de esta parte del mundo persistían en seguir vendiéndoles la droga que tanto desean.

—Lo lamento. ¿Qué puedo decir? Somos unos imbéciles. Sé que somos unos imbéciles.

—Y por tanto, como gesto de buena voluntad entre nuestros pueblos, instauramos la pena de muerte. La ley especificaba dos y solamente dos métodos de ejecución —continúa el letrado Alejandro—, la cámara de gas y la silla eléctrica. Y como podrá comprobar, imitamos, como en muchas otras cosas para bien o para mal, a los norteamericanos. Ahora bien, en aquel momento no había ninguna cámara de gas en ningún lugar de Filipinas. Se realizó un estudio. Se prepararon planes. ¿Sabe lo que se necesita para construir una cámara de gas correcta? —El letrado Alejandro se lanza ahora a un relato bastante largo, pero a Randy le resulta difícil concentrarse hasta que algo en el tono de voz del letrado Alejandro le indica que se acerca una coda—:... el servicio de prisiones dice: «¿Cómo esperan que construyamos esa instalación de la era espacial si ni siquiera tenemos fondos para comprar veneno para ratas para las prisiones atestadas que tenemos ahora?» Como podrá apreciar, lo que perseguían era más presupuesto. ¿Comprende? —El letrado Alejandro arquea las cejas con gesto conspirativo y hunde las mejillas, y convierte en ceniza unos buenos dos o tres centímetros de un Marlboro. Que considere necesario explicar con tanta claridad los motivos subyacentes del servicio de prisiones implica que no tiene una estimación muy favorable de la inteligencia de Randy, lo que podría ser justo considerando la forma en que le detuvieron en el aeropuerto—. Así que eso dejó sólo la silla eléctrica. ¿Pero sabe qué pasó con la silla eléctrica?

—No puedo ni imaginarlo —dice Randy.

—Ardió. Cableado incorrecto. Así que no tenemos forma de matar gente. —De pronto, el letrado Alejandro, que hasta ese momento no ha dado muestras de estar divirtiéndose, recuerda reírse. Es una sonrisa mecánica, y para cuando Randy ha conseguido obligarse a mostrar algo de amable entretenimiento, ya ha pasado y Alejandro vuelve a estar serio—. Pero los filipinos son muy adaptables.

»Una vez más —dice el letrado Alejandro—, buscamos la solución en Estados Unidos. Nuestro amigo, nuestro benefactor, nuestro gran hermano. ¿Le resulta familiar la expresión *Ninong*? Claro que sí, he olvidado que lleva mucho tiempo en este país. —A Randy siempre le impresiona la

combinación de amor, odio, esperanza, decepción, admiración y escarnio que los filipinos manifiestan hacia América. Como en su tiempo fueron parte de Estados Unidos, pueden meterse con los norteamericanos de una forma normalmente reservada a sus conciudadanos. El fracaso de Estados Unidos en protegerlos de Nipón después de Pearl Harbor es todavía el hecho más importante de su historia. Probablemente sólo ligeramente más importante que el regreso de MacArthur al país sólo unos años después. Si eso no inspira una relación de amor-odio...

»A los norteamericanos —sigue diciendo el letrado Alejandro—, también les preocupaba el gasto de ejecutar gente y pasaban vergüenza con sus sillas eléctricas. Quizás hubiesen debido subcontratarlo.

—¿Perdóneme? —dice Randy. Se le cruza por la cabeza la idea de que el letrado Alejandro está comprobando si anda despierto.

—Subcontratarlo. A los nipones. Dirigirse a Sony, Panasonic o una de esas compañías importantes y decir —ahora cambia a un perfecto acento americano—: «Nos encantan sus vídeos y todo lo que nos venden... ¿por qué no nos fabrican una silla eléctrica que funcione bien?» Cosa que los nipos hubiesen hecho. Ese tipo de cosas se les dan bien. Y después de venderle a los norteamericanos las sillas eléctricas que fuesen necesarias, nosotros podríamos haber comprado los restos a precio rebajado. —Cuando los filipinos se meten con Estados Unidos cerca de un norteamericano, intentan seguir ese comentario con algún detalle realmente desagradable sobre los nipones, simplemente para añadir perspectiva.

—¿Adonde quiere llegar? —dice Randy.

—Por favor, perdone mi digresión. Los norteamericanos han pasado a ejecutar prisioneros por medio de una inyección letal. Así que una vez más decidimos seguir su ejemplo. ¿Por qué no colgarlos? Tenemos cuerda de sobra... de aquí viene la cuerda, ya sabe...

—Sí.

—¿O dispararles? Tenemos armas. Pero no, el Congreso quería que fuésemos modernos como el Tío Sam, así que tenía que ser inyección letal. Pero luego enviamos una delegación para ver cómo empleaban los norteamericanos la inyección letal, ¿y sabe cuál fue su informe?

—Que se precisa todo tipo de equipo especial.

—Que se precisa todo tipo de equipo especial y una habitación especial. Todavía no se ha construido la habitación. Así que ¿sabe cuántas personas tenemos ahora en el corredor de la muerte?

—No puedo ni imaginármelo.

—Más de doscientas cincuenta. Incluso si la habitación se construyese mañana, la mayoría de ellos no podrían ser ejecutados, porque es ilegal realizar una ejecución antes de que pase un año después de la apelación final.

—¡Espere un minuto! Si has perdido la apelación final, ¿a qué viene esperar un año?

El letrado Alejandro se encoge de hombros.

—En Estados Unidos, normalmente la apelación final se realiza mientras el prisionero está tendido sobre la mesa con la aguja en el brazo.

—Quizás esperen por si se produce un milagro durante ese año.

Somos un pueblo muy religioso... incluso algunos prisioneros del corredor de la muerte son muy religiosos. Pero ahora ruegan ser ejecutados. ¡Ya no pueden soportar esperar más! —El letrado Alejandro ríe y golpea la mesa—. Ahora bien, Randy, cada una de esas doscientas cincuenta personas es pobre. Todas ellas. —Hace una pausa.

—Le oigo —dice Randy—. Por cierto, ¿sabe que mi valor neto está por debajo de cero?

—Sí, pero es rico en amigos y conexiones. —El letrado Alejandro empieza a cachearse a sí mismo. Una imagen de un nuevo paquete de Marlboro aparece sobre su cabeza encerrada en un pequeño bocadillo—. Hace poco recibí una llamada de teléfono de un amigo suyo en Seattle.

—¿Chester?

—Sí, ése. Tiene dinero.

—Podría decirse así.

—Chester busca formas de poner a trabajar sus recursos financieros en su beneficio. Se siente frustrado e inseguro de sí mismo porque aunque sus recursos son importantes no conoce los detalles delicados de cómo emplearlos en el contexto del sistema judicial de Filipinas.

—Es típico de él. ¿Hay alguna posibilidad de que usted pudiese darle algunas indicaciones?

—Hablaré con él.

—Déjeme que se lo pregunte —dice Randy—. Comprendo que recursos financieros bien manejados podrían liberarme. Pero ¿qué sucedería si alguien muy rico quisiese usar su dinero para enviarme al corredor de la muerte?

Esa pregunta hace que el letrado Alejandro guarde silencio durante un minuto.

—Una persona rica tiene formas más eficientes de matar a alguien. Por las razones que le he descrito, un asesino en potencia buscaría primero un lugar fuera del aparato de la pena capital filipino. Por eso, en mi opinión como su abogado, lo que realmente sucede es...

—Que alguien intenta enviarme un mensaje.

—Exacto. Veo que empieza a comprender.

—Bien, me preguntaba si podría darme una estimación primaria de cuánto tiempo es posible que pase encerrado. Es decir, ¿quiere que me declare culpable de algún cargo menor y pase aquí algunos años?

El letrado Alejandro adopta una expresión dolorida y se mofa. Ni se molesta en contestar.

—Creo que no —dice Randy—. Pero ¿en qué momento cree que podré salir? Es decir, se negaron a dejarme salir bajo fianza.

—¡Claro! ¡Se le acusa de un crimen capital! Aunque todo el mundo sabe que es una tontería, hay que mostrar el respeto adecuado.

—Sacaron la droga escondida de mi bolsa... hay un millón de testigos. Era droga, ¿no?

—Heroína malaya. Muy pura —dice el letrado Alejandro con admiración.

—Así que toda esa gente puede testificar que sacaron una bolsa de heroína de mi equipaje. Eso parece que complicaría mi salida de la cárcel.

—Probablemente podremos desestimarlo antes de que empiece el juicio, señalando fallos en la pruebas —dice el letrado Alejandro. Algo en su tono de voz, y en la forma en que mira por la ventana, sugieren que es la primera vez que piensa en cómo va a encarar el caso—. Quizás un manipulador de equipaje del AINA testificará que vio a un personaje sospechoso colocar la droga en su bolsa.

—¿Un personaje sospechoso?

—Sí —dice el letrado Alejandro con irritación, anticipándose al sarcasmo.

—¿Y hay muchos de ésos paseándose por la trastienda del AINA?

—No nos hacen falta muchos.

—¿Cuánto tiempo cree que podría pasar antes de que la conciencia de ese manipulador de equipaje le haga presentarse?

El letrado Alejandro se encoge de hombros.

—Quizás un par de semanas. Para que se haga correctamente. ¿Cómo es el alojamiento?

—Una mierda. ¿Pero sabe qué? En realidad ya nada me molesta.

—Hay preocupación entre algunos administradores del servicio de prisiones con respecto a que cuando salga diga cosas duras sobre las condiciones.

—¿Desde cuándo les preocupa?

—Es famoso en Estados Unidos. No mucho. Un poco. ¿Recuerda al muchacho norteamericano en Singapur, el de los bastonazos?

—Claro.

—Publicidad muy mala para Singapur. Así que hay administradores de prisiones que ven con buenos ojos la idea de asignarle una celda privada. Limpia. Tranquila.

Randy adopta un gesto interrogativo, levanta una mano y frota el pulgar y el índice en el gesto de «dinero».

—Ya está hecho.

—¿Chester?

—No. Otra persona.

—¿Avi?

El letrado Alejandro niega con la cabeza.

—¿Los Shaftoe?

—No puedo responder a esa pregunta, Randy, porque no lo sé. No estuve implicado en la decisión. Pero quien fuese también prestó atención a su petición de una forma de pasar el tiempo. ¿Pidió libros?

—Sí. ¿Tiene algunos?

—No. Pero le dejan tener esto. —El letrado Alejandro abre ahora su maletín, mete las dos manos y saca... el nuevo portátil de Randy. Todavía tiene pegatinas de prueba policial.

—¡No me joda!—dice Randy.

—¡No! ¡Cójalo!

—¿No es una prueba o algo así?

—La policía ya ha terminado. Lo abrieron y buscaron droga en su interior. Lo empolvorearon para buscar huellas... todavía se ve el polvo. Espero que no produjesen ningún daño en la maquinaria delicada.

—Sí, yo también. Bien, ¿me está diciendo que me lo puedo llevar a mi nueva celda, limpia y tranquila?

—Eso es lo que estoy diciéndole.

—¿Y lo puedo usar allí? ¿Sin restricciones?

—Le darán un conector eléctrico. Un adaptador —dice el letrado Alejandro, y luego añade—: Se lo pedí. —Lo que claramente es un pequeño recordatorio de que cualquier minuta que se le paga se la habrá ganado con creces.

Randy respira profundamente pensando: «Bien, es fantásticamente generoso —de hecho, ligeramente sobrecogedor— que los poderes que desean condenarme y ejecutarme se tomen tantas molestias y me permitan hacer el imbécil con mi ordenador mientras espero mi juicio y mi muerte.» Exhala y dice:

—Gracias a Dios, al menos podré trabajar un poco.

El letrado Alejandro asiente aprobador.

—Su novia le espera para verle —anuncia.

—En realidad no es mi novia. ¿Qué quiere? —exige Randy.

—¿Qué quiere decir con qué quiere? Quiere verle. Para darle apoyo emocional. Hacerle saber que no está solo.

—¡Mierda! —murmura Randy—. No quiero apoyo emocional Quiero salir de la puta cárcel.

—Ése es mi cometido —dice el letrado Alejandro con orgullo.

—¿Sabe qué es esto? Es una de esas situaciones los-hombres-son-de-Marte-y-las-mujeres-de-Venus.

—Nunca he oído esa expresión pero comprendo perfectamente lo que quiere decir.

—Es uno de esos libros norteamericanos de los que en cuanto oyes el título ya no necesitas leerlo —dice Randy.

—En ese caso no lo haré.

—Usted y yo comprendemos que alguien intenta joderme y que necesito salir de la cárcel. Muy simple y claro. Pero para ella es mucho más que eso... ¡es una oportunidad para mantener una conversación!

El letrado Alejandro pone los ojos en blanco y realiza el gesto universal de «mujer parloteando»: pulgar y dedos abriéndose y cerrándose como una mandíbula incorpórea.

—Para compartir sentimientos profundos y conectar emocionalmente —sigue diciendo Randy mientras cierra los ojos.

—Pero eso no está tan mal —dice el letrado Alejandro, irradiando insinceridad como una bola de espejos en una disco.

—Me va bien en esta cárcel. Sorprendentemente bien —dice Randy—, pero irme bien consiste en mantener una especie de fachada sin emociones. Muchas barreras entre mi yo y lo que me rodea. Y por tanto me vuelve loco que ella elija este momento precisamente para exigir implícitamente que baje la guardia.

—Sabe que es usted débil —dice el letrado Alejandro, y guiña un ojo—. Ella huele su vulnerabilidad.

—No es sólo eso lo que va a oler. ¿La nueva celda tendrá ducha?

—Todo. Recuerde poner algo pesado en el desagüe para que las ratas no salgan por la noche.

—Gracias. Pondré el portátil. —Randy se reclina en la silla y agita el culo. Ahora hay un problema con una erección. Hace ya una semana. Tres noches en la cárcel, la noche anterior en la casa de Tom Howard, antes en el avión, antes de eso en el sótano de Avi... en realidad probablemente ha pasado mucho más de una semana. Randy necesita con urgencia llegar a esa celda privada aunque no sea más que para dar una oportunidad a salir a lo que le está oprimiendo la próstata y así reconducir la mente al equilibrio. Ruega a Dios ver a Amy sólo a través *¿e* una gruesa ventana de vidrio.

El letrado Alejandro abre la puerta y dice algo al guardia que espera, quien les guía por el pasillo hasta otra habitación. Ésa es mayor, y dispone

de varias mesas largas con diversos grupos familiares de filipinos repartidos por ellas. Si alguna vez se pretendió que esas mesas sirviesen como barrera al contacto físico, hace tiempo que se olvidó; se necesitaría algo parecido al Muro de Berlín para impedir que los filipinos manifestasen su afecto unos por otros. Y Amy está allí, acercándose ya el extremo de una de las mesas mientras un par de guardias apartan la vista (aunque sus ojos giran para comprobar su culo cuando pasa a su lado). En esta ocasión no lleva vestido. Randy predice que pasarán algunos años antes de que vuelva a ver a Amy con un vestido. La última vez se le puso dura la polla, se le encabritó el corazón, salivó literalmente y de pronto hombres armados le ponían esposas.

Ahora mismo, Amy lleva tejanos viejos rotos por las rodillas, un top y una chaqueta de cuero negra, mejor para ocultar las armas. Conociendo a los Shaftoe, probablemente se han puesto en algún nivel alto de defensa, el que está justo por debajo de un intercambio nuclear total. Es probable que Doug Shaftoe ahora se duche con un cuchillo entre los dientes. Amy, quien normalmente prefiere un abrazo bajo, de lado y con un solo brazo, lanza los dos como si señalase un ensayo y dobla los codos en la base del cuello de Randy y deja que él lo sienta todo. La piel de su vientre puede contar los puntos de la cicatriz de apendicetomía de Amy. Por tanto, el hecho de que tiene una erección probablemente le resulta a ella tan evidente como el hecho de que huele mal. Bien podría tener uno de esos banderines fluorescentes naranjas para bicicletas flameando en su falo y que éste sobresaliese de los pantalones.

Ella se echa atrás, mira hacia abajo y luego deliberadamente le mira a los ojos y dice:

—¿Cómo te sientes? —que siendo la pregunta habitual de las mujeres es difícil de interpretar... ¿irónica/seria o sólo dulcemente ingenua?

—Te echo de menos —dice—, y me disculpo porque mi sistema límbico haya malinterpretado tu gesto de apoyo emocional.

Ella se lo toma con serenidad, se encoge de hombros y dice:

—No es necesario disculparse. Es parte de ti, Randy. No te tengo que conocer a trocitos, ¿verdad?

Randy se resiste al impulso de mirar la hora, lo que no tendría sentido porque le han confiscado el reloj. Sin duda Amy acaba de establecer algún

récord mundial, en la categoría de conversación de hombre y mujer, en desviar el tema a las limitaciones de Randy en lo que respecta a su disposición emocional. Hacerlo en semejante entorno requiere cierta cara dura que no puede evitar admirar.

—Has hablado con el letrado Alejandro —dice ella.

—Sí. Asumo que me ha comunicado lo que se suponía que debía comunicarme.

—No tengo mucho más para ti —dice. Lo que desde un punto de vista puramente táctico significa mucho. Si los adláteres del Dentista hubiesen descubierto los restos, o por alguna razón los Shaftoe hubiesen tenido que interrumpir las labores de recuperación, habría dicho algo. Si no dice nada significa que probablemente en este mismo momento están sacando oro del submarino.

Bien. Amy está ocupada con la operación de recuperación de oro, para la cual sin duda su contribución es vital. No tiene absolutamente ninguna información específica que comunicarle sobre nada. Por tanto, ¿por qué ha realizado el trayecto largo y alternativamente aburrido y peligroso hasta Manila? ¿Exactamente para hacer qué? Es uno de esos ejercicios diabólicos de comunicación telepática. Ella tiene los brazos sobre el pecho y le mira con serenidad. «Alguien intenta enviarte un mensaje.»

De pronto tiene la sensación de que ella le tiene exactamente donde quiere tenerle. Quizá fue ella la que puso la heroína en la bolsa. Es un asunto de poder, eso es todo.

Un gran trozo de recuerdo sube a la superficie de la mente de Randy, como un bandejón salido de la capa ártica. Él, Amy y los chicos Shaftoe estaban en California, justo después del terremoto, ordenando toda la porquería del sótano buscando unas cajas importantes de papel. Randy oyó a Amy morirse de risa y se la encontró sentada en la esquina sobre un montón de cajas de libros viejos, leyendo una novela de bolsillo ayudada por una linterna. Ha descubierto un enorme escondrijo de novelas románticas, ninguna de las cuales Randy ha visto antes.

Novelas eróticas del estilo más increíblemente cutre. Randy dio por supuesto que se las habían dejado los antiguos ocupantes de la casa hasta que ojeó un par de ellas, comprobando las fechas del *copyright:* todas de los

años en que Charlene y él vivían juntos. Charlene debía de leerlas al ritmo de una por semana.

—Oh, genial —dijo Amy, y le leyó un párrafo sobre un héroe duro pero sensible pero fuerte pero inteligente lidiando con una mujer protestona pero deseosa pero resistente pero complaciente—. ¡Dios! —Lanzó el libro a un charco en el suelo del sótano.

—Siempre me dio la impresión de que tenía hábitos de lectura furtivos.

—Bien, ahora ya sabes lo que quería —dijo Amy—. ¿Le diste lo que quería, Randy?

Y Randy lo ha estado meditando desde entonces. Y cuando se recuperó de la sorpresa de que Charlene era adicta a las novelas eróticas algo masoquistas, decidió que no era necesariamente algo malo, aunque en el círculo de ella leer un libro semejante sería equivalente a llevar un largo sombrero de punta en las calles de Salem Village, Mass., alrededor de 1692. Ella y Randy habían intentado, con todas sus fuerzas, mantener una relación de igualdad. Habían gastado dinero en consejeros de parejas intentado mantener viva la relación de igualdad. Pero ella cada vez se mostraba más furiosa, sin darle a él jamás una razón, y él se había vuelto más y más confuso. Con el tiempo dejó de estar confuso y se sintió irritado con ella y cansado. Después de que Amy descubriese esos libros en el sótano, Randy montó en su cabeza una historia nueva y diferente: que el sistema límbico de Charlene estaba cableado de tal forma que le gustaban los hombres dominantes. Eso sí, no en el sentido de látigos y cadenas, sino en el sentido de que en la relación alguien debía ser activo y alguien debía ser pasivo, lo que no tiene sentido en sí, pero tampoco es malo. Al final, el miembro pasivo puede tener tanto poder e igual cantidad de libertad.

*La intuición, al igual que un destello de luz, dura sólo un segundo. Por lo general, llega cuando a uno le atormenta un descifrado difícil y cuando uno repasa en la cabeza los infructuosos experimentos que ya se han probado. De pronto, la luz llega y uno encuentra después de unos minutos lo que días anteriores de trabajo fueron incapaces de lograr.*

Randy tiene la sensación insistente de que Amy no lee novelas eróticas algo masoquistas. Ella va al otro lado. No puede tolerar rendirse ante nadie. Lo que le hace difícil funcionar en la sociedad civilizada; no hubiese sido feliz quedándose sentada en su casa en los años de instituto esperando a que

un chico la invitase al baile. Es muy fácil malinterpretar ese aspecto de su personalidad, así que se lanzó en paracaídas. Preferiría estar sola, y ser sincera consigo misma, y controlar la situación en algún lugar alejado del mundo, con su música de cantautoras inteligentes para hacerle compañía, a ser malinterpretada y molestada en Estados Unidos.

—Te quiero —dice él. Amy aparta la vista y lanza un gran suspiro de, «Al final llegamos a algún sitio». Randy sigue hablando—: He estado locamente enamorado de ti desde que nos conocimos.

Ahora ella vuelve a mirarle expectante.

—Y la razón por que he sido, eh, tan lento, o no he hecho nada al respecto, es ante todo porque no estaba seguro de si eras o no lesbiana.

Amy se mofa y pone los ojos en blanco.

—Y últimamente por reticencia personal. Que es un desafortunado aspecto de mi personalidad, al igual que ésta. —Baja la vista por un microsegundo.

Ella agita la cabeza con asombro.

—No se reconoce lo suficiente el hecho de que el investigador científico trabaja el 50 por ciento de su tiempo según medios no racionales —dice Randy.

Amy se sienta al lado de la mesa de Randy, se pone en un ángulo de noventa grados, gira sobre el culo y aparece por el otro lado.

—Pensaré en lo que acabas de decir —dice—. Aguanta ahí dentro, colega.

—Buen viaje, Amy.

Amy le dedica una sonrisita sobre el hombro, luego se dirige directamente a la salida, volviéndose en la puerta para asegurarse de que sigue mirándola.

Randy la está mirando. Lo que es, está casi seguro, la respuesta correcta.

*OceanofPDF.com*

# Seducción

Un par de pelotones de soldados nipones de las fuerzas aéreas, armados con rifles y Nambus, persiguen a Bobby Shaftoe y su conjunto de Huks hacia el malecón de la bahía de Manila. Si llega el momento de ponerse a disparar, probablemente puedan matar a un montón de nipos antes de que los superen. Pero están allí para ayudar a los Altamira, no para morir heroicamente, así que retroceden por el vecindario de Ermita. Uno de los Piper Cubs de MacArthur ve a uno de esos pelotones nipones mientras avanza sobre las ruinas de un edificio derribado y pide un ataque; proyectiles de artillería llegan desde el norte como pases largos en un juego de béisbol. Shaftoe y los Huks intentan calcular el tiempo de los proyectiles, tratando de descubrir cuántos cañones les disparan para intentar correr de un lugar a otro cuando creen que va a producirse una pausa de algunos segundos en la metralla. Casi la mitad de los nipos mueren o quedan heridos en esa barrera de fuego, pero pelean tan de cerca que dos de los Huks de Shaftoe también caen. Shaftoe intenta apartar del peligro a uno de ellos cuando baja la vista y ve que camina sobre trozos de vajilla rota que está marcada con el nombre de un hotel, el mismo hotel donde bailó lentamente con Glory la noche en que comenzó la guerra.

Los Huks heridos todavía pueden moverse, así que continúan la retirada. Shaftoe se está calmando un poco, pensando en la situación con mayor claridad. Los Huks encuentran una buena posición defensiva y contienen a sus atacantes durante unos minutos mientras él recupera la compostura y prepara un plan. Quince minutos después, los Huks abandonan su posición presas del pánico, o eso parece. Algo así como la

mitad del pelotón nipón corre en su persecución y se encuentran con que han sido atraídos a una zona de muerte, un callejón sin salida creado por el derrumbamiento parcial de un edificio en el callejón. Uno de los Huks abre fuego con una ametralladora mientras Shaftoe —quien se quedó detrás, oculto tras un coche incendiado— lanza granadas a la otra mitad del pelotón, deteniéndolo y evitando que vaya en ayuda de sus camaradas, que están siendo asesinados con mucho estruendo.

Pero estos nipos son implacables. Se reagrupan al mando de un oficial superviviente y siguen con la persecución. Shaftoe, ahora solo, acaba perseguido alrededor de la base de otro hotel, un lugar lujoso que se alza sobre la bahía, cerca de la embajada norteamericana. Tropieza con el cuerpo de una joven que aparentemente saltó, se cayó o la tiraron desde una de las ventanas. Oculto tras unos arbustos para tomar aliento, oye los gritos que salen de las ventanas del hotel. Comprende que el edificio está lleno de mujeres, y todas ellas lloran y gritan.

Sus perseguidores parecen haberle perdido la pista. También los Huks le han perdido. Shaftoe permanece oculto un rato, escuchando a todas esas mujeres y deseando poder entrar y hacer algo por ellas. Pero el edificio debe estar lleno de soldados nipones, o las mujeres no gritarían de semejante forma.

Escucha con atención durante un rato, intentando ignorar los lamentos de las mujeres. Una joven de catorce años vestida con un camisón ensangrentado cae en picado desde el quinto piso del hotel, golpea el suelo como un saco de cemento y rebota una vez. Shaftoe cierra los ojos y escucha hasta estar completamente seguro de no oír a ningún niño.

La imagen es cada vez más clara. A los hombres los llevan a otro lado y los ejecutan. A las mujeres las llevan a otro sitio. Las jóvenes sin hijos terminan en ese hotel. A las mujeres con niños las deben haber llevado a otro sitio. ¿Adónde?

Oye ruido de ametralladora al otro lado del hotel. Deben de ser sus camaradas. Se arrastra hasta una esquina del hotel y presta atención, intentando descubrir dónde se encuentran... en algún punto del parque Rizal, cree. Pero en ese momento la artillería de MacArthur se desencadena con furia y el mundo comienza a agitarse a sus pies como si fuese una alfombra de la que alguien tirase, y no puede oír disparos, mujeres gritando

o cualquier otra cosa. Puede ver al este y al sur hacia las partes de Ermita y Malate de donde han venido, y puede ver grandes fragmentos que saltan del suelo en esos puntos, así como gotas de polvo. Ha visto guerra suficiente para saber lo que eso significa: los norteamericanos ahora avanzan también desde el sur, dirigiéndose hacia Intramuros. Shaftoe y su banda de Huks operaban por iniciativa propia, pero parece que inadvertidamente sirvieron de avanzadilla a una gran ofensiva de infantería.

Aterrorizados por el fuego, un grupo de soldados nipos usan la salida lateral del hotel, casi demasiado borrachos como para mantenerse en pie, algunos de ellos todavía subiéndose los pantalones. Shaftoe, asqueado, les arroja una granada y luego sale como un rayo sin molestarse en comprobar el resultado. Está llegando el momento en que matar nipos ya no es divertido. No hay sensación de haber conseguido nada. Es un trabajo tedioso y peligroso que jamás parece tener fin. ¿Cuándo van a rendirse esos estúpidos cabrones? Se están poniendo en evidencia frente al mundo entero.

Encuentra a sus hombres en el parque Rizal, bajo la cubierta de la antigua muralla española de Intramuros, disputándose la posesión de un campo de béisbol con lo que queda del pelotón nipón que les persiguió hasta aquí. El momento es bueno y malo. Un poco antes, y los refuerzos nipones en las vecindades hubiesen oído la escaramuza, hubiesen llegado hasta el parque y hubiesen acabado con ellos. Un poco más tarde, y la infantería norteamericana ya estaría ahí. Pero el parque Rizal está ahora mismo en medio de un desquiciado campo de batalla urbano, y ya nada tiene sentido. Deben imponer su voluntad sobre la situación, actividad en la que Bobby Shaftoe se ha vuelto muy bueno.

Lo que tienen a favor es que por ahora la artillería apunta a otra parte. Shaftoe se agacha tras un cocotero e intenta decidir cómo coño va a llegar a ese campo de béisbol, que se encuentra a un centenar de yardas sobre un territorio totalmente plano y abierto.

Conoce el lugar; el tío Jack lo llevó allí para un partido. Gradas de madera se elevan siguiendo las líneas izquierdas y derechas, y por tanto sabe que uno de esos banquillos está lleno de nipos y el otro lleno de Huks y que cada grupo está atrapado allí por el fuego del otro como tropas de la Gran Guerra en sus trincheras opuestas. Bajo las gradas hay algunos edificios, que contienen retretes y puestos de refrigerios. Ahora mismo los

nipos y los Huks se arrastran alrededor de esos edificios, intentando alcanzar una posición que les permita disparar mejor.

Una granada nipona viene volando hacia él desde la grada del campo izquierdo, agitando las palmas al atravesar la copa de una palmera. Shaftoe oculta la cabeza tras otro árbol para no ver la granada. Estalla y le arranca la ropa, y una buena porción de piel, de sus brazos y de una de sus piernas. Pero como todas las granadas niponas, es de mala calidad y terriblemente ineficaz. Shaftoe se da la vuelta y lanza una ráfaga de calibre 45 en la dirección general del origen de la granada; eso debería dar al que la lanzó algo en que pensar mientras Shaftoe decide qué hacer.

Resulta ser una idea bastante estúpida, porque se le acaba la munición. Le quedan unos tiros en la Colt y eso es todo. También le queda una granada. Considera la idea de lanzarla hacia el campo de béisbol, pero ahora tiene en muy mala forma el brazo de lanzar.

Además... ¡Dios! El campo de béisbol está demasiado lejos, así de simple. Incluso en su mejor momento no podría lanzar una granada tan lejos.

Quizás uno de esos cadáveres sobre la hierba, entre aquí y allí, no sea en realidad un cadáver. Shaftoe se arrastra hacia ellos y concluye que efectivamente son muertos.

Dando un gran rodeo alrededor del campo, comienza a dirigirse tras la base meta hacia la línea exterior derecha donde está su gente. Le encantaría atacar a los nipos por detrás, pero el tío que lanzó la granada le ha asustado. ¿Dónde coño está?

Los disparos desde los banquillos, que están por debajo del nivel del suelo, se han vuelto esporádicos. Ahora mismo están en punto muerto e intentan conservar la munición. Shaftoe se arriesga a ponerse en cuclillas. Corre como tres pasos antes de ver la puerta del baño de mujeres abrirse y a un hombre saltar de él, estirando el brazo como Bob Feller preparándose para lanzar una bola rápida justo al medio de la base. Shaftoe dispara su 45 una vez, pero el retroceso absurdamente violento del arma la hace saltar de su mano herida. La granada vuela hacia él, con puntería perfecta. Shaftoe se lanza al suelo y busca frenético su 45. La granada le rebota en el hombro y cae girando al polvo produciendo un ruido efervescente. Pero no estalla.

Shaftoe levanta la vista. El nipo está enmarcado en la puerta del baño de mujeres. Sus hombros le cuelgan tristes. Shaftoe le reconoce; sólo hay un nipo que podría lanzar una granada de semejante forma. Se queda tendido durante un momento, contando sílabas con los dedos, luego se pone en pie, hace bocina con las manos y grita:

*Bola rápida...*
*Aplaude Manila...*
*¡Ganas la base!*

Goto Dengo y Bobby Shaftoe se encierran en el interior del baño de señoras y comparten un trago de la botella de oporto que el primero había robado de una tienda. Pasan unos minutos en saber cada uno de la vida del otro. Goto Dengo ya está casi borracho, lo que hace que su habilidad para lanzar granadas sea aún más impresionante.

—Yo estoy hasta el culo de bencedrina —dice Shaftoe—. Te permite seguir en marcha pero te jode la puntería.

—¡Me he dado cuenta! —dice Goto Dengo. Está tan delgado y demacrado que se parece más a un hipotético tío enfermo de Goto Dengo.

Shaftoe finge ofenderse por el comentario y adopta una postura de judo. Goto Dengo se ríe incómodo y hace un gesto con la mano.

—No más peleas —dice. Una bala de rifle atraviesa la pared del lavabo de señoras y abre un cráter en el lavabo de porcelana.

—Se nos tiene que ocurrir un plan —dice Shaftoe.

—El plan: tú vives, yo muero —dice Goto Dengo.

—Una mierda —dice Shaftoe—. Eh, ¿sois unos idiotas que no tenéis ni idea de que estáis rodeados?

—Lo sabemos —dice Goto Dengo con cansancio—. Hace tiempo que lo sabemos.

—¡Pues rendíos, subnormales! Agitad una bandera blanca y todos volveréis a casa.

—No es la costumbre nipona.

—¡Pues inventaos otra puta costumbre! ¡Demostrad algo de adaptabilidad!

—¿Qué haces aquí? —pregunta Goto Dengo, cambiando de tema—. ¿Cuál es tu misión?

Shaftoe le explica que busca a su hijo. Goto Dengo le dice dónde están todas las mujeres con hijos: en la iglesia de San Agustín en Intramuros.

—Eh —dice Shaftoe—, si nosotros nos rindiésemos a vosotros, nos mataríais, ¿no?

—Sí.

—Si vosotros os rendís, no os mataremos. Lo prometo. Palabra de *Boy Scout.*

—Para nosotros, vivir o morir no es lo importante —dice Goto Dengo.

—¡Eh! ¡Cuéntame alguna mierda que no sepa ya! —dice Shaftoe—. Para vosotros ni siquiera ganar batallas es importante. ¿No es así?

Goto Dengo aparta la vista, avergonzado.

—¿Todavía no habéis comprendido que la carga banzai ES UNA PUTA MIERDA QUE NO SIRVE PARA NADA?

—Todas las personas que lo comprendieron murieron en cargas banzai —dice Goto Dengo.

Como si fuese una señal, los nipos del exterior izquierdo comienzan a gritar «¡Banzai!» y cargan, como un grupo, contra los del exterior derecho. Shaftoe pone el ojo en un agujero de bala y les ve avanzar por el diamante con las bayonetas caladas. Su líder se sube al montículo del *pitcher* como si fuese a plantar una bandera, y recibe un tiro en mitad de la cara. A su alrededor sus hombres son desmantelados por disparos de rifle juiciosamente administrados que vienen del banquillo hundido de los Huks. La guerrilla urbana no es el fuerte de los Hukbalahaps, pero masacrar con calma nipones en una carga banzai es algo que saben hacer. Uno de los nipos consigue arrastrarse hasta el banquillo del entrenador en primera base. Luego algunas libras de carne salen volando de su espalda y se relaja.

Shaftoe se vuelve para ver cómo Goto Dengo le apunta con un revólver. Decide ignorarlo por el momento.

—¿Ves a qué me refiero?

—Ya lo he Visto muchas veces antes.

—Entonces, ¿por qué no estás muerto? —Shaftoe plantea la pregunta con la falta de seriedad obligatoria, pero produce un efecto terrible en Goto

Dengo. Su rostro se contrae y empieza a llorar—. Ah mierda. ¿Me apuntas con una pistola y simultáneamente comienzas a llorar a lágrima viva? ¿Puedes ser más tramposo? Ya que estás, ¿por qué no me arrojas un poco de polvo a los ojos?

Goto Dengo se lleva el revólver a su propia sien. Pero Shaftoe ya lo había visto venir desde hacía un rato. Conoce a los nipos lo suficiente para saber cuándo van a empezar con el asunto del *hara-kiri* Shaftoe salta tan pronto como el cañón del revólver comienza a moverse.

Para cuando ha llegado al cráneo de Goto Dengo, Shaftoe tiene el dedo metido en el espacio que hay entre el martillo y la aguja.

Goto Dengo se desmorona en el suelo sollozando lastimosamente. Lo que hace que Shaftoe desee darle una patada.

—¡Déjalo ya! —dice—. ¿Qué coño te pone tan triste?

—Vine a Manila a redimirme... ¡para recuperar mi honor perdido! —dice Goto Dengo—. Podría haberlo hecho aquí. Ahora podría estar muerto en ese campo, y mi espíritu habría ido a Yasukuni. Pero luego... ¡viniste tú! ¡Destrozaste mi concentración!

—¡Concéntrate en esto, gilipollas! —dice Shaftoe—. Mi hijo está en una iglesia al otro lado de esa muralla, con un montón de otras mujeres y niños indefensos. Si quieres redimirte, ¿por qué no me ayudas a rescatarlos con vida?

Ahora parece como si Goto Dengo hubiese entrado en trance. Su rostro, que hace un minuto estaba lloriqueando, se ha solidificado en una máscara.

—Me gustaría poder creer lo que tú crees —dice—. He muerto, Bobby. Me enterraron en una tumba de piedra. Si fuese cristiano, ahora podría nacer de nuevo, y ser un hombre nuevo. En lugar de eso, debo seguir viviendo y aceptar mi karma.

—¡Bien, mierda! Ahí fuera, en el banquillo, hay un sacerdote. Puede cristianizarte el culo en diez segundos. —Bobby Shaftoe atraviesa el baño y abre la puerta de un golpe.

Se sorprende al ver a un hombre de pie a unos pocos pasos. El hombre está vestido con un uniforme caqui viejo pero limpio carente por completo de insignia excepto un pentágono de estrellas en el cuello. Ha metido un fósforo de madera en la cazoleta de una pipa «olote» y chupa de ella inútilmente. Pero es como si todo el oxígeno del aire se hubiese consumido

en el incendio de la ciudad. Arroja contrariado la cerilla y luego mira la cara de Bobby Shaftoe, mirándole a través de un par de gafas oscuras de aviador que le dan a su rostro demacrado la apariencia de un cráneo. Su boca forma una O durante un momento. Luego su mandíbula se ajusta.

—Shaftoe... ¡Shaftoe...! ¡Shaftoe!—dice.

Bobby Shaftoe siente cómo su cuerpo se pone firme. Incluso si llevase algunas horas muerto, su cuerpo lo haría por efecto de algún estúpido reflejo innato.

—¡Señor, sí señor! —dice con cansancio.

El general compone sus ideas durante medio segundo, y luego dice:

—Se suponía que debía estar en Concepción. No estaba allí. Sus superiores no sabían qué pensar. Estaban muy preocupados por usted. Y el Departamento de Marina se ha vuelto extremadamente insufrible desde que supieron que trabajaba para mí. Afirman, de la forma más despótica posible, que conoce secretos importantes y que nunca debería haber estado en peligro de ser capturado. En resumen, su paradero y su situación han sido objeto durante las últimas semanas de las más febriles, intensas y negativas elucubraciones. Muchos suponían que estaba muerto, o, peor, había sido hecho prisionero. No he apreciado esa distracción, en la medida que la planificación y ejecución de la reconquista de las islas Filipinas me han dejado poco tiempo para dedicarme a distracciones molestas. —Un proyectil de artillería atraviesa el aire y detona en las gradas, lanzando fragmentos rotos de madera, del tamaño de remos de canoa, al aire. Uno de ellos se clava como una jabalina en la tierra que separa al general de Bobby Shaftoe.

El general se aprovecha de ese suceso para tomar aliento y luego seguir hablando como si leyese un guión.

—Y ahora, cuando menos lo esperaba, me lo encuentro aquí, a muchas leguas de distancia del puesto que tenía asignado, sin uniforme, desarreglado, acompañado de un oficial nipón, ¡y violando la santidad de la sala de maquillaje de las damas! Shaftoe, ¿no tiene ningún sentido del honor militar? ¿No respeta el decoro? ¿No cree que un representante del estamento militar de Estados Unidos debería comportarse con mayor dignidad?

Las rodillas de Shaftoe se agitan incontrolables. Las entrañas se le han fundido, y siente un extraño proceso burbujeante en el recto. Sus molares chocan entre sí como si fuesen un teletipo. Siente a Goto Dengo a su espalda, y se pregunta qué podrá estar pensando el pobre cabrón.

—Le pido perdón, general, pero no es por cambiar de tema o nada similar, pero ¿está aquí completamente solo?

El general eleva la barbilla en dirección al baño de hombres.

—Mis asistentes están ahí, aliviándose. Tenían prisa por hacerlo, y es bueno que hayamos llegado a este lugar. Pero ninguno de ellos consideró ni por un momento asaltar el tocador de señoras —dice con severidad.

—Me disculpo por ello, señor —dice Bobby Shaftoe apresuradamente —, y por todas las otras cosas que ha mencionado. Pero todavía me considero un marine, y los marines no se excusan, así que no voy siquiera a intentarlo.

—¡No es satisfactorio! Necesito una explicación de dónde ha estado.

—He estado vagando por el mundo —dice Bobby Shaftoe—, dejando que la Fortuna me diese por el culo.

Se abre la puerta del baño de hombres y uno de los asistentes del general sale de él, aturdido y patizambo. El general le ignora; mira detrás de Shaftoe.

—Perdone mis modales, señor —dice Shaftoe, poniéndose de lado—. Señor, mi amigo Goto Dengo. Goto-san, *di* hola al general del Ejército de Tierra Douglas MacArthur.

Goto Dengo se había quedado de pie como una estatua de sal durante todo el rato, totalmente pasmado, pero ahora sale de la parálisis y se inclina. MacArthur asiente resueltamente. Su asistente mira mal a Goto Dengo y ya tiene la Cok fuera.

—Es un placer —dice el general con despreocupación—. Por favor, díganme, ¿a qué asuntos se dedicaban en el tocador de señoras?

Bobby Shaftoe sabe cómo aprovechar una oportunidad.

—Eh, es curioso que haga esa pregunta, señor —dice con despreocupación—, pero Goto-san acaba, ahora mismito, de ver la luz y convertirse al cristianismo.

Algunos nipos en lo alto de la muralla abren fuego con una ametralladora. La andanada ligera y picada atraviesa el aire y golpea el suelo. El general del Ejército de Tierra Douglas MacArthur permanece inmóvil durante mucho tiempo, con los labios apretados. Sorbe por la nariz una vez. A continuación se quita con cuidado las gafas de aviador y se limpia los ojos con la manga inmaculada del uniforme. Saca un pañuelo cuidadosamente doblado, se lo coloca alrededor de la nariz aguileña y se suena un par de veces. Lo dobla con cuidado y se lo vuelve a guardar en el bolsillo, cuadra los hombros, se acerca a Goto Dengo y lo envuelve en un enorme y varonil abrazo de oso. Los demás asistentes del general salen del cagadero en bloc y observan la escena con tensión y reticencia palpables en el rostro. Profundamente mortificado, Bobby Shaftoe se mira los pies, agita los dedos y se acaricia la costra lineal que le sube por la cabeza, allí donde el remo le golpeó hace unos días. Al grupo de la ametralladora allá en la muralla se lo están cargando uno a uno los francotiradores; se retuercen y gritan operísticamente. Los Huks han salido del banquillo hundido y se acercan a este pequeño retablo viviente; todos permanecen inmóviles con las mandíbulas colgándoles a la altura de los ombligos.

Finalmente, MacArthur suelta el cuerpo rígido de Goto Dengo, retrocede dramáticamente y le presenta al personal.

—Conozcan a Goto-san —anuncia—. ¿Todos han oído la expresión «El único nipo bueno es el nipo muerto»? Bien, este joven es el contraejemplo, y como todos aprendimos en matemáticas, sólo es necesario un contraejemplo para demostrar la falsedad de un teorema.

El personal guarda un silencio cauto.

—Parece adecuado que llevemos a este joven a la iglesia de San Agustín, al interior de Intramuros, para que pueda realizar el sacramento del bautismo —dice el general.

Uno de los asistentes se adelanta, inclinado, porque espera recibir un disparo entre los hombros en cualquier momento.

—Señor, es mi deber recordarle que Intramuros sigue bajo el control del enemigo.

—Entonces, ¡ya es hora de que dejemos clara nuestra presencia! —dice MacArthur—. Shaftoe nos llevará allí. Shaftoe y estos amables caballeros filipinos. —El general pasa un brazo sobre el cuello de Goto Dengo en un

gesto muy afectuoso de camaradería, y comienza a guiarle hasta la puerta más cercana—. Me gustaría que supiese, joven, que cuando establezca mi cuartel general en Tokio, que si Dios quiere será dentro de un año, ¡quiero que esté despierto y listo el primer día!

—¡Sí, señor! —dice Goto Dengo. Teniéndolo todo en cuenta, es poco probable que hubiese dicho otra cosa.

Shaftoe respira profundamente, echa la cabeza hacia atrás y mira el cielo lleno de humo.

—Dios —dice—, normalmente inclino la *cabeza* cuando Te hablo, pero he supuesto que era un buen momento para vernos las caras. Lo ves todo y lo sabes todo así que no voy a explicarle la situación. Simplemente me gustaría hacerTe un ruego. Sé que recibes peticiones de soldados en todo el mundo y todo el tiempo, pero como está relacionada con un montón de mujeres y niños, y también con el general MacArthur, quizá me puedas poner en lo alto de la pila. Ya sabes lo que quiero. Vamos a hacerlo.

Toma prestado un cargador pequeño y recto de veinte de uno de sus camaradas y se dirigen hacia Intramuros. Es seguro que las entradas estarán protegidas, así que Shaftoe y los Huks suben por las murallas inclinadas, directamente bajo el nido de ametralladora ya eliminado. Giran la ametralladora hacia el interior de Intramuros, y plantan allí a uno de los Huks heridos para que la maneje.

La primera vez que Shaftoe mira la ciudad casi se cae del muro. Intramuros ha desaparecido. Si no supiese dónde está, no podría reconocerla. Esencialmente, todos los edificios han sido aplastados. La catedral de Manila y la iglesia de San Agustín siguen en pie, las dos muy dañadas. Algunas de las antiguas casas españolas siguen existiendo como bosquejos apresurados y a mano alzada de sus antiguas identidades, faltando tejados, alas o paredes. Pero la mayoría de las manzanas no son más que montones de cemento y tejas rojas destrozadas de los que sale humo.

Por todas partes hay cuerpos muertos, sembrados por el vecindario como semillas de fleo de los prados esparcidas sobre un terreno recién arado. La artillería ya ha terminado —ya no queda nada que destruir—, pero casi en cada calle se oyen disparos de armas pequeñas y ametralladoras.

Shaftoe está pensando que tendrán que asaltar una de las puertas. Pero antes incluso de que pueda ocurrírsele un plan, MacArthur está allí arriba con el resto de su grupo, habiendo trepado por la muralla. Evidentemente, ésta es la primera vez que el general le ha dado un buen vistazo a Intramuros, porque queda aturdido y, por primera vez, sin habla. Permanece allí durante mucho tiempo, con la boca abierta, y comienza a atraer el fuego de algunos nipos ocultos entre las ruinas. La ametralladora los silencia.

Les lleva varias horas recorrer las calles hasta la iglesia de San Agustín. Un montón de nipos se han hecho fuertes en su interior junto con lo que parece cada niño pequeño hambriento e irritable de Manila. La iglesia no es más que un lado de un complejo que incluye un monasterio y otros edificios. El fuego de artillería ha fracturado muchas de las estructuras. A la calle han caído los tesoros acumulados por los monjes durante los últimos quinientos años. Desperdigadas como metralla por todo el vecindario, y mezcladas con los cadáveres atravesados por bayoneta de jóvenes filipinos, hay enormes pinturas al óleo de Cristo flagelado, fantásticas esculturas de madera de los romanos clavándole muñecas y tobillos, mármoles de María sosteniendo en su regazo a un Cristo muerto y maltratado, tapices del poste de los latigazos y el látigo de nueve colas en acción, sangre fluyendo de la espalda de Cristo a través de cientos de cortes paralelos.

Los nipos que siguen en el interior de la iglesia defienden sus puertas principales con una resolución suicida que a Shaftoe empieza a resultarle tediosa pero, gracias a la artillería del general, ahora hay muchas otras formas de entrar aparte de las puertas. Por tanto, mientras una compañía de infantería norteamericana monta un asalto frontal contra la entrada principal, Bobby Shaftoe, sus Huks, Goto Dengo, el general y sus asistentes ya están arrodillándose en una pequeña capilla de lo que solía ser el monasterio. El sacerdote les guía a través de un par de oraciones de agradecimiento, extremadamente truncadas, y bautiza a Goto Dengo con agua de una fuente, con Bobby Shaftoe interpretando el papel de sonriente papá y el general del Ejército de Tierra Douglas MacArthur sirviendo de padrino. Más tarde, Shaftoe sólo recuerda una línea de la ceremonia.

—¿Rechazas la seducción del mal, renuncias a todas sus obras? —dice el sacerdote.

—¡Sí! —dice MacArthur con tremenda autoridad mientras Bobby Shaftoe murmura:

—¡Coño, claro!

Goto Dengo asiente, se moja y se convierte en cristiano.

Bobby Shaftoe se excusa y va a dar vueltas por el complejo. Le parece tan grande y desquiciado como aquella *casbah* en Argel, todo lóbrego y polvoriento por dentro, y está lleno de más arte de La Pasión, ejecutado por artistas que evidentemente habían presenciado latigazos de primera mano, y que no necesitaban que ningún cura les lanzase homilías sobre la seducción del Mal. Sube y baja las grandes escaleras una vez, por los viejos tiempos, recordando la noche que Glory le llevó allí.

Hay un patio con una fuente en el centro, rodeado por una larga galería cubierta donde monjes españoles podían caminar a la sombra, mirar las flores y oír el canto de los pájaros. Ahora mismo, el único canto es el de las bombas que pasan volando. Pero niñitos filipinos hacen carreras por la galería, y sus madres, tías y abuelas acampan en el patio, sacando agua de la fuente y preparando arroz sobre una fogata de patas de silla.

Un niño de dos años de ojos grises con una cachiporra improvisada persigue a unos chicos mayores por un pasaje de piedra. Parte de su pelo es del color del de Bobby y parte del color del de Glory, y Bobby Shaftoe puede ver el reflejo de Glory reluciendo casi fluoroscópicamente en su rostro. El muchacho tiene la misma estructura ósea que Bobby vio en el banco de arena hace unos días, pero en esta ocasión está cubierta con carne roja y regordeta. La carne lleva magulladuras y contusiones. Sin duda, ganadas con honor. Bobby se agacha y mira al pequeño Shaftoe a los ojos, preguntándose cómo empezar a explicarlo todo. Pero el niño dice:

—Bobby Shaftoe, tienes pupitas. —Y deja caer su cachiporra para acercarse a examinar las heridas del brazo de Bobby. Los niños pequeños no se molestan en decir hola, simplemente empiezan a hablarte, y Shaftoe supone que es una buena forma de encargarse de una situación que de cualquier otra forma sería muy incómoda. Probablemente los Altamira le han estado diciendo al pequeño Douglas M. Shaftoe, desde el día que nació, que un día Bobby Shaftoe volvería lleno de gloria desde el otro lado del mar. Que ahora lo haya hecho es tan rutinario y tan milagroso como que el sol salga todos los días.

—Veo que tú y los tuyos habéis demostrado adaptabilidad, y eso es bueno —le dice Bobby Shaftoe a su hijo, pero ve inmediatamente que el niño no le comprende en absoluto. Siente la necesidad de transmitirle algo que recuerde, y esa necesidad es más intensa de lo que jamás fueron el deseo de morfina o sexo.

Así que coge al pequeño y lo lleva por el complejo, recorren pasillos semiderruidos, atraviesan montones de escombros, esquivan cuerpos de muchachos nipones muertos hasta la gran escalera, y le muestra las grandes losas de granito, le cuenta cómo las colocaron en su sitio, una sobre la otra, año tras año, a medida que los galeones llenos de plata llegaban desde Acapulco. Doug M. Shaftoe ha estado jugando con bloques, así que comprende de inmediato el concepto básico. Papá lleva al hijo arriba y abajo por la escalera un par de veces. Permanecen al pie y miran hacia arriba. La analogía de los bloques ha calado. Sin tener que animarle, Doug M. levanta ambos brazos sobre la cabeza y grita:

—¡Taaaaan grande! —Y el sonido recorre los escalones.

Bobby desea explicarle al muchacho que así es como se hace, apilas una cosa sobre la siguiente y sigues y sigues; en ocasiones el galeón se hunde en un tifón, y ese año no tienes tu losa de granito, pero sigues con ello y con el tiempo acabas con algo taaaan grande.

Le gustaría poder hacer algún comentario sobre Glory y cómo ella ha estado muy ocupada construyendo su propia escalera. Quizá si fuese un hombre de palabras como Enoch Root podría explicarlo. Pero sabe que el renacuajo no acaba de entenderlo, al igual que Bobby no lo entendió cuando Glory le mostró los escalones por primera vez. Lo único que permanecerá con Douglas MacArthur Shaftoe es el recuerdo de que su padre le llevó allí y lo subió y bajó por la escalera, que si vive lo suficiente y medita lo suficiente también él llegará a comprenderlo, como lo hace Bobby. Es un buen comienzo.

Se ha corrido la voz, por entre las mujeres del patio, de que Bobby Shaftoe ha llegado —¡mejor tarde que nunca!—, por lo que de todas formas no tiene tiempo para discursos. Los Altamira le envían un recado: encontrar a Carlos, un niño de once años que fue acorralado hace unos días cuando los nipos atravesaron Malate. Shaftoe encuentra primero a MacArthur y a Goto Dengo, y se excusa. Los dos están profundamente absortos en una

discusión sobre el conocimiento de Goto Dengo sobre cómo se cavan túneles, y cómo ese conocimiento podría usarse durante la reconstrucción de Nipón, un proyecto en el que el general desea embarcarse en cuanto haya terminado de convertir en escombros la cuenca del Pacífico.

—Tiene pecados que expiar, Shaftoe —dice el general—, y no podrá expiarlos poniéndose de rodillas y diciendo Ave María.

—Lo comprendo, señor —dice Shaftoe.

—Necesito un trabajito que es preciso hacer... precisamente el tipo de cosa para la que un marine raider con entrenamiento de paracaidismo está perfectamente capacitado.

—¿Qué opinará sobre eso el Departamento de Marina, señor?

—No tengo intención de hacerles saber que le he encontrado hasta que no haya completado la misión. Pero cuando haya terminado... todo habrá acabado.

—Volveré inmediatamente—dice Shaftoe.

—¿Adónde va, Shaftoe?

—Hay otras personas que tienen que perdonarme primero.

Se dirige en dirección al Fuerte Santiago con un pelotón reconstituido, rearmado y reforzado de Huks. Los norteamericanos han liberado, en el último par de horas, el viejo fuerte español. Han abierto de par en par las puertas de los calabozos y las cavernas subterráneas junto al río Pasig. En ese caso, encontrar al Carlos Altamira de once años se convierte en un problema de buscar entre varios miles de cadáveres. Casi todos los filipinos llevados como animales a ese lugar por los nipos murieron, ya fuese ejecutados, asfixiados en las mazmorras o ahogados cuando la marea subió por el río e inundó las celdas. Bobby Shaftoe no sabe en realidad cómo era Carlos, así que lo mejor que puede hacer es escoger los cadáveres que parecen más jóvenes y presentárselos a los miembros de la familia Altamira para su inspección. La bencedrina que tomó hace unos días ha dejado de hacer efecto, y él mismo se siente muerto. Camina con dificultad por las mazmorras españolas con una linterna de queroseno, iluminando con luz amarilla el rostro de los muertos, murmurando para sí como si fuese una plegaria: —¿Rechazas la seducción del Mal, renuncias a todas sus obras?

*OceanofPDF.com*

# Buen juicio

Unos años antes, cuando Randy se cansó de la presión incesante en la mandíbula inferior, fue al mercado de cirugía oral del centro norte de California buscando a alguien que le sacase las muelas del juicio. El dentista le tomó una de esas placas de rayos X totales de la mandíbula inferior, de ésas en las que te forran la boca con medio rollo de película de alta velocidad, te fijan la cabeza y la máquina de rayos X da vueltas a tu alrededor lanzando radiación a través de una rendija, mientras todo el personal del dentista se oculta tras una pared de plomo, lo que produce una imagen impresa que es la distorsión no demasiado agradable de tu mandíbula en un único plano. Mirándola, a Randy se le ocurrieron analogías groseras como «cabeza de hombre aplastada varias veces por una apisonadora mientras estaba tendido de espaldas» e intentó considerarla como una transformación de cartografía, una más en la larga historia de la humanidad de intentar descabelladamente representar cosas tridimensionales sobre una superficie plana. Las esquinas de ese plano de coordenadas estaban ancladas en las muelas del juicio, que incluso para alguien con tan pocos conocimientos odontológicos como Randy ofrecían un aspecto inquietante porque cada una tenía el tamaño de un pulgar (aunque quizá se tratase de una distorsión de la transformación de coordenadas, como la famosa Groenlandia hinchada de Mercator) y estaban muy separadas de cualquier otro diente, lo que (lógicamente) las situaría en partes de su cuerpo que normalmente no se consideran territorio de un dentista, y el ángulo no era el correcto; no es que estuviesen ligeramente inclinadas, sino casi invertidas y hacia atrás. Al principio lo atribuyó todo al

fenómeno Groenlandia. Con el mapa de la mandíbula en la mano, se echó a la calle del territorio de las Tres Hermanas buscando un cirujano oral. Estaba empezando a ponerse nervioso. ¡Eran unas muelas enormes! Traídas por la acción de hebras de ADN antiguas de la época de los cazadores recolectores. Diseñadas para reducir la corteza de los árboles y el cartílago de mamut a una pasta fácil de digerir. Ahora esos pedruscos de esmalte viviente estaban horriblemente a la deriva en una grácil cabeza de cromagnon que simplemente no tenía espacio para ellos. Sólo había que considerar el peso extra que cargaba. Sólo había que considerar los usos que se podían dar a ese espacio. Cuando hubiesen desaparecido, ¿qué llenaría el espacio de los enormes vacíos en forma de muela de su melón? No tenía demasiada importancia hasta que no encontrase la forma de deshacerse de ellas. Pero un cirujano oral tras otro lo rechazó. Ponían la placa en las cajas de luz, la miraban y palidecían. Quizá no fuese más que la luz pálida que salía de las cajas pero Randy podría jurar que empalidecían. Falsos —como si las muelas del juicio saliesen normalmente en otro sitio—, ellos comentaban que las muelas del juicio estaban enterradas muy, muy, muy profundamente en la cabeza de Randy. Las de abajo estaban tan atrás que eliminarlas prácticamente rompería estructuralmente el hueso en dos; en ese punto, un movimiento en falso haría que un pico de demolición quirúrgico llegase a su oído medio. Las de arriba estaban tan profundamente metidas en el cráneo que las raíces estaban enroscadas en partes del cerebro que normalmente se ocupaban de la percepción del color azul (a un lado) y la capacidad de suspender la incredulidad en las películas malas (al otro), y entre esas muelas y el aire, la luz y la saliva había muchos niveles de piel, carne, cartílago, nervios importantes, arterias que alimentaban el cerebro, abultados nodos linfáticos, vigas y puntales de hueso, médulas que funcionaban perfectamente, algunas glándulas de cuyo funcionamiento se conocía inquietantemente poco y muchas de las otras cosas que hacían que Randy fuese Randy, todas ellas pertenecientes definitivamente a la categoría de elementos que es mejor no tocar.

Parecía que a los cirujanos orales no les gustaba meterse en la cabeza más allá de los codos. Habían estado viviendo en grandes mansiones y conduciendo berlinas Mercedes-Benz al trabajo mucho antes de que Randy hubiese arrastrado su triste culo a sus consultas cargando con la placa de

rayos X y no tenían absolutamente nada que ganar intentando sacarlas, no tanto muelas del juicio en el sentido normal sino presagios apocalípticos del Libro de las Revelaciones. La mejor forma de sacarlas era con una guillotina. Ninguno de esos cirujanos se plantearía siquiera proceder a la extracción hasta que Randy hubiese firmado una excepción de responsabilidad legal demasiado gruesa para ir grapada, algo que vendría en un archivador, cuyo contenido general sería más o menos que una de las consecuencias normales de la operación sería que la cabeza del paciente acabase flotando en un tarro de formaldehído en una atracción turística más allá de la frontera mejicana. De tal guisa vagó Randy de una consulta a otra durante unas semanas, como un descastado teratómico recorriendo un desierto pos-nuclear al que echaban de los pueblos las críticas de los desdichados y aterrorizados campesinos. Hasta un día en que entró en un despacho y la enfermera que le atendió casi parecía estar esperándole, y le llevó hasta una sala de examen para mantener una consulta privada con el cirujano, que en ese momento estaba muy ocupado, en algo que consistía en lanzar al aire un montón de polvo, en otra de las pequeñas salas. La enfermera le ofreció asiento, preparó café, luego encendió la caja de luz, cogió la placa de Randy y la colocó en su sitio. Dio un paso atrás, se cruzó de brazos y miró maravillada a la imagen.

—Bien —murmuró—. ¡Así que éstas son las famosas muelas del juicio!

Ése fue el último cirujano oral que Randy visitó durante un par de años. Todavía tenía la inexorable presión veinticuatro horas al día en la cabeza, pero ahora había cambiado de actitud; en lugar de considerarla como una condición anómala de fácil remedio, se convertía en una cruz a soportar, y en realidad no tan dura considerando lo que otras personas tenían que sufrir. En ese caso, como en otras muchas ocasiones inesperadas, su extensa experiencia en los juegos de rol de fantasía le fue de ayuda, ya que mientras recorría diversos escenarios épicos había habitado las mentes, si no los cuerpos, de muchos personajes a los que les faltaban miembros o a los que el aliento de dragón o una bola de fuego de un mago había quemado una extensión de su cuerpo decidida de forma algorítmica, y parte de la ética del juego exigía que pensase profundamente en cómo sería vivir con tales heridas e interpretar al personaje en consecuencia. Según esos estándares, sentirte continuamente como si tuvieses un gato de coche metido en el

cráneo, incrementando la presión un poquito cada pocos meses, ni siquiera merecía mención. Se perdía en el ruido somático.

Así que Randy vivió de esa forma durante varios años, mientras él y Charlene subían insensiblemente en la escala socioeconómica y se encontraban en las fiestas con personas que habían llegado en Mercedes-Benz. Fue en una de esas fiestas donde Randy oyó por casualidad a un dentista alabar a un joven cirujano oral que recientemente se había trasladado a la zona. Randy tuvo que morderse la lengua para no empezar a preguntar todo tipo de detalles sobre el significado exacto de «brillante» en el contexto de la cirugía oral, preguntas motivadas exclusivamente por la curiosidad pero que el dentista muy probablemente se tomaría mal. Entre los programadores era bastante evidente quién era brillante y quién no, pero ¿cómo se distinguía a un cirujano oral brillante de uno simplemente excelente? Te meterías con rapidez en una gran mierda epistemológica. Cada juego de muelas del juicio sólo se podía extraer una vez. No podías hacer que un centenar de cirujanos orales extrajesen las mismas muelas del juicio y comparar científicamente los resultados. Y sin embargo quedaba claro mirando la cara de ese dentista que ese cirujano en particular, ese chico nuevo, era brillante. Por tanto, más tarde, Randy se acercó sigilosamente al dentista y admitió que él podría tener un desafío —el mismo podría personificar un desafío— que daría buen uso a esas inefables cualidades de brillantez de cirugía oral, y si podría darle el nombre del tipo.

Unos días más tarde ya estaba hablando con ese cirujano oral, quien era efectivamente joven y llamativamente brillante y que tenía más en común con otras personas brillantes que Randy había conocido —en su mayoría hackers— que con los otros cirujanos orales. Conducía una furgoneta y tenía ejemplares recientes de la revista *TURING* en su sala de espera. Llevaba barba, y disponía de un equipo de enfermeras y otras acólitas femeninas a las que se les aceleraba continuamente el corazón por su brillantez y que le seguían apartándole de los grandes obstáculos y recordándole que comiese. Ese tipo no empalideció al examinar el Mercator-roentgenograma. En realidad, se agarró la barbilla con la mano, se mantuvo algo más erguido y no habló durante varios minutos. De vez en cuando movía la cabeza, prestando atención a una esquina diferente del plano de coordenadas, y admiraba la situación exquisitamente grotesca de

cada muela, su peso paleolítico y sus largas raíces retorcidas introduciéndose en partes de la cabeza jamás registradas por los anatomistas.

Cuando al final se volvió para encararse con Randy, estaba poseído por un aura sacerdotal, una especie de éxtasis santo, la revelación de un sentimiento de simetría cósmica, como si la mandíbula de Randy, y su brillante cerebro de cirujano oral, hubiesen sido concebidos por el arquitecto del universo, quince mil millones de años atrás, específicamente para que se encontrasen, aquí y ahora, frente a esa placa. No dijo nada del estilo «Randy, déjame mostrarte lo cerca que están las raíces de esta muela del conjunto de nervios que te distinguen de un titi», o «Mi agenda está increíblemente llena y en realidad estaba pensando pasarme al negocio de los bienes raíces», o «Déjame unos segundos mientras llamo a mi abogado». Ni siquiera dijo nada como «Guau, esas cabronas están bien hundidas». El joven y brillante cirujano oral simplemente dijo:

—Vale.

Permaneció en pie con incomodidad durante unos momentos, y luego salió de la habitación demostrando una ineptitud social que cementó totalmente la confianza de Randy en él. Una de sus adláteres hizo más tarde que Randy firmase un documento legal en el que se estipulaba que estaba bien si el cirujano oral decidía meter todo el cuerpo de Randy en una astilladora, pero en ese caso, y por una vez, parecía simplemente una mera formalidad y no el punto de partida en una saga de litigios al estilo *Casa desolada.*

Y finalmente llegó el gran día, y Randy se preocupó de disfrutar del desayuno porque sabía que, teniendo en cuenta los daños nerviosos que estaba a punto de sufrir, podría ser la última vez en la vida en que podría saborear la comida, o incluso masticarla. Las adláteres del cirujano oral parecían estar todas maravilladas cuando atravesó la puerta de la consulta como si pensasen «¡Dios mío, se ha atrevido a venir!», y luego se lanzaron tranquilizadoras a la acción. Randy se sentó en el sillón, le pusieron inyecciones y luego vino el cirujano y le preguntó cuál era la diferencia, si la había, entre Windows 95 y Windows NT.

—Ésta es una de esas conversaciones que tiene como propósito dejar claro cuándo he perdido el conocimiento, ¿no? —dijo Randy.

—En realidad, hay un propósito secundario. Estoy considerando dar el salto y me gustaría conocer su opinión —dijo el cirujano.

—Bien —dijo Randy—. Tengo mucha más experiencia con UNIX que con Windows NT, pero por lo que he visto, parece que NT es un sistema operativo bastante decente, y ciertamente bastante más serio que Windows. —Hizo una pausa para tomar aliento y de pronto comprobó que todo era diferente. El cirujano oral y sus adláteres seguían allí y ocupaban más o menos las mismas posiciones en su campo de visión que cuando empezó a emitir la frase, pero ahora las gafas del cirujano estaban ladeadas y las lentes manchadas de sangre, y tenía el rostro completamente sudado, y su mascarilla estaba salpicada de trocitos que parecían haber salido muy del interior del cuerpo de Randy, y el aire de la sala estaba turbio por el hueso que flota en el aire convertido en aerosol, y las enfermeras parecían mustias y cansadas y tenían aspecto de necesitar un nuevo maquillaje, estiramientos de piel y unas cuantas semanas en la playa. El pecho y el regazo de Randy, así como el suelo, estaban cubiertos por algodones ensangrentados y suministros médicos arrancados a toda prisa. Le dolía la parte de atrás de la cabeza por los golpes contra el cabezal de la silla producidos por el retroceso del martillo neumático craneal del joven y brillante cirujano. Cuando intentó terminar la frase («así que si está dispuesto a pagar la diferencia, creo que el cambio es muy aconsejable») se dio cuenta de que tenía la boca llena de algo que le impedía hablar. El cirujano se bajó la mascarilla y se rascó la barba manchada de sudor. No miraba fijamente a Randy sino a un punto mucho más lejano. Lanzó un largo y lento suspiro. Le temblaban las manos.

—¿Qué día es? —murmuró Randy a través del algodón.

—Como le dije antes —dijo el brillante y joven cirujano oral—, cobramos las extracciones de las muelas del juicio empleando una escala móvil, dependiendo del grado de dificultad. —Hizo una pausa momentánea, buscando las palabras—. En su caso, me temo que le cobraremos el máximo en las cuatro. —Luego se puso en pie y salió arrastrando los pies, con los hombros caídos, pensó Randy, no tanto por el estrés del trabajo como por la idea de que nadie iba a darle un premio Nobel por lo que acababa de lograr.

Randy se fue a casa y pasó una semana tendido en el sofá frente al televisor comiendo narcóticos orales como si fuesen gominolas y gimiendo de dolor, y luego se puso mejor. La presión del cráneo había desaparecido. Se había ido por completo. Ni siquiera podía recordar cómo era.

Ahora mientras va en el coche de policía hacia su nueva celda privada, recuerda toda la saga de la extracción de las muelas del juicio porque tiene muchos puntos en común con lo que acaba de pasar emocionalmente con la joven America Shaftoe. Randy ha tenido algunas novias en su vida —no muchas— pero todas ellas eran como cirujanos orales que no valían nada. Amy es la única con la habilidad y los cojones suficientes para mirarle, decir «vale», atravesarle el cráneo y volver con el tesoro. Probablemente para ella fuese agotador. A cambio le cobrará un precio muy alto. Y durante mucho tiempo va a dejar a Randy tendido de dolor. Pero ya nota que su presión interna se ha aliviado y se alegra, se alegra tanto de que ella haya entrado en su vida, y que al final haya tenido el sentido común y, posiblemente, las agallas de hacerlo. Olvida completamente durante unas horas que el gobierno filipino le ha marcado para morir.

Del hecho de estar en un coche, infiere que su nueva y privada celda se encuentra en un edificio diferente. Nadie le explica nada porque después de todo, no es más que un prisionero. Desde el arresto en el AINA ha estado encerrado en un edificio nuevo de cemento, al sur, en el borde de Makati, pero ahora le llevan al norte, a las partes antiguas de Manila, probablemente a unas instalaciones góticas anteriores a la guerra y con más estilo. El Fuerte Santiago, en las riberas del Pasig, tenía celdas que se encontraban en la zona entre mareas, de forma que los prisioneros allí encerrados durante la marea baja morían en la alta. Ahora es un lugar histórico, así que sabe que no le llevan allí.

La nueva celda está ciertamente en un enorme y terrorífico edificio viejo en algún lugar del toroide de importantes instituciones gubernamentales que rodean el agujero negro de Intramuros. No está en, pero se encuentra justo al lado de un tribunal. Atraviesan callejones durante un rato entre esos viejos edificios de piedra y luego presentan credenciales en una prisión y esperan a que abran una enorme portezuela de hierro, y luego atraviesan un patio pavimentado que hace tiempo que no limpian, enseñan más credenciales y esperan a que levanten una verja de hierro de

verdad, dejando un orificio que desciende bajo el edificio. Luego el coche se detiene y de pronto están rodeados de hombres vestidos con uniformes.

El proceso se parece extrañamente a llegar a la entrada principal de un hotel de negocios de Asia, excepto que los hombres uniformados llevan pistolas y no se ofrecen a llevar la bolsa del portátil de Randy. Tiene una cadena alrededor de la cintura y esposas fijadas a esa cadena, y cadena en los pies que le acorta el paso. La cadena entre sus tobillos está sostenida en el medio por otra cadena que llega hasta la cintura de forma que no se arrastre por el suelo al caminar. Tiene la destreza manual justa para sostener el portátil y mantenerlo apretado contra la parte baja del abdomen. No es un simple granuja encadenado, es un granuja encadenado digital, el fantasma de Marley de la Superautopista de la Información. Que a un hombre en su situación se le permita tener un portátil es tan grotescamente inadmisible que le hace dudar de su valoración extremadamente cínica de la situación, es decir que Alguien —es de suponer, el mismo Alguien que le está Enviando un Mensaje— ya ha descubierto que todo lo que hay en su disco duro está cifrado, y ahora intenta engañarle para que encienda la máquina y la use de forma que... ¿qué? Quizás hayan instalado una cámara en su celda y miren por encima de su hombro. Pero eso sería fácil de evitar; simplemente no debe comportarse como un idiota total.

Los guardias le llevan por un pasillo y algunos procedimientos para prisioneros que en realidad no se le aplican ya que ya ha rellenado todos los formularios y entregado los efectos personales en otra cárcel. Luego comienzan las grandes y terroríficas puertas de metal, y pasillos que no huelen tan bien, y escucha el bullicio generalizado de la cárcel. pero le llevan más allá del bullicio a otro corredor que parece ser más antiguo y tener menos uso, y finalmente atraviesan una puerta de cárcel pasada de moda con sus barras de hierro y que lleva a una larga habitación de piedra abovedada que contiene una fila única de como media docena de celdas, con un pasillo para los guardias que recorre las puertas de las jaulas de hierro. Como si fuese el simulacro de una cárcel en un parque temático. Le llevan hasta el final, hasta la última celda, y le dejan allí. Le aguarda un único jergón, un colchón delgado con sábanas manchadas pero limpias y una manta del ejército doblada y apoyada encima. Un viejo archivador de madera y una silla plegable están en una esquina, contra la pared al final de

la larga habitación. Evidentemente se supone que el archivador debe servir como mesa de trabajo de Randy. Los cajones están cerrados con llave. De hecho, el archivador lo han fijado con algunas vueltas de una cadena pesada y un candado, por lo que queda muy claro que debe usar el ordenador allí, en esa esquina de la celda, y en ningún otro sitio. Como prometió el letrado Alejandro, han enchufado un alargador en una toma de la entrada del bloque, que corre por el pasillo, está atado alrededor de una tubería lejos del alcance de Randy y se le permite avanzar en la dirección del archivador. Pero no llega del todo a la celda de Randy, así que la única forma de enchufar el ordenador es colocarlo sobre el archivador, encajar el cable de corriente en la parte de atrás y luego lanzar el otro extremo más allá de las barras de hierro hacia el guardia, quien podrá ayuntarlo con el alargador.

Al principio parece la desquiciada obra de un loco del control, un ejercicio de poder simplemente por el placer sádico. Pero después de que le quiten las cadenas a Randy, le hayan encerrado en la celda y le dejen a solas para meditar durante unos minutos, piensa algo diferente. Es evidente que, normalmente Randy podría dejar el ordenador sobre el tapete mientras las baterías se cargan y luego llevárselo a la cama y usarlo allí hasta que se le agotase la batería. Pero quitaron las baterías de la máquina antes de que el letrado Alejandro se la entregase, y no parece haber ninguna batería de ThinkPad corriendo por la celda. Así que tendrá que mantenerlo enchufado todo el tiempo, y por la forma en que han dispuesto el archivador y el alargador, se ve obligado por ciertas propiedades inmutables del espacio-tiempo tridimensional euclídeo a usar la máquina en un único lugar: allí mismo, sobre el maldito archivador. No cree que sea un accidente.

Se sienta frente al archivador y examina la pared y el techo en busca de cámaras de vídeo ocultas, pero no se lo toma demasiado en serio y tampoco espera verlas. Para distinguir el texto sobre la pantalla tendrían que usar cámaras de alta resolución, lo que sería grande y evidente; las cámaras pequeñas no valdrían. Por aquí no hay ninguna cámara grande.

Randy está casi seguro de que si pudiese abrir el archivador, en su interior encontraría algún sistema electrónico. Probablemente justo debajo de su portátil hay una antena Van Eck para recibir la señal que emana de la pantalla. Por debajo, algún cacharro para traducir esas señales a forma digital y transmitir el resultado a alguna estación de escucha cercana,

probablemente al otro lado de la pared. Al fondo de todo probablemente hay algunas baterías para que todo funcione. Mueve el archivador de un lado a otro todo lo que las cadenas le dejan, y descubre que efectivamente el fondo es muy pesado, como si hubiese una batería de coche allí metida. O quizá no sea más que su imaginación. Quizá le dejen tener el portátil porque son tipos simpáticos.

Así que es eso. Ése es el montaje. Ése es el trato. Todo muy limpio y simple. Randy enciende el portátil para comprobar que todavía funciona. Luego se hace la cama y se tiende, simplemente porque le hace sentirse bien el estar tendido. Es la primera vez que ha tenido algo parecido a intimidad en al menos una semana. A pesar de la estrafalaria admonición de Avi contra el autoabuso en la playa de Pacifica, es hora de que Randy se ocupe de un asuntillo. Ahora necesita concentrarse, y hay que eliminar cierta distracción. Repasando su última conversación con Amy es más que suficiente para provocarle una erección. Mete la mano en los pantalones y de pronto se queda dormido.

Se despierta al oír que se abre la puerta del bloque. Traen a otro prisionero. Randy intenta sentarse y descubre que todavía tiene la mano metida en los pantalones, habiendo fracasado en su misión. La saca renuente y se sienta. Retira los pies de la cama y los apoya sobre el suelo de piedra. Ahora da la espalda a la celda adyacente, que es una imagen especular de la suya; es decir, las camas y los retretes de ambas celdas están juntos siguiendo la partición compartida. Se pone en pie, se da la vuelta y observa cómo llevan al otro prisionero a la celda junto a la suya. El tipo nuevo es un blanco, probablemente de unos sesenta y tantos años, quizá setenta y tantos, aunque podría defenderse la idea de cincuenta y tantos y ochenta y tantos. En cualquier caso, muy vigoroso. Viste un mono de prisionero como el de Randy, pero con otros accesorios: en lugar de un portátil, lleva un crucifijo colgando de un rosario de grandes cuentas de ámbar, y alguna especie de medallón que cuelga de una cadena de plata, y sostiene varios libros contra el vientre: una Biblia y algo enorme en alemán, y una novela *best seller* actual.

Los guardias le tratan con extrema reverencia; Randy asume que el tipo es un sacerdote. Le hablan en tagalo, haciéndole preguntas —preocupándose, cree Randy, por sus necesidades y deseos— y el hombre

blanco les responde en un tono tranquilizador e incluso cuenta un chiste. Realiza una petición cortés; un guardia sale corriendo y regresa momentos después con un mazo de cartas. Finalmente los guardias se alejan de la celda, prácticamente haciendo reverencias, y le encierran entre disculpas que ya se están volviendo un poco monótonas. El hombre blanco dice algo, primero para perdonarles y luego algo ingenioso. Ellos se ríen nerviosos y se van. El hombre blanco se queda de pie en medio de la celda durante un minuto, contemplando el suelo, quizá rezando o algo así. Luego entra en acción y empieza a mirar a su alrededor. Randy se inclina sobre la partición y pasa la mano por entre los barrotes.

—Randy Waterhouse —dice.

El hombre blanco lanza sus libros sobre la cama, se desliza en su dirección y le responde dándole la mano.

—Enoch Root —dice—. Un placer conocerte en persona, Randy. —Su voz es inconfundiblemente la de Pontifex... root@eruditorum. org.

Randy se queda inmóvil durante mucho tiempo, como un hombre que comprende que le están gastando una broma colosal, pero no cuán colosal es, o de qué va. Enoch Root ve que Randy está paralizado, y se traslada con tranquilidad. Flexiona el mazo de cartas con una mano y las lanza a la otra; la columna de cartas aéreas permanece colgada durante un momento entre sus manos, como un acordeón.

—No son tan versátiles como las tarjetas ETC, pero sí son sorprendentemente útiles —comenta—. Con suerte, Randy, tú y yo podremos establecer un puente... siempre que estemos simplemente pontificando.

—¿Establecer un puente? —repite Randy, sintiéndose y probablemente sonando bastante estúpido.

—Lo lamento, mi inglés está un poco oxidado... me refiero al *bridge,* el juego de cartas. ¿Sabes jugar?

—¿Al *bridge?* No. Pero pensaba que hacían falta cuatro personas.

—Me he inventado una versión a la que pueden jugar dos. Sólo espero que el mazo esté completo... el juego exige cincuenta y cuatro cartas.

—Cincuenta y cuatro —comenta Randy—. ¿Tu juego se parece a Pontifex?

—Son uno y el mismo.

—Creo que tengo las reglas de Pontifex metidas en algún lugar del disco duro —dice Randy.

—Entonces juguemos —dice Enoch Root.

*OceanofPDF.com*

# Caída

Shaftoe salta del aeroplano. Allí arriba el aire es tonificantemente frío, y el factor congelante del viento es asombroso. Es la primera vez en un año que no se siente asquerosamente caliente y sudoroso.

Algo le tira con fuerza titánica de la espalda: la línea estática, que todavía sigue conectada con el aeroplano. Dios no permita que se confíe a los soldados norteamericanos que tiren de sus propios cordones de apertura. Se puede imaginar la reunión del estado mayor donde se les ocurrió la idea de la línea estática:

—Por amor de Dios, general, ¡son simplemente soldados rasos! Tan pronto como salten del aeroplano probablemente empiecen a pensar en sus novias, se tomaran un par de tragos de la petaca, se echarán una cabezadita, y antes de que se den cuenta ¡chocarán contra el suelo a cien millas por hora!

El paracaídas de la etapa inicial salta, recoge aire y luego destripa la mochila principal de un tirón. Se produce algo de flexión y golpes porque el cuerpo de Bobby Shaftoe tira hacia abajo de la nube desorganizada de seda, luego ésta se abre del todo, y queda colgando en el espacio su cuerpo oscuro formando una dianita perfecta en medio de un cielo blanco para beneficio de cualquier tirador nipón que esté en el suelo.

No es de extrañar que los paracaidistas se consideren dioses entre los hombres: disfrutan de una vista tan genial, mucho mejor que la de un pobre marine atrapado en la playa, que siempre mira colina arriba buscando fortines. Todo Luzón se extiende frente a él. Puede ver cien doscientas millas al norte, sobre una alfombra de vegetación tan densa como el fieltro,

hasta las montañas en el distante norte donde el general Yamashita, el León de Malaya, está escondido con cien mil soldados, cada uno de los cuales está dispuesto a atarse explosivos al cuerpo, atravesar las líneas por la noche, correr hasta estar en medio de una gran concentración de soldados norteamericanos y volarse por los aires en nombre del emperador. A estribor de Shaftoe está la bahía de Manila, e incluso desde esa distancia, unas treinta millas, puede ver cómo la jungla de pronto se hace más escasa y se vuelve marrón al acercarse a la orilla, como una hoja cortada que se estuviese muriendo desde el borde hacia dentro, eso sería lo que queda de la ciudad de Manila. La gruesa lengua de tierra de veinte millas de largo que se dirige hacia él debe ser Batan. Justo cerca de la punta hay una isla rocosa que tiene forma de renacuajo con cabeza verde y una esquelética cola marrón: Corregidor. Sale humo de muchos respiraderos de la isla, que en su mayoría ha sido reconquistada por los norteamericanos. Bastantes nipones prefirieron volarse por los aires en sus búnkeres subterráneos antes que rendirse. Ese acto heroico ha inspirado una buena idea a alguien en la cadena de mando del general.

A un par de millas de Corregidor, inmóvil sobre el agua, hay algo que tiene el aspecto de un acorazado absurdamente rechoncho y asimétrico, excepto que es mucho más grande. Está rodeado por cañoneras norteamericanas y fuerzas de desembarco anfibias. De una fuente en su tapa sale una larga voluta de humo rojo: una bomba de humo lanzada desde el avión de Shaftoe hace unos minutos, también con paracaídas. A medida que Shaftoe desciende, y el viento le empuja hacia la forma, puede ver el grano del cemento reforzado con el que está construida. Solía ser una roca seca en la bahía de Manila. Los españoles edificaron un fuerte en ella, los norteamericanos construyeron una cadena de emplazamientos de cañones sobre el fuerte, y cuando los nipos se presentaron la convirtieron por completo en una fortaleza sólida de cemento reforzado con muros de treinta pies de ancho, y en lo alto un par de torretas con cañones dobles de catorce pulgadas. Hace tiempo que se silenciaron esos cañones; Shaftoe puede ver largas grietas en los cañones, y cráteres, como salpicaduras congeladas sobre el acero. Aunque está cayendo en paracaídas sobre el tejado de una fortaleza nipona impenetrable llena hasta arriba de hombres que buscan desesperadamente una forma pintoresca de morir, Shaftoe está

perfectamente seguro; cada vez que un nipo saca el cañón de un rifle o un par de binoculares por alguna rendija, media docena de artilleros antiaéreos norteamericanos abren fuego contra él a bocajarro desde los buques cercanos.

Se produce un tremendo alboroto cuando un pequeño bote a gran velocidad sale de una cueva en la costa de la isla y se dirige directamente hacia un transporte norteamericano. Un centenar de cañones abren fuego simultáneamente. Fragmentos supersónicos de metal se estrellan contra el agua alrededor del botecito, tonelada tras tonelada. Cada fragmento produce una salpicadura. Todas las salpicaduras se combinan para producir una erupción volcánica irregular de agua blanca centrada en el botecito. Bobby Shaftoe se lleva los dedos a los oídos. Estallan dos mil libras de explosivo potente colocadas en la parte delantera del botecito. La onda de choque recorre la superficie del agua, un anillo blanco como la nieve que se expande con velocidad sobrenatural. Golpea a Bobby Shaftoe como una pelota de béisbol en el puente de la nariz. Durante un momento se olvida de dirigir el paracaídas, y confía en que los vientos le lleven al lugar correcto.

La bomba de humo se lanzó como demostración de la idea de que un hombre en paracaídas podría llegar a aterrizar sobre el tejado de la fortaleza. Bobby Shaftoe es, evidentemente, la prueba final e irrefutable de esa proposición. Al acercarse, y cuando comienza a aclarársele la cabeza después de la explosión, Shaftoe comprueba que la bomba de humo nunca llegó al tejado: su pequeño paracaídas se enredó en un brezo de antenas que crece en lo alto.

¡Todo tipo de jodidas antenas! Incluso durante sus días en Shanghai, Shaftoe tenía una sensación extraña con respecto a las antenas. Esos listillos de la estación Alfa, en la pequeña choza de madera del tejado con antenas sobresaliendo, no eran soldados, ni marineros, ni marines en el sentido normal del término. Corregidor estaba cubierta de antenas antes de que llegasen los nipos y la tomasen. Y allí adonde Shaftoe iba durante su periodo en el Destacamento 2702 había antenas.

Va a pasar unos momentos concentrándose mucho en esas antenas, así que gira la cabeza un momento para comprobar la posición de la barcaza de desembarco norteamericana, la nave que el bote suicida nipón aspiraba a destruir. Está exactamente donde se supone que debe estar, a medio camino

entre la fuerza circundante de naves militares y el muro escarpado de cuarenta pies de la fortaleza. Incluso si Shaftoe no conociese el plan, podría, mirándola, identificar la nave como una barcaza de desembarco (Mark 3), una caja de zapatos de cincuenta pies de largo diseñada para escupir un tanque de tamaño medio sobre una playa. Tiene varias ametralladoras de calibre cincuenta que obedientemente machacan varios blancos en la muralla de la fortaleza que Shaftoe no puede ver. Desde su punto de vista, en lo alto puede ver algo que los nipones no aprecian: la barcaza de desembarco no lleva un tanque, en el sentido de un vehículo con ruedas de oruga con una torreta. En lugar de eso, lleva un tanque en el sentido de un contenedor con tuberías y mangueras, y otras cosas pegadas.

Los nipos de la fortaleza prueban a disparar a la barcaza de desembarco que se aproxima, pero el único blanco a tiro es la portezuela frontal, un trozo de metal que puede bajar para convertirse en una rampa y que se diseñó, increíblemente, con la suposición de que nipos condenados invertirían mucho tiempo en intentar abrirle agujeros con diversos proyectiles. Así que los defensores no están consiguiendo nada. Los artilleros antiaéreos de otros barcos han empezado a barrer con locura las murallas de la fortaleza, haciendo que los nipones lo tengan difícil para sacar la cabeza y los cañones. Shaftoe aprecia fragmentos de las antenas saltando y rebotando sobre el tejado de la fortaleza, una ráfaga ocasional de trazadoras, y espera que los hombres de los barcos tengan la presencia mental suficiente para contener el fuego antes de que aterrice, lo que sucederá en unos segundos.

Shaftoe comprende que su concepto mental sobre la naturaleza de la misión, tal como la repasó con los oficiales en la barcaza de desembarco, no tiene la más mínima relación con la realidad. Shaftoe ha experimentado ese fenómeno no menos de cinco mil veces en el curso de la Segunda Guerra Mundial; uno pensaría que ya no se sorprendería. Las antenas, que parecían raquíticas y poco importantes en las fotos de reconocimiento, son de hecho obras de ingeniería considerables. O lo eran hasta que fueron desingenierizadas por el fuego naval que silenció esos grandes cañones. Ahora son unos restos sobre los que será particularmente desagradable caer en paracaídas. Las antenas estaban hechas, y ahora lo están los restos, de todo tipo de mierdas diferentes: palos de caoba filipina, fuertes columnas de

bambú, racimos de acero soldado. Los trozos más comunes son los que llaman la atención de un paracaidista: largas cosas metálicas puntiagudas, y millas y millas de cable de sujeción, convertido en un brezo, algunos trozos tan tensos como para cortar la cabeza de un marine descendente y algunos sueltos y enredados con afilados extremos flotantes.

Shaftoe comprende que ese montón no es sólo un emplazamiento para cañones; es un cuartel nipo de inteligencia.

—¡Waterhouse, hijo de la gran puta! —aúlla Shaftoe. Por lo que sabe, Waterhouse sigue en Europa. Pero comprende, al ponerse las manos sobre los ojos como protección y caer sobre una pesadilla, que Waterhouse debe de tener algo que ver con todo esto.

Bobby Shaftoe ha aterrizado. Intenta moverse y los restos se mueven con él; es uno con ellos.

Abre los ojos con cuidado. Su cabeza está envuelta en una maraña de cable pesado, un cable de sujeción que se rompió por la tensión y se enrolló a su alrededor.

Mirando por entre las vueltas de cable, ve cómo tres tubos de un cuarto de pulgada sobresalen de su torso. Otro le ha atravesado el muslo, y otro más el antebrazo. También está bastante seguro de tener una pierna rota.

Se queda tendido durante un rato, escuchando los sonidos de los cañones a su alrededor.

Hay trabajo que es preciso hacer. Sólo puede pensar en el muchacho.

Con la mano libre busca el cortaalambres y comienza a liberarse de la maraña.

El cortaalambres apenas puede encajarse sobre los tubos de metal de la antena. Busca tras él, encuentra los lugares donde los tubos se clavan en su espalda y los corta, tijeretazo, tijeretazo, tijeretazo. Corta el tubo que le ha empalado el brazo. Se inclina hacia adelante y corta el que le atraviesa la pierna. Luego saca los tubos de su cuerpo y los deja caer sobre el cemento, plin, plin, plin, plin, plin. A lo que sigue un montón de sangre.

Ni siquiera intenta caminar. Se limita a arrastrarse sobre el tejado de cemento de la fortaleza. El sol ha calentado el cemento y la sensación es agradable. No puede ver la barcaza de desembarco, pero puede ver algunas de las antenas que lleva en lo alto y sabe que ya está en posición.

La cuerda debería estar allí. Shaftoe se apoya sobre los codos y mira. Perfecto, allí está, una cuerda de cáñamo (¡pues claro!) atada a un arpeo, una punta del arpeo alojada en el cráter de un proyectil cerca del borde del tejado.

Finalmente llega allí y comienza a tirar de la cuerda. Cierra los ojos, pero intenta no dormirse. Sigue tirando, y finalmente siente algo grande y grueso entre las manos: la manguera.

Ya casi está. Tendido de espaldas, agarrando el extremo de la manguera sobre el pecho, gira la cabeza de un lado a otro hasta que puede ver la salida de aire que eligieron en las fotos de reconocimiento. Antes tenía una hoja de metal que la cubría, pero hace tiempo que desapareció, y ahora no es más que un agujero de metal en el tejado con unos trozos desiguales de metal a su alrededor. Se arrastra hasta ella y mete el extremo de la manguera.

Alguien debe estar viéndole desde los barcos, porque la manguera se pone rígida, como una serpiente que ha decidido actuar, y entre las manos Bobby Shaftoe puede sentir el combustible que corre por ella. Diez mil galones de ese líquido. Directamente a la fortaleza. Puede oír a los nipos allá abajo, cantando canciones roncas. A estas alturas ya habrán comprendido lo que está a punto de suceder. El general MacArthur va a darles exactamente lo que han estado pidiendo en sus oraciones.

En ese punto, se supone que Bobby Shaftoe debe hacer rappel por la cuerda hasta la barcaza de desembarco, pero sabe que no va a suceder. Ahora nadie puede llegar hasta él, nadie puede ayudarle. Cuando el combustible deja de correr por la manguera, invoca toda la concentración que le queda. Finge, por última vez, que en realidad le importa. Saca la anilla de seguridad de una granada blanca de fósforo, deja que salte por el tejado y se agite con alegría. Puede sentirla despertar en su mano, el silbido animal de la espoleta en el interior. La arroja por el conducto de aire: una tubería circular que baja directamente, un disco negro en el centro de un campo de gris sombrío, como las cenizas de una bandera nipona.

Luego, en un impulso, se arroja detrás.

*Semper fidelis*
*Luz blanca en la noche*

*Caigo hacia el sol*

*OceanofPDF.com*

# Metis

La aparición de root@eruditorum.org en la celda contigua a la suya es como el último giro de la trama en un espectáculo de títeres que se ha ejecutado para su beneficio desde que su avión aterrizó en el AINA. Como en cualquier espectáculo de títeres, sabe que debe haber muchas personas ocultas allí donde no puede verlas, moviéndose furiosamente, organizándolo todo. Por lo que sabe, una parte importante del producto nacional bruto de Filipinas está dedicado a mantener esta farsa.

Hay una comida esperando en el suelo de la celda de Randy, y una rata sobre la comida. Randy normalmente reacciona muy mal al ver una rata; rompen el sistema de contención que su crianza y educación construyeron alrededor de esa parte de su mente donde habita el inconsciente colectivo, y le lanzan directamente al territorio de Hieronymus Bosch. Pero en estas circunstancias, no le importa más que ver a cualquier animal en un zoo. La rata tiene un pelaje sorprendentemente atractivo del color de un ciervo y una cola tan gruesa como un lápiz que evidentemente se ha cruzado en el camino de la mujer de algún granjero armada con un cuchillo de cocina, y que alza rígida en el aire como la antena roma de un teléfono móvil. Randy tiene hambre, pero no quiere comer nada en lo que la rata haya dejado su huella, así que se limita a observarla.

Siente su cuerpo como si hubiese dormido durante mucho tiempo. Enciende el ordenador y teclea un comando llamado «date». Las uñas de su mano izquierda tienen un aspecto curioso, como si se las hubiese golpeado. Prestando atención, ve un trébol dibujado con bolígrafo azul sobre la uña del dedo índice, un diamante en el dedo corazón, un corazón en el anular y

una pica en el meñique. Enoch Root le dijo que en Pontifex, al igual que en el bridge, cada carta del mazo tiene un valor numérico: tréboles 1-13, diamantes 14-26, corazones 27-39, picas 40-52. Randy dibujó los símbolos en las uñas para no olvidarse.

En todo caso, «date» le indica que aparentemente durmió toda la tarde de ayer, la noche, y como la mitad del día de hoy. Así que la rata se está comiendo su almuerzo.

El ordenador de Randy ejecuta Finux, así que cuando arranca le ofrece una pantalla negra con enormes letras blancas que suben línea a línea, un verdadero interfaz de usuario de alrededor del año 1975. También presumiblemente lo más fácil de leer por medio de phreaking Van Eack. Randy teclea «startx» y la pantalla se pone negra durante un momento antes de cambiar a un tono especial de añil que a Randy le gusta, y aparece una ventana beige con letras negras mucho más pequeñas y claras. Así que ahora está ejecutando el sistema X Windows, o X como lo llama la gente como Randy, que ofrece toda la basura gráfica que se espera de un interfaz de usuario: menús, botones, barras de desplazamiento y demás. Como con cualquier otra cosa bajo UNIX (del que Finux es una variante), hay un millón de opciones que sólo una persona joven, obsesionada y solitaria tendría la paciencia y el tiempo de explorar. Randy ha sido esas tres cosas en momentos diversos de su vida y sabe mucho sobre esas opciones. Por ejemplo, en estos momentos el fondo de la pantalla resulta ser un añil uniforme, pero podría ser una imagen. Teóricamente, podría usar una película, por lo que las ventanas y menús flotarían encima de, digamos, *Ciudadano Kane* ejecutándose en un bucle interminable. De hecho, puedes coger cualquier programa y convertirlo en el fondo de la pantalla, y se ejecutará alegremente, haciendo lo que sea que hace, y ni siquiera sabría que se le usa para decorar ventanas. Eso le ha dado a Randy algunas ideas de cómo ocuparse del asunto Van Eck.

En su estado actual, este ordenador es tan vulnerable al *phreaking* Van Eck como lo era antes de que Randy iniciase X. Antes eran letras blancas sobre fondo negro. Ahora es negro sobre beige. Las letras son un poco más pequeñas y viven en una ventana, pero eso no presenta ninguna diferencia: la electrónica del interior sigue teniendo que realizar esas transiciones entre

ceros y unos, es decir, entre alta intensidad (blanco sobre beige) y mínima (negro) al formar esos patrones de puntos sobre la pantalla.

En lo fundamental, Randy no tiene ni puñetera idea de lo que está sucediendo en su vida ahora mismo, y probablemente ha sido así desde hace mucho tiempo, incluso en la época en que pensaba que lo sabía. Pero su hipótesis de trabajo consiste en que las personas que montaron toda esta situación (candidatos principales: el Dentista y su cohorte de mafiosos Bolobolos) saben que tiene información importante en su disco duro. ¿Cómo iban a saberlo? Bien, Pontifex —el Mago, Enoch Root o como coño se llame—, cuando telefoneó a Randy al avión, sabía que Randy tenía Aretusa, así que sólo Dios sabe quién más podría saberlo. Alguien montó la falsa detención por drogas en el AINA para poder birlarle el portátil, sacar el disco duro y copiar el contenido. Luego descubrieron que todo estaba doblemente cifrado. Es decir, los mensajes interceptados de Aretusa están cifrados para empezar con un criptosistema de la Segunda Guerra Mundial bastante bueno, que hoy en día cualquiera debería ser capaz de romper, pero además de eso, están también cifrados con un sistema moderno de lo más avanzado que nadie puede romper. Si saben lo que les conviene, ni siquiera intentarían romperlo. La única forma de conseguir la información es hacer que Randy la descifre para ellos, cosa que puede hacer identificándose biométricamente en el portátil (hablándole) o tecleando una frase clave que sólo él conoce. Tienen la esperanza de que Randy descifre los mensajes Aretusa y, como un gilipollas, muestre el contenido en la pantalla. En el momento en que esa información aparezca en la pantalla, el juego habrá terminado. Los tipos de vigilancia del Dentista (o quien sea) podrán meter los mensajes en algún supercomputador criptoanalítico que los romperá de inmediato.

Eso no implica que Randy no se atreva a abrir esos archivos, simplemente que no se atreve a mostrarlos en pantalla. La distinción es crucial. Ordo puede leer los archivos cifrados desde el disco duro. Puede escribirlos en la memoria del ordenador. Puede descifrarlos, y escribir el resultado en otra región de la memoria del ordenador, y dejar allí los datos indefinidamente y los escuchas nunca lo sabrían. Pero tan pronto como Randy le diga al ordenador que muestre esa información en una ventana en

la pantalla, los mensajes Aretusa pertenecerán a los escuchas Van Eck; y sean quienes sean, probablemente los romperán más rápido que Randy.

Lo divertido e interesante es que en realidad Randy no tiene por qué verlos para trabajar con ellos. Siempre que se encuentren en la memoria del ordenador, puede someterlos a cualquier técnica criptoanalítica que aparezca en *Criptonomicón.*

Comienza a teclear algunas líneas en un lenguaje llamado Perl. Perl es un lenguaje de *script;* útil para controlar las funciones del ordenador y automatizar tareas repetitivas. Una máquina UNIX como ésa contiene un sistema de archivos con decenas de miles de archivos diferentes, en su mayoría en formato ASCII puro. Hay muchos programas diferentes para abrir esos archivos, mostrarlos en la pantalla y editarlos. Randy tiene la intención de escribir un script Perl que recorra el sistema de archivo buscando archivos al azar, abriéndolos en ventanas de posición y tamaño aleatorios, recorriéndolos durante un rato, y que los vuelva a cerrar. Si el *script* se ejecuta con la velocidad suficiente, las ventanas se abrirán por todas partes en una especie de fuegos artificiales rectangularizados que se ejecutarán por siempre. Si el *script* se usa como fondo de pantalla, en lugar de añil continuo, eso sucederá debajo de la pantalla en la que trabaje Randy. La gente que vigile su trabajo se volverá loca intentando seguir toda esa actividad. Especialmente si Randy escribe un *script* que haga que la ventana real cambie de forma y posición al azar cada pocos segundos.

Sería realmente estúpido abrir los mensajes Aretusa en una ventana, no va a hacer tal cosa. Pero puede emplear esta técnica para ocultar cualquier otra cosa que esté haciendo para descifrarlos. Pero se le ocurre, cuando lleva escritas algunas líneas en Perl, que si usa un truco como ése tan pronto, la gente que le vigila sabrá inmediatamente que él sabe lo que pasa. Y quizá sea mejor dejarles creer, por un rato, que no sospecha nada. Por tanto, salva el *script* Perl y deja de trabajar por el momento. Si escribe a ráfagas cortas, abriéndolo una o dos veces al día para teclear una líneas y luego cerrándolo, es poco probable que los vigilantes se den cuenta de lo que trama, incluso si son hackers. Para joder más, modifica las opciones de X Windows de forma que ninguna de las ventanas de la pantalla tenga barra de título. De esa forma, los vigilantes no podrán saber en qué archivos está trabajando en un momento dado, lo que les hará mucho más difícil conectar

una larga serie de observaciones para formar una imagen coherente del *script* Perl.

Además, abre el viejo mensaje de root@eruditorum.org donde venía la transformación Pontifex, expresada como unas pocas líneas de código Perl. Los pasos que parecían tan torpes ejecutados por un ordenador parecen simples —incluso fáciles— ahora que los ve como manipulaciones sobre un mazo de cartas.

—Randy.

—¿Hum? —Randy aparta la vista de la pantalla y se sorprende al darse cuenta de que está en una celda de Filipinas.

—La cena está servida.

Se trata de Enoch Root, que le mira a través de los barrotes. Señala el suelo de la celda de Randy donde han deslizado una nueva bandeja de comida.

—En realidad, la sirvieron hace una hora... quizá desees tomarla antes de que vengan las ratas.

—Gracias —dice Randy.

Después de asegurarse de que todas las ventanas de la pantalla están cerradas, se acerca y levanta la cena de entre las salpicaduras de cagarrutas de rata del suelo. Es arroz y lechón, un plato sencillo y tradicional de cerdo. Enoch Root terminó de comer hace mucho tiempo; está sentado en su cama, cerca de Randy, y juega un inusual solitario, deteniéndose ocasionalmente para marcar una letra. Randy observa la manipulación del mazo con todo cuidado, cada vez más seguro de que se trata del mismo conjunto de manipulación sobre el que acaba de leer en el mensaje de correo.

—¿Por qué te han encerrado? —pregunta Randy.

Enoch Root termina de contar, mira un 7 de picas, cierra los ojos durante un momento y marca una W en la servilleta. Luego dice:

—Conducta desordenada. Entrada ilegal. Incitación a la rebelión. Probablemente soy culpable de los dos primeros cargos.

—Cuéntame.

—Cuéntame tú primero.

—En el aeropuerto encontraron heroína en mi bolsa. Se me acusa de ser el traficante de drogas más estúpido del mundo.

—¿Alguien está enfadado contigo?

—Eso sería una historia todavía más larga —dice Randy—, pero creo que has pillado la idea.

—Bien, en mi caso, la cosa es así. He estado trabajando en un hospital de misión en las montañas.

—¿Eres un sacerdote?

—Ya no. Soy un trabajador seglar.

—¿Dónde está tu hospital?

—Al sur de aquí. En los boondocks —dice Enoch Root—. Allí la gente cultiva piña, café, cocos, plátanos y algunas otras cosechas. Pero su tierra está siendo destrozada por los cazadores de tesoros.

Es curioso que de pronto Enoch Root haya llegado al tema de los tesoros enterrados. Y sin embargo no ha dicho nada. Randy supone que su intención es parecer estúpido. Decide arriesgarse:

—¿Se supone que allá abajo hay algún tesoro?

—Los viejos dicen que muchos camiones nipones subieron por esa carretera durante las semanas anteriores al regreso de MacArthur. Más allá de cierto punto no era posible saber adonde iban, porque la carretera estaba bloqueada, y habían creado campos de minas para ahuyentar a los curiosos.

—O matarlos —dice Randy.

Enoch gana velocidad.

—La carretera llega hasta una vasta zona en la que hipotéticamente se escondió oro. Cientos de millas cuadradas. En su mayoría jungla. Muy difícil de topografiar. Muchos volcanes, algunos extinguidos, algunos que vomitan barro de vez en cuando. Pero hay zonas lo suficientemente planas para cultivos tropicales, y en esos lugares la gente se ha establecido desde la guerra, y ha creado los rudimentos de una economía.

—¿Quién es el dueño de la tierra?

—Has llegado ha conocer bien a los filipinos —dice Enoch Root—. Vas directamente a la pregunta central.

—Por aquí, preguntar quién es el dueño de la tierra es como quejarse del tiempo en el Medio Oeste —comenta Randy. Enoch Root asiente.

—Podría pasar mucho tiempo respondiendo a tu pregunta. La respuesta es que las propiedades cambiaron después de la guerra, y luego de nuevo

bajo Marcos, y una vez más en los últimos años. Así que tenemos varias épocas, si te gusta más. Primera época: antes de la guerra. La tierra era propiedad de ciertas familias.

—Claro.

—Claro. Segunda época: la guerra. Los nipones sellan una vasta zona. Algunas de las familias que poseían la tierra prosperaron bajo la ocupación. Otras se arruinaron. Tercera época: después de la guerra. Las familias arruinadas se fueron. Las prósperas expandieron sus posesiones. Al igual que la Iglesia y el gobierno.

—¿Por qué?

—El gobierno convirtió parte de la tierra, la jungla, en un parque nacional. Y después de las erupciones, la Iglesia estableció la misión en la que trabajo.

—¿Erupciones?

—A principios de los años cincuenta, para que las cosas se pusiesen interesantes, ya sabes que en Filipinas las cosas nunca son lo suficientemente interesantes, los volcanes actuaron. Algunos lahars recorrieron la zona, borraron algunos poblados, cambiaron el curso de algunos ríos, desplazaron a mucha gente. La Iglesia estableció el hospital para ayudar a esa gente.

—Un hospital no ocupa demasiado terreno —observa Randy.

—También tenemos granjas. Estamos intentando ayudar a los locales a depender más de sí mismos. —Enoch Root actúa como si básicamente no desease hablar de ese asunto—. En cualquier caso, las cosas se fijaron en una estructura que perduró más o menos hasta la era de Marcos, cuando a varias personas se les obligó a vender sus tierras a Ferdinand, Imelda y a varios de sus primos, sobrinos, viejos y lameculos.

—Buscaban oro nipón de la guerra.

—Algunos habitantes de la zona han convertido en un negocio el pretender saber dónde está el oro —dice Enoch Root—. Una vez que comprendieron lo lucrativo que podía ser, la táctica se extendió como un virus. Todos afirman tener recuerdos vagos de la guerra, o los relatos de papá o el abuelo. Los buscadores de tesoros de la era Marcos no mostraron el escepticismo cauteloso que podría esperarse de personas con intelectos

más ágiles. Se cavaron muchos agujeros. No se encontró oro. Las cosas se calmaron. Luego, en los últimos años, llegaron los chinos.

—Filipinos de ascendencia china, o...

—Chinos de ascendencia china —dice Enoch Root—. Chinos del norte. Robustos, a los que les gusta la comida picante. No los gráciles hablantes de cantonés que comen pescado.

—¿De dónde vienen... Shanghai?

Root asiente.

—Su compañía es una de esas monstruosidades postmaoístas. Dirigida por un verdadero veterano de la Larga Marcha. Astuto superviviente de muchas purgas. El nombre es Wing. El señor Wing, o general Wing como le gusta que le llamen cuando se siente nostálgico manejó con destreza la transición al capitalismo. Construyó proyectos hidroeléctricos usando esclavos durante el Gran Salto Adelante, usándolos como baza para conseguir el control de un importante ministerio gubernamental que ahora se ha convertido en una especie de corporación. El señor Wing tiene la capacidad de cortar la electricidad de cualquier hogar, fábrica o incluso base militar de China, y según los estándares chinos, eso le convierte en un hombre de estado muy distinguido.

—¿Qué quiere el señor Wing aquí?

—Tierra. Tierra. Más tierra.

—¿Qué tipo de tierra?

—Tierra en la jungla. Aunque suene extraño.

—Quizá desee construir un proyecto hidroeléctrico.

—Sí, y quizá tú seas un traficante de heroína. Por cierto, Randy, no pienses que soy descortés al comentarlo, pero tienes salsa en la barba. —Enoch Root pasa una mano por entre los barrotes sosteniendo una servilleta de papel. Randy la coge y, al llevársela a la cara, nota que tiene letras escritas: OSKJJJGTMW. Randy finge quitarse salsa de la barba.

—Vaya, sí que la he hecho buena —dice Enoch Root—. Te he dado todo mi suministro de papel higiénico.

—El hombre no tiene mayor amor —dice Randy—. Y veo que también me has dado tu otro mazo de cartas... eres tan generoso.

—Para nada... pensé que quizá te gustaría jugar un solitario, como acabo de hacer yo.

—Eso haré —dice Randy, poniendo la bandeja a un lado y cogiendo el mazo.

La carta en lo alto es un 8 de picas. Pasando ésa y algunas más, encuentra un comodín con pequeñas estrellas en las esquinas; según pistas que le ha dado Enoch, ése es el comodín A. Lo pasa bajo la carta siguiente, que resulta ser la jota de tréboles. Como dos tercios hacia abajo encuentra un comodín con una gran estrella, así que ése es el comodín B; lo pasa dos cartas más abajo, bajo el 6 de tréboles y el 9 de diamantes. Cuadrando el mazo y luego repasándolo una vez más, mete varios dedos cuando se encuentra de nuevo esas sotas, y acaba con una buena mitad del mazo —toda la sección intercomodín, además de los dos comodines— atrapada entre el índice y el corazón. Los más delgados por encima y por debajo los saca y los intercambia entre sí. Enoch observa toda la operación y parece aprobarla.

Ahora Randy mira la carta que está más abajo y resulta ser una jota de tréboles. Pensándoselo mejor, la saca por completo y la deja por el momento sobre sus rodillas, para no confundirse con lo que viene ahora. Según los símbolos mnemotécnicos que ha marcado en las uñas, el valor numérico de la sota de tréboles es simplemente once. Por tanto, empezando desde lo alto del mazo, cuenta hasta la carta oncena, corta el mazo por debajo, luego intercambia las dos mitades y finalmente coge la sota de tréboles de las rodillas y la vuelve a colocar en lo más bajo del mazo.

Ahora resulta que la carta en la parte alta del mazo es un comodín.

—¿Cuál es el valor numérico de un comodín? —pregunta, y Enoch Root dice:

—Es cincuenta y tres, para cualquiera de ellos.

Así que en esta ocasión Randy lo tiene fácil; sabe que si empieza a contar desde la parte de arriba del mazo, cuando llegue a la carta cincuenta y tres estará mirando la última carta. Y resulta que esa carta es la sota de tréboles con un valor de once. Por tanto, once es el primer número en la secuencia de clave.

Bien, la primera letra del texto cifrado que Enoch Root escribió en la servilleta es O, y (dejando el mazo por un momento para poder contar con

los dedos) O es la letra décimo quinta. Si le resta once, obtiene cuatro, y no tiene que contar con los dedos para saber que esa letra es D. Ya ha descifrado una letra.

Randy comenta:

—Todavía no hemos llegado a tu arresto.

—¡Cierto! Bien, así es —dice Enoch Root—. El señor Wing ha estado cavando últimamente algunos agujeros por cuenta propia en la jungla. Y han estado pasando un montón de camiones. Destrozando las carreteras. Atropellando a los perros, que como ya sabes son una importante fuente de comida para esa gente. Atropellaron también a un niño y lleva en el hospital desde entonces. Los desechos de las operaciones del señor Wing han estado ensuciando el río del que mucha gente depende para obtener agua limpia. Y también está el detalle de la propiedad; algunos opinan que el señor Wing se está metiendo en tierras propiedad del gobierno. Lo que en un sentido muy atenuado implica que son propiedad de la gente.

—¿Tiene permisos?

—¡Ah! Una vez más se manifiesta tu conocimiento de la política local. Como sabes, el procedimiento normal es que los agentes locales hablen con las personas que cavan grandes agujeros en el suelo, o que se embarquen en cualquier actividad productiva o destructiva de cualquier tipo, y exigirles que obtengan un permiso, lo que simplemente significa que quieren un soborno o en caso contrario habrá problemas. La compañía del señor Wing no ha obtenido un permiso.

—¿Ha habido problemas?

—Sí. Pero el señor Wing ha forjado una relación muy fuerte con ciertos filipinos de ascendencia china que ocupan buenas posiciones en el gobierno, por lo que los problemas se han resuelto.

La segunda vez, lo de mover el comodín fue rápido ya que uno de ellos apareció en la parte de arriba. El rey de corazones acaba en la parte de abajo, y por tanto en la rodilla de Randy. El hijo de puta tiene un índice numérico de 39, por lo que Randy debe contar desde arriba del mazo hasta llegar a la carta en la posición trigésimo novena, que es el 10 de diamantes. Divide e intercambia el mazo, y luego vuelve a colocar el rey de corazones en la parte de abajo. La carta superior es ahora el 4 de diamantes, que se traduce a un índice de 17. Contando las diecisiete primeras cartas en la

mano se para y mira la dieciocho, que es el 4 de corazones. Eso da un valor de 26 + 4 = 30. Pero aquí todo es en módulo 26, así que añadir 26 fue una pérdida de tiempo, porque ahora tiene que volver a restarlo. El resultado es cuatro. La segunda letra en el texto cifrado de Enoch es S, que es la letra décimo novena del alfabeto, y restándole cuatro obtiene O. Así que el texto llano, hasta ahora, es «DO».

—Me hago una idea.

—Estaba seguro de que así sería, Randy.

Randy no sabe qué pensar del asunto Wing. Le recuerda una de las historias de Doug Shaftoe. Quizá Wing esté buscando el Primario, y quizá también Enoch Root, y quizás el Primario era lo que el viejo Comstock intentaba encontrar descifrando los mensajes Aretusa. En otras palabras, quizá la ubicación del Primario esté contenida ahora mismo en el disco duro de Randy, y a Root le preocupa que Randy, como un idiota, vaya a entregarla al mundo.

¿Cómo se las arregló para que le metiesen en la celda contigua a la suya? Presumiblemente las líneas de comunicación interna de la Iglesia son de primera categoría. Root podría saber desde hace días que Randy estaba en la trena. Tiempo suficiente para poner en marcha un plan.

—Entonces, ¿cómo acabaste aquí? —pregunta Randy.

—Decidimos causar problemas nosotros mismos.

—¿Nosotros es la Iglesia?

—¿A qué te refieres con la Iglesia? Si me preguntas si el Pontifex Maximus y el Colegio de Cardenales se pusieron sus sombreros bifurcados y puntiagudos y se reunieron en Roma para decidir cuáles iban a ser los problemas, la respuesta es no. Si por la «Iglesia» te refieres a la comunidad local en mi vecindad, de los que casi todos resultan ser devotos católicos, entonces sí.

—Así que la comunidad protestó, o algo así, y tú eras el líder.

—Yo era un ejemplo.

—¿Un ejemplo?

—No es frecuente que a esa gente se le ocurra desafiar a los poderes fácticos. Cuando alguien lo hace, siempre les resulta increíblemente novedoso, y les resulta muy entretenido. Ése era mi papel. Ya llevaba tiempo quejándome del señor Wing.

Randy casi puede adivinar cuáles van a ser las siguientes dos letras, pero tiene que seguir el algoritmo o el mazo se descontrolará. Genera un 23 y luego un 47 que, módulo 26, es 21, y sustrayendo el 23 y el 21 de las dos letras del texto cifrado, K y J (una vez más, módulo 26), obtiene N y O como esperaba. Así que ya tiene descifrado «DONO». Y siguiendo con el proceso, una letra cada vez, las cartas ya se están poniendo un poco sudadas, con el tiempo obtiene DONOTUSEP y finalmente se confunde al intentar generar la última letra de la cadena de cifras. Así que ahora el mazo está mal y es completamente irrecuperable, lo que le recuerda que tendrá que ser más cuidadoso la próxima vez. Pero supone que el mensaje debe ser: NO USES EL PC. A Enoch le preocupa que Randy no pensase en el *phreaking* Van Eck.

—Bien. Hubo una protesta. ¿Bloqueasteis una carretera o algo así?

—Bloqueamos carreteras, nos tendimos frente a los bulldozers. Algunas personas pincharon algunas ruedas. Los lugareños dieron buen uso a su ingenio, y las cosas se salieron un poco de madre. Los queridos amigos del señor Wing en el gobierno se ofendieron y enviaron al ejército. Arrestaron a diecisiete personas. Como medida punitiva, se establecieron para ellas fianzas exorbitantemente altas... Si esas personas no pueden salir de la cárcel, no pueden ganar dinero y sus familias sufren terriblemente. Yo podría haber salido bajo fianza si hubiese querido, pero decidí permanecer entre rejas como gesto de solidaridad.

A Randy le suena como una tapadera bastante plausible.

—Pero doy por supuesto que a muchos miembros del gobierno les resulta horrible que hayan metido a un santo en la cárcel —dice—, así que te han trasladado aquí, a una cárcel prestigiosa y lujosa con celdas privadas.

—Una vez más, se manifiestan tus conocimientos de la cultura local —dice Enoch Root. Cambia de posición sobre la cama y el crucifijo se agita pesado de un lado a otro. También lleva un medallón alrededor del cuello con algo sobrecogedor escrito.

—¿Es un símbolo ocultista? —pregunta Randy, entrecerrando los ojos.

—¿Perdona?

—Puedo distinguir la palabra «oculto» en tu medallón.

—Dice *ignoti et quasi occulti*, lo que significa «desconocido y parcialmente oculto» o algo similar —dice Enoch Root—. Es el lema de

una sociedad a la que pertenezco. Debes saber que la palabra «oculto» no tiene intrínsecamente nada que ver con los rituales satánicos, beber sangre y todo eso. Es...

—Estudié astronomía —dice Randy—. Así que aprendí algo sobre la ocultación, cuando un cuerpo queda tras otro, como en un eclipse.

—Oh. Bien, entonces, me callo.

—De hecho, sé más de lo que podrías pensar sobre la ocultación —dice Randy. Podría parecer que habla de un tema sin importancia, excepto que mira a Enoch Root a los ojos mientras lo dice y luego de refilón al ordenador. Root lo procesa durante un momento y asiente.

—¿Quién es la dama de en medio? ¿La Virgen María? —pregunta Randy.

Root agarra el medallón sin mirarlo y dice:

—Una suposición razonable. Pero errónea. Es Atenea.

—¿La diosa griega?

—Sí.

—¿Cómo cuadra eso con el cristianismo?

—Cuando te llamé hace unos días, ¿cómo sabías que era yo?

—No lo sé. Simplemente te reconocí.

—¿Me reconociste? ¿Qué quieres decir? No reconociste mi voz.

—¿Se trata de un rodeo para responder a mi pregunta sobre Atenea vs. Cristianismo?

—¿No te parece asombroso que puedas mirar una serie de caracteres en la pantalla de un ordenador, un correo electrónico de alguien a quien no has visto nunca, y luego «reconocer» a esa persona al teléfono? ¿Cómo se hace, Randy?

—No tengo ni la más remota idea. El cerebro puede hacer cosas.»

—Algunos se quejan de que el correo electrónico es impersonal... que tu contacto conmigo, durante la fase por correo de nuestra relación, estuvo mediatizado por cables y pantallas. Algunos dirían que no es tan buen medio como charlar cara a cara. Y sin embargo, nuestra visión de las cosas siempre está mediatizada por las córneas, retinas, nervios ópticos y cierta maquinaria neurológica que toma la información de nuestros nervios ópticos y la propaga a nuestra mente. Por tanto, ¿es inferior mirar palabras

en una pantalla? Yo creo que no; al menos en ese caso eres consciente de la distorsión. Mientras que, cuando ves a alguien con tus propios ojos, te olvidas de la distorsión y te imaginas que tienes una experiencia pura e inmediata.

—Por tanto, ¿cuál es tu explicación de mi reconocimiento?

—Argumentaría que en tu mente había algún patrón de actividad neurológica que no estaba allí antes de que intercambiásemos correo. La Representación Root. No soy yo. Yo soy este enorme montón de carbono, oxígeno y otras cosas sentado en este catre junto a ti. En contraste, la Representación Root es lo que llevarás en tu mente durante el resto de tu vida, a menos que se produzca algún daño neurológico importante, lo que tu mente emplea para representarme. En otras palabras, cuando piensas en mí, no piensas en mí como este montón de carbono, estás pensando en la Representación Root. Es más, puede que algún día te suelten y te encuentres con alguien que te diga: «Sabes, una vez estuve en Filipinas, vagando por los boondocks, y me encontré con un vejestorio que no dejaba de hablar sobre Representaciones Root.» E intercambiando notas (como si dijéramos) con ese tipo podrás establecer más allá de toda duda razonable que la Representación Root en tu cerebro y la Representación Root en el de él fueron generadas por el mismo montón de carbono, oxígeno y demás: yo.

—¿Y tiene esto, pregunto otra vez, alguna relación con Atenea?

—Si piensas en los dioses griegos como seres sobrenaturales reales que vivían en el monte Olimpo, no. Pero si los consideras como la misma clase de entidades que la Representación Root, es decir, un patrón de actividad neurológica que la mente emplea para representar cosas que ve, o cree ver, en el mundo exterior, entonces sí. De pronto, los dioses griegos pueden ser tan interesantes e importantes como la gente real. ¿Por qué? Porque, de la misma forma que algún día puede que encuentres a otra persona con su propia Representación Root, si mantuvieses una conversación con una persona de la Grecia clásica, y él empezase a hablar de Zeus, tú podrías, una vez que te hubieses sobrepuesto a tu sensación inicial de superioridad, descubrir que tienes algunas representaciones mentales en tu cabeza que, aunque no las llamabas Zeus ni las representabas como enormes y peludos hijos de Titán que se dedicaban a lanzar rayos, sin embargo han sido generadas como resultado de las interacciones con entidades del mundo

exterior que son las mismas que hicieron que la Representación Zeus apareciese en la mente griega. Y aquí podríamos hablar durante un rato de la Caverna de Platón, el robot de cocina de las metáforas, ¡corta!, ¡pica!

—En la que —dice Randy— las verdaderas entidades del mundo real son las cosas reales y tridimensionales que proyectan las sombras el griego ese y yo somos los desdichados encadenados que miramos las sombras de esas cosas sobre las paredes, y se da la circunstancia que la forma de la pared que yo tengo delante es diferente de la forma de la pared frente al griego...

—... de tal suerte que una sombra proyectada sobre tu pared adoptará una forma diferente a la misma sombra proyectada sobre su pared, donde las diferentes formas de las paredes son digamos la visión científica moderna frente a la antigua visión pagana.

—Sí. Ésa es la metáfora de la Caverna de Platón.

En ese mismo instante, un guardia chistoso, en el pasillo, le da a un interruptor y apaga todas las luces. Ahora, la única luz viene del salvapantallas del ordenador de Randy, que está ejecutando la animación de unas galaxias en colisión.

—Creo que podemos estipular que la pared frente a ti, Randy, es considerablemente más plana y lisa, es decir, por lo general ofrece una sombra mucho más precisa que su pared, y sin embargo está claro que él sigue siendo capaz de ver las mismas sombras y probablemente extraer conclusiones sobre la forma de los objetos que las proyectan.

—Vale. Así que la Atenea a la que honras en tu medallón no es un ser sobrenatural...

—... que vive en una montaña de Grecia, etcétera, sino más bien cualquier entidad, patrón, tendencia o lo que sea que, cuando la percibían los antiguos habitantes de Grecia, y era filtrada por su maquinaria perceptiva y su visión pagana, producía la representación mental interna que ellos denominaban Atenea. La distinción es muy importante porque Atenea-la-tía-sobrenatural-con-el-casco evidentemente no existe, pero «Atenea» la generadora-externa-de-la-representación-interna-que-los-antiguos-griegos-llamaban-Atenea debe haber existido entonces, o la representación interna no se hubiese producido jamás, y si existía en esa época, entonces es muy probable que exista ahora, y si eso es así, cualquier

idea que los antiguos griegos (quienes aunque en muchos aspectos eran unos gilipollas, eran personas terriblemente inteligentes) tuviesen sobre ella probablemente siga siendo válida.

—Vale, pero ¿por qué Atenea y no Deméter o alguien así?

—Bien, es una perogrullada que no puedes comprender a una persona sin conocer algo sobre su pasado familiar, así que tendremos que repasar con rapidez la teogonia griega. Empezamos con Caos, que es donde comienzan todas las teogonias, y al que me gusta considerar como un mar de ruido blanco: estática de banda ancha totalmente aleatoria. Y por alguna razón que en realidad no comprendemos, en él comienzan a formarse ciertas polaridades: Día, Noche, Oscuridad, Luz, Tierra, Mar. Personalmente, me gusta considerarlas cristales; no en el sentido *hippy* de California, sino en el sentido técnico de resonadores, que reciben ciertos canales enterrados en la estática del Caos. En algún momento, de entre algún emparejamiento incestuoso entre esas entidades, aparecen los Titanes. Y posiblemente sea interesante comentar que los Titanes ofrecen el juego completo de dioses básicos; tienes al dios del sol, Hiperión, y el dios del océano, Océano, y demás. Pero son derrotados en una lucha de poder llamada la Titanomaquia y son reemplazados por nuevos dioses como Apolo y Poseidón, que, digamos, acaban ocupando los mismos puestos en el organigrama. Lo que posiblemente resulta interesante porque parece conectarlo con lo que estaba diciendo sobre las mismas entidades o patrones persistiendo en el tiempo, pero proyectando sombras de formas ligeramente diferentes para diferentes personas. En cualquier caso, ahora tenemos a los dioses del Olimpo como los conocemos habitualmente: Zeus, Hera y demás.

»Un par de comentarios básicos: primero, todos ellos, excepto en un caso al que llegaré pronto, fueron el producto de algún emparejamiento sexual, ya fuese entre Titán y Titanesa, entre Dios y Diosa, entre Dios y Ninfa, entre Dios y Mujer o básicamente Zeus y lo que, o a quien, Zeus se estuviese follando ese día. Lo que me lleva al siguiente comentario: los dioses del Olimpo son la familia más sórdida y disfuncional que imaginarse pueda. Y sin embargo hay algo en la variopinta asimetría de ese panteón que lo hace más creíble. Como la Tabla Periódica de los Elementos o el árbol familiar de las partículas elementales o, simplemente, la estructura

anatómica que puedes sacar de un cadáver, se parece lo suficiente a un patrón como para que nuestra mente pueda apreciarlo, pero también tiene irregularidades que indican algún tipo de origen orgánico: por ejemplo, tienes un dios del sol y una diosa de la luna, lo que es claro y simétrico, pero allá también tienes a Hera, que no tiene ningún papel excepto ser una zorra de diosa, y luego Dionisos que ni siquiera es un dios del todo, es medio humano, pero que consigue meterse en el Panteón y sentarse en el Olimpo con los dioses, como si fueses al Tribunal Supremo y te encontrases a Bozo el payaso entre los jueces.

»A donde quiero llegar es que Atenea era excepcional en todos los aspectos. Para empezar, no fue creada por medio de la reproducción sexual en el sentido normal; surgió totalmente formada de la cabeza de Zeus. Según algunas versiones de la historia, tal cosa sucedió después de que Zeus se tirase a Metis, de la que hablaremos más en su momento. Luego le advirtieron de que Metis daría a luz un hijo que le destronaría, así que se la comió, y luego Atenea le salió de la cabeza. Aceptes o no la historia de Metis, creo que aceptarás que hay algo raro en la natividad de Atenea. También era excepcional en que no participaba en la miseria moral del Olimpo; era una virgen.

—¡Ajá! Sabía que en el medallón había la imagen de una virgen.

—Sí, Randy, tienes buen ojo para las vírgenes. Hefesto la folló en una pierna una vez pero no consiguió la penetración. Atenea es muy importante en la *Odisea*, pero hay muy pocos mitos, en el sentido normal del término, en los que aparezca. La única excepción demuestra la regla: la historia de Aracne. Aracne era una excelente tejedora que se volvió arrogante y empezó a atribuirse todo el crédito, en lugar de atribuir su talento a los dioses. Aracne llegó al extremo de desafiar abiertamente a Atenea, que entre otras cosas era la diosa de los tejidos.

»Ahora bien, ten en mente que el mito griego típico tiene más o menos esta estructura: un joven pastor inocente se está ocupando de sus propios asuntos, un dios que pasa volando por allí le ve y tiene una erección, cae sobre él y lo viola; mientras la víctima todavía no ha conseguido recuperarse y vaga por ahí confuso, la mujer del dios o su amante, llena de furia vengadora, lo convierte, a la pobre víctima inocente, digamos que en una tortuga inmortal y, por ejemplo, lo grapa a una lámina de chapa con un

plato de comida para tortuga fuera de su alcance y le deja bajo el sol para que lo devore repetidamente un ejército de hormigas y le piquen los avispones, o cosa similar. Así que si Aracne hubiese despreciado a cualquier otro en el Panteón, sería un agujero humeante en el suelo antes de que se diese cuenta de lo que se le había caído encima.

»Pero en este caso, Atenea se le apareció con la forma de una anciana y le recomendó que mostrase la debida humildad. Aracne declinó el consejo. Finalmente, Atenea se reveló como quien era y la desafió a una competición, lo que hay que admitir fue bastante justo por su parte. Y lo interesante es que el resultado de la competición fue un empate; ¡Aracne era efectivamente tan buena como Atenea! El único problema era que su tapiz mostraba a los dioses del Olimpo en sus peores momentos de violar pastores y folleteo entre especies. El tapiz era simplemente una ilustración literal y exacta de todos los otros mitos, lo que convierte a este mito en una especie de metamito. Atenea aprovechó el pretexto y golpeó a Aracne con la rueca, lo que podría parecer exagerado hasta que consideras que durante la lucha contra los gigantes, ¡derrotó a Encélado tirándole Sicilia encima! El único efecto fue hacer que Aracne reconociese su propia hubris, de la que se sintió tan avergonzada que se colgó. Posteriormente, Atenea le devolvió la vida en forma de araña.

»En cualquier caso, probablemente aprendiste en la escuela elemental que Atenea lleva un casco, carga con un escudo llamado Aegis y es la diosa de la guerra y la sabiduría, así como de los oficios... como el ya mencionado de tejedor. ¡Una combinación algo extraña, como mínimo! Especialmente porque se suponía que Ares era el dios de la guerra y Hestia la diosa de la economía doméstica... ¿A qué venía la redundancia? Pero mucho se pierde en la traducción. El tipo de sabiduría que asociamos con vejetes como tu seguro servidor, y que intento transmitirte, Randy Waterhouse, los griegos la llamaban *dike*. ¡De ésa no era diosa Atenea! Ella era la diosa de *metis*, que significa ingenio y artes manuales, y que recordarás era el nombre de su madre en una versión de la historia. Curiosamente, Metis (el personaje, no el atributo) fue quien dio al joven Zeus la poción que hizo que Cronos vomitase a todos los bebés dioses que se había tragado, dejando servida la situación para toda la Titanomaquia.

Así que ahora se hace evidente la conexión con la habilidad; las artes manuales no son más que la aplicación práctica de la *metis.*

—Yo asocio la expresión «arte manual» con fabricar cinturones mierdosos y ceniceros durante un campamento de verano —dice Randy—. Es decir, ¿quién querría ser la jodida diosa del macramé?

—El problema es una mala traducción. La palabra que usamos hoy, en referencia al mismo concepto, es en realidad tecnología.

—Vale. Ahora estamos llegando a alguna parte.

—Por lo cual, en lugar de llamar a Atenea la diosa de la guerra, la sabiduría y el macramé, deberíamos decir guerra y tecnología. Y aquí de nuevo tenemos el problema de la superposición con la jurisdicción de Ares, que se supone es el dios de la guerra. Y simplemente digamos que Ares es un completo gilipollas. Sus asistentes personales son Temor y Terror y en ocasiones Conflicto. Está constantemente en lucha con Atenea aunque, o quizá porque, son nominalmente el dios y la diosa de lo mismo: la guerra. Heracles, uno de los protegidos humanos de Atenea, hiere físicamente a Ares en dos ocasiones, ¡e incluso en un momento le quita sus armas! Comprenderás que el aspecto más fascinante de Ares es que es un incompetente total. Un par de gigantes le encadenaron y lo aprisionaron en un recipiente de bronce durante trece meses. Durante la *Ilíada*, uno de los compañeros de borrachera de Odiseo le hiere. En cierto momento, Atenea le golpea con una roca. Cuando no se está portando como un idiota en medio de la batalla, se está follando a todas las mujeres humanas a las que puede echar el guante, y, ésta es buena, sus hijos son todos lo que hoy llamaríamos asesinos en serie. Y por lo tanto me resulta claro que Ares realmente era el dios de la guerra, como personas que se pasaban guerreando todo el día percibirían tal entidad, y que además tenían una idea realmente clara de lo estúpida y brutal que era la guerra.

«Atenea es famosa por ser la partidaria de Odiseo, quien, no lo olvidemos, es el tipo al que se le ocurre la idea del caballo de Troya. Atenea guía tanto a Odiseo como a Heracles por sus aventuras, y aunque los dos son excelentes luchadores, ganan la mayor parte de sus batallas por medio de la astucia o (menos peyorativo) *metis.* Y aunque los dos se ven implicados con facilidad en actividades violentas (a Odiseo le gusta definirse como "saqueador de ciudades") está claro que se les tiene en

oposición al tipo de violencia idiota y salvaje que se asocia con Ares y sus retoños; el mismo Heracles en persona libera al mundo de algunos de los hijos psicópatas de Ares. Es decir, los registros no están del todo claros, no es como si pudieses ir al Juzgado del Condado de Tebas y pedir los certificados de defunción de esos tipos, pero parece que Heracles, apoyado por Atenea en todo momento, asesinó personalmente al menos a la mitad de los retoños Hannibal Lecter de Ares. »Por tanto, en la medida en que Atenea es la diosa de la guerra, ¿qué queremos decir con eso? Ten en cuenta que su arma más famosa no es su espada, sino su escudo Aegis, y Aegis lleva una cabeza de Gorgona, así que cualquiera que la ataque corre el peligro de transformarse en piedra. Siempre se la describe como tranquila y majestuosa, dos adjetivos que nadie jamás aplicó a Ares.

—No sé, Enoch. ¿Quizá guerra defensiva en oposición a guerra ofensiva?

—La distinción está sobrevalorada. ¿Recuerdas que te conté que Hefesto le folló una pierna a Atenea?

—Generó en mi cabeza una representación mental muy clara.

—¡Como debería hacerlo un mito! Atenea/Hefesto es una especie de pareja interesante en cuanto los dos son dioses de la tecnología. Metal, metalurgia y fuego eran sus especialidades... actividades del Cinturón Industrial chapado a la antigua. Por tanto, ¡no es de extrañar que Atenea le pusiese cachondo! Después de eyacular en el muslo de Atenea, ella se pone a chillar, se limpia y tira el trapo al suelo, donde de alguna forma se combina con la tierra para generar a Erictonio. ¿Sabes quién es Erictonio?

—No.

—Uno de los primeros reyes de Atenas. ¿Sabes por qué era famoso?

—Dímelo.

—Inventó el carro de guerra... e introdujo el uso de la plata como moneda.

—¡Oh, Dios! —Randy se agarra la cabeza entre las manos y gime, sólo durante un ratito.

—Bien, en otras muchas mitologías puedes encontrarte con dioses que tienen paralelos con Atenea. Los sumerios tenían a Enki, los nórdicos a Loki. Loki era el dios inventor, pero psicológicamente tenía más en común con Ares; no sólo era el dios de la tecnología sino también el dios del mal,

lo más cercano que tenían al Diablo. Los nativos norteamericanos tenían en su mitología a los burlones, criaturas llenas de astucia, como Coyote y Cuervo, pero todavía no tenían tecnología, y por lo tanto no habían combinado el Burlón con las Habilidades para generar ese dios híbrido de la Tecnología.

—Vale —dice Randy—, así que obviamente a donde quieres llegar es que hay algún patrón universal de acontecimientos que cuando se filtra a través del sistema sensorial y equipamiento neurológico de gente primitiva y supersticiosa, siempre genera las representaciones internas mentales que identificaban con dioses, héroes, etc.

—Sí. Y se las puede reconocer entre culturas, de la misma forma que dos personas con la Representación Root en la cabeza pueden «reconocerme» a mí simplemente comparando notas.

—Por tanto, Enoch, quieres que crea que esos dioses, que en realidad no son dioses, pero es una palabra buena y concisa, comparten todos ciertas cosas en común precisamente porque la realidad externa que los generó es consistente y universal entre culturas.

—Exacto. Y en el caso de los dioses burlones, el patrón consiste en que la gente ingeniosa tiende a obtener un poder que la gente no ingeniosa no consigue. Y a todas las culturas les fascina ese fenómeno. Algunas, como los nativos norteamericanos, lo admiran, pero nunca lo combinaron con el desarrollo tecnológico. Otros, como los nórdicos lo odian y lo identifican con el Diablo.

—De ahí la extraña relación de amor-odio que los norteamericanos mantienen con los hackers.

—Exacto.

—Los hackers siempre se quejan de que los periodistas siempre los pintan como los tipos malos. Pero tú crees que esa ambivalencia es más profunda.

—En algunas culturas. Los vikingos, juzgando por su mitología odiarían instintivamente a los hackers. Pero algo diferente sucedió con los griegos. A los griegos les gustaban los sabihondos. De ahí recibimos Atenea.

—Eso me lo creo... pero ¿de dónde sale lo de diosa de la guerra?

—Admitámoslo, Randy, todos conocemos a tipos como Ares. El patrón de comportamiento humano que produjo que la representación mental

interna conocida como Ares apareciese en las mentes de los antiguos griegos nos acompaña hoy, en la forma de terroristas, asesinos en serie, disturbios, pogromos y agresivos dictadores de hojalata que resultan ser militarmente incompetentes. Y sin embargo, a pesar de toda su estupidez e incompetencia, gente como ésa puede conquistar y controlar grandes regiones del mundo si no encuentran resistencia.

—Deberías conocer a mi amigo Avi.

—¿Quién va a luchar contra ellos, Randy?

—Me temo que vas a decir que nosotros.

—En ocasiones son otros adoradores de Ares, como cuando Irán e Irak entraron en guerra y a nadie le importaba quién iba a ganar. Pero si se quiere que los adoradores de Ares no acaben controlando el mundo alguien tiene que ejercer violencia contra ellos. No es muy agradable, pero es un hecho: la civilización requiere un Aegis. Y, al final, la única forma de luchar contra los cabrones hasta el final es por medio de la inteligencia. El ingenio. *Metis.*

—Ingenio táctico, como Odiseo y el caballo de Troya, o...

—Tanto eso como el ingenio tecnológico. De vez en cuando se produce una batalla que la gana una nueva tecnología; como los arcos largos en Crécy. Durante la mayor parte de la historia, esas batallas se producen una vez cada pocos siglos; tienes el carro de guerra, el arco compuesto, la pólvora, barcos acorazados, y demás. Pero algo sucede alrededor de, digamos, el momento en que el *Monitor,* que el Norte creía el único barco acorazado sobre el planeta, se encuentra con el *Mefrimack,* del que el Sur creía exactamente lo mismo, y se enzarzan en una batalla durante horas y horas. Es tan buen momento como cualquier otro para identificar cuándo se produce un despegue espectacular en tecnología militar; el codo de una curva exponencial. Al estamento militar básicamente conservador del mundo le lleva varías décadas comprender totalmente lo que ha sucedido, pero para cuando estamos en lo más terrible de la Segunda Guerra Mundial, todo el mundo que tenga la cabeza sobre los hombros acepta que la guerra la va a ganar quien tenga mejor tecnología. Así que sólo del lado alemán tenemos cohetes, aviones a reacción, gas nervioso, misiles guiados. Y de los aliados tenemos tres grandes esfuerzos que básicamente dieron empleo a todos los hackers, cerebrines y estudiosos de alto nivel: lo de romper

códigos, que como sabes dio lugar al ordenador digital; el proyecto Manhattan, que nos dio armas nucleares; y el Radiation Lab, que nos dio la industria moderna de la electrónica. ¿Sabes por qué ganamos la Segunda Guerra Mundial, Randy?

—Creo que acabas de decírmelo.

—¿Porque construimos mejores cosas que los alemanes?

—¿No es eso lo que acabas de decir?

—Pero, ¿por qué construimos mejores cosas que los alemanes, Randy?

—Supongo que no tengo competencia para contestar, Enoch, no he estudiado ese periodo en profundidad.

—Bien, la respuesta corta es que ganamos porque los alemanes adoraban a Ares y nosotros adorábamos a Atenea.

—¿Y debo suponer que tú, o tu organización, tuvo algo que ver con eso?

—¡Oh, vamos, Randy! No dejemos que esto degenere en una teoría de conspiraciones.

—Lo lamento. Simplemente estoy cansado.

—Yo también. Buenas noches.

Y entonces Enoch se echa a dormir. Así de fácil.

Randy no.

¡A *Criptonomicón!*

Randy está preparando un ataque contra un texto cifrado único: el más difícil. Tiene el texto cifrado (las interceptaciones Aretusa) y nada más. No conoce el algoritmo empleado para cifrarlas. En el criptoanálisis moderno, tal cosa es rara: normalmente los algoritmos son de conocimiento público. Eso se debe a que los algoritmos que se discuten públicamente y que han sido sometidos a ataques por parte de la comunidad académica tienden a ser más potentes que los que se mantienen en secreto. La gente que depende de que sus algoritmos se mantengan en secreto pierden toda la ventaja en cuanto se desvela el secreto. Pero Aretusa es de la Segunda Guerra Mundial, cuando la gente no era tan astuta con respecto a esas cosas.

Sería muchísimo más fácil si Randy conociese parte del texto llano que está codificado en los mensajes. Evidentemente, si conociese todo el texto

llano no tendría siquiera que descifrarlos; en ese caso, romper Aretusa no sería más que un ejercicio académico.

Hay un compromiso entre los extremos de, por una parte, no conocer nada del texto llano, y por la otra, conocerlo por completo. En el *Criptonomicón* caen bajo la denominación de ganchos. Un gancho es una suposición juiciosa sobre qué palabras o frases podrían estar presentes en el mensaje. Por ejemplo, si estuvieses descifrando mensajes alemanes de la Segunda Guerra Mundial, podrías suponer que el texto llano contendría frases como «HEIL HITLER» o «SIEG HEIL». Podría elegir al azar una secuencia de diez caracteres y decir: «Demos por supuesto que esto representa HEIL HITLER. Si tal es el caso, ¿qué podríamos deducir del resto del mensaje?»

Randy no espera encontrarse con ningún HEIL HITLER en los mensajes Aretusa, pero puede haber otras palabras fáciles de predecir. En su cabeza está preparando una lista de ganchos: MANILA, con toda seguridad. Quizá WATERHOUSE. Y, ahora que lo piensa, ORO y LINGOTE. Por tanto, en el caso de MANILA, podría escoger cualquier cadena de seis caracteres y decir: «¿Y si estos caracteres fuesen la forma cifrada de MANILA?», y trabajar a partir de ahí. Si estuviese trabajando con una interceptación de sólo seis caracteres, sólo habría un segmento de seis caracteres para elegir. Un mensaje de siete caracteres de largo le daría dos posibilidades: podrían ser los primeros seis caracteres o los seis últimos. El resultado es que para un mensaje interceptado de *n* caracteres de largo, el número de segmentos de seis caracteres es igual a (*n*-5). En el caso de un mensaje de 105 caracteres, tendría 100 posiciones diferentes posibles para la palabra MANILA. En realidad, 101: porque podría ser posible —incluso probable— que MANILA no esté ahí. Pero cada una de esas 100 suposiciones tiene su propio conjunto de ramificaciones con respecto a todos los demás caracteres en el mensaje. Cuáles son exactamente esas suposiciones depende de las suposiciones que Randy esté realizando con respecto al algoritmo subyacente.

Cuanto más lo piensa, más cree que tiene a qué agarrarse, gracias a Enoch, quien (en retrospectiva) le ha estado dando algunas pistas útiles cuando no le bombardeaba por entre los barrotes con análisis teogónicos. Enoch mencionó que cuando la NSA comenzó a atacar lo que luego

resultaron ser las interceptaciones falsas de Aretusa, lo hicieron asumiendo que estaba relacionado de alguna forma con otro criptosistema llamado Azur.

Y sí, Randy descubre en *Criptonomicón* que Azur era un sistema estrafalario usado por nipones y alemanes, y que empleaba un algoritmo matemático para generar una clave única cada día. La descripción es terriblemente vaga, pero permite a Randy desechar muchas opciones. Sabe, por ejemplo, que Aretusa no es un sistema de rotores como Enigma. Y sabe que si puede encontrar dos mensajes enviados el mismo día, probablemente usarán la misma clave.

¿Qué tipo de algoritmo matemático se usaba? Hay pistas en el contenido del baúl del abuelo. Recuerda la fotografía del abuelo con Turing y Van Hacklheber en Princeton, donde los tres evidentemente jugueteaban con funciones zeta. Y en el baúl había varias monografías sobre ese tema.

Y el *Criptonomicón* afirma que incluso hoy en día se emplean funciones zeta en criptografía, como generadores de secuencia, es decir, como máquinas para escupir números seudoaleatorios, exactamente como un cuaderno de uso único. Todo apunta a que Azur y Aretusa son hermanos y que ambos no son más que implementaciones de funciones zeta.

El gran obstáculo en esos momentos es que en su celda no hay tirado ningún libro de texto sobre funciones zeta. El contenido del baúl del abuelo sería un excelente recurso, pero en esos momentos anda almacenado en una habitación de la casa de Chester. Pero por otra parte, Chester es rico y quiere ayudar.

Randy llama al guardia y exige ver al letrado Alejandro. Enoch Root se pone rígido durante unos momentos, y luego vuelve a hundirse directamente en el sueño tranquilo y apacible de un hombre que se encuentra exactamente donde quiere estar.

*OceanofPDF.com*

# Esclavos

Antes de arder, la gente huele de muchas formas diferentes, pero sólo de una después del fuego. Mientras los chicos del ejército de tierra guían a Waterhouse por entre la oscuridad, olisquea con cautela, con la esperanza de no tener que oler ese hedor.

En general huele a petróleo, diesel, acero caliente, el olor fuerte azufrado de la goma quemada y la munición explotada. Esos olores son extraordinariamente intensos. Llena los pulmones del tufo, lo expulsa. Y es entonces, claro, cuando recibe un airecillo de barbacoa y sabe que esa isla cubierta de cemento es, entre otras cosas, un crematorio.

Sigue a los chicos del ejército de tierra por entre túneles manchados de negro que atraviesan una matriz abigarrada de cemento, albañilería y roca sólida. Primero estuvieron las cuevas, abiertas en la piedra por la lluvia y las olas, luego agrandadas y racionalizadas por los españoles con cinceles, martillos y pólvora. Luego llegaron los norteamericanos con ladrillos y finalmente los nipones con cemento reforzado.

Mientras se abren camino por entre el laberinto, pasan por unos túneles que aparentemente actuaron como sopletes: las paredes han quedado completamente limpias, como si un torrente las hubiese recorrido durante un millón de años, con charcos plateados en el suelo allí donde las armas y los archivadores se fundieron. El calor almacenado sigue radiando de las paredes, sumándose al calor del clima filipino, haciéndoles sudar aún *más, si* tal cosa es posible.

Otros pasillos, otras salas, no fueron más que remansos en el río de fuego. Mirando por las puertas, Waterhouse puede ver libros que quedaron

chamuscados pero no ardieron, papel ennegrecido saltando de archivadores reventados...

—Un momento —dice. Su escolta se gira en el momento *justo* para verle agacharse y atravesar una puerta baja para entrar en una habitación pequeña en la que algo le ha llamado la atención.

Es un armario pesado de madera, ahora en su mayoría transmutado en carbón vegetal, por lo que da la impresión de que el armario ha desaparecido pero su sombra persiste. Alguien ya ha arrancado una de las puertas de las bisagras, permitiendo que confeti negro cubriese el suelo. El armario estaba lleno de tiras de papel, en su mayoría ahora quemadas, pero metiendo la mano en el montón de cenizas (¡lentamente!, todo está todavía caliente), Waterhouse saca un fajo intacto.

—¿Qué clase de dinero es ése? —pregunta el tipo del ejército de tierra.

Waterhouse saca un billete de arriba. La parte alta lleva impresos caracteres japoneses y una imagen grabada de Tojo. Le da la vuelta. Por detrás dice en inglés: DIEZ LIBRAS.

—Moneda australiana —dice Waterhouse.

—A mí no me parece australiana —dice el tipo del ejército de tierra mirando con furia a Tojo.

—Si los nipos hubiesen ganado... —dice Waterhouse y se encoge de hombros. Lanza el montón de billetes de diez libras al montón de cenizas de historia y se lleva al pasillo el que ha cogido. Siguiendo el techo han colgado una guirnalda de bombillas. La luz se refleja en el suelo sobre lo que parecen charcos de mercurio: los restos de pistolas, hebillas de cinturón, archivadores de acero y pomos de puertas, fundidos en el holocausto y ya solidificados.

La letra pequeña del billete dice: BANCO DE LA RESERVA IMPERIAL, MANILA.

—¡Señor! ¿Está bien? —dice el tipo del ejército de tierra.

Waterhouse se da cuenta de que lleva un rato pensando.

—Sigamos —dice, y se mete el billete en el bolsillo.

Estaba pensando si estaría bien llevarse parte de ese dinero consigo. Está bien coger recuerdos, pero no saquear. Así que puede coger el dinero si no tiene valor, pero no si es dinero de verdad.

Ahora bien, alguien que no estuviese tan inclinado a considerarlo y meditarlo todo hasta la enésima potencia llegaría inmediatamente a la conclusión de que, después de todo, ese dinero no tiene el más mínimo valor porque los japoneses no ocuparon Australia y no lo harán jamás.

Por tanto, ese dinero no es más que un recuerdo, ¿no?

Probablemente. El dinero a todos los efectos carece de valor. Pero si Waterhouse encontrase un verdadero billete australiano de diez libras y leyese la letra pequeña, probablemente también llevaría el imprimátur de algún banco de la reserva.

Dos trozos de papel, cada uno afirmando valer diez libras, cada uno con aspecto oficial, cada uno portando el nombre de un banco. Uno de ellos un recuerdo sin valor y el otro moneda de curso legal para todas las deudas públicas y privadas. ¿Y eso?

Al final todo se reduce a que la gente confía en las promesas impresas en uno de esos trozos de papel pero no en las del otro. Creen que podrían llevar el verdadero billete australiano a un banco de Melbourne, ponerlo sobre el mostrador y recibir plata u oro —o al menos algo— a cambio.

La confianza da para mucho, pero en algún momento, si vas a mantener estable una moneda, debes demostrar su valor o callarte. En algún lugar debes tener un cargamento de oro. Más o menos cuando se producía la evacuación de Dunkerque, cuando los británicos aguardaban la invasión inminente de sus islas por parte de los alemanes, cogieron todas sus reservas de oro, las cargaron en algunos acorazados y barcos de pasaje y las enviaron al otro lado del Atlántico, a bancos en Toronto y Montreal. Eso les hubiese permitido mantener su moneda a flote incluso si los alemanes hubiesen conquistado Londres.

Pero los japoneses tienen que jugar con las mismas reglas que todos los demás. Oh, claro, puedes obtener la sumisión de los pueblos conquistados asustándolos, pero no va muy bien ponerle a alguien un cuchillo al cuello y decir: «Quiero que creas que este trozo de papel vale diez libras esterlinas.» Puede que diga que lo cree, pero no lo creerá de verdad. No actuará como si lo creyese. Y si la gente no actúa de esa forma, entonces no hay moneda, los trabajadores no reciben su paga (puedes esclavizarlos, pero sigues teniendo que pagar a los esclavistas), la economía deja de funcionar, y no puedes extraer los recursos naturales que, en primer lugar, te hicieron

conquistar el país. Básicamente, si vas a administrar una economía, debes tener una moneda. Cuando alguien entra en un banco con uno de tus billetes, debes poder darle oro a cambio.

Los nipones son unos maníacos planeándolo todo. Waterhouse lo sabe; ha estado leyendo sus mensajes descifrados durante doce, dieciocho horas al día durante un par de años, y sabe cómo piensan. Sabe, con tanta seguridad como sabe tocar una escala en re mayor, que los nipones deben haber meditado sobre el problema de respaldar su moneda imperial, no sólo para Australia, sino también en Nueva Zelanda, Nueva Guinea, Filipinas, Hong Kong, China, Indochina, Manchuria... ¿Cuánto oro y plata te haría falta para convencer a tantos seres humanos de que tu papel moneda vale algo en realidad? ¿Dónde lo guardarías?

El escolta le guía un par de niveles más abajo y finalmente hasta una sala sorprendentemente grande en lo más profundo. Si están en los intestinos de la isla, ése debe ser el apéndice vermiforme o algo así. Tiene forma de glóbulo, con las paredes en su mayoría lisas y acanaladas, cortadas por los escoplos allí donde consideraron conveniente agrandarla. Las paredes siguen frías y también lo está el aire.

En esa sala hay mesas largas. Y al menos tres docenas de sillas vacías, así que Waterhouse al principio olisquea el aire con cuidado, temiendo oler a gente muerta. Pero no.

Vaya una cosa. Está en el centro de la roca. Sólo hay una forma de llegar hasta esa sala. No hay forma de obtener un buen tiro hasta ese sitio —nada de efecto soplete—, aparentemente, nada de fuego. La habitación se libró. El aire es tan espeso como una salsa fría.

—Encontramos cuarenta muertos en esta sala —dice el escolta.

—¿De qué murieron?

—De asfixia.

—¿Oficiales?

—Un capitán japonés. El resto esclavos.

Antes de que empezase la guerra, para Lawrence Waterhouse el término «esclavo» le era tan obsoleto como «tonelero» o «velero». Ahora que los nazis y los nipones han resucitado la esclavitud, lo oye continuamente. La guerra es extraña.

Desde que entró en la cámara sus ojos se han estado ajustando a la baja iluminación. Hay una única bombilla de 25 vatios para toda la sala y las paredes absorben casi toda la luz.

Puede ver cosas cuadradas sobre las mesas, una frente a cada silla. Cuando entró pensó que eran hojas de papel; en realidad, algunas lo son. Pero a medida que se acostumbra a la luz puede ver que en su mayoría son marcos vacíos, salpicados con patrones abstractos de puntos redondos.

Busca la linterna y le da al interruptor. En general, lo que consigue es crear un cono amarillo desdibujado de humo grasiento, que se agita pesado y perezoso frente a él. Avanza ahuyentando el humo y se inclina sobre la mesa.

Es un ábaco, las cuentas todavía congeladas en medio de un cálculo. A dos pies hay otro. Y luego otro.

Se vuelve para mirar al tipo del ejército de tierra.

—¿Cuál es el plural de ábaco?[29]

—¿Perdone, señor?

—¿Digamos que ábacos?

—Lo que usted diga, señor.

—¿Alguno de sus hombres ha tocado estos abacos?

Se produce una discusión agitada. El tipo del ejército de tierra debe conferenciar con varios soldados, enviar recaderos a entrevistar a otro y realizar un par de llamadas de teléfono. Es una buena señal; hay muchos hombres que simplemente hubiesen dicho «no, señor», o lo que creyesen que Waterhouse quería oír, y él no sabría si estaban diciendo la verdad. Este tipo parece entender que para Waterhouse es importante recibir una respuesta sincera.

Waterhouse recorre las filas de mesas con las manos cuidadosamente juntas a su espalda, mirando los ábacos. Junto a la mayoría de ellos hay una hoja de papel, o todo un cuaderno, con un lápiz a mano. Todo está cubierto de números. De vez en cuando ve un carácter chino.

—¿Alguno de vosotros vio los cuerpos de los esclavos? —le dice a uno de los soldados.

—Sí, señor. Ayudé a sacarlos.

—¿Parecían filipinos?

—No, señor. Parecían asiáticos normales.

—¿Chinos, coreanos o algo así?

—Sí, señor.

Después de unos minutos llega la respuesta: nadie admite haber tocado un abaco. Esta cámara fue la última zona de la fortaleza a la que llegaron los norteamericanos. Los cuerpos de los esclavos se encontraron en su mayoría apilados cerca de la puerta. El cuerpo del oficial nipón estaba en el fondo del montón. La puerta había sido cerrada desde dentro. Es una puerta metálica, y está ligeramente pandeada hacia fuera: el fuego de arriba sacó de golpe todo el aire de la habitación.

—Vale —dice Waterhouse—. Voy a volver arriba e informar a Brisbane. Personalmente voy a desmontar esta sala como si fuese un arqueólogo. Asegúrese de que no se toca nada. Especialmente los abacos.

*OceanofPDF.com*

# Aretusa

El letrado Alejandro viene al día siguiente a ver a Randy y pasan el rato hablando sobre el tiempo y la Asociación de Baloncesto de Filipinas mientras sobre la mesa intercambian notas escritas a mano. Randy le pasa a su abogado una nota que dice: «Pásele esta nota a Chester» y luego otra que le pide a Chester que revise el baúl de su abuelo y encuentre cualquier viejo documento sobre el tema de las funciones zeta y que de alguna forma se lo haga llegar. El letrado Alejandro le pasa a Randy una nota algo defensiva y claramente orgullosa de sí misma detallando sus esfuerzos recientes a favor de Randy, que probablemente pretendía que le animase pero que a Randy le resulta inquietantemente vaga. La verdad es que, a estas alturas, esperaba resultados más concretos. La lee y mira con recelo al letrado Alejandro, quien sonríe y se golpea en la mandíbula, que es la señal para «el Dentista» y que Randy interpreta como que dicho billonario interfiere en lo que sea que el letrado Alejandro intente conseguir. Randy le pasa otra nota que dice: «Pásesela a Avi», y luego otra más que le pide a Avi que descubra si el general Wing es cliente de la Cripta.

A continuación no pasa nada durante una semana. Como Randy carece de la información necesaria sobre las funciones zeta, no puede dedicarse a romper códigos durante esa semana. Pero puede edificar los cimientos para el trabajo que realizará más tarde. El *Criptonomicón* contiene muchos fragmentos de código C que tienen como función realizar ciertas operaciones criptoanalíticas básicas, pero en su mayoría es código personal (mal escrito) y en cualquier caso es preciso traducirlo al más moderno lenguaje C++. Así que eso es lo que Randy hace. El *Criptonomicón* también

describe varios algoritmos que probablemente le vendrán bien, y Randy también los implementa en C++. Puro trabajo rutinario, pero no tiene otra cosa que hacer, y uno de los aspectos positivos de ese tipo de trabajo rutinario es que te familiariza en profundidad con todos los detalles de la matemática; si no comprendes la matemática no puedes escribir el código. Y mientras pasan los días, su mente se transforma en algo parecido a la de un criptoanalista. Esa transformación queda reflejada por la lenta acumulación de código en su biblioteca para romper códigos.

Él y Enoch Root adoptan el hábito de conversar durante y después de sus comidas. Parece que los dos tienen vidas interiores bastante complejas que requieren mucho mantenimiento, y durante el resto del día se ignoran mutuamente. Anécdota tras anécdota, Randy dibuja la trayectoria de su vida hasta ese día. De igual forma, Enoch relata vagamente algunos acontecimientos de la guerra, luego cuenta cómo era vivir en la Inglaterra de posguerra, y luego en los Estados Unidos de los cincuenta. Aparentemente fue durante un tiempo un sacerdote católico, pero le echaron de la Iglesia por alguna razón; no dice por qué, y Randy no pregunta. Después de eso, todo se vuelve vago. Menciona que empezó a pasar mucho tiempo en Filipinas durante la guerra de Vietnam, lo que encaja en la hipótesis general de Randy: si es cierto que las tropas norteamericanas del viejo Comstock peinaron los boon docks de las Filipinas en busca del Primario, entonces Enoch querría estar por la zona, para interferir o al menos vigilarles. Enoch afirma que también viajó mucho para intentar llevar material de Internet a Chin pero a Randy le suena a tapadera para otra cosa.

Es difícil no tener la sensación de que Enoch Root y el general Wing tienen otras razones para estar cabreados mutuamente.

—Bien, si puedo ser el abogado de Platón, ¿qué quieres decir exactamente con lo de defender la civilización?

—Oh, Randy, ya sabes lo que quiero decir.

—Sí, pero China es un lugar civilizado, ¿no? Lleva ya mucho tiempo.

—Sí.

—Por tanto, quizá tú y el general Wing estéis realmente en el mismo equipo.

—Si los chinos están tan civilizados, ¿cómo es que nunca inventaron nada?

—¡Qué! El papel... la pólvora.

—Quiero decir, algo en el último milenio.

—Ni idea. ¿Qué opinas tú, Enoch?

—Es como los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

—Sé que todas las cabezas brillantes huyeron de Alemania en los años treinta: Einstein, Born...

—Y Schrödinger, y Von Neumann, y otros... pero ¿sabes por qué huyeron?

—Bien, porque no les gustaban los nazis, ¡evidentemente!

—¿Pero sabes específicamente por qué ellos no gustaban a los nazis?

—Muchos de ellos eran judíos...

—Es más profundo que el simple antisemitismo. Hilbert, Russell, Whitehead, Gödel, todos estaban implicados en un esfuerzo monumental por derribar las matemáticas y reconstruirlas de nuevo desde los cimientos. Pero los nazis creían que las matemáticas eran una ciencia heroica cuyo propósito era reducir el caos hasta obtener orden, como se suponía que tenía que hacer el Nacional Socialismo en la esfera política.

—Vale —dice Randy—, pero lo que los nazis no comprendían era que si la derribabas y la reconstruías desde los cimientos era todavía más heroica que antes.

—Cierto. Llevó a un renacimiento —dice Root—, como en el siglo XVII, cuando los puritanos lo derribaron todo y luego lo reconstruyeron lentamente desde los cimientos. Una y otra vez vemos cómo se repite el patrón de la Titanomaquia: se expulsa a los viejos dioses, regresa el caos, pero del caos resurgen los mismos modelos.

—Vale. Bien... una vez más... ¿hablamos de civilización? —Ares siempre resurge del caos. Nunca desaparecerá. La civilización ateniense se defendió de las fuerzas de Ares con *metis,* o tecnología. La tecnología se construye sobre la ciencia. La ciencia es como el uroboros del alquimista, devorándose continuamente su propia cola. El proceso de la ciencia no funciona a menos que los jóvenes científicos tengan la libertad de atacar y

derribar los viejos dogmas, para embarcarse en una Titanomaquia. La ciencia florece allí donde florece el arte y la libertad de expresión.

—Suena teleológico, Enoch. Los países libres tienen mejor ciencia, por tanto una potencia militar superior, por tanto pueden defender sus libertades. Estás proclamando una especie de Destino Manifiesto.

—Bien, alguien tiene que hacerlo.

—¿No estamos ahora un poco más allá de esas cosas?

—Sé que lo dices sólo para cabrearme. En ocasiones, Randy, Ares queda atrapado en un depósito durante unos años, pero nunca desaparece. La próxima vez que aparezca, Randy, el conflicto girará alrededor de la bio-, micro- y nanotecnología. ¿Quién ganará?

—No lo sé.

—¿Y no te incomoda ni un poquito no saberlo?

—Mira, Enoch, intento mantener la mejor cara, de verdad, pero estoy arruinado y encerrado en esta puta celda, ¿vale?

—Oh, deja de quejarte.

—¿Qué hay de ti? Supongamos que vuelves a tu granja de ñame, o de lo que sea, y un día tu pala golpea algo metálico y de pronto desentierras algunos kilotones de oro. ¿Lo invertirías todo en armas de alta tecnología?

Root, sin sorpresa, tiene una respuesta: el oro lo robaron los nipones por toda Asia con la intención de emplearlo para apoyar la moneda que se convertiría en la de curso legal en toda la Esfera de Co-Prosperidad de la Gran Asia Oriental, y aunque no hay que añadir que esos nipos en particular eran los idiotas más grandes de la historia planetaria, algunos aspectos del plan no eran tan mala idea. En la medida en que la vida todavía jode a muchos asiáticos, las cosas se volverían mucho mejor, para un buen montón de gente, si la economía del continente pudiese saltar al siglo XXI, o al menos al XX, y se quedase allí durante un ratito en lugar de derrumbarse cuando algún sobrino-de-dictador-encargado-del-banco-central pierde el control del esfínter y se carga una moneda importante. Así que estabilizar la situación monetaria ría algo positivo a conseguir con un buen montón de oro, y es además el único acto moral teniendo en cuenta a quiénes se lo robaron, no puedes simplemente gastarlo. A Randy esa respuesta le parece apropiadamente sofisticada y jesuítica y extrañamente en sincronía con 1o

que Avi ha escrito en la última edición del plan de negocios de Epiphyte (2).

Después de que haya pasado un número decente de días, Enoch Root vuelve al tema y le pregunta a Randy qué haría con algunos kilotones de oro, y Randy menciona el Paquete de Educación y Prevención del Holocausto. Resulta que Enoch Root ya sabe de PEPH, y que ya ha descargado varias revisiones del texto a través de las relucientes nuevas redes de comunicación que Randy y el Dentista han tejido entre las islas. Considera que encaja bien con sus ideas sobre Atenea, Aegis, etc., pero tiene un montón de preguntas complejas y varias críticas mordaces.

Poco después, Avi en persona viene a visitarle y dice muy poco, pero le hace saber a Randy que sí, que el general Wing es uno de los clientes de la Cripta. El caballero chino y de aspecto duro que se sentó con ellos en la reunión de Kinakuta, y cuya foto fue capturada en secreto por la cámara del portátil de Randy, es uno de los lugartenientes de Wing. Avi también le hace saber que la presión legal ha descendido; el Dentista de pronto ha tomado las riendas de Andrew Loeb y ha permitido que se extiendan algunas fechas legales. El hecho de que Avi no diga nada en absoluto sobre el submarino hundido parecería implicar que la operación de rescate va bien, o al menos va.

Randy sigue procesando esas nuevas cuando recibe la visita de no otro sino el Dentista en persona.

—Asumo que cree que le tendí una trampa —dice el doctor Hubert Kepler. Él y Randy están a solas en una habitación, pero Randy es consciente de los muchos asistentes, guardaespaldas, abogados, Furias, Harpías o lo que sean al otro lado de la puerta. El Dentista parece ligeramente divertido, pero Randy comprende gradualmente que habla muy en serio. El labio superior del Dentista está permanentemente arqueado, o es más corto de lo que debería ser, o ambas cosas simultáneamente, de forma que sus incisivos glaciares siempre están ligeramente expuestos, y dependiendo de cómo se ilumine su cara tiene un aspecto vagamente parecido al de un castor y en otras ocasiones parece como si estuviese conteniendo una sonrisa de desprecio. Incluso un alma bondadosa como Randy no puede mirar semejante cara sin pensar en cómo mejoraría con la aplicación de algunos nudillos. Por la perfección de la dentición de Hubert

Kepler sería posible inferir que tuvo una infancia protegida (guardaespaldas permanentes desde el mismo momento en que sus dientes adultos salieron de las encías) o que su elección profesional se vio motivada por un interés muy personal en la cirugía bucal reconstructiva—. Y sé que probablemente no vaya a creerme. Pero he venido a decir que no tuve absolutamente nada que ver con lo que sucedió en el aeropuerto.

El Dentista se detiene y mira a Randy durante un rato, porque está lejos de ser uno de esos tipos que siente la necesidad de rellenar nervioso cualquier hueco en la conversación. Y es durante esa larga pausa que Randy comprende que el Dentista no está sonriendo en absoluto, que su rostro se encuentra simplemente en un estado de reposo natural. Randy se estremece al pensar en cómo deber ser no poder librarse nunca de ese aspecto alternativo de castor y de desprecio. Que tu amante te mire mientras duermes y vea eso. Claro está, si se cree lo que se cuenta, Victoria Vigo tiene sus propios métodos para exigir retribuciones, por lo que quizás Hubert Kepler esté realmente sufriendo los abusos y humillaciones que su rostro parece estar pidiendo. Randy lanza un suspiro cuando lo piensa, sintiendo que acaba de revelársele parte de una simetría cósmica.

Kepler ciertamente tiene razón al decir que Randy no se siente inclinado a creer ni una palabra de lo que dice. La única forma en que Kepler pudiese ganar algo de credibilidad sería presentarse en persona en esa cárcel y decirle a la cara esas palabras, lo que, considerando todas las otras cosas que podría estar haciendo por diversión o por dinero en este mismo momento, da mucha credibilidad a lo que dice. Queda implícito que si el Dentista quisiese mentir, mucho, a Randy, podría enviar a sus abogados a hacerlo por él, o simplemente mandarle un telegrama, ya puestos. Por tanto, o dice la verdad o miente pero le resulta muy importante que Randy crea lo que le dice. A Randy no se le ocurre ninguna razón por la que al Dentista pudiese importarle que Randy creyese sus mentiras o no, lo que le lleva en la dirección de pensar que quizá realmente esté diciendo la verdad.

—Entonces, ¿quién lo hizo? —pregunta Randy, más o menos retóricamente. Estaba justo a punto de escribir un código C++ bastante genial cuando lo sacaron de su celda para mantener ese encuentro sorpresa con el Dentista, y realmente le sorprende lo aburrido e irritado que se siente. En otras palabras, ha vuelto a un aislamiento de empollón puro del tipo

pelota-contra-el-muro que sólo se compara con sus antiguos días de jugar y programar en Seattle. La profundidad absoluta y la involución del atracón actual de empollar sería difícil de describir a cualquier otro. Intelectualmente, está haciendo malabarismos con media docena de antorchas encendidas, jarrones Ming, cachorritos vivos y sierras mecánicas en funcionamiento. En ese estado mental, no puede conseguir que le importe una mierda que ese billonario increíblemente poderoso se haya tomado tantas molestias para venir a charlar con él cara a cara. Y por tanto no plantea la pregunta más que como un gesto rutinario, con el subtexto indicando «Me gustaría que te largases, pero los niveles mínimos de decencia social dictan que diga algo.» El Dentista, que tampoco se queda atrás en lo que a incapacidad social se refiere, responde como si realmente le estuviese pidiendo información.

—Sólo puedo asumir que por alguna razón se ha visto implicado con alguien que tiene mucha influencia en este país. Parece como si alguien estuviese intentando...

—¡No! Pare —dice Randy—. No lo diga. —Ahora Hubert Kepler le mira inquisitivo, así que Randy sigue hablando—. La teoría del mensaje no se sostiene.

Durante unos momentos Kepler parece genuinamente sorprendido, luego llega a sonreír un poquito.

—Bien, ciertamente no es un intento de deshacerse de usted porque...

—Evidentemente —dice Randy.

—Sí. Evidentemente.

Se produce otra de esas largas pausas; Kepler no parece estar muy seguro de sí mismo. Randy arquea la espalda y se estira.

—La silla de mi celda no es lo que uno llamaría ergonómica —dice. Alarga los brazos y mueve los dedos—. Mi síndrome carpiano va a volver a la carga. Lo sé.

Randy está observando a Kepler con mucha atención al decir esas palabras, y no hay duda que lo que ahora se extiende por el rostro del Dentista es verdadero y genuino asombro. El Dentista sólo tiene una única expresión facial (ya descrita) pero cambia en intensidad; se vuelve más así y menos así dependiendo de sus emociones. La expresión del Dentista demuestra que no tenía ni idea, hasta ahora mismo, de que a Randy le

permitiesen tener un ordenador en su celda. En lo que se refiere a intentar-descubrir-qué-coño-está-pasando-aquí, el ordenador es el dato más importante, y Kepler ni siquiera lo conocía hasta ahora. Así que en la medida en que todo eso le importe una mierda al Dentista, tiene muchas cosas en que pensar. Muy poco después se excusa. Ni media hora más tarde, un tipo norteamericano de unos veinticinco años con una coleta se presenta allí y mantiene una breve audiencia con Randy. Resulta ser que trabaja para Chester en Seattle y acaba de atravesar el Pacífico a bordo del jet personal de Chester y ha venido directamente desde el aeropuerto. Está completamente fuera de sí, totalmente en modo caballo-desbocado, y no puede parar de hablar. El total asombro de su apresurado vuelo a través del océano en el jet privado de un millonario le ha provocado una impresión realmente profunda y es evidente que precisa compartirla con alguien. Ha traído un «paquete de socorro» consistente en algo de comida basura, algunas novelas malas, la botella más grande de Pepto-Bismol que Randy haya visto jamás, un Walkman CD y un montón cúbico de cedés. Él tipo no consigue explicarse lo de las baterías; le dijeron que trajese muchas baterías extras, y así lo hizo, y como era previsible, entre los manipuladores de equipaje del aeropuerto y los inspectores de aduanas, todas las baterías desaparecieron durante el trayecto excepto el paquete que se había metido en el bolsillo de sus largos y amplios shorts de chico-grunge-de-Seattle. Seattle está llena de tipos así, que lanzaron al aire una moneda el día en que terminaron la universidad (cara Praga, cruz Seattle) y se presentaron allí con la expectativa de que siendo jóvenes e inteligentes encontrarían un trabajo y empezarían a ganar dinero, y luego, horrorosamente, eso es lo que hicieron. Randy no puede entender cómo debe ver el mundo un tipo así. Le resulta difícil librarse de él, porque el tipo comparte la suposición común (que es cada vez más molesta) de que simplemente por el hecho de que Randy esté en prisión no tiene nada mejor que hacer en la vida que hablar con todos sus visitantes.

Cuando Randy regresa a su celda, se sienta con las piernas cruzadas sobre la cama con el Walkman y empieza a repartir los cedés como cartas en un solitario. La selección es bastante razonable: una edición en dos discos de los *Conciertos de Brandenburgo,* una recopilación de las fugas para órgano de Bach (a los colgados de los ordenadores les gusta Bach),

algo de Louis Armstrong, algo de Wynton Marsalis, y luego una selección de Hammerdown Systems, que es una compañía discográfica de Seattle de la que Chester es un accionista importante. Es una compañía discográfica de la escena musical de segunda generación de Seattle; todos sus artistas son jóvenes que llegaron a Seattle después de terminar la universidad en busca del legendario ambiente musical de Seattle para descubrir que no existía en realidad —no era más que un par de docenas de tíos que recorrían los sótanos de unos y otros tocando la guitarra— y por tanto se vieron obligados a elegir entre volver a casa avergonzados o fabricar, con lo que tuviesen a mano, el ambiente musical de Seattle que habían imaginado. Ello llevó a la creación de diversos clubes pequeños, y a la formación de muchas bandas, que no hundían sus raíces en ninguna realidad auténtica sino que simplemente reflejaban los sueños y aspiraciones de jóvenes panglobales que habían caído en bandada sobre Seattle en busca de la misma quimera. Esa ola de la segunda escena sufrió los ataques de aquellos de las dos docenas originales que todavía no habían muerto de sobredosis o suicidio. Se produjo una especie de reacción violenta y repentina; y sin embargo, unas treinta y seis horas después de que la reacción alcanzase su intensidad máxima, se produjo una antirreacción a la reacción por parte de los jóvenes inmigrantes que reafirmaron sus derechos a una especie de identidad cultural única como gente que, con toda su ingenuidad, había ido a Seattle para descubrir lo que no estaba allí y que tendrían que crearlo ellos mismos. Alimentados por esa convicción, y por su libidinosa energía juvenil, y por algunos comentaristas de cultura a quienes la idea les parecía atrayentemente postmoderna, fundaron un montón de bandas de segunda generación y un par de compañías discográficas, de las que Hammerdown Systems fue la única que en seis meses no quebró o se convirtió en una subsidiaria de una importante compañía discográfica de L. A. o Nueva York.

Y Chester ha decidido hacer entrega a Randy de los últimos discos de Hammerdown, de los que se siente más orgulloso. Para mayor perversidad, la mayoría de ellos no son de bandas que residan en Seattle sino en pequeñas ciudades universitarias prohibitivamente marchosas de Carolina del Norte y de la península superior de Michigan. Pero Randy encuentra uno de una banda evidentemente afincada en Seattle llamada Shekondar. Es

decir, evidentemente porque en la parte posterior del cedé hay una fotografía borrosa de varios miembros de la banda bebiendo café de dieciséis onzas en tazas que llevan el logotipo de una cadena de cafeterías que por lo que Randy sabe todavía no se ha liberado de los límites de Seattle para aplastar todo lo que se ponga a su paso en este mundo, de esa forma ya tan fatigosa propia de las compañías afincadas en Seattle. Ahora bien, resulta que Shekondar había sido el nombre de una deidad del averno especialmente horrible que tenía un importante papel en algunos de los escenarios de juego que Randy jugaba con Avi, Chester y el resto de los chicos en los viejos días. Randy abre la caja del cedé y nota de inmediato que el disco tiene el tono dorado de un máster, no el plateado tradicional de una simple copia. Randy pone el máster dorado en el Walkman y le da al *play* y se deleita con un material post-Cobain-mortem pasable, alterado por ingeniería genética para no tener nada que ver con lo que tradicionalmente se considera el sonido de Seattle y que en ese sentido es absolutamente representativo del *du jour* de Seattle. Pasa un par de cortes más y luego se arranca los auriculares de la cabeza, lanzando una maldición, cuando el Walkman intenta traducir una cadena de pura información digital, que representa algo que no es música, a sonido. Se siente como si le hubiesen clavado agujas de hielo en los oídos.

Randy cambia el disco al lector de cd-rom del portátil y lo examina. Efectivamente, tiene un par de cortes de música (descubre) pero casi toda la capacidad del disco está dedicada a archivos de ordenador. Hay varios directorios, o carpetas, cada uno con el nombre de uno de los documentos en el baúl de su abuelo. En cada uno de esos directorios hay una larga lista de archivos con nombres como PÁGINA.001.jpeg, PÁGINA.002.jpeg, y sucesivamente. Randy empieza a abrirlos, empleando el mismo navegador web que usa para leer *Criptonomicón*, y descubre que son todos imágenes escaneadas. Evidentemente, Chester hizo que un grupo de sus lacayos quitasen las grapas a los documentos y los pasasen página a página por un escáner. Al mismo tiempo, debió hacer que unos ilustradores, presumiblemente la gente que conoce a través de Hammerdown System, creasen con rapidez una portada falsa de Shekondar. Incluso vienen las letras y las fotografías de Shekondar en concierto. En realidad es una parodia de la escena de Seattle posterior a la escena-de-Seattle que se ajusta

perfectamente a la idea errónea de la misma que podría tener un inspector de aduanas de Filipinas, quien como todo el mundo tiene la fantasía de trasladarse a Seattle. El guitarrista se parece a Chester con una peluca.

Todo este sigilo probablemente sea gratuito. Probablemente hubiese sido perfectamente válido que Chester enviase los jodidos documentos por Federal Express directamente a la cárcel. Pero Chester, allá en su casa del lago Washington, trabaja con un conjunto de suposiciones sobre Manila tan erróneas como lo que la mitad del mundo cree sobre Seattle. Al menos Randy tiene la oportunidad de reírse antes de sumergirse en las funciones zeta.

Una palabra sobre la libido; Randy ya lleva como tres semanas. Estaba empezando a tratar el asunto cuando introdujeron de pronto en la celda contigua a la suya a un ex cura católico muy inteligente y perceptivo, que empezó a dormir a seis pulgadas de él. Desde entonces, la masturbación *per se* ha quedado más o menos descartada. En la medida en que Randy cree en algún dios, ha estado rezando para tener una emisión nocturna. Su próstata tiene ya el tamaño y la consistencia de una pelota de croquet. Es consciente de ella continuamente y empieza a considerarla como su Masa de Ardiente Amor. Randy tuvo en una ocasión problemas de próstata, cuando bebía de forma crónica demasiado café, e hizo que le doliese todo lo que había entre sus pezones y rodillas. El urólogo le explicó que la Pequeña Prostatita está conectada neurológicamente con casi todas las otras partes de su cuerpo, y no tuvo que hacer uso de ningún recurso retórico, o emitir ningún argumento detallado, para hacer que Randy lo creyese. Desde entonces Randy ha creído que la habilidad de los hombres para obsesionarse hasta la estupidez con la copulación es en cierta forma un reflejo de ese diagrama de conexiones; cuando estás preparado para entregar al mundo las maravillas de tu material genético, es decir, cuando la próstata está llena por completo, incluso tus deditos y tus cejas lo saben.

Y por tanto sería de esperar que Randy pensase continuamente en America Shaftoe, su blanco sexual por elección, quien (para que las cosas sean aún peor) probablemente ha estado vistiendo recientemente un traje de submarinismo. Y efectivamente ahí se dirigían sus pensamientos cuando trajeron a Enoch Root. Pero desde entonces se ha hecho evidente que debe ejercer algo de disciplina férrea y no pensar para nada en Amy. Mientras

hace malabarismos con esas sierras y cachorritos, también está recorriendo una cuerda floja intelectual, con el desciframiento de las interceptaciones Aretusa en un extremo de la cuerda, y mientras pueda mantener la vista fija en esa meta y siga poniendo un pie frente al otro, llegará hasta allí. Amy-vestida-de-submarinista está allá abajo, sin duda intentando darle todo su apoyo emocional, pero si mira una sola vez en esa dirección está perdido.

Lo que lee es una serie de artículos académicos, fechados en los años treinta y principios de los cuarenta, muy anotados por su abuelo, que los leyó sin demasiada sutileza remarcando cualquier cosa que pudiese ser útil en el frente criptográfico. Para Randy es una suerte que no sean demasiado sutiles, porque sus conocimientos de teoría de números son apenas adecuados. Los lacayos de Chester no sólo tuvieron que escanear la parte delantera de las páginas, sino también las de atrás, que originalmente estaban en blanco pero en las que el abuelo escribió muchas notas. Por ejemplo, hay un artículo escrito por Alan Turing en 1937 en el que Lawrence Pritchard Waterhouse encontró algún error, o al menos algo que Turing no desarrolló con el detalle suficiente, lo que le obligó a cubrir varias páginas con anotaciones. A Randy se le hiela la sangre en las venas al pensar que es tan presuntuoso como para participar en semejante coloquio. Cuando comprende la magnitud de las profundidades intelectuales en que se ha metido, apaga el ordenador, se va a la cama y duerme durante diez horas el sueño insensible de los deprimidos. Finalmente logra convencerse de que la mayor parte de la basura en esos artículos no tiene relevancia con Aretusa y que no tiene más que calmarse y filtrar adecuadamente el material.

Pasan dos semanas. Sus oraciones relativas a la Masa de Ardiente Amor reciben respuesta, lo que le ofrece un par de días de alivio durante los que puede admitir en su mente el concepto de Amy Shaftoe, pero sólo de una forma austera y realmente desapasionada. El letrado Alejandro se presenta ocasionalmente para contarle a Randy que las cosas no están yendo demasiado bien. Todas las personas a las que planeaba sobornar han sido sobornadas de forma preventiva por Alguien. Para Randy, quien cree haberlo descubierto todo, esas reuniones son tediosas. Para empezar, es Wing y no el Dentista el que ha provocado todo esto, por lo que el letrado Alejandro trabaja bajo suposiciones falsas.

Enoch, cuando llamó a Randy al avión, dijo que su antiguo compañero de la NSA trabajaba para uno de los clientes de la Cripta. Ahora parece claro que ese cliente es Wing. En consecuencia, Wing sabe que Randy tiene Aretusa. Wing cree que las interceptaciones Aretusa contienen información sobre la ubicación del Primario. Quiere que Randy descifre esos mensajes para saber dónde excavar. De ahí todo el asunto con el portátil. Todos los esfuerzos del letrado Alejandro por liberar a Randy no darán fruto hasta que Wing tenga la información que quiere, o crea tenerla. Entonces, de pronto, el hielo se romperá y a Randy se le dejará marchar por algún detalle técnico. Randy está tan seguro que las visitas del letrado Alejandro le resultan molestas. Le gustaría explicárselo todo, de forma que el letrado Alejandro pudiese dejar de perseguir fantasmas y de enviar sus cada vez más tenebrosos informes sobre la persecución. Pero claro, entonces Wing, quien presumiblemente vigila esas charlas abogado cliente, sabría que Randy lo sabe todo, y Randy no quiere que Wing lo sepa. Así que asiente continuamente durante las reuniones con su abogado y luego, para que quede claro, vuelve a la celda e intenta sonar convincentemente perplejo y deprimido al informar a Enoch Root.

Conceptualmente llega al punto en que se encontraba su abuelo cuando comenzó a romper los mensajes Aretusa. Es decir, ahora tiene en mente una teoría de cómo actuaba Aretusa. Si no conoce el algoritmo concreto, sabe a qué familia de algoritmos pertenece, y eso le ofrece un espacio de búsqueda con muchas menos dimensiones que antes. Ciertamente lo suficientemente reducido para que lo pueda explorar un ordenador moderno. Se lanza a un atracón de programación de cuarenta y ocho horas. Los estragos nerviosos en sus muñecas han llegado al punto en que prácticamente le salen chispas de las puntas de los dedos. Su médico le dijo que nunca más volviese a trabajar con uno de esos teclados no ergonómicos. También los ojos empiezan a salírsele y tiene que invertir los colores de la pantalla y trabajar con letras blancas sobre fondo negro, incrementando gradualmente el tamaño de las letras a medida que pierde la capacidad de enfocar. Pero al final obtiene algo que cree que funcionará, y lo ejecuta y lo deja actuando sobre las interceptaciones Aretusa, que viven en el interior de la memoria del ordenador pero que jamás han sido representadas en la pantalla. Se queda dormido. Al despertar, el ordenador le informa de que probablemente

haya conseguido romper uno de los mensajes. En realidad, tres de ellos, todos interceptados el 4 de abril de 1945 y por tanto cifrados usando la misma clave.

Al contrario que los rompecódigos humanos, los ordenadores no saben leer. No pueden siquiera reconocer palabras con significado. Pueden producir posibles versiones descifradas de mensajes a gran velocidad, pero dadas dos cadenas de caracteres como

ENVÍA AYUDA AHORA
y
XUEBP TOAFF NMQPT

carecen de cualquier habilidad evidente para reconocer la primera como un versión descifrada con éxito y la segunda como un fallo. Pero pueden realizar un recuento de frecuencia de las letras. Si, tratándose de inglés, el ordenador descubre que la E es la letra más común, seguida de la T, y demás, entonces tiene una indicación muy probable de que el texto esté en algún lenguaje natural humano y no sea sólo basura aleatoria. Empleando esa prueba y otras ligeramente más sofisticadas, Randy ha obtenido una rutina que debería ser muy buena reconociendo el éxito. Y esta mañana le está diciendo que el 4 de abril de 1945 está roto. Randy no se atreve a mostrar el mensaje descifrado en pantalla por miedo a que contenga la información que Wing busca, así que en realidad no puede leer el mensaje, por muy desesperado que esté. Pero empleando un comando llamado *grep*, que busca por entre archivos de textos sin abrirlos en pantalla, puede al menos verificar que la palabra MANILA aparece en dos lugares.

Basándose en esos mensajes rotos, con varios días más de trabajo Randy resuelve por completo Aretusa. Obtiene, en otras palabras, $A(x)=C$, de tal forma que dada una fecha $x$ puede obtener C, la secuencia clave de ese día; y simplemente para demostrarlo, hace que el ordenador produzca C para cada día de 1944 y 1945, y luego las emplea para descifrar las interceptaciones Aretusa que llegaron esos días (sin mostrarlas en pantalla) y realiza recuentos de frecuencia para verificar que en cada caso ha tenido éxito.

Así que ahora ya ha descifrado todos los mensajes. Pero en realidad no puede leerlos sin transmitir su contenido a Wing. Y por tanto ahora es cuando hay que introducir el canal subliminal.

En jerga criptográfica, un canal subliminal es un truco por el que una información secreta se incrusta sutilmente en una fuente de otra cosa. Normalmente implica algo como manipular los bits menos significativos de una imagen para enviar un mensaje de texto. Randy obtiene su inspiración de su trabajo en prisión. Sí, ha estado trabajando en descifrar Aretusa, y eso ha implicado trabajar con un número tremendo de archivos y escribir mucho código. El número de archivos diferentes que ha leído, creado y editado en las últimas semanas probablemente ronda los millares. Ninguno de ellos tenía barra con el nombre en sus ventanas, por lo que presumiblemente los que le vigilan las habrán pasado canutas para saber cuál es cuál. Randy puede abrir un archivo tecleando su nombre en una pantalla y pulsando la tecla de retorno, lo que sucede con tal rapidez que probablemente los que le vigilan no tienen tiempo de leer o comprender lo que ha tecleado antes de que desaparezca. De fondo ha mantenido un canal subliminal: trabajando en otros programas que no tienen nada que ver con romper Aretusa.

Se le ocurrió la idea de uno de ellos mientras ojeaba *Criptonomicón* y descubrió un apéndice que contenía un listado del código Morse. Randy sabía Morse cuando era *Boy Scout*, y lo estudió de nuevo hace unos años cuando se preparaba para su licencia de radioaficionado, y no le lleva mucho tiempo refrescar su memoria. Y tampoco le lleva mucho tiempo escribir un programita que convierte la barra espadadora en una tecla Morse, de forma que pueda hablarle a la máquina simplemente golpeando puntos y rayas con el pulgar. Puede que parezca un poco llamativo, si no fuese por el hecho de que Randy pasa la mitad de su tiempo leyendo archivos de texto en pequeñas ventanas en pantalla, y la forma de pasar páginas en un archivo de texto en la mayoría de los sistemas UNIX es golpeando la barra espaciadora. Todo lo que precisa es golpear con un ritmo en especial, un detalle que espera que pase desapercibido a los que le vigilan. El resultado de sus golpes pasa a un buffer que nunca se representa en pantalla, y se escribe en archivos con nombres completamente carentes

de sentido. De tal forma, por ejemplo, Randy puede golpear con el ritmo siguiente mientras finge leer una larga sección de *Criptonomicón:*

raya punto punto punto (pausa) punto punto raya (pausa) raya punto (pausa) raya punto punto (pausa) raya raya raya (pausa) raya punto raya que debería deletrear BUNDOK. No quiere abrir en pantalla el archivo resultante, pero más tarde, en medio de otra larga serie de comandos crípticos puede teclear

```
grep ndo (nombre de archivo sin sentido) > (otro nombre de archivo sin sentido)
```

y grep buscará dentro del primer archivo para ver si contiene la cadena «ndo» y pondrá el resultado en el segundo archivo, que Randy podrá examinar bastante más tarde. También puede hacer «grep bun» y «grep dok» y si el resultado de todos esos greps es cierto entonces puede tener confianza en que ha codificado con éxito la secuencia «BUNDOK» en ese archivo. De la misma forma puede codificar «COORDENADAS» en algún otro archivo y «LATITUD» en otro, y diversos números en otros, y finalmente, empleando otro comando llamado «cat» puede combinar lentamente esos archivos de una palabra para formar unos más grandes. Todo esto requiere la misma ridicula paciencia que, digamos, cavar un túnel para escapar de la prisión usando una cucharilla de café, o aserrar los barrotes usando una lima de uñas. Pero llega un momento, como después de haber pasado un mes en prisión, en que es capaz de hacer que aparezca una ventana en pantalla que contiene el siguiente mensaje:

```
COORDENADAS DE LAS UBICACIONES PRIMARIAS DE ALMACENAMIENTO
UBICACIÓN BUNDOK: LATITUD NORTE CATORCE GRADOS TREINTA Y DOS MINUTOS... LONGITUD
ESTE UNO DOS CERO GRADOS CINCUENTA Y SEIS MINUTOS...
UBICACIÓN MAKATI: (etc.)
UBICACIÓN ELDORADO: (etc.)
```

Todo un conjunto de patrañas que se ha inventado. Las coordenadas dadas para la ubicación Makati son las de un hotel de lujo en Manila, situado en una intersección importante donde solía estar una base aérea militar nipona. Randy resulta que tiene esos números en su ordenador porque los tomó durante sus primeros días en Manila, cuando realizaba la exploración GPS para situar las antenas de Epiphyte. Las coordenadas dadas para UBICACIÓN ELDORADO no son más que las del montón de

lingotes de oro que él y Doug Shaftoe fueron a examinar, más un pequeño factor de error. Las dadas para UBICACIÓN BUNDOK son las coordenadas reales del Gólgota más un par de factores de error que deberían hacer que Wing excavase un agujero muy profundo como a unos veinte kilómetros de la posición real.

¿Cómo sabe Randy que hay un lugar llamado Gólgota, y cómo conoce sus coordenadas reales? Se lo dijo su ordenador empleando código Morse. Los teclados de ordenador tienen varios LED que son esencialmente inútiles: uno para decirte que el teclado numérico está activado, uno para las mayúsculas y un tercero cuyo propósito Randy no puede recordar. Y sin ninguna otra razón más que la creencia general que todo aspecto de un ordenador debería estar bajo el control de los programadores, alguien, en algún lugar, escribió algunas rutinas en una biblioteca llamada XLEDS que hace posible que un programador los encienda y apague a voluntad. Y durante un mes Randy ha estado escribiendo un programita que emplea esas rutinas para dar salida al contenido de un archivo de texto en código Morse, encendiendo y apagando uno de esos LED. Y mientras todo tipo de basura inútil recorría la pantalla del ordenador para servir de camuflaje, Randy ha estado prestando atención al canal subliminal de ese LED parpadeante, leyendo el contenido de las interceptaciones Aretusa descifradas. Una decía:

```
EL PRIMARIO TIENE COMO NOMBRE EN CÓDIGO GÓLGOTA. LAS COORDENADAS DEL TÚNEL
PRINCIPAL SON LAS SIGUIENTES: LATITUD NORTE (etc.)
```

*OceanofPDF.com*

# El sótano

En ese momento de la historia (abril de 1945) la palabra para describir a una persona que se sienta y realiza operaciones aritméticas es «computador». Waterhouse acaba de encontrar toda una sala llena de computadores muertos. Cualquiera que tuviese la cabeza en su sitio —cualquiera que no fuese Waterhouse y algunos de sus extraños amigos de Bletchley Park, como Turing— habría mirado esos computadores y habría dado por supuesto que eran el departamento de contabilidad, o algo similar, y que cada esclavo de la sala sumaba cifras de forma independiente. Waterhouse debe permanecer con todas sus fuerzas abierto a esa idea, porque es muy evidente. Pero desde el comienzo ha tenido una hipótesis propia, mucho más interesante y peculiar. Consiste en que los esclavos actuaban, colectivamente, como engranajes de una máquina de computación mayor, cada uno realizando una pequeña porción de un cálculo complejo: recibiendo números de otro computador, realizando algunas operaciones, produciendo nuevos números y pasándoselos a otro computador.

La Oficina Central es capaz de identificar a cinco de los esclavos muertos. Venían de lugares como Saigón, Singapur, Manila y Java, pero tenían en común ser de etnia china y tenderos. Aparentemente, los nipones habían extendido una red muy amplia para cazar usuarios expertos del ábaco y los habían reunido, desde todos los puntos de la Esfera de Co-Prosperidad, en esa isla de la bahía de Manila.

Lawrence Waterhouse localiza por su cuenta un computador entre las ruinas de Manila, un tal señor Gu, cuyo pequeño negocio de

importación/exportación quedó destruido por la guerra (es difícil mantener semejante negocio cuando te encuentras en una isla y cada barco que entra o sale es hundido por los norteamericanos). Waterhouse le muestra al señor Gu fotografías de los ábacos tal como los dejaron los computadores muertos. El señor Gu le dice qué números hay codificados en las posiciones de las cuentas, así como le da a Waterhouse un curso de un par de días sobre técnicas básicas de ábaco. Lo que aprende de importancia en esas clases no son en realidad unas habilidades con el ábaco sino la asombrosa velocidad y precisión con la que computadores como el señor Gu pueden realizar cálculos.

En este punto, Waterhouse ha reducido el problema a datos puros. La mitad de ellos se encuentran en su memoria y la otra mitad está disperso sobre su mesa. Los datos incluyen todos los fragmentos de papel que los computadores dejaron atrás. No es realmente difícil conectar los números en los trozos de papel con los números dejados en los ábacos y compilar así una imagen congelada instantánea de los cálculos que se realizaban en esa sala cuando llegó el Apocalipsis, o al menos según los estándares de dificultad que se aplican en tiempo de guerra, cuando, por ejemplo, desembarcar varios miles de hombres y toneladas de equipo en una isla remota y arrebatársela a tropas japonesas suicidas y muy bien armadas con la pérdida de sólo unas docenas de vidas se considera fácil.

A partir de esa imagen es posible (aunque la aproximación es difícil) generalizar y descubrir el algoritmo matemático subyacente que generó los números en los ábacos. Waterhouse se familiariza con la letra de alguno de los computadores, y demuestra que algunos trozos de papel pasaban de un computador a otro pero algunos trozos no. Algunos de los computadores tenían a su disposición tablas logarítmicas, que es una pista muy importante con respecto a lo que hacían. De tal forma, es capaz de dibujar un mapa de la sala, con la posición de cada computador identificada con un número, y una red de flechas interconectando los computadores que representa el flujo de papel y datos. Eso le ayuda a visualizar el cálculo colectivo como un todo, y a reconstruir lo que sucedía en esa cámara subterránea.

Durante semanas avanza pasito a pasito, y luego una noche, una bombilla se enciende en la mente de Lawrence Waterhouse, y sabe, de forma preconsciente, que está a punto de conseguirlo. Trabaja durante

veinticuatro horas. Para entonces ha obtenido muchas pruebas que apoyan, y ninguna que contradiga, la hipótesis de que esos cálculos eran una variación de la función zeta. Duerme seis horas, se levanta, trabaja durante otras treinta. Para entonces ha constatado que se trata de alguna especie de función zeta, y ha conseguido descubrir alguna de sus constantes y términos. Ya casi lo ha conseguido. Duerme durante doce horas, se levanta, pasea por Manila para despejarse la cabeza y vuelve al trabajo, y se pelea con él durante treinta y seis horas. Ésta es la parte divertida, cuando porciones del puzzle, cuidadosamente montadas con las piezas, empiezan de pronto a encajar entre sí, y toda la imagen empieza a cobrar sentido.

Todo se reduce a una ecuación escrita en una hoja de papel. El simple hecho de mirarla le hace sentir extrañamente nostálgico, porque es el mismo tipo de ecuación con la que solía trabajar en Princeton con Alan y Rudy.

Otra pausa para dormir, porque debe estar alerta para completarlo.

Completarlo consiste en lo siguiente: desciende al sótano de un edificio en Manila. El edificio se ha convertido en el cuartel general de inteligencia de señales del Ejército de Tierra de Estados Unidos. Él es una de la media docena de personas sobre la superficie del planeta a las que se permite entrar en esa habitación en particular. La habitación ocupa como una cuarta parte de la superficie del sótano, y en realidad comparte el sótano con otras habitaciones, algunas de las cuales son más grandes, y algunas de las cuales sirven de oficinas a hombres con graduaciones más altas que la que Waterhouse lleva en su uniforme. Pero hay algunos aspectos extraños relacionados con la habitación de Waterhouse.

(1) En todo momento, no hay menos de tres marines de Estados Unidos merodeando directamente frente a la puerta, llevando escopetas de repetición y otras armas optimizadas para destrozar el cuerpo humano a distancias cortas y en el interior.

(2) A la habitación llegan muchos cables eléctricos; dispone de su propio panel de fusibles separado del sistema eléctrico del edificio.

(3) La habitación emite unos ruidos cuasimusicales amortiguados pero ensordecedores.

(4) A la habitación se la llama el Sótano, aunque es sólo parte del sótano. Cuando alguien escribe «el Sótano», lo hace con mayúscula.

Cuando alguien (digamos que el teniente coronel Earl Comstock) va a verbalizar el nombre, se detiene en medio de la frase de forma que las palabras que lo preceden choquen entre sí como un tren en colisión. De hecho, encajará «el Sótano» entre un par de cesuras de un segundo de largo. Durante la primera, arqueará las cejas y simultáneamente fruncirá los labios, alterando las proporciones de su rostro de forma que se alargue en la dimensión vertical, y sus ojos mirarán de lado en caso de que algunos espías nipones hayan conseguido de alguna forma escapar al Apocalipsis reciente y hayan encontrado la forma de esconderse justo en los bordes de su visión periférica. Luego dirá «el» y luego añadirá «Sótano», extendiendo la *s* y articulando perfectamente la *t.* Y luego vendrá la otra cesura durante la que inclinará la cabeza hacia el interlocutor y le dedicará una mirada formal y valorativa, aparentemente exigiendo alguna especie de reconocimiento verbal o gestual por parte del interlocutor de que algo tremendamente importante ha sido transmitido. Y luego seguirá con lo que sea que estuviese diciendo.

Waterhouse saluda a los marines, uno de los cuales le abre la puerta. Pasó una cosa realmente graciosa poco después de que se montase el Sótano, cuando sólo era un montón de cajones de madera y varios segmentos de tubería de treinta y dos pies de largo, y los electricistas todavía estaban instalando las líneas de corriente: el teniente coronel Earl Comstock intentó entrar en el Sótano para inspeccionarlo. Pero debido a un error administrativo, el nombre del teniente coronel Earl Comstock no estaba en la lista, lo que dio lugar a una diferencia de opinión que llevó a que uno de los marines sacase su Colt 45, le quitase el seguro, cargase, pusiese el cañón justo en el centro del muslo derecho de Comstock y luego recordase alguna de las espectaculares heridas de fémur de las que había sido testigo presencial en lugares como Tarawa, y en general intentó ayudar a Comstock a visualizar cómo sería su vida, tanto a corto como a largo plazo, si un trozo grande de plomo atravesase un hueso tan importante. Para sorpresa de todos, Comstock salió contentísimo del encuentro, casi encantado, y desde entonces no había dejado de relatar el incidente. Evidentemente, ahora su nombre está en la lista.

El Sótano está lleno de máquinas de tarjetas ETC y varios equipos sin logotipo corporativo, en la medida que fueron diseñados y en su mayoría

construidos por Lawrence Pritchard Waterhouse en Brisbane. Cuando todas esas cosas se conectan entre sí de la forma correcta, forman un Computador Digital. Como un órgano de tubo, un Computador Digital no es tanto una máquina como una metamáquina que se puede transformar en un gran número de máquinas diferentes alterando su configuración interna. Ahora mismo, Lawrence Pritchard Waterhouse es el único tipo en todo el mundo que comprende el Computador Digital lo suficientemente bien para realizar la alteración, aunque esté entrenando a un par de hombres de la ETC, del equipo de Comstock, para que sepan hacerlo por sí mismos. En el día en cuestión, está convirtiendo el Computador Digital en una máquina para calcular la función zeta que cree que forma el núcleo del criptosistema llamado Azur o Tetraodóntido.

La función exige ciertas entradas. Una de ellas es la fecha. Azur es un sistema para generar secuencias de uso único que cambian cada día, y pruebas circunstanciales encontradas en la sala de los esclavos muertos le indican que, en el momento de sus muertes, trabajaban en la secuencia para el 6 de agosto de 1945, que se encuentra cuatro meses en el futuro. Waterhouse la apunta al estilo europeo (primero el día del mes, luego el mes) como 06081945, y luego corta el cero inicial para obtener 6.081.945, una cantidad pura, un entero, carente de coma digital, error de redondeo, o cualquiera de los otros compromisos que resultan tan detestables a cualquiera que practique la teoría de números. Lo emplea como una de las entradas de la función zeta. La función zeta requiere también otras entradas más, que la persona que diseñó este criptosistema (presumiblemente Rudy) tenía libertad para elegir. Conjeturar qué entradas empleó Rudy había ocupado gran parte de la mente de Waterhouse durante la última semana. Mete los números que ha supuesto, que es una cuestión de convertirlos a notación binaria y luego encarnarlos físicamente en unos y ceros en una fila ordenada de interruptores de acero inoxidable: abajo para cero, arriba para uno.

Finalmente se atavía con los protectores acústicos de un artillero y deja que el Computador Digital realice las cuentas. La habitación se calienta mucho. Un tubo de vacío arde y otro también. Waterhouse los reemplaza. Eso es fácil porque el teniente coronel Comstock ha puesto a su disposición un suministro básicamente infinito, una hazaña bastante extraordinaria

durante la guerra. Los filamentos de todos los tubos brillan en rojo y emiten un calor palpable desde el otro lado de la habitación. El olor a aceite caliente se eleva desde las rejillas de ventilación de las máquinas de tarjetas ETC. El montón de tarjetas en blanco en la bandeja de entrada se acorta misteriosamente a medida que se desvanecen en el interior de la máquina. Las tarjetas caen en el cesto de salida. Waterhouse las coge y las mira. El corazón le palpita con mucha fuerza.

Vuelve a hacerse el silencio. Las tarjetas tienen números, nada más. Resulta que son exactamente los mismos números que quedaron congelados en ciertos ábacos de la sala de computadores esclavos.

Lawrence Pritchard Waterhouse acaba de demoler otro criptosistema del enemigo: Azur/Tetraodóntido puede ahora mostrarse como una cabeza disecada en la pared del Sótano. Y efectivamente, mirando esos números siente la misma desilusión que debe sentir un cazador de grandes animales después de haber perseguido a una bestia legendaria por medio continente africano y al final consigue derribarla metiéndole plomo en el corazón, se acerca al cadáver y descubre que después de todo no es más que un montón enorme y desagradable de carne. Un cadáver sucio y cubierto de moscas. ¿No hay más? ¿Por qué no resolvió este código hace ya mucho tiempo? Ahora se pueden descifrar todas las antiguas interceptaciones Azur/Tetraodóntido. Las tendrá que leer en persona y resultarán ser la charla inane usual de grandes burocracias intentando conquistar el mundo. Francamente, ya no le importa. Quiere salir de aquí lo antes posible, casarse, tocar el órgano y programar su Computador Digital y, con suerte, conseguir que alguien la pague un sueldo por hacer una cosa o la otra. Pero Mary está en Brisbane y la guerra todavía no ha terminado —ni siquiera hemos todavía podido invadir Nipón, por amor de Dios, y conquistarlo va a llevar una eternidad, con todas esas valientes mujeres niponas y sus niños entrenándose en los estadios de fútbol armadas con palos de bambú acabados en punta— y probablemente llegará 1955 antes de que consiga que los militares le licencien. La guerra todavía no ha terminado, y mientras dure necesitarán que siga metido en el Sótano haciendo exactamente lo que acaba de hacer.

Aretusa. Todavía no ha roto Aretusa. ¡Ése sí que es un criptosistema!

Está demasiado cansado. Ahora mismo no puede romper Aretusa.

Lo que realmente necesita es alguien con quien hablar. No sobre nada en particular. Simplemente hablar. Pero sólo hay media docena de personas en el planeta con las que realmente puede hablar, y ninguna de ellas está en Filipinas. Por suerte, hay largos cables de cobre que recorren el fondo de los océanos y que han convertido en irrelevante la posición geográfica, siempre que tengas la autorización adecuada. Waterhouse la tiene. Se pone en pie, abandona el Sótano y se va a charlar con su amigo Alan.

*OceanofPDF.com*

# Akihabara

Mientras el avión de Randy inicia la aproximación a Narita, un estrato bajo de nubes cubre el paisaje como un velo de seda.

Debe de ser Nipón: los únicos dos colores son el naranja de las maquinarias para mover tierra y el verde de la tierra que todavía no ha sido removida. Aparte de eso, todo viene en una escala de grises: aparcamientos grises divididos en rectángulos de líneas blancas, los rectángulos ocupados por coches blancos, negros o grises, perdiéndose en una niebla argentina bajo un cielo del color de una aleación aeronáutica. Nipón es tranquilizador, un buen destino para un hombre al que acaban de sacar de su celda y presentar ante un juez, que acaba de sufrir un castigo verbal y al que han llevado al aeropuerto y expulsado de Filipinas.

Los nipones tienen más aspecto de norteamericanos que los norteamericanos. La prosperidad de clase media es lapidaria; el flujo de dinero redondea y suaviza los bordes de una persona como hace el agua con las piedrecillas de río. La meta de todas esas personas parece ser volverse encantadores y nada amenazadores. Las chicas en especial son preciosas hasta lo insoportable, aunque quizá Randy lo cree así por el complejo enlace neurológico entre su cerebro y la Pequeña Prostatita. Los viejos, en lugar de tener aspecto de cansados y formidables, tienden a llevar zapatillas y gorras de béisbol. Cuero negro, tachuelas y esposas-usadas-como-accesorios son las marcas de las clases inferiores sin poder, la gente que acaba en las cárceles de Manila, y no las personas que en realidad controlan el mundo y lo aplastan todo a su paso.

—Las puertas están a punto de cerrarse. El autobús saldrá en cinco minutos.

En Nipón no sucede nada sin que una voz animada y sugerente de mujer te dé la oportunidad de sujetarte. Puede decir con toda seguridad que lo mismo no es cierto en Filipinas. Randy considera la idea de coger el bus hasta Tokio hasta recuperar la cordura y recordar que lleva en la cabeza las coordenadas precisas de una mina que probablemente no contiene menos de un millar de toneladas de oro. Llama a un taxi. De camino a la ciudad, pasa un accidente de tráfico: un camión cisterna ha atravesado la línea amarilla y ha volcado en el arcén. Pero en Nipón, incluso los accidentes de tráfico poseen la seria precisión de los antiguos rituales sintoístas. Policías de guantes blancos dirigen el tráfico, operarios de rescate vestidos para ir a la luna descienden de inmaculados furgones de emergencia. El taxi pasa por debajo de la bahía de Tokio por un túnel construido, hace tres décadas, por Goto Engineering.

Randy acaba en un gran hotel antiguo. «Antiguo» significa que la estructura física se construyó durante los años cincuenta, cuando los norteamericanos competían con los soviéticos en la construcción de los edificios más brutales de la era espacial empleando los materiales industriales más deprimentes. Y es fácil imaginarse a Ike y Mamie llegando a la puerta principal en un Lincoln Continental de cinco toneladas. Claro está, el interior ha sido reformado más veces de las que muchos hoteles limpian las alfombras, así que todo está perfecto. Randy siente el poderoso impulso de tenderse en la cama como un saco de mierda, pero está cansado de sentirse confinado. Y hay muchas personas con las que podría hablar por teléfono, pero ahora mismo siente una paranoia suprema con respecto al teléfono. Tendría que mantener cualquier conversación censurándose. Hablar abiertamente y con libertad es un placer, hablar midiendo las palabras es trabajo, y a Randy no le apetece trabajar. Llama a sus padres para decirles que todo está bien, llama a Chester para darle las gracias.

Luego baja con el portátil y se sienta en medio del vestíbulo del hotel, que para los estándares de Tokio es ostentosamente grande; el valor de la tierra que hay debajo del vestíbulo probablemente excede al de Cape Cod. Nadie podría ni acercársele con una antena Van Eck, e incluso si pudiesen hacerlo, habría muchas interferencias por los ordenadores de la recepción.

Empieza a pedir bebidas, alternando entre cerveza rubia nipona brutalmente fría y té caliente, y escribe un memorando explicando más o menos lo que ha conseguido en el último mes. Escribe muy lentamente, porque ahora sus manos están prácticamente inmovilizadas debido al síndrome del túnel carpiano, y cualquier movimiento que se parezca remotamente a teclear le produce mucho dolor. Acaba pidiendo de gorra un lápiz en recepción y luego usa la goma para pulsar las teclas una a una. El memorando comienza con la palabra «carpiano» que es un código que ha desarrollado para explicar por qué el texto subsiguiente parece tan seco y carece de letras mayúsculas. Apenas ha conseguido terminar de teclearlo cuando se le acerca una jovencita devastadoramente mona y vibrante vestida con kimono que le informa de que en el Centro de Negocios hay un equipo de mecanógrafos dispuestos a ayudarle si así lo desea. Randy rechaza la oferta con toda su capacidad para la amabilidad, que probablemente no es suficiente. La Chica Kimono retrocede dando pequeños pasitos, inclinando y emitiendo *hais* truncados y subvocalizados. Randy vuelve a enredarse con la goma. Explica, todo lo conciso y claramente que puede, lo que ha estado haciendo, y lo que cree que pasa entre el general Wing y Enoch Root. Deja a la imaginación de todos el tema de qué coño pueda estar pasando con el Dentista.

Cuando termina, lo cifra y vuelve a la habitación a enviarlo. No puede soportar la limpieza de sus aposentos. Parece que las sábanas las sujetaron con mordazas metálicas sobre el colchón y luego las empaparon de almidón. Es la primera vez en más de un mes que a su nariz no llega la peste cálida y húmeda del gas de alcantarilla, ni que el olor amoniacal de la orina evaporada le irrite los ojos. En algún lugar de Nipón, un hombre vestido con un mono blanco y limpio permanece de pie en medio de una sala sosteniendo una gruesa manguera que vomita fibra de vidrio recién cortada mezclada con resina de poliéster en el interior de una forma llena de curvas; retirado el molde, el resultado es un baño como éste: una única superficie topológica atravesada como mucho en dos o tres lugares por desagües y boquillas. Mientras Randy envía el memorando por email, deja que el agua caliente llene la depresión más grande y suave de la superficie del baño. Luego se quita la ropa y se mete en ella. Nunca toma baños, pero

entre el mal olor que ahora parece cubrir su cuerpo y la palpitación de su Masa de Ardiente Amor nunca ha habido mejor ocasión que ahora.

Los últimos días fueron los peores. Cuando Randy terminó su proyecto, y mostró los resultados falsos en pantalla, esperaba que la puerta de la celda se abriese de inmediato. Que saldría caminando por las calles de Manila y que, para obtener puntos extras, Amy podría incluso estar esperándole. Pero no sucedió nada durante todo un día, y luego vino el letrado Alejandro y le dijo que podría ser posible un acuerdo, pero que requeriría trabajo. Y luego resultó que el acuerdo era bastante malo: Randy no iba a ser exonerado. Se le iba a deportar del país bajo la orden de no regresar. El letrado Alejandro nunca dijo que fuese un acuerdo especialmente bueno, pero algo en su expresión dejó claro que no tenía sentido quejarse; Se Había Tomado La Decisión en niveles que no eran accesibles.

Ahora mismo podría encargarse con toda facilidad del problema con la Masa de Ardiente Amor, pero se sorprende a sí mismo decidiendo no hacerlo. Podría ser perversidad; no está seguro. El último mes y medio de celibato total, aliviado exclusivamente por emisiones nocturnas a intervalos de más o menos dos semanas, le ha situado definitivamente en un espacio mental donde nunca había estado antes, ni siquiera se había acercado a él, ni siquiera había oído rumores sobre su existencia. Cuando estaba en la cárcel tuvo que desarrollar una feroz disciplina mental para no distraerse pensando en el sexo. Después de un tiempo se le dio alarmantemente bien. Es una solución muy antinatural al problema mente/cuerpo, básicamente la antítesis de toda filosofía de los sesenta y setenta que hubiese absorbido de sus mayores de la Generación del Baby Boom. Es el tipo de cosas que asocia con tipos duros e impresionantes: espartanos, Victorianos y héroes militares norteamericanos de mediados del siglo XX. Ha convertido a Randy en una especie de tipo duro en lo que a programación se refiere y, mientras tanto, sospecha, le ha colocado en un espacio mental mucho más intenso y apasionado de lo que hubiese experimentado antes con respecto a las cosas del corazón. No lo sabrá con seguridad hasta que no se encuentre cara a cara con Amy, lo que parece que va a llevar su tiempo porque acaban de echarle a patadas del país donde ella vive y trabaja. Simplemente como experimento, ha decidido mantener por ahora las manos apartadas de su cuerpo. Si eso le pone un poco más tenso y volátil en comparación con su

personalidad patológicamente sosegada de la Costa Oeste, pues será una pena. Una de las cosas agradables de encontrarse en Asia es que la gente tensa y volátil encaja perfectamente. No es como si alguien se hubiese muerto por estar cachondo.

Así que sale inmaculado del baño y se envuelve en una túnica vestal de color blanco. Su celda de Manila no tenía espejo. Sabía que probablemente estaba perdiendo peso, pero no es hasta salir del baño que se da un vistazo en el espejo y comprende cuánto. Por primera vez desde que era un adolescente, tiene cintura, lo que convierte un albornoz blanco en una prenda cuasipráctica.

Apenas se reconoce. Antes del comienzo de su Tercera Aventura Empresarial había asumido que, alcanzando ya los treinta y tantos, ya había descubierto quién era, y que seguiría siendo así por siempre, excepto con un cuerpo cada vez más deteriorado y un valor neto mayor. No se imaginaba que fuese posible cambiar tanto, y se pregunta dónde acabará ese proceso. Pero no es más que un momento anómalo de reflexión. Agita la cabeza y regresa con su vida.

Los nipones tienen, y han tenido siempre, una maravillosa habilidad con las imágenes gráficas, queda claro en los mangas y animes, pero alcanza su mayor expresividad en los ideogramas de seguridad. Flameantes llamas rojas, edificios que se parten y caen mientras la tierra se abre a sus pies, una figura que huye recortada en el marco de una puerta, suspendida en el destello estroboscópico de una detonación. El material escrito que acompaña a esas imágenes es, por supuesto, incomprensible para Randy, así que su mente racional no tiene nada en que centrarse; los aterradores ideogramas resplandecen con fuerza, fragmentos de pesadilla surgiendo de las paredes, y en los cajones de la mesa de su habitación, en cuanto baja la guardia por un momento. Lo que puede leer no es exactamente tranquilizador. Intentando dormir, se queda tendido en la cama, comprobando mentalmente la localización de la linterna de emergencia y un par de zapatillas gratuitas (demasiado pequeñas) que con buen sentido le han dejado para que pueda salir corriendo del hotel en llamas que se derrumba, cuando el siguiente temblor de 8.0 saque las ventanas de sus marcos, sin convertirse los pies en pescado picado. Mira fijamente el techo, que está repleto de equipos de seguridad cuyos LED forman una reluciente

constelación roja, una figura agachada conocida por los antiguos griegos como Ganímedes, el Copero Analmente Receptivo, y para los nipones como Hideo, el Valiente Asistente en Caso de Desastre inclinado para comprobar si hay algo blando bajo ese montón de cemento. Todo ello le deja en un estado de terror puro. Se levanta a las cinco de la mañana, coge dos cápsulas de Japanese Snacks del minibar y abandona el hotel, siguiendo una de las dos rutas de salida de emergencia que ha memorizado. Inicia un vagabundeo, pensando que estaría bien perderse. Lo de perderse lo consigue en unos treinta segundos. Debería haber traído su GPS, y haber apuntado la latitud y la longitud del hotel.

La latitud y la longitud del Gólgota están expresadas, en las interceptaciones Aretusa, en grados, minutos, segundos y décimas de segundo de latitud y longitud. Un minuto es una milla náutica, un segundo es como cien pies. En la segunda cifra, los números del Gólgota sólo tienen un dígito después de la coma decimal, lo que implica una precisión de diez pies. Un receptor GPS te puede dar esa precisión. Randy no está tan seguro con respecto a los sextantes que los topógrafos nipones presumiblemente usaron durante la guerra. Antes de irse, apuntó los números en un trozo de papel, pero cortó los segundos y los expresó de la forma «XX grados y veinte minutos y medio», dando a entender una precisión de algunos miles de pies. Luego inventó otras ubicaciones en los alrededores, pero a millas de distancia y las añadió a la lista, con la ubicación real como número dos en la lista. Encima escribió: «¿Quién es dueño de estas parcelas de tierra?» o, en criptojerga, QUIEN ESDUE ÑODEE etc., y luego pasó toda una tarde casi increíblemente tediosa sincronizando los dos mazos de cartas y cifrando todo el mensaje con el algoritmo Solitario. Dio a Enoch Root el texto cifrado y el mazo de cartas sin usar, luego mojó el texto llano en algo de grasa sobrante de la cena y colocó el papel en el desagüe. En una hora, una rata había venido a comérselo.

Vaga durante todo el día. Al principio, la situación es fría y deprimente y piensa que va a rendirse pronto, pero luego se mete en el espíritu y aprende a comer: te acercas a un caballero en una esquina que vende bolas de pulpo fritas y emites ruidos neolíticos y sostienes yenes, hasta que te encuentras con comida en la mano. Luego te la comes.

Por medio de una especie de instinto guía de un fanático de la informática, va a dar con Akihabara, el distrito electrónico, y pasa un rato vagando por entre las tiendas mirando todos los productos electrónicos de consumo que se venderán en Estados Unidos dentro de un año. Allí se encuentra cuando suena su teléfono GSM.

—¿Hola?

—Soy yo. Estoy de pie tras una línea amarilla muy gruesa.

—¿Qué aeropuerto?

—Narita.

—Encantado de oírlo. Dile al chófer que te lleve a Mr. Donut en Akihabara.

Randy está allí una hora más tarde, ojeando un épico manga del grueso de una guía telefónica, cuando Avi entra. El protocolo implícito de saludos Randy/Avi les indica que deben abrazarse en ese momento, así que lo hacen, para asombro de sus colegas comedores de donuts que normalmente se conforman con una inclinación. El Mr. Donut es un negocio de tres pisos encajado en una franja inmueble de aproximadamente el mismo tamaño que una escalera en espiral y está repleto de gente que cursó inglés obligatorio en sus excelentes y muy competitivas escuelas. Además, Randy emitió la hora y posición de la reunión por radio hace una hora. Así que mientras permanecen allí, Randy y Avi hablan de cosas relativamente inocuas. Luego salen a pasear. Avi sabe cómo moverse por ese vecindario. Guía a Randy por una puerta para entrar en nerdvana.

—Mucha gente —le explica Avi— no sabe que la palabra que normalmente se deletrea y escribe como «nirvana» puede transliterarse de forma más exacta como «nirdvana» o, podría argumentarse, «nerdvana». Esto es el nerdvana.[30] El núcleo alrededor del cual se forma Akihabara. Aquí es a donde vienen a buscar los que necesitan los *pasocon otaku.*

—*¿Pasocon otaku?*

—Fanáticos de los ordenadores personales —dice Avi—. Pero como en otras muchas cosas, los nipones lo llevan a unos extremos que apenas podemos imaginar.

El lugar está dispuesto casi exactamente como un mercado asiático de comida: es un laberinto de pasillos estrechos que serpentean por entre casetas diminutas, apenas mayores que una cabina de teléfonos, donde los

tenderos exhiben su mercancía. Lo primero que ven es un puesto de cables: al menos un centenar de rollos de diferentes tipos y anchos de cable cubiertos de aislamientos plásticos de llamativos colores.

—¡Qué apropiado! —dice Avi, admirando el muestrario—, tenemos que hablar de cables. —Ni que decir tiene que ese lugar es genial para mantener una conversación: los caminos entre los puestos son tan estrechos que tienen que andar en fila india. Nadie puede seguirles, o acercárseles, sin que sea ridiculamente descarado. Un conjunto de soldadores se alzan perversamente, dándole a uno de los puestos el aspecto de una tienda de artes marciales. Apilados formando pirámides hay potenciómetros del tamaño de una lata de café.

—Háblame de los cables —dice Randy.

—No necesito decirte lo mucho que nosotros dependemos de los cables submarinos —dice Avi.

—¿Con «nosotros» te refieres a la Cripta o a la sociedad en general?

—A ambas. Evidentemente, la Cripta no podría funcionar sin una conexión al mundo exterior. Pero Internet y todo lo demás dependen de los cables de la misma forma.

Un *pasocon otaku* vestido con una guerrera, sosteniendo un cuenco de plástico como carrito de la compra, se inclina sobre una muestra de relucientes rollos toroidales de cobre que parecen haber sido pulidos a mano por el dueño en persona. Puntos de luz halógenos del tamaño de dedos, montados encima del muestrario, resaltan la perfección geométrica.

—¿Y?

—Y los cables son vulnerables.

Pasan junto a un puesto especializado en clavijas, con un apartado dedicado a las pinzas cocodrilo, dispuestas en rosetas coloridas alrededor de discos de cartón.

—Esos cables solían ser propiedad de las PTAs. Que básicamente eran propiedad de los gobiernos. Así que básicamente hacían lo que el gobierno les decía que hiciesen. Pero los nuevos cables de hoy en día son propiedad, y están controlados, por corporaciones que no escuchan a nadie excepto a sus inversores. Eso pone a ciertos gobiernos en una posición que no les gusta mucho.

—Vale —dice Randy—, antes tenían control final sobre el flujo de información entre países al dirigir las PTTs que tendían los cables.

—Sí.

—Y ahora no.

—Exacto. Se ha producido una gran transferencia de poder bajo sus narices sin que pudiesen preverla. —Avi se detiene frente a un puesto que vende LED de todos los colores del chicle, reunidos en diminutas cajitas como si fuesen frutas tropicales en cajas, o sobresaliendo de cubos de poliuretano como si fuesen hongos psicodélicos. Avi está haciendo grandes gestos de transferencia de poder con las manos, pero para la mente cada vez más distorsionada de Randy tiene el aspecto de un hombre que mueve lingotes de oro de un montón a otro. Al otro lado del pasillo, les observan los ojos muertos de un centenar de cámaras de vídeo en miniatura. Avi sigue hablando—: Y como ya hemos hablado muchas veces, hay muchas razones para que gobiernos diferentes deseen controlar el flujo de información. China podría querer instituir una censura política, mientras que Estados Unidos podría querer regular la transferencia de dinero electrónico para poder seguir recaudando impuestos. En los viejos días podían hacerlo en la medida que eran dueños de los cables.

—Pero ahora ya no pueden —dice Randy.

—Ahora ya no pueden, y el cambio se produjo con gran rapidez, o al menos así se lo parecía a un gobierno con un metabolismo intelectual retardado, y ahora se han quedado muy atrás, y están asustados y cabreados, y empiezan a contraatacar.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Cómo están contraatacando?

Un vendedor de interruptores de palanca pasa un trapo sobre filas y columnas de mercadería de acero inoxidable. La punta del trapo rompe la barrera del sonido y provoca un pequeño estallido sónico que hace saltar una molécula de polvo de la superficie de un interruptor. Todos les ignoran cortésmente.

—¿Sabes cuánto cuesta hoy en día el tiempo de desconexión de un cable de última generación?

—Claro que lo sé —dice Randy—. Puede llegar a cientos de miles de dólares por minuto.

—Exacto. Y se requieren al menos un par de días para reparar un cable roto. Un par de días. Una única rotura en un cable puede costar a la compañía propietaria decenas e incluso centenares de millones de dólares en ingresos perdidos.

—Pero eso no ha importado nunca demasiado —dice Randy—. Ahora los cables se tienden muy profundos. Allí donde sólo están expuestos al océano profundo.

—Sí... donde sólo una entidad con los recursos navales de un gobierno importante puede cortarlos.

—¡Oh, mierda!

—Tal es el nuevo equilibro de poder, Randy.

—No puedes decirme en serio que los gobiernos están amenazando con...

—Los chinos ya lo han hecho. Cortaron un cable más viejo, un cable de fibra óptica de primera generación, que unía Corea con Nipón. El cable no era demasiado importante... lo hicieron sólo como disparo de advertencia. ¿Y cuál es la regla que siguen los gobiernos con respecto a ponerse a cortar cables submarinos?

—Que es como la guerra nuclear —dice Randy—. Muy fácil de iniciar. Devastadora en los resultados. Así que nadie lo hace.

—Pero si los chinos han cortado un cable, entonces otros gobiernos con gran interés en reducir el flujo de información podrían plantearse: «Eh, los chinos lo han hecho, debemos demostrar que podemos responder de la misma forma.»

—¿Está sucediendo tal cosa?

—¡No, no, no! —dice Avi. Se han detenido frente al mayor muestrario de tenacillas curvas que Randy haya visto jamás—. No son más que posturitas. No están dirigidas a los otros gobiernos sino más bien a los emprendedores que poseen y operan los cables. La luz se hace en la mente de Randy.

—Como el Dentista.

—El Dentista ha metido más dinero en cables submarinos de financiación privada que casi cualquier otro. Tenía una participación minoritaria en ese cable que los chinos cortaron entre Corea y Nipón. Así que está atrapado como una rata. No tenía elección, no tenía más elección que hacer lo que le dijeron.

—¿Y quién da las órdenes?

—Estoy seguro de que los chinos están muy implicados... su gobierno no tiene ningún tipo de mecanismo interno de control, así que están más dispuestos a hacer algo claramente irregular.

—Y evidentemente son los que más tienen que perder con el flujo incontrolado de información.

—Sí. Pero poseo el cinismo suficiente para sospechar que otros muchos gobiernos vienen justo detrás.

—Si tal cosa es cierta —dice Randy—, entonces estamos jodidos. Tarde o temprano estallará una guerra de corte de cables. Seccionarán todos los cables. Final de la historia.

—El mundo ya no se mueve de semejante forma, Randy. Los gobiernos se reúnen y negocian. Como hicieron en Bruselas justo antes de Navidad. Llegan a acuerdos. La guerra no estalla. Normalmente no.

—Entonces... ¿hay un acuerdo?

Avi se encoge de hombros.

—Por lo que puedo intuir, se ha alcanzado un equilibrio entre la gente que posee fuerzas navales, es decir, la gente que tiene la capacidad de cortar cables impunemente, y la gente que posee y opera los cables. Cada lado teme lo que el otro puede hacer. Así que han alcanzado un acuerdo entre caballeros. Su encarnación burocrática es la OIRTD.

—Y el Dentista está metido.

—Precisamente.

—Así que quizás el asalto a Ordo vino dictado al final por el gobierno.

—Dudo mucho que Comstock lo ordenase —dice Avi—. Creo que se trataba del Dentista demostrando su lealtad.

—¿Qué hay de la Cripta? ¿El Sultán es parte de ese acuerdo?

Avi se encoge de hombros.

—Pragasu no suelta prenda. Le conté lo que te acabo de decir. Dibujé mi teoría de lo que estaba pasando. Puso cara de diversión tolerante. Ni la confirmó ni la negó. Pero me dio razones para creer que la Cripta sigue en marcha y que se pondrá en marcha en la fecha prevista.

—Me resulta difícil de creer —dice Randy—. Da la impresión de que la Cripta es su peor pesadilla.

—¿La peor pesadilla de quién?

—De cualquier gobierno que tenga que recaudar impuestos.

—Randy, los gobiernos siempre encontrarán una forma de recaudar impuestos. Si al final se produce lo peor, Hacienda se limitará a basarlo todo en impuestos sobre la propiedad... no puedes esconder un bien inmueble en el ciberespacio. Pero ten en cuenta qué el gobierno de Estados Unidos es sólo una parte de todo el asunto... los chinos también son muy importantes.

—¡Wing! —suelta Randy. Él y Avi se encogen de miedo y miran a su alrededor. Los *pasocon otaku* no les prestan atención. Un hombre que vende cables de los colores del arco iris les mira con curiosidad cortés y luego aparta la vista. Salen del bazar y llegan a la calle. Ha empezado a llover. Una docena de jóvenes casi idénticas ataviadas con minifaldas y tacones altos marchan en formación de uve por el centro de la calle portando enormes paraguas con el rostro de un personaje de videojuego.

—Wing busca oro en Bundok—dice Randy—. Cree que sabe dónde está el Gólgota. Si lo encuentra, va a necesitar un banco muy especial.

—No es el único tipo del mundo que necesita un banco especial —dice —. Durante muchos años, Suiza ha hecho buenos negocios con los gobiernos o con personas relacionadas con gobiernos. ¿Por qué Hitler no invadió Suiza? Porque los nazis no hubiesen podido mantenerse sin ella. Así que la Cripta definitivamente ocupa un nicho ecológico.

—Vale —dice Randy—, así que permitirán que la Cripta siga existiendo.

—Tiene que existir. El mundo la necesita —dice Avi—. Y nosotros la necesitaremos, cuando excavemos el Gólgota.

De pronto Avi adopta una expresión traviesa; tiene aspecto de acabar de perder diez años de edad. El espectáculo hace que Randy se ría con ganas, la primera vez que se ha reído de verdad en un par de meses. Su humor

acaba de sufrir un cambio sísmico, ahora el mundo entero parece un lugar diferente.

—No es suficiente saber dónde está. Enoch Root dice que el oro está enterrado en minas profundas, en medio de la roca más dura. Así que no vamos a poder sacar el oro sin poner en marcha una operación de ingeniería bastante importante.

—¿Qué crees que hago en Tokio? —dice Avi—. Vamos, volvamos al hotel.

Mientras Avi va a recepción, Randy recoge sus mensajes en el mostrador principal y se encuentra con un sobre de Federal Express esperándole. Si lo abrieron por el camino, los que lo hicieron ocultaron muy bien el rastro. Contiene un mensaje cifrado a mano de Enoch Root, quien evidentemente ha encontrado la forma de que le dejasen salir del trullo con sus escrúpulos intactos. Está formado por varias líneas de letras mayúsculas aparentemente aleatorias, en grupos de cinco.

Desde que salió de la cárcel, Randy ha estado cargando con un mazo de cartas: la clave preasignada que descifrará este mensaje. La idea de varias horas de solitario parecen menos agradables en Tokio que en la cárcel, y sabe que le llevará al menos ese tiempo descifrar un mensaje tan largo. Pero ya ha programado su ordenador para jugar al Solitario según las reglas de Enoch, y ya ha metido la clave expresada en el mazo de cartas que Enoch le dio, y lo tiene almacenado en un disco que lleva pegado con un elástico al forro del bolsillo. Así que él y Avi suben a la habitación de Avi, deteniéndose por el camino para recoger el portátil de Randy, y mientras Avi mira sus mensajes, Randy teclea el texto cifrado y hace que lo descifre.

—El mensaje de Enoch dice que la tierra sobre el Gólgota es propiedad de la Iglesia —masculla Randy—, pero que para llegar hasta allí es preciso pasar por territorio propiedad de Wing y algunos filipinos.

Avi no parece oírle. Tiene los ojos fijos en un mensaje.

—¿Qué pasa? —pregunta Randy.

—Un pequeño cambio de planes para esta noche. Espero que tengas un traje realmente bueno.

—No sabía que tuviésemos planes para esta noche.

—Íbamos a reunimos con Goto Furudenendu —dice Avi—. Supuse que serían los tipos adecuados a los que encargarles que hiciesen un gran

agujero en el suelo.

—Me parece bien —dice Randy—. ¿Cuál es el cambio de planes?

—El viejo viene desde su retiro en Hokkaido. Quiere invitarnos a cenar.

—¿El viejo?

—El fundador de la compañía, el padre de Goto Furudenendu —dice Avi—. Protegido de Douglas MacArthur. Multi-multi-multi-millonario. Compañero de golf y confidente de primeros ministros. Un tío mayor llamado Goto Dengo.

*OceanofPDF.com*

# Proyecto X

Es principios de abril del año 1945. Una viuda nipona de mediana edad siente cómo se agita la tierra y sale corriendo de su casita de papel temiendo un temblor. Su casa está en la isla de Kyushu, cerca del mar. Mira el océano y ve un barco negro en el horizonte, surgiendo de un sol naciente que ha provocado él mismo: porque cuando se disparan los cañones, todo el buque queda envuelto en fuego rojo durante un momento. Tiene la esperanza de que el *Yamato,* el mayor barco de guerra del mundo que se perdió en el horizonte hace unos días, haya regresado victorioso y esté disparando sus cañones para celebrarlo. Pero se trata de un acorazado norteamericano y arroja proyectiles sobre el puerto que el *Yamato* abandonó hace poco, haciendo que las entrañas de la tierra se agiten como si se preparase para vomitar.

Hasta ese momento, la mujer nipona había estado convencida de que las fuerzas armadas de su nación estaban aplastando a los norteamericanos, británicos, holandeses y chinos en todas las batallas. Esa aparición debe de ser una especie de alocado ataque suicida. Pero el barco negro se queda donde está durante todo el día, lanzando tonelada tras tonelada de dinamita sobre el suelo sagrado. No viene ningún avión a bombardearlo, ningún barco a enfrentársele, ni siquiera un submarino a torpedearlo.

Demostrando de forma aberrante sus malos modales, Patton ha atravesado el Rin antes de tiempo, para irritación de Montgomery, que había estado preparándose laboriosamente para ejecutar primero esta operación.

El submarino alemán U-234 se encuentra en el Atlántico Norte, dirigiéndose al cabo de Buena Esperanza, portando diez contenedores que conservan mil doscientas libras de óxido de uranio. El uranio va en dirección a Tokio, donde se le empleará en algunos experimentos todavía en fase preliminar, con la idea de construir un dispositivo explosivo nuevo y extremadamente potente.

La fuerza aérea del general Curtís LeMay ha pasado casi todo el último mes volando peligrosamente bajo sobre ciudades niponas arrojándoles dispositivos incendiarios. Una cuarta parte de Tokio es escombros; allí murieron ochenta y tres mil personas, y eso sin contar bombardeos similares sobre Nagoya, Osaka y Kobe.

La noche antes del bombardeo a Osaka, unos marines alzaron una bandera sobre Iwo Jima y la foto apareció en todos los periódicos.

En los últimos días, el Ejército Rojo, ahora convertido en la fuerza militar más terrible sobre la tierra, ha ocupado Viena y los campos de petróleo de Hungría, y los soviéticos han declarado que dejarán que su Pacto de Neutralidad con Nipón expire en lugar de renovarlo.

Acaban de invadir Okinawa. La lucha es la peor. La invasión tiene el apoyo de una vasta flota contra la que los nipones han lanzado todo lo que tienen. El *Yamato* fue tras ellos, con los cañones de dieciocho pulgadas listos, cargando con combustible sólo para un día de viaje. Pero los criptoanalistas de la Marina de Estados Unidos interceptaron y descifraron sus órdenes y la gran nave se hundió con dos mil quinientos hombres a bordo. Los nipones han lanzado el primero de sus ataques Crisantemo Flotante contra la flota de invasión: nubes de aviones kamikaze, bombas humanas, torpedos humanos, lanchas rápidas cargadas de explosivos.

Para irritación y desconcierto del alto mando alemán, el gobierno nipón le ha enviado un mensaje pidiéndoles que, en caso de que se pierdan todas las bases navales europeas de Alemania, se ordene a la Kriegsmarine que siga operando con los nipones en el Lejano Oriente. El mensaje está cifrado en Índigo. Los aliados lo interceptan y lo leen, como es su deber.

En el Reino Unido, el doctor Alan Mathison Turing, al considerar que la guerra a todos los efectos ha terminado, hace ya tiempo que ha dedicado su atención al problema del cifrado de voz y a la creación de máquinas pensantes. Durante diez meses —desde que el Colossus Mark II se entregó

a Bletchley Park— ha tenido la oportunidad de trabajar con una máquina computadora verdaderamente programable. Alan inventó esas máquinas mucho antes de que se construyesen, pero sus experiencias con el Colossus Mark II le han ayudado a solidificar algunas ideas sobre cómo habría que diseñar la siguiente máquina. Piensa en ella como una máquina posterior a la guerra, pero eso se debe exclusivamente a que él es europeo y no le preocupa el problema de conquistar Nipón como a Waterhouse.

—He estado trabajando en ENTERRAR y DESENTERRAR—dice una voz que surge de unos agujeritos en un auricular de baquelita colocado sobre la cabeza de Waterhouse. La voz llega extrañamente distorsionada, casi oscurecida por el ruido blanco y un zumbido enloquecedor.

—Por favor, repite —dice Lawrence, apretándose el auricular sobre el oído.

—ENTERRAR y DESENTERRAR —dice la voz—. Son conjuntos de instrucciones que la máquina debe ejecutar, para realizar ciertos algoritmos. Son programas.

—¡Vale! Lo lamento, no pude oírte la primera vez. Sí, yo también he estado trabajando en ellos —dice Waterhouse.

—La siguiente máquina tendrá un sistema de almacenamiento de memoria, Lawrence, en forma de ondas de sonido viajando por el interior de cilindros llenos de mercurio... robamos la idea de John Wilkins, fundador de la Royal Society, a quien se le ocurrió hace trescientos años, excepto que él iba a usar aire en lugar de mercurio. Eh... perdóname, Lawrence, ¿dices que has estado trabajando en ellos?

—Hice lo mismo con tubos. Válvulas, como las llamarías tú.

—Bien, eso está muy bien para los yanquis —dice Alan—. Supongo que si eres infinitamente rico podrías crear un sistema ENTERRAR/DESENTERRAR con locomotoras de vapor, o algo así, y tener un equipo de mil personas para correr por ahí poniendo aceite en las partes que crujan.

—La línea de mercurio es una buena idea —admite Waterhouse—. Muy ingeniosa.

—¿Has conseguido realmente que ENTERRAR y DESENTERRAR funcione con válvulas?

—Sí. Mi DESENTERRAR funciona mejor que nuestras expediciones con palas —dice Lawrence—. ¿Llegaste a encontrar los lingotes de plata

que enterraste?

—No —dice Alan ausente—. Se perdieron. Se perdieron en medio del ruido del mundo.

—Sabes, lo que acabo de administrarte ha sido un test de Turing —dice Lawrence.

—Perdona.

—Esta maldita máquina altera tanto la voz que no puedo distinguirte de Winston Churchill —dice Lawrence—. Así que la única forma que tengo de verificarlo es hacerte decir algo que sólo Alan Turing podría decir.

Oye la risa aguda de Alan al otro lado de la línea. Efectivamente es él.

—Esto del Proyecto X es malísimo —dice Alan—. Delilah es infinitamente superior. Me gustaría que pudieses verlo por ti mismo. O oírlo.

Alan está en Londres, en un búnker de mando en algún sito. Lawrence está en la bahía de Manila, en la Roca, la isla de Corregidor. Les une una hebra de cobre que da toda la vuelta al mundo. Ahora hay muchas hebras similares que atraviesan el fondo de los océanos del mundo, pero sólo unas pocas muy especiales llegan a cuartos como éste. Esos cuartos se encuentran en Washington, Londres, Melbourne y, ahora, Corregidor.

Lawrence mira más allá de una gruesa ventana de vidrio hacia la cabina del ingeniero, donde un disco fonográfico está reproduciéndose en el tocadiscos más preciso y caro del mundo. También es, igualmente, el disco más valioso jamás estampado: está lleno con lo que se pretende que sea ruido blanco perfectamente aleatorio. El ruido se combina electrónicamente con la voz de Lawrence antes de ser enviada por el cable. Una vez que llega a Londres, el ruido (que es eliminado empleando un disco fonográfico exactamente idéntico) se sustrae de la voz, y el resultado se envía al auricular de Alan Turing. Todo depende de que los dos fonógrafos estén perfectamente sincronizados. La única forma de sincronizarlos es transmitir ese zumbido enloquecedor, una onda portadora, junto con la señal de voz. Si todo sale bien, el tocadiscos al otro lado puede ajustarse al zumbido y hacer girar el disco siguiendo la señal.

El disco fonográfico es, en otras palabras, un cuaderno de uso único. En algún lugar de Nueva York, en las entrañas de Bell Labs, tras una puerta cerrada y protegida por guardias que lleva el cartel PROYECTO X, hay

técnicos produciendo más discos, los últimos grandes éxitos del ruido blanco. Estampan algunas copias, las envían por valija a las ubicaciones del Proyecto X alrededor del globo y luego destruyen los originales.

No estarían manteniendo esta conversación en absoluto si no fuese porque hace un par de años Alan fue a Greenwich Village y trabajó en Bell Labs durante unos meses, mientras Lawrence se encontraba en Qwghlm. El gobierno de Su Majestad le envió allí para evaluar ese Proyecto X y decidir si era realmente seguro. Alan decidió que sí lo era; luego regresó a casa y comenzó a trabajar en uno mucho mejor, llamado Delilah.

¿Qué tiene todo esto que ver con los esclavos chinos muertos? Para Lawrence, que mira a través del vidrio el disco de ruido blanco que gira, la conexión no podría ser más clara.

—La última vez que hablé contigo —dice Lawrence—, trabajabas en la forma de generar ruido aleatorio para Delilah.

—Sí —dice Alan ausente. Eso fue hace mucho tiempo y todo ese proyecto quedó ENTERRADO en su sistema de almacenamiento de memoria; le llevará un minuto o dos DESENTERRARLO.

—¿Qué clase de algoritmos consideraste para crear el ruido?

Se produce otra pausa de cinco segundos, luego Alan se lanza a una disquisición sobre funciones matemáticas para generar secuencias de números pseudoaleatorios. Alan es poseedor de una buena educación de colegio inglés, y sus comentarios tienden a estar bien estructurados, en forma de esquemas, frases clave y todo lo demás:

NÚMEROS PSEUDOALEATORIOS

I. Advertencia: evidentemente, en realidad no son aleatorios, simplemente lo parecen, y de ahí el pseudo...

II. Visión del Problema:

A. Parece como si fuese fácil.

B. En realidad resulta ser muy difícil.

C. Consecuencias del fracaso: los alemanes descifran nuestros mensajes secretos, mueren millones de personas, la humanidad es esclavizada, el mundo se hunde en una Edad Oscura eterna.

D. Cómo saber si una serie de números es aleatoria 1, 2, 3... (Una lista de diferentes pruebas estadísticas de aleatoriedad, ventajas y desventajas de cada una.)

III. Un montón de cosas que yo, Alan Turing, he probado.

A, B, C... (Una lista de diferentes funciones matemáticas que Alan empleó para generar números aleatorios; como casi todas ellas fallaron miserablemente, la confianza inicial de Alan queda reemplazada por la sorpresa; luego la exasperación, a continuación la desesperación, y luego una confianza cauta al encontrar al fin algunas técnicas que funcionan.)

IV. Conclusiones:

A. Es más difícil de lo que parece.

B. No es para los que se asustan fácilmente.

C. Puede hacerse si tienes inteligencia.

D. En retrospectiva, se trata de un interesante problema matemático que merece mayores investigaciones.

Cuando Alan termina con ese viaje en remolino perfectamente estructurado por el Sorprendente Mundo de la Pseudoaleatoriedad, Lawrence dice:

—¿Qué hay de las funciones zeta?

—Ni siquiera las tuve en cuenta —dice Alan. Lawrence se queda boquiabierto. Puede ver su propio reflejo semitransparente superpuesto sobre el disco giratorio, y ve que tiene en el rostro una expresión de ligero ultraje. Debe de haber algo evidentemente no aleatorio en el núcleo de la función zeta, algo tan evidente que Alan tuvo que rechazarla sin pensarlo. Pero Lawrence no ha visto tal cosa. Sabe que Alan es más listo que él, pero no está acostumbrado a quedarse tan desesperadamente atrás.

—¿Por qué... por qué no? —consigue soltar al final.

—¡Por Rudy! —grita Alan—. ¡Tú, Rudy y yo trabajamos en esa maldita máquina en Princeton! Rudy sabe que tú y yo tenemos los conocimientos para construir tal dispositivo. Así que es lo primero que asumiría que emplearíamos.

—Ah. —Lawrence suspira—. Pero dejando eso de lado, la función zeta parece una buena forma de conseguirlo.

—Podría ser —dice Alan a la defensiva—, pero no lo he investigado. No estarás pensando en usarla, ¿verdad?

Lawrence le cuenta a Alan lo de los ábacos. Incluso a través del ruido y el zumbido le queda claro que Alan está estupefacto. Se produce una pausa mientras los técnicos a cada lado dan la vuelta a los discos. Cuando se reestablece la conexión, Alan sigue muy emocionado.

—Deja que te cuente algo más —dice Lawrence.

—Sí, adelante.

—Sabes que los nipones usan una plétora de códigos diferentes, y que todavía no hemos roto muchos de ellos.

—Sí.

—Hay un sistema de cifrado que todavía no hemos roto que la Oficina Central llama Aretusa. Es increíblemente escaso. Sólo se han interceptado unos treinta y tantos mensajes Aretusa.

—¿El código de alguna empresa? —pregunta Alan. Es una buena suposición; cada corporación nipona importante tenía su propio código antes de la guerra, y se habían dedicado muchos esfuerzos para robar los libros de códigos, y por tanto romper el código de Mitsubishi, por nombrar un ejemplo.

—No podemos descubrir la fuente y los destinos de los mensajes Aretusa —sigue diciendo Lawrence—, porque emplean un sistema de código único para las ubicaciones. Sólo podemos suponer sus orígenes empleando huffduff. Y huffduff nos dice que la mayoría de los mensajes Aretusa han tenido su origen en submarinos. Posiblemente un único submarino, navegando por la ruta entre Europa y el sudeste asiático. También los hemos visto desde Suecia, Londres, Buenos Aires y Manila.

—¿Buenos Aires? ¿Suecia?

—Sí. Y por tanto, Alan, me interesé por Aretusa.

—Bien, ¡no te lo discuto!

—El formato de mensajes encaja con el de Azur/Tetraodóntido.

—¿El sistema de Rudy?

—Sí.

—Por cierto, buen trabajo con eso.

—Gracias, Alan. Como ya habrás oído, se basa en funciones zeta. Que tú ni consideraste para usar en Delilah porque temías que Rudy pensase en ellas. Y eso saca la cuestión de si Rudy pretendió siempre que rompiésemos Azur/Tetraodóntido.

—Sí, así es. Pero ¿por qué querría que lo hiciésemos?

—No tengo ni idea. Puede que los viejos mensajes Azur/Tetraodóntido contengan algunas claves. Estoy haciendo que mi Computador Digital genere cuadernos de uso único retroactivos para descifrar esos mensajes y leerlos.

—Bien, entonces haré que Colossus haga lo mismo. Ahora mismo está ocupado —dice Alan— trabajando para descifrar mensajes Fish. Pero la verdad es que no creo que a Hitler le quede mucho tiempo. Cuando haya desaparecido, probablemente podré ir a Bletchley Park y descifrar esos mensajes.

—También estoy trabajando en Aretusa —dice Lawrence—. Mi suposición es que está relacionado con el oro.

—¿Por qué lo dices? —pregunta Alan. Pero en ese punto la aguja del fonógrafo llega al final de la espiral y se aleja del disco. El tiempo se ha agotado. Bell Labs, y los poderes de los gobiernos aliados, no instalaron la red Proyecto X para que los matemáticos se dedicasen a charlas intrascendentes sobre funciones oscuras.

*OceanofPDF.com*

# En tierra

El velero *Gertrude* penetra en la cala poco después de la puesta de sol, y Bischoff no puede contener la risa. Los percebes han cubierto de tal forma el casco, formando una capa tan gruesa que (supone) se podría retirar el casco por completo y al cascarón de percebes se le podría poner un palo y velas y navegar hasta Tahití. Una madeja de cien yardas de largo formada por algas, pegadas a los percebes, viaja tras ella, produciendo una larga alteración en su estela. El palo se ha caído al menos una vez. Ha sido reemplazado por un remiendo improvisado, un tronco de árbol que ha recibido algo de atención por parte de un cuchillo pero sigue conservando la corteza en algunas partes, y largos hilillos de savia dorada como la cera que corren por una vela, también a su vez cubiertos de sal. Las velas están casi por completo negras por la suciedad y el rocío, y han sido crudamente remendadas, aquí y allá, con enormes punzadas negras, como si se tratase de la piel del monstruo de Frankenstein.

Los hombres que la tripulan apenas están mejor. Ni siquiera se molestan en lanzar el ancla, se limitan a embarrancar el *Gertrude* en una lengua de coral a la entrada de la cala y ya está. La mayor parte de la tripulación de Bischoff se ha reunido en la cubierta del *V-Million*, el submarino cohete, y opinan que es lo más hilarante que han visto nunca. Pero cuando los hombres del *Gertrude* se suben a un bote y comienzan a remar hacia ellos, los hombres de Bischoff recuerdan sus modales, se ponen firmes y saludan.

Bischoff intenta reconocerlos a medida que se acercan. Le lleva un rato. Hay cinco en total. Otto ha perdido la barriga y tiene el pelo mucho más gris. Rudy es un hombre completamente diferente: tiene una larga coleta

que le llega a la espalda, y una sorprendente barba gruesa al estilo vikingo, y parece que en algún momento del camino perdió el ojo izquierdo, ¡porque lleva un genuino parche negro!

—¡Dios mío —exclama Bischoff—, piratas!

A los otros tres no los había visto antes: un negro con tirabuzones; un tipo de piel marrón y aspecto indio, y un europeo pelirrojo.

Rudy observa cómo una manta raya pliega y despliega sus alas carnosas a diez metros de profundidad.

—La claridad del agua es exquisita —comenta.

—Cuando los Catalinas vengan a por nosotros, Rudy, echarás de menos el viejo mar tenebroso del norte —dice Bischoff.

Rudolf von Hacklheber mueve el único ojo para fijarse en Bischoff, y permite que un ligero rastro de diversión se manifieste en su cara.

—¿Permiso para subir a bordo, capitán? —pide Rudy.

—Concedido con placer —dice Bischoff. El bote se ha acercado al casco redondeado del submarino y la tripulación de Bischoff deja caer una escalera de cuerda para que suban—. ¡Bienvenidos al *V-Million!*

—He oído hablar de la V-l y de la V-2, pero...

—No sabíamos cuántas otras armas V habría inventado Hitler, así que escogimos un número muy, muy grande —dice Bischoff con orgullo.

—Pero, Günter, ¿sabes lo que significa la V?

—*Vergeltungswaffen* —dice Bischoff—. Tienes que concentrarte más, Rudy.

Otto está perplejo, y la perplejidad le pone furioso.

—*Vergeltung* significa venganza, ¿no?

—Pero también puede significar pagar lo que se debe, compensar, recompensar —dice Rudy—, incluso *bendecirlos.* Me gusta mucho, Günter.

—Para ti, almirante Bischoff —responde Günter.

—Eres el comandante supremo del *V-Million...* ¿no hay nadie por encima de ti?

Bischoff golpea los talones con fuerza y levanta el brazo derecho.

—¡Heil Dönitz!—grita.

—¿De qué coño hablas?—pregunta Otto.

—¿No has leído los periódicos? Hitler se suicidó ayer. En Berlín. El nuevo Führer es mi amigo personal Karl Dönitz.

—¿También *él* es parte de la conspiración? —masculla Otto.

—Pensaba que mi querido mentor y protector Hermann Göring iba a ser el sucesor de Hitler —dice Rudy, sonando casi abatido.

—Está en algún lugar del sur —dice Bischoff—, a dieta. Justo antes de que Hitler se tomase el cianuro ordenó a la SS que arrestase a ese gordo cabrón.

—Pero en serio, Günter... cuando te subiste a este submarino en Suecia, se llamaba de otra forma y había algunos nazis a bordo, ¿no?

—pregunta Rudy.

—Me había olvidado por completo de ellos. —Bischoff hace bocina con las manos y grita por la abertura de la esbelta torrecilla—: ¿Alguien ha visto a nuestros nazis?

La pregunta reverbera por el interior del submarino pasando de marinero a marinero: *nazis?, nazis?, nazis?,* pero en algún momento se convierte en *nein!, nein!, nein!* y vuelve a subir por la torrecilla y sale por la escotilla.

Rudy trepa por el casco liso del *V-Million* con los pies desnudos.

—¿Tienes algún cítrico? —Sonríe y muestra cráteres magentas en las encías allí donde debería haber dientes.

—Trae los calamansis —dice Bischoff a uno de sus hombres—. Rudy, para ti tenemos limas en miniatura de Filipinas, un buen montón de ellas, con más vitamina C de la que podrías querer.

—Lo dudo mucho —dice Rudy.

Otto se limita a mirar a Bischoff con reproche, haciéndole personalmente responsable de haberse tenido que juntar con esos cuatro hombres durante todo 1944 y los primeros cuatro meses de 1945. Al fin habla:

—¿Está aquí ese hijo de puta de Shaftoe?

—El hijo de puta de Shaftoe está muerto —dice Bischoff.

Otto aparta la vista y asiente.

—Asumo que recibiste mi carta desde Buenos Aires —dice Rudy von Hacklheber.

—Señor G. Bishop, Lista de correos, Manila, Filipinas —recita Bischoff —. Claro que la recibí, amigo mío, o no hubiese sabido dónde encontraros. La cogí cuando fui a la ciudad a renovar mi amistad con Enoch Root.

—¿Lo consiguió?

—Lo consiguió.

—¿Cómo murió Shaftoe?

—Gloriosamente, por supuesto —dice Bischoff—. Y hay noticias de Julieta: ¡la conspiración tiene un hijo! Felicidades Otto, eres tío abuelo.

Esto último provoca una sonrisa, aunque oscura y llena de huecos, por parte de Otto.

—¿Cuál es su nombre?

—Günter Enoch Bobby Kivistik. Ocho libras, tres onzas... magnífico para un niño nacido durante la guerra.

Todos se dan la mano. Rudy, siempre el caballero, saca algunos puros de Honduras para celebrar la ocasión.

Él y Otto se quedan al sol fumando los puros y bebiendo zumo de calamansis.

—Llevamos tres semanas esperándoos aquí —dice Bischoff—. ¿Qué os retrasó?

Otto escupe algo de muy mal aspecto.

—¡Lamento que tuvieseis que pasar tres semanas bronceándoos en la playa mientras nosotros atravesábamos el Pacífico en esta bañera!

—Perdimos el palo y a tres hombres, mi ojo izquierdo, dos dedos de Otto y algunas cosas más atravesando el cabo de Hornos —dice Rudy como disculpa—. Los puros se mojaron un poco. Y jodió nuestro itinerario.

—No importa —dice Bischoff—. El oro no va a irse a ningún sitio.

—¿Sabemos dónde está?

—No exactamente. Pero hemos encontrado a alguien que lo sabe.

—Está claro que hay mucho de que hablar —dice Rudy—, pero primero tengo que morirme. A ser posible sobre una cama blanda.

—Perfecto —dice Bischoff—. ¿Hay algo que debamos sacar del *Gertrude* antes de que le cortemos el cuello y dejemos que los percebes se lo lleven al fondo?

—Hunde ahora mismo a esa zorra, por favor —dice Otto—. Incluso me quedaré aquí a mirar.

—Primero hay que sacar cinco cajas *Propiedad del Reichsmarschaü* —dice Rudy—. Están en la sentina. Las usamos como lastre.

Otto parece sorprendido, y se rasca la cabeza desconcertado.

—Me olvidé de ellas. —Los recuerdos de hace año y medio se clarifican lentamente—. Llevó todo un día cargarlas. Quería matarte. Todavía me duele la espalda.

Bischoff dice:

—Rudy... ¿huiste con la colección de pornografía de Göring?

—No me hubiese gustado su tipo de pornografía —contesta Rudy con calma—. Éstos son tesoros culturales. Botín.

—¡Habrán quedado destrozados por el agua de la sentina!

—Es todo oro. Hojas de oro con agujeros. Impermeables.

—Rudy, se supone que vamos a exportar oro desde Filipinas, no a importarlo.

—No te preocupes. Algún día lo exportaré de nuevo.

—Para entonces, tendremos dinero para contratar estibadores, de forma que el pobre Otto no tenga que lastimarse la espalda.

—No nos harán falta estibadores —dice Rudy—. Cuando exporte lo que hay en esas láminas, lo haré por cable.

Todos se quedan sobre la cubierta del *V-Million* en una cala tropical, mirando la puesta de sol, oyendo cómo saltan los peces voladores, oyendo los chillidos de pájaros y el zumbido de los insectos provenientes de la jungla que les rodea. Bischoff intenta imaginarse cables tendidos desde ese punto hasta Los Ángeles y láminas de oro deslizándose por ellos. No le acaba de cuadrar.

—Ven abajo, Rudy —dice—, tenemos que meterte algo de vitamina C en el cuerpo.

*OceanofPDF.com*

## Goto-sama

Avi se encuentra con Randy en el vestíbulo del hotel. Se ha cargado con un maletín cuadrado y pasado de moda que tira de su delgado cuerpo hacia un lado, haciéndole adoptar la curva asintótica de un árbol joven al viento. Él y Randy toman un taxi para ir a Alguna Otra Parte de Tokio —Randy no puede siquiera empezar a entender cómo está dispuesta la ciudad—, penetran en el vestíbulo de un rascacielos y cogen el ascensor para subir tanto que a Randy le estallan los oídos. Cuando se abren las puertas, un *maître d'* está allí de pie anticipándose a su llegada con una sonrisa radiante y una inclinación. Les guía hasta una sala donde esperan cuatro hombres: un par de jóvenes adláteres, Goto Furudenendu y un caballero mayor. Randy esperaba encontrarse con una de esas personas mayores gráciles y traslúcidas de Nipón, pero Goto Dengo es un tipo grande con el pelo blanco y cortado con una maquinilla, algo encorvado y derruido por la edad, lo que sólo consigue hacerle parecer más compacto y sólido. A primera vista parece más un herrero de pueblo retirado, o quizá un sargento en el ejército de un señor feudal, que un ejecutivo empresarial, y sin embargo en cinco o diez segundos esa impresión queda tragada por un buen traje, buenos modales y el hecho de que Randy sabe quién es en realidad. Es el único de ellos que no sonríe de oreja a oreja: aparentemente, cuando llegas a cierta edad se te permite atravesar con la mirada los cráneos de los demás. De esa forma típica de muchas personas mayores, parece vagamente sorprendido de que se hayan presentado.

Aun así, se apoya sobre un enorme bastón retorcido y les da la mano con firmeza. Su hijo Furudenendu le ofrece una mano para ayudarle a

levantarse y él la rechaza con una mirada de ultraje fingido, esa transacción parece haber sido muy bien ensayada. Se produce un intercambio de charla intrascendente que pasa muy por encima de la cabeza de Randy. A continuación los dos adláteres se alejan, como una escolta de cazas que ya no fuese necesaria, y el *maître d'* guía a Randy, Avi y *Goto père et fils* a través de un restaurante vacío —veinte o treinta mesas con manteles blancos y cristalería— hasta una mesa en una esquina, donde esperan los camareros para retirarles las sillas. El edificio pertenece a la escuela arquitectónica de todo-una-pared-de-vidrio por lo que las ventanas van de suelo a techo, ofreciendo, a través de una cortina de gotas de lluvia, una visión del Tokio nocturno que se extiende hasta el horizonte. Les entregan menús, impresos sólo en francés. A Randy y Avi les dan menús de chicas, sin precios. Goto Dengo se apropia de la lista de vinos, y la examina durante unos buenos diez minutos antes de elegir a regañadientes un blanco de California y un tinto de Borgoña. Mientras tanto, Furudenendu les entretiene charlando tranquilamente sobre la Cripta.

Randy no puede dejar de mirar Tokio por un lado y el restaurante vacío por el otro. Es como si hubiesen escogido el escenario específicamente para recordarles que la economía nipona derrapa desde hace unos años, una situación que la crisis monetaria asiática no ha hecho más que empeorar. Medio espera ver a los ejecutivos cayendo ventana abajo.

Avi se aventura a preguntar por varios túneles y otras obras de ingeniería pasmosamente vastas que resulta que ha visto por Tokio y si Goto Engineering ha tenido algo que ver con ellas. Eso al menos consigue que el patriarca aparte momentáneamente la vista de la lista de vinos, pero el hijo responde a las preguntas, comentando que sí, que su compañía tuvo su pequeño papel en esas empresas. Randy supone que no es la operación más fácil del mundo conseguir que un amigo personal del fallecido general del Ejército de Tierra Douglas MacArthur hable de cosas intrascendentes; no es como si pudieses preguntarle si ha visto el último episodio de *Star Trek: más anomalías espacio-temporales.* Lo único que pueden hacer es agarrarse a Furudenendu y dejarle llevar las riendas. Goto Dengo se aclara la garganta como si fuese el motor de un gran equipo para remover terrenos que empieza a ponerse en marcha, y recomienda la ternera de Kobe. El sommelier regresa con los vinos y Goto Dengo le interroga en una mezcla

de niponés y francés durante un rato, hasta que una película de sudor empieza a formarse en la frente del sommelier. Prueba los vinos con mucho cuidado. La tensión es explosiva mientras los hace girar en su boca, mirando al infinito. El sommelier parece genuinamente asombrado, por no mencionar que parece aliviado, cuando los acepta los dos. El subtexto parece ser que ser el anfitrión de una cena realmente de primera clase es un desafío administrativo nada trivial, y que a Goto Dengo no deberían molestarle con chácharas sociales mientras se encarga de esas responsabilidades.

En ese momento se dispara la paranoia de Randy: ¿es posible que Goto-sama haya reservado todo el restaurante por esta noche para tener algo de intimidad? ¿Eran los dos adláteres meros asistentes con maletines anormalmente grandes o eran personal de seguridad examinando el restaurante en busca de dispositivos de vigilancia? Una vez más, en el subtexto, el mensaje parece ser que Randy y Avi no deberían dejar que sus jóvenes cabecitas se preocupasen por esos detalles. Goto Dengo está sentado justo bajo una luz directa del techo. El pelo le sobresale perpendicular de la cabeza, como si fuese un punto erizado de vectores normales, radiando halogénicamente. En las manos y la cara porta un número formidable de cicatrices, y de pronto Randy comprende que debe haber estado en la guerra. Lo que debería ser perfectamente evidente considerando su edad.

Goto Dengo pregunta cómo Randy y Avi se metieron en sus trabajos actuales, y cómo formaron su sociedad. Es una pregunta razonable, pero les obliga a explicar el concepto en sí de los juegos de rol fantásticos. Si Randy hubiese sabido que tal cosa iba a suceder, se habría tirado por la ventana en lugar de tomar asiento. Pero Goto Dengo se lo toma con mucha tranquilidad e instantáneamente lo relaciona con los últimos adelantos en la industria de juegos nipona, que ha estado realizando su desplazamiento gradual de paradigma de los juegos de plataforma a los de rol con narrativa; para cuando Goto Dengo ha terminado consigue hacerles sentir no como colgados de segunda sino como genios visionarios que se adelantaron diez años a su tiempo. Eso más o menos obliga a Avi (que está llevando la conversación) a preguntar a Goto Dengo cómo llegó a su trabajo. Los dos Goto intentan desestimar la pregunta riéndose, al estilo de cómo podría ser

que un par de jóvenes visionarios norteamericanos pioneros en Dragones y Mazmorras estuviesen interesados en algo tan trivial como el hecho de que Goto Dengo con sus propias manos reconstruyera el Nipón de la posguerra, pero después de que Avi muestre algo de persistencia, el patriarca finalmente se encoge de hombros y dice algo relativo a que su papá se dedicaba a las minas y que por tanto él siempre tuvo cierta habilidad para excavar agujeros en el suelo. Su inglés comenzó siendo mínimo y ha estado mejorando a medida que avanza la noche, como si lentamente estuviese activando bancos de memoria sustanciales así como capacidad de procesamiento, vigilando su activación como si fuesen amplificadores de tubo.

Llega la cena, y por tanto todos deben comer durante un rato y agradecerle a Goto-sama su excelente recomendación. Avi se vuelve algo temerario y le pregunta al viejo si podría entretenerles con algún recuerdo de Douglas MacArthur. Goto Dengo sonríe burlón, como si le hubiesen arrancado algún secreto y se limita a decir:

—Conocí al General en Filipinas.

Así de simple, ya ha llevado la conversación al tema del que todos quieren hablar. El pulso y la respiración de Randy se aceleran en un buen veinticinco por ciento y todos sus sentidos se afinan, casi como si se le hubiesen aclarado los oídos, y pierde el apetito. Todos los demás también parecen estar sentados un poco más rectos, agitándose ligeramente en las sillas.

—¿Pasó mucho tiempo en ese país? —pregunta Avi.

—Oh, sí. Mucho tiempo. Cien años —dice Goto Dengo, con una sonrisa bastante helada. Hace una pausa, dándoles a todos la oportunidad de prestar atención y ponerse incómodos, y luego continúa—: Mi hijo me dice que quieren cavar una tumba allí.

—Un agujero —se aventura a decir Randy, después de mucha incomodidad.

—Perdónenme. Mi inglés está oxidado —dice Goto Dengo, sin demasiada convicción.

Avi dice:

—Lo que tenemos en mente sería una excavación muy importante para lo que es habitual para nosotros. Pero probablemente no para ustedes.

Goto Dengo ríe.

—Eso depende de las circunstancias. Permisos. Transporte. La Cripta era una gran excavación, pero fue fácil, porque el Sultán la apoyaba.

—Debo dejar claro que el trabajo que estamos considerando está todavía en una fase muy preliminar —dice Avi—. Lamento decir que no puedo ofrecerle buena información sobre los asuntos logísticos.

Goto Dengo está a punto de dejar los ojos en blanco.

—Comprendo. —Con un movimiento desdeñoso de la mano—. Esta noche no hablaremos de esas cosas.

Eso causa una pausa realmente incómoda, mientras Randy y Avi se preguntan: «Entonces, ¿de qué coño vamos a hablar?»

—Muy bien —dice Avi, como lanzando sin fuerzas la pelota más o menos en dirección a Goto Dengo.

Furudenendu interviene.

—Hay muchas personas cavando agujeros en Filipinas —explica con una mirada de complicidad.

—¡Ah! —dice Randy—. ¡He conocido a algunas de las personas de las que habla! —Eso produce un estallido generalizado de risas en toda la mesa, que no son menos sinceras por ser tensas.

—Entonces comprenden —dice Furudenendu— que estudiaríamos con mucho cuidado una empresa conjunta. —Randy puede traducirlo con facilidad a: «Participaremos en vuestra búsqueda del tesoro de dibujos animados cuando se congele el infierno.»

—¡Por favor! —dice Randy—. Goto Engineering es una compañía prestigiosa. De alto nivel. Tiene cosas mejores que hacer que arriesgarse con una empresa conjunta. Nunca propondríamos tal cosa. Pagaríamos por sus servicios por adelantado.

—¡Ah! —Los Goto se miran el uno al otro—. ¿Tienen un nuevo inversor? —«Sabemos que estáis arruinados.»

Avi sonríe.

—Tenemos nuevos recursos. —Eso deja perplejos a los Goto—. Si me permite —dice Avi. Levanta la cartera del suelo y se la coloca en el regazo, abre los pestillos y mete las dos manos. A continuación realiza una

maniobra que, en un gimnasio de culturismo, se consideraría levantamiento de pesas, y saca a la luz un bloque de oro sólido.

Los rostros de Goto Dengo y Goto Furudenendu se transforman en piedra. Avi levanta el lingote durante unos momentos y luego lo devuelve a la cartera.

En su momento, Furudenendu separa la silla un par de centímetros de la mesa y gira ligeramente hacia su padre, básicamente excusándose de la conversación. Goto Dengo come y bebe con calma, y en silencio, durante unos quince o veinte minutos muy largos. Finalmente, mira al otro lado de la mesa en dirección a Randy y dice:

—¿Dónde quieren excavar?

—El lugar se encuentra en las montañas al sur de la laguna de Bay...

—Sí, eso ya se lo han dicho a mi hijo. Pero es una zona muy grande de boondocks. Allí se han abierto muchos agujeros. Todos sin éxito.

—Nosotros tenemos mejor información.

—¿Algún viejo filipino les ha vendido sus memorias?

—Mejor aún —dice Randy—. Tenemos una latitud y una longitud.

—¿Con qué precisión?

—Décimas de segundo.

Eso produce otra pausa. Furudenendu intenta decir algo en nipones, pero su padre le corta con brusquedad. Goto Dengo termina la cena y cruza el tenedor y el cuchillo sobre el plato. Un camarero se presenta cinco segundos más tarde para retirar la mesa. Goto Dengo le dice algo que le envía volando de vuelta a la cocina. Ahora tienen esencialmente todo un piso del rascacielos para ellos solos. Goto Dengo le dice algo a su hijo, quien se saca una pluma y dos tarjetas. Furudenendu le pasa la pluma y una tarjeta a su padre, y la otra tarjeta a Randy.

—Juguemos a un juego —dice Goto Dengo—. ¿Tiene una pluma?

—Sí —dice Randy.

—Voy a escribir una latitud y una longitud —dice Goto Dengo—, pero sólo los segundos. Sin grados ni minutos. Sólo la parte de los segundos. ¿Comprende?

—Sí.

—La información es inútil por sí misma. ¿Está de acuerdo?

—Sí.

—Entonces no hay riesgo en que usted escriba lo mismo.

—Cierto.

—Luego intercambiaremos las tarjetas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Muy bien.

Goto Dengo empieza a escribir. Randy se saca una pluma del bolsillo y apunta segundos y décimas de segundo: latitud 35,2, longitud 59,0. Cuando termina, Goto Dengo le está mirando expectante. Randy levanta su tarjeta, con los números hacia abajo, y Goto Dengo levanta la suya. Se las intercambian con las ligeras inclinaciones obligatorias en estas tierras. Randy se coloca la tarjeta de Goto-sama en la palma y la inclina hacia la luz. Dice:

35,2/59,0

Nadie dice nada durante diez minutos. Es una indicación de lo atónito que está Randy el que no se da cuenta, durante un buen rato, que Goto Dengo está tan atónito como él. Avi y Furudenendu son las únicas personas en la mesa cuyas mentes todavía funcionan, y pasan el rato mirándose inciertos el uno al otro, sin que ninguno de los dos comprenda realmente lo que está pasando.

Finalmente Avi dice algo que Randy no oye. Le da un codazo con fuerza a Randy y lo repite:

—Voy al baño.

Randy le ve irse, cuenta hasta diez y dice:

—Perdónenme. —Sigue a Avi hasta el baño de hombres: piedra negra pulida, toallas gruesas y blancas, Avi de pie con los brazos cruzados.

—Él lo sabe —dice Randy.

—No me lo creo.

Randy se encoge de hombros.

—¿Qué puedo decir? Lo sabe.

—Si él lo sabe, todo el mundo lo sabe. Nuestra seguridad falló en algún lugar del proceso.

—No lo sabe todo el mundo —dice Randy—. Si todo el mundo lo supiese, allá abajo se habría desatado el infierno, y Enoch nos lo habría

hecho saber.

—Entonces, ¿cómo puede saberlo?

—Avi —dice Randy—, él debe de ser el que lo enterró.

Avi parece indignado.

—¿Estás de coña?

—¿Tienes una teoría mejor?

—Pensaba que todos los que participaron murieron.

—Sería justo decir que él es un superviviente. ¿No estarías de acuerdo?

Diez minutos más tarde regresan a la mesa. Goto Dengo ha permitido que el personal del restaurante regrese, y han traído los menús de postres. Curiosamente, el viejo ha vuelto al modo de charla insustancial, y Randy supone que está intentando deducir cómo coño sabe Randy lo que sabe. Randy comenta, de pasada, que su abuelo era criptoanalista en Manila en 1945. Goto Dengo suspira, visiblemente, con alivio y se alegra un poco. Se produce más conversación sin sentido hasta que se sirve el café post-prandial, en cuyo momento el patriarca se inclina para hacer un comentario.

—Antes de beber... ¡miren!

Randy y Avi miran las tazas. Hay una extraña capa reluciente flotando sobre el café.

—Es oro —explica Furudenendu. Los dos Goto ríen—. Durante los ochenta, cuando Nipón tenía tanto dinero, estaba de moda: café con polvo de oro. Ahora ha pasado de moda. Demasiado ostentoso. Pero adelante, beban.

Randy y Avi lo hacen... algo nerviosos. El polvo de oro les cubre la lengua, luego cae por la garganta.

—Díganme lo que opinan —exige Goto Dengo.

—Es estúpido —dice Randy.

—Sí. —Goto Dengo asiente solemne—. Es estúpido. Así que díganme: ¿por qué quieren extraer más?

—Somos hombres de negocios —dice Avi—. Ganamos dinero. El oro vale dinero.

—El oro es el cadáver del valor —dice Goto Dengo.

—No comprendo.

—Si desea comprender, ¡mire por la ventana! —dice el patriarca, y agita el bastón en un arco que incluye la mitad de Tokio—. Hace cincuenta años no había más que llamas. ¡Ahora hay luz! ¿Comprende? Los líderes de Nipón eran estúpidos. ¡Se llevaron todo el oro de Tokio y lo enterraron en agujeros en las Filipinas! Porque creían que el general entraría en Tokio y lo robaría. Pero al general no le importaba el oro. Él comprendía que el verdadero oro está aquí... —se señala la cabeza— en la inteligencia de la gente, y aquí... —alarga las manos— en el trabajo que realizan. Deshacernos de nuestro oro fue lo mejor que pudo pasarle a Nipón. Nos hizo ricos. Recibir ese oro fue lo peor que pudo pasarle a Filipinas. Les hizo pobres.

—Entonces, saquémoslo de Filipinas —dice Avi—, para que ellos también puedan tener la oportunidad de hacerse ricos.

—¡Ah! Ahora sí que habla con sentido —dice Goto Dengo—. Entonces, ¿van a sacar el oro y arrojarlo al mar?

—No —dice Avi, con una risa nerviosa.

Goto Dengo arquea las cejas.

—Oh. Por tanto, ¿desea hacerse rico como parte de la operación?

En ese momento Avi hace algo que Randy nunca le ha visto hacer, ni siquiera jamás le ha visto cerca de ese estado: se cabrea. No tira la mesa o alza la voz. Pero la cara se le pone roja, los músculos de su cabeza sobresalen al forzar los dientes, y respira con fuerza por la nariz durante un rato. Los Goto parecen bastante impresionados, y nadie dice nada durante mucho tiempo, dándole a Avi la oportunidad de recuperar la compostura. Parece que Avi es incapaz de decir nada, así que finalmente se saca la cartera del bolsillo y busca en ella hasta encontrar una fotografía en blanco y negro, que saca de la funda de plástico y se la da a Goto Dengo. Es un retrato familiar: padre, madre, cuatro niños, todo de aspecto centroeuropeo y de mediados del siglo XX.

—Mi tío abuelo —dice Avi—, y su familia. Varsovia, 1937. Sus dientes están en ese agujero. ¡Usted enterró los dientes de mi abuelo!

Goto Dengo mira a Avi a los ojos, ni furioso ni a la defensiva. Simplemente triste. Y eso parece surtir efecto en Avi, quien se ablanda, exhala por fin y rompe el contacto visual.

—Sé que probablemente no tuvo elección —dice Avi—. Pero eso es lo que hizo. Nunca le conocí, o a cualquiera de mis otros parientes que murieron en el Shoah. Pero con alegría arrojaría hasta la última onza de oro en el océano sólo por darles un entierro decente. Eso es lo que haré si ésa es su condición. Pero lo que realmente planeaba hacer era usar el oro para asegurarme de que nada similar volviese a suceder nunca.

Goto Dengo cavila durante un rato, mirando hierático las luces de Tokio. Luego recoge el bastón del borde de la mesa, lo clava en el suelo y se pone en pie. Se vuelve hacia Avi, se pone recto y luego se inclina. Es la inclinación más profunda que Randy haya visto nunca. Finalmente se vuelve a poner recto y retoma su asiento.

La tensión se ha roto. Todos están relajados, por no decir agotados.

—El general Wing está muy cerca de encontrar el Gólgota —dice Randy, después de que haya pasado un intervalo decente—. Es él o nosotros.

—En ese caso, nosotros —dice Goto Dengo.

*OceanofPDF.com*

# R.I.P.

El clamor de los rifles de los marines resuena en el cementerio, los disparos agudos rebotando de lápida en lápida como bolas en una máquina. Goto Dengo se inclina y mete la mano en un montón de tierra suelta. Es agradable. Coge un puñado; se le escapa por entre los dedos y recorre las perneras de su uniforme del Ejército de Tierra de Estados Unidos recién estrenado, quedando atrapado en la vuelta de los pantalones. Se acerca al borde preciso de la tumba y deja caer la tierra sobre el ataúd oficial que contiene a Bobby Shaftoe. Se persigna, mirando la tapa del ataúd manchada de tierra, y luego, con algo de esfuerzo, vuelve a levantar la cabeza, hacia el mundo iluminado por el sol de las cosas que están vivas. Aparte de algunas hojas de hierba y algunos mosquitos, la primera cosa viva que ve son un par de pies calzados con sandalias fabricadas con viejas ruedas de neumáticos, que dan soporte a un hombre blanco envuelto en un prenda informe de color marrón fabricada con una tela basta y que lleva una enorme capucha en la parte alta. Mirando desde las sombras de la capucha se encuentra la cabeza de aspecto extrañamente sobrenatural (por el hecho de tener un pelo gris y una barba roja) de Enoch Root, un personaje que choca continuamente con Goto Dengo mientras éste intenta ejecutar sus obligaciones. Goto Dengo queda atrapado y paralizado por esa mirada salvaje.

Caminan juntos por el cementerio en expansión.

—¿Hay algo que te gustaría decirme? —dice Enoch.

Goto Dengo gira la cabeza para mirar a Root a los ojos.

—Me dijeron que un confesionario era un lugar de secreto perfecto.

—Lo es —dice Enoch.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—¿Saber qué?

—Creo que tus hermanos de la Iglesia te dijeron algo que no deberías saber.

—Quítate esa idea de la cabeza. No se ha violado el secreto de confesión. No he hablado con el sacerdote que recibió tu primera confesión, y de haberlo hecho no me hubiese dicho nada.

—Entonces, ¿cómo lo sabes? —pregunta Goto Dengo.

—Dispongo de varios métodos para descubrir cosas. Una cosa que sé es que eres un excavador. Un hombre que diseña grandes agujeros en el suelo. Un amigo común, el padre Ferdinand, me lo dijo.

—Sí.

—Los nipones se dieron mucho trabajo para traerte aquí. No lo hubiesen hecho a menos que quisiesen que cavases un agujero muy importante.

—Hay muchas razones para hacerlo.

—Sí —dice Enoch Root—, pero sólo algunas tienen sentido.

Caminan en silencio durante un rato. Los pies de Root golpean el borde del hábito a cada paso.

—Sé otras cosas —continúa—. Al sur de aquí, un hombre llevó diamantes a un sacerdote. El hombre dijo que había atacado a un viajero en la carretera, y que le había quitado una pequeña fortuna en diamantes. La víctima murió por las heridas. El asesino entregó los diamantes a la Iglesia como penitencia.

—¿La víctima era china o filipina? —pregunta Goto Dengo.

Enoch Root le mira fijamente con frialdad.

—¿Un chino lo sabe?

Más paseo. Root iría andando con alegría de un extremo de Luzón al otro si ese fuese el tiempo que le llevase contestar a Goto Dengo.

—También tengo información de Europa —dice Root—. Sé que los alemanes han estado ocultando tesoros. Es de sobras conocido que el general Yamashita está enterrando más oro en las montañas del norte mientras hablamos.

—¿Qué quieres de mí? —pregunta Goto Dengo. No se le humedecen primero los ojos, las lágrimas saltan directamente y le corren por la cara—. Vine a la Iglesia a causa de unas palabras.

—¿Palabras?

—«Éste es Jesucristo, que limpia los pecados del mundo» —dice Goto Dengo—. Enoch Root, nadie conoce mejor que yo los pecados del mundo. He nadado en esos pecados, me he ahogado en ellos, he ardido en ellos, he excavado en ellos. Yo era como un hombre nadando por una larga cueva llena de aguas oscuras y heladas. Al levantar la vista, vi una luz, y nadé hacia ella. Sólo deseaba encontrar la superficie, para volver a respirar el aire. Todavía inmerso en los pecados del mundo, al menos puedo respirar. Así estoy ahora.

Root asiente y aguarda.

—Tenía que confesar. Las cosas que vi, las cosas que hice, fueron tan terribles. Tenía que purificarme. Eso es lo que hice, en mi primera confesión. —Goto Dengo lanza un largo y vibrante suspiro—. Fue una confesión muy, muy larga. Pero terminó. Jesús se ha llevado mis pecados, o eso me dijo el sacerdote.

—Muy bien. Me alegro que te fuese de ayuda.

—Ahora, ¿quieres que vuelva a hablar de esas cosas?

—Hay otros —dice Enoch Root. Se detiene, se vuelve e indica con la cabeza. Recortados en lo alto de una elevación, al otro lado de los varios millares de tumbas blancas, hay dos hombres vestidos de civil. Parecen occidentales, pero eso es todo lo que Goto Dengo puede saber a esa distancia.

—¿Quiénes son?

—Hombres que han viajado al infierno y han regresado, como tú. Hombres que saben lo del oro.

—¿Qué quieren?

—Desenterrar el oro.

La náusea rodea a Goto Dengo como una sábana mojada.

—Tendrían que cavar un túnel por entre un millar de cadáveres recientes. Es una tumba.

—El mundo entero es una tumba —dice Enoch Root—. Las tumbas pueden trasladarse, los cadáveres enterrarse de nuevo. De forma decente.

—¿Y luego? ¿Si consiguen el oro?

—El mundo está sangrando. Necesita medicinas y vendas. Cuestan dinero.

—Pero antes de esta guerra, todo ese oro estaba ahí fuera, bajo la luz del sol. En el mundo. Sin embargo, mira lo que sucedió. —Goto Dengo se estremece—. La riqueza almacenada en forma de oro está muerta. Se pudre y apesta. La verdadera riqueza la producen cada día hombres que salen de la cama y van a trabajar. Los niños que estudian sus lecciones, mejorando sus mentes. Dile a esos hombres que si lo que desean es riqueza, entonces deberían regresar conmigo a Nipón después de la guerra. Fundaremos negocios y construiremos edificios.

—Has hablado como un verdadero nipón —dice Enoch con amargura —. Nunca cambiáis.

—Por favor, explícame qué quieres decir.

—¿Qué hay del hombre que no puede salir de la cama y trabajar porque no tiene piernas? ¿Qué hay de la viuda que no tiene esposo ni hijos que la mantengan? ¿Qué hay de los niños que no pueden mejorar sus mentes porque carecen de libros y de escuelas?

—Podrás bañarlos en oro —dice Goto Dengo—. Pero pronto se agotará.

—Sí. Pero en parte se convertirá en libros y vendas.

Goto Dengo no tiene respuesta para esto último. No es tanto que carezca de inteligencia como que está triste y cansado.

—¿Qué quieres? ¿Crees que debería entregar el oro a la Iglesia?

Enoch Root parece ligeramente sorprendido, como si la idea no se le hubiese ocurrido.

—Supongo que podría ser peor. La Iglesia tiene dos mil años de experiencia en emplear sus recursos para ayudar a los pobres. No siempre ha sido perfecta. Pero ha construido su parte de escuelas y hospitales.

Goto Dengo mueve la cabeza.

—Sólo llevo en tu Iglesia unas pocas semanas y ya tengo mis dudas. Para mí ha sido bueno. Pero entregar tanto oro... no creo que sea una buena idea.

—No me mires a mí si esperas que defienda las imperfecciones de la Iglesia —dice Enoch Root—. Me han echado del sacerdocio.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Quizás entregárselo a la Iglesia con ciertas condiciones.

—¿Qué?

—Si así lo decides, puedes estipular que sólo se emplee para educar a los niños.

Goto Dengo dice:

—Hombres con educación crearon este cementerio.

—Entonces elige alguna otra condición.

—Mi condición es que si ese oro sale alguna vez a la superficie, debe usarse para que no volvamos a tener guerras como ésta.

—¿Y cómo podríamos conseguir tal cosa, Goto Dengo?

Goto Dengo suspira.

—¡Pones un gran peso sobre mis hombros!

—No. No puse ese peso sobre tus hombros. Siempre ha estado ahí. —Enoch Root mira sin misericordia al rostro atormentado de Goto Dengo—. Jesús borra los pecados del mundo, pero el mundo sigue siendo una realidad física en la que estamos condenados a vivir hasta que la muerte nos lleve. Te has confesado, y has sido perdonado, de tal forma que la gracia ha eliminado buena parte de tu carga. Pero el oro sigue allí, en un agujero en el suelo. ¿Creíste que el oro se había convertido en tierra cuando tragaste el pan y el vino? Ése no es el sentido de las transubstanciación. —Enoch Root le da la espalda y comienza a caminar, dejando a Goto Dengo sólo entre las grandes avenidas de la ciudad de los muertos.

*OceanofPDF.com*

# Regreso

«VOLVERÉ», escribió Randy en su primer mensaje de correo a Amy cuando llegó a Tokio. Regresar a Filipinas no es en absoluto una buena idea, y probablemente no es el tipo de cosa que el antiguo y sereno Randy hubiese siquiera considerado. Pero aquí está, en una playa del Sultanato de Kinakuta, a la sombra de la ciudadela de Tom Howard, cubierto de protector solar y lleno de dramamina hasta las orejas, preparándose para regresar. Al considerar que la perilla le haría fácil de identificar, se la afeitó, y suponiendo que allí a donde va (siendo la jungla, la cárcel y el fondo del mar las tres posibilidades más probables) el pelo es inútil, se pasó la maquinilla por la cabeza y se lo dejó parejo a un octavo de pulgada. Eso a su vez ha hecho necesario encontrar un sombrero, para evitar las quemaduras en el cráneo por radiación, y el único sombrero en la casa de Tom Howard que le entra a Randy es uno australiano que algún contratista cefalomegálico de Australia se dejó abandonado, evidentemente debido a que su olor había empezado a atraer a roedores nocturnos con tendencia a mascar lo que se les pusiese por delante.

Sobre la playa hay un pamboat, y niños badjaos, como para llenar dos familias, juegan por los alrededores, exactamente como los niños en un área de descanso de la interestatal cuando saben que en diez minutos tendrán que volver a subirse a la camioneta. El casco principal del barco ha sido tallado a partir de un único árbol de bosque tropical, sin exagerar, de cincuenta pies de largo, lo suficientemente estrecho en el punto más ancho como para que Randy pueda sentarse en medio y tocar los bordes con las manos extendidas. La mayor parte del casco está cubierta por un techado de

palmas, casi por completo gris marrón debido a la edad y la sal marina, aunque una mujer anciana está remendando una zona con hojas frescas e hilo de plástico. A cada lado, un estabilizador estrecho de bambú está conectado al casco por varas de bambú. Hay una especie de puente que sobresale mucho de la proa, pintado de rojo y verde brillantes y con fiorituras amarillas, como cadenas de remolinos lanzadas a la estela del barco y que reflejasen los colores de la puesta de sol tropical.

Hablando de la cual, el sol se está poniendo ahora mismo, y se están preparando para sacar el último cargamento de oro del casco del pamboat. El terreno desciende de forma tan precipitada hacia la playa que no hay acceso por carretera, lo que probablemente sea positivo porque desean que esa operación sea lo más privada posible. Pero Tom Howard, cuando estaba construyendo su casa, hizo que trajesen un montón de materiales bastante pesados, así que ya hay colocada una pequeña sección de raíles. Suena más impresionante de lo que es: un par de vigas de acero, ya oxidadas, sostenidas por ligaduras de cemento medio enterradas, suben una pendiente de cuarenta y cinco grados durante cincuenta yardas hasta una pequeña meseta accesible por una carretera privada. Allí tiene un cabestrante diesel que se puede usar para subir cosas por los raíles. Es más que suficiente para la labor de hoy, que es mover un par de cientos de kilogramos de lingotes —el oro restante del submarino hundido— desde la playa hasta la cámara acorazada en la casa. Mañana, él y los otros lo llevarán con tranquilidad en el camión al centro de Kinakuta y lo convertirán en cadenas de bits que indicarán números muy grandes con importantes propiedades criptológicas.

Los badjao comparten la misma exasperante negativa a ser exóticos que Randy ha encontrado en todos los lugares a los que ha viajado: el tipo que lleva todo el circo insiste en que su nombre es Leon, y los chicos en la playa adoptan continuamente poses estereotipadas de artes marciales y gritan «¡hi-yaaa!» que Randy sabe que es algo relacionado con los Power Rangers, porque los chicos de Avi hacían lo mismo hasta que su padre prohibió todas las emulaciones de los Power Rangers en el interior de la casa. Cuando Leon descarga el primer cajón de oro del puente alto del pamboat, y medio se entierra por sí solo en la blanda arena, Avi se acerca e intenta emitir una especie de plegaria solemne en hebreo en honor a los muertos, y consigue emitir como media docena de fonemas antes de que

dos de los chicos badjaos, habiéndole identificado como un objeto estacionario permanente, deciden emplearle como pantalla táctica, y toman posiciones a ambos lados de su cuerpo gritándose el uno al otro. Avi no está tan pagado de sí mismo como para no apreciar el humor de la situación, pero tampoco es tan sentimental como para que no se le note que desea estrangularlos.

John Wayne patrulla la playa con un cigarrillo y una escopeta de repetición. Douglas MacArthur Shaftoe considera que la probabilidad de un ataque de submarinistas es muy baja porque el oro del pamboat sólo vale dos millones y medio de dólares, una cantidad que apenas justifica nada tan complejo, y caro, como un asalto por mar. John Wayne necesita estar aquí en caso de que alguien tenga la impresión equivocada de que de alguna forma han conseguido meter en el pamboat diez o veinte veces esa cantidad de oro. Parece bastante improbable desde un punto de vista hidrodinámico. Pero Doug dice que sobreestimar la inteligencia del enemigo es, en cualquier caso, más peligroso que infravalorarla. Él, Tom Howard y Jackie Woo están en lo alto de la colina protegiendo la carretera con rifles de asalto. Tom ha estado pavoneándose de verdad. Todas sus fantasías se están haciendo realidad en ese pequeño retablo.

Una caja de plástico grande cae a la arena, se abre y suena una masa de coral roto. Randy se acerca y ve hojas de oro dentro del caparazón de coral, con pequeños agujeritos. Para él, los agujeros son más interesantes que el oro.

Pero cada uno reacciona de forma diferente. Doug Shaftoe se muestra siempre conscientemente tranquilo y algo pensativo en presencia de una gran cantidad de oro, como si siempre hubiese sabido que estaba allí, pero tocarlo le hace pensar de dónde salió y lo que se hizo para mantenerlo donde estaba. La visión de un único lingote hizo que Goto Dengo casi vomitase su ternera de Kobe. Para Eberhard Föhr, que está en la cala dando unas brazadas, es la encarnación física del valor monetario, que para él, y el resto de Epiphyte, ha sido en su mayoría una abstracción matemática, una aplicación práctica de una sub-sub-sub-rama en particular de la teoría de números. Así que para el tiene la atracción intelectual pura de una roca lunar o un diente de dinosaurio. Tom Howard lo ve como la manifestación de algunos principios políticos que son casi tan puros, y están tan alejados

de la realidad humana, como la teoría de números. Mezclado con todo está su sensación de vindicación personal. Para Leön el Gitano del Mar, no es más que una carga a llevar desde el punto A al punto B, por lo que se le compensará con algo más útil. Para Avi, es una mezcla inextricable de lo sagrado y lo satánico. Para Randy —y si cualquiera lo descubriese, se sentiría terriblemente avergonzado, y admitiría con total libertad que es empalagoso— es lo más cercano que tiene ahora mismo a una conexión física con su amada, ya que ella misma estaba sacando esos lingotes del submarino no hace ni unos días. Y la verdad, ahora mismo es lo único que realmente le importa de ese oro. De hecho, desde los días en que decidió contratar a Leon para llevarle por el mar de Sulu hasta la zona sur de Luzón, ha tenido que recordarse una y otra vez que el propósito nominal del viaje es abrir el Gólgota.

Después de descargar el oro, y de que Leon haya recogido algunos suministros, Tom Howard saca una botella de whisky de malta, contestando al fin a la pregunta de Randy de quién compra en la tiendas libres de impuestos de los aeropuertos. Todos se reúnen en la playa para brindar. Randy se siente un poco inquieto al unirse al círculo, porque no sabe sobre qué proponer un brindis si le cae encima esa responsabilidad. ¿Desenterrar el Gólgota? En realidad no puede beber por eso. La unión de mentes entre Avi y Goto Dengo fue una chispa que atravesó el aire —súbita, deslumbrante y algo aterradora— y depende de su entendimiento compartido de que todo ese oro es dinero manchado de sangre, de que el Gólgota es una tumba que están a punto de profanar. Así que no es precisamente algo por lo que brindar. Entonces, ¿qué tal un brindis por algún elevado principio abstracto?

Aquí Randy tiene otro problemilla, una idea que se le ha estado metiendo en la cabeza mientras se encontraba en la playa bajo la casa de cemento de Tom Howard: la libertad perfecta que Tom ha encontrado en Kinakuta es una flor cortada en un jarrón de cristal. Es preciosa, pero está muerta, y la razón de que esté muerta es que se la ha separado de la tierra en la que germinó. ¿Y cuál es exactamente esa tierra? En una primera aproximación podría decirse que es «América», pero es un poco más complicado; América no es más que la manifestación más difícil de ignorar de un sistema filosófico y cultural que puede verse en muy pocos lugares.

No en muchos. Ciertamente no en Kinakuta. La avanzada más cercana no está muy lejos: los filipinos, con todas sus limitaciones en lo que a derechos humanos se refiere, han asimilado hasta la médula todo el concepto occidental de la libertad, de tal forma que podría argumentarse que eso les ha retrasado en el frente económico en comparación con otros países asiáticos donde a nadie le importan una mierda los derechos humanos.

Al final no tiene mayor importancia; Douglas MacArthur Shaftoe pretende brindar por una buena travesía. Hace dos años a Randy le hubiese parecido un gesto banal y simplón. Ahora comprende que es el reconocimiento implícito de Doug de la ambigüedad moral del mundo, y un golpe preventivo bastante inteligente contra cualquier otra retórica más inflamada. Randy se traga el whisky de un trago y dice:

—Vamos a ello. —Lo que también es increíblemente trillado, pero la verdad es que esto de reunirse-en-un-círculo-en-la-playa ya le pone nervioso; firmó para unirse a una aventura empresarial, no para unirse a un conciliábulo.

El resultado son cuatro días en el pamboat. Navega a diez kilómetros por hora día y noche, y no se aparta ¿le las aguas costeras poco profundas del mar de Sulu. Tienen suerte *con* el tiempo. Se detienen dos veces en Palawan y una vez en Mindoro para recoger diesel e intercambiar bienes sin especificar. La carga va en el casco, y la gente en la cubierta, que no es más que unos tablones tendidos de un lado a otro. Randy se siente más redomadamente solitario que desde que era un adolescente rarito, pero no se siente triste. Duerme mucho, perspira, bebe agua, lee un par de libros y juega con su nuevo receptor GPS. Su característica más destacable es una antena externa en forma de champiñón que puede recibir señales débiles, lo que debería venirle bien en medio de una jungla tupida. Randy ha grabado la latitud y longitud del Gólgota en la memoria del aparato, así que pulsando un par de botones puede comprobar instantáneamente a qué distancia está, y en qué dirección. Desde la playa de Tom Howard son casi mil kilómetros. Cuando el pamboat entierra por fin la nariz en una marisma al sur de Luzón, y Randy chapotea hasta la orilla a pleno estilo MacArthur, la distancia es sólo de cuarenta kilómetros. Pero frente a él se alzan volcanes ruinosos, negros y cubiertos de niebla, y sabe por experiencia que

cuarenta kilómetros en esa zona serán mucho más difíciles que los primeros novecientos sesenta.

El campanario de una vieja iglesia española se eleva, a no mucha distancia, sobre las palmas de los cocoteros, tallado con bloques de material volcánico que comienzan relucir bajo la suave luz de otra maravillosamente alucinante puesta de sol tropical. Después de cargar con algunas botellas extras de agua y decir adiós a León y su familia, Randy camina en dirección al campanario. Durante el trayecto, borra de la memoria del GPS la posición del Gólgota, por si se lo confiscan o se lo roban.

La siguiente idea que le viene a la cabeza dice algo sobre su estado mental general: que los frutos son los genitales de los árboles es totalmente evidente cuando miras a un conjunto de jóvenes cocos hinchados cobijados en las ingles oscuras y peludas de una palmera. Es sorprendente que los misioneros españoles no erradicasen la especie. En todo caso, para cuando ha conseguido llegar a la iglesia, ha pillado un séquito de pequeños niños filipinos que aparentemente no están acostumbrados a ver cómo los hombres blancos se materializan de la nada. No es que a Randy le parezca una alegría genial, pero se conforma con que nadie llame a la policía.

Un vehículo todo terreno nipón de estilo adorable y de la escuela alarmante de alto-centro-de-gravedad está aparcado frente a la iglesia, rodeado por aldeanos impresionados. Randy se pregunta si podrían llamar más la atención. Un chófer de unos cincuenta años está inclinado contra el parachoques delantero fumando un cigarrillo y charlando con algunos dignatarios locales: un sacerdote y, por amor de Dios, un policía con un puto rifle. Parece que todos los presentes están fumando Marlboro, cigarrillos que aparentemente ha distribuido como gesto de buena voluntad. Randy tiene que volver a la forma de pensar de Filipinas: la forma de entrar con sigilo en un país no es montar una operación secreta, arrastrándose en medio de la noche hasta una playa aislada vestido con un traje de submarinista negro mate, sino limitarse a pasearse por allí y hacerse amigo de todos los que te ven. Porque no son imbéciles: van a verte.

Randy fuma un cigarrillo. No lo había hecho nunca hasta hace unos meses, cuando se le metió en la cabeza que se trataba de un gesto social, que algunas personas se toman como un insulto si rechazas el cigarrillo que te ofrecen, y que en cualquier caso fumar un par de veces no iba a matarle.

Ninguna de estas personas, exceptuando al chófer y el sacerdote, hablan ni una palabra de inglés, y por tanto ésa es la única forma en que puede comunicarse con ellos. En cualquier caso, considerando todos los cambios que ha sufrido, ya que está ¿por qué coño no iba a convertirse en fumador? Quizá la próxima semana se esté chutando heroína. Para ser nocivos y letales, los cigarrillos son asombrosamente agradables.

El nombre del chófer es Matthew, y realmente resulta no tanto ser un chófer como un carismático negociador/solucionador, un facilitador, un nivelador de carreteras humano. Randy se limita a permanecer allí pasivo, mientras Matthew con alegría y de forma divertida consigue que puedan liberarse de esa reunión ciudadana improvisada, una labor que sería probablemente casi imposible si el sacerdote no fuese claramente cómplice. El policía mira al sacerdote para que le indique lo que debe hacer, y el sacerdote le dice algo complicado con una serie de miradas y gestos, y en cierta forma, de algún modo, Randy llega a colocarse en el asiento de pasajeros del vehículo y Matthew se sitúa tras el volante. Bien pasada la puesta de sol salen rodando del pueblecito recorriendo la execrable carretera de un solo carril, seguidos por niños que corren junto a ellos con las manos en el coche, como si fuesen agentes del Servicio Secreto. Pueden hacerlo durante un buen rato porque deben recorrer algunos kilómetros antes de que la carretera mejore lo suficiente para que Matthew pueda abandonar la primera.

Ésta no es una parte del mundo donde tenga sentido conducir de noche, pero está claro que a Matthew no le interesaba pasar la noche en el pueblecito. Randy tiene una idea bastante razonable sobre lo que va a suceder ahora: muchas horas de conducir lentamente por carreteras tortuosas, medio bloqueadas por montones recién recogidos de cocos, entorpecidas por pedazos de troncos arrojados siguiendo los pasos de peatones para obligar a reducir la velocidad y evitar que los niños y los perros sean atropellados. Echa el asiento hacia atrás.

Una luz brillante entra en torrente en el coche y piensa: bloqueo, policías, luces. La luz está bloqueada por una silueta. Se produce un ruido en la ventanilla. Randy mira a un lado y ve que el asiento del conductor está vacío, y que la llave no está en el contacto. El vehículo está frío y dormido. Se sienta derecho y se frota la cara, en parte porque necesita que la froten y

en parte porque probablemente sea inteligente mantener las manos a la vista. Más golpecitos en el parabrisas, cada vez más impacientes. Las lunas están cubiertas de vaho y sólo puede ver formas. La luz tiene un tono rojizo. Tiene una erección totalmente inapropiada. Randy busca el control de la ventanilla, pero los elevalunas son eléctricos y no funcionan a menos que esté en marcha. Busca por la portezuela hasta que descubre cómo quitarle el seguro, y casi de inmediato se abre de golpe y alguien entra con él.

Acaba sobre el regazo de Randy, tendida de lado sobre su cuerpo, con la cabeza sobre su pecho.

—Cierra la puerta —dice Amy, y Randy lo hace.

Luego ella se retuerce hasta estar cara a cara con él, y su centro de gravedad pélvico se roza sin piedad contra la enorme zona generalizada entre su ombligo y sus muslos que, en los últimos meses, se ha convertido en un enorme órgano sexual. Amy le agarra el cuello entre los antebrazos y sostiene el apoyacabezas. Randy está atrapado. Ahora lo evidente sería un beso, y ella se mueve en esa dirección, pero luego se lo piensa mejor, porque parece que en esta ocasión es preciso mirarse fijamente durante un buen rato. Así que se miran durante probablemente un minuto. No es una mirada edulcorada la que comparten, nada romántico en absoluto, más bien una mirada de «en qué coño nos hemos metido». Como si fuese realmente importante para los dos que aprecien mutuamente la importancia de todo. Emocionalmente, sí, pero también desde un punto de vista legal y, a falta de un término mejor, desde el militar. Pero una vez que Amy se convence de que su chico realmente lo comprende, se permite una sonrisilla vagamente incrédula que florece para convertirse en una sonrisa en toda regla, y luego emite lo que en una mujer menos armada podría caracterizarse como una risita tonta, y a continuación, sólo por parar, tira fuerte del apoyacabezas y une su rostro con el de Randy, y después de diez latidos de olisqueos exploratorios y caricias con el hocico, le besa. Es un beso casto que requiere mucho tiempo para abrirse, que es totalmente consistente con la aproximación cautelosa y sardónica que Amy manifiesta ante todo, y también con la hipótesis, comentada en una ocasión cuando conducían hacia Whitman, de que sea efectivamente virgen.

En este momento la vida de Randy está esencialmente completa. Ha llegado a comprender durante toda la operación que la luz que penetra por

las ventanillas es efectivamente la luz del amanecer, e intenta contener la idea de que «es un buen día para morir» porque tiene claro que aunque es posible que a partir de ese momento llegue a vivir para ganar mucho dinero, volverse famoso o lo que sea, nada va a ser mejor que esto. Amy también lo sabe, y hace que el beso dure mucho tiempo antes de apartarse para respirar, inclinando la cabeza para apoyar la frente sobre el esternón de Randy, la curva de su cabeza siguiendo la de su garganta, como las líneas costeras de América del Sur y África. Randy casi no puede soportar la presión en su entrepierna. Aprieta con firmeza los pies contra el suelo del vehículo y se retuerce.

Amy se mueve con rapidez y decisión, agarrándole el dobladillo de la pernera izquierda de los shorts y tirando de ella casi hasta el ombligo, llevándose también los calzoncillos. Randy se libera y apunta, subiendo, agitándose ligeramente con cada latido del corazón, reluciente de salud (piensa con modestia) bajo la luz del amanecer. Amy lleva una especie de falda larga ligera, que de pronto ella lanza sobre Randy, produciendo momentáneamente el efecto de una tienda de campaña. Pero ella está en marcha, quitándose la ropa interior, y luego, antes de que Randy tenga tiempo de creérselo, se sienta encima de él, con fuerza, produciendo una descarga casi eléctrica. Luego deja de moverse desafiándole.

Los dedos de los pies de Randy producen un ruido audible. Levanta su cuerpo y el de Amy en el aire, experimenta una especie de alucinación sinestética muy similar a la famosa escena del «salto al hiperespacio» de *Star Wars.* ¿O quizás ha saltado el airbag por accidente? A continuación emite como una pinta imperial de semen —es una serie aparentemente sin fin de eyaculaciones, cada una relacionada con la siguiente por nada más que el salto de fe de que otra está por venir— y al final, como todas las cosas construidas sobre la fe y la esperanza, deja de suceder, y a continuación Randy se queda sentado completamente quieto hasta que su cuerpo se da cuenta de que lleva un rato sin respirar. Llena los pulmones por completo, extendiéndolos, lo que le sienta casi tan bien como el orgasmo, y luego abre los ojos, ella le está mirando perpleja, pero (¡gracias a Dios!) no parece estar horrorizada o indignada. Randy se sienta bien, lo que fuerza su culo en un gesto no del todo desagradable. Entre eso, y los muslos de Amy, y otras penetraciones, no va a ir a ningún sitio durante un

buen rato, y teme ligeramente lo que Amy vaya a decir, ella dispone de un amplio menú de posibles respuestas a todo eso, la mayoría de ellas a costa de Randy. Amy planta una rodilla, se levanta, le agarra la camisa hawaiana y se limpia un poco. Luego abre la puerta, le da un par de golpecitos en las mejillas peludas, y dice:

—Aféitate. —Y sale del escenario por la izquierda. Randy puede ahora comprobar que, efectivamente, el airbag no se ha disparado. Y sin embargo tiene la misma sensación de cambio súbito en su vida que podría tener después de sobrevivir a un accidente de coche.

Está hecho un asco. Por suerte tiene la bolsa en el asiento trasero, con otra camisa.

Unos minutos después sale por fin del vehículo y da un vistazo a lo que le rodea. Se encuentra en una comunidad construida sobre una meseta inclinada con algunos cocoteros muy espaciados y muy altos dispersos por ahí. Hacia abajo, lo que parece ser más o menos el sur, hay un patrón de vegetación que Randy reconoce como una plantación a tres niveles: piñas en el suelo, cacao y café a nivel de la cabeza, cocos y plátanos por encima. Las hojas amarillo verdosas de los plataneros son especialmente atractivas, en apariencia lo suficientemente grandes como para extenderlas y tomar el sol encima. Hacia el norte, y colina arriba, una jungla intenta derribar una montaña.

El lugar en el que se encuentra es evidentemente reciente, medido por un topógrafo de verdad, diseñado por gente con educación, pagado por alguien que se puede permitir láminas de estaño corrugado totalmente nuevas, tubos de desagüe y cableado eléctrico. Tiene algo en común con un pueblo normal de Filipinas en que está construido alrededor de una iglesia. En este caso la iglesia es pequeña —Enoch la llamó una capilla—, pero que fue diseñada por estudiantes finlandeses de arquitectura le quedaría claro a Randy incluso si Root no lo hubiese divulgado. Tiene un poco de esa tensión de Bucky Fuller, muchos cables expuestos y en tensión radiando de los extremos de puntales tubulares, todos colocados para soportar un tejado que no es una única superficie sino un sistema de fragmentos curvos. A Randy le parece terriblemente bien diseñado, porque ahora juzga los edificios únicamente por el criterio de su capacidad para soportar los terremotos. Root le dijo que fue construida por los hermanos de la orden

misionera y por voluntarios locales, empleando materiales donados por una fundación nipona que todavía intenta enmendar la guerra.

De la iglesia sale música. Randy mira la hora y descubre que es domingo por la mañana. Evita participar en la misa, con la excusa de que ya ha empezado y no quiere interrumpirla, y se dirige hacia el pabellón cercano —un tejado corrugado protegiendo un suelo de cemento cubierto de mesas de plástico— donde se sirve el desayuno. Provoca una violenta controversia en una bandada de gallinas que se le cruza por el camino, ninguna de las cuales parece capaz de saber cómo apartarse de su camino; están asustadas de su presencia, pero no tienen la organización mental suficiente para traducir ese miedo en un plan coherente de acción. A varias millas de distancia, un helicóptero vuela sobre el mar, perdiendo altitud a medida que se acerca a algún punto de aterrizaje en la jungla. Es un helicóptero de carga enorme y gratuitamente ruidoso de un modelo desconocido, y Randy sospecha vagamente que lo construyeron en Rusia para clientes chinos y que es parte de las operaciones de Wing.

Reconoce a Jackie Woo sentado frente a una de las mesas, bebiendo té y leyendo una revista. Amy está en la cocina adyacente, enzarzada en una charla de chicas en tagalo con un par de damas de mediana edad que se encargan de preparar la comida. Ese lugar parece bastante seguro, y por tanto Randy se detiene bajo cielo abierto, teclea los dígitos que sólo él y Goto Dengo conocen y toma una medida GPS. Según la máquina, no están a más de cuatro mil quinientos metros de distancia del túnel principal del Gólgota. Randy comprueba la dirección y determina que es colina arriba desde aquí. Aunque la jungla difumina la superficie de la tierra, cree que estará situado en el valle de un río cercano.

Cuatro mil quinientos metros parece ser imposiblemente cerca, y sigue ahí de pie, intentando convencerse de que su memoria funciona bien, cuando las voces irregulares de los creyentes llenan de pronto el poblado al abrirse las puertas de la iglesia. Enoch Root sale, vistiendo lo que (inevitablemente) Randy describiría como un traje de mago. Pero al caminar se lo quita para mostrar que debajo viste, como es razonable, de caqui, y le pasa la túnica a un joven acólito filipino que vuelve adentro con ella. Termina la canción y luego sale Douglas MacArthur Shaftoe, seguido de John Wayne y varias personas que parecen ser del pueblo. Todos se

dirigen al pabellón. El estado de alerta producido por estar en un lugar nuevo combinado con las consecuencias neurológicas de un orgasmo asombrosamente intenso y largo, han dejado a Randy con sentidos más agudos, y una mente más clara de lo que ha estado nunca, y se siente impaciente por ponerse en marcha. Pero no puede negar la inteligencia de tomar primero un buen desayuno, así que les da la mano a todos y se sienta con los otros. Se produce una pequeña charla sobre su viaje en pamboat.

—Tus amigos deberían haber venido por ese método —dice Doug Shaftoe, y luego le explica que Avi y los dos Goto se suponía que llegarían aquí ayer, pero fueron retenidos en el aeropuerto durante varias horas y luego tuvieron que volver a Tokio mientras se aclaraba un misterioso problema inmigratorio.

—¿Por qué no fueron a Taipei o Hong Kong? —se pregunta Randy en voz alta, ya que ambas ciudades están mucho más cerca de Manila. Doug le mira con expresión vacía y comenta que esas dos son ciudades chinas, y le recuerda que el supuesto adversario es ahora el general Wing, quien tiene mucho poder en sitios así.

Ya hay preparadas varias mochilas, cargadas en su mayoría con agua embotellada. Después de que todos hayan tenido su oportunidad de tragar el desayuno, Douglas MacArthur Shaftoe, Jackie Woo, John Wayne, Enoch Root, America Shaftoe y Randall Lawrence Waterhouse cargan con ellas. Comienzan a caminar colina arriba, saliendo del poblado y llegando a una zona de transición ocupada por palmas del viajero de grandes hojas y gigantescos grupos de bambú: troncos de diez centímetros de grueso saliendo de unas raíces centrales, como explosiones congeladas, hasta alturas de al menos diez metros, los palos verdes y marrones allí donde pierden las hojas fornidas. La cubierta de la jungla queda cada vez más alta, acentuada por el hecho de que está colina arriba, y emite fantásticos ruidos silbantes, como disparos de faser. Al entrar en la sombra de la cubierta arbórea a esos sonidos se añade el barullo de los grillos. Suena como si hubiese millones de grillos y millones de lo que sea produciendo los sonidos, pero de vez en cuando el sonido se detiene de súbito y luego se inicia de nuevo, así que si hay muchos, todos siguen la misma partitura.

El lugar está lleno de plantas que en Estados Unidos sólo se ven en las macetas, pero que aquí crecen hasta el tamaño de un roble, tan grandes que

la mente de Randy no las puede reconocer, por ejemplo, como el mismo tipo de Diefenbachia que la abuela Waterhouse solía tener en el baño de abajo. Hay una variedad increíble de mariposas, a las que parece encantar el ambiente libre de viento, y vuelan entre enormes telas de araña que traen a la mente el diseño de la capilla de Enoch Root. Pero está claro que las dueñas absolutas de ese lugar son las hormigas; de hecho, tiene sentido considerar la jungla como un tejido vivo de hormigas con pequeñas infecciones de árboles, pájaros y humanos. Algunas son tan pequeñas que son, para las otras hormigas, lo que esas hormigas son para las personas; se ocupan de sus actividades de hormigas en el mismo espacio físico pero sin interferir, como muchas señales de frecuencias diferentes que comparten el mismo medio. Pero hay un buen montón de hormigas cargando con otras hormigas, y Randy asume que no lo hacen por razones altruistas.

Allí donde la jungla es densa, es intransitable, pero hay un buen número de lugares donde los árboles se espacian unos metros y la maleza sólo llega hasta las rodillas, y hay luz. Moviéndose de un lugar así a otro van progresando lentamente en la dirección general indicada por el GPS de Randy. Jackie Woo y John Nguyen han desaparecido, a$^{t}$ parecen moverse en paralelo a ellos pero mucho más en silencio. La jungla es un bonito sitio para ir de visita, pero no querrías vivir, o dejar de moverte, allí. Al igual que los mendigos de Intramuros te ven como un cajero automático bípedo, los insectos de la jungla te ven como grandes trozos de comida animada pero no muy bien defendida. La capacidad de moverse, lejos de ser disuasoria, sirve como garantía perfecta de frescura. Los soportes de la cubierta son árboles enormes —*«Octomelis sumatrana»,* dice Enoch Root— con estrechas raíces de apoyo extendidas en todas direcciones, tan delgadas y afiladas como machetes hundidos en la tierra. Algunos de ellos quedan casi completamente ocultos por colosales filodendros que trepan por sus troncos.

Llegan a una amplia y suave cresta rocosa; Randy había olvidado que se movían colina arriba. De pronto el aire se hace más frío y la humedad se condensa sobre la piel. Cuando el ruido de los grillos se detiene es posible oír el murmullo de una corriente de agua. La siguiente hora se dedica a descender lentamente la inclinación para llegar a la corriente. Cubren un total de cien metros; a ese ritmo, piensa Randy, les llevará dos día,

caminando continuamente, llegar al Gólgota. Pero no se lo dice a nadie. A medida que descienden, es consciente, y le aterra un poco, la cantidad increíble de biomasa que tienen sobre la cabeza a cuarenta o cincuenta metros en algunos casos. Le hace sentirse como si estuviese al fondo de la cadena alimenticia.

Entran en una zona más soleada que en consecuencia está cubierta de *maleza* mucho más espesa, y se ven obligados a sacar los machetes y abrirse paso hasta el río. Enoch Root explica que ése es el lugar donde un pequeño lahar, que se había visto obligado a correr por entre las altas paredes, corriente arriba del río, se extendió y eliminó algunas hectáreas de árboles antiguos, dejando el camino libre para vegetación más pequeña y oportunista. Eso les resulta fascinante como durante diez segundos y luego de vuelta a trabajar con el machete. Con el tiempo llegan al borde del río, todos ellos pegajosos y verdosos, y picajosos por la savia, jugos y pulpa de toda la vegetación que han tenido que asaltar para llegar hasta allí. El lecho fluvial es bajo y rocoso, sin ribera discernible. Se sientan y beben agua durante un rato.

—¿Qué sentido tiene esto? —pregunta de pronto Enoch Root—. No pretendo parecer desanimado por estas barreras físicas, porque no lo estoy. Pero me pregunto si en tu mente sabes cuál es el fin.

—Búsqueda de datos. Nada más —dice Randy.

—Pero no tiene mayor sentido buscar datos sin guía a menos que seas un científico puro o un historiador. Aquí representas un interés empresarial. ¿Cierto?

—Sí.

—Y por tanto, si yo fuese accionista en tu compañía exigiría una explicación de por qué ahora mismo estás sentado al borde de un río en lugar de hacer lo que sea que hace tu empresa.

—Dando por supuesto que fueses un accionista inteligente, sí, eso es lo que harías.

—¿Y cuál sería tu explicación, Randy?

—Bien...

—Sé adonde vamos, Randy. —Y Enoch cita una ristra de dígitos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Randy algo alterado.

—Lo sé desde hace cincuenta años —dice Enoch—. Goto Dengo me lo dijo.

Todo lo que Randy puede hacer durante un rato es echar humo. Doug Shaftoe está riéndose. Amy sólo parece distraída. Enoch medita durante unos momentos y finalmente dice:

—Originalmente, el plan era comprar esta tierra con la pequeña reserva de oro que se desenterró y se cargó en cierto submarino. Entonces aguardaríamos el momento adecuado y desenterraríamos el resto. Pero el submarino se hundió, y el oro con él. Durante muchos años no hice nada con lo que sabía. Pero entonces la gente empezó a comprar tierras en los alrededores... gente que evidente esperaba encontrar el Primario. Si hubiese tenido el dinero, yo mismo habría comprado la tierra. Pero no lo tenía. Así que me aseguré de que la Iglesia la compraba.

—Todavía no has respondido a la pregunta de Enoch, Randy: ¿qué .bien estás haciendo aquí para tus accionistas? —pregunta Doug.

Una libélula roja sobrevuela la corriente, moviendo las alas con tal rapidez que los ojos no ven las alas sino una distribución de probabilidad de dónde podrían estar las alas, como los orbitales electrónicos: un efecto mecano-cuántico que quizás explique por qué el insecto es aparentemente capaz de teletransportarse de un lugar a otro, desapareciendo en un punto y reapareciendo a un par de metros de distancia, aparentemente sin pasar por el espacio intermedio. Hay muchas cosas coloristas en la jungla. Randy supone que, en el mundo natural, algo que tiene colores tan evidentes debe ser un importante cabrón evolutivo.

—Cogimos el oro que recuperamos del submarino y lo convertimos en dinero electrónico, ¿no? —dice Randy.

—Eso dices. En realidad no he gastado todavía nada de ese dinero electrónico —dice Doug.

—Queremos hacer lo mismo por la Iglesia, o Wing, o quien acabe en posesión del oro. Queremos depositarlo en la Cripta y convertirlo en moneda electrónica.

—¿Comprendes que para sacar el oro de aquí será necesario atravesar el territorio controlado por Wing? —pregunta Amy.

—¿Quién dice que tenemos que moverlo?

Silencio durante un minuto, o lo que en la jungla pasa por silencio.

—Tienes razón. Si la mitad de las historias son ciertas, esta instalación es mucho más segura que cualquier cámara acorazada —dice Douglas Shaftoe.

—Las historias son del todo ciertas... y un poco más —dice Randy—. El hombre que diseñó y construyó el Gólgota fue Goto Dengo en persona.

—¡Mierda!

—Nos dibujó los planos. Y aquí no es problema la seguridad local o nacional —añade Randy—. Claro que en ocasiones el gobierno ha sido inestable. Pero cualquier invasor que quisiese hacerse con la posesión física del oro tendría que abrirse paso por esta jungla con diez millones de filipinos bien armados impidiéndoles el paso.

—Todos saben lo que los Huks hicieron frente a los nipos —dice Doug, asintiendo con vigor—. O los VC contra nosotros, ya que estamos. Nadie sería tan estúpido como para intentarlo.

—Especialmente si te pusiésemos al mando, Doug. Amy ha estado ausente durante la mayor parte de la conversación, pero al oírlo se gira y le sonríe a su padre.

—Acepto —dice Doug.

Randy está siendo lentamente consciente de que aquí los pájaros y los bichos se mueven tan rápido que ni siquiera puedes mover la cabeza a la velocidad suficiente para centrar en ellos la vista. Existen sólo como porciones de movimiento en tu visión periférica. La única excepción parece ser una especie de mosquito que ha evolucionado en el nicho ecológico específico de lanzarse contra el ojo izquierdo de un ser humano a poco menos que la velocidad del sonido. Randy ya ha recibido cuatro impactos en el ojo izquierdo, y ninguno en el derecho. Ahora recibe otro más, y mientras se recupera, la tierra salta bajo sus pies. Es un poco como un terremoto en su efecto psicológico: una sensación de incredulidad, y luego de traición, ante el hecho de que el suelo sólido esté mostrando la temeridad de moverse. Pero todo termina antes de que esa sensación pueda trepar por la columna vertebral hasta el cerebro.

El río sigue corriendo, y la libélula sigue cazando.

—Eso ha sido exactamente como la detonación de un explosivo potente —dice Doug Shaftoe—, pero no he oído nada. ¿Alguien oyó algo?

Nadie había oído nada.

—Lo que eso significa —sigue diciendo Doug—, es que alguien está detonando explosivos en el subsuelo.

Comienzan a caminar corriente arriba. El GPS de Randy indica que el Gólgota está a menos de dos mil metros corriente arriba. El río comienza a desarrollar unas riberas como es debido, que poco a poco van haciéndose más altas y escarpadas. John Wayne sube a la ribera izquierda y Jackie Woo a la derecha, para proteger la zonas altas a cada lado, o al menos que haya alguien allá arriba. Vuelven a penetrar bajo la sombra de la cubierta arbórea. Aquí el terreno está formado por una especie de roca sedimentaria con pedruscos de granito encajados aquí y allá, como nueces mezcladas con chocolate medio derretido. Debe ser poco más que una costra de cenizas y sedimentos solidificados sobre un sustrato de roca dura. Los que están en el lecho fluvial se mueven ahora muy despacio. Parte del tiempo están en el río, luchando contra una potente corriente, y parte del tiempo pasan de pedrusco a pedrusco, o caminando sobre salientes de roca dura que sobresalen de las riberas.

Cada pocos minutos, Doug levanta la vista y establece contacto visual con Jackie Woo y John Wayne, deben de estar luchando contra desafíos propios, porque en ocasiones se retrasan con respecto al grupo principal. A medida que suben por la montaña los árboles parecen hacerse más altos, y ahora su altura queda acentuada por el hecho de estar enraizados sobre una ribera que se eleva sobre la corriente dos, cinco, diez, luego veinte y treinta metros. En realidad, ahora la ribera cuelga sobre ellos: el paso fluvial es en su mayoría un tubo hundido en la tierra, abierto al cielo sólo en una rendija estrecha en lo alto. Pero es cerca de mediodía y el sol cae casi verticalmente, iluminando todo lo que viene desde las alturas. El cadáver de un insecto muerto cae desde la cubierta como el primer copo de nieve del invierno. El agua que cae de los bordes de las riberas colgantes forma una cortina líquida, cada gota reluciendo como un diamante y haciendo que sea casi imposible ver la cavidad oscura que tiene detrás. Mariposas amarillas vuelan por entre esas gotas que caen, pero jamás reciben un impacto.

Llegan hasta una curva suave en el río y se enfrentan a una cascada de unos veinte metros de alto. En la base de la cascada hay un pozo relativamente tranquilo y poco profundo, llenando el fondo de una cavidad ancha en forma de melón formada por las riberas cóncavas. El sol vertical

pega directamente sobre la nube de espuma blanca en la base de la cascada, que refleja de nuevo la luz con una potencia cegadora, formando una especie de lámpara de luz natural que ilumina todo el interior de la cavidad. Las paredes de piedra, mojadas y cubiertas de agua subterránea, relucen bajo su luz. Las partes inferiores de helechos y plantas de grandes hojas —epífitas— creciendo a partir de apoyos invisibles en las paredes brillan mortecinas bajo el extraño resplandor azulado de la espuma.

La mayor parte de las paredes de la cavidad están ocultas tras la vegetación: frágiles velos de musgo en cascada creciendo en la roca, y trepadoras agarradas de las ramas de los árboles a cientos de pies de altura y colgando hasta llegar a la mitad de la cavidad, donde se han enredado con las raíces que sobresalen formando una espaldera natural para una red más delicada de trepadoras que a su vez forma el sustrato de una alfombra mate de musgo saturado con el agua que fluye. La cuenca está viva por las mariposas que arden en colores de una pureza radioactiva, y más cerca de la superficie del agua hay caballitos del diablo, en su mayoría de cuerpos color aguamarina que destellan bajo el sol, las alas muestran tonos salmón y rojo coral por la parte de abajo a medida que orbitan unos alrededor de los otros. Pero en su mayoría el aire está lleno con el continuo y lento progreso de cosas que no sobrevivieron, recorriendo la columna de aire para llegar al agua, que se las lleva: hojas muertas y el exoesqueleto de insectos, secos y abiertos debido a algún silencioso combate a cientos de pies sobre sus cabezas.

Randy ha mantenido la vista fija en la pantalla de su GPS, que se las ha visto canutas para conectar con los satélites metido en esa gruta. Pero de pronto aparecen los números. Ha hecho que calcule la distancia desde aquí al Gólgota, y la respuesta aparece de inmediato: una larga fila de ceros con algunos dígitos insignificantes al final.

Randy dice:

—Ya estamos. —Pero lo que dice queda en su mayoría apagado por una potente explosión en lo alto de la ribera. Unos segundos más tarde, un hombre comienza a gritar.

—Que nadie se mueva —dice Doug Shaftoe—, estamos en un campo de minas.

*OceanofPDF.com*

# Ganchos

Sobre un otero cubierto de hierba, un hombre se oculta tras una tumba, mirando por medio de un telescopio montado sobre un trípode, siguiendo el paso decidido de una figura vestida con un hábito y cubierta con una capucha que camina sobre la hierba. FUNERAL. Ése es el gancho que los delató. El nipón de uniforme norteamericano, a quien Enoch Root esta dejando atrás, debe de ser ese Goto Dengo. Lawrence Pritchard Waterhouse ha visto el nombre taladrado en tantas tarjetas ETC que ya no precisa leer las letras impresas en la parte alta de la tarjeta: puede identificar un «Goto Dengo» a un brazo de distancia simplemente mirando el patrón de rectángulos taladrados. Lo mismo puede decir de unas dos docenas de ingenieros de minas y topógrafos nipones que trajeron a Luzón en 1943 y 1944, en respuesta a mensajes Azur/Tetraodóntido que emanaron de Tokio. Pero, por lo que Waterhouse puede deducir, todos los demás están muertos. O eso o se retiraron al norte con Yamashita. Sólo uno de ellos está sano y salvo, viviendo en lo que queda de Manila, y ese es Goto Dengo. Waterhouse iba a entregarlo a Inteligencia del Ejército de Tierra, pero ya no parece tan buena idea ahora que el nipo imposible de matar se ha convertido en protegido personal del general.

Root va en dirección a esos dos misteriosos hombres blancos que asistieron al funeral de Bobby Shaftoe. Waterhouse los observa cuidadosamente por el telescopio, pero la óptica mediocre en combinación con las olas de calor que salen de entre la hierba complican la operación. Uno de ellos le parece extrañamente familiar. Lo que no deja de ser extraño

porque Waterhouse no conoce a ningún hombre de barba, largo pelo rubio y un parche negro.

De su frente salta una idea totalmente formada, sin avisar. Así es como llegan las mejores ideas. Ideas que cultiva con paciencia a partir de diminutas semillas jamás germinan o se convierten en monstruosidades. Las buenas ideas se presentan de pronto, como los ángeles de la Biblia. No puedes ignorarlas simplemente porque sean ridículas. Waterhouse contiene la risa e intenta no emocionarse demasiado. La parte aburrida, tediosa y burocrática de su mente se siente irritable y desea ver algunas pruebas que apoyen la idea.

Cosa que sucede con rapidez. Waterhouse sabe, como demostró frente a Earl Comstock, que hay información extraña fluyendo por el aire, surgiendo en forma de puntos y rayas de unos pocos transmisores débiles dispersos por Luzón y las aguas vecinas, cifrada empleando el sistema Aretusa. Hace dos años que Lawrence y Alan saben que Rudy lo inventó, y por la cháchara descifrada en Bletchley Park y Manila, ahora saben otras cosas. Saben que Rudy huyó del gallinero en 1943 y que, probablemente, fue a Suecia. Saben que un tal Günter Bischoff, capitán del submarino que sacó a Shaftoe y a Root del agua, también acabó en Suecia, y que Dönitz le persuadió para que aceptase realizar los traslados de oro que hasta ese momento había realizado el U-553 antes de encallar en Qwghlm. A los chicos de Inteligencia Naval les fascina Bischoff, así que ya lo han sometido a un buen montón de indagaciones. Waterhouse ha visto fotos de sus días de estudiante. El más bajo de los dos hombres a los que ahora mira podría ser el mismo tipo, ahora en su mediana edad. Y el más alto, el del parche en el ojo, podría ser definitivamente Rudy von Hacklheber en persona. Por tanto, se trata de una conspiración.

Poseen comunicaciones seguras. Si Rudy es el arquitecto de Aretusa, entonces esencialmente será imposible de romper, exceptuando descuidos casuales como eso del FUNERAL.

Tienen un submarino, imposible de localizar o hundir, porque es uno de los nuevos amorcitos de Hitler que usan combustible de cohete, y porque Günter Bischoff, el mejor comandante de submarinos de la historia, es su capitán.

Tienen, a cierto nivel, el apoyo de la extraña hermandad a la que pertenece Root, esos tipos de la *ignoti et quasi occulti.*

Y ahora intentan alistar a Goto Dengo. El hombre que, es seguro suponerlo, enterró el oro.

Hace tres días, los chicos de interceptaciones de la sección de Waterhouse pillaron una ráfaga de mensajes Aretusa, intercambiados entre un transmisor oculto en algún lugar de Manila y uno móvil en el mar meridional de China. Más tarde se enviaron Catalinas a este último, y detectaron primero ecos apagados de radar, pero no encontraron nada al llegar a la escena. Un equipo de rompecódigos novatos saltaron sobre esos mensajes e intentaron romperlos a base de fuerza bruta. Lawrence Pritchard Waterhouse, el veterano, fue a dar un paseo por el malecón de la bahía de Manila. De pronto se levantó una brisa que venía de la bahía. Se detuvo para que le refrescase la cara. Un coco cayó de lo alto y se destrozó sobre el suelo a unos diez pies. Waterhouse giró sobre sus talones y regresó a la oficina.

Justo antes de que comenzase la ráfaga de mensajes Aretusa, Waterhouse había estado sentado en su oficina escuchando la radio de las Fuerzas Armadas. Acababan de anunciar que, dentro de tres días, a tal y tal hora, se iba a celebrar el funeral del héroe, Bobby Shaftoe, en el enorme y nuevo cementerio de Makati.

Sentado en su oficina con las nuevas interceptaciones Aretusa en la mano, se puso a trabajar, usando FUNERAL como gancho: si ese grupo de siete letras se descifra como FUNERAL, entonces ¿cómo es el resto del mensaje? ¿Un galimatías? Vale, ¿qué hay de ese grupo de siete letras?

Incluso con el regalo que le habían hecho, le llevó dos días y medio de trabajo continuo descifrar el mensaje. El primero, transmitido desde Manila, decía: EL FUNERAL DE NUESTRO AMIGO SÁBADO DIEZ TREINTA AM CEMENTERIO MILITAR DE LOS ESTADOS UNIDOS MAKATI.

La respuesta del submarino: ESTAREMOS ALLÍ SUGERIMOS INFORMES A GD.

Vuelve a centrar el telescopio en Goto Dengo. El ingeniero nipón está de pie con la cabeza inclinada y los ojos ligeramente cerrados. Quizá sus hombros suban y bajen, quizá sea sólo la ola de calor que da esa impresión.

Pero luego Goto Dengo se pone bien recto y da un paso en dirección a los conspiradores. Se detiene. Luego da otro paso. Luego otro más. Su postura va enderezándose de forma milagrosa. Parece sentirse mejor a cada paso que da. Camina más y más rápido, hasta estar casi corriendo.

Lawrence Pritchard Waterhouse está lejos de ser un telépata, pero puede deducir con facilidad lo que Goto Dengo está pensando: tengo una carga sobre los hombros y ha estado aplastándome. Y ahora voy a pasar la carga a otras personas. ¡Maldición! Bischoff y Rudy von Hacklheber se adelantan para reunirse con él, alargando con entusiasmo las manos derechas. Bischoff, Rudy, Enoch y Goto Dengo forman un nudo, prácticamente sobre la tumba de Bobby Shaftoe.

Es una pena. Waterhouse conocía a Bobby Shaftoe, y le hubiese gustado asistir a su funeral, no escondido como está ahora. Pero tanto Enoch Root como Rudy le hubiesen reconocido. Waterhouse es su enemigo común.

¿Lo es? En una década llena de Hitlers y Stalins, es difícil preocuparse por una conspiración que aparentemente incluye a un sacerdote, y que arriesga su existencia para asistir al funeral de uno de sus miembros. Waterhouse rueda y se queda tendido sobre la tumba de alguien, meditándolo. Si Mary estuviese aquí, le presentaría el dilema y ella le diría qué hacer. Pero Mary está en Brisbane, eligiendo los vestidos de las damas de honor y la porcelana.

Vuelve a ver a alguno de esos tipos un mes más tarde, en un claro de la jungla a un par de horas al sur de Manila. Waterhouse llega allí antes que ellos, y pasa una noche sudorosa bajo una redecilla para mosquitos. Por la mañana, llega como la mitad de la tripulación del submarino de Bischoff; malhumorados por toda una noche de marcha. Como Waterhouse esperaba, se sienten muy nerviosos por la posibilidad de caer en una emboscada del comandante Huk local conocido como Cocodrilo, y disponen varios vigías por la jungla. Por eso Waterhouse se tomó la molestia de llegar antes que ellos: para no tener que infiltrarse por su línea de piquetes.

Los alemanes que no hacen guardia van a trabajar con las palas, cavando un agujero en el suelo junto a un enorme trozo de piedra pómez roja que tiene la forma vaga de África. Waterhouse está agachado a no más

de veinte pies, intentando averiguar cómo dar a conocer su presencia sin que le dispare un hombre blanco nervioso.

Casi consigue acercarse lo suficiente para darle una palmadita en el hombro a Rudy. Luego resbala sobre una roca viscosa. Rudy le oye, se da la vuelta y no ve nada excepto una franja de maleza destrozada por la caída de Waterhouse.

—¿Eres tú, Lawrence?

Waterhouse se pone en pie con cuidado, asegurándose de mantener las manos donde puedan verlas.

—¡Muy bien! ¿Cómo lo supiste?

—No seas estúpido. No hay muchas personas que hubiesen podido encontrarnos.

Se dan la mano. Se lo piensan mejor, y se abrazan. Rudy le da un cigarrillo. Los marineros alemanes los miran incrédulos. Hay algunos otros: un negro y un indio, y un hombre rudo de piel oscura que parece querer matar a Waterhouse allí mismo.

—¡Usted debe ser el famoso Otto! —exclama Waterhouse. Pero Otto no parece dispuesto a hacer nuevos amigos, o siquiera conocidos, en ese momento de su vida, así que se da la vuelta con amargura—. ¿Dónde está Bischoff? —pregunta Waterhouse.

—Ocupándose del submarino. Es arriesgado, está en aguas poco profundas. ¿Cómo nos encontraste, Lawrence? —Responde a su propia pregunta antes de que pueda hacerlo Lawrence—: Descifrando el mensaje largo, evidentemente.

—Sí.

—¿Pero cómo lo hiciste? ¿Me olvidé de algo? ¿Hay una puerta trasera?

—No. No fue fácil. Hace un tiempo rompí uno de vuestros mensajes.

—¿El del FUNERAL?

—¡Sí!—Waterhouse ríe.

—Podría haber matado a Root por enviar un mensaje con un gancho tan evidente. —Rudy se encoge de hombros—. Es difícil enseñar seguridad criptográfica, incluso a hombres inteligentes. Especialmente a ellos.

—Quizá quisiese que lo descifrase —comenta Waterhouse.

—Es posible —admite Rudy—. Quizás él quisiese que yo rompiese el cuaderno de uso único del Destacamento 2702, para que fuese a unirme a él.

—Supongo que Root asume que si eres lo suficientemente inteligente para romper códigos difíciles entonces automáticamente estarás de su lado —dice Waterhouse.

—No estoy seguro de estar de acuerdo... es ingenuo.

—Es un salto de fe —dice Waterhouse.

—¿Cómo rompiste Aretusa? Naturalmente siento curiosidad —dice Rudy.

—Como Azur/Tetraodóntido empleaba una clave diferente cada día, asumí que Aretusa actuaba igual.

—Yo les doy nombres diferentes. Pero sí, continúa.

—La diferencia es que la clave diaria de Azur/Tetraodóntido es simplemente la fecha numérica. Muy fácil de explotar una vez que lo has descubierto.

—Sí. Pretendía que fuese así —dice Rudy. Enciende otro cigarrillo, obteniendo un placer extravagante al hacerlo.

—Mientras que la clave diaria de Aretusa es algo que todavía no he podido descubrir. Quizás una función pseudoaleatoria de la fecha, quizá números aleatorios tomados de un cuaderno de uso único. En cualquier caso, no es predecible, lo que hace que Aretusa sea más difícil de romper.

—Pero rompiste el mensaje largo. ¿Me explicas cómo?

—Bien, la reunión en el cementerio duró poco. Supuse que tendríais que salir de allí con mucha rapidez.

—No parecía un buen lugar para quedarse.

—Por tanto, tú y Bischoff os fuisteis... al submarino, supuse. Goto Dengo regresó a su puesto en el cuartel del general. Sabía que no podía haberos dicho nada de importancia en el cementerio. Eso tendría que ser después, y tendría que ser en forma de un mensaje cifrado con Aretusa. Estás justificadamente orgulloso de Aretusa.

—Gracias —dice Rudy con vigor.

—Pero el inconveniente de Aretusa, al igual que Azur/Tetraodóntido, es que requiere muchos cálculos. No es problema si tienes una máquina de

computar, o una sala llena de operarios de ábaco. ¿Debo asumir que tienes una máquina a bordo del submarino?

—Así es —dice Rudy poco seguro de sí mismo—, nada especial. Todavía exige muchos cálculos manuales.

—Pero Enoch Root en Manila, y Goto Dengo, no podrían tener tal cosa. Tendrían que cifrar sus mensajes a mano... realizando todos los cálculos en hojas de papel. Enoch ya conocía el algoritmo, y podría comunicárselo a Goto Dengo, pero tendríais que poneros de acuerdo en una clave para introducirla en el algoritmo. Sólo podríais haber acordado una clave cuando estabais todos juntos en el cementerio. Y durante vuestra conversación, te vi señalar la lápida de Shaftoe. Así que supuse que lo empleabais como clave... quizá su nombre, quizá sus fechas de nacimiento y muerte, quizá su número militar. Resultó ser el número.

—Pero seguías sin conocer el algoritmo.

—Sí, pero tenía la idea de que estaba emparentado con el algoritmo Azur/Tetraodóntido, que a su vez está relacionado con las funciones zeta que estudiamos en Princeton. Así que me senté y me dije, si Rudy fuese a construir el criptosistema definitivo con esta base, y si Azur/Tetraodóntido es una versión simplificada de ese sistema, entonces ¿qué es Aretusa? Eso me ofreció un puñado de posibilidades.

—Y de un puñado pudiste elegir la correcta.

—No —dice Waterhouse—, era demasiado difícil. Así que fui a la iglesia en la que trabajaba Enoch, y busqué en su papelera. Nada. Fui a la oficina de Goto Dengo e hice lo mismo. Nada. Los dos quemaban los papeles.

El rostro de Rudy se relaja de pronto.

—Oh, bien. Temía que estuviesen haciendo algo increíblemente estúpido.

—En absoluto. Por tanto, ¿sabes qué hice?

—¿Qué hiciste, Lawrence?

—Fui y mantuve una charla con Goto Dengo.

—Sí. Eso nos contó.

—Le hablé de mis investigaciones con Azur/Tetraodóntido, pero no le dije que lo había roto. Conseguí que hablase, de forma muy general, sobre

lo que hacía en Luzón el pasado año. Me contó la misma historia a la que ha sido fiel, que consiste en que estaba construyendo una fortificación sin importancia en algún sitio, y que después de huir de esa zona vagó perdido por la jungla durante varios días antes de salir cerca de San Pablo y unirse a unas tropas de la Fuerza Aérea que se dirigían al norte hacia Manila.

—«Está bien que salieses de ahí —le dije—, porque desde entonces, el líder Hukbalahap, conocido como el Cocodrilo, ha estado saqueando la jungla... está convencido de que los nipones enterrasteis allí una fortuna.»

Tan pronto como la palabra «cocodrilo» sale de la boca de Waterhouse, el rostro de Rudy se contrae de asco y se vuelve.

—Por tanto, cuando el mensaje largo se envió la semana pasada, desde el transmisor que Enoch tiene oculto en lo alto del campanario de esa iglesia, yo tenía dos ganchos. Primero, sospechaba que la clave era el número en la tumba de Bobby Shaftoe. Segundo, estaba casi convencido de que las palabras «Hukbalahap», «cocodrilo» y probablemente «oro» o «tesoro» aparecerían en algún punto del mensaje. También busqué candidatas obvias como «latitud» y «longitud». Con todo eso, romper el mensaje no fue difícil.

Rudy von Hacklheber lanza un gran suspiro.

—Por tanto, tú ganas —dice—. ¿Dónde está la caballería?

—¿Caballería o calvario? —bromea Waterhouse. Rudy sonríe tolerante.

—Sé dónde está el Calvario. No lejos del Gólgota.

—¿Por qué crees que va a venir la caballería?

—Sé que van a venir —dice Rudy—. Tus esfuerzos por romper el mensaje largo habrán precisado de toda una sala llena de computadores. Hablarán. Está claro que el secreto es conocido. —Rudy apaga el cigarrillo a medio fumar, como si se preparase para partir—. Por tanto, te han enviado para hacernos una oferta... rendíos de forma civilizada y recibiréis un buen trato. Algo así.

—*Au contraire*, Rudy. Nadie más lo sabe, aparte de mí. Dejé un sobre sellado sobre mi mesa, para ser abierto si moría misteriosamente durante este pequeño viaje a la jungla. Ese Otto tiene una terrible reputación.

—No me lo creo. Es imposible —dice Rudy.

—Tú de entre todos. ¿No lo comprendes? ¡Tengo una máquina, Rudy! La máquina realiza el trabajo para mí. Así que no necesito una sala llena de

computadores... al menos, no humanos. Y tan pronto como leí el mensaje descifrado, quemé todas las tarjetas. Así que yo soy el único que lo sabe.

—¡Ah! —dice Rudy, dando un paso atrás y mirando el cielo, ajustando su mente a ese hecho nuevo—. Bien, ¿por tanto debo suponer que has venido aquí a unirte a nosotros? Otto pondrá pegas, pero serás bien recibido.

Lawrence Pritchard Waterhouse se lo tiene que pensar. Lo que le sorprende un poco.

—La mayoría del oro se dedicará a ayudar a víctimas de las guerras, de una forma u otra —dice Rudy—, pero si nos quedamos con un diez por ciento como comisión, y lo distribuimos entre toda la tripulación del submarino, todos estaremos entre los hombres más ricos del mundo.

Waterhouse intenta imaginarse como uno de los hombres más ricos del mundo. No parece ajustársele bien.

—He estado intercambiando cartas con un colega en el estado de Washington —dice—. Mi prometida me ha puesto en contacto con él.

—¿Prometida? Felicidades.

—Ella es qwghlmiana-australiana. Parece haber una colonia de qwghlmianos en la colinas Palouse, donde se unen Washington, Oregón e Idaho. En su mayoría pastores. Pero hay una pequeña universidad, y necesitan un profesor de matemáticas. Podría ser director del departamento en unos años. —Waterhouse permanece de pie en medio de la jungla de Filipinas fumándose un cigarrillo y se lo imagina. Nada podría sonar más exótico—. ¡Suena como una buena vida! —exclama, como si fuese la primera vez que lo hubiese pensado—. A mí me parece perfecta.

Las colinas Palouse parecen estar muy lejos. Está impaciente por empezar a recorrer la distancia.

—Sí, lo parece —dice Rudy von Hacklheber.

—No suenas muy convencido, Rudy. Sé que para ti no sería tan genial. Pero para mí es el paraíso.

—Entonces, ¿me dices que no quieres entrar?

—Voy a decirte esto. Dices que la mayor parte del dinero se dedicará a caridad. Bien, a la universidad le vendría bien una donación. Si vuestro plan sale bien, ¿qué tal dotar una cátedra para mí en la universidad? Es lo que realmente quiero.

—Lo haré —dice Rudy—, y también dotaré una para Alan, en Cambridge, y os daré laboratorios enteros llenos de computadores eléctricos. —Los ojos de Rudy vagan hacia el agujero en el suelo, donde los alemanes, habiendo retirado la mayor parte de sus centinelas, están haciendo buenos progresos—. Sabes que éste no es más que uno de los escondrijos periféricos. Capital inicial para financiar el trabajo en el Gólgota.

—Sí. Igual que lo planearon los nipos.

—Excavaremos pronto. Mucho antes, ¡ahora que ya no nos tenemos que preocupar del Cocodrilo! —dice Rudy, y ríe. Es una risa sincera y genuina, la primera vez que Waterhouse le ha visto dejar caer la guardia—. Luego nos ocultaremos hasta que termine la guerra. Mientras tanto, quizá quede suficiente para hacerte a ti y a tu novia qwghlmiana un bonito regalo de bodas.

—Nuestra porcelana es Lavender Rose de Royal Albert —dice Waterhouse.

Rudy se saca un sobre del bolsillo y lo apunta.

—Ha sido muy amable por tu parte venir a decir hola —masculla alrededor del cigarrillo.

—Esos paseos en bicicleta en Nueva Jersey bien podrían haberse producido en otro planeta —dice Waterhouse, agitando la cabeza.

—Así fue —dice Rudy—. Y cuando Douglas MacArthur entre en Tokio, el mundo volverá a cambiar de nuevo. Ya nos veremos, Lawrence.

—Ya nos veremos, Rudy. Buen viaje.

Se abrazan una última vez. Waterhouse se aparta y durante unos momentos observa las palas morder la tierra roja, luego da la espalda a todo el dinero del mundo y comienza a caminar.

—¡Lawrence!—grita Rudy.

—¿Sí?

—No olvides destruir el sobre cerrado que dejaste en tu oficina.

Waterhouse ríe.

—Ah, mentí sobre ese punto. En caso de que alguien quisiese matarme.

—Qué alivio.

—¿Sabes que la gente siempre dice «sé guardar un secreto» y siempre se equivoca?

—Sí.

—Bien —dice Waterhouse—. Yo sé guardar un secreto.

*OceanofPDF.com*

# Cayuse

Una onda de choque recorre silenciosa el suelo, liberando un patrón de ondas, y reflejos de ondas, en el agua que les cubre hasta las rodillas.

—Durante un rato las cosas van a pasar muy despacio. Acostumbraos —dice Doug Shaftoe—. Todo el mundo va a necesitar algo con lo que explorar... un cuchillo largo o una vara. Incluso un palo.

Doug tiene un cuchillo grande, porque es ese tipo de tío, y Amy tiene su kris. Randy desmonta el marco de aluminio ligero de la mochila para sacar un par de tubos; le lleva un tiempo, pero como ha dicho Doug, ahora todo está pasando muy lentamente. Randy le lanza uno de los tubos a Enoch Root, quien consigue agarrar en el aire lo que era básicamente una mala tirada. Ahora todos están equipados, Doug Shaftoe les ofrece algunas instrucciones sobre cómo explorar un campo de minas. Como cualquier otra lección que Randy haya absorbido, ésta es interesante, pero sólo hasta que Doug dice lo importante, que consiste en que puedes golpear una mina de lado y no estallará; no puedes darle verticalmente.

—Lo del agua es desafortunado, porque nos impide ver qué coño estamos haciendo —dice.

Es más, el agua tiene un aspecto lechoso, probablemente debido a la ceniza volcánica en suspensión; puedes ver claramente durante un pie, con dificultad durante otro pie más, y después como mucho podrás ver formas vagas y verdosas; todo está cubierto por una capa uniforme y marrón de cieno.

—Por otra parte, está bien, porque si algo que no sea vuestro pie detona una mina, el agua absorberá la mayor parte de la explosión convirtiéndola

en vapor. Ahora: desde un punto de vista táctico, nuestro problema es que estamos expuestos a una emboscada desde arriba a la izquierda: la orilla oeste. El pobre Jackie Woo ha caído y ya no puede proteger ese flanco. Podéis apostar a que John Wayne estará cubriendo el flanco derecho todo lo bien que pueda. Como somos más vulnerables por el flanco izquierdo, ahora nos dirigiremos a ese lado, e intentaremos alcanzar la protección del saliente. No deberíamos converger todos en el mismo punto; nos dispersaremos de forma que si alguien hace estallar alguna mina no herirá a nadie más.

Cada uno elige un destino y se lo dice a los demás, de forma que no converjan en el mismo punto, y cada uno empieza a acercarse al otro lado explorando simultáneamente. Randy intenta resistirse a la tentación de levantar la vista. Después de unos quince minutos dice:

—Sé a qué se deben esas explosiones. La gente de Wing está haciendo un túnel hacia el Gólgota. Van a retirar el oro por algún conducto subterráneo. Parece que lo excavan desde su propiedad. Pero en realidad se lo llevarán desde aquí.

Amy sonríe.

—Están robando el banco.

Randy asiente, ligeramente molesto de que Amy no se lo tome más en serio.

—Wing debía de estar demasiado ocupado con la Larga Marcha y el Gran Salto Adelante para comprar esta propiedad cuando estaba disponible —dice Enoch.

Minutos después, Doug Shaftoe dice:

—¿Hasta qué punto te importa, Randy?

—¿Qué quieres decir?

—¿Estarías dispuesto a morir para evitar que Wing se quede con el oro?

—Probablemente no.

—¿Estarías dispuesto a matar?

—Bien —dice Randy, algo desconcertado—. Dije que no estaría dispuesto a morir. Por tanto...

—No me vengas con la gilipollez de la regla dorada—dice Doug—. Si alguien entrase en tu casa en medio de la noche, amenazase a tu familia y tú tuvieses una escopeta en las manos, ¿la usarías?

Randy, involuntariamente, mira en dirección a Amy. Porque no es sólo un acertijo ético. También es una prueba para determinar si Randy merece convertirse en el marido de la hija de Doug, y en el padre de sus nietos.

—Bien, espero que sí —dice Randy. Amy finge no escuchar.

El agua a su alrededor emite sonidos de salpicadura y movimiento. Todos se encogen. Luego comprenden que un puñado de pequeños guijarros cayeron al agua desde arriba. Miran el borde del saliente y ven un ligero movimiento: Jackie Woo, allá arriba, saludándoles con la mano.

—Se me va la vista —dice Doug—. ¿A ti te parece que está intacto?

—¡Sí! —dice Amy. Sonríe, sus dientes de perla relucen blancos bajo el sol, y devuelve el saludo.

Jackie sonríe abiertamente. En una mano lleva una vara larga y llena de barro: su explorador de minas. En la otra tiene una lata sucia del tamaño de una paloma de porcelana. La levanta y la agita en el aire.

—¡Mina nipo! —grita con alegría.

—Bien, déjala en el suelo, ¡gilipollas! —aúlla Doug—, después de tanto tiempo va a estar increíblemente inestable. —Luego adopta una expresión de confusión incrédula—. ¿Quién coño activó la mina si no fuiste tú? Allí arriba había alguien gritando.

—No le he encontrado —dice Jackie Woo—. Dejó de gritar.

—¿Crees que está muerto?

—No.

—¿Oíste alguna otra voz?

—No.

—Jesús —dice Doug—, alguien lleva siguiéndonos todo el día. —Mira la ribera opuesta, donde John Wayne ha conseguido llegar hasta el borde y lo ve todo. Entre ellos intercambian unos gestos (han traído walkie-talkies, pero Doug los desprecia como muletas para debiluchos y aficionados). John Wayne se tiende sobre el estómago y saca un par de binoculares con lentes objetivo tan grandes como platos y comienza a examinar el lado de Jackie Woo.

El grupo en el río sigue avanzando en silencio durante un rato. Ninguno de ellos comprende qué está pasando, por lo que está bien que tengan que ir buscando minas para mantener las manos y la cabeza ocupadas. El tubo de Randy golpea algo flexible, enterrado a un par de pulgadas de profundidad en el cieno y la grava. Se echa atrás con tanta fuerza que casi se cae de culo, e invierte un minuto o dos intentando recuperar la compostura. El cieno da a todo el aspecto sugerente y vacío de un cadáver cubierto con una sábana. Le cansa la mente el intentar identificar la forma. Aparta algo de grava y pasa la mano suavemente. Hojas muertas llegan por el agua y le acarician el antebrazo.

—Aquí hay una rueda vieja —dice—. Grande. Para camión. Lisa como un huevo.

De vez en cuando un pájaro de colores desciende de entre la sombra de la jungla y destella bajo el sol, siempre cagándolos de miedo. El sol es brutal. Randy estaba a sólo unas yardas de la sombra de la ribera cuando empezó todo y ahora está completamente seguro de que va a desmayarse por una insolación antes de llegar.

En cierto momento Enoch Root empieza a murmurar en latín. Randy mira en su dirección y ve que sostiene un cráneo humano.

Un pájaro luminoso e iridiscente de color azul con una cimitarra amarilla montada sobre una cabeza negra y naranja sale disparado de la jungla, toma el control de una roca cercana y le mira con la cabeza inclinada. La tierra vuelve a agitarse; Randy se estremece y de sus cejas cae una cortina de gotitas de sudor.

—Bajo las rocas y el barro hay cemento reforzado —dice Doug—. Puedo ver las barras que sobresalen.

Otro pájaro o algo salta de entre las sombras, dirigido casi directamente hacia el agua a tremenda velocidad. Amy emite un curioso gruñido. Randy está volviéndose para mirarla cuando un tremendo alboroto se desencadena arriba. Levanta la vista para ver una flor de fuego saltando de pronto del cañón del rifle de asalto de John Wayne. Parece estar disparando directamente al otro lado del río. Jackie Woo también da unos tiros. Randy, que está agachado, pierde el equilibrio al mover tanto la cabeza y tiene que usar una mano para sostenerse, que por suerte no acaba sobre una mina. Mira en dirección a Amy; sobre el agua sólo se ven su cabeza y sus

hombros, y no mira en ninguna dirección en particular con una mirada en los ojos que a Randy no le gusta nada. Se pone en pie y empieza a acercarse a ella.

—Randy, no lo hagas —dice Doug Shaftoe. Doug ya ha llegado a la sombra, y está sólo a un par de pasos de la cortina de vegetación que cuelga sobre la ribera.

Hay algo moviéndose sobre la superficie del río no lejos del rostro de Amy; no lo mueve la corriente. Se mueve cuando Amy se mueve. Randy da otro paso en su dirección, poniendo el pie sobre un gran pedrusco cubierto de cieno cuya parte alta puede distinguir por entre el agua lechosa. Se agacha sobre el pedrusco como si fuese un pájaro y mira con atención a Amy, que está quizá a unos quince pies de él. John Wayne da una serie de disparos con su rifle. Randy nota que el algo está hecho de plumas, unidas al extremo de un palo delgado.

—Le han disparado con una flecha —dice Randy.

—Bien, lo que nos faltaba —masculla Doug.

—Amy, ¿dónde te han dado? —dice Enoch Root.

Parece que Amy todavía no puede hablar. Está de pie en una posición rara, sosteniéndose sobre la pierna izquierda, y al levantarse la flecha sale del agua y resulta estar encajada en medio de su muslo derecho. Al principio la herida está limpia pero luego sale sangre de ella alrededor de la flecha y comienza a recorrer la pierna bifurcándose.

Doug está ocupado con un furioso intercambio de señales con los hombres allá arriba.

—Sabes —susurra—, estoy seguro de que ésta es una de esas situaciones clásicas en la que un supuesto reconocimiento de rutina se convierte en una batalla en toda regla.

Amy agarra la flecha con ambas manos e intenta romperla, pero la madera está verde y no se rompe con facilidad.

—He dejado caer el cuchillo —dice. Su voz suena tranquila, porque se esfuerza en que así sea—. Creo que podré soportar el dolor durante un rato —dice—. Pero no me gusta nada.

Cerca de Amy, Randy puede ver otro pedrusco cubierto de cieno cerca de la superficie, quizás a unos seis pies de distancia. Se prepara y da un salto. Pero resbala y cae tan largo como es sobre el lecho del río Cuando se

sienta y le da un vistazo, el pedrusco resulta ser un objeto cilindrico achaparrado tan ancho como un plato sopero y de varias pulgadas de grueso.

—Randy, estás mirando una mina antitanque nipo —dice Doug—.

Se vuelven muy inestables con la edad, y contienen explosivo suficiente para decapitarnos a todos. Por tanto, si pudieses dejar de comportarte durante un rato como un completo gilipollas, estoy seguro de que todos te lo agradeceríamos.

Amy le muestra a Randy la palma de una mano.

—No pretendo que demuestres nada —dice—. Si pretendes decirme que me quieres, envíame una puta tarjeta de San Valentín.

—Te quiero —dice Randy—. Quiero que estés bien. Quiero que te cases conmigo.

—Bien, es muy romántico —dice Amy sarcástica, y luego empieza a llorar.

—Oh, Dios mío —dice Doug Shaftoe—. ¡Ya podréis hacerlo más tarde! Tranquilizaos. El que disparó la flecha se fue hace rato. Los Huks son guerrilleros. Saben cómo desaparecer.

—No la disparó un Huk —dice Randy—. Los Huks tienen armas de fuego. Incluso yo lo sé.

—Entonces, ¿quién la disparó? —pregunta Amy, luchando por recuperar la compostura.

—Parece una flecha Cayuse —dice Randy.

—¿Cayuse? ¿Crees que la disparó un Cayuse? —pregunta Doug. Randy admira que Doug, aunque escéptico, esté esencialmente abierto a considerar la idea.

—No —dice Randy, dando otro paso en dirección a Amy, esquivando la mina antitanque—. Los Cayuse desaparecieron. Sarampión. Así que la fabricó un hombre blanco experto en las prácticas de caza de las tribus indias del noroeste. ¿Qué más sabemos de él? Que es realmente bueno moviéndose por la jungla. Y que está tan totalmente loco que incluso después de que una mina terrestre le hiriese, todavía sigue arrastrándose por la maleza disparándole a la gente. —Randy explora el fondo mientras camina, y ahora da otro paso. Se encuentra a sólo seis pies de Amy—. No a cualquiera... le disparó a Amy. ¿Por qué? Porque nos ha estado observando.

Vio a Amy sentada a mi lado cuando descansamos, apoyando su cabeza sobre mi hombro. Sabe que si quiere hacerme daño, lo mejor es dispararle a ella.

—¿Por qué quiere hacerte daño? —pregunta Enoch.

—Porque es malvado.

Enoch parece tremendamente impresionado.

—Bien, ¿quién coño es? —sisea Amy. Ahora está irritada, lo que Randy se toma como buena señal.

—Su nombre es Andrew Loeb —dice Randy—. Y Jackie Woo y John Wayne no lo encontrarán jamás.

—Jackie y John son muy buenos —objeta Doug.

Otro paso. Casi puede tocar a Amy.

—Ése es el problema —dice Randy—. Son demasiado inteligentes para correr por un campo minado sin explorar a cada paso. Pero a Andrew Loeb le importa una mierda. Andrew está totalmente loco, Doug. Correrá por ahí arriba a voluntad. O se arrastrará, o saltará o lo que sea. Apostaría a que Andy con una pata arrancada por una mina, y sin que le preocupe si vive o no, puede moverse más rápido por un campo de minas que Jackie, cuando a Jackie sí le importa.

Finalmente, Randy llega. Se agacha junto a Amy, quien se inclina, pone ambas manos sobre sus hombros y deja descansar su peso sobre Randy, lo que para él es agradable. El extremo de su cola de caballo le pinta la nuca de cálida agua de río. Tiene la flecha prácticamente en su cara.

Randy saca su herramienta multipropósito, pone la sierra y corta la flecha mientras Amy la mantiene firme con una mano. Luego Amy extiende la mano, se agita, le grita a Randy al oído y golpea el extremo de la flecha. Desaparece en el interior de su pierna. Cae sobre la espalda de Randy y llora. Randy lleva la mano hasta la pierna, agarra el astil y tira.

—No veo señales de hemorragia arterial —dice Enoch Root, que la ve bien desde atrás.

Randy se pone en pie, levantando a Amy en el aire, tirada sobre su hombro como si fuese un saco de arroz. Le avergüenza que ahora el cuerpo de Amy le esté protegiendo de más ataques con flechas. Pero Amy está dejando claro que no está de humor para caminar.

La sombra está a sólo cuatro pasos: sombra y refugio.

—Una mina terrestre sólo arranca una pierna o un pie, ¿no? —dice Randy—. Si piso una, no mataré a Amy.

—¡No es una de tus mejores ideas, Randy! —grita Doug, casi despectivo—. Simplemente cálmate y tómate tu tiempo.

—Simplemente quiero saber cuáles son mis opciones —dice Randy—. No puedo buscar minas mientras cargo con ella.

—Entonces yo iré hacia ti —dice Enoch Root—. Oh, ¡a la mierda! —Enoch se endereza y llega hasta ellos en media docena de pasos.

—¡Aficionados de mierda! —aúlla Doug. Enoch Root le ignora, se agacha frente a los pies de Randy y comienza a explorar.

Doug sale de la corriente y se sube a unos peñascos que siguen la orilla.

—Voy a subir la pared —dice—, para reforzar a Jackie. Él y yo encontraremos juntos a ese Andrew Loeb. —Está claro que en este caso «encontraremos» es un eufemismo para una larga lista de operaciones desagradables. La orilla está formada por piedra erosionada con fragmentos de piedra volcánica dura sobresaliendo con frecuencia, y saltando de saliente en saliente, Doug puede recorrer la mitad de la orilla en el tiempo que le lleva a Enoch Root localizar un lugar seguro para plantar el pie. Randy no querría ser el tipo que acaba de disparar una flecha a la hija de Doug Shaftoe. Doug se ve frustrado durante un momento por el saliente; pero desplazándose un poco transversalmente puede llegar hasta un montón de raíces que casi hacen de escalera para subir.

—Amy está temblando —anuncia Randy—. Amy está temblando.

—El shock. Mantén su cabeza baja y sus piernas en alto —dice Enoch Root. Randy cambia a Amy de posición, casi perdiéndola al agarrar una pierna cubierta de sangre.

Una de las cosas sobre las que Goto Dengo habló durante la cena en Tokio fue de la práctica nipona de ajustar los arroyos de los jardines moviendo rocas de un sitio a otro. El sonido de un riachuelo está producido por los patrones en el flujo del agua, y esos patrones codifican la presencia de rocas en el lecho. A Randy le pareció oír en esa idea el eco de lo que sucedía con los vientos de Palouse, y así lo dijo, y Goto Dengo pensó que era terriblemente inteligente o que estaba siendo amable. En cualquier caso, varios minutos después hay un cambio en el sonido del agua que fluye a su

alrededor, y Randy naturalmente mira corriente arriba para ver a un hombre en el agua como a una docena de pies de distancia. El hombre lleva la cabeza afeitada, tan quemada por el sol como la bola del 3. Lleva puesto lo que solía ser un traje bastante bueno, que ahora prácticamente se ha convertido en uno con la jungla: está impregnado de fango rojo, en una capa tan gruesa que adopta todo tipo de formas a medida que se pone en pie. Lleva un enorme palo, un bastón de mago. Lo ha plantado en el fondo del no y está como trepando por él una mano tras otra. Cuando se pone completamente erguido, Randy puede ver que su pierna derecha termina justo bajo la rodilla, aunque la tibia y la fíbula sobresalen unas pulgadas. Los huesos están chamuscados y astillados. Andrew Loeb ha improvisado un torniquete con unos palos y una corbata de seda de cien dólares que Randy está bastante seguro de haber visto en los escaparates de las tiendas libres de impuestos de los aeropuertos. Eso ha reducido el flujo de sangre del extremo de la pierna al ritmo de, digamos, una cafetera mientras prepara café. Una vez que Andy ha conseguido ponerse totalmente erguido, sonríe con alegría y comienza a moverse en dirección a Randy, Amy y Enoch, saltando sobre la pierna buena y empleando el bastón de mago para evitar caerse. En la mano libre lleva un enorme cuchillo: del tamaño de un cuchillo de monte, pero con todas las escarpias, sierras, canales para la sangre y otras características extras que conforman un verdadero cuchillo de lucha y supervivencia de primera línea.

Ni Enoch ni Amy ven a Andrew. Randy tiene ahora la idea en cuya dirección ya le puso Doug, es decir, que la habilidad de matar a alguien es básicamente una cuestión mental y no un asunto de medios físicos; un asesino en serie con un par de pies de cuerda para tender la ropa es mucho más peligroso que una animadora armada con un bazoka. Randy siente con toda seguridad, de pronto, que se encuentra en ese estado mental. Pero no tiene los medios.

Y ése, resumido, es el problema. Los tipos malos suelen disponer de los medios.

Andy le está mirando directamente a los ojos sonriéndole, precisamente la misma sonrisa que verías en la cara de un viejo conocido al que te encontrases en el pasillo de un aeropuerto. Mientras se acerca, va como cambiando el enorme cuchillo en la mano, agarrándolo de la forma correcta

para el ataque que esté a punto de hacer. Es ese detalle el que finalmente saca a Randy de su trance y le hace bajar a Amy y dejarla caer en el agua a su espalda. Andrew Loeb da otro paso al frente y planta el bastón de mago, que de pronto vuela por los aires como un cohete, dejando un cráter humeante en el agua, que, evidentemente, se llena al instante. Ahora Andy está de pie como una cigüeña, habiendo conservado milagrosamente el equilibrio. Dobla su rodilla restante y salta hacia Randy, y luego lo hace de nuevo. Luego está muerto y cae hacia atrás, y Randy está sordo, o quizá suceda en otro orden. Enoch Root se ha convertido en una columna de humo con un fuego blanco que escupe y ladra en su centro. Andrew Loeb se ha convertido en una alteración roja en forma de cometa en la corriente, señalada por un único brazo que sobresale del agua, un puño de camisa todavía curiosamente blanco, un gemelo con la forma de una pequeña abeja y unos dedos delgados agarrando un enorme cuchillo.

Randy se vuelve y mira a Amy. Ésta se ha apoyado sobre un brazo. En la mano opuesta sostiene un revólver razonable y útil que apunta en la dirección de Andrew Loeb.

Algo se mueve en el rabillo del ojo de Randy. Vuelve la cabeza con rapidez. Una nube coherente de humo, en forma de espectro, se aleja de Enoch siguiendo la superficie del río, llegando adonde brilla el sol. Enoch está de pie sosteniendo un enorme y viejo 45 y moviendo los labios siguiendo la desigual cadencia de alguna lengua muerta.

Los dedos de Andrew se aflojan, el cuchillo cae y luego el brazo se relaja, pero no desaparece. Un insecto aterriza en el pulgar y empieza a comérselo.

*OceanofPDF.com*

# La Cámara Negra

Bien —dice Waterhouse—, sé un par de cosas sobre guardar secretos.

—Lo sé muy bien —dice el coronel Earl Comstock—. Es una buena cualidad. Es por eso por lo que le queremos. Después de la guerra.

Una formación de bombarderos sobrevuela el edificio, agitando las paredes con un zumbido que se mete hasta la médula. Aprovechan la oportunidad para levantar la gigantesca taza de café de porcelana Buffalo de los gigantescos platillos de porcelana Buffalo y tomar un sorbo del flojo y verdoso café del Ejército de Tierra.

—No deje que ese tipo de cosas le engañen —aúlla Comstock sobre el ruido, mirando en dirección a los bombarderos, que se inclinan majestuosos hacia el norte, dirigiéndose a bombardear hasta el culo al increíblemente tenaz tigre de Malaya—. La gente que sabe opina que a los nipos les queda poco. No es demasiado pronto para pensar en que vamos a hacer después de la guerra.

—Ya se lo he dicho, señor. Me voy a casar, y...

—Sí, y a enseñar matemáticas en una pequeña escuela del Oeste. —Comstock sorbe café y hace una mueca. La mueca sigue tan de cerca el sorbo como el retroceso al disparo—. Suena encantador, Waterhouse, en serio. Oh, hay un montón de fantasías que nos parecen geniales, aquí sentados en las afueras de Manila, respirando vapores de gasolina y matando mosquitos. He oído a un centenar de tipos, en su mayoría soldados rasos, hablar encantados de cortar el césped. Sólo saben hablar de eso, de cortar el césped. Pero cuando regresen a casa, ¿querrán cortar el césped?

—No.

—Exacto. Sólo hablan así porque cortar el césped parece algo genial cuando estás metido en un búnker quitándote piojos de las pelotas.

Uno de los aspectos útiles del servicio militar es que te acostumbra a que hombres ruidosos y ordinarios te digan groserías. Waterhouse se encoge de hombros.

—Podría ser que yo lo odiase —concede.

En este punto Comstock reduce algunos decibelios, se acerca un poquitín y se vuelve paternal.

—No es sólo usted —dice—. Su esposa podría acabar odiándolo.

—Oh, ella adora el campo abierto. No le preocupan las ciudades.

—No tendrían que vivir en una ciudad. Con el salario del que estamos hablando, Waterhouse... —Comstock hace una pausa dramática, toma un sorbo, hace una mueca y reduce la voz un poco más— podrían comprarse un bonito Ford o un Chevy. —Se detiene para que Waterhouse pueda pensarlo—. ¡Con un V-8 que le daría potencia de sobra! Podrían vivir a diez, veinte millas de distancia, ¡e ir conduciendo cada mañana a una milla por minuto!

—¿A diez o veinte millas de dónde? Todavía no tengo claro si estaré trabajando en Nueva York para la Electrical Till o en Fort Meade para esta, eh, nueva cosa...

—Estamos pensando en llamarla NSA, Agencia Nacional de Seguridad —dice Comstock—. Evidentemente, el nombre es secreto.

—Comprendo.

—Hubo algo similar entre guerras, llamada la Cámara Negra. Que suena bien. Pero está un poco pasado de moda.

—Fue disuelta.

—Sí. El secretario de Estado Stimson se deshizo de ella, dijo: «Los caballeros no leen el correo de otros caballeros.» —Comstock ríe en voz alta. Ríe durante un buen rato—. Ah, el mundo ha cambiado, ¿no es así, Waterhouse? ¿Dónde estaríamos ahora si no hubiésemos leído el correo de Hitler y Tojo?

—Estaríamos metidos en un buen lío —concede Waterhouse.

—Ha visto Bletchley Park. Ha visto la Oficina Central en Brisbane. Esos lugares no son más que fábricas. Lectura de correo a escala industrial.

—Los ojos de Comstock brillan ante la idea, ahora mira a través de las paredes del edificio como Superman con su visión de rayos X—. Es el futuro, Lawrence. La guerra no volverá a ser igual. Hitler ha desaparecido. El Tercer Reich es historia. Nipón caerá pronto. Pero eso simplemente nos deja la tarea de luchar contra el Comunismo. La tarea de construir un Bletchley Park lo suficientemente grande para realizar esa tarea, ¡demonios! Tendríamos que ocupar todo el estado de Utah o algo así. Es decir, si lo hiciésemos como hasta ahora, con chicas sentadas frente a máquinas Typex.

Ahora, por primera vez, Waterhouse comprende.

—El computador digital —dice.

—El computador digital —repite Comstock. Bebe y hace una mueca—. Una pocas habitaciones llenas de ese equipo reemplazarían a un acre de chicas sentadas frente a máquinas Typex. —Comstock tiene ahora una sonrisa malévola y conspiratoria en el rostro, y se inclina hacia adelante. Una gota de sudor cae rodando de la punta de su barbilla y se hunde en el café de Waterhouse—. Reemplazaría también muchas de las cosas que la Electrical Till fabrica. Así que ya comprende que tenemos una confluencia de intereses. —Comstock deja la taza. Quizá se haya convencido por fin de que no hay ningún estrato de buen café oculto bajo el malo; quizás el café sea una cosa frívola comparada con la importancia de lo que va a divulgar —. He mantenido contacto constante con los jefes de la Electrical Till, y hay un profundo interés por el negocio de los computadores. Profundo interés. Ya se ha puesto en marcha la maquinaria para un acuerdo comercial... y, Waterhouse, sólo se lo cuento, como ya hemos establecido, porque es bueno guardando secretos.

—Comprendo, señor.

—Un acuerdo comercial que uniría a la Electrical Till, el más importante fabricante mundial de máquinas de negocios, con el gobierno de Estados Unidos para construir una sala de máquinas de proporciones titánicas en Fort Meade, Maryland, bajo el auspicio de la nueva Cámara Negra: la Agencia Nacional de Seguridad. Una instalación que será el Bletchley Park de la próxima guerra contra la amenaza comunista... una amenaza tanto interna como externa.

—¿Y quiere que de alguna forma yo me involucre en eso?

Comstock parpadea. Se retira. De pronto se muestra frío y remoto.

—Para ser absolutamente franco, Waterhouse, seguirá adelante con o sin usted.

Waterhouse ríe entre dientes.

—Ya me lo figuraba.

—Yo lo único que hago, digamos, es ofrecerle un camino fácil. Porque respeto sus habilidades y siento, digamos, cierto afecto paternal hacia usted debido a nuestro trabajo juntos. Espero que no le importe que lo diga.

—En absoluto.

—¡Bien! Y hablando de eso... —Comstock se pone en pie, dando la vuelta a la mesa aterradoramente limpia, y coge una única hoja de papel—. ¿Cómo le va con Aretusa?

—Seguimos archivando las interceptaciones a medida que llegan. Todavía no lo he roto.

—Tengo algunas noticias interesantes sobre Aretusa.

—¿Las tiene?

—Sí. Algo que no sabe. —Comstock examina la hoja—. Después de que tomásemos Berlín, capturamos a todo el personal de criptografía de Hitler y enviamos a treinta y cinco de ellos a Londres. Nuestros chicos de allí los han estado interrogando en todo detalle. Rellenando los espacios en blanco. ¿Qué sabe de ese tipo Rudolf von Hacklheber?

De la boca de Waterhouse ha desaparecido todo rastro de humedad. Bebe y no hace ninguna mueca.

—Le conocí en Princeton. El doctor Turing y yo creímos ver su mano en Azur/Tetraodóntido.

—Tenían razón —dice Comstock, agitando el papel—. ¿Pero sabían que probablemente fuese un comunista?

—No tenía conocimiento de sus inclinaciones políticas.

—Bien, es homo, para empezar, y Hitler odiaba a los hornos, así que eso podría haberle empujado a los brazos de los Rojos. Además, trabajaba a las órdenes de un par de rusos en el Hauptgruppe B. Supuestamente eran zaristas, y proHitler, pero nunca se sabe. Bien, en cualquier caso, en medio de la guerra, en algún momento de 1943, aparentemente huyó a Suecia. ¿No es gracioso?

—¿Por qué es gracioso?

—Si tuvieses los recursos para huir de Alemania, ¿por qué no ir a Inglaterra y luchar del lado de los buenos? No, fue a la costa este de Suecia... justo enfrente —dice Comstock portentosamente— de Finlandia. Que tiene frontera con la Unión Soviética. —Golpea la hoja contra la mesa —. A mí me parece muy claro.

—Y...

—Y ahora tenemos esos malditos mensajes Aretusa saltando por ahí. ¡Algunos emitiéndose desde aquí mismo en Manila! Algunos viniendo de un submarino misterioso. Evidentemente no es un submarino nipo. Parece que se trata de alguna especie de red de espionaje. ¿No le parece?

Waterhouse se encoge de hombros.

—La interpretación no es mi especialidad.

—Es la mía —dice Comstock—, y digo que es espionaje. Probablemente dirigido desde el Kremlin. ¿Por qué? Porque están empleando un criptosistema que, según usted, está basado en Azur/Tetraodóntido, que fue inventado por el homo comunista Rudolf von Hacklheber. Mi hipótesis es que von Hacklheber permaneció en Suecia el tiempo justo para dormir un poco y quizá metérsela a algún guapo muchachito rubio y luego se pasó a Finlandia y desde ahí se dirigió a los brazos ansiosos de Lavrenti Beria.

—¡Bien, cielos! —dice Waterhouse—, ¿qué cree que deberíamos hacer?

—Le he dado prioridad a este asunto de Aretusa. Nos hemos vuelto vagos y complacientes. En más de una ocasión, la gente del huffduff observó mensajes Aretusa originándose en esta zona. —Comstock levanta el dedo índice hacia el mapa de Luzón. Luego se controla, al darse cuenta de que sería más digno emplear un puntero. Luego se da cuenta de que está demasiado cerca, y tiene que alejarse un par de pasos para conseguir que el extremo del puntero toque la parte del mapa que su dedo índice tocaba hace un momento. Al fin situado, vigorosamente traza un círculo alrededor de una región costera al sur de Manila, alrededor del estrecho que separa Luzón de Mindoro—. Al sur de todos esos volcanes, siguiendo esta costa. Ahí es donde ha estado haraganeando el submarino. Todavía no tenemos bien localizado al cabrón, porque todas las estaciones de huffduff están bien al norte. —El puntero se traslada para atacar la cordillera Central, donde Yamashita se ha refugiado—. Pero ya no. —El puntero vuelve a bajar

vengativo—. He ordenado que se monten varias unidades huffduff en esta zona, y en el extremo norte de Mindoro. La próxima vez que el submarino emita un mensaje Aretusa, enviaremos los Catalinas en menos de quince minutos.

—Bien —se ofrece Waterhouse—, entonces debería ponerme a romper el maldito código.

—Si pudiese conseguirlo, Waterhouse, sería brillante. Significaría la victoria en esto, nuestra primera escaramuza criptográfica con los comunistas. Sería un espléndido comienzo para su relación con la Electrical Till y la NSA. Podríamos instalar a su nueva novia en una bonita casa en el campo, una cocina de gas, y una Hoover que le haría olvidar las colinas Palouse.

—Suena muy tentador —dice Waterhouse—. ¡No puedo contenerme! —Y diciendo eso, sale por la puerta.

En una habitación de piedra en una iglesia medio derruida, Enoch Root mira por una ventana quebrada y hace una mueca.

—No soy matemático —dice—. Sólo realicé los cálculos que Goto Dengo me pidió. Tendrás que pedirle a él que cifre el mensaje.

—Encuentra otro lugar para el transmisor—dice Waterhouse—, y prepárate para usarlo de inmediato.

Goto Dengo está justo donde dijo que estaría, sentado en las gradas sobre la tercera base. El campo de juego ha sido reparado, pero no hay nadie jugando. Él y Waterhouse tienen el lugar para ellos solos, excepto por un par de campesinos filipinos pobres, llevados hasta Manila por la guerra al norte, que buscan palomitas caídas.

—Lo que pides es muy peligroso —dice.

—Será totalmente secreto —dice Waterhouse.

—Piensa en el futuro —dice Goto Dengo—. Algún día, esos computadores digitales de los que hablas romperán Aretusa. ¿No es así?

—Así es. No durante algunos años.

—Digamos diez años. Digamos veinte años. El código está roto. Luego irán y encontrarán todos los viejos mensajes Aretusa, incluyendo el mensaje que quieres enviar a tus amigos, y los leerán. ¿No?

—Sí. Es cierto.

—Y luego verán este mensaje que dice: «Peligro, peligro, Comstock ha montado una trampa, las estaciones de huffduff os esperan, no transmitáis.» Entonces sabrán que había un espía en la oficina de Comstock. Con seguridad sabrán que eras tú.

—Tienes razón. Tienes razón. No pensé en ello —dice Waterhouse. A continuación se da cuenta de otra cosa—. También sabrán de ti.

Goto Dengo palidece.

—Por favor. Estoy tan cansado.

—Uno de los mensajes Aretusa hablaba de una persona llamada GD.

Goto Dengo pone la cabeza entre las manos y permanece perfectamente inmóvil durante mucho tiempo. No tiene que decirlo. Él y Waterhouse se están imaginando lo mismo: veinte años en el futuro, la policía nipona entra a la fuerza en la oficina de Goto Dengo, un próspero empresario, y le arresta por ser espía comunista.

—Sólo si descifran los viejos mensajes —dice Waterhouse.

—Pero lo harán. Dijiste que los descifrarían.

—Sólo si los tienen —dice Waterhouse.

—Pero los tienen.

—Están en mi despacho.

Goto Dengo se muestra escandalizado, horrorizado.

—¿No estarás pensando en robar los mensajes?

—Eso exactamente es lo que pienso.

—Pero se darán cuenta.

—¡No! Los reemplazaré con otros.

La voz de Alan Mathison Turing grita sobre el zumbido del tono de sincronización del Proyecto X. El disco de larga duración, lleno de ruido, gira en el tocadiscos.

—¿Quieres lo último en número aleatorios?

—Sí. Alguna función matemática que me dé aleatoriedad casi perfecta. Sé que has estado trabajando en ello.

—Oh, sí —dice Turing—. Puedo ofrecer un grado de aleatoriedad mucho mayor que estos estúpidos discos que estamos mirando.

—¿Cómo lo haces?

—Tengo en mente una función zeta simple de comprender, extremadamente tediosa de calcular. Espero que dispongas de un buen suministro de válvulas.

—No te preocupes por eso, Alan.

—¿Tienes un lápiz?

—Claro.

—Entonces muy bien —dice Turing, y comienza a recitar los símbolos de la función.

El Sótano está sofocantemente caliente porque Waterhouse lo comparte con un compañero de trabajo que genera miles de vatios de calor corporal. El compañero de trabajo come y caga tarjetas ETC. Lo que hace entre esas dos operaciones es asunto de Waterhouse.

Pasa como unas veinticuatro horas allí sentado, desnudo hasta la cintura, con la camiseta enrollada alrededor de la cabeza como si fuese un turbante para que no caiga sudor sobre su trabajo y provoque un cortocircuito, moviendo palancas en el panel frontal del computador digital, cambiando cables en la parte de atrás, reemplazando válvulas de vacío quemadas, comprobando con el osciloscopio los circuitos que dan errores. Para poder hacer que el ordenador ejecute la función de números aleatorios de Alan, tiene incluso que diseñar sobre la marcha una nueva placa de circuitos, y soldarla. Durante todo ese tiempo, sabe que Goto Dengo y Enoch Root están trabajando en algún lugar de Manila con papel y lápiz cifrando el último mensaje Aretusa.

No tendrá que preguntar si lo han transmitido. Se lo dirán.

Es más, un teniente de la sección de Interceptaciones llega como a las cinco de la tarde con aspecto triunfante.

—¿Han logrado un mensaje Aretusa?

—Dos de ellos —dice el teniente, mostrando dos hojas diferentes con rejillas llenas de letras—. ¡Una colisión!

—¿Una colisión?

—Un transmisor empezó primero en el sur.

—¿En tierra, o...?

—En el mar... al noreste de Palawan. Transmitieron esto. —Agita una de las hojas—. Luego, casi de inmediato, un transmisor en Manila empezó a emitir, esto. —Agita la otra hoja.

—¿Lo sabe el coronel Comstock?

—¡Oh, sí señor! Ya se iba a casa cuando llegaron los mensajes. Ha estado al teléfono con la gente de huffduff, la Fuerza Aérea, todo el mogollón. ¡Cree que ha pillado a los cabrones!

—Bien, antes de que lo celebremos, ¿podría hacerme un favor?

—¡Sí, señor!

—¿Qué hizo con todas las hojas originales de interceptación de los mensajes Aretusa originales?

—Están archivadas, señor. ¿Quiere verlas?

—Sí. Todas. Necesito contrastarlas con las versiones en las tarjetas ETC. Si Aretusa funciona como creo, incluso una letra mal transcrita haría que todos los cálculos fuesen inútiles.

—¡Iré a buscarlas, señor! De todas formas no me iba a ir a casa.

—¿Por qué no?

—¡Claro que no, señor! Quiero quedarme a esperar y ver qué pasa con el maldito submarino.

Waterhouse se dirige al horno y saca un ladrillo caliente de tarjetas ETC en blanco. Ha aprendido a mantener las tarjetas calientes, o se empapan de la humedad tropical y bloquean la maquinaria; así que antes de trasladar el computador digital a esa habitación insistió en que se instalase todo un juego de hornos.

Deja caer las tarjetas calientes en la bandeja de alimentación de una máquina taladradora de tarjetas, se sienta frente al teclado y coloca la primera hoja de interceptaciones frente a él. Comienza a taladrar las letras, una a una. Es un mensaje corto; encaja en tres tarjetas. Luego comienza con el segundo mensaje.

El teniente regresa cargando con una caja de cartón.

—Todas las hojas originales de interceptaciones Aretusa.

—Gracias, teniente.

El teniente mira por encima de su hombro.

—¿Puedo ayudarle a transcribir esos mensajes?

—No. La mejor forma en que podría ayudarme es llenándome el jarro de agua y no molestándome durante el resto de la noche. Estoy mosqueado con este asunto Aretusa.

—¡Sí, señor! —dice el teniente, insufriblemente alegre por el hecho de que el misterioso submarino esté ahora mismo recibiendo las bombas de los Catalinas.

Waterhouse termina de teclear el segundo mensaje, aunque ya sabe lo que diría si lo descifrasen: «TRAMPA REPITO TRAMPA NO TRANSMITIR STOP UNIDADES HUFFDUFF CERCA.»

Coge las tarjetas de la bandeja de salida y las coloca cuidadosamente en la caja que contiene todas las otras tarjetas con los anteriores mensajes Aretusa. Luego coge todo el contenido de la caja —un ladrillo de mensajes como de un pie de grueso— y lo coloca en su maletín.

Retira las dos hojas nuevas del taladrador de tarjetas y las coloca en la parte alta del montón de hojas. El montón de tarjetas en su maletín y esa pila de hojas contienen exactamente la misma información. Son las dos únicas copias que hay en el mundo. Las repasa para asegurarse de que contienen todas las interceptaciones importantes, como el mensaje largo que da la posición del Gólgota, y el que menciona las iniciales de Goto Dengo. Coloca el montón de hojas sobre uno de los hornos.

Deja caer un ladrillo de un pie de ancho de tarjetas calientes en la bandeja de alimentación del taladrador. Conecta el cable de control del taladrador al computador digital, de forma que el computador pueda controlarlo.

Luego arranca el programa que ha escrito, el que genera números aleatorios según la función de Turing. Se encienden luces y el lector de tarjetas se pone en marcha, a medida que el programa se carga en la RAM del computador. Luego hay una pausa, esperando una entrada: la función precisa de una semilla. Una cadena de bits que la ponga en marcha.

Cualquier semilla bastará. Waterhouse se lo piensa un momento y luego teclea COMSTOCK.

El taladrador de tarjetas se pone en acción. El montón de tarjetas en blanco se va haciendo más corto. Tarjetas taladradas saltan a la bandeja de salida. Cuando ha terminado, Waterhouse las coge, las coloca a la luz y mira al patrón de pequeños agujeros rectangulares taladrados en el papel manila. Una constelación de puertas.

—Tendrá el aspecto de cualquier otro mensaje cifrado —le explicó a Goto Dengo en las gradas—, pero los, eh, chicos de criptografía—está a punto de decir NSA— podrán usar sus computadores durante toda la eternidad y nunca romperán el código... porque no hay código.

Coloca el montón de tarjetas recién perforadas en una caja que dice INTERCEPTACIONES ARETUSA y la coloca de vuelta en el estante.

Finalmente, antes de salir del laboratorio, vuelve al horno y desliza ligeramente la esquina del montón de hojas de interceptaciones muy cerca de una luz piloto. Se muestra renuente para prender, así que la ayuda con el Zippo. Retrocede y observa durante un rato cómo arde el montón, hasta asegurarse de que toda la información extraña en esas hojas ha sido destruida.

Luego sale al pasillo en busca de un extintor. Arriba, puede oír a los chicos de Comstock, reunidos alrededor de la radio, aullando como perros de presa.

*OceanofPDF.com*

# Pasaje

Cuando ha conseguido levantarse del suelo y los oídos han dejado de sonarle, Bischoff dice:

—Inmersión a setenta y cinco metros.

El indicador de profundidad dice veinte. En algún lugar, quizás a cien metros sobre sus cabezas, la tripulación de los bombarderos ha fijado las cargas de profundidad para estallar cuando se hayan hundido a una profundidad de veinte metros, así que veinte no es un buen lugar para estar.

Pero el indicador no se mueve, y Bischoff tiene que repetir la orden. Todos los del submarino deben de estar sordos.

O eso o el *V-Million* ha sufrido daños en los planos de inmersión. Bischoff aprieta el cráneo contra un mamparo y aunque sus oídos ya no funcionan tan bien, puede sentir el gimoteo de las turbinas. Al menos tienen potencia. Pueden moverse.

Pero los Catalinas se pueden mover más rápido.

Puedes decir lo que quieras de esos viejos y roñosos submarinos diesel, al menos disponen de cañones. Podrías salir a la superficie, ir a cubierta bajo el sol y el aire, y contraatacar. Pero en el *V-Million*, ese cohete nadador, la única arma es el secreto. En el Báltico, no hay problema. Pero está en el estrecho de Mindoro, que es un océano de cristal. El *V-Million* podría estar suspendido en el aire con los focos apuntándole.

Ahora empieza a moverse la aguja del indicador, llegando a los veinticinco metros. El suelo se aleja de los pies de Bischoff cuando el submarino se estremece debido a otra carga de profundidad. Pero por la forma en que se mueve sabe que esa última carga ha detonado demasiado

alta para producir daños importantes. Por hábito, mira al indicador que da la velocidad, y la anota junto con la hora: 1746. El sol debe estar cada vez más bajo en el cielo, la luz reflejándose en la parte alta de las olas, obligando a los pilotos de los Catalinas a mirar a través de una ventana de ruido brillante. Una hora más y el *V-Million* será completamente invisible. Luego, si Bischoff ha mantenido un registro cuidadoso de la velocidad y el rumbo, eso les indicará aproximadamente dónde se encuentran, y les permitirá recorrer el pasaje de Palawan durante la noche, o dirigirse al oeste hacia el mar meridional de China si eso parece ser la mejor idea. Pero en realidad lo que espera es encontrar una bonita cala pirata en la costa de Borneo, casarse con una bonita orangután y criar una familia.

El indicador de profundidad dice *Tiefenmesser* en esa anticuada letra gótica que a los nazis les gusta tanto. *Messer* significa calibrar o medir, pero también significa cuchillo. *Das Messersitzt mir an der Kehle.* Tengo el cuchillo en el cuello; me veo cara a cara con la muerte. Cuando tienes el cuchillo en el cuello, no quieres que se mueva como ahora mismo se está moviendo la aguja del *Tiefenmesser.* Cada movimiento del dial es otro metro de agua entre Bischoff y el sol y el aire.

—Me gustaría ser un Messerschmidt —murmura Bischoff. Un hombre que golpea *Messers* con un martillo, pero también una cosa hermosa que vuela.

—Verás la luz y volverás a respirar aire fresco, Günter —dice Rudolf von Hacklheber, un matemático civil que en realidad no debería estar en el puente de un submarino durante una batalla a muerte. Pero tampoco es que tenga otro sitio, así que ahí está.

Es agradable que Rudy diga tal cosa, una encantadora muestra de apoyo hacia Günter. Pero salvar la vida de todos los que se encuentran en el submarino y llevar a lugar seguro su carga de oro, depende ahora de la estabilidad emocional de Günter, y especialmente de su confianza. En ocasiones, si quieres vivir y respirar mañana debes sumergirte en las profundidades oscuras hoy mismo, y eso es un salto de fe —fe en tu submarino y tu tripulación— al lado de lo que las epifanías religiosas de los santos no son nada.

Así que la promesa de Rudy queda pronto olvidada, o al menos Bischoff la olvida pronto. Bischoff se siente más fuerte por haberla oído, y por cosas

similares que los miembros de su tripulación le dicen, y de sus sonrisas, gestos de apoyo y palmadas en el hombro, y las muestras de coraje e iniciativa, las reparaciones ingeniosas que realizan en las tuberías rotas y los motores cansados. La fuerza le da fe, y la fe le convierte en un buen capitán de submarinos. Algunos dirían el mejor que ha existido jamás. Pero Bischoff conoce a muchos otros, mejores que él, cuyos cuerpos quedaron atrapados en cápsulas de metal retorcido en el fondo del Atlántico norte.

El resultado es éste: el sol ha descendido, como se puede confiar cada día, incluso cuando eres un submarino perseguido. El *V-Million* ha abierto un túnel en el pasaje de Palawan, durante varias horas, a la velocidad totalmente desmedida de veintinueve nudos, cuatro veces la velocidad máxima que se le supone a un submarino.

Los norteamericanos habrán trazado un pequeño círculo alrededor del punto del océano donde se vio por última vez al misterioso submarino. Pero la velocidad del *V-Million* es cuatro veces la que creen. El verdadero círculo es cuatro veces mayor que el que han dibujado. Los yanquis no esperarán que salgan a la superficie donde están ahora.

Pero deben subir a la superficie porque el *V-Million* no se fabricó para correr a veintinueve nudos indefinidamente; quema combustible, y peróxido de hidrógeno, a un ritmo absurdo cuando giran las dos turbinas de seis mil caballos. Hay combustible de sobra. Pero se queda sin peróxido de hidrógeno alrededor de la medianoche. Tiene unas ridículas baterías, y motores eléctricos, que apenas son suficientes para llevarlo a la superficie. Pero a continuación debe respirar aire durante un rato y moverse con los diesel.

Por tanto, el *V-Million*, *y* algunos miembros de la tripulación, disfrutan de un poco de aire fresco. Bischoff no, porque está encargándose de nuevas complejidades que se han producido en la sala de máquinas. Probablemente ese hecho le salva la vida, porque no sabe que les disparan hasta que oye los tiros golpear el casco exterior.

A continuación es la vieja maniobra, la inmersión rápida, que era tan emocionante en su juventud cuando practicaba en el Báltico, y que ahora le resulta tan tediosa. Mirando por la escotilla durante un momento puede ver una estrella solitaria antes de que su visión del cielo quede bloqueada por un tripulante mutilado al que envían abajo.

Sólo cinco minutos después la carga de profundidad obtiene un acierto directo en la popa del *V-Million* y produce un agujero tanto en el casco exterior como en el interior. El suelo se inclina bajo los pies de Bischoff y empiezan a estallarle los oídos. En un submarino, ambos fenómenos son malos presagios. Puedes oír cómo se cierran las escotillas a medida que la tripulación intenta detener el avance del agua hacia la proa; cada una sella el destino de quien estuviese al otro lado. Pero de todas formas, todos están muertos, ahora no es más que una cuestión de tiempo. Esas escotillas no están diseñadas para soportar cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez atmósferas de presión. Ceden, la presión se incrementa de súbito cuando la burbuja de aire en la parte frontal del *V-Million* se reduce de golpe a la mitad, luego se reduce a la mitad de nuevo, y una vez más. Cada onda de presión se manifiesta como un aplastamiento del tórax de Bischoff, sacándole todo el aire de los pulmones.

Como la proa está apuntando directamente hacia arriba, como una aguja en un indicador, no hay suelo sobre el que sostenerse, y cada vez que un mamparo cede, y el nivel de agua se eleva hacia proa, eso les deja de pronto sumergidos, con pulmones aplastados y vacíos, y deben nadar hacia arriba para encontrar de nuevo la burbuja de aire.

Pero finalmente la popa destrozada del submarino se hunde en el fondo marino y el *V-Million* se asienta, la cabina más adelante gira a su alrededor, y causa un tremendo sonido de piedras aplastadas cuando el coral queda destrozado por el casco que cae. Y luego todo ha terminado. Günter Bischoff y Rudolf von Hacklheber están juntos en una confortable y segura burbuja de aire comprimido, todo el aire que solía contener el *V-Million* reducido ahora a un volumen del tamaño de un coche. Está oscuro.

Oye cómo Rudy abre los cierres de su maletín de aluminio.

—No enciendas un fósforo —dice Bischoff—. El aire está comprimido, arderá como una bengala.

—Eso sería terrible —dice Rudy, y en su lugar enciende una linterna. La luz aparece y de inmediato se oscurece, se vuelve marrón y se reduce a una diminuta chispa roja: los restos relucientes del filamento de la bombilla.

—La bombilla ha estallado —le explica Bischoff—. Pero al menos he podido ver tu cara con esa estúpida expresión.

—Tú también has tenido mejor aspecto —dice Rudy. Bischoff puede oírle cerrando el maletín, asegurando los cierres—. ¿Crees que mi maletín flotará aquí eternamente?

—Con el tiempo el casco de presión se corroerá. El aire escapará formando burbujitas que se transformarán en nebulosas giratorias de aire rancio a medida que se acerquen a la superficie. El nivel del agua se elevará y apretara el maletín contra lo que quede de la parte superior del casco de presión, y se llenará de agua. Pero quizá quede todavía una burbuja de aire en una esquina del maletín.

—Estaba pensando dejar una nota dentro.

—Si lo haces, mejor que la dirijas al gobierno de Estados Unidos.

—¿Qué crees, Departamento de Marina?

—Departamento de Espionaje. ¿Cómo lo llaman? El OSS.

—¿Por qué lo dices?

—Sabían dónde estábamos, Rudy. Los Catalinas nos esperaban.

—Quizá nos encontraron por radar.

—Ya tomé en cuenta los radares. Esos aviones llegaron más rápido. ¿Comprendes lo que significa?

—Dime.

—Significa que los que nos perseguían sabían lo rápido que podía ir el *V-Million.*

—Ah... así que por eso piensas en espías.

—Le di a Bobby los planos, Rudy.

—¿Los planos del *V-Million?*

—Sí... para que pudiese ganarse el perdón de los norteamericanos.

—Bien, en retrospectiva quizá no debiste haberlo hecho. Pero no te lo reprocho, Günter. Fue un gesto magnífico.

—Ahora vendrá y nos encontrarán.

—Quieres decir, después de que estemos muertos.

—Sí. Todo el plan ha quedado arruinado. Bien, fue una bonita conspiración mientras duró. Quizás Enoch Root demuestre un poco adaptabilidad.

—¿De verdad crees que los espías vendrán a recorrer estos restos?

—¿Quién sabe? —dice Bischoff—. ¿Por qué te preocupas?

—Tengo las coordenadas del Gólgota en el maletín —dice Rudy—. Pero sé que no están escritas en ningún otro lugar del *V-Million.*

—Lo sabes porque fuiste tú el que descifró el mensaje.

—Sí. Quizá debería quemar ahora el mensaje.

—Nos mataría —dice Bischoff—, pero al menos moriríamos con algo de luz y calor.

—En unas horas estarás en una playa de arena fina tomando el sol, Günter.

—¡Déjalo ya!

—Hice una promesa que tengo que mantener —dice Rudy. Se produce un movimiento en el agua, el ajetreo de unos pies agitándose y hundiéndose bajo la superficie.

—¿Rudy? ¿Rudy? —dice Bischoff. Pero está solo en una bóveda oscura de silencio.

Un minuto más tarde una mano le tira del talón. Rudy le trepa por el cuerpo como si fuese una escala, saca la cabeza a la superficie y traga aire. Pero es aire del bueno, dieciséis veces más oxígeno en una única bocanada. Se siente mejor de inmediato. Bischoff le sostiene mientras se calma.

—La escotilla está abierta —dice Rudy—. Vi cómo entraba luz. ¡Ha salido el sol, Günter! —¡Entonces, vamos!

—Ve tú. Yo me quedaré a quemar el mensaje. —Rudy vuelve a abrir el maletín, rebuscando con las manos entre los papeles, sacando algo, cerrándolo de nuevo. Bischoff no puede moverse.

—Encenderé el fósforo en treinta segundos —dice Rudy. Bischoff se lanza en la oscuridad hacia la voz de Rudy y envuelve sus brazos a su alrededor.

—Encontraré a los otros —dice Bischoff—. Les diré que algún puto espía norteamericano nos sigue la pista. Y llegaremos primero al oro, y lo mantendremos lejos de sus manos.

—¡Ve! —grita Rudy—. Ahora quiero que todo suceda con rapidez. Bischoff le besa una vez en cada mejilla y se sumerge. Frente a él hay una luz verde azulada que no llega de ninguna dirección en particular.

Rudy nadó hasta la escotilla, la abrió y volvió a nadar hacia dentro, y casi estaba muerto al regresar.

Bischoff tiene que dar con la escotilla y nadar hasta la superficie. Sabe que será imposible. Pero luego una luz mucho más brillante y cálida penetra en el interior del *V-Million.* Bischoff se detiene, mira atrás y ve el extremo superior del casco de presión convertido en una bóveda de fuego naranja, la silueta de un hombre centrada en él, líneas de soldaduras y remaches alejándose de ese centro como meridianos sobre un globo. Hay tanta luz como si fuese de día. Se vuelve y nada con facilidad por el pasillo, hasta llegar a la sala de control, y encuentra la escotilla: un disco de luz cian.

Hay un salvavidas fijado contra lo que es ahora el techo de la sala. Lo agarra y consigue llevarlo hasta el centro, luego lo mete antes que él por la escotilla y sale por ella pataleando.

Hay corales a todo su alrededor, y es hermoso. Le gustaría quedarse y echar un vistazo, pero tiene responsabilidades en la superficie. Se mantiene agarrado al salvavidas, y aunque no siente que se mueve, ve cómo los corales se alejan. Hay una cosa enorme y gris tendida entre ellos, burbujeando y sangrando, y cada vez se hace más pequeña, como un cohete que se perdiese en el cielo.

Mira el agua que le corre por la cara. Los dos brazos de Bischoff están sobre su cabeza, agarrándose al borde del salvavidas, y a través suyo ve un disco de luz solar, más brillante y rojo a medida que asciende.

Empiezan a dolerle las rodillas.

*OceanofPDF.com*

# Liquidez

A Randy Lawrence, el resto le parece historia. Sabe que técnicamente hablando es el presente, y que todo lo importante está en el futuro. Pero lo que es importante para él está acabado y cerrado. Le gustaría seguir con su vida, ahora que tiene una.

Llevan a Amy al poblado misionero y el doctor trabaja en su pierna, pero no la pueden llevar al hospital en Manila porque Wing les ha bloqueado. Ese hecho debería parecer amenazador, pero en realidad sólo les parece estúpido y molesto después de que hayan tenido tiempo para acostumbrarse. La gente que les hace eso pertenece al aparato gerontocrático de la China comunista con el apoyo de algunos amigos lameculos del gobierno local, y ninguno de ellos aprecia en absoluto cosas como la radio, que facilita que gente como Doug y Randy pueda comunicarse con el mundo exterior y explicar con todo detalle lo que está sucediendo. El tipo sanguíneo de Randy es compatible con el de Amy, por lo que deja que el doctor le deje casi seco. Aparentemente, la falta de sangre le reduce a la mitad el CI durante un día o dos, pero incluso así, cuando ve a Douglas MacArthur Shaftoe preparando la lista de la compra de hombres y materiales que necesitan para excavar el Gólgota, tiene la presencia de ánimo suficiente para decir: táchalo todo. Olvídate de los camiones, los martillos neumáticos y la dinamita, las excavadoras y las máquinas para túneles, y limítate a darme una perforadora, un par de bombas y algunos miles de galones de combustible. Doug se pone inmediatamente a ello, como si tuviese otra opción, cuando básicamente le dio la idea a Randy

contándole viejas leyendas de guerra sobre su padre. Hacen llegar la lista de la compra a Avi y Goto Dengo sin el más mínimo problema.

Wing les mantiene una semana bloqueados en la misión; las explosiones subterráneas siguen agitando la tierra; la pierna de Amy se infecta y el doctor está a punto de amputarla para salvarle la vida. Enoch Root pasa un tiempo a solas con ella y de pronto su pierna se pone mucho mejor. Él explica que aplicó un remedio popular de la zona, pero Amy se niega a decir nada. Mientras tanto, los demás matan el tiempo limpiando las minas que rodean el Gólgota e intentando localizar esas explosiones. El veredicto parece ser que a Wing todavía le queda casi un kilómetro de roca dura que atravesar para llegar al Gólgota, y sólo avanza un par de docenas de metros al día.

Saben que en el mundo exterior se está desatando el infierno, porque no dejan de sobrevolarles helicópteros militares e informativos. Un día, un helicóptero de Goto Engineering aterriza en la misión. Porta equipos para sónar terrestre, y lo más importante, antibióticos, que producen un efecto casi mágico en los bichos de la selva que viven en la pierna de Amy, que jamás han conocido la penicilina, y mucho menos esos compuestos de alta tecnología que hacen que la penicilina parezca sopa de pollo. A Amy le desaparece la fiebre en un par de horas y al día siguiente ya está dando saltos. La carretera vuelve a abrirse y entonces el problema es cómo conseguir que la gente no venga, está abarrotada de periodistas, buscadores de oro y fanáticos de los ordenadores. Todos ellos parecen pensar que presencian un punto social decisivo y radical, como si la sociedad global estuviese tan jodida que lo único que quedase por hacer es apagarla y reiniciarla.

Randy ve gente que sostiene pancartas con su nombre, e intenta no pensar en lo que eso implica. Los camiones llenos de equipo apenas pueden pasar por entre el atasco de tráfico, pero lo consiguen, y se inicia otra semana realmente frustrante y tediosa de cargar con esa mierda por la jungla. Randy pasa la mayor parte del tiempo junto con la gente del equipo de sónar terrestre; tienen equipos geniales que Goto Engineering emplea para hacer pruebas TAC de la tierra en la que van a excavar. Para cuando todo el equipo pesado está en su sitio, Randy tiene todo el Gólgota representado a una resolución de como un metro; incluso podría atravesarlo

en realidad virtual si le gustasen esas cosas. Tal como está la situación, lo único que necesita es localizar dónde hacer tres agujeros: dos desde lo alto hasta la cámara principal y luego uno desde un lado, casi horizontal desde la ribera, pero en un ángulo ligeramente hacia arriba, hasta que entre en lo que cree que es el sumidero de la cámara principal. El agujero de desagüe.

Alguien llega desde el mundo exterior y convence a Randy de que sale en las portadas de *TIME* y *Newsweek.* Randy no cree que sea una buena noticia. Sabe que tiene una nueva vida. Tiene una imagen mental clara de cómo es su nueva vida: en general, estar casado con Amy y ocuparse de sus asuntos hasta morirse de viejo. No entraba en sus cálculos aparecer en las portadas de los semanarios y que la gente viniese a la jungla a sostener pancartas con su nombre fuese a caracterizar su vida. Ahora no quiere abandonar la jungla jamás.

Las bombas son artefactos potentes del tamaño de una casa; tienen que serlo para luchar contra la presión de retorno que van a engendrar. Los jóvenes ingenieros de Goto Dengo se ocupan de acoplarlas en los dos agujeros verticales de arriba: uno para suministrar aire comprimido, el otro combustible a presión. A Doug Shaftoe le gustaría participar, pero sabe que técnicamente le supera, y tiene otras obligaciones: proteger el perímetro defensivo frente a los buscadores de oro y otros individuos rastreros que Wing pueda enviar para sabotearles. Pero Doug ha realizado la Llamada, y muchos de los interesantes y nómadas amigos de Doug convergen en el Gólgota desde todos los puntos del mundo y acampan ahora en fortines en la jungla, protegiendo un perímetro defensivo marcado con cables de monofilamento y otras cosas de las que Randy no quiere ni siquiera saber. Doug se limita a decirle que se mantenga alejado del perímetro, y él lo hace. Pero Randy puede sentir el interés de Doug por el proyecto central, de tal forma que cuando llega el gran día, deja que sea Doug el que le dé al interruptor.

Primero hay muchas oraciones: Avi ha traído a un rabino desde Israel, Enoch Root ha traído al arzobispo de Manila, Goto ha enviado a varios sacerdotes sintoístas y varios países del sudeste asiático se han sumado al acto. Todos ellos rezan o cantan en memoria de los que se fueron, aunque las oraciones prácticamente quedan ahogadas por el ruido de los helicópteros. Hay mucha gente que no quiere que toquen el Gólgota, y

Randy opina que básicamente tienen razón. Pero por el equipo ha visto el túnel de Wing, ese tentáculo subterráneo de aire que se acerca al tesoro, y ha emitido un mapa tridimensional de todo a los medios de comunicación. Ya ha defendido la posición —cree que razonablemente bien— de que es mejor hacer algo constructivo antes que permitir que lo robe gente como Wing. Ha convencido a algunas personas y a otras no, pero ninguno de estos últimos sale en la portada de *TIME* y *Newsweek.*

Doug Shaftoe es el último en hablar. Se quita la gorra, se la pone sobre el corazón y con las lágrimas corriéndole por la cara dice algo sobre su padre, al que apenas recuerda. Habla de la batalla de Manila y de cómo vio a su padre por primera vez entre las ruinas de la iglesia de San Agustín, y de como su padre le llevó arriba y abajo por las escaleras antes de irse a arrojar el fuego del infierno sobre los nipones. Habla de perdón y ciertas otras abstracciones, y los helicópteros en el aire cortan y difuminan las palabras, lo que sólo consigue que el mensaje sea más potente en opinión de Randy, porque básicamente está compuesto de un montón de recuerdos cortados y difuminados en la mente de Doug. Finalmente, Doug toma una decisión clara en su corazón y en su mente, pero que no puede articular muy bien, y pulsa el interruptor.

Las bombas precisan unos minutos para presurizar el Gólgota con una mezcla altamente inflamable de aire y combustible, y luego Doug pulsa otro interruptor que hace estallar una pequeña carga. A continuación, el mundo se estremece y retumba antes de acomodarse en una especie de aullido vibrante y apagado. Del agujero de desagüe salta un chorro de llamas blancas, que se hunde en el río muy cerca del lugar de descanso final de Andrew Loeb y hace saltar una nube de vapor que obliga a todos los helicópteros a ganar altitud. Randy se arrastra a cubierto de esa nube de vapor, sintiendo que será el último momento de intimidad que tendrá, y se sienta al borde del río para mirar. Como después de media hora, al chorro de gas caliente se une un arroyuelo de fluido incandescente que tan pronto como sale se hunde en el fondo de la corriente, rodeado por el velo del agua hirviente. Durante mucho tiempo realmente no hay nada que ver excepto vapor; pero después de que el Gólgota lleve ardiendo una o dos horas, es posible ver que bajo las aguas poco profundas, extendiéndose por el suelo

del valle, es más, rodeando el peñasco aislado al que está subido Randy, hay un brillante y espeso río de oro.

*OceanofPDF.com*

# Apéndice

## EL ALGORITMO DE CIFRADO SOLITARIO

Por Bruce Schneier
Autor de Applied Cryptography
Presidente de Counterpane Systems
http://www.counterpane.com

En la novela de Neal Stephenson *Criptonomicón,* el personaje de Enoch Root describe un criptosistema llamado «Pontifex» a otro personaje llamado Randy Waterhouse, y más tarde revela que se supone que los pasos del algoritmo se ejecutan empleando un mazo de cartas. Esos dos personajes intercambian a continuación varios mensajes cifrados empleando este sistema. El sistema se llama «Solitario» (en la novela, «Pontifex» es un nombre en clave para ocultar temporalmente el hecho de que emplea un mazo de cartas) y yo lo diseñé para permitir que agentes de campo se comunicasen de forma segura sin tener que depender de dispositivos electrónicos ni llevar encima herramientas incriminatorias. Un agente podría encontrarse en una situación donde simplemente no tiene acceso a un ordenador, o podrían detenerle si tiene herramientas para la comunicación secreta. Pero un mazo de cartas... ¿qué mal podría haber?

Solitario obtiene su seguridad de la aleatoriedad inherente a un mazo de cartas barajado. Manipulando el mazo, un emisor puede crear una cadena de letras «aleatorias» que puede combinar con el mensaje. Evidentemente,

Solitario puede simularse en un ordenador, pero se le ha diseñado para ser ejecutado a mano.

Solitario puede ser de baja tecnología, pero la intención es que su seguridad sea de lo más potente. Diseñé Solitario para ser seguro incluso contra los adversarios militares con mejores recursos, con los mayores ordenadores y los criptoanalistas más inteligentes. Evidentemente, nada garantiza que alguien no pueda encontrar un ataque ingenioso contra Solitario (consultar mi página web para ponerse al día), pero el algoritmo es claramente mejor que otras cifras de lápiz y papel que he visto.

Pero no es rápido. Puede llevar toda una tarde cifrar o descifrar un mensaje razonablemente largo. En el libro de David Kahn, *Kahn on Codes,* se describe una cifra real de lápiz y papel empleada por un espía soviético. Tanto el algoritmo soviético como Solitario requieren aproximadamente la misma cantidad de tiempo para cifrar y descifrar un mensaje.

### *Cifrar con Solitario*

Solitario es una cifra de flujo de salida-retroalimentación. En ocasiones se le llama generador de clave (KG en la jerga militar de Estados Unidos). La idea básica es que Solitario genera una secuencia, en ocasiones llamada «secuencia de clave», de números entre 1 y 26. Para cifrar, hay que generar el mismo número de letras de la secuencia de clave como letras tiene el texto llano. Luego hay que sumar módulo 26 a las letras del texto llano, una a una, para crear el texto cifrado. Para descifrar, hay que generar la misma secuencia de clave y restar módulo 26 del texto cifrado para recuperar el texto llano.

Por ejemplo, para cifrar el primer mensaje Solitario mencionado en la novela de Stephenson, «DO NOT USE PC»:

1. Dividir el mensaje en texto llano en grupos de cinco caracteres (no hay nada mágico en los grupos de cinco caracteres; es simplemente la tradición). Se usan equis para rellenar el último grupo. Así que si el mensaje es «DO NOT USE PC» entonces el texto llano es:

DONOT USEPC

2. Usar Solitario para generar diez letras de la secuencia de clave (los detalles se dan después). Demos por supuesto que son:

KDWUP ONOWT

3. Convertir el mensaje en texto llano de letras a números: A=l, B=2, etc:

4 15 14 15 20 21 19 5 16 3

4. Convertir las letras de la secuencia de clave de forma similar:

11 4 23 21 16 15 14 15 23 20

5. Sumar los números de la serie del texto llano a los números de la secuencia de clave, módulo 26 (lo que esto significa es que si la suma es superior a 26, hay que restarle 26 al resultado). Por ejemplo, 1+1=2, 26+1=27, y 27-26=1... por tanto, 26+1=1.

15 19 11 10 10 10 7 20 13 23

6. Convertir los números en letras:

OSKJJ JGTMW

Si eres realmente bueno, puedes aprender a sumar letras de cabeza, y simplemente sumar las letras del paso (1) y (2). Sólo se precisa práctica. Es fácil recordar que *A+A=B;* recordar que *T+Q=K* es más difícil.

***Descifrar con Solitario***

La idea básica es que el receptor genera la misma secuencia de clave, y luego resta las letras de la secuencia de clave de las del texto cifrado.

1. Tomar el mensaje cifrado y disponerlo en grupos de cinco caracteres (ya debería tener esta forma).

OSKJJ JGTMW

2. Usar Solitario para generar diez letras de la secuencia de clave. Si el receptor emplea la misma clave que el remitente, las letras de la secuencia de clave serán las mismas:

KDWUP ONOWT

3. Pasar el mensaje cifrado de letras a números:

15 19 11 10 10 10 7 20 13 23

4. Convertir de forma similar las letras de la secuencia de clave:

11 4 23 21 16 15 14 15 23 20

5. Restar los números de la secuencia de clave de los números del texto cifrado, módulo 26. Por ejemplo, 22-1=20,1-22=5. (Es fácil. Si el primer

número es menor que el segundo, añadir 26 al primer número antes de restar. Por tanto 1-22=? se convierte en 27-22=5.)

4 15 14 15 20 21 19 5 16 3

6. Convertir los números en letras:

DONOT USEPC

Descifrar es igual que cifrar, excepto que se resta la secuencia de clave del mensaje cifrado.

### *Generar las letras de la secuencia de clave*

Aquí tenemos el núcleo de Solitario. La descripción del cifrado y descifrado sirve igual para cualquier cifra de flujo de salida-retroalimentación. Esta sección explica el funcionamiento de Solitario.

Solitario genera una secuencia de clave empleando un mazo de cartas. Puede considerar un mazo de 54 cartas (recuerde los comodines) como una permutación de 54 elementos. Hay como 54!, o unas $2{,}31 \text{xl} 0^{71}$, formas posibles de ordenar el mazo. Mejor aún, hay 52 cartas en el mazo (sin los comodines) y 26 letras en el alfabeto inglés. Es una coincidencia demasiado buena para dejarla pasar.

Para su empleo en Solitario, un mazo necesita las 52 cartas y dos comodines. Los comodines deben diferir de alguna forma. (Es lo normal. El mazo que estoy usando mientras escribo este texto tiene estrellas en los comodines: uno tiene una estrella pequeña y el otro una estrella grande.) Digamos que uno es el comodín A y el otro el B. Por lo general, hay un elemento gráfico en los comodines que es igual pero de tamaño diferente. Que el comodín «B» sea el «mayor». Si es más fácil, puedes escribir una «A» y una «B» en los dos comodines, pero recuerda que luego tendrás que explicárselo a la policía secreta si te pillan.

Para inicializar el mazo, pon el mazo sobre la mano mirando hacia arriba. Luego, dispón las cartas en la configuración inicial que es la clave (hablaré de la clave más tarde, pero es diferente de la secuencia de clave). Ahora estás listo para producir la secuencia de clave.

**Así es Solitario:**

1. Encuentra el comodín A. Desplázalo una carta hacia abajo (es decir, intercámbialo con la carta que tenga debajo). Si el comodín se encuentra al fondo del mazo, colócalo sobre la carta superior.

2. Encuentra el comodín B. Desplázalo dos cartas hacia abajo. Si el comodín se encuentra en el fondo del mazo, desplázalo justo debajo de la segunda carta. Si el comodín está justo encima de la última carta, desplázalo justo debajo de la primera carta (básicamente, debes asumir que el mazo es un bucle completo... ya te lo imaginas).

Es importante realizar estos pasos en orden. Es tentador gandulear y limitarse a desplazar los comodines en el orden en que te los encuentras. Se puede, a menos que estén muy cerca el uno del otro.

Así que si el mazo tiene este aspecto antes del paso 1:

3 A B 8 9

al final del paso 2 debería quedar así: 3 A 8 B 9

Si tienes cualquier duda, recuerda desplazar el comodín A antes que el comodín B. Y ten cuidado cuando los comodines se encuentren al fondo del mazo.

3. Realiza un corte triple. Es decir, intercambia las cartas sobre el primer comodín con las cartas bajo el segundo comodín. Si el mazo tiene este aspecto:

2 4 6 B 4 8 7 1 A 3 9

entonces, después del corte triple quedará así:

3 9 B 4 8 7 1 A 2 4 6

«Primer» y «Segundo» comodines se refiere al comodín que esté más cerca, y más lejos, de la parte alta del mazo. Ignora la «A» y la «B» en este paso.

Recuerda que los comodines y las cartas que hay entre ellos no se mueven; las otras cartas se desplazan a su alrededor. Es fácil de hacer entre las manos. Si no hay cartas en una de las tres secciones (ya sea porque los comodines están juntos o uno en la parte alta o en la parte baja), simplemente trata esa sección como vacía y desplázala igualmente.

4. Realiza un corte contando. Mira a la carta del fondo. Conviértela en un número entre 1 y 53. (Emplea el orden de palos del bridge: tréboles, diamantes, corazones y picas. Si la carta es de ♣, entonces tiene el valor que

muestra. Si la carta es de ♦, entonces es su valor más 13. Si es de ♥, es su valor más 26. Si es de ♠, es su valor más 39. Cualquiera de los comodines vale 53.) Cuenta ese número hacia abajo desde la carta más alta (yo normalmente cuento desde 1 hasta 13 una y otra vez si es preciso; es más simple que contar en secuencia hasta números altos.) Corta después de la carta hasta la que has llegado, dejando la carta del fondo abajo del todo. Si el mazo tenía este aspecto:

7 ... cartas ... 4 5 ... cartas ... 8 9

y la novena carta era el 4, el corte daría como resultado:

5 ... cartas ... 8 7 ... cartas ... 4 9

La razón por la que se deja la última carta en su lugar es para que este paso sea reversible. Es un detalle importante de cara al análisis matemático de su seguridad.

5. Busca la carta de salida. Mira en la carta en la parte alta. Conviértela en un número entre 1 y 53, de la misma forma que antes. Cuenta hacia abajo ese número de cartas (cuenta la primera carta como número uno). Apunta en una hoja de papel la carta que encontraste después de la que contaste (si te encuentras con un comodín, no escribas nada y comienza de nuevo con el paso 1). Esta es la primera carta de salida. Ten en cuenta que este paso no modifica el estado del mazo.

6. Convierte la carta en un número. Como antes, emplea los palos del bridge para ordenarlos. De más bajo a más alto tenemos tréboles, diamantes, corazones y picas. Por tanto, de A♣ hasta K♣ es de 1 a 13, de A♦ hasta K♦ es de 14 a 26, de A♥ hasta K♥ es de 1 a 13, y de A♠ hasta K♠ es de 14 a 26.

Esto es Solitario. Puedes emplearlo para generar tantos números de la secuencia de clave como te sean necesarios.

Sé que hay diferencias regionales en los mazos de cartas, dependiendo del país. En general, no importa la ordenación de palos que emplees o cómo conviertas las cartas en números. Lo que importa es que el emisor y el receptor hayan acordado las mismas reglas. Si no eres consistente no podrás comunicarte.

### *Introducir la clave en el mazo*

Solitario es tan seguro como la clave. Es decir, la forma más simple de romper Solitario es descubrir la clave que los comunicantes están empleando. Si no dispones de una buena clave, el resto no importa. Aquí hay algunas sugerencias para intercambiar claves.

1. Baraja el mazo. Una clave aleatoria es la mejor. Uno de los comunicantes puede barajar un mazo aleatoriamente y luego crear otro mazo idéntico. Uno pasa al emisor y otro al receptor. La mayoría de la gente no sabe barajar bien, así que barájalo al menos diez veces, e intenta usar un mazo con el que se haya jugado en lugar de uno nuevo, recién sacado del paquete. Recuerda conservar un mazo extra con el orden de la clave, o en caso de error nunca podrás descifrar el mensaje. También recuerda que la clave está en peligro mientras exista; la policía secreta podría encontrar el mazo y copiar el orden.

2. Emplea una ordenación de bridge. Una descripción de manos de bridge que puedes encontrar en un periódico o un libro sobre bridge es aproximadamente una clave de 95 bits. Si los comunicantes se ponen de acuerdo en una forma de convertirlas en una ordenación del mazo y en una forma de situar los comodines (quizá después de las dos primeras cartas que se mencionan en la discusión del juego), puede valer. Atención: la policía secreta podría encontrar tu columna de bridge y copiar el orden. Puedes intentar establecer alguna convención repetible para la columna del *bridge* a emplear; por ejemplo, «usa la columna del *bridge* del periódico de tu ciudad del día en que cifraste el mensaje», o algo similar. O busca una serie de palabras en la web del *New York Times, y* emplea la columna de bridge del día del artículo que te aparece cuando buscas por esas palabras. Si se descubren las palabras, o las interceptan, parecerán una frase clave. Y elige tu propia convención; recuerda que la policía secreta también lee los libros de Neal Stephenson.

3. Utiliza una frase clave para ordenar el mazo. Este método emplea Solitario como un algoritmo para crear una ordenación inicial del mazo. Tanto el emisor como el receptor comparten la frase clave (por ejemplo, «CLAVE SECRETA»). Comienza con el mazo en un orden fijo, de la carta más baja a la más alta, de la forma habitual en el *bridge*. Realiza la operación Solitario, pero en lugar del paso 5, realiza otro corte contado empleando el primer carácter de la frase clave (3 en este ejemplo).

(Recuerda colocar las cartas en la posición más alta sobre la carta más baja del mazo, como antes.) Hazlo para cada uno de los caracteres. Emplea otros dos caracteres para fijar la posición de los comodines. Pero recuerda, en el inglés habitual sólo hay alrededor de 1,4 bits de aleatoriedad por carácter. Para que sea realmente seguro querrás usar una frase clave de al menos 80 caracteres; yo recomiendo al menos 120 caracteres (lo lamento, pero no se puede obtener buena seguridad con una clave más corta).

### *Ejemplos*

Aquí hay algunos ejemplos para que puedas practicar tus habilidades con el Solitario:

Ejemplo 1: Comienza con un mazo sin clave: A♣ hasta K♣, A♥ hasta K♥, A♦ hasta K♦, A♠ hasta K♠, comodín A, comodín B (puedes considerarlo como 1-52, A, B). Las primeras diez salidas son:

4 49 10 (53) 24 8 51 44 6 33

Hay que saltarse el 53, claro. Lo he puesto para que quede claro. Si el texto llano es:

AAAAA AAAAA

entonces el texto cifrado es:

EXKYI ZSGEH

Ejemplo 2: Empleando el método de clave 3 y la clave «FOO», las primeras quince salidas son:

8 19 7 25 20 (53) 9 8 22 32 43 5 26 17 (56) 38 48

Si el texto llano es todo A, entonces el texto cifrado es:

ITHZU JIWGR FARMW

Ejemplo 3: Empleando el método de clave 3 y la clave «CRYPTONOMICON», el mensaje «SOLITAIRE» se cifra como:

KIRAK SFJAN

Evidentemente, deberías usar claves más largas. Estos ejemplos son sólo como prueba. Hay más ejemplos en el sitio web, y puedes emplear el *script* Perl del libro para crear otros.

### *Seguridad por medio de la oscuridad*

Solitario está diseñado para ser seguro incluso si el enemigo conoce el funcionamiento del algoritmo. He dado por supuesto que *Criptonomicón* se convertirá en un *best seller,* y que habrá ejemplares por todas partes. Doy por supuesto que la NSA y todos los demás estudiarán el algoritmo y estarán alerta. Doy por supuesto que el único secreto es la clave.

Por eso es tan importante mantener la clave secreta. Si guardas un mazo de cartas en un lugar seguro, deberías asumir que el enemigo al menos considerará la idea de que estés empleando Solitario. Si guardas una columna de bridge en la caja fuerte, es probable que eso produzca sospechas. Si se sabe que algún grupo emplea el algoritmo, es de esperar que la policía secreta mantenga una base de datos de columnas de bridge para usarlas en los intentos de desciframiento. Solitario es resistente incluso si el enemigo sabe que lo estás empleando, y un simple mazo de cartas sigue siendo menos incriminatorio que un programa de cifrado ejecutándose en tu portátil, pero el algoritmo no sustituye a la astucia.

***Notas sobre la aplicación***

La primera regla de cualquier cifra de flujo de salida-retroalimentación, cualquiera que sea, es que nunca debes usar dos veces la misma clave para cifrar dos mensajes diferentes. Repítelo conmigo: NO USAR NUNCA LA MISMA CLAVE PARA CIFRAR DOS MENSAJES DIFERENTES. Si lo haces, romperás por completo la seguridad del sistema. He aquí el porqué: si tienes dos cadenas cifradas, *A+K y B+K, y* las restas, obtienes *(A+K)-(B+K) = A+K-B-K=A-B.* Es decir, dos secuencias de textos llano combinadas, y eso es muy fácil de romper. Confía en mí: puede que tú no sepas recuperar *A y B* a partir de *A-B,* pero un criptoanalista profesional si podrá. Es de importancia vital: nunca emplees la misma clave para cifrar dos mensajes diferentes.

Que los mensajes sean cortos. El algoritmo está diseñado para emplearse con mensajes cortos: un par de miles de caracteres. Si tienes que cifrar una novela de 100.000 palabras, emplea un algoritmo informático. Emplea abreviaturas, taquigrafía y jerga en los mensajes. No seas prolijo.

Para obtener la seguridad máxima, intenta hacerlo todo de cabeza.

Si la policía secreta empieza a derribar la puerta, limítate a barajar con calma el mazo de cartas (no lo arrojes al aire; te sorprendería saber hasta qué punto se mantiene la ordenación de un mazo durante una partida de 52-Pickup). Recuerda barajar también el mazo de repuesto, si lo tienes.

### *Análisis de seguridad*

Hay mucho, pero es demasiado complejo para reproducirlo aquí. Ve a *http://www.counterpane.com,* o escribe a Counterpane Systems, 1711 North Ave #16, Oak Park, IL 60302.

### *Para saber más*

Recomiendo mi propio libro, *Applied Cryptography* (John Wiley & Sons, 1996), como un buen lugar para empezar. Luego lee *The Codebreakers* de David Kahn (Scribner, 1996). A continuación, hay varios libros sobre criptografía informática, y varios sobre criptografía manual. Puedes suscribirte a mi boletín de correo electrónico gratuito en *http://www.counterpane.com/crypto-gram.html* o enviando un mensaje de correo en blanco a *crypto-gram-subscribe@chaparraltree. com.* Es un campo divertido; buena suerte.

*OceanofPDF.com*

# Sobre el autor

*Neal Stephenson, nacido la noche de Halloween de 1959, empezó su carrera literaria con* THE BlG U *(1984), un* thriller *con algunos elementos de ciencia ficción, y* ZODIAC: THE ECO-THRILLER *(1988) de contenidos explícitos en su título.*

*Su primera novela de gran éxito en la ciencia ficción fue* SNOW CRASH *(1992) que, según parece, pronto será llevada al cine. Etiquetada como post-ciberpunk, narra las aventuras de un repartidor de pizza en un futuro complejo y bien imaginado en muchos de sus detalles.*

*Sólo tres años después, Stephenson alcanzó ya el mayor reconocimiento de la ciencia ficción mundial con* LA ERA DEL DIAMANTE: MANUAL ILUSTRADO PARA JOVENCITAS *(1995, NOVA ciencia ficción, número 101), que obtuvo los premios Hugo y Locus de 1996, y fue finalista del premio Nebula. Se trata de la compleja historia de un Shanghai del futuro cercano, escindido en «phyles» o tribus (Nippon, Han y los neo-victorianos de Atlantis) donde, con voz casi dickensiana, se muestran los futuros prodigios de la nanotecnología (ese maravilloso manual interactivo para la formación de una joven), sin olvidar sus consecuencias en el ámbito social.*

*También, en colaboración con su tío George Jewsbury, Stephenson ha escrito otros dos* thrillers: INTERFACE *(1994) y* THE COBWEB *(1996) presentados con el pseudónimo Stephen Bury.*

*Su obra más reciente en solitario, según algunos llamada a convertirse en un libro de culto en el complejo mundo de los* hackers *y aficionados a la informática, es una macro-novela de más de mil páginas. A partir de*

*personajes y problemas reales en la Segunda Guerra Mundial (Alan Turing, su calculadora universal y la máquina criptográfica alemana Enigma), la novela de Stephenson trata de la criptografía, la matemática y los hackers. La novela obtuvo el premio Locus de 2000 y, en Europa, se ha optado en diversos países por publicarla en tres volúmenes. En España serán:* CRIPTONOMICÓN I: EL CÓDIGO ENIGMA *(NOVA ciencia ficción, número 148),* CRIPTONOMICÓN II: EL CÓDIGO PONTIFEX (*NOVA ciencia ficción, número 151),* CRIPTONOMICÓN III: EL CÓDIGO ARETUSA *(NOVA ciencia ficción, número 153).*

*OceanofPDF.com*

# Notas

[1] 1941 fue un buen año para empezar a experimentar con las enfermedades venéreas ya que la nueva penicilina inyectable empezaba a estar disponible.

[2] Que era como los marines, quienes nunca usaban una palabra de tres sílabas cuando bastaba con una de cuatro letras, llamaban invariablemente a los nipones.

[3] «Hypo» es la forma que tienen los militares para nombrar la letra H. Como es un chico brillante, Waterhouse infiere que debe haber al menos siete más: Alfa, Bravo, Charlie, etc.

[4] Dando por supuesto, evidentemente, que Alan se equivoque y que el cerebro humano no sea una máquina.

[5] Una paradoja clara, pero tampoco fuera de lo común; estar lejos de América ha hecho simplemente que esas cosas sean más evidentes para Randy.

[6] Término despectivo para los combatientes que no son lo suficientemente buenos para pertenecer al Cuerpo.

[7] Los hombres con experiencia en Asia usan la palabra «nipo». El uso de «japo» por parte del coronel sugiere que ha pasado su carrera en el Atlántico y/o el Caribe.

[8] No tiene datos reales para sostenerlo, pero le parece una idea genial.

[9] Ha decidido que empleará las palabras inglesas en lugar de convertirse en un espectáculo intentando pronunciar las qwghlmianas.

[10] Según la E.Q., se deriva de los liqúenes.

[11] Productos alimentarios preparados de acuerdo a la ley islámica. (N. del T.)

[12] Juego de palabras. Asdic suena de forma similar a «assdick», «culo y polla». (N. del T.)

[13] Literalmente, «lápida sepulcral». (N. del T.)

[14] Cantrell alude al hecho de que el Plan Uno les proporcionó un par de millones de dólares de inversión inicial de una firma de capital de inversiones de San Mateo llamada Springboard Group.

[15] * Durante las últimas dos semanas Shaftoe no había tenido nada mejor que hacer que jugar a Corazones empleando cartas CONOCE A TU ENEMIGO, por lo que ahora podía citar los números de modelo de oscuros aviones de observación alemanes.

[16] * Juego de palabras. En inglés, «shit» y «ship» son palabras muy similares. (N. del T.)

[17] * El primero, *mi*, significa «secreto» y el segundo, *fú*, tiene una connotación dual, significando, por un lado, un símbolo o marca, y por el otro, la magia taoísta.

[18] Desde que se descifró la Enigma de cuatro rotores.

[19] El código Baudot es el usado por los teletipos. A cada uno de los 32 caracteres en el alfabeto del teletipo se le asigna un número único. Ese número se representa como un número binario de cinco dígitos, es decir, cinco unos y ceros, o (más útil) cinco agujeros, o ausencia de agujeros, sobre una tira de papel. Esos números también pueden representarse como una serie de voltajes que, a su vez, pueden enviarse por un cable, por radio e incluso imprimirse al otro lado. Últimamente, los alemanes habían estado usando mensajes de código Baudot cifrados para las comunicaciones entre puestos de mando de alto nivel; por ejemplo, entre Berlín y los distintos cuarteles generales del ejército. En Bletchley Park, a esa categoría de esquemas de cifrado se le llamaba Fish, y la máquina Colossus se construyó específicamente para romperlos.

[20] Hace media hora, mientras Epiphyte Corp. se reunía en el vestíbulo, un enorme Mercedes negro llegó del aeropuerto. Los 747 llegan a Kinakuta cuatro veces al día y, por la hora en que una

persona se presenta en la recepción de ese hotel de lujo, se puede deducir de qué ciudad ha venido. Esos tipos llegaron desde Los Ángeles. Tres hombres latinos: un tipo de mediana edad de gran importancia, un asistente algo más joven y un palooka. En el vestíbulo los recibió el tipo solitario que apareció ayer con el teléfono móvil.

[21] Se trata de una muestra de humor seco, y todos la reciben como tal; en ese momento de la guerra, un submarino no podría atravesar el Canal de la Mancha al igual que no podría remontar el Mississippi, hundir algunos barcos en Dubuque y escapar.

[22] Jerga del ejército nipón para «retirada».

[23] No hay ni que decir que los finlandeses tienen su propia marca *suigeneris* de armas automáticas.

[24] Japoneses de segunda generación nacidos y criados en Estados Unidos. *(N. del T.)*

[25] En el original «Initiate Nail Removal Inmediately». Traduzco literalmente porque está claro que no se me va a ocurrir un equivalente mejor en español. *(N. del T.)*

[26] La frase es una parodia de Douglas MacArthur Shaftoe.

[27] Juego de palabras intraducible. *Ram* en inglés significa precisamente «carneros». (*N. del T.)*

[28] Evidentemente, en español en el original. *(N. del T.)*

[29] Evidentemente, la pregunta carece de sentido en español. *(N. del T.)*

[30] La palabra «nerd» suele referirse a los fanáticos de los ordenadores y empollones sin demasiadas habilidades sociales. Randy Waterhouse, por ejemplo. *(N. del T.)*

*OceanofPDF.com*